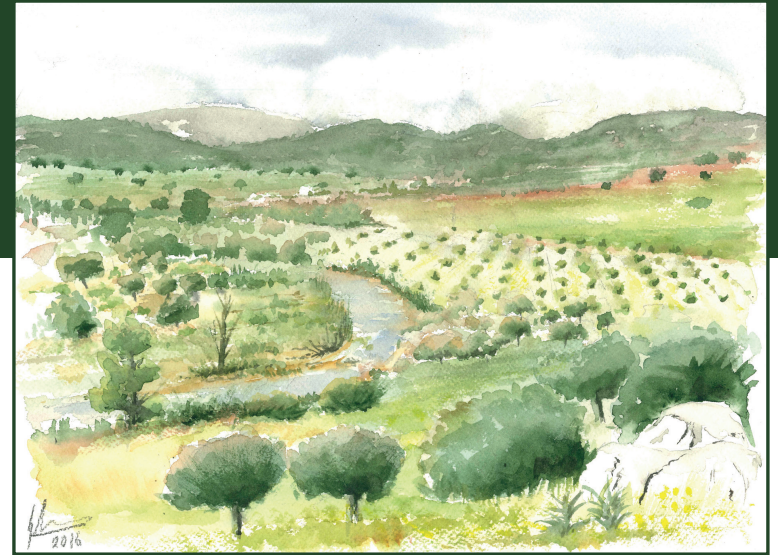


Universidad Autónoma de Madrid

EL REFLEJO DE TARTESOS EN LA PERIFERIA DEL GUADIANA

The reflection of Tartesos in the periphery of the Guadiana

ESTHER RODRÍGUEZ GONZÁLEZ



Madrid 2016

Universidad Autónoma de Madrid

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Prehistoria y Arqueología



Trabajo para optar al grado de doctor con Mención Internacional:

**EL REFLEJO DE TARTESOS EN LA PERIFERIA DEL
GUADIANA**

The reflection of Tartesos in the periphery of the Guadiana

Tesis presentada por

Esther Rodríguez González

Dirigida por

**Sebastián Celestino Pérez
Investigador Científico del CSIC**

**Juan Blánquez Pérez
Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid**

Madrid 2016

A mis padres, Esther y José Luis

Jo tinc un amor petit
i llaminer
com un infant.

Un amor escadusser
que mossega l'esquer
i no s'empassa l'ham.

Jo tinc un amor rumbós,
vermell i sucós
com una magrana.

Jo tinc un amor amic
que mata de gust
i que es mor de ganes.

Ni cec
ni tràgic
ni pactat.

Ni etern
ni màgic
ni llogat.

Rajant-me pels descosits,
tinc un amor petit,
tinc un amor petit.

Jo tinc un amor petit
nou, com el temps
de la saó,

que es crema com l'encenall,
arriba a cavall,
i s'enfila als balcons.

Jo tinc un amor company
que no duu records
ni deixa penyores.

Jo tinc un amor per tu
que es posa a ballar
quan li donen corda.

Joan Manuel Serrat. Cançó de L'amor Petit

ÍNDICE

RESUMEN/ABSTRACT.....	11
INTRODUCCIÓN.....	15
I. La concepción historiográfica del Orientalizante:	
una nueva (re)visión para un horizonte confuso.....	29
I.1. La gestación del término Orientalizante: su concepción artística.....	37
I.1.1. La figura de José Ramón Mélida en la construcción de Orientalizante:	
una etapa sin divisiones conceptuales.....	38
I.2. La aparición del arte orientalizante en la Arqueología española.....	45
I.3. Una etapa de tránsito entre la literatura y la arqueología:	
la construcción/destrucción de una arqueología ¿Orientalizante? para Tarteso.....	63
I.3.1. El nacimiento de un mito.....	65
I.3.2. Tarteso y Orientalizante: juntos pero no revueltos.....	73
I.4. El Orientalizante como actor secundario:	
una nueva realidad histórico-cultural para este fenómeno.....	87
I.4.1. Arqueología de un Período Orientalizante:	
el surgimiento de una realidad histórica sobre la que actualmente debatimos.....	88
I.5. Orientales en el interior peninsular ¿por qué no?.....	101
I.6. ¿Y qué hacemos ahora con el Orientalizante?.....	113
II. El marco geográfico.....	119
II.1. Espacio de periferia y frontera: el bosque que no deja ver los árboles.....	127
II.2. El medio físico.....	147
II.2.1. El territorio: escenario de variedad biogeográfica.....	148
II.2.2. Recursos mineros.....	157
II.2.3. El Guadiana como principal transeúnte.....	162
III. ¿Existe un Bronce Final para el valle medio del Guadiana?.....	167
III.1. El surgimiento del Bronce Final en el valle medio del Guadiana.....	177
III.2. ¿Cómo se construye un Bronce Final para el Guadiana?.....	197
III.3. A vueltas con el Bronce Final Atlántico.....	215
III.4. Los márgenes del Guadiana: próximos geográficamente, distantes culturalmente.....	219
III.5. La Precolonización a debate.....	229
III.5.1. La Precolonización en el valle medio del Guadiana.....	239
IV. La transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro	
en el valle medio del Guadiana.....	245
IV.1. Elementos para la transición.....	249
IV.2. Un yacimiento para la transición en el Guadiana Medio:	
Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz).....	267
• Fases de ocupación.....	272
◦ Fase I: etapa romana (s. I a.C. - I d. C.).....	272
◦ Fase II: IIa y IIb. Hierro I (s. VIII - VI a.C.).....	276
◦ Fase III: Bronce Final (s. IX a.C.).....	293

V. El valle medio del Guadiana ¿Un territorio colonizado?.....	299
V.1. ¿Existió una colonización tartésica de las tierras del interior?.....	307
V.1.1. De <i>Carmo</i> a <i>Conisturgis</i>	321
V.1.2. De <i>Conisturgis</i> a <i>Olisippo</i>	327
• Abul (Alcácer do Sal).....	329
• Santa Olaia.....	333
• Lisboa.....	336
• La necrópolis de Senhor dos Martires (Alcácer do Sal).....	342
V.2. Tartesos en el interior: una interacción sin colonización.....	347
VI. El patrón de asentamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro.....	351
VI.1. A la sombra del <i>oppidum</i>	355
VI.2. Tipología de asentamientos.....	361
VI.2.1. Nivel I. Los asentamientos en altura.....	361
• La ocupación de la I Edad del Hierro de Medellín (Badajoz).....	362
• La ocupación de la I Edad del Hierro de Badajoz.....	401
• La teórica ocupación de <i>Dipo</i>	416
• La ocupación de la I Edad del Hierro de <i>Lacimurgi</i> (Navalvillar de Pela, Badajoz).....	422
• La ocupación de la I Edad del Hierro del Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz).....	425
VI.2.2. Nivel II. Los asentamientos en llano.....	443
VI.2.2.1. Los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo.....	443
VI.2.2.1.1. Edificios sin prestigio, sin singularidad y sin complejos.....	449
VI.2.2.1.2. Los edificios de Cancho Roano y La Mata dos ejemplos excepcionales como punto de partida.....	460
• Cancho Roano.....	461
◦ Una última intervención en el yacimiento de Cancho Roano: la campaña de 2013.....	470
• La Mata.....	473
VI.2.2.1.3. Los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo de la cuenca media del Guadiana.....	480
• Metodología.....	484
A. Trabajos previos.....	484
B. Fase de campo.....	486
C. Fase de laboratorio.....	489

[Puntos negativos (A)].....	495
[A01] Pesquero (Pueblo Nuevo del Guadiana, Badajoz).....	497
[A02] Olivares (Talavera la Real, Badajoz).....	505
[A03] Las Macillas (Mérida, Badajoz).....	511
[A04] Guadalperal (Guareña, Badajoz).....	517
[A05] La Barca - Torruco (Villanueva de la Serena, Badajoz).....	521
[A06] El Casarón (Villanueva de la Serena, Badajoz).....	527
[A07] La Horca (Madrigalejo, Badajoz).....	531
[A08] Cerro Alto (Madrigalejo, Badajoz).....	535
[Posibles edificios bajo túmulo (B)].....	539
[B01] Novelda (Badajoz).....	541
[B02] Alisares (Montijo, Badajoz).....	547
[B03] Miraflores (Mérida, Badajoz).....	553
[B04] Tiriñuelo - Olivares (Mérida, Badajoz).....	561
[B05] Las Mendrias (Don Benito).....	567
[Edificios tartésicos ocultos bajo túmulo (C)].....	575
[C01] Huerta de Don Mateo (Talavera la Real, Badajoz).....	577
[C02] Casas del Cerro la Barca (Valdelacalzada, Badajoz).....	593
[C03] Cañada la Virgen (Puebla de la Calzada, Badajoz).....	609
[C04] Lácara (La Garrovilla, Badajoz).....	627
[C05] Turuñuelo (Mérida, Badajoz).....	643
[C06] Isla Gorda - Turuñuelo de Villagonzalo (Badajoz).....	665
[C07] Las Madalenas (Guareña, Badajoz).....	683
[C08] Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz).....	701
[C09] Las Lomas (Medellín, Badajoz).....	717
[C10] La Aliseda (Don Benito, Badajoz).....	733
VI.2.2.1.3.1. Un nuevo caso de estudio	
el túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña, Badajoz).....	761
• Localización geográfica.....	761
A. Trabajos previos.....	764
B. Trabajo de campo en el túmulo de 'Casas del Turuñuelo'.....	765
• Limpieza de perfiles.....	765
◦ Sección sur.....	767
◦ Sección oeste.....	768

■ Perfil 1 (SW).....	768
■ Perfil 2 (W).....	775
○ Sección norte.....	779
● Trabajos de excavación.....	781
C. Los materiales.....	799
VI.2.2.2. Los asentamientos en llano tipo granja.....	813
VI.2.2.2.1. Un modelo redundante: la ruralización del campo.....	817
VI.2.2.2.2. Fase I: los asentamientos en llano de los siglos VII-VI a.C.....	821
● El yacimiento de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz).....	821
● El yacimiento de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz).....	827
VI.2.2.2.3. Fase II: los asentamientos en llano de los siglos V-IV a.C.....	835
● El yacimiento de La Veguilla (Don Benito, Badajoz).....	835
● El yacimiento del Cerro de la Barca - Torruco (Villanueva de la Serena, Badajoz).....	838
● El yacimiento de El Chaparral (Aljucén, Badajoz).....	848
● El yacimiento de La Carbonera (La Guarda, Badajoz).....	854
● El yacimiento de Media Legua-2 (Campanario, Badajoz).....	857
VI.3. El colapso de un modelo: la denominada crisis del 400 a.C.....	861
CONCLUSIONES / CONCLUSIONS.....	865
BIBLIOGRAFÍA.....	905

RESUMEN/ABSTRACT

En el presente trabajo se realiza un estudio minucioso de los patrones de asentamiento que caracterizan el modelo de ocupación del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro. Para ello, se presenta un recorrido que abarca desde el estudio del modelo historiográfico elaborado tras décadas de investigación científica acerca del fenómeno Orientalizante, el cual ha caracterizado tradicionalmente a la cultura detectada en este territorio durante la Protohistoria; seguido del análisis del marco geográfico en el que se insertan los casos de estudio, un apartado en el que no únicamente se estudian los aspectos puramente geográficos, sino en el que se emprende también la deconstrucción de conceptos como periferia y frontera, dos términos con los que habitualmente se ha denominado a este espacio.

Para realizar un estudio completo de una etapa histórica siempre resulta conveniente conocer los antecedentes de los que se parte. Para ello hemos redactado un capítulo dedicado a la existencia de un Bronce Final para el valle medio del Guadiana y otro centrado en la etapa de transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro. En este último capítulo se recoge tanto el debate generado en torno al concepto de ‘Precolonización’ como los resultados obtenidos en las campañas de excavación llevadas a cabo en Cerro Borreguero, fundamentales para comprender los argumentos que aquí se defienden.

El grueso del trabajo lo conforma el análisis del poblamiento durante la I Edad del Hierro. Dicho análisis comienza con la revisión del proceso de ‘Colonización Tartésica’ el cual no consideramos que sea el más adecuado para caracterizar el proceso documentado en las tierras del interior a partir del siglo VI a.C. El trabajo se completa con la exposición de todos aquellos asentamientos analizados para el estudio divididos en dos bloques: los asentamientos en alto y los asentamientos en llano, quedando englobados dentro de este último grupo los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, donde se insertan los resultados de las excavaciones del túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ y los asentamiento en llano tipo granja.

Como resultado de este trabajo de análisis presentamos en las conclusiones una nueva propuesta para la interpretación del modelo de ocupación del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro; modelo en el que los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo juegan un papel destacado.

Palabras Clave: Protohistoria, Tarteso, Territorio, patrón de asentamiento, valle medio del Guadiana, túmulo, asentamiento, cultura material.

In this work we have carried out a thorough study of the settlement patterns that characterize the occupation model of the central Guadiana Valley during the I Iron Age. To this end, we present a framework that encompasses the study of the historiographic model elaborated after decades of scientific research regarding the Orientalizing phenomena, which has traditionally characterized the culture detected in this territory throughout Protohistory; followed by the analysis of the geographic frame in which our case study is included, section where we will not only study the geographic aspects of the territory, but where we will also undertake the deconstruction of concepts such as border and periphery, two of the terms that have traditionally been related to our scenario.

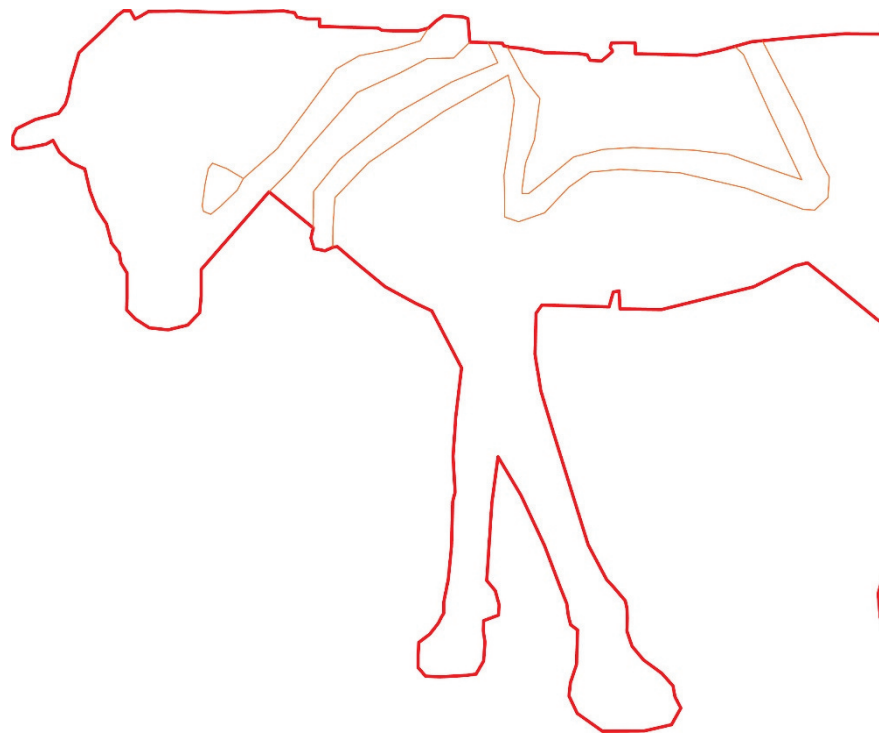
To be able to elaborate a complete study of a historic period it is always convenient to revisit the previous periods where they usually have their origin. For this reason we have included a chapter regarding the Final Bronze Age in the central Guadiana Valley and another one dedicated to the transition between the Final Bronze Age and I Iron Age. In this last chapter we recover the debate generated around the use of the concept of “Precolonization”, as well as the results obtained from the archaeological excavations carried out at the site of Cerro Borreguero, which are fundamental for understanding the arguments for which we advocate in our work.

The main body of the work is comprised by the analysis of the settlement pattern during the I Iron Age. This analysis begins with the revision of the process of “Tartesian Colonization”, which we personally do not consider the most adequate for the characterization of the process that has been documented in the inland of the Peninsula from the VI century B.C. forward. The work is completed by the exposition of all the settlements that have been analyzed, divided in two blocks: hilltop settlements and lowland settlements, dividing this last group into Tartesian buildings occult under tumulus, where we include the results of the excavation of the tumulus of “Casas del Turuñuelo”, and farm-type settlements.

As a result of this analytical work we present in our conclusions a new proposal of the interpretation of the occupation model of the central Guadiana during the I Iron Age, model in which the Tartesian buildings occult under tumulus play an important role.

Key Words: Protohistory, Tarteso, Territory, settlement pattern, central Guadiana Valley, tumulus, settlement, material culture.

PRESENTACIÓN E INTRODUCCIÓN





Los estudios referentes a la Cultura Tartésica han sufrido altibajos desde que Adolf Schulten se embarcara en la búsqueda incansable de la ciudad de Tarteso. A pesar de la existencia de etapas de vacío, lo cierto es que el interés por esta cultura vuelve a vivir en la actualidad una de sus épocas doradas; uno de esos período en los que se suceden congresos y reuniones de especialistas, libros y numerosos artículos, pero también la edición de ensayos y novelas o la divulgación de documentales que abarcan, por lo tanto, desde el campo estrictamente científico hasta la ficción y el puro entretenimiento.

Aunque los estudios acerca de la cultura tartésica se han restringido fundamentalmente al valle del Guadalquivir, el interés por este mundo también está ganando protagonismo en las tierras del interior, a veces avivado por el morbo de trasladar esta cultura lejos del lugar de origen que las fuentes latinas parecen haberle otorgado. Sin embargo, el Tarteso de las tierras del interior ha padecido tres dolencias que han condicionado su estudio: la falta de originalidad al haberse considerado como un producto de los procesos acontecidos en la valle del Guadalquivir; la fuerte personalidad de dos yacimientos - Cancho Roano y la Necrópolis de Medellín- que han acaparado todo el interés de los investigadores durante más de cuatro décadas y han condicionado la interpretación de los nuevos hallazgos; y, por último, el escaso impacto que han tenido los numerosos estudios de quienes han trabajado sobre este periodo en Extremadura, cuyos resultados, sin embargo, sí han gozado de una difusión adecuada en la región.

Por estas y otras circunstancias que tratamos en su momento, el Tarteso del interior se ha confundido con el fenómeno Orientalizante, en parte por el recelo que existe por aplicar un término tan confuso y plural a una realidad que se aleja del que se considera su único origen y territorio, que no es otro que las costas actuales de Andalucía occidental. Así, el Tartesos del valle medio del Guadiana es un tema tratado pero en ningún momento desarrollado; y también confuso, pues si para la mayoría su cultura es orientalizante, el fenómeno que la produjo es indudablemente tartésico. Es precisamente por esa razón por la que quisimos acometer este trabajo, cuyo objetivo se centraba en el análisis de este fenómeno tartésico y en su repercusión sobre las poblaciones que ya habitaban este territorio a principios del siglo VI a.C., momento en el que se documenta un fuerte aumento demográfico cuyo principal resultado fue el surgimiento de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo en cuyo estudio hemos puesto nuestro principal interés.



Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el entorno del valle medio del Guadiana se han desarrollado de forma independiente, sin que haya existido una comunicación fluida entre los diferentes equipos de investigación que han participado en su estudio. A pesar de ello, diversos investigadores han afrontado la tarea de intentar estructurar el modelo de poblamiento que caracterizó a esta región durante la I Edad del Hierro, por lo que somos deudores de su labor. En este sentido, hay que resaltar especialmente a la figura de Almagro Gorbea, cuya investigación ha marcado en buena medida el desarrollo de la arqueología protohistórica del valle del Guadiana, independientemente de que se someta su trabajo a una crítica constructiva amparados por las nuevas tecnologías que nos han permitido avanzar sensiblemente en la interpretación arqueológica. De igual manera, hay que destacar el esfuerzo que en los últimos años ha realizado el equipo de investigación del Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura, a quienes debemos el conocimiento de un buen número de yacimientos de la época. Por último, subrayar la labor constante del Instituto de Arqueología por desarrollar una línea de investigación centrada en la Protohistoria, germen de las novedosas aportaciones que se han realizado en los últimos años. Pero la información no ha dejado de crecer y las intervenciones arqueológicas no han cesado, por lo que el tema en cuestión estaba falto de una actualización que pusiera en orden el volumen de información generado en las últimas décadas.

De ese modo, el presente trabajo de tesis doctoral parte de la revisión de los estudios realizados y publicados hasta la fecha. Hemos intentando en todo momento dotar a yacimientos como Cancho Roano y la necrópolis de Medellín del protagonismo que les corresponde, equiparándolos al resto de yacimientos de similares características. La revisión de los enclaves considerados como asentamientos de la I Edad del Hierro y la recopilación de nuevos casos de estudio, convierten a esta tesis doctoral en un manual actualizado en el que se reúnen todos los yacimientos que jalonan la cuenca media del Guadiana durante época tartésica.

Aunque se ha realizado un exhaustivo recorrido documental por toda la cuenca del Guadiana para registrar toda la información arqueológica, quizás la mayor aportación a la investigación, y por ello el objetivo principal de este trabajo, sea la presentación de un nuevo modelo de ocupación del territorio basado exclusivamente en las evidencias arqueológicas, diferente por ello de los modelos contruidos hasta la fecha, cuyas lecturas, por falta muchas veces de apoyo arqueológico, no se han considerado del todo satisfactorias. Así mismo, y a diferencia de otros ensayos publicados acerca del



poblamiento del Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro, el modelo aquí recogido incorpora una nueva interpretación de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, a los que se dedica buena parte de este estudio, pues son los elementos que realmente aportan personalidad a esta región desde finales del siglo VI a.C. hasta principios del siglo IV a.C.

Para llevar a cabo esta labor hemos empleado un modelo metodológico que describimos con detalle en el apartado correspondiente. Como es lógico, el proyecto se ha desarrollado en varias fases, desde la estrictamente documental hasta la centrada en las labores de campo, en la que se combinaron los trabajos de excavación y prospección; este hecho nos ha llevado a incluir cada fase metodológica dentro de su correspondiente epígrafe en el capítulo VI, dedicado al registro del patrón de asentamiento, con el objetivo de facilitar la relación de cada fase de estudio con el método empleado.

La confección de este trabajo parte de la experiencia adquirida durante mis años de estudiante en la Universidad de Sevilla, cuando durante los veranos de 2008 y 2010 participé como voluntaria en las excavaciones de Cerro Borreguero, lo que me sirvió para tomar contacto con la Arqueología de la región y comenzar a entender la dinámica de poblamiento de este espacio durante la Protohistoria. Así, la base de este trabajo parte de mis años de formación en la Arqueología de Andalucía, donde tuve la oportunidad de conocer la cultura Tartésica de manos de algunos de los mayores especialistas en la materia. También en esta universidad llevé a cabo mi investigación de Fin de Máster acerca del poblamiento turdetano, lo que me ha servido tanto como punto de partida para adentrarme en el campo de la investigación, como de soporte para conocer el funcionamiento y la estructura del poblamiento del valle medio del Guadalquivir, sin duda imprescindible para adentrarme en la problemática que generaba un territorio como el del valle Guadiana.

Tras finalizar mi etapa universitaria, mi labor de campo se completó con mi participación en las excavaciones y el estudio de los resultados de la última campaña desarrollada en 2013 en Cancho Roano, cuyos resultados previos también incorporo en este trabajo. Paralelamente, mi formación investigadora se vio incrementada gracias a mi inclusión en el Proyecto de Investigación: *“Estudio Arqueológico Comparativo entre los territorios Periféricos de Tarteso: los valles del Guadiana y del Tajo”* (HAR 2012-33985), en cuyo marco se ha efectuado este trabajo de tesis doctoral y donde dirijo, junto al Dr. S. Celestino Pérez, las intervenciones arqueológicas en los yacimientos de Cerro Borreguero y ‘Casas del Turuñuelo’, dos de los yacimientos más



señeros para comprender tanto la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro como el fenómeno de los túmulos de la I Edad del Hierro que protagonizan este periodo. Por otro lado, y también dentro de este proyecto, he dirigido las prospecciones incluidas en el estudio territorial que aquí presento. Dichos trabajos me han permitido conocer de primera mano el paisaje en el que se inserta este estudio, observar las transformaciones que se producen con los cambios estacionales y analizar la afección que las labores agrícolas tienen sobre los yacimientos arqueológicos, tres aspectos fundamentales para el estudio de este territorio en los que el factor humano ha ejercido una fuerte transformación del paisaje antiguo que he pretendido reconstruir.

Este proyecto de tesis doctoral se ha llevado a cabo gracias a la beca predoctoral concedida por la Fundación Universitaria Oriol - Urquijo, y en el marco de la Unidad Asociada que el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid y el Instituto de Arqueología del CSIC conforman desde el año 2010 y cuyos responsables son, precisamente, los directores de este trabajo. Por esta razón, los dos primeros años de investigación los desarrollé en esta universidad, acompañada por mis directores, y donde pergeñamos el diseño y el marco teórico del trabajo. Por su parte, la fase de campo la he desarrollado íntegramente desde el Instituto de Arqueología con sede en Mérida, pues la proximidad de esta localidad a los diferentes yacimientos del Guadiana Medio afectados por este estudio me permitía desplazarme con facilidad, así como realizar pequeñas estancias en la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Extremadura y en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, donde he podido revisar memorias de excavación y conjuntos de materiales, respectivamente.

Por último, mi trabajo se ha visto completado con mi participación, por un lado, en los dos Grupos de Investigación del Instituto de Arqueología del CSIC, “*Arqueología de la Arquitectura y el territorio*” (HUM007) y “*Arqueología del urbanismo, la Arquitectura, el Paisaje y la Imagen*” (CSIC: 642238) y, por otro lado, con la realización de cuatro estancias en centros del extranjero. La primera de ellas la llevé a cabo en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Oxford, donde desarrollé una importante labor documental y la redacción del primer capítulo de este trabajo dedicado a la Historiografía del Orientalizante. Una segunda estancia la realicé en la Hispanic Society of America, institución en la que finalicé mi estudio sobre el Bronce Final y la transición a la I Edad del Hierro haciendo uso de su biblioteca y participando en algunas actividades llevadas a cabo en el Metropolitan Museum of Art. Así mismo, esta



estancia me permitió participar en la elaboración del Catálogo de la Colección Arqueológica de la Hispanic Society of America, especialmente en la colección Bonsor, lo que me permitió conocer de primera mano los inicios de la Arqueología tartésica.

La tercera estancia la disfruté en la Universidad de Lisboa, donde tuve ocasión de trabajar en su biblioteca y de conocer de primera mano las novedades arqueológicas de la zona. También pude debatir con los colegas portugueses las similitudes y diferencias que acercan y separan a dos regiones tan próximas y que siempre se han visto tan alejadas culturalmente. Además, el poder visitar algunos de los principales yacimientos arqueológicos de la I Edad del Hierro descubiertos en la desembocadura del Tajo y contemplar sus entornos geográficos, ha sido una información fundamental para conocer y comprender la dinámica de estos dos paisajes, el Tajo y el Guadiana. Por último, la cuarta estancia la llevé a cabo en el Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico, lugar en el que puse fin a mi investigación del territorio usando como apoyo los modelos que algunos investigadores de esta institución han realizado acerca de los patrones de asentamiento de las culturas mediterráneas durante la I Edad del Hierro.

La tesis está estructurada en seis capítulos que se organizan dentro de dos grandes bloques. El primero de ellos reúne los aspectos más teóricos de la tesis y se han organizado en cinco capítulos:

El **capítulo I**, *“La concepción historiográfica del Orientalizante: una nueva (re)visión para un horizonte confuso”*, consiste en una introducción al fenómeno Orientalizante y en la repercusión que su estudio ha supuesto en los trabajos arqueológicos del valle medio del Guadiana; no obstante, y teniendo en cuenta los numerosos trabajos que tratan sobre la historiografía de Tarteso, el abordarlo de nuevo habría supuesto redundar sobre lo ya debatido, razón por la que se centra más en el análisis del fenómeno orientalizante, desde su origen a su concepción actual. Pero la idea principal del capítulo estriba en el argumento que demuestra la disparidad conceptual entre lo orientalizante y lo tartésico, empleados en muchas ocasiones como si de sinónimos se tratase.

En el **capítulo II**, *“El marco geográfico”*, se analiza el medio físico en el que se inserta el Guadiana Medio. Sin embargo, y aunque dedicamos algunas páginas al estudio más conciso de la geografía y de los recursos naturales de la zona, el interés se enfoca hacia el análisis de los conceptos de frontera y periferia, dos términos con los que habitualmente se identifica a este espacio geográfico, pero con los que sin embargo discrepamos, razón por la cual se revisa su utilidad para calificar a este territorio.



En el **capítulo III**, “*¿Existe un Bronce Final para el valle medio del Guadiana?*”, se afronta el análisis de la etapa que precede al marco de estudio que aquí se aborda, el Bronce Final. Se antoja necesario conocer los antecedentes de los que parte nuestro trabajo para comprender la idiosincrasia que este espacio adquiere durante la I Edad del Hierro. Para ello se han recopilado las últimas novedades acerca de este período y revisado algunos de los postulados y casos de estudio con los que se caracterizaba al Bronce Final del Guadiana Medio. La lectura de sus resultados ha permitido formular el interrogante que enuncia el capítulo, pues se trata de una de las etapas históricas peor conocidas hasta el momento de todo el suroeste peninsular, unas circunstancias a las que el valle del Guadiana no permanece ajeno.

En el **capítulo IV**, “*La transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana*” se analiza el vínculo que existe entre ambos periodos, para lo cual se aborda el análisis del poblamiento tartésico del valle medio del Guadiana, donde se ofrece una nueva interpretación acerca de las hipótesis que tradicionalmente se han empleado para determinar la separación entre ambos periodos. Es en este capítulo donde se insertan los resultados aun inéditos extraídos de las excavaciones de Cerro Borreguero, los cuales nos sirven de testimonio para sustentar algunas de nuestras ideas.

Por último, en el **capítulo V**, “*El valle medio del Guadiana, ¿Un territorio colonizado?*”, se realiza una revisión del modelo de ‘Colonización Tartésica’, herramienta utilizada para justificar el mecanismo empleado para la configuración de este espacio a partir del siglo VI a.C. y cuya validez se cuestiona.

En un segundo bloque se reúne el trabajo puramente arqueológico y la propuesta de un nuevo modelo para caracterizar al patrón de asentamiento del valle medio del Guadiana en época tartésica. Este bloque lo compone el **capítulo VI**, “*El patrón de asentamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro*”, apartado en el que se realiza un análisis del poblamiento en altura y de la ocupación en llano. Es en este capítulo donde se reúnen las fichas correspondientes a cada uno de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, y donde se recoge toda la información conocida, los resultados de las prospecciones y un completo aparato gráfico que completa la información de cada uno de los casos de estudio. También se registran y publican las primeras interpretaciones tras la ejecución de la I Campaña de Excavaciones llevada a cabo en el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña, Badajoz).

Para finalizar, en las **conclusiones** se exponen los resultados de todo este proceso de investigación, siguiendo para ello el mismo orden establecido en la estructura de la



tesis. Se presentan así todos los aspectos fundamentales del trabajo, subrayando aquellas interpretaciones y aportaciones que resultan novedosas para comprender el período histórico analizado. El trabajo se cierra con el apartado de **bibliografía** en el que se recogen todas aquellas publicaciones empleadas durante las labores de investigación.

* * *

Como no podría ser de otra manera, para la ejecución de este trabajo he contado con la colaboración de un gran número de compañeros y amigos a los que les debo mi más sincero agradecimiento, pues muchas de las tareas que he desarrollado durante estos casi cuatro años no habrían sido posibles sin su ayuda.

En primer lugar me gustaría comenzar por los directores de la presente tesis, los Drs. Sebastián Celestino Pérez y Juan Blánquez Pérez. A Sebastián Celestino me gustaría darle especialmente las gracias por apoyar esta idea que comencé a gestar en mis años de voluntaria en las excavaciones de Cerro Borreguero, unos trabajos que actualmente tengo el gusto de dirigir con él. Gracias también por escuchar mis ideas y dejarlas reposar el tiempo necesario para que ganaran la madurez con las que hoy tengo oportunidad de presentarlas; pero principalmente por haberme acompañado día tras día en este trabajo y haberme dejado aprender tanto de él, por haberme conducido año tras año en los trabajos de campo y haberme sabido transmitir la paciencia y el cariño que la arqueología requieren. A Juan Blánquez, que a pesar de la distancia en el espacio geográfico y en el entorno histórico siempre ha estado dispuesto a ayudarme y a escuchar mis ideas. Le agradezco nuestros debates y sus conocimientos para definir la estructura que este trabajo hoy presenta.

Este trabajo de tesis doctoral habría sido inviable sin la confianza que la Fundación Universitaria Oriol y Urquijo depositó en mi proyecto. Tengo que agradecer tanto a su Patronato como a su Consejo Rector el haberme concedido una beca de investigación predoctoral con la que he tenido la oportunidad de llevar a cabo la tesis que aquí se defiende.

Los trabajos de campo no habrían sido posibles sin la ayuda de un gran número de compañeros y amigos que en los tres últimos años han sabido encontrar un hueco en sus agendas para formar parte de este proyecto. En primer lugar quería agradecer a Sabah Wallid y a Juanjo Pulido, miembros de la empresa de arqueología Underground, su colaboración en las tareas de prospección y su paciencia para procesar toda la información que durante estos trabajos se generaron, así como por su disponibilidad y el



haberme brindado el acceso a los resultados obtenidos en las excavaciones del Tamborrio; sin ellos, el modelo que aquí se presenta habría quedado incompleto. Igualmente, a mis compañeros Charles Bashore, Alberto Dorado, Pablo Paniego y Álvaro Simón, por su participación como técnicos en las excavaciones de Cerro Borreguero y ‘Casas del Turuñuelo’, gracias por hacer que el trabajo siempre resulte sencillo con vosotros a pesar del calor aplastante y la falta de horas de sueño; y en especial a mi inseparable compañera de fatigas y técnica de laboratorio, Carlota Lapuente, por haber adquirido la capacidad de creer en mis ideas y, lo que es más importante, de llevarlas a cabo. Este equipo se completa con un gran número de voluntarios que han participado en las labores de excavación a los que desde aquí les reitero mi agradecimiento, pues sin su participación muchos de los resultados hoy aquí presentados habrían quedado mermados. He de hacer una mención destacada a la figura de Melchor Rodríguez, del que nunca he dejado de aprender; gracias por enseñarme a mirar la tierra desde puntos de vista tan distintos. Y a José Ángel Salgado, quien me cedió el testigo de las excavaciones en el Cerro Borreguero y a quien debo mis inicios para hacer frente a la dirección de una campaña de excavación. Parte del trabajo que ahora afronto en las labores de campo es gracias a él.

En este mismo sentido debo mostrar mi agradecimiento a los dueños de las fincas en las que se encuentran localizados los yacimientos de Cerro Borreguero y ‘Casas del Turuñuelo’, Manuel Cumbres y Antonio González, respectivamente, el interés que siempre han mostrado en nuestra investigación y, principalmente, el permitirnos realizar labores de campo dentro de sus respectivas propiedades.

También estoy agradecida a los laboratorios de Prehistoria y Arqueología de las universidades Autónoma de Madrid y de Granada, por haber realizado las analíticas correspondientes a las cerámicas halladas en las excavaciones de Cerro Borreguero y el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’, cuyos resultados han enriquecido sensiblemente este estudio.

A nivel institucional debo agradecer, en primer lugar, a la Universidad Autónoma de Madrid, y en especial al Departamento de Prehistoria y Arqueología, y al Instituto de Arqueología de Mérida su acogida durante los años en los que he llevado a cabo mi labor de investigación. Entre los compañeros del Instituto de Arqueología tengo que hacer una mención especial a Enrique Cerrillo, quien además ayudarme con la realización de la fotografía aérea siempre ha estado disponible para resolver mis dudas técnicas sobre el tratamiento de información espacial; y a Victorino Mayoral y Luis



Sevillano, quienes me han orientado en el diseño de la cartografía que acompaña a este estudio.

Así mismo, a la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Extremadura, y en especial a Santiago Guerra, por su disponibilidad y por la facilidad brindada para consultar los expedientes correspondientes a las excavaciones llevadas a cabo en el término municipal de Medellín; y al Museo Arqueológico de Badajoz, donde siempre he encontrado las puertas abiertas para llevar a cabo los estudios de materiales y las revisiones de algunas de las intervenciones que en este trabajo se incluyen.

Del mismo modo, quiero agradecer al Instituto Arqueológico Alemán, y en especial a su directora Dirce Marzoli, por acogerme en la institución en cuya biblioteca llevé a cabo largos períodos de estudio. En ella tuve ocasión de coincidir con diversos investigadores a los que les debo mi agradecimiento, en especial a la Dra. Clara Toscanos y a los profesores Mariano Torres y Michael Blech, con los que compartí algunos debates e intercambio de opiniones. Dentro de esta institución, junto con la Casa de Velázquez, tuve la oportunidad de participar en los cursos de doctorado donde presenté una primera aproximación de mi investigación.

Al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, donde siempre me he sentido como en mi propia casa, y en especial a los profesores María Belén, Eduardo Ferrer y Francisco José García Fernández, a los que debo buena parte de mis conocimientos sobre Tarteso y quienes han seguido de cerca mis avances. Con ellos he continuado formándome a pesar de la distancia. Gracias por seguir enriqueciendo mi investigación.

En el marco de las diferentes estancias que he llevado a cabo en instituciones extranjeras, debo agradecer a Chris Gosden su recibimiento y amabilidad durante mi estancia en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Oxford, donde tuve ocasión de encerrarme largas horas en la Sackler, quizás la biblioteca a la que más partido he sabido sacarle y por lo que mantengo un especial recuerdo de esta estancia. Allí, tuve la ocasión de coincidir con el prof. Manuel Álvarez Martí-Aguilar al que le debo mi agradecimiento por escuchar mis ideas acerca de la concepción del Orientalizante. Sus conocimientos sobre la historiografía de Tarteso han enriquecido mi trabajo.

A Constancio del Álamo, conservador de las áreas de Arqueología, Escultura y Textiles de la Hispanic Society of America, por haberme enseñado los recovecos de aquella fascinante institución y dejar que me perdiera por los interminables pasillos de



su biblioteca. Jamás olvidaré los meses que pasé en la Gran Manzana, pues de cada uno de sus rincones y experiencias guardo un recuerdo especial, así como de los compañeros de la Institución con los que compartí comidas y largas conversaciones.

En este último año he tenido ocasión de disfrutar de una estancia en la Universidad de Lisboa, por lo que debo agradecer a Victor S. Gonçalves su amable invitación para poder consultar los fondos del UNIARQ y completar así mi investigación acerca de la I Edad del Hierro en Portugal. Debo agradecer especialmente la acogida de las profesoras Ana M. Arruda y Elisa de Sousa, con las que he compartido diversos momentos desde que inicié mi trabajo. Gracias por los intensos debates que tanto me han permitido aprender de vosotras y por haberme mostrado los maravillosos rincones que la desembocadura del Tajo esconde. Mi estancia en la Universidad de Lisboa no habría sido tan enriquecedora sin las figuras de Rui Monge, con quien compartí algunos viajes por el Guadiana portugués; Francisco Gomes, con quien además de compartir horizonte cultural he tenido el gusto de colaborar en alguna ocasión; y Pedro Albuquerque, quien me recibió en mi llegada a esta maravillosa ciudad y supo escuchar mis ideas en los largos descansos de biblioteca.

Por último, durante mi estancia en Roma, debo agradecer a la profesora Tatiana Pedrazzi su amabilidad por poner a mi disposición las instalaciones del ISMA, y en especial a Massimo Botto, quien me dio todas las facilidades del mundo para presentar los resultados de mi proyecto de investigación en la sede del CNR. Durante mi estancia en Roma pasé varias semanas en la Biblioteca de la Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC, a cuya vicedirectora, Leonor Peña, agradezco su acogida; y muy especialmente a José Ángel Zamora, con quien además de compartir largas comidas, tengo que agradecerle sus comentarios y el haberme sabido transmitir el entusiasmo final por ver acabado el trabajo.

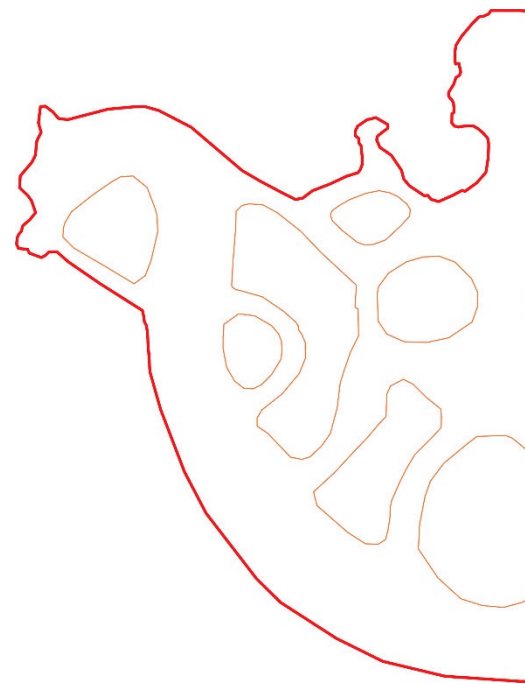
Así mismo, este trabajo no habría sido tan divertido y enriquecedor sin la ayuda de aquellos amigos, algunos de ellos ajenos al mundo de la Arqueología, que han querido sumarse a este trabajo. Por ello, agradecer a Jorge García Cardiel, María Morán, Patricia González Gutiérrez, Javier Solís, Santiago Iglesias, Verónica Balsera, Ania Myslowska y Fernando Notario, por haberme acogido con los brazos abiertos en mi llegada a Madrid y haber compartido conmigo largos días de biblioteca y una ardua estancia en la Alcalá Meco de Messina. A Ñoño, Tomás, Antoñito y Laguna por haber madrugado sábados y domingos para acompañarme a buscar cacharros por la cuenca del Guadiana y no haber perecido en el intento, y en especial a María Pérez, por acompañarme hoy y



siempre, por haberme acompañado en la prospección de cada uno de los enclaves que se analizan en este estudio y sin duda por ser una de las mejores amigas que alguien puede tener a lo largo de su vida. A mis amigas inseparables, Arancha, Raquel y Cristina, por creer en mí día tras día y por sentirse orgullosas de saber qué es Tarteso; espero poder seguir compartiendo metas con vosotras.

Por último a mi familia, la que ha sufrido mis largas ausencias durante los períodos de estancia en el extranjero y las largas campañas de excavación. Aunque hay un trocito de mí en todos aquellos que me han acompañado durante este viaje, sobre todo de mis abuelas que siempre han creído que me iba a la guerra cuando he tenido la oportunidad de excavar muy cerca de ellos, quiero hacer una mención especial a mis tíos Willy, al que le debo la acuarela que luce esta portada, y a José, al que agradezco el haberme transmitido su ilusión por la arqueología. Mis más sinceras palabras las reservo para mis padres, quienes han apoyado todas mis decisiones y han creído en mi capacidad para llevar a cabo este trabajo. Saber que os sentís orgullosos de mí es la mejor meta a cumplir.

I. LA CONCEPCIÓN HISTORIOGRÁFICA DEL ORIENTALIZANTE: UNA NUEVA (RE)VISIÓN PARA UN HORIZONTE CONFUSO.



[Dulce Introducción al Caos]

Ya no queda una piedra en pie

Porque el tiempo lo derribó

Ya no queda nada de ayer

Porque el tiempo se lo llevó.

R. Iniesta. La ley Innata (2008)



Aunque pueda resultar paradójico, cuando uno intenta analizar el concepto “Orientalizante” y se adentra en la bibliografía específica que lo trata, se da cuenta de que es, probablemente, uno de los términos más explotados en el estudio de la Protohistoria peninsular, pero al mismo tiempo más controvertido. Esta circunstancia se debe al elevado número de acepciones que han intentado acotar su dimensión geográfica y cronológica. Esto ha generado que en la actualidad nos encontremos ante un estado de confusión en el que el uso del concepto “Orientalizante” debe ser analizado teniendo en cuenta la obra en la que se cita.

El concepto “Orientalizante” surge por primera vez en la literatura arqueológica a finales del siglo XIX con un significado exclusivamente estético. Alexandre Conze pensó en la utilidad de dicho término para definir el **estilo** detectado en los vasos pintados que habían sido descubiertos durante las excavaciones de las tumbas etruscas de Italia, cuyos motivos decorativos desprendían una estética puramente oriental¹. La proliferación de las excavaciones en Próximo Oriente, pero sobre todo el análisis de las piezas documentadas en la Península Italiana y en Grecia, favorecieron el empleo del término, aún con tintes muy difusos. Sin embargo, será el arqueólogo danés Frederik Poulsen² quien estandarice su aplicación con la idea de designar aquella tendencia artística que se detectaban en la Grecia del siglo VII a.C., donde los objetos locales imitaban producciones originarias del arte próximo oriental. Desde ese momento, el término se incorpora para hacer referencia a la sustitución de los esquemas geométricos rectilíneos grabados a buril por técnicas más refinadas, donde se integran nuevos motivos decorativos surgidos a partir de la asimilación de novedosas técnicas como la filigrana o el granulado, ausentes en los modelos anteriores.

Aunque en su origen el vocablo designaba un fenómeno documentado de forma exclusiva en el Mediterráneo Central, donde epítetos como griego y etrusco comenzaban a englobarse desde el punto de vista artístico bajo el concepto de “Orientalizante”³, rápidamente se propagó por el resto del Mediterráneo, introduciéndose en la arqueología española de mediados del siglo XX de la mano de A. Blanco Freijeiro, autor de los artículos *Orientalia I* y *Orientalia II*, publicados sucesivamente en 1956 y 1960 en el *Archivo Español de Arqueología*. En los mismos, y a partir del análisis estilístico de una

¹ Conze, 1870

² Poulsen, 1912

³ Jiménez Ávila, 2002: 19



serie de objetos de bronce, marfil y oro, se establecía, por vez primera, una diferenciación entre elementos fenicios y orientalizantes.

Pero a diferencia de su aplicación en el Mediterráneo Central, los primeros trabajos acerca del Orientalizante peninsular se basaban exclusivamente en el análisis **estilístico** de los objetos y en su contextualización dentro del panorama inmaterial que las fuentes antiguas dibujaban, pues todos ellos carecían de una secuencia estratigráfica en la que pudieran encajar. A ello se sumaba el hecho de que aquellas primeras evidencias no procedían ni de la región donde las fuentes literarias localizaban el legendario reino de Tarteso, ni de las proximidades de los territorios donde debían estar localizadas las primeras colonias fenicias de occidente; sino que, por el contrario, esos objetos provenían de las tierras del interior, próximas a las líneas que los ríos Tajo y Guadiana dibujan a su paso por Extremadura. Esta localización complicaba, en cierto modo, la justificación de los hallazgos.

El parcial conocimiento que se tenía de la Arqueología Protohistórica del Suroeste, se vio además favorecido por el ambiente de nacional catolicismo que se vivía en España dentro de las estructuras de pensamiento ante el fomento del sentimiento de orgullo patrio como mecanismo de propaganda política. A esta circunstancia se suma la reedición del *Tartessos* de Schulten⁴, hecho que, sumado a la situación política vivida en España y a la circunstancia de que aquellos primeros objetos de influencia oriental carecían de contexto arqueológico alguno sobre los que situarlos históricamente, favorecieron la consecución de dos procesos que serán analizados en el transcurso de este capítulo, con la idea de que a partir de ahora hagamos un uso correcto del concepto de Orientalizante dentro de la literatura científica.

Así, en primer lugar, nos referiremos a la dejadez que experimentó la arqueología extremeña, objeto de análisis puntuales frente a los primeros sondeos estratigráficos y excavaciones que ya se venía efectuando en el valle del Guadalquivir; a pesar de que fue a partir de hallazgos como el Tesoro de la Aliseda o el Jarro de Valdegamas, entre otros, cuando comenzó a aplicarse el término Orientalizante dentro de la literatura arqueológica. En un segundo lugar, se analizará el estrecho vínculo que se establece, a partir de los años cincuenta, entre el concepto de Tarteso y el Orientalizante, convertidos incluso en vocablos intercambiables que a día de hoy siguen caracterizados por la imprecisión de su

⁴ Schulten, 1945



significado⁵. La confusión generada en el empleo indiferenciado de ambos conceptos ha empujado, desde la década de los años ochenta, a la celebración de varias reuniones científicas cuyo interés se ha centrado en determinar los horizontes de ambos vocablos, sin haber obtenido, aún a día de hoy, resultado positivo alguno. Por el contrario, asistimos a la organización desmesurada de coloquios y reuniones científicas en torno a Tarteso, el Orientalizante o los fenicios de Occidente, sin ser aún muy conscientes de que en todos ellos, pero bajo la advocación de diferentes epítetos, se hace alusión a las mismas novedades, pues tartésico, orientalizante y fenicio son ahora vocablos intercambiables⁶.

Nos enfrentamos por ello a un nuevo análisis del concepto de Orientalizante a partir del replanteamiento del producto histórico dentro de su contexto institucional e ideológico, teniendo como escenario de todo ello la Historia de España. No se pretende otra cosa que desligar ambos vocablos, Tarteso y Orientalizante, analizando este último de manera individual con la intención de conocer sus orígenes, corroborando si su aplicación dentro del territorio extremeño resulta, o no, correcta a tenor de los conocimientos que hasta ahora manejamos.

Para ello hemos diseñado un recorrido que analice las acepciones fundamentales que posee el término “Orientalizante” desde su concepción artística, cronológica y cultural, todo ello inserto en el marco geográfico elegido para el desarrollo de este trabajo: el suroeste de la Península Ibérica y, más concretamente, el Valle Medio del Guadiana. Dentro del estudio de cada una de estas etapas, se incluyen las posturas y pensamientos de aquellos autores cuyos trabajos caracterizaron el desarrollo de los diferentes estadios de conocimiento por los que ha evolucionado el concepto. De esa manera, se incorpora un nuevo mecanismo de análisis que, al tiempo que rompe con la tradición biográfica contenida en los estudios historiográficos, da una nueva visión a la argumentación conceptual de estos vocablos. No obstante, hemos de advertir que ninguna de estas etapas resulta estática, homogénea o intransitable. Este proceso se debe al cambio y evolución que el pensamiento teórico ha experimentado, siempre auspiciado por la etapa histórica que se vive en el país donde la obra se produce. No debemos olvidar que, *la arqueología*,

⁵ Sirvan como ejemplo ilustrativo la cita recogida a continuación: “Dans la péninsule Ibérique, une seule région est vraiment touchée par l’orientalisant, l’Andalousie. Il s’agit de l’arrière-pays de Cadix et de la façade maritime qui s’étend de Cadix à Huelva. Cette région a connu un fort développement à la fin de l’âge du Bronze; elle est identifiée au royaume de Tartessos: aussi, **l’orientalisant de la péninsule Ibérique est-il appelé “tartessien”**.” (Gras, Rouillars y Teixidor, 1989: 132).

⁶ Celestino, 2014: 24



*como la historia, no es independiente del que la escribe, y por ello los textos, como los objetos arqueológicos, son hijos de su tiempo*⁷.

Por último, se analizarán las causas que afectan a la falta de continuidad en los trabajos y los problemas que ello ha supuesto para la construcción y comprensión de la Arqueología Protohistórica en Extremadura. Este territorio posee un papel destacado en la edificación de este proceso, por lo que consideramos poco acertada su caracterización como periferia cultural del valle del Guadalquivir, una idea con la que no estamos del todo de acuerdo porque limita la capacidad de esta región para adquirir su propia personalidad cultural

⁷ Díaz-Andreu, 2002: 37



I.1. LA GESTACIÓN DEL TÉRMINO ORIENTALIZANTE: SU CONCEPCIÓN ARTÍSTICA:

La aparición de los primeros objetos que por su estilo, técnica y forma desprendían una fuerte influencia oriental a lo largo del Mediterráneo, provocó el surgimiento y propagación del concepto de Orientalizante como solución formal para la identificación y definición de los mismos. De ese modo, la acepción original del término remitía únicamente a aspectos plásticos y estéticos, lo que convertía a este vocablo en un préstamo lingüístico tomado de la Historia del Arte.

Si bien es cierto que en sus inicios el término “Orientalizante” se utilizó para designar la influencia que la estética y los motivos iconográficos del Próximo Oriente ejercían sobre la producción artística de la Grecia Arcaica⁸, rápidamente quedó vinculado al mundo etrusco del Mediterráneo Central⁹ y a los primeros hallazgos que desde el Suroeste de la Península Ibérica comenzaban a caracterizar a la Arqueología Protohistórica del Mediterráneo más occidental¹⁰. El Orientalizante guardaba así, en sus inicios, varios puntos en común dentro de la Arqueología mediterránea, aunque en el caso de la Península Ibérica su construcción estuvo marcada por derroteros muy distintos. Así pues, frente a las tumbas “principescas” etruscas, el Orientalizante de la Arqueología española tomaba forma a partir del análisis de piezas aisladas que, carentes de contexto, se analizaban siguiendo una metodología a caballo entre la Arqueología de Gabinete, donde la pieza tenía un valor exclusivamente estético, y la Arqueología Filológica, que buscaba en las fuentes antiguas la justificación literaria para cada uno de estos hallazgos¹¹.

Gracias a los avances producidos en la arqueología de campo en los últimos años, hoy sabemos que los viajes organizados por los fenicios a occidente también incorporaban contingentes de población procedentes de otras zonas del Mediterráneo; no obstante, los

⁸ Riva y Vella, 2006

⁹ Moscati, 1988; 1990

¹⁰ Blázquez, 2005

¹¹ La ausencia de contextos arqueológicos que vinculen culturalmente estos hallazgos con una sociedad concreta hizo que esta primera etapa encontrara su mejor aliado en las primeras lecturas e interpretaciones de las fuentes clásicas (Gras, Rouillard y Teixidor, 1989:133), aquellas que recogían los primeros viajes de mercaderes levantinios al sur de la Península Ibérica y el relato de las primeras fundaciones coloniales, fundamentalmente las extraídas a partir de Estrabón. Con el tiempo, la arqueología se encargará de refutar dichos contactos a partir del inicio de las excavaciones en la factoría de Toscanos (Schubart, Niemeyer y Pellicer, 1969) o la necrópolis de Laurita (Pellicer, 1962), pero eso será algunas décadas después de que el término fuese acuñado y aplicado dentro de la Arqueología peninsular.



esquemas genuinamente orientales que fueron introducidos en la península sólo pueden deberse a la influencia fenicia, sin negar que algunos otros motivos pudieron haberse introducido gracias al influjo de esos grupos que los acompañaron¹². No obstante, esta circunstancia se ve agravada por la dificultad que muchas veces supone diferenciar entre producciones llegadas desde el levante oriental y los objetos de fabricación local bajo un patrón próximo oriental; o aquellos objetos producidos por población oriental dentro de las colonias fundadas en territorio occidental¹³.

Pero, posiblemente, el hecho más destacado dentro de la etapa formativa del concepto de Orientalizante en la Arqueología peninsular, sea su desvinculación de Tarteso. Apuntábamos en nuestra introducción lo complicado que resultaba aplicar el concepto de Orientalizante y no pensar en Tarteso, y al contrario, proponiéndonos como meta en este capítulo la “desorientalización” de Tarteso, o lo que es lo mismo, la caracterización e individualización de ambos términos a partir del análisis historiográfico del Orientalizante.

Así, para conseguir esta “desorientalización” de Tarteso a la que hacemos alusión, debemos partir de la comprensión del concepto dentro de su vertiente artística, ejercicio para el cual nos remontaremos a los años veinte del pasado siglo y nos extenderemos hasta la década de los sesenta. La finalidad última es defender o reivindicar la deuda que esta construcción historiográfica contrajo con los primeros conjuntos orientalizantes aparecidos en el entorno de las cuencas de los ríos Tajo y Guadiana a su paso por la actual comunidad de Extremadura.

I.1.1. La figura de José Ramón Mélida en la construcción del Orientalizante: una etapa sin divisiones conceptuales:

A finales del siglo XIX, el sistema de Restauración iniciado por los Borbones en España en 1874 se vio interrumpido por la crisis provocada por la guerra en las colonias y la pérdida de las últimas posesiones en ultramar. Estas circunstancias empujaron a la sociedad española hacia el denominado por sus contemporáneos como “Desastre del 98”, lo que acabó minando moral y psicológicamente a una sociedad que se vio obligada a reorientar por completo su sistema político y económico. Este sentimiento de crisis dentro de la democracia liberal se hizo notar de igual manera en el campo de las Humanidades y las Ciencias Sociales hasta la primera década del siglo XX, cuando a la restauración del

¹² “In the specific case of Iberia, Orientalizing is sometimes deemed as homologous with the settling of Phoenicians alongs coastal sites” (Riva y Vella, 2006: 12).

¹³ Jiménez Ávila, 2002: 19



sentimiento nacional se unió la redacción de la primera ley de excavaciones y antigüedades¹⁴. Por primera vez, se regulaba el ejercicio de las excavaciones, cuyo desarrollo quedaba bajo el control de la Junta Superior de Excavaciones Científicas y Antigüedades (JSEA), que al mismo tiempo se encargaba de velar por la protección del patrimonio ahora propiedad del Estado.

Dentro de este contexto es donde se sitúa la figura de José Ramón Mélida, considerado como el arqueólogo español más representativo de finales del s. XIX y principios del XX¹⁵, no solo por personificar la semblanza del arqueólogo en plena transición entre dos siglos, sino porque además, constituye un fiel reflejo de la asimilación de las corrientes europeas vigentes en aquel momento y de las tendencias histórico culturales de las que tuvo constancia gracias a sus visitas a diferentes universidades extranjeras¹⁶. En palabras de Casado Rigalt, buen conocedor de la obra de Mélida, “*su mérito radica en haber tendido un puente entre dos perfiles de arqueólogos: el de corriente anticuario, erudito y procedente de una formación artística; y el que desarrolló un nuevo concepto más apegado a las ciencias naturales*”¹⁷, gracias en parte a los principios positivistas en los que asentó sus trabajos.

Es por ello que nosotros queremos comenzar nuestro recorrido historiográfico deteniéndonos en la labor que este autor llevó a cabo dentro de la Arqueología protohistórica peninsular en general, y de la Arqueología de Extremadura en particular. A él se deben los Catálogos Monumentales de Cáceres y Badajoz, en los que se recogían toda la información arqueológica de la región conocida hasta la fecha de su publicación en 1924 y 1925, respectivamente. Pero además, su figura jugó un papel destacado en el hallazgo y estudio del tesoro de la Aliseda¹⁸, considerado como una de las primeras evidencias materiales que permitían certificar no solo la existencia de un influjo oriental en las tierras peninsulares, sino también, la prueba fehaciente de que hubo un proceso de penetración de las influencias fenicias hacia las tierras del interior desde fechas muy tempranas.

¹⁴ Yáñez, 1997

¹⁵ Díaz Andreu, 2004; Casado Rigalt, 2006

¹⁶ De carácter ecléctico, pero con un gran espíritu crítico, Mélida supo adoptar e interpretar las corrientes positivistas y difusionistas que a finales del siglo XIX sostenían en Europa las estructuras de pensamiento, fruto de sus continuas visitas y colaboraciones con universidades francesas. (Casado Rigalt 2006: 113-120; Díaz Andreu, 2008).

¹⁷ Casado Rigalt, 2006b

¹⁸ Mélida, 1921; 1921b; 1921c



Ramón Mélida nació en 1856 en el seno de una familia burguesa madrileña que rápidamente le inculcó el interés por las Artes. Realizó sus estudios de Arqueología en la Escuela Superior de Diplomacia¹⁹, y nada más finalizarlos entró a formar parte del Museo Arqueológico Nacional, institución de la que será director entre los años 1916 y 1931. Así mismo, fue colaborador en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza fundada por Giner de los Ríos y frecuentaba también de forma asidua tanto el Ateneo de Madrid como el Círculo de Bellas Artes. Desde sus primeros trabajos, pero sobre todo a lo largo de su etapa formativa, Mélida dio muestras de un claro interés por el mundo egipcio y la arqueología oriental, a los que dedicó varios de sus estudios y sobre los que impartió varios cursos en el Ateneo de Madrid, aunque sin conseguir con ello la definitiva institucionalización universitaria de la disciplina²⁰. Autores como Rada, respondían así al discurso de ingreso de Mélida en la Real Academia de las Artes de San Fernando: “(...) *y como en España, a pesar de los esfuerzos para establecer las enseñanzas de egiptología y asiriología ha hecho el que tiene el honor de dirigiros la palabra, no hay tales enseñanzas, Mélida ha emprendido por sí solo, el difícil estudio de aquella (...)*”. Tampoco visitó nunca el Antiguo Oriente, pero era buen conocedor de su historia gracias, sobre todo, a la formación que adquirió de su maestro, Manuel de Assas, considerado uno de los pioneros en la intrusión del orientalismo en España²¹. A su faceta de orientalista se unía la influencia ejercida por otro de sus maestros, Juan Facundo Riaño²², del que tomó su interés por el análisis implícito de las piezas atendiendo tanto a la antigüedad de las mismas, como a su estética²³.

Durante su etapa como director del Museo Arqueológico Nacional tuvo constancia del descubrimiento del Tesoro de Aliseda (fig. 1). Tras la invitación del Presidente de la Comisión de Monumentos, D. Publio Hurtado, él mismo se encargó de realizar el primer estudio aproximativo de las piezas y el posterior traslado de las mismas a las dependencias del museo de Madrid. El hallazgo, producido la tarde del 29 de febrero de 1929²⁴, cuando un muchacho de la localidad cacereña de la Aliseda sacaba tierra para un tejár, fue considerado como uno de los ejemplos más sobresalientes de la orfebrería mediterránea.

¹⁹ “En esta institución queda definida la arqueología como la ciencia que estudia las *obras de arte* y de la industria bajos el exclusivo aspecto de su antigüedad” (Díaz Andreu 2004: 39)

²⁰ Almela, 2004: 263

²¹ Vidal, 2006

²² Juan Facundo de Riaño Montero fue considerado como “*el verdadero introductor en España de una concepción de la Arqueología que valoraba el objeto artístico no sólo por su antigüedad sino desde el punto de vista estético*” (Riegl, 1987).

²³ Casado Rigalt, 2006: 36

²⁴ Mélida, 1921



Fig. 1. El Tesoro de la Aliseda

A pesar de calidad artística y técnica de las piezas, no nos detendremos a realizar un análisis detallado de ellas, por no ser este el fin de nuestro trabajo²⁵. El interés hacia la figura de Mérida y el hallazgo del tesoro de la Aliseda, se centra en conocer la filiación cultural que desde los primeros análisis se le dio al conjunto.

De ese modo, la base de conocimientos que Mérida había adquirido en sus múltiples acercamientos a la Arqueología Oriental se hace notar en la primera valoración que el autor hace del Tesoro de la Aliseda tras haber examinado con detenimiento sus piezas:

*“Para estudiar las alhajas que componen el tesoro de Aliseda, forzoso es relacionarlas con las demás encontradas en España y en el extranjero. Éstas y no aquellas son las más conocidas por el mundo sabio, por ser de las que exclusivamente se mencionan en los libros clásicos de Arqueología publicados fuera de España, los cuales se ocupan de la orfebrería y joyería fenicias con relación a las piezas descubiertas en Oriente y en mayor número de ellas en la isla de Chipre. También en Cerdeña se encontraron algunas, procedentes, a lo que se piensa, de Cartago”*²⁶.

²⁵ Una reciente interpretación y estudio arqueometalúrgico del tesoro puede encontrarse, respectivamente, en: Celestino y Salgado, 2007; y Perea, García vuelta y Fernández Freire, 2010. Así mismo, el equipo de trabajo de la Universidad de Extremadura viene desarrollando labores de excavación en el lugar donde se cree que fue documentado el tesoro desde el año 2011 (<http://www.eltiempodeltesorodealiseda.com/portada>). Fruto de estos trabajos son las publicaciones: Rodríguez Díaz y otros, 2014; Rodríguez Díaz, Pavón y Duque (eds.), 2015

²⁶ Mérida, 1921: 11



Añadiendo más adelante:

“Primero el Egipto, luego la Asiria, y últimamente la Grecia fueron las naciones de cuyas artes tomaron modelos los fenicios, cuya originalidad relativa está en la mezcla y fusión acertada de los distintos elementos”²⁷.

Para Mélida, el conjunto poseía una procedencia diversa. Según él, muchas de las piezas desprendían un estilismo oriental que puso rápidamente en relación con manufacturas fenicias y cartaginesas; mientras otras tenían una clara raigambre indígena, por lo que las consideró ibéricas, fechando su amortización, a través de paralelos formales y estilísticos, en el siglo VI a.C. Esta reflexión cultural que establece Mélida para determinar la procedencia de los diferentes objetos, transmite un fuerte orientalismo en el pensamiento de este autor, aunque es bien sabido que él no hizo referencia alguna al vocablo orientalizante en sí mismo:

*“La colonización de los pueblos históricos señalan una nueva época: la Protohistoria. En ella hay que incluir las antigüedades pertenecientes a los colonizadores y las de origen indígena, en muchas de las cuales se advierte **la influencia** de aquellos, que fué puramente externa, ocasional e incompleta”²⁸.*

Pero a pesar de no hacer referencia alguna al término orientalizante, es perfectamente consciente de la transcendencia del hallazgo y de la particularidad que se desprende del estilismo de estas piezas que, claramente, remitían al modelo oriental. Sin embargo, tampoco abandona la idea de que exista en ellas una adaptación artística que, transmitida por los navegantes fenicios, fuera asimilada en las producciones locales. Esta idea se percibe, de nuevo, cuando analizamos la descripción de la diadema de oro, cuya factura considera ibérica:

“Las figuras de mujer, muchísimas de bronce, dan idea cabal de esas y otras joyas de que se engalanaban con verdadera profusión las mujeres íberas, conforme una moda que podemos seguir desde el siglo VI antes de J.C., y que no parece tener antecedente y posiblemente origen más que en Cartago; pero que en nuestro suelo tomó carta de naturaleza. También debieron tomarla en nuestro suelo joyeros fenicios y cartagineses que surtieran a los iberos o de quienes éstos aprendieran la difícil técnica oriental; y pensamos que ambas cosas pudieron

²⁷ Mélida, 1921: 18

²⁸ Mélida, 1929: 116



sucedan, sin que pueda en modo alguno ser inadmisibile que artífices iberos, adiestrados por los orientales, llegasen a producir tales joyas”²⁹.

No se trataba, por lo tanto, de ideas peregrinas. El autor se ciñe a su conocimiento estético, mientras que la experiencia le permite emitir un juicio en el que mezcla la originalidad y la imitación. No cabe la menor duda de que es al mundo fenicio al primero que se le atribuye el protagonismo de los contactos entre el Mediterráneo Oriental, Central y Occidental, y con ellos el desarrollo de las primeras transacciones comerciales; y es a los fenicios a quien Mélida, sin hacer alusión terminológica alguna, hace responsables de la presencia de la mayor parte de los objetos que componen el Tesoro de Aliseda.

Por esta razón, podemos considerar a Mélida como un pionero en el estudio de la existencia de una influencia oriental en piezas occidentales. Con él se abrió una nueva puerta al estudio de las relaciones sociales entre indígenas y colonizadores. Sin embargo, y a diferencia de lo que ocurre actualmente, llegó a explicar con claridad una realidad histórica tal y como es; sin verse nunca en la necesidad de esconder sus planteamientos tras vocablos que únicamente transmiten indefinición.

²⁹ Mélida, 1929: 21



I.2. LA APARICIÓN DEL ARTE ORIENTALIZANTE EN LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA:

Aunque Mérida no tuvo nunca intención de crear una escuela teórica en el sentido clásico del término, la transcendencia de sus trabajos, la originalidad de sus ideas, sobre todo en el campo de la museología, la docencia universitaria y la difusión que adquirieron rápidamente sus obras, despertó el entusiasmo de un grupo de estudiantes de arqueología que marcaron el definitivo tránsito de la Arqueología Anticuaria a la consolidación de la disciplina dentro de los estudios históricos. Entre ellos destacan las figuras de Maximiliano Macías, codirector de las excavaciones de Mérida³⁰; Blas Taracena vinculado tanto a las excavaciones de Numancia como al Museo Arqueológico Nacional, donde compartió sus intereses arqueológicos con Álvarez Osorio; y Antonio García y Bellido, continuador de los pasos de Mérida tanto en la Universidad Central, donde le sustituyó en la Cátedra de Arqueología tras su jubilación, como en el desarrollo de la Arqueología Extremeña, donde continuó ampliando la labor de Mérida en torno al desarrollo de la investigación en el ámbito de sendas provincias.

De entre todos ellos, fue probablemente García y Bellido el que mejor supo retratar el empirismo y las ansias de saber de su maestro. De él heredó su interés por el cambio y la evolución, lo que le llevó a sustituir los postulados de las escuelas francesas por los de las universidades y museos alemanes, de los que puso extraer nuevos planteamientos teóricos y metodológicos que puso al servicio de la Arqueología peninsular. Con todo ello pudo además continuar la labor de Mérida en torno al regeneracionismo de España dentro del campo histórico y cultural.

Estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad Central, García y Bellido comenzó sus andadura en el campo de la Historia del Arte, pero su temprana vinculación a la Cátedra de Arqueología, que en aquel momento ocupaba Mérida, y sus trabajos en el Centro de Estudios Históricos del CSIC, recondujeron rápidamente sus intereses hacia el estudio y conocimiento de la Arqueología Clásica³¹. Es en este marco donde se inserta su participación en el Crucero Universitario de 1933, actividad que sin duda sirvió para asentar sus conocimientos orientales³².

A partir de los años treinta su labor en el campo investigador e institucional no dejó de crecer. Fue de los primeros investigadores en disfrutar de las ayudas JAEIC, lo que le

³⁰ Caballero, 2011

³¹ Blázquez Pérez y Pérez Ruiz, 2004: 32-36

³² Gracia y Fullola, 2006



permitió viajar varias veces a Alemania³³ donde, además de formarse en la arqueología de Grecia y Roma, aprendió a tipificar y catalogar colecciones, pues era consciente de la falta que hacía esta labor en los fondos de los museos españoles. A él se deben también la aparición de la revista *Archivo Español de Arqueología* (1940), de la que será su director hasta su fallecimiento, y la fundación del Instituto de Prehistoria y Arqueología Rodrigo Caro del CSIC³⁴, al que dedicó su más ferviente atención, consiguiendo reunir en él una de las mejores bibliotecas de las que por aquel entonces se conocían en España.

Aunque nunca fue su vocación, pues como historiador de principios de siglo y arqueólogo formado en escuelas alemanas, sentía predilección por la historia de Grecia y Roma, se acercó en varias ocasiones al mundo de la protohistoria peninsular, continuando así la labor de su maestro Ramón Mélida, y completando la de su discípulo Antonio Blanco Freijeiro, con el que protagonizará una etapa de construcción historiográfica determinante dentro del análisis y comprensión del Orientalizante.

De ese modo, pueden distinguirse en la obra de García y Bellido dos etapas esenciales y consecutivas dentro del estudio de la Protohistoria peninsular. La primera de ellas viene influenciada por la publicación del *Tartessos* de Schulten en 1924 posterior reedición en 1945. En plena España de posguerra, este proceso, considerado por algunos autores como una invención historiográfica³⁵, suponía la reformulación de las tesis nacionalistas a partir de las cuales se había producido la construcción de la primera civilización de Occidente, precedente de la España Imperial. A ella pertenecen sus primeras obras: *El problema de Tartessos y su relación con la cuestión etrusca, Fenicios (1933) y cartagineses en occidente* (1942), considerada como la primera obra de síntesis moderna acerca de la presencia fenicia y cartaginesa en la Península Ibérica³⁶; así como su aportación en la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal en 1952, en la que se observa a un García y Bellido interesado únicamente en el estudio de la colonización fenicia del sur peninsular. A través de estos estudios el autor concibe dos historias paralelas para definir la protohistoria del sur peninsular, una de fenicios y cartagineses y otra de tartesios e indígenas que, aunque comparten un mismo período cronológico, son protagonistas de dos procesos autónomos que no guardaban, en aquel momento, conexión cultural alguna³⁷

³³ Díaz Andreu, 1996

³⁴ Blanco Freijeiro, 1975; Arce, 1994

³⁵ Álvarez Martí-Aguilar, 2005; 2005b

³⁶ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 135.

³⁷ García y Bellido será el encargado de reformular la cuestión de Tarteso frente a las ideas de Schulten. Así, mientras éste defendía un Tarteso de origen tirrénico, Bellido lo concibe como una entidad histórica indígena o, lo que es lo mismo en aquel momento, española. (Álvarez Martí Aguilar, 2005: 134).



En este mismo punto, García y Bellido es consciente de la existencia de un fenómeno orientalizante en el Mediterráneo central que, sin embargo, ignora para la Península Ibérica debido principalmente a que, a diferencia de Grecia y Etruria, en el suroeste peninsular aún se carecía de excavaciones arqueológicas que dieran sentido contextual a las ideas que estos investigadores de principios de siglo extraían de la lectura y análisis de las fuentes clásicas. Este pensamiento queda bien reflejado en la descripción que el autor realiza del tesoro de Aliseda:

*“(...)esta lujosa pieza (hablando del cinturón), cuyos motivos ornamentales son derivaciones de los mesopotámicos y nilóticos, probablemente venidos a través de Chipre, muestra, sin embargo, un arte tan esquemático y tan pobre, que sólo puede atribuirse a ineptitud del orfebre y no a una fecha excesivamente remota que no parece tener. Para nosotros no sería anterior al siglo VI, calculada esta fecha sobre semejanzas generales con cosas **orientalizantes** de la Etruria contemporánea de Chipre (...)”³⁸*

Pero los límites que en aquel momento comprendían la concepción alóctona y autóctona en las que García y Bellido organizaba los sustratos culturales de la arqueología protohistórica peninsular, comenzaron a desdibujarse tras la aparición de los primeros jarros de bronce en el Valle Medio del Guadiana. Será con el estudio de estos objetos cuando se inicie la segunda etapa que nosotros hemos distinguido dentro de su producción científica, pues es en este contexto donde se produce la aparición del orientalizante peninsular, cuyo estudio emprenderá García y Bellido de la mano de su alumno Blanco Freijeiro. Ambas figuras han sido tradicionalmente analizadas por la historiografía de una manera independiente y sesgada, probablemente fruto de que el estudio del Orientalizante no fue el cometido principal de ninguno de estos autores³⁹. En cambio, en esta ocasión tendremos en cuenta tanto el contexto histórico y epistemológico en el que se desenvuelve su obra como la presencia de investigadores coetáneos cuya producción literaria pueda verse reflejada de alguna u otra manera en las obras de éstos. Entendemos que solo teniendo en cuenta estas premisas, conseguiremos comprender la transcendencia que sus aportaciones tuvieron en la construcción del Orientalizante.

³⁸ García y Bellido, 1942: 229-230

³⁹ Las escasas referencias al estudio de la Historiografía del Orientalizante tienden a tener únicamente en cuenta la aparición de los artículos que en 1956 publicaron Blanco Freijeiro y García y Bellido en la revista *Archivo Español de Arqueología*. Aunque el planteamiento de todos estos trabajos nos resulta aceptable, añadiremos que, pese a que los objetivos de estos se marquen en el estudio del fenómeno orientalizante, la gran mayoría de ellos acaban desviándose hacia el análisis de Tarteso, y como ya ocurriera el 1958, el Carambolo se convierte en la “piedra filosofal” para la construcción historiográfica.



Antonio Blanco Freijeiro era por aquel entonces ayudante de Arqueología Clásica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid donde, además de haber cursado sus estudios, trabajaba bajo la tutela de García y Bellido, al que sucederá en la cátedra. Al igual que él, gozó de varias ayudas de estudios para formarse en universidades como la de Oxford, donde realizó varios estudios sobre cerámica griega; o en Alemania, donde tuvo ocasión de trabajar con el etruscólogo R. Herbing, cuya influencia se hará notar en muchos de sus trabajos sobre el arte de varias regiones del Mediterráneo. Avezado en la técnica descriptiva de los objetos, su aprendizaje y desarrollo intelectual vinieron marcados por una amplia formación tanto en el mundo de la filología como en el del arte, al que prestaba minuciosa atención⁴⁰. Como cabía esperar en un arqueólogo, Blanco Freijeiro reunía en su pensamiento tanto lo que había que saber del objeto como pieza arqueológica, como lo que a su historia hacía referencia⁴¹.

Del mismo modo que ya le había ocurrido a Mérida, sintió admiración por el arte del oriente mediterráneo y a él le dedicó varios de sus trabajos, denotando en sus ideas cierto orientalismo que también supo plasmar en la Historia del suroeste peninsular. Así mismo, supo trabajar junto a su maestro, García y Bellido, del que le separaban no pocas diferencias intelectuales⁴², para sacar de aquellas conversaciones ideas fundamentales que marcarán varios puntos de inflexión en los análisis historiográficos actuales. Probablemente, uno de los puntos en común que supo unir el pensamiento de ambos autores fue el estudio de las primeras piezas que podían adscribirse, sin problemas, a una etapa oriental de la Protohistoria de la Península Ibérica.

Cuando García y Bellido se dispuso a analizar el ejemplar adquirido por la colección del Instituto de Valencia de Don Juan, publicado por vez primera en su obra *Fenicios y Cartagineses en Occidente* en 1942⁴³, Bonsor ya había dado cuenta de la aparición de uno de estos jarros de bronce en las excavaciones de la Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona) en 1895, de cuyo conjunto solamente había publicado un dibujo. Ignorando las suposiciones de Bonsor, que los consideraba una manufactura fenicia, García y Bellido les otorgó una procedencia rodia, fechándolos a través de sus paralelos en Cartago y Etruria, en los siglos VII – VI a.C.

La aparición, poco después, del ejemplar de Valdegamas (Don Benito) despertó de nuevo el interés de este autor por el análisis de este tipo de objetos. De ese modo, se

⁴⁰ Peiró, y Pasamar, 2002: 129

⁴¹ Bendala, 1989: 22

⁴² Blázquez, 1995: 190

⁴³ García y Bellido, 1942



personó junto a Blanco Freijeiro en el lugar del hallazgo, realizando ambos un análisis estilístico de la pieza que posteriormente fue publicado por el segundo de ellos en el número 26 de la revista *Archivo Español de Arqueología*⁴⁴. En sus conclusiones, aludía el autor, probablemente bajo la inspiración de su maestro, a la procedencia etrusca de este tipo de piezas, sin abandonar del todo la posibilidad de que hubiese sido fabricada en *Gadir*, ante los caracteres fenicios que algunos de estos ejemplares presentaban:

*“La procedencia rodia no me parece verosímil (...). Queda, por fin, como última posibilidad de que los mismos púnicos los fabricasen en Gádir o en lugar de sus cercanías. De momento, sin embargo, Etruria es el candidato que cuenta con los mejores y mayores argumentos a favor”*⁴⁵.

La publicación de estos primeros jarros de bronce, donde se hacía notar la mano de ambos investigadores, dieron pie a García y Bellido a considerar la posibilidad de que todas estas piezas, tanto las ya publicadas por él como rodias, como las incluidas por su discípulo dentro de su último estudio, hubiesen sido fabricadas en la Península Ibérica dentro de un taller fenicio occidental. Eso suponía que las piezas, como él ya había observado en el arte de Grecia y Etruria, pertenecían a una fase orientalizante peninsular. Esta etapa tomará forma y consistencia en los trabajos que caracterizaron a la última etapa de los años cincuenta del pasado siglo XX.

De entre todos los trabajos dedicados a materiales de estilo mediterráneo, los que alcanzaron mayor impacto en la construcción de una historiografía orientalizante, pues los siguientes supusieron una mera continuación⁴⁶, fueron los tres artículos complementarios que se publicaron en 1956 dentro del mismo volumen de la revista *Archivo Español de Arqueología*. En ellos se hacía alusión, de una forma clara y directa, a la existencia de un arte español orientalizante.

El primero de ellos, siguiendo el orden de publicación, aparece bajo la firma de Blanco Freijeiro, que años antes ya había indicado lo que ahora fundamentaba con argumentos sólidos⁴⁷. A través de un completo análisis, en el que se incluían todas aquellas piezas que aludían a una clara influencia oriental⁴⁸, determina para todas ellas

⁴⁴ Blanco Freijeiro, 1953

⁴⁵ Blanco Freijeiro, 1953: 244

⁴⁶ Blázquez, 2005: 131

⁴⁷ Blanco Freijeiro, 1953

⁴⁸ Debemos destacar dentro de dicho trabajo el asombroso análisis artístico y la reinterpretación que el autor realiza del Tesoro de Aliseda, considerado el primer conjunto de piezas a partir de las cuales se tuvo constancia de la existencia de un influjo orientalizante en el mediodía peninsular. Llega a la conclusión de

un mismo foco de fabricación local bajo una fuerte influencia estilística oriental. Es la primera vez que el vocablo Orientalizante era aplicado en la investigación española con la finalidad de designar un aspecto estilístico de su arte⁴⁹. El segundo artículo pertenece a García y Bellido. En él realiza un análisis y una breve clasificación de los jarros piriformes, deteniéndose de nuevo en el ejemplar del Instituto Valencia de Don Juan, que ya había publicado con anterioridad (fig. 2). El tercer y último trabajo fue realizado por Emeterio Cuadrado quien, catalogaba todos los llamados “braserillos púnicos”.

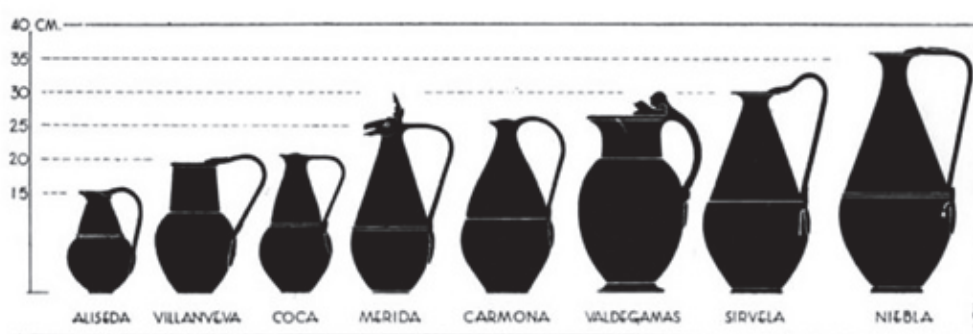


Fig. 2. Jarros hispano-púnicos seriados por sus tamaños (según García y Bellido, 1960: 56, fig. 23)

Como ya ha apuntado Jorge Maier⁵⁰, al realizar un breve estudio acerca de los jarros de bronce analizados por García y Bellido a lo largo de su carrera, la publicación de estos tres trabajos no responde únicamente a la casualidad, afirmación con la que estamos completamente de acuerdo. En ellos, se hace alusión al resto⁵¹, como si de una idea premeditada se tratase, resultando en los tres casos trabajos complementarios que vienen a rellenar distintas partes de una misma historia que tiene, en las conclusiones del artículo de Bellido, la justificación y explicación de todo el conjunto:

“hay derecho a hablar ya -como desde algún tiempo venimos haciéndolo entre nosotros- de un arte español orientalizante, virtualmente coetáneo de la etapa del mismo nombre en el área egea y del arte, más arcaico, etrusco. En una palabra, aquellas corrientes de orientalismo que dieron lugar en la Grecia a la llamada etapa orientalizante de su arte, lejos de ser un fenómeno exclusivamente

que las joyas están fabricadas en Occidente, aunque acusan la existencia de un fuerte influjo etrusco en el estilismo de las mismas. (Blanco Freijeiro, 1956: 11-42)

⁴⁹ Blázquez, 2005: 130.

⁵⁰ Maier, 2004: 122.

⁵¹ Sirva de ejemplo la referencia que Blanco Freijeiro hace al inicio de su texto: “para enlazar con el tema en la forma que el profesor García y Bellido lo presenta, diremos, resumiendo sus observaciones, que los hallazgos se han verificado, en puntos relativamente próximo entre sí, en lo que fue la antigua región tartésica” (Blanco Freijeiro, 1956: 3)

griego, lo fue de todo el Mediterráneo; es decir, lo fue etrusco, lo fue cartaginés y lo fue ibérico”⁵².

Esta afirmación, abría la puerta a la existencia de un arte orientalizante peninsular que, como ya había intuido Mélida, estaba presente en una serie de objetos aislados que desprendían una fuerte influencia oriental cuya originalidad técnica y estilística había sido captada y descrita por estos autores. Pero para nosotros, la transcendencia de estos tres artículos no resultó equiparable. Mientras el trabajo de Cuadrado se limitaba a hacer una aproximación tipológica; los trabajos de García y Bellido y Blanco Freijeiro, permiten extraer interesantes deducciones acerca de una historiografía orientalizante en plena construcción. Quizás la más importante de ellas sea la que hace referencia a la procedencia de estos objetos, adscritos a este periodo orientalizante del arte, pues saber su origen ayudaría a conocer la autoría de los mismos. Tradicionalmente, se ha considerado que todas estas piezas habrían sido fabricadas en un taller fenicio occidental localizado en *Gadir*, pues ésta parecía ser la lectura que se desprendía del análisis de las obras de ambos autores, lo que le daba a los fenicios el protagonismo exclusivo de su producción. Pero el análisis detallado de los artículos presentados por ambos investigadores parece ocultar una idea completamente distinta que hasta la fecha ha sido pasada por alto, probablemente como resultado tanto del peso que Tarteso ha tenido sobre el estudio de la Protohistoria del Suroeste como de la importancia que los investigadores contemporáneos han dado a la figura de otros autores coetáneos en la construcción de este proceso historiográfico.

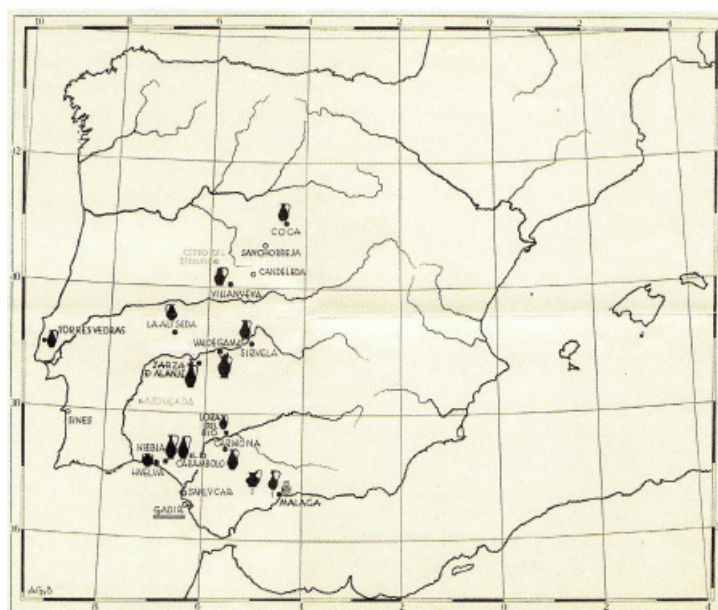


Fig. 3. Mapa de distribución de jarros de bronce (según García y Bellido, 1960: 56, fig. 24)

⁵² García y Bellido, 1956: 104



De ese modo, parece que a la cuestión que García y Bellido plantea en su artículo, donde se pregunta acerca de “¿qué parte le cupo de todo esto a aquella legendaria cultura centrada en Tartessos?”, a la que vemos que no era ajeno, le da respuesta Blanco Freijeiro en su estudio donde afirma, al analizar el tesoro de La Aliseda, lo siguiente:

“Si puede decirse que la forma, aunque de origen oriental, es típicamente ibérica o tartésica, en la técnica del ejemplar de La Aliseda es menester reconocer la deuda con Etruria”⁵³.

Añadiendo y concluyendo a este respecto un poco más adelante:

“A nuestro entender, estos anillos de La Aliseda son obra de orfebres que trabajaban en la Península. Los paralelos aducidos nos revelan claramente el origen oriental de los tipos, y al mismo tiempo el estilo peculiar, lleno de jugosidad, característico de las joyas de La Aliseda. Por ello, es muy posible que sus verdaderos hermanos sean los muchos árboles de la vida que nos ofrece el arte tartésico e ibérico (...). Los vasos de bronce y las joyas de la Aliseda tienen desde luego una clara ascendencia oriental, pero al mismo tiempo poseen una fisionomía propia, peculiar, que permite considerarlos productos de los talleres de las colonias fenicias de nuestro Mediodía, de lo que fué el antiguo imperio tartésico. Cabría incluso afirmar que en sus últimos tiempos la cultura tartésica no fue más que una amalgama de elementos indígenas y de elementos orientales aportados por los colonos fenicios”⁵⁴.

Ambas afirmaciones nos llevan a considerar que para Blanco Freijeiro, Tarteso juega ya un papel fundamental en la construcción del Orientalizante⁵⁵, siendo esta la primera ocasión en la que se intentaba dotar de dimensión cultural a este fenómeno. El problema estaba en que Tarteso era todavía por aquel entonces un gran “desconocido” tanto a nivel cultural como geográfico, del que apenas se conocía lo que narraban las fuentes clásicas, cuyas referencias empujaron a ambos investigadores a considerar que aquellos materiales no podían provenir de otro lugar que no fuera el territorio que comprendió “el antiguo imperio tartésico”⁵⁶. En síntesis, podríamos decir que, sea cual fuere la interpretación que se les dé a estas citas, no las absuelve de ser el detonante de las ideas que caracterizarán los postulados de autores como Maluquer, primero, o Almagro Gorbea,

⁵³ Blanco Freijeiro, 1956: 28

⁵⁴ Blanco Freijeiro, 1956: 50

⁵⁵ Salgado, 2011: 36-37

⁵⁶ Blanco Freijeiro, 1956: 50



posteriormente, quienes, a la luz de los avances arqueológicos de su época, comenzaron a definir la existencia de una arqueología tartésica orientalizante.

Solo un año después de la aparición de estos tres artículos, García y Bellido pondrá el broche final a la idea que planteamos en un nuevo estudio titulado: *El jarro ritual lusitano de la colección calzadilla*, publicado en el número 30 de la revista *Archivo Español de Arqueología*. En el mismo, y con motivo de la aparición de un nuevo jarro de bronce que adquirió para su colección el coleccionista badajocense Fernando Calzadilla Maestre, García y Bellido acotaba por vez primera el área geográfica donde se desarrollaría este fenómeno del arte orientalizante. A grandes rasgos abarcaría “*toda la región al Norte de Cádiz-Huelva comprendida entre el Guadalquivir y el Guadiana a partir de su curso medio*”⁵⁷; al mismo tiempo que se detenía en determinar la procedencia estilística de este arte “*sustancialmente empapado de orientalismos que no han podido llegar hasta aquí sino por vía púnica*”⁵⁸, vocablo que el autor utilizaba para hacer referencia al sustrato fenicio occidental, lo que deja entrever que el elemento púnico es, dentro de la concepción de este arte, un mero transmisor de influencias, que no el productor de ellas.

Por estas mismas fechas, Juan Maluquer de Motes publicaba en la revista *Zephyrus* un artículo titulado *De metalurgia tartesia: el Bronce Carriazo*⁵⁹ (fig. 4) en el que presentaba una pieza que Juan de Mata Carriazo había adquirido en un mercadillo sevillano, por lo que se desconocía su procedencia exacta⁶⁰; tal vez por ello, centró su estudio en un detallado análisis estilístico de la pieza, de la que dedujo su influencia celta y unos caracteres orientales que remitían al levante mediterráneo. Esto le llevó a deducir que se encontraba ante una *pieza maestra de la sensibilidad mediterránea (...) que pertenece de lleno a un período orientalizante del arte*⁶¹.

Pero la lectura de la obra de Maluquer puede ser objeto, bajo nuestro punto de vista, de varios matices. El primero de ellos deriva de la relectura que hemos realizado sobre los trabajos de Blanco Freijeiro y García y Bellido, lo que supone un cambio en la evolución del concepto. El segundo, procede de la importancia que el trabajo sobre el Bronce Carriazo ha tenido dentro de la construcción de la Arqueología tartésica. Tradicionalmente se ha considerado a este estudio como el detonante que dotó al

⁵⁷ García y Bellido, 1957: 137-138

⁵⁸ García y Bellido, 1957: 138

⁵⁹ Maluquer de Motes, 1957

⁶⁰ Maluquer de Motes, 1957: 157

⁶¹ Maluquer de Motes, 1957: 162



Orientalizante⁶² de una dimensión tartésica; una deducción a la que han llegado algunos autores a partir del análisis de la afirmación con la que Maluquer finaliza el artículo⁶³. A este respecto, se expresaba de la siguiente manera Manuel Álvarez en uno de sus múltiples artículos dedicados al estudio de la historiografía de Tarteso⁶⁴:

*“Puede dar la sensación que los célebres trabajos de Blanco Freijeiro, García y Bellido y Cuadrado en Archivo Español de Arqueología en 1956, están en relación con las tesis de Maluquer o directamente con la cuestión de la arqueología de Tartesos, pero no es exactamente así. (...) no defendieron estos objetos orientalizantes como tartésicos porque para ellos lo tartésico era lo indígena y este arte orientalizante era de los fenicios peninsulares”*⁶⁵.

A nuestro entender, la construcción y difusión de esta idea se produce completamente a la inversa y, al mismo tiempo que Maluquer hacía por vez primera referencia al fenómeno, García y Bellido concluía su artículo de 1957 de la siguiente manera:

*“El foco candente y brillante que ilumina este remoto arte de vertiente atlántica fué, incuestionablemente, el gran emporio fenicio de Occidente, la ciudad atlántica de Gádir. Pero esta evidencia no disipa la vaga, inaprehensible e insistente sombra de un gran fantasma histórico que se alza, inmóvil, tras ella: Tartessós”*⁶⁶.

No es, por lo tanto, la adscripción cultural que Maluquer hace de la pieza con respecto al Orientalizante peninsular la que le da un carácter especial a su trabajo. Debemos tener en cuenta que, una vez finalizado su artículo sobre el bronce Carriazo, fue cuando este autor tuvo constancia de la existencia del trabajo *Orientalia I* de Blanco Freijeiro, expresándolo de la siguiente forma dentro del texto:

“Compuestas ya estas notas, recibo una separata de A. Blanco Freijeiro, de un trabajo titulado “Orientalia”, que aparecerá en el vol. de 1956 de Archivo Español de Arqueología, en el que su autor se decide ya a calificar “período orientalizante” a los materiales de La Aliseda y refiriéndose a los oenochoes de bronce a que se ha aludido, los considera decididamente producto de un taller peninsular, no etrusco ni griego que busca hacia la ciudades fenicias del Sur.

⁶² Álvarez Martí Aguilar, 2005: 147 –ss.; 2010: 70 – ss.

⁶³ “Creemos tener, por consiguiente, en el “bronce Carriazo, una prueba patente de la originalidad, técnica, belleza y simbolismo de la metalurgia tartésica. (Maluquer de Motes, 1957:168)

⁶⁴ Álvarez Martí-Aguilar, 2005b

⁶⁵ Álvarez Martí-Aguilar, 2005b: 229

⁶⁶ García y Bellido, 1957: 138



Estamos de acuerdo con el autor, sólo que para nosotros ese foco es con toda evidencia Tartessos, es decir, un foco que se halla necesariamente en contacto con el mundo celta peninsular, y por consiguiente, no puede ser ninguna de las ciudades fenicias del Mediterráneo”⁶⁷.

El desconocimiento que este autor tenía del trabajo de Blanco Freijeiro, probablemente le llevó a pasar por alto determinados enunciados que él mismo reproduce, con iguales intenciones, pero distintas palabras. Es el caso por ejemplo de la hipótesis que recoge Blanco Freijeiro al considerar la viabilidad de *“afirmar que en sus últimos tiempos la cultura tartésica no fue más que una amalgama de elementos indígenas y de elementos orientales aportados por los colonos fenicios”⁶⁸*, donde consideraba la posibilidad de que todos estos objetos pudieran proceder de dicha conexión y que, de ese modo, fueran tartésicos, como a partir de estos momentos defenderán tanto él como su maestro. En suma, esta idea viene a significar lo mismo que Maluquer nos transmite en la redacción de su obra sobre el “bronce Carriazo” cuando afirma: *“la reunión de un elemento occidental con otro oriental, en el suroeste de la Península tiene un nombre recogido por las fuentes históricas “Tartessos”⁶⁹.*



Fig. 4. El Bronce Carriazo

A ello debemos también sumarle el uso de la afirmación *“El taller que Blanco Freijeiro y García y Bellido buscan hacia Gadir, es para nosotros simplemente Tartessos”⁷⁰* como herramienta para fundamentar la idea de la adscripción que estos autores hacen de los bronce aludiendo a su procedencia de talleres fenicios

⁶⁷ Maluquer de Motes, 1957: 168, nota: 26

⁶⁸ Blanco Freijeiro, 1956: 50

⁶⁹ Maluquer de Motes, 1957: 168 (n): 26

⁷⁰ Maluquer de Motes, 1957: 168 (n): 26



occidentales⁷¹. Ésta no puede explicarse por sí sola, pues de lo contrario la lectura e interpretación de la obra resultaría incompleta si en su análisis no tenemos en cuenta la referencia que, dentro del texto, realiza el autor a este respecto: “*Que sea la propia Gadir o una Tartessos no localizada, **no se puede aún precisar**. Ya en la antigüedad la confusión entre Gardir y Tartessos era frecuente. La personalidad occidental peninsular del foco no desmerece si fuera Gadir*”⁷².

La obsesión que Maluquer adquirió con respecto al problema de Tarteso le hará volver sobre las mismas ideas tan solo un año después de la publicación del “Bronce Carriazo”. En esta ocasión abordó el análisis del recién documentado tesoro de Évora⁷³, dejando traslucir en su exposición la intencionalidad existente, por parte de la “*escuela madrileña del profesor García y Bellido*”, de relacionar este tipo de arte con Tarteso, idea que no se había extraído de forma clara con anterioridad, probablemente como resultado del “*carácter conservador*” de la misma:

*“Por una parte la escuela madrileña del profesor García y Bellido, iniciando la revisión de temas de más diversos, se orientaba hacia el reconocimiento de la existencia de una etapa artística orientalizante, paralela al período orientalizante de Grecia y Etruria. Así Blanco Freijeiro, en sus estudios de joyería antigua, **se orientaba directamente hacia el problema de Tartessos**, a partir del momento en que, rompiendo viejos prejuicios, aunque de un modo tímido, **en expresión que dejaba traslucir**, sin embargo, **una convicción firme**, señalaba el carácter de fabricación local de ciertas joyas tenidas siempre por importaciones fenicias, etruscas o griegas. Llegaba a ellos con minuciosas comparaciones y análisis de técnicas y también con la valoración de una sentido artístico peculiar, que diferencia nuestra producción de otros focos mediterráneo y que en definitiva es la expresión de una personalidad diferenciada”⁷⁴.*

Añadiendo a continuación:

*“La escuela madrileña, más cauta, quizás más conservadora, **pero no menos convencida**, no se atrevió de momento a tal calificación, escudándose en una de sus más claras características: la orientalizante”⁷⁵.*

⁷¹ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 229 ;2010: 227

⁷² Maluquer de Motes, 1957:168

⁷³ Maluquer de Motes, 1958

⁷⁴ Maluquer de Motes, 1958: 201-202

⁷⁵ Maluquer de Motes, 1958: 202



De todo ello podemos deducir que la definición dada por Maluquer a lo que él entendía por tartésico, venía a coincidir, en suma, con lo mismo que Blanco Freijeiro y García y Bellido había defendido como orientalizante desde sus primeros trabajos, pues aunque el sustrato fuera local, necesitaba de una influencia oriental para poder considerarse como un producto del arte orientalizante. De ese modo, se deja entrever en la lectura de todos estos trabajos, que ellos son conscientes en todo momento de la existencia de una dimensión tartésica en el trasfondo del problema. Además, no debemos olvidar que Maluquer había participado, cuando todavía era estudiante de la Universidad de Barcelona, en el crucero de 1933⁷⁶, una experiencia enriquecedora en la que tuvo ocasión de recibir clases magistrales de futuros “orientalistas”, como García y Bellido.

En definitiva, lo que realmente queremos hacer entender con esta reflexión es que la importancia de la obra de Maluquer no estriba en considerar a la orfebrería y a los bronce orientalizantes como producción de una población tartésica, idea que de algún u otro modo estaba presente en las obras de la etapa precedente, aunque no se hiciera mención directa de ella. Para Maluquer, Tarteso sigue siendo un gran desconocido, al que digámoslo de esta forma, necesita dar sentido. A esto podemos añadirle la confusión generalizada al considerar que solo las obras de Maluquer ejercieron una influencia sobre las ideas de sus contemporáneos, cuando realmente las obras de muchos de ellos supondrían el sustento necesario que empujaría a Maluquer a formular aquellas pesquisas. Además, la adscripción de la pieza a un horizonte tartésico se sustentaba, básicamente, en ser este el sentido único por el que justificar la existencia de una influencia celta de la pieza⁷⁷, pues la conexión con el mundo oriental quedaba asegurada a partir de la presencia fenicia en las costas sur occidentales.

Dicho esto, podríamos considerar que el punto de inflexión de este trabajo se encuentra en el proceso de homologación de unos materiales que anteriormente caracterizaban a un período orientalizante del arte, cuyo foco real se desconoce, dentro de un fenómeno etnológico-cultural que hasta ahora había permanecido y crecido huérfano; o lo que es lo mismo, la importancia de todo ello no estriba en que Maluquer afirmara que la pieza era tartésica, sino en que dotara a Tarteso de una cultura material que lo iba a representar de ahora en adelante. En este sentido, resulta sumamente paradójico como, a pesar de reivindicar una procedencia tartésica para los bronce estudiados por Blanco Freijeiro y por García y Bellido, a pesar de que ninguno procedía

⁷⁶ González Reyero, 2004; Gracia y Fullula, 2006

⁷⁷ Maluquer de Motes, 1957: 160



del área tartésica, y de considerar al Bronce Carriazo como fósil guía de esta arqueología, éstos se verán eclipsados por la aparición de los “tesoros tartésicos” y el reconocimiento de una cultura material para Tarteso.

La aparición de una arqueología para Tarteso, cuestión en la que nos detendremos brevemente, trajo consigo otra serie de consecuencias que de algún u otro modo se harán notar en los estudios futuros acerca del Orientalizante. Ahora la principal tarea no era describir la ciudad⁷⁸, labor que había ocupado a Schulten y a sus seguidores durante décadas, sino que la prioridad se centraba en definir etnográficamente a Tarteso, al mismo tiempo que se documentaba un registro material que pudiera casar con la descripción cultural que las fuentes hacían de él. Cabe además preguntarse por qué en esta primera aproximación, Maluquer nunca incluyó otras piezas de notable valor artístico adscritas a una concepción orientalizante del arte, como en cambio sí hicieran Blanco Freijeiro o García y Bellido en muchos de sus trabajos. Nos referimos a piezas como la arracada de Madrigalejo, los marfiles de Carmona o el propio Tesoro de la Aliseda, cuya ascendencia oriental parecía clara.

No se trata, pues, de desmontar los diferentes trabajos de historiografía realizados sobre el tema, a los que consideramos de alto valor científico, sino que, por el contrario, queremos llamar la atención sobre el vacío de información que ha venido provocado, por un lado, por la lectura solitaria del artículo *Orientalia I* de Blanco Freijeiro, considerado como único incursor conceptual en la construcción de una historiografía del orientalizante peninsular, y, por otro lado, a la ausencia, dentro de los análisis historiográficos, de artículos similares a éste cuya importancia no ha sido tomada en cuenta. Consideramos que en este sentido la equivocación ha venido provocada por un error en la dirección de lectura de los trabajos, en tanto en cuanto las interpretaciones acerca del Orientalizante siempre han nacido de una historiografía que partía de Tarteso y no de unos trabajos que hayan analizado el Orientalizante como un fenómeno estructural independiente, proyecto en el que nosotros nos hemos embarcado.

Por su parte, Blanco Freijeiro y García y Bellido volvieron en 1960 a presentar sendos trabajos dentro de la revista *Archivo Español de Arqueología*. Blanco Freijeiro presentaba su *Orientalia II*, donde realizaba un análisis de los marfiles orientalizantes sin aportar ninguna novedad más al proceso que venimos analizando; mientras, García y Bellido, realiza un nuevo *Inventario de jarros púnico-tartésicos*, en el que además de recopilar todos los ejemplares conocidos hasta la fecha y acotar definitivamente la extensión

⁷⁸ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 143; 2013: 226



geográfica del fenómeno según la dispersión de los mismos, analiza en primera persona sus trabajos anteriores, exponiendo de manera clarividente la idea que desde 1956 tanto Blanco Freijeiro como él pretendían transmitir con sus interpretaciones:

“Respecto al origen de estas piezas ya establecimos en 1956 (AEArq. 29, 1956, 102ss.) nuestra creencia de que, más que en objetos importados, habíamos de pensar en productos indígenas fabricados en algún taller, o algunos talleres, de la región atlántica cercana al Estrecho; más concretamente, de la franja costera entre Huelva y Cádiz; es decir, en la región propiamente tartésica. No vamos a repetir ahora los argumentos en que nos apoyábamos (argumentos que, por otra parte, siguen válidos seis años fecha) (...).

Un año después (refiriéndose a la cuestión con la concluía su artículo de 1957, a la que nosotros hacíamos alusión al exponer el desarrollo de este artículo), me atreví a volver resueltamente sobre la misma pregunta contestando a ella con estas palabras: “El foco candente y brillantes que ilumina este remoto arte de vertiente atlántica fue, incuestionablemente, el gran emporio fenicio de Occidente: Gadir. Pero esta evidencia no disipa la vaga, inaprehensible e insistente sombra de una gran fantasma histórico que se alza inmóvil tras ella: Tartessós”

*Las investigaciones que simultáneamente había emprendido A. Blanco sobre las joyas hispano-púnicas llevaban a los mismos resultados (...). De tal modo que hoy no se pecaría de ligero si, a tenor de los datos conocidos, afirmásemos que buena parte de la joyas aquí halladas, y casi todos, o todos, los jarros de bronce conocidos en esta zona, **han de tenerse por productor tartéssicos**, hispano-púnicos; es decir, indígenas, si bien concebidos según las normas o modas artísticas entonces imperantes en todo el Mediterráneo, con lo que aludimos -bien se comprende- al llamado arte “orientalizante”⁷⁹.*

Esta idea deja entrever lo que García y Bellido quería realmente transmitir en sus obras anteriores, lo que disipa cualquier duda acerca de cuál fue el primer foco de producción de este arte orientalizante, donde para él trabajaban de forma conjunta tanto el elemento oriental aportado por los fenicios occidentales a los que denominaba púnicos, como el sustrato local indígena que identificaba con Tarteso⁸⁰; cuyo análisis podemos

⁷⁹ García y Bellido, 1960: 60

⁸⁰ Esta idea acabará de pulirse en el último artículo que dedica al estudio de los jarros de bronce y piezas orientalizantes donde expone de forma clara: “Así, pues, el seguir designando estos jarros como púnico-tartessios, según hicimos en otro lugar, ya no parece tan justo. Sería preferible conocerlos simplemente como tartesios. Precisamente aquella mezcla de púnico, griego o indígena es la característica de todo el



concluir haciendo uso de la afirmación con que Bellido acaba uno de sus últimos artículos a este respecto:

“Nos hallamos, pues, ante un complejo cultural “orientalizante” al que podemos llamar, por el lugar y tiempo en el que se desarrolla y florece, “tartésico”, con el mismo derecho con que se ha llamado griega, etrusca o cartaginesa a las formas culturales que prosperaron bajo el mismo signo y en la misma época en Grecia, Etruria o Carthago”⁸¹.

Estos trabajos ponen fin a la etapa que hemos definido como artística para el orientalizante, y que sirvieron de puente, al mismo tiempo, para concretar los horizontes cronológico y cultural. La revisión de todos estos trabajos nos permite afirmar que es el análisis de todos ellos y la conexión que realmente se establece entre los mismos, lo que llena de particularidad histórica a este fenómeno. Nos encontramos, por lo tanto, frente a una etapa evolutiva, marcada por la fuerte influencia del difusionismo y las teorías autoctonistas del momento. Así, otorgar el peso de toda la construcción de dos conceptos tan abstractos sobre la figura de un solo investigador, puede hacernos recaer en la misma piedra que, desde nuestro punto de vista, ha supuesto hasta la fecha el escollo con el que la reconstrucción de la historiografía del orientalizante se ha venido topando desde sus inicios.

El pensamiento de García y Bellido y Blanco Freijeiro evolucionó por los caminos que eran de esperar, sin tener que buscar en trabajos coetáneos la idea que ya se puede extraer de los mismos. El desconocimiento de las piezas llevó al primero de ellos a considerarlas de manufactura rodia; posteriormente, su identificación con elementos del Mediterráneo central, llevó a ambos a considerarlas etruscas, pues en aquella región reconocían la existencia de un fenómeno orientalizante; hasta que finalmente las consideraron procedentes de un taller occidental donde, por fuerza, debían coexistir poblaciones orientales y locales que serían, en suma, la materialización de este fenómeno orientalizante⁸², cuya dimensión cultural no entraremos aquí a valorar.

En definitiva, esta recopilación de ideas nos permite concluir que la conexión entre un arte orientalizante y el sustrato de población local del sur peninsular se produjo con

arte orientalizante de los siglos VII y VI en el Occidente y por tanto del arte tartésico”. (García y Bellido, 1964:80)

⁸¹ García y Bellido, 1960: 62

⁸² “Por el momento, y mientras otra cosa no se diga, los términos hispano-púnico, púnico-tartésico, tartésicos y hasta en general, oriental y púnico, son empleados aquí algunas veces como aproximadamente sinónimos”. (García y Bellido, 1960: 44 (*))



anterioridad a las tesis de Maluquer, cuyas ideas responden a un concepto muy diferente, basado en la materialización, exclusiva, de Tarteso. El hecho de que la idea que perseguimos no se definiera en términos claros a lo largo de los primeros años de la década de los cincuenta, no la exime de ser considerada como una corriente básica usada con anterioridad⁸³.

⁸³ Salgado, 2011: 38



I.3 UNA ETAPA DE TRÁNSITO ENTRE LA LITERATURA Y LA ARQUEOLOGÍA: LA CONSTRUCCIÓN/DESTRUCCIÓN DE UNA ARQUEOLOGÍA ¿ORIENTALIZANTE? PARA TARTESO.

“Por desgracia la Arqueología no nos sirve en absoluto para este caso pues no existe una cultura tartésica que haya aparecido en los niveles de excavaciones arqueológicas. Sería demasiado sencillo prescindir, olvidar, todas las frases que los autores antiguos dedicaron a Tartessos por el hecho de que los arqueólogos, que por cierto han buscado muy poco por tierras andaluzas, no nos pueden dar una cerámica o unos bronces “tartésios”.

(Pericot, 1950: 250-251)

En un avanzado período de posguerra, España cerraba la década de los años cincuenta, abriendo las puertas a una nueva etapa protagonizada por el fin del aislamiento internacional y el inicio del conocido “aperturismo”, como resultado del fracaso que el modelo autárquico, impuesto por el Gobierno Nacionalista al final de la Guerra Civil, había experimentado. Este avance tuvo repercusiones en otros ámbitos, incluyendo las esferas de la investigación y el conocimiento, las cuales contaron en esos momentos con un importante y necesario relevo generacional que, al mismo tiempo que favoreció la apertura de nuevos campos de trabajo, facilitó la recepción de novedosos mecanismos metodológicos y renovadas estructuras de pensamiento que ya se venían poniendo en práctica desde hacía algunos años en otros países europeos. Fue dentro de este marco político, caracterizado por el esencialismo histórico con el que España miraba en aquel momento a su pasado, donde se sitúa la “materialización” de Tarteso, proceso en el que nos vemos obligados a detenernos, a pesar de nuestras reticencias a volver a redundar en su construcción historiográfica⁸⁴, dadas las repercusiones que ésta tuvo dentro de los estudios del Orientalizante.

El nacimiento de una arqueología para Tarteso, trajo aparejada una serie de consecuencias que convierten a esta etapa historiográfica en un período de renovación cargado de confusión y ambigüedad. La superación de una Arqueología Objetual o de Gabinete, donde la pieza era el único elemento destacable, en el marco de unos estudios que resultaban más descriptivos que históricos, daba paso a una nueva concepción de la

⁸⁴ Somos conscientes de que en ocasiones no podemos eludir la estrecha relación establecida entre Tarteso y el Orientalizante, fruto del devenir historiográfico de la segunda mitad del siglo XX. Pero de igual modo comprendemos que hoy en día la Historiografía Española cuenta con magníficos estudios que, cargados de un alto rigor científico, han sabido rellenar el vacío especulativo que, hasta hace solo unos años, giraba en torno a la creación de la leyenda de Tarteso.



arqueología marcada por un modelo de pensamiento positivista y una *praxis* en la que la excavación y los trabajos de campo comenzaban a tomar una dimensión destacada y predominante, hasta el punto de ser considerados como la única herramienta metodológica válida para la comprensión de los fenómenos que atañen a las civilizaciones del pasado. Con ello, la esencia histórica se mantenía, al mismo tiempo que se sumaban las nuevas lecturas estratigráficas, de las que extraer las secuencias culturales de los asentamientos, y la elaboración de tablas tipológicas, a partir de las cuales determinar la cronología relativa de los mismos. A partir de estos momentos, la Historia comenzaba a escribirse en base a la catalogación de las primeras manufacturas cerámicas contextualizadas, clasificadas a partir de su evolución estilística y morfológica, de la que se extraía una gran información con respecto a la secuencia cultural y cronológica de cada uno de los asentamientos. Esta nueva visión metodológica acabará fraguando en la mentalidad epistemológica española a finales de los setenta como resultado de la adopción de la Nueva Arqueología y la aplicación de las teorías procesualistas que de ella se derivaban. No obstante, dichas teorías tardarán en arraigar dentro de la comunidad científica española, entre la cual, el historicismo cultural se había granjeado un puesto destacado y difícil de eliminar.

Esta nueva manera de “hacer” Arqueología favorecerá el paulatino abandono de las tesis de Schulten, al que no se le negaba su importante labor, al desempolvar los restos de un Tarteso casi olvidado a principios del s. XX. Sus ideas habían hecho correr ríos de tinta entre la comunidad científica, asolada por los infortunios de la infructífera búsqueda de la ciudad de Tarteso, una circunstancia que les empujó a valorar la necesidad de adoptar nuevos criterios, más empíricos y arqueológicos, en la búsqueda del que ya era un auténtico mito nacional. Resultaba imposible comprender cómo una civilización, recogida en las fuentes antiguas por la longevidad de su monarca y las riquezas de su reino, había desaparecido sin más, lo que empujaba a muchos a pensar que todavía debía quedar en el terreno algo de ella⁸⁵.

Sin embargo, el desorden con el que se inaugura esta etapa historiográfica viene provocado por la sustitución del Orientalizante como representante material de Tarteso. A partir de finales de la década de los sesenta, los estudios de Tarteso experimentan un enorme crecimiento como consecuencia de la revalorización de las teorías autoctonistas.

⁸⁵ La afirmación recogida por Bendala (1992b: 20) en su trabajo “*Tartesos: ¿Concierto o desconcierto?: -Déjate de Avieno y husmea el terreno!*” es un fiel reflejo tanto, del interés por dotar a Tarteso de una cultura material propia como de las novedades metodológicas que comenzaban a asentarse, donde la lectura e interpretación de las fuentes resultaba ya una tarea agotadora.



Estas circunstancias provocaron el surgimiento de una gran variedad de significados para Tarteso, lo que ha distorsionado la reconstrucción historiográfica de ambos fenómenos, llegándose incluso a confundirlos y malinterpretarlos.

Así, aquellos materiales “orientalizantes” que parecían representar los primeros y mejores ejemplos de la existencia de un arte oriental(izante) en el suroeste de la Península Ibérica, comparable a los de Grecia y Etruria, dejarán de constituir, a partir de estos momentos, un referente formal dentro del estudio de este fenómeno. Estas circunstancias favorecerán, como a continuación iremos viendo, el progresivo desvanecimiento del Orientalizante como corriente artística y primera cultura material de Tarteso; aunque continuará utilizándose dentro de la investigación bajo la fórmula “orientalizante-tartésico”, su significado se irá progresivamente desdibujando hasta convertirse en un recurso casi residual. Este proceso desembocará en la definitiva transformación etimológica y conceptual del concepto Orientalizante, hasta dotarse de las dimensiones cronológicas y culturales con las que actualmente se aplica el término para definir determinadas manifestaciones materiales documentadas en las tierras del interior y Portugal. Es esta ambigüedad en la que el Orientalizante se sumerge a partir de la década de los sesenta la que nos lleva a considerarlo como un término impreciso poco adecuado para la caracterización histórica.

I.3.1. El nacimiento de un mito:

El punto de inflexión de este cambio se produjo el 28 de septiembre de 1958 cuando, con motivo de unas obras que se estaban realizando en las instalaciones de la Real Sociedad de Tiro de Pichón de Sevilla, se tuvo constancia del hallazgo de un conjunto de 21 piezas de oro que, tras el tesoro de la Aliseda, constituían el mayor conjunto áureo documentado en la Península Ibérica⁸⁶. La incertidumbre del hallazgo dio paso al inicio de las primeras excavaciones arqueológicas. Con ellas se pretendía dar un contexto al conjunto, cuyo excavador, el por aquel entonces Catedrático de Prehistoria e Historia Antigua y Media de España de la Universidad de Sevilla, Juan de Mata Carriazo, puso en relación directa con Tarteso. Aunque relacionó el hallazgo con los materiales estudiados por Blanco Freijeiro, García y Bellido y Maluquer, Carriazo consideraba que el hallazgo del tesoro de El Carambolo suponía la constatación de una primera y clara evidencia arqueológica vinculada a la, hasta aquel momento, desconocida civilización⁸⁷:

⁸⁶ Una reciente y actualizada visión en Bandera de la y Ferrer (eds.), 2010.

⁸⁷ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 151.



*“Casi todos los que han conocido este descubrimiento, y nosotros los arqueólogos de la escuela de Sevilla desde el primer instante, hemos dicho a la vez ¡Aquí está por fin algo de Tarteso! Y hemos tenido la sensación de que ha empezado a levantarse el velo que hasta ahora nos ocultaba por completo a esa civilización hermética, con la que España comienza su Protohistoria, la primera entidad política superior de todo el Occidente europeo, sobre la que poseemos tantos y tan brillantes informes literarios, y cuyo contenido arqueológico apenas podíamos inducir mediante hipótesis atrevidas (...)”*⁸⁸.

Carriazo partía de la base de que el tesoro era indígena, reiterando de ese modo tanto las ideas que había adquirido de su maestro Gómez-Moreno quien, desde principios del siglo XX, se había interesado por el estudio de esta intrigante civilización cuyas raíces había situado en el megalitismo andaluz⁸⁹; como en las tesis promulgadas por Maluquer y recogidas en dos interesantes trabajos. Quizás el más destacado de los dos, por ser el más desconocido, sea el artículo publicado en el número 6 de *Zephyrus* bajo el título: *El proceso histórico de las poblaciones peninsulares I*, donde Maluquer aludía al carácter indígena de Tarteso, considerando apremiante el hecho de identificar y estudiar la cultura material, abandonando, de ese modo, todo interés por localizar la ciudad, trabajo que para él resultaba completamente secundario⁹⁰:

*“Si al contrario nos fijamos en el mundo tartésico tal como nos lo exponen las fuentes literarias, resalta poderosamente la idea de que se trata de una estricta continuidad de un mundo indígena muy viejo en el país. (...) Interpretamos por consiguiente el mundo tartésico como el florecimiento de la población indígena ante la fuerte elevación del nivel de vida al que no serían ajenos, desde luego, los estímulos coloniales mediterráneos”*⁹¹.

Así, la procedencia indígena que Carriazo le había asignado al tesoro teniendo en cuenta dónde había sido documentado, conectaba el conjunto áureo con un Tarteso cuya etnografía todavía conservaba el componente celta y oriental que Maluquer le había ido atribuyendo a lo largo de sus diferentes estudios. Esta primera interpretación, y el hecho

⁸⁸ Carriazo, 1960: 23

⁸⁹ Gómez-Moreno, 1905.

⁹⁰ La culminación de los postulados planteados en esta obra fue la celebración, en 1960, del *I Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular* organizado por el propio Maluquer. Allí presentó una contribución que versaba sobre las nuevas orientaciones que debían seguir las investigaciones sobre Tarteso, refutando su idea de abandonar la búsqueda de la ciudad, para centrarse en la localización de una cultura material que, como ya había certificado el hallazgo de El Carambolo, únicamente había que definir. (Maluquer, 1960).

⁹¹ Maluquer, 1955b: 243

de que Maluquer participara junto a Carriazo en el estudio estratigráfico de las excavaciones que prosiguieron al hallazgo del tesoro, ha llevado a la historiografía a considerar a este último como el mejor seguidor de las tesis que el catedrático salmantino había ido construyendo⁹². Esto ha empujado recientemente a varios investigadores a matizar dicha idea, para lo que sustentan su argumento en la distinción real que cada autor hace de la cultura tartésica dentro de sus trabajos, algo que irremediamente se ve reflejado en la separación definitiva del pensamiento de ambos investigadores. Mientras que para Maluquer Tarteso era una civilización mixta, Carriazo se afanaba en demostrar el carácter autóctono de la que para él era la primera cultura urbana occidental.

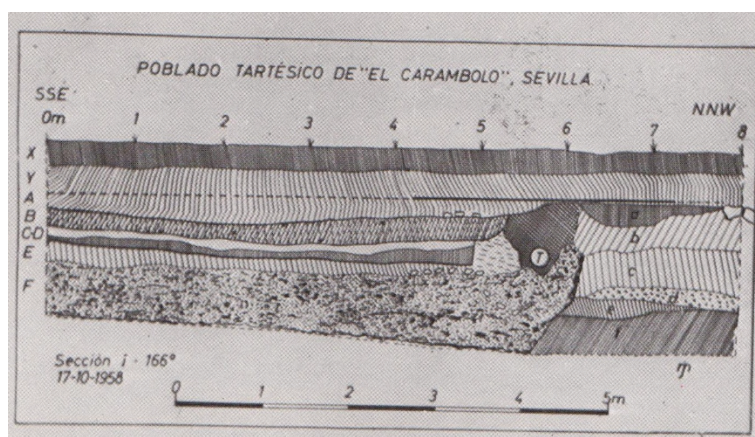


Fig. 5. Corte aproximadamente Norte-Sur de la excavación, interpretado por Juan Maluquer de Motes, (según Carriazo, 1973: 219, fig. 147)

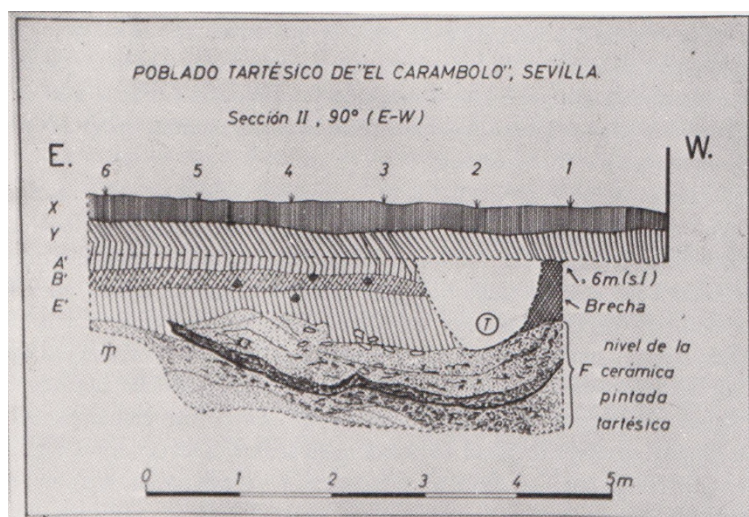


Fig. 6. Corte aproximadamente Este-Oeste (a lo largo del muro en reserva, interpretado por Maluquer (según Carriazo, 1973: 219, fig. 148)

De ese modo, el avance desenfrenado de las investigaciones y el inicio de las excavaciones en el denominado “fondo de cabaña” del Carambolo Alto, acabarán por enterrar algunas de las ideas de Maluquer. Aquellos trabajos documentaron la existencia

⁹² Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 151 – ss.



de una serie de objetos que representaban lo genuinamente tartésico y, como tal, comenzaron a ser definidos por sus excavadores. De entre todos ellos, fueron sin duda las cerámicas denominadas tartésicas las que más atención acapararon. Entre éstas se distinguieron dos tipologías: las denominadas de “retícula bruñida” y las bautizadas “tipo Carambolo” -pintadas y decoradas con esquemas geométricos-, a partir de las cuales se iniciaba la descomposición de la fisionomía de Tarteso que se despojaba de todo componente oriental. No había nada en ellas que remitiese a una influencia semita, ni su estructura, ni su forma, ni su decoración; sino que por el contrario, éstas hundían sus raíces en la más remota prehistoria andaluza⁹³, lo que las convertía en una producción exclusivamente local, anterior a la llegada de los colonizadores orientales.



Fig. 7. Cerámica pintada tipo ‘Carambolo’

La popularidad que aquellas teorías fueron adquiriendo llevó a que se cuestionaran las tesis que determinaban la existencia de una arqueología orientalizante como definición material de Tarteso, lo que empujó a todos aquellos que las habían formulado, a verse obligados a retraerse de sus antiguos pensamientos. Fue en el marco de este desorden conceptual donde se inscribe la celebración del *V Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, organizado por Maluquer en 1968, en Jerez de la Frontera. Dicho encuentro tenía como fin poner en común los avances de toda una década de estudios⁹⁴ marcada por la disparidad de opiniones. Esta pluralidad fue probablemente la razón que llevó a Maluquer a dedicar, de manera exclusiva, el encuentro a Tarteso y sus problemas.

Los resultados obtenidos, tanto a nivel metodológico como teórico, se convirtieron para algunos en el punto de inflexión necesario para determinar las vías a seguir en las

⁹³ “La nota esencial de los materiales de El Carambolo es su indigenismo. Casi todos estos materiales se enlazan con los de las civilizaciones eneolíticas del Bajo Guadalquivir; y luego se enlazan entre sí, como para demostrar que son autóctonos” (Carriazo, 1969: 339)

⁹⁴ Maluquer ya había promovido en 1960 la celebración del primero de estos *Symposios*, donde ya se encargó de intentar definir las líneas de trabajo a seguir en el estudio de Tarteso. Era consciente del revuelo que el hallazgo de El Carambolo había causado y aún causaría. (Maluquer, 1960)



futuras investigaciones sobre Tarteso. Éste había encontrado su lugar dentro del lenguaje de *los círculos culturales* que en aquel momento regían las construcciones historicistas en las que se enmarcaba el estudio de la Protohistoria peninsular⁹⁵. Frente a ello, muchos otros consideraron este encuentro como la reiteración de las tesis que Maluquer venía defendiendo desde 1955, lo que ha empujado incluso a valorar sí, los resultados conocidos de este encuentro, no habrían sido establecidos de antemano⁹⁶.

Sea cual fuere el resultado final de esta reunión, lo cierto es que Maluquer hizo uso de la misma para actualizar los datos que hasta ese momento se conocían acerca de una recién nacida arqueología de Tarteso. Aprovechó su alegato final para dar un giro definitivo a la historiografía del Orientalizante, desmontando la funcionalidad de éste con respecto a la materialidad de Tarteso. Aquella idea empujó al Orientalizante a un segundo plano del que, de algún u otro modo, nunca saldrá.

*“Hemos visto como en realidad el pueblo tartésico es el resultado de un proceso occidental milenario en que cristalizan los elementos más diversos, continentales indígenas y mediterráneos, abierto y receptivo a cuantas novedades o aportaciones, técnicas o espirituales les alcancen. Su incorporación a las corrientes orientalizantes que invaden el Mediterráneo no es fundamental en su proceso sino mero episodio que le ofrece un marco adecuadísimo a sus posibilidades. Ni siquiera el silencio de las fuentes, fruto de las circunstancias históricas, ahogará un proceso que creó la primera gran civilización del Occidente”*⁹⁷.

Para Maluquer, el Orientalizante solo había *contribuido a enmascarar* el verdadero origen de la cultura material tartésica, y por esa razón no debía continuar usándose en su definición⁹⁸. Esta nueva relectura nos permite pararnos a reflexionar acerca del papel real que el Orientalizante había jugado a lo largo de todo este proceso. Parece que éste únicamente había funcionado como un mero mecanismo para la construcción y definición de una cultura material para Tarteso en un momento en el que las tesis de Schulten contaban con un gran número de adeptos.

Esta idea, explica quizás por qué Maluquer no tuvo nunca en cuenta otros objetos orientalizantes como el tesoro de la Aliseda, la arracada de Madrigalejo o aquellos

⁹⁵ Fernández-Miranda, 1993

⁹⁶ Álvarez Martí-Aguilar, 2005:170

⁹⁷ Maluquer de Motes, 1970: 165-166

⁹⁸ Maluquer de Motes, 1972: 65.



procedentes de la Meseta, en su particular construcción de un orientalizante tartésico, para cuya construcción solo se sirvió de los jarros de bronce. A través del estudio y análisis de los jarros supo canalizar el impulso intuitivo del que realmente nace este fenómeno. Prueba de ello es también tanto la desvinculación total de Tarteso y el Orientalizante, pues ahora que este primero tenía su propia cultural material ya no estaba “necesitado” del componente oriental; como la eliminación dentro del panorama arqueológico de aquellos objetos que habían ayudado a definir la arqueología tartésico-orientalizante, de los que no se volverá a hacer mención dentro de este proceso⁹⁹. El Orientalizante había sido, por lo tanto, una mera “solución”¹⁰⁰ para dotar a Tarteso de una primera cultura material que, posteriormente, poco tendrá que ver con él.

La separación entre ambas corrientes no se produjo de una manera inmediata, como bien señala Álvarez Martí-Aguilar en su obra *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*¹⁰¹, donde hace referencia a la existencia de un período en el que *conviven en buena armonía los estudios sobre objetos orientalizantes a la manera de Maluquer, García y Bellido y Blanco Freijeiro, los estudios estratigráficos y las clasificaciones cronotipológicas de conjuntos cerámicos, y aún nuevas reconstrucciones historicistas sobre el imperio tartésico*¹⁰². Como justificación de ello trae a colación varios trabajos recopilados en la obra *Las Raíces de España*¹⁰³, dentro de la cual se recogen algunas citas de Blanco Freijeiro y Maluquer a este respecto. Sin embargo y, bajo nuestro punto de vista, resultan bastante pocas las referencias que en ella se hacen a favor de la pervivencia de un orientalizante tartésico, más aún si tenemos en cuenta que sendos autores habían participado en la construcción de este fenómeno del que ahora parecen retractarse¹⁰⁴. A nuestro juicio, la conexión entre el Orientalizante y Tarteso nunca llegó a desvanecerse del todo. Aunque materialmente ya no lo definiera, el Orientalizante ha permanecido y permanece vivo dentro del mito historiográfico creado por Tarteso. Los fenómenos se transforman, varían, cambian de posición, pero no desaparecen, menos aún cuando de algún u otro modo han formado parte de la conciencia nacional.

⁹⁹ Álvarez Martí Aguilar, 2005: 159

¹⁰⁰ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 156

¹⁰¹ Álvarez Martí-Aguilar, 2005

¹⁰² Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 164

¹⁰³ Gómez-Tabarena (ed.), 1967

¹⁰⁴ Ambos textos dejan ya intuir el latente autoctonismo de Tarteso y su importante y solitario papel dentro de la reconstrucción de la Protohistoria peninsular. Aunque no abandonan el uso del concepto “orientalizante”, su aplicación y asimilación dentro del horizonte tartésico se vuelve casi anecdótica, lo que nos certifica, sobre todo en el caso de Maluquer, como las teorías derivadas del hallazgo de El Carambolo comenzaban a ganar terreno.



Un ejemplo excepcional de esta pervivencia se recoge en los estudios de José M^a Blázquez, en cuya obra no solo se refleja esta repetida conexión entre Tarteso y el Orientalizante, sino que en ella se aprecia además la huella intachable de sus maestros. Blázquez había sido estudiante de Filología Clásica en la Universidad de Salamanca, donde por aquel entonces Maluquer era Catedrático de Prehistoria. Poco años después pasó a la Universidad de Madrid para realizar su doctorado bajo la tutela de García y Bellido, al que sucederá en la dirección del Instituto Rodrigo Caro del CSIC. A diferencia de sus maestros, Tovar, García y Bellido y Blanco Freijeiro, Blázquez pertenecía a una nueva generación de arqueólogos e historiadores, que entendían el estudio de la Historia como el resultado de un todo donde debían combinarse la epigrafía, la lectura de las fuentes clásicas, la numismática y la arqueología, pues solo de esa manera podía conseguirse una reconstrucción histórica fiel¹⁰⁵. Tuvo oportunidad, al igual que la generación que le precedía, de viajar en innumerables ocasiones al extranjero. Allí recibió formación en universidades de Italia y Alemania¹⁰⁶ donde se dotó de un gran conocimiento tanto de la Historia de Roma, una de sus pasiones, como del estudio del Mediterráneo, la colonización fenicia y griega, y Tarteso, continuando de ese modo la estela que a este respecto había forjado su maestro.

Así, la herencia de García y Bellido se hacía sentir en los primeros trabajos de Blázquez. Al igual que aquel, se detuvo en el estudio de los jarros de bronce y de la orfebrería orientalizante, que tantas suspicacias habían despertado en la década anterior. A este respecto dedicó dos de sus primeras contribuciones científicas: *Jarros piriformes tartésios de bronce en la Hispanic Society of America y en el Metropolitan Museum of New York*¹⁰⁷ y *Joyas orientalizantes extremeñas del Museo Arqueológico Nacional de Madrid*¹⁰⁸, respectivamente. Pero fue en su obra *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia de Occidente*¹⁰⁹ en la que dará buena cuenta tanto de la conexión que existía entre discípulo y maestro, como de la existencia de una rama de la historiografía que todavía abogaba por la perduración del vínculo que unía al arte oriental con Tarteso, una que paulatinamente se fue transformando.

Blázquez emprendía esta nueva tarea diez años después del descubrimiento de El Carambolo, por lo que se propuso realizar una obra donde se combinaran los nuevos hallazgos considerados tartésicos y las recientes evidencias de una arqueología fenicia en

¹⁰⁵ Mangas y Alvar (eds.), 1993

¹⁰⁶ Peiró y Pasamar, 2002: 132 – 133

¹⁰⁷ Blázquez, 1963: 121-123.

¹⁰⁸ Blázquez, 1963: 5-15.

¹⁰⁹ Blázquez, 1968: 1975.



plena gestación, gracias, entre otros, al programa de investigaciones que el Instituto Arqueológico Alemán puso en marcha en las costas de Málaga¹¹⁰. En su desarrollo, el autor se detuvo en analizar las fuentes clásicas, así como los jarros de bronce, la orfebrería o los marfiles, entre otros detalles, para lo que mantuvo, en todo momento, el mismo discurso que, con anterioridad, habían utilizado Blanco Freijeiro y García y Bellido, tanto en lo narrativo como en su estructura. Sin embargo, y a diferencia de éstos, Blázquez introdujo como novedad en su trabajo un capítulo dedicado al estudio del Orientalizante en Etruria, a través del cual intentaba establecer las concomitancias que éste presenta con respecto al “*período orientalizante hispano*”¹¹¹, concepto sobre el que volverá en varias ocasiones a lo largo de su carrera¹¹². Un buen reflejo de la pervivencia a la que hacíamos alusión, son las palabras con las que Blázquez inicia su capítulo de conclusiones:

*“El análisis del material asignado hoy a los Tartessos ha llevado a Blanco, García y Bellido y Maluquer a señalar la existencia de un período orientalizante, paralelo al de Etruria, Grecia y Cartago. **Tartessos es este período orientalizante.** En realidad el fenómeno que se produce en todo el Mediterráneo entre los s. VIII – VI es una gran koiné circunmediterránea, una de cuyas provincias sería Tartessos, que ofrece algunas características que le diferencian de las otras regiones”*¹¹³.

La obra de Blázquez, ampliada y actualizada en una reedición que vio la luz en 1975, es uno de los más notables exponentes de la defensa del indigenismo de Tarteso mediante el orientalizante¹¹⁴, del mismo modo que con anterioridad lo habían sido las obras de Blanco Freijeiro, García y Bellido y Maluquer. Dicha reedición mantuvo el mismo espíritu que la obra publicada siete años antes, lo que demuestra que el Orientalizante había sobrevivido en las creencias de algunos investigadores que siguieron abogando por la existencia de una influencia oriental en el horizonte indígena de los siglos VIII – VII a.C. en todo el Suroeste peninsular, desde la costa hasta el interior. Sin embargo, esta estela acabará perdiéndose como consecuencia de la innumerable cantidad de preguntas que, por aquel entonces, giraban en torno al recién “identificado” Tarteso, unas cuestiones que el Orientalizante no parecía poder responder. Esto le llevó a convertirse en un concepto abstracto, desprovisto de un horizonte material en el que verse representado,

¹¹⁰ Marzoli, 2006.

¹¹¹ Blázquez, 1968

¹¹² Blázquez, 2001

¹¹³ Blázquez, 1968:211

¹¹⁴ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 170



vacío realmente de contenido hasta su posterior asimilación dentro de la esfera cronológica y cultural.

Mientras, Tarteso pasaba a copar las primeras páginas de todas las publicaciones y, como suele ocurrir en este tipo de situaciones, rápidamente se vio acompañado de un gran número de nuevos yacimientos que pertenecían a aquel legendario reino. Quizás el más relevante de todos fue el corte estratigráfico que Carriazo y Raddatz efectuaron en Carmona en 1960, cuyos resultados llevaron a Carriazo a asegurar que *“todas las presunciones sobre la fuerza, la suntuosidad y el refinamiento de Tartesos quedan comprobadas hasta la saciedad. Tartesos deja de ser un mito poético, para convertirse en un complejo arqueológico”*¹¹⁵.

I.3.2. Tarteso y Orientalizante: juntos pero no revueltos:

Heredera de los trabajos que habían caracterizado a los últimos años de la década de los sesenta, la década de los setenta vendrá marcada por la definitiva “desorientalización” material de Tarteso, proceso que traerá consigo un ejercicio de revisión historiográfica y renovación histórica cuyos resultados han brindado lecturas muy diversas. Así, la aceptación consensuada de que el Orientalizante no constituía la mejor representación material de Tarteso, arrastró consigo el vínculo que mantenía unidas la arqueología andaluza y la extremeña, que ahora comenzarán a mirar en direcciones muy distintas. Estas circunstancias nos brindan la oportunidad de alejarnos historiográficamente de la legendaria civilización, aunque solo sea de manera parcial, para desviar nuestra atención hacia los procesos que acontecen en estos momentos en el Valle Medio del Guadiana donde, el inicio de la década de los setenta, traería consigo uno de los instantes más prósperos de la arqueología de esta región.

Extremadura había sido testigo desde principios de la década de los años veinte de la aparición de interesantes objetos, a partir de los cuales se colocaron los cimientos para la construcción de una arqueología orientalizante de Tarteso. El hallazgo del tesoro de El Carambolo hizo venirse abajo este complejo edificio, relegando a un segundo plano a todos aquellos materiales que, con el apelativo de “orientalizantes”, habían caracterizado más de una década de la protohistoria peninsular. Prueba de ello fue la reducción notable de los hallazgos protohistóricos documentados dentro de los territorios que comprenden los valles medio de los ríos Guadiana y Tajo, resumidos en esta década a la aparición de

¹¹⁵ Carriazo y Raddatz, 1960: 286



los torques de Berzocana¹¹⁶ y el tesoro de Serradilla¹¹⁷ que, ante los hallazgos del valle del Guadalquivir, pasaron desapercibidos¹¹⁸.

Pero al contrario de lo que cabría esperar, y de lo que la historiografía ha tratado siempre de retratar, el estancamiento de la arqueología extremeña se vio rápidamente superado. Esta revitalización tiene en el Orientalizante su motor de origen, fenómeno que realmente ha caracterizado y creemos que erróneamente aún caracteriza, a esta etapa de la Historia en regiones como el Valle Medio del Guadiana. Esta idea nos permite reflexionar brevemente acerca de la necesidad de plantear nuevos puntos de partida que nos eviten redundar en el mismo modelo histórico una vez tras otra, como hasta ahora ha venido sucediendo. Solo de esa manera conseguiremos incluir procesos históricos hasta ahora ignorados, y evitaremos caer en los mismos errores y reescribir las mismas partes de una historia. El Orientalizante resulta para este caso un buen ejemplo de ello, pues al contrario de lo que la historiografía de Tarteso siempre había vaticinado, su desvanecimiento no supuso su desaparición, sino más bien su revitalización, aspectos que creemos deberían ser incluidos en futuros trabajos historiográficos de estas mismas características.

La reinauguración del Orientalizante como fenómeno cultural dentro de la Protohistoria Peninsular se fija en la celebración del *XI Congreso Nacional de Arqueología*¹¹⁹ que en 1969 tuvo como sede la localidad extremeña de Mérida. En su marco, Martín Almagro Gorbea presentaba una pieza inédita que, carente de contexto arqueológico, había sido depositada años antes en el Seminario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Se trataba de un *kilyx* ático, perteneciente a la serie de Pequeños Maestros, procedente de la localidad badajocense de Medellín. Al parecer, un vecino de dicha localidad documentó el fragmento junto a un lote de cerámicas de *marcado influjo orientalizante*¹²⁰ en el marco de unos trabajos ejecutados en 1960 para la construcción de un pozo de riego.

El interés que la pieza despertó, sobre todo al poder considerarse la posibilidad de que existiera un comercio griego con las tierras del interior peninsular en momentos muy

¹¹⁶ Callejo y Blanco Freijeiro, 1960

¹¹⁷ Sayans, 1966

¹¹⁸ Sirva de ejemplo la referencia que hace Almagro-Gorbea en su obra *“El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura”* al hablar del tesoro de Serradilla, el cual había sido hallado hacía más de una década: *“Además por ser prácticamente desconocido le dedicaremos la atención que merece para su debida valorización”* (Almagro-Gorbea, 1977: 203)

¹¹⁹ Almagro-Gorbea, 1970

¹²⁰ Almagro-Gorbea, 1970: 438



tempranos, llevó al autor a publicar un nuevo y completo trabajo en el volumen 16 del *Noticiario Arqueológico Hispánico*, bajo el significativo título de: *La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura*¹²¹. En él se incluía, junto a un ampliado estudio de la pieza ática, todos aquellos objetos considerados “orientalizantes”, como los braserillos o los jarros de bronce, etc. A través de ellos pudo mostrar la existencia de un fuerte influjo oriental en las tierras del interior donde, desgraciadamente, todavía no se habían efectuados excavaciones arqueológicas que permitieran contextualizar esos objetos. Así mismo, la ausencia de nuevas evidencias arqueológicas y la reducción del número de excavaciones, convertían a Extremadura en una región *descuidada y olvidada*¹²² en aquel momento, a pesar de las importantes evidencias que de ella se habían extraído en el pasado.

Junto a las importaciones, identificó la mayor parte de estas piezas como producciones salidas de talleres indígenas en los que se fusionaba el influjo oriental procedente de las colonias fenicias documentadas en las costas andaluzas y el componente celta aportado por el sustrato local. La razón por la cual se localizaban aquí estos objetos no podía ser otra que económica, tanto si se trataba de las riquezas agropecuarias y mineras de la región como de los intereses metalíferos del noroeste, a los que se accedía a través de la Vía de la Plata, la cual, atravesaba de sur a norte toda la comunidad¹²³.

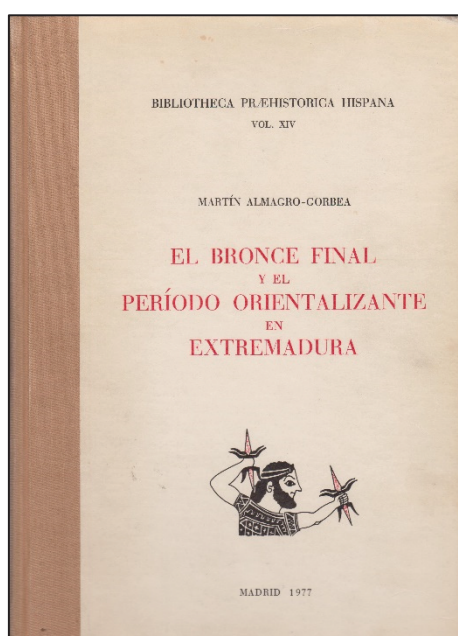


Fig. 8. Portada de la obra de Almagro Gorbea publicada en 1977

¹²¹ Almagro-Gorbea, 1971

¹²² Almagro-Gorbea, 1971: 197

¹²³ Almagro-Gorbea, 1971: 200 – 201



La riqueza de estos hallazgos fomentó el interés de la investigación, por lo que en 1969 se pusieron en marcha los primeros trabajos de prospección y excavación en los terrenos en los que había sido documentado el lote de cerámicas. Los resultados preliminares quedaron plasmados, en 1977, en la obra *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura* (fig. 8), referencia bibliográfica ineludible por cuanto supuso la reafirmación de la personalidad cultural de este territorio y la inclusión de la protohistoria extremeña dentro del debate historiográfico. Este cambio pondrá fin a la etapa que Ortiz Romero ha definido como *sin Arqueología extremeña, pero con Arqueología en Extremadura*¹²⁴; idea desde la que reivindica el potencial arqueológico que esta región escondía. En la obra de Almagro Gorbea se recogen, tanto los hallazgos arqueológicos correspondientes a el Bronce Final y el Período Orientalizante como los resultados preliminares de las primeras dos campañas de excavación en la necrópolis de Medellín y, de varios sondeos realizados con motivo de la búsqueda del poblado que debía ir asociado a la misma; todo ello con la finalidad última de rastrear, a través de su análisis, las transformaciones culturales que habían acontecido a la población local de este territorio.

De ese modo, se distinguen dentro de ella un primer momento correspondiente al Bronce Final, de raíces puramente atlánticas; un segundo momento, identificado con un período de tránsito que el autor bautiza con el nombre de “proto-orientalizante”; y un tercero y último, correspondiente a la etapa Orientalizante, para la que deshecha la posibilidad de denominarla como tartésica, ya que el uso de este término *parece más prudente reservarlo*¹²⁵ para definir los materiales documentados en la Baja Andalucía, por ser las tierras donde las fuentes antiguas sitúan la localización de este antiguo reino:

“El término “Orientalizante” adoptado para denominar este período puede ser discutido, pero su elección se basa en ser el que mejor refleja la realidad del proceso cultural que durante el mismo tuvo lugar. Si bien la continuidad del período anterior es evidente, la característica fundamental es la llegada de nuevos impulsos traídos por los pueblos colonizadores fenicios desde el Oriente del Mediterráneo que actúan como levadura que hizo fermentar el proceso cultural del Bronce Final local y que constituye la clave para la explicación de la

¹²⁴ Ortiz Romero, 2007: 25

¹²⁵ Almagro-Gorbea, 1977: 496



mayoría de los fenómenos socio-culturales que ocurren a partir de estos momentos”¹²⁶.

El hecho de que el vocablo “Orientalizante” fuera escogido por ser *el que mejor refleja la realidad del proceso cultural*, no le aleja de la intencionalidad con el que éste fue usado en la definición de Tarteso algunos años atrás; o lo que es lo mismo, ambas regiones habían seleccionado el Orientalizante como “solución” que no como realidad. Sin embargo, en el caso de Extremadura, esta reflexión le devolvía al Orientalizante su carácter arqueológico y su protagonismo histórico, equivalente, cultural y cronológicamente, al fenómeno que es estos mismos momentos se desarrollaba en torno a Tarteso en la Baja Andalucía. Extremadura llevaba a cabo, por vez primera, un desarrollo historiográfico independiente con respecto al resto de regiones a las que había estado conectada con anterioridad, aunque debemos ser conscientes de que el vínculo con éstas nunca llegó a romperse de manera definitiva.

Sin embargo, la mayor novedad aportada por esta obra fue la aparición del denominado período “proto-orientalizante”, fechado entre el 900 – 750 a.C. Éste vendría caracterizado por la aparición de los primeros objetos de procedencia oriental en las tierras del interior, resultado de un comercio de productos de lujo entre la población oriental y las élites indígenas, paso previo al establecimiento definitivo de éstos en las costas del litoral andaluz. Este nuevo período suponía además un punto de inflexión con respecto a la dirección de llegada de los influjos foráneos que ahora varían su trayectoria desde el oeste, hacía el sur, volviéndose un proceso continuado que culminará con el surgimiento y consolidación del Orientalizante dentro de la región.

El nacimiento del período “proto-orientalizante” abría las puertas a la existencia de una etapa de precolonización que, a partir de estos momentos, comenzará a fundamentarse en base a una serie de hallazgos que certificaban la existencia de una etapa de “reconocimiento” previa al proceso de colonización histórica¹²⁷. Estas circunstancias provocaron la aparición, casi de manera simultánea, de las dos acepciones a las que el término “Orientalizante” hará referencia a partir de finales de la década de los setenta, en adelante. Si bien es cierto que los postulados plasmados en la redacción de este volumen únicamente sirvieron de boceto a una teoría que comenzó a desarrollarse, tanto para el

¹²⁶ Almagro-Gorbea, 1977: 496

¹²⁷ Quizás el ejemplo más claro fuera la aparición en 1985 de las conocidas cerámicas micénicas de Llanete de los Moros en Montoro (Córdoba), en base a las cuales terminaron de construirse los cimientos sobre los que se sostenía la idea de la precolonización, pues sirvieron de aliciente para reabrir un debate por aquel entonces adormecido (Martín de la Cruz, 1994).



Valle del Guadalquivir como para las tierras del interior, esta será la primera vez en la que se plantee la existencia de un proceso de aculturación¹²⁸ que, aunque solo se insinuaba, parece que el autor puede rastrear a partir de la asimilación, por parte de la población local, de estilos y técnicas propias de la población oriental, documentados en este interpretado como período de tránsito.

Esta obra, más valorada ahora que conocemos las connotaciones, más negativas que positivas a nuestro parecer, del uso de términos como Protorientalizante o Precolonización, sentó las bases de un discurso que comenzará a definirse gracias al elevado número de investigadores que se sumaron a la creencia de que debían existir contactos previos al establecimiento de las primeras colonias fenicias en las costas del sur peninsular¹²⁹. Ello sirvió para explicar el proceso paulatino de asimilación de determinados factores foráneos y la existencia de una continuidad entre el Bronce Final y el Orientalizante que solo se vería alterada en el siglo VI a.C., como resultado de la denominada Crisis de Tarteso. El nacimiento de la precolonización y la apertura de un nuevo horizonte por explorar, “abría” de nuevo las puertas de Tarteso al Orientalizante, el cual ahora adoptará un nuevo papel dentro del desarrollo historiográfico de ambos fenómenos.

Al mismo tiempo que Extremadura sentaba las bases de una arqueología con raíces orientales recién aparecida; en Andalucía, el Orientalizante desaparecía definitivamente como cultura arqueológica una vez se había comprendido que Tarteso era ya una civilización sólidamente definida a la llegada del componente fenicio. Estas circunstancias, unidas al triunfo historiográfico de la precolonización, daban paso al nacimiento de una etapa que será denominada con el título de “Bronce Final Tartésico”, con el que se vinculaba de forma directa a Tarteso con el sustrato indígena anterior al proceso colonizador. Esta nueva etapa fue considerada como el período en el que el sustrato local -indígena- no sufre influencia foránea alguna, lo que convierte automáticamente a este período en el momento de mayor auge y representatividad de la cultura tartésica. Aquí había que rastrear la esencia de Tarteso, plasmada en las series de tipologías cerámicas, que ahora acaparan el interés de los estudiosos¹³⁰.

Estas novedades requerían de una reconstrucción historiográfica que dotara a Tarteso de una nueva dimensión. Ésta se sostuvo sobre unos principios epistemológicos en los

¹²⁸ Almagro-Gorbea, 1977: 496-497

¹²⁹ Bendala, 1977

¹³⁰ Ruiz Mata, 1979



que confluían enfoques procesualistas y funcionalistas derivados de la asimilación de las teorías aportadas por la Nueva Arqueología. Las teorías de Schulten caían empicadas al vacío tras el triunfo de las nuevas interpretaciones de Maluquer quien, en 1970, publicaba su obra *“Tartessos. La ciudad sin historia”*, donde la combinación de las fuentes históricas y los datos arqueológicos dibujaban un contorno histórico en el que *resalta con todo vigor la fuerza y riqueza de este mundo occidental que fue capaz de electrizar durante siglos la imaginación oriental y de emocionar incluso la mentalidad racionalista de los griegos*¹³¹. Maluquer consideraba que, *solo con los textos, no podemos reconstruir la civilización tartésica*¹³², como con anterioridad había intentado hasta la saciedad el arqueólogo alemán. No obstante, no debemos dejarnos engañar a la hora de afirmar que el inicio de esta década supuso el final de las hipótesis que Schulten había venido edificando desde los años veinte, pues éstas no desaparecieron por completo, manteniéndose presentes aún en muchas de las revisiones y debates que el problema de Tarteso aún suscita.

La nueva reorientación que Maluquer había dado al papel del Orientalizante tras la celebración del *V Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica* en 1968, vendría secundada por Martín Almagro Basch quien, mucho más radical en sus planteamientos, tomó el relevo de las tesis de Maluquer. Resulta curioso, a la par que sorprendente, cómo Almagro Basch no otorgó a este autor el protagonismo de haber relacionado por primera vez la influencia del arte oriental con el horizonte cultural de Tarteso que, por aquel entonces solo se conocía a través de las fuentes clásicas; sino que, por el contrario, se ciñó a los trabajos de Blanco Freijeiro y García y Bellido para hacer alusión a como éstos se *inclinan a llamar tartésico a todo este fenómeno orientalizante*¹³³.

Martín Almagro Basch¹³⁴ fue catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona y director del Museo Arqueológico de esta misma ciudad durante los años que Maluquer empleó en su formación dentro de dicha universidad. Aunque especialista en Prehistoria, nunca desdeñó el estudio de cualquier objeto o etapa histórica, como era habitual en los investigadores de aquellos momentos. Formado en universidades alemanas, sus trabajos desprenden una fuerte influencia normativista, heredada de la tendencia que en aquellos momentos abogaba por la catalogación y definición de las “culturas arqueológicas” que difícilmente y bajo ningún concepto, podrían ser

¹³¹ Maluquer de Motes, 1970: 165

¹³² Maluquer de Motes, 1970: 12

¹³³ Almagro Basch, 1975: 267

¹³⁴ AA.VV., 1983



consideradas híbridas en estos momentos. A finales de los cincuenta se trasladó a Madrid para ocuparse tanto de la Cátedra de Historia Primitiva del Hombre como de la dirección de Museo Arqueológico Nacional, donde forjó una importante escuela de arqueólogos, historiadores y museógrafos. Su conocimiento del mundo ibérico del noreste y de la influencia celta que detectaba en muchas de las sociedades que poblaron la protohistoria peninsular, le llevaron a interesarse por el problema que, en la década de los setenta, giraba en torno a Tarteso y el Orientalizante, devolviendo a este último a su definición y sentido original.

Para Almagro, Tarteso hundía únicamente sus raíces en un sustrato celta que ya Maluquer había insinuado con anterioridad, pero eliminaba de su composición cualquier elemento oriental que pudiera condicionar su origen eminentemente indígena¹³⁵; apartando de la fórmula al orientalizante, que simplemente representaría a uno de los elementos que componen el arte ibérico. Para dicho autor, la nomenclatura que Blanco Freijeiro y García y Bellido comenzaron a usar a partir de sus trabajos publicados en 1956 en *Archivo Español de Arqueología*, era confusa, pues tendía a considerar como *productos indígenas* (tartésicos) *claras importaciones orientales* y a no valorar los *productos que debieron crearse en Cádiz, centro cultural capital en el Occidente, y al cual apenas se hace referencia como tal en los estudios que van apareciendo*¹³⁶.

Es muy probable que la postura que este autor adoptó a la hora de comprender el Orientalizante, venga dada por el punto de vista desde el que lo analiza. A diferencia de sus antecesores, aquellos que solo buscaban la materialización de Tarteso, Almagro Basch estudia el orientalizante a partir del papel que éste juega como componente del arte ibérico, cuya vertiente cultural, tras el final del régimen dictatorial, comenzaba a definirse como representante de lo netamente español. Su obra¹³⁷ nos muestra como la vinculación entre el Orientalizante y Tarteso se deja sentir desde los primeros trabajos de Blanco Freijeiro y García y Bellido, razón por la cual, Maluquer permanece ausente de este relato, pues al autor no le interesaba el desarrollo del proceso, sino el punto de partida del mismo.

Por lo tanto, el trabajo de Almagro Basch supuso la crítica definitiva a la definición material de Tarteso a través de la arqueología orientalizante¹³⁸. El nuevo punto de vista aportado por este autor arraigó con fuerza en la nueva generación de investigadores ocupados del estudio de la arqueología protohistórica del sur peninsular, no ocurriendo

¹³⁵ Almagro Basch, 1978: 19

¹³⁶ Almagro Basch, 1975: 267

¹³⁷ Almagro Basch, 1978; 1980

¹³⁸ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 186



de igual manera con su particular visión de un Tarteso exclusivamente celta, idea que no contó con la misma popularidad¹³⁹. De hecho, si algo caracteriza a las décadas de los setenta y ochenta del pasado siglo XX, es la complejidad que adoptan los estudios de Tarteso y el Orientalizante, los cuales, entrarán a formar parte de un bucle historiográfico en el que de repente, *todo vale*.

A la sigilosa arqueología protohistórica que, desde el hallazgo de la necrópolis de Medellín, se venía llevando a cabo en Extremadura, se le sumará, antes de finalizar la década de los setenta, el descubrimiento de uno de los yacimientos considerados como un hito en nuestra protohistoria. Nos referimos al descubrimiento del yacimiento de Cancho Roano, de cuyo estudio se encargó desde el primer momento Juan Maluquer de Motes, protagonista activo de la arqueología orientalizante desde mediados de la década de los cincuenta¹⁴⁰. Aunque podíamos haber hecho mención a su figura y su labor cuando abordamos su interpretación sobre el “bronce Carriazo”, lo cierto es que hemos preferido hacer alusión a su trabajo dentro de la arqueología protohistórica del suroeste, justamente antes de abordar una de las que fueran sus grandes pasiones, al mismo tiempo que una gran obsesión profesional, como fue la excavación e interpretación del yacimiento de Cancho Roano, cuya investigación dirigió hasta su fallecimiento en 1988.

Estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, sus primeros trabajos estuvieron siempre enfocados al estudio de la Prehistoria peninsular, camino que pronto dejaría de lado para convertirse en una de las figuras más destacadas dentro de la investigación de la Protohistoria de la Península Ibérica en general, y del problema de Tarteso en particular. A diferencia de sus predecesores, el estallido de la Guerra Civil imposibilitó el hecho de que pudiera recibir formación en universidades extranjeras, lo que no le supuso un alejamiento de las novedades metodológicas y epistemológicas que imperaban en Europa en aquel momento. A él se deben la aparición de las revistas *Zephyrus* y *Pyrenae*, ambas fundadas mientras ocupaba la cátedra de Arqueología en las Universidades de Salamanca y Barcelona, respectivamente. Pero, probablemente, una de sus mayores iniciativas fue la creación en 1973, del Programa de Investigaciones Protohistóricas (PIP) bajo el epíteto: “*Las comunidades paleoibéricas hispanas y el impacto urbano mediterráneo (1000 – s.III a.C.)*”, donde en un primer momento se inscribían únicamente dos líneas de investigación: el Bajo valle del Ebro y el valle Medio del Guadalquivir. Esta amplia labor, de las que aún quedarían muchos aspectos por

¹³⁹ Pellicer, 1978-80: 309

¹⁴⁰ Celestino, 2013



destacar, ha llevado a que su figura sea recordada como la de *un gran profesor universitario, de clases amenas y profundas, un gran excavador y un gran investigador. Tenía un talento extraordinario para la arqueología y un enorme interés por todo tipo de problemas, un espíritu despierto para estar muy al tanto de las nuevas corrientes y problemas arqueológicos*¹⁴¹.

Su interés y vinculación con la Arqueología de Extremadura se remonta a mediados de la década de los setenta cuando, bajo la supervisión de la Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura, le fue encomendada la labor de organizar la exposición *Prehistoria y Protohistoria Extremeña*¹⁴² donde quedaron recogidos los hallazgos más recientes de la región. No obstante, ya había recalado con anterioridad en las riquezas de este territorio, sobre todo a raíz de los trabajos que dedicó al estudio de la orfebrería y la metalurgia orientalizantes, cuyos orígenes rastreó a partir de la nueva realidad tartésica que se configuraba en el Bajo Guadalquivir:

*“Pero la riqueza minera extremeña atrae al forastero por lo que en ella se reflejan también las culturas periféricas. La técnica y sensibilidad mediterráneas se reciben a través del mundo tartésico del sur y Extremadura se incorpora a esa gran provincia Orientalizante de Occidente y una vez más consigue manifestar su recia personalidad”*¹⁴³.

La aparición de los primeros materiales procedentes del yacimiento de Cancho Roano en 1978, consolidará el vínculo definitivo entre este paisaje y el investigador. Conocedor de la riqueza arqueológica de la región y del papel que, como pieza clave de este rompecabezas podía desempeñar este yacimiento, se embarcó en un proyecto que duraría más de once años y que incluía catorce campañas de excavación bajo su dirección. Rápidamente amplió los objetivos del PIP, donde incluyó una sección dedicada al estudio del valle Medio del Guadiana¹⁴⁴, dentro de cuyo programa Cancho Roano se convirtió en el único protagonista, la pequeña obsesión de este autor¹⁴⁵.

Las excavaciones arqueológicas se iniciaron en el mismo año del hallazgo de los primeros materiales por temor a que el yacimiento, ya muy alterado por las labores agrícolas, fuera completamente destruido. Los resultados preliminares fueron publicados

¹⁴¹ Blázquez, 1995: 195

¹⁴² Maluquer de Motes, 1978

¹⁴³ Maluquer de Motes, 1978: 70

¹⁴⁴ Maluquer de Motes, 1980: 259; Pellicer, 2005: 20

¹⁴⁵ Pellicer, 2005: 23



en el volumen IV del *Programa de Investigaciones Protohistóricas*¹⁴⁶ donde quedaban recogidas las campañas de excavación efectuadas entre los años 1978 y 1981. La ejecución de estas primeras excavaciones sacó a la luz la existencia de un suntuoso edificio que Maluquer, en su primera interpretación del mismo, definió como un “palacio” por su estructura arquitectónica y como un “santuario” por su funcionalidad¹⁴⁷. Pero la inexistencia de paralelos próximos, pues resultaba complicado buscar una similitud entre éste y los yacimientos de Cástulo o el Carambolo Bajo¹⁴⁸, los únicos conocidos hasta aquel momento, le llevó a buscar sus orígenes en las construcciones orientales del norte de Siria¹⁴⁹, lo que conectaba a este asentamiento con la existencia de una etapa orientalizante a la que, en esta ocasión, el autor no hace alusión directa. El edificio, fundado en torno al s. VI a.C., reproduciría la conexión entre un ambiente indígena y un componente mediterráneo que para aquellos momentos ya no podía definirse como exclusivamente fenicio, sino que en su estructura, el elemento griego estaba totalmente presente, lo que llevó a Maluquer a plantear que *la hipótesis puramente autóctona* resultaba *pura quimera*¹⁵⁰. Así, según esta primera lectura el autor concluye, provisionalmente, *que nos hallamos frente a la presencia de una verdadera construcción neoriental patente en un momento incierto del siglo VI con un sentido de simetría y de técnica constructiva admirable*¹⁵¹.

Su aparición y preliminar interpretación permitió igualmente hacer conectar dos importantes ideas. Por un lado, la existencia de la primera evidencia material que venía a rellenar el vacío histórico que se extendía entre el Período Orientalizante propiamente dicho, aquel representado por el tesoro de la Aliseda, Valdegamas, etc; y el proceso de romanización. Por otro lado, la abundancia de material de importación y la estructura innegablemente oriental del edificio, abrían la puerta a la existencia de importantes contactos entre el litoral y el interior que no podían ni remitirse a una población exclusivamente fenicia, ni considerarse un fenómeno aislado y exclusivo del territorio definido para el núcleo de Tarteso. Esto le llevó a considerar la posibilidad de admitir *que esas ciudades del sur constituirían los centros de organización sistemática de caravanas que, penetrando profundamente hacia el interior del país, entrarían en contacto directo con las fuentes de riqueza primaria*, abundantes en el territorio extremeño. Creemos

¹⁴⁶ Maluquer de Motes, 1981

¹⁴⁷ Maluquer de Motes, 1981: 277

¹⁴⁸ Maluquer de Motes, 1981:283 - 284

¹⁴⁹ Maluquer de Motes, 1981: 284

¹⁵⁰ Maluquer de Motes, 1981: 283

¹⁵¹ Maluquer de Motes, 1981: 284



*firmente que es a través de estas rutas caravaneras, a partir de la primera mitad del siglo VI y durante dos siglos, penetraron muchos elementos mediterráneos y orientales en occidente y gracias a su impacto se perfiló el concepto, siempre mal interpretado, de imperio tartésico*¹⁵².

Esta primera aproximación interpretativa que veía en Cancho Roano la existencia de un edificio de clara influencia oriental, inspirado en los *hilali* del norte de Siria, recibió duras críticas por parte de Blanco Freijeiro¹⁵³ quien, no hacía mucho tiempo, había sido un fiel defensor del orientalismo peninsular. A su parecer, las ideas vertidas por Maluquer y Pallarés¹⁵⁴ resultaban precipitadas, apuntando que sus primeras aproximaciones provocaban desorientación y escepticismo en la mayor parte de los lectores¹⁵⁵. Acusando a sus excavadores de desconocer la existencia de otros yacimientos que le restaban protagonismo a este enclave, desde su punto vista representaba un *campo de cremación de ofrendas de los célticos o lusitanos*, idea que se alejaba de las *fantasías orientales*¹⁵⁶ desprendidas de las interpretaciones de Maluquer.

Esta dura crítica no mermó el interés por conocer los enigmas que este edificio ocultaba, por lo que en 1983 se presentó la segunda memoria de excavación dentro del *Programa de Investigaciones Protohistóricas*¹⁵⁷, en la cual se recogían los resultados de las campañas de excavación efectuadas entre los años 1981 y 1982. El avance de las excavaciones y la exhumación de la práctica totalidad del edificio, llevó a sus excavadores a cambiar el rumbo de algunas de sus interpretaciones anteriores¹⁵⁸, aunque grosso modo la investigación continuó por el camino ya trazado en la presentación de la anterior memoria. Conocer la planta completa del edificio, llevó a Maluquer a desarrollar, de manera definitiva, su idea acerca de que los paralelos más cercanos a este edificio se localizaban en Próximo Oriente¹⁵⁹; para lo que tuvo en cuenta el fuerte orientalismo que su inspiración desprendía y la ausencia de otros paralelos repartidos por el territorio peninsular. El orientalismo que presentaba el edificio y el volumen de importaciones áticas, llevó a Maluquer a introducir en este volumen una de sus aportaciones más polémicas en torno a la revitalización de una ruta comercial que, desde el Vinalopó,

¹⁵² Maluquer de Motes, 1981: 285

¹⁵³ Blanco Freijeiro, 1981

¹⁵⁴ Maluquer de Motes y Pallarés, 1981

¹⁵⁵ Blanco Freijeiro, 1981: 234 - 235

¹⁵⁶ Blanco Freijeiro, 1981: 238

¹⁵⁷ Maluquer de Motes, 1983

¹⁵⁸ Siempre se ha destacado la capacidad de rectificación de este autor, al que se atribuye una gran honestidad científica (Celestino, 2013b: 359).

¹⁵⁹ Maluquer de Motes, 1983: 132 – ss



accedería a la Meseta, conectando con las tierras extremeñas, con una finalidad única, las riquezas mineras del interior y, principalmente, el mercurio de Almadén, necesario para el beneficio del oro¹⁶⁰. Esta idea abrió las puertas a nuevas posibilidades de contacto y, en base a ella, desarrolló su teoría de las “rutas de los santuarios”¹⁶¹ con la que justificaba la presencia de abundante material griego y orientalizante en el valle Medio del Guadiana¹⁶². Esta idea se encargaba de matizar la postura defendida por B.B. Shefton¹⁶³ acerca de la inoperancia de atribuir únicamente al factor fenicio toda la responsabilidad del proceso de “Orientalización”, en un momento en el que ya se era consciente del dinamismo que caracterizaba a las navegaciones por el Mediterráneo¹⁶⁴. Ello le llevó a dar carpetazo definitivo al estudio de Tarteso, del que ya hacía tiempo que había querido alejarse, quizás cansado de la sobredimensión que había adquirido el término.

Esta segunda memoria sería completada años después con el trabajo presentado en 1986¹⁶⁵ donde, además de recoger los resultados de la analítica de los objetos de metal, se hacía alusión a los estudios derivados de las últimas campañas de excavación en las que, finalmente, se había conseguido exhumar la planta completa del edificio. Ello dio pie a Maluquer para afirmar que, a pesar de ser *oriental en su origen, no dejaba de querer provocar una influencia griega en su relación*¹⁶⁶. Ahora que se conocía la planta completa del santuario, Maluquer creyó que Cancho Roano daría *poco más de sí*¹⁶⁷, aunque para él todavía quedaban muchas dudas por despejar en torno a la disposición de la necrópolis que creyó que rodeaba el edificio, del estudio de sus materiales o del porqué de su carácter completamente aislado en la paisaje, pues siempre consideró que debían existir paralelos tanto en el valle del Guadiana como en el del Guadalquivir, idea que hoy en día sabemos que no iba desencaminada¹⁶⁸.

Maluquer falleció dos años después de la publicación de la última memoria de excavación de Cancho Roano, no pudiendo comprobar los secretos que el túmulo todavía guardaba y del que se exhumaron dos edificios anteriores que variaron, parcialmente, la cronología e interpretación de éste¹⁶⁹. Ello ha propiciado su definición como tartésico, desechando por nosotros su acepción orientalizante, siempre y cuando este primero sea

¹⁶⁰ Maluquer de Motes, 1983: 136

¹⁶¹ Maluquer de Motes, 1985: 20 – ss

¹⁶² Celestino, 2013b: 359

¹⁶³ Shefton, 1982

¹⁶⁴ Maluquer de Motes, 1985: 19; Maluquer de Motes 1983

¹⁶⁵ Maluquer y otros, 1986

¹⁶⁶ Maluquer y otros, 1986: 201.

¹⁶⁷ Maluquer y otros, 1986: 201

¹⁶⁸ Celestino y Rodríguez González e.p.

¹⁶⁹ Celestino, 2001b (con bibliografía)



entendido como aquella expresión cultural detectada en el suroeste peninsular a partir de la colonización fenicia¹⁷⁰, no atendiendo es este caso, ni a su identificación con un sustrato exclusivamente indígena, ni al estricto marco geográfico que algunos atribuyen a este concepto¹⁷¹.

¹⁷⁰ Celestino, 2008; 2013; 2013b

¹⁷¹ Torres, 2002



I.4 EL ORIENTALIZANTE COMO ACTOR SECUNDARIO: UNA NUEVA REALIDAD HISTÓRICO-CULTURAL PARA ESTE FENÓMENO:

Al final de la década de los setenta, España inauguraba una etapa histórica caracterizada por un período de Transición a la democracia en el que comienzan a arraigar nuevos modelos de pensamiento dentro de una sociedad que apostaba por el cambio. El nacimiento de la Nueva Arqueología, a principios de los setenta, protagonizó este nuevo período cargado de renovados aires anti-difusionistas y funcionalistas que, al mismo tiempo que ponían fin al modelo historicista que había caracterizado a la investigación solo unos años atrás, dio cabida a las nuevas interpretaciones llegadas de la mano de disciplinas como la antropología o la sociología, en las que las relaciones entre el hombre y el medio comenzaban a tomar un renovado sentido. Sin embargo, y al contrario de lo que cabría esperar, la aplicación de estos nuevos modelos de pensamiento dentro de los estudio de Tarteso y el Orientalizante, no será ni tan homogénea, ni tan inmediata.

De igual modo, el final de esta década, no solamente trajo consigo un momento de esplendor para la arqueología de Extremadura, sino que al mismo tiempo que en ella surgía un orientalizante cargado de vigor artístico como resultado de los recientes hallazgos en la necrópolis de Medellín y el santuario de Cancho Roano, en el territorio que comprendía el núcleo de Tarteso este término comenzaba a perder progresivamente su sentido original, técnico-estilístico, para pasar a representar un nuevo significado socio-ideológico. El orientalizante dejaba así de ser un estilo para pasar a considerarse, en contextos tan distintos como Etruria, Cerdeña, Sicilia o el sur de la Península Ibérica, como una etapa histórica y un horizonte cultural caracterizado por la adopción de los rasgos culturales orientales por parte de los grupos autóctonos que habitaban los territorios afectados por el proceso de colonización fenicia¹⁷².

Así, la amplia difusión que el arte orientalizante había alcanzado en la historiografía peninsular, sirvió de aliciente para que éste comenzara a tomar una nueva dimensión cuya primera etapa fue el surgimiento de un Período Orientalizante que, desde sus inicios, será testigo de unas fuertes controversias. El principal escollo al que nos enfrentamos es que no se trata de un término globalmente aceptado, pues de entrada, solo puede aplicarse a determinadas áreas del Mediterráneo y, ni siquiera, dentro de éstas, responde a una homogeneidad cronológica. Esta nueva concepción surge como solución para rellenar el hueco que la nueva concepción de Tarteso dejaba con respecto al orientalizante, vacío, ahora que no representaba a una realidad material tangible. Su uso se ha extendido a base

¹⁷² Aubet, 2005; Wagner, 2006



de hábito y costumbre, y no por la aceptación o comprensión general. Al mismo tiempo que muchos hacen uso del concepto de “Orientalizante”, otros tantos niegan su practicidad, por lo que no deja de ser un concepto cuyas connotaciones van aparejadas a la realidad que cada autor quiere darle.

Sin embargo, el problema trasciende aún más allá de los límites meramente cronológicos, pues aceptar que existe un período orientalizante conlleva considerar que existe un material a él asociado, de igual modo que existe una cultura material tartésica o calcolítica para sus períodos correspondientes. Esta idea choca con el planteamiento que hemos venido desarrollando hasta el momento, lo que confiere mayor confusión al término si cabe, pues si para esos momentos los materiales del suroeste peninsular son considerados tartésicos, solo cabe preguntarse ¿qué es realmente lo orientalizante? y ¿qué ocurre cuando este término trasciende la definición de un objeto y comienza a ser utilizado para representar modelos sociales e ideológicos?

De ese modo, la aparición de un Período Orientalizante implica el surgimiento de un horizonte cultural cuyos orígenes se localizan en las analogías culturales encontradas en otras regiones de Mediterráneo en las que se documenta una evolución similar. Al contrario de lo que cabría pensar, pues dicho proceso debía haberse visto superado tras la asimilación de las nuevas ideas anti-difusionistas de la arqueología anglosajona, esta nueva lectura del orientalizante arraigó en las escuelas de pensamiento de finales del siglo XX, quizás por constituir una respuesta simple y lineal a un proceso que hoy sabemos complejo¹⁷³. Esta interpretación viene de alguna forma ligada a una concepción monolítica de la cultura y a unos ideales difusionistas característicos de los paradigmas histórico-culturales de la Arqueología¹⁷⁴. Lleva asociada la idea de que las comunidades locales sufrieron un proceso de aculturación que, durante un largo periodo de la historia de las investigaciones, apenas se ha visto cuestionado por considerarse, a un nivel subconsciente, como el curso natural de una interacción entendida como de naturaleza colonial¹⁷⁵.

I.4.1 Arqueología de un Período Orientalizante: el surgimiento de una realidad histórica sobre la que actualmente debatimos:

Sin miedo a equivocarnos, podríamos fechar la aparición de un Período Orientalizante dentro de la Arqueología Protohistórica del sur peninsular, tras la publicación, en los años

¹⁷³ Van Dommelen, 2006

¹⁷⁴ García Fernández y Fernández Götz, 2010: 62 – 63.

¹⁷⁵ Wagner, 1993



sesenta, de la obra *Tartessos y la koiné mediterránea durante el Período Orientalizante*¹⁷⁶ o, incluso, tras la redacción de los primeros textos al respecto de las excavaciones llevadas a cabo en la necrópolis de la Joya (Huelva)¹⁷⁷, como en anteriores ocasiones han apuntado algunos autores¹⁷⁸. Sin embargo, nosotros hemos preferido retrasar su aparición a finales de los años setenta, por ser realmente cuando este concepto comienza a tomar cierta relevancia; momento en el que se hace una distinción consciente entre ambas realidades, una puramente arqueológica y otra estrictamente cultural. De ese modo, podríamos considerar que la definitiva consagración y aceptación de ambas acepciones se produce tras la aparición de los trabajos de Martín Almagro Gorbea y M^a Eugenia Aubet, *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*¹⁷⁹ y *Algunas cuestiones en torno al Período Orientalizante Tartésico*¹⁸⁰, respectivamente. Pero dentro de este marco de debate y frente a la dicotomía que existía entre la definición de las áreas culturales y las escuelas de pensamiento, quizás sea más acertado considerar al segundo de ellos como el punto de inflexión y transición, puesto que la visión que plantea resulta extrapolable a toda la región del suroeste, mientras que la obra de Almagro se restringe únicamente a los hallazgos de la comunidad de Extremadura, lo que vendría a cubrir solo una parte sesgada de esta historia.

La revisión y actualización que Aubet propone en este ensayo ha tenido una gran transcendencia, no únicamente por considerarse una puesta en común de los avatares que relacionan a Tarteso con el Orientalizante; sino por haber sido el punto y final que sentará las bases de esta discusión científica en la que se abandona definitivamente el modelo indigenista, propio de la tradición histórico-cultural, hacía un nuevo modelo autoctonista, fruto del triunfo de las ideas procesualistas y los principios anti-difusionistas¹⁸¹. Por ello, al margen de lo que este trabajo supuso para el estudio de Tarteso y, más allá de querer dar una solución a un problema que se arrastraba desde hacía décadas como consecuencia de una mala lectura del registro literario y material en los inicios de la construcción historiográfica, la autora presenta un nuevo escenario en el que dar cabida a los novedosos problemas que giran en torno a la combinación de dos realidades que no son otras que la de Tarteso y el componente fenicio de las colonizaciones.

¹⁷⁶ García y Bellido, 1965

¹⁷⁷ Orta y Garrido, 1963

¹⁷⁸ Jiménez Ávila, 2002: 20

¹⁷⁹ Almagro-Gorbea, 1977

¹⁸⁰ Aubet: 1977 - 78

¹⁸¹ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 233



Debemos partir de la premisa de que el estudio del Período Orientalizante surge del análisis de Tarteso y no al contrario¹⁸². Tarteso se concibe ahora como una sociedad autóctona, cuyo momento de esplendor se fija en el Bronce Final del sur peninsular, anterior a la llegada de los primeros contactos coloniales, como más adelante quedará patente. Esta idea hace perder al Orientalizante todo significado estilístico, adoptando un nuevo rol que consiste en limitar las repercusiones que la colonización mediterránea tuvo sobre la población autóctona. Ahora que se creía conocer la realidad arqueológica y la transcendencia de la colonización fenicia, hay que determinar cómo el sustrato autóctono se había visto influenciado por el oriental. El resultado fue el surgimiento de una etapa orientalizante peninsular análoga a la de otras regiones del Mediterráneo, pero sumamente completa de interpretar¹⁸³.

*“En un momento determinado de la vida de estas poblaciones (indígenas), en torno al 700 a.C., se inicia la penetración generalizada de importaciones fenicias hacia el interior, iniciándose con ello un proceso de “aculturación” que conducirá, a lo largo de los siglos VII y VI a.C., a una serie de cambios culturales conocidos con el nombre de **horizonte tartésico orientalizante**, considerado como el apogeo cultural de la población indígena bajo el impacto mediterráneo (...) tras una fase de importaciones, seguirá en Tartessos un período de imitación de obras fenicias por parte de los artesanos locales, que constituirá **la fase orientalizante** propiamente dicha”¹⁸⁴.*

La aparición de un Período Orientalizante implicaba un fenómeno cultural mucho más complejo del que hasta aquel momento se había querido entender. Éste iba más allá del componente puramente estilístico que los jarros de bronce, los braserillos o los marfiles poseían, pues se manifiesta ahora una realidad urbana, económica, política y social que inevitablemente dotaba al orientalizante de una nueva dimensión étnico-cultural en la que el componente semita resultaba determinante. Quizás, la raíz del problema no había sido otra que la construcción errónea de una arqueología del orientalizante, en tanto en cuanto, era complicado dibujar la materialidad de una civilización en base a unos restos arqueológicos aislados que, en cierto modo, únicamente

¹⁸² Éste es probablemente uno de los errores más comunes a la hora de abordar la mayor parte de los estudios de procesos históricos, cuando olvidamos mirar la otra cara de la moneda, construyendo una historia unidireccional que probablemente no nos esté dando una visión historiográfica y una realidad histórica del todo objetiva. A veces olvidamos que la asimilación cultural es un proceso de doble dirección.

¹⁸³ Aubet, 1977-78: 82 – 83

¹⁸⁴ Aubet, 1977-78: 86-87



representaban a un porcentaje muy sesgado de la realidad social que realmente se escondía tras ellos¹⁸⁵.

La entrada en escena del concepto de *aculturación* supuso el replanteamiento de si el orientalizante era también resultado de un producto cultural, consecuencia de un proceso premeditado, o no, por parte de las élites orientales. Armándose de prudencia, Aubet argumenta que no parece existir indicio alguno para considerar la semitización de la sociedad indígena tartésica o, al menos, no se creía operativo reconstruirlo a partir únicamente de los elementos que representaban a sus élites, único componente de la sociedad orientalizante que por aquel entonces resultaba conocido¹⁸⁶. De igual modo, la autora valoró la procedencia de muchos de los objetos que con anterioridad habían sido considerados “orientalizantes” y que ahora se sabía con certeza que su procedencia oriental, dando una nueva dimensión al estudio de aquellas manufacturas aisladas que, poco a poco, comenzaban a insertarse en un paisaje cada día mejor acotado. Así, el problema iba ahora mucho más allá de conocer qué hecho o qué productos pertenecían a qué período; ahora había que suponer qué manufacturas eran obra de fenicios y cuáles de tartesios, problema que se agravaba conforme los yacimientos a estudiar se alejaban en el tiempo con respecto a la fecha en la que se inició el proceso de colonización histórica. El perfil netamente fenicio comenzaba a desdibujarse imbuido en el sustrato local, un hecho que nunca se ha tenido en cuenta dentro de la reconstrucción histórica, pues creemos conocer con claridad cómo el factor fenicio afectó a las poblaciones locales pero desconocemos casi por completo cómo éstas se involucraron y alteraron a la sociedad fenicia de las colonias occidentales.

El estudio de este panorama conocerá su mayor desarrollo en las décadas posteriores, aunque las bases del mismo se establecerían tras la presentación de este trabajo. La realidad arqueológica quedaba en estos momentos definida a través de un primer período tartésico, autóctono, que algunos se atrevían a definir como precolonial, cuyo mejor fósil guía ha sido siempre la cerámica a mano; seguido de una fase de contactos fenicios, en la que se importan materiales orientales, por lo que las manufacturas detectas en los yacimientos excavados se consideran exclusivamente semitas; para concluir con la posterior configuración de un horizonte orientalizante en el que la población indígena comienza a imitar los productos coloniales a través de la asimilación de determinados

¹⁸⁵ Aubet, 1977-78: 85; Wagner, 1983: 19.

¹⁸⁶ Aubet, 1977-78: 106.



préstamos culturales que repercuten en la transformación técnica y social de esta población local que, sin embargo, *conservará una raíz profundamente tradicional*¹⁸⁷.

Al mismo tiempo que nos volvemos conscientes de la realidad historiográfica a la que nos enfrentamos, re trayéndonos para ello al modelo de pensamiento que prevalecía a finales de la década de los setenta, el análisis y lectura de este trabajo nos sirve para certificar nuestra sospecha acerca del rol que el Orientalizante ha jugado desde que en 1956 fuera definido como cultura material de Tarteso. Su labor tuvo poca transcendencia dentro de la historia y, del mismo modo que entró en ella, salió. El Orientalizante pasó, de ese modo, a ocupar un plano secundario oculto bajo la opacidad del Bronce Final precolonial que ahora define la cultura material de Tarteso. Esto ha supuesto, incluso hasta nuestros días, que la relevancia que el concepto de “Orientalizante” adquiere o pierde dependa de la importancia que tenga Tarteso tanto en la Arqueología como en la construcción historiográfica.

Esta argumentación sirvió para tomar conciencia de la existencia de una serie de contactos entre la población oriental y el sustrato indígena cuyo mejor reflejo era la asimilación de novedades arquitectónicas, nuevas técnicas como la filigrana o el granulado, la adopción del torno para la fabricación de cerámica o el hierro dentro de la metalurgia. Ahora solo cabía descifrar cual era el grado de conexión entre ambas realidades y la procedencia exacta de aquellas influencias que en un primer momento se consideraron exclusivamente fenicias¹⁸⁸, por ser a éstos a quienes se concedía el protagonismo del proceso de colonización narrado por las fuentes antiguas.

El nacimiento de una fase precolonial y la valoración de las cerámicas del Carambolo como los fósiles guía de esa etapa, llevará a algunos autores a considerar la posibilidad de que este influjo oriental no provenga exclusivamente del sustrato de población fenicia asentado en las colonias del litoral. Actualmente, a la luz de los últimos acontecimientos arqueológicos, podemos afirmar plenamente que no eran exclusivamente fenicios los que arribaron a las costas peninsulares, pero si nos remitimos a los datos que se manejaban a finales de los años setenta solo podemos incluir en la fórmula de concepción del orientalizante al elemento griego. Esta idea fue defendida y argumentada por Manuel Bendala¹⁸⁹, quien rastreó la existencia de un temprano contacto entre gentes del Egeo a través del esquema geométrico que las cerámicas “tipo Carambolo” poseían. Sin

¹⁸⁷ Aubet, 1977-78: 106

¹⁸⁸ Aubet, 1977-78: 83

¹⁸⁹ Bendala; 1977; 1979; 1983; 1986; 1992; 1997



embargo, esta idea que veía en el mundo griego más una migración de población que un mero influjo, no llegó a contar con un gran número de adeptos, pues el interés ahora se centraba en valorar que Tarteso era una civilización autóctona, cuya esencia había que buscar justamente en el momento anterior al surgimiento del impacto orientalizante que supondría la llegada de los fenicios.

El complemento a la base cultural que Aubet había comenzado a cimentar a través de una primera revisión de los datos arqueológicos conocidos será la elaboración de las primeras cronologías, sustentadas en los datos aportados tanto por las excavaciones como por la aparición de las primeras tablas de tipologías cerámicas¹⁹⁰. Éstas se convertirán en una herramienta de trabajo y análisis fundamental a partir de la década de los setenta hasta nuestros días. Dichos trabajos se remontaban realmente a los primeros estudios que Bonsor realizó en el entorno del Valle del Guadalquivir a finales del siglo XIX, a partir de los cuales se llevaron a cabo varios ensayos de periodización cuya meta había sido definir cronológicamente los estadios por los que atravesaba la protohistoria peninsular. Pero la escasa base arqueológica sobre la que se sustentaban les hacía susceptibles de quedar rápidamente desfasados, pues la documentación de cualquier nueva evidencia suponía la reestructuración de todo el esquema previamente establecido.

En cambio, las décadas de los sesenta y los setenta fueron testigos de la aparición de interesantes y completos trabajos¹⁹¹ en cuyas síntesis se aludía a la posibilidad de comenzar a incluir, dentro del marco cronológico de Tarteso, una etapa que hiciera alusión a su fase Orientalizante. Aunque Arteaga presentó un excelente pero preliminar trabajo en 1977 acerca de *Las cuestiones orientalizantes en el marco protohistórico peninsular*, la mejor síntesis a este respecto fue elaborada por Manuel Pellicer en 1979. A diferencia del resto de los ensayos de periodización, este autor propuso una nueva lectura cronológica para el período tartésico y turdetano que afianzó, prácticamente hasta nuestros días, la división cronológica de este proceso. Ordenada en función de las novedades arqueológicas, en cuyo descubrimiento había participado este autor activamente, y teniendo en todo momento presente la labor que otros autores habían desarrollado a este respecto desde principios de siglo, para Pellicer *la Protohistoria del*

¹⁹⁰ Sirvan de ejemplo las tipologías elaboradas por Schubart sobre la cerámica del Bronce Final en el suroeste peninsular (Schubart, 1971; 1975); los de Aranegui sobre la cerámica gris (Aranegui, 1975); el de Remesal sobre las cerámicas orientalizante andaluzas (Remesal, 1975); los de Ruiz Mata sobre la cerámica del Bronce Final en Andalucía Occidental (Ruiz Mata, 1975; 1979); la incluida por Almagro Gorbea en su estudio sobre el Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura (Almagro-Gorbea, 1977) o el trabajo de Murillo sobre las cerámicas orientalizantes (Murillo, 1989).

¹⁹¹ Almagro Basch, 1960; Carriazo y Raddatz, 1960; Savory, 1968; Pellicer, 1969; Blanco Freijeiro, Luzón y Ruiz Mata, 1969.



*suroeste ibérico abarcaba tres grandes horizontes culturales, en amplias fases sucesivas: el bronce final, el orientalizante y la llamada cultura ibérica, las dos primeras tartésias y el tercero turdetano*¹⁹².

Tarteso era, a finales de la década de los setenta, una realidad cultural que respondía a dos líneas de trabajo divergentes pero complementarias. Éstas quedaron materializadas tras la celebración, en 1980, de las *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales*¹⁹³ que tuvieron como escenario la ciudad de Huelva. Aunque no era el cometido del congreso abordar el problema de Tarteso, que ya contaba con encuentros específicos destinados a esta labor, la popularidad que despertaba el estudio de esta civilización llevó a que el último día de las jornadas se generara un debate cuyo resultado fue la redacción de la primera definición acerca de qué era y qué representaba Tarteso; proceso que se llevó a cabo a partir de la formulación de tres preguntas: *Tartessos. ¿Término de contenido cultural o, exclusivamente, de significación histórica?; ¿A qué se debe llamar Cultura Tartésica?; y Ámbito geográfico de la Cultura Tartésica*¹⁹⁴. Con ellas se ponía de manifiesto, por vez primera, las diferencias que existían entre los dos grandes enfoques que definen a Tarteso, e incluso se sentaron las bases de los que hoy conocemos, pues para algunos el concepto apenas se ha visto alterado.

A pesar del interés que despiertan sus resultados, nosotros únicamente nos detendremos a valorar el debate surgido del planteamiento de la segunda cuestión que, curiosamente, fue la que más atención y tiempo acaparó en el desarrollo de éste¹⁹⁵. Dicha pregunta tuvo distintas opiniones que pueden englobarse en dos grupos. Por un lado, Schubart definió *la utilidad de designar con el nombre de Tartessos la cultura resultante de la aculturación que se produce en las poblaciones indígenas al contacto con los elementos coloniales, es decir, la cultura orientalizante* que sería para él un *mundo indígena ya orientalizado*. Con ello, este autor solo pretendía ser cauto, evitando adelantarse a una evolución histórica más tardía, por si en un futuro no se lograba encontrar *los límites cronológicos para la génesis de la misma*¹⁹⁶; problema que él detectaba en la definición que de Tarteso daban algunos de sus colegas.

¹⁹² Pellicer, 1979-80: 307.

¹⁹³ AA.VV., 1982

¹⁹⁴ AA.VV., 1982: 15

¹⁹⁵ AA.VV., 1982: 16

¹⁹⁶ AA.VV., 1982: 16



Por otro lado, un gran número de los asistentes (Del Amo, Arteaga, Balbín, Bendala, Blázquez, Luzón, Pellicer, Tejera, etc.) defendieron *que es tartésica la cultura indígena existente ya en el momento de la llegada de las primeras influencias orientales y que, por lo tanto, con el nombre de Tartessos se designa una cultura indígena con personalidad propia que en el momento en que aparece por primera vez citada en las fuentes está en pleno proceso de Orientalización*¹⁹⁷; hecho relevante que no tenía por qué conllevar que ésta no existiera de antemano.

Las desavenencias que separaban ambas posturas empujaron a Fernández-Miranda a proponer la distinción entre una fase puramente indígena y una fase orientalizante. Esta separación dio como resultado la aparición de una nueva nomenclatura en la que se diferenciaban dos etapas: el *Período tartésico pre-orientalizante* y el *período tartésico pleno, referido al período orientalizante*¹⁹⁸. Aunque esta nueva división tuvo en general buena acogida, contó con la negativa de alguno de los asistentes, entre los que se encontraba Pellicer, que veía en esta segunda etapa la representación de un Tarteso contaminado, reemplazado por una *cultura tartésica mixta*¹⁹⁹.

Los resultados del encuentro vinieron a demostrar de qué manera se acrecentaban las diferencias con respecto al mundo tartésico y orientalizante que Maluquer y sus contemporáneos habían dibujado. Desde entonces, y aunque muchos se han preocupado por intentar releer las secuencias y redefinir el fenómeno, Tarteso quedó definido como *la cultura del Bronce Final del Valle del Guadalquivir y Huelva, principalmente, que sufre un proceso de aculturación a partir de la llegada de los primeros elementos coloniales y decae a partir de finales del siglo VI a.C. dando lugar a la formación de la cultura turdetana*²⁰⁰. Esta exposición ha sido recientemente interpretada por Álvarez Martí-Aguilar como una definición *condicionada por la combinación de la idea del indigenismo esencial de lo tartésico con la tradición normativista de la arqueología española que, en suma, resume el triunfo de una tendencia, que venía poniéndose de manifiesto desde mediados de los años setenta, que veía en Tarteso lo anterior a la presencia colonial fenicia, esto es, lo indígena*²⁰¹; idea que nosotros compartimos.

En esta hipótesis el Orientalizante quedaba oculto tras el concepto de *aculturación*. Se asumió que Tarteso era una cultura indígena que en un momento determinado de su

¹⁹⁷ AA.VV., 1982: 17

¹⁹⁸ AA.VV., 1982: 18

¹⁹⁹ AA.VV., 1982: 18

²⁰⁰ AA.VV., 1982: 19

²⁰¹ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 203



historia y por causas ajenas e él, sufre un proceso de contacto con poblaciones llegadas del Mediterráneo Oriental de las que adoptará una serie de rasgos étnicos-culturales que supondrán el final de la exclusividad y pericia de la población local. Quien mejor supo abordar este complejo suceso fue Carlos González Wagner que, poco después de la celebración de las jornadas de Huelva sobre colonizaciones orientales presentó un completo trabajo en el *Archivo Español de Arqueología* titulado *Aproximación al proceso histórico de Tartessos*²⁰², en el que dedicaba un apartado especial a tratar el fenómeno de colonización y el subsecuente proceso de aculturación derivado de éste.

Wagner, siguiendo una línea difusionista, descarta de primera mano la existencia de un proceso de aculturación, en el sentido estricto de esta palabra, como ya con anterioridad había argumentado Aubet²⁰³. Para este autor el enfoque resultará sustancialmente distinto pues, para él, Tarteso existe a partir de la llegada de los colonos orientales.

Así, el término aculturación implicaba una serie de realidades que no podían detectarse en el sustrato del suroeste peninsular, en el que únicamente se documenta *un proceso de difusión de técnicas y modelos de raíces orientales*, similar al registrado en otras áreas del Mediterráneo. Ello no suponía la anulación de las profundas tradiciones de cada una de las regiones geográficas en las que este fenómeno se había detectado, las cuales *siguen conservando su tradicional y peculiar fondo original*²⁰⁴; lo que a grandes rasgos representa un contacto entre culturas. Además, para este autor, los conocidos como “materiales orientalizantes” solo representaban a una parte muy sesgada de la sociedad, concentradas en las élites, por lo que, solo unos cuantos elementos de prestigio no podían, por sí solos, tener significación cultural alguna²⁰⁵.

Poco tiempo después, González Wagner volverá a referirse a este respecto, con motivo de una revisión crítica sobre la historiografía conocida de Tarteso²⁰⁶. Volviendo sobre sus planteamientos, Wagner dedica uno de los epígrafes del capítulo al *afortunado hallazgo del “Orientalizante”* a través del estudio de objetos aislados, del que expone claramente ser resultado del azar, pues la escasez de datos arqueológicos con referencia al mundo fenicio colonial, hizo que éste fuese identificado con el orientalizante peninsular *que es como pasaba ahora a concebirse Tartessos*²⁰⁷. Documentaba una nueva vía de

²⁰² Wagner, 1983

²⁰³ Aubet, 1977-78: 106

²⁰⁴ Wagner, 1983: 19

²⁰⁵ Wagner, 1983: 20

²⁰⁶ Wagner, 1992

²⁰⁷ Wagner, 1992: 83



estudio del Orientalizante en la que, de nuevo, se consideraba como una mera solución y como el representante de una realidad étnico-cultural y, por lo tanto, material.

Con este argumento se sentaban las bases de lo que debía entenderse como Tarteso y su inseparable Orientalizante, al mismo tiempo que se inauguraba una nueva etapa dentro de la historia de la investigación de este fenómeno que, siguiendo una misma línea interpretativa, se dotó de una fuerte perspectiva evolucionista como modelo para comprender las transformaciones internas de las sociedades indígenas. Esto daba carpetazo a las posturas difusionistas que ahora no resultaban operativas como exposición teórica para el planteamiento de este problema en concreto.

A pesar de que hemos intentado de todas las maneras posibles ignorar el componente tartésico en el estudio del Orientalizante, resulta una tarea irrealizable. Su dependencia cronológica y cultural con respecto a Tarteso crece, exponencialmente, conforme los trabajos avanzan. Tarteso fue y es un gran desconocido dentro de la historiografía española, razón por la cual, un siglo después de la elaboración de su primera definición, sigue siendo objeto de nuevas discusiones e interpretaciones.

Dejando al margen el significado que cada investigador pueda darle al concepto de “Orientalizante”, lo que sin duda alguna dota a este vocablo de una pluralidad y una heterogeneidad que complica, aún más si cabe, su estudio, en los últimos años se ha intentado paliar esta diversidad, dotando al concepto de cierta homogeneidad mediterránea, a través de la celebración de varios encuentros interdisciplinares, donde se pudiera debatir acerca de la realidad que esconde. El primero de ellos tuvo lugar en Madrid en el año 1999 bajo el título *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. Dicho título ya hace alusión a la finalidad que perseguía, distinguir la arquitectura puramente oriental de aquella que surge tras haberse inspirado en los patrones mediterráneos, una modalidad que en este caso se enmascara tras el concepto de “Orientalizante”²⁰⁸.

Poco tiempo después, en septiembre de 2002, se celebró un Simposio en la Universidad de Oxford bajo el título *Debating Orientalization: multidisciplinary approaches to Change in the Ancient Mediterranean*, en el que se acordó debatir acerca del significado y repercusión del uso de este complejo término, partiendo para ello de dos interesantes premisas: *whether they felt that Orientalization was a valid heuristic term for interpreting dynamics of cultural contacts and change within the ancient*

²⁰⁸ Ruiz Mata y Celestino (eds.), 2001

*Mediterranean, and whether they felt that the term was simply a construct of modern historiography or of art history to the point that the terms Orientalization or Orientalizing could no longer be maintained*²⁰⁹. Como respuesta, se aceptó de manera unánime definir el orientalizante como un mecanismo mediante el cual se había favorecido la construcción de diversas identidades regionales en gran parte del Mediterráneo, afectando a las facies culturales locales, entre el 750- 600 a.C., de un amplio territorio que recorría desde Éfeso a Gadir. Se concretó además que, aunque en su origen había sido acuñado por los historiadores del arte para con él definir una serie de rasgos estéticos orientales en algunos objetos aparecidos en medios indígenas, con el tiempo fue adquiriendo unas connotaciones cronológicas y culturales muy fuertes que, al menos en el caso peninsular, han sido unánimemente aceptadas como sinónimo de “colonización” -aculturación-²¹⁰.

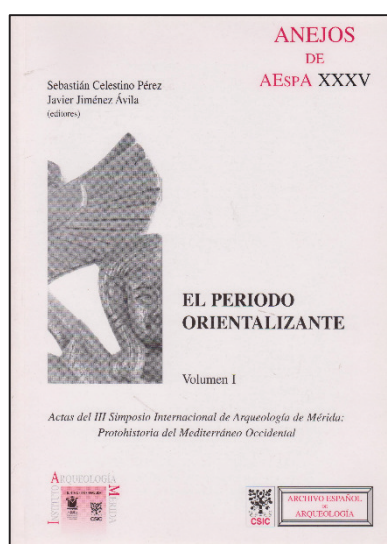


Fig. 9. Portada del encuentro sobre el Período Orientalizante celebrado en Mérida

Solo un año después, y sin que las actas del anterior congreso hubieran visto aún la luz, tuvo lugar en Mérida la celebración de uno de los *Simposios Internacionales de Arqueología* que desde 1999 se venían celebrando con carácter bianual en dicha ciudad, bajo los auspicios del Instituto de Arqueología de CSIC. En esta ocasión la reunión estuvo dedicada al estudio de los problemas de la Protohistoria y, más concretamente, a los que atañen al uso e investigación del Orientalizante²¹¹, teniendo en cuenta el fuerte protagonismo que este fenómeno histórico y cultural tuvo en Extremadura (fig. 9).

El Simposio reunió a más de un centenar de especialistas y estudiosos de este complejo problema, los cuales se avinieron a debatir aquellos aspectos que competen, de

²⁰⁹ Riva y Vella, 2006: 1

²¹⁰ Aubet, 2005: 118

²¹¹ Celestino y Jiménez (eds.), 2005



alguna u otra manera, al desarrollo de este fenómeno. La finalidad del mismo no era determinar qué se entendía por Orientalizante o si resultaba operativo o no, aplicar el término al estudio de las diferentes realidades culturales documentadas en el Mediterráneo durante el I Milenio a.C.; sino más bien, poner sobre la mesa los avances teóricos y arqueológicos que en los últimos años puntualizaban el alcance del fenómeno. De ese modo, los temas a debatir quedaron organizados siguiendo, aproximadamente, el siguiente esquema: en primer lugar se analizó el fenómeno en las diferentes regiones del Mediterráneo en las que éste había sido documentado, pasando por Chipre, Italia Central y Cerdeña. Una vez establecidos los que podíamos considerar como los rasgos comunes del fenómeno se expusieron, en un segundo bloque, los aspectos conceptuales e historiográficos del Orientalizante, así como las diversas vías epistemológicas aportadas por las diferentes escuelas que a lo largo del siglo pasado estuvieron interesadas en arrojar un poco más de luz a la evolución histórica del fenómeno. El tercer grupo de comunicaciones estuvo destinado al análisis del Orientalizante en la Península Ibérica, entremezclándose en él aspectos cronológicos, sociales, lingüísticos, económicos y comerciales, funerarios y territoriales. En el cuarto bloque se tuvo en cuenta el desarrollo de este fenómeno atendiendo a las particularidades de cada una de las regiones culturales documentadas para este período en la Península Ibérica, desde Andalucía Occidental y Oriental, hasta la Meseta Norte y el Noreste Peninsular, respectivamente. Para el último lugar se dejaron los análisis de materiales donde se aportaron las últimas novedades acerca de los estudios iconográficos, la toréutica y la orfebrería, los marfiles o la cerámica.

A diferencia del Simposio de Oxford, cuyo trasfondo era mucho más teórico, las jornadas celebradas en Mérida otorgaban por vez primera en un coloquio de estas características un papel destacado a las novedades arqueológicas y materiales, que vendrían a completar los trabajos historiográficos que, acerca del orientalizante, se congregaban en este encuentro. Pero en ambas realidades, la historiográfica y la material, se mezclaban identidades culturales que provocaron situaciones en las que un mismo objeto fue definido por unos como tartésico, por otros como oriental o incluso como orientalizante. Esta interrelación cultural viene a demostrar, una vez más, la complejidad que subyace al separar estos fenómenos, pues como bien señala S. Celestino, haciendo uso de una metáfora *esquizofrénica* en su última obra acerca de *Tartessos*, poco habría cambiado el panorama y el contenido de este debate si en el título se hubiera sustituido el término “Orientalizante” por el de Tartésico²¹².

²¹² Celestino, 2014: 23



Los resultados de este interesante encuentro quedaron recogidos en la publicación de dos extensos volúmenes que vieron la luz dentro de la serie *Anejos del Archivo Español de Arqueología*. Aunque de cada una de las contribuciones recogidas cabe sacar una extensa conclusión, pues es la primera vez que se organiza un Simposio de estas características, con el Orientalizante como abanderado, en la realidad resultaba complicado que éste reluciera en solitario. Siendo honestos hemos de reconocer que resulta bastante complicado excluir a Tarteso de este panorama, cuando fueron los mayores especialistas en Tarteso los que se sentaron a debatir acerca de la utilidad del Orientalizante, una gran mayoría de aquellos que con anterioridad había desestimado su función estilística y sobredimensionado su carácter cronológico y cultural, lo que complicaba sobre manera que éste fuera analizado desde un punto de vista objetivo. El hecho de que la celebración de este coloquio viniera a refutar la inseparable convivencia entre Tarteso y el Orientalizante, sirvió, en el pensamiento de muchos de aquellos asistentes, como preludio de la lectura que nosotros daremos, como colofón, al estudio del Orientalizante.

Una última relectura y reinterpretación de las fuentes literarias, abandonando el sentido schulteriano con el que anteriormente se abordaba el análisis de las mismas, ha empujado a Álvarez Martí-Aguilar a confeccionar una nueva propuesta interpretativa que, lejos aún de estar coordinada con la realidad arqueológica, no deja de ser atrayente y posible. Desechando el supuesto de que fuera mayor o menor el porcentaje de fenicios en Tarteso, plantea que *con ese nombre las fuentes literarias antiguas aludieron, principalmente al menos, a las comunidades fenicias implantadas en el suroeste de la Península Ibérica y al paisaje colonial por ellas construido*²¹³. Esta idea viene a mostrarnos, fundamentalmente, la necesaria revisión arqueológica que requiere este concepto. Sus nuevos planteamientos rompen, tanto con los modelos autoctonistas que desde la construcción historiográfica posterior a la Guerra Civil se habían ido construyendo, como con la realidad orientalizante que se desprende de la concepción de un Tarteso indígena. Con ello desecha por completo la operatividad del fenómeno de *Orientalización*, al menos en los términos en los que hasta ahora lo habíamos entendido.

²¹³ Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 220



I.5. ORIENTALES EN EL INTERIOR PENINSULAR, ¿POR QUÉ NO?:

Aunque muchos podrían considerar los planteamientos expuestos hasta ahora como el punto y final de esta historia, pues las consideradas como últimas novedades en el estudio y análisis de Tarteso y el Orientalizante no alteran la definición dada; para la construcción del orientalizante en las tierras del interior su andadura no había hecho más que comenzar.

A diferencia de la dilatada semblanza que se alzaba tras la interminable sombra de Tarteso, la Arqueología de Extremadura apenas había conocido, a principios de la década de los ochenta, construcción historiográfica alguna. Las escasas referencias a ella no dejaban de ser indirectas, llegadas a través de las construcciones teóricas elaboradas para analizar los hallazgos efectuados en las inmediaciones de los asentamientos costeros coloniales y el núcleo tartésico. Nunca se tuvo en cuenta, a la hora de comenzar a construir una historiografía del Orientalizante, los objetos de bronce y los primeros tesoros áureos aparecidos en las tierras del interior. El hecho de ser un territorio alejado del núcleo de Tarteso obligaba a que los postulados sobre los que se cimentaba su construcción histórica fueran relativamente diferente a los aplicados en las regiones costeras en las que la presencia fenicia no podía ponerse en duda.

Sin embargo, el aumento de los hallazgos de lo que por aquel entonces se definían como objetos o enclaves “orientalizantes”, obligaban a dotar de una nueva dimensión al problema. Ya no se trataba de hallazgos dispersos y aislados, justificados por un comercio de prestigio que, de alguna u otra manera, conectaba la costa con el interior; ahora había que dar sentido y justificar de un modo sostenible cómo habían llegado hasta allí los restos documentados en la necrópolis de Medellín o quién había organizado y planificado la construcción del complejo edificio de Cancho Roano, cuyos únicos paralelos habían sido detectados hasta ese momento en Oriente. Ante semejantes circunstancias solo cabía preguntarse ¿de dónde procedían algunos elementos grabados en las estelas de guerrero o depósitos como el de la Aliseda, si los fenicios solo se establecían en enclaves costeros, resultando impensable la posibilidad de que éstos penetraran hacia el interior?

Ante la inoperancia de las nuevas teorías evolucionistas aplicadas al estudio del autoctonismo de Tarteso para resolver estas cuestiones, la única respuesta a esta incógnita se encontraba en desenterrar las teorías difusionistas y en considerar la posibilidad de que existiera un modelo de aculturación de las poblaciones del interior²¹⁴. Éste comenzó a

²¹⁴ Almagro-Gorbea, 1983: 430



rastrear a partir del análisis de los hallazgos aislados que habían protagonizado el principio de esta historia desde mediados de la década de los cincuenta, en sintonía con los nuevos enclaves documentados. De ese modo, esta región comenzaba a construir una arqueología paralela a la del valle del Guadalquivir, que se remontaba a los postulados del historicismo-cultural.

El fijar el punto de partida de la construcción de un Período Orientalizante en las tierras del interior resulta un trabajo arduo dados los múltiples factores que actúan sobre él. No solo debemos tener en cuenta los hallazgos que lo conforman, sino el modelo de pensamiento que se transmite desde la arqueología del Bajo Guadalquivir y la pluralidad teórica de los autores que se encargaron de su argumentación histórica. Lamentablemente, la arqueología de la comunidad de Extremadura no ha seguido un esquema homogéneo y complementario en su construcción, pues muchos de los trabajos publicados se encargan de abordar, exclusivamente, la problemática del yacimiento que se analiza y no el contexto territorial en el que se inserta.

A pesar de ello, podríamos considerar los trabajos de Almagro Gorbea como los introductores de una nueva manera de entender el Orientalizante en las tierras del interior, pues sus planteamientos poco o nada tienen que ver con la realidad cronológica que éste representaba para las tierras que comprenden a la Baja Andalucía, a principios de la década de los ochenta. Para Almagro, quien ya desde finales de los años setenta²¹⁵ había comenzado a levantar los cimientos de lo que para él era, y siguen siendo, la raíz de la protohistoria de Extremadura, el Orientalizante constituye un fenómeno de aculturación²¹⁶ en toda regla, dentro del cual convivían interrelacionados y de manera complementaria dos factores: el mundo fenicio colonial y, de otra parte, el papel aculturador que desempeñaba Oriente y sin el que no se alcanza a comprender el fenómeno Orientalizante. Así, lo orientalizante no debía entenderse como una mera *adaptación de objetos e ideas*, de tal modo que, asimilándolo a mecanismos como la helenización o la romanización²¹⁷, lo consideraba como *el resultado de uno de los procesos de aculturación más importantes sufrido por la Península Ibérica a lo largo de su Historia y, por ello, uno de los ejemplos de aculturación más evidentes de la Antigüedad*²¹⁸. De ese modo, el Orientalizante solo podía llegar a comprenderse por completo si en su análisis se tenían en cuenta no solo los aspectos estéticos²¹⁹ que estamos

²¹⁵ Almagro-Gorbea, 1977

²¹⁶ Almagro-Gorbea, 1983; 1986: 10; 1990: 88; 1991

²¹⁷ Almagro-Gorbea, 1991: 573

²¹⁸ Almagro-Gorbea, 1991:581

²¹⁹ Almagro Gorbea, 1986: 12



acostumbrados a analizar en el estudio de los objetos arqueológicos, sino que igualmente debían considerarse los contextos sociales e ideológicos²²⁰, lo que podría incluso llegar a afectar a la estructura interna de la cultura en cuestión.

A su modo de entenderlo, dicho proceso contaba con tres fases destacadas, correspondiendo a cada una de ellas un grado diferente de influencia que se iba incrementando conforme el fenómeno avanzaba. La primera quedaría definida por la aparición de los primeros objetos orientales que responden a una fase de contactos esporádicos que Almagro Gorbea define como Proto-orientalizante²²¹, pero que en suma puede equipararse al (des)conocido término de Precolonización²²². A este momento pertenecerían las primeras importaciones e imitaciones de productos orientales que supondrían un *evidente estímulo cultural para las sociedades indígenas, surgiendo de este modo un ambiente orientalizante*²²³.

Una segunda etapa haría referencia al proceso de colonización²²⁴, donde se documenta un aumento cuantitativo de los objetos y una diversificación de los contactos que se vuelven cada vez más constantes. La documentación de los primeros establecimientos coloniales estables daría paso a la tercera etapa, la orientalizante propiamente dicha, en la que las costumbres de la etapa anterior comienzan a afianzarse, dando como resultado una simbiosis *económica y cultural* entre el mundo colonial e indígena. El término perdía, dentro de esta última etapa, todo su significado estilístico e incluso cronológico, entendiéndolo exclusivamente como un complejo fenómeno cultural²²⁵ que *surgió a causa del influjo aculturador que las grandes civilizaciones del Oriente ejercieron, gracias al papel de intermediario y de transmisión que trae consigo la actividad colonial fenicia, sobre las culturas periféricas, especialmente por todo el área circunmediterránea, desde Grecia a la Península Itálica y que llegó finalmente al extremo de Occidente del Mediterráneo explicando uno de los componentes esenciales de la Cultura Tartésica*²²⁶, cuyas raíces no entra a valorar.

²²⁰ Almagro-Gorbea, 1983: 441

²²¹ Almagro-Gorbea, 1977: 491; 1983: 431; 1986: 27

²²² Grosso modo, podríamos considerar la designación de Proto-Orientalizante y Precolonización como vocablos que hacen alusión a un mismo fenómeno, cuya distinción se marca según el área geográfica, pues el primero haría referencia a las tierras del interior y el segundo al proceso documentado en el área costera donde posteriormente se establecerían las factorías fenicias.

²²³ Almagro-Gorbea, 1991: 574

²²⁴ Almagro-Gorbea, 1983: 431

²²⁵ Almagro-Gorbea, 1990: 87; 1991: 573

²²⁶ Almagro-Gorbea, 1991: 573



Pero lo complejo del proceso no era definir su base teórica y conceptual, sino determinar el área geográfica a la que afectaba, dado que no se trataría de un suceso ni mucho menos uniforme. Desde mediados de la década de los setenta se estableció que de existir el fenómeno en sí mismo, éste se restringiría al territorio que comprende el Bajo Guadalquivir y el hinterland de *Gadir* por dos razones principalmente: su dependencia con respecto a la colonización fenicia y su adscripción a los territorios que tradicionalmente han definido el territorio de Tarteso²²⁷. Sin embargo, Almagro Gorbea lo comprendió como un proceso mucho más complejo que, a la luz de los hallazgos “orientalizantes” del interior, debía hacerse extensible a la Alta Andalucía y Extremadura, llegando incluso a incorporar áreas extremas del mediodía peninsular²²⁸.

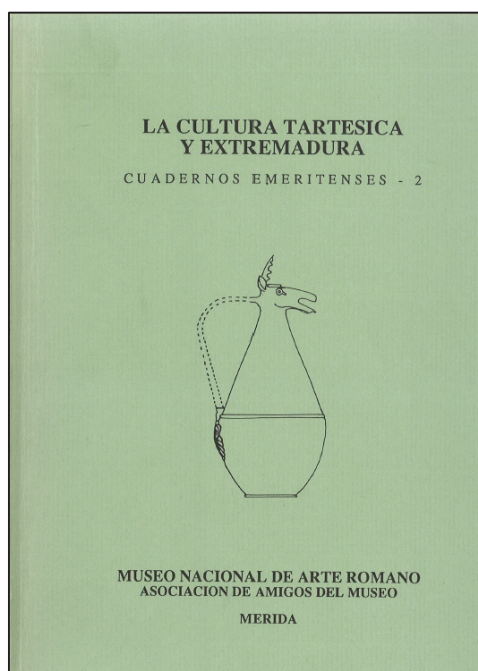


Fig. 10. Portada de la obra *La cultura tartésica y Extremadura*

A este respecto, en el segundo volumen de los *Cuadernos Emeritenses*, dedicado curiosamente al estudio de *La Cultura Tartésica y Extremadura*²²⁹ (fig. 10), Almagro Gorbea presenta un trabajo titulado *El Período Orientalizante en Extremadura*²³⁰ en el que, manteniendo el mismo discurso expositivo presentado en anteriores trabajos, argumenta, como novedad, acerca del relevante papel que Extremadura juega dentro de la etapa histórica que comprende al Orientalizante²³¹. Desde su punto de vista, tres eran

²²⁷ Aubet, 1977-78

²²⁸ Almagro-Gorbea, 1991: 581

²²⁹ AA.VV., 1990

²³⁰ Almagro-Gorbea, 1990

²³¹ Almagro-Gorbea, 1990: 91



los puntos que acentúan la personalidad de esta región y justificaban su integración en este complejo proceso²³²:

- La adscripción de Extremadura al área cultural tartésica.
- La pertenencia de Extremadura al ámbito lingüístico tartésico; atestiguado en la aparición de varias estelas con escritura del suroeste.
- La existencia de una etapa proto-orientalizante paralela a la fase precolonial. A ella pertenecerían algunos de los objetos documentados en las estelas como los escudos con escotadura en V, los cascos apuntados, espadas, instrumentos musicales, fibulas, asadores, etc.

Esta cultura orientalizante extremeña alcanzaría su etapa de máximo florecimiento en la segunda mitad del siglo VII e inicios del VI a.C.²³³, sin que la conocida crisis de Tarteso supusiera para ella su decadencia y posterior desaparición. Al contrario de lo que cabe pensar, teniendo en cuenta la dependencia que este proceso posee con respecto a la población de las colonias fenicias de occidente, la cultura orientalizante de las tierras del interior conocerá una nueva etapa de esplendor a finales del siglo VI a.C. atestiguada por la aparición de un complejo sistema de control territorial en el que, edificios como Cancho Roano o el más recientemente conocido de la Mata, tomarán un papel destacado en la nueva dinámica interna del paisaje que, cronológicamente hablando, ha sido definida como *Período Post-orientalizante*. Esta denominación terminaría de completar la división clásica de las edades, iniciadas con un *Período Proto-orientalizante*, correspondiente con la llegada de los primeros influjos aislados; un *Período Orientalizante* al que pertenece el proceso de “Orientalización” de la sociedad indígena del interior y más concretamente de sus élites; para concluir, en último lugar, con el *Período Post-orientalizante* o también conocido como etapa de transición hacia la *Cultura de los Oppida*²³⁴, en el que este territorio conoce un importante crecimiento demográfico, traducido en un aumento de los contactos, una diversificación de las actividades económicas y la necesidad de un mayor control territorial ejercido a través de la multiplicación del número de asentamientos.

A los hallazgos documentados en las tierras del interior, pronto se sumaron nuevas evidencias en el valle del Guadalquivir, donde en estos momentos se comenzaban a estudiar asentamientos como Setefilla, la necrópolis de Cruz del Negro de Carmona o Tejada la Vieja. El desarrollo de estos trabajos y la constatación de un crecimiento

²³² Almagro-Gorbea, 1990: 88

²³³ Almagro-Gorbea, 1990: 108

²³⁴ Almagro-Gorbea, 1986; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994



demográfico para finales del siglo VII a.C. en este territorio, así como la constatación de un importante crecimiento de los asentamientos fenicios de la costa, obligaba a considerar la posibilidad de que existiera un proceso colonial mucho más diversificado de los que hasta la fecha se había querido pensar. Ello suponía considerar la existencia de diferentes formas de comportamiento colonial que no podían justificarse atendiendo únicamente a factores económicos y comerciales, como hasta ese momento se había hecho, a la hora de exponer las causas de una monolítica colonización fenicia.

Este hecho suponía un giro decisivo de la realidad conocida, pues ahora había que dar sentido a todos aquellos nuevos hallazgos que jalonaban buena parte de la región natural que comprende el valle del Guadalquivir. Ante semejantes circunstancias se barajó la posibilidad de que existieran contingentes de población oriental -agricultores y artesanos, principalmente- en las tierras del interior. Por ello y, de forma paralela a la historiografía que Almagro Gorbea comenzaba a edificar para el valle medio del Guadiana, estas evidencias fueron rápida y satisfactoriamente justificadas a través de la construcción teórica de la existencia de un proceso de *colonización agrícola* -fenicia- de las tierras del interior²³⁵ del valle del Guadalquivir que no contó realmente con un destacado número de defensores. ¿Tan extraño resultaba que la población oriental reprodujera sus modelos de producción en las tierras peninsulares en las que ahora permanecían asentados y dedicaran parte de su actividad económica a la explotación agrícola?²³⁶

Dicha actividad no estaría limitada a las inmediaciones de las colonias fenicias, donde se ha destacado la existencia de áreas de explotación, sino que implicaría la irradiación de población hacia las tierras del interior del valle del Guadalquivir en busca de recursos adicionales con los que alimentar a una población en constante crecimiento. Éstos buscarían establecerse en las proximidades de las fértiles vegas que conforman los ríos que recorren las tierras del suroeste peninsular. No parece por ello extraño que los yacimientos que hoy día consideramos como “Orientalizantes”, ocupen las vegas de ríos como el Tajo o el Guadiana, donde las riquezas mineras no resultaban ser tan extraordinarias. Sin embargo, y al contrario de lo que el concepto de colonización -aculturación- implicaba²³⁷, no debemos pasar por alto que el planteamiento de origen de este fenómeno no comprendía la alteración cultural de las poblaciones indígenas que en esencia conservarían su estructura interna inalterada, sufriendo lo que estos autores

²³⁵ Arteaga, 1976-78; Wagner y Alvar, 1989; 2003; Ferrer y Bandera de la, 2005

²³⁶ Whittaker, 1974: 75; Arteaga, 1976-78; Wagner, 1983: 25

²³⁷Una revisión en Wagner y Alvar, 2003 donde se plantea la sustitución del término colonización agrícola por el de “*implantación productiva diversificada con penetración en el interior*”.



denominan como un proceso de *mestización*²³⁸, frente a la fuerte aculturación que siempre se ha insinuado para el sustrato poblacional indígena. Así, al margen de las causas que propiciaron el desarrollo de este proceso²³⁹, lo cierto es que su aplicación teórica sobre los recientes hallazgos que tuvieron lugar en aquel momento en la comunidad de Extremadura, permitían valorar, de manera diferente y algo más plausible, sin que el proceso conllevara un ejercicio de aculturación forzosa, la influencia oriental detectada en su sustrato, eliminando momentáneamente el tópico siempre recurrente de *fenicios en la costa e indígenas aculturados en el interior*²⁴⁰.

Sin embargo, el planteamiento de esta hipótesis no caló dentro de la comunidad científica que, en estos momentos, estaba completamente convencida del indigenismo de Tarteso y de la pertenencia de aquellos objetos y aquellas necrópolis de incineración, a una etapa orientalizante del mismo. Dentro de dicha etapa habría existido un comercio de prestigio entre las poblaciones orientales de la costa y las élites indígenas del interior, cuyos representantes no podían ser otros que aquellos que aparecían grabados en las estelas de guerrero. Además, la teoría presentada por González Wagner y Alvar parecía carecer de una base arqueológica que materializara sus argumentos, lo que sirvió a muchos de excusa para cuestionarla²⁴¹.

Probablemente, uno de los más arduos defensores de la inoperancia de la hipótesis de colonización agrícola fenicia²⁴² fue, curiosamente, Almagro Gorbea, quien, a nuestro parecer, reinterpretó el modelo con la idea de que fueran otros los argumentos con los que mirar a este complejo problema. Solo dos años después de la aparición del modelo de *colonización agrícola* y en plena construcción del Período Orientalizante para el valle Medio del Guadiana, la escuela madrileña presentaba una alternativa con la que justificar la existencia de elementos orientales en las tierras del interior, sin que en ella tuviera que tenerse en cuenta al factor fenicio. Almagro Gorbea había documentado la misma simbiosis, económica y cultural, entre el mundo oriental y el “orientalizado” del sur peninsular, en las tierras del interior, cambiando uno de los factores más determinantes en la composición teórica y cultural del suceso, pues para dicho autor no eran fenicios, sino tartésios, los que llevaron a cabo el proceso de colonización de aquellos territorios²⁴³. El surgimiento de esta prematura suposición, con respecto al planteamiento elaborado por

²³⁸ Wagner y Alvar, 2003: 196-ss.

²³⁹ Wagner, 1983; Wagner y Alvar, 1989: 63-77

²⁴⁰ Wagner y Alvar, 2003: 199

²⁴¹ Carrillero, 1993

²⁴² Almagro-Gorbea, 1992; 1996

²⁴³ Wagner y Alvar, 2003: 190



González Wagner y Alvar, demuestra que las hipótesis en la que se fundamentaba esta construcción metodológica no erraban en el hecho de carecer de un sustento arqueológico, o en hacer uso de un término tan complejo, como el de *colonización*, sino en el componente étnico-cultural del factor humano que la llevó a cabo.

Este nuevo enfoque dotaba al Orientalizante extremeño de un nuevo sentido cronológico y cultural. De nuevo, era población tartésica, aquella indígena que había sido “aculturada” tras la fase de colonización fenicia, la que, desde Carmona concretamente, había iniciado un proceso que ha sido definido como *colonización tartésica*²⁴⁴, cuyos planteamientos y funcionalidad no entramos a cuestionar aquí, ya que se le dedica un apartado exclusivo dentro de este trabajo. Únicamente nos interesa remarcar como ambas teorías -*colonización agrícola fenicia vs. colonización tartésica*-, comparten una misma base conceptual y un mismo trasfondo teórico en el que, indistintamente de quien protagonice el fenómeno, vienen a defender una misma realidad, que no es otra que la de buscar una justificación al hallazgo de influjos y elementos orientales en las sociedades del interior del suroeste peninsular.

La Protohistoria de Extremadura se enfrentaba, de ese modo, al surgimiento de una nueva lectura de su etapa orientalizante, dentro de la cual, renuncia a su papel predominante dentro de la construcción histórica de la protohistoria del suroeste, abandonando su fuerte personalidad dentro de Tarteso y adoptando un nuevo papel como periferia de éste. Resulta complejo determinar en qué momento Extremadura perdió aquella fuerte personalidad, que según algunos autores la caracterizaba a finales del siglo pasado y, en base a qué, pasó repentinamente a convertirse en un territorio periférico, receptor de influjos, que nada tenía que aportar a la fórmula que configuraba a la sociedad protohistórica del suroeste peninsular. Sus objetos orientales dejaron de ser analizados como piezas únicas y elementos destacados para la construcción historiográfica del Orientalizante, para pasar a considerarse como la consecuencia de un contacto “residual”, en tanto en cuanto, eran producto de un proceso de aculturación que podríamos definir como “secundario”.

Poco o nada ha cambiado esta situación desde que Almagro Gorbea comenzara su construcción a principios de los años ochenta. Por el contrario, su radicalidad se ha acentuado, pues ahora parecen ser muchas más las evidencias que se pueden utilizar para sostener la existencia de un proceso de colonización tartésica de las tierras del interior e

²⁴⁴ Almagro-Gorbea, 1990: 99-100; 1991; Almagro Gorbea y otros, 2008b: 1047; Almagro-Gorbea y Torres, 2009



incluso de Portugal²⁴⁵. Todo este proceso estaría auspiciado por Medellín, convertido en un auténtico *oppidum* de primer orden, a pesar de que la arqueología no ha podido documentar, hasta la fecha, evidencia urbana alguna²⁴⁶ más allá de la aparición de su destacada necrópolis, como para argumentar a este respecto. Este enclave ha sido considerado como la cabeza regente de este vasto territorio, cuyo control ha llegado a ser equiparado al de una *anfitionía* de la Antigua Grecia²⁴⁷. Dichos planteamientos no parecen guardar coherencia alguna, ante la realidad arqueológica en la que los defensores de esta idea pretenden sustentarse²⁴⁸.

Estas circunstancias han precipitado a Extremadura a ocupar un segundo plano dentro de la Historiografía de Tarteso y el Orientalizante. Es muy probable que para muchos resulte relevante el hecho de que esta comunidad forme parte del *hinterland* de Tarteso, debido sobre todo a la extensa propaganda literaria con la que cuenta este reino legendario, como si eso la dotara de cierta relevancia dentro del estudio de la protohistoria del suroeste peninsular; pero lo cierto es que no deja de suponer una falta de atención o al menos de tangible interés hacia la realidad que objetivamente representa esta región, la cual, somos conscientes de que no necesita de una historia paralela a la que aferrarse para poder construir la suya propia; sino una correcta lectura de su poblamiento y de la real procedencia de los influjos aquí detectados, para lo que quizás habría que comenzar a mirar en nuevas direcciones, sin que ello sirva como acto de desconsideración al tan destacado reino de Tarteso.

Una nueva lectura a este respecto, fue presentada por Manuel Pellicer hace poco más de un década. Recogida en un trabajo que lleva por título *El proceso orientalizante en el occidente ibérico*²⁴⁹, en él, Pellicer plantea una interesante alternativa a la lectura del Orientalizante en las tierras del interior, sin que, desgraciadamente, haya sabido despertar una gran repercusión científica, más allá de la frontera política que actualmente separa a España de Portugal. El fuerte peso de las teorías de la escuela madrileña de Almagro Gorbea y la relativa juventud de la arqueología fenicia de Portugal, si la comparamos con los tempranos hallazgos de las costas andaluzas, han favorecido el ensordecimiento de dicha propuesta, que nosotros en cambio queremos hacer constar, no solo por el hecho de que haya sido enunciada por uno de los mejores conocedores de la Protohistoria del Suroeste de la Península Ibérica, sino porque consideramos que marca el inicio de una

²⁴⁵ Almagro-Gorbea, 2010; Almagro-Gorbea y Torres, 2009; Torres, 2005b

²⁴⁶ Celestino, 2005: 770-ss.; Rodríguez-González, 2012

²⁴⁷ Almagro-Gorbea y otros, 2008c: 1066

²⁴⁸ Arruda, 2013

²⁴⁹ Pellicer, 2000



nueva vía de trabajo con la que abordar una nueva lectura del Orientalizante del interior, que a buen seguro dará una imagen mucho más real que la que los datos que ahora manejamos nos enseñan.

El descubrimiento de los primeros asentamientos coloniales en las costas de Portugal permitió evidenciar la existencia de un importante impacto colonial en el territorio comprendido entre la desembocadura del Guadiana hasta el Mondego, circunstancias que permitieron la inclusión de esta región geográfica dentro de la *koiné* mediterránea de la colonización y el orientalizante²⁵⁰. La constatación de esta nueva realidad arqueológica, a la que cada día se suman nuevas e interesantes evidencias que parecen poder cambiar el sentido de la historia que actualmente se tiene, empujaron a Pellicer a plantear el hecho de que el Orientalizante no puede ya entenderse como un proceso *centrífugo, desde el foco tartesio del Guadalquivir, sino centrípeto, desde los diferentes establecimientos fenicios costeros hacia el interior de la Península a través de las vías fluviales, como caminos naturales*²⁵¹, dotando de ese modo, a las principales arterias fluviales que riegan este extenso territorio, de una dimensión nunca antes objetivamente considerada.

Esta reflexión obligaba a cambiar el sentido de la llegada de las influencias, sustituyendo la tradicionalmente admitida dirección sur-norte, por una nueva conexión oeste-este en la que Pellicer no encuentra obstáculo natural alguno que ponga en peligro el establecimiento de los contactos. Por el contrario, las tradicionales teorías que sostienen una conexión desde el foco de Tarteso hacia el interior por vías terrestres se ven obligados a sortear el paso de Sierra Morena, donde las evidencias arqueológicas no hablan a favor de considerarla como una destacada y fácil zona de paso²⁵². La existencia de dos áreas de influencia, cuya disparidad habría que analizar con mucho más detenimiento dentro de un trabajo multidisciplinar que agrupase equipos hispano-lusos, llevó a Pellicer a emitir una idea preliminar en la que considerar la posibilidad de que existieran realmente dos modelos de *orientalizante* en el occidente peninsular que, la elevación de Sierra Morena y la cuenca del río Guadiana, separarían a grosso modo²⁵³.

Pellicer no se despoja, con esta nueva visión, del carácter “aculturador” que le había sido asignado al fenómeno de colonización fenicia, pero sí aprovecha para considerar que *el orientalizante arraigó profundamente en el occidente ibérico, porque el sustrato indígena del bronce final estaba suficientemente avanzado y en condiciones idóneas para*

²⁵⁰ Pellicer, 2000: 105

²⁵¹ Pellicer, 2000: 93-94

²⁵² Pellicer, 2000: 97-ss

²⁵³ Pellicer, 2000: 123



*recibir la nueva tecnología oriental y las nuevas transformaciones espirituales*²⁵⁴. Así, otorgó al proceso de una doble dirección de recepción y contribución por parte de ambos factores, el indígena y el oriental. Esta idea rompe con la monolítica y unidireccional percepción de que los fenicios, como civilización superior, ejercerían un control absoluto sobre la sociedad local -indígena-, sumamente inferior e ingenua, que rápidamente asimiló los rasgos culturales orientales (sin presentar resistencia alguna), llegando incluso a imitarlos²⁵⁵.

El Orientalizante extremeño quedaba por ello definido como *un producto de la colonización fenicia de las costas del Sur y Suroeste portugués, que, matizado por el ambiente indígena, penetra en la región por las vías naturales del Sado-Guadiana y del Tajo, conformándose como un horizonte cultural simplemente paralelo y análogo al tartésio, pero diferente de él, con el que se relaciona de una manera indirecta*²⁵⁶. Por lo tanto, *la Orientalización del Occidente peninsular, Portugal y Extremadura, debió realizarse en sentido Oeste-Este, por las vías naturales de los ríos Sado-Guadiana, Tajo y Mondego, sin que parezca aceptable una orientalización de Sur a Norte, desde Tartessos a Extremadura, atravesando desde el Guadalquivir la barrera de Sierra Morena, donde apenas se detecta el orientalizante*²⁵⁷.

Esta nueva idea, descoloca las hipótesis acerca de la existencia de un proceso de *colonización tartésica* de las tierras del interior que, el mismo Pellicer, define como *ilusoria*²⁵⁸. La relectura de este complejo fenómeno, cuyo análisis historiográfico ocupa el grueso de las páginas anteriores, abarcando cronológicamente desde principios del siglo XX, hasta nuestros días, abre las puertas a un nuevo modelo de entendimiento que nosotros nos proponemos seguir en aras de conseguir una nueva visión del mismo. Al tener en cuenta el hecho de que pueda existir una conexión entre la costa atlántica de Portugal y Extremadura a lo largo de la I Edad del Hierro, como ya de hecho existía durante el Bronce Final, se derriba uno de los mayores tópicos de la arqueología protohistórica peninsular y abre nuevas vías de trabajo aconsejables de explorar, siempre que nuestra finalidad sea extraer una lectura lo más realista posible de las secuencias

²⁵⁴ Pellicer, 2000: 105

²⁵⁵ *Pero la orientalización que en las poblaciones indígenas se traslada de los objetos a los actos y de éstos a las actitudes, comportamientos e ideas no puede entenderse como un proceso lineal, sino como interacción de elementos y estímulos que no funcionaron únicamente en una determinada dirección* (Enríquez, 2002:135).

²⁵⁶ Pellicer, 2000: 116

²⁵⁷ Pellicer, 2000: 125

²⁵⁸ Pellicer, 2000: 126



estratigráficas y las fuentes antiguas a las que nos enfrentamos a la hora de reconstruir la antigüedad.



1.6 ¿Y QUÉ HACEMOS AHORA CON EL ORIENTALIZANTE?

La reflexión historiográfica no puede servirnos exclusivamente como herramienta para recopilar nombres o delimitar acontecimientos. Recorrer los porqués del pasado de nuestra historia debe ayudarnos a reconocer tópicos y prejuicios, a detectar errores, pero también debe permitirnos emitir nuevos juicios de valor y establecer nuevas hipótesis con las que poder contribuir de algún modo a la correcta lectura de la historia. Si no, el proceso se convierte en un mero ejercicio de erudición literaria. Pero poner fin a un debate tan extenso y ofrecer además vías alternativas de enfoque histórico en un tema en el que han participado (y todavía participan) un elevado número de especialistas en la materia, resulta una labor sumamente compleja. Asimismo, la diversidad de planteamientos y la pluralidad de definiciones que se recopilan a lo largo de casi un siglo de estudios acerca del Orientalizante, y en su defecto de Tarteso, pues ya se consideran como una realidad inseparable, demuestra la imprecisión en la que navegan ambos fenómenos, circunstancia que obstaculiza, todavía más, el análisis crítico del conjunto.

La razón de no haber puesto en su momento límites a las construcciones historiográficas, el peso de la política nacional dentro de la construcción histórica, el orgullo de no saber retroceder sobre nuestros pasos cuando la realidad material no casa con lo imaginado o, en definitiva, la obligación de poner en pie todo aquello que en las fuentes antiguas ha quedado recogido, porque eso es lo que la Arqueología “debe hacer”, ha llevado a desvirtuar muchas de las realidades culturales a las que hoy nos enfrentamos, construyendo hipótesis prematuras a las que nos aferramos como dogmas de fe con intención de no llevar la contraria o, simplemente, por una cuestión de comodidad. Tarteso es un fiel reflejo de este ejercicio, un concepto intocable y cambiante, de igual modo que lo es la historia que subyace al Orientalizante, un término sin referentes, vacío de contenido alguno; un vocablo en tierra de nadie.

Estilos, períodos e identidades sociales, son los diferentes estadios por los que este vocablo ha evolucionado a lo largo de su historia, aunque no en todos ellos ha tenido el mismo peso. Al mismo tiempo que resulta idóneo para representar un estilo o influencia artística de procedencia oriental en materiales documentados en asentamientos occidentales, es realmente incapaz de definir las complejas realidades sociales, políticas y económicas que dentro de un sistema interregional, y local, se esconden bajo esos objetos. Su escasa correlación con la realidad que intenta representar, nos lleva a considerar que sus acepciones, cronológica y cultural, son realmente el resultado de una construcción mecanicista contemporánea, una solución por comodidad, ante la



incapacidad de encontrar un vocablo adecuado que represente la realidad material que las evidencias arqueológicas muestran; ante el miedo de aplicar el concepto de Tarteso más allá de las fronteras que delimitan su territorio.

Sin embargo, cuando uno hace frente al uso de este concepto, la primera idea que viene a su mente está cargada de un fuerte componente étnico-cultural, aún a sabiendas de que nos encontramos frente a un fenómeno bastante complejo de (re)conocer. La construcción normativista de la historia nos ha empujado a entender el Orientalizante como un *nueva cultura*, que no es ni la *indígena original del Bronce Final*, ni la *Fenicia colonial*, ni una *mezcla entre ambas*, sino el producto de la *modificación de la propia evolución indígena por influjo del superior desarrollo de la cultura colonial*²⁵⁹, o lo que es lo mismo, el resultado de un fuerte proceso de aculturación en el que se sobredimensiona el factor mediterráneo, supeditando y menospreciando el papel de una sociedad indígena inherente, capaz de desprenderse de sus rasgos culturales e identitarios, en aras de poder adoptar a unos “mejores”. Esta irreal y artificial concepción de las consecuencias del proceso de colonización demuestra que los términos sobre los que se sustenta la función cultural y aculturadora del Orientalizante revisten de un *cierto complejo de inferioridad*²⁶⁰ que nos advierte de la mala interpretación que, hasta la fecha, se ha hecho de este acontecimiento.

Pararse a reflexionar acerca de si el concepto “Orientalizante” es el más adecuado o no, para representar la materialidad que historiadores y arqueólogos contemporáneos le han querido dar, nos ha llevado a recordar la lectura de un trabajo que Manuel Bendala había publicado en 2006 en la revista *Zephyrus*, donde consideraba la posibilidad de que los efectos y consecuencias del proceso de romanización sobre las sociedades preexistentes en la Península Ibérica, no hubiese sido explicado del modo más adecuado²⁶¹. Lejos de las diferencias que separan a sendos procesos, el hecho de que ambos hayan sido entendidos en términos de aculturación, nos ha hecho reflexionar acerca de la utilidad de esta misma metáfora para hacerles comprender la compleja realidad a la que nos enfrentamos.

En su exposición, dicho autor proponía una original y culinaria metáfora, mediante la cual, comparaba las distintas modalidades por las cuales podía comprenderse este proceso de interacción cultural en el que participaban diferentes componentes identitarios. De ese

²⁵⁹ Almagro-Gorbea, 1990: 88

²⁶⁰ Celestino, 2008: 107

²⁶¹ Bendala, 2006: 289



modo, identificó la tradicional visión de la romanización como si de una crema de verdura se tratara, dentro de la cual, los ingredientes -las culturas- aparecen completamente mezclados, siendo el sabor y el color predominante, el resultado del componente más fuerte, que en su caso estaría representado por Roma. La superioridad política, social y económica de esta potencia supondría la desaparición, en términos culturales e identitarios, de las culturas vernáculas, que adoptarían las tradiciones romanas desde épocas bastante tempranas, manteniendo, a modo de *pervivencia*, alguno de sus hábitos y creencias²⁶².

Frente a esta tradicional visión, Bendala proponía, con la idea de dar a cada uno de los componentes de la historia el papel que le corresponde dentro de cada plano estructural, el considerar el fenómeno como una menestra de verduras en la que cada elemento *representa los diversos ingredientes o planos en que se desenvuelve o proyecta la cultura, y no todos tienen el mismo peso, ni el mismo sabor o color, ni el mismo poder de perduración o de resistencia: desaparecen unos, se incorporan otros... Cabe explorar las posibilidades de la metáfora haciendo ver que la realidad híbrida que visual y gustativamente supone la menestra, (...), fue cambiando de textura, de aspecto, de color dominante según declina en tamaño y color, o desaparecerían incluso, alguno de los componentes previos y se incorporarían otros nuevos*²⁶³.

Así, nosotros podríamos identificar la crema, con la tradicional visión que se tiene del Orientalizante, donde el ingrediente superior y civilizador sería, sin duda alguna, el mediterráneo, pues ya no cabe hablar exclusivamente de fenicios, quedando el componente local como un agente pasivo que pasa completamente desapercibido dentro de esta receta; y a la menestra, podríamos identificarla con Tarteso, siempre y cuando éste sea entendido como el resultado de la convivencia de diferentes realidades culturales, locales y foráneas, sin que en su formación tenga que existir un proceso predeterminado e impositivo alguno. Es el resultado, simple y llanamente, de una convivencia entre diferentes entidades culturales que, pasados determinados años, probablemente no se sentirían identificados con las etnias existentes en el punto de partida, sino que una vez finalizado el proceso de colonización, pueden comenzar a ser identificados como tartésios, no pudiendo ya considerarlos ni autóctonos del Bronce Final, ni orientales, propiamente dichos.

²⁶² Bendala, 2006: 290

²⁶³ Bendala, 2006: 291



De ese modo, el resultado de nuestra receta tradicional no es otro que el de una historia reconstruida a través de factores externos, a partir de valores estadísticos y tecnológicos que nos hemos encargado de edificar desde el siglo pasado, como si de prototipos se tratara, para después cotejar coincidencias con las nuevas evidencias materiales documentadas y etiquetar los asentamientos en función de que cumplan, o no, determinados patrones. Los resultados extraídos de las recientes excavaciones efectuadas en El Carambolo²⁶⁴, son una muestra más de la desacertada base teórica y material sobre la que veníamos construyendo este complejo; circunstancias que hasta ahora nos han guiado hacia una construcción histórica desordenada y artificial cuyo mejor representante son las innumerables discusiones que giran en torno a la definición cultural de los asentamientos como fenicios, tartésicos o precoloniales, vocablos que se han supuesto sinónimos, cuando ni etimológica, ni culturalmente hablando, llegarán nunca a serlo.

Por el contrario, si nos olvidamos de nuestra crema de verduras y, analizamos con objetividad los componentes de nuestra menestra, advertiremos que igual que existen ingredientes que representan el componente chipriota, griego, fenicio o sardo, existen muchos otros que simbolizan las diversas identidades locales que habitaron el suroeste peninsular, que dentro de la crema de verduras pasaban completamente desapercibidos ante la superioridad étnica con la que se dotaba al componente mediterráneo. Imaginar el horizonte cultural del período tartésico como si de una menestra de verdura se tratara, resulta ser el único mecanismo, mediante el cual, cada ingrediente puede ser valorado en su justa medida, y la única vía para que la sociedad indígena juegue algún tipo de rol dentro de este complejo proceso, cuya reconstrucción deberíamos comenzar a plantearnos.

Por ello, quizás sea el momento de comenzar a simplificar esta compleja historia, de volvernos ahorrativos con el lenguaje, y devolver al Orientalizante su sentido original, descriptivo, estilístico y formal, desestimando su uso como período histórico y, por supuesto, como representante cultural; para comenzar a utilizar *sin complejos*²⁶⁵, el de tartésico, un vocablo que, cronológicamente hablando, se extendería desde el proceso de colonización fenicia hasta la crisis que en el s. VI a.C. hace desmoronarse este vasto edificio. El resultado es la aparición de múltiples realidades culturales regionales que no son más que la muestra de la pervivencia y conservación de los rasgos identitarios que caracterizaban a las sociedades del Bronce Final del suroeste peninsular.

²⁶⁴ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007

²⁶⁵ Celestino, 2014: 71



Pero no pretendemos que este ejercicio sea entendido a la inversa, es decir, dotar a la sociedad local de relevancia, negándole a las civilizaciones orientales su protagonismo. Eso convertiría a esta historia, de nuevo, en una crema de verduras. Por ello, cabe incluir dentro de este período tartésico una fase oriental, en tanto en cuanto hará referencia a las novedades tecnológicas, arquitectónicas y gastronómicas que los indígenas asimilan una vez que la población oriental se asienta en las colonias. Pero debemos matizar que, ningún momento, podrá ser entendida dentro de un proceso de orientalización, puesto que en ninguna circunstancia implica un ejercicio de control, sino de intercambio, en el que ambos elementos funcionan a un mismo nivel. Esto no compromete el hecho de que en determinados contextos o realidades, uno de los dos factores aporte más que el otro, pues las sociedades son cambiantes, por lo que no podemos entenderlas como elementos estáticos e invariables.

El ejercicio se complica todavía más cuando uno se enfrenta a delimitar geográficamente la extensión del fenómeno. Una vez que la arqueología andaluza había aceptado la simbiosis entre Tarteso y el Orientalizante, el resultado de ésta no podría hacerse extensible más allá de los territorios que las fuentes antiguas caracterizaban como tartésicos, lo que dejaba fuera de la definición a las tierras del interior que siguieron denominando a este período como Orientalizante. La solución aceptada para hacer encajar ambas regiones fue la construcción de un proceso de *colonización tartésica*, desde el sur hacia las tierras del interior, que diera una explicación plausible a los materiales y técnicas orientales documentados, entre otros territorios, en las cuencas de los ríos Tajo y Guadiana. De este modo quedaba resuelto el problema, la localización de los materiales justificada y las regiones del interior convertidas en *hinterland* de Tarteso. De nuevo, una crema de verduras en la que Tarteso se convierte en el ingrediente predominante, cuyo color, sabor y textura, sobresale por encima de la población local.

Por esta misma razón, quizás sea el momento de hacer extensible el fenómeno a las tierras del interior, cuya sociedad puede comenzar a ser identificada sin miedo alguno como tartésica, más aún a partir del crecimiento demográfico que estas regiones experimentan como consecuencia de la fuerte crisis que subyace a Tarteso a finales del siglo VI a.C. Ello supuso el resurgimiento territorial, económico y cultural, de las tierras del interior, las cuales experimentan un proceso completamente diferente al registrado en el litoral sur peninsular, siendo esta una razón más para considerarlos territorios divergentes que deben ser analizados desde puntos de vista completamente distintos, pues distintas son sus características naturales -paisajísticas- y humanas -étnico-culturales-, como distinto es el sentido e intensidad de los influjos externos que cada una recibe. Esta

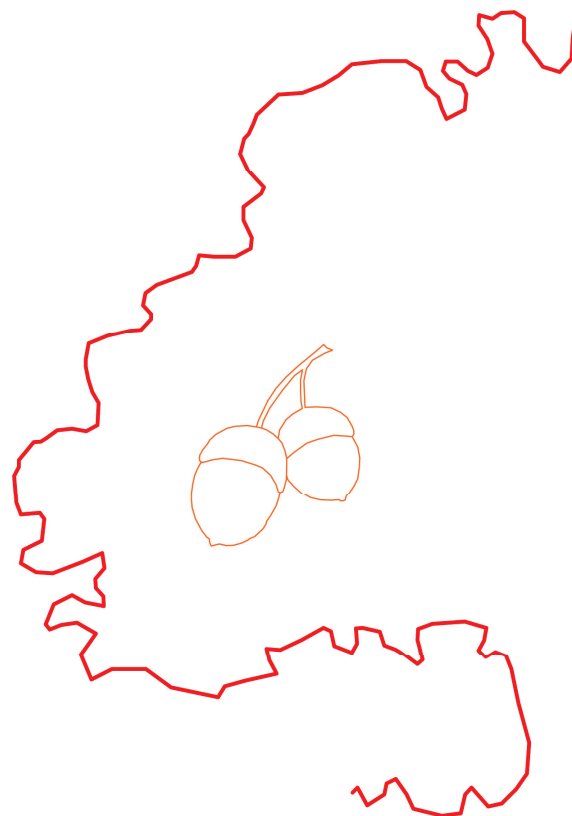


reflexión supone además, el cese de otra serie de términos que acompañan al Orientalizante, como son los de proto-orientalizante, para hacer referencia a la etapa justamente anterior, o el de post-orientalizante para hacer alusión a la su fase posterior. Sendos conceptos carecen de contenido teórico alguno como para ser aplicados con coherencia dentro del marco histórico, en tanto en cuanto, no pueden definirse ni en base a límites cronológicos y mucho menos culturales.

En definitiva, podríamos resumir que, de algún u otro modo, tenemos lo que nos merecemos. Nuestra historiografía de la protohistoria está llena de excavaciones arqueológicas, de lecturas estratigráficas, de análisis estilísticos, de análisis tipológicos, de cajas y cajas de materiales que ahora sirven para ocupar estanterías en los museos arqueológicos provinciales y de volúmenes y volúmenes de literatura arqueológica que decoran las baldas de nuestras bibliotecas²⁶⁶; y aun así seguimos creyendo que nuestro problema está en que desconocemos muchas facetas de las sociedades del pasado, porque se ha excavado poco o porque no son suficientes las baterías de dataciones calibradas y los análisis de C14, para determinar la vida de una civilización en un determinado contexto o entorno. La realidad es que nos sobrepasa lo que conocemos. Hemos cargado a la arqueología de términos innecesarios que vienen a explicar procesos iguales y de florituras históricas, y nos hemos olvidado de revisar, de releer y reestudiar, así como de rescribir, como si lo ya dicho resultara inamovible y nuestra función fuera únicamente engrandecerlo. Parafraseando a Unamuno, *Renovarse o morir*, es la cita que mejor representa el momento que la arqueología de nuestra protohistoria atraviesa, y es la reflexión con la que nosotros podemos punto y final a esta parte de nuestro trabajo a la espera de que dicha renovación se convierta en el punto de partida de los futuros trabajos que, a las nuevas generaciones de la investigación, nos corresponde abordar.

²⁶⁶ Una última revisión con bibliografía en Blázquez, 2013

II. EL MARCO GEOGRÁFICO



[Primer Movimiento: El Sueño]

No hay nada en el espejo

Y persigo mi reflejo

Igual que en los sueños

De andar desorientado

Voy cayendo empicado

Igual que un mal sueño

R. Iniesta. La Ley Innata (2008)



Nos hemos acostumbrado a que sean los marcos geográficos los que inauguren los diferentes estudios históricos como si de un ejercicio obligado se tratase. Hemos contribuido a asentar la preconcepción de que todo trabajo arqueológico debe ir precedido de una introducción a su paisaje para que no quede de algún modo incompleto, sin sopesar la utilidad real que éstos tienen cuando se intentan conjugar en ellos procesos sociales, políticos o culturales de etapas que conciernen a la Antigüedad. Estas circunstancias han provocado la aparición de lo que podríamos denominar como “*geografías a la carta*”, realidades naturales que se adaptan al discurso histórico y lo dotan de cierto romanticismo cuando se trascienden los límites meramente descriptivos y naturales, para adentrarse en la elaboración de modelos de espacio donde se insertan las relaciones que se establecen entre identidades y realidades humanas diversas.

Aunque reacios a contribuir a esta construcción, en esta ocasión no defraudaremos al lector que encontrará entre estas líneas la obligada introducción geográfica a la región que comprende al valle medio del Guadiana, pero con algunos matices que la separan de las descripciones que tradicionalmente solemos encontrar al estudiar este medio. Lejos de lo que cabría esperar, este ejercicio no se concibe con la idea de completar o repetir lo que los trabajos elaborados hasta la fecha se han encargado de transmitirnos acerca del medio físico; sino que por el contrario, en aras de romper los tópicos que tradicionalmente encierran a esta narración y de aportar un punto de vista distinto, nos detendremos en aquellos aspectos teóricos y metodológicos que han construido la preconcepción geográfica que hoy tenemos de este extenso territorio.

La geografía del valle del Guadiana es fragmentada. Carente de un trabajo de investigación que analice por completo toda la cuenca, es el tramo que atraviesa la actual comunidad de Extremadura el que mayor interés ha despertado, quizás por ser la región en la que el río posee mayor personalidad o en la que juega un papel histórico más destacado. Esta falta de homogeneidad en los estudios permite realizar una primera lectura en la que los diferentes trabajos que abordan el estudio del medio físico del valle del Guadiana parecen estar caracterizados tanto por una marcada heterogeneidad en sus definiciones, circunstancia provocada por la diversidad de términos con los que se alude a la caracterización geográfica de este entorno, como por la homogeneidad del modelo geográfico aplicado al poblamiento, hasta el punto de que éste parece no haberse visto alterado desde su construcción y aplicación a la Protohistoria hasta nuestros días.



Así, el Valle del Guadiana ha sido definido como un espacio de frontera, de periferia, un área de tránsito, de yuxtaposición, de interacción, de diversidad, de contigüidad, de permeabilidad, de barrera e *hinterland*, tierra de nadie, espacio despoblado o cuna de cultura; vocablos todos ellos que evocan más a la confusión que a la representación de una realidad. Esta pluralidad de definiciones viene determinada por la posición geográfica que la cuenca ocupa, a caballo entre la costa atlántica, el valle del Tajo, la Meseta y el valle del Guadalquivir; o lo que es lo mismo, en el intermedio de territorios con una fuerte personalidad cultural, lo que convierte a este espacio en un punto de interacción, una región mestiza que, frente a la dependencia cultural que se le achaca, parece responder a una personalidad geográfica e identitaria; rasgos que a través de este análisis pretendemos remarcar. Además, no debemos olvidar que los límites que ahora llamamos culturales se han hecho de alguna manera coincidir con demarcaciones políticas y administrativas modernas, lo que ha servido para crear unos “límites naturales” ambiguos que ahora nos llevan a confundirlos con circunscripciones jurídicas contemporáneas.

La variedad de adjetivos con los que tratamos de definir la geografía de este extenso territorio, ha provocado la confección de una imagen irreal del mismo. Esto invalida los límites fronterizos y las realidades sociales que insertamos dentro de este territorio. Con ello, únicamente se ha contribuido a la construcción de una geografía que se cimienta sobre pilares similares a los que sostienen a la caracterización historiográfica de este territorio, un espacio dependiente de Tarteso no solo a nivel histórico y cultural, sino ahora también a nivel político, económico y social; aspectos todos ellos encuadrados dentro de la realidad geográfica que aquí presentamos. Hemos contribuido a la creación de lo que M. Liverani definía como “*fronteras documentales*” que impiden que ciertos fenómenos emerjan más o mejor que otros, además de resaltar y distorsionar partes de la imagen que tenemos de determinadas zona(s), y condenar al olvido a sectores enteros”²⁶⁷; en cierto modo, hemos condicionado las diferentes lecturas que pueden extraerse de la realidad que comprende al valle del Guadiana y, más concretamente, a su tramo medio, a partir de la construcción de un modelo cuya base conceptual se asienta en las realidades limítrofes y no en el propio territorio objeto de estudio.

Es por todo ello que contemplamos en el marco de este proyecto de tesis, la elaboración de una aproximación geográfica que no repare exclusivamente en una caracterización física del entorno del Guadiana, que no aluda exclusivamente a la

²⁶⁷ Liverani, 1995: 27



diversidad de su paisaje, su clima o sus recursos, sino que se detenga en la definición e imagen que se tiene de ella, promoviendo un trabajo de reflexión que continúe la misma línea metodológica planteada en el estudio historiográfico recopilado en el capítulo anterior. No se trata de hacer borrón y cuenta nueva, sino de extraer de cada uno de los trabajos anteriores los diferentes puntos de vista aportados, planteando posteriormente una serie de cuestiones que nos ayuden a reflexionar acerca de qué o cuáles son los elementos que delimitan las fronteras de un territorio, qué circunstancias definen su papel como periferia de un núcleo mayor y qué evidencias determinan cuáles son los puntos de irradiación cultural y cuáles no, con la intención de eliminar de forma definitiva la imagen de que nos enfrentamos al estudio de un territorio marginal, un área semidespoblada cuyo papel dentro de la Protohistoria del Suroeste siempre fue el de ser la reserva económica de Tarteso; mostrando finalmente una nueva idea con la que conseguir una imagen lo más cercana posible a la realidad geográfica de un territorio tan personal como es el valle del Guadiana.

Por último, cerraremos la exposición del capítulo con una aproximación somera al medio físico en el que se desenvuelve el modelo de poblamiento de esta región. Éste no es nuestro objetivo prioritario, sino que únicamente queremos contribuir con esta aproximación a la valoración de aquellos elementos naturales que pudieron, de algún modo, condicionar los modelos de ocupación o la elección de determinados espacios como áreas de explotación o regiones aptas para la captación de recursos; no se trata de analizar físicamente el espacio, sino de conocer como éste se articulaba a lo largo de la Protohistoria.



II.1. ESPACIO DE PERIFERIA Y FRONTERA: EL BOSQUE QUE NO DEJA VER LOS ÁRBOLES

Si consiguiéramos dibujar en nuestra mente un mapa físico de la Península Ibérica borrando las líneas imaginarias que separan a España y Portugal o que señalan los contornos de las provincias y las comunidades autónomas actuales, observaríamos que el territorio que comprende el valle del Guadiana y su entorno más próximo aparece caracterizado por la indefinición de sus límites naturales o, lo que es lo mismo, por la homogeneidad geográfica de su paisaje²⁶⁸. Ello se debe a la carencia de fuertes contrastes ecológicos y de grandes elevaciones montañosas, lo que facilita el tránsito entre una región natural y otra. Estas circunstancias, provocan al mismo tiempo la ausencia de una definición conceptual de los límites de este espacio, indefinición que se ve acentuada cuando el elemento que le imprime mayor personalidad al territorio, aquel que en todo caso debería actuar como una verdadera “frontera natural” marcando los límites del mismo, es decir, el propio río Guadiana (y su red de afluentes), constituye(n) una vía excepcional de penetración que comunica la región costera atlántica con las tierras del interior.

La carencia de unos rebordes naturales nítidos que acoten o diferencien con claridad la entidad territorial de este espacio con respecto a sus regiones vecinas, ha suscitado lo que ya anunciábamos al comienzo del capítulo: la construcción de diferentes “introducciones” geográficas a partir de las cuales poder justificar, al menos, una parte de los particularismos históricos contenidos en los análisis del poblamiento que acompañan a esta caracterización territorial. Pero ni todos los análisis históricos aparecen acompañados de un estricto estudio geográfico, ni, en el caso de haberlos, existe un punto en común que los conecte, o al menos unos puntos a seguir con la finalidad de hacer que este ejercicio resulte homogéneo y extrapolable a todos aquellos proyectos cuyo marco geográfico coincida. Desgraciadamente, la falta de entendimiento que ha existido entre la geografía y la arqueología, así como entre los diferentes proyectos que conforman la arqueología en sí misma, ha provocado la ausencia de unos cimientos sobre los que hacer reposar posturas tan dispares, circunstancias que ahora implican una necesaria puesta en común de los datos y la redacción de nuevas y más apropiadas lecturas.

²⁶⁸ Barrientos Alfageme, 1985: 16 – 17



Aunque se conocen un gran número de trabajos acerca de la caracterización geográfica del suroeste desde principios del pasado siglo XX²⁶⁹, quien mejor supo retratar la territorialidad de la región que comprende el Valle del Guadiana fue Almagro Gorbea en su obra magna *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*²⁷⁰. Sin necesidad de incurrir excesivamente en tecnicismos y con la finalidad única de esbozar someramente la imagen de un territorio y de cómo éste puede de alguna manera condicionar el modelo de poblamiento, este autor hace referencia a la fuerte personalidad de esta área, considerándola como una zona de expansión y difusión con una fuerte identidad cultural; rica en recursos agrícolas y ganaderos y con una intensa actividad minera. Zona obligada de paso entre el sur peninsular, la Meseta y la costa atlántica, posición que la convierte en una importante región de tránsito o *hinterland*²⁷¹ en la que necesariamente confluyen intereses económicos y realidades identitarias y culturales diversas.

Sin embargo, la convicción de percibir este territorio como un área de expansión y difusión, dada su destacada vocación caminera facilitada por la ausencia de accidentes geográficos que lo impidan, pronto se vio sustituida ante la necesidad de dibujar el contorno que marcara la línea que debía separar esta región del interior del recién delimitado y materializado Tarteso. Con ello, se determinaba el papel político, social, económico y cultural que el valle del Guadiana desempeñaba con respecto al valle del Guadalquivir²⁷². No es por ello extraño que, de entre todas las definiciones que comenzaron a elaborarse para la caracterización geográfica del valle del Guadiana, fuera sin duda alguna su descripción como un espacio de *frontera permanente y periferia*²⁷³ las que con mayor fuerza han arraigado en la tradición historiográfica, abanderando las introducciones geográficas de un gran número de trabajos arqueológicos en los que se aborda el análisis del territorio histórico de esta región.

²⁶⁹ Dentro de este grupo cabe destacar la labor de autores como E. Hernández Pacheco (1902), maestro de la geografía extremeña y creador de la definición de las Vegas del Guadiana bajo el sobrenombre de Sereniana para las Vegas Bajas y Augustana para el Vegas Altas, caracterización que ha permanecido hasta la actualidad. Igualmente cabe citar las obras *Bibliografía Geográfica extremeña* de J. Corchón (1955), donde se recoge un interesante aparato gráfico y una completa selección bibliográfica y el *Atlas gráfico de Extremadura* de Aguilar (VV.AA, 1978); como dos obras esenciales para el análisis geográfico de la cuenca media del Guadiana.

²⁷⁰ Almagro-Gorbea, 1977

²⁷¹ Almagro-Gorbea, 1977: 15

²⁷² Rodríguez y Navascués, 2001: 35

²⁷³ Rodríguez Díaz (coord.), 1998: 11



Aunque su elaboración es el resultado de la confluencia de varios factores que a continuación analizaremos con detenimiento, la causa principal de esta enrevesada percepción debemos achacarla tanto a la vinculación que desde mediados del siglo XX une a esta región del interior con su vecina Tarteso -lazo de unión que ha conseguido acrecentarse de manera proporcional al aumento de la difusión literaria alcanzada por Tarteso-, como a la puesta en práctica de determinados modelos teóricos aportados por la Nueva Arqueología, como la utilización de los sistemas de centro-periferia o la aplicación de modelos de frontera confeccionados para determinados territorios del Alto Guadalquivir²⁷⁴, si bien aplicados al valle del Guadiana que, por su proximidad espacial, se ha dado por hecho que debe compartir determinadas particularidades geográficas y, cómo no, culturales.

Sin embargo, considerar un mismo espacio geográfico como un área de frontera y periferia resulta, a nuestro modo de ver, complejo de entender, pues ambos vocablos contenidos dentro de una misma definición resultan contradictorios. Si bien es cierto que una extensión de territorio puede actuar como una frontera -barrera-, concepto que hace referencia a la existencia de unos límites que conectan y que separan dos unidades políticas que a su vez determinan una diferencia entre ambas, es difícil que al mismo tiempo dicho espacio quede definido como una periferia -contorno-, espacios contiguos que se complementan en tanto en cuanto son la consecuencia de un conjunto de relaciones que se ven favorecidas por el grado de permeabilidad existente entre sendos territorios. De ese modo, resulta enrevesado contener dentro de una misma definición, el uso de un concepto que hace alusión a la transitabilidad de un espacio, con la inclusión de otro que evoca el confín del mismo. Esta imprecisión deja al descubierto la incoherencia que existe entre ambos vocablos, que en ningún caso deberían aparecer de manera simultánea dentro de la misma definición.

Pero a pesar de que ambos términos podrían considerarse antónimos, pues esconden realidades muy distintas, su aplicación y operatividad dentro del territorio que comprende el valle del Guadiana con respecto a la arqueología del Bajo Guadalquivir, ha favorecido la maduración definitiva del uso de ambos conceptos, fracturando y anulando la personalidad cultural que la temprana arqueología protohistórica del valle del Guadiana

²⁷⁴ Ruiz y Molinos, 1989; 1993: 100-ss



nos había llegado²⁷⁵. Frente a la siempre reiterada indefinición de los rebordes naturales con los que se inauguraban los primeros estudios geográficos de esta región, ahora nos enfrentamos al análisis de un espacio delimitado y auxiliar que ha evolucionado de ser un área de expansión a convertirse en una esfera de interacción con unos límites acotados y una funcionalidad ya determinada en función de los procesos que se documentan de forma coetánea en los centros vecinos como el ya citado valle del Guadalquivir.

En definitiva, nuestra intención no es la de contribuir a la elaboración de un nuevo episodio acerca de la caracterización geográfica del valle del Guadiana, trabajo que solo supondría la compilación y reedición de un gran número de estudios que ya nos son de sobra conocidos, sino que pretendemos llegar un poco más allá de la descripción del propio medio físico. Para ello proponemos una nueva definición que se adecue más a la realidad paisajística y poblacional a la que realmente nos enfrentamos, reconsiderando para ello la operatividad de las caracterizaciones con las que hasta la fecha se ha analizado este espacio. A nuestro modo de entender, estas definiciones difuminan y confunden una realidad que debería entenderse dentro de unos parámetros que quedan acotados por la existencia de dos áreas de influencia: por un lado el propio trazado del río que comunica el valle medio con el sur de Portugal y, por lo tanto, con una parte importante del foco tartésico; y por otro lado, con las tierras occidentales que más allá del Guadiana se adentran hasta la fachada atlántica portuguesa. Así mismo, el Guadiana juega en este proceso un papel fundamental como paso transversal hacia el río Tago en los primeros momentos de la colonización, lo que le convierte en una importante vía de comunicación con la Meseta.

[FRONTERA]

La percepción que tenemos acerca de este territorio como un *espacio de frontera permanente*²⁷⁶ se debe a la caracterización geográfica que G. Barrientos elaboró con motivo de la publicación, en 1985, de varios volúmenes sobre la *Historia de*

²⁷⁵ La aparición de Tarteso y la definición material de su cultura proyectó la indefinición de sus regiones vecinas. El valle del Guadiana, testigo de importantes hallazgos como el tesoro de la Aliseda, los jarros de bronce o los braserillos, olvidó, frente a Tarteso, su temprana arqueología y la personalidad cultural que la caracterizaban para comenzar su nueva andadura en total dependencia con respecto a los hechos que acontecían en el valle del Guadalquivir, punto del que procedían los influjos que de algún o otro modo, condicionaban la cultura material y el modelo de ocupación territorial que hasta la fecha ha documentado la arqueología de esta región. Un reflejo de dicha dependencia es la redacción del modelo de colonización tartésica, procedente del valle del Guadalquivir y que se extiende por el valle del Guadiana hasta la desembocadura de los ríos Tago y Sado en el actual territorio portugués.

²⁷⁶ Barrientos Alfageme, 1985: 15



*Extremadura*²⁷⁷. En el primero de ellos, el autor elabora una somera introducción geográfica que, aunque centrada principalmente en la descripción morfológica y social del considerado como tramo medio del Guadiana, podemos hoy extrapolar al resto del territorio como consecuencia de la homogeneidad que caracteriza al paisaje que comprende a toda la cuenca de este río, arteria principal y conductor protagonista de nuestros discurso geográfico.

A juicio de este autor, tanto la Comunidad de Extremadura como el valle del Guadiana actúan como fronteras de un extenso territorio que, a falta de un contorno natural preciso, busca sus límites en la propia localización y territorialidad de la región²⁷⁸. De ese modo, el volumen de estudios que abordan el análisis territorial de esta franja del suroeste consideran al Sistema Central por el norte, a Sierra Morena por el sur, al Guadiana por el oeste y a los Montes de Toledo por el este, como sus únicas demarcaciones geográficas, si bien ninguna de ellas son completamente infranqueables. Esto nos invita a reflexionar acerca del espacio que es concebido como territorio de frontera, sus límites y su extensión, pues no parece que el concepto de frontera deba restringirse a un accidente geográfico determinado o una demarcación territorial concreta, sino más bien a una serie de variables que, dentro de un territorio que abarca más de un centenar de kilómetros, recogen una serie de particularismos que establecen, dentro del mismo, un conjunto de variantes físicas que se han englobado bajo dicho término.

Así, las condiciones que determinan el papel fronterizo de este espacio responden a naturalezas muy diversas pero en ningún momento territoriales. La definición de esta región como espacio de frontera se fundamenta en base en la diversidad biogeográfica y climática a las que el hombre que vive en este medio no puede ser ajeno²⁷⁹; por no citar las demarcaciones político-administrativas propias de las etapas moderna y contemporánea que se encargan de definir los límites entre países, provincias y comunidades autónomas. Dejando al margen a esta última acepción, las dos primeras variables son el resultado de la composición morfológica y la localización de este extenso territorio a caballo entre el océano atlántico y la continentalidad de las tierras del interior peninsular. Esta diversidad ha dado como resultado la aparición de un *mosaico de*

²⁷⁷ Barrientos, Cerrillo y Álvarez, 1985 (eds.)

²⁷⁸ Barrientos Alfageme, 1985: 16

²⁷⁹ Barrientos Alfageme, 1985: 17. “Si el medio natural le confiere a Extremadura un carácter marcadamente fronterizo en los aspectos climáticos y biogeográfico, el hombre que vive sobre el medio, que sobrevive de ese medio, no puede abstraerse del carácter fronterizo del territorio”



*paisajes yuxtapuestos que introducen la categoría estética de la variedad y la riqueza natural de la complementariedad*²⁸⁰, pluralidad que al parecer convierte a este espacio en una continua y mutable línea de frontera.

Frente al uso de este concepto, solo cabría entender al territorio como un límite, y con ello, como un contorno que delimita y pone fin a la dinámica propia de un espacio geográfico. Sin embargo, alejados de la realidad que se extrae de la definición que contempla este vocablo²⁸¹, la intencionalidad con la que el autor hace uso del mismo, poco o nada tiene que ver con la finalidad que sería razonable atribuirle. Abandonando el tono despectivo o excluyente que este término pudiera contener, el autor nos invita a entenderlo como *un concepto dinámico y activo que pone en contacto (en absoluto separa) realidades humanas diferentes*²⁸². Así, lo despoja de su papel como mero delimitador de realidades geográficas, climáticas primero y culturales más tarde.

Llegados a este punto convendría recuperar una de las variables que adopta el concepto y que con anterioridad convenimos dejar aparcada. Nos referimos a la ausencia de una referencia cronológica que nos marque los límites del uso de este vocablo dentro de los diferentes estudios históricos. Igual que los modelos del clima no han variado sustancialmente desde la Antigüedad a la actualidad, la frontera entendida en términos jurídicos y administrativos si puede conducirnos a un equívoco. Con ello queremos remarcar que la concepción que Barrientos tiene de este espacio como una frontera que separa realidades humanas diversas, se aproxima más a una concepción territorial moderna y contemporánea, períodos en los que este espacio ocupaba, y aún a día de hoy ocupa con respecto a Portugal, una posición de frontera que, en este caso, sí puede considerarse como permanente. Por otro lado, esta idea se aleja bastante de la polivalencia que el territorio tendría a lo largo de la Antigüedad. Ante dichas circunstancias solo cabría adoptar el concepto con cierta cautela, sobre todo a la hora de buscar su encuadre dentro de nuevas realidades que se salen tanto del marco cronológico predeterminado como de la definición conceptual para la que fue acuñado.

El último punto de esta caracterización, entiéndase términos exclusivamente geográficos, hace referencia al papel peregrino que los ríos, tanto el Guadiana como sus

²⁸⁰ Barrientos Alfageme, 1998: 17

²⁸¹ Según la definición que recoge el Diccionario de la Real Academia Española, entendemos por frontera *el confín de un Estado o el límite*.

²⁸² Barrientos Alfageme, 1985: 16



principales afluentes, imprimen al territorio²⁸³. Considerados como auténticos caminos y mercados, resultan el complemento y reiteración perfectos para sostener el carácter dinámico y comunicador que en todo momento quiere atribuirse a este espacio. Así entendido, el concepto de frontera esconde tras de sí un carácter plural que en función de la morfología del territorio, su localización y el papel vehiculante de sus ríos, dotan de variedad a este paisaje, comprendiéndose de ese modo la aplicación de este vocablo dentro de la definición geográfica del valle del Guadiana y de su entorno más próximo; pero, ¿qué ocurre cuando este análisis traspasa el horizonte geográfico para adentrarse en la esfera social y cultural?

La practicidad y el carácter enigmático e infranqueable que el término “frontera” imprimen al territorio, hicieron que éste fuese rápidamente adoptado y revalorizado dentro de los estudio arqueológicos y los análisis históricos como uno de los condicionantes principales en la organización y estructuración del poblamiento a lo largo del I^{er} milenio a.C. Sin apenas modificar su naturaleza, fue adaptado a unos nuevos horizontes que trascendían el mero análisis geográfico, añadiendo a la definición unas connotaciones culturales e identitarias que a continuación analizaremos.

La primera alusión a este espacio como un área de frontera aparece recogida en dos artículos titulados: *El Valle Medio del Guadiana: Espacio de Frontera en la Protohistoria del Suroeste (I-II)*²⁸⁴. En ellos se recoge la misma definición elaborada por Barrientos una década atrás, convirtiéndola en la antesala de una batería de trabajos a partir de los cuales la definición irá tomando forma y afianzándose hasta convertirse en un concepto admitido y consolidado por un variado número de especialistas en la materia²⁸⁵. Del mismo modo que ocurría dentro del análisis geográfico, se detecta un constante intento por desprender del concepto “frontera” su significado más perjudicial; sin embargo, esta circunstancia se acentuará con el tiempo en el momento en el que a este concepto se adhiera la definición de este espacio como periferia. De esa manera, intenta dotarse al territorio de cierto protagonismo como área de tránsito que aprovecha la homogeneidad de un paisaje de llanura para justificar la existencia de unos contactos entre realidades culturales diversas. Como resultado de esta combinación, se ha concebido este territorio como un escenario idóneo en el que tiene cabida la creación de un *sustrato étnico complejo* e incluso

²⁸³ Barrientos Alfageme, 1985: 26; 1990: 45

²⁸⁴ Rodríguez Díaz, 1994; 1995

²⁸⁵ Ruiz y Molinos, 1989; Molinos y otros; Molinos, Ruiz Rodríguez y Serrano Peña, 1995



*mestizo*²⁸⁶. Esta lectura, al mismo tiempo que rompe con el carácter dinámico de una región que se consideraba de antemano como poseedora de una personalidad cultural propia, se constituye como una frontera que delimita las realidades sociales documentadas entre los pueblos de la Meseta y el sur peninsular. Esto nos demuestra que su análisis debía haberse iniciado desde un punto de vista individual al margen de los procesos detectados en los *centros* vecinos.

De este modelo poco más se puede extraer que su aplicación. Su adaptación e integración dentro de los análisis del territorio y el poblamiento rural son la única respuesta a un sistema que no pretende tener ninguna base metodológica ni teórica. Así, su utilidad no va más allá de la biodiversidad del medio físico o, lo que es lo mismo, de ser un prototipo que se entiende en términos geográficos pero que es complejo de acotar cuando se utiliza para delimitar tradiciones e identidades sociales. ¿Dónde se fijan los límites del modelo dentro del marco cultural? Es una reflexión que inevitablemente nos obliga a formularnos nuevas preguntas con el fin de localizar la intencionalidad de su aplicación. ¿Hasta qué punto se realizó una correcta lectura o adaptación de las ideas planteadas por Barrientos?, ¿puede este concepto o esta concepción del territorio extrapolarse a cualquier etapa de la Historia, más allá de la percepción que actualmente tenemos del Guadiana como frontera que separa a España y Portugal? y, en caso afirmativo, ¿hasta qué punto la propia frontera geográfica, la variedad climática y biogeográfica que se esconden tras de ella, resultan determinantes en la organización del poblamiento como para que el concepto pueda aplicarse sin matices en el análisis arqueológico e histórico del territorio?

Desde nuestro punto de vista, la lectura del modelo de frontera no se realizó de la forma más adecuada. En vez de tomar la caracterización geográfica como un elemento más de la personalidad de este espacio, como uno de los muchos particularismos que diferencian a esta región de sus áreas colindantes, especialmente de Tarteso, en vez de interpretar los hechos partiendo del desconocimiento más absoluto, no a partir de los que ya nos viene dado por los hallazgos efectuados en territorios vecinos, hemos adoptado un término que solo nos transmite ambigüedad. Si no acotamos su significado a un marco exclusivamente geográfico o aclaramos su papel dentro de la esfera cultural, nos puede llevar a caer en un error interpretativo.

²⁸⁶ Barrientos Alfageme, 1985: 16-17; Rodríguez Díaz, 2002: 249; Rodríguez y Enríquez, 2001:18



Por ello, frente a la dualidad que se ha creado entre la definición de un espacio de frontera y su posible consideración como un área de fricción, ahora sí entiéndase en términos culturales y no geográficos, consideramos si no necesaria, sí al menos recomendable, la revisión de la definición de este espacio como un territorio de frontera en el sentido cultural, para con ello poder dotarlo del protagonismo y la personalidad histórica que le corresponden.

Hacer uso del concepto de frontera supone recabar en la polivalencia del término²⁸⁷. En realidad, se trata de un concepto sumamente variable, capaz de crear bajo el mismo significante un sinfín de matices y significados que fluctúan en función de la realidad natural, social, política o cultural a la que se vincule o aplique²⁸⁸. De ese modo, y atendiendo a los rasgos particulares de nuestro caso de estudio, podríamos llegar a distinguir: **Fronteras ideológicas**, invisibles e inapreciables más allá de la propia sociedad que las crea o respeta, complejas de reconstruir a base de elementos únicamente materiales. Son fronteras que incluso llegan a asignarse a determinadas realidades humanas que quizás nunca fueron conscientes de poseer dicho límites. **Fronteras naturales -geográficas-**, cambiantes por su propia naturaleza y atemporalidad, rasgos que las vuelven inestables y complejas de aplicar como límites de regiones identitarias; **Fronteras políticas**, líneas que separan e incluso pueden llegar a complementar a dos Estados que, por cuestiones ideológicas que no territoriales, las respetan. Y por último, y quizás la variable más compleja de detectar, las **Fronteras culturales** que separan formaciones identitarias distintas cuyas diferencias se establecen tradicionalmente en base a aspectos estrictamente materiales, lo que implica la construcción de una relación final de dependencia en la elaboración de la personalidad cultural, pues tendemos a crear vínculos entre ellas, siendo inevitable que éstos se establezcan en base a un concepto de desigualdad²⁸⁹. Esta idea, incentivada por las incipientes teorías post-colonialistas²⁹⁰, supondrá la existencia de una cultura superior sobre otra inferior, un proceso unidireccional cuyo punto de partida estaría encabezado, en nuestro caso de estudio, por Tarteso y el mundo colonial.

Atendiendo al contenido teórico de las diversas definiciones conceptuales que grosso modo recibe el término y al significado que se le da al mismo dentro de su concepción

²⁸⁷ Castro Martínez y González Marcén, 1989: 7

²⁸⁸ VV.AA. 1989

²⁸⁹ Castro Martínez y González Marcén, 1989: 9-10

²⁹⁰ van Dommelen, 2006; 2011



geográfica y cultural, no cabe ya ninguna duda de que éste es el resultado de una construcción puramente subjetiva, pero que rellena de forma satisfactoria una etapa de la historia. En parte, esta idea se fundamenta en la preconcepción que se tiene de este espacio como frontera a partir de época romana, momento en el que el río *Anas* ejercía un papel como límite entre las dos provincias que conformaban la *Hispania Ulterior*: la Bética y la Lusitania. Este carácter fronterizo fue heredado posteriormente en época medieval, cuando el territorio quedó concebido como tierra de nadie primero, como zona de conquista después y finalmente como objeto de reparto al final de la contienda, pues fue la franja de delimitación que unía y separaba a árabes y cristianos. Pero sin duda, el momento que más identifica a este territorio con el concepto “frontera”, se forja tras la creación de la conocida “raya”²⁹¹ que separa, hasta nuestros días, España y Portugal²⁹². Así, la personalidad de este espacio no deriva de su papel como frontera, sino de su localización junto a ésta, lo que dota de diversidad cultural y económica al valle del Guadiana y a su entorno, contenido en su mayor parte dentro de la actual Comunidad Autónoma de Extremadura.

Dentro de los factores que han propiciado la identificación de esta región como un espacio de frontera se detectan una serie de condicionantes que podríamos considerar secundarios, aunque no por ello menos importantes, pues de alguna u otra manera han contribuido a la consolidación del término. Nos referimos, en primer lugar, a la práctica de elaborar teorías a partir de hallazgos fortuitos y no a partir de las nuevas evidencias que poseemos del poblamiento. Ambas posturas son susceptible de quedar integradas en el paisaje olvidando el carácter aislado de muchos de los denominados como objetos de prestigio. En segundo lugar, a la falta de un consenso entre los diferentes grupos de investigación que han abordado el estudio de la Protohistoria del suroeste, lo que ha fomentado la consolidación de teorías dispares; y, en tercer lugar, a la inexistencia tanto de un equipo multidisciplinar como de una tradición en torno a estos estudios, lo que ha propiciado la necesidad de acoplar y adaptar los modelos territoriales aplicados a los territorios vecinos²⁹³.

²⁹¹ Ena y Rebollo, 1996

²⁹² Baigorri y Cortés, 2009

²⁹³ Véase por ejemplo la tradicional adaptación del valle medio del Guadiana al modelo poblacional que se aplica en el estudio de la Alta Andalucía, región con la que guarda ciertas similitudes y un gran número de diferencias. Ruiz Rodríguez y Molinos Molinos, 1993; 1997; Ruiz Rodríguez, 1998; 2000; Rodríguez Díaz, 2009b



Frente a todo ello, no parecen existir indicios que hagan adecuada la aplicación del término “frontera” en la Protohistoria, menos aún cuando los autores coinciden en remarcar la homogeneidad del paisaje sin apenas rebordes montañosos que salvar y la permeabilidad que existe entre éste y otros territorios vecinos ya desde época antigua. Además, las evidencias parecen señalar la existencia de una complementariedad entre los territorios del interior y sus vecinos costeros, tanto de la región atlántica de Portugal como del espacio que tradicionalmente se identifica con el núcleo de Tarteso. Quizás esta heterogeneidad y falta de consenso fueron las que llevaron a Barrientos a formular una posible relectura para el marco de aplicación del *carácter fronterizo como factor explicativo del paisaje social de esta región a lo largo de la historia*²⁹⁴, probablemente como revulsivo al abundante número de realidades a las que se ha aplicado el concepto. A este respecto alude de la siguiente manera: *en alguna otra ocasión he escrito bajo el título de Extremadura, un país de frontera permanente. No puedo recordar cuales fueron los impulsos, intuitivos, deductivos, lógicos, quién sabe. Tal vez se produjo en un momento en el que la problemática fronteriza comenzaba a bullir tras la constatación de la identidad transfronterizas y las perspectivas de integración europeas*²⁹⁵. Esta reflexión nos hace pensar que probablemente fue ésta la razón principal que llevó a este autor a considerar a este espacio como un territorio de frontera. Con dicha reflexión Barrientos no se desdice de aquello que postuló, sino que por vez primera hace alusión al momento exacto al que se refiere esta idea. Así justifica por qué no puede extrapolarse el concepto de “frontera” a cualquier etapa histórica por mucho dinamismo y multiplicidad que imprima al territorio. De ese modo aclara que el papel fronterizo de esta región se materializa tras el establecimiento de la línea que divide a España y Portugal, y no antes²⁹⁶.

Al contrario de lo que cabría esperar, la reflexión de Barrientos no sirvió para reconsiderar el papel cultural que el concepto de “frontera desempeña” en el territorio, pues hace mucho que este término rebasó el interés estrictamente geográfico²⁹⁷. La vinculación del mismo al concepto de “periferia”, solo ha promovido su afianzamiento y arraigo historiográfico, lo que ha favorecido la construcción de una frontera documental y literaria que erróneamente se ha vinculado a la memoria social de las poblaciones que

²⁹⁴ Barrientos Alfageme, 2000: 295

²⁹⁵ Barrientos Alfageme, 2000: 304

²⁹⁶ Barrientos Alfageme, 2000: 205

²⁹⁷ Rodríguez y Navascués, 2001: 35-ss; Rodríguez Díaz, 2002: 249-250; 2009: 35-36; Pavón y Rodríguez, 2007: 14



en el pasado habitaban esta región del suroeste. Es probable que con ello hayamos contribuido a la creación de un contexto territorial inexistente para la protohistoria de las tierras del interior. En la realidad, su caracterización no debería ir más allá de su identificación como un espacio de interacción en el que se producen intercambios de tipo económico, político, social, ideológico y cultural, lo que dota de personalidad a este espacio, al mismo tiempo que es sinónimo de una prudencia historiográfica con la que, a buen seguro, evitaríamos la distorsión de algunas etapas de la historia.

[PERIFERIA]

La definición de esta área como una región de frontera quedó completada tras su caracterización como un *espacio perimetral*²⁹⁸ de Tarteso. Dicha definición supuso, tanto la consideración de este núcleo como un *foco difusor*²⁹⁹ de los elementos orientales aportados por los colonizadores fenicios como la consolidación de este modelo, que se ha convertido en antesala de las teorías de centro-periferia que más adelante comenzarán a ser aplicadas sobre los análisis de este territorio. Ambas circunstancias han fomentado el carácter fronterizo de este paisaje.

Su aparición, es el resultado del apogeo que, a finales del siglo pasado, alcanzaron los estudios acerca de las colonizaciones fenicias y griegas en las costas peninsulares y de su papel dentro de la estructuración de Tarteso. El ejercicio de adaptación que conllevaba encajar dentro de esta nueva realidad territorial y cultural los hallazgos aislados que ya se conocían en el interior peninsular desde principios del siglo pasado, así como los más recientes procedentes de las excavaciones que en aquellos momentos se llevaban a cabo en Medellín y Cancho Roano, otorgó a este territorio un valor periférico. En la práctica, este valor periférico se fundamentaba en su localización en el interior y en la similitud que muchos de los objetos guardaban, estética y tecnológicamente, con los materiales arqueológicos documentados en el valle del Guadalquivir, y que por lo tanto, solo podían ser el resultado de un proceso de asimilación e imitación por parte de la población indígena; una idea que induce a considerar a esta periferia como un territorio dependiente del área nuclear tartésica, con la que le unirían estrechos vínculos sociales, económicos y culturales.

²⁹⁸ Rodríguez Díaz, 1994: 110

²⁹⁹ Almagro-Gorbea, 1983: 451



Rastrear los orígenes del modelo resulta un ejercicio sumamente laborioso que, sin embargo, trataremos de sintetizar a continuación. Para ello, deberíamos retrotraernos a los cimientos sobre los que se construyen las teorías de los “sistemas-mundo” y a los trabajos elaborados por Wallenstein³⁰⁰ y Champion³⁰¹, sin duda alguna, dos de los principales precursores en la elaboración y desarrollo de dicha teoría. En sus inicios, el modelo buscaba un mecanismo mediante el cual analizar y comprender el nacimiento, evolución y funcionamiento de la sociedad capitalista moderna y la estructura de sus mercados. A grandes rasgos, el modelo quedó estructurado a partir de la existencia de un “centro” que monopoliza los sistemas de producción y la organización del trabajo. Ambos recursos le dotan de un poder político e ideológico que como no podría ser de otro modo, le sirven para imponerse sobre las denominadas periferias, las cuales ocupan una posición de inferioridad política y económica con respecto a éste³⁰². El sistema resultaba operativo en el momento en el que existiera una “periferia” que dotara de materias primas a un “centro” que, posteriormente, exportara los productos ya manufacturados, aquellos que, para nuestro caso de estudio, la arqueología identifica como pertenecientes a un comercio de prestigio³⁰³.

Poco tiempo después, la historiografía ponía en práctica el modelo de relaciones “centro-periferia” con vistas a analizar las conexiones atlántico-mediterráneas, aplicando el mismo sobre el vínculo que se estableció, a lo largo del I^{er} milenio a.C., entre Oriente y Occidente³⁰⁴ primero, y las costas occidentales y el interior peninsular³⁰⁵, después; más aún a raíz de la controversia que despertaron los primeros hallazgos de establecimientos fenicios en las costas andaluzas. La identificación y materialización del Tarteso recogido por las fuentes antiguas desembocó rápidamente en su definición cultural -centro- y en su demarcación geográfica -territorialidad-. La magnitud e importancia -riqueza- de los objetos que se le atribuyen, pronto lo convirtieron en un auténtico *núcleo*, más que en un *centro* cultural de la Protohistoria peninsular. Éste ejercería su influencia sobre las áreas geográficas limítrofes, entendiendo por éstas al Alto Guadalquivir³⁰⁶, Portugal³⁰⁷, la

³⁰⁰ Wallerstein, 1979

³⁰¹ Champion (ed.), 1995; 1995b

³⁰² Rowlands, 1987

³⁰³ Ruiz-Gálvez, 1984; 1988; 1992; Ruiz-Gálvez y Galán, 1991

³⁰⁴ Rowlands, 1987; Sherratt y Sherratt, 1991; Champion, 1995b

³⁰⁵ Galán, 1993; Ruiz-Gálvez, 1998; Ruiz Zapatero, 1989

³⁰⁶ Ruiz y Molinos, 1993

³⁰⁷ Gamito, 1988; 1992 Vilaça, 1995



región Onubense³⁰⁸ o el valle medio del Guadiana³⁰⁹; unas áreas en las que se no se tuvo en cuenta ni a su etapa precedente, el Bronce Final; ni su papel territorial, sino que, por el contrario, fueron consideradas como “áreas semi-despobladas”³¹⁰ que, por el simple hecho de contar con un volumen de información arqueológica inferior y de limitar con la región tartésica, se convertían en sus esferas de interacción -periferias-, en un momento en el que nadie se atrevía a dudar de la relevancia histórica de Tarteso, convertido en seña de identidad desde la España de Posguerra.

La primera alusión al carácter periférico de esta región se le atribuye a J. Maluquer de Motes sin que, en la práctica, dicho autor hiciera mención al mismo. La proyección de la denominada como *ruta de los santuarios*, sobre la que Maluquer sostenía una de sus teorías acerca del papel que el edificio de Cancho Roano desempeñó en las tierras del interior, próximo a importantes centros minero-metalúrgicos, colocaba al citado yacimiento en una posición periférica con respecto al centro en el que se inspiraba su arquitectura y del que provenía un gran volumen de las importaciones en él documentadas³¹¹. Sin embargo, y aunque la descripción y localización de este yacimiento en el extremo más occidental de dicha ruta así lo haga suponer, es difícil sostener que Maluquer se basara en el modelo de “centro-periferia” para elaborar su hipótesis, sino que más bien parece buscar una justificación plausible al volumen de importaciones griegas documentadas en las tierras del interior, que no la construcción de un modelo sobre el que se sostuvieran las relaciones entre el mediterráneo oriental y su extremo más occidental, más aún en un momento en el que la dirección de estas relaciones estaba aún por terminar de definir.

Casi una década después, M^a E. Aubet analizaría bajo el título de *esferas de interacción*³¹², la posición sociocultural de esta región del interior. Para ello usó un marco comercial y económico cuyos principios teóricos parecen haber sido extraídos de la base en la que se fundamentan los modelos de “centro-periferia” que en aquellos momentos se ponían en práctica en otras regiones mediterráneas. Para esta autora, el desarrollo de las comunidades tartésicas solo podía comprenderse en términos de “interacción”, desde su papel como intermediarias entre los centros de mercado fenicios y la periferia, a partir de

³⁰⁸ Gómez Toscano, 1997

³⁰⁹ Pavón, 1998; Rodríguez Díaz (coord.), 1998; Rodríguez y Navascués, 2001

³¹⁰ Pavón y Rodríguez, 2007: 14

³¹¹ Maluquer, 1983: 132-ss

³¹² Aubet, 1990



su dominio socio-político territorial³¹³. El modelo estaría basado en un sistema de círculos concéntricos y jerarquizados, dentro de los cuales el valle del Guadiana desempeñaría el papel de *reserva de la economía tartésica*³¹⁴, un enfoque que sin duda hace resaltar su posición secundaria dentro del marco de unas relaciones en las que la “periferia del Guadiana” ocupa un claro papel de inferioridad.

Al igual que ocurriese con el “modelo de frontera”, el sistema de “centro-periferia” volverá a ser aplicado por el equipo de la Universidad de Extremadura como complemento a la definición que ya se hacía de esta región como un espacio fronterizo³¹⁵. Según estos autores, ambos conceptos son indisociables, reflejos historiográficos de la realidad territorial a la que harían frente las sociedades protohistóricas del suroeste peninsular y causantes del tejido cultural mestizo que se detecta dentro de las mismas³¹⁶. Como resultado, *la presencia de objetos suntuarios, sepulturas principescas o la misma constatación de “residencias-santuario” constituían, entre otros, los principales exponentes del grado de poner y estatus alcanzado por los príncipes o régulos de esta zona merced del comercio de materias primas y recursos*³¹⁷ establecido con Tarteso. Son, al mismo tiempo, los testigos y efectos de la existencia de una conexión entre ambos territorios; hechos que vendrían a revalorizar y confirmar los planteamientos presentados por Aubet, desenterrando el papel periférico que se le otorgaba a este paisaje dentro de la Arqueología Protohistórica del Suroeste a principios de la década de los noventa del pasado siglo.

Esta renovada lectura pretendía transformar la concepción que hasta aquel momento se había tenido de este espacio, considerado como un *área de difusión*³¹⁸ de elementos culturales orientales llegados desde las colonias localizadas en el litoral, hacía la concepción activa de una región dinámica en la que tienen lugar una serie de transformaciones culturales, sociales y económicas a través de las cuales se dota de versatilidad a esta etapa histórica. Para ello, esta revisión tenía la clara intención de eliminar el carácter subsidiario y marginal que el término “periferia” ocupaba dentro de la arqueología de Tarteso. En esencia, es la misma estrategia que la utilizada para analizar el uso del concepto de “frontera” en este mismo territorio. Con ello, ambos vocablos se

³¹³ Aubet, 1990: 32

³¹⁴ Aubet, 1990: 41

³¹⁵ Rodríguez Díaz, 1994; 1995

³¹⁶ Rodríguez Díaz (coord.), 1998

³¹⁷ Rodríguez y Navascués, 2001: 41

³¹⁸ Rodríguez y Navascués, 2001: 140



volvían complementarios e incluso sinónimos, pues su significado y finalidad vendrían a intentar representar una misma realidad. Así, deberíamos entender la periferia *como sinónimo de transición y confluencia, espacio diverso, complementario y organizado a la vez*. Esta concepción lleva a este grupo de investigación a suponer que nos encontramos frente a *un territorio socialmente complejo y diferenciado respecto a un área nuclear determinada con la que le unen intereses socioeconómicos y culturales; cuestiones todas ellas fundamentales para una mejor comprensión y una más coherente explicación de su integración en las redes interregionales que definieron la protohistoria del Suroeste*³¹⁹. Dichos argumentos debían valer por sí solos para subrayar la personalidad y entidad de este diversificado espacio que, sin embargo, y a pesar del esfuerzo, no supo desprenderse de su posición como reserva económica de Tarteso. Esta perspectiva convertiría además a este espacio en *escenario de un profundo proceso de aculturación*³²⁰, postura que en poco difiere del anterior ambiente difusionista que se pretendía superar tras argumentar a favor de la personalidad de este espacio.

Finalmente, en el marco de la (re)definición que procura transmitir la actividad, el dinamismo y la permeabilidad de un escenario idóneo para los contactos culturales como es el valle del Guadiana, cuesta entender que sean vocablos como “periferia” o “frontera” los que transmitan una imagen fiel de la territorialidad de esta región. No es que el modelo teórico nos resulte erróneo, pues estamos completamente a favor del papel activo y transicional del que se dota a este espacio, ni nos posicionamos en contra del carácter polivalente que la definición le otorga; sino que simplemente consideramos sendos términos inapropiados. Ambos se amparan en la precaria situación de plena reestructuración que atraviesa la Arqueología de Tarteso para definir la realidad población y territorial que allí se coteja. Pero, ¿por qué denominar como periférico a un espacio que se considera plural, rico en recursos naturales, partícipe de una red interregional de contactos, socialmente complejo y, por todo ello, independiente?, ¿qué tiene de periférica dicha caracterización?

Frente a estas cuestiones, podemos deducir que la aplicación de la teoría de los sistemas-mundiales que se ha venido poniendo en práctica en esta región del suroeste, no es del todo correcta en tanto en cuanto ésta no puede entenderse en base a un sistema de relaciones igualitarias y recíprocas, como así se pretende. Es decir, la identificación de

³¹⁹ Rodríguez y Navascués, 2001: 11; Pavón y Rodríguez, 2007: 14

³²⁰ Rodríguez y Navascués, 2001: 140



un espacio definido como una “periferia” que responde a las demandas de un “centro”, le aboca a ocupar una posición secundaria, por no hacer uso del término marginal al que tanto se alega. Es más, si fuéramos estrictos en la ejecución del modelo, el valle del Guadiana ni siquiera llegaría a constituirse como una periferia de Tarteso, sino más bien como un margen o incluso como una periferia de este último (semiperiferia)³²¹, convertido en un auténtico arrabal dentro del sistema³²². Ello nos permitiría definir este espacio como un territorio pasivo, inmóvil; una región impersonal limitada a producir recursos y a extraer materias primas que más tarde le serán devueltas como productos manufacturados interpretados como símbolos de estatus social y de riqueza, fósiles guía para la detección y delimitación de esta red de relaciones que no puede entenderse, por más que así se intente, dentro de un marco social igualitario y cultural complementario.

Varias son las razones que nos han llevado a reconsiderar esta definición, y sobre ellas sustentamos nuestra certeza de que no puede concebirse una periferia dinámica a nivel cultural mientras ésta esté interconectada con un centro que coordina sus actividades económicas e ideológicas, menos aún cuando ésta aparece definida como reserva económica del mismo. Es justamente la indefinición del carácter que se le aplica al término, su indiscriminada aplicación al campo económico, social y geográfico el que consideramos como error de partida.

Al contrario de lo que ocurría con el concepto de frontera, un término con una vocación territorial readaptado para su aplicación dentro de las estructuras identitarias, el vocablo “periferia”, tomado de las teorías de “sistemas-mundo”, está concebido para ser aplicado a diversas realidades políticas, sociales y económicas dependientes en su constitución de otros centros. Lejos de lo que cabría pensar, todo parece apuntar que para el valle del Guadiana dicha caracterización solo puede comprenderse en términos geográficos, horizonte en el que el concepto se vuelve neutro definiéndose como el espacio que rodea a un núcleo que, por el inocente hecho de ser únicamente “un espacio”, simplemente hace alusión a la localización de éste y no al modelo de relaciones que se establece entre ambos. Así, el valle del Guadiana puede ser considerado por su localización como el contorno o periferia geográfica del Valle del Guadalquivir del mismo modo que el Tajo puede considerarse término o confín del primero. Sin embargo, dentro de los parámetros económicos, sociales y culturales convendría buscar una

³²¹ Champion, 1995b; Ruiz-Gálvez, 1998: 272

³²² Pavón, 1999: 180



definición para este espacio, una que, o bien lo englobara dentro del territorio que circunscribimos aproximadamente a las actuales provincias de Cádiz, Sevilla y Huelva (territorio denominado Tarteso), aprovechando para ello la similitud y homogeneidad fisiográfica que ambos comparten en su extremo más occidental; o bien comenzamos a considerarlo como un espacio independiente, de personalidad propia aunque miembro de una misma *koiné* con la que comparte determinados rasgos culturales fruto de la interconexión existente entre las distintas regiones. Ello no anula su tradicional conexión con Tarteso, sino que, por el contrario, trata de equilibrar la dirección y el volumen de los influjos haciendo partícipes al grueso de espacios con los que limita. Esta hipótesis toma forma aprovechando la imagen uniforme que siempre se nos ha transmitido del valle del Guadiana, un paisaje sin obstáculos insalvables que dificulten la comunicación y favorecido por la existencia de dos arterias fluviales de comunicación fundamentales. Nos referimos a los ríos Tajo y Guadiana, principales colectores del suroeste que atraviesan el territorio de oeste a este y de sur a norte conectando la costa con el interior.

Las evidencias arqueológicas encontradas en el entorno del Guadiana, interpretadas tradicionalmente como el resultado de su conexión con Tarteso, son para nosotros el resultado de la influencia oriental del litoral llegada a través tanto de las colonias fenicias localizadas en las actuales costas andaluzas como de las documentadas en el litoral atlántico de Portugal. A este continuo intercambio de ideas se suma la prevalencia de un fuerte sustrato indígena que hunde sus raíces en el Bronce Final de las estelas de guerrero y la metalurgia del bronce, mezcla que da como resultado la aparición de abundantes importaciones, ricas sepulturas e imponentes edificios que retratan a una sociedad diferenciada y compleja, adaptada a la estructura del paisaje y la organización de los recursos. Todos ellos son marcadores que diferencian ambos valles, no únicamente muestras del difusionismo cultural de Tarteso. Si en la realidad existe un espejo donde el valle del Guadiana deba mirarse, este se localiza dentro de las actuales tierras portuguesas, región que en los últimos años nos ha brindado interesantes paralelos arqueológicos, sin que ello sirva para obviar el hecho de que dentro de este extenso territorio puedan existir contrastes interregionales en los que nos detendremos cuando analicemos el poblamiento.

Esta idea nos permite enlazar con el que consideramos como el segundo punto de inflexión dentro del análisis de este concepto. La importancia alcanzada por Tarteso a finales del siglo pasado, convertido en la cultura más sobresaliente de Occidente, favoreció el hecho de que fuera el valle del Guadalquivir el único punto de difusión, tanto



de elementos orientales como de las evidencias resultantes de la relación que se estableció entre colonos e indígenas, aquello que dio como resultado al mal conocido Orientalizante. Estas circunstancias se vieron beneficiadas por la inexistencia, en aquel momento, de una sólida arqueología fenicia en Portugal, donde hasta finales del siglo XX no se admitirá la existencia de un proceso de colonización oriental³²³ similar al que desde hacía décadas venía documentándose en las costas españolas. Todo ello ha provocado la prevalencia de Tarteso como foco indiscutible de aculturación, convirtiendo a sus regiones vecinas en meros apéndices del mismo.

El tratamiento de esta discusión acerca del foco de orientalización del valle del Guadiana ha sido retomado por M. Pellicer quien, a partir de una exhaustiva revisión de los recursos metalúrgicos, las principales vías de comunicación entre Tarteso y el interior y el establecimiento de comparativas entre los yacimientos bajo andaluces, portugueses y extremeños, consideró la existencia de una bidireccionalidad entre los contactos a la que hacíamos alusión al analizar el concepto de Orientalizante³²⁴. Dichos planteamientos resultan ser un excelente punto de partida para comenzar a repensar el proceso de transmisión de la cultura, sus principales focos de irradiación y las vías a tener en cuenta como vehículos de la misma.

Así mismo, sería recomendable volver a mencionar el uso de demarcaciones jurídicas y administrativas actuales, cuestión en la que ya nos detuvimos a la hora de refrendar la aplicación del concepto de frontera como obstáculo a salvar en la aplicación del vocablo periferia. Nuevamente se hace uso de límites políticos actuales para dibujar en nuestra mente el paisaje protohistórico, englobando nuestra región de estudio bajo el epíteto de “*Arqueología de un proceso periférico*”, titular bajo el que se engloba a la *Extremadura tartésica*³²⁵. Aunque resulta complicado de separar, debemos acostumbrarnos a segmentar el espacio cuando nos disponemos a estudiar la antigüedad a partir de límites naturales o tomando como referencia el territorio que controla un pueblo en el caso de que podamos documentar su extensión con fiabilidad. Este ejercicio se vuelve complejo cuando la etapa que queremos analizar se engloba dentro del I^{er} milenio a.C. ante la escasez de datos que nos aportan las fuentes en comparación con las que manejamos para las etapas romana o medieval.

³²³ VV.AA. 1990b; 1993

³²⁴ Pellicer, 2000: 92-93

³²⁵ Rodríguez y Navascués, 2001



Por todo ello, debemos entender el Guadiana no como un anexo, sino como un territorio periférico geográficamente hablando, e independiente y externo a nivel cultural y económico. Esto no quiere decir que el espacio no participe de unas relaciones interregionales de las que se nutre y beneficia, pero sin que dicho ejercicio tenga que conllevar un grado de dependencia entre unos y otros. Quizás el mejor ejemplo de ello lo constituye la Crisis de Tarteso. Así, mientras que todo el núcleo comienza a descomponerse a nivel económico y cultural, la zona del Guadiana se revitaliza, una prueba más de su independencia con respecto a Tarteso.

En esencia, el papel del territorio dentro de este sistema de relaciones es el que hace inapropiado el uso de conceptos como “frontera” y “periferia” dentro de su caracterización. El nuevo prisma desde el que se observa a esta región, valorará el papel de las sociedades que habitaban este espacio en el Bronce Final, reconsiderando si su proceso histórico es fruto de una evolución continua y acumulativa, o bien resultado de una sucesión de etapas en las que se registran momentos de ruptura y contigüidad³²⁶; desechando el horizonte que lo considera como un espacio más *proclive a las fuerzas centrífugas que a las centrípetas; a la inestabilidad que a la estabilidad; a la discontinuidad que a la continuidad*³²⁷. Únicamente conociendo los antecedentes podremos valorar en qué porcentaje las sociedades de la Edad del Hierro fueron herederas de unas tradiciones anteriores y objeto de la asimilación de nuevas tendencias culturales, sopesando en qué grado este impacto supuso un “trauma” o una mejora. Solo así lograremos *mirar desde la “periferia” un proceso histórico tradicionalmente valorado desde el “centro”*³²⁸; un proceso complejo de detallar si entendemos a este espacio como pieza integrante de un modelo de “centro-periferia” y no simplemente como una periferia geográfica con personalidad cultural e identitaria propia, pues consideramos que las lecturas que hasta la fecha así lo han catalogado, poseen en su esquema muchas vacíos y confusiones fruto de una errónea dirección en el discurso.

³²⁶ Esta nueva lectura permite retomar el contenido conceptual que se extrae de la reflexión recogida por Almagro Gorbea cuando afirma que *la comprensión del desarrollo histórico de Extremadura en este período -Bronce Final y Período Orientalizante- exige valorar un fenómeno de continuidad y transformación cultural sin interrupciones aparentes [...] Solo al final del Período Orientalizante de la Alta Extremadura se puede vislumbrar la posible existencia de ciertas discontinuidades en relación con la aparición de la Cultura de los Castros de la Meseta o la Cultura de Cogotas II por esas áreas* (Almagro-Gorbea, 1977:485)

³²⁷ Rodríguez y Navascués, 2001: 42

³²⁸ Rodríguez y Navascués, 2001: 45



II.2. EL MEDIO FÍSICO:

Tomando con cautela las referencias geográficas en las que se basan otros autores para caracterizar este territorio como un espacio de frontera y periferia, cabe finalizar el presente capítulo haciendo un apresurado recorrido por los particularismos de su medio físico, de modo que nos sirva de contexto geográfico en el que encuadrar nuestro detenido análisis del poblamiento. En cierto modo, este itinerario debería abarcar la cuenca del Guadiana en su totalidad, desde su nacimiento en la provincia de Ciudad Real hasta su desembocadura en Ayamonte (Huelva) junto al yacimiento fenicio de *Castro Marim*; sin embargo, nosotros nos restringiremos a analizar el espacio que comprende a su tramo medio por dos razones principalmente. La primera de ellas debido a la homogeneidad topográfica que posee la totalidad de la cuenca, lo que hace, en cierto modo, que el estudio de su valle medio resulte extensible al contexto en el que se encuadra el resto de la cuenca, teniendo siempre presente que las valoraciones acerca de la transitabilidad del espacio y la vocación caminera del propio río, resultan calificativos extrapolables a la totalidad de la misma. La segunda razón viene determinada porque es en este tramo donde se concentran los ejemplos correspondientes con los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, cuyos particularismos materiales, arquitectónicos y culturales, así como el papel que desempeñan en la estructura del poblamiento en la que tienen cabida, son objeto de nuestro interés y razón principal de este trabajo de tesis. En un segundo grupo quedan englobados el resto de yacimientos protohistóricos, aquellos localizados en el tramo portugués y manchego del río, los cuales solo serán incluidos en el presente trabajo, no con la finalidad de analizar su entorno y disposición, sino de establecer un sistema comparativo entre el poblamiento protohistórico ya documentado y caracterizado en los tramos bajo y alto del cauce, y los nuevos datos extraídos del presente estudio. La finalidad última no es otra que conocer la organización de la ocupación, su distribución y jerarquización, así como las relaciones que pudieran establecerse entre los mismos.

El escaso volumen de información concerniente a los estudios geográficos de esta región nos lleva a no dejar pasar esta ocasión para realizar un llamamiento a este respecto. La gran mayoría de los trabajos destinados a analizar el contexto geográfico de esta diversa e interesante región hacen alusión al estado actual de sus recursos, centrándose en aspectos regionales y económicos modernos y contemporáneos que difícilmente pueden extrapolarse a las investigaciones acerca de la Antigüedad, pues en el caso de haberse adoptado, éstos solo han provocado la concepción de anacronismos, dado el



profundo cambio que este espacio ha experimentado desde mediados del siglo pasado hasta nuestros días. De ese modo, las caracterizaciones acerca del medio físico a lo largo de la Antigüedad, y más concretamente de la Protohistoria, se reducen a pequeñas introducciones o capítulos particulares para cada uno de los asentamientos objeto de estudio, sin que entre ellos exista ningún tipo de consenso metodológico dentro del discurso. Estas circunstancias son una causa más de la ausencia de un punto de encuentro entre las diversas labores arqueológicas llevadas a cabo en esta extensa región, heterogeneidad que sería recomendable frenar, comenzando de ese modo a efectuar trabajos de síntesis en los que tengan cabida los diversos análisis paleoambientales con los que en la actualidad se completan los trabajos de investigación en cada uno de los yacimientos arqueológicos analizados dentro de este territorio.



Fig. 11. Demarcación de la cuenca hidrográfica del Guadiana

II.2.1. El territorio: escenario de variedad biogeográfica

Localizado en la margen oeste de la Península Ibérica sobre el zócalo paleozoico que conforma el extremo occidental del macizo ibérico, el valle del Guadiana se caracteriza, sin duda alguna, por la pluralidad paisajística, edafológica, climática, vegetal y faunística que alberga su territorio. Su posición, a caballo entre los bloques residuales y deprimidos de dicho zócalo, hace que la altitud media este comprendida entre los 200 y 400 metros sobre el nivel del mar, no suponiendo ninguna de estas elevaciones obstáculo alguno en



el tránsito por sus tierras³²⁹. Así, en su paisaje conectan las penillanuras de relieve ondulado esculpidas en pizarras con las depresiones fluviales que tanto el Guadiana como su rica red de afluentes van creando a partir de sedimentos más modernos como resultado de la escorrentía y la sedimentación. Junto a ellos, medianas sierras, penillanuras y valles angostos, dibujan un colorido y plurifuncional conjunto que dota de equilibrio a la biodiversidad de este espacio.

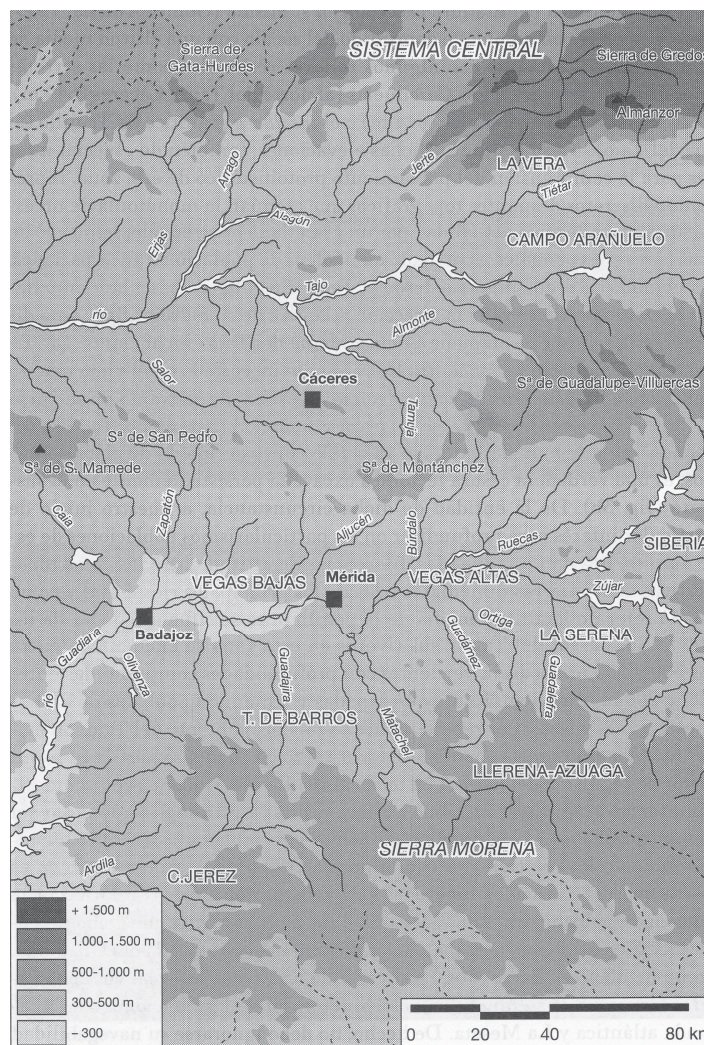


Fig. 12. Unidades geomorfológicas de Extremadura (según Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 21, fig. 2)

En lo que a su cauce medio respecta, éste comprende el territorio que se extiende aproximadamente entre el actual embalse del Cijara (punto en el que se separan las Comunidades de Extremadura y Castilla la Mancha) y Badajoz, donde el curso del río varía su dirección este-oeste de norte a sur, dando comienzo a su tramo bajo; más todo el territorio que envuelve a la cuenta. Ésta se encuentra enmarcada por las sierras de San

³²⁹ Barrientos Alfame, 2009: 90-91



Pedro-Montánchez-Villuercas/Guadalupe, al norte, cuyo punto más alto no llega a alcanzar los 1000 m de altura. Constituyen el extremo occidental de las estribaciones que, desde Castilla la Mancha, ponen fin a los Montes de Toledo que desaparecen al conectar con las sierras de San Mamede en Portugal. Mientras, por el sur, el límite lo marca Sierra Morena, cuyas sierras más destacadas son las de Aroche (718m), Aracena (917m) y Tudía (1.104m). Sendos límites no constituyen una barrera infranqueable y uniforme, sino que por el contrario ambas se encuentran jalonadas por numerosos corredores y puertos que facilitan el tránsito de norte a sur. De ese modo, Santa Cruz, Herrerías, Covacha y Zángano³³⁰, constituyen los pasos por el norte, mientras que Fregenal de la Sierra hacia Huelva, Monasterio hacia Sevilla y Llerena-Guadalcánal hacia Córdoba y Sevilla lo hacen por el sur³³¹. Esta transitabilidad del territorio se apoya además en el carácter caminero del propio río que atraviesa toda la llanura conectando, sin excesivos obstáculos, la costa con el interior.



Fig. 13. Demarcación de las comarcas del valle medio del Guadiana

³³⁰ Barrientos Alfageme, 1985: 21

³³¹ Barrientos Alfageme, 1985: 22



El territorio descrito coincide con la denominada Baja Extremadura, un extenso paisaje de llanura que solo se ve interrumpido por el umbral que se establece entre Medellín y Mérida, aquel que separa las Vegas Altas y la Vegas Bajas, ámbitos en los que queda dividido el Valle Medio. Éste, a su vez, aparece segmentado en comarcas naturales que quedan separadas por serranías isoaltitudinales de cuarcita que sin embargo no rompen con la transitabilidad del espacio. Nos referimos a las comarcas de La Serena, Tierra de Barros y los Llanos de Olivenza, así como al arco montañoso de Villarta de los Montes, las Sierras de Benquerencia-Castuera, el eje de Peraleda-Hornachos, la línea Zafra-Feria y la sierra de Jerez de los Caballeros-Burguillos del Cerro, relieves todos ellos desgajados del Sistema de Sierra Morena. Cada una de las comarcas citadas responde a unas características geográficas distintas, rasgos que al mismo tiempo que las diferencian, hacen que éstas doten de singularidad a la cuenca. Son el clima y los usos del suelo donde mejor se detectan dichas diferencias, pues de ellos depende en gran medida el desarrollo posterior de los paisajes, los recursos, la vegetación y la fauna.

De ese modo, el clima de la Baja Extremadura se engloba dentro del tipo mediterráneo continental, caracterización que se deriva de la posición centro meridional que este territorio ocupa y de la configuración topográfica del mismo. Sin embargo, la matización de esa misma localización, a caballo entre el Atlántico, el Mediterráneo y la continentalidad peninsular, así como la conjugación de un espacio en el que se combinan diferentes tipologías orográficas, le hacen presentar una serie de matices y peculiaridades regionales que responden a una complejidad ecogeográfica que se traduce en diferentes matices climáticos que, a grandes rasgos, vienen a coincidir con las comarcas a las que con anterioridad hacíamos referencia; aquello que Barrientos definía como “*la triple frontera del clima*”³³², sin que el uso de este concepto pueda llevarnos ahora a equivoco. Dicha *frontera* es el resultado de la confluencia entre la continentalidad, el anticiclón de las Azores y la corriente fría de Canarias, conexión que se traduce en la existencia de veranos calurosos e inviernos suaves. La media anual se sitúa en 15’6 C°, con unos mínimos que bajan por debajo de los 10 C° y unas máximas que en el período estival superan los 26 C°³³³.

La combinación de todas estas particularidades biogeográficas hace que las lluvias sean irregulares, situándose la media anual en unos 500 mm, con un máximo que se

³³² Barrientos Alfageme, 1985: 22

³³³ Mateos Rodríguez, 2009: 106



concentra entre los meses de noviembre y abril, sin ser, igualmente, dentro de este período regulares. En palabras de Barrientos, estas lluvias resultan a la larga *ser pocas, inoportunas e irregulares*³³⁴. Por su parte, las precipitaciones mínimas se recogen en los meses de verano, período en el que llegan a concentrarse hasta tres meses secos, circunstancias que unidas a la alta evapotranspiración, provocan importantes períodos de sequía. Esto hace que el valle medio sea una de las regiones más áridas dentro de la cuenca del Guadiana, razón por la cual el paisaje dominante son las extensas dehesas, y la actividad principal, todavía a día de hoy, la ganadería³³⁵.



Fig. 14. Comarca natural de La Serena

La diversidad climática, las oscilaciones térmicas y las irregulares precipitaciones, unidas a un horizonte litológico en el que predominan las pizarras y los granitos, configuran un sistema edafológico en el que se documentan suelos pobres de poca profundidad (leptosoles), junto a suelos arcillosos donde proliferan los cultivos de secano y la dehesa (vertisoles) como los localizados en la comarca de la Serena. Junto a éstos, suelos de ribera (fluvisoles y arenosoles), ricos en materia orgánica y aptos para todo tipo de cultivos, localizados en los márgenes del Guadiana y sus afluentes, siendo en sus

³³⁴ Barrientos Alfageme, 1990: 39

³³⁵ Mateos Rodríguez, 2009: 107



proximidades donde se ubican, lógicamente, la inmensa mayoría de los asentamientos protohistóricos más adelante analizados. Éstos se combinan, además, con amplias zonas de pastos (cambisoles), siendo este tipo de suelo el que domina gran parte de este amplio paisaje, lo que permite complementar a la actividad agrícola con una importante cabaña ganadera³³⁶. Esta diversidad ecológica hace que sean las actividades agropecuarias las que ocupen un papel determinante en el progreso social y económico de las sociedades que poblaban este espacio, proceso que se remonta a la Prehistoria y se mantiene hasta la actualidad.

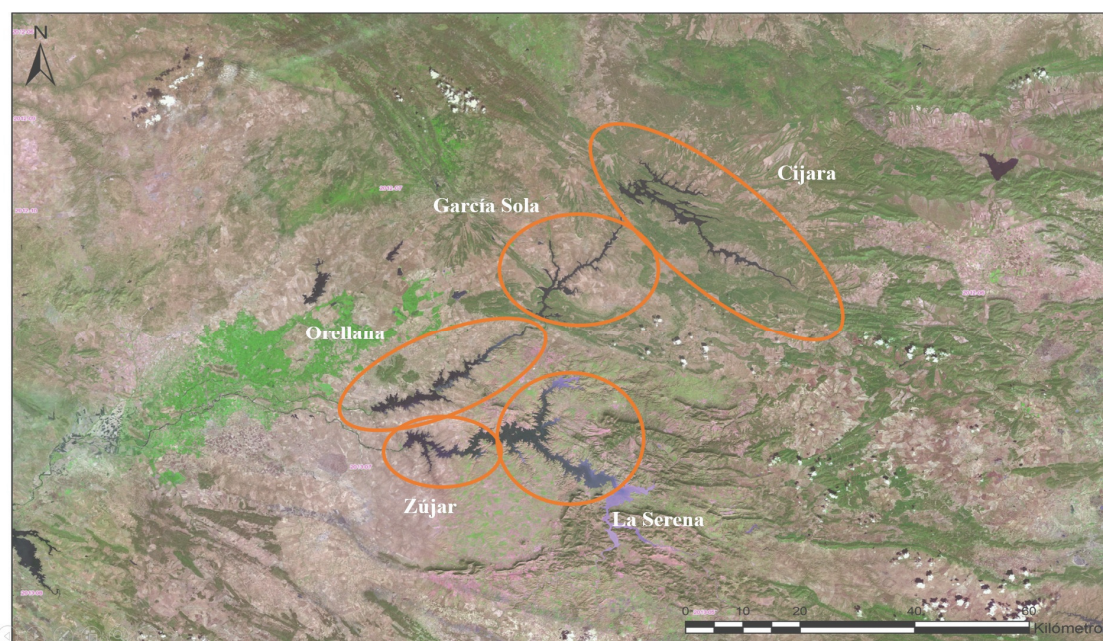


Fig. 15. Localización de los embalses construidos en el Guadiana Medio

El desarrollo de la agricultura ha estado en el valle medio del Guadiana hasta hace unas décadas bastante limitado, lo que nos lleva a considerar las posibles restricciones y dificultades que debieron superarse a lo largo de la Antigüedad. La inestabilidad de los ciclos del agua únicamente permitía una estacional agricultura de secano que compartía espacio con las extensas tierras de verde pasto, seco y ausente en el período estival. Dicho problema se encuentra hoy solucionado tras la ejecución del Plan Badajoz entre los años 1952 y 1965³³⁷. Este programa supuso la construcción de un total de seis embalses (Cijara, Puerto Peña, Alange, Zújar, Orellana y Montijo) (fig. 15) con la intención de reorientar la actividad económica de la provincia de Badajoz al convertir muchos de sus campos baldíos de secano en tierras de regadío, tarea que, además de reactivar el sistema

³³⁶ López Piñedo, 2009

³³⁷ Una síntesis del desarrollo y la situación económica del momento en López Santamaría, 1954



económico de la región a finales del siglo pasado³³⁸, supuso el arrasamiento y desaparición de un gran número de yacimientos arqueológicos que, o bien se localizaban en las riberas de los principales ríos y fueron destruidos durante las labores de aterrazamiento, nivelación y construcción de canalizaciones; o, simplemente, han quedado inundados y sumergidos en el fondo de los pantanos.

En lo que a la Protohistoria respecta, todos los indicios parecen apuntar a que la agricultura jugó un papel poco destacado en el sistema económico de las sociedades que poblaban este valle, aunque huelga dejar constancia de que, probablemente, a partir de la inclusión del hierro en la Península Ibérica, aconteciera una mejora en las técnicas de cultivo, una ampliación de la extensión a cultivar y la introducción de nuevas especies, evidencias que parecen comenzar a detectarse a partir del siglo VI a.C. en las tierras del interior, momento en el que el sistema económico vira de una base ganadera a un interés por el cultivo de la tierra para la producción de excedentes. Los escasos datos paleoambientales y paleoeconómicos con los que hasta la fecha contamos para una adecuada reconstrucción paleobiológica de este entono³³⁹, determinan que son la cebada vestida y el trigo desnudo los dos cultivos más destacados³⁴⁰, ambos de secano. Estos han sido documentados junto a restos de leguminosas, como el cultivo de habas³⁴¹; y frutales, entre los que destacan higueras, almendros y piñones³⁴². Del mismo modo, algunos de los yacimientos repartidos por el valle medio del Guadiana cuentan entre sus restos con evidencias del consumo de vino y aceite³⁴³ sin que su cultivo esté hasta la fecha atestiguado en esta región en época protohistórica. La única referencia a este respecto proviene de la investigación realizada en el yacimiento protohistórico de La Mata donde fue localizado un lagar³⁴⁴ (fig. 16).

Las tierras de labor y las pequeñas huertas documentadas junto a los núcleos de poblamiento, estarían completadas por un extenso paisaje de latifundios de dehesa que ocupan la práctica totalidad del territorio, así como por los últimos reductos de un bosque mediterráneo hoy en peligro de desaparición ante el fuerte avance de la deforestación por el interés del hombre en ganarle terreno a la naturaleza. Este bosque únicamente se

³³⁸ Martín Lobo, 2002; Medina, 2002

³³⁹ Pérez Jordá, Alonso e Iborra, 2007: 328

³⁴⁰ Duque y otros, 2009: 177; Grau, Pérez y Hernández, 1998; Pérez Jordá, 2004: 418-419

³⁴¹ Pérez Jordá, 2004: 419-420

³⁴² Duque, 2011: 121-ss; Maluquer de Motes y otros, 1986; Pérez Jordá, 2011: 143-ss

³⁴³ Maluquer de Motes y otros, 1986; Pérez Jordá, 2004: 420-421; 2011: 148

³⁴⁴ Rodríguez y Ortiz, 2004: 143



localiza en las serranías de Montánchez, las Villuercas y San Pedro, donde todavía puede documentarse un bosque cerrado en el que destacan castaños y robles³⁴⁵.



Fig. 16. Lagar (según Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 144, fig. 38a)

La encina y el alcornoque son sin duda las especies más representativas de este territorio, ya que son capaces de aguantar largos períodos de sequía al mismo tiempo que protegen el suelo, surten de madera y se convierten en una excelente fuente de alimentación gracias a su fruto, la bellota, símbolo además de la actual Comunidad Autónoma en la que este espacio se integra. Ambos se encuentran acompañados de un rico sotobosque en el que proliferan jaras, retamas y brezos, junto con madroños, acebuches y zarzamoras³⁴⁶. En palabras de Barrientos *el recolector y el cazador encontrarán garantizada la supervivencia*³⁴⁷ dentro de este espacio. Finalmente, el paisaje vegetal se completa con la vegetación de ribera, circunscrita a la vega de los diversos ríos que atraviesan y comunican el territorio. En ellas se documenta un bosque galería en el que destacan los chopos, álamos, sauces y alisios, que conviven con una abundante y variada fauna propia del entorno, biodiversidad que favorecería el establecimiento de asentamientos en las proximidades de los cursos de agua.

Frente a la actividad agrícola y el aprovechamiento de la cobertura vegetal para la recolección y la obtención de madera, *la ganadería tuvo más predicamento*³⁴⁸. El clima, la pobreza de los suelos, la cantidad de pastos y la bellota, el dominio de grandes

³⁴⁵ Hernández Blanco y López Casares, 2009: 134-135

³⁴⁶ Devesa Alcaraz, 1995

³⁴⁷ Barrientos Alfageme, 1998: 21

³⁴⁸ Barrientos Alfageme, 1990: 155; 1998: 21



explotaciones y el predominio de la dehesa sobre la casi totalidad del territorio ocupado por el curso medio del Guadiana, hicieron que la ganadería fuese la actividad más desarrollada dentro de esta área desde el Neolítico. A la extensión de los pastizales se suma la capacidad de determinadas especies de aclimatarse a calurosos y secos veranos, circunstancias a las que se suma la transitabilidad de este espacio, razón de peso dentro del desarrollo de esta actividad³⁴⁹. La llanura sobre la que se localiza el curso de este río hace que la trashumancia alcance un amplio desarrollo, siendo el ganado el encargado de abrir pasos y veredas por las elevaciones montañosas que comunican este espacio con los pastizales de la Meseta³⁵⁰. En cuanto a la cabaña ganadera, los escasos datos desprendidos de los estudios de restos óseos documentados en varios yacimientos localizados en nuestra región de estudio, apuntan a un predominio del bóvido para el abastecimiento de leche y como fuerza de trabajo, al menos hasta el siglo V a.C.³⁵¹, momento en el que se verá sustituido por un predominio de los ovicápridos³⁵². Junto a éstos se detecta, aunque en un número hasta la fecha reducido, la presencia de asnos y gallinas, introducidos tras la colonización oriental, así como de cerdos y équidos. Acerca de estos últimos cabe pensar su domesticación desde el Eneolítico³⁵³ y uso para la montura al menos a partir de la II Edad del Hierro³⁵⁴.



Fig. 17. Paisaje de dehesa

³⁴⁹ Sánchez Moreno, 1998

³⁵⁰ Barrientos Alfageme, 1998: 23

³⁵¹ Castaño Ugarte, 1998: 68

³⁵² Pérez Jordá, Martínez e Iborra, 2007: 361-ss

³⁵³ Castaño Ugarte, 1991: 44

³⁵⁴ Pérez Jordá, Martínez e Iborra, 2007: 362



A las actividades agropecuarias se suma en último lugar la actividad cinegética y la pesca. El mantenimiento paisajístico de esta región -dehesa- y la conservación de su estructura agroganadera, han permitido que la fauna de la Baja Extremadura se haya conservado siendo a día de hoy una de las más ricas, diversas y valiosas de Europa³⁵⁵. Las especies más destacadas son el ciervo, el jabalí, el zorro o la cabra montesa, junto a liebres, conejos y perdices. En lo que a la pesca respecta, pocos son los indicios con los que contamos para determinar su desarrollo o conocer las técnicas de ejecución en la antigüedad.

II.2.2. Recursos mineros:

La minería puede ser considerada la tercera actividad económica, junto a las labores agropecuarias, de la que se tiene constancia en este territorio. Considerada por algunos como justificante para explicar el interés expansionista desde el Mediterráneo hasta el Mediodía peninsular³⁵⁶, lo cierto es que ni la abundancia de minerales es tan amplia, aunque sí diversa, ni se debe inferir que la detección de yacimientos mineros suponga su obligada explotación, pues, desgraciadamente, todavía son pocos los datos referidos a las técnicas de explotación en la Antigüedad, al menos con anterioridad a época romana. Ambas ideas nos obligan a establecer ciertas reservas a la hora de evaluar el papel de la minería entre las sociedades del I^{er} milenio a.C. dentro del valle medio del Guadiana.

En cierto modo, la importancia minera que se le atribuye a esta región es el resultado tanto de la documentación de elementos de orfebrería aislados como de las diferentes lecturas extraídas de la Geografía de Estrabón³⁵⁷, quien recoge algunos datos acerca de las riquezas de la Turdetania, territorio que se extendía *por la parte más acá del Anas*³⁵⁸:

“A tanta riqueza como tiene esta comarca se añade la abundancia de minerales. Ello constituye un motivo de admiración; pues si bien toda la tierra de los íberes está llena de ellos, no todas las regiones son a la vez tan fértiles y ricas, y con más razón las que tienen abundancia de minerales, ya que es raro se den ambas cosas a un tiempo, y raro es también que en una pequeña región se halle toda clase de metales. Pero la Turdetania y las regiones comarcanas abundan de ambas cosas, y no hay palabra digna para alabar justamente esta virtud. Hasta

³⁵⁵ Corbacho, Sánchez y Morán, 2009: 116

³⁵⁶ Barrientos Alfageme, 1998: 20

³⁵⁷ Rodríguez y Navascués, 2001: 33

³⁵⁸ Estrabón, III, 2, 1



ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes”

[Estrabón, III, 2,8]

No debemos olvidar que las referencias de Estrabón deben ser tomadas con cautela. Su descripción de la Turdetania también incluye al paisaje que comprende al valle del Guadalquivir, tierra fértil, y a la región onubense, célebre por sus ricas y abundantes minas donde destacan sus explotaciones argénteas. Del mismo modo, desconocemos los límites de esta región hacia el norte, al mismo tiempo que sabemos de las riquezas mineras que se localizan más allá del Tajo. Ello nos lleva a suponer que los yacimientos mineros del valle medio del Guadiana constituyeron más un elemento de diversidad, que de riqueza. Junto a la ganadería y la agricultura, la minería vendría a completar ese círculo de diversidad al que durante todo el discurso hemos hecho alusión. La falta de datos que nos ayuden a certificar la explotación de la gran mayoría de los recursos mineros localizados en la Baja Extremadura durante la Protohistoria, nos imposibilita a considerarlos como una consecuencia directa de la riqueza económica y el predominio comercial, a pesar de que su presencia y diversidad pueda llegar a considerarse como notables. Del mismo modo, no podemos perder de vista, aunque no nos extenderemos a este respecto, la localización de las minas que se documentan más allá del Tajo y el Duero, en las denominadas por los antiguos como Casitérides³⁵⁹, región rica en estaño y oro, que de localizarse con certeza en la región noroeste de la Península Ibérica, resultaría sencillo deducir su relación con nuestra región de estudio a tenor de la buena comunicación que conecta los territorios de la margen noroccidental, las minas del valle del Tajo y el Guadiana.

A pesar de ello y a la espera de que se sinteticen y aumenten los resultados arqueometalúrgicos realizados en varios yacimientos de la Baja Extremadura, realizaremos una breve síntesis de la variedad de recursos mineros con los que cuenta el subsuelo de la cuenca media, a fin de sopesar el interés que éstos pudieron tener en las sociedades del Bronce Final y la I Edad del Hierro. Para ello tomaremos como referencia el actualizado mapa del Patrimonio Minero de Extremadura³⁶⁰ (fig. 18), en el que se

³⁵⁹ Estrabón, III, 2, 9

³⁶⁰ IGME. 2009b



recogen todos los yacimientos mineros hasta la fecha conocidos, aludiendo mediante un diagrama circular al momento histórico en el que fueron explotados.

Resulta curioso observar el mapa de localización de los principales yacimientos metalúrgicos del valle del Guadiana y percibir como la mayor parte de ellos se localizan alejados del río. Quizá el único filón incluido dentro del valle sea la explotación de cobre denominado Novísimo-San Fernando, próximo a la localidad de Oliva de Mérida, donde fueron localizadas dos mazas líticas con surco junto a restos de labores mineras muy antiguas, de difícil adscripción cultural³⁶¹. El cobre es quizás el mineral más documentado, localizado en diversos puntos de la Baja Extremadura. En la zona de La Serena quedan constancia de los filones de Fuente del Rayo y Peñoncillo, localizados en el entorno que dibujan las localidades de Valle de la Serena, Zalamea de la Serena, Castuera y Cabeza del Buey, donde su explotación está atestiguada desde antiguo³⁶².

Próximas a ellas, las minas de La Minita³⁶³, donde todavía se conservan restos de trabajos antiguos y dos martillos; Juanita, con restos de herramientas líticas; y Cerro Juan Alonso, todas ellas próximas a la localidad de Llerena. Por último, la mina Abundancia, situada en la comarca de Tierra de Barros³⁶⁴.

En lo que a los yacimientos de plata respecta, ésta no se localiza de forma nativa en el subsuelo, sino que los únicos indicios que poseemos hacen referencia a galenas de alto contenido en plomo. Estas galenas se extienden en mayor abundancia en el entorno de la comarca de la Serena, donde se localizan las minas de Miraflores, Gamonita³⁶⁵, Vallehondo³⁶⁶, Valdecantos, Siracusa³⁶⁷ y Mentor³⁶⁸; junto a las cuales se han localizado restos de herramientas como picos y hachas de hierro, algunos adjudicados a época romana y otros con cronologías anteriores. Otros dos ejemplos se localizan próximos a la cuenca del río Zújar. Se trata del grupo minero de Juan Antonio donde al parecer se recogieron bastantes herramientas líticas destinadas a la extracción del metal³⁶⁹; y la mina del Borracho Antiguo en la cual se han localizado varias mazas de minero con surco³⁷⁰.

³⁶¹ IGME, 2009: 16

³⁶² IGME, 2009: 116; 120; Mayoral, Boixereur, Roger, 2010

³⁶³ IGME, 2009: 23-24

³⁶⁴ IGME, 2009: 116

³⁶⁵ IGME, 2009: 237-ss

³⁶⁶ IGME, 2009: 241-ss

³⁶⁷ IGME, 2009: 245-ss

³⁶⁸ IGME, 2009: 249-ss

³⁶⁹ IGME, 2009: 19

³⁷⁰ IGME, 2009: 223-ss



En el área suroccidental, a la altura de la localidad de Llerena, se localizan también un importante número de yacimientos de galena, sin que existan realmente indicios acerca de su explotación con anterioridad a la dominación romana.

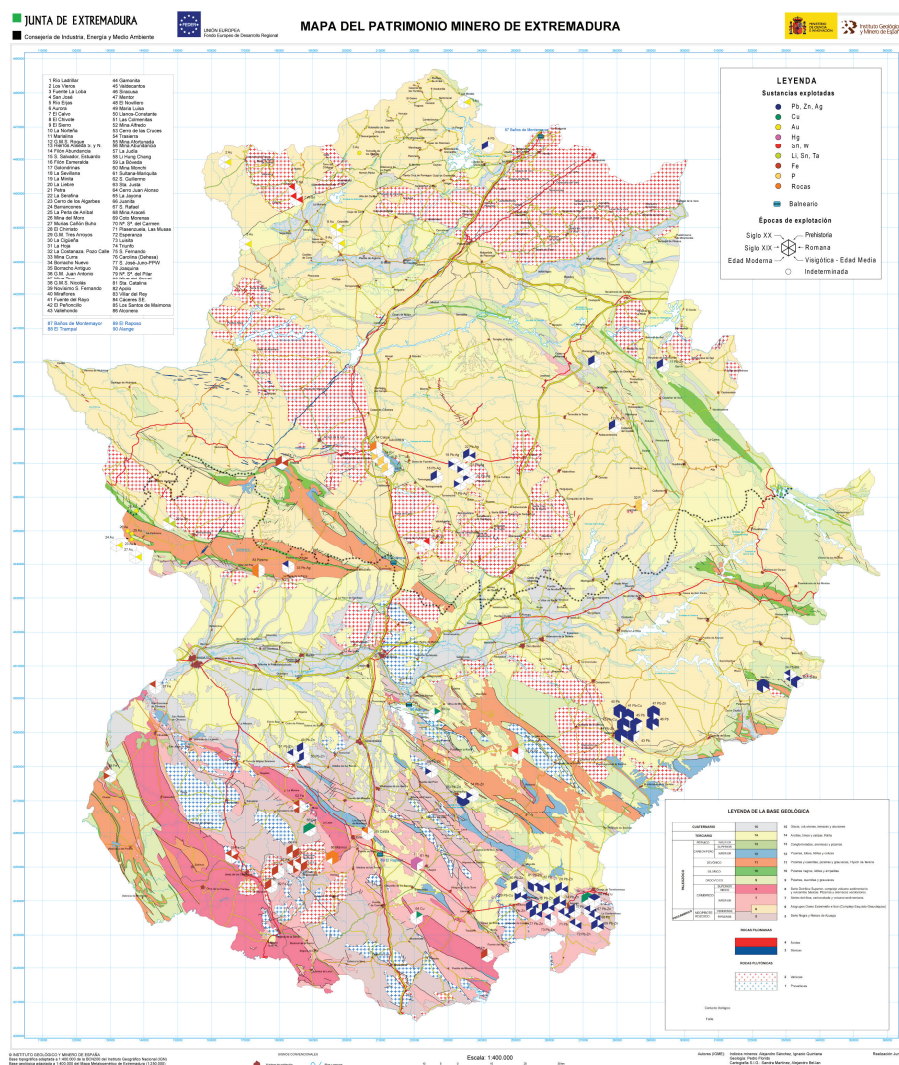


Fig. 18. Mapa del Patrimonio Minero de Extremadura

El estaño ha sido siempre uno de los minerales más destacados dentro de la explotación minera de este territorio, habida cuenta de su ausencia en las proximidades de las minas de plata localizadas en Tarteso³⁷¹. Ello ha constituido una de las razones sobre las que se cimentan los argumentos acerca de la existencia de unas sólidas relaciones entre el núcleo de Tarteso y su infravalorada *periferia*. Esta idea ha llevado a algunos autores a extrapolar el concepto de periferia como reserva económica de Tarteso hasta el campo de la minería³⁷², sin que hasta la fecha esto pueda quedar en modo alguno

³⁷¹ Fernández Jurado, 1993; Pérez Macías, 1996

³⁷² Rodríguez Díaz y otros, 2013: 109



demostrado. De ese modo, los principales yacimientos de estaño aparecen localizados al norte del curso medio del Guadiana, incluidos en su mayoría dentro de la cuenca del Tajo. Quizás el más destacado de todos ellos por ser el mejor estudiado, sea el Cerro de San Cristóbal en Logrosán³⁷³. Al margen del mismo, el resto de nuestro territorio de estudio apenas cuenta con algunos filones de este mineral en el entorno de Mérida y en la comarca de la Serena, sin que estos hayan quedado recogidos en el mapa minero del que partíamos para este breve análisis.

Por último, los yacimientos de hierro y de oro quedan relegados a dos pequeñas concentraciones. El primero de ellos solo aparece localizado en el extremo suroccidental de la Baja Extremadura, concretamente en la denominada como banda férrea de Jerez de los Caballeros. A pesar de la alta concentración del mismo que se detecta en esta zona, permanecemos a la espera de contar con nuevos indicios arqueológicos y analíticas que nos aseguren su explotación con anterioridad a época romana. Por su parte, el oro apenas se restringe al extremo más noroccidental de la cuenca, muy próximo a la actual frontera con Portugal. Aunque las investigaciones apuntan a que se trata de una explotación inaugurada en época romana³⁷⁴, existen indicios que nos hacen considerar la extracción de este mineral con anterioridad.

Aunque el panorama que acabamos de esbozar pueda resultar diverso, lo cierto es que el horizonte que se vislumbra acerca de la metalurgia en la protohistoria del valle medio del Guadiana sigue siendo hasta la fecha muy exiguo. Muchas son las manufacturas, tesoros, orfebrería o toréutica, atribuidas al estilo Orientalizante localizadas en este extenso territorio, incluso tenemos indicios de la existencia de talleres para el beneficio y tratamiento del metal en asentamientos como El Palomar³⁷⁵ (Oliva de Mérida) o en el Cerro de la Barca³⁷⁶ (Villanueva de la Serena). Sin embargo, no parece haber unos indicios sólidos que certifiquen que la actividad metalúrgica funcione como una de las principales tareas económicas y comerciales de la región, no al menos a la altura del papel que las labores agropecuarias juegan a lo largo de la Protohistoria. Por el contrario, no negaremos la existencia de un beneficio del metal, pues existen claras evidencias de que éste existió, sin que por ello puedan incluirse los principales yacimientos mineros de la cuenca media del Guadiana dentro de la red interregional que aluda a la explotación del

³⁷³ Merideth, 1998; Rodríguez Díaz y otros, 2001; 2013

³⁷⁴ IGME, 2009: 357-ss

³⁷⁵ Rovira y otros, 2005

³⁷⁶ Jiménez y Ortega, 2008; Rodríguez González, 2012



oro y el estaño en la margen noroccidental de la Península Ibérica³⁷⁷, ante la escasez de ambos metales en las explotaciones mineras del Bajo Guadalquivir.

Nos inclinamos a pensar que el valle medio del Guadiana aprovechó sus recursos mineros desde un marco local en el que la explotación de los diferentes filones tendría una escala que podríamos considerar regional. De ese modo, las sociedades que poblaban el valle aprovecharían los recursos para abastecerse, no siendo esta actividad, sino la ganadería, la que actuase como marcador de riqueza y estatus. En todo caso, sería más lógico apuntar hacia un papel de estas sociedades como intermediarias en las rutas del atlántico, donde se aprovecharía la permeabilidad existente entre la cuenca del Tago y el Guadiana para el abastecimiento de metal en caso de que fuera necesario, aprovechando los recursos de estaño y las arenas auríferas³⁷⁸ del vecino cauce. Debemos por lo tanto permanecer a la espera de que nuevas evidencias nos ayuden a conocer el papel real que las minas jugaron a lo largo del I^{er} Milenio, sobre todo en el hiato que se establece entre el Calcolítico y la I Edad del Hierro. Bajo el mismo alegato con el que comenzamos la exposición de este medio físico, aludimos a la necesidad de elaborar trabajos de síntesis y recopilaciones que hagan referencia al trabajo del metal durante la Protohistoria, en aras de saber el papel que ésta jugó en el valle medio del Guadiana, dilucidando si únicamente funcionaba como una actividad auxiliar o realmente poseía un papel destacado en la estructuración económica del suroeste.

II.2.3. El Guadiana como principal transeúnte:

No queríamos poner fin a este capítulo sin hacer alusión a la personalidad que el río Guadiana le imprime al territorio. Su morfología y comportamiento resultarán determinantes a la hora de establecer los modelos de ocupación del espacio, hecho principal que nos obliga a detenernos en su caracterización, así como en el papel que desempeña como principal vía de comunicación y penetración en este espacio. Así, junto a la diversidad biogeográfica y la riqueza de sus recursos, la red hidrográfica se configura como *la pieza clave en la permeabilidad del espacio*³⁷⁹, por lo que para nosotros constituye uno más de los elementos que le imprimen esa destacada identidad al paisaje, constituyéndose como un atractivo más en el interés de las sociedades por el control de la cuenca.

³⁷⁷ Pellicer, 2000: 93-ss

³⁷⁸ Plinio, IV, 115; XXXIII, 66

³⁷⁹ Barrientos Alfageme, 1998:19



El Guadiana es uno de los principales cursos de agua que atraviesan y comunican el territorio peninsular, contando para ello con una estructurada y jerarquizada red de afluentes que terminan de configurar esta singular cuenca, hoy algo alterada. Ante las discrepancias que ha despertado su nacimiento, cuando el Guadiana abandona la Mancha a través del Portillo del Cíjara, no sin algunas dificultades, se adentra en la actual comarca de la Siberia, inaugurando su tramo medio. Llegado a este punto, el río gira bruscamente hacia el sur para buscar su nueva orientación hacia el oeste, dirección que mantiene hasta pasar la actual ciudad de Badajoz, tramo en el que da comienzo su curso bajo que se prolonga hasta su desembocadura junto a la localidad de Ayamonte, muy próximo al asentamiento de *Castro Marim*. Únicamente en este transcurso el río salva el obstáculo localizado en el umbral granítico de Medellín-Mérida retorciendo algo su curso pero sin variar su dirección.



Fig. 19. El río Guadiana a su paso por Villanueva de la Serena

Al comienzo de su tramo medio, el Guadiana se convierte en un río de llanura, poco profundo, *de caudal escaso y curso perezoso*³⁸⁰, pero fácil de vadear. El hecho de que el Guadiana pueda ser cruzado en varios puntos a lo largo de todo su cauce amplía el papel trashumante del río, eliminando su carácter fronterizo para convertirse en un elemento

³⁸⁰ Barrientos Alfageme, 1985: 29



permeable, en una vía de tránsito por la que circularían personas, mercancías e ideas, no solo en sentido oeste-este, sino también sur-norte. Su dispersión y morfología hacen que a su paso se configure un extenso y fértil paisaje de vega que completa el bosque de ribera que en algunos puntos oculta el recorrido del mismo. Éste se encuentra en la actualidad bastante alterado tanto por la acción antrópica como por el modelo adoptado para la repoblación de su capa vegetal, donde el eucalipto comienza a ganarle terreno al sotobosque y a la fauna autóctona.

El Guadiana ha mantenido, en esencia, el mismo aspecto con el que fue retratado en la antigüedad, un río perezoso que *unas veces se difunde en lagunas, otras se recoge en estrechos cauces, otra se esconde del todo en “conejas”, y como quien tiene el gusto de nacer varias veces, va a acabar desaguando en el Atlanticus Oceanus*³⁸¹. Son muy escasos los acerca de su navegabilidad, pues la única referencia clara nos la transmitió Estrabón quien, comparándolo con el río Guadalquivir nos informa de que *el Anas también es remontable, pero no con barcos de tanta envergadura ni durante tan largo trecho*³⁸². A la espera de un estudio que nos explique la evolución geomorfológica del río, hoy resulta complicado dilucidar dicha información, a pesar de que reiteremos en un gran número de trabajos el papel caminero del mismo. La única referencia a este respecto lo consideraba navegable hasta Mérida³⁸³, sin embargo, la construcción de una compleja red de embalses, entre los que destacaremos el de la Alqueva en Portugal por ser el más grande de Europa, ha provocado la desconfiguración de la imagen real del río, que ha visto como poco a poco se reducía la anchura de su cauce, desdibujando o alterando el paisaje que existió a lo largo de la antigüedad donde, probablemente, muchos yacimientos ocuparan una posición más cercana al paso del río de la que hoy ocupan, siendo testigos de sus crecidas a la vez que de sus inundaciones.

Al Guadiana vierten sus aguas una importante red de afluentes cuya configuración resulta asimétrica debido a los horizontes geológicos y orográficos sobre los que discurren, lo que conlleva que su margen izquierda sea más extensa que la derecha al contar ésta con una suave morfología. Al tratarse de ríos mediterráneos su régimen es irregular³⁸⁴, pues dependen de la estacionalidad y el ritmo de las precipitaciones para su abastecimiento, por lo que resultan comunes las grandes crecidas y los prolongados

³⁸¹ Plinio, III, 6

³⁸² Estrabón, III, 2, 3

³⁸³ García y Bellido, 1945

³⁸⁴ Barrientos Alfageme, 1990: 51; Mateos Martín, 2009: 101



estiajes. De ese modo, el Guadiana recibe por la derecha los cauces del Zapatón – Gévora, Guerrero, Alcazaba, Lácara, Aljucén, Búrdalo, Rucas y Gargáligas. De entre ellos destacaremos el curso del Zapatón por constituir un nexo de unión entre esta cuenca y la penillanura cacereña a través del paso que dibuja en la Sierra de San Mamede; y los ríos Búrdalo, Rucas y Gargáligas, principales colectores entre la cuenca del Guadiana y la del Tajo a través de los corredores que crean en las sierras de Montánchez y las Villuercas. A través de ellos se articula la comunicación entre el sur y el norte, conectando esta región con una de las reservas mineras más destacadas de la Alta Extremadura.

Por su parte, la margen izquierda recibe los aportes de los ríos Zújar, Ortiga, Guadamez, Matachel, Guadajira, Olivenza y Ardila. El Zújar es sin duda alguna su afluente principal, no solo por ser el más extenso y caudaloso de todos ellos, sino por constituir una vía de unión entre la comarca de la Serena y las estribaciones de Sierra Morena, circunstancias que comparte con el Matachel que une ambas regiones a través de la comarca de Tierra de Barros. La pequeña elevación que se alza en su confluencia alberga uno de los yacimientos más destacados de su protohistoria, el asentamiento del Tamborrio³⁸⁵, encargado de controlar desde su localización tanto la extensa vega que se prolonga a sus pies, como el tráfico que transita a lo largo de ambos caminos fluviales. La margen izquierda del Guadiana es quizás la de mayor vocación ganadera, como así lo atestiguan las extensiones de dehesa que la caracterizan, aquellas que solo se ven interrumpidas por pequeñas parcelas para el cultivo de secano (cereales). Quizás este dato deba ser tenido en cuenta a la hora de establecer una comparativa entre el poblamiento de ambos márgenes, añadiendo igualmente una variable que nos permita establecer las diferencias entre los asentamientos localizados en su vega, aquellos situados más al interior, alejados de ésta y vinculados a las extensiones de pasto.

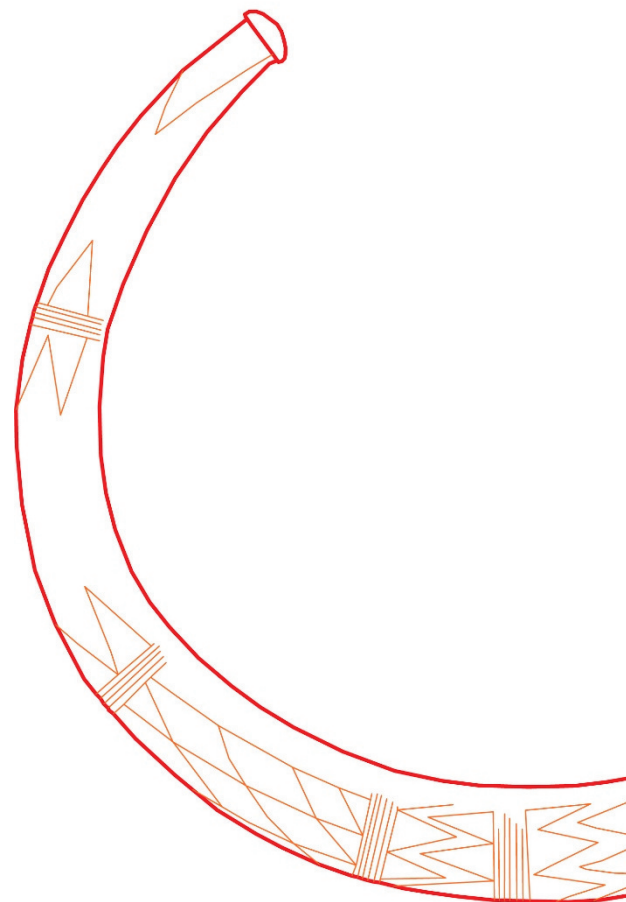
Poco más cabe añadir de este particular paisaje. La construcción de los embalses, la alteración del parcelario y el traslado de tierras, así como la conversión de extensiones de dehesa en campos de cultivo de regadío, ha distorsionado de manera irreversible la morfología de este territorio, de cuya estructura original solo conservamos algunos contados reductos. Tradicionalmente, se han aplicado datos del medio físico actual dentro de trabajos que pretenden analizar el paisaje en la antigüedad, por lo que no se ha alcanzado una practicidad satisfactoria. Estos trabajos poseen como piedra angular de su estructura la riqueza en recursos naturales de la zona, pues de ella depende la

³⁸⁵ Wallid y Pulido, 2013



caracterización de este espacio como reserva económica de Tarteso. Por el contrario, nosotros hemos tenido en cuenta dicha variedad natural, aunque solo considerándola como pieza esencial para el desarrollo de las sociedades locales y no solo como moneda de cambio con las poblaciones vecinas. Del mismo modo, hemos querido incluir como prólogo de nuestro estudio territorial variables del paisaje como el propio río, caracterizado de antaño como transeúnte pero ausente en los capítulos que analizan las vías de comunicación entre Tarteso y el valle medio del Guadiana. También hemos ponderado el papel de la minería, a la que no consideramos ausente pero tampoco determinante. Creemos que solo la combinación de todas las variables (clima, vegetación, litología, fauna, hidrología, etc.) y no éstas de manera individualizada, podrán avalar el papel diverso de la cuenca, explicando el interés que las sociedades han tenido en ella y constituyendo una variable más a tener en cuenta a la hora de reconstruir el poblamiento de este territorio.

III. ¿EXISTE EL BRONCE FINAL EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA?



[Segundo Movimiento: Lo de Fuera]

Se acabó,

El odio me arrolló la razón,

Con mi época estoy comprometido,

Y el amor, se fue volando por el balcón,

A donde no tuviera enemigos,

Y ahora estoy en guerra contra mí alrededor,

No me hace falta ningún motivo,

Y es que soy...

Maestro de la contradicción,

Y experto de romper lo prohibido.

Necesito saber

Dime tu nombre

De donde sale el sol

Y de qué se esconde.

R. Iniesta. La Ley Innata (2008)



Si hay una idea en la que parecen coincidir por primera vez los especialistas en el estudio de la Protohistoria del suroeste de la Península Ibérica, es en destacar el estancamiento que sufre el análisis y el estudio del Bronce Final. Se trata de un período cuyas características, principalmente sociales y culturales, nos resultan en gran medida desconocidas a pesar del destacado número de elementos que podemos adscribir a este momento cultural como testimonio de su riqueza. Estas circunstancias han provocado que el tránsito entre el II y el I Milenio a.C. continúe siendo una etapa de máxima confusión en la que cuesta hacer casar los materiales con el marco social en el que se produjeron. Es por ello que, aventurarse en la descripción y caracterización cronocultural del Bronce Final de una de las regiones del suroeste se ha convertido en una tarea compleja.

Este desconocimiento viene en parte provocado por la falta de interés que el estudio de este período despierta ante la ausencia de evidencias de poblamiento y contextos funerarios, así como por el inconveniente de que la mayor parte de los conjuntos materiales adscritos a esta fase histórica se encuentren descontextualizados. A este desfavorable panorama se incorpora el interés que despierta su etapa posterior, cuya cultura material, propaganda histórica y dificultad interpretativa ha despertado la atención de un gran número de investigadores. La suma de todos estos factores ha convertido el estudio del Bronce Final en un auténtico ejercicio de vértigo³⁸⁶, ante la incapacidad, después de décadas de construcción histórica, de no poder dar respuesta a muchas de las incógnitas que plantea.

La falta de referencias materiales y, principalmente, de evidencias de población, ha forzado la (re)construcción de una historia en base a trabajos monográficos en los que se aúnan los estudios historiográficos y los análisis morfo-estilísticos de los objetos. Hasta la fecha no se ha conseguido elaborar un volumen en el que se puedan conjugar tanto los aspectos generales que comparte el Bronce Final del suroeste, como las particularidades que diferencian a cada una de las regiones que se integran en este territorio. Ante dicha situación, nos enfrentamos al análisis de un período histórico que se estudia dentro de un bloque único, tanto a nivel geográfico como cronológico, lo que lleva a obviar las fuertes diferencias que se detectan en las regiones que integran este territorio; y en el que prevalece, desde hace más de cuatro décadas, un fuerte sentimiento autoctonista, resultado de la necesidad de conectar la Protohistoria con su etapa precedente. Todo este desequilibrio nos lleva al análisis de una fase histórica de la que todavía confundimos sus

³⁸⁶ Escacena, 2000: 51-ss



orígenes, desconocemos la raíz de su sustrato local e incluso ignoramos su duración, hoy en cierto modo acotada por la denominada Precolonización, etapa en la que nos adentraremos con mayor detenimiento más adelante.

Aunque homogénea a simple vista, la región que hoy en día definimos como suroeste cuenta con una serie de elementos que le son comunes, pero sin duda alguna, con un elevado número de particularismos que hacen a cada una de las regiones que lo integran independientes. Esta diferencia se acentúa cuando en el campo de análisis se incluyen sociedades y culturas que se adaptan a cada una de las mencionadas regiones y a los recursos naturales que las rodean. Sin embargo, tras las excavaciones llevadas a cabo en los años cincuenta del pasado siglo en el cerro del Carambolo y la consecuente celebración de una serie de encuentros científicos en los que se pretendía dar forma a las nuevas realidades culturales detectadas, se sentaron las bases para el estudio de la Protohistoria del suroeste. Dichas bases incluían la caracterización del Bronce Final, bautizado con el sobrenombre de tartésico, de fuertes raíces autóctonas, al que rápidamente se atribuyó una cultura material³⁸⁷, un modelo proto-urbano³⁸⁸ y un centro cultural en el valle del Guadalquivir. Hoy, varias décadas después, somos conscientes de la inexistencia de ese definido como Bronce Final tartésico, cuyos materiales, principalmente a raíz de la reinterpretación de la estratigrafía del Carambolo³⁸⁹, han pasado a engrosar las filas de una fase colonial que deja más vacía, si cabe, su etapa precedente.

En lo que al marco cronológico respecta, no es nuestra intención cuestionar el escenario en el que este período se inscribe; sin embargo, las características de su encuadre cronológico hacen necesaria una alusión a la problemática a la que nos enfrentamos³⁹⁰. Probablemente, el origen del problema cronológico del Bronce Final estriba en la unánime y rápida adaptación que se hizo de éste dentro del marco de las cronologías europeas,³⁹¹ a tenor principalmente, de las similitudes materiales -técnicas y estilísticas- que les unían; y no atendiendo para ello a la posible perduración o abandono de las mismas. Este procedimiento ignora de primera mano las particularidades culturales de cada región geográfica, pues como venimos remarcando, no todos los fenómenos se originan, se prolongan y desaparecen al mismo tiempo dentro de todos los territorios. La

³⁸⁷ Carriazo, 1973; Casado Ariza, 2015, con bibliografía anterior

³⁸⁸ Bendala, 1989b

³⁸⁹ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007

³⁹⁰ Pavón, 1995: 44

³⁹¹ Ruiz-Gálvez, 1984b: 323-340; Almagro-Gorbea, 1997: 218



adopción de las fechas europeas ha provocado un necesario encaje de los elementos materiales dentro de dicho paréntesis cronológico, de tal manera que ya damos por sentado el lugar que cada uno debe ocupar dentro de la Historia. Para ello, atendemos a su clasificación a partir de su aspecto formal³⁹², pues, desgraciadamente, un alto porcentaje de las piezas adscritas a este período carecen de un contexto arqueológico que nos permita hacer una correcta interpretación histórica de las mismas. Así, hemos contribuido a llevar materiales a fechas muy antiguas sin que tengamos plena seguridad de su pertenencia a ese momento. Hemos contribuido, en definitiva, a implantar y, por qué no, a consolidar, el denominado como “Síndrome de Matusalén”³⁹³, o lo que es lo mismo, cuanto más antiguo mejor. A esta realidad se suma, por absurdo que parezca, la tendencia a caracterizar los yacimientos en función del material y la técnica de ejecución de los objetos que en ellos aparecen, de tal modo que aquellos con un alto porcentaje de cerámicas hechas a mano y un destacado predominio de los objetos de bronce estarían más cerca de estar enmarcados en un momento de tránsito entre el II y el I Milenio a.C., que aquellos en los que el material a torno sea más elevado, y ya no digamos si cuenta con alguna manufactura de hierro, adscritos con toda seguridad a la etapa colonial.

Dentro de este desbarajuste cronológico, otro aspecto que llama nuestra atención es la tradicional división que se hace de la Historia en tres edades, en este caso concreto, la división del Bronce Final en tres etapas numéricas. Lo lógico sería que éstas evolucionaran de una etapa formativa, a un momento de máximo desarrollo, para llegar a una fase de decadencia que suponga su desaparición o transformación cultural, circunstancias que conllevan la inauguración de una nueva etapa histórica. Sin embargo, ¿cómo distinguimos estos tres estadios dentro del Bronce Final del suroeste cuando sus orígenes nos son difusos? Por un lado, algunos autores defienden la existencia de un *hiatus* entre el Bronce Medio y el Bronce Final, mientras que otros, argumentan su continuidad basándose en escasas evidencias; además, por otro lado, sus elementos más representativos están en su gran mayoría descontextualizados, lo que nos trasmite un conocimiento muy parcial de su estructura social; o, por último, cuando su fase final, se define por el impacto de unos factores externos, pues somos incapaces de detectar esa transformación o ese cambio a partir del análisis de los elementos locales.

A pesar de los años de investigación y las soluciones planteadas para esclarecer los particularismos sobre los que se construye el Bronce Final, lo único que hemos

³⁹² Mederos, 1997: 76

³⁹³ Escacena, 2000: 28



conseguido es elaborar una historia estrictamente condicional, en el sentido verbal del término. Todo lo que “conocemos” sobre este momento histórico se ha elaborado a partir de extrapolar los resultados obtenidos en otras áreas con un conocimiento más homogéneo o, al menos, más conexo, y haciendo de nuestros fósiles guía, las cerámicas, la orfebrería, los depósitos votivos y las tan conocidas estelas del oeste, encajen dentro de esta historia. Hemos elaborado, en suma, una fase histórica producto más de una intuición que de la asimilación de un conjunto de certezas³⁹⁴.

Pero si nos parece complejo el panorama que acabamos de esbozar de manera somera acerca del estudio del Bronce Final en el suroeste peninsular, aún más árido es el que se detecta cuando uno comienza a adentrarse en el análisis de dicho período en el valle medio del Guadiana. De ese modo, y pesar de ser esta la región que mejores y más numerosos conjunto áureos nos ha legado³⁹⁵, así como el más cuantioso grupo de estelas tartésicas³⁹⁶, *muy poco es lo que se conoce todavía acerca del Bronce Final en las tierras que conforman Extremadura*³⁹⁷. Con esta afirmación comenzaba Enríquez Navascués una de sus disertaciones acerca del Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica hace hoy más de dos décadas; sin embargo, poco ha cambiado el panorama desde entonces, hasta el punto de que nosotros podríamos comenzar nuestra exposición con este mismo discurso.

El que hasta la fecha se ha venido denominando como Bronce Final extremeño ha sabido heredar todas las fobias documentales y materiales que en la región tartésica se han ido configurando, acentuando su problemática como consecuencia de la condición periférica que se le ha otorgado a la misma. De ese modo, al ya de por sí inconveniente de no contar con secuencias estratigráficas claras para la caracterización de esta etapa y al carácter descontextualizado de la gran mayoría de los objetos materiales adscritos a esta fase histórica, se suma el hecho de haber crecido a caballo entre tres grandes núcleos culturales, la Meseta, la fachada atlántica y el valle del Guadalquivir, aunque de este último es de donde proceden los influjos que mayor peso han tenido en la configuración socio-cultural del valle medio del Guadiana. Ello ha dado como resultado la construcción de una base historiográfica en la que se conjugan objetividad y contradicción, pues aunque todos se afanan en remarcar el carácter atlántico de esta región durante el Bronce Final, a la postre sigue formando parte del círculo del suroeste que protagoniza la región

³⁹⁴ Blasco, 2003: 58

³⁹⁵ Almagro-Gorbea, 1974: 259; 1977: 17

³⁹⁶ Celestino, 2001

³⁹⁷ Enríquez, 1990b: 65



tartésica; circunstancias que dificultan, aún más si cabe, la lectura de este complejo período histórico hoy convertido en *un enigma de difícil solución*³⁹⁸.

Pero la región extremeña presenta un problema añadido: la costumbre de englobar dentro del mismo grupo histórico-cultural a los territorios que integran el valle medio del Tajo y del Guadiana como si de dos regiones conexas se tratase solo por el hecho de que en la actualidad comparten una misma Comunidad Autónoma; una cuestión irrelevante dentro de un estudio de estas características. Ambas regiones responden a recursos e influjos completamente diversos, pues mientras el valle del Tajo se erige como un área eminentemente minera, el valle del Guadiana responde a un territorio de alta capacidad agroganadera, por lo que el interés sobre ambas cuencas es necesariamente distinto³⁹⁹. Otra diferencia entre las cuencas del Tajo y el Guadiana lo constituyen los influjos culturales y, por consiguiente, las fronteras naturales que delimitan ambas regiones. Valga como claro ejemplo el discutido influjo del horizonte Cogotas I en las estratigrafías o entre los conjuntos materiales de los asentamientos de la Alta Extremadura, mientras es dudosa su presencia en la Baja Extremadura, como trataremos a continuación. En definitiva, la razón de traer a colación esta idea estriba en mostrar, de nuevo, la fuerte personalidad de este espacio, diverso incluso entre las regiones que lo integran, lo que nos llevará a cuestionar si la tradicional visión de analizarlo dentro del bloque que conforma el Bronce Final del suroeste es, o no, una decisión del todo acertada, e incluso si su denominación como Bronce Final extremeño es realmente la más adecuada.

Por lo tanto, conscientes del debate que gira en torno a la existencia o no de un Bronce Final para el suroeste peninsular y, más concretamente, para las tierras del interior, el interés de nuestra contribución no se basa en acallar años de dilatadas discusiones, ni en solucionar, en definitiva, un extenso problema que necesita, tanto de un estudio que analice en profundidad cada uno de los elementos adscritos hasta la fecha a este período histórico, como de un trabajo que revise estratigrafías y aquilate cronologías; sino que por el contrario, pretendemos contribuir en la formulación de nuevas preguntas toda vez que las efectuadas con anterioridad no han sabido aportar una respuesta del todo satisfactoria.

Conocedores de todos estos inconvenientes, creemos que uno de los principios fundamentales para obtener una visión lo más apropiada posible a la realidad que conforma el sustrato del Bronce Final del valle medio del Guadiana, radica en la dirección

³⁹⁸ Enríquez, 1990b: 67

³⁹⁹ Enríquez, 1990b: 80



de los influjos que favorecen la aparición de este período, así como a la correcta lectura e interpretación de los mismos. Mirar en todas las direcciones podría ser la clave para desenmarañar las incógnitas a las que ahora nos enfrentamos. Por ello, resulta necesario valorar por igual los sustratos culturales que se configuran en las áreas aledañas a nuestra región de estudio para, de ese modo, poder sopesar la procedencia y dirección de los influjos, conocer el peso que éstos poseen dentro de la configuración de nuevas realidades sociales y culturales, para definir, en último lugar, la existencia o no de un *hiatus* sinónimo de un cambio sociocultural que determine el inicio de una nueva etapa histórica. El planteamiento de estas nuevas premisas nos permitirá adentrar al lector en la senda que marcará el camino de nuestro futuro discurso a lo largo del análisis del poblamiento durante la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana, sin cuyos antecedentes, este trabajo quedaría incompleto.

No obstante, el hecho de no sentirnos con la “autoridad” suficiente como para cuestionar muchos de los planteamientos sobre los que ahora se construye este desordenado Bronce Final del suroeste, no nos exime de sugerir nuevas ideas que nos ayuden a despejar algunas de las dudas que envuelven a este período o, al menos, de proponer un nuevo modelo de lectura que no tenga al objeto y a la cronología atribuida a éste como narradores en *off* de esta historia. En definitiva, no contemplamos al objeto en sí como el elemento fundamental de esta reconstrucción histórica, como hasta la fecha se ha defendido, sino lo que de ellos perdura o se desvanece.



III.1. EL SURGIMIENTO DE UN BRONCE FINAL EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA:

Igual que ocurre en el suroeste de la Península Ibérica, el Bronce Final constituye uno de los momentos culturales peor conocidos en la región extremeña. Dicha circunstancia siempre se ha achacado a la falta de unos contextos estratigráficos donde enmarcar los distintos descubrimientos aislados, a la destrucción y desaparición de muchos hallazgos fortuitos e incluso enclaves poblacionales y, por último, a la escasez de prospecciones y excavaciones sistemáticas que ayuden a clarificar el desarrollo de este período⁴⁰⁰. Sin embargo, y aunque hemos heredado muchas de estas carencias, pues seguimos por ejemplo sin contar con contextos estratigráficos a los que adscribir interesantes depósitos áureos o votivos, el número de las llamadas estelas tartésicas no ha dejado de crecer, ampliando su marco geográfico de dispersión que ahora se extiende por toda la fachada atlántica, al mismo tiempo que se han incrementado los trabajos de prospección dentro de este espacio⁴⁰¹, una actividad que nos ha permitido conocer en profundidad amplias regiones de este territorio que con anterioridad nos eran desconocidas. A pesar de todo ello, el Bronce Final sigue estando ausente en el valle medio del Guadiana.

La falta de un consenso entre los diferentes especialistas, la disparidad de lecturas, el desequilibrio entre las periodizaciones y cronologías y la ausencia de una interpretación satisfactoria que nos muestre con claridad el desarrollo histórico de esta región a lo largo del Bronce Final⁴⁰², nos anuncia la necesidad de emprender una nueva revisión de los postulados que definen el Bronce Final en el valle medio del Guadiana. Nosotros queremos emprender esta tarea partiendo de una pregunta que, sin duda, es controvertida: ¿Existe realmente un Bronce Final para el Guadiana Medio?

Ante esta pregunta, debemos aclarar que no es nuestra intención prescindir o ignorar todo lo escrito acerca de este período, lo que supondría reconocer su invalidez. Por el contrario, pretendemos mostrar, a través de las evidencias hasta la fecha recuperadas, que determinadas lecturas no parecen casar del todo con la realidad que se esconde tras de ellas, sin que por ello sea una interpretación errónea, sino más bien parcial o condicional. De ese modo, nuestro modelo de análisis parte de la cautela, una actitud necesaria a la hora de proceder a la reconstrucción histórica de un período en el que los datos son pocos y en su mayoría inconexos. Un repaso general y actualizado de los elementos que hasta

⁴⁰⁰ Enríquez, 2002; Pavón y Duque, 2014

⁴⁰¹ Mayoral, Celestino y Wallid, 2011; Sevillano y otros, 2013; Rodríguez, Pavón y Duque, 2009

⁴⁰² Enríquez, 1990b; Celestino, Enríquez y Rodríguez Díaz, 1992



la fecha constituyen nuestro Bronce Final nos ayudará a conocer las carencias y peculiaridades del mismo, abriendo, como ya apuntábamos en la introducción del capítulo, nuevas vías de trabajo que nos faciliten la construcción de un camino futuro para la comprensión de este período. Esto nos ayudará a no perder de vista el hecho de que los datos que tenemos son los que hay, y que por lo tanto, solo a partir de ellos conseguiremos extraer una lectura lo más cercana posible a la realidad. Para ello, debemos hacer un ejercicio de interpretación que impida la suposición, lo que en no en pocas ocasiones nos ha empujado a la (de)construcción de realidades sociales y culturales. Al mismo tiempo, abogamos por fomentar la coordinación entre los diferentes equipos que trabajan en los distintos yacimientos adscritos a este período, para así no obstaculizar la construcción de un modelo social y territorial único, e impedir la formulación de interpretaciones parciales.

El análisis y estudio del Bronce Final en el valle medio del Guadiana tiene como punto de partida el trabajo elaborado por Almagro-Gorbea y compilado en su obra *“El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura”*. En él se recogen los objetos de orfebrería, la metalurgia y el conjunto de estelas decoradas que se conocían hasta la fecha de su publicación; conjuntos, todos ellos, que en aquel momento eran considerados los únicos elementos existentes para la definición socio-cultural y la caracterización material del Bronce Final. A ellos se sumaba un discreto y austero análisis poblacional con escasas evidencias basadas en su mayoría en hallazgos realizados en superficie. De ese modo, el carácter aislado y descontextualizado de un elevado número de estos hallazgos, por no incluir a la totalidad de los mismos, desembocó en la elaboración de un trabajo de análisis tecno-morfológico, no carente por ello de valor. Así, las piezas son analizadas por su estilo y método de fabricación atendiendo para ello a paralelos próximos a través de los cuales poder otorgarles una cronología relativa, al mismo tiempo que se teje la red social sobre la que se sostiene el análisis de este período.

A pesar de las limitaciones derivadas de la naturaleza y origen de los objetos adscritos a este período histórico, el trabajo elaborado por Almagro Gorbea constituyó la primera sistematización del Bronce Final para Extremadura, y con ello, la primera seriación cronocultural del mismo. El período quedó identificado con un fenómeno de continuidad y transformación sin rupturas aparentes⁴⁰³, en el que se detectaban profundos cambios con respecto al sustrato dolménico que le precedía. Dichos cambios quedaban reflejados

⁴⁰³ Almagro-Gorbea, 1977: 485



en la transformación de la cultura material, las relaciones culturales y la organización de un territorio que ahora comenzaba a percibir los nuevos influjos atlánticos⁴⁰⁴. Este análisis se completaba con la distinción de dos momentos bien diferenciados dentro del marco social: un Bronce Final de raíces exclusivamente atlánticas, y otro bautizado con el nombre de Proto-Orientalizante, cuyos inicios quedaban marcados por la llegada de nuevos influjos mediterráneos, lo que supuso un giro en la dirección de las corrientes que ahora gravitaban de sur a norte, teniendo como foco único el núcleo de Tarteso. Estas lecturas ponían de relieve la existencia de un complejo panorama cultural derivado de la confluencia de tradiciones locales y estímulos e influencias culturales de diversa procedencia e índole.

La secuencia elaborada por Almagro Gorbea ha sido, casi hasta nuestros días, el hilo conductor del estudio de este período, pues los trabajos sucesivos únicamente han tenido que adaptar sus evidencias materiales a esta seriación crono-cultural. Este hecho ha provocado el asentamiento del modelo que apenas se ha visto reestructurado desde su planteamiento inicial, hace ahora casi cuatro décadas. Así, la revisión histórica que nosotros proponemos tiene como punto de partida este trabajo. Sin embargo, el modelo creado en los años setenta posee una serie de limitaciones que debemos tener presente a la hora de interpretarlo. Estas limitaciones son las que han favorecido la aparición de un elevado número de trabajos científicos en los que se deja constancia, repetidas veces, de la precariedad de la información disponible para el estudio del Bronce Final, sin que hasta la fecha ninguno de ellos haya presentado una lectura alternativa que vaya más allá del carácter periférico de este valle y del papel protagonista que el Bronce Final tartésico tiene en su formación y definición.

A pesar del avance que supuso la publicación de este trabajo, el estudio del Bronce Final continuaba estando huérfano al carecer de evidencias que permitieran definir su modelo de poblamiento, elemento fundamental para emprender el análisis social, político y económico de un momento cultural concreto. Los escasos ejemplos de ocupación se reducían a la descripción de la cabaña circular donde al parecer había sido documentado el tesoro de Sagrajas⁴⁰⁵ y a la aparición de restos cerámicos aislados en enclaves como Magacela, Mérida o el propio Medellín. Con respecto a este último, Almagro Gorbea recoge en su trabajo los resultados obtenidos tras la realización de la cata Este del teatro

⁴⁰⁴ Almagro-Gorbea, 1977: 486

⁴⁰⁵ Según recoge J. J. Enríquez (1990: 43, nota al pie 1), en Sagrajas se efectuaron una serie de excavaciones arqueológicas bajo la dirección de C. Rivero cuyos resultados permanecen inéditos.



en 1970⁴⁰⁶. Esta secuencia constituía en aquel momento la primera y única referencia estratigráfica que se tenía de este período.

La presencia de cerámica ‘tipo Medellín’ y de varios fragmentos bruñidos, así como otras manufacturas realizadas a mano, en el último nivel de la secuencia (XVI), llevó a su excavador a encuadrarla dentro de los últimos momentos del Bronce Final. Sin embargo, y a pesar de que el volumen de cerámica a mano era elevado, las piezas aparecieron junto a varios fragmentos de cerámica a torno⁴⁰⁷. Además, el conjunto reposa sobre la roca natural, un indicio que marca el final de la secuencia y, con ella, de la ocupación que no puede remontarse más allá del siglo VIII – VII a.C.⁴⁰⁸. Ello nos lleva a interpretar la presencia de las cerámicas a mano como la perduración de tradiciones anteriores, un hecho común que se detecta en la totalidad de los yacimientos que se fechan en la I Edad del Hierro dentro de nuestro territorio de estudio.

Pero además, la caracterización de Medellín como un asentamiento del Bronce Final⁴⁰⁹ quedaba avalada según su autor por su estratégica situación en el paisaje, desde donde controla uno de los vados del río Guadiana, así como por su localización en altura, lo que le permitía tener un control visual sobre todo el paisaje de vega que lo circunda. Todos estos elementos resultaban suficientes para considerar la importancia de este enclave dentro del territorio ya desde la Prehistoria.

Al ejemplo de Medellín rápidamente se sumaron los resultados extraídos de las diferentes campañas de excavación llevadas a cabo en la Alcazaba de Badajoz⁴¹⁰, donde aparecieron cerámicas fabricadas a mano en los niveles más profundos. A pesar de que todas ellas procedían de estratos revueltos con presencia de cerámicas a torno⁴¹¹, la similitud geográfica de este enclave con respecto a Medellín, que por aquel entonces constituía el único modelo para el estudio del patrón de asentamiento durante el Bronce Final, bastaron para que la Alcazaba de Badajoz quedara incluida como enclave de ocupación durante dicho período. Este mecanismo se repetirá, como más adelante veremos, a la hora de encuadrar el modelo de ocupación de este territorio durante la I Edad del Hierro.

⁴⁰⁶ Almagro-Gorbea, 1977: 415-ss.

⁴⁰⁷ Almagro-Gorbea, 1977: 102; 447

⁴⁰⁸ Almagro-Gorbea, 1977: 104; Enríquez, 1990: 53

⁴⁰⁹ Almagro-Gorbea, 1977: 102

⁴¹⁰ Valdés, 1978; 1979; 1980

⁴¹¹ Enríquez, 1990: 45



La detección de nuevas evidencias materiales⁴¹², que no la definición de nuevas secuencias, trajo aparejada la construcción de un modelo de poblamiento que hemos heredado sin que apenas se haya visto modificado a pesar de la precariedad de los datos sobre los que se sustenta⁴¹³. De ese modo, y como ya apuntábamos con anterioridad, las nuevas evidencias documentadas solo han tenido que adaptarse a este modelo en el que Medellín y Badajoz juegan un papel destacado, aunque deficientemente justificado. El mismo, se articula a partir de un doble patrón caracterizado, por un lado, por los asentamientos en altura, localizados en lugares estratégicos, de fácil defensa y desde los que se tiene un excelente control del espacio circundante, y, por otro lado, los yacimientos en llano, de carácter abierto y agropecuario, todos ellos bajo la órbita y control de los primeros. Al grupo de asentamientos en altura se adscriben el cerro de San Cristóbal, la Alcazaba de Badajoz, Alange y Medellín, aunque solo los materiales documentados en este último proceden de una secuencia estratigráfica⁴¹⁴, ya que los localizados en San Cristóbal proceden de unos niveles de revueltos⁴¹⁵ y los del Cerro del Castillo de Alange, de unos estratos completamente arrasados⁴¹⁶. Por su parte, a los yacimientos localizados en llano pertenecen los enclaves de Sta. Engracia, Sagrajas, los Corvos, Atalaya de Zarzas, Penón del Pez, Cogolludo, la Barca de Herrera del Duque y la Sierra de la Martela en Segura de León, entre otros, cuya adscripción a este grupo viene derivada de los materiales localizados en superficie⁴¹⁷.

La localización de varios enclaves con materiales de la Edad del Bronce permitió dotar a este modelo de una estructura jerarquizada que se articuló en cuatro áreas nucleares. Cada una de estas áreas quería bajo el control de uno de los enclaves en altura que se encargaría de la gestión y articulación del espacio. De ese modo, se distinguía un primer círculo en torno a los yacimientos de la Alcazaba de Badajoz y el cerro de San Cristóbal, un segundo en la comarca de Mérida con Alange a la cabeza, un tercero en el entorno de Medellín y, un cuarto y último, en la zona de Orellana, alentado por la presencia de materiales adscritos a este período, pues desconocemos la existencia de un núcleo poblacional que certifique su existencia⁴¹⁸. En esencia, este modelo viene a

⁴¹² Enríquez y Domínguez de la Concha, 1989; Enríquez, 1990, 1990b: 75

⁴¹³ Enríquez, 1990: 43-45; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 100

⁴¹⁴ Almagro-Gorbea, 1977

⁴¹⁵ Enríquez y Domínguez de la Concha, 1984: 571-572

⁴¹⁶ Enríquez, 1988

⁴¹⁷ Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988; Pavón, 1998: 79

⁴¹⁸ Pavón, 1998: 79-80



reproducir el mismo esquema detectado y defendido posteriormente para la I Edad del Hierro⁴¹⁹.

Estas circunstancias nos hacen dudar de la validez del modelo para definir el patrón de asentamiento de la Edad del Bronce, pues además de reproducir el mismo esquema que posteriormente se repetirá en la I Edad del Hierro, no remarca la continuidad entre ambos período. Si volvemos la vista atrás, este fue el argumento que tomamos como punto de partida para cuestionar la existencia de un Bronce Final para el Guadiana Medio, o, al menos, la presencia de unos elementos que marquen el tránsito entre ambos períodos, cada vez más difuso.

Aunque los hallazgos arqueológicos realizados desde los años setenta a esta parte con respecto a yacimientos que cuenten con materiales de la Edad del Bronce no han sido muy abundantes, a los restos materiales citados anteriormente podemos sumarles algunas nuevas evidencias. No obstante, no debemos olvidar que éstas siguen siendo insuficientes para la confección de una correcta (re)construcción del poblamiento del Bronce Final.

Así, las intervenciones realizadas en 1993 con motivo de la construcción de un edificio en el **solar de Morerías en Mérida**⁴²⁰, exhumaron dos oquedades redondeadas que habían sido excavadas en la roca y que se encontraban muy alteradas por las construcciones posteriores que arrancan en época tardoromana (fig. 20). Ambas estructuras fueron interpretadas como sendos fondos de silos (fig. 21), destinados al almacenaje del excedente agrícola⁴²¹, y fechadas en la segunda mitad del siglo VIII a.C. Su adscripción cronológica al Bronce Final viene condicionada por la asociación, a sendas estructuras, de material fabricado exclusivamente a mano, indicativo que, hasta nuestros días, marca la diferencia entre la existencia de un sustrato exclusivamente local y la llegada de los primeros influjos orientales. Sin embargo, dentro del repertorio cerámico ya se detectan cerámicas tipo Guadalquivir II o ‘tipo Medellín’ que preludian los primeros contactos con el mundo Mediterráneo o la presencia de un broche de cinturón de bronce. Estos elementos imposibilitan la vinculación de este asentamiento a la Prehistoria, pues en sus niveles ya se atestigua un fuerte influjo tartésico y, por lo tanto, mediterráneo.

⁴¹⁹ Almagro-Gorbea, 2008

⁴²⁰ Jiménez y Barrientos, 1997

⁴²¹ Jiménez y Barrientos, 1977: 224

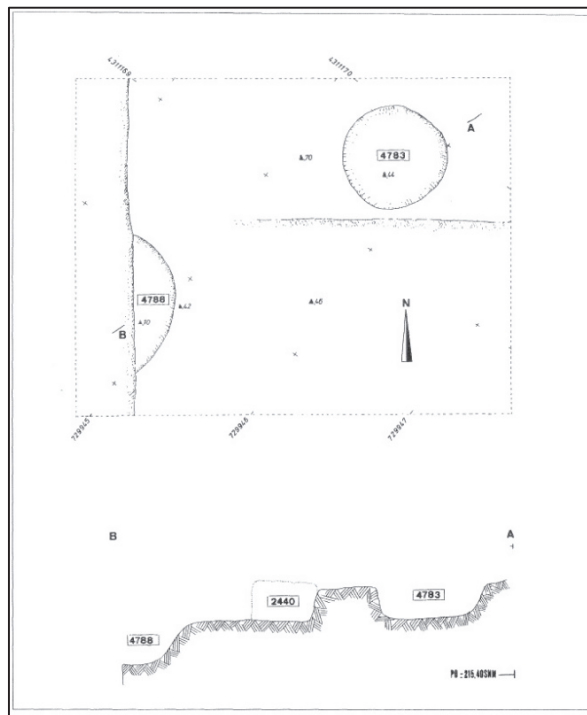


Fig. 20. Planta y sección de los silos prehistóricos de Morerías (según Jiménez Ávila y Barrientos, 1997; fig. 2)

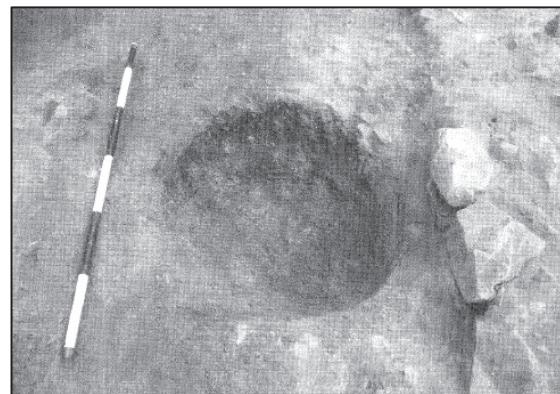
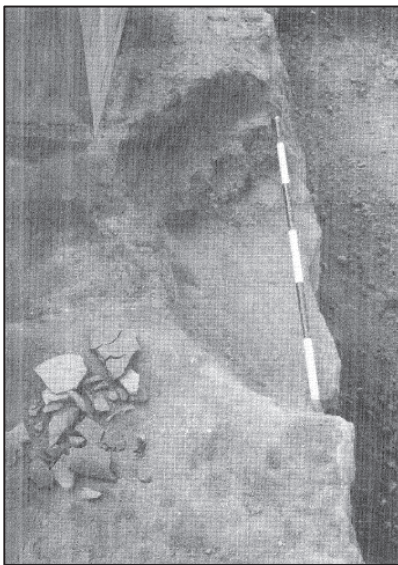


Fig. 21. Fondos de silo 4788 y 4783 (según Jiménez Ávila y Barrientos, 1997, lam. I)

Otra novedad lo constituyen los restos documentados en el yacimiento de los **Concejiles** (Lobón)⁴²² (fig. 22). Su identificación como un enclave del Bronce Final se debe al análisis de un lote de materiales que procede de un aficionado a la arqueología, por lo que su recogida carece de criterio metodológico alguno. Dicho yacimiento ha sido identificado como un poblado vigía, un término con el que se define a aquellos enclaves

⁴²² Vilaça, Jiménez y Galán, 2012



en llano que se encargan de jalonar el río Guadiana y algunos de sus afluentes⁴²³. Sin embargo, del mismo modo que ocurre dentro de la secuencia detectada en el solar de Morerías, los materiales adscritos al Bronce Final aparecen asociados a elementos propios de la tradición mediterránea, como es el caso de las fibulas de codo (fig. 23), el sistema ponderal bitroncocónico (fig. 24) o el peine de hueso (fig. 25). Estos indicios, unidos a la incertidumbre que despierta la procedencia de los materiales, nos hacen dudar acerca de la existencia de un enclave del Bronce Final en este punto, pues en el caso de existir un asentamiento en este territorio parece que las evidencias apuntan más hacia una cronología de la I Edad del Hierro.

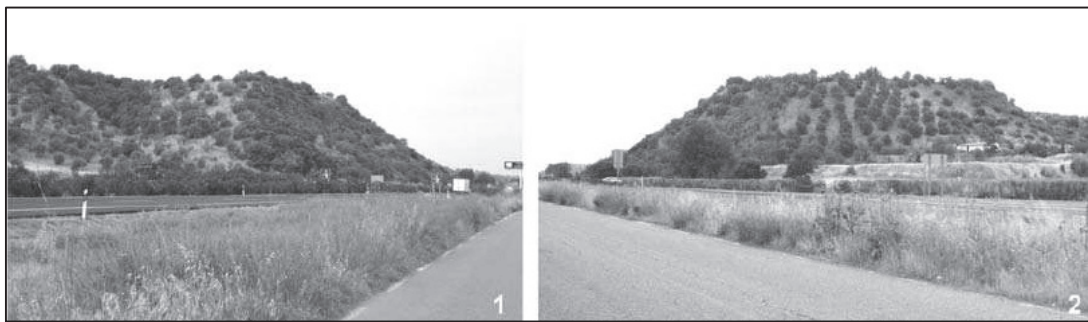


Fig. 22. Vista del yacimiento de los Concejiles. 1. Desde el Este; 2. Desde el Oeste (según Vilaça, Jiménez Ávila y Galán, 2012: 128, fig. 2)

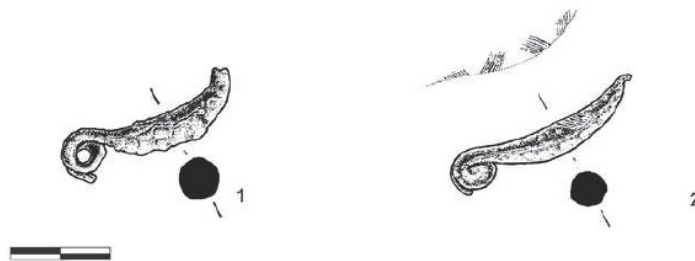


Fig. 23. Fibulas de codo de los Concejiles (según Vilaça, Jiménez Ávila y Galán, 2012: 149, fig. 18)

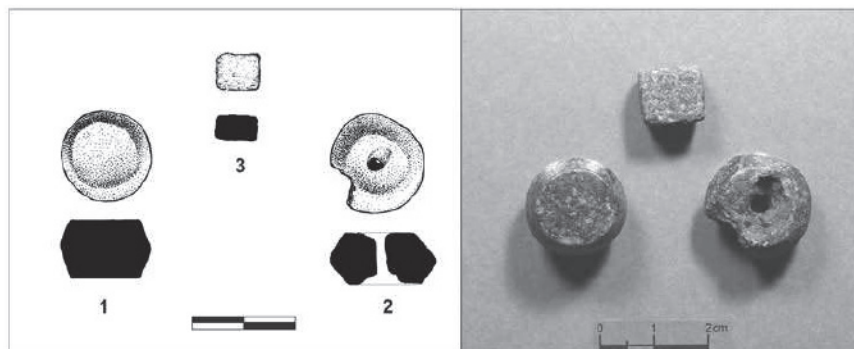


Fig. 24. Ponderales de bronce de los Concejiles (según Vilaça, Jiménez Ávila y Galán, 2012: 151, fig. 20)

⁴²³ Vilaça, Jiménez y Galán, 2012: 160



Fig. 25. Peine de hueso de los Concejiles (según Vilaça, Jiménez Ávila y Galán, 2012: 157, fig. 25)

Sin embargo, el ejemplo que ha constituido la piedra angular en la construcción del modelo de poblamiento de la Edad del Bronce en el valle medio del Guadiana es el caso del Cerro del Castillo de Alange (fig. 26). Según sus excavadores, su secuencia de ocupación arranca en el Epicalcolítico y se mantiene sin solución de continuidad hasta el Bronce Final⁴²⁴ (fig. 27 y 28); sin embargo, de la lectura de su estratigrafía aún se pueden extraer algunos matices que modifican sustancialmente la imagen que se nos ha transmitido de ella, pues ni la ocupación que existe es continua, ni se localiza en el mismo sector de la elevación.



Fig. 26. Cerro del Castillo de Alange

⁴²⁴ Pavón, 1991-1992; 1993; 1995; 1998

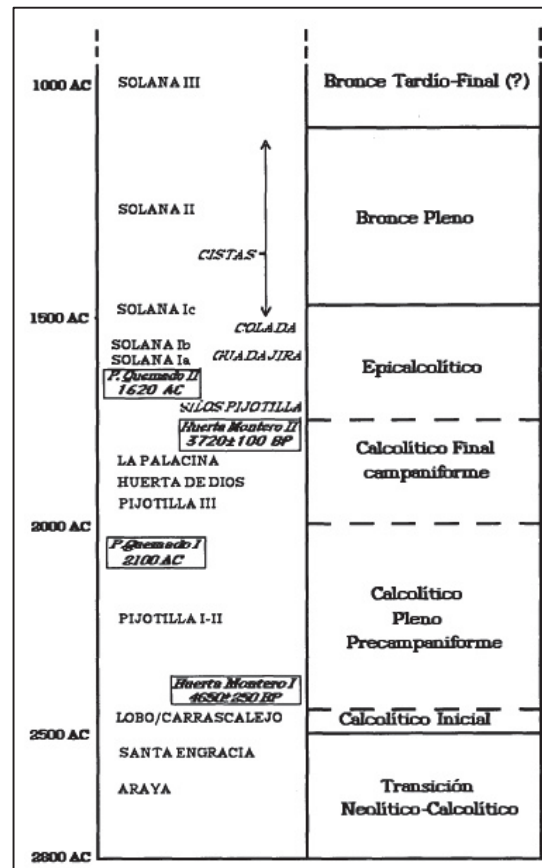


Fig. 27. Secuencia de la Prehistoria reciente de la cuenca media del Guadiana (según Pavón, 1993: 168, fig. 9)

ALENTEJO INTERIOR (Rui Parreira, 1995)	CUENCA EXTREMA del GUADIANA (Intercept data Cal BC)	SIERRA MORENA OCCIDENTAL (García y Hurtado, 2011)	CULTURA DE EL ARGAR (Molina y Cámara, 2004)	BRONCE PENÍNSULA IBÉRICA (Mederos, 1996/2009)	BRONCE EN EL MEDITERRÁNEO (González et al, 1992)
2200 Cal ANE H. de FERRADEIRA (Bronze Inicial) 2000	(Alange. Solana I) (Alange. Solana II)	2.200 Cal ANE	2.255 Cal ANE Ia 2.150 Ib 2.050 Ib	2.450 A.C. 2.000 a.C. Calcolítico Final III/ Bronze Inicial I	
BRONZE do SUDOESTE I (Bronze Medio Antiguo)	1.936 (Alange. Umbria IA) 1.875-1.785 (Alange. Umbria IB) 1.735 (Las Minillas) 1.650 (Almacén) (Alange. Solana IIB) 1.640-1.530 (1 ^{er} Cal BC) (El Carrascalejo)	Trastejón I	1.960 II 1.810 III 1.700 IV 1.575 V (Bronze Tardío) VI	1.925 1.825 Bronze Inicial II Bronze Medio I Bronze Medio II Bronze Final IA (Cogeces) 1.525 Bronze Final IB 1.425 Bronze Final IC (Cogotas) 1.325/1.300 Bronze Final IIA 1.225 Bronze Final IIB 1.150 Bronze Final IIC (Hlo-Balbes) 1.050 Bronze Final IIIA (Huelvo) 950/925 Bronze Final IIIB-Hierro I 875	Serie I Serie I Serie II Serie II
1700		1.600/1.550			1.600 A.C. 1.350 a.C.
BRONZE do SUDOESTE II (Bronze Medio Reciente)	1.381-1321 (Alange. Umbria II)	[Hiato o abandono en El Trastejón]	1.375		
1200	(Alange. Solana III)	Trastejón II			1.200 A.C. 1.000 a.C.
BRONZE do SUDOESTE III (Bronze Final)		850			
700					

Fig. 28. Secuencia del Bronce del Suroeste en el Guadiana Medio y su relación con otros espacios (según Pavón y Duque, 2014: 45, fig.2).



Fig. 29. Situación de los hallazgos e intervenciones realizados entre 1987 y 2005-06 (según, Pavón y Duque, 2014b: 65, fig. 2-B)

Aunque ya desde los años 80 del pasado siglo se tenían indicios de la existencia de un enclave adscrito a la Edad del Bronce en el actual cerro del Castillo de Alange⁴²⁵, como resultado de una intervención que J. A. Calero dirigió con motivo de la realización de una remoción de tierras realizadas por la Confederación Hidrográfica del Guadiana, han sido los trabajos de campo llevados a cabo por I. Pavón, los que han aportado los resultados más esclarecedores, consiguiendo la secuencia más completa para el estudio del tránsito entre el II y el I Milenio a. C. en el valle medio del Guadiana. De ese modo, en el año 1993 se llevaron a cabo varios cortes estratigráficos cuyo objetivo era comprender y ampliar la secuencia obtenida en los trabajos efectuados en 1987. Para ello, se realizaron una serie de sondeos repartidos por las denominadas laderas de Solana y Umbría. La secuencia extraída arranca en el Epicalcolítico⁴²⁶ y está caracterizada por la ausencia de cerámicas campaniformes y la presencia de materiales con decoración espatulada. El tránsito al Bronce Pleno se fija con la aparición de cerámicas cuyas pastas son más depuradas y los primeros objetos bruñidos que a lo largo de dicho momento van ganando en calidad. Finalmente, el último momento de ocupación queda fechado en un Bronce Tardío que se hace extensible, tímidamente, a la primera fase del Bronce Final, caracterizada por la presencia de cerámicas del horizonte de Cogotas I⁴²⁷.

⁴²⁵ Pavón, 1994

⁴²⁶ Gil-Mascarrel, Rodríguez Díaz y Enríquez, 1986

⁴²⁷ Pavón, 1998b: 79- ss



Aunque así expuesto da la sensación de que nos encontramos frente a una secuencia sin solución de continuidad⁴²⁸, la realidad es diferente, pues la secuencia presentada es el resultado de la combinación de dos estratigrafías localizadas en diferentes puntos del cerro del Castillo de Alange (fig. 29). Así, el horizonte denominado de Solana alberga una secuencia que se extiende desde el Epicalcolítico al Bronce Pleno, momento en el que se pone fin a la secuencia. En ese punto, la ocupación se traslada al sector de Umbría, donde junto a los restos cerámicos se ha localizado la planta de una construcción oval interpretada como un fondo de cabaña que cronológicamente puede fecharse en el Bronce Pleno o Tardío⁴²⁹ (fig. 30).

CERRO DEL CASTILLO DE ALANGE						
Horizontes	SECTOR "LA SOLANA"			SECTOR "LA UMBRÍA"		
	FASE	C5 Niv.	C9 UE	FASE	C2 Niv.	C3 Niv.
BRONCE FINAL II	SOLANA III	26				
		22				
		49				
		*				
		*				
BRONCE FINAL I				UMBRIA II	I	I
					II	
					* 3.080 ± 90 BP	II*
BRONCE PLENO	SOLANA IIB	I	* A L M A C É N	UMBRIA IB	III	III
					* 3.520 ± 70 BP	IVa
				UMBRIA IA	IV	IVb*
		II			V	V
					* 3.600 ± 80 BP	VI*
BRONCE ANTIGUO	SOLANA IIA	III	47			
		IV	47a			
	SOLANA I	V				
		VI				
		VII	47b			

Fig. 30. Esquema de la secuencia del Cerro del Castillo de Alange (según Pavón y Duque, 2014b: 67, fig. 4)

⁴²⁸ Pavón y Duque, 2014: 46

⁴²⁹ Pavón, 1995: 85



La distancia que separa ambas estratigrafías, superior a un kilómetro, hace que la lectura extraída de las excavaciones sea algo distinta de la que se nos ha transmitido. El hecho de que la secuencia de Solana se interrumpa en el Bronce Pleno, muestra la existencia de un vacío o *hiatus* entre éste y el Bronce Final, similar al documentado en otros yacimientos de la cuenca del Guadiana donde hasta ahora no se ha logrado secuenciar una continuidad entre ambos períodos. Esta realidad rompe con la tradicional visión de que nos encontramos frente a un horizonte en el que no se *observan signos de recesión, disgregación o ruptura cultural respecto al horizonte anterior, sino más bien un proceso de integración de nuevos gustos y estilos cerámicos en un contexto tecnocultural deudor del Bronce del Suroeste*⁴³⁰. Así pues, el cambio detectado en el modelo de ocupación apunta hacia una ruptura que puede interpretarse como el resultado de un momento de abandono o, quizás, como un simple cambio en la estrategia política y poblacional, pero en ningún momento puede ser interpretado como una secuencia poblacional continua.

La ocupación que se inaugura en la ladera de Umbría, donde los elementos constructivos presentan menor entidad que los registrados en el otro extremo de la elevación, parece que con claridad se adscribe al Bronce Tardío, sin que su cronología pueda extenderse al Bronce Final I⁴³¹, como en alguna ocasión ha indicado su excavador a partir del estudio de un conjunto de cerámicas atribuidas al horizonte de Cogotas I⁴³². Así, dentro de la secuencia extraída en el sector de Umbría se distinguen dos momentos de ocupación: la denominada fase de Umbría I, correspondiente *al momento cultural que denominamos Bronce Pleno*; y un segundo momento, definido como Umbría II, con presencia de cerámicas a torno en su nivel I, interpretadas como el resultado de una intrusión, y la detección de cerámicas a mano que se vuelven más toscas, lo que ha permitido a su excavador determinar que *esta cultura material tan diferente a la anterior creemos que no está aludiendo al desarrollo de un proceso que parece mostrar ciertas similitudes formales con el que se viene denominando “Bronce Tardío”, pero que de existir también en nuestra región, debe presentar aquí, en buena lógica, sus propias peculiaridades*⁴³³. Este razonamiento abre de por sí las puertas a la existencia de un cambio en el registro material y ocupacional.

⁴³⁰ Rodríguez y Enríquez, 2001: 97

⁴³¹ Mederos, 1996; 2009

⁴³² Enríquez, 1988; Pavón, 1998b: 61

⁴³³ Pavón, 1995: 92



A estas evidencias podemos ahora sumar los últimos resultados publicados tras las excavaciones llevadas a cabo entre 2005 y 2006 en el Cerro de Alange. Las intervenciones sacaron a la luz un extenso edificio de planta rectangular construido sobre una gran terraza que rompe el desnivel generado por la ladera (fig. 36). Ha sido interpretado como un granero para el almacenamiento de la producción agrícola, cuyo uso se restringe curiosa y exclusivamente al Bronce Medio, a pesar de que la ocupación del enclave se hace extensiva al Bronce Tardío – Final. Aunque existen dudas acerca de la cronología asignada a esta construcción, pues sus materiales no han sido publicados, lo que más llama nuestra atención es el cambio de estrategia a la hora de determinar la procedencia de los influjos que favorecen la formación cultural de este período. Así, mientras que en un principio el yacimiento de Alange parecía ser deudor de los influjos llegados del Bronce del Suroeste sistematizado por Schubart, los recientes hallazgos fijan las analogías de esta construcción en yacimientos como el Cerro de la Encina, Peñalosa o Fuente Álamo, localizados en el sureste peninsular.

De ese modo, si a la novedad aportada por los últimos resultados le sumamos la exhumación de la tumba en cista efectuada en 2001, su localización geográfica junto al río Matachel, uno de los principales afluentes del Guadiana, y su destacada posición en altura a unos 485 msnm, no es de extrañar que Alange sea considerado como una *estación referencial*⁴³⁴ para el estudio de la Edad del Bronce. Sin embargo, si a esta ecuación le añadimos los hiatos detectados o remarcamos la correcta lectura de los hallazgos, el resultado es completamente distinto. No obstante, esta idea no le resta valor a la secuencia correspondiente a momentos anteriores al Bronce Final, lo que hace que el yacimiento de Alange siga siendo el mejor ejemplo dentro de la región para el estudio del Bronce Medio y Tardío. No obstante, su carácter aislado y el hecho de ser el único ejemplo con el que contamos hasta la fecha para el análisis de este período histórico, no nos permite considerarlo, por el momento, como un lugar representativo del modelo de asentamiento de la Edad del Bronce característico para esta región geográfica⁴³⁵. Así mismo, los distintos trabajos de prospección efectuados en el entorno de este enclave no han proporcionado un solo indicio sobre la existencia de una red de asentamientos menores ocupados de la explotación de la tierra que, el sitio de Alange, se encargaría de controlar⁴³⁶.

⁴³⁴ Pavón y Duque, 2014: 47

⁴³⁵ Enríquez, 2002: 104

⁴³⁶ Calero y Márquez, 1991; Pavón y Duque, 2014: 56



De igual manera, resulta llamativo que enclaves de similares características morfológicas y con similar localización, junto a alguno de los vados que jalonan el río Guadiana, como son por ejemplos los enclaves de la Alcazaba de Badajoz o el Cerro del Castillo de Medellín, no presenten evidencias de poblamiento a lo largo de las etapas más antiguas de la Edad del Bronce⁴³⁷.

A este respecto, las recientes intervenciones efectuadas en Medellín, dentro del proyecto de excavación integral del Teatro Romano localizado en la ladera este de la elevación, parecen abogar por su ocupación durante la Prehistoria. Nos referimos, por un lado, a las excavaciones realizadas en el Sector Muralla Romana Occidental (SMRO) y al sondeo 'G' practicado en el graderío del teatro romano cuyos materiales están en proceso de estudio en estos momentos.

La aparición de un lote de cerámicas pintadas 'tipo Medellín' durante las labores de limpieza del tramo de muralla medieval que se localiza en la ladera oeste de la elevación, llevaron a plantear un corte de apenas 4 x 2 metros. Durante los trabajos se individualizaron un total de 40 unidades estratigráficas (fig. 32) de las cuales, las treinta y siete últimas aparecen adscritas al Bronce Final, desde su fase I a la III, con una cronología que se extiende entre los siglos XIV/XII y X a.C. Esta cronología ha permitido a sus excavadores determinar la existencia de una ocupación efectiva y continuada de la elevación desde el último tercio del II Milenio a.C. en adelante⁴³⁸.



Fig. 31. Muralla Romana Oeste (según Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 68, fig. 2)

⁴³⁷ Enríquez, 2002: 108

⁴³⁸ Jiménez y Guerra, 2012: 105

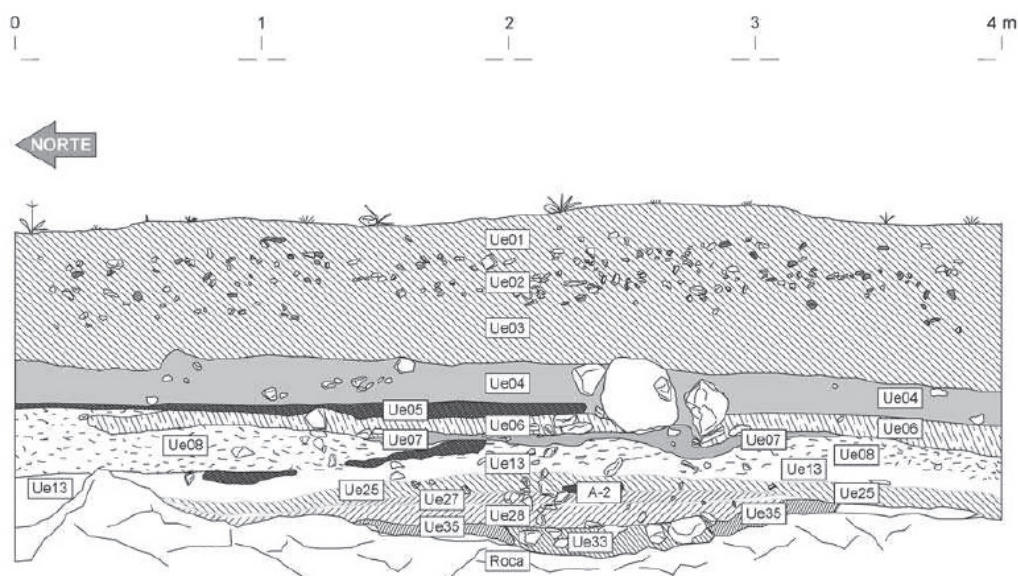


Fig. 32. Perfil estratigráfico correspondiente al lado Este del corte SMRO (según Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 70, fig. 4)

Sin embargo, la lectura que hacemos de la secuencia SMRO publicada difumina la posibilidad de que en esta elevación haya una ocupación significativa durante Bronce Final. La mayor parte de las cerámicas recuperadas proceden de niveles de carácter detrítico, con alto contenido en materia orgánica, carbones y huesos que se asocian a restos de vertidos o basureros⁴³⁹, de ahí el grado de buzamiento que presenta alguno de los estratos. Su disposición y la ausencia de restos constructivos y pavimentos descartan su adscripción a niveles de ocupación. Así mismo, la única referencia a restos de una edificación aparece documentada en las unidades estratigráficas 5 y 7 (fig. 33); se trata de un conjunto de piedras que sus excavadores ponen en relación con el derrumbe de una posible cabaña cuya existencia no se ha podido documentar⁴⁴⁰. Finalmente, bajo los niveles de vertido se han identificado varios momentos de uso, en su mayoría pavimentos, marcados por la aparición de tres hogares que reposan sobre los mismos (fig. 34). Sin embargo, los materiales asociados a estos hogares son muy antiguos, con cerámicas puntilladas e incisas rellenas de pasta blanca que deben situarse en cronologías muy anteriores al Bronce Final.

De igual modo, debemos tener en cuenta la localización del sondeo, junto a la muralla romana, lo que nos lleva a plantearnos el grado de afección que la construcción de la misma tendría sobre los niveles excavados, así como la presencia de la zanja de

⁴³⁹ Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 98

⁴⁴⁰ Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 98



cimentación de la muralla medieval que, junto a la construcción romana, debieron alterar de algún modo los niveles inferiores en los que se encajan.

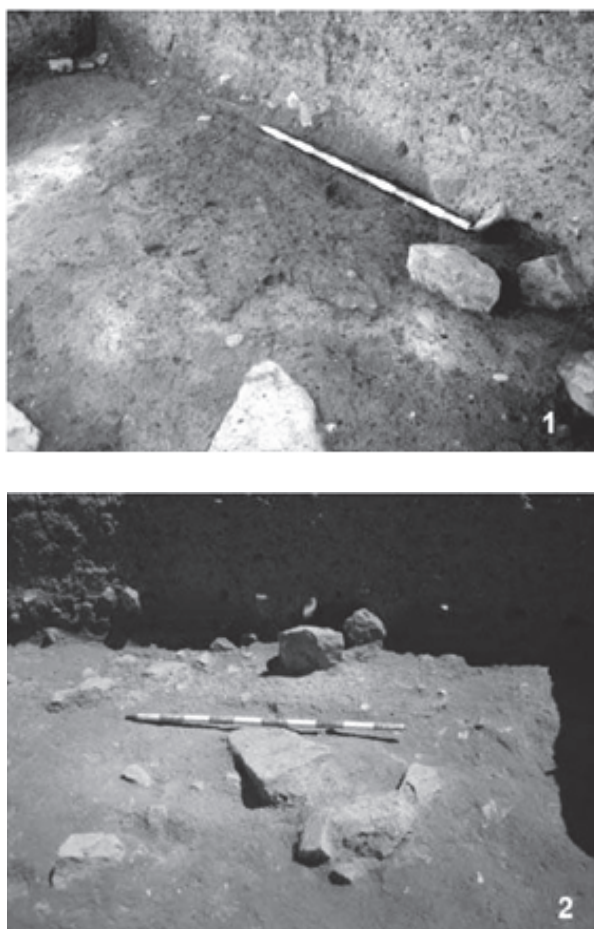


Fig. 33. Vistas de la excavación del corte SMRO. 1. UE5; 2. UE 7 (según Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 72, fig. 5)

A las evidencias de ocupación documentadas al final de la secuencia del sondeo SMRO se suman los restos recuperados en la ejecución del sondeo 'G'⁴⁴¹, efectuado en un tramo del graderío del Teatro Romano aprovechando el expolio de algunos de sus sillares. Se trata de un sondeo de 2,60 x 1,75 metros delimitado por la presencia de algunos silos medievales y por las zanjas de cimentación para la construcción del graderío del teatro. A pesar de lo afectada que se ha visto su secuencia por la presencia de construcciones posteriores, al final de la misma pudo documentarse una estructura circular construida con arcilla sobre la roca natural que ha sido interpretada como un hogar (fig. 35). A ella se asocia un repertorio material idéntico al recuperado junto a los hogares del corte SMRO que nos permite fechar ambas secuencias en época Calcolítica.

⁴⁴¹ Quiero mostrar mi agradecimiento a Dña. Eva Redondo y Dña. María Martín, directoras de la intervención, por habernos facilitado toda la información de la excavación que llevaron a cabo, cuyo estudio estamos realizando conjuntamente.

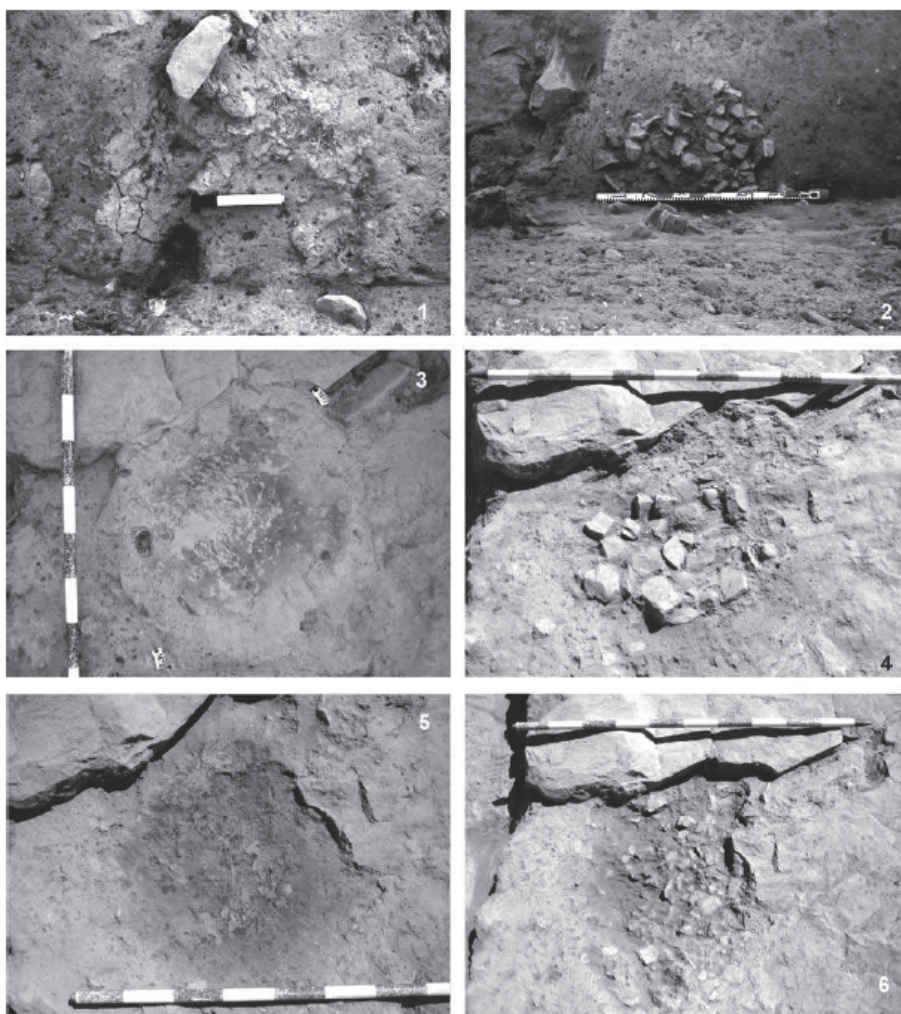


Fig. 34. Vistas de los hogares del Bronce Final hallados en el último tramo de la estratigrafía del corte SMRO. 1. Superficie de combustión del hogar A2; 2. Preparado del Hogar A2; 3. Superficie de combustión del hogar A3; 4. Preparado de piedras del hogar A3; 5. Superficie de combustión, muy deteriorada, del hogar A4; 6. Preparado de guijarros y fragmentos cerámicos del hogar A4 (según Jiménez Ávila y Guerra, 2012: 73, fig. 6).



Fig. 35. Estructura circular localizada en el sondeo 'G'



Por todo ello, y ante la ausencia de niveles de ocupación durante el Bronce Final en el resto de las intervenciones efectuadas en las laderas de esta elevación⁴⁴², pensamos que las cerámicas a mano detectadas fuera de contexto pertenecen a un momento de ocupación más antiguo que parece guardar alguna relación con los niveles de uso anteriormente descritos.

⁴⁴² Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994



III.2. ¿CÓMO SE CONSTRUYE UN BRONCE FINAL PARA EL GUADIANA?

Las secuencias extraídas de las continuas excavaciones efectuadas en el cerro del Castillo de Alange han (re)abierto las puertas al debate acerca de la procedencia de los influjos que conforman el sustrato del Bronce Final del valle medio del Guadiana; un debate que durante años ha permanecido estancado, a medio camino entre la presencia de unos influjos atlánticos difusamente definidos y una tradición tartésica quizás algo sobredimensionada. A ello se suma, junto a la ya de por sí complejidad de este período, la localización geográfica de este extenso territorio, a caballo entre grandes centros culturales, lo que acentúa la dificultad de individualizar la procedencia de los elementos que lo integran; y complica, más aún si cabe, la extracción de una secuencia correcta para la interpretación de su registro material y de su modelo poblacional. Sin embargo, debemos tener presente que no todas las influencias se producen al unísono, ni todas cuentan con el mismo grado de impacto. Estas circunstancias se agravan si tenemos presente el grado de desconocimiento que poseemos acerca del período que precede a nuestro caso de estudio, lo que complica el ejercicio de aislar del conjunto de los elementos materiales los rasgos que le son propios al Bronce Final del valle medio del Guadiana. Al mismo tiempo, no podemos perder de vista ni obviar la naturaleza de los materiales con los que contamos para la elaboración de este análisis; elementos aislados, sin secuencias estratigráficas que nos ayuden a determinar los ambientes en los que se documentan, un aspecto determinante para su correcta interpretación; razón por la cual, rastrear y reconstruir la dirección y procedencia de los influjos resulta ser el único mecanismo *para la interpretación de la formación cultural de la región extremeña*⁴⁴³.

La ausencia de referencias que permitan enlazar el Bronce Final del Guadiana Medio con una etapa precedente, ha llevado a fijar sus raíces en el cercano horizonte del Bronce del Suroeste. Aunque no entraremos a valorar las razones que han favorecido tal caracterización, todo parece deberse, por un lado, a la hipótesis enunciada por el propio Schubart, quien ya apuntó que Badajoz constituía un *territorio de difusión de la cultura del Bronce del Sudoeste*⁴⁴⁴, del mismo modo que lo constituía el territorio onubense; a lo que se suma, por otro lado, la aparición de varias necrópolis de cistas⁴⁴⁵, uno de los fósiles directores utilizados por Schubart en su trabajo de caracterización del Horizonte del Sudoeste. A sendas evidencias se ha sumado recientemente la secuencia extraída de

⁴⁴³ Almagro-Gorbea, 1977: 42

⁴⁴⁴ Schubart, 1974

⁴⁴⁵ Gil-Mascarell, Rodríguez y Enríquez, 1986; Pavón, González y Plaza, 1993; Jiménez Ávila y Barrientos, 1997: 230-ss



Alange, donde su excavador defiende la continuidad entre el Bronce Pleno y el Bronce Final detectada a partir del registro de una *evolución fluida*⁴⁴⁶ en el repertorio cerámico; una interpretación le ha permitido definir a este enclave como una *estación referencial*⁴⁴⁷ para el estudio de la Edad del Bronce en el valle medio del Guadiana, una lectura que, sin embargo, y a la luz de los datos aislados sobre los que se construye, parece precipitada.

De ese modo, la relación entre el Bronce Pleno del Suroeste y el Bronce Final del Guadiana Medio es todavía una cuestión abierta, difícil de eludir para muchos investigadores, incluso para aquellos que en su momento propusieron la existencia de un claro vínculo entre ambos horizontes⁴⁴⁸. A grandes rasgos, los únicos puntos de conexión detectados entre ambos períodos radicarían en la evolución de las losas alentejanas y las estelas de guerrero, pues el repertorio material varía entre ambos períodos, a pesar de que las cerámicas se siguen fabricando a mano, y en los escasos ejemplos de ocupación poblacional se detecta una ruptura que separa ambas fases cronológicas. Estas circunstancias agravan el debate en torno a la definición⁴⁴⁹ o no⁴⁵⁰, de un hiato que separe a ambos períodos. La cautela, ante la falta de un registro material y poblacional que avale dichas afirmaciones, nos lleva a dibujar un cambio más que un hiato o vacío, similar al registrado entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, problema en el que nos detendremos al final del presente capítulo.

Paradójicamente, han sido las últimas intervenciones arqueológicas realizadas en el Cerro del Castillo de Alange las que han comenzado a desdibujar el horizonte que antes conectaba a esta región con el Bronce el Suroeste⁴⁵¹. La aparición de una estructura rectangular interpretada como un almacén de grano comunitario en el Corte 13 de ladera de Solana (nivel IIB)⁴⁵² (fig. 36), ha abierto las puertas a la posible existencia de unas relaciones que lo acercan más *al perfil de algunos importantes poblados del Sureste (el ámbito argárico y su periferia) que a los del mundo atlántico*⁴⁵³. Esta relación se fija a partir del establecimiento de analogías entre el reciente hallazgo de Alange y el *caso de los edificios H (9m²) y O (6m²) de Fuente Álamo (Almería)*⁴⁵⁴. En definitiva, estos planteamientos resultan a nuestro modo de ver difíciles de asimilar por la falta de

⁴⁴⁶ Pavón 1998: 233

⁴⁴⁷ Pavón y Duque, 2014: 47

⁴⁴⁸ Pavón, 1995

⁴⁴⁹ Belén, Escacena y Bozzino, 1992; Belén y Escacena, 1995

⁴⁵⁰ Celestino, 1998; Celestino, Enríquez y Rodríguez Díaz, 1992; Pavón, 1998: 235

⁴⁵¹ Pavón, 1995: 39-ss; 1998b; 2004

⁴⁵² Pavón y otros, 2009; Pavón y Duque, 2014; 2014b

⁴⁵³ Pavón y Duque, 2014: 46

⁴⁵⁴ Pavón y Duque, 2014: 51



conexión entre ambos horizontes que responden a realidades sociales y culturales muy diversas. Así mismo, la hipótesis es difícil de sostener por cuando solo contamos con el ejemplo documentado en Alange, circunstancia que demuestra que el registro de población es casi inexistente y, en consecuencia, la estructura de su modelo de ocupación resulta todavía muy endeble⁴⁵⁵. Las dudas en torno a este debate, marcado por la eterna discusión acerca de la existencia de una documentación fragmentaria y la constatación de una continuidad poblacional, es la mejor prueba para advertirnos del frágil estado en el que todavía se encuentran los estudios sobre el inicio y la formación del Bronce Final en el valle medio del Guadiana.

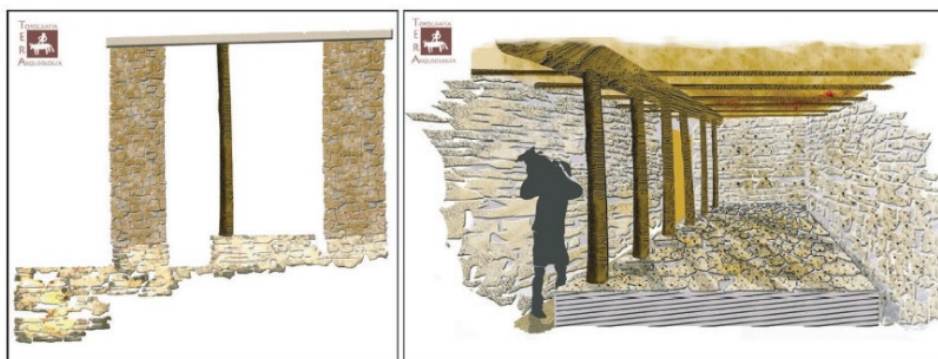


Fig. 36. Granero del Bronce Pleno en Alange (Badajoz). (Según Pavón y Duque, 2014: 69, fig. 6)

El tránsito del II al I milenio a. C. parece que vino acompañado por una diversificación de los influjos externos; así, al tiempo que las relaciones atlánticas se intensificaron, acrecentando la regularidad de los contactos y convirtiéndose en el elemento principal dentro de la configuración del Bronce Final de las tierras del interior del Suroeste, a ellas se sumaron nuevas influencias procedentes de otros puntos del territorio peninsular, lo que ha levantado no pocas polémicas.

⁴⁵⁵ Ruiz-Gálvez, 1998: 240



La mayor controversia es la que han despertado quienes defienden la presencia de un horizonte de Cogotas I en la cuenca media del Guadiana. Y de nuevo, es la secuencia de Alange la única que cuenta con evidencias dentro de un contexto estratigráfico que permite defender esta idea, pues sobre los niveles adscritos al Bronce del Suroeste, aparecen materiales vinculados al bronce de la Meseta. La primera evidencia documentada⁴⁵⁶ abrió las puertas a la posibilidad de que existiera una conexión entre ambos horizontes, a partir de los materiales localizados en la estratigrafía de la fase de Umbria II. En sus niveles aparecieron cerámicas decoradas con motivos impresos rellenos de pasta blanca, decoraciones en zig-zag y espigados o combinaciones de punto raya y punteados exclusivamente, cuyos paralelos más cercanos se han establecido en los yacimientos de la Meseta. Sin embargo, y aunque los indicios puedan ser aún débiles, no resultaría descabellado pensar que dichas decoraciones derivasen del arraigo de tradiciones decorativas detectadas a lo largo del III Milenio a. C.⁴⁵⁷, como había ocurrido con anterioridad al caracterizar algunos ejemplares documentados en cuevas de la Alta Extremadura cuya adscripción con el Horizonte de Cogotas I resulta muy problemática⁴⁵⁸.

Aunque resulta complicado considerar la existencia de unos contactos con población de la Meseta a partir de los hallazgos localizados en un único yacimiento, la documentación de algunos fragmentos descontextualizados en los yacimientos de Azagala (Alburquerque) y el Cerro de la Barca (Herrera del Duque)⁴⁵⁹, así como de los fragmentos exhumados en la necrópolis del Carrascalejo (Badajoz), vinculados con un Horizonte de Protocogotas (s. XVII – XVI a. C.)⁴⁶⁰ del Bronce Medio Meseteño, han reabierto el debate acerca de la intensidad de estos contactos. Lamentablemente, huelga decir que al carácter aislado de los restos documentados en los dos primeros yacimiento citados, se suma la inexistencia de paralelos para establecer comparaciones, similitudes o diferencias, entre los fragmentos rescatados en las excavaciones de la necrópolis del Carrascalejo; por lo que en definitiva siguen resultando frágiles los postulados que sostienen esta hipótesis.

El segundo horizonte documentado en la formación cultural del Bronce Final de la cuenca media del río Guadiana se relaciona con influjos Indoeuropeos. Estos proceden de la Cultura de Campos de Urna, por lo que habrían penetrado en la Península Ibérica a

⁴⁵⁶ Enríquez, 1988

⁴⁵⁷ Pavón, 1998: 111; 146

⁴⁵⁸ Enríquez, 1990b: 68

⁴⁵⁹ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 97

⁴⁶⁰ Enríquez, 2007-2008; Enríquez y Drake, 2007: 105-ss



través de los Pirineos⁴⁶¹. El peso de dicho sustrato dentro del Bronce Final del Guadiana Medio es todavía difícil de calibrar, pues su presencia se establece a partir de la definición estilística y tecnológica de algunos de los objetos integrados en los depósitos áureos documentados en esta región. Las únicas evidencias que puede certificar la existencia de unos contactos entre el Guadiana Medio y Centroeuropa son las tobilleras de oro pertenecientes a los tesoros de Mérida y de Olivar de Melcón. Pero ambos carecen de contexto arqueológico alguno, por lo que el encuadre crono-cultural de las piezas se ha establecido a partir de la búsqueda de analogías con otros enclaves europeos.

El tesoro de Mérida fue hallado en 1870, pero poco se sabe de su procedencia, pues todo apunta a que fue adquirido en un mercado de antigüedades⁴⁶². Al parecer, procedía de una tumba de inhumación de una niña, lo que ha servido para justificar el pequeño tamaño de las piezas. Está compuesto por una cadena de oro de seis espirales, dos brazaletes y una tobillera de oro (fig. 37), que es la que ofrece las características más peculiares. Se trata de una lámina de oro batida decorada con un pequeño baquetón en relieve y dos suaves acanaladuras y de sus extremos parten dos hilos también de oro. Su morfología y decoración llevaron a Almagro Gorbea a buscar sus paralelos en Centroeuropa, por lo que la fechó en el período de Hallstatt B, en torno al siglo VIII a. C.; pero a pesar de la relación establecida, poco sabemos acerca tanto del momento de penetración de los influjos centroeuropeos como del peso que éstos tuvieron sobre las poblaciones locales⁴⁶³.

El segundo conjunto es el tesoro de Olivar de Melcón, que fue hallado por casualidad en el agujero de un olivo. Compuesto por tres espirales de oro, una pulsera y dos tobilleras⁴⁶⁴, son éstas últimas las que llaman la atención por su relación morfo-tecnológica con la tobillera del tesoro de Mérida descrita anteriormente. A diferencia de ésta, las tobilleras de Olivar de Melcón carecen de decoración alguna; sin embargo, su reducido tamaño ha llevado a pensar que fueran joyas portadas por niños, una hipótesis difícil de sostener también en este caso al tratarse de un hallazgo fuera de contexto.

Aunque sus únicos paralelos se localizan en Centroeuropa, realmente no son pocas las diferencias que las separan de ellos. Debemos tener presente que los prototipos europeos están fabricados en bronce y no en oro, respondiendo a modelos tecnológicos

⁴⁶¹ Almagro-Gorbea, 1977: 494

⁴⁶² Ruiz-Gálvez, 1992: 235 nota al pie

⁴⁶³ Almagro-Gorbea, 1977: 42; Harrison, 1977

⁴⁶⁴ Enríquez, 1995



más complejos, macizos, de mayor tamaño y con una decoración más elaborada. Del mismo modo, éstos formaban parte de ajuares que se adscriben a la panoplia del guerrero, por lo que los conjuntos en los que se documentan presentan mayor riqueza y significación⁴⁶⁵; mientras que los ejemplares extremeños, dado el reducido tamaño de las piezas, se interpretan como ajuares de niños, una interesante cuestión sobre la jerarquización social en la Edad del Bronce⁴⁶⁶.

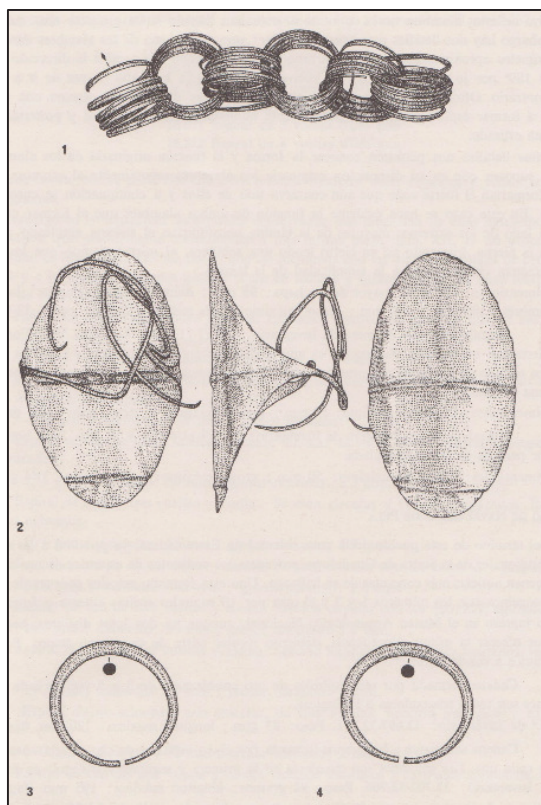


Fig. 37. Tesoro de Mérida (según Almagro-Gorbea, 1977: 37, fig. 9)

Ante la dificultad que supone defender estos influjos europeos se ha planteado la posibilidad de que estos conjuntos sean una consecuencia de las relaciones atlánticas⁴⁶⁷, concretamente de estímulos llegados desde el sur de Inglaterra y la fachada atlántica francesa, que penetrarían por el Noroeste peninsular, o que incluso se trate de producciones realizadas en la Península Ibérica⁴⁶⁸.

Sin duda alguna, uno de los elementos que mejor definen las raíces de este Bronce Final del Suroeste peninsular, y más concretamente de su vertiente atlántica, es la orfebrería, tanto por el volumen como por la calidad de sus piezas. Lamentablemente,

⁴⁶⁵ Enríquez, 1995: 133; 2003: 116

⁴⁶⁶ Enríquez, 2002: 115

⁴⁶⁷ Almagro-Gorbea, 1990; Enríquez, 1995: 133

⁴⁶⁸ Bettancourt, 1995: 113



pocas son las referencias que tenemos acerca de sus contextos de aparición, pues la inmensa mayoría de estos tesoros son el resultado de hallazgos fortuitos y ocultaciones que poca o ninguna información pueden aportarnos acerca de su funcionalidad o sobre la caracterización de las sociedades que las portaban. Estas circunstancias han desencadenado la aparición de un destacado número de lecturas e interpretaciones acerca de su origen y utilidad, que únicamente han contribuido a desdibujar su significado real, pues en la práctica, y si somos del todo realistas, contamos con más suposiciones o intuiciones que certezas para poder explicar el papel que desempeñaban estos objetos. Es por ello que no entraremos a realizar una nueva descripción de los ejemplares conocidos, ejercicio que ya han realizado con maestría otros investigadores⁴⁶⁹, ni nos detendremos sobre las hipótesis acerca del papel y significado que éstos desempeñaron, ni a cuestionar las cronologías que les han sido otorgadas, pues desde los primeros trabajos elaborados a este respecto en los años ochenta del pasado siglo, apenas se ha conseguido avanzar en el conocimiento acerca de quiénes portaban estas joyas, siempre atribuidas a mujeres o niñas por su reducido tamaño, o si responden a depósitos de fundidor, ofrendas votivas, reservas de valor o ajuares funerarios, como ahora veremos. Por ello, consideramos que volver sobre estas cuestiones solo redundaría en un mismo debate abierto ya desde hace décadas y de difícil solución por el momento.

De ese modo, nuestro interés por estos objetos áureos no se basa en encontrar una respuesta a su funcionalidad, sino en remarcar las conexiones que se establecen en las tierras del interior y la fachada atlántica portuguesa, determinantes para la comprensión de la etapa posterior.

Es el sustrato atlántico, junto a las influencias anteriormente descritas, el que tradicionalmente ha caracterizado el comienzo y evolución de este período. Dentro del mismo, la región extremeña representa uno de sus territorios de influencia al ser el espacio que mejores y más completos conjuntos áureos nos ha legado⁴⁷⁰. Por desgracia, y como ya apuntábamos con anterioridad, éstos no cuentan con un contexto arqueológico que nos permita otorgarles una funcionalidad clara, pues incluso dentro de su composición resultan heterogéneos. A simple vista puede observarse y deducirse que, en origen, no todas las piezas recuperadas en ellos formaban parte de un mismo conjunto⁴⁷¹, un hecho que ha permitido ganar peso a la idea de que nos encontramos frente a depósitos de

⁴⁶⁹ Almagro-Gorbea, 1977; Perea, 1991; Celestino y Blanco, 2006

⁴⁷⁰ Almagro-Gorbea, 1974: 259; 1977: 17; Enríquez, 2002: 112

⁴⁷¹ Armbruster y Perea, 1994: 84



fundidor⁴⁷². No obstante, existen dos posibles excepciones. No referimos, por un lado, al tesoro de Mérida, hallado al parecer en una tumba de inhumación donde se documentó el cadáver de una niña; y, por otro lado, al conjunto de Sagrajas, cuya aparición siempre se ha vinculado a la existencia de un fondo de cabaña que hoy nos es desconocido⁴⁷³.

Recientemente, la revisión de los diversos expedientes depositados en el Museo Arqueológico Nacional y el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, acerca de las diferentes intervenciones arqueológicas realizadas en la localidad de Sagrajas tras la aparición del tesoro, han llevado a poner en duda su relación con el conocido fondo de cabaña al que hasta ahora permanecían adscritos⁴⁷⁴. Su desvinculación con respecto a un hábitat cercano, ha despertado de nuevo la hipótesis que defendía la conexión de este tipo de depósitos áureos con lugares estratégicos del paisaje⁴⁷⁵. Esto ha permitido poner en relación al tesoro de Sagrajas con uno de los lugares en los que el río Guadiana es vadeable⁴⁷⁶.

Sin restarle valor a las diferentes interpretaciones dadas a todos estos conjuntos, en la práctica, juega a nuestra contra no solo el hecho de que todos carezcan de un contexto cronológico que nos obligue a tener en el paisaje su único contexto, sino que además, muchos de estos “tesoros” están hoy desaparecidos, caso del torques de Orellana la Vieja o el de Alange, objetos también relacionados con la existencia de un punto estratégico en el paisaje para el control del territorio, lo que nos ha obligado a que su estudio se realice a partir de antiguos dibujos y breves descripciones de los mismos. Estas circunstancias han provocado el arraigo de las “historias” que giran en torno a la aparición de los diferentes tesoros, siendo el caso de Sagrajas y su adscripción a un posible fondo de cabaña desconocido, el ejemplo más claro de ello.

La ausencia de contextos estratigráficos ha desembocado en la agrupación de estos conjuntos por “estilos”, para lo que se ha tenido en cuenta sus similitudes morfo-tecnológicas. De ese modo, las fechas adscritas a muchos de estos conjuntos responden más a un interés por hacerlos casar con un determinado momento histórico que en conseguir que reflejen una realidad social o económica. Por ello, la mayor parte de los paralelos establecidos a partir de su comparación con piezas europeas pertenecientes al denominado Círculo del Atlántico, configurado a grosso modo por las Islas Británicas, el

⁴⁷² Perera, 1991: 116

⁴⁷³ Sanabria, 2012: 479

⁴⁷⁴ Sanabria, 2012

⁴⁷⁵ Galán 1993: 74; Ruiz-Gálvez, 1992: 235; 1995: 23

⁴⁷⁶ Sanabria, 2012: 489



bronce nórdico y la fachada occidental de Francia y de la Península Ibérica, han obligado a reducir, en el caso de las piezas peninsulares, su antigüedad; lo que justifica la existencia de un período de implantación y asimilación por parte de la población local que las porta⁴⁷⁷.

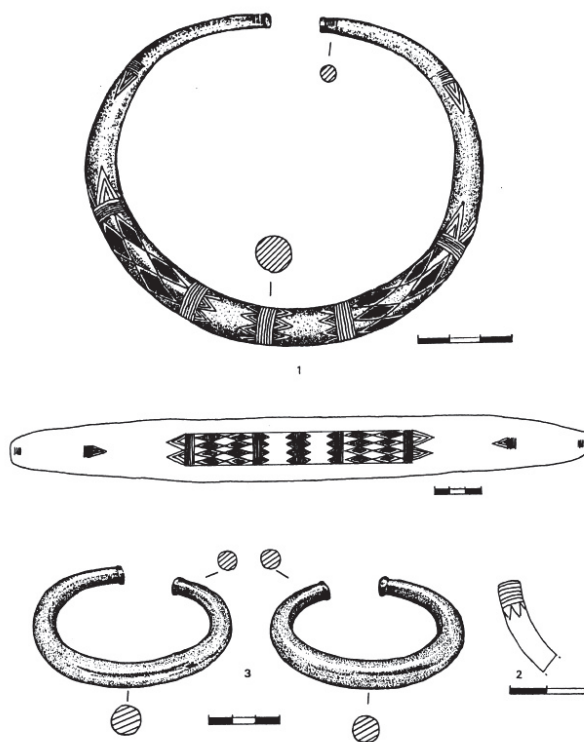


Fig. 38. Tesoro de Valdeobispo (según, Enríquez, 1991: 217, fig. 1)

Aunque tradicionalmente se han establecido grupos diferenciados por la técnica aplicada en la fabricación de las piezas, el tipo de orfebrería más destacado en el Bronce Final del valle medio del Guadiana recibe el nombre de “Sagrajas/Berzocana”, grupo en el que se incluyen hallazgos como el tesoro de Valdeobispo (fig. 38), el torques de Castuera, el conjunto de Monroy y sus homónimos de Sagrajas (fig. 39) y Berzocana (fig. 39), de cuya aparición deriva el nombre de este horizonte. Su presencia en las tierras del interior y las similitudes que guarda con el horizonte “Baioes/Venat” propio de la vecina región portuguesa, dentro del cual se agrupan piezas como el torques de Sintra, Évora, Penela y Baioes, entre otros, nos permite establecer una conexión entre ambas regiones. Esto deja al margen al valle del Guadalquivir donde este fenómeno permanece ausente, únicamente representado por el fragmento de torques de Lora del Río, el brazalete de Villanueva del Río y el hallazgo de Córdoba, todos ellos en el curso alto del Guadalquivir. La ausencia de este tipo de depósitos áureos en el territorio que pronto configurará el

⁴⁷⁷ Perea, 1991: 133



núcleo de Tarteso, nos muestra claramente como este fenómeno se restringe a un territorio concreto donde, tanto la riqueza minera de la región como la población local, debieron jugar un papel destacado heredado probablemente de una etapa anterior que, según algunos autores, debió hundir sus raíces en el período Calcolítico, lo que ha sido interpretado como una “fase de preparación y ensayo” que se verá culminada en el Bronce Final⁴⁷⁸.



Fig. 39. Torques de Berzocana y Sagrajas (Museo Arqueológico Nacional)

Si bien, los trabajos de orfebrería conocidos en Portugal cuentan con una mayor tradición, fruto de que sus hallazgos se concentran y remontan a finales del siglo XIX y principios del XX, frente a la primera sistematización elaborada por Almagro Gorbea en 1977 para los ejemplos documentados en Extremadura; muchos son los rasgos que comparten ambas regiones.

De ese modo, las similitudes establecidas entre los conjuntos de espirales de Vale de Viegas (Serpa) y los ejemplares documentados en el Guadiana como los conjuntos de Navalvillar de Pela I – II (fig. 40 y 41, respectivamente), la pieza inventariada en el MAN con el número 16843, la cadena de Menjíbar (Jaén) o las contenidas en los tesoros de Mérida y Olivar de Melcón; o las concomitancias que se aprecian entre los torques y pulseras de Senhora da Guia (Baioes) y Penela y Portel (Alentejo) con los de Berzocana, Sagrajas, Monroy, Acehuche o el fragmento de Castuera; así como entre los torques de sección cuadrangular de Vale de Malhoda (Sever do Vauga) y los de Azuaga⁴⁷⁹; certifican unas relaciones directas entre ambas regiones, mostrándonos su inclusión dentro de una vasta red de intercambios cuyo origen se establece en el comercio atlántico⁴⁸⁰. Como es

⁴⁷⁸ Perera, 1995: 71; 75

⁴⁷⁹ Celestino y Blanco, 2006; Correia, Parreira y Silva, 2013

⁴⁸⁰ Ruiz-Gálvez, 1984; 1998



lógico, ésta red tuvo que contar con un fuerte entramado político capaz de sostener un sistema de alianzas cuyo resultado fue la normalización de un modelo de deposición y la asimilación y estandarización de un patrón tecnológico que de algún modo debe estar sometido a algún tipo de control económico, social -élite- o político⁴⁸¹, cuya naturaleza u organización nos es todavía desconocida.



Fig. 40. Tesoro de Navalvillar de Pela I (según Celestino y Blanco Fernández, 2006: 102)



Fig. 41. Tesoro de Navalvillar de Pela II (según Celestino y Blanco Fernández, 2006: 103)

Si conseguimos realizar un ejercicio de abstracción y nos olvidamos de las barreras políticas que actualmente separan ambos horizontes, podemos incluir a todo este espacio dentro de un mismo círculo que podemos clasificar, como se ha venido haciendo hasta el momento, bajo el grupo estilístico de orfebrería “Sagrajas/Berzocana”⁴⁸², caracterizado por la presencia de objetos de oro macizo fundidos a molde, de sección circular y con decoración incisa de motivos geométricos realizados a cincel, entre cuyos ejemplares,

⁴⁸¹ Perea, 1995: 71

⁴⁸² Ruiz-Gálvez, 1984



como es lógico, se documentan excepciones en las que se combinan técnicas y decoraciones de diferentes grupos estilísticos. Es el caso del torques de Sintra, el brazalete de Cantonha o el conjunto de Heredade de Álamo (Moura) donde dentro de unas mismas piezas se combinan rasgos del estilo Sagrajas/Berzocana con otros propios del horizonte Villena/Estremoz⁴⁸³.

Además de la orfebrería, este período se caracteriza también por los objetos de Bronce, especialmente por las armas y en concreto por las espadas y hachas, otro claro ejemplo de la riqueza tanto del territorio como de sus sociedades. Frente a los tesoros áureos, el volumen de objetos de bronce es mucho más reducido o incluso escaso si lo comparamos con los documentados en el resto de áreas del atlántico y si tenemos en cuenta la extensión de territorio sobre la que nos movemos. Del mismo modo que afrontamos el análisis de los depósitos áureos, no nos detendremos a analizar su composición, morfología y cronología, pues poco es lo que podemos aportar a lo ya realizado. Sin embargo, resulta interesante como los bronceos, junto con los tesoros áureos, se han puesto en relación y categorizado a partir de su aparición en las conocidas como estelas de guerrero⁴⁸⁴.

Sin duda alguna, el ejemplo más destacado lo constituye el conjunto conocido como depósito de Cabezo de Araya⁴⁸⁵, descubierto casualmente entre las tierras de una madriguera de conejo excavada en la grieta de un afloramiento granítico. Está compuesto por cincuenta y seis piezas, cincuenta y cinco de ellas de bronce y un fragmento de vástago de oro, por lo que presenta una gran heterogeneidad en su composición, razón por la cual ha sido interpretado como un depósito destinado a su fundición⁴⁸⁶. A este conjunto se suman, junto a algunos restos aislados, las cuatro espadas documentadas en 1942 durante los trabajos de drenaje de la presa de Montijo y la conocida y particular espada de Alconétar, a los que, sin embargo, se le han otorgado significados muy distintos⁴⁸⁷.

De ese modo, la ausencia de contextos estratigráficos que nos permitan dar sentido y significado a estos conjuntos, nos obliga a vincularlos con las conocidas como estelas o losas, y más concretamente con las definidas como “básicas”, consideradas como el primer estadio de un fenómeno exclusivo de la fachada atlántica que se extenderá hasta

⁴⁸³ Armbruster, 1995; Armbruster y Perea, 1994

⁴⁸⁴ Celestino, 2001; Celestino y Salgado, 2011; Mederos, 2012

⁴⁸⁵ Almagro Basch, 1961

⁴⁸⁶ Almagro-Gorbea, 1977: 64

⁴⁸⁷ Ruiz-Gálvez, 1995c



la I Edad del Hierro constituyendo un elemento más de unión -perduración- entre ambos períodos; un papel que también comparten con los tesoros áureos, los cuales, incorporan elementos mediterráneos en su composición o en su técnica de fabricación.

El halo de misterio que siempre ha girado en torno a la funcionalidad y origen de las estelas, debate en el que tampoco nos detendremos por ser un problema que se sale de los objetivos marcados en esta tesis doctoral, las ha convertido en uno de los elementos arqueológicos más singulares y a la vez más controvertidos, así como en un reflejo fiel de la complejidad y diversidad que debió caracterizar a las estructuras socio-económicas que se esconden tras ellas. Un claro ejemplo de dicha diversidad son las abundantes lecturas extraídas de las mismas. Aunque inmersas en un mundo atlántico, pues atlánticos son los primeros objetos en ellas representados⁴⁸⁸, su procedencia se ha rastreado a través tanto de la influencia geométrica llegada del Egeo⁴⁸⁹ como de los primeros influjos centroeuropeos⁴⁹⁰; al mismo tiempo que se ha buscado su explicación a través de estudios tipológicos⁴⁹¹ o análisis acerca de su simbolismo y dispersión geográfica⁴⁹² en los que se valora su funcionalidad dentro del paisaje⁴⁹³.

A pesar de que en la actualidad hay documentados casi ciento cincuenta ejemplares de estas estelas, lo que ha generado un volumen desmesurado de bibliografía, el hecho de que carezcan de un contexto arqueológico nos coloca en la misma tesitura que cuando afrontábamos el análisis de los depósitos áureos y los objetos de bronce. Esto provoca que la información que se puede extraer de todos ellos sea sesgada, por lo que no podemos ir más allá de un mero análisis estilístico y tipológico de lo que en ellas aparece representado. Su iconografía ha despertado no pocas polémicas e interpretaciones de lo más variadas acerca de la tipología y procedencia de los objetos, pues es a partir de dichas representaciones de donde se extraen las cronologías asignadas a las mismas⁴⁹⁴. A pesar de ello, tanto las estelas, como los depósitos áureos o los objetos de bronce, constituyen los elementos más emblemáticos -representativos- para el estudio del Bronce Final, por no afirmar que, a día de hoy, resultan ser los únicos elementos conocidos para interpretar a las sociedades de este período; si bien, únicamente resultan ser un reflejo de sus élites,

⁴⁸⁸ Barceló, 1989; Rodríguez y Enríquez, 2001: 119-ss

⁴⁸⁹ Bendala, 1977; 1986

⁴⁹⁰ Almagro Basch, 1966; Curado, 1986

⁴⁹¹ Barceló, 1989

⁴⁹² Celestino, 1990; 1995; 2001

⁴⁹³ Ruiz-Gálvez y Galán, 1991; Galán, 1993

⁴⁹⁴ Harrison, 2004; Diaz-Guardamino, 2012; Bacelar, 2014 (con bibliografía)



aquellas capaces de portar una orfebrería de estas características y de hacerse representar, junto a la panoplia de un guerrero, en las estelas.

Aunque tradicionalmente se han analizado como fenómenos disociados, principalmente en el caso de la orfebrería y su aparición en las estelas⁴⁹⁵, hoy día son elementos que, como complementarios, podemos intentar analizar de forma conjunta, ejercicio que nos ayudará en la lectura social y económica de este complejo período. Pero ambas realidades no aparecen interpretadas bajo un mismo signo o con una misma intencionalidad, lo que nos obliga a analizarlas por separado antes de establecer sus relaciones dentro del horizonte que configura el Bronce Final del Suroeste. De ese modo, debemos distinguir dentro del conjunto de las estelas entre las denominadas ‘estelas de guerrero’, donde la figura masculina y las armas adquieren todo el protagonismo, y las ‘estelas diademadas’, donde la figura femenina aparece ataviada con algunos de los objetos descritos a la hora de analizar la orfebrería propia de este período.

Las conocidas como ‘estelas diademadas’⁴⁹⁶ son quizás el conjunto más sencillo de abordar, pues su marco cronológico y geográfico se encuentra mucho mejor acotado, lo que nos permite delimitar con mayor exactitud la extensión del fenómeno. Por ello, si ponemos en relación la orfebrería y las denominadas como losas “básicas”, aquellas en las que únicamente aparecían representados el escudo, la lanza y la espada, consideradas por ello los ejemplos más antiguos dada la simpleza de sus composiciones y la ausencia del antropomorfo, observaremos cómo coinciden geográficamente con la región donde se localizan el mayor número de depósitos áureos; razón de más para establecer un vínculo entre ambas realidades. Este territorio fue definido por Celestino en su clasificación⁴⁹⁷ como zona I o Sierra de Gata, aquel que se extiende desde la Beira portuguesa a lo largo de todo el valle del Tajo.

La riqueza minera otorgada a la región⁴⁹⁸ refrendaría el hecho de que ambos fenómenos se concentren en una misma franja territorial⁴⁹⁹; sin embargo, pocos son los datos que nos hablan con certeza de la explotación de las minas de oro en época pre y protohistórica, pues no existen testimonios de restos arqueológicos de estas épocas dentro de las explotaciones mineras y desconocemos por completo si con los medios técnicos

⁴⁹⁵ Almagro-Gorbea, 1977: 491

⁴⁹⁶ Santos, 2009 (con bibliografía anterior)

⁴⁹⁷ Celestino, 2001

⁴⁹⁸ Sánchez Palencia y Pérez, 1989: 19; Rodríguez y Enríquez, 2001

⁴⁹⁹ Celestino y Blanco, 2006: 31



del momento esta tarea podría llevarse a cabo⁵⁰⁰. En contraposición, esta región aparece destacada en las fuentes antiguas por la riqueza aurea de muchos de sus ríos, entre los que cabe destacar el Tajo, a cuyas riquezas hace referencia tanto Estrabón cuando apunta en su Geografía: *la región de que hablamos es rica y está regada por ríos grandes y pequeños que proceden de Oriente y corren paralelos al Tagus*⁵⁰¹. *La mayor parte de ellos son navegables y tiene gran cantidad de placeres de oro*; como Plinio, quien recoge una referencia acerca de las *arenas auríferas del Tagus*⁵⁰².

De forma paralela al desarrollo de las conocidas como estelas de guerrero, se documentan unas estelas de tamaño más reducido donde la figura del antropomorfo representado aparece ataviado con una diadema, un cinturón y unas líneas en el cuello que han sido interpretadas como un torques, razones que han permitido interpretarlas como una representación de la figura femenina⁵⁰³ y su directa relación con los tesoros áureos anteriormente descritos⁵⁰⁴. Llama nuestra atención que, a pesar de los elementos representados en las estelas femeninas, solo los torques aparezcan contenidos en los tesoros áureos, mientras están ausentes las diademas y los cinturones que, sin embargo, si aparecen dentro de los conjuntos fechados en época tartésica, como por ejemplo ocurre en el tesoro de la Aliseda. De este modo, si somos “estrictos” en la lectura de estas representaciones y analizamos su posible conexión con los tesoros del Bronce Final, no existen muchos indicios que nos permitan avalar dicha conexión, pues no todos los objetos grabados en las estelas están contenidos en los conjuntos áureos. Así, si invalidamos los mapas de dispersión de objetos de prestigio por su gran capacidad de movilidad geográfica, lo mismo debería ocurrir con los tesoros, y por ende, con sus representaciones en las estelas, más cuando ambos elementos carecen de un contexto arqueológico y simbólico que los conecte. En la actualidad, conocemos once ejemplares de estelas diademadas en las que la figura femenina aparece ataviada con un collar⁵⁰⁵ que podría, no sin algunas dudas, interpretarse como un torques; siendo los ejemplares documentados en Hernán Pérez⁵⁰⁶ (fig. 42) los que mejor nos ilustran a este respecto, y a

⁵⁰⁰ Celestino, 2001: 59

⁵⁰¹ Estrabón, III, 4

⁵⁰² Plinio IV, 115; XXXIII, 66

⁵⁰³ Bueno, 1990; Almagro-Gorbea, 1994; Celestino, 2001; Díaz-Guardamino, 2010

⁵⁰⁴ Celestino y Blanco, 2006: 33

⁵⁰⁵ Díaz-Guardamino, 2010: 147

⁵⁰⁶ Celestino, 2001: 243



los que podemos sumar la estela documentada posteriormente en el Torrejón el Rubio⁵⁰⁷ (fig. 43).



Fig. 42. Estelas I, IV, V y VI del conjunto de Hernán Pérez (según Santos, 2009: 29, fig. 1 1-4)

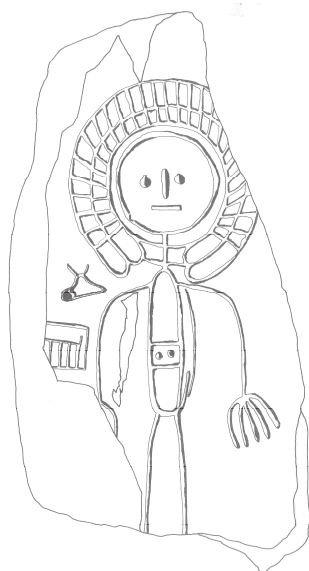


Fig. 43. Estela de Torrejón El Rubio II (dibujo de S. Celestino)

La unión de sendos fenómenos nos obliga a establecer una funcionalidad para ambos que resulte complementaria, pues carece de sentido considerar a los tesoros áureos como depósitos de fundidor y a las estelas diademadas, bien como elementos funerarios o señaladores de tumbas, o bien como resultado de una dote que marcaría los vínculos de parentescos entre jefes a modo de alianza política mediante el intercambio de mujeres⁵⁰⁸. Esta misma problemática se presenta a la hora de establecer una relación entre los objetos de bronce y las estelas de guerrero, aunque en este caso el problema se acentúa al no darle a todos los objetos documentados un mismo significado.

⁵⁰⁷ Celestino, 2001: 331

⁵⁰⁸ Galán, 1993; Ruiz-Gálvez, 1998: 269



Un similar ejercicio se ha aplicado para conectar los depósitos de bronce con las estelas de guerrero, de tal manera que así podían vincularse las joyas a la figura femenina y las armas a la masculina. Pero dentro de los conjuntos compuestos por objetos de bronce, únicamente las espadas documentadas en los lechos de los ríos, tendrían el mismo significado funerario otorgado a las estelas; mientras, al resto de armas documentadas, entre las que destacan las puntas de flecha y las hachas, tendrían un carácter profano⁵⁰⁹. Pero, ¿qué ocurre si interpretamos estas estelas de guerrero como demarcaciones territoriales o indicadores de ruta? o ¿por qué solo las espadas cumplen dicha función funeraria quedando al margen el resto de armas y objetos?

A estas complejas cuestiones cabe todavía añadirles dos aspectos más. Por un lado, la hipótesis que defiende la existencia de un contexto para las estelas en el propio paisaje en el que se documentan⁵¹⁰, interpretándolo como zonas de paso o lugares destacados en el paisaje. Por otro lado, queda pendiente conocer el papel que ambas figuras jugaron dentro de la sociedad jerarquizada que se ha dibujado para el Bronce Final del Suroeste, pues por su representación en las estelas se les debería otorgar un mismo significado social tanto a la mujer como al guerrero⁵¹¹. Esto abre la puerta a una tercera cuestión no por ello menos importante, la de conocer si nos encontramos frente a depósitos que pertenecen a una comunidad o por el contrario son propiedad y representantes del individuo que las posee.

Lo cierto es que resulta difícil asumir alguna de las hipótesis recogidas en este conciso recorrido. La fragmentación de toda la documentación que manejamos y la carencia de un contexto claro, así como la inexistencia de poblados y necrópolis, dificultan llegar a una conclusión, lo que hace complejo el estudio de este período. Ello ha generado años de trabajo e investigación que únicamente han sabido rellenar algunas partes de esta historia sin que muchas de las hipótesis manejadas puedan resultar, por el momento, concluyentes. El Bronce Final del valle medio del río Guadiana sigue siendo un gran desconocido, muestra de ello la heterogeneidad de las diferentes posturas que impiden un consenso dentro de la literatura arqueológica. Hemos elaborado un modelo de sociedad que se sostiene sobre un fuerte sistema jerarquizado del que solo conocemos su cúspide, y que se vincula a un sólido sistema económico, consecuencia en parte de las riquezas mineras detectadas en la fachada occidental atlántica de la Península Ibérica, que a su vez

⁵⁰⁹ Ruiz-Gálvez, 1998: 269

⁵¹⁰ Galán, 1993; Ruiz-Gálvez, 1998: 270

⁵¹¹ Celestino y Blanco, 2006: 33



forma parte de una vasta red de intercambios que rápidamente vehicula del campo político y económico al simbólico e ideológico, los únicos capaces de justificar los fenómenos detectados. Resulta por ello curioso que, una etapa en la que confluyen tantos sustratos culturales, cada uno con un grado de participación diverso pero de fuerte personalidad, pueda llegar a resultar uno de los períodos más desconocidas de la Historia, por lo que tenemos que basarnos para su reconstrucción en el análisis estilístico y en el establecimientos de analogías entre los elementos o materiales que nos ha legado.



III.3. A VUELTAS CON EL BRONCE ATLÁNTICO:

Cuando hacemos uso de términos culturales, conceptos como Tartesos, Calcolítico o la propia denominación de Bronce Atlántico, damos por (sobre)entendido que con ello hacemos referencia a un territorio definido donde, en un momento determinado, se producen una serie de manifestaciones comunes a toda la región que se reflejan en la aparición de un patrón de ocupación común, un elenco de materiales, concomitancias rituales y un mismo modelo de enterramiento que, necesariamente, le dan a las poblaciones que allí habitan una identidad cultural común que no está exenta de particularismos locales, como también es lógico. Pero, ¿existe esta misma conexión cultural cuando hablamos o nos referimos al Bronce Atlántico?, ¿hasta qué punto son rastreables las particularidades que representan a las sociedades atlánticas del Bronce Final a partir de la sesgada información que poseemos?

Fue Santa Olalla⁵¹² el primero en aplicar el concepto de Bronce Final Atlántico con la idea de diferenciar a esta región, con particularismos propios, del denominado también por él como Bronce Mediterráneo. Dicha definición se configuró en base a criterios estrictamente tipológicos a través de la asociación de una producción metalúrgica documentada en el suroeste peninsular con elementos foráneos, de tal manera que el modelo quedaba explicado bajo unos patrones difusionistas, pues los objetos documentados en la Península Ibérica serían el resultado de migraciones llegadas de Europa Central. Poco tiempo después, MacWhite⁵¹³ revisaría este concepto bajo unos paradigmas histórico-culturales para llegar a la conclusión de que en la región peninsular se detectaba una diversidad cultural que no le permitía imbuirse en un círculo común junto con otras regiones del atlántico mucho mejor definidas y cuyo elenco de materiales contaba con una mayor homogeneidad en su composición y exposición.

Será Almagro-Gorbea⁵¹⁴ en su ejercicio de síntesis sobre la Edad del Bronce, ampliada en un trabajo posterior⁵¹⁵, quien defina la inclusión de esta fachada atlántica dentro de *un círculo cultural de origen atlántico*⁵¹⁶ en el que llega a distinguir cinco grandes regiones unidas por sus analogías en la metalurgia: un área Noroeste con fuertes conexiones con la Meseta Norte, otra franja entre el Duero y el Tajo, la región de Huelva y el Bajo Guadalquivir, el norte peninsular y, por último, el Suroeste, área en la que se

⁵¹² Martínez Santa-Olalla, 1941

⁵¹³ Macwhite, 1951

⁵¹⁴ Almagro-Gorbea, 1977

⁵¹⁵ Almagro-Gorbea, 1986b

⁵¹⁶ Almagro-Gorbea, 1986b: 344



inscriben los territorios de Portugal y Extremadura. Todas ellas quedan insertas dentro de un marco cronológico que apenas se ha visto modificado hasta nuestros días.

Por su parte, el trabajo de Ruiz Gálvez⁵¹⁷ tendrá en cuenta a toda la fachada atlántica dentro de lo que esta autora vino a denominar como *mundo atlántico*⁵¹⁸, a partir de la uniformidad y las similitudes que presentan los elementos metalúrgicos y la distribución de los hallazgos, hasta el punto de llevarse los inicios de estos contactos atlánticos al Bronce Inicial. Sin embargo, la actualización y revisión de esta primera aproximación⁵¹⁹ y, sobre todo, cuando se cuestiona la existencia de una conciencia cultural común para todo el Atlántico, la llevó a retrotraer el inicio de los contactos al Bronce Final. Esto le restaba peso cultural al fenómeno, pues las características que antes lo habían unido tipológicamente, ahora empezaban a resultar ambiguas, al crear conciencia de que solo a partir de los hallazgos aislados de piezas de bronce y de los depósitos áureos no puede llegar a construirse un sistema social y, por lo tanto, cultural completo.

La diversidad del material detectado llevó a que el concepto abstracto y general de “mundo atlántico” derivase en *culturas ligadas al comercio atlántico*⁵²⁰, un concepto que permite incluir la pluralidad de los contextos documentados a lo largo de toda la fachada atlántica. Esta idea se complementa con el trabajo elaborado por Coffyn⁵²¹, quien estudió el Bronce Atlántico como una entidad geográfica, que no cultural, que caracterizaría a las regiones occidentales de Europa, en las que se incluyen unas sociedades con vocación marítima y cuyos territorios cuentan con grandes riquezas mineras. Estas circunstancias dan como resultado la aparición de una *comunidad atlántica*⁵²² en la que la homogeneidad de los objetos o depósitos mostraría la existencia de unos contactos tecnológicos que no pueden entenderse como resultado de un proceso de interacción cultural.

Aunque diferentes revisiones han permitido a algunos autores abogar por la existencia de un círculo cultural atlántico homogéneo para toda la fachada occidental europea⁵²³, todos los indicios parecen apuntar en la dirección contraria. Sería necesario conocer la naturaleza política y social de los grupos responsables de estos intercambios, así como sus mecanismos de conexión, para valorar si realmente los encontramos, o no, frente a

⁵¹⁷ Ruiz-Gálvez, 1984

⁵¹⁸ Ruiz-Gálvez, 1984: 539

⁵¹⁹ Ruiz-Gálvez, 1987

⁵²⁰ Ruiz-Gálvez, 1987: 253

⁵²¹ Coffyn, 1985

⁵²² Coffyn, 1985: 274

⁵²³ Brun, 1991; 1998



una *koiné* atlántica⁵²⁴. El problema deriva de la propia naturaleza de los materiales con los que contamos para la reconstrucción del período, una carencia que venimos reiteradamente poniendo de relieve a lo largo de estas páginas. La exclusiva vinculación del término a los objetos metálicos comunes en toda la fachada atlántica hacen que éste funcione como identidad crono-tipológica y crono-tecnológica a partir de unos objetos que presentan raigambre atlántica, dentro de unos territorios ligados entre sí por su misma posición oceánica y sus riquezas mineras. Sin embargo, la metalurgia por sí sola es incapaz de retratar procesos sociales, políticos y económicos, tendiendo, en el caso de hacerlo, a idealizar modelos y situaciones, pues resulta algo utópico e inapropiado retratar sociedades solo a partir de sus riquezas. De ese modo, el propio valor polisémico de los objetos y el fuerte carácter simbólico del que se les ha dotado, hacen que las valoraciones interpretativas sean limitadas o deban restringirse a cada uno de los territorios por definir⁵²⁵, sin que el modelo pueda aplicarse a toda la región bañada por el océano Atlántico.

En resumen, entendemos el Bronce Atlántico como un concepto cargado de ambigüedad⁵²⁶ que no debe ser entendido como una cultura, pues ni para todos tiene el mismo alcance social, ni mucho menos, el mismo significado o composición cultural. Por ello, estamos también en posición de aceptar que no existe una provincia metalúrgica peninsular y que resulta extremadamente complejo establecer círculos culturales y cronológicos a partir de objetos aislados⁵²⁷ a los que exclusivamente se les debería otorgar un valor tecnológico y estilístico. Debemos darle al concepto el valor que le corresponde sin traspasar la línea que dibuja en aras de querer poner solución a un complejo problema. Con ello no queremos enfrentar posturas o entrar a valorar estudios que desde hace décadas vienen intentando arrojar un poco más de luz a este complejo período. Simplemente, nos gustaría aprovechar nuestro tímido acercamiento a este mundo atlántico para remarcar la indefinición del mismo, pues, nos guste o no, resulta una tarea sumamente compleja la de construir historias a partir de hechos aislados, en este caso de objetos que, a buen seguro, nos harán redundar una y otra vez en el mismo error histórico. Hasta la fecha, el Bronce Final del suroeste en general, y el valle medio del Guadiana en particular, sigue siendo, muy a nuestro pesar, un período desconocido al que hemos asignado como representantes unos tesoros áureos, unos depósitos de bronce y unas

⁵²⁴ Shenna, 1998

⁵²⁵ Martins, 1998: 75

⁵²⁶ Ruiz-Gálvez, 1998: 21

⁵²⁷ Bettancourt, 1998: 27



estelas grabadas a partir de afinidades con otras regiones europeas, pero que, hasta que alguno de estos conjuntos no presente un contexto estratigráfico claro, no podremos hablar con certeza de ellos como elementos propios y característicos de una Edad del Bronce Atlántico⁵²⁸.

La indefinición o heterogeneidad que venimos poniendo de relieve a los largo de estas páginas, aparece claramente representada dentro del propio modelo que muestra la ocupación del Bronce Final dentro del Suroeste peninsular. Nos referimos a las diferencias que separan a dos tramos del Guadiana muy próximos geográficamente, por lo que cabría suponer que éstos guardarían una serie de concomitancias. De ese modo, a diferencia del panorama que acabamos de esbozar para el Bronce Final del valle medio del Guadiana, cuando fijamos nuestra vista en el tramo medio del mismo que baña el territorio portugués, observamos una realidad completamente distinta, pues tras un período prácticamente invisible, el denominado Bronce Medio⁵²⁹, se inaugura una de las etapas más prósperas y visibles del poblamiento de la región⁵³⁰.

⁵²⁸ Jorge, 1995: 19

⁵²⁹ Mataloto, 1999; 2012: 187

⁵³⁰ Mataloto, 2012: 189



III.4. LOS MÁRGENES DEL GUADIANA, PRÓXIMOS GEOGRÁFICAMENTE, DISTANTES CULTURALMENTE.

Aunque podríamos afrontar el análisis de este espacio atendiendo a su tradicional división por regiones geográficas, desde la franja noroccidental, las Beiras, el Alentejo, la Estremadura portuguesa, y el Algarve⁵³¹, lo cierto es que, dada la homogeneidad que hemos advertido en su modelo de ocupación, sin descuidar la existencia de particularismos regionales que diferencian a cada uno de estos territorios, mostraremos un panorama general del mismo. No es nuestra intención analizar o cuestionar el modelo, sino más bien individualizar los contrastes que hacen a dos regiones tan próximas geográficamente, tan diferentes culturalmente. No obstante, sí nos detendremos en la región del Alentejo al ser, por un lado, la que mayores influencias debió legar a nuestra región de estudio dada la proximidad territorial y su papel como gran corredor que se dibuja entre el Tajo y el Guadiana, dos arterias que al mismo tiempo funcionan como colectores entre la costa y las tierras del interior; mientras que, por otro lado, es esta la región que el río Guadiana baña y cuyo territorio circundante es objeto de nuestro interés.

Cuando uno se adentra en el análisis del Bronce Final de Portugal y observa el volumen de hallazgos que se adscriben a este horizonte, frente al panorama árido detectado en el valle medio del Guadiana, resulta complicado comprender cómo dos regiones tan próximas responden a realidades tan distintas, más aún cuando no existen unos obstáculos naturales insalvables que favorezcan esa desigualdad.

A diferencia del tramo medio del Guadiana que discurre por la provincia de Badajoz, parece que existe un cierto consenso en afirmar que la ocupación detectada durante el Bronce Final portugués se organiza en torno a unos ricos y accesibles recursos mineros⁵³² y a su suavidad geográfica, contrastada con la existencia de pequeñas serranías que permiten un óptimo control del paisaje, pero sin la presencia de potentes barreras que acaben aislando territorios. Esta permeabilidad geográfica se ve además favorecida por la presencia de auténticos “corredores de circulación”⁵³³ que permiten aprovechar los recursos y establecer relaciones. Es por esta razón por lo que cuesta comprender qué fenómeno o qué circunstancias provocaron el freno de este modelo que, una vez el Guadiana desvía su curso hacia el este, se hace completamente invisible.

⁵³¹ Para una actualización y síntesis acerca del Bronce Final de cada una de las regiones que componen el territorio portugués véase: Cardoso (ed.), 2013; Vilaça y Serra (coord.), 2014; AA.VV. 2014

⁵³² Una síntesis reciente en Braz y otros (coord.), 2011

⁵³³ Vilaça, 1991; Vilaça y otros, 1998



La última etapa concerniente al Bronce Medio portugués inaugura un floreciente período en el que la ocupación del territorio se hace visible, hasta el punto de responder a un sistema de jerarquización⁵³⁴ que, grosso modo, puede hacerse extensible a todo el territorio. Así, el espacio quedaría articulado bajo el control de los denominados “lugares centrales”, caso de Castros da S^a da Guia (Baioes) o Outeiro do Circo (Beja), poblados fortificados de grandes dimensiones que llegan a alcanzar, en algunas ocasiones, más de una decena de hectáreas de extensión. Esto les permite ocupar lugares estratégicos del paisaje con alta visibilidad sobre el entorno y los recursos, lo que les brinda un excelente control sobre los asentamientos menores. Este modelo se complementa con la existencia de poblados abierto en altura, sin fortificar, pues aprovechan las defensas naturales que les proporciona el entorno; los pequeños poblados fortificados de menos de una hectárea que ocupan espacio con buena productividad agrícola; y, por último, los poblados en llano sin fortificar ubicados junto a zonas de paso o importante arterias fluviales.

Este modelo de ocupación claramente jerarquizado deja a la vista indicadores de estabilidad territorial, así como la existencia de una sociedad estratificada que debió estar encabezada por aquellos que se hacían representar en las estelas de guerrero. De ese modo, obtenemos un sistema territorial que responde a una estructura social organizada en grupos interconectados, vínculo que les permite coordinar y controlar amplias extensiones de territorio⁵³⁵. Dicho vínculo daría como resultado el establecimiento de lazos de control y territorialidad⁵³⁶ que quizás se hagan patentes en Portugal pero que, en cambio, resultan invisibles para el valle medio del Guadiana.

El modelo se hace claramente visible en el territorio alentejano donde, su paisaje dominado por espacios abiertos y serranías, favorece la creación de corredores de circulación dominados desde los enclaves localizados en altura. Dicho paisaje ofrece como resultado un poblamiento diversificado⁵³⁷, tanto por sus estrategias de implantación como por las dimensiones que presenta. Aunque parte de este conocimiento es el resultado de intensos trabajos de prospección como consecuencia de las obras proyectadas para la construcción de la presa de la Alqueva, lo cierto es que ha permitido dibujar un panorama muy completo a partir del cual se ha elaborado un modelo de

⁵³⁴ Antunes y otros, 2012; Mataloto, 2013

⁵³⁵ Vilaça, 1998: 348

⁵³⁶ Vilaça, 1998; Pavón, 1998

⁵³⁷ Mataloto, 2012



ocupación que ciertamente difiere de los resultados obtenidos en los territorios vecinos objeto de nuestro estudio⁵³⁸.

De este modo, según el patrón detectado, este modelo de ocupación responde a un sistema organizado y jerarquizado, un modelo que ya había sido propuesto con anterioridad a la obtención de los últimos resultados⁵³⁹. Dicho modelo se estructura en torno a tres grandes grupos: un primer bloque donde destacan los asentamientos en altura, distinguiendo aquellos que por mayor tamaño se encargan de la centralización y el control del territorio; un segundo grupo donde se reúnen los asentamientos de menor entidad, los encargados del control de la extensiones agrícolas; y, por último, un tercer grupo compuesto por los pequeños poblados de carácter rural y familiar que, junto al paso de arterias fluviales, se encargarían de la explotación del entorno. Los dos primeros bloques se caracterizan por estar dotados de importantes sistemas de defensa.

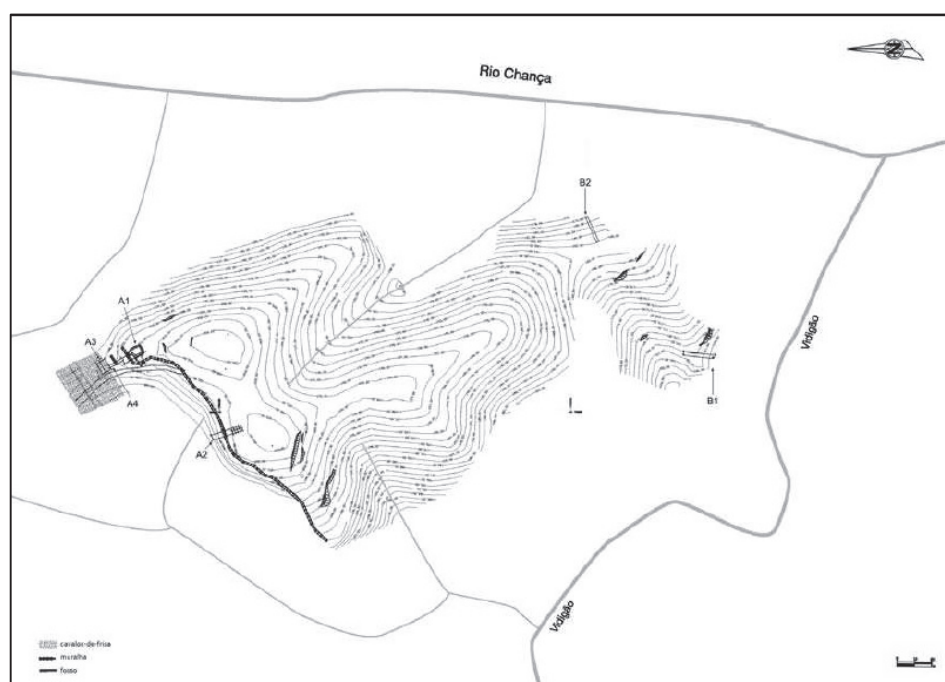


Fig. 44. Levantamiento topográfico de Passo Alto (según, Monge Soares, Antunes y Deus, 2012: 252, fig. 2)

Dentro de las distintas modalidades de ocupación detectadas en este territorio quizás la que mayor personalidad le otorgue sean los definidos como asentamientos en alto, de los que se conocen algunos ejemplos, caso de los yacimientos de Passo Alto⁵⁴⁰ (Vila Verde de Ficalho, Serpa) (fig. 44) y Ratinhos⁵⁴¹ (Moura) (fig. 45), los únicos excavados

⁵³⁸ Calado, Mataloto y Rocha, 2007; Mataloto, 2012; 2013; Monge Soares, 2013

⁵³⁹ Calado, 1993; Parreira, 1995

⁵⁴⁰ Monge Soares, 2003; Monge Soares, Antunes y Deus, 2012

⁵⁴¹ Berrocal y Silva, 2010; Berrocal, Silva y Prados, 2012



en área y, por lo tanto, los únicos que pueden acercarnos nítidamente al modelo de asentamiento que impera en el Bronce Final del Alentejo portugués. Así, y aunque los resultados puedan parecer escasos para dibujar un panorama general a partir de los datos obtenidos en dos asentamientos, la documentación aportada por ambos yacimientos resulta muy significativas, al mismo tiempo que constituye la única conexión poblacional -paralelo- con un yacimiento localizado en el Guadiana medio extremeño, el Cerro Borreguero.

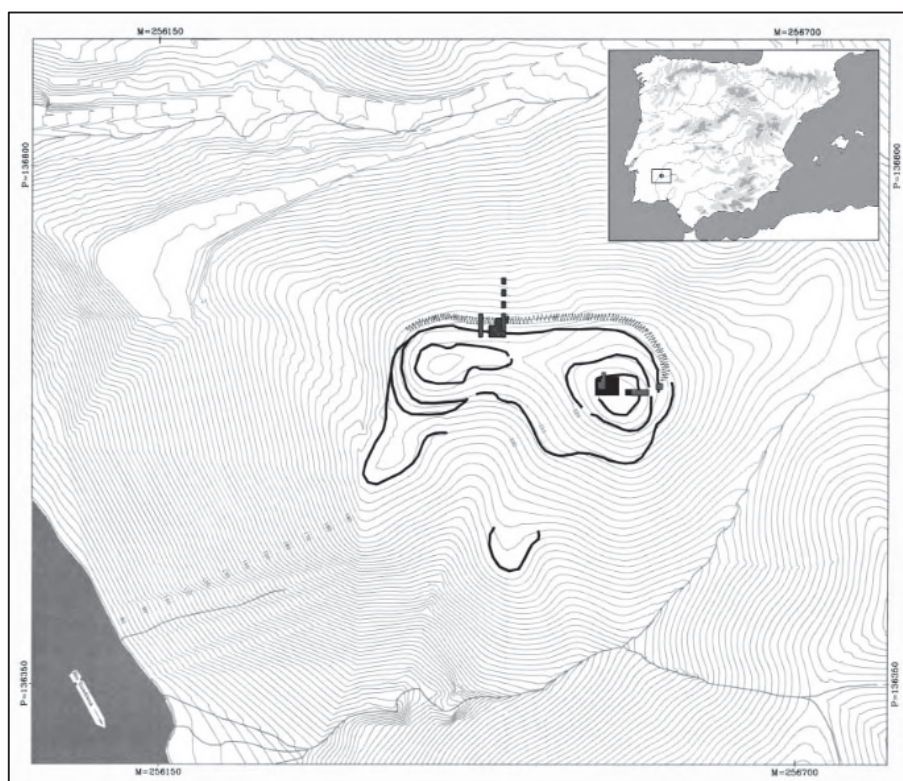


Fig. 45. Levantamiento topográfico de Castro dos Ratinhos (según Berrocal y Silva, 2010: 42, fig. 11)

Si por algo sobresale este modelo de asentamiento es por su destacada posición en altura, ocupando las crestas de las serranías desde las cuales tienen un control visual de las extensas tierras de vega destinadas a la agricultura que se extienden en su entorno. Ambos yacimientos se localizan además en la confluencia de importantes arterias fluviales, los ríos Vidagao y Changa para el caso de Passo Alto y los ríos Debege y Ardila para Ratinhos. También comparte su organización en dos núcleos independientes, separados por una franja estéril, dotados de un importante sistema defensivo que les permite acrecentar la capacidad defensiva que su propia posición natural les brinda. Passo Alto, cuenta además con el único modelo de muralla de caballos de Frisia⁵⁴² (fig. 46) documentado en el Bronce Final del Suroeste peninsular; mientras que Ratinhos posee

⁵⁴² Soares, 2003: 302; Monge Soares, Antunes y Deus, 2012: 251-ss



una triple línea de muralla⁵⁴³, la tercera de las cueles es muy similar al modelo documentado en el yacimiento de Passo Alto.



Fig. 46. Fragmento de muralla de caballos de Frisia (según, Monge Soares, Antunes y Deus, 2012: 253, fig. 3)

Pero el interés que despiertan ambos yacimientos se centra en la casi total ausencia de materiales de importación y el volumen destacado de cerámicas hechas a mano con acabados groseros y bruñidos, así como por la convivencia de construcciones circulares propias del Bronce Final con los primeros edificios cuadrangulares que, en el caso de Ratinhos, quizás el mejor estudiado de los dos yacimientos aquí reseñados, ha sido interpretado como un sistema de legitimación a partir del establecimiento de una conexión directa con los que les precedieron⁵⁴⁴; cuestiones en las que nos pararemos con mayor detenimiento en el epígrafe siguiente.

Este organizado sistema de poblamiento, contrasta con las escasas referencias acerca del mundo funerario, un horizonte que nos resulta, todavía a día de hoy, prácticamente desconocido. De ese modo, e igual que ocurre para toda la secuencia arqueológica del Bronce Final del Suroeste peninsular, el mundo funerario sigue resultándonos invisible, circunstancia que aumenta la complejidad a la hora de interpretar este período⁵⁴⁵. Así, el modelo de enterramiento en cistas característico del Bronce Pleno parece desaparecer en los inicios del Bronce Final, donde únicamente se han detectado algunos ejemplos de los conocidos en la literatura como “Campos de hoyos”. Se trata de inhumaciones en fosa en

⁵⁴³ Berrocal y Silva, 2010: 235-ss

⁵⁴⁴ Berrocal y Silva, 2010: 266

⁵⁴⁵ Monge Soares y otros, 2009; Antunes y otros, 2012

Sin embargo, es en Portugal donde se localiza uno de los casos más controvertidos y que, salvando los depósitos votivos de armas arrojados a los lechos de los ríos que, con ciertas dudas, han sido identificados como componentes de un ritual funerario⁵⁴⁷, es el único ejemplo de sepultura que puede fecharse en el Bronce Final del Suroeste. Nos referimos al enterramiento de Roca do Casal do Meio, localizado en la península de Setubal, al que se le atribuye una cronología que se extiende entre mediados el siglo XI y finales del siglo IX a. C.⁵⁴⁸. Fue hallado en 1960 y excavado en 1972⁵⁴⁹. Se trata de un monumento funerario compuesto de una cámara circular con un corredor de acceso, delimitado por un muro exterior de ortostatos construido en piedra local⁵⁵⁰ (fig. 47). En su interior se hallaron las inhumaciones de dos individuos de sexo masculino y edad adulta acompañados de ajuar⁵⁵¹. El primero de ellos, apoyado directamente sobre el suelo del interior de la cámara, apareció acompañado de un anillo de bronce, un peine de marfil y unas pinzas; mientras que el segundo, colocado sobre un poyete de arcilla, contaba en su ajuar con unas pinzas, una fíbula y un broche de cinturón de bronce (fig. 48).

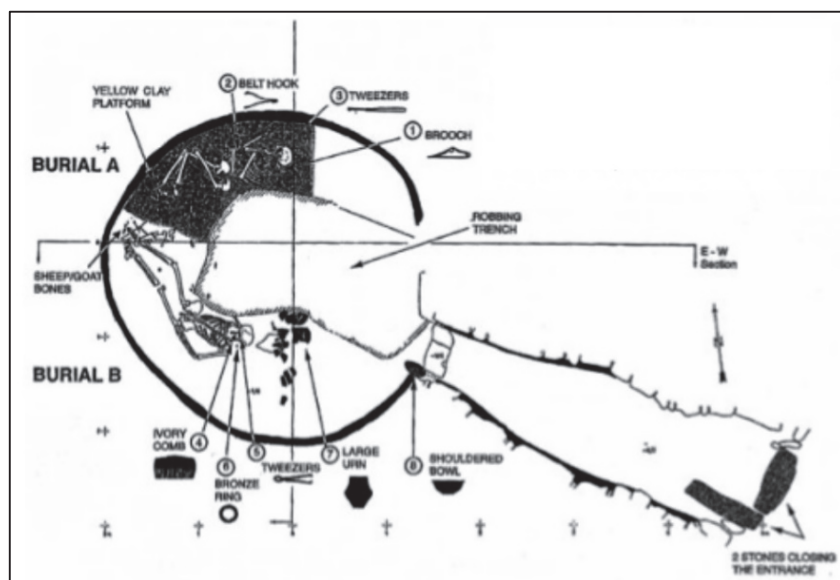


Fig. 47. Enterramiento de Roca do Casal do Meio (según Harrison, 2007: 70)

⁵⁴⁶ Monge Soares y otros, 2009: 448

⁵⁴⁷ Ruiz-Gálvez (coord.), 1995; Ruiz-Gálvez, 1998

⁵⁴⁸ Vilaça y Cunha, 2005: 52

⁵⁴⁹ Spindler y otros, 1973-74

⁵⁵⁰ Soares, 2014: 66

⁵⁵¹ Vilaça y Cunha, 2005



Tanto la estructura tipo *tholos* que alberga los enterramientos como la composición de los ajuares, ha levantado no pocas controversias cronológicas y culturales. El modelo arquitectónico que presenta el monumento ha llevado a pensar que podría tratarse de un monumento tipo *tholos* adscrito al período calcolítico, reutilizado posteriormente como sepultura en el Bronce Final⁵⁵². Sin embargo, la ausencia de indicios que relacionen la construcción con esta etapa de la prehistoria empuja a considerar el origen exógeno de la misma. A ello se suma la heterogeneidad de su ajuar, donde la documentación de una fíbula cuyos paralelos se localizan en Sicilia, ha abierto las puertas a la existencia de unos tempranos contactos con gentes del Mediterráneo en los que nos detendremos más adelante, cuando abordemos los planteamientos de la denominada Precolonización. Por lo pronto, recientes investigaciones⁵⁵³ han arrojado un poco más de luz al conocimiento de este enterramiento. La realización de unos trabajos de prospección en el entorno del monumento han detectado la existencia de un poblamiento que se remonta al Neolítico Final – Período Calcolítico, abandonándose y volviéndose a ocupar durante el Bronce Final. De confirmarse dicha ocupación y, por ende, su relación con el estructurado poblamiento del entorno⁵⁵⁴, podríamos llegar a esclarecer en qué momento se llevó a cabo tanto la construcción del monumento como el enterramiento que actualmente alberga. A esta información debemos sumarle los datos obtenidos de los análisis de radiocarbono según los cuales, las inhumaciones se habría producido entre mediados del siglo XI a.C. y finales del siglo IX a.C.

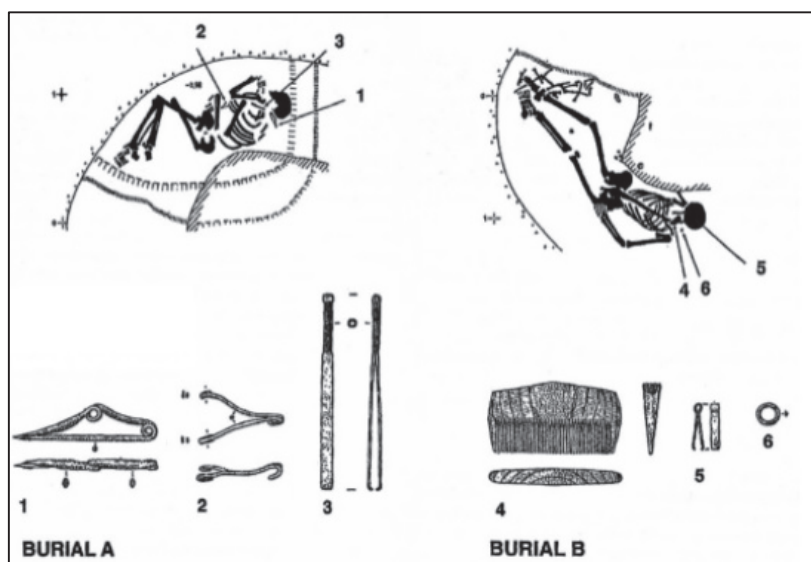


Fig. 48. Localización de los objetos de ajuar junto a los dos individuos (según Harrison, 2007: 71)

⁵⁵² Cardoso, 2004

⁵⁵³ Soares, 2014

⁵⁵⁴ Soares, 2013a; 2013b



Ahora que conocemos las diferencias que separan ambas orillas del Guadiana solo queda pendiente determinar la razón de ese desequilibrio⁵⁵⁵. La proximidad y homogeneidad geográfica entre ambas regiones es evidente; además, el territorio cuenta con excelentes vías de comunicación que conectan ambos paisajes donde el Guadiana se erige como arteria principal. Es por ello que las diferencias que se detectan solo pueden entenderse en términos sociales y políticos, dos horizontes complejos de analizar ante la parquedad de los datos que poseemos para el estudio de este periodo, sobre todo en el valle medio del Guadiana.

Esta reflexión nos permite afianzar la idea sobre la importante relación que une a las sociedades de la fachada atlántica no solo con la minería, sino también con la propia costa. Si a esta vinculación territorial le sumamos las riquezas mineras que posee la franja central de la Península Ibérica, aquella región dominada por el paso del río Tajo, solo cabe la posibilidad de que estos fuertes contrastes se deban a la complejidad que tienen los territorios del interior para acceder a estos recursos. Esto convierte al valle medio del Guadiana en una región a la que llegan elementos aislados pero que, dada su interioridad, no puede participar de forma directa de este círculo atlántico; hecho que justifica su escasa ocupación o, al mismo, las diferencias existentes entre sendos modelos de poblamiento. Por el contrario, la cuenca del Tajo sí cuenta con un escaso pero visible modelo de ocupación durante el Bronce Final que velaría por el control de las riquezas mineras y demás recursos de la zona⁵⁵⁶. Esta idea es la que ha servido tradicionalmente para justificar el modelo de distribución de las estelas⁵⁵⁷; sin embargo, sí parecen delimitar un espacio que quizás, e indirectamente, configure el territorio perteneciente a este “círculo atlántico”, o al menos su área de influencia.

En definitiva, parece que cada día existen menos dudas sobre la continuidad entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, lo que descarta la hipótesis que defiende la existencia de una ruptura entre ambos periodos, una discusión sobre la que volveremos a redundar en el capítulo siguiente. La continuidad que marcan las estelas tartésicas, pero sobre todo la aparición de una convivencia arquitectónica detectada en asentamientos como Ratinhos, Passo Alto, Roca da Vigia 2 o Cerro Borreguero, donde las construcciones de planta oval o circular son contemporáneas a las primeras construcciones de planta cuadrangular. A estos dos elementos podemos sumar el alto porcentaje de cerámicas

⁵⁵⁵ Calado, Mataloto y Rocha, 2007: 169

⁵⁵⁶ Martín Bravo, 1999: 31-ss; Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994; Illán, 2007

⁵⁵⁷ Celestino, 2001; Celestino y Salgado, 2011



¿Existe el Bronce Final en el valle medio del Guadiana?

fabricadas a mano que se vinculan a esta contemporaneidad arquitectónica a la que hacemos alusión como una novedad, y la casi ausencia de importaciones mediterráneas y más concretamente fenicias. Todas ellas hablan en favor de la existencia de unos tempranos contactos con población oriental y de la adaptación de determinados elementos por parte de la población local que habitualmente se enmarcan en una etapa de Precolonización.



III.5. LA ‘PRECOLONIZACIÓN’ A DEBATE:

La aparición de determinados términos capaces de identificar un proceso histórico complejo comienza a ser una práctica habitual en la literatura arqueológica. Un ejemplo de ello lo constituye la aparición y uso de conceptos como orientalizante, cuya raigambre cultural y operatividad se analizan dentro de este mismo trabajo⁵⁵⁸, o el de postorientalizante o prefenicio, términos cargados de indefinición histórica y confusión. Dicha indefinición se detecta en el momento en el que el autor que los aplica se ve obligado a exponer o argumentar acerca del significado o la intención con la que lo emplea dentro un estudio, circunstancia que rompe con el fin para el que fueron concebidos de estos términos. Es en esta indefinición en la que navega también el concepto de Precolonización, arraigado en la literatura científica, en parte, como consecuencia del repetido ejercicio de negar su validez histórica.

Ya no hay dudas acerca de la existencia de unos contactos entre el Mediterráneo oriental y el sur peninsular previos a la definida colonización histórica (s. IX – VIII a.C.). Sin embargo, y a pesar de que existe una cohesión científica a la hora de considerar la existencia de los mismos, es su naturaleza lo que ha generado mayor polémica, constituyendo a día de hoy un arduo tema de debate para aquellos que se enfrentan al estudio de la Protohistoria peninsular.

Fue Tarradell el primero en emplear el término en 1956⁵⁵⁹ con el doble propósito de rellenar el vacío existente entre las evidencias del Bronce Final y los primeros asentamientos coloniales, así como con la intención de hacer casar las cronologías que las fuentes antiguas nos habían legado para la fundación de *Gadir* en el 1100 a.C., con la presencia de los primeros objetos de indudable raíz mediterránea. Sin embargo, esta primera aproximación suponía, a nuestro parecer, un intento por hacer encajar la existencia de esos contactos previos al proceso de colonización cuando, sin embargo, ésta era todavía una realidad solo recogida por las fuentes literarias.

Los nuevos descubrimientos y los avances realizados en la investigación arqueológica han condicionado la evolución del concepto “precolonización”, pues si bien la base del argumento esbozado por Tarradell apenas se ha visto modificado, las interpretaciones que definen su naturaleza han variado sustancialmente; de hecho, cada autor que se acerca al tema tiene su propia interpretación del término, circunstancia que, al mismo tiempo, ha

⁵⁵⁸ Véase Cap. 1

⁵⁵⁹ Tarradell, 1956: 795; 1968: 95



favorecido su arraigo en la literatura arqueológica. Sin embargo, y pese a los esfuerzos por hacer casar la literatura y los restos materiales, la arqueología todavía no ha conseguido mostrar la existencia de asentamientos coloniales estables con anterioridad al s. VIII a.C.; cronología que se ha visto recientemente retrasada por la detección de niveles fenicios arcaicos en el solar del Teatro Cómico de la ciudad de Cádiz que permiten subir la cronología de la primera presencia fenicia, al menos en este enclave, a finales del s. IX a.C.⁵⁶⁰

Así pues, y como veremos a continuación, aunque el concepto de “precolonización” surgió con la finalidad de justificar la existencia de unos contactos previos a la colonización fenicia, su diversidad conceptual y cronológica se deben, en gran medida, a la heterogeneidad geográfica de las distintas áreas en las que ha sido aplicado, hecho que repercute en la plural definición del concepto. En esencia, existen dos argumentos generales en los que se insertan las diferentes teorías con las que se intenta argüir acerca de la naturaleza y condición de estos contactos previos. El primero de ellos alude al carácter independiente de esta fase, desligada de la posterior etapa colonial. Mientras, el segundo la interpreta como un proceso de contactos esporádicos para tantear el terreno con el fin de preparar el posterior asentamiento estable. Ello ha contribuido a que el término se nutra de matices que complican la comprensión e interpretación del mismo, lo que ha supuesto que en la actualidad pueda entenderse de diferentes maneras: como la antesala de la colonización o, lo que es lo mismo, el paso previo a ésta; como el fenómeno que marca el tránsito entre el Bronce Final y el Hierro I; como el origen de la colonización misma, un proceso en el que lo único que varía es la frecuencia e intensidad de los contactos; como una fase exclusivamente de intercambios; o, por último, como un período solo imputable a los hallazgos de procedencia mediterránea en contextos del Bronce Final.

En definitiva, y desde nuestro punto de vista, podríamos definir la “precolonización” como los primeros viajes de población oriental a las costas del sur de la Península Ibérica con una finalidad comercial para la obtención de materias primas fundamentalmente; un modo de contacto que no genera la necesidad de crear asentamientos permanentes, de ahí que su existencia únicamente pueda evidenciarse a partir de la detección de objetos de origen mediterráneo en contextos arqueológicos del Bronce Final peninsular.

⁵⁶⁰ Gener y otros, 2014: 37



Sea cual fuere la interpretación adoptada para su aplicación, el problema de la “precolonización” no estriba tanto en su aplicación histórica, sino en su encuadre dentro de un marco cronológico, si bien se viene aplicando sin tapujos a todos aquellos elementos de raigambre oriental documentados dentro de un arco cronológico que abarca desde el s. XII al VIII a.C.⁵⁶¹; un período lo suficientemente extenso como para que la naturaleza e intención de estos intercambios haya variado sustancialmente, tanto cultural, entendiendo por éste el lugar de origen de los objetos, como económicamente. Por lo tanto ¿Podemos definir como precolonial todos los intercambios o elementos comprendidos dentro de este período (siglos XII – VIII a.C.) o sería más acertado utilizar el término única y exclusivamente para los objetos que preceden de forma inmediata a los asentamientos coloniales?

Así mismo, la aplicación del prefijo pre- conlleva una intencionalidad y una continuidad que no se refleja en todos los casos. Así, aplicar el término Precolonización supone prejuzgar la existencia de una futura colonización que no se hace patente en todos los casos. Es por ello que debemos preguntarnos si sigue siendo el concepto de Precolonización, si es el que mejor representa al momento histórico que precede a la colonización.

El amplio abanico cronológico en el que se enmarca este proceso, la variada procedencia de los materiales y la necesaria existencia de una etapa colonial posterior a esta fase de preparación, nos invita a plantearnos una última pregunta ¿a quiénes debemos asignarles estos intercambios o estos primeros viajes? ¿Son los materiales micénicos de Montoro los que marcan el inicio de la “precolonización” por ser los materiales de origen foráneo más antiguos documentados para este período a pesar de que posteriormente los que protagonicen el proceso de colonización no sean gentes de Egeo sino población de origen fenicio? Lo cierto es que determinar la “nacionalidad” de las embarcaciones en las que viajaban estos materiales constituye un problema de difícil solución, una traba más que complica el ejercicio de defender el uso del concepto de “precolonización” como la representante de esta etapa cuando además, ni los intervalos de los intercambios resultan regulares, ni el origen de los materiales homogéneo. Nos enfrentamos, por lo tanto, a un doble proceso que no siempre se cumple, pues no todas las áreas adscritas a esta “precolonización” cuentan luego con un asentamiento colonial estable, ni en todas las

⁵⁶¹ Torres, 2008: 85



colonias se apreciaba una fase precolonial⁵⁶²; así, y a tenor de los hallazgos actuales, parece que Huelva es el mejor ejemplo de ello.

El abundante número de definiciones que se han utilizado para definir la precolonización, lo han convertido en un auténtico cajón de sastre en el que se van acumulando las evidencias orientales fechadas con anterioridad a la colonización fenicia, lo que convierten a esta etapa en una prolongada fase capaz de readaptarse continuamente en función de la aparición de nuevas evidencias. Ante estas circunstancias resulta inevitable el ejercicio de cuestionarnos si es el concepto de “precolonización” el más apropiado para simbolizar estos primeros contactos cuando el propio término se inscribe en un período, el Bronce Final, que nos es casi desconocido en el suroeste peninsular y, cuando el mismo, es incapaz de representar la cualidad de estos contactos.

Tras los trabajos de Tarradell, el debate en torno a la “precolonización” se reabrió hace más de dos décadas tras la celebración de un congreso en Roma en 1985 bajo el título *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*, de donde se extrajo el modelo teórico a partir del cual se intentaba dar solución a la existencia de unos primeros contactos previos a la etapa de colonización fenicia. Sin embargo, la naturaleza de ambos procesos no resulta ser la misma. Mientras que para el Mediterráneo Central la “precolonización” se vincula con navegaciones de origen micénico⁵⁶³, a las que huelga vincular un fuerte impacto cultural, el fenómeno detectado en las tierras del sur de la Península Ibérica es muy distinto; en primer lugar porque los objetos de origen micénico documentados, como las conocidas cerámicas procedentes de Montoro halladas en un estrato del Bronce Tardío con cerámicas de Cogotas I⁵⁶⁴ y fechadas entre el 1350-1275 a.C.; los fragmentos de ánforas y soportes a torno hallados en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) en un estrato también del Bronce Tardío⁵⁶⁵; o las cerámicas micénicas halladas en el estrato superior del poblado de Gatas (Almería), análogas a las de Montoro⁵⁶⁶, a las que ahora podemos sumar el vaso anforoide pintado de Coria del Río⁵⁶⁷, el fragmento de “base ring ware” documentado en el Cerro de San Juan de Coria o la presencia de tres vasos del Geométrico chipriota II contenidas en la colección Marsal

⁵⁶² Domínguez Monedero, 2008: 155

⁵⁶³ Moscati, 1983; Bondi, 1988; Bartoloni, 1990; Graham 1990; Bernardini, 1991; Guzzardi, 1991; Bartoloni, Bondi y Moscati, 1997

⁵⁶⁴ Martín de la Cruz, 1987; 1987b; 1988; 1989; 1990; 1994

⁵⁶⁵ Molina y Pareja, 1975

⁵⁶⁶ Martín de la Cruz y Perniles, 1993

⁵⁶⁷ Pellicer, 2010b



procedentes de Paterna de Ribera (Cádiz)⁵⁶⁸; no resultan suficientes para argumentar la existencia, no ya de una etapa colonial de origen griego, sino de unos contactos regulares como consecuencia de la crisis hegemónica de Micenas⁵⁶⁹.

Por otro lado, la historiografía española retomó los estudios sobre la “precolonización” en los años 70 del pasado siglo definiendo dos líneas de trabajo muy bien diferenciadas. Por un lado, se estableció una relación entre estos objetos y las gentes procedentes del Egeo como consecuencia de la desarticulación que sufren los Pueblos del Mar⁵⁷⁰. Esta hipótesis se sostenía principalmente en la creencia de que los objetos aparecidos en las estelas *no podían ser fruto de la colonización fenicia porque no podían explicarse en el marco de la primera acción de los fenicios de Tiro, remitiendo, de ese modo, a un horizonte anterior que era Egeo*⁵⁷¹. La aparición de las cerámicas de Montoro (fig. 49) abría una puerta a la posibilidad de que hubiese existido un momento de expansión Micénica entre los siglos XIII – XII a.C. bajo un comercio chipriota y con Cerdeña o las islas del Mediterráneo central como punto de recalada. Esta migración greco-chirpiota se justificaba a través de los *nostoi*, los relatos que narran la fundación de ciudades por parte de los héroes que regresaban de la guerra de Troya; una hipótesis que no ha contado con mucho predicamento por carecer de un asiento arqueológico firme.

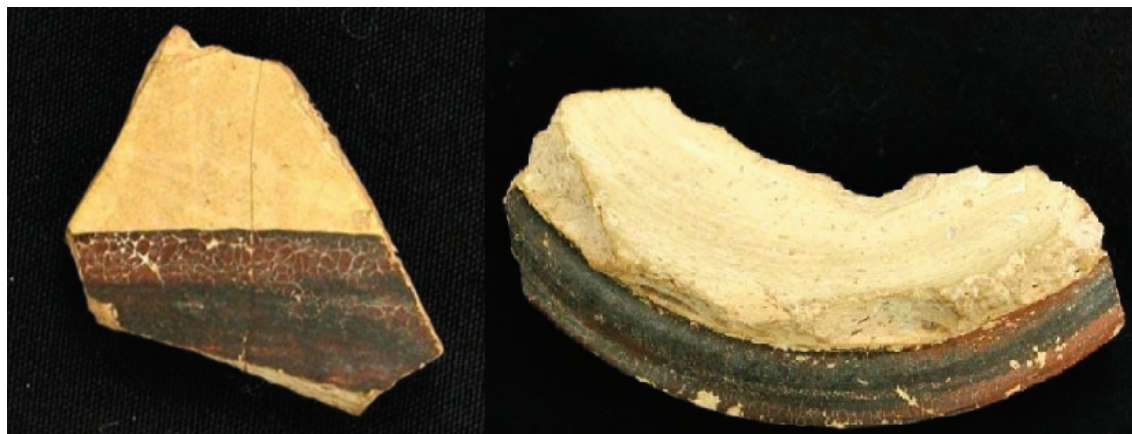


Fig. 49. Cerámicas micénicas de Montoro (Córdoba)

La base estrictamente comercial de estos primeros contactos de origen griego se vio completada por el surgimiento en paralelo de una segunda postura a la que se le sumaban connotaciones culturales que llevaban a la “precolonización” a representar algo más que unos meros contactos previos a la colonización. La debilidad de las evidencias de

⁵⁶⁸ Pellicer, 2010: 428-429

⁵⁶⁹ Celestino, 2008c: 107

⁵⁷⁰ Bendala, 1977; 1983; 1992; 2000; 2013

⁵⁷¹ Bendala, 2013: 123



procedencia Egea llevó a pensar que la presencia de estos primeros objetos de origen mediterráneo en los últimos momentos del Bronce Final fueran el resultado de viajes de comerciantes sirio-fenicios encargados de preparar la posterior colonización⁵⁷². La intencionalidad atribuida a estos contactos quedó acotada cronológicamente con la introducción del concepto Protorientalizante⁵⁷³, preludio del período Orientalizante cuyo desarrollo corre paralelo a la colonización. Esta idea constituía el inicio de un doble proceso, colonial y de aculturación, que explicaría el cambio cultural documentado a finales del II milenio a.C.⁵⁷⁴, cargando de más intencionalidad si cabe a estos primeros contactos. Esta hipótesis ha sido recientemente retomada por M. Torres,⁵⁷⁵ quien además fracciona el proceso en tres etapas diferentes en función del origen geográfico y cultural de los objetos: una primera fase micénica en las que se enmarcarían las cerámicas de Montoro; una segunda chipriota a la que se adscribe el carro votivo de Baioes, entre otros objetos; y, una tercera, preludio directo de la colonización, de signo fenicio.

Por su parte, otros autores ajenos a ambas posturas han preferido hacer uso del término “prefenicio”⁵⁷⁶, en cuanto que no implica que los contactos previos se hayan llevado a cabo por población fenicia, considerando vagos los materiales sobre los que poder sostener esta teoría. De forma paralela, han ido surgiendo diferentes hipótesis, una de las cuales parte de la división del proceso en dos fases, incluyendo el término “protocolonización” como referencia exclusiva al inicio de los contactos coloniales, de ahí que se feche en el siglo IX a.C.⁵⁷⁷; otros, sin embargo, han propuesto la existencia de una conexión entre el Mediterráneo Oriental y el sur peninsular a partir de los enclaves localizados en las islas del Mediterráneo Central, a través de Cerdeña⁵⁷⁸, Sicilia⁵⁷⁹ o las Islas Baleares⁵⁸⁰.

Recientemente, Jaime Alvar ha retomado y revisado su visión acerca de la aplicación de este concepto, una propuesta que ya había esbozado con anterioridad⁵⁸¹. Según su hipótesis, el fenómeno de la precolonización debería interpretarse *no como una fase en el proceso de contacto, sino como una modalidad en sí misma del contacto entre culturas*

⁵⁷² Almagro-Gorbea, 1977; 1983; 1989; 1996; 1998; 2000: 715; 2001

⁵⁷³ Almagro-Gorbea, 1977: 491

⁵⁷⁴ Almagro-Gorbea, 1989: 280

⁵⁷⁵ Torres, 1998; 2002; 2008

⁵⁷⁶ Aubert, 1992: 180

⁵⁷⁷ Pellicer, 2010a: 425

⁵⁷⁸ Ruiz-Gálvez, 1995b, 1998

⁵⁷⁹ Albanese, 2003

⁵⁸⁰ Botto, 2002; Guerrero, 2004

⁵⁸¹ Alvar, 1990: 16; 1997: 21; 2000



[...] cuya diferencia (con la colonización) estriba esencialmente no el criterio de la secuencia temporal, sino en la frecuencia, intensidad y características del contacto entre culturas⁵⁸². Así, propone desechar el uso del concepto de “precolonización” por otro que no implique la presencia de fases posteriores, pues el término precolonización compromete la existencia de una experiencia colonial, o lo que es lo mismo, supone el inicio del proceso colonizador⁵⁸³, incapaz de explicar la cualidad de estos contactos. Para ello propone sustituir el término de precolonización por el de Modo de Contacto no Hegemónico (MCnH) o Modo de Contacto Esporádico (MCE), en tanto en cuanto no requiere de una ocupación del territorio ni una explotación directa de sus recursos, sino más bien unas relaciones esporádicas de intercambio; así mismo, propone sustituir el término colonización por el de Modo de Contacto Sistemático Hegemónico (MCSH), que implicaría una ocupación territorial, un control de la explotación de los recursos y, en definitiva, una relación hegemónica sobre el entorno local. Esta nueva modalidad admite una amplia flexibilidad en el diálogo, pues permite la conexión entre ambas fases, pues la primera de ellas puede seguir activa una vez iniciada la colonización, sin que tenga forzosamente que excluir a la otra, algo que, sin embargo, no ocurre con los términos de precolonización y colonización, disociados, y que conllevan que la existencia de una fase suponga la finalización de la fase anterior.

En sintonía con esta idea, Domínguez Monedero aporta una visión más completa del concepto de “precolonización” que, como Jaime Alvar, separa del proceso posterior en el que se enmarca la actividad colonial. Así, la conexión entre ambos trabajos supondría una concepción de la “precolonización” basada en un modelo preciso de contacto entre navegantes foráneos y la población indígena, con una finalidad estrictamente comercial, cuyos parámetros vendrían marcados por las necesidades de la población mediterránea, sin que para ello existiera un reglamento previamente estipulado, pues se trata básicamente de relaciones esporádicas⁵⁸⁴. Estas relaciones tendrían un carácter desigual, nacido de las diferencias sociales y económicas, o lo que es lo mismo, de la complejidad social de los grupos que participan en este intercambio, donde los fenicios resultarían más beneficiados como así se deja entrever en el texto que Heródoto nos transmite:

Los cartagineses cuentan también la siguiente historia: en Libia, allende las Columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando

⁵⁸² Alvar, 2008: 20

⁵⁸³ Alvar, 2000: 22

⁵⁸⁴ Domínguez Monedero, 2001; 2002; 2008



arriban a ese paraje, descargan sus mercancías, las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas, al ver humo, acuden a la orilla del mar y, sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de las mercancías y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos.

[Heródoto IV, 195]

Resulta un texto significativo ya que de él se ha extraído el mecanismo o procedimiento por el cual se llevaban a cabo las transacciones: el conocido “comercio silencioso”. El carácter de este modelo, invisible en el registro arqueológico, ha servido para justificar la presencia de elementos aislados, denominados objetos de prestigio⁵⁸⁵ en comunidades del Bronce Final, al mismo tiempo que conectaba la realidad histórica que se esconde tras la precolonización con los relatos narrados en las fuentes antiguas, uno de los objetivos que dieron paso a la creación del término. En la realidad, constatar la evidencia arqueológica de estos contactos a partir de este mecanismo es un ejercicio que será muy complejo de demostrar, pues el modelo que esboza ya ha sido tachado por algunos autores de ilusoria fantasía⁵⁸⁶.

Frente a todos estos puntos de vista, dispares como acabamos de comprobar en sus cronologías, en la procedencia de los agentes que realizan los intercambios y en la naturaleza del proceso que narran, los últimos hallazgos documentados en las excavaciones de la calle Méndez Núñez 7-13/Plaza de las Monjas 12 de la ciudad de Huelva, han hecho tambalear los cimientos del edificio que sostiene no solo la teoría de la precolonización, sino de parte de la protohistoria peninsular, demostrando la debilidad que a veces tienen algunos de los argumentos en los que basamos nuestras investigaciones.

Al parecer, estos materiales procederían de un único paquete estratigráfico, información que debemos tomar con cautela, pues su extracción se realizó con una pala excavadora al aparecer el nivel freático tras finalizar la excavación de un área sacra

⁵⁸⁵ Frankenstein y Rowlands, 1978; Hedeager, 1992; Kristiansen y Larson, 2006:53

⁵⁸⁶ Plácido, Alvar y Wagner, 1991: 151-156; Alvar, 2008: 24



fecha entre los siglos VII – V a.C.⁵⁸⁷, dato que, al menos, ayuda a considerar su antigüedad. A pesar del riguroso trabajo a la hora de extraer e individualizar los materiales exhumados, lo cierto es que ignoramos cual fue su proceso de deposición, aunque quienes los recuperaron confirman que éstos proceden de un mismo paquete gris oscuro⁵⁸⁸; de igual modo que desconocemos si los materiales se depositaron en un mismo momento o existen rupturas temporales entre la deposición de unos y otros. Sea cual fuere el proceso, se trata del lote de materiales arqueológicos de procedencia mediterránea más amplio y antiguo de los hasta ahora conocidos. Constituyen, de este modo, la evidencia más antigua de la presencia fenicia en la Península Ibérica. Así, los lotes de fragmentos más numerosos se corresponden con la cerámica a mano de tradición local y la cerámica fenicia análoga a la documentada en Tiro, con platos tipos 7 de Tiro o ánforas tipo 12. Resulta significativo también el volumen de cerámica griega, principalmente por la antigüedad de las piezas, entre las que destacan varios *scifos* áticos del Geométrico Medio II y algún fragmento de *scifos* y platos eubeo-cicládicos del Subprotogeométrico I – II, fechados a principios del siglo IX a.C. Junto a ellos, cerámica chipriota, como los jarros ‘Red and Black’ decorados con círculos concéntricos; cerámica sarda⁵⁸⁹, como los ‘Vasi a collo’ pertenecientes al período Geométrico de Cerdeña; y, por último, dos fragmentos de cerámica Villanoviana. El conjunto los completan fragmentos de marfil, huesos y carbones, así como algunos restos de crisoles y escorias que atestiguan la existencia de una actividad metalúrgica. Todo este material, junto a la batería de muestras radiocarbónicas realizadas sobre tres fragmentos de hueso⁵⁹⁰, fechan el depósito entre el 900-770 a.C., pues solo una de las muestras alcanza el s. X a.C., mientras las dos restantes se concretan en el segundo tercio del s. IX a.C.⁵⁹¹. Así, la composición y antigüedad del hallazgo ha empujado a algunos investigadores a considerar el enclave onubense como un emporio comercial⁵⁹² al que llegarían las primeras mercancías procedentes del Mediterráneo, integradas en una red de comercio Atlántico a finales del Bronce Final.

Sin embargo, dichas cronologías no alcanzan la antigüedad otorgada a los restos documentados en la Ría de Huelva (fig. 50), considerado hasta el momento como el

⁵⁸⁷ Osuna, Bedia y Domínguez Rico, 2001

⁵⁸⁸ González de Canales, Serrano y Llompant, 2006: 107; 2006b: 13

⁵⁸⁹ Aunque ya se conocían otros ejemplos de cerámica sarda en contextos peninsulares, como los documentados en El Carambolo (Torres, 2004) o los hallados en la calle Cánovas del Castillo de Cádiz (Córdoba y Ruíz Mata, 2005), las cerámicas del depósito sedimentario de Huelva constituyen los ejemplos más antiguos.

⁵⁹⁰ Nijboer y van der Plicht, 2006

⁵⁹¹ Torres, 2008: 65

⁵⁹² Celestino, 2008c: 110; 2014: 140



yacimiento que mejor representaba el problema de la “precolonización”. Este depósito fue documentado en 1923 durante las labores de dragado del río Odiel. Fue publicado por Almagro Basch en 1940, quien lo fechó en el s. VIII a.C. e interpretó como el cargamento de un barco hundido con materiales de distinta procedencia, lo que explicaba la heterogeneidad de los objetos que lo componían. Entre ellos cabe destacar el elevado número de armas, espadas y lanzas principalmente; fibulas de codo denominadas también tipo Huelva, broches de cinturón o botones, así como el fragmento de hierro que acompañaba al conjunto de bronce y que se tiende a pasar por alto en los estudios que se han realizado de este depósito. Aunque el depósito parece presentar una filiación claramente atlántica por la tipología de sus objetos, la aparición de algunas armas en islas del Mediterráneo y algunas fibulas en Chipre e incluso en el norte de Israel, abrió las puertas al debate sobre la existencia de un temprano comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo. Un debate que ha sido abordado en múltiples ocasiones, causando un abundante número de trabajos⁵⁹³ y las variadas interpretaciones realizadas sobre el depósito, al que ha llegado a considerarse como el resultado de una deposición ritual consistente en arrojar las armas al mar con una finalidad funeraria⁵⁹⁴.



Fig. 50. Depósito de la Ría de Huelva. (Museo Arqueológico Nacional)

Años después, Almagro-Gorbea publicó una batería de análisis de carbono 14 realizados en restos de madera que todavía conservaban algunas armas y que fecharon el depósito en el s. X a.C., cronología con la que hoy trabajamos y que sigue incluyendo a este conjunto dentro del Bronce Final del suroeste peninsular. La falta de conexión entre

⁵⁹³ Ruiz Gálvez, 1995, con bibliografía

⁵⁹⁴ Ruiz Gálvez 1995b: 21-ss



ambos horizontes, el documentado en la Ría de Huelva y el depósito sedimentario de Méndez Núñez-Plaza de las Monjas, nos muestran que nos encontramos frente a dos momentos distintos que responden a dos realidades culturales diferentes. Así, mientras el Depósito de la Ría de Huelva puede encuadrarse dentro todavía del Bronce Final del suroeste peninsular, el lote de materiales de Huelva debería enmarcarse a principios del Hierro I⁵⁹⁵, a las puertas del inicio de la colonización, como así nos dejan entrever las últimas cronologías obtenidas de los restos exhumados en algunos asentamientos coloniales, donde sin duda destaca el recientemente documentado en el casco urbano de Cádiz⁵⁹⁶.

III. 5. 1. LA ‘PRECOLONIZACIÓN’ EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA:

A pesar de estar localizado muy al interior, el valle medio del Guadiana no permanece ajeno al fenómeno de la “precolonización”, sino que por el contrario, cuenta con cierta tradición dentro de su estudio. Ya Almagro Gorbea en su obra *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura* de 1977, se hacía eco de la existencia de objetos de origen oriental en las tierras del interior, recogiendo en su obra aquellos que aparecían representados en las estelas, caso de los escudos con escotadura en V, las fibulas de codo, los espejos y los peines; así como las cerámicas tipo Carambolo, consideradas en aquel momento como producciones anteriores a la colonización; las cerámicas de retícula bruñida y el conocido cuenco de Berzocana⁵⁹⁷. Sin embargo, hasta 1989, momento en el que este autor adopta el término “precolonización”, estos materiales aparecen incluidos dentro del período denominado “protorientalizante”, entendido como el momento en el que se introducen los primeros elementos culturales de origen mediterráneo en las tierras del interior, constituyendo, al mismo tiempo, el preludio de la etapa Orientalizante posterior.

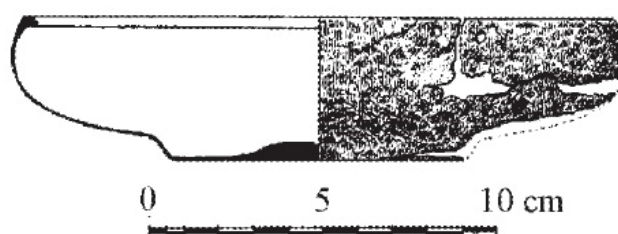


Fig. 51. Cuenco de Berzocana (según Almagro-Gorbea, 1977: 493)

⁵⁹⁵ Celestino, 2008: 173

⁵⁹⁶ Gener y otros, 2014

⁵⁹⁷ Almagro-Gorbea, 1977: 493



Sin embargo, la única pieza conocida que podría fecharse realmente a este período anterior a la fundación de las colonias fenicias es el cuenco de Berzocana⁵⁹⁸ (fig. 51). El cuenco apareció de manera casual en 1961 acompañado de dos torques de oro, adscritos al tipo Sagrajas-Berzocana, al norte de la localidad cacereña de Berzocana. Al parecer, el conjunto contaba con un tercer torque que habría sido fundido por un platero de Navalmoral de la Mata⁵⁹⁹.

Tras su aparición, fue interpretado como un objeto de origen mediterráneo, pero fechado en los siglos VII – VI a.C. por ser esta la fecha atribuida a los torques⁶⁰⁰. Desde esta primera aproximación, han sido muchos los intentos por acotar la cronología y procedencia de la pieza. La fecha más antigua otorgada al cuenco lo sitúa entre los s. XV – XII a.C.⁶⁰¹, establecida a partir de los paralelos hallados en vajillas del Próximo Oriente. Sin embargo, es la postura que le otorga a la pieza un origen chipriota y una cronología entre los s. XIII – X a.C. la que cuenta con mayores seguidores⁶⁰².

Más complejo resulta determinar cómo llegó la pieza a las tierras del interior. Algunos autores han señalado la posibilidad de que estos objetos penetren en el interior como consecuencia de la explotación de las minas de estaño, metal que sería demandado por los comerciantes orientales y que en este caso podría justificarse en cierto modo por la proximidad geográfica entre Berzocana y la mina de San Cristóbal (Logrosán, Cáceres). Así, estos formarían parte de un sistema de intercambio con las élites locales, sin que en ningún momento estas relaciones tuvieran como objetivo un papel aculturador⁶⁰³, sino que, como muestra el depósito de Berzocana, los objetos se incorporan y reutilizan dentro de un contexto cultural indígena. Por nuestra parte, consideramos prematura esta argumentación, no solo porque no se tenga atestiguada la explotación de estas minas con anterioridad al s. VIII a.C., aunque algunos autores lleven incluso la cronología a finales del IX a.C.⁶⁰⁴; sino porque además los argumentos sobre los que se sostiene la idea de incluir a las tierras del interior dentro de este fenómeno son todavía muy débiles.

Al cuenco de Berzocana se suman los objetos representados en las estelas, aquellos a los que en sus orígenes se les atribuyó una ascendencia oriental pero que hoy día sabemos

⁵⁹⁸ Callejo y Blanco, 1960

⁵⁹⁹ Callejo y Blanco, 1960: 250; Perea, 1991: 100-101; 107

⁶⁰⁰ Callejo y Blanco, 1960: 254-255

⁶⁰¹ Schauer, 1983: 179-ss

⁶⁰² Mederos, 1996: 104-107; Crielaard, 1998: 192-193; Matthaus, 2000: 64; 2001: 175; Artzy, 2006: 56

⁶⁰³ Torres, 2002: 81; 2012: 469

⁶⁰⁴ Rodríguez Díaz y otros, 2013: 102



de su filiación y origen atlántico. Sin embargo, la aparición de muchos de ellos en contextos del Mediterráneo ha empujado a incluirlos en esta fase de contactos⁶⁰⁵. Esto mismo ocurre con los denominados “elementos de reflujo”⁶⁰⁶, entre los que se incluyen los asadores articulados y las fibulas de codo. Ambos elementos se consideraron en primer momento de origen oriental; los asadores tras documentarse un ejemplar en la tumba 523 de Amathus,⁶⁰⁷ y las fibulas de codo por su similitud estilística y técnica con los ejemplares documentados en Chipre⁶⁰⁸ y en Sicilia⁶⁰⁹. En la actualidad, podemos afirmar que ambos objetos pertenecen al ámbito cultural del Bronce Atlántico y al sistema comercial en el que se integra; sistema en el que además algunos autores incluyen la introducción del cuenco de Berzocana y de otros ejemplares de vasos de bronce atribuidos a la etapa precolonial en la Península Ibérica⁶¹⁰. Así, la coetaneidad que existe entre la producción de asadores, las fibulas y el cuenco de Berzocana les haría partícipes de un mismo proceso.



Fig. 52. Estelas de Cabeza del Buey III / IV

Este giro en el origen o procedencia de algunos de los objetos que tradicionalmente se tenían por elementos de raigambre oriental, le dan a las tierras del interior un nuevo papel dentro de este complejo proceso. Por lo tanto, la idea que debemos extraer de la presencia de estos materiales en el interior no debería basarse en la existencia de unas

⁶⁰⁵ Torres, 2012: 457

⁶⁰⁶ Torres, 2012: 461-ss

⁶⁰⁷ Almagro-Gorbea, 1992: 646; 1998: 94-95; 2001: 244-245

⁶⁰⁸ Almagro-Basch, 1966: 182; Coffyn, 1985: 152, 209; Burguess, 1991: 37

⁶⁰⁹ Almagro-Gorbea, 1977: 181-ss; Gomes y Monteiro, 1977: 194

⁶¹⁰ Armada, 2006-2007: 280



relaciones precoloniales capaces de adentrarse en el territorio, sino en la existencia de unos contactos comerciales tempranos entre el Mediterráneo y el Atlántico. Esta nueva visión implica además la existencia de un proceso bidireccional, cuando con anterioridad siempre se había considerado un ejercicio monodireccional en el que el comerciante oriental obtenía el máximo beneficio del intercambio comercial con los indígenas. Ahora, ambos horizontes participan en este intercambio, aunque en la realidad desconozcamos el grado de implicación de cada uno de ellos.

La constatación de la existencia de un sistema comercial de intercambios, sin que tengamos que entenderlo como una práctica reglada y regular, sino más bien esporádica y, en sus inicios, probablemente casual, atestiguado por la presencia de objetos de raíz atlántica en el Mediterráneo y a la inversa, nos permite desligar esta fase del posterior proceso de colonización que tradicionalmente se le asigna; al mismo tiempo, nos alerta de lo recomendable que sería emprender la revisión de muchos contextos mediterráneos en los que, a buen seguro, se documentarían objetos de procedencia atlántica que con anterioridad han sido pasados por alto.

El englobar estos objetos dentro de una modalidad de contacto comercial⁶¹¹, nos permitirá desechar la idea o, al menos, el uso del concepto de “precolonización”, eliminando de esa manera la percepción de que nos enfrentamos a un proceso ideado o planificado por las poblaciones orientales en los que la sociedad local posee un papel como mero receptor pasivo. A ello se suma la nueva asignación de algunos objetos consideramos precoloniales a la etapa colonial como consecuencia de los nuevos hallazgos y la publicación de recientes⁶¹² baterías de análisis radiocarbónicos⁶¹³ que retrasan la colonización fenicia al s. IX a.C., lo que al mismo tiempo reduce el marco cronológico asignado al Bronce Final⁶¹⁴.

Desechar el término “precolonización” no anula o excluye la existencia de rutas comerciales anteriores al s. X a.C. en cuyo marco podemos adscribir el caso onubense, donde la falta de evidencias arqueológicas todavía no permite incluir a este enclave en la lista de colonias fenicias de occidente. Sin embargo, los testimonios de intercambios y de una presencia fenicia temprana en el entorno nos permiten relacionar este lugar con el

⁶¹¹ Celestino, 2014: 115

⁶¹² Gener y otros, 2014

⁶¹³ Torres, 2005; 2008

⁶¹⁴ Rodríguez González, 2015



horizonte o depósito de la Ría de Huelva. Determinar el origen y carácter del cargamento ya es algo que no compete a este trabajo de investigación.

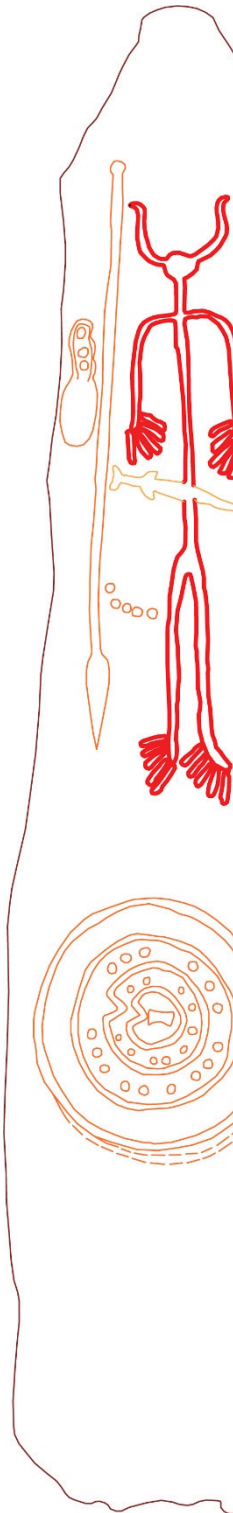
Al margen quedan los objetos de origen mediterráneo anteriores al s. X a.C., pues constituyen un problema de difícil solución. Su inclusión dentro de este proceso conlleva afirmar que la “precolonización” tuvo una duración superior a 300 años, un período demasiado extenso para un sistema de contactos “preparatorios” para una posterior fase colonial. Probablemente sean el resultado de un comercio esporádico que conllevaría la llegada de objetos aislados, como así parece apuntar el número reducido de materiales documentados, pero cuya intencionalidad no iría más allá del mero interés económico y comercial.

Lo cierto es que la denominada “precolonización” sigue siendo un tema en constante debate⁶¹⁵ y de compleja solución. Así, como bien argumenta S. Celestino en su obra *Las estelas de guerrero y las estelas diademadas: la precolonización y formación del mundo tartésico: los trabajos actuales deberían estar dirigidos a encontrar las huellas arqueológicas que argumenten y consoliden esta hipótesis*⁶¹⁶. Quizás más que afanarnos en la ansiada búsqueda de elementos que certifiquen la existencia de una etapa precolonial, algo que consideramos una quimera, sería más recomendable ahondar en los intervalos y en la naturaleza de los contactos, en determinar el carácter social y económico de un proceso que ahora entendemos en dos direcciones. Solo de ese modo alcanzaremos a comprender la naturaleza de un proceso que nos hemos empeñado en bautizar como precolonial cuando dicho término únicamente aporta indefinición y dudas a este interesante proceso histórico.

⁶¹⁵ Celestino, Rafael y Armada (eds.), 2008

⁶¹⁶ Celestino, 2001: 290

IV. LA TRANSICIÓN ENTRE EL BRONCE FINAL Y LA I EDAD DEL HIERRO EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA



[Tercer Movimiento: Lo de Dentro]

*No se atreve la luz si no estás tú,
A pasar por aquí se oye mi voz.
Desde que no estás tú en este rincón,
No se atreve a pasar la luz del sol.
Si oye mi voz, se queda fuera.*

*Viento, me pongo en movimiento
Y hago crecer las olas
Del mar que tienes dentro*

*Y revolcarme por el suelo
Para empezar todo de cero*

R. Iniesta. La Ley Innata (2008)



VI.1. ELEMENTOS PARA LA TRANSICIÓN:

Definir un período de transición es siempre una difícil tarea, pues para ello se requiere de un excelente conocimiento de la fase precedente que nos sirva para determinar el impacto que las novedades que propician el cambio generan sobre el orden hasta ese momento establecido. Por ello, el desconocimiento que hay en torno al Bronce Final del suroeste peninsular no facilita nuestra labor, pues siguen siendo escasos los yacimientos que nos permiten definir a las sociedades del Bronce Final del suroeste en general y del valle medio del Guadiana en particular, donde los datos son todavía más parcos si cabe como ya hemos podido constatar en los apartados anteriores. Pero en nuestro caso la dificultad va todavía más allá, ya que el avance de la investigación comienza a demostrarnos las marcadas diferencias que existen en el suroeste entre las diferentes regiones geográficas que lo integran, pues aunque todas son partícipes de procesos históricos similares, en gran medida como consecuencia de la influencia que unos territorios ejercen sobre otros, cada uno experimenta diferentes cambios en un momento determinado que no tienen por qué ser coetáneos en el tiempo; así, el impacto colonizador sobre las sociedades que habitaban las costas andaluzas fue muy diferente al que se produjo en el interior, por poner quizás el ejemplo más obvio. Ante esta circunstancia ¿cómo podemos detectar el tránsito entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana si el horizonte de esta primera fase sigue siendo desolador? Es más ¿Existe realmente una fase de transición cultural entre ambos períodos establecidos en las tierras del interior?

La escasez de elementos arqueológicos que nos permiten caracterizar a las sociedades del Bronce Final ha provocado que, con frecuencia, recurramos a aquellos elementos introducidos por la población oriental para determinar el tránsito entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro; fundamentalmente la cerámica. Pero, como decíamos, estos cambios no ocurren del mismo modo en todos los territorios, ni al mismo tiempo. De este modo, aquellos yacimientos en los que únicamente se detectan cerámicas a mano se consideran pertenecientes al Bronce Final, cuando cabe la posibilidad de que esa ausencia sea consecuencia de una documentación parcial del yacimiento o bien, simplemente, de grupos ajenos a la innovación que se está produciendo en territorios adyacentes, pero que no por ello deban considerarse de mayor antigüedad. Así, como si de una máxima se tratase, recalcamos constantemente en nuestros trabajos los porcentajes cerámicos que



manejamos, sobre todo si se trata de vasos a mano, para que de esta manera nadie dude de que se trata de un yacimiento del Bronce Final.

Sin embargo, conforme la investigación avanza somos más conscientes de que este mecanismo no es absoluto, pues sabemos de la capacidad de perduración de algunas formas cerámicas e incluso de la existencia de imitaciones a mano de producciones orientales en momentos muy tempranos⁶¹⁷. Por ello, parece que la cerámica no constituye por sí misma el ítem más adecuado para definir este salto cronológico y cultural, sobre todo por su alto grado de imitación y su poder de perduración; no debemos olvidar que las producciones a mano, principalmente la vajilla de cocina, perduran incluso hasta época medieval y moderna aunque sean en cantidades muy reducidas.

Así mismo, no debemos considerar estos cambios como inmediatos. Tendemos a pensar en el final de un proceso y automáticamente en el inicio de otro que elimina cualquier vestigio de un momento anterior, lo que nos parece un error. Si algo nos enseña la Historia es a valorar la complejidad de algunos fenómenos sociales y que las tradiciones tardan en erradicarse. Pues bien, esto es lo que ocurre con la cerámica del Bronce Final del suroeste peninsular. La adopción de novedades tecnológicas como el torno no anula por completo el mantenimiento de tradiciones anteriores como la de producir cerámica a mano; o al menos no la anula de inmediato. Por lo tanto, como ya muchos investigadores defienden, no es la sustitución de algunos objetos la que marca una transición cultural, sino la coexistencia de diferentes elementos que se complementan y generan un sincretismo entre dos realidades culturales.

Frente a estas circunstancias y ante las novedades aportadas por la Arqueología en los últimos años, debemos buscar nuevos elementos que nos ayuden a definir esta transición. Por ello, incluiremos dentro de este estudio la arquitectura, un elemento que al contrario de la cerámica, la orfebrería o la toréutica, es inmóvil, y que requiere de un modelo pensado cuya ejecución y plasmación perdura en el tiempo. Al margen de este análisis arquitectónico deberían quedar los elementos que contenga la edificación, sobre todo los materiales. Como veremos, los objetos hallados no tienen por qué ceñirse a un marco cronológico cerrado, sino que por el contrario, habrá elementos del Bronce Final que sigan perdurando en cronologías posteriores. Baste solo recordar las arracadas que se

⁶¹⁷ Pellicer 1987-1988



documentaron en el depósito fundacional de Cancho Roano⁶¹⁸, cuya tipología y técnica de fabricación se remontan a momentos anteriores al contexto del siglo V a.C. en el que fueron localizadas.

No es la primera vez que se recurre a la arquitectura para definir un cambio en las sociedades del Bronce Final⁶¹⁹; así, el análisis de las cabañas circulares ha procurado ríos de tinta sobre su origen, su vínculo cultural o su prescripción. Desde la identificación del “fondo de cabaña” de El Carambolo, este tipo de estructuras ha sido utilizada para definir étnicamente Tarteso⁶²⁰, como si se tratara de un complemento más de las cerámicas a mano. Por otra parte, su amortización o desaparición se ha relacionado directamente con la llegada de los elementos mediterráneos y, por lo tanto, con la adopción de una arquitectura de muros rectos. Este panorama no ha cambiado excesivamente desde los postulados planteados en los años 90; sin embargo, las recientes excavaciones en el Carambolo han permitido dar un giro a la definición cultural del Bronce Final Precolonial que afecta al estudio de este tipo de estructuras. De ese modo, aunque seguimos entendiendo que estas construcciones son producto de una sociedad indígena anterior a la colonización, ya no podemos clasificarlas como tartésicas, porque, como venimos defendiendo en nuestra tesis, Tarteso ya no debe ser considerado un fruto precolonial.

Dentro de las revisiones que esta nueva perspectiva ha generado, quizás lo que más discrepancias ha suscitado sea la terminología con la que hacemos referencia a estas construcciones. Aunque no queremos entrar en este intenso debate, si nos gustaría hacer una aclaración a propósito del término que nosotros emplearemos para hacer referencia a las mismas dentro de este trabajo. Así, usamos indistintamente dentro de la literatura científica los términos “fondo de cabaña” y “cabaña circular” para definir las construcciones que conforman los hábitats del Bronce Final del suroeste, cuando en realidad se trata de elementos bien diferenciados. Hasta hace poco, considerábamos el fondo de cabaña como *“toda estructura destinada al hábitat humano con una infraestructura excavada en el terreno y una superestructura en superficie construida con materiales por lo general perecederos”*⁶²¹; sin embargo, en una reciente investigación se propone una nueva interpretación de estos denominados “fondos de

⁶¹⁸ Maluquer 1983

⁶¹⁹ Escacena, 2000: 131

⁶²⁰ Izquierdo, 1998: 277

⁶²¹ Murillo, 1994: 421



cabaña” que nos parece del todo adecuada⁶²². El mencionado estudio considera inviable el uso de estas estructuras como espacio doméstico destinado al hábitat, fundamentalmente por la brevedad de su secuencia de ocupación y por la ausencia de niveles procedentes de los derrumbes de sus alzados. Se tratarían, así, de oquedades o cubetas realizadas en el terreno, depósitos antrópicos para los cuales todavía no existe una funcionalidad clara⁶²³. Por lo tanto, nosotros aplicaremos el término “cabañas circulares” - aunque somos conscientes de que muchas de ellas son ovaladas o de tendencia circular-, para referirnos a los hábitats característicos del Bronce Final; se trataría de construcciones con cimientos de piedra que soportarían alzados de adobe de cuya huella no parece existir ninguna duda.

No son escasos los ejemplos de yacimientos en los que se ha detectado la existencia de construcciones de tendencia circular a las que se asocia un característico repertorio material de formas realizadas a mano. Conocemos varios ejemplos de poblados del Bronce Final, principalmente en la campiña de Huelva, donde aparecen vinculados a las actividades metalúrgicas, caso de San Bartolomé de Almonte⁶²⁴, Cerro Salomón⁶²⁵ o Peñalosa⁶²⁶; sin embargo, en esta ocasión dejaremos esta modalidad de asentamiento al margen, al igual que los ejemplos caracterizados como “fondos de cabaña”, para centrarnos en el análisis de aquellos asentamientos en los que se ha detectado una convivencia entre las construcciones circulares y los primeros edificios de planta cuadrangular. Del mismo modo, aunque se conocen excepcionales ejemplos en Andalucía oriental, caso del Cerro de la Encina⁶²⁷ o el Cerro de los Infantes⁶²⁸, éstos quedarán al margen de nuestro trabajo por hundir sus raíces arquitectónicas en una realidad muy diferente heredera de la cultura del Argar.

Las cabañas circulares se documentan a lo largo de todo el suroeste peninsular, tanto en el valle del Guadalquivir como en el valle del Guadiana; pero también hay casos en que estas cabañas conviven con otras construcciones de trazado cuadrangular, por lo que nos llama poderosamente la atención el interés que ha suscitado un asentamiento como Ratinhos, donde coexisten ambos tipos de construcciones, cuando en realidad se trata de

⁶²² Suárez y Márquez, 2014

⁶²³ Suárez y Márquez, 2014: 218

⁶²⁴ Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986

⁶²⁵ Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970

⁶²⁶ García Sanz y Fernández Jurado, 2000

⁶²⁷ Molina, 1978

⁶²⁸ Mendoza y otros, 1981



un fenómeno que ya era conocido desde hacía décadas gracias a las excavaciones realizadas en enclaves como Acinipo⁶²⁹ o Montemolín⁶³⁰. Por esa razón, vamos a realizar un breve recorrido por algunos de los casos mejor conocidos dentro del valle del Guadalquivir para, posteriormente, adentrarnos con mayor detalle en los ejemplos documentados en el valle del Guadiana. A este conjunto sumaremos la exposición de los resultados obtenidos durante las campañas de excavación efectuadas en el yacimiento de Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz), aún inéditos.

Uno de los asentamientos a los que siempre se ha aludido para mostrar esta transición de una arquitectura circular a las construcciones de muros rectos, por ser uno de los primeros ejemplos conocidos, es el yacimiento de **La Mesa de Setefilla**⁶³¹; sin embargo, en realidad nunca llegaron a excavar las cabañas que se considera que hay en la fase IIb del estrato XII del Corte 3. Así, en la memoria publicada sobre las intervenciones arqueológicas efectuadas en este enclave se hace alusión a la excavación, dentro del estrato antes mencionado, de una serie de pavimentos y niveles orgánicos que apuntan a la existencia de unos hábitats que debieron construirse con material perecedero, por lo que no se han conservado⁶³², pues los niveles de habitación del Corte 3 “*no proporcionaron estructuras arquitectónicas y que, a juzgar por sus características, parece tratarse de un horizonte de viviendas en cabaña*”⁶³³. Sobre estas supuestas cabañas se construyó posteriormente un edificio cuadrangular de sillares en el estrato VI, fechado en el siglo V a.C., que marcaría la llegada del impacto colonizador que aquí estamos tratando de rastrear.

El primer enclave en el que parece haberse documentado esta dualidad en la que conviven las construcciones circulares y cuadrangulares es el yacimiento de **Acinipo** (Ronda, Málaga), pues los ejemplos conocidos con anterioridad únicamente muestran la existencia de una superposición entre ambos patrones constructivos, pero no una convivencia de los mismos. Así, durante la campaña de 1985 se planteó un corte estratigráfico sobre una de las mesetas en las que se localiza el asentamiento. Dicha intervención permitió individualizar cinco fases de ocupación, documentándose dentro de los estratos de Bronce Final la presencia de cinco cabañas en las que se combinan

⁶²⁹ Aguayo y otros, 1986

⁶³⁰ Chavez y de la Bandera, 1987; 1987b, 1989

⁶³¹ Aubet y otros, 1983

⁶³² Aubet y otros, 1983: 42

⁶³³ Aubet y otros, 1983: 77



plantan circulares y rectangulares⁶³⁴. Mientras las plantas circulares se registraron en los cortes 2 y 3, las plantas rectangulares con las esquinas redondeadas aparecieron en el corte 4, si bien solo dos de las tres excavadas son contemporáneas a las construcciones circulares⁶³⁵. La técnica constructiva empleada en estas edificaciones es siempre la misma: zócalos de piedra sobre los que se levantaron alzados de tapial, con un hogar central y empedrados frente a las entradas, todas ellas orientadas al sur. Sobre estas construcciones, fechadas a mediados del siglo VIII a.C., se construyeron posteriormente los primeros edificios de muros rectos⁶³⁶ (fig. 53).

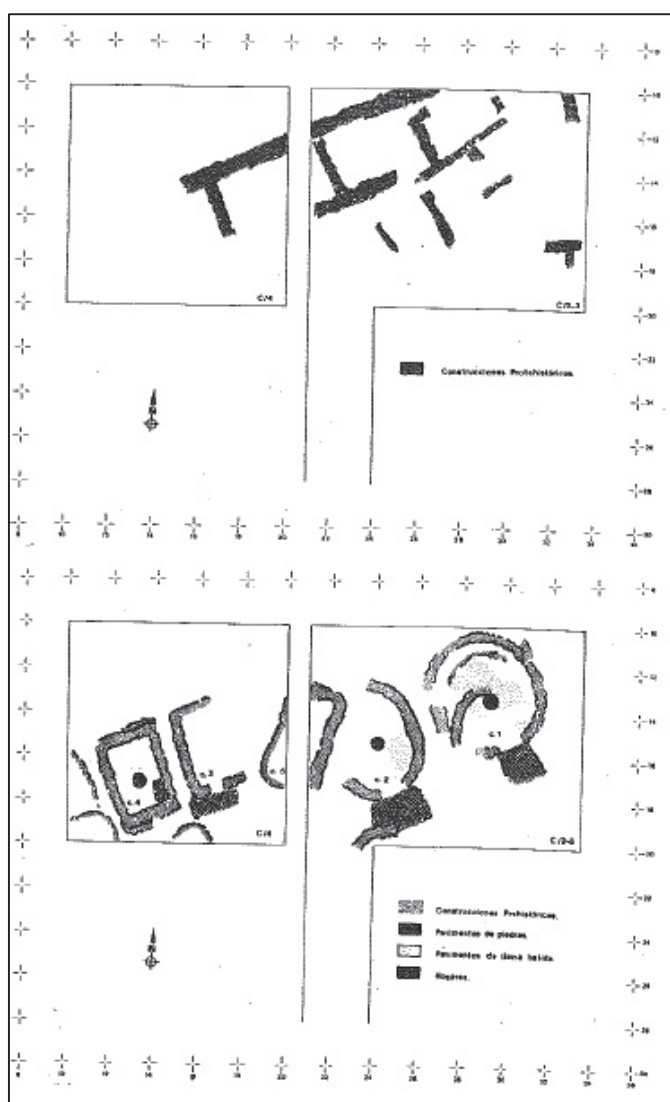


Fig. 53. Planta esquemática de las plantas protohistóricas y prehistóricas (a partir de Aguayo y otros, 1986: 37, fig. 3 y 4)

⁶³⁴ Aguayo y otros, 1986: 39

⁶³⁵ Aguayo y otros, 1986: 45-46

⁶³⁶ Aguayo y otros, 1986: 49



Otro interesante y bien documentado ejemplo lo detectamos en el yacimiento de **Montemolín** (Marchena, Sevilla). La primera etapa de ocupación del asentamiento se fecha en el Bronce Final, un horizonte en el que únicamente se registraron cerámicas a mano sin presencia de construcciones. La segunda fase ya cuenta con la construcción de una cabaña de planta oval edificada a partir de unos cimientos de piedra con núcleo de tapial sobre el que se levantó un alzado de adobe. En este contexto se identificaron los primeros fragmentos de cerámica a torno, menos del 1% del total, lo que lleva a sus excavadoras a excluir esta fase de la etapa colonial, considerando los fragmentos a torno como el resultado de unos contactos esporádicos⁶³⁷. Tras el abandono de la cabaña, se construyó sobre la misma una nueva cabaña de planta oval -edificio A- de unos 160 m² y con la misma orientación que la anterior. Este edificio convive en el tiempo con una construcción de planta cuadrangular -edificio B- que se dispone perpendicularmente con respecto al anterior. Por último, la técnica constructiva varía entre ambos, pues mientras el muro el edificio oval se realizó en tapial, el cuadrangular utilizó adobes para su alzado (fig. 54 y 55).

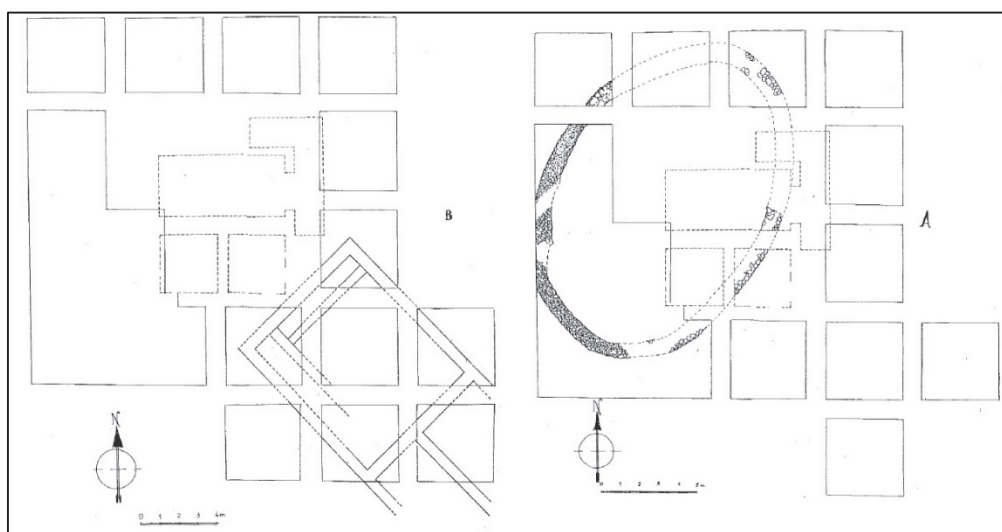


Fig. 54. Plantas de los edificios B y A (a partir de Chaves y de la Bandera, 1991: 699, fig. 3; 702, fig. 7)

La aparición de sendos edificios dentro de una misma fase de ocupación ha sido interpretado como la perduración de una práctica anterior. Es decir, la sociedad participaría de una nueva realidad que no le impidió seguir manteniendo su tradición anterior⁶³⁸. De este modo, esta convivencia entre ambas realidades marcaría el momento de transición entre estas dos etapas históricas. Por último, ambas construcciones fueron

⁶³⁷ Bandera de la y otros, 1993: 23

⁶³⁸ Chaves y Bandera, 1991: 704; Bandera de la y otros, 1993: 26



amortizadas para construir sobre las mismas sendos edificios de planta rectangular - edificios C y D- ya de total influencia oriental⁶³⁹.

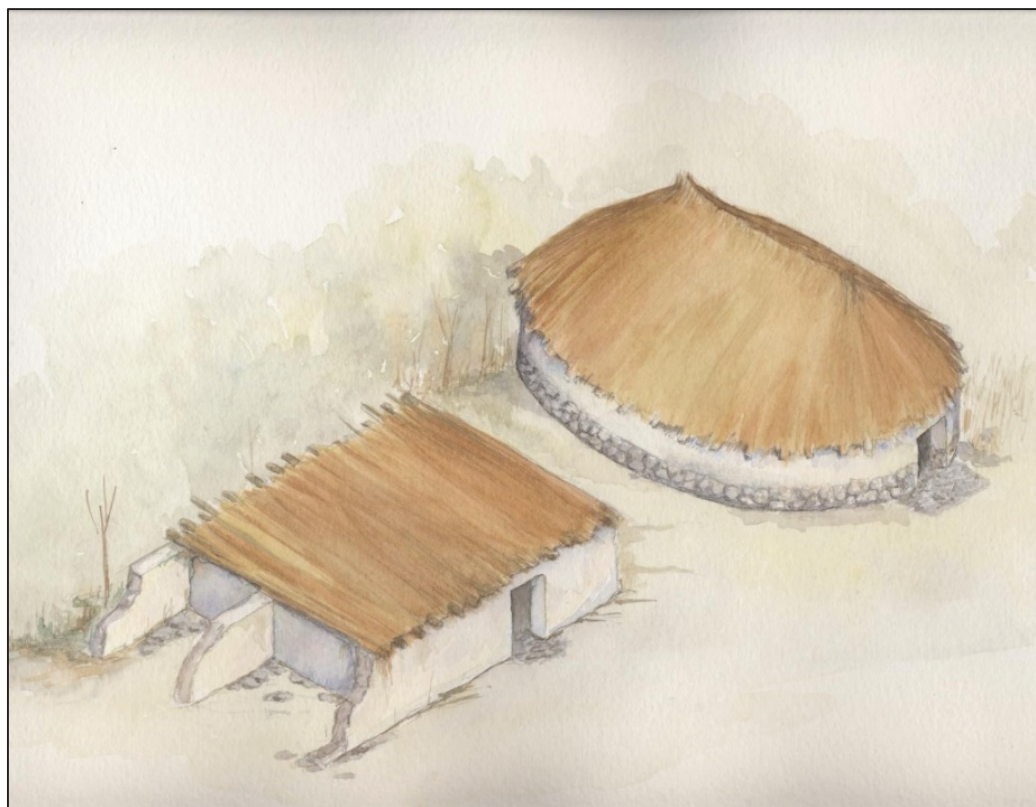


Fig. 55. Montemolín. Edificios B y A (según Ferrer y de la Bandera, 2007: 75)

Otro caso de gran interés es el que nos proporciona el yacimiento de **Colinas de los Quemados** (Córdoba), en cuya excavación, a pesar de ser anterior a la de las cabañas de Acinipo, no se llegó a documentar la existencia de una continuidad entre las construcciones circulares y las cuadrangulares hasta unos años después⁶⁴⁰. De ese modo, dentro de los estratos 15 y 15x se registró un muro de 4 m de diámetro, construido con cantos rodados de gran tamaño y alzado de tapial, que ha sido fechado en el siglo VIII a.C. Sobre estos cimientos, ya en el estrato 11, se evidenció la presencia de las primeras construcciones de muros rectos, aunque J. L. Escacena asegura que el elemento oriental está presente desde el estrato 14, donde se detectan cerámicas a mano pero de tradición oriental⁶⁴¹.

⁶³⁹ Ferrer y de la Bandera, 2007: 77

⁶⁴⁰ Luzón y Ruiz Mata, 1973

⁶⁴¹ Escacena, 1987: 292-293



Este tipo de construcciones circulares volvieron a exhumarse durante la campaña de 1976⁶⁴²; aunque no será hasta las excavaciones efectuadas en 1992 cuando se registre una convivencia entre construcciones circulares y cuadrangulares, concretamente en las fases III y IV del Corte 1⁶⁴³. En sendas fases se detecta la presencia de construcciones circulares y cuadrangulares, pero mientras que la fase III se adscribe al Bronce Final, la fase IV ya lo hace dentro de la etapa que sus excavadores denominan como Orientalizante. Las diferencias entre ambas estriban, fundamentalmente, en la técnica constructiva de los edificios, pues en la última fase de las dos señaladas, las construcciones se realizaron siguiendo una misma técnica constructiva, un elemento que también se ha detectado en yacimientos como Ratinhos o Montemolín.

Muy próximo al yacimiento de Colina de los Quemados, también dentro de la campiña cordobesa, se localiza el enclave de **Llanete de los Moros** (Montoro, Córdoba)⁶⁴⁴. A pesar de los numerosos trabajos arqueológicos llevados a cabo en este enclave y de su inclusión en el debate precolonial tras la aparición en su secuencia de varios fragmentos de cerámica micénica, la realidad es que la información que podemos extraer para la etapa de transición es bastante limitada. La única referencia recogida es la existencia de un muro circular de un 1 m de diámetro documentado en el estrato IIIA del Corte R1, sobre el que posteriormente se construyó un edificio de muros rectos. A pesar de que la información recogida no hace referencia al modelo que nosotros rastreamos en esta ocasión, lo cierto es que hemos incluido este asentamiento dentro de nuestra lista de ejemplos para justificar el desconocimiento que a veces poseemos de este tipo de convivencia como resultado de la naturaleza de los trabajos arqueológicos llevados a cabo en algunos yacimientos. La ausencia de excavaciones en extensión provoca que en muchas ocasiones la información que poseemos de los mismos esté muy limitada, siendo el caso del Llanete de los Moros un buen ejemplo de ello.

El último ejemplo recogido es el documentado en *Urso*, la actual localidad de Osuna. Durante las labores de seguimiento de unos movimientos de tierra en la **Cuesta de los Cipreses** se documentó, al final de una secuencia alterada por construcciones medievales, la presencia de dos cabañas elípticas y un muro recto de grandes dimensiones⁶⁴⁵. Ambas cabañas estaban excavadas en la roca natural, aunque solo la primera conserva el zócalo

⁶⁴² Marco Pous, 1978: 470

⁶⁴³ Murillo, 1994: 207-ss

⁶⁴⁴ Martín de la Cruz, 1987b

⁶⁴⁵ Ferrer, Ruiz Cecilia y García Fernández, 2002



de piedra. Mientras, el muro rectilíneo, construido a partir del alzado de dos muros rellenos de piedra y tierra, tenía una anchura media de 1,90 m, lo que ha llevado a sus excavadores a interpretarlo como una posible muralla⁶⁴⁶. Todo el conjunto ha sido fechado entre finales del siglo IX y principios del siglo VIII a.C. a partir de las analogías formales que guarda con otros yacimientos y del homogéneo repertorio material en el que destacan las producciones a mano.

A diferencia de los asentamientos que acabamos de enumerar para el valle del Guadalquivir, los ejemplos documentados en el valle del Guadiana cuentan con un volumen mayor de datos. Ello se debe, fundamentalmente, a que los ejemplos aquí recogidos proceden de excavaciones en extensión, lo que permite conocer con mayor detalle la naturaleza de la ocupación; sin embargo, no es la única peculiaridad que los distancia de sus vecinos del Guadalquivir. No podemos olvidar un detalle elemental en el estudio de los enclaves del valle del Guadiana, y no es otro que su localización en tierras del interior, alejados de las regiones costeras que reciben el impacto de la colonización. Por ello, es lógico que estas regiones participaran del influjo oriental en momentos mucho más tardíos que los de los asentamientos del valle del Guadalquivir; un hecho que, sin embargo y como veremos a continuación, no encaja con la realidad estratigráfica y cronológica que esconden sus secuencias.

El primer enclave en el que se detectó esta convivencia entre cabañas circulares y construcciones rectangulares es en el yacimiento de **Neves II**⁶⁴⁷, en Castro Verde, excavado en los años 80 del pasado siglo y prácticamente olvidado dentro de la literatura científica. Este complejo ha sido recientemente interpretado como un poblado⁶⁴⁸ en el que se detecta, por un lado, la continuidad entre dos construcciones de tendencia circular y la convivencia, por el otro, de la segunda de estas cabañas, de planta semi-oval, con un gran edificio de muros rectos compartimentado en su interior. A diferencia de la primera cabaña, de planta circular, la segunda apareció rematada en uno de sus extremos por un muro rectilíneo que conservaba los cimientos de piedra y parte del alzado de tapial. Sin embargo, lo que llama poderosamente la atención dentro de esta secuencia arquitectónica es la superposición de estructuras entre la cabaña elíptica y la habitación sacra del edificio compartimentado que la amortiza, una intencionalidad que muestra el interés de la

⁶⁴⁶ Ferrer, Ruiz Cecilia y García Fernández, 2002: 106-ss

⁶⁴⁷ Maia, 1986; Maia, 2008

⁶⁴⁸ Maia, 2008: 354 y 358



comunidad por mantener una continuidad entre ambas tradiciones⁶⁴⁹. De ese modo, la superposición de las estructuras provocó que esta actividad fuese desde aquel momento interpretada por sus excavadores como una práctica de legitimación para propiciar el acercamiento entre dos tradiciones tan distintas; un hecho que se afianzó en el momento en el que comenzaron a detectarse otros ejemplos, caso del ya analizado anteriormente de Montemolín.

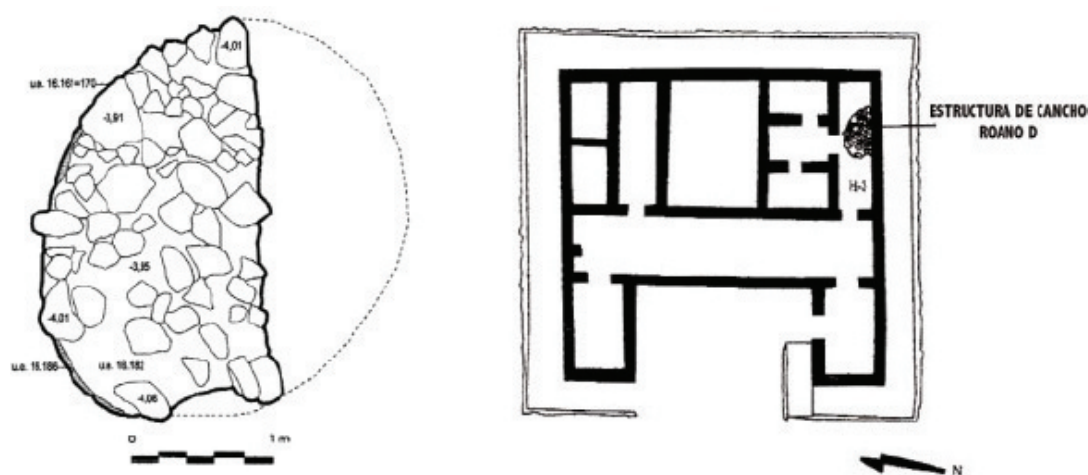


Fig. 56. Planta de la cabaña circular y localización de ésta dentro de las excavaciones (a partir de Celestino 2001b: 24, fig. 4)

Otro ejemplo ya conocido lo encontramos en la secuencia estratigráfica del santuario tartésico de **Cancho Roano**⁶⁵⁰. Bajo el nivel de uso del edificio 'C', concretamente en la estancia H3, se documentó una estructura de piedra de tendencia oval que fue identificada con una nueva fase constructiva denominada Cancho Roano 'D' e interpretada como una posible cabaña anterior a la planificación del edificio cuadrangular⁶⁵¹ (fig. 56). La estructura conserva 3 m de longitud y 1,5 m de anchura y apareció rellena de piedras trabadas de mediano tamaño que formaban un suelo regular. Pero su localización en la fase más antigua del yacimiento se puso inmediatamente en relación con la estela localizada en la entrada al edificio 'A', lo que llevó a su excavador a interpretarla también

⁶⁴⁹ Maia, 2008: 354

⁶⁵⁰ Celestino, 2001b (con bibliografía)

⁶⁵¹ Celestino, 2001b: 22



como el posible vestigio de una estructura funeraria donde pudo haber estado enterrado un personaje destacado de la comunidad⁶⁵².

Pero lo cierto es que en realidad resulta muy complicado determinar la funcionalidad de esta estructura. No conocemos su planta completa y los materiales que se le asociaban eran muy escasos y similares a los documentados en el edificio 'C'; por lo que su cronología no puede llevarse más allá de finales del siglo VII a.C. o principios del VI a.C. La posible cabaña no se ajusta a los tipos hasta ahora estudiados a pesar de que su perímetro está bien delimitado por piedras careadas al exterior, pero el pavimento de piedras que la enlosa es inédito.

Aunque existen ciertas dudas para integrarlo dentro de este estudio, otro de los asentamientos donde parece documentarse una convivencia entre construcciones circulares y rectangulares es **Rocha do Vigio** 2⁶⁵³. Su hallazgo se produjo durante las labores arqueológicas insertas en el proyecto de construcción de la presa de la Alqueva. Se trata de un pequeño poblado de 0,5 ha. de extensión ubicado sobre una elevación rocosa poco destacada en el paisaje en la margen derecha de la ribera del Álamo. Dicho enclave está organizado a partir de un sistema de terrazas que se estructuran a partir de una terraza central de mayores dimensiones.

Durante los trabajos arqueológicos se documentaron tres cabañas superpuestas. La primera, peor conservada, es la de mayor tamaño, pues alcanza los 25 m² de superficie; mientras, las dos siguientes únicamente conservaban parte de sus cimientos de esquistos y restos de un alzado de adobe, una técnica que recuerda mucho a la documentada en las dos cabañas excavadas en la acrópolis de Ratinhos⁶⁵⁴. Así mismo, las estructuras presentaban en el centro un hogar construido a partir de una torta de barro que se apoyaba sobre una cama de fragmentos de cerámica; además, en la tercera cabaña el hogar compartió espacio con un murete recto que parte en dos la estancia. Éste ha sido interpretado como un posible poyete al haberse hallado en su entorno los restos de varios recipientes cerámicos que parecen caídos⁶⁵⁵.

⁶⁵² Celestino, 2001b: 22

⁶⁵³ Calado, Mataloto y Rocha, 2007; Calado y Mataloto, 2008; Mataloto, 2009; 2012; 2013.

⁶⁵⁴ Mataloto, 2012: 206

⁶⁵⁵ Calado, Mataloto y Rocha, 2007: 136



En cuanto a la estructura rectangular que convive con las cabañas, parece que se trata de un edificio geminado y compartimentado en su interior⁶⁵⁶, de gran robustez, que conserva sus cimientos de esquistos y cantos sobre los que se sustentaría un alzado de adobe. Sin embargo, la cronología de esta construcción presenta algunas dudas al haberse documentado en sus estratos superiores la presencia de cerámicas medievales que no permiten asegurar su pertenencia a una cronología del Bronce Final⁶⁵⁷.

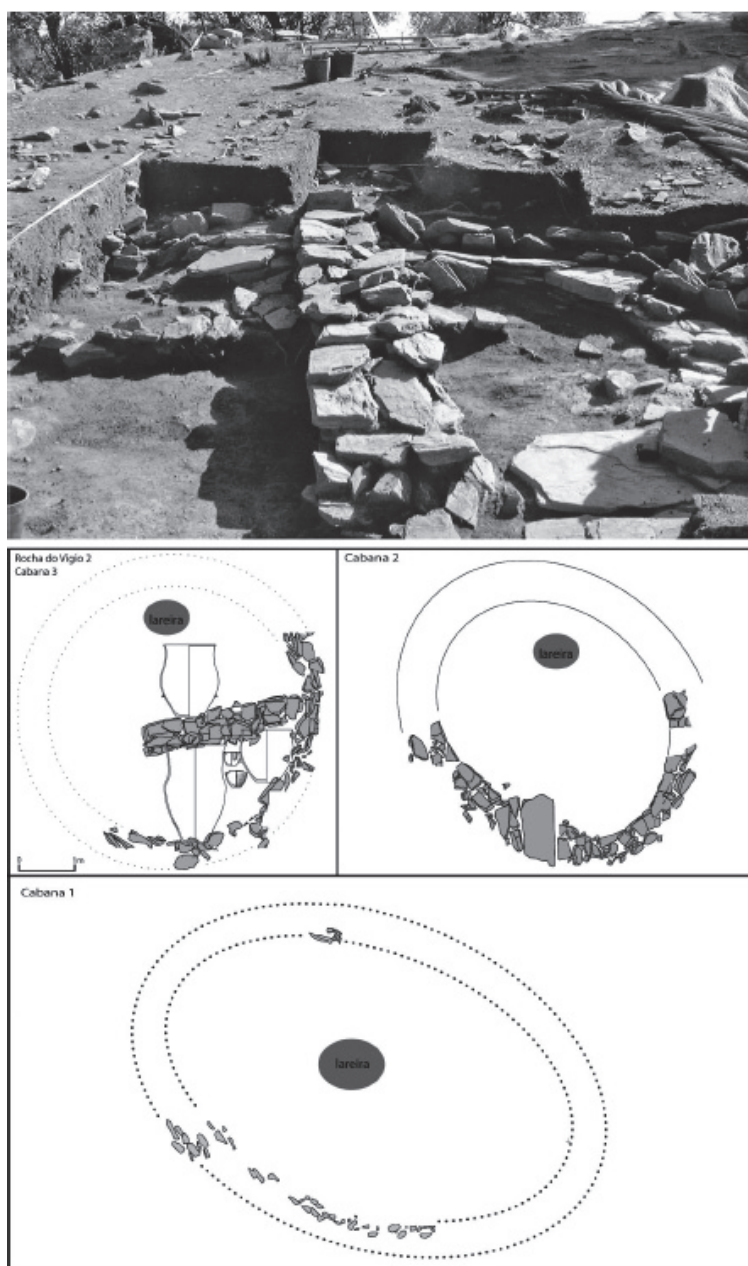


Fig. 57. Vista general y plantas de las cabañas de Rocha do Vigio (según Mataloto, 2013: 245, fig. 18).

⁶⁵⁶ Calado, Mataloto y Rocha, 2007: 136

⁶⁵⁷ Calado, Mataloto y Rocha, 2007: 136



En lo que a la cronología de las cabañas circulares respecta (fig. 57), parece clara su atribución al Bronce Final a partir de los materiales rescatados, fabricados todos a mano. Entre los mismos destacan las piezas carenadas, con digitaciones o los grandes recipientes de almacén de perfil en ‘S’. También los análisis de C14 certifican esta cronología, con un resultado de WK 18496: 2645±33BP – 900-770 cal BC a 2σ con intervalo de 95,4%⁶⁵⁸; que arroja una datación de entre finales del siglo X a.C. y principios del siglo VIII a.C., una fecha que sus excavadores han acotado entre los siglos IX y VIII a.C.⁶⁵⁹.

En cuanto a la funcionalidad de la ocupación, el hallazgo de un fragmento de hierro y dos moldes bivalvos para la fundición de cinceles ha llevado a pensar que se trata de un poblado destinado a la actividad metalúrgica⁶⁶⁰. Así mismo, la presencia del fragmento de hierro y la construcción rectangular vienen a corroborar la existencia de unos tempranos contactos con el elemento oriental, momento que marcaría el tránsito entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro⁶⁶¹.

Pero para comprender esta fase de transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, el asentamiento que nos proporciona una información más completa es el de **Castro dos Ratinhos**⁶⁶² (Moura, Portugal). El enclave presenta hasta 5 niveles de ocupación donde destacaba tanto el buen estado de conservación de sus estructuras como la naturaleza de las mismas, circunstancias que han provocado que sea considerado un ejemplo excepcional para conocer la evolución del “urbanismo” y la arquitectura entre finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro⁶⁶³.

El yacimiento de Castro dos Ratinhos fue dado a conocer por José Fragoso da Lima en los años 60 del pasado siglo, en un trabajo donde se publica un lote de cerámicas bruñidas procedentes de este asentamiento y donde se alerta de la posible existencia de un poblado amurallado del Bronce Final⁶⁶⁴. A pesar del interés que el yacimiento despertaba, principalmente por su localización y cronología, calló en el olvido hasta que en el año 2002 se reanudaron las excavaciones arqueológicas con motivo de la construcción de la presa de la Alqueva.

⁶⁵⁸ Calado y Mataloto, 2008: 191

⁶⁵⁹ Calado y Mataloto, 2008: 191

⁶⁶⁰ Mataloto, 2012: 203

⁶⁶¹ Mataloto, 2013: 244

⁶⁶² Berrocal y Silva, 2007; 2010

⁶⁶³ Suárez y Márquez, 2014: 205

⁶⁶⁴ Lima, 1960



Fig. 58. Vista del río Guadiana desde el asentamiento de Castro dos Ratinhos

El asentamiento se localiza sobre una colina alargada que se estructura a partir de tres plataformas, a 230 m.s.n.m., en la margen derecha del río Guadiana (fig. 58). Su posición en altura le permite tener un excelente control visual del entorno, donde destacan las desembocaduras de los ríos Ardila y Degebe. Aunque la estructura del poblado aprovecha el sistema de terrazas que compartimenta la colina, el asentamiento únicamente ocupa las dos plataformas superiores, delimitadas por líneas de murallas; así mismo, ambas plataformas están rodeadas a su vez por otras dos líneas defensivas más. En total se han individualizado cuatro lienzos de muralla que definen una ocupación de 2 ha.; no obstante, la detección de la cuarta línea de muralla despierta algunas dudas, pues solo ha podido ser documentada por fotografía aérea a pesar de los sondeos que se efectuaron con intención de localizar su trazado. A pesar de ello, el complejo sistema defensivo con el que cuenta este enclave es uno de los elementos que le hacen destacar dentro del conjunto de los asentamientos del Bronce Final del suroeste peninsular; sin embargo, nosotros no nos detendremos más en el análisis del mismo⁶⁶⁵, pues no es este el motivo que despierta nuestro interés por este enclave.

Junto a su completo sistema defensivo, lo que más llama nuestra atención es la existencia de una posible acrópolis en la zona más elevada del enclave. En esta zona se ha documentado una peculiar disposición arquitectónica en la que conviven edificios de

⁶⁶⁵ Berrocal y Silva, 2007; 2010: 235-ss



planta circular y ortogonal (fig. 59). La presencia de ambas concepciones constructivas marca la pervivencia de una tradición anterior en los niveles que ya podríamos adscribir al Hierro Antiguo, donde además se detecta la presencia de los primeros restos materiales de clara influencia o procedencia oriental.

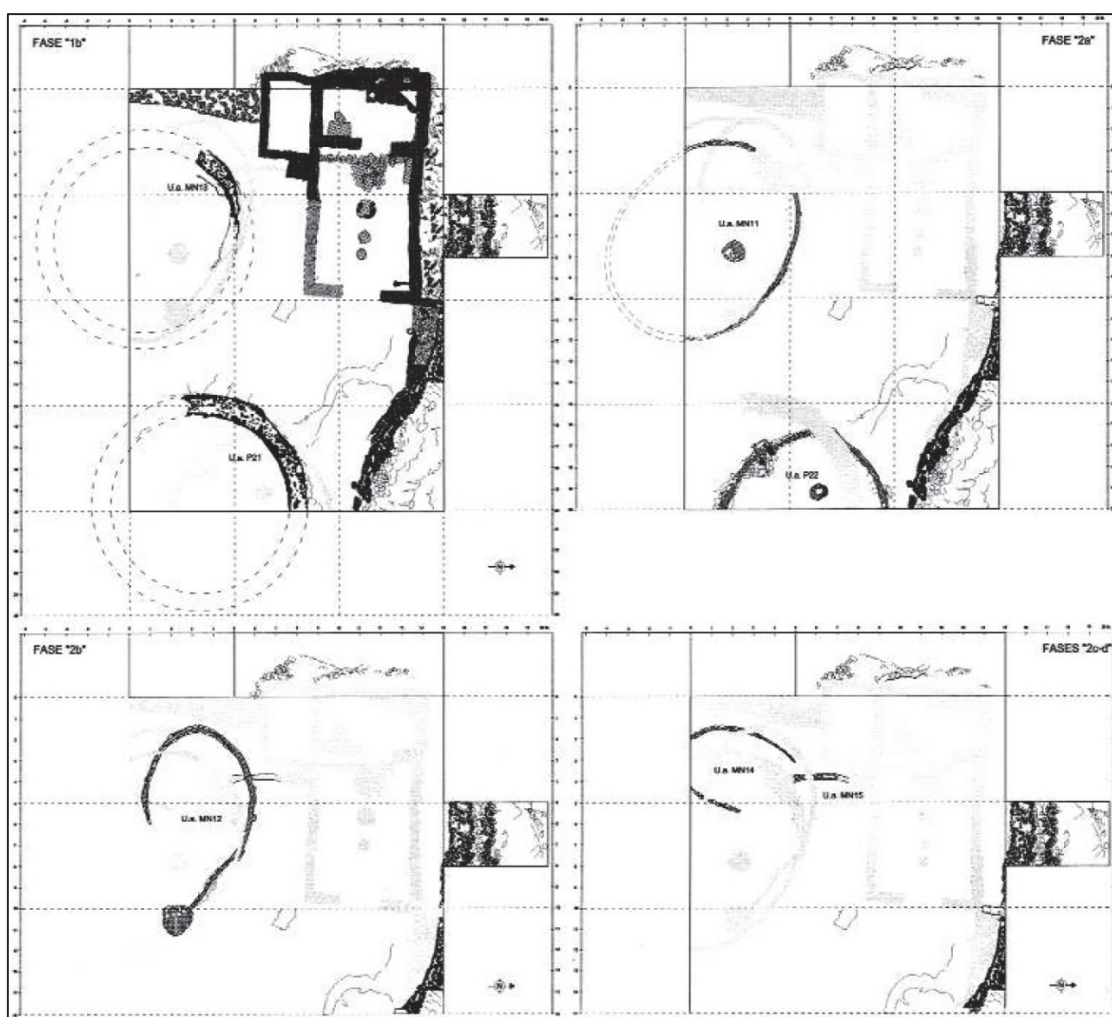


Fig. 59. Secuencia de plantas circulares documentas en Castro dos Ratinhos (a partir de Berrocal y Silva, 2010: 253, fig. 123)

La secuencia estratigráfica de la acrópolis de Castro dos Ratinhos arranca en el siglo XIII a.C. A esta primera fase, denominada 2d, le corresponde la presencia de una primera cabaña de planta elíptica cuyos cimientos apoyan sobre un surco trazado en la roca natural. Sobre la misma se construyeron a posteriori otras dos estructuras -fases 2c y 2b- de similares características pero de mayor tamaño. Tras la amortización de estas construcciones el patrón varía, pues la denominada fase 2a ya cuenta con la presencia de dos cabañas de planta circular, sobre las que todavía se construirían otras dos cabañas, dentro de la fase 1b, ya a finales del siglo IX a.C. Estas últimas construcciones son las



que despiertan nuestro interés, aunque no podemos olvidar la importancia de la completa secuencia documentada, en la que se superponen hasta cinco niveles de ocupación con construcciones de planta circular, un total de siete cabañas. Los datos extraídos de este asentamiento lo convierten en un ejemplo excepcional para el análisis de este tipo de construcciones y su evolución arquitectónica.

Así pues, las cabañas circulares detectadas en la fase 1b, MN13 y P21, presentan una planta circular con un diámetro de 10,9 m y una superficie de 83m². Su peculiaridad, además de que comparten un patrón de medida exacto, es su convivencia dentro de la misma fase, con la fundación y uso de un edificio de planta rectangular, MN23⁶⁶⁶. Este edificio presenta una peculiar planta en ‘L’ invertida que ha sido interpretado como un posible santuario dedicado a *Asherah*, una divinidad femenina de origen oriental, asimilada frecuentemente con Astarté⁶⁶⁷.

Al igual que ocurre con las cabañas, el edificio construido con muros rectos presenta la misma técnica constructiva y un mismo patrón de medida, pues todos ellos comparten una longitud de 21 codos fenicios de tipo Ezequiel (“k”). Estas circunstancias han llevado a sus excavadores a considerar, a pesar de las diferencias existentes entre los dos tipos de edificios, que se trata de construcciones contemporáneas y que, por lo tanto, debieron ser concebidas dentro del mismo proyecto arquitectónico⁶⁶⁸. Así mismo, la presencia de una construcción de tradición oriental marcaría la penetración de los primeros influjos fenicios hacia el interior, aunque huelga decir que ya en las fases anteriores se habían documentado restos de cerámicas a torno consideradas como un elemento residual por su bajo porcentaje⁶⁶⁹. Sin embargo, el problema se plantea cuando se marca la cronología de esta fase 1b, fechada por sus excavadores en el siglo IX a.C. Esta fecha viene a coincidir con la cronología aportada por las últimas intervenciones llevadas a cabo en el Teatro Cómico de Cádiz⁶⁷⁰, en cuya secuencia se localiza la presencia más antigua hasta el momento de población oriental estable en el sur peninsular. Así, llama poderosamente la atención cómo en el registro material del santuario MN23 conviven formas propias del Bronce Final, como las cerámicas bruñidas “Lapa do Fumo” o las tipo “Santa Lucía”, así como las denominadas ‘tipo Carambolo’, junto a los primeros materiales a torno, como

⁶⁶⁶ Prados, 2010

⁶⁶⁷ Prados, 2010: 273

⁶⁶⁸ Berrocal y Silva, 2010: 249

⁶⁶⁹ Berrocal y Silva, 2010: 136

⁶⁷⁰ Gener y otros, 2014



las cerámicas de barniz rojo o las ánforas fenicias, así como un conjunto de siete botones de oro decorados mediante la técnica de la filigrana, lo que los pone en relación directa con una producción de origen fenicio⁶⁷¹.

La aparición de esta primera construcción de tradición oriental en cronologías tan tempranas y situada tan al interior, ha sido interpretada como un acto de legitimación por parte de las élites que poblaban estas tierras; al tiempo que se podría interpretar como un elemento diferenciador dentro del propio territorio⁶⁷², pues hasta la fecha constituye un caso único dentro de esta vasta comarca. Lo cierto es que este hallazgo, al que pronto sumaremos los resultados obtenidos en las excavaciones de Cerro Borreguero, constituye no solo la imagen de una pervivencia de la tradición del Bronce Final más allá de la llegada de los primeros influjos orientales, sino que además abre la puerta a la penetración de estos influjos hacia el interior peninsular, mostrando la importancia que algunas vías, caso del río Guadiana, tienen en el establecimiento de estos contactos entre las zonas costeras y el interior. La consolidación de los mencionados contactos queda patente en el modelo de ocupación que se inaugura en la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana, un modelo que no viene más que a afianzar unos caminos que ya estaban en desarrollo casi tres siglos antes.

Finalmente, el yacimiento de Castro dos Ratinhos cuenta con una última fase de ocupación, muy desdibujada y fechada en el siglo VIII a.C., donde se detecta un brusco y definitivo abandono del enclave⁶⁷³.

⁶⁷¹ Berrocal y Silva, 2007: 16; 2010: 301

⁶⁷² Berrocal y Silva, 2010: 265-266

⁶⁷³ Berrocal y Silva, 2010: 135



IV.2. UN YACIMIENTO PARA LA TRANSICIÓN EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA: CERRO BORREGUERO (ZALAMEA DE LA SERENA, BADAJOZ):

La localización del asentamiento de Cerro Borreguero se produjo en el año 2006 como consecuencia de las prospecciones que se llevaron a cabo en el entorno más inmediato de Cancho Roano, yacimiento que se localiza apenas a 3 km al noreste de nuestro caso de estudio (fig. 60). Aunque en una primera valoración el enclave fue catalogado como un posible recinto-torre de cronología romana republicana por las estructuras murarias que se observaban en la superficie y el material asociado a las mismas, las sucesivas visitas al yacimiento permitieron constatar la presencia de cerámicas de la I Edad del Hierro, lo que propició el planteamiento de un primer sondeo estratigráfico que permitiera determinar la potencia arqueológica del asentamiento. Así, desde mayo del año 2008, Cerro Borreguero ha sido objeto de seis campañas de excavaciones arqueológicas que nos han permitido constatar la existencia de un particular modelo arquitectónico, similar al caso de Castro dos Ratinhos que acabamos de describir, y con una cronología que abarca desde el siglo IX a.C. hasta principios del siglo VI a.C.; por último, y tras cuatro siglos de abandono, el sitio fue ocupado en época romana por una sólida construcción que ha complicado la lectura de los niveles más antiguos.

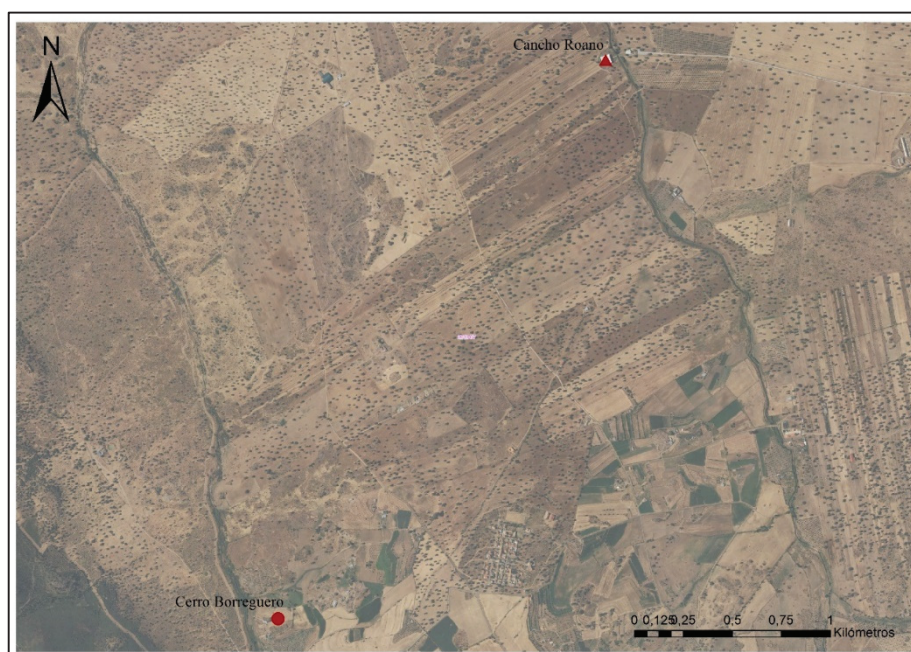


Fig. 60. Localización de los yacimientos de Cerro Borreguero y Cancho Roano



El sitio arqueológico de Cerro Borreguero se localiza al noreste del término municipal de Zalamea de la Serena (Badajoz). Se trata de una pequeña elevación artificial de forma elíptica, con orientación este-oeste, que se ha ido configurando a partir de la ocupación sucesiva de un pequeño altozano de cuarcitas. Su morfología no es igual en toda la elevación, ya que su vertiente norte es mucho más abrupta, al igual que el extremo este. Por el contrario, sus lados sur y oeste parecen mucho más suaves, adaptándose al declive natural del terreno.

A pesar de su localización en un llano, el pequeño afloramiento de cuarcitas sobre el que se localiza le permite tener un control visual de algunos puntos de interés, como el Cerro del Castillo de Magacela o el paso del río Ortigas que discurre a 160 m al oeste del asentamiento (fig.60). No debemos olvidar que el Ortigas desemboca en el Guadiana a la altura de la localidad de Medellín, circunstancia que vincula a ambos enclaves. Su posición junto a un destacado curso de agua le permite aprovechar tanto el paisaje de vega apto para la agricultura como la extensa dehesa que se extiende al este del enclave, idónea para el desarrollo de la ganadería (fig.61). En la actualidad el enclave se encuentra inserto dentro de una propiedad privada y las tierras que lo rodean son anualmente cultivadas, lo que ha afectado considerablemente a los restos más superficiales que se han visto arrasados o desplazados de su posición original.

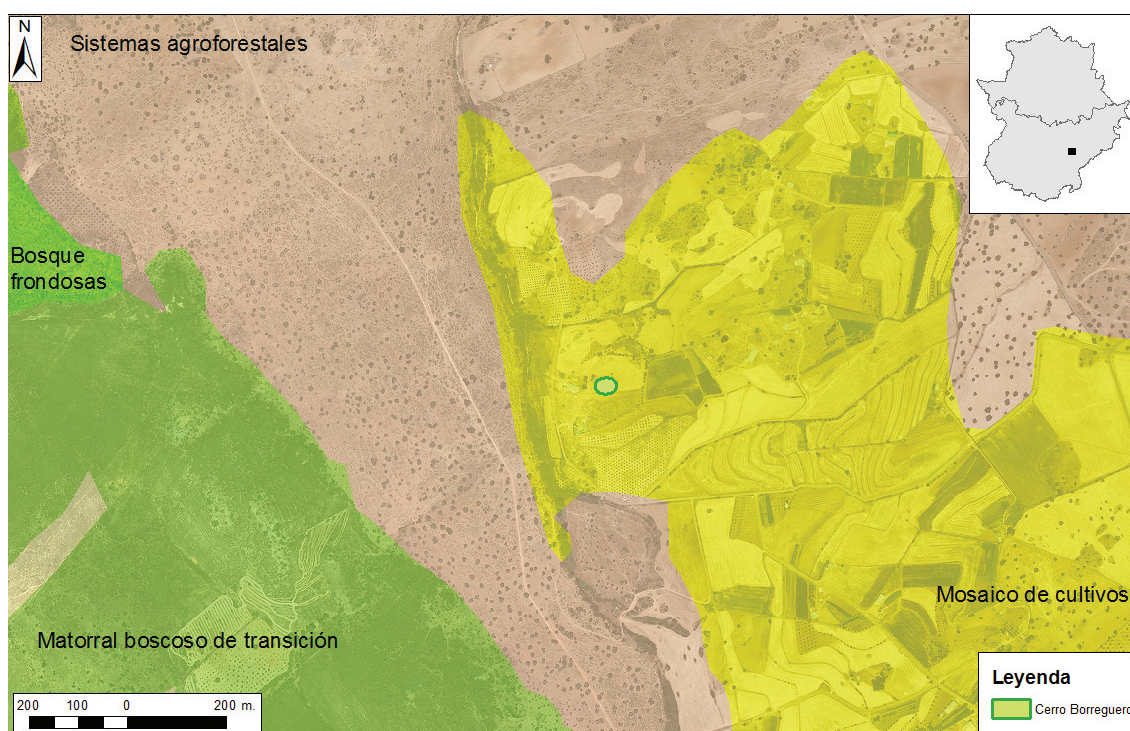


Fig. 61. Mapa de usos del suelo



El primer registro que tenemos de la existencia de este enclave aparece recogido en la Carta Arqueológica de Extremadura con fecha del 18 de febrero de 2004, por Luis Miguel Martínez Torres, Fernando Sarrionaindía y Rafael Ramón Lluch, miembros del Departamento de Geodinámica de la Universidad del País Vasco (Bilbao). El topónimo otorgado al sitio fue el de Cerro Borreguero por ser el nombre que recibe esta zona en el mapa topográfico 1:25000 del IGN.

La descripción proporcionada del enclave fue la siguiente: *“sobre un montículo bien visible, a favor de un dique que encaja el granito circundante, junto a una vivienda de reciente construcción y dos granjas, se reconoce un recinto aterrazado de aproximadamente 30 x 20 m orientado E-W con un posible acceso hacia el S. En su interior se pueden reconocer varias estancias. La disposición de las rocas graníticas no responden ni a un berrocal ni a un majano. En la ladera meridional de la estructura se observan dos formas rectangulares aparentemente antrópicas, con un corredor intermedio, quizás desarrollado por las labores agrícolas. Todo ello se encuentra inscrito en una estructura semicircular al septentrión y poligonal al meridiano. En principio, y sin más datos, la fosa perimetral correspondería a un meandro, aunque en foto aérea no se comprueba esta observación. En superficie se encuentran restos de tejas planas ímbricas”*.



Fig. 62. Fotografía aérea de Cerro Borreguero, 1999



Sin embargo, el conocimiento de este enclave se debe a los trabajos de prospección realizados por Pablo Ortiz en la comarca de La Serena con motivo de un proyecto para la localización y estudio de los denominados recintos-torres característicos de este entorno. Posteriormente, en 1999, con motivo del cambio de cubierta de Cancho Roano y la realización de una serie de fotografías aéreas, el enclave fue fotografiado (fig. 62). Este trabajo se completó en otoño de 2006, cuando inserto en las labores de prospección que el Instituto de Arqueología del CSIC llevaba a cabo en el marco del Proyecto de Investigación del Plan Nacional I+D+I (2004-2007) “Prospección arqueológica y SIG entre la cuenca media del Guadiana y el valle de la Serena: estudio comparativo y evolución histórica del territorio”, el enclave de Cerro Borreguero fue prospectado y topografiado (fig.63), planteando, a partir de estos primeros resultados, los futuros trabajos a llevar a cabo.

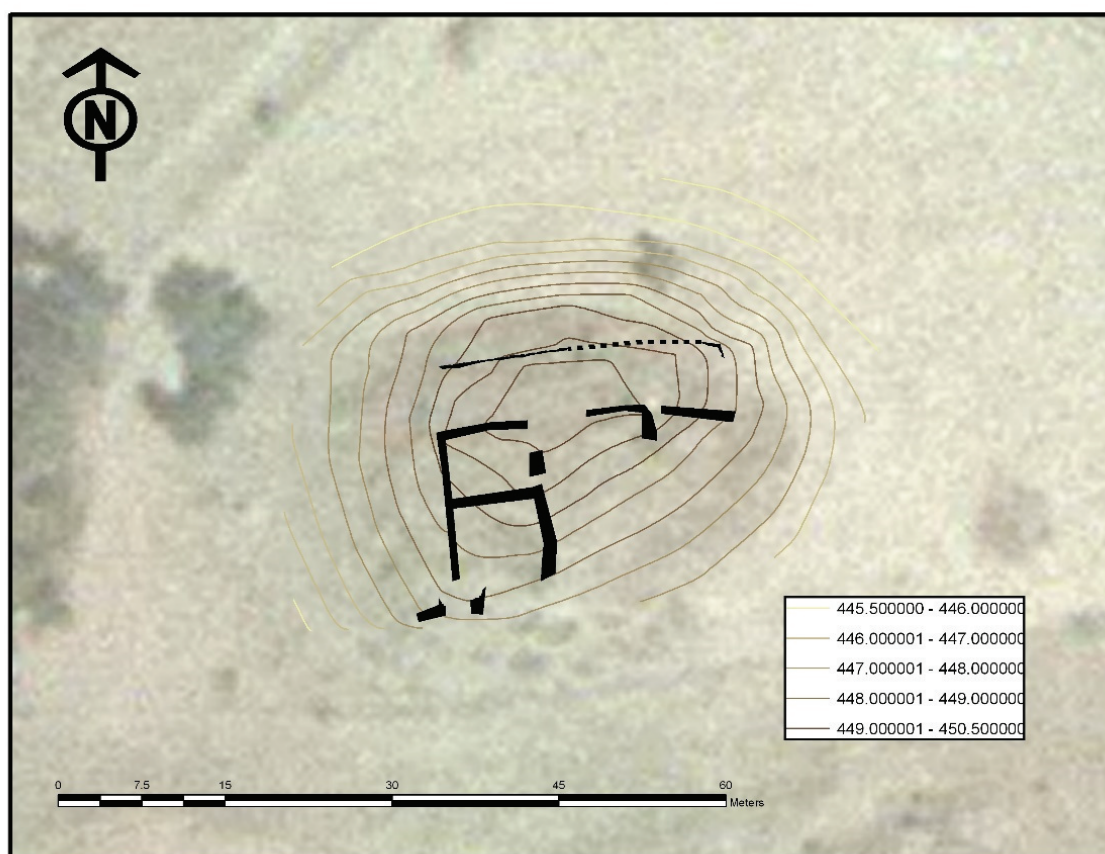


Fig. 63. Croquis de las estructuras localizadas en las prospecciones de 2006



Fig. 64. Fotografía aérea año 2010



Fig. 65. Fotografía aérea año 2015



○ Fases de ocupación:

Las distintas intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el enclave de Cerro Borreguero han permitido documentar su secuencia de ocupación completa así como la problemática que presenta. A partir de los primeros datos obtenidos, hemos agrupado la secuencia registrada en tres fases de ocupación. La fase I se corresponde con la etapa de ocupación romana, probablemente de época republicana, aunque su pervivencia debió llegar hasta época imperial a tenor de las cerámicas de paredes finas documentadas. La fase II queda inscrita en la I Edad del Hierro y cuenta, a su vez, con dos subfases que nos permiten diferenciar dos momentos constructivos muy distintos. Por último, la fase III se adscribe al Bronce Final y a ella pertenece la planta de una cabaña oval que hemos podido fechar con C14 en el siglo IX a.C.

Este esquema que presentamos no es un modelo cerrado, pues si algo caracteriza al yacimiento de Cerro Borreguero, además de la existencia de una convivencia entre una estructura de planta circular y otra rectangular, es el complejo sistema de edificaciones que lo conforman. Los distintos edificios de Cerro Borreguero parecen estar en constante reforma, pues se levantan nuevos alzados y se adhieren unos muros a otros para darle consistencia a la construcción, lo que ha generado un complejo mapa arquitectónico que en el futuro será objeto de un exhaustivo estudio de paramentos que nos ayude a determinar, dentro de las tres fases cronológicas que nosotros hemos definido a partir de los restos materiales y un análisis de C14, cuántas subfases se detectan dentro de los mismos. Por lo pronto, recogemos a continuación los primeros resultados de este análisis.

▪ Fase I: etapa romana (s. I a.C.- I d.C.).

La denominada fase I está caracterizada por la presencia de una potente y robusta construcción fechada por los materiales documentados entre los siglos I a.C. y I d.C. Se trata de un gran edificio en forma de 'L' invertida con su eje largo dispuesto en sentido este-oeste (fig. 67). Esta construcción ha sido identificada con un posible recinto-torre, construcciones muy comunes dentro de esta comarca y, concretamente, del cauce del río Ortigas, a las que se atribuye un papel como controladores del territorio con función incluso militar⁶⁷⁴; sin embargo, existen muchas dudas acerca de la adscripción tipológica y funcional del edificio romano de Cerro Borreguero, pues su patrón constructivo no

⁶⁷⁴ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1989; Ortiz, 1991; Mayoral y Vega, 2010; Mayoral, Celestino y Wallid, 2011



encaja con el de los recintos-torre, pues ni tan siquiera está edificado con muros ciclópeos como es lo habitual en este tipo de construcciones.

La edificación se levantó sobre la elevación artificial que guardaba los edificios anteriores. Estos edificios protohistóricos, tras su amortización y abandono, fueron cubiertos por una gran capa de arcilla roja sobre la que se dispuso la construcción romana. Aunque sabemos que la secuencia de los diferentes edificios no es correlativa, es decir, que el edificio romano no aprovechó los muros de los edificios más antiguos, la concepción del último edificio complica mucho la comprensión arquitectónica del conjunto. Así, la construcción romana se adaptó a la elevación artificial construyendo en sus contornos grandes terrazas de sillares de granito que hacen las veces de muros de contención. Estos alzados recibirían y repartirían el peso de la construcción ubicada en la parte central y más elevada del edificio donde creemos que se localizaría una pequeña torre de la que se han conservado parte de sus cimientos y una escalinata de acceso de factura muy cuidada. La disposición de estas potentes terrazas sí parecen coincidir con los límites de la construcción anterior, separada por el estrato de arcilla roja que amortiza las construcciones protohistóricas (fig. 66) y por un paquete marrón muy plástico de preparado para nivelar el terreno y colocar sobre el mismo el edificio romano.



Fig.66. Detalle de la línea roja que amortiza los niveles protohistóricos

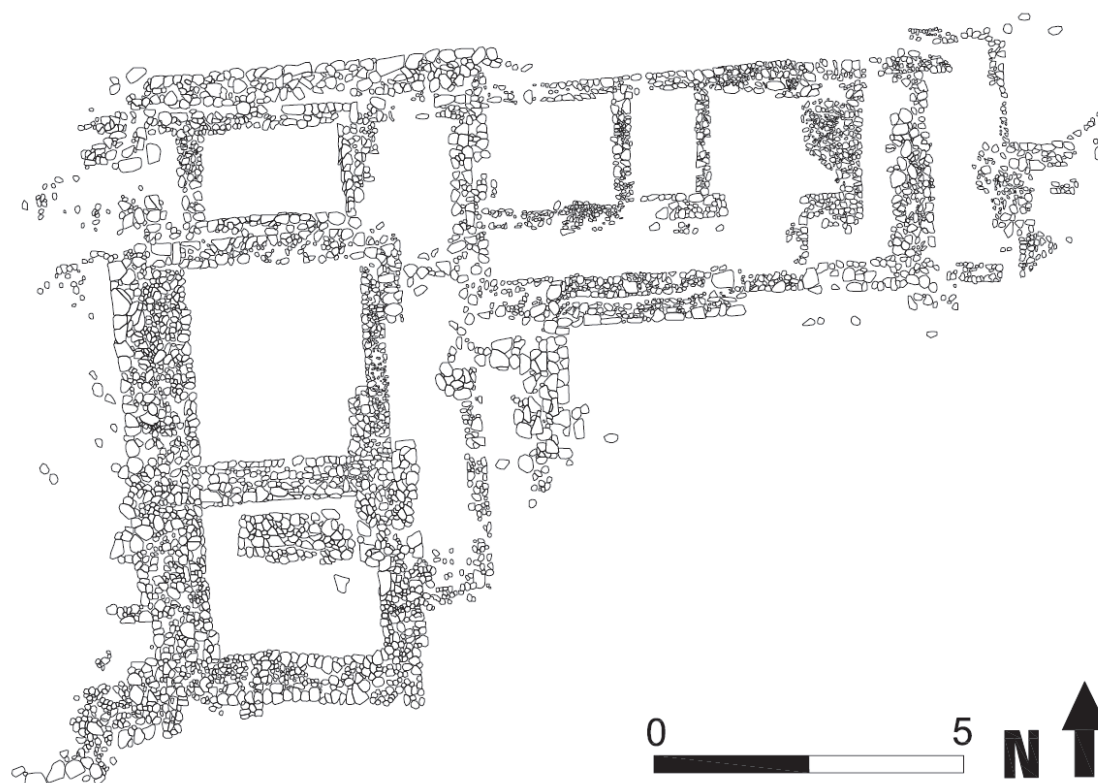


Fig. 67. Fase I. Planta del edificio de cronología romana.

Las grandes zanjas de cimentación realizadas para la construcción de las terrazas, que en algún punto superan los 2 metros de anchura, han seccionado estratos y paramentos antiguos, lo que complica ahora la reconstrucción de los edificios protohistóricos. La ejecución de estas grandes zanjas de cimentación les debió alertar de la existencia de construcciones más antiguas bajo la elevación, pues en algunos casos sí hemos detectado el uso o reaprovechamiento de muros protohistóricos dentro de la construcción romana. La diferencia principal entre los muros protohistóricos y romanos estriba en la piedra empleada, pues mientras los muros del edificio romano son enteramente de granito de gran tamaño, a excepción de alguno construido con cuarcitas, los de las construcciones protohistóricas se realizaron siempre a base de cuarcitas de mediano y pequeño tamaño. Esta combinación o reutilización de los muros nos ha complicado en más de una ocasión la definición cronológica de las distintas construcciones, pues debemos resaltar aquí la escasez de material detectado en las excavaciones debido al abandono intencionado y no traumático del enclave. Así mismo, no descartamos la posibilidad de que algunos de los muros protohistóricos fuesen desmontados para reutilizar sus piedras en la construcción de nuevos paramentos en época romana, lo que explicaría también la similitud que a veces guardan las construcciones de las dos fases cronológicas.



El acceso a la construcción romana se localiza al sur-este y se realiza a través de una gran escalinata de cuarcita cuyos peldaños se trabaron con barro; están muy bien trabajadas y dispuestas sobre lo que pudo ser el acceso a una de las estancias del último de los edificios protohistórico (fig. 68). Así mismo, para solventar la dificultad que supondría sostener esta gran construcción en altura, y sobre todo teniendo en cuenta lo abrupta que es la elevación en su flanco norte, se vieron obligados a adosar hasta tres muros en “escarpa” para darle solidez a la construcción y evitar así su vencimiento.



Fig. 68. Fotografía de detalle de la escalinata romana

Pero no solo los cimientos de la edificación romana afectaron a las construcciones anteriores, sino que también se practicaron fosas a modo de basureros en el interior de alguna de las habitaciones protohistóricas que en ocasiones han aparecido rellenas de téglulas y ladrillos, contribuyendo así a la distorsión de la ocupación de la I Edad del Hierro en algunos puntos de la elevación.

Finalmente, a diferencia de las plantas de los edificios protohistóricos, creemos que la construcción romana conserva su planta prácticamente completa, sin que las labores agrícolas modernas la hayan afectado en demasía. Esta circunstancia ha favorecido la conservación de las construcciones más antiguas ocultas bajo el gran edificio romano, que aprovechó la elevación artificial para ganar altura y destacar así en un paisaje dominado por la llanura.



■ **Fase II: Ila y IIb. Hierro I (s. VIII – VI a.C.).**

La última fase de ocupación del Cerro Borreguero en la I Edad del Hierro, **fase IIa**, se produjo hacia principios del siglo VI a.C., momento en el que fechamos la amortización de todas sus estancias mediante su colmatación con cantos de granito de mediano y gran tamaño en seco y su cubrición con una gran capa de arcilla roja que le da a la elevación su apariencia tumular. En esta fase final el edificio protohistórico, aparentemente, también tendría forma de ‘L’ invertida, al menos así lo muestran los restos que hemos logrado exhumar; sin embargo, no descartamos la posibilidad de que las labores agrícolas hayan arrasado parte de la construcción en su extremo sur y que, en origen, el edificio de la fase IIa tuviera una planta similar a la que poseen edificios como Cancho Roano ‘A’ o La Mata, es decir, de tendencia cuadrangular.

Aunque no existen muchos paralelos de edificios en ‘L’ dentro de la Protohistoria del suroeste peninsular, lo cierto es que esta posible planta en ‘L’ guarda grandes similitudes con la última fase constructiva del edificio MN23 de Castro dos Ratinhos, cuando al edificio de planta rectangular se le adosa una nueva estancia, U.A. M2⁶⁷⁵ que le da a la construcción una aparente forma de ‘L’ invertida. Sin embargo, considerar la planta en ‘L’ del Borreguero como la planta original del último edificio protohistórico nos genera algunas dudas que se fundamentan, principalmente, en que la estancia que marca el eje más corto, norte-sur, es la habitación de mayor tamaño dentro de la construcción (Estancia 100), además de ser la que presenta mayores particularidades dentro de esta última fase constructiva.

La estancia 100 del edificio de Cerro Borreguero tiene planta cuadrada, de 5 x 6 m, aunque solo conocemos los cimientos de tres de sus muros, pues el que cierra la estancia por el oeste debe estar soterrado bajo la terraza romana, la de mayor tamaño de las conservadas. Del mismo modo, el hecho de que parte de la construcción romana se levantara sobre los muros protohistóricos nos impide conocer la localización del vano de acceso a la misma.

Al igual que el resto de la construcción de esta última fase, los muros están contruidos con cuarcitas de mediano y pequeño tamaño, trabadas con barro, sobre las que se dispondrían alzados de adobe detectados a partir de los derrumbes que rellenan algunas estancias. Algunos de los cimientos están intactos, con más de un metro de

⁶⁷⁵ Prados, 2010: 268



alzado, conservando los zócalos de pequeñas cuarcitas planas dispuestas en las crestas de los cimientos para recibir y asentar los alzados de ladrillos de adobe. Por último, el suelo de la estancia, como el resto de los suelos de las habitaciones de esta fase constructiva, se realizaron con arcilla apisonada roja dispuesta sobre una lechada de arcilla marrón que da una gran consistencia a los pavimentos.

La habitación 100 del Borreguero, además de su mayor tamaño, presenta sobre su pavimento rojo dos particularidades que la diferencian del resto (fig. 69). La primera es la presencia de un hogar circular en el extremo sur de la estancia; una estructura que cuenta con una moldura exterior construida con arcilla en cuyo centro se localiza una cama de cenizas y arcilla refractada por la acción del fuego; por otra parte, en su extremo norte se disponen varios ladrillos de adobe en posición vertical, muy mal conservados, cuya disposición parece responder a la contención de las brasas. La excavación de la estructura nos permitió documentar varios niveles de uso donde pudimos recuperar un interesante lote de cerámicas fabricadas a mano y decoradas con escobillado. Finalmente, el hogar apoya sobre el relleno de piedras de granito de mediano y gran tamaño que sirvieron para colmatar la construcción perteneciente a la fase III de la ocupación de Cerro Borreguero, lo que demuestra que la estructura circular ya existía cuando la construcción de la fase III estaba en funcionamiento, y lo que a su vez explica que no se localice en el centro de la estancia 100 sino en su extremo sur.



Fig. 69. Estancia 100 (fotografía de J. A. Salgado)



El segundo elemento que destaca sobre el pavimento de esta habitación es la presencia de una línea curva de unos 12 cm de anchura que atraviesa la estancia en dirección oeste-este (fig. 70); estaba realizada con adobes de unos 6 cm de potencia insertos en el pavimento y pintados de blanco. La línea blanca se pierde bajo los límites de la estancia y de las terrazas romanas, por lo que desconocemos si la curva cierra en algún punto.



Fig. 70. Fotografía de detalle de la línea blanca documentada en la estancia 100 (fotografía de J. A. Salgado)

Nada sabemos del sistema de cubierta de la estancia, así como el resto del edificio; no obstante, cabe suponer que la construcción contaría con techos de traviesas de madera rematados con ramaje y barro; pero lo cierto es que la gran extensión de esta estancia, así como la ausencia de pilares o agujeros de poste, nos hace pensar que la habitación podría haber estado al descubierto, si bien su excavación parcial nos ha impedido detectar alguna canalización o inclinación del pavimento que facilitase la evacuación de las aguas. Por último, la estancia contaba con un banco corrido adosado al muro este, hoy prácticamente desaparecido, pero del que se conserva el arranque de sus cimientos. Tanto la estancia como el resto del edificio, ha sido fechada a finales del siglo VII a.C. o principios del siglo VI a.C., en consonancia con los restos localizados en otras habitaciones.

La conservación de buena parte del edificio romano sobre la construcción protohistórica nos va a impedir conocer su planta completa, al tiempo que nos va a resultar



complicado individualizar las diferentes estancias que lo componen. Así, por ejemplo, la escalinata que conforma la entrada al edificio romano nos impide conocer el acceso a la construcción protohistórica de la Fase IIa, probablemente organizada bajo la misma, en el lado suroeste del edificio y frente a la estancia 100, la más importante de la construcción. Sin embargo, el acceso al edificio en la Fase IIb, el más antiguo de los protohistóricos, se practicaría por el Este (fig. 71), en sintonía con los monumentos más destacados que conocemos de época tartésica, tanto del Guadiana, caso de Cancho Roano o La Mata, como del Guadalquivir, caso del Carambolo o Coria del Río. Por último, frente a esta entrada oriental se extendía un gran patio abierto pavimentado de arcilla roja que tendría una posición central en el caso de que el edificio contara con una disposición simétrica de esquema en ‘U’.



Fig. 71. Localización del acceso al edificio en la fase IIb. La línea roja marca el relleno que colmata el vano.

Hasta el momento, y a partir de los cimientos conservados, podemos individualizar hasta ocho estancias, de las cuales dos parecen responder a pasillos de distribución. Todas las estancias aparecen prácticamente vacías, rellenas con los derrumbes de las paredes de adobe y colmatadas con cantos de río de mediano y gran tamaño en seco que posteriormente se cubren con una capa de arcilla roja que marca la cubrición total de esta última fase constructiva y, por ende, la amortización del edificio. Por último, destacar que

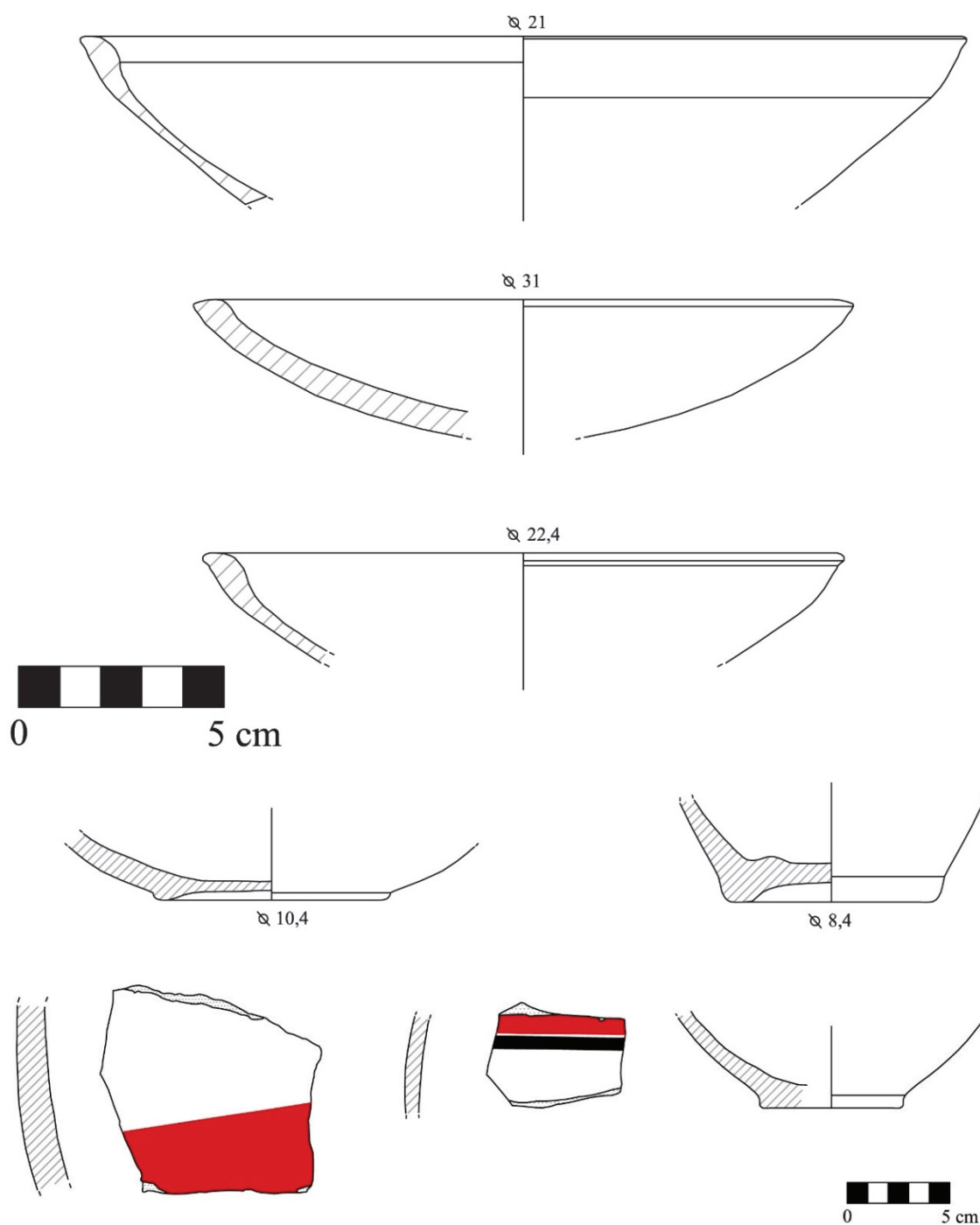


no existe ningún indicio de niveles de incendio, por lo que el abandono parece ser voluntario.

Entre los materiales de esta fase de ocupación, muy escasos al tratarse de un nivel de abandono, destaca la presencia de cerámicas fabricadas a torno, aunque en un porcentaje muy bajo. A esta fase corresponde el único elemento de importación localizado en toda la excavación; se trata de un fragmento cerámico realizado a torno y pintado con motivos geométricos que recuerda a las decoraciones de las urnas tipo Cruz del Negro (fig. 72). Sabemos de su procedencia exógena por la alta presencia de piróxidos en la composición de su pasta, lo que sugiere que procede de un área volcánica, posiblemente del Mediterráneo. Junto a la cerámica a torno, se documentó un alto porcentaje de cerámica a mano en el que destacan los grandes contenedores de almacenamiento de factura tosca y cocciones mayoritariamente reductoras. Los perfiles son abiertos, conservando algunos un ángulo en ‘S’ que conviven con algunas formas carenadas características de una etapa anterior. Por último, cabe destacar la presencia de cerámicas grises, de las que conocemos algunas formas realizadas a mano.



Fig. 72. Cerámica de importación localizada en la fase IIa de Cerro Borreguero

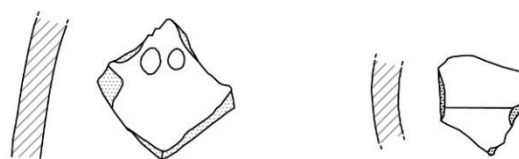


Cerro Borreguero - Fase IIa

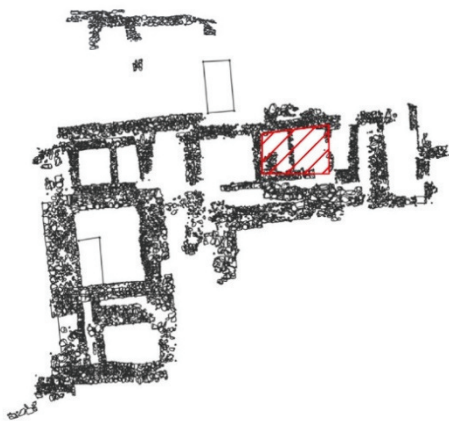
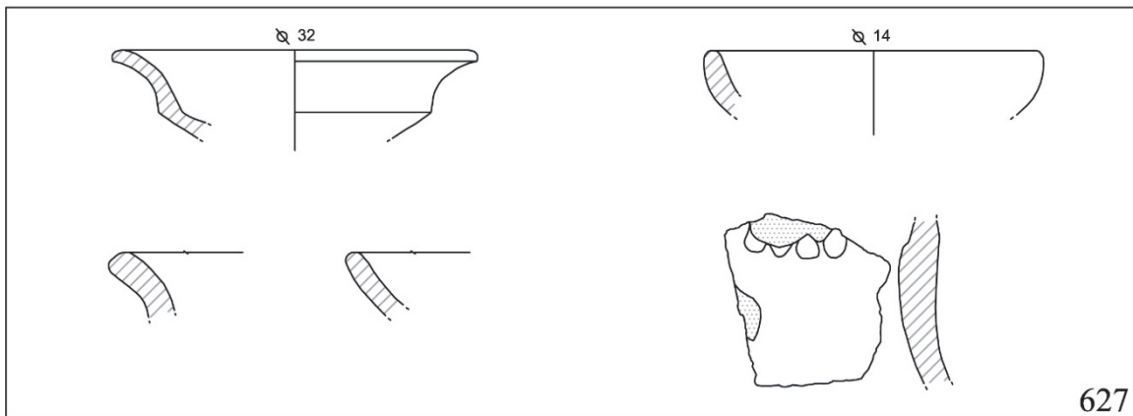
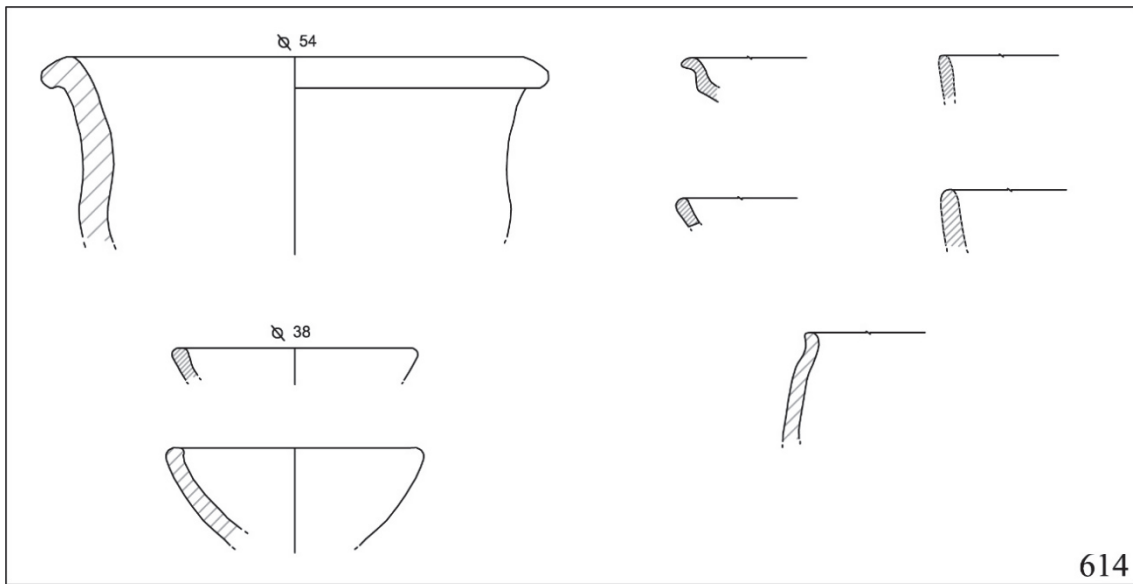
Estancia 400 E

Hierro I

s. VII a.C. - principios s. VI a.C.

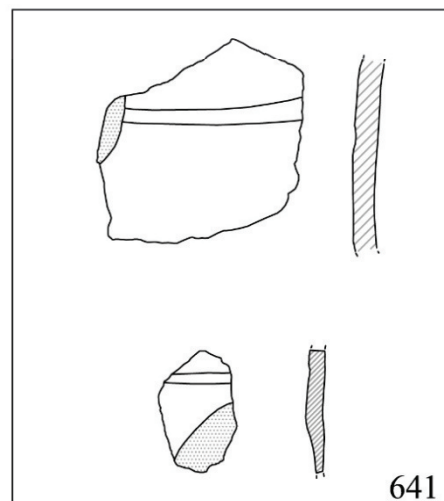


419

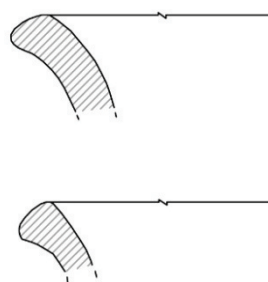
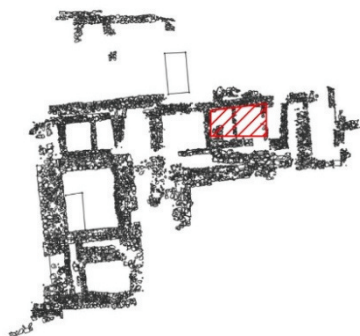
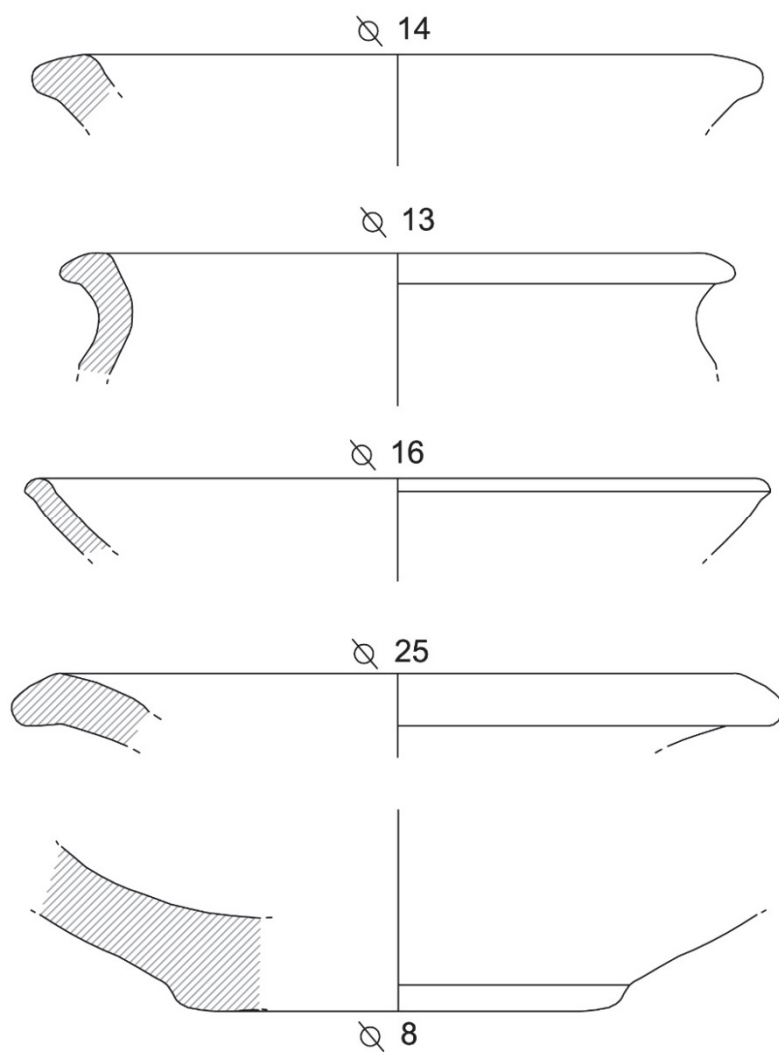


Cerro Borreguero - Fase IIa

Hierro I - s. VII - principios VI a.C.

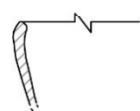
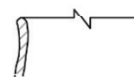
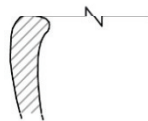
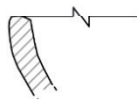
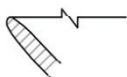
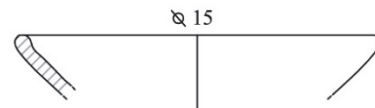
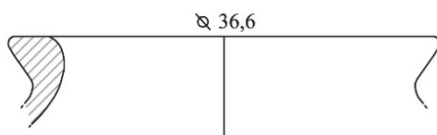
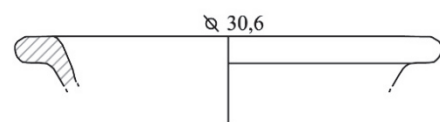
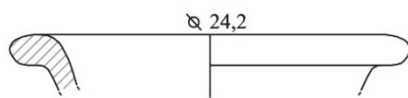
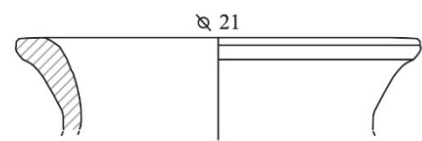
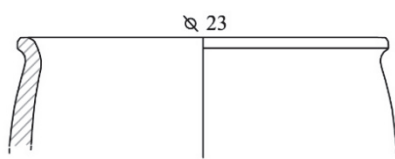
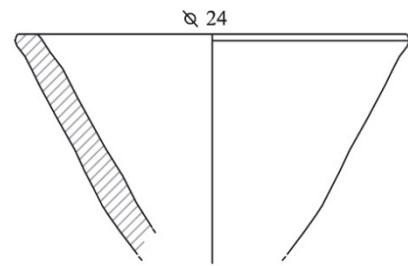
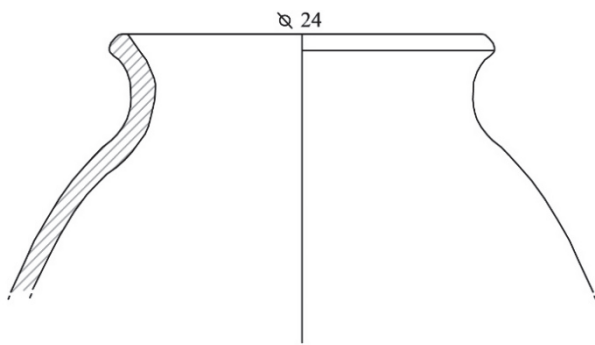


0 5 cm

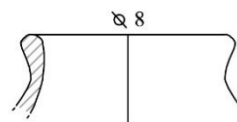
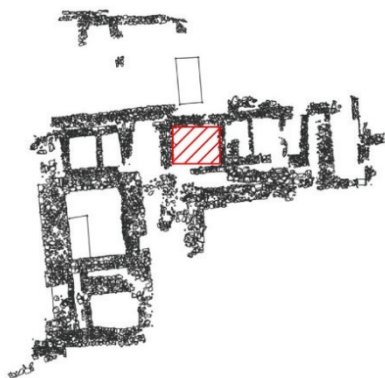


Cerro Borreguero - Fase IIa
 Hierro I - s. VII - principios VI a.C.





419



Cerro Borreguero - Fase IIa

Estancia 400 E

Hierro I

s. VII a.C. - principios s. VI a.C.



La fase **IIb** es quizás la etapa más desdibujada cuando sin embargo es la más interesante desde el punto de vista arquitectónico y constructivo. La superposición de muros correspondientes a las fases I y IIa dificulta el conocimiento de esta etapa de la que únicamente conocemos algunos paramentos, insuficientes en todo caso para presentar una planta completa de la edificación de la que forman parte. No obstante, la particularidad de esta fase, que fechamos entre los siglos VIII – VII a.C., reside en la relación que existe entre el primer edificio de muros rectos y la construcción circular que caracteriza a la fase III y que analizaremos en el siguiente apartado.



Fig. 73. Estructuras correspondientes a la fase IIb



Así, a partir de los datos recuperados en las últimas campañas de excavación, parece que el edificio correspondiente a la fase IIb se localiza en el sector norte del espacio que ahora ocupa la elevación artificial, lo que significa que, a diferencia de las construcciones de la fase IIa, el edificio de esta etapa se levantó en el llano, lo que cambia por completo la visión que actualmente tenemos del enclave. Así mismo, no cabe duda de que la cabaña circular se encontraba a una cota mayor, mientras que a sus pies, en el extremo norte, se dispondría la construcción de muros rectos. Aparentemente, por los paramentos que hemos podido individualizar, parece tratarse de un edificio rectangular con eje este-oeste de más de 21 m de largo. Su interior estaría compartimentado por espacios divisorios como hemos podido comprobar tras la excavación de dos de las estancias y la ejecución del denominado sondeo B. Parte de estos muros conservan su alzado en adobe e incluso restos del encalado que los enluciría, lo que demuestra que la construcción se amortizó en un momento determinado para construir un edificio de mayores dimensiones, pero sin destruir por completo el anterior, sino solo variando la disposición de su planta; de esta forma, solo los tramos afectados por la construcción de los nuevos cimientos se han visto alterados.

Pero lo más relevante de esta fase constructiva es la disposición en planta de algunas de sus esquinas; en efecto, la excavación del extremo noreste de la elevación nos ha permitido registrar lo que parece ser uno de los extremos de cierre de la estructura de la fase IIb, lo que a su vez nos ha permitido comprobar que sus esquinas son redondeadas, que no traban en ángulo recto. Esta circunstancia se debe, probablemente, a la falta de pericia para levantar muros completamente rectos, lo que a su vez nos demuestra que estaríamos ante un ensayo arquitectónico que no culminará con éxito hasta la fase posterior.

Estas circunstancias, sin duda singulares en el ámbito geográfico donde hemos desarrollado nuestro estudio, nos llevan a plantearnos cuestiones tan interesantes como la autoría de quienes ejecutaron esta obra. En este sentido, contamos con la disposición y simetría del edificio MN23 de Castro dos Ratinhos, donde los autores vieron clara la existencia de un diseño previo realizado por un arquitecto semita o procedente del área tartésica dado el patrón de medida empleado para levantar el edificio que, posteriormente, sería ejecutado por manos de obra local⁶⁷⁶. Sin embargo, el ejemplo documentado en

⁶⁷⁶ Prados, 2010: 267



Cerro Borreguero parece que más bien se corresponde con el planteamiento y ejecución de un proyecto por parte de alguien que ha visto y conoce la existencia de construcciones de planta cuadrangular, pero que sin embargo desconoce la técnica completa para su ejecución. Así, el resultado es un edificio de muros rectos pero de esquinas redondeadas, que en cierto modo mantiene una tradición anterior presente en la cabaña circular de la fase III con la que convive este edificio. La ausencia de una presencia oriental casaría además con la falta de importaciones y de cerámicas a torno dentro de esta fase constructiva.

El material arqueológico documentado en esta fase está realizado en su totalidad a mano. Se trata de producciones locales de factura tosca y cocción reductora, entre las que sobresalen los grandes recipientes destinados al almacenaje y las características cazuelas carenadas con acabados bruñidos, muy abundantes en estos niveles. Dentro de este conjunto destaca la aparición de un plato de cerámica gris realizado a torno, lo que resulta toda una excepción dentro del catálogo ergológico de esta fase, con carena alta y borde exvasado, con un pie ligeramente indicado, bruñido tanto al interior como al exterior; el plato está decorado por el exterior con motivos incisos que representan dos flores de loto y dos estrellas de cinco puntas contrapuestas. Esta forma recuerda al tipo A2A1 de Lorrio⁶⁷⁷, con analogías en la necrópolis de Medellín, donde además ofrecen similares motivos decorativos.

Pero sin duda, la pieza más interesante es la cazuela que apareció sobre los cimientos de la cabaña circular de la fase III, y por lo tanto en el último momento de esta fase de ocupación. Por el lugar donde fue hallada deducimos que su presencia debe estar relacionada con la actividad o ritual de amortización de la cabaña, una circunstancia que casa con la delicada técnica de fabricación de la pieza. Se trata de una cazuela carenada fabricada a mano con el borde abierto y una sección muy fina que apenas alcanza los 2 mm de anchura. Su cocción es reductora y sus pastas presentan un alto contenido en cuarzo. Tras la cocción la pieza recibió una capa de pintura roja sobre la que se dispuso el resto de la decoración pintada, en la que se representan motivos geométricos realizados con pigmento amarillo. Dentro de los motivos decorativos se identifican enrejados que se asemejan a los trenzados de cestería y metopas que encierran motivos geométricos menores. Dentro del conjunto destaca un fragmento en el que se marca una pequeña

⁶⁷⁷ Lorrio, 2008: 686-ss



carena a mitad del cuerpo decorada con unos pequeños motivos en ‘S’ que recuerdan una sucesión de ánades. No obstante, la pieza no está completa, pues solo conservamos la mitad del perfil y el borde, mientras que no hemos podido recuperar ningún fragmento de su base. Suponemos que el resto del recipiente se encuentra sobre el cimiento de la cabaña oculto bajo la terraza romana (fig. 74).

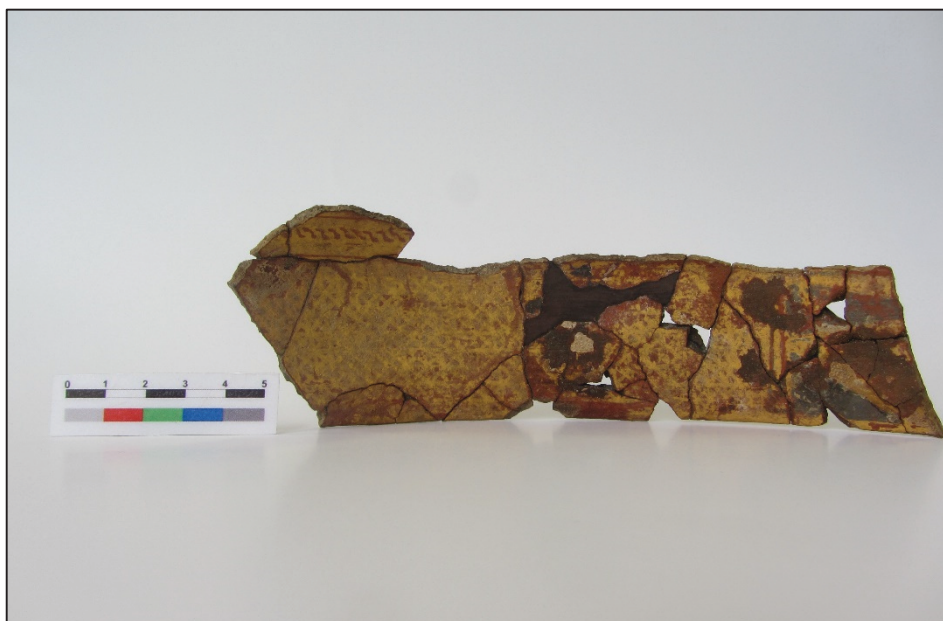


Fig. 74. Cerámica pintada de Cerro Borreguero

Los análisis realizados a la pieza⁶⁷⁸ han permitido determinar que tanto el recipiente como los pigmentos utilizados en la decoración proceden del entorno del túmulo. El alto contenido en óxido de hierro de la pintura ha mostrado que los pigmentos fueron fabricados a partir de las afloraciones de hierro localizadas al este del edificio. La conservación de los fragmentos es muy delicada, pues al haberse aplicado la pintura postcocción, ésta no queda bien fijada a la pieza, lo que supone que el recipiente solo pudo haberse utilizado de manera puntual para algún tipo de ritual⁶⁷⁹, pues la decoración se pierde con solo tocarla, de ahí que su uso lo pongamos en relación con un ritual relacionado con la amortización de la cabaña.

Las únicas analogías para este tipo de piezas en el valle medio del Guadiana se localizan en Medellín, tanto en su necrópolis, como en el cerro del castillo⁶⁸⁰, además de

⁶⁷⁸ Tanto los análisis como la restauración de la pieza han sido realizados en el SECYR de la Universidad Autónoma de Madrid.

⁶⁷⁹ Torres, 2008b: 733

⁶⁸⁰ Torres, 2008



la pieza documentada en Portaceli, junto al castillo de la localidad⁶⁸¹. De las numerosas piezas documentadas en la necrópolis de Medellín tan solo once formaban parte de algún conjunto funerario, lo que permite otorgarles una cronología bastante aproximada⁶⁸². Al parecer, los cuencos completos recuperados eran utilizados como tapaderas de urnas tipo Cruz del Negro, aunque no se desestima que tuvieran algún otro uso dentro del ritual. Las piezas se consideran algo más modernas que las del tipo San Pedro II, lo que les otorga una cronología de entre finales del siglo VIII o inicios del siglo VII a.C., aunque según indican sus autores, su uso podría estar comprendido entre los siglos VII y VI a.C., lo que dificulta el llevar su origen a cronologías del siglo VIII a.C. Así mismo, el propio autor del estudio de las cerámicas pintadas de Medellín indica que su fabricación se inició “*al menos hacia mediados del siglo VII a.C.*”⁶⁸³, cronología en la que debemos encuadrarlas. En cuanto a los fragmentos localizados en el cerro del Castillo, de donde procede su denominación como cerámicas ‘tipo Medellín’ (fig. 75), preferimos dejarlos al margen de este análisis, pues ninguno procede de un nivel de uso o contexto cerrado de cronología protohistórica o anterior. Igualmente, la pieza procedente del solar de Portaceli se halló descontextualizada, por lo que no se le puede atribuir una cronología cerrada a pesar de su buen estado de conservación.



Fig. 75. Cerámicas pintadas ‘Tipo Medellín’

Pero la aparición de este tipo de cerámicas no es exclusivo del valle del Guadiana. El mayor volumen de estas producciones se localizan en la Meseta, donde además se encuentran las analogías decorativas más próximas al ejemplo hallado en Cerro

⁶⁸¹ Jiménez Ávila y Haba, 1995

⁶⁸² Torres, 2008: 724

⁶⁸³ Torres, 2008: 732



Borreguero. Nos referimos a yacimientos como el Cerro de San Pelayo⁶⁸⁴ (Salamanca) Sanchoreja⁶⁸⁵ (Ávila) o la Aldehuela (Zamora)⁶⁸⁶; así mismo, conocemos otros ejemplares muy similares procedentes de la tumba del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)⁶⁸⁷, la Bienvenida (Ciudad Real)⁶⁸⁸ o Alarcos (Ciudad Real)⁶⁸⁹; por último, hay piezas de similares características, aunque apartadas de la técnica decorativa de estos ejemplares, caso de la necrópolis de Las Madrigueras (Cuenca)⁶⁹⁰. Estas piezas están en proceso de análisis con el fin de determinar su origen y el porqué de esta característica distribución.

⁶⁸⁴ Benet, 1990

⁶⁸⁵ Maluquer, 1958c; 1958d

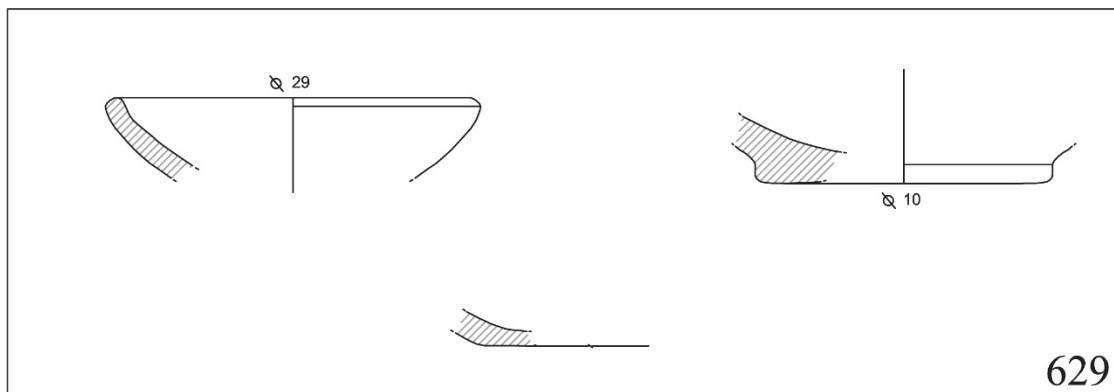
⁶⁸⁶ Santos Villaseñor, 1988; 1989; 1990

⁶⁸⁷ Pereira, 1989

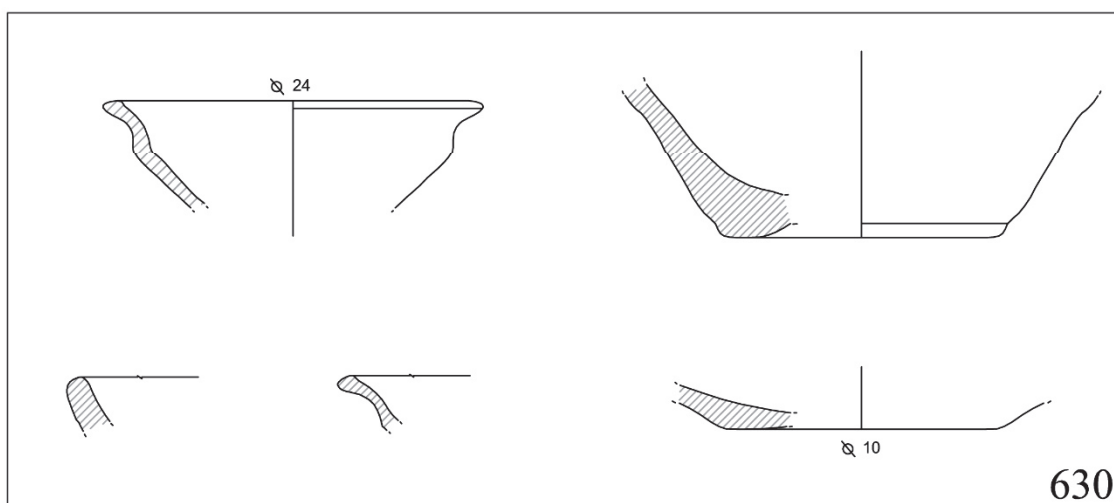
⁶⁸⁸ Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, 2011: 21

⁶⁸⁹ Agradecemos la información a Rosario García Huertas quien próximamente publicará el lote de cerámicas pintadas documento en el yacimiento de Alarcos

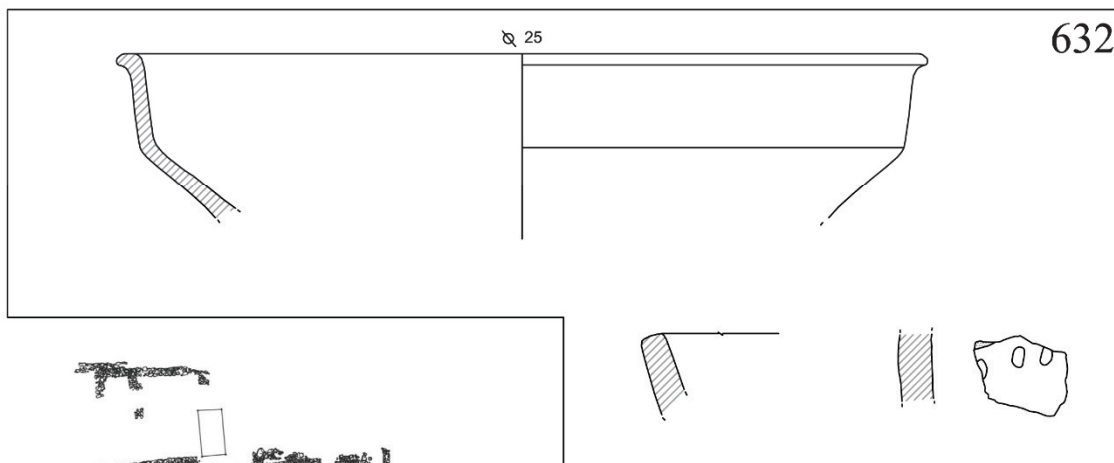
⁶⁹⁰ Almagro-Gorbea, 1969



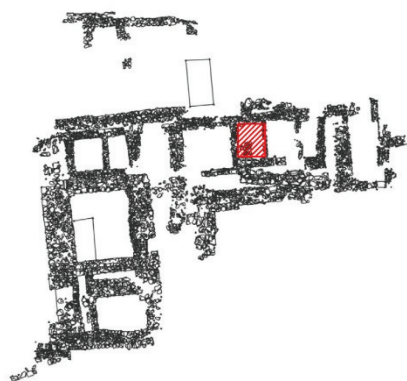
629



630

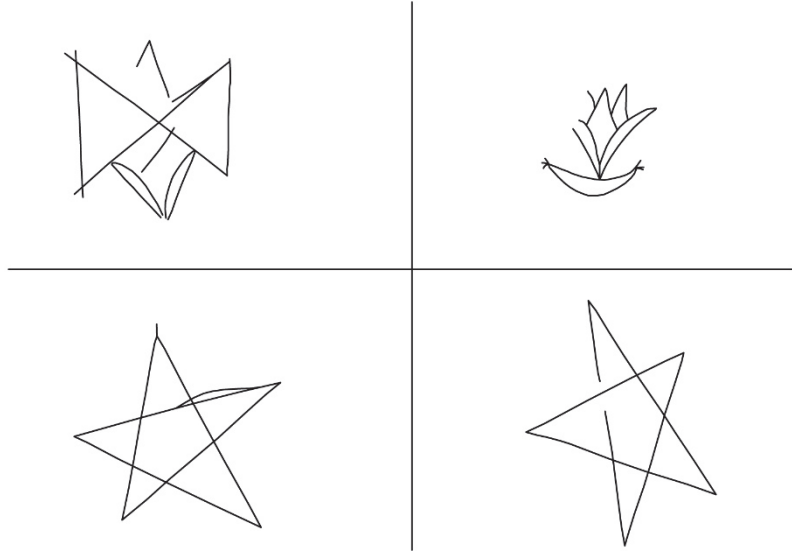


632

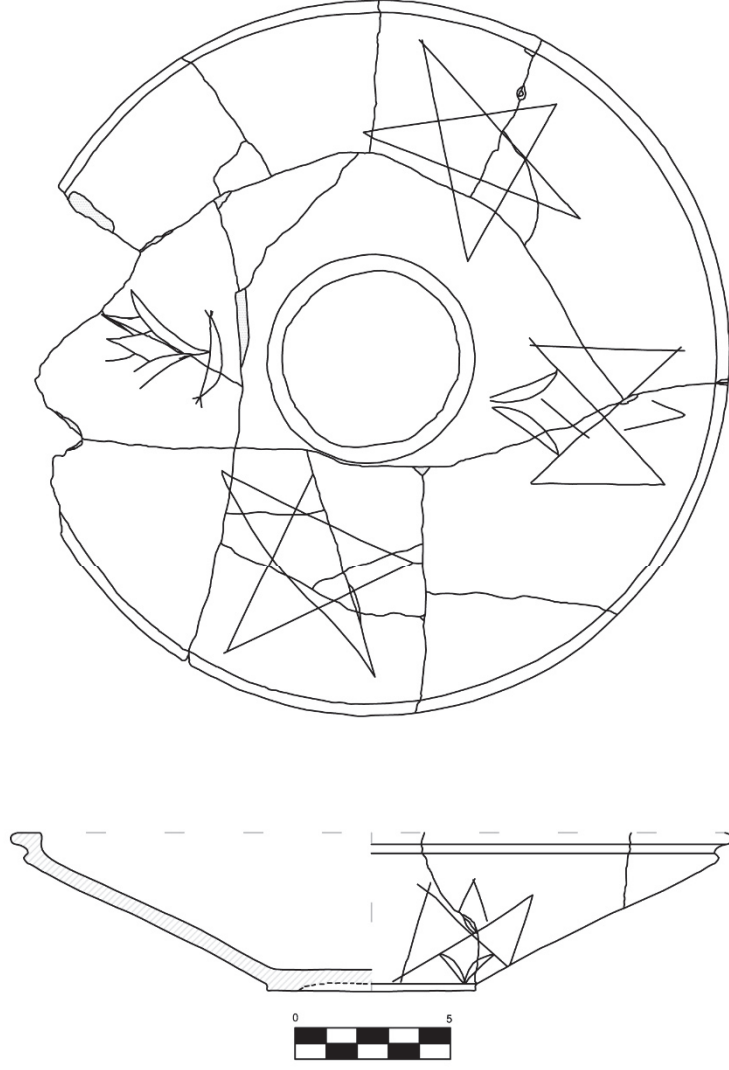


Cerro Borreguero - Fase IIb
Hierro I - s. VIII - VII a.C.

Cerro Borreguero - Fase IIb



Hierro I - s. VIII - VII a.C.





■ Fase III: Bronce Final (siglo IX a.C.).

La fase III de Cerro Borreguero se caracteriza por la presencia de una estructura oval documentada en la parte más elevada del enclave. La cabaña, con una orientación oeste-este, conserva casi todo su trazado oriental, coincidente con la franja blanca de la fase IIa que se conservaba sobre el pavimento rojo de la estancia 100. El resto de los cimientos de la cabaña continúan ocultos bajo las potentes terrazas construidas en época romana, si bien hemos conseguido delimitar su extremo occidental al asomar bajo la terraza romana que cierra el edificio por ese mismo lado. La cabaña apoya sobre la roca natural y conserva la totalidad del alzado de sus cimientos, compuestos por tres hiladas de piedras que alcanzan los 60 cm de altura y una anchura media que oscila entre los 60 y los 75 cm, los cimientos fueron contruidos a base de cantos rodados de mediano y pequeño tamaño trabados con tierra marrón, muy arcillosa -plástica- y compacta. Por último, la superficie de los cimientos, así como el interior de la cabaña, conserva restos de arcilla anaranjada muy plástica procedente de su alzado de tapial, hoy desaparecido (fig. 76). Sobre estos cimientos se localizaron los fragmentos de la cerámica pintada.



Fig. 76. Estancia 100 y los cimientos de la cabaña circular

Hacia finales del siglo VIII a.C. la cabaña fue amortizada, rellenándose con cantos de río de gran tamaño en seco, a la manera, por consiguiente, en que se había llevado a cabo la amortización de las habitaciones de la fase IIa antes del abandono definitivo del edificio. La cabaña ha podido fecharse en el siglo IX a.C. a partir de un análisis de C14 realizado en unos restos de carbón localizados en su interior. La muestra, calibrada al



95% aporta una cronología de 2740+- 30BP, Cal BC 970 to 960 / Cal BC 930 to 820; por lo que nosotros fijaremos la cronología de su uso en el siglo IX a.C. y su abandono y amortización en el siglo VIII a.C., momento en el que convive con la construcción cuadrangular de la fase IIb.

Esta cronología casa además a la perfección con el material documentado en la excavación de la estructura, que si bien es escaso, está fabricado en su totalidad a mano, destacando las piezas con decoración bruñida y escobillada. La existencia de esta cabaña, así como la presencia de esquinas redondeadas en otros puntos del enclave, nos hace albergar la posibilidad de que existiera un pequeño poblado de cabañas bajo las construcciones romanas y protohistóricas, una hipótesis que podremos ir corroborando a medida que se avance en la excavación del lugar.

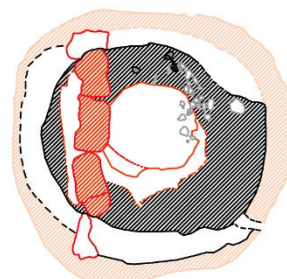
Lo que está fuera de duda es que nos encontramos frente al ejemplo de cabaña oval del Bronce Final más completo del valle medio del Guadiana. Pero además, su combinación con las primeras construcciones de muros rectos marca la transición entre el Bronce Final y el I Edad del Hierro, como ocurre en Montemolín o Castro dos Ratinhos. Así mismo, la ausencia de importaciones, el escaso material a torno documentado y el abandono definitivo del enclave a comienzos del siglo VI a.C., cronología que coincide con el momento de construcción del primer edificio de Cancho Roano o C.R. 'C', nos lleva a pensar que éste sería el antecedente directo del futuro santuario construido apenas a 3 km de distancia; no obstante, y a diferencia de Cancho Roano, donde no existen muchas dudas sobre su significado cultural, todavía resulta precipitado determinar la funcionalidad de las construcciones de Cerro Borreguero; no obstante, debemos considerar la relación del sitio tanto con las labores agropecuarias como con las metalúrgicas, pues durante la excavación se documentó un pequeño depósito de fundición que se suma a los importantes afloramientos de óxido de hierro en la zona oriental de la elevación. Solo futuros trabajos permitirán despejar las abundantes incógnitas que aun despierta este enclave, pero que sin embargo abre una nueva vía para conocer la etapa de transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro de la cuenca del Guadiana.

Cerro Borreguero

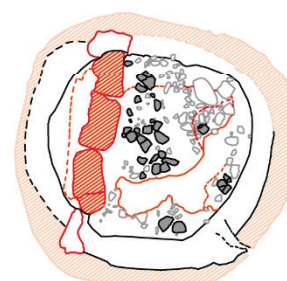
Estancia 100 - Fases del hogar



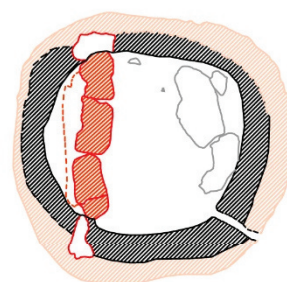
Fase I



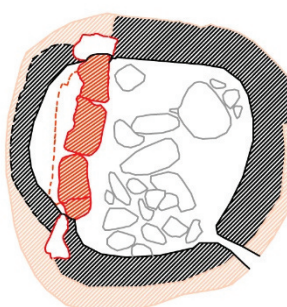
Fase II



Fase III



Fase IV



Cal



Cerámica



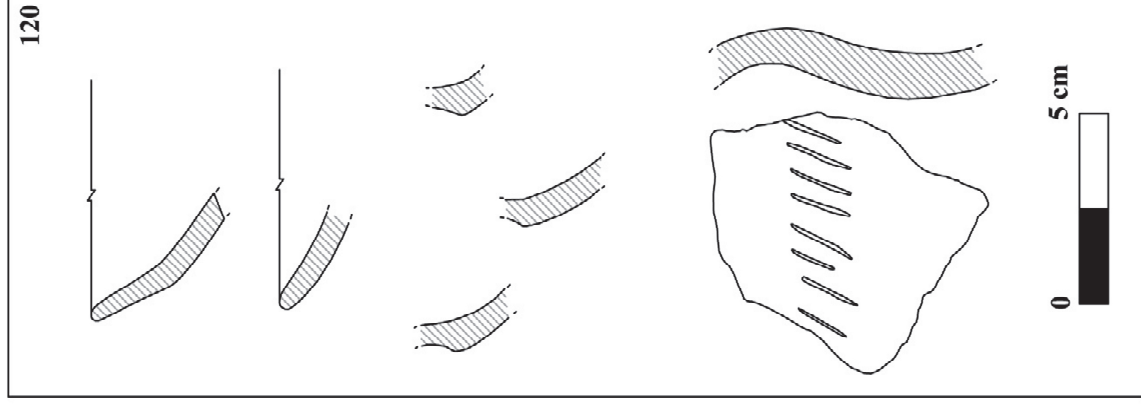
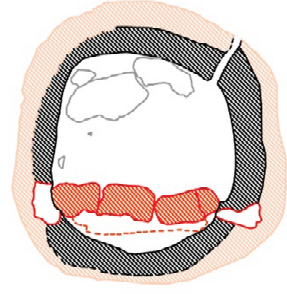
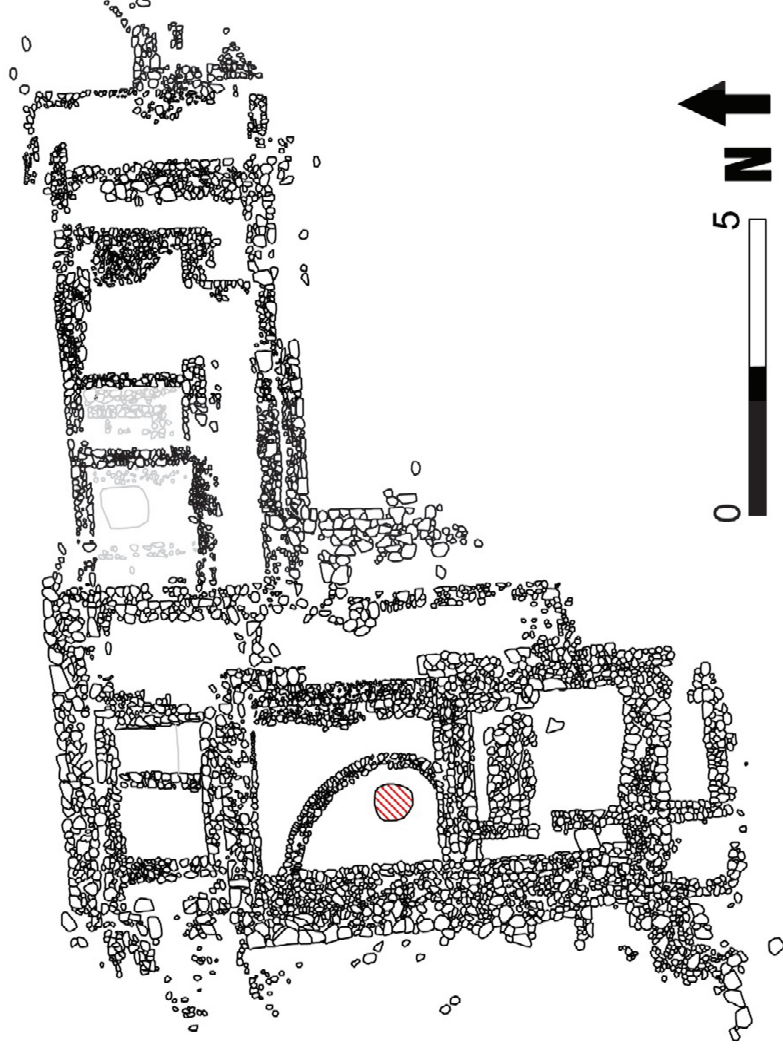
Adobe



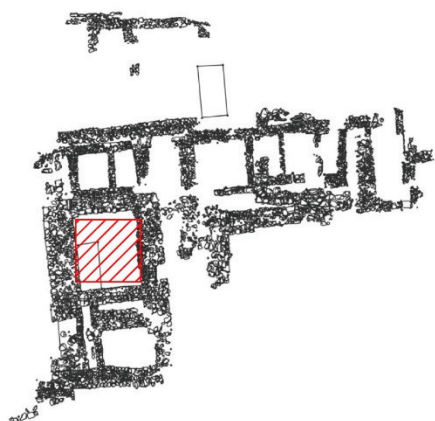
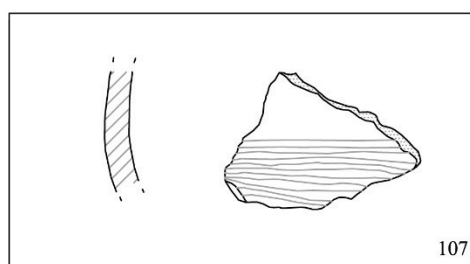
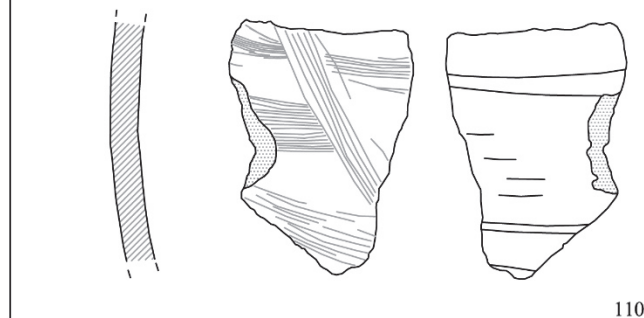
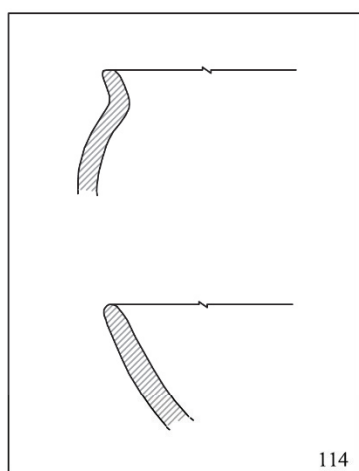
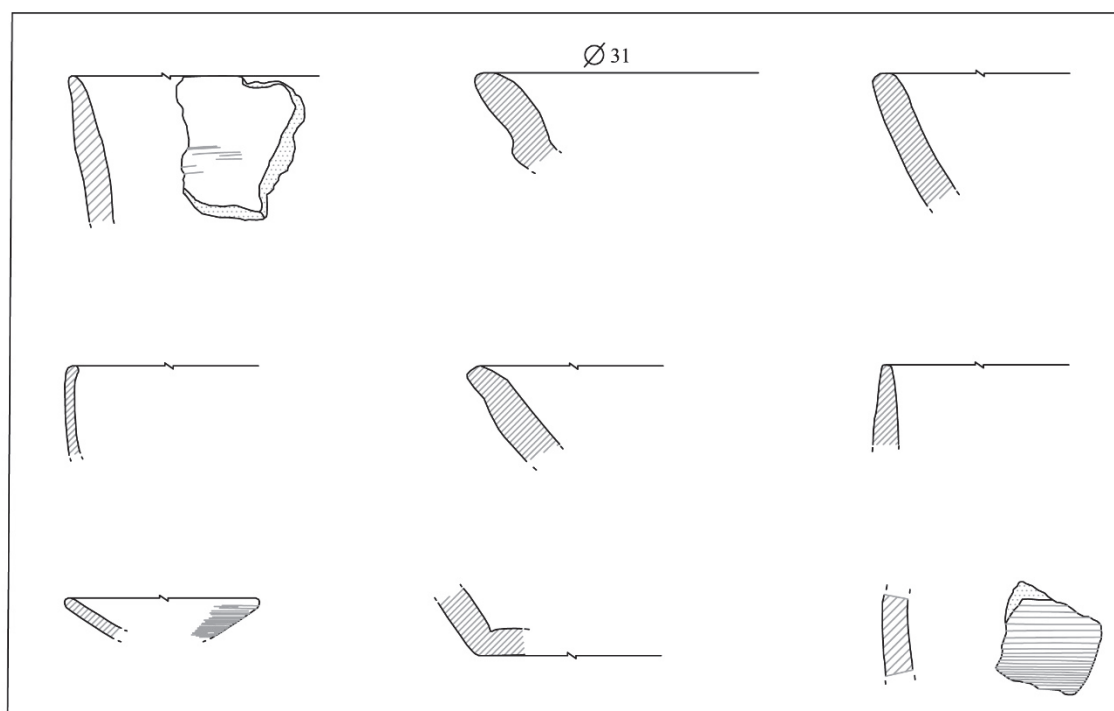
Zonas quemadas

Cerro Borreguero

Fase III - Hogar - Estancia 100



120



Cerro Borreguero - Fase III
Bronce Final - s. IX a.C.

N ↑



V. EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA ¿UN TERRITORIO COLONIZADO?



[Cuarto Movimiento: La Realidad]

Acostumbrado a escapar de la realidad,

Perdí el sentido del camino,

Y envejecí 100 años más de tanto andar

Perdido.

Y me busco en la memoria el rincón

Donde perdí la razón

Y la encuentro donde se me perdió

Cuando dijiste que no.

R. Iniesta. La Ley Innata (2008)



La escasez de evidencias arqueológicas y el vacío poblacional que habían caracterizado a las investigaciones acerca del Bronce Final de las tierras del interior, se verán paulatinamente sustituidas por un cambio en la estrategia de ocupación del territorio donde se observa la aparición de nuevos sistemas de organización y explotación del espacio cuyas primeras manifestaciones parecen fecharse sin problemas en el siglo VII a.C., momento al que pertenecen los primeros enterramientos documentados en la necrópolis de Medellín⁶⁹¹. Los avances llevados a cabo por la Arqueología en Extremadura, han permitido sustituir progresivamente un panorama arqueológico en el que primaba, exclusivamente, el estudio y análisis de objetos aislados, caso de las estelas y la rica orfebrería tartésica, elementos que hasta la fecha solo habían servido para enturbiar más la construcción de la protohistoria de esta región ante la abundancia de lecturas e interpretaciones a las que estos objetos eran sometidos⁶⁹²; por un nuevo modelo de ocupación del territorio detectado a partir de la documentación de nuevos enclaves de población en áreas nunca antes ocupadas, la incorporación de innovaciones tecnológicas (hierro) y la adopción de nuevos cultivos de tradición mediterránea (vid y olivo), integrados o adaptados a las costumbres indígenas.

Sin embargo, la consideración de este espacio como una zona periférica de Tarteso⁶⁹³, ha supuesto que sobre el mismo se apliquen distintos modelos territoriales, inspirados en el área tartésica, como justificación de este nuevo sistema detectado en el Guadiana; sin reparar en las diferencias que, desde el Bronce Final, alejan a ambas regiones. De ese modo, la inauguración de esta nueva etapa viene caracterizada, principalmente, por la aparición de asentamientos en llano, encargados de la explotación agrícola de los territorios colindantes, y por la presencia de un modelo de edificio que nos ha llegado enterrado bajo túmulo, un patrón solamente detectado hasta ahora en el valle medio del Guadiana y cuyo mejor representante hasta la fecha es Cancho Roano. No obstante, los recientes trabajos de prospección efectuados en este espacio geográfico y recogidos en este volumen, han dejado constatar la existencia de más de una decena de estas elevaciones tumulares que constituyen, sin duda alguna, uno de los rasgos más destacados de este nuevo sistema de ocupación territorial. Ambos modelos estarían bajo el control de una red de asentamientos localizados en altura, dentro de los cuales aparecen tradicionalmente recogidos los yacimientos excavados en la Alcazaba de Badajoz y en el Cerro del Castillo de Medellín, objeto ambos de revisión en el siguiente capítulo ante la

⁶⁹¹ Almagro-Gorbea (dir.), 2008

⁶⁹² Celestino, 1995

⁶⁹³ Rodríguez y Enríquez, 2001



falta de evidencias arquitectónicas que permitan certificar la existencia de un destacado urbanismo que las eleve a la categoría de ciudades-estado⁶⁹⁴.

Esta transformación en el orden territorial trae aparejado un cambio en la estrategia económica de las sociedades que poblaban este espacio durante el Bronce Final. Dicha transformación queda registrada en la paulatina incorporación de la agricultura como actividad económica principal para generar excedentes, sin llegar a desbancar a la actividad ganadera, protagonista en la etapa anterior⁶⁹⁵. Este nuevo sistema económico trajo aparejada la ocupación de las más ricas y fértiles tierras de vega, la incorporación de nuevas técnicas y novedosas herramientas de trabajo, así como la inserción de este espacio en una nueva red comercial de origen tartésico, que ha sido traducida por algunos investigadores como una “señorialización” de la tierra⁶⁹⁶ y que vendría a sustituir “*los ancestrales vínculos parentales por relaciones de dependencia (clientela-servidumbre) y, sobre todo, la consolidación de sistemas organizativos complejos de carácter protoestatal o estatal*”⁶⁹⁷.

Para justificar esta nueva estrategia económica y territorial se ha propuesto la existencia de un proceso de colonización tartésica cuyo origen se marca en las vegas del valle del Guadalquivir, núcleo de Tarteso, pero que sigue siendo a día de hoy objeto de fuertes controversias, ligadas principalmente a la filiación fenicia o tartésica de las poblaciones que la llevaron a cabo. Huelga decir que, frente a dichos planteamientos, no es nuestra intención polemizar acerca de quiénes fueron los encargados de llevar a cabo esta expansión y ocupación territorial, sino más bien la de matizar los planteamientos teóricos que se han seguido hasta la fecha para sostener el modelo de ocupación del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro, incluyendo en estos planteamientos tanto los términos empleados en la literatura para denominar ese proceso de colonización, como el contenido ideológico y cultural que se le ha otorgado, pues consideramos dicha hipótesis como una construcción artificial alejada de la realidad arqueológica que hoy conocemos. Por ello, el estudio del período tartésico del valle medio del Guadiana es quizá uno de los que mayores dificultades presenta, principalmente a la hora de poner en pie la aparición y organización de este nuevo modelo de ocupación territorial, quizás como consecuencia de la disparidad de opiniones que existen con respecto a la estructura de dicha ocupación. Aunque todas las hipótesis de trabajo parten de la existencia de un

⁶⁹⁴ Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1035-ss

⁶⁹⁵ Celestino, 2005: 776-777

⁶⁹⁶ Rodríguez Díaz, 2009

⁶⁹⁷ Rodríguez Díaz, 2008: 48



auge demográfico que se refleja en la fundación de nuevos enclaves en las regiones fértiles, así como en la aparición de novedades simbólicas, ideológicas y tecnológicas que supondrán una readaptación de la población local, no parece existir, como podremos observar, un consenso acerca de cómo se esquematiza o estructura este nuevo sistema de ocupación.

Es por ello que, al análisis teórico que defiende la existencia de un proceso de colonización tartésica de este espacio geográfico, le sigue un estudio pormenorizado de las evidencias arqueológicas conocidas hasta la fecha, incluyendo en ellas los diferentes enclaves poblacionales documentados. También se aborda la relectura de las diferentes secuencias estratigráficas y el análisis territorial del entorno de los diferentes yacimientos que han sido excavados hasta la fecha, incorporando además aquellas novedades documentadas en los últimos años o en proceso de excavación; con todo ello, pretendemos esbozar una imagen lo más certera posible de cómo se organizaría este espacio durante la I Edad del Hierro, pues consideramos que las diferentes lecturas que se han esbozado hasta la fecha sobre el poblamiento del valle medio del Guadiana no han sido capaces de dar una respuesta satisfactoria al problema.



V.1. ¿EXISTIÓ UNA COLONIZACIÓN TARTÉSICA DE LAS TIERRAS DEL INTERIOR?

A mediados del siglo VII a.C. comienza a detectarse en las tierras interiores del valle del Guadalquivir un proceso de cambio representado por la aparición de nuevos enclaves destinados a la explotación agrícola de las tierras fértiles de vega⁶⁹⁸. Estas circunstancias posibilitaron la recuperación de una hipótesis ya planteada por Bonsor⁶⁹⁹ y retomada por Whittaker⁷⁰⁰, aunque sin apenas repercusión histórica, en la que se contemplaba la posibilidad de que se hubiese llevado a cabo una colonización agrícola por parte de poblaciones fenicias de las tierras del interior ante la necesidad de producir excedentes para abastecer a una población en constante crecimiento.

Este modelo, retomado, revisado y defendido por C. G. Wagner y J. Alvar⁷⁰¹, plantea la posibilidad de que no solo fuera el comercio la causa del inicio y desarrollo de la colonización fenicia, sino que habría otras prioridades económicas, principalmente las relacionadas con la explotación de la tierra, reduciendo así el peso que tradicionalmente se atribuye al comercio como consecuencia del progreso de la colonización fenicia⁷⁰². De ese modo, consideran que la pluralidad en las causas que indujeron el inicio y desarrollo de la colonización sería el único procedimiento para entender los complejos fenómenos de interacción cultural que tuvieron lugar⁷⁰³. Así, este modelo fue aplicado en las tierras del interior del valle del Guadalquivir e incluso se aplicó hasta el valle del Guadiana⁷⁰⁴, donde comenzaban a detectarse rasgos que anunciaban un nuevo modelo de ocupación del territorio. De ese modo, se sugirió que era la población fenicia la encargada de llevar a cabo la ocupación de este espacio aprovechando la riqueza agrícola de sus tierras.

Sin embargo, algunos investigadores vieron una falta de rigor arqueológico en los planteamientos que defendían la existencia de una colonización agrícola fenicia⁷⁰⁵, añadiendo una serie de matices al componente cultural sobre el que se sustenta este proceso. De ese modo, la ocupación del territorio que comprende al valle medio del Guadiana sería, realmente, el resultado de una colonización calificada en algunas ocasiones como tartésica y, en otras, como orientalizante⁷⁰⁶; cuyos inicios se fijan a

⁶⁹⁸ Ferrer y Bandera de la, 2005: 566

⁶⁹⁹ Bonsor, 1899

⁷⁰⁰ Whittaker, 1974

⁷⁰¹ Alvar y Wagner, 1988; Wagner y Alvar, 1989; 2003

⁷⁰² Wagner y Alvar, 2003: 187

⁷⁰³ Wagner y Alvar, 2003: 188

⁷⁰⁴ Wagner y Alvar, 2003: 198

⁷⁰⁵ Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1047

⁷⁰⁶ Esta circunstancia ha servido para asentar el uso de ambos vocablos como si de sinónimos se tratase



finales del siglo VII a.C., aunque sus defensores incluso retrasan esta fecha hasta el Bronce Final (finales del siglo IX a.C. o inicios del siglo VIII a.C.)⁷⁰⁷, momento en el que se documentan los primeros elementos mediterráneos en las tierras del interior y se fecha la hipotética fundación del enclave de Medellín⁷⁰⁸. Sería posteriormente, en el siglo VII a.C., cuando se produciría la expansión colonial definida como “urbana”, momento en el que se registra el surgimiento de la necrópolis de Medellín y cuando se fecha el auge urbano del supuesto poblado localizado en una de las laderas del cerro del Castillo en esta misma localidad⁷⁰⁹ y protagonista de este modelo. Así mismo, dicho proceso no tiene como punto y final la definida como periferia de Tarteso, sino que en una segunda fase colonial integraría los territorios que hoy en día comprenden el interior de Portugal y su costa atlántica. Esta conexión queda justificada, según sus defensores, por la vinculación de asentamientos como Alcácer do Sal, Setúbal, Lisboa o Santa Olaia, con poblaciones indígenas orientalizadas o, lo que sería lo mismo para el valle del Guadalquivir, tartésicas⁷¹⁰.

La aparición a partir de 1990 de materiales orientales en las costas atlánticas de Portugal abrió el debate acerca de la existencia de una expansión fenicia desde las colonias localizadas en las costas andaluzas hasta núcleos ubicados en las desembocaduras de los principales ríos portugueses como el Sado, el Tajo o el Mondego, siendo en esencia una continuación de esa colonización fenicia⁷¹¹. Esta idea parece verse aceptada sin tapujos por la comunidad científica dados los restos constructivos y los materiales hasta ahora documentados⁷¹², a los que se suman nuevos y recientes hallazgos que certifican la temprana presencia fenicia en las costas de Portugal⁷¹³. Sin embargo, recientemente se ha puesto en duda dicha hipótesis,⁷¹⁴ surgiendo al mismo tiempo una alternativa según la cual este proceso de ocupación territorial sería el resultado de una “colonización tartésica en el pleno sentido de la palabra”⁷¹⁵.

Aunque siempre se ha intentado analizar la colonización agrícola y la colonización tartésica como procesos separados, no es una coincidencia que hagan su aparición de

⁷⁰⁷ Almagro-Gorbea y otros, 2008: 1007; Almagro-Gorbea y otros, 2008b 1047

⁷⁰⁸ Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1048

⁷⁰⁹ Almagro-Gorbea (dir.), 2008; Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 121

⁷¹⁰ Torres, 2002

⁷¹¹ Pellicer, 1996; 2000; Arruda, 2005

⁷¹² Arruda, 1999-2000

⁷¹³ Zamora, 2014; Sousa, 2014 (con bibliografía)

⁷¹⁴ Torres, 2005

⁷¹⁵ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 113



forma casi simultánea⁷¹⁶. A simple vista, parecen el desarrollo de un mismo modelo contado simplemente desde dos puntos de vista diferentes, pues ambos parten de un mismo patrón empírico basado en la constatación de la aparición de novedades tecnológicas, la fundación de nuevos enclaves próximos a las mejores tierras agrícolas, la adopción de nuevos cultivos y la documentación de un nuevo sistema de organización y distribución de la producción; por lo que presentan, en definitiva, una misma base teórica y metodológica. Sin embargo, es en el componente cultural de las poblaciones que llevan a cabo esta expansión hacia el interior donde discrepan ambas teorías. Si bien la colonización agrícola tiene como protagonistas a la población fenicia ya asentada en las fundaciones coloniales de las costas andaluzas, la colonización orientalizante del interior atribuye a las poblaciones tartésicas la ejecución de este proceso. Así, el modelo de colonización tartésica considera erróneos los planteamientos defendidos por la colonización agrícola de la que, sin embargo, emanan sus planteamientos, y a la que achaca una falta de base arqueológica que la sostenga⁷¹⁷.

Fue Almagro-Gorbea el primero en plantear la existencia de una colonización ‘agrícola’ interna, o también definida como ‘colonización orientalizante’⁷¹⁸, a partir de la detección de una llegada masiva de población tartésica a las tierras del interior desde el valle del Guadalquivir, así como por la aparición de novedades tecnológicas, nuevos cultivos y una nueva organización y distribución de la producción; novedades que le han permitido incluso poner este fenómeno en relación con los casos documentados en Etruria⁷¹⁹ y en el Lacio⁷²⁰. Dicho proceso presentaría dos realidades muy distintas, distinguiendo, por un lado, una colonización de tipo interna del territorio más inmediato con vistas a potenciar su explotación y, por otro lado, una colonización de tipo externo de los territorio limítrofes, cuya finalidad no sería otra que la de controlar el territorio y las principales rutas de comercio. Este proceso, coordinado y encabezado por la ciudad de *Carmo*, daría como resultado la fundación del *oppidum* de Medellín, identificado con el topónimo de *Conisturgis* y considerado como una ‘colonia’ tartésica, a partir de la cual, se coordinaría la segunda etapa del proceso (fig. 77).

⁷¹⁶ Alvar y Wagner, 1988; Almagro-Gorbea, 1990

⁷¹⁷ Almagro-Gorbea, 1990; 1996: 68; 1998; 2008 (dir.)

⁷¹⁸ Almagro-Gorbea, 1990: 99

⁷¹⁹ Torelli, 1983: 40-ss

⁷²⁰ AA.VV., 1980



Fig. 77. Tendencia expansiva de las principales ciudades-estado tartesias (según Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 139, fig. 1)

Para justificar esta expansión tartésica hacia el interior sus defensores han recurrido tanto a la toponimia y otras evidencias lingüísticas como a la arqueología, englobando en este último apartado el supuesto trazado que las vías de comunicación tendrían en época tartésica, lo que además les ha servido de sustento para intentar demostrar la facilidad de acceso y tránsito entre las regiones geográficas implicadas en este proceso (fig. 78). De ese modo, se ha advertido que la distribución de los topónimos en *-ipo*⁷²¹ (fig. 79), considerados vestigios de la lengua turdetana, sucesora de la tartésica, sería una clara evidencia de la existencia de una expansión cuyo origen se sitúa en el valle del Genil, alcanzando el interior y las costas atlánticas de Portugal. Por su parte, las similitudes observadas tanto en los ajuares como en las estructuras funerarias de necrópolis como la Cruz del Negro (Carmona), Medellín o Senhor dos Martires (Alcacer do Sal), les ha servido de igual modo para otorgarles una filiación tartésica, estableciendo una serie de paralelos entre las mismas. Además, estas necrópolis tendrían en común su catalogación como necrópolis urbanas, al encontrarse asociadas a núcleos de población, afirmación que solo parece ser plausible en el caso de las necrópolis de Carmona, donde si han sido documentados restos de un urbanismo coetáneo a los enterramientos⁷²².

⁷²¹ Torres, 2005b: 195-ss; Almagro-Gorbea, 2010: 188-ss; Torres, 2013: 449

⁷²² Belén, 1994; Navarro, 2009 (con bibliografía)

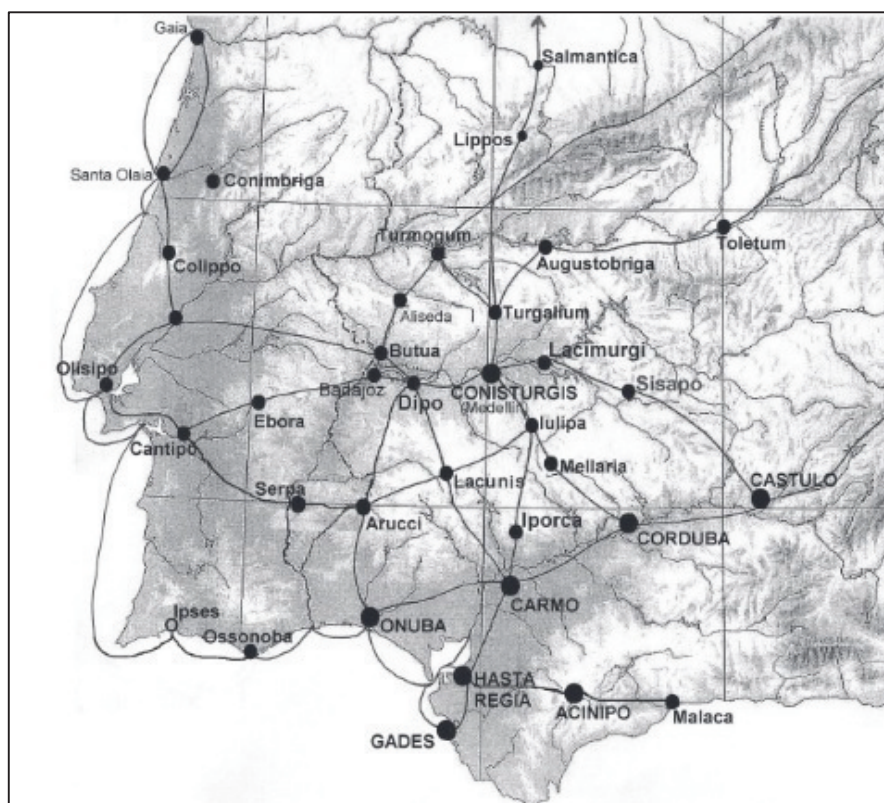


Fig. 78. Vías de comunicación de la cuenca del Guadiana en el mapa viario del Suroeste de Hispania durante el período Orientalizante (según Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1034, fig. 935).

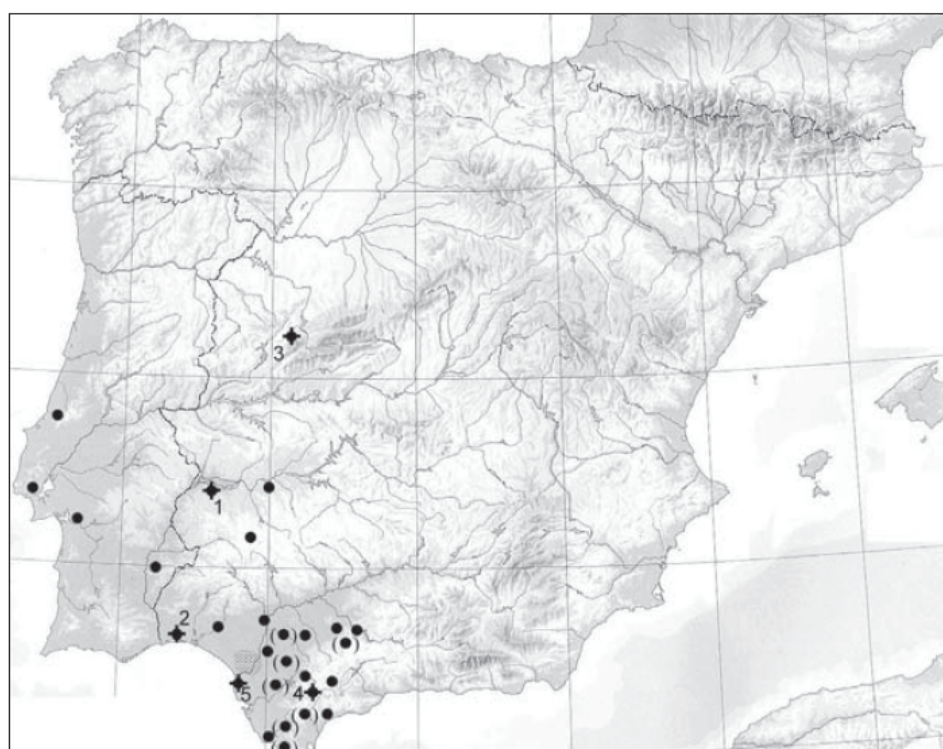


Fig. 79. Dispersión de los topónimos en -ipo en Hispania (según Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1043, fig. 948).

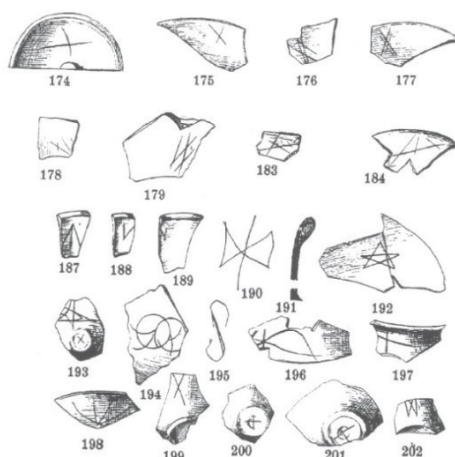


Fig. 80. Cerámicas grafiadas de Santa Olaia (según Arruda, 1999-2000: 237, fig. 168).

A estas evidencias se suman otros elementos de la cultura material que remitirían igualmente a un horizonte tartésico, que no fenicio, del Suroeste de la Península Ibérica. Entre ellos se citan las cerámicas de retícula bruñida (fig. 81), las evidencias de escritura, las cerámicas grises o la presencia de jarros y braseros de bronce⁷²³. Por último, y como mecanismo para afianzar esta hipótesis, se han rastreado elementos en diferentes asentamientos con la finalidad de desligarlos del proceso de colonización fenicia. Este es el caso, por ejemplo, de Santa Olaia, considerada hasta la fecha como una fundación de origen oriental⁷²⁴, pero en la que se han documentado una serie de elementos, como los grafitos con el símbolo del diábolo o la estrella incisa de cinco puntas (fig. 80) documentados en algunos de los fragmentos cerámicos hallados en este yacimiento y que no pueden calificarse de fenicios⁷²⁵. Todo este proceso sería posible gracias a la existencia de un entramado de vías de comunicación que pondrían en relación importantes enclaves como Carmona, Medellín, Córdoba o Cástulo, justificando de esa manera las similitudes que existen entre algunos de los elementos arqueológicos documentados en ellos.

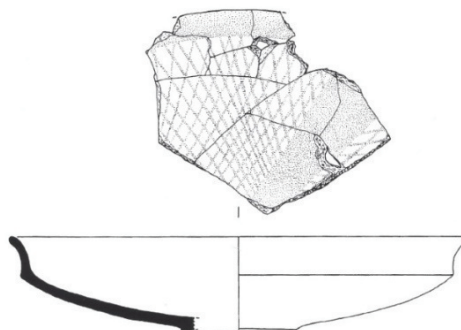


Fig. 81. Cerámica bruñida de Alcaçova de Santarem (según Arruda, 1999-2000: 203, fig. 140).



⁷²³ Torres, 2005b: 203-204; 2013: 455

⁷²⁴ Arruda, 1999-2000: 253-254

⁷²⁵ Torres, 2005b: 201; 2013: 453



La combinación de todos estos elementos y su adaptación a los datos aportados por las fuentes clásicas, han permitido a sus defensores sostener un proceso complejo y a la vez lineal que estructura la colonización tartésica en torno a una serie de fases. Cada una de ellas posee un origen, una intencionalidad y un desarrollo diferente, donde la dirección de los flujos es la variable más oscilante. Ello provoca que en cada una de las etapas despunte una región geográfica, hecho que las vuelve independientes pero, al mismo tiempo, complementarias.

Fases ⁷²⁶		Direcciones ⁷²⁷	
1	<p>La primera fase, la más antigua, se remonta al Bronce Final. Su desarrollo quedaría atestiguado por los materiales más antiguos hallados en Medellín, entre los que se citan cerámicas de retícula bruñida y recipientes con incrustaciones metálicas; elementos que ponen en relación esta zona con el valle del Guadalquivir desde época muy temprana.</p> <p>Así mismo, se vuelve a debatir la teoría que defiende la existencia de un aporte de población desde el valle del Guadiana hacia el Guadalquivir en estos tempranos momentos⁷²⁸</p>		<p>La fase del Bronce Final estaría caracterizada por una colonización terrestre hacia el Alto Guadalquivir atestiguada por la aparición de poblaciones con topónimos en -ipo. Cástulo sería el “principal núcleo” tartésico de la zona, punto desde el que se controlaría tanto el distrito minero como las principales vías de comunicación.</p>
2	<p>La segunda fase estaría protagonizada por la aparición de poblaciones que presentan el prefijo en -ipo, un prefijo que significa ciudad⁷²⁹. El origen de dicha fase se localiza en Andalucía Occidental, fechándola a partir del siglo VII a.C.⁷³⁰, ya en plena época Orientalizante. A ella se vincula también la aparición de un urbanismo de corte</p>		<p>La segunda fase colonial se realiza hacia el valle del Guadiana donde se ha articulado un sistema de poblamiento organizado en torno a una serie de asentamientos en altura distanciados unos 30 km entre sí. Es dentro de esta etapa donde destaca el papel de Medellín, identificado con <i>Conisturgis</i> y núcleo en el que nos detendremos más adelante, pues es considerado como el centro neurálgico de todo este proceso, foco controlador del territorio y cabeza o</p>

⁷²⁶ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 126-ss

⁷²⁷ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 120-ss

⁷²⁸ Celestino, 2001: 292-ss; 2005: 777

⁷²⁹ Villar, 2000: 387

⁷³⁰ Torres, 2005b: 206-207; Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1058



	mediterráneo y una cultura material muy similar a la documentada en el valle del Guadalquivir.		punto de partida para el desarrollo de una tercera fase de colonización. El inicio de todo este proceso se fija en <i>Carmo</i> , relación que se establece a partir de las similitudes formales documentadas en las necrópolis donde existen grandes semejanzas tanto en los ritos como en las estructuras y los materiales que componen el ajuar. A ello se suma la cercanía de <i>Carmo</i> a la ‘Vía de la Plata’, a tres días de camino.
3	<p>Por último, una tercera fase que comprende el control del territorio y las vías de comunicación que se extienden hacia el interior por las tierras del Guadiana y el Tajo medio, llegando incluso hasta la Meseta Norte; una hipótesis que se sostiene en base a los materiales aparecidos en yacimientos como el Berrueco⁷³¹ y Sanchoreja⁷³² en Salamanca.</p> <p>De forma paralela a la colonización de las tierras del interior se supone una cuarta fase, documentada por los topónimos en -uba y en -ipo y que llegaría a alcanzar las costas del Atlántico.</p>		<p>La última fase se limitaría a la colonización de la costa meridional del atlántico de Portugal por vía marítima. Ésta se extendería hasta el Tajo, llegando a crear establecimientos secundarios en la desembocadura del Duero e incluso en Galicia con la finalidad de controlar las rutas por las que circula el oro y el estaño. Esta colonización de tipo marítima se fecha a fines del siglo VII a.C.⁷³³ a partir de la aparición de varios núcleos de población en el interfluvio del Tajo-Sado.</p> <p>Recientemente se ha puesto en entredicho la existencia de este proceso de colonización por vía marítima aludiendo que la vía terrestre resulta la hipótesis más económica⁷³⁴. Ésta tendría como punto de partida el codo que el Guadiana hace al variar, a la altura de Badajoz, su rumbo hacia el sur y tendría como destino la península de Lisboa.</p>

Todo este proceso estaría encabezado o auspiciado por las poblaciones tartésicas de *Carmo*, al norte, y *Asta Regia* al sur; poblaciones que por su mayor tamaño se les supone un mayor rango y una capacidad económica y política para llevar a cabo una empresa de tal magnitud⁷³⁵. Así, *Asta Regia* estaría considerada como la metrópolis capaz de supervisar el proceso de colonización marítima de las costas meridionales atlánticas de Portugal; mientras *Carmo*, más al interior, se encargaría del control de la colonización

⁷³¹ Maluquer, 1958b; Piñel, 1976; Fabián, 1986-87

⁷³² Maluquer, 1958c; 1958d; González-Tablas, Fano y Martínez, 1991-92

⁷³³ Torres, 2005: 206-207; 2008

⁷³⁴ Torres, 2013: 457

⁷³⁵ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 117



terrestre del valle del Guadiana, para saltar desde ahí a las tierras del interior de Portugal. Este proceso sería efectivo en tanto en cuanto desde Carmona pueden controlarse importantes vías de comunicación cuyo uso solo tenemos atestiguado con seguridad en época romana: la vía Heraclea y la vía de la Plata; lo que permitiría no solo tener un control efectivo de las rutas de comercio, sino también de las principales tierras de producción, dando así salida al excedente de población que ocupa en esos momentos el valle del Guadalquivir. Dichas localizaciones, a las que se sumarían Córdoba, Cástulo y Huelva, así como Acinipo, *Astigi*, *Ilipa* y *Conisturgis*, serían las ciudades tartésicas que compondrían la heptarquía recogida por Justino (44, 4, 13)⁷³⁶. A ellos se asocia un santuario federal que se ha situado ya en varias localizaciones entre las que se encuentra la Algaida, el Carambolo e, incluso, Santa Lucía del Trampal⁷³⁷.

La combinación entre las diferentes fases y los puntos de procedencia de estos influjos, ha permitido a Almagro-Gorbea y a Torres confirmar la hipótesis hace años propuesta por el segundo de ellos⁷³⁸ y recientemente ratificada⁷³⁹, en la que se considera que los asentamientos y la población orientalizante de la costa atlántica de Portugal deben explicarse por una colonización de origen tartésico iniciada en el siglo VIII – VII a.C. por ser este el momento en el que se fechan los materiales orientalizantes más antiguos localizados en Lisboa y Santarém⁷⁴⁰. Dicha colonización no debe ser entendida en los mismos términos en los que hoy interpretamos las colonizaciones fenicia y griega de las costas atlánticas y mediterráneas, sino que más bien se trataría de una colonización “demográfica” semejante a la colonización agraria tartésica del Guadiana⁷⁴¹, a la etrusca de la llanura del Po⁷⁴² o, incluso, muy similar al proceso de expansión de Uruk en Mesopotamia⁷⁴³ para el control de las rutas comerciales. Del mismo modo, concluyen su exposición afirmando que “*el proceso de colonización tartésica ha quedado demostrado*

⁷³⁶ *Ad hoc (Habis) et ministeria servilia populo interdicta et plebs in septem urbes divisa* // Habis prohibió al pueblo los trabajos serviles y dividió a la población en siete ciudades.

Este controvertido texto, abierto a diferentes lecturas e interpretaciones dada su antigüedad y la escueta referencia o explicación que hace al respecto de lo que narra (Hoz, 2010: 238; Alvar, 2013: 89), ha servido como desencadenante o justificación para sostener un proceso de colonización externa que, desde el Guadalquivir, pasando por el Guadiana, con Medellín como cabeza del territorio, tendría como punto y final la colonización de la costa atlántica de Portugal. Dicha interpretación ha complicado la lectura de un proceso de traspaso de población que resulta, en esencia, mucho más sencillo de comprender y justificar/explicar.

⁷³⁷ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 119

⁷³⁸ Torres, 2005b

⁷³⁹ Torres, 2013

⁷⁴⁰ Torres, 2013: 456

⁷⁴¹ Almagro-Gorbea, 1990: 99

⁷⁴² Torelli, 1981: 189-ss; Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 123

⁷⁴³ Algaze, 1993; 2004



tras la interpretación de Medellín-Conisturgis como una ‘colonia’ tartésica⁷⁴⁴ dentro de un plan *estatal* de colonización terrestre de los territorios periféricos para controlar las vías de comunicación, obtener excedentes alimenticios y lograr recursos mineros y expandir los productos del artesanado orientalizante⁷⁴⁵. Así mismo, “el proceso de colonización marítima de las costas atlánticas solo puede atribuirse a los tartesios, por lo que su atribución a los fenicios más bien parece un espejismo histórico”⁷⁴⁶ (fig. 82).

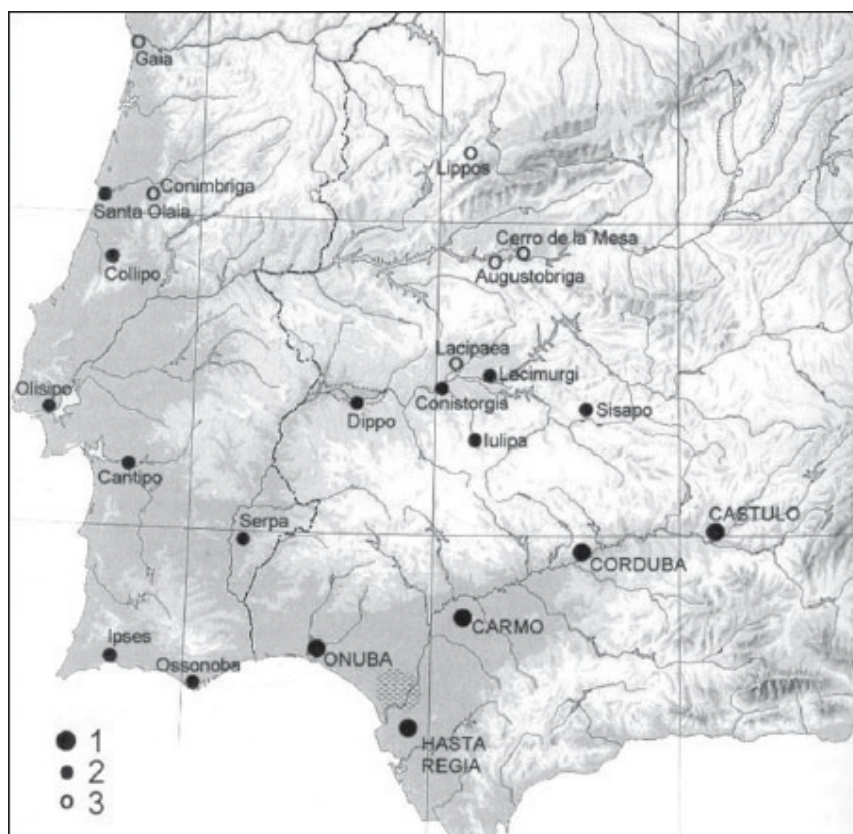


Fig. 82. Resultado de la colonización tartésica. 1: ‘metrópolis tartesias; 2: ‘colonias’ tartesias; 3: supuestas ‘factorías’ tartésicas (según Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 142, fig. 6).

Quizás el primer punto en el que debemos detenernos antes de comenzar la revisión de la colonización tartésica sea aquel que nos ayude a esclarecer ¿a qué nos referimos cuando hablamos de Tarteso? (fig. 83). No es nuestra intención detenernos en un problema histórico que sabemos de difícil solución, sobre todo cuando somos plenamente conscientes de la complejidad que supone poner a la comunidad científica de acuerdo a la hora de definir este concepto. La imagen de Tarteso varía de unos investigadores a otros hasta el punto de haber ido evolucionando y cambiando dentro del pensamiento de éstos desde hace tres décadas hasta hoy como resultado de los avances que la

⁷⁴⁴ Almagro-Gorbea, 2010: 191

⁷⁴⁵ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 131

⁷⁴⁶ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 132



investigación ha deparado en los últimos años. A la complejidad de dar una definición cerrada a este concepto se suma el hecho de que nosotros ya hemos aludido a dicha problemática desde el punto de vista historiográfico en el primer capítulo de este trabajo, por lo que sería una redundancia volver a recalcar en el tema. Sin embargo, consideramos necesario hacer una alusión a esta cuestión desde un punto de vista identitario, recogiendo para ello los últimos avances e incluyendo nuestra manera de entender esta compleja cultura con vistas a que la futura exposición y explicación del modelo de poblamiento del valle medio del Guadiana que continúa a estas líneas, resulte más comprensible desde el punto de vista cultural.

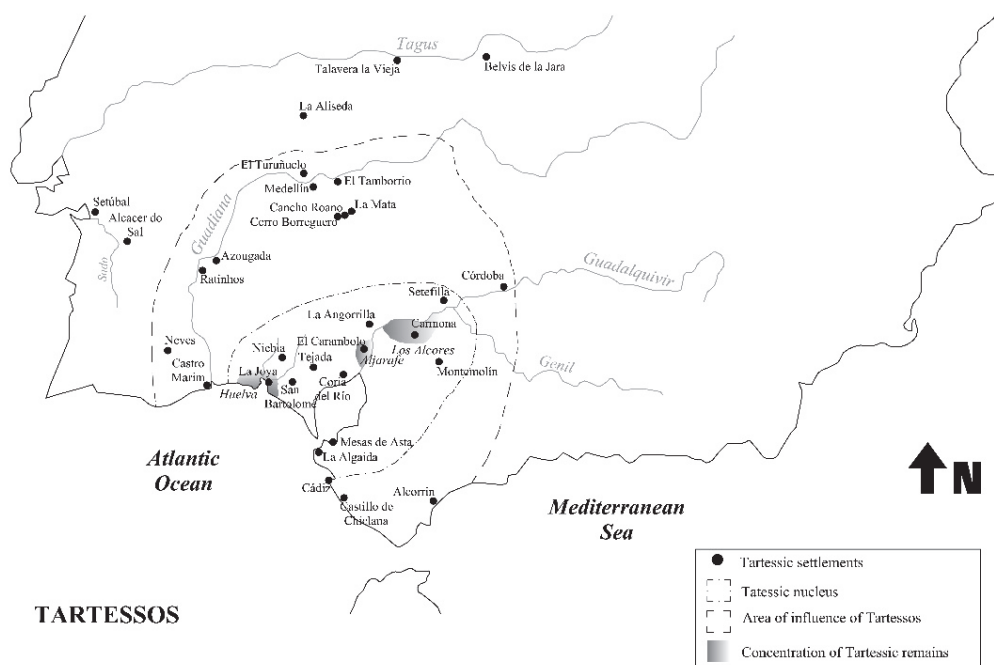


Fig. 83. Territorio de Tarteso (mapa de E. Rodríguez González, en Celestino y López Ruiz e.p. 175, fig. 7)

Tarteso es quizás una de las culturas cuyo origen y filiación cultural más han variado con el paso de los años como consecuencia de su devenir historiográfico⁷⁴⁷. Ello es la consecuencia de haber intentado con ahínco equiparar y hacer coincidir forzosamente un Tarteso exclusivamente literario con unos horizontes arqueológicos y filológicos, tarea, al fin y al cabo, responsabilidad del historiador de la antigüedad y el arqueólogo. Sin embargo, el avance de las investigaciones nos ha mostrado que dichos horizontes son imposibles de conectar, pues nos enfrentamos a problemas diversos cuya solución debe ser acometida desde cada una de las disciplinas implicadas.

⁷⁴⁷ Álvarez Martí-Aguilar, 2005



La primera referencia que tenemos de Tarteso aparece recogida en las fuentes griegas del siglo VI a.C., es decir, más de tres siglos después del inicio de la colonización fenicia del sur de la Península Ibérica. En este marco literario creció bajo un halo de leyenda del que ahora no podemos desprenderlo, pues *“cuando a un mito clásico le sucede uno contemporáneo, el proceso de desmitificación es doblemente arduo”*⁷⁴⁸. Este Tarteso, exclusivamente filológico, acabó siendo despertado por la arqueología, primero con la intención de localizar su ciudad homónima recogida por las fuentes antiguas⁷⁴⁹ y, poco después, pero ya de manera definitiva, tras la identificación del “fondo de cabaña” y las cerámicas del Carambolo como la expresión material de esta cultura cuyas raíces quedaban hundidas en la Prehistoria peninsular. De ese modo, Tarteso se convertía en una cultural “real”, suponiendo con ello un cambio cualitativo de los estudios, pues pasaba de estar identificado con una ciudad a convertirse en una compleja cultura.

La idea de un Tarteso de raíces autóctonas⁷⁵⁰ ha prevalecido inalterada hasta las recientes excavaciones llevadas a cabo en el cerro del Carambolo, en el contexto de las cuales fue documentado un santuario fenicio consagrado a la diosa Astarté y donde se ha podido comprobar que el “fondo de cabaña” que Carriazo había atribuido a poblaciones del Bronce Final es en realidad una fosa-vertedero de índole ritual⁷⁵¹. Este cambio en el paradigma ha hecho tambalearse los cimientos de todos aquellos asentamientos considerados tartésicos tras haber sido estudiados a partir de los materiales y estratigrafías exhumadas en las últimas campañas del Carambolo. A este cambio podemos también sumarle la aparición del lote de materiales hallados en el solar de la C/ Méndez Núñez 7-13/Plaza de las Monjas 12 de la ciudad de Huelva⁷⁵². Este hallazgo supone la constatación de la presencia más antigua de fenicios en el sur de la Península Ibérica, lo que desecha al mismo tiempo el carácter pre-fenicio de la fase I del Cabezo de San Pedro. Ambos hechos han provocado que el período que denominábamos como Bronce Final tartésico precolonial sea ahora una etapa en vías de desaparecer a pesar de que algunos

⁷⁴⁸ Ferrer y Bandera de la, 2010: 10

⁷⁴⁹ Schulten, 1945

⁷⁵⁰ El mejor ejemplo de la vinculación de Tarteso a una cultura autóctona del sur de la Península Ibérica es la definición al concepto recogida en el encuentro celebrado en Huelva en 1980: *“Llamamos cultura tartésica a la cultura del Bronce Final del Valle del Guadalquivir y Huelva, principalmente, que sufre un profundo proceso de aculturación a partir de la llegada de los primeros elementos coloniales y decae a partir de final del siglo VI a.C., dando lugar a la formación de la cultura Turdetana”* (AA.VV., 1982: 19).

⁷⁵¹ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 246

⁷⁵² González de Canales, Serrano y Llompart, 2004; 2008



investigadores aún encuentren evidencias arqueológicas capaces de sostener, muy débilmente, su existencia⁷⁵³.

Así pues, hoy podemos certificar que el error de partida ha estado en intentar identificar un Tarteso literario con una cultura material, fundamentalmente de prestigio, que lo representara e identificara; la obsesión histórica, como ocurre por ejemplo con la fundación de *Gadir*, de hacer casar las fuentes con los restos materiales; en definitiva, de dotar a Tarteso de todos aquellos elementos necesarios para que pudiera ser analizado desde un punto de vista identitario y cultural del mismo modo que ya se venía haciendo con sus contemporáneos fenicios y griegos. Pero, ¿hasta qué punto los que nosotros denominamos tartesios se sentían emocional y afectivamente vinculados a este etnónimo o entidad étnica y cultural? ¿Sabían los habitantes que poblaban el suroeste de la Península Ibérica entre los siglos VIII – VI a.C. que eran tartesios?

*“La simple mención de un etnónimo no debe llevarnos a pensar que existe, detrás, una identidad de grupo fundamentada en una cierta autoconsciencia o incluso un pueblo concreto; o al revés, definida una identidad étnica, ésta no funciona igual en unos momentos y en otros”*⁷⁵⁴. Esta realidad es la que gira a día de hoy en torno a Tarteso, pues estamos muy lejos de conocer si éstos tenían o no una conciencia colectiva de pueblo⁷⁵⁵. A nuestro modo de entender, Tarteso no deja de ser una construcción moderna que nosotros debemos acotar desde el punto de vista cultural y que únicamente debemos aplicar para “entendernos” y referirnos a unas poblaciones que habitaron el suroeste peninsular tras la llegada de los fenicios, sin obsesionarnos en trazar un marco cronológico, geográfico y social, pues Tarteso, como resultado de la conexión entre distintos horizontes culturales, no funciona igual ni en todas las regiones que integran el suroeste peninsular, ni a lo largo de todas las etapas que conforman su historia.

Del mismo modo que había ocurrido en los encuentros de 1968 y 1993 (Tartessos 25 años después) donde un nutrido número de especialistas en el estudio de Tarteso intentaban dar solución o explicación a esta enigmática cultura, la celebración el pasado año 2013 del congreso titulado *Tarteso. El emporio del metal* en la Universidad de Huelva, trató de extraer una “definición” para este concepto en la que se asumiese una opinión, lo más consensuada posible, entre todos los especialistas allí reunidos, y de la

⁷⁵³ Torres, 2002; 2014

⁷⁵⁴ Cruz Andreotti, 2010: 20

⁷⁵⁵ Arruda, 2013: 211-212; Albuquerque, 2014: 125



que nosotros recogemos el fragmento que consideramos reúne la definición identitaria que tratamos de encuadrar en este apartado:

“Tarteso es una cultura del Suroeste peninsular, confluyente con la presencia estable de fenicios, hechos que eclosionan en la brillantez y riqueza a las que aluden las fuentes literarias griegas con el nombre de Tarteso y, tal vez, alguna mención en las bíblicas a través del topónimo Tarsis, cuya identificación con Tarteso no es segura.

Los testimonios arqueológicos dan cuenta de una gran diversidad demográfica en la citada confluencia: centros o asentamientos de directa creación fenicia, a los que se incorporan contingentes autóctonos; o centros preexistentes a los que se incorporan los fenicios con el resultado, en la generalidad de los casos, de comunidades yuxtapuestas o híbridas en las que se documenta el uso de lenguas diversas. Allí se decanta lo que entendemos por Tarteso, donde la influencia helénica, más o menos antigua, se intensifica en el último tercio del s. VII, unos dos siglos después de la presencia permanente de los fenicios. Por otra parte, la aparición etnocultural indoeuropea es asimismo importante”⁷⁵⁶.

Así, Tarteso sería en esencia el resultado de la combinación de dos realidades en las que confluyen la colonización fenicia⁷⁵⁷ y la materialidad que nosotros le hemos querido dar a la combinación entre lo alóctono y lo autóctono, integrando dentro del primero no solo a la población de origen fenicio, sino también a otras poblaciones mediterráneas y peninsulares⁷⁵⁸. Esta pluralidad en la composición étnica de Tarteso explica la variedad material y, al mismo tiempo, las concomitancias que existen entre determinados objetos o realidades materiales, como la arquitectura o las necrópolis, dentro de un variado espacio geográfico. Así, estamos de acuerdo en afirmar que *“Tarteso no fue una civilización indígena, sino la realidad que conocieron los griegos cuando llegaron a la Península Ibérica en el s. VII a.C., un conglomerado de colonias fundadas por orientales que llevaban dos siglos viviendo en ellas”⁷⁵⁹*. Aunque esta idea sea del todo plausible, el hecho de que no podamos demostrar que esas poblaciones que los griegos encontraron se sintieran tartésicas o se identificaran como tal, es una muestra más de que esta categorización es el resultado de una construcción moderna. Ello no obliga a desechar el

⁷⁵⁶ Campos y Alvar (eds.), 2013: 651-652

⁷⁵⁷ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 269; Wagner, 2011: 125

⁷⁵⁸ Celestino, 2008: 224; 2014: 153

⁷⁵⁹ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 269



término de la literatura científica y mucho menos sustituirlo por el concepto de Orientalizante, mucho más impreciso si cabe; pero sí nos obliga a ser cautelosos a la hora de aplicarlo, pues debemos ser conscientes de a qué nos referimos cuando hacemos uso del mismo, sin olvidar además sus límites.

Si consideramos acertada la lectura identitaria que acabamos de hacer y a la luz de los datos que poseemos hasta el momento⁷⁶⁰, Tarteso no puede ser considerado o interpretado como una nación integrada por una serie de ciudades-estado coaligadas, por lo que carecería de capacidad económica, política y social para llevar a cabo un proceso colonial de estas magnitudes. Esta circunstancia nos obliga a revisar el proceso colonial que se le atribuye a la población tartésica del valle del Guadalquivir y al que con anterioridad hacíamos alusión. Los términos en los que ha sido construida esta hipótesis nos llevan a abordar dicha revisión en dos estadios dentro de los cuales queda integrado todo el proceso: el primero abarcaría la colonización desde Carmona hasta el valle medio del Guadiana, y en cuyo marco se funda la ‘colonia’ de Medellín; mientras que el segundo comprendería la colonización tartésica desde Medellín hacia las costas atlánticas de Portugal. El hecho de que hagamos tal distinción se debe al impacto que esta supuesta colonización tartésica puede tener sobre la lectura e interpretación histórica.

V.1.1. De Carmo a Conisturgis:

Si bien no consideramos que el término ‘colonización’ sea el más adecuado para definir el proceso aquí detectado, no negaremos la existencia de un traspaso de población desde el valle del Guadalquivir a las tierras del interior⁷⁶¹ como consecuencia de la denominada Crisis del siglo VI a.C., la cual trajo aparejada el colapso de Tarteso en la región considerada como su núcleo. El problema es que resulta insostenible mantener la idea de que este traspaso de población se efectuó bajo custodia de un plan organizado desde ciudades como Carmona con el fin de captar el excedente agropecuario y controlar las principales vías de comunicación⁷⁶², hipótesis que se sostiene sobre argumentos como la distribución de los topónimos en –ipo o en la presencia de urnas tipo Cruz del Negro en las necrópolis de ambos territorios.

⁷⁶⁰ Arruda, 2013: 212

⁷⁶¹ Celestino, 2005; 2008; 2014

⁷⁶² Almagro-Gorbea (dir.), 2008; Almagro-Gorbea y Torres, 2009

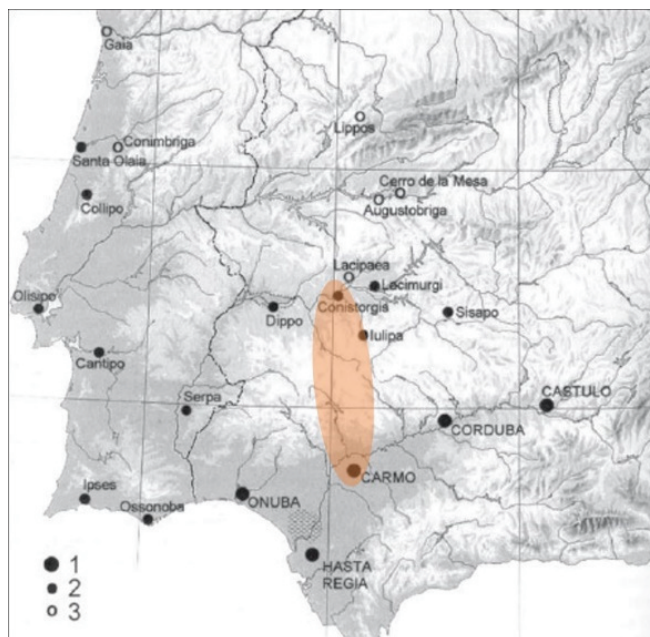


Fig. 84. Área de expansión de la fase 1 (a partir de Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 142, fig. 6)

Aunque no entraremos a discutir todos los datos que actualmente aporta la toponimia acerca de la localización y origen de los topónimos acabados en *-ipo* y su posible filiación prerromana⁷⁶³, huelga recordar que los conocimientos topográficos no siempre son la herramienta más eficaz para definir espacios geográficos, más cuando sabemos que “*a relação entre língua e povo é uma construção intelectual recente*”⁷⁶⁴. Ello se debe a la falta de clarividencia y a la incapacidad de certificar una exacta localización de todos los topónimos conocidos y atribuidos a poblaciones prerromanas; no obstante, hay excepciones, aquellos casos en los que una determinada evidencia relaciona un enclave con un topónimo determinado, circunstancia que no suele ser habitual hasta la conquista romana, más cuando éstos nos han sido transmitidos por fuentes tardías, romanas o griegas⁷⁶⁵. Además, cabe también recordar que desconocemos tanto la cronología de formación como la lengua que dio origen a los topónimos en *-ipo*⁷⁶⁶. La transmisión de los mismos se ha producido a través de los textos clásicos y las leyendas monetales, lo que dificulta su adscripción a enclaves anteriores, más cuando algunas de las identificaciones carecen de correlación lingüística y arqueológica, pues existen casos en los que se asigna un topónimo en *-ipo* a un enclave que no posee restos arqueológicos de época tartésica⁷⁶⁷. De este modo, no podemos sostener con certeza que la presencia de topónimos en *-ipo* sea un reflejo de la distribución de poblaciones tartésicas en las tierras

⁷⁶³ Una revisión reciente en Albuquerque, 2014: 26 (con bibliografía)

⁷⁶⁴ Albuquerque, 2014: 26

⁷⁶⁵ Albuquerque, 2014: 40-41; Sousa, e.p.b

⁷⁶⁶ Hoz, 1995: 598

⁷⁶⁷ Arruda, 2013: 213



del interior como resultado de un fenómeno de colonización, pues los argumentos lingüísticos siguen siendo muy débiles a este respecto.

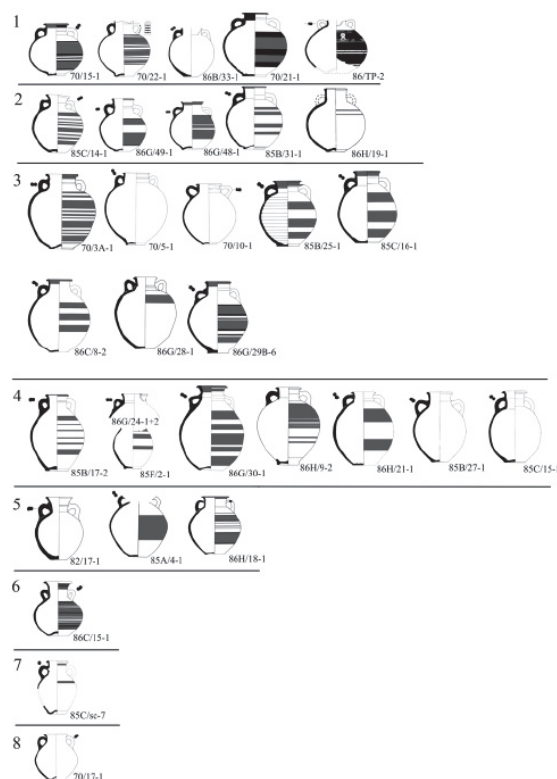


Fig. 85. Tipología de urnas Cruz del Negro de la necrópolis de Medellín (según Torres, 2008c)

A ello se suma el uso de las urnas tipo Cruz del Negro, cuya presencia en necrópolis del interior ha servido también para justificar la existencia de este proceso. Conviene recordar que las conocidas como urnas tipo Cruz del Negro, denominación que deriva del nombre de la necrópolis excavada por Bonsor en 1870 cerca de Carmona, no son recipientes de tipología indígena, sino oriental⁷⁶⁸. La relación directa que se ha establecido entre la presencia de estos recipientes como uso funerario para contener restos de cremaciones en necrópolis consideradas tartésicas del valle del Guadalquivir, y los ejemplos de Medellín (fig. 85), así como los localizados en Portugal, han llevado a los excavadores de la necrópolis extremeña a considerarlas un ejemplo que certificaría la existencia de dicha colonización. Sin embargo, al hecho directo o punto de partida de que éstos recipientes no son producciones tartésicas, se suma la presencia de los mismos en yacimientos del Norte de África, como Rachgon⁷⁶⁹, o la isla de Ibiza, donde se han localizado varios ejemplos arcaicos en la necrópolis de Puig de Molins⁷⁷⁰.

⁷⁶⁸ Rodríguez Muñoz, 2006; Wagner, 2011: 123; Arruda, 1999-2000: 90; 122; 2013: 214

⁷⁶⁹ Vuillemot, 1955; Rodríguez Muñoz, 2006: 102

⁷⁷⁰ Gómez Bellard, 1990; Fernández Gómez y Costa, 2005; Rodríguez Muñoz, 2006: 103



Según las investigaciones realizadas sobre el enclave de Medellín, para llevar a cabo este proceso de colonización la población tartésica contaría con una estructurada red de vías de comunicación que conectaría, dentro del territorio, los principales núcleos de población⁷⁷¹ (fig. 78). Dentro de esta vasta red viaria destacarían dos de ellas por encima del resto: la conocida Vía de la Plata, en uso desde el Bronce Final⁷⁷² y que atravesaría el territorio de norte a sur, por lo que en época tartésica conectaría asentamientos como Carmona, Córdoba y Medellín, hasta su desvío en época romana tras la fundación de *Emerita Augusta* (*It. Ant.* 415,3-416,3); y la denominada como Vía del Guadiana, que conectaría el territorio de este a oeste, desde *Sisapo*, pasando por *Lacimurgi*, Entreríos, Medellín, Alange, *Dipo*, Badajoz y Mértola, y a la que se sumarían enclaves como *Lacipaea* y *Iulipa*, “que indicarian poblaciones (secundarias) surgidas para controlar vías de comunicación”⁷⁷³. De ese modo, la Vía de la Plata habría sido testigo del proceso de colonización desde el valle del Guadalquivir hasta el valle medio del Guadiana, y con ello de la fundación de Medellín por parte de las poblaciones llegadas de Carmona⁷⁷⁴; mientras que la vía del Guadiana sería la elegida para acometer la colonización de la costa atlántica de Portugal, hecho que se demostraría por su conexión con enclaves como *Salacia* (Alcacer do Sal), *Olisippo* (Lisboa) y *Scallabis* (Santarem).

Lógicamente, como ocurre con el proceso colonial, sus defensores se basan en la existencia de una serie de datos lingüísticos (topónimos y antropónimos), principalmente en aquellos con terminación en -ipo, y en la presencia de determinados *ítems* arqueológicos para argumentar esta hipótesis, así como en el trazado que posteriormente tendrán las vías romanas. Sin embargo, ni la toponimia habla en favor de este argumento, pues como acabamos de ver ni se puede demostrar que los topónimos en -ipo sean de origen tartésico; ni la ubicación que se le da a los mismos puede certificarse en todos los casos; ni la arqueología presenta un panorama tan homogéneo como para certificar la existencia de una serie de núcleos que jalonan estos caminos; ni el uso de un sistema viario posterior resulta la mejor herramienta para certificar su existencia, más cuando el uso dado a las mismas es tan dispar en cada una de las etapas⁷⁷⁵. Quizás el ejemplo más destacado para demostrar este razonamiento lo constituya el caso de Medellín, ubicado

⁷⁷¹ Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1033-1034; Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 126-ss.

⁷⁷² Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 126

⁷⁷³ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 120

⁷⁷⁴ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 131

⁷⁷⁵ Celestino, 2008d: 30



en el trazado de la vía de la Plata e identificado con *Conisturgis* a pesar de que dicho vínculo no pueda demostrarse en modo alguno.

Medellín ha sido considerado por sus excavadores como una colonia tartésica fundada dentro de un plan estatal que tendría como finalidad última el control del territorio y las principales rutas de comercio⁷⁷⁶. Su importancia se deduce de la aparición de la necrópolis a principios de los años 70 del pasado siglo, a lo que se suma la hipótesis que defiende la existencia de un importante núcleo de población, denominado *oppidum*, en una de las laderas del Cerro del Castillo de la actual localidad de Medellín. Este razonamiento, sumado a las similitudes que puedan encontrarse entre enclaves del valle del Guadalquivir y la población de Medellín, ha resultado suficiente para elevar a esta ciudad a la categoría de ciudad-estado⁷⁷⁷, encargada del control económico y político de todo el valle del Guadiana y protagonista en el proceso de colonización de las costas atlánticas de Portugal. Sin embargo, las intervenciones arqueológicas no han sido capaces, hasta la fecha, de documentar la existencia de dicho asentamiento, cuya presencia se basa en algunos objetos aislados y en la hipótesis, no desacertada, de que la existencia de una necrópolis certifica o hace intuir la presencia de un núcleo de población.

Por todo ello, nosotros somos conscientes de que no tenemos argumentos arqueológicos o literarios que rechacen el uso de estas vías de comunicación con anterioridad a época romana, sin embargo, tampoco existen pruebas que puedan corroborarlo. Así, consideramos que el trazado otorgado tanto a la Vía de la Plata en época tartésica con anterioridad a la fundación de la colonia *Emerita Augusta* como a la Vía del Guadiana, no pueden ser demostrados y, por lo tanto, no sirven como argumento para certificar la penetración terrestre de la población llegada del valle del Guadalquivir; más aún cuando las manifestaciones para sostenerlas resultan tan débiles. A ello se suman las dificultades topográficas derivadas de este trazado. Aunque Sierra Morena no constituye una frontera natural infranqueable, lo cierto es que su orografía no favorece la fluidez del tráfico, sobre todo para el transporte de mercancías pesadas. Así mismo, la ausencia de evidencias arqueológicas adscritas al período tartésico en este espacio geográfico, como se deja entrever en el mapa de distribución de topónimos en -ipo, donde existe un gran vacío entre *Corduba* y *Iulipa*, así como la ausencia de yacimientos o estelas tartésicas, no hablan en favor del uso de este espacio como zona de tránsito habitual durante la I Edad del Hierro.

⁷⁷⁶ Almagro-Gorbea y Torres, 2009

⁷⁷⁷ Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1035



Frente a ello, parecen que las vías fluviales serían sin duda las más adecuadas para llevar a cabo dicha conexión⁷⁷⁸ (fig. 86). Su uso en época protohistórica queda avalado por la distribución de los yacimientos arqueológicos del interior, sirviendo la localización de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo como un ejemplo de ello al quedar localizados junto al Guadiana, principal arteria fluvial de este espacio, o en la margen de alguno de sus principales afluentes. El uso de los ríos como vías de comunicación los lleva a convertirse además en las principales arterias de incursión hacia el interior, tanto de gentes como de ideas. Así, los ríos Guadiana y Tago constituyen las principales líneas de penetración, desde el sur y el oeste respectivamente, de los influjos mediterráneos localizados tanto en la costa sur de Andalucía como en la costa atlántica de Portugal, configurando, de ese modo, la Mesopotamia retratada por Estrabón⁷⁷⁹. Así pues, el sustrato cultural y el modelo de ocupación del territorio que nosotros estudiamos para el valle medio del Guadiana a lo largo de la I Edad del Hierro, sería el resultado de la combinación de los rasgos culturales de ambos espacios, el valle del Guadalquivir y la desembocadura de los río Sado, Tago y Mondego, que vienen a confluir en este territorio intermedio, el valle del Guadiana.

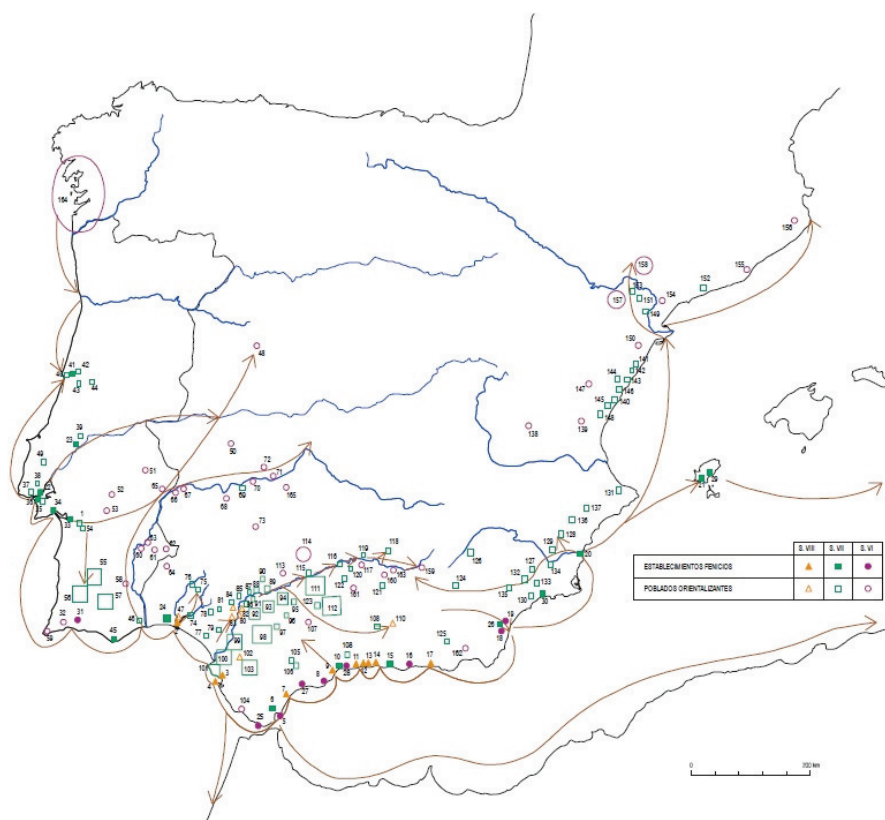


Fig. 86. Asentamientos fenicios y vías de comunicación (según Pellicer, 2000: 99, fig. 2)

⁷⁷⁸ Pellicer, 2000: 97; Rodríguez González, 2014: 56-ss

⁷⁷⁹ Estrabón, 3.1.6



En definitiva, consideramos que el papel de las vías fluviales resulta determinante para desenmarañar el complejo proceso cultural que atañe al valle medio del Guadiana a partir del siglo VI a.C., así como para comprender los particularismos de su poblamiento, el cual comparte rasgos tanto con los territorios del sur como con los del oeste. Para ello, debemos tener presente no solo la lectura de las influencias llegadas desde el valle del Guadalquivir, como tradicionalmente se ha interpretado al considerar a éste como el núcleo indiscutible de Tarteso, sino teniendo también muy en cuenta el papel que la presencia de población oriental en las costas atlánticas de Portugal jugó dentro de este proceso formativo.

Un último punto haría referencia a la cronología asignada a este proceso. Su fase más antigua ha sido atribuida a un momento impreciso del Bronce Final⁷⁸⁰, a partir de algunos de los materiales localizados en las excavaciones de Medellín como las cerámicas de retícula bruñida y aquellas que presentan incrustaciones metálicas, las cuales habrían llegado tan al interior a través de la vía que, muy posteriormente, uniría *Corduba* con *Agusta Emerita*. Sin embargo, este intercambio de objetos e ideas creemos que ha sido entendido a la inversa, pues como defiende S. Celestino, el aporte de población probablemente se efectuó desde el valle del Guadiana hacia los nuevos enclaves localizados en el valle del Guadalquivir⁷⁸¹, como así dejarían entrever la distribución de las estelas tartésicas. Así pues, la arqueología es de nuevo incapaz de corroborar dichos contactos en dirección sur – norte en época tan temprana, pues las evidencias materiales siguen siendo insuficientes para sostener la existencia de un proceso premeditado y organizado.

V.1.2. De *Conisturgis* a *Olisippo*:

El segundo tramo de este proceso de colonización tartésica comprende la penetración de poblaciones procedentes del valle medio del Guadiana, bajo el control de Medellín, hacia las tierras del interior de Portugal hasta llegar a la costa occidental atlántica⁷⁸². La creencia de que la presencia de materiales “orientalizantes” en la región lusa es el resultado de una penetración de origen tartésico, anula por completo la existencia de un fenómeno de colonización por parte de poblaciones fenicias (siglo VIII a.C.). Sin embargo, los últimos avances arqueológicos en los yacimientos localizados en los principales estuarios portugueses comienzan a afianzar la existencia de una temprana

⁷⁸⁰ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 126

⁷⁸¹ Celestino, 2001: 292-ss; 2005: 777; 2013: 361

⁷⁸² Torres, 2005b; Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 121; 127

presencia oriental en sus costas⁷⁸³, por lo que las evidencias arqueológicas resultan ya suficientes para desarmar este polémico proceso colonizador.

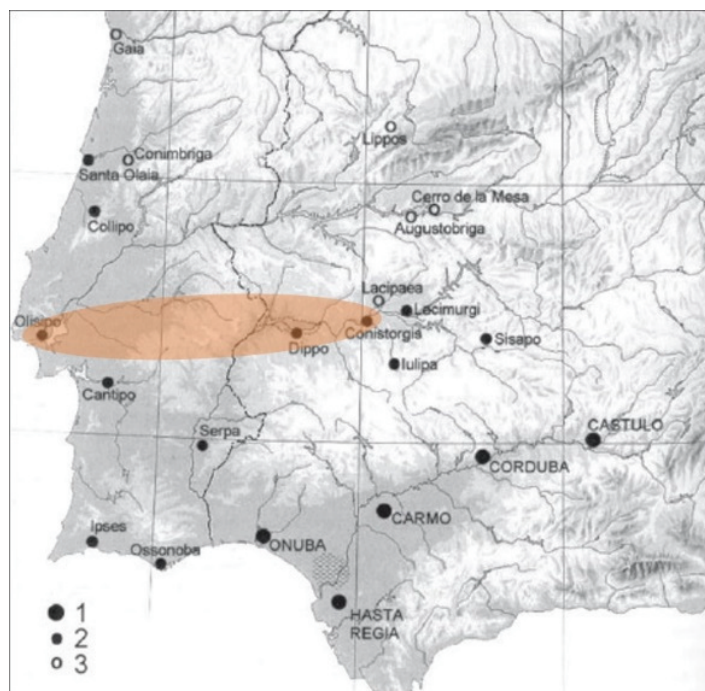


Fig. 87. Área de expansión de la fase 2 (a partir de Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 142, fig. 6)

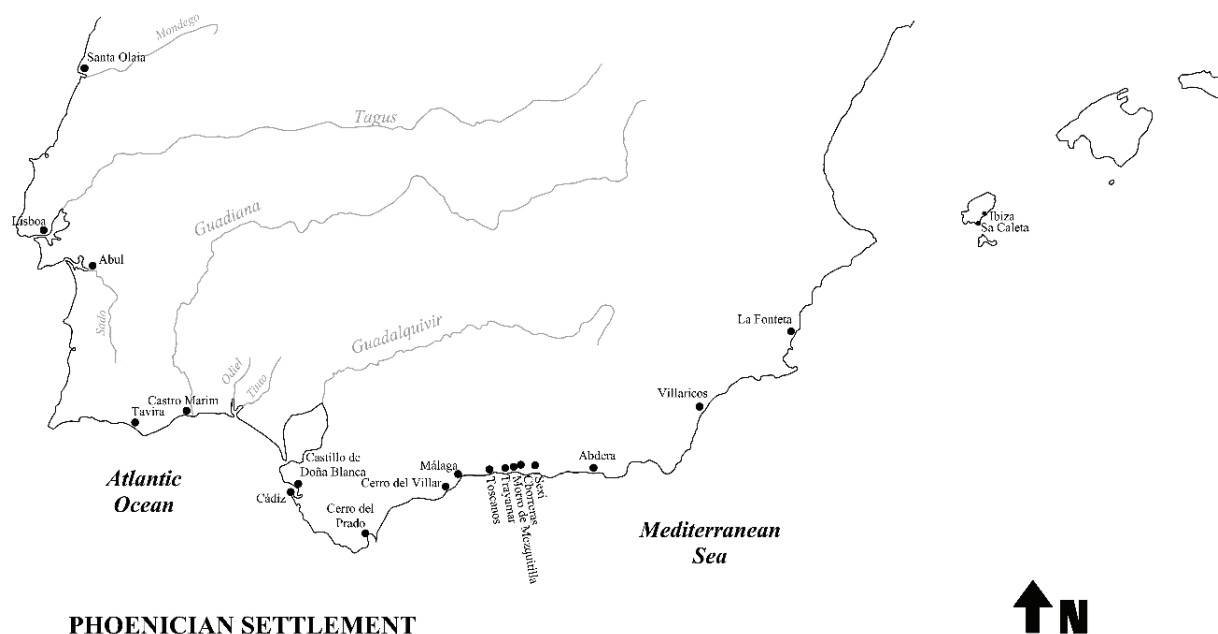


Fig. 88. Asentamientos fenicios de la Península Ibérica (mapa de E. Rodríguez González en Celestino y López-Ruiz e. p.: 174, mapa 6)

⁷⁸³ Arruda, 1999-2000; 2005: 294; 2008; 2010; 2011; 2013b: 201; Pellicer, 2000; Frankenstein, 1997



No obstante, debemos ser conscientes de la juventud que todavía posee la arqueología fenicia en la escuela portuguesa, más si la comparamos con la tradición que ésta tiene en la Arqueología española. Este retraso se debe, fundamentalmente, a circunstancias socio-políticas⁷⁸⁴, adscritas al régimen dictatorial en el que se insertaba Portugal en el momento en el que comenzaron a documentarse los primeros elementos y asentamientos *ex novo* de origen oriental (fig. 88). Sin embargo, y gracias a los datos aportados en las últimas décadas por la arqueología, podemos afirmar que “*o litoral occidental português foi, pelo menos desde meados/segunda metade do século VIII a.C. em cronologia tradicional, visitado por populações de origem mediterrânea que aí se fixaram, ou em sítios fundados ex nihilo, ou em povoados já ocupados por populações indígenas*”⁷⁸⁵; lo que supone necesariamente que esta presencia esté relacionada con la fundación de emplazamientos coloniales, pues en muchos de los casos probablemente solo se traten de factorías o puertos comerciales localizados tanto en áreas despobladas como en asentamientos indígenas ya existentes.

En conclusión, a la presencia y distribución de topónimos en -ipo, presentes también en este territorio, y frente a la ausencia de datos arqueológicos que certifiquen la existencia de un enclave de población en el cerro del Castillo de Medellín, podemos sumarles, en el caso portugués, la aparición de abundantes evidencias arqueológicas que certifican la inexistencia de un proceso de colonización tartésica. Dichas evidencias muestran además que, aquellos movimientos de población traducidos en sentido este-oeste a través de la denominada vía del Guadiana, tendrían lugar pero en la dirección contraria⁷⁸⁶.

• Abul:

El edificio de Abul (fig. 89) es una fundación *ex novo* fechada en el segundo cuarto del siglo VII a.C. sin que existan indicios de una ocupación anterior. Localizado en la margen derecha del estuario del río Sado, entre los enclaves de Alcacer do Sal y Setúbal⁷⁸⁷, su destacada posición en el paisaje le confiere un importante papel dentro del territorio, pues controla una de las vías de paso fundamental para penetrar en éste, así como la ribera del Sao Martinho, afluente del río Sado, a través de la cual se tiene acceso al distrito minero de Serrinha (Palma). El sitio fue hallado en 1990, año en el que un equipo franco-luso dirigido por François Mayet y Carlos Tavares da Silva, iniciaron las

⁷⁸⁴ Arruda, 2008: 13

⁷⁸⁵ Arruda, 2008: 15

⁷⁸⁶ Pellicer, 2000: 101; 125; Arruda, 2013: 218

⁷⁸⁷ Mayet y Silva, 1992; 1997; 2000; 2001; 2005; Arruda, 1999-2000: 90



excavaciones arqueológicas. A partir de las mismas se ha podido corroborar la existencia de dos fases constructivas consecutivas.



Fig. 89. Vista aérea de Abul (según Mayet y Tavares da Silva, 2000, lámina I)

La primera de ellas (edificio A) (fig. 90), fechada en el segundo cuarto del siglo VII a.C., se corresponde con un edificio de planta cuadrangular (22 x 22 m), de marcado carácter oriental. Se encuentra organizado en torno a un patio central a partir del cual se distribuyen una serie de estancias que tienen acceso directo al mismo, a excepción de las localizadas en la cara sur; separadas de éste por un corredor. Esta diferencia ha llevado a sus excavadores a determinar que las estancias del lado sur debían corresponderse con habitaciones, mientras que las restantes serían utilizadas como almacenes⁷⁸⁸. El acceso a este primer edificio se realizaba a partir de una torre rectangular localizada en el lado occidental del mismo. Al igual que las edificaciones orientales, la técnica constructiva utilizada se basa en el empleo de cimientos de piedra sobre los que se levantaban alzados de adobe asociados a pavimentos de arcilla roja apisonada. En esta primera fase el edificio se encontraba además rodeado por un foso de sección en ‘V’ que, tras la amortización de éste para la construcción de un nuevo edificio, fue colmatado.

La reorganización y ampliación de esta primera construcción llevó a la edificación de un segundo edificio (Edificio B) (fig. 91) en el último cuarto del siglo VII a.C. El patio central reduce en esta ocasión su tamaño, ampliándose la construcción por sus caras sur y oeste. Así mismo, se añade un corredor periférico que da acceso a las estancias laterales, las cuales presentan diversos tamaños, razón por la que se les supone una funcionalidad

⁷⁸⁸ Mayet y Silva, 1997: 265.



diversa. La entrada del primer edificio quedó amortizada y se construyó una nueva en su lado sur.

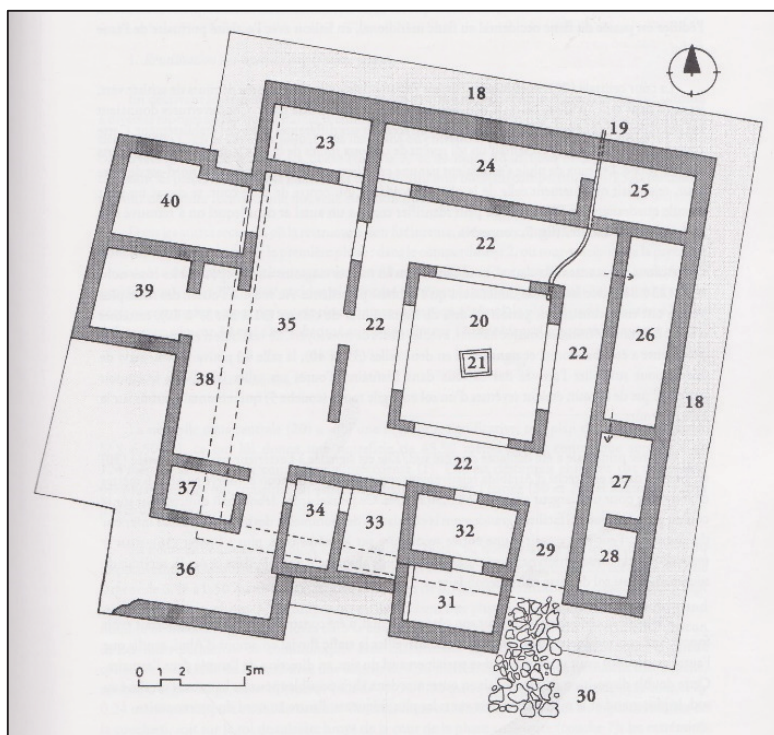


Fig. 90. Edificio A (según Mayet y Tavares da Silva, 2000: 143, fig. 60)

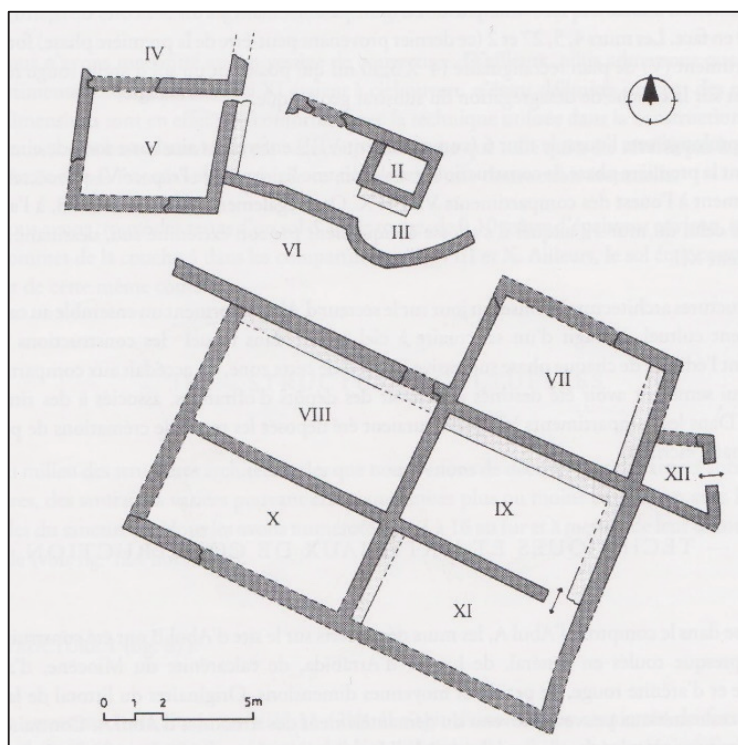


Fig. 91. Edificio B (según Mayet y Tavares da Silva, 2000: 219, fig. 86)



El aire mediterráneo que desprende tanto su emplazamiento geográfico como su planta y técnica constructiva, marcan su estrecha relación con el mundo fenicio. A ello se suma el conjunto material documentado en las excavaciones, principalmente cerámicas, entre las que destacan los platos de engobe rojo, la cerámica gris a torno, la cerámica pintada a bandas, algunos ejemplos de urnas tipo Cruz del Negro o un destacado conjunto de ánforas fenicias R1 y, más concretamente, del tipo 10.1.2.1 de la clasificación de Ramón⁷⁸⁹. El análisis de estos materiales ha permitido a sus excavadores establecer un marco cronológico que abarca desde su fundación en el segundo cuarto del siglo VII a.C., a la que sucede la construcción de una segunda fase en el segundo cuarto del siglo VII a.C. y, por último, su posterior abandono en la primera mitad del siglo VI a.C.

En cuanto a su funcionalidad, varias son las posturas defendidas, pues parece que el edificio A tuvo una inclinación más comercial, a pesar de su reducido tamaño⁷⁹⁰; mientras que el edificio B estaría vinculado a actividades de culto⁷⁹¹, como así lo deja entrever la aparición en el centro del patio de una estructura interpretada como un altar⁷⁹². Sea cual fuera la funcionalidad que se le otorgue a este enclave, pues no es nuestra tarea aquí determinarla, lo cierto es que en esta época, tanto el comercio como la religión aparecen recogidos en un mismo plano social.

Las características aquí reunidas recuerdan, necesariamente, al edificio de Cancho Roano, en la comarca de la Serena⁷⁹³, así como a otros enclaves del Bajo Guadalquivir. La presencia del primero de ellos en el valle medio del Guadiana, aunque alejado del cauce de éste, ha llevado a los defensores de la colonización tartésica a considerarlo como el origen de este modelo de edificio que, posteriormente, se trasladaría a la costa atlántica de Portugal⁷⁹⁴. Sin embargo, y teniendo como guía los datos que acabamos de mostrar, la cronología que se baraja para la fundación de Abul se encuadra a principios del siglo VII a.C., mientras que el edificio 'C' de Cancho Roano, el más antiguo, no fue construido hasta el siglo VI a.C., hecho que certifica la mayor antigüedad del primero y, por lo tanto, la imposibilidad de que resulte una herencia o inspiración basada en el ejemplo extremeño.

⁷⁸⁹ Ramón, 1995: 230

⁷⁹⁰ Arruda, 1999-2000: 91

⁷⁹¹ Arruda y Celestino, 2009: 32-33; Gomes, 2012: 46-47

⁷⁹² Mayet y Silva, 2000: 146

⁷⁹³ Celestino, 1997: 382

⁷⁹⁴ Almagro Gorbea y otros, 2008d: 1030; Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 125



• Santa Olaia:

La documentación de una serie de grafitos con forma de diábolo y estrella de cinco puntas documentados sobre fragmentos cerámicos en el enclave de Santa Olaia ha abierto el debate sobre la fundación del enclave por parte de población tartésica⁷⁹⁵, desvinculándolo del origen como fundación *ex novo* fenicia que se le había otorgado hasta el momento. Sin embargo, las evidencias arqueológicas recogidas en las excavaciones de este yacimiento de Figueira da Foz, hacen su vinculación oriental innegable⁷⁹⁶.

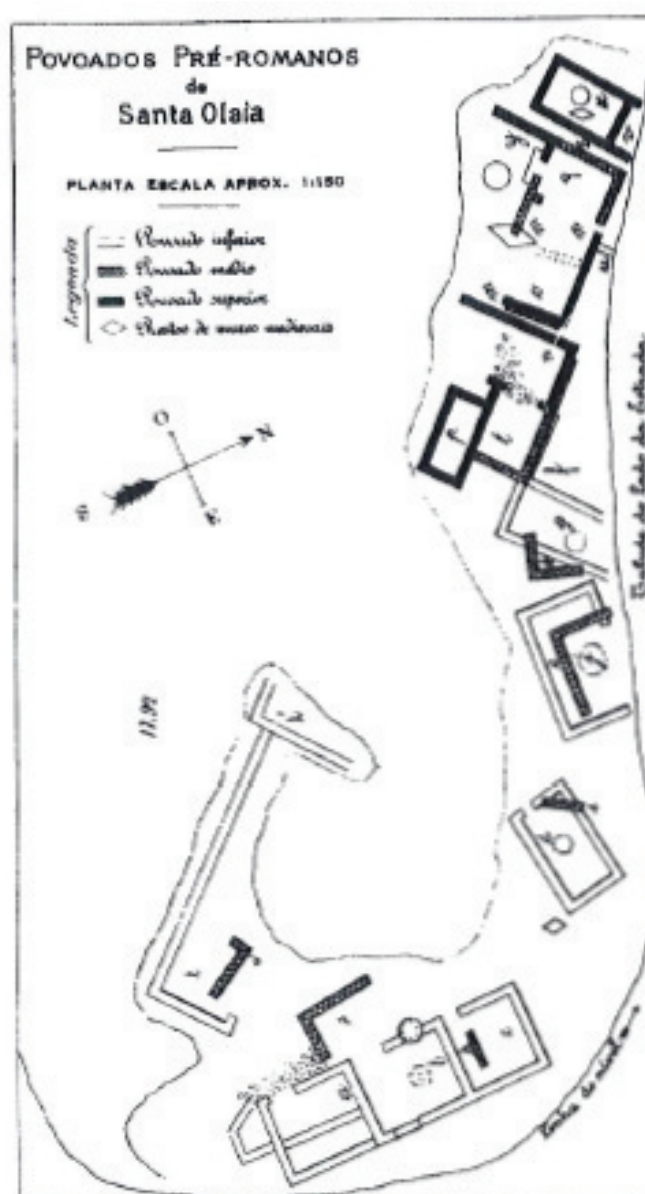


Fig. 92. Cartografía de Santos Rocha (según Pereira, 1997:213, fig. 99)

⁷⁹⁵ Torres, 2005b: 201; 2013: 453

⁷⁹⁶ Arruda, 1999-2000: 253-254



Santa Olaia se encuentra localizada en la margen derecha del antiguo estuario del Mondego, lo que ha llevado a suponer que, en la antigüedad, se ubicaría sobre un islote que le permitiría tener un buen control visual del territorio circundante⁷⁹⁷. Su descubrimiento tuvo lugar en el año 1894 por parte del arqueólogo portugués Santos Rochas, quien se hizo cargo de las excavaciones durante más de una década.

Muchos son los elementos que hablan en favor de la presencia fenicia en este enclave. Sin duda alguna, uno de los más significativos lo constituye la presencia de un lienzo de muralla localizado en el extremo norte del asentamiento, fechado por el material asociado en el siglo VII a.C.⁷⁹⁸ Con esta muralla se relaciona, a su vez, la presencia de un destacado trazado urbano de plantas cuadrangulares adosadas, construidas con zócalos de piedra sobre los que se levantan alzados de adobe y pavimentadas con arcilla apisonada⁷⁹⁹. Dichas estructuras han sido fechadas, tras los análisis de C14, entre los siglos VIII – VII a.C.

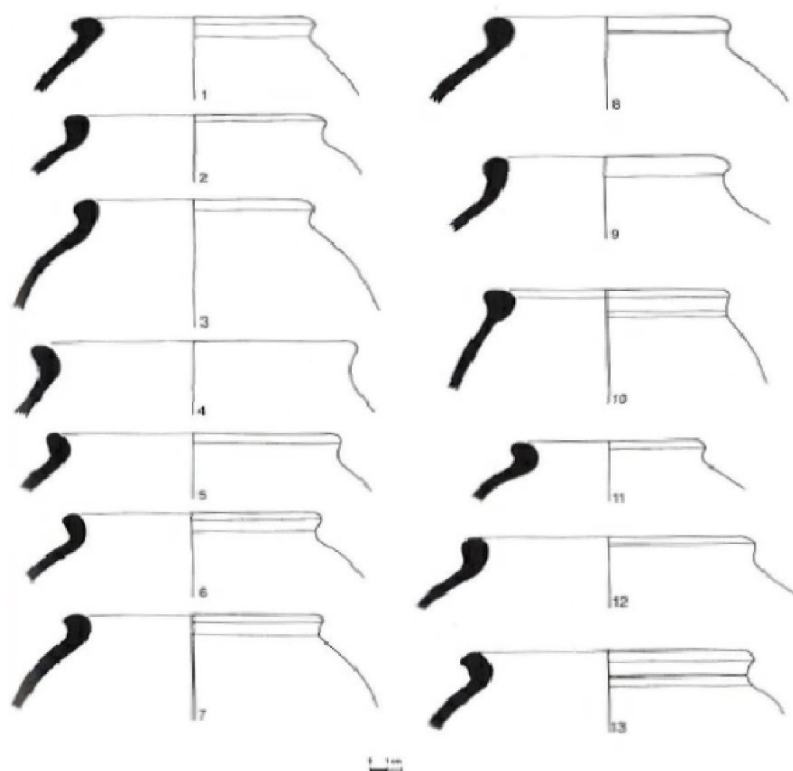


Fig. 93. Ánforas de Santa Olaia (según Pereira, 1997: 241, fig. 114)

⁷⁹⁷ Arruda, 1999-2000: 228

⁷⁹⁸ Pereira, 2012: 119

⁷⁹⁹ Pereira, 1994: 41-42



Dentro de este trazado urbano destaca también la aparición de dos ámbitos destinados a la producción metalúrgica⁸⁰⁰ en los que han sido documentados una serie de hornos que certifican la existencia de una actividad industrial intensa. No obstante, no existen entre los restos materiales fragmentos de moldes o crisoles, lo que apunta hacia la existencia de un espacio destinado al beneficio del metal (fig. 94) que, posteriormente, se comercializaría a través de las colonias fenicias localizadas en el sur peninsular, y no con un área para la producción de objetos manufacturados⁸⁰¹. Estos datos dejan entrever el importante papel económico y comercial que, enclaves como Santa Olaia, jugarían en el ordenamiento territorial de principios del siglo VII a.C.

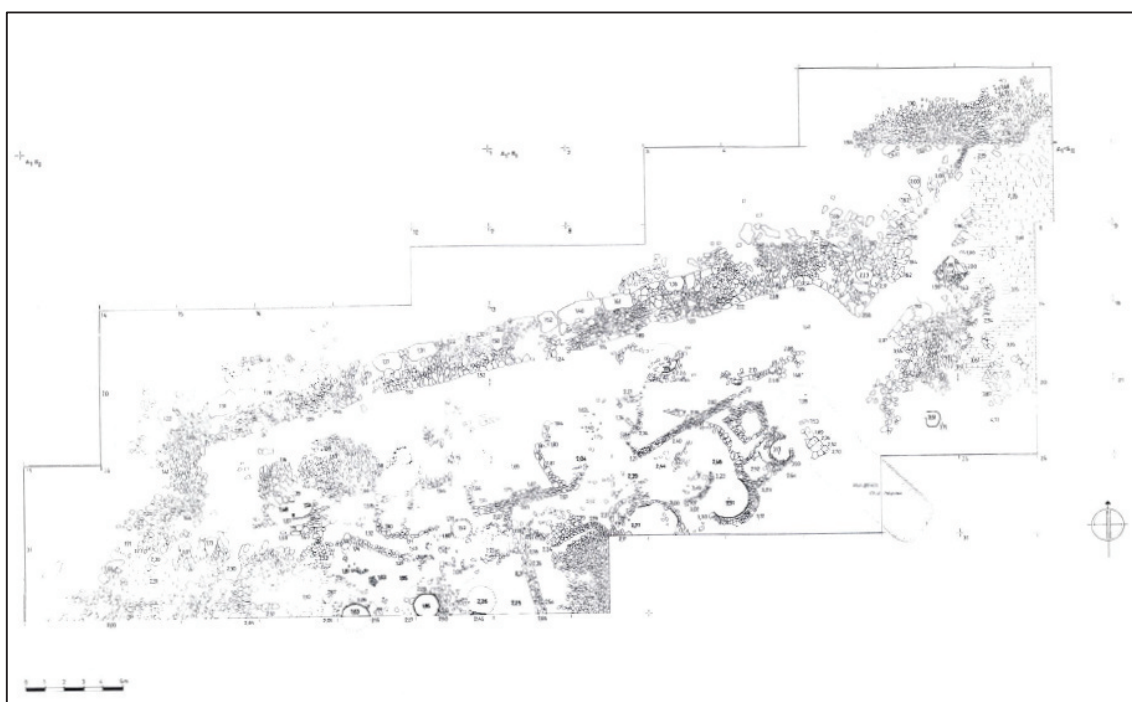


Fig. 94. Intervención en Santa Olaia, 1993 (según Pereira, 1997: 216, fig. 100)

Así mismo, la cultura material (fig. 93) procedente de las distintas excavaciones efectuadas en este enclave, está representada por un amplio conjunto de platos de engobe rojo y cuencos carenados de borde exvasado, fechados todos ellos en la primera mitad del siglo VII a.C. Esta misma cronología se le atribuye a las urnas tipo Cruz del Negro y a los conjuntos de *pithos* decorados con bandas, conjuntos que, en definitiva, certifican la existencia de un contacto temprano con poblaciones fenicias.

⁸⁰⁰ Pereira, 2009

⁸⁰¹ Pereira, 1997; 2012: 120; Arruda, 2005: 297



• Lisboa:

Uno de los puntos más destacados dentro de la geografía litoral portuguesa es el estuario del río Tajo, punto estratégico donde se ubica la antigua *Olissipo*, considerado como el primer punto de recalada de la población fenicia a partir del cual se efectuaría el control y fundación del resto de enclaves conocidos en la costa atlántica peninsular⁸⁰².

La ocupación de la I Edad del Hierro de Lisboa parece restringirse a la elevación donde hoy se ubica el Castillo de San Jorge (fig. 95). Se trata de un destacado promontorio localizado en la margen izquierda del estuario del Tajo, lo que le confiere una excepcional visibilidad sobre el territorio circundante y una extraordinaria capacidad poliorgánica. A ello se suma la capacidad de control que la altura le permite tener sobre las principales rutas de comercio, razón por la cual parece que fueron fundados estos enclaves costeros por parte de población fenicia occidental, pues debemos recordar que al control que Lisboa ejerce en el estuario del Tajo se suma el control ejercido por Abul en el caso del río Mondego y el de Santa Olaia para el río Sado; ambos considerados como fundaciones fenicias *ex novo*.

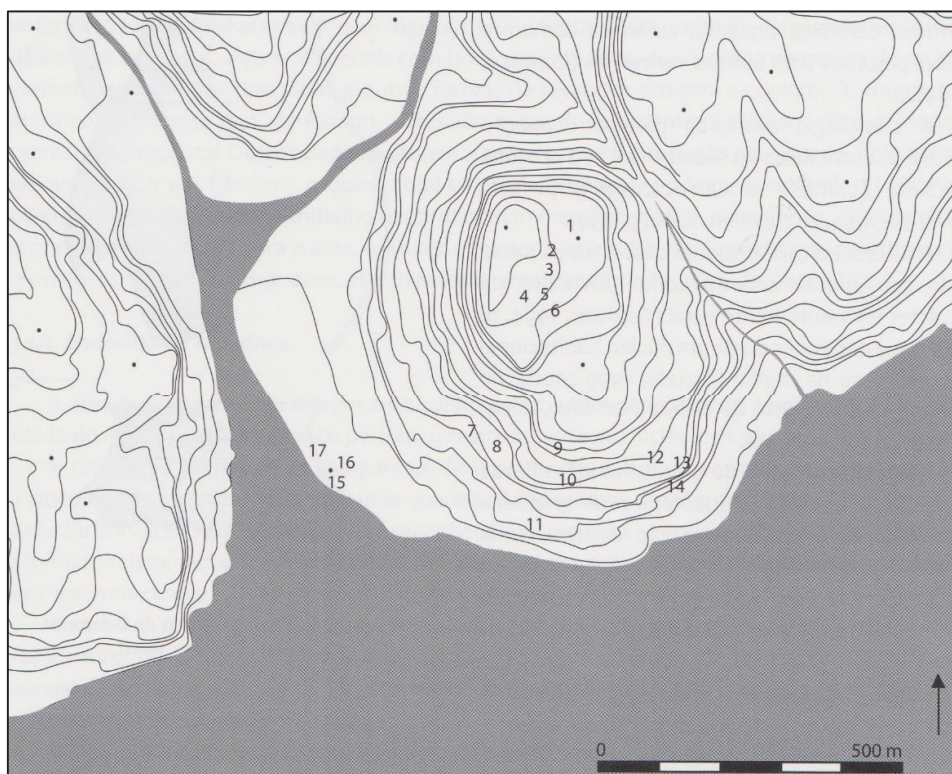


Fig. 95. Restos de la I Edad del Hierro en el Casco urbano de Lisboa. 1 a 6 – Castelo de Sao Jorge; 7 – Termas dos Cássios; 8- Rua de Sao Mamede; 9- Teatro Romano; 10 – Sé de Lisboa; 11- Casa dos Bicos; 12 – Pátio da Senhora de Murça; 13 – Rua de Sao Joao da Praça; 14 – Travessa do Chafariz d’El Rei; 15 – Rua dos Correeiros; 16 – Rua dos Douradores; 17 – Rua Augusta (Zara) (según Sousa, 2014: 39, fig. 10).

⁸⁰² Arruda, 1999-2000



Según los diferentes trabajos arqueológicos, el asentamiento de Lisboa había sido definido como un enclave indígena⁸⁰³ en el que, posteriormente, se establecería población de origen oriental procedente de las colonias del sur peninsular, con el objetivo de controlar las rutas comerciales y la explotación de los recursos mineros de la zona, incluyendo las arenas auríferas del Tajo a las que hace alusión Plinio en su *Historia Natural*. Sin embargo, recientes investigaciones, apoyadas en las últimas intervenciones arqueológicas de urgencia llevadas a cabo en la ciudad, comienzan a mostrar la posibilidad de que Lisboa sea en realidad una fundación fenicia *ex novo*⁸⁰⁴. Dicha afirmación viene avalada por una serie de procesos o elementos que vinculan la existencia del enclave con la llegada de población oriental. Entre ellos destacan: la rápida adopción de la tecnología del torno para la fabricación de manufacturas cerámicas y la sustitución de las cerámicas a mano; la pronta aparición de los primeros recipientes anfóricos procedentes de las costas del sur andaluz, vinculados a la actividad comercial a la que con anterioridad hacíamos alusión; la existencia de un mismo patrón de asentamiento inspirado en los modelos ya conocidos para las colonias del sur peninsular y, por último, la reciente aparición de un grafito escrito en caracteres fenicios sobre un fragmento cerámico, posiblemente un fragmento de un ánfora R-1, documentado en las excavaciones de la Praça Nova del Castillo de San Jorge⁸⁰⁵. La aparición de este último elemento ha resultado fundamental para argumentar a favor de la fundación de Lisboa por parte de población fenicia occidental.

Así pues, se trata de un *graffiti* escrito en caracteres fenicios en el que parece recogerse el nombre de un emplazamiento local o el destino u origen del ánfora (fig. 96), lo que lo relaciona directamente con la actividad comercial atribuida a este enclave, al mismo tiempo que certifica la presencia de población oriental en la fachada atlántica peninsular⁸⁰⁶. Desgraciadamente, los materiales arqueológicos que lo acompañaban y su contexto de aparición nos son desconocidos, pues continúan, desde los años 90, en fase de estudio. Por ello, la única información que podemos extraer procede de su análisis epigráfico, ejercicio que ha llevado al investigador encargado de su estudio a considerarlo como una evidencia que puede fecharse en un momento temprano del siglo VII a.C., aunque “*con mejores argumentos podría ser incluso más antiguo*”⁸⁰⁷.

⁸⁰³ Amaro, 1993; Arruda, 1999-2000: 114; 2010: 439

⁸⁰⁴ Sousa, e. p. a

⁸⁰⁵ Zamora, 2014

⁸⁰⁶ Zamora, 2014: 306

⁸⁰⁷ Zamora, 2014: 308



Fig. 96. Dibujo de la pieza con la posición del grafito, fotografía del epígrafe y dibujo de éste (según Zamora, 2014: 310, fig. 2).

A estas premisas nosotros nos atrevemos a sumar una más. Nos referimos al cambio atestiguado a partir del siglo VI a.C.⁸⁰⁸ coincidente con la denominada Crisis de Tarteso documentada en el valle del Guadalquivir y a la que se le atribuye el final del período tartésico. El hecho de que ambas regiones experimenten un cambio similar nos lleva a suponer que ambas formaban parte de un mismo orden económico y comercial; respondiendo a dicho cambio de maneras muy distintas, lo que supone la construcción de un nuevo horizonte en cada una de las regiones afectadas. Así, por ejemplo, en el caso de Lisboa, esta nueva reestructuración se ha interpretado dentro de un proceso de regionalización⁸⁰⁹ que acentuaría las relaciones de este espacio con las tierras del interior peninsular y, más concretamente, con los valles medios de los ríos Tajo y Guadiana.

Como ocurre en muchos otros casos de ciudades superpuestas, el conocimiento de las etapas más antiguas de la ocupación de Lisboa viene condicionada por la existencia de una intercalación histórica y el reducido tamaño que suelen tener las extensiones susceptibles de excavación. De ese modo, los vestigios adscritos al Bronce Final se restringen a los materiales documentados en las excavaciones de la Encosta de Sant'Ana⁸¹⁰ y la Plaza de Figuera⁸¹¹, donde se han localizado los restos de dos pequeños asentamientos rurales. La ausencia de vestigios de esta etapa en la elevación del Castillo de San Jorge lleva a suponer que la ocupación durante este período estaría restringida a

⁸⁰⁸ Arruda, 1999-2000; 2005b

⁸⁰⁹ Sousa, e. p. a; 2014: 306-309

⁸¹⁰ Muralha, Costa y Calado, 2002

⁸¹¹ Silva, 2013



las zonas bajas de la ciudad donde tendrían acceso a la explotación agrícola del entorno. No obstante, las intervenciones realizadas en la calle Sao Mamede ao Caldos⁸¹², localizada al final de la ladera sur de la elevación, ha dado una interesante muestra de materiales a mano (61%), a los que, sin embargo, se suman los restos de ánforas T 10.1.1⁸¹³ y varios fragmentos de urnas tipo Cruz del Negro, lo que eleva la cronología de las producciones locales (fig. 97). En definitiva, el abandono de estos enclaves adscritos al Bronce Final tras la llegada de la población fenicia denota un cambio en la estrategia económica de estas poblaciones cuyos intereses económicos se centraran, a partir de ese momento, en la actividad comercial.

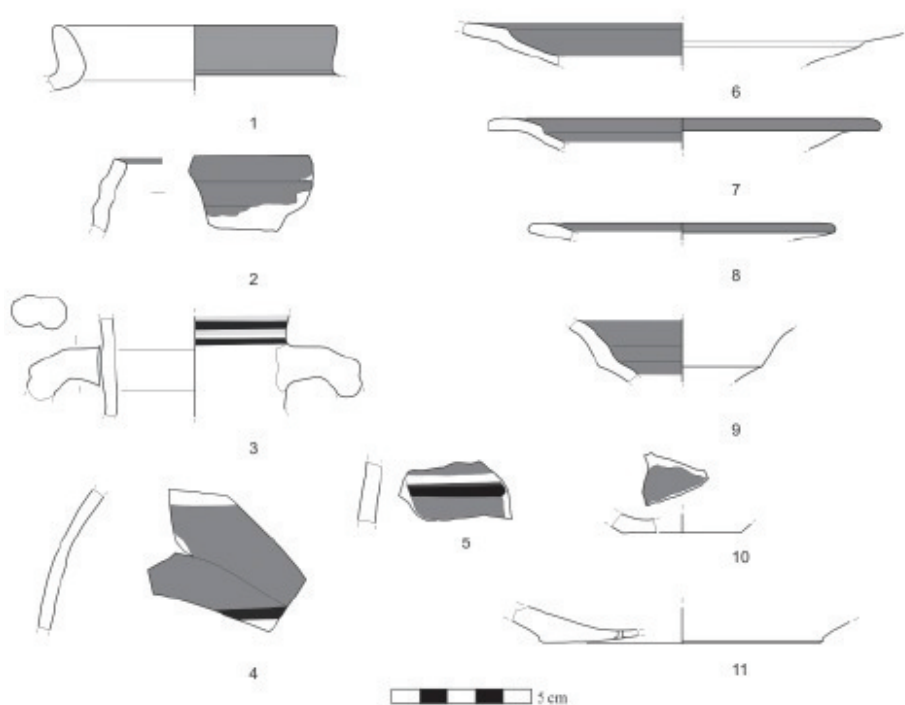


Fig. 97. Cerámicas del contexto 1 de Rua San Mamede ao Caldos (según Pimienta, Bahna da Silva y Calado, 2013: 729, fig. 6)

En lo que a la ocupación de la I Edad del Hierro y a la elevación del Castillo de San Jorge se refiere, a los resultados obtenidos en la excavación del solar número 15 de la calle Sao Mamede ao Caldo se suman las excavaciones efectuadas en la Sé de Lisboa, donde los trabajos llevados a cabo en los años 90 sacaron a la luz un interesante lote de fragmentos cerámicos⁸¹⁴, a torno casi en su totalidad, entre los que podemos destacar la presencia de ánforas T. 10.1.1.1 y urnas tipo Cruz del Negro que han permitido fechar la

⁸¹² Pimienta, Bahna da Silva y Calado, 2013

⁸¹³ Ramón, 1995

⁸¹⁴ Arruda, 1999-2000: 116



ocupación a principios del siglo VII a.C. Sin embargo, el hecho de que no se agotara la estratigrafía en este punto, llevó a pensar en la posible existencia de niveles más antiguos que certificarían la hipótesis que avala la existencia de contactos en esta zona con población fenicia occidental a partir del siglo VIII a.C.⁸¹⁵. A esta intervención se suma la llevada a cabo en la Rua de Sao Joao do Praça⁸¹⁶, cuyos materiales “orientalizantes” han permitido a sus excavadores suponer unos tempranos contactos con la población fenicia occidental⁸¹⁷. Entre los materiales destacan platos de barniz rojo, varios *pythos* decorados con bandas bícromas, cerámicas gris y ánforas T 10.1.2.1 y T 1.3.24⁸¹⁸ (fig. 98). Por último, a esta excavación se suman los restos hallados en las intervenciones de Chafariz D’el Rei⁸¹⁹ donde, igual que en el caso anterior, se exhumó un lote de cerámicas de similares características encuadrables en el siglo VII a.C.

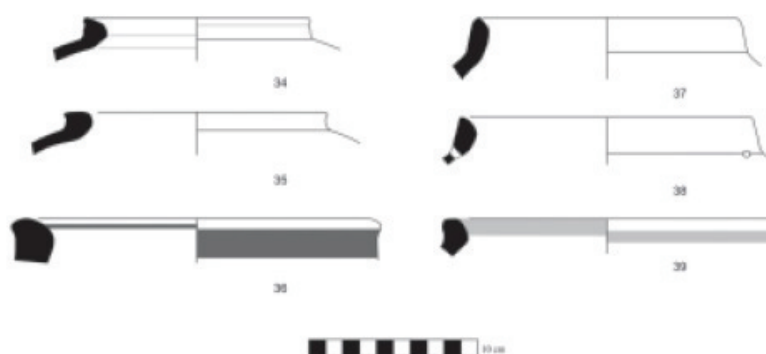


Fig. 98. Ánforas tipo 10.1.2.1 y T 1.3.2.4 (según Pimienta, Calado y Leitao, 2013: 717, fig. 5).

A pesar de que las evidencias materiales puedan resultar abundantes, los restos constructivos que avalen su filiación oriental resultan todavía muy escasos. Aunque se conocen algunos restos de edificaciones documentados en las excavaciones del Castillo de San Jorge, estos permanecen aún sin publicar, por lo que el único testimonio de los mismos son los muros musealizados en el patio junto a las estructuras medievales halladas durante la excavación del mismo. A estas evidencias se unirían los restos hallados en las intervenciones efectuadas en la Rua dos Correios⁸²⁰, sin embargo éstos se fechan a partir del siglo V a.C., cronología que se escapa de la realidad histórica que aquí queremos retratar.

⁸¹⁵ Arruda, Teixeira y Vallejo, 2000: 31

⁸¹⁶ Pimienta, Calado y Leitao, 2013

⁸¹⁷ Pimienta, Calado y Leitao, 2013: 716

⁸¹⁸ Ramón, 1995

⁸¹⁹ Filipe, Calado y Leitao, 2013

⁸²⁰ Una síntesis y revisión de las excavaciones en Sousa, 2014: 62-ss (con bibliografía)



Toda la información aquí recogida ha llevado a suponer que el enclave de Lisboa fue fundado por población fenicia occidental a finales del siglo VIII o primera mitad del siglo VII a.C., llegando a alcanzar una extensión de unas 15 hectáreas. Su fundación estaría relacionada con el control de las vías de comunicación y volcado fundamentalmente a la actividad comercial. Dicho control se llevaría a cabo junto con el enclave de Almaraz, un asentamiento localizado al otro lado del estuario del Tajo con el que Lisboa mantiene un excelente control visual. Este hecho, unido a los restos materiales y constructivos hallados en las excavaciones de Almaraz⁸²¹, empuja a pensar que ambos enclaves funcionaron de manera conjunta.

El asentamiento de Almaraz (fig. 99), aunque de menores dimensiones al no superar las 6 hectáreas, presenta unos restos constructivos de mayor envergadura al conservar una doble línea de muralla y unos restos materiales de excelente calidad (fig. 100), entre los que se encuentran vasos de alabastro, dos fragmentos de cerámica corintia, un escarabeo y marfiles⁸²² que han llevado a pensar en este enclave como sede socio-política de la élite del momento⁸²³. Sus materiales se fechan en el siglo VI a.C., aunque los análisis de C14 han llegado a sugerir fechas de finales del siglo IX o principios del VIII a.C.⁸²⁴



Fig. 99. Localización del yacimiento de Quinta do Almaraz (según Sousa, 2014: 45, fig. 17)

⁸²¹ Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993

⁸²² Barros y Soares, 2004

⁸²³ Sousa, e. p. a

⁸²⁴ Barros y Soares, 2004: 344

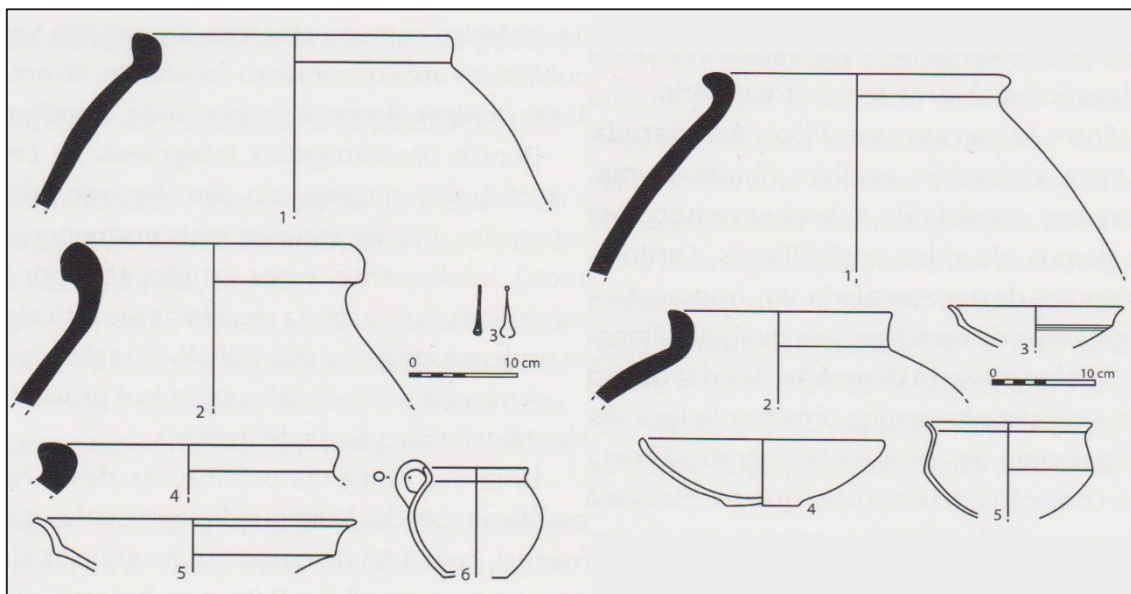


Fig. 100. Material procedentes de las excavaciones de Almaraz (a partir de Barros y Soares, 2004)

- **La necrópolis de Senhor dos Mártires, Alcácer do Sal:**

“Aliás, un rápido golpe de vista lançado sobre el espólio conhecido do necrópole de Alcácer do Sal, obtido desde as primeros descobretas até às recentemente realizadas, evidencian el carácter acerntuadamente mediterrânico de grande parte del material”.

[Paixao, 1970: 192]

Desde las primeras intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal, se tiene constancia del carácter marcadamente mediterráneo de la misma. Sin embargo, y a pesar de la compleja interpretación que subyace a este enclave por la particularidad y variedad que presentan sus estructuras, algunos de los elementos que posee han servido como reclamo suficiente para sostener que su existencia solo puede entenderse como el resultado de un proceso de colonización tartésica llevado a cabo desde el valle medio del Guadiana⁸²⁵. Esta idea se basa fundamentalmente en las similitudes que presenta con algunas de las necrópolis documentadas en el valle del Guadalquivir y, más concretamente, con la necrópolis de Medellín, localizada en el valle medio del Guadiana. Sin embargo, creemos que para la construcción de esta idea no se ha realizado una lectura completa de los datos aportados por los trabajos ejecutados en la necrópolis de Sehnor dos Martires, quizás como consecuencia de la ausencia de un estudio que integrase unas conclusiones definitivas acerca de su cronología y estructura. Así pues, la variedad detectada en sus restos

⁸²⁵ Torres, 2005b: 196-ss; 2013: 451-ss



materiales y la particularidad de sus modos de enterramientos hacen que las conclusiones que pueden extraerse de ella se alejen sustancialmente de un proceso de colonización por parte de sociedades tartésicas.

La necrópolis de Senhor dos Mártires se emplaza en la margen derecha del río Sado. Su excavación tuvo lugar a principios del siglo XX, después de que a finales del siglo XIX se documentara la aparición de un conjunto de vasos griegos en el territorio en el que actualmente se ubica la necrópolis⁸²⁶. El conocimiento que actualmente poseemos de ella procede, principalmente, de los trabajos arqueológicos que Virgílio Correia llevó a cabo en la década de los años 20 del pasado siglo, pues los resultados obtenidos de trabajos posteriores apenas han sido difundidos. Gracias pues a estos primeros estudios se tiene constancia de la existencia de cuatro tipos de sepulturas: 1. enterramientos en urna depositados en hoyos, 2. enterramientos en urna depositados en una fosa cavada en la roca, 3. enterramientos en fosas rectangulares con cremación y, por último, 4. enterramientos en fosas rectangulares con cremación y canal central⁸²⁷ (fig. 101).

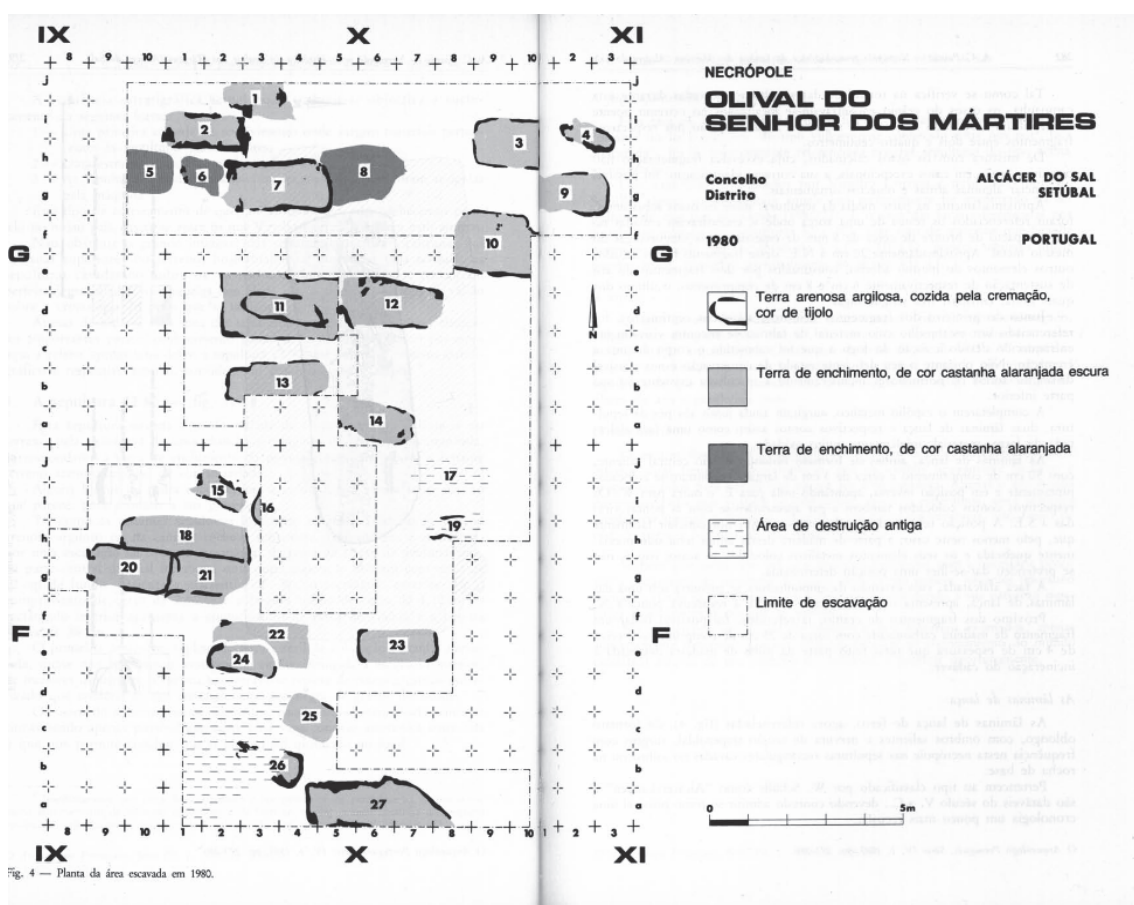


Fig. 101. Sepulturas de los tipos 3 y 4 de la necrópolis de Alcacer do Sal (según Paixao, 1983:280-281, fig. 4)

⁸²⁶ Gomes, 2015: 327-329

⁸²⁷ Correia, 1928



La parcialidad de los datos publicados tras la ejecución de las últimas campañas y la pérdida de algunos de los diarios de excavación procedentes de los primeros trabajos en los cuales se reseñaba la ubicación y colocación de alguno de los ajuares, siempre ha provocado que la información conocida acerca de la relación entre los cuatro tipos de sepulturas y la existencia o no de un hiato marcado por el cambio en el ritual de cremación, fuese deficiente. El análisis reciente de textos que permanecían inéditos y el estudio detallado de los materiales asociados a todos los enterramientos excavados, han permitido arrojar una nueva lectura a este respecto⁸²⁸. De ese modo, se corrobora la hipótesis de que son las tumbas adscritas al tipo 4 de Correia las que presentan mayor antigüedad (mediados del siglo VII a.C.)⁸²⁹ y una clara adscripción al mundo fenicio mediterráneo, como así lo confirman sus paralelos en enclaves como Monte Sirai (Cerdeña)⁸³⁰ o Cádiz⁸³¹, tanto por su material como por la estructura de las sepulturas. Este carácter mediterráneo al que ya hacíamos alusión con la frase introductoria no resulta una coincidencia cuando ya se tienen documentados los primeros establecimientos de población fenicia en las costas atlánticas de Portugal a principios del siglo VII a.C. o, incluso, con anterioridad. Estos establecimientos se localizan además en puntos de fuerte interés territorial, zonas de paso y control, siendo el estuario del Sado uno de ellos. Prueba de estos contactos son elementos y objetos, como las ánforas T 10.1.2.1 procedentes de las costas andaluzas o la presencia de escarabeos, documentados en este tipo de tumbas.

La influencia oriental de estas tumbas parece mantenerse a lo largo de toda la vida y uso de la necrópolis. No obstante, la presencia de dos ritos de enterramiento (*in situ* y en *ustrinum*) hizo entrever la posibilidad de que existiera una ruptura o cambio social o cultural entre los mismos. Sin embargo, el estudio de los materiales que componen los ajuares y la matriz mediterránea que caracteriza a este enclave marcan la existencia de una continuidad étnico-cultural dentro de la misma⁸³². Así, dicha continuidad étnico-cultura, su marcado énfasis oriental, su localización geográfica y la antigüedad de sus sepulturas, así como de las producciones de urnas tipo Cruz del Negro a las que se alude reiteradamente para justificar el proceso de colonización tartésica⁸³³, hacen imposible que esta necrópolis sea el resultado de un proceso de colonización por parte de poblaciones

⁸²⁸ Gomes, 2015

⁸²⁹ Arruda, 1999-2000: 81; Gomes, 2015: 330

⁸³⁰ Bartoloni, 2000; Guirguis, 2011

⁸³¹ Perdigones, Muñoz y Pisano, 1990

⁸³² Arruda, 1999-2000:84-85; Gomes, 2015: 339

⁸³³ Gomes, 2015: 333



venidas desde el valle medio del Guadiana, pues ha quedado demostrado su profundo carácter oriental⁸³⁴.

⁸³⁴ Gomes, 2015: 339



V. 2. TARTESOS EN EL INTERIOR: UNA INTERACCIÓN SIN COLONIZACIÓN:

Las recientes obras que han integrado la construcción de la presa de la Alqueva (Alentejo) y la adecuación de sus canalizaciones han sacado a la luz un elevado número de yacimientos arqueológicos que han cambiado por completo el panorama histórico con el que hasta ahora mismo trabajábamos (fig. 102). Dentro de este grupo de yacimientos se integra un destacado número de necrópolis adscritas a la I Edad del Hierro⁸³⁵, las cuales, se han convertido en un elemento más que evidencia las estrechas relaciones que vinculan a este espacio con el territorio geográfico definido para la cultura tartésica. Un ejemplo de ello son las concomitancias existentes entre necrópolis como da Vinha das Calças (Beringel, Beja)⁸³⁶ y la Angorilla (Alcalá del Río)⁸³⁷, lejanas geográficamente, pero próximas culturalmente.

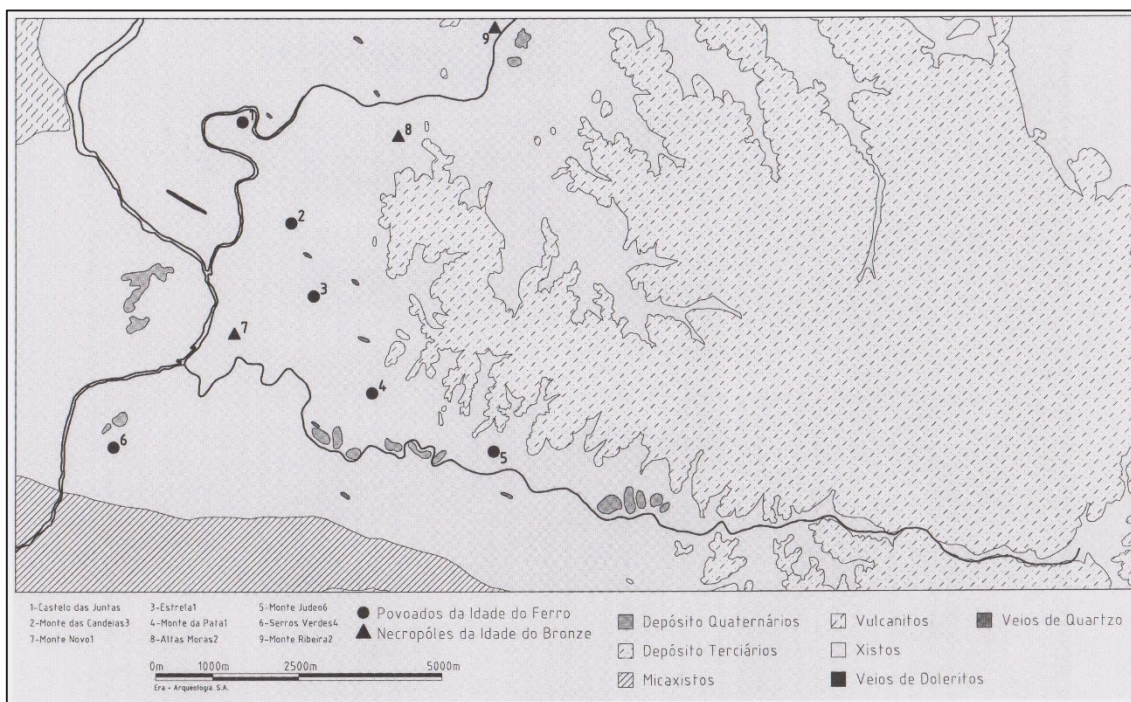


Fig. 102. Yacimientos correspondientes al bloque 9 de la Presa de la Alqueva (según Albergaria y Melro, 2013: 16, fig. 1.1.)

Tradicionalmente, se ha aludido a que fueron fenicios occidentales los que llevaron a cabo el control de los principales enclaves de las costas atlánticas de Portugal, tanto por las cronologías que se manejaban (siglos VIII y VII a.C.), como por la importancia política y económica que la colonia fenicia de *Gadir* tendría en esos momentos para llevar

⁸³⁵ Albergaria y Melro, 2013; Arruda, y otros, e. p.

⁸³⁶ Arruda y otros, e.p.

⁸³⁷ Fernández Flores y otros (coord.), 2014



a cabo el control y financiación de estos viajes. Se entiende por ello que serían fenicios de segunda generación los que emprenderían la búsqueda de materias primas, principalmente metales, y de nuevas rutas comerciales⁸³⁸. Sin embargo, a la luz de los datos que acabamos de mostrar, y en base a la definición que anteriormente hemos dado acerca de qué es para nosotros Tarteso, quizás podríamos afinar un poco más la adscripción cultural de estas poblaciones, pues si observamos algunos de los elementos presentes en los valles del Guadalquivir, del Guadiana y del interior de Portugal y del Tajo, así como el proceso formativo que los envuelve, llamémoslo hibridación cultural si se quiere, parecen presentar unas pautas muy similares⁸³⁹.

Por ello, al igual que hacemos extensible el término Tarteso a las tierras del valle medio del Guadiana a partir del cambio observado en el siglo VI a.C., no consideramos desacertado extender su uso a las tierras del interior de Portugal, concretamente hasta la línea marcada por el río Tajo⁸⁴⁰. La similitud de los materiales documentados en sus necrópolis y la semejanza que existe en el proceso cultural documentado, así como la caracterización de este espacio como zona de influencia tartésica, a tenor de la dependencia que existe entre los procesos documentados en el atlántico y la raíz indígena de Tarteso⁸⁴¹, nos permiten hablar en favor de esta hipótesis. ¿Dónde queda marcada sino la diferencia que delimita el final del territorio tartésico o del área en la que habitaba la población tartésica, más cuando las evidencias materiales resultan tan similares entre el Tarteso nuclear y sus áreas de influencia? Esto nos llevaría a desechar el empleo del concepto “Orientalizante”, aplicado por la arqueología portuguesa para definir al fenómeno resultante tras la instalación de población fenicia en enclaves que ya existían con anterioridad y que, de ese modo, sufrirían un proceso de orientalización de sus modos de vida y costumbres al incorporar elementos orientales a los mismos. Es por ejemplo el caso de asentamientos como *Conímbriga* en el río Mondego, *Satarem* en el Tajo o *Alcácer do Sal* y *Setúbal* en el estuario del Sado⁸⁴². La presencia de población de origen oriental en estos enclaves resulta muy notable, lo que no deja de ser, al fin y al cabo, otro sistema de control social y económico ejercido desde dentro, pero sin que necesariamente lleve aparejada la fundación de un asentamiento colonial. Considerar orientalizante a estos asentamientos a partir de finales del siglo VIII o inicios del siglo VII a.C. conlleva considerar la existencia de un proceso de orientalización premeditado que, si bien no

⁸³⁸ Sousa, e. p. a

⁸³⁹ Celestino y Rodríguez González (eds.), e. p.

⁸⁴⁰ Celestino, 2013: 365

⁸⁴¹ Celestino, 2013: 361

⁸⁴² Arruda, 2010: 442



puede hacerse patente en el caso andaluz donde la presencia de población oriental es mucho más fuerte y temprana, mucho menos podría entenderse para los territorios del interior de Portugal. La arqueología ha permitido demostrar que *se torna quase impossível, a partir do final do século VII a.n.e, desenhar fronteiras entre comunidades cultural e genéticamente diferenciáveis nas áreas orientalizadas* (con presencia de población oriental) *do actual territorio português*⁸⁴³, una realidad que podríamos extrapolar, siempre teniendo presente los matices aportados por la cultura local en cada uno de los territorios, al estudio general del Suroeste peninsular, donde tradicionalmente englobamos los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo.

De ese modo, contemplamos la existencia de un proceso de cambio y formación cultural para el suroeste en general que podríamos definir o denominar como tartésico, pues todas las regiones en las que se produce este cambio presentan unas características muy similares, diferenciadas tan solo por los lógicos matices que las culturas locales presentan en cada uno de sus ámbitos territoriales. Pero todavía podríamos ir un poco más allá. Si atendemos a la afirmación de que la colonización atlántica de Portugal fue llevada a cabo por fenicios de segunda y tercera generación, muchos podríamos entender a éstos como poblaciones ya tartésicas, pues los agentes no serían ni los fenicios recién llegados de Oriente, ni las poblaciones autóctonas que habitaban el sur peninsular antes de la llegada de éstos, sino ya el resultado de la convivencia durante al menos un siglo entre ambos sustratos. Se produciría por lo tanto un movimiento de población alrededor de las costas atlánticas que, si bien conllevaría el traspaso de gentes e ideas que quedarían instalados en los nuevos territorios, lo que supondría una alteración en la estructura social y, principalmente, económica y comercial preexistente, nunca podría ser entendido en términos de colonización.

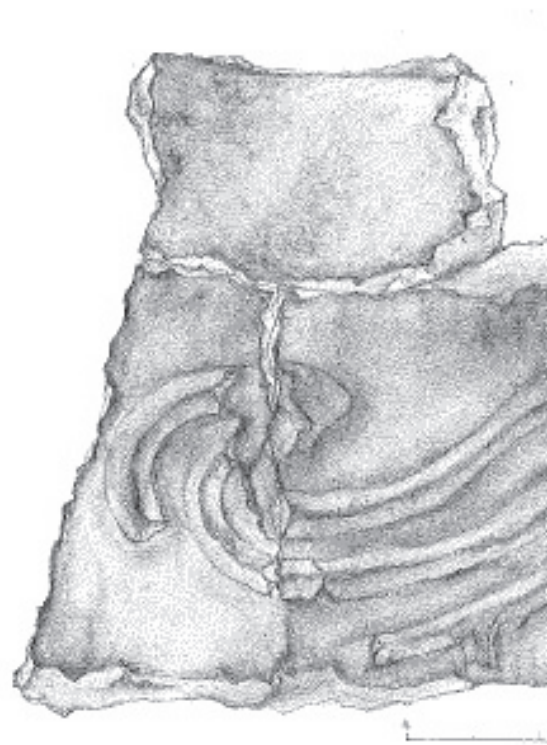
Los datos arqueológicos más recientes nos impiden asumir la existencia de unas rutas terrestres de comunicación para la I Edad del Hierro capaces de conectar los diferentes enclaves incluidos en este proceso; del mismo modo que nos han permitido atestiguar la presencia de poblaciones mediterráneas en las costas atlánticas de Portugal, así como confirmar la mayor antigüedad de los asentamientos portugueses con respecto a los documentados en el valle del Guadiana. Todo ello, por lo tanto, pone en entredicho la hipótesis que defiende la colonización del interfluvio Tajo-Sado por poblaciones tartésicas llegadas desde las tierras de la actual Extremadura.

⁸⁴³ Arruda, 2010: 449



Se abre de ese modo una nueva línea de trabajo, hasta ahora poco explorada, para conocer y caracterizar el modelo de ocupación que se hace patente en las tierras que comprenden el valle medio del Guadiana. Pese a los esfuerzos que se han realizado para elaborar una hipótesis solvente sobre la ocupación del territorio, los resultados no han sido del todo satisfactorios; sin embargo, y gracias a las nuevas aportaciones de los últimos años, parece que ahora sí estamos en disposición de elaborar una teoría con una base arqueológica más sólida. Esta nueva visión apuesta por otorgar un papel protagonista a los enclaves y a la población que habitó las costas y el interior de Portugal durante los siglos VIII – VII a.C., un papel hasta ahora ausente debido principalmente a la falta de una tradición en los estudios acerca de la colonización fenicia de Portugal. Consideramos que es en la esencia de estas poblaciones, transmitida a las tierras del interior, donde reside parte de la particularidad que se desprende del modelo de ocupación que empieza a configurarse en el valle medio del Guadiana a partir de finales del siglo VII a.C. Con ello, no pretendemos negar la influencia ejercida desde el valle del Guadalquivir, punto del que procedería buena parte de la población que habitó nuestro territorio de estudio tras la documentada crisis del siglo VI a.C.; ni tampoco restarle protagonismo, sino más bien delimitar su papel real, máxime cuando comienzan a hacerse patentes las concomitancias existentes entre los enclaves atlánticos y los yacimientos del interior, cuya conexión debió resultar mucho más sencilla al contar con dos importantes arterias fluviales de comunicación: los ríos Tago y Guadiana.

VI. EL PATRÓN DE ASENTAMIENTO DEL VALLE MEDIO DEL GUADIANA DURANTE LA I EDAD DEL HIERRO



[Coda Flamenca: Otra Realidad]

En el hueco del eco de su voz

Vive el eje que desapareció

Agarrados del aire viviremos

No importa dónde vamos

Apriétame bien la mano

Que un lucero

Se me escapa entre los dedos.

R. Iniesta. La Ley Innata (2008)



VI.1. A LA SOMBRA DEL *OPPIDUM*:

La transición al siglo VI a.C. trajo aparejada una serie de cambios sociales, económicos, territoriales y culturales en las actuales costas andaluzas, el valle del Guadalquivir y la costa atlántica de Portugal, que han sido atribuidos a una profunda crisis económica y social. El origen de dichos cambios se ha puesto en relación con la quiebra o caída de los circuitos comerciales fenicios y la redefinición del sistema social que dependía de su buen funcionamiento. Este polémico proceso, cuyos orígenes se atribuyen a un elevado número de causas en las que no nos detendremos, ha sido tradicionalmente denominado como “Crisis de Tarteso”⁸⁴⁴. De ese modo, el modelo económico y político que había imperado desde el inicio de la colonización fenicia en las tierras del suroeste peninsular, experimentó un declive que se tradujo en la transformación del sustrato cultural tartésico y que hoy denominamos cultura turdetana. Sin embargo, las tierras del interior peninsular, las definidas como áreas de influencia de la cultura tartésica, y, más concretamente, el valle medio del Guadiana, experimentarán un proceso de crecimiento notable que se plasmará tanto en la pervivencia de algunos asentamientos, caso de Cerro Borreguero, como en la ocupación de nuevos territorios y en la fundación de nuevos enclaves independientes y sin relación alguna con los ya estudiados del Bronce Final. De ese modo se inaugura un modelo de poblamiento único para este territorio. Así, el período tartésico constituye, en el valle medio del Guadiana, una de sus fases históricas más ricas e interesantes.

A pesar de los cambios detectados en el patrón de asentamiento, el poblamiento sigue constituyendo una de las asignaturas pendientes de la investigación en Extremadura. Este hecho no se debe a una falta de interés, pues paradójicamente se trata de una de las regiones donde más estudios territoriales se han llevado a cabo; sin embargo, la lectura de los datos siempre ha estado condicionada por los modelos contruidos para caracterizar el poblamiento del valle del Guadalquivir, del que se le considera deudor culturalmente, lo que no ha permitido percibir los particularismos y diferencias que el modelo extremeño posee con respecto a los patrones documentados en los territorios vecinos. A ello se suma la escasa transformación que ha sufrido el primer modelo de poblamiento construido a principios de los años 90 del pasado siglo⁸⁴⁵, y todo ello a pesar de las novedades que la arqueología ha ido aportando con el paso de los años y el desarrollo de las investigaciones.

⁸⁴⁴ Escacena, 1993; Aubet, 1994: 293

⁸⁴⁵ Almagro-Gorbea, 1990



A. Rodríguez, I. Pavón y D. Duque iniciaban un trabajo acerca del poblamiento en las cuencas del Guadiana y el Tajo durante la I Edad del Hierro aludiendo a cómo la arqueología protohistórica de Extremadura ha crecido “*a la sombra del oppidum*”⁸⁴⁶. Durante décadas se han intentado confeccionar modelos de ocupación del territorio en los que un lugar central, localizado en altura y fortificado, sería el encargado de controlar el espacio, ya que se consideraba que era el modelo más eficiente para ejercer un buen control del territorio. Se trata, así, de un hecho recurrente en los estudios del poblamiento durante el Bronce Final y la I Edad del Hierro en Extremadura, por lo que la aplicación de la mencionada metáfora nos resulta del todo acertada teniendo en cuenta que el valle medio del Guadiana ha vivido siempre a la sombra de Medellín, convertida además hoy en la capital estatal de este territorio.

Resulta al mismo tiempo paradójico que, a pesar de que muchos somos conscientes de la debilidad de las evidencias materiales para certificar la existencia de un enclave urbano de gran entidad, no ya solo en el caso de Medellín, sino también en la Alcazaba de Badajoz o en *Dipo*, como más adelante veremos, estos enclaves sigan siendo los yacimientos de referencia para estudiar la organización social, política y económica de este espacio. Así, son ya numerosos los trabajos en los que se alude a la ausencia de restos constructivos capaces de demostrar la presencia de un significativo urbanismo en dichos enclaves⁸⁴⁷, y por consiguiente, la existencia de una vasta red de *oppida* que controlaría el curso medio del Guadiana; sin embargo, y paradójicamente, a la hora de caracterizar este espacio o de definir su patrón de asentamiento, todos esos lugares aparecen descritos⁸⁴⁸. Sirva de ejemplo el trabajo que engloba los resultados obtenidos en las excavaciones del caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz), donde se dedica un extenso apartado al estudio territorial del espacio que se extiende entre este enclave y el asentamiento de Medellín, donde se alude en un principio a Medellín “*como actor principal del proceso*”, llegando incluso a caracterizar su papel a partir del siglo VII a.C. como “*capital del valle*”⁸⁴⁹, para acto seguido dejar constancia del “*desconocimiento sobre la verdadera entidad protourbana del “Medellín orientalizante”. Un oppidum*

⁸⁴⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2010: 41

⁸⁴⁷ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 213; Rodríguez Díaz, 2009: 323; Rodríguez, Pavón y Duque, 2009: 207; Celestino, 2005: 772

⁸⁴⁸ Duque, 2001; 2007; Rodríguez Díaz, 2009; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001; Rodríguez, Pavón y Duque, 2009: 205

⁸⁴⁹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 208. Este concepto ha sido tomado del modelo aplicado por Arturo Ruiz Rodríguez (1978) en la caracterización de asentamientos como Cástulo en el valle del Guadalquivir.



sobre cuya extensión, disposición, demografía, estructuras domésticas e incluso murallas se **ha especulado más que mostrado**, pero sobre cuyo perfil como “lugar central” de todo ese entramado poblacional pulsado en nuestros trabajos de campos creemos tener pocas dudas razonables”⁸⁵⁰. Por ello, y a pesar de los esfuerzos realizados por mostrar una lectura lo más fiel posible de la realidad arqueológica que tenemos⁸⁵¹, seguimos viviendo, y seguiremos, “a la sombra” de un *oppidum* que no tiene visos de dejar de crecer sino emprendemos una relectura objetiva de la ocupación de este espacio a lo largo de la Protohistoria⁸⁵².

El primero en dibujar el panorama poblacional de este territorio fue Almagro Gorbea con motivo de la elaboración de una de las primeras síntesis que se conocen acerca del período orientalizante en Extremadura⁸⁵³, que servía, al mismo tiempo, de complemento a su obra “*El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*”, donde se recogían los primeros datos acerca de la ocupación protohistórica de Medellín⁸⁵⁴. En el mencionado artículo hacía referencia a la existencia o constatación de un aumento demográfico en las tierras del interior que se traducía en la aparición de “auténticas ciudades”⁸⁵⁵ que, sin embargo, no alcanzaban la categoría de sus contemporáneas documentadas en Grecia o Etruria. Así, a la luz de los datos que se manejaban hasta aquel momento, restringidos a las primeras intervenciones en la necrópolis y en el cerro del Castillo de Medellín, así como a los primeros datos extraídos de las excavaciones de Cancho Roano, proponía un patrón de asentamiento que se estructuraba en torno a dos categorías: los asentamientos en altura, donde se inscribían enclaves como el Cerro de San Cristóbal, la Alcazaba de Badajoz, Alange, Medellín o *Lacimurgi*, los cuales además se disponían en el territorio con una separación de entre 20 y 30 km entre sí, lo que dibujaba un poblamiento organizado y fuertemente jerarquizado⁸⁵⁶; y los asentamientos menores, entidades de menor rango y de carácter agrícola dependientes de los denominados asentamientos en altura.

Desde la construcción de este modelo, los planteamientos acerca de cómo se estructura el territorio del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro apenas se han visto modificados. Por el contrario, el modelo ha crecido siempre dentro de esta

⁸⁵⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 207

⁸⁵¹ Celestino, 2005

⁸⁵² Rodríguez González, 2012

⁸⁵³ Almagro-Gorbea, 1990

⁸⁵⁴ Almagro-Gorbea, 1977

⁸⁵⁵ Almagro-Gorbea, 1990: 98

⁸⁵⁶ Almagro-Gorbea, 1990: 99-100



misma línea argumental hasta el punto de que se ha llegado a considerar a estos asentamientos en altura como auténticas ciudades-estado⁸⁵⁷, regidas por monarquías de carácter regio de tipo oriental⁸⁵⁸ encargadas del control territorial, donde se incluyen la explotación de los recursos y el dominio de las vías de comunicación para el control del comercio. Quizás la única novedad dentro de este modelo de ocupación sea la inclusión de los edificios enterrados bajo túmulo tipo Cancho Roano⁸⁵⁹, lo que ha dado como resultado la construcción de un poblamiento de estructura piramidal⁸⁶⁰ organizado en torno a los siguientes tres niveles o categorías (fig. 103):

1- La primera categoría engloba los asentamientos localizados en altura, también denominados *oppida* o poblados en vado, en este caso porque se levantan junto a los pasos fluviales que jalonan el Guadiana, lo que por otra parte es lógico. Se caracterizan principalmente por estar localizados sobre cerros estratégicos, desde donde dominan visualmente las fértiles tierras del entorno, así como por presentar un tamaño que suele oscilar entre las 6 – 10 hectáreas de superficie, e incluso mayores en algunos casos. Estos enclaves serían los encargados de articular el territorio teniendo bajo su órbita a los asentamientos menores. Dentro de este grupo se incluyen yacimientos como la Alcazaba de Badajoz, Medellín, *Dipo* o *Lacimurgi*, distantes entre sí 30 km, lo que ha servido, como ya señalábamos, para construir un patrón de asentamiento regular.

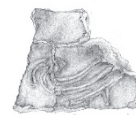
2- El segundo grupo incluye a los edificios tipo Cancho Roano, denominados dentro de la bibliografía como edificios señoriales o de prestigio, palacios-fortín o complejos monumentales, en función de la definición o funcionalidad que se les haya otorgado. Se trata de grandes construcciones levantadas en adobe que se amortizan y sellan hasta quedar ocultas bajo una elevación tumular artificial de entre unos 80 y 30 m de diámetro y de entre 3 y 5 m de altura, medidas que los hacen despuntar en un paisaje de llanura como el que caracteriza al valle medio del Guadiana. La variedad de interpretaciones arrojadas sobre este tipo de construcciones han impedido una definición clara de su significado; pero tampoco podemos esbozar un concepto capaz de englobarlos a todos, pues las recientes investigaciones muestran como cada uno de estos edificios responde a una funcionalidad diferente. En la actualidad contamos con una decena de estos

⁸⁵⁷ Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1035-ss

⁸⁵⁸ Almagro-Gorbea, 2014: 345

⁸⁵⁹ Duque, 1998

⁸⁶⁰ Almagro-Gorbea y Torres, 2007: 46



edificios distribuidos a lo largo de todo el cauce medio del Guadiana y sus principales afluentes.

3- El tercer y último grupo comprende los denominados asentamientos en llano. Se definen así por la localización que ocupan en el paisaje, normalmente sobre llanuras fértiles desde donde explotarían los recursos agropecuarios. Dentro de este grupo se distinguen dos categorías en función del tamaño de los asentamientos: las aldeas, de mayores dimensiones, donde podemos incluir los ejemplos del Palomar o el Chaparral; y las granjas, de menor entidad y carácter doméstico, donde encuadramos el ejemplo de Cerro Manzanillo.

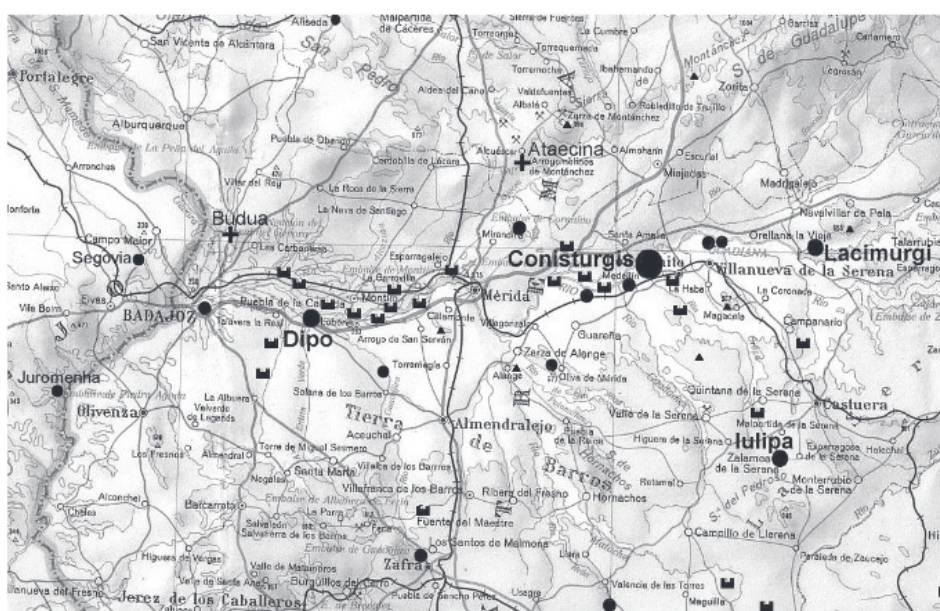


Fig. 103. Reconstrucción del territorio de Medellín en el periodo orientalizante (según Almagro-Gorbea y otros 2008d: 1020)

Sin embargo, y a la luz de las evidencias arqueológicas recogidas en los últimos años, somos conscientes de que este modelo no resulta del todo satisfactorio, por lo que proponemos una revisión del patrón de asentamiento a partir de la relectura de las secuencias estratigráficas conocidas. A esa revisión se suma la incorporación de tres nuevos enclaves, el Tamborrio (Villanueva de la Serena), Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena) y el Turuñuelo (Guareña), recientemente excavados, con los que completaremos el conocimiento que hasta la fecha tenemos del modelo de ocupación de este espacio. Con todo ello, pretendemos darle al poblamiento del valle medio del Guadiana la singularidad que le corresponde, un rasgo que le viene dado, principalmente, por la aparición del modelo de ocupación de los edificios ocultos bajo túmulo, un fenómeno exclusivamente documentado en este vasto territorio.



VI.2. TIPOLOGÍA DE ASENTAMIENTOS:

VI.2.1. Nivel I. Los asentamientos en altura:

La arqueología extremeña siempre ha considerado la existencia de una categoría de asentamientos denominados “en altura” por localizarse en destacadas elevaciones junto al cauce del río Guadiana (fig. 104). De ese modo, este tipo de asentamiento se ha caracterizado tanto por ocupar posiciones estratégicas en el paisaje desde donde se controlan los principales puntos de paso y las zonas de explotación de los recursos caracterizadas por las fértiles llanuras de la vega del río, como por su tamaño, pues al parecer algunos llegarían a alcanzar las 10 hectáreas de extensión. Así, y solo por el hecho de estar localizados en alto ya les confiere un papel predominante o de “primer orden” dentro del modelo territorial, por lo que se les atribuye el control político y económico de asentamientos menores.

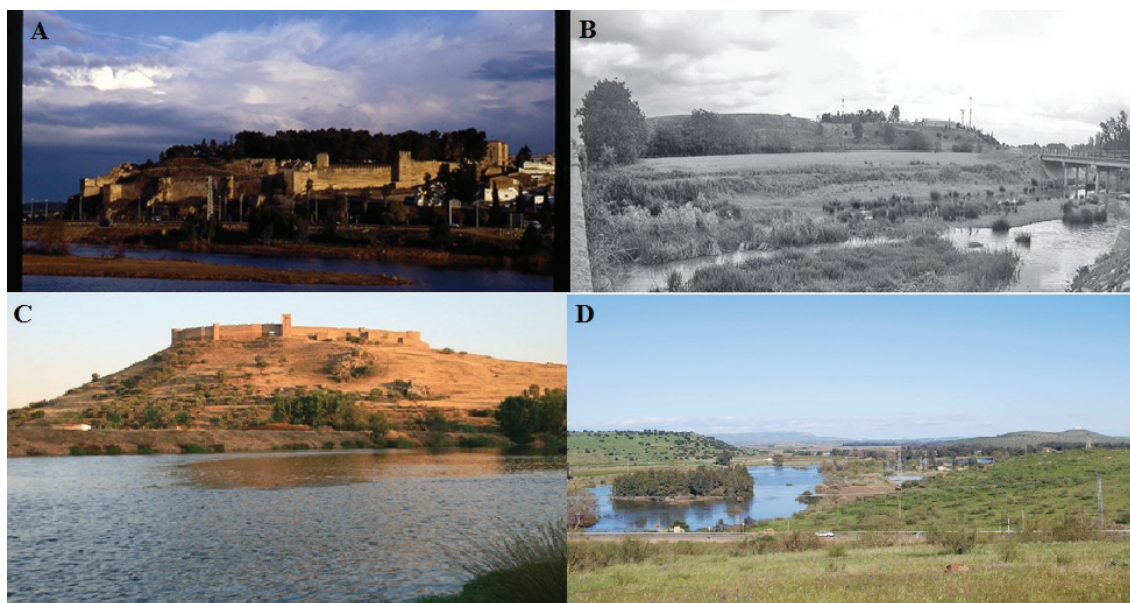


Fig. 104. Principales elevaciones junto a vados del Guadiana. A. Alcazaba de Badajoz; B. Guadajira; C. Medellín; D. Entreríos.

Sin embargo, la arqueología ha sido incapaz hasta el momento de demostrar la existencia de niveles constructivos en los principales enclaves que conformarían el patrón de asentamiento, al menos con la naturaleza que se les supone, pues como veremos a continuación no se detectan niveles de ocupación consistentes ni en las secuencias de la Alcazaba de Badajoz, ni en las de *Dipo*, ni en las de Medellín, ni en las de *Lacimurgi*, donde carecemos de evidencias constructivas que avalen la presencia del importante trazado urbano que tradicionalmente se les atribuye, dotado en alguno de los casos hasta



de una *regia*⁸⁶¹. Esta escasez de datos hace inviable, al mismo tiempo, la defensa de la hipótesis que apoya la existencia de un sistema de control territorial regular ejercido desde estos enclaves en altura “*casi visibles entre sí por quedar separados unos de otros poco más de 30 km*”⁸⁶² (fig. 103).

Así pues, como veremos a continuación, las evidencias arqueológicas no parecen respaldar la existencia de esta categoría de asentamiento. Con los datos que actualmente manejamos, solo el Cerro del Tamborrio, localizado en Villanueva de la Serena, Badajoz, parece disponer de las propiedades necesarias capaces de certificar la presencia de enclaves en altura a los que se les podría otorgar cierta preponderancia dentro del control de este territorio; al menos así lo avala su estratégica localización y las evidencias constructivas documentadas en las últimas intervenciones arqueológicas. Sin embargo, este único ejemplo del Tamborrio no nos permite generalizar sobre un modelo de ocupación que no parece repetirse o documentarse en el resto de elevaciones que jalonan el Guadiana o, al menos, aún no poseemos evidencias arqueológicas suficientes que nos permitan certificarlo.

- **La ocupación de la I Edad del Hierro en Medellín (Badajoz):**



Fig. 105. Cerro del Castillo de Medellín. Vista desde el sur.

⁸⁶¹ Véase para el caso de Medellín, Almagro-Gorbea, 1977; y para el caso de la Alcazaba de Badajoz, Berrocal 1994

⁸⁶² Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1035



La aparición en 1969 de un fragmento de kylix ático⁸⁶³ (fig. 106), fruto de un hallazgo fortuito durante la construcción de un pozo de riego en las proximidades de la actual localidad de Medellín (Badajoz), abrió las puertas al estudio de este enclave. La documentación y constatación de la existencia de un lote de materiales orientalizantes aparecidos junto a la cerámica griega, dio pie al inicio de las investigaciones en la zona, cuando se constató la existencia de una necrópolis próxima al lugar del hallazgo fortuito.



Fig. 106. Kylix de Medellín

La necrópolis de Medellín se localiza sobre una de las terrazas bajas del Guadiana, ocupando una extensión aproximada de 1 ha que en la Antigüedad quedaba enclavada entre dos brazos del Guadiana hoy enrunados; una circunstancia que todavía hoy en día hace que durante el período de lluvias la zona quede inundada y la necrópolis aislada gracias a que se ubica sobre una pequeña elevación de apenas de 1 metro con respecto al terreno circundante, imperceptible a simple vista (fig. 107). El hecho de que el terreno que circunda la necrópolis quede anegado temporalmente ha llevado a la construcción de diversas hipótesis que ven una intencionalidad en la elección del sitio en el que la necrópolis se enclava, basadas en las creencias del agua como mecanismo de paso al Más Allá⁸⁶⁴.



Fig. 107. Vista de las huertas de Medellín y el antiguo cauce del Guadiana con agua fruto de las fuertes lluvias. La necrópolis se sitúa entre dicho cauce y el Guadiana. Primavera de 1969 (según Almagro-Gorbea (dir.) 2008: 19, fig. 7).

⁸⁶³ Almagro-Gorbea, 1970

⁸⁶⁴ Almagro-Gorbea, 2008b: 894



Aunque recientemente han visto la luz tres completas monografías donde se recogen todos los datos obtenidos tras décadas de excavaciones en la necrópolis de Medellín, desde la información referente a cada uno de los enterramientos, un exhaustivo estudio de los materiales y una amplia batería de analíticas, las conclusiones no varían mucho de los resultados obtenidos en las primeras campañas de excavación llevadas a cabo entre 1969 y 1970, donde ya se adelantaba la presencia de tres fases y dos ritos funerarios diferenciados. Por lo tanto, y en base a esos primeros resultados, se han desarrollado las posteriores investigaciones divididas en tres fases (fig. 108):

➤ **Fase I:** la primera fase de la necrópolis se caracteriza por la existencia de conjuntos de urnas enterrados en hoyos, acompañados de un ajuar donde destacan las fíbulas de doble resorte, las cerámicas conocidas como ‘Tipo Medellín’, las placas de cinturón tartésicas, los cuchillos de hierro, las cerámicas grises a torno, las urnas tipo Cruz del Negro y las cerámicas de barniz rojo. Se trata de las tumbas más antiguas, fechadas en la segunda mitad del siglo VIII a.C. e inicios del siglo VII a.C.

➤ **Fase II:** en esta segunda fase de la necrópolis se observa un cambio en el ritual. Los enterramientos en hoyo se sustituyen por *busta* con algún depósito de ofrendas o *sillicernium*. El ajuar lo componen fíbulas anulares, placas de cinturón tartésicas, cuchillos de hierro, objetos de marfil, cuentas de collar vidriadas, algún escarabeo, cerámicas a mano, cerámicas grises a torno, platos de barniz rojo y urnas tipo Cruz del Negro. Su cronología se fija entre el 575 y el 500 a.C.

➤ **Fase III:** esta última fase presenta enterramientos de las dos modalidades, *busta* y algún enterramiento en urna dentro de un hoyo interpretados como residuales. Entre los objetos de ajuar destacan las fíbulas anulares, los broches de cinturón tipo “céltico”, los crótalos, los *diphroi* y los marfiles. La cerámica a mano desaparece pero se mantiene la cerámica gris, la de barniz rojo y las urnas tipo Cruz del Negro. Esta última fase se fecha entre el 500 – 475 a.C. y la segunda mitad del siglo V a.C.

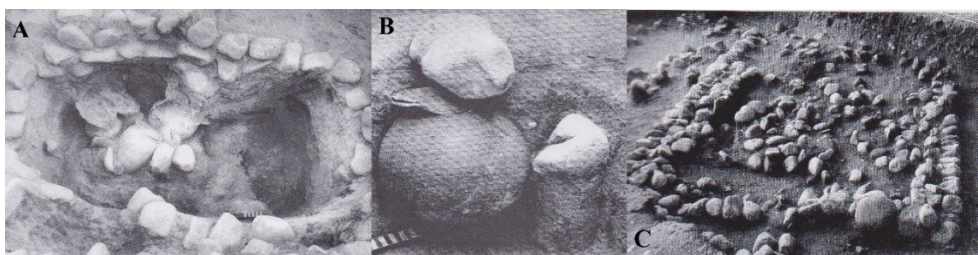


Fig. 108. Tipología de enterramientos. A. *Bustum*; B. Incineración en urna; C. Encanchedo de guijarros (a partir de Almagro-Gorbea (dir.), 2008)



La temprana cronología asignada a la necrópolis, cuya aparición se fecha en el Orientalizante Pleno (675-600 a.C.) a pesar de que las evidencias poblacionales son prácticamente inexistentes en esa cronología en el valle medio del Guadiana y de que existe la posibilidad de adscribir muchos de los materiales fechados en el s. VII a.C. en la necrópolis a fechas algo más modernas⁸⁶⁵, hacía necesaria la búsqueda de un enclave poblacional que se correspondiera con ella⁸⁶⁶. Siguiendo un método lógico y deductivo, el asentamiento se buscó en el cercano cerro del Castillo de Medellín (fig. 105), localizado a 1000 m al oeste de la necrópolis. Su destacada posición en altura, 269 m.s.n.m. y 100 m sobre el cauce del Guadiana, el control que ejerce sobre uno de los vados de este río y sobre la desembocadura del río Ortigas, así como su dominio sobre buena parte de las fértiles tierras circundantes, lo convertían en el lugar idóneo para ubicarlo (fig. 109 y 110).



Fig. 109. Vista aérea de Medellín

⁸⁶⁵ La cronología asignada a la aparición de la necrópolis viene dada únicamente por el estudio de su localización topográfica y la tipología de sus materiales. Las analíticas de C14 realizadas caen dentro de la zona de “desastre” del radiocarbono sufriendo el “efecto Plateau”, lo que hace que los rangos cronológicos sean muy grandes (800-400 a.C.). Este hecho provoca que las dataciones aportadas por las analíticas no sean fiables, pues el arco cronológico en el que podrían enmarcarse se desvía en todos los casos analizados hasta tres siglos.

⁸⁶⁶ Almagro-Gorbea, 1977: 415



Fig. 110. Desembocadura del río Orgita en el río Guadiana. Vista desde la ladera sur del cerro del Castillo de Medellín

La aparición de algunos fragmentos de cerámica de retícula bruñida y con incrustaciones metálicas, así como de producciones ‘tipo Carambolo’ halladas en los niveles de revuelto en las primeras excavaciones del teatro romano⁸⁶⁷ y de algunos fragmentos más de cerámica de retícula bruñida procedentes de las primeras campañas realizadas en la ladera sur del cerro que tenían como objetivo la localización del asentamiento⁸⁶⁸, sirvieron de primer aval para certificar la existencia de un enclave de población cuya fundación se fijó, a partir de la aparición de estos primeros materiales, en el Orientalizante Antiguo, entre el 800-675 a.C., pues no podía ser anterior debido la ausencia de materiales del Bronce Final⁸⁶⁹.

Desde que se iniciaron los trabajos en torno a este enclave, la importancia de Medellín no ha dejado de crecer hasta el punto de ser hoy considerado y definido como un *oppidum*, centro económico y político del valle medio del Guadiana, capital del territorio y cabeza regente de la ya aludida colonización tartésica⁸⁷⁰. Dicha categoría ha llevado a sus excavadores a identificar este enclave con el topónimo *Conisturgis*, capital de los conios

⁸⁶⁷ Amo del, 1973

⁸⁶⁸ Almagro-Gorbea, 1977

⁸⁶⁹ Almagro-Gorbea y otros, 2008: 1007

⁸⁷⁰ Almagro-Gorbea, 2008: 84; Almagro-Gorbea y Torres, 2009



y, según recoge Estrabón⁸⁷¹, *la ciudad más conocida del país de los célticos*. Sin embargo, y pesar de los esfuerzos que se han realizado para demostrar la relación entre el topónimo y los restos documentados en el cerro del Castillo, todavía no existen datos que permitan confirmar tal relación, pues siguen siendo muchas las localizaciones que se barajan para atribuir este topónimo⁸⁷².

A pesar de todo ello, se ha argumentado la existencia de una auténtica ciudad-estado localizada en el citado cerro del Castillo cuya extensión alcanzaría las 10 ha. Sus fronteras territoriales estarían marcadas por su propio control visual, así como por la existencia de una serie de poblados satélites o castros⁸⁷³ ubicados sobre las sierras de Montánchez y Santa Cruz por el norte, la sierra de Pela al este, Magacela al sureste, las sierras de Remondo y de la Ortiga al sur y las sierras de Garta, Olica, Alange y San Serván al suroeste⁸⁷⁴. Curiosamente, dichos límites vienen a coincidir con los documentados para la colonia *metellinensis*⁸⁷⁵ y con los que se conocen para la Comunidad de Villa y Tierra de Medellín⁸⁷⁶, territorios que se consideran herederos de un patrón ya creado y fosilizado en época protohistórica. Sin embargo, dichos modelos únicamente se han tomado como guías, pues se estima que el territorio de Medellín durante la I Edad del Hierro sería superior al conocido para épocas posteriores, llegando a alcanzar los 3000 km²⁸⁷⁷ aproximadamente. Tal extensión ha llevado a suponer la existencia de una estructura territorial organizada en torno a una *chora* o tierras que están directamente vinculadas al núcleo de población con un sistema radial de unos 25 km², una disposición que se extrae de la distribución de caminos y tierras de labor que actualmente se organizan en torno a la población de Medellín y donde se localizan las tierras más fértiles. Algo más alejados se dispondrían los *heredia*, de carácter gentilicio, zonas de cultivo dependientes o controladas por los palacios-fortín tipo Cancho Roano. Estas propiedades estarían complementadas por los *vicis*, pequeñas aldeas que explotan parcelas de tierra. Por último, el territorio más alejado se denominaría *saltus* o zona periférica, área en la que se engloban las zonas alejadas de bosque y sierra, apenas controladas por el poblado⁸⁷⁸. Para completar esta estructura de control y organización territorial, en la zona más elevada del

⁸⁷¹ Estrabón III, 2, 2

⁸⁷² Alarcao, 2001; Salinas, 2006; Paniego, comunicación personal

⁸⁷³ Almagro-Gorbea, 2008: 85

⁸⁷⁴ Almagro-Gorbea y otros, 2008d: 1019-ss

⁸⁷⁵ Haba, 1998: 279-ss

⁸⁷⁶ Martínez Díez, 1983: 665-ss

⁸⁷⁷ Almagro-Gorbea, 2008: 86

⁸⁷⁸ Almagro-Gorbea y otros, 2008d: 1023-ss



cerro se ubicaría el *arx* o *regia*, un edificio que se imagina de estilo palacial pero de cuya evidencia constructiva no tenemos constancia alguna.

Los límites del control territorial ejercido por Medellín se completan gracias a la existencia de otros asentamientos en altura tipo *oppidum* bajo su órbita política, pero poseedores de su propio territorio. Así, el territorio de Medellín limitaría al oeste con *Dipo*, proponiéndose el túmulo del Turuñuelo de Mérida como límite entre ambos; mientras que por el este la frontera quedaría establecida con *Lacimurgi*. Entre Medellín y ambos asentamientos hay una distancia de unos 30 km, separación idónea a la que ya hemos hecho referencia cuando se planteaba la organización espacial que hoy en día se tiene del valle medio del Guadiana.

De ese modo, según la interpretación extraída de las secuencias estratigráficas obtenidas en los diferentes sondeos efectuados en el Cerro del Castillo, sus excavadores presentan la siguiente secuencia cronológica que nosotros aquí resumimos y que, a continuación, revisaremos.

➤ **Orientalizante Antiguo – Medellín I (850? – 680 a.C.):** constituye la primera fase de ocupación fechada a partir de la aparición de un conjunto de fragmentos de cerámica, sin contexto, entre los que destacan las cerámicas de retícula bruñida y tipo ‘Carambolo’ asociadas a poblaciones llegadas del valle del Guadalquivir. A ellos se suman dos cazuelas documentadas en las excavaciones del solar de Portacelli atribuidas al tipo San Pedro II⁸⁷⁹. Estos son los únicos materiales que se pueden relacionar con la existencia de un poblamiento tan antiguo, pues carecemos de cualquier evidencia constructiva que se les pueda asociar. La presencia de estos materiales se relaciona además con el inicio de la denominada colonización interna del territorio circundante, *colonización que explica cómo* (Medellín) *adquirió el papel de centro político de un amplio territorio que se iría conformando y consolidando en las Vegas Altas del Guadiana*⁸⁸⁰.

A esta primera fase no se ha adscrito ningún enterramiento de la necrópolis, lo que ha llevado a suponer a sus excavadores que el rito utilizado consistiría en la cremación del cadáver para después arrojar sus cenizas al río, ritual que se pone

⁸⁷⁹ Jiménez y Haba, 1995

⁸⁸⁰ Almagro-Gorbea y otros, 2008: 1007



además en relación con el hallazgo de la Ría de Huelva, depósito que algunos investigadores identifican con el ajuar de un guerrero difunto⁸⁸¹.

➤ **Orientalizante Pleno – Medellín II (680 – 600 a.C.):** esta fase inaugura la etapa urbana de Medellín, lo que supondría la concentración de una población creciente en el cerro del Castillo como consecuencia de la asimilación e institucionalización de las novedades presentadas en la fase anterior. La extensión del hábitat para este momento se estima en unas 13 hectáreas, una superficie que estaría además amurallada.

A esta fase corresponden las primeras generaciones enterradas en la necrópolis, y la construcción de una *regia* de tipo sacro ante la necesidad de ejercer un control económico y político sobre un territorio en constante crecimiento. Del mismo modo, esta fase de desarrollo urbano vendría acompañada por la introducción del artesanado y por la aparición de los primeros grafitos, elementos directamente relacionados con la necesidad de ejercer un control político y económico por parte de la estructura palacial.

➤ **Orientalizante Tardío – Medellín III (600 – 500 a.C.):** en esta fase se observa la existencia de una crisis demográfica detectada en la necrópolis al reducirse el número de enterramientos y documentarse un cambio en el ritual de enterramiento, momento en el que aparecen los primeros *busta*. Esta misma regresión queda constatada en el poblado, pues a esta fecha se atribuye la destrucción de la muralla identificada con algunos adobes caídos aparecidos en el nivel IV de la cata Este del teatro y la 7 de la cata 2 de la ladera Norte. A pesar de quedar constancia de dicha regresión, parece documentarse una continuación del proceso de colonización agrícola documentado en la primera fase, así como un aumento económico derivado de la especialización del artesanado y de la aparición de las primeras importaciones focenses.

➤ **Transición al post-orientalizante – Medellín IIIC:** dentro de esta fase se documentan los últimos momentos de la existencia tanto de la necrópolis como del poblado. Así, la necrópolis se reduce a su zona nuclear, mientras que el enclave inaugura la etapa de transición a la Cultura de los *Oppida* de Extremadura.

La importancia que ha ido adquiriendo este enclave en el discurso histórico y su identificación con el topónimo *Conisturgis*, ha llevado a sus excavadores a definir el papel que Medellín desempeñaría dentro de la articulación interna de la cultura tartésica. A este

⁸⁸¹ Ruiz-Gálvez, 1995b



respecto, se alude a las ligas de ciudades-estado, denominadas anfitionías, surgidas en el Mediterráneo durante el I Milenio a.C. para justificar que Medellín, dada su importancia, debió formar parte de una de ellas en el extremo occidental. Para ello se apoyan en el ya mencionado texto de Justino⁸⁸² en el que se hace referencia a cómo Habis organizó a la población tartésica en 7 ciudades-estado, lo que demostraría la existencia en Tarteso de una heptarquía⁸⁸³. A esta liga pertenecerían ciudades-estado de más de 40 hectáreas, tamaño necesario para alcanzar ese rango. Entre ellas se citan: *Hasta Regia*, *Carmo*, *Corduba* y *Cástulo*, a las que se sumarían *Onoba* y, quizás, *Cantipo*, *Olisipo* y *Conisturgis*, u otras localizadas en el núcleo de Tarteso como *Astigi*, *Acinipo* o *Urso*. Así mismo, dentro de dicha liga existiría un santuario federal, papel atribuido al asentamiento de la Algaida o al de Despeñaperros por presentar material orientalizante.

Como ya apuntábamos, la documentación de la necrópolis de Medellín trajo aparejada la búsqueda del poblado en las laderas y la cima del cerro del Castillo de esta localidad. Para ello se efectuaron tres intervenciones arqueológicas, sumadas a los sondeos realizados en la zona del teatro romano⁸⁸⁴, dos de ellas en los años 70 y una tercera en 1991. Recogemos a continuación los resultados aportados y publicados por sus excavadores, revisados posteriormente por nosotros, pues consideramos que la secuencia crono-cultural extraída de esos resultados no resulta del todo satisfactoria por carecer de una realidad urbana y cultural que los avale. Así mismo, incorporamos al final de esta revisión las últimas novedades documentadas durante los trabajos de excavación del Teatro Romano de Medellín.

Las dos primeras catas fueron planteadas en el interior del Castillo, concretamente una en cada uno de sus patios. Desgraciadamente, los materiales protohistóricos documentados proceden de niveles de revuelto fechados en época medieval y moderna, razón por la cual fueron excluidos de la caracterización de la ocupación⁸⁸⁵. No obstante, tiende a aludirse a esta intervención para defender la existencia de una *regia* en la zona más elevada de este cerro por la aparición de un fragmento cerámico identificado como un vaso de la forma D de Cuadrado⁸⁸⁶ (barniz rojo ibérico) y a un peine de marfil de tipo “Serreta”⁸⁸⁷ decorado con palmetas y motivos geométricos (fig. 111). Sin embargo, y

⁸⁸² Justino, 44, 13

⁸⁸³ Almagro-Gorbea y otros, 2008c: 1070

⁸⁸⁴ Amo del, 1973

⁸⁸⁵ Almagro-Gorbea, 1977: 415

⁸⁸⁶ Cuadrado, 1968

⁸⁸⁷ Tarradell de Font, 1970



aunque permitan defender la llegada de importaciones a este enclave, consideramos que su carácter aislado, fuera de contexto arqueológico, les resta valor para caracterizar cronológica y funcionalmente el yacimiento, pues desconocemos en qué momento y bajo qué circunstancias llegaron hasta allí.

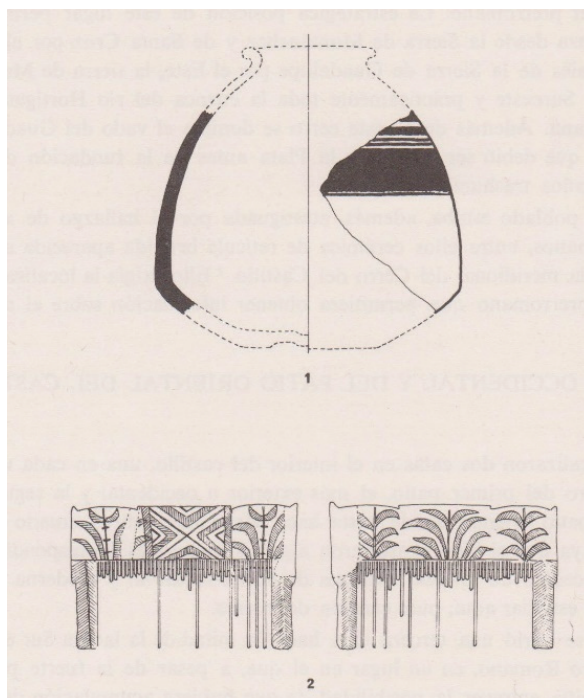


Fig. 111. 1. Vaso de barniz rojo ibérico; 2. Peine tipo “Serreta”. Escala 1:2 (según Almagro-Gorbea, 1977: 416, fig. 161)

Frente a estos resultados se planteó un tercer sondeo en la ladera sur del cerro, al este del Teatro Romano, de cuyas excavaciones proceden algunos materiales protohistóricos revueltos a los que más adelante nos referiremos. Así, a unos 20 m al este del teatro se planteó un sondeo de 1'50 x 1'50 m que aportó una potencia máxima de 4'85 m, hasta llegar a la roca natural, agotando con ello la secuencia estratigráfica. Dentro de la misma se individualizaron 17 estratos artificiales sin que ninguno de ellos mostrara restos de estructuras constructivas⁸⁸⁸ (fig. 112).

⁸⁸⁸ Almagro-Gorbea, 1977: 417

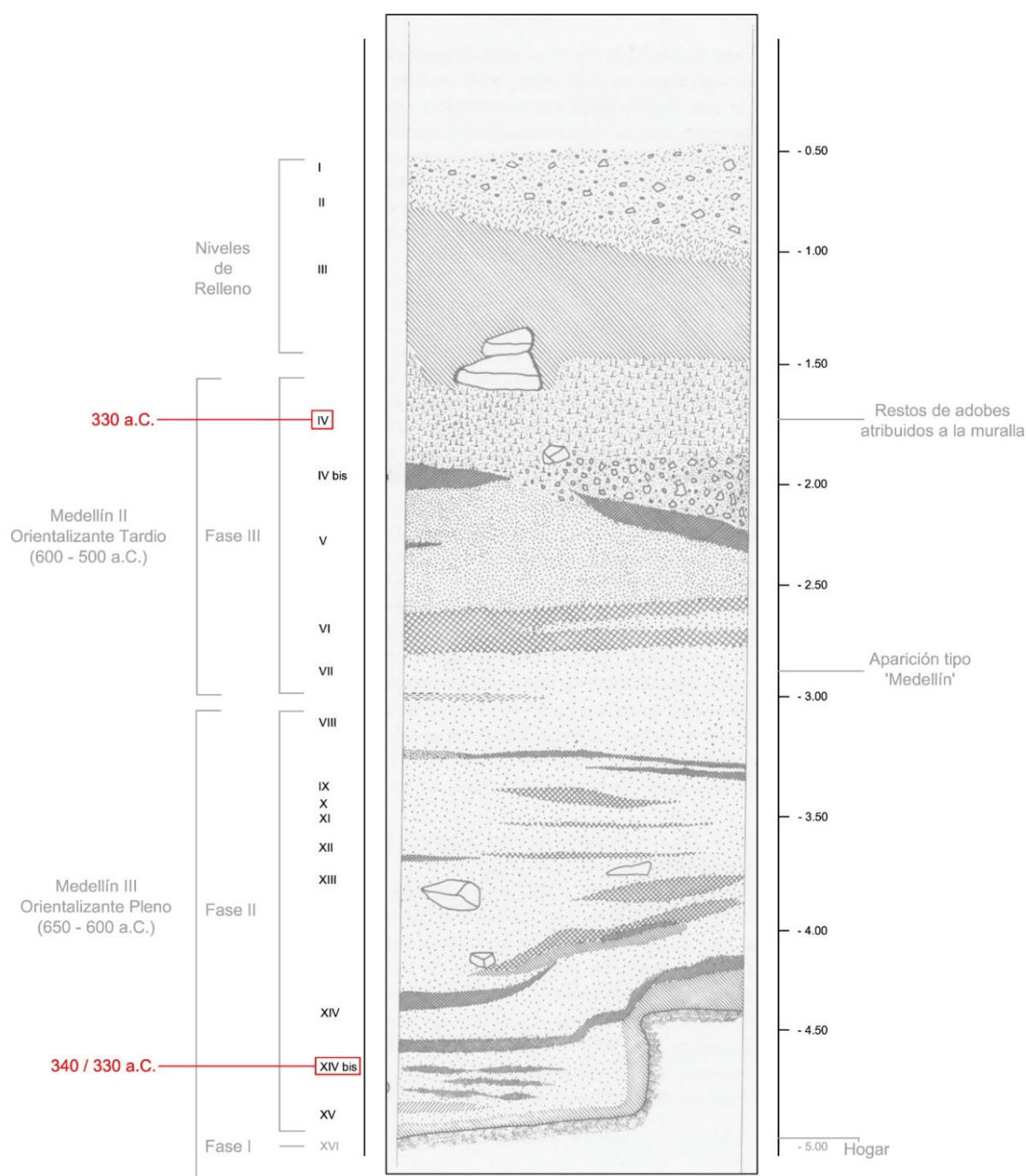
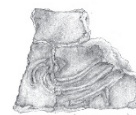


Fig. 112. Secuencia de la Cata Este del Teatro (a partir de Almagro-Gorbea, 1977: 418, fig. 162)

Los tres primeros niveles fueron identificados como un relleno o revuelto superficial en los que se entremezclan la cerámica árabe, romana e ibérica. Por su parte, el estrato IV presentaba restos de adobes cocidos de color rojizo que fueron interpretados como parte del lienzo de la muralla protohistórica, la cual habría sido destruida concretamente en el 525 a.C.⁸⁸⁹ y como consecuencia de la crisis que experimenta Tarteso en el siglo VI a.C.

⁸⁸⁹ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 114



No obstante, la aparición de siete fragmentos de encalados blancos y rosáceos, permitió a su excavador considerar la posibilidad de que se tratasen de los restos de una estructura doméstica⁸⁹⁰, hipótesis que tampoco se puede confirmar al no haberse documentado ningún nivel de uso asociado a dicho derrumbe. De todos modos, parece una hipótesis más plausible que la que los relaciona con la existencia de una muralla protohistórica. Debemos reseñar también que de este nivel procede una de las fechas de C14 obtenidas y que aportó una cronología del 330 a.C. (s. IV a.C.), fecha que viene a coincidir con algunos de los materiales aparecidos en dicho estrato, caso de la cerámica pintada a bandas.

Los siguientes niveles, del V al XIV bis, presentan un repertorio material muy similar y homogéneo, aunque cabe destacar algunos elementos. Entre los materiales aparecidos en el estrato V se recuperó un borde de plato de barniz rojo fechado en el siglo VII a.C. y un borde de ánfora T 10.1.1.1. Un borde de esta misma tipología fue hallado en el nivel VI, identificado también con el tipo 1-2 de Florido⁸⁹¹. Por su parte, los niveles VII y VIII contienen fragmentos de T 10.1.2.1 con paralelos en Cerro Manzanillo⁸⁹². Por último, el nivel XI volvió a dar cerámica pintada a bandas y el nivel XIV dos bordes de ánforas.

Por su parte, en el estrato XV se documentaron algunas piedras sueltas que se interpretaron como procedentes de un muro, algo muy difícil de demostrar por la disposición que presentaban. El estrato está conformado por una tierra parda fruto de su contacto con la roca natural sobre la que se practicó un corte recto de unos 50 cm de profundidad que ha sido interpretado con un posible silo. De este estrato procede la segunda analítica de C14 de las dos extraídas de esta secuencia. En esta ocasión se extrajeron dos muestras que dieron una cronología de 330 a.C. la una y 340 a.C. la otra. Resulta curioso que la cronología aportada por la muestra sea la misma que la recogida en el estrato IV antes reseñado. Si unimos esta información a la homogeneidad que presenta el material a lo largo de toda la secuencia excavada, todo parece apuntar a que se trata de un relleno que debió producirse en un espacio de tiempo muy breve, información que incluso apunta tímidamente su excavador⁸⁹³. Aunque cabría pensar que la secuencia acaba en este estrato, pues bajo el nivel XV se alude a la presencia de la roca

⁸⁹⁰ Almagro-Gorbea, 1977: 450

⁸⁹¹ Florido, 1985

⁸⁹² Rodríguez-Díaz, Duque y Pavón (coord.), 2009

⁸⁹³ Almagro-Gorbea, 1977: 474



natural como además se aprecia en el perfil estratigráfico publicado⁸⁹⁴, a la secuencia se le añade un estrato más.

El estrato XVI es el único al que se le atribuye un nivel de uso por la aparición de un hogar⁸⁹⁵ en el ángulo suroeste cuya localización y aparición no logramos entender del todo. *Situado por debajo del saliente de la roca natural en la mitad sur de la cuadrícula*⁸⁹⁶, se documentó un hogar delimitado por adobes amarillos y relleno de cenizas sobre las que habían sido depositadas dos urnas⁸⁹⁷ (fig. 113). Estos restos fueron interpretados como parte de una estancia que debía estar parcialmente excavada en la roca. Nada se apunta de la existencia de un posible nivel de uso o pavimento que funcione con dicho hogar, ni se deja constancia de la existencia de adobes, como en el estrato IV, que permitan documentar o suponer la presencia de un alzado que cerrara la estancia, elementos con los que podríamos quizás hablar de la existencia de un nivel de ocupación. En el extremo noroeste de la cuadrícula se documentaron algunas piedras trabajadas que se han interpretado como un posible muro. Así mismo, la homogeneidad del material documentado con respecto a los niveles superiores, aunque si es cierto que el volumen de material a mano es aquí superior, tampoco permite aportar algo de luz a la cronología de este espacio.

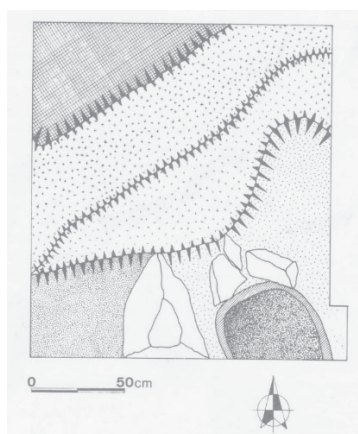


Fig. 113. Nivel XVI de la secuencia de la cata Este del Teatro Romano (según Almagro-Gorbea, 1977: 419, fig. 163)

Sin embargo, y como ya hemos reseñado con anterioridad, la homogeneidad del material y las fechas aportadas por los análisis de C14 nos hacen pensar que nos encontramos frente a un nivel de relleno que debió producirse en un espacio de tiempo

⁸⁹⁴ Almagro-Gorbea, 1977: 418, fig. 162

⁸⁹⁵ Almagro-Gorbea, 1977: 419, fig. 163

⁸⁹⁶ Almagro-Gorbea, 1977: 446

⁸⁹⁷ Almagro-Gorbea, 1977: 448, fig. 182



muy reducido. Al contrario de lo que considera su excavador⁸⁹⁸, no creemos que podamos valorar positivamente estos hallazgos que poco nos aportan acerca de la posición del hábitat, pues para ello sería necesaria la aparición de niveles de habitación y áreas funcionales; en definitiva, de evidencias constructivas o de restos de su trazado urbano.

Dentro de la secuencia descrita uno de los elementos más reseñables y abundantes es la conocida cerámica ‘tipo Medellín’, documentada también en la necrópolis y en las excavaciones de Portacelli. Se trata de unas producciones cerámicas de cocción habitualmente reductora, con la superficie alisada, que no bruñida, sobre las que se aplica pintura, una de base y otra para dibujar la decoración, alternando las secuencias cromáticas de amarillo sobre rojo, blanco sobre rojo o azules y verdes. A diferencia de otros ejemplos conocidos, la técnica empleada en estos recipientes resulta original, pues aunque su aspecto y forma son típicas de las producciones a mano, los ejemplares de Medellín están hechos a torno, lo que ha llevado a caracterizarlas como *“una producción alfarera tradicional en la que se ha introducido el torno como elemento de innovación técnica”*⁸⁹⁹. La particularidad técnica y decorativa de este tipo de cerámica hizo que sus paralelos fuesen buscados en el arte orientalizante, concretamente en Fortetsa, Creta⁹⁰⁰ y en Naucratis, donde poseen una cronología del segundo tercio del siglo VII a.C., aunque los que presentan tonalidades amarillas se les supone una influencia hallstática.

Recientes hallazgos en el Cerro del Borreguero han permitido documentar una cazuela de estas mismas características y decoración, aunque de factura a mano y fabricada *in situ* como así lo han demostrado las analíticas de los pigmentos utilizados en su decoración. Localizada sobre los cimientos de una cabaña del Bronce Final que se fecha en el siglo IX a.C. por radiocarbono, la cronología de la cerámica se establece hacia principios del siglo VII, entre el momento en el que se produce la amortización de la cabaña y se construye el segundo edificio cuadrangular. La antigüedad de este enclave y el hecho de que las cerámicas de Medellín estén fabricadas a torno nos hacen suponer que las del Cerro Borreguero tendrían una cronología más temprana, sin dudas vinculadas con una tradición que debe arrancar de los últimos momentos del Bronce Final del Guadiana. Por ello, sería de enorme interés poder conocer la técnica de fabricación de otros ejemplares documentados en la Meseta, como los de Sanchorreja⁹⁰¹, Soto de Medinilla⁹⁰²,

⁸⁹⁸ Almagro-Gorbea, 1977: 449

⁸⁹⁹ Almagro-Gorbea, 1977: 454

⁹⁰⁰ Brock, 1957

⁹⁰¹ Maluquer, 1958c; 1958d

⁹⁰² Palol, 1967



la Bienvenida⁹⁰³, Santarem⁹⁰⁴, la Aldehuela⁹⁰⁵ o en Cerro de San Pelayo⁹⁰⁶ a las que se les atribuye una cronología entre los siglos VII y VI a.C., quizás más acordes con los ejemplares de Medellín.

A pesar de los escasos datos que podemos extraer de la secuencia, y a que el propio autor es consciente de que la estratigrafía “*corresponde evidentemente a una acumulación de sedimentos relativamente rápida y que refleja un lapso de tiempo corto*”⁹⁰⁷, de ella se extrajo una secuencia de ocupación para Medellín que resumimos a continuación y que revisaremos una vez hayamos expuesto los resultados de las campañas llevadas a cabo en 1991. La secuencia es la siguiente:

➤ **Medellín I:** su inicio se fija antes del 800 a.C. y su final a inicios del siglo VII a.C. Culturalmente estaría adscrita al Bronce Final, aunque ofrece los primeros elementos que vinculan a esta región con los influjos orientales. Esta fase equivale al período Protorientalizante y Orientalizante antiguo extremeño, así como a la fase I de la estratigrafía de la cata Este del teatro.

➤ **Medellín II:** su inicio se fija en la primera mitad del siglo VII a.C. y su final en el 600 a.C. En esta fase se registra la penetración definitiva de elementos orientales que sustituyen a los del Bronce Final. Equivale al Período Orientalizante reciente extremeño y a la Fase II del poblado documentado en la cata Este del teatro.

➤ **Medellín III:** dicha fase se inicia en el 600 a.C. y concluye a mediados del siglo V a.C. Representaría el apogeo de la cultura orientalizante local. Se corresponde con el Período Orientalizante Tardío extremeño y con la Fase III de la estratigrafía de la cata Este del teatro.

➤ **Medellín IV:** su inicio se sitúa a mediados del siglo V a.C., extendiéndose hasta la plena romanización en el 79 a.C. Esta fase se corresponde con el Período Ibérico extremeño y no tiene correlación en la estratigrafía de la cata Este del teatro.

➤ **Medellín V:** esta fase se corresponde ya con la etapa romana de Medellín.

⁹⁰³ Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, 2011

⁹⁰⁴ Arruda, 2005

⁹⁰⁵ Santos Villaseñor, 1988; 1989; 1990

⁹⁰⁶ Benet, 1990

⁹⁰⁷ Almagro-Gorbea, 1977: 474



Los trabajos publicados en la década de los 70 fueron completados con el planteamiento y ejecución de dos sondeos en la ladera norte del Cerro del Castillo⁹⁰⁸ con el fin de completar tanto la secuencia del poblado que sus excavadores creen localizar en este cerro como de determinar la extensión del mismo. La elección de la ladera norte vino condicionada por considerarse la menos alterada por construcciones posteriores, por ello, se eligió una zona próxima al vado del Guadiana, alejada del punto más elevado del cerro donde el poblado ya se creía localizado. Así mismo, en la ladera norte se aprecia la existencia de una especie de escalonamiento en el que en algunos tramos afloran piedras, elementos determinantes para conocer la topografía del terreno que, es de suponer, estaría aterrazado para poder ubicar las construcciones en la pendiente. De ese modo, se plantearon dos cortes estratigráficos cuyos resultados más relevantes recogemos a continuación:

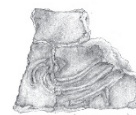
- **Corte 1** (fig. 114): se planteó una cuadrícula de 3 x 3,5 m sobre uno de los taludes de la ladera del cerro con vistas a conocer si éste era el resultado de un aterrazamiento artificial. Para el planteamiento del sondeo se eligió un área donde afloraban unas hiladas de piedra que se correspondían con construcciones modernas. De la cuadrícula se extrajo una secuencia de 18 niveles donde el material, fechado en diversas épocas, desde la protohistoria hasta época medieval, apareció muy revuelto. No obstante, se pudo documentar, en la ue 15, una muralla fechada entre los siglos XIII – XIV relacionada con la Reconquista de la población en 1235 por Fernando III el Santo⁹⁰⁹, cronología avalada además por la presencia de cerámicas medievales en los niveles de cimentación de la misma (ue 18). A pesar de que el resultado fuese negativo, pues el material fechado en época tartésica aparece siempre mezclado con restos más modernos, los excavadores *“dejan abierta la posibilidad de que en algunos puntos esta muralla conservada se apoyara sobre construcciones anteriores”*⁹¹⁰, hipótesis que posteriormente reafirman en sus conclusiones⁹¹¹. Sin embargo, consideramos esta afirmación equívoca por dos razones: la primera porque la extensión de las diferentes ocupaciones históricas que sufre el cerro no tiene por qué ser igual, menos en época protohistórica, cuando la extensión del poblamiento se insinúa más allá de las propias laderas del cerro del Castillo. Y la segunda, y a la vez la más

⁹⁰⁸ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994

⁹⁰⁹ Mérida, 1925: 325; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 89

⁹¹⁰ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 89

⁹¹¹ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 117



concluyente, es que la muralla documentada en el Corte 1, y más concretamente sus cimientos, descansaban sobre la roca natural, como así lo indican los propios excavadores⁹¹², lo que impide la existencia de niveles inferiores.

Así pues, se ratificaba la existencia de una muralla fechada en época medieval sobre la que se han ido depositando materiales probablemente procedentes de las zonas más elevadas del cerro, hecho que explicaría que el material documentado en la secuencia aparezca revuelto.

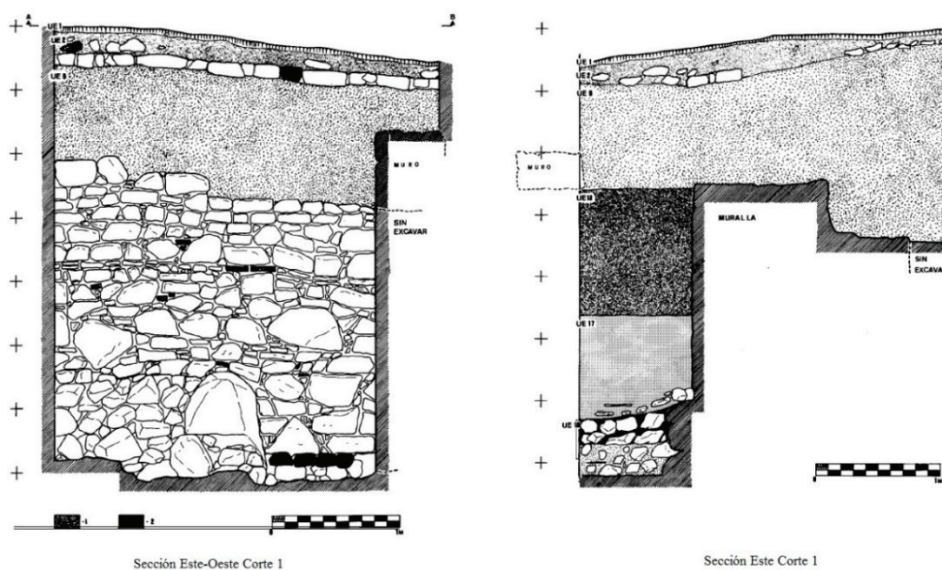
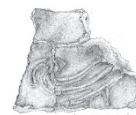


Fig. 114. Secciones del corte 1 (a partir de Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 83, fig. 4; 85, fig. 5)

- **Corte 2** (fig. 115): fue planteado al otro lado de la línea de talud que aparece marcada en la topografía del cerro, algo más abajo del corte 1, junto al camino que pasa por la vereda del río. Se planteó un sondeo de 3 x 3 m (posteriormente ampliado) en el que pudieron individualizarse 9 niveles estratigráficos. Los seis primeros niveles pueden quedar englobados dentro de un mismo paquete al aparecer los materiales muy rodados y revueltos, donde se entremezclan las cerámicas a mano con restos de cerámica romana, sigillata y paredes finas, así como materiales ibéricos. Igualmente, la disposición de los estratos, colocados unos encima de otros pero con la misma inclinación que la pendiente y en contacto con la unidad estratigráfica 7, una de las inferiores, demuestra el modo de deposición de los estratos, identificados como una

⁹¹² Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 88



escombrera⁹¹³ en la que se fueron depositando los sedimentos que discurrían ladera abajo.

Por ello, la escasa información que se puede extraer de esta secuencia procede de los tres últimos niveles donde el material aparecía menos rodado y es más homogéneo. La unidad estratigráfica 7 se corresponde con un estrato de tierra marrón anaranjada suelta donde fueron documentadas algunas piedras que no formaban estructura alguna. Entre sus materiales se documentaron cerámicas a mano y abundantes fragmentos de cerámica gris; sin embargo, junto a estos materiales apareció un fragmento de cerámica pintada y un borde de ánfora CR I-A⁹¹⁴ cuya cronología se fija en el siglo V a.C. que, sin embargo, había sido identificada por sus excavadores como el borde de una urna de cerámica oxidante⁹¹⁵. Por su parte, la unidad 8 estaba formada por un estrato de color marrón oscuro en el que también se documentaron intrusiones de piedras pequeñas que tampoco formaban estructura alguna. Entre sus restos materiales había fragmentos de recipientes fabricados a mano, cerámica gris junto a cerámicas pintadas a bandas y un borde de ánfora tipo T 10.1.2.1 de Ramón⁹¹⁶ fechado entre el 675-650 / 575-550 a.C.; un repertorio que, en definitiva, resulta muy similar al documentado en el nivel superior. Finalmente, la unidad 9 corresponde ya con la roca natural.

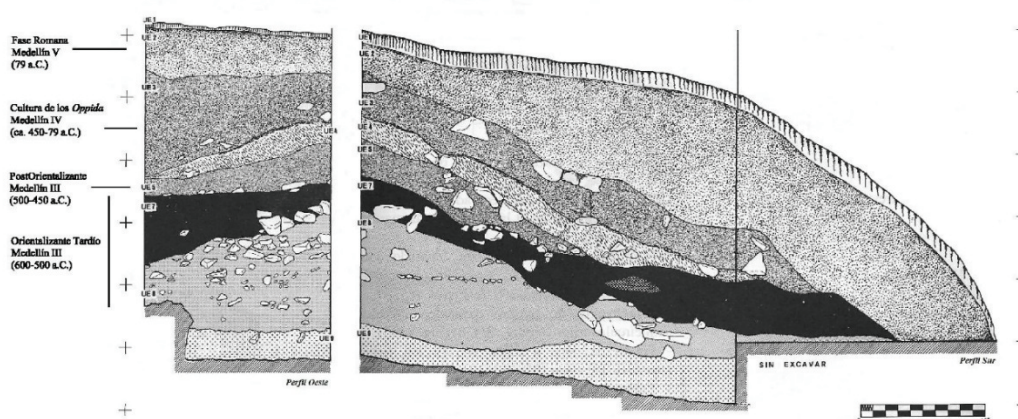


Fig. 115. Sección del Corte 2 (a partir de Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 91, fig. 8)

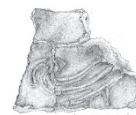
A pesar de que los resultados obtenidos en esta breve secuencia resultan muy pobres para extraer conclusiones certeras acerca de la estructura y extensión del

⁹¹³ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 100

⁹¹⁴ Guerrero, 1991

⁹¹⁵ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 102 – 103, fig. 15-12.

⁹¹⁶ Ramón, 1995



poblado tartésico, pues como apuntábamos anteriormente la propia deposición en pendiente de los estratos nos remite a un basurero o a un relleno procedente del material rodado del cerro, sus excavadores califican la estratigrafía *“de gran interés pues aporta nuevos datos sobre el período Postorientalizante (...) período esencial para comprender la evolución cultural de Extremadura en la segunda mitad del I Milenio a.C. ya que es un período esencial en que se configura de forma definitiva su estructura étnico-cultural prerromana”*⁹¹⁷.

Con la documentación recogida en ambos cortes se procedió a completar la secuencia publicada en los años 70⁹¹⁸ estableciendo la siguiente periodización:

➤ **Orientalizante Antiguo** (800 – 650 a.C.): se corresponde con el denominado anteriormente como **Medellín I**. La nueva intervención aportó únicamente un fragmento de retícula bruñida procedente de los niveles revueltos del Corte 1. Sin embargo, este fragmento, unido a los ya conocidos en las intervenciones anteriores, ha sido suficiente para considerar la amplia dispersión de este material e incluso para establecer la fase más antigua de la ocupación.

➤ **Orientalizante Pleno** (650 – 600 a.C.): se corresponde con el denominado anteriormente como **Medellín II**. Aunque se dice que esta fase está bien documentada en la Fase I del corte estratigráfico al este del teatro, no aparece representada en los niveles de los sondeos realizados en la ladera norte.

➤ **Orientalizante Tardío** (600 – 500 a.C.): se corresponde con el denominado anteriormente como **Medellín III**. Documentado en la cara este del cerro se correspondería con la unidad 8 del Corte 2, fecha que se le atribuye por la aparición de un fragmento de cerámica ‘tipo Medellín’, probablemente residual, pues convive con cerámicas decoradas a bandas de cronología posterior. Igualmente, se alude al color anaranjado de la unidad 7 para relacionarlo con los adobes aparecidos en el nivel IV de la cata Este del teatro, interpretados como parte del derrumbe de la muralla; sin embargo, los propios excavadores indican que no han aparecido restos de adobes en el Corte 2 *“tal vez por ser material rodado”*⁹¹⁹, desdiciéndose así de su propia afirmación y valorando el proceso de deposición de unos estratos que, posteriormente, utilizarán para caracterizar el poblamiento protohistórico de este enclave.

⁹¹⁷ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 111

⁹¹⁸ Almagro-Gorbea, 1977: 478

⁹¹⁹ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 114



➤ **Post-Orientalizante** (500 – 450 a.C.): se corresponde con el denominado anteriormente como **Medellín III-C**. Este período ha sido considerado como el tránsito entre la etapa Orientalizante y el surgimiento de la Cultura de los *Oppida* en Extremadura. La aparición de cerámica ibérica en los niveles 6 y 5 ha llevado a sus excavadores a incluirlas en una fase ibérica, a pesar de que también hay evidencias de materiales pintados a bandas en los niveles 7 y 8 que, sin embargo, fueron adscritos a una etapa más antigua. Así mismo, las tonalidades oscuras y la presencia de carbones en los citados niveles 6 y 5 ha servido para que sean interpretados como una posible fase de incendio relacionada con un momento de inestabilidad social.

➤ **Cultura de los *Oppida*** (ca. 450 – 79 a.C.): se corresponde con el denominado anteriormente como **Medellín IV**. Aparece atestiguado en la unidad 4 del Corte 2, fechado por la aparición de un fragmento de cerámica ática del que solo se conserva su cara exterior, lo que certifica que se trata de material rodado, pero que, sin embargo, ha servido para fechar el estrato en la segunda mitad del siglo V a.C. Así mismo, los restos de cerámicas pintadas de las unidades 3 y 4 sirven para certificar la existencia de influjos íberos-turdetanos. Finalmente, la presencia en la unidad 2 de cerámica romana se pone en relación con la fase de fundación de la colonia, identificada o correspondiente con el anteriormente denominado como **Medellín V**.

Según los datos que acabamos de mostrar, recogidos en la tabla inferior de manera sintética, las secuencias obtenidas en ambas intervenciones serían de gran utilidad tanto para comprender la evolución cultural del asentamiento como para incluir a este enclave dentro de la secuencia de castros y *oppida* prerromanos de Extremadura. No obstante, si observamos los datos recogidos de manera conjunta, nos daremos cuenta de que no existe una correlación entre ambas estratigrafías, salvo quizá para el periodo que comprende el Orientalizante Tardío. Pero tampoco podemos olvidar que se trata de materiales cerámicos en su mayor parte mezclados y rodados cuya procedencia exacta desconocemos; y tampoco aparecen asociados a ninguna evidencia de trazado urbano ni nivel de uso, lo que dificulta la comprensión de sus contextos arqueológicos, pues poco sabemos de su formación y, por supuesto, de la cronología que les ha sido asignada. Cuesta trabajo pesar que, de haber existido un asentamiento como el que se le atribuye al cerro del Castillo de Medellín, amurallado e incluso dotado de una *regia*, las únicas evidencias que puedan certificar su existencia sean un lote de cerámicas que, sin duda,

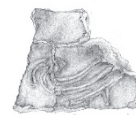


hablan en favor de la ocupación del cerro o, mejor aún, de su entorno inmediato en esa época, pero que difícilmente justifican la magnitud que se le ha otorgado.

Cronología de Medellín		
Cronología	Cata Este del Teatro	Castas Norte
Orientalizante Antiguo – Medellín I (800-650 a.C.)	Cerámica ‘tipo Medellín’ y varios fragmentos de cerámica de retícula bruñida que se completan con los documentados en la cata del teatro (Amo, 1973).	Un fragmento de cerámica de retícula bruñida en uno de los niveles revueltos del Corte 1.
Orientalizante Pleno – Medellín II (650 – 600 a.C.)	Niveles XVI – VII	No hay evidencias
Orientalizante Tardío – Medellín III (600-500 a.C.)	Niveles VI – IV	Unidades 7 – 8 del Corte 2
Post-Orientalizante – Medellín IIIC (500-450 a.C.)	No hay evidencias	Unidades 6 – 5 del Corte 2 / Proceso de Iberización
Cultura de los <i>Oppida</i> – Medellín IV (ca. 450 – 79 a.C.)	No hay evidencias	Cerámica ática unidad 4 del Corte 2 Cerámica turdetana unidad 3 – 4 del Corte 2
Fase romana – Medellín V (79 a.C.)	No hay evidencias	Unidad 2 del Corte 2

Otro de los hallazgos realizados y considerado como parte del hábitat protohistórico de Medellín son los materiales documentados en el solar de Portaceli⁹²⁰. Proceden de una excavación de urgencia realizada en el solar al sureste del cerro del Castillo, localizado por lo tanto en la parte llana. El solar contaba con 558 m² que fueron divididos en varias cuadrículas para acometer la excavación. Aunque en todos los niveles de la intervención se documentaron estratos con material muy revuelto de época contemporánea, moderna, medieval y protohistórica, fueron publicadas de forma individual dos cazuelas documentadas en el Corte C sobre un estrato de piedras procedente de un derrumbe y

⁹²⁰ Jiménez y Haba, 1995



colocadas sobre la roca natural, hecho que llevó a los investigadores encargados de su estudio a considerar que éstas estaban colocadas *in-situ*⁹²¹.

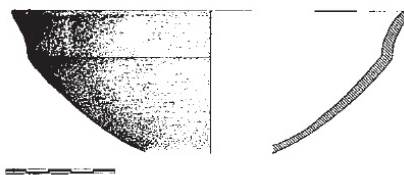


Fig. 116. Cazuela carenada de Portaceli (según Jiménez Ávila y Haba, 1995: 238, fig. 3)

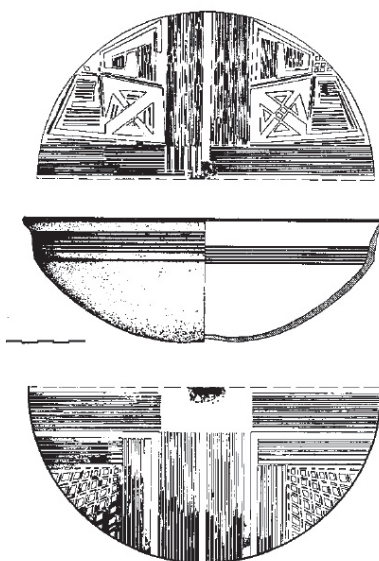


Fig. 117. Cazuela con decoración pintada de Portaceli (según Jiménez Ávila y Haba, 1995: 238, fig. 4)

El primero de los vasos, del que solo se conserva una parte, apareció dentro del segundo de los vasos y se corresponde con una cazuela a mano (fig. 116), bruñida al interior y al exterior. Por su parte, el segundo de los vasos (fig. 117), reconstruido casi por completo, es una cazuela fabricada a mano y decorada con pintura roja tanto al interior como al exterior. La decoración de la cara externa presenta una serie de líneas paralelas pintadas que se alternan con zonas en reserva; mientras que el interior se decora a partir de una disposición radial muy elaborada entre la que se encajan distintos motivos geométricos. Por su tipología y decoración se ha vinculado con el grupo Guadalquivir I⁹²², hecho que lleva a sus investigadores a fechar el conjunto en el siglo VIII a.C.

El hecho de que no estén asociadas a ningún nivel de uso y aparezcan mezcladas con material contemporáneo, moderno y medieval, ha llevado a extraer de su hallazgo

⁹²¹ Jiménez y Haba, 1995: 235-236

⁹²² Ruiz Mata, 1984-85



distintas interpretaciones⁹²³. Por un lado, se los ha considerado como procedentes de un área de enterramientos más antigua a la documentada en la necrópolis del Pozo, hipótesis descartada por la ausencia de restos de cenizas o huesos que permitan certificarlo. También se ha postulado la idea de que se trate de un área de silos al estar en contacto con la roca natural, pero ni se han documentado dichos silos ni la tipología de la cerámica parece propia de un contexto de almacenaje. Por otro lado, cabría la posibilidad de pensar que se tratase de una zona de hábitats de cabañas, pero tampoco hay signos ni restos de construcciones que puedan vincularse a ellos. La última idea apuesta porque se trate de un depósito ritual, quizás fundacional⁹²⁴, hecho que es difícil de asumir, pues ni el depósito está asociado a ningún nivel de uso ni el estrato que lo cubre o amortiza puede considerarse coetáneo a las cazuelas anteriormente descritas. Como desconocemos si el material que acompañaba a los vasos estaba muy rodado, no podemos defender que procedan de un rodamiento laderas abajo del cerro del Castillo; sin embargo, el hecho de que aparecieran fragmentadas, junto a materiales de diversas épocas y sobre la roca natural, nos empuja a pensar que fueran localizaran *in-situ*, pues en la realidad carecen de contexto. Por ello, no podemos restarle el valor singular que las piezas tienen en sí mismas, sobre todo en el segundo de los casos, pero sí debemos prescindir de esta información a la hora de caracterizar el hábitat protohistórico de Medellín, pues no hay evidencias de que se extendiera por esta área que por otra parte ha sido profusamente excavada.

Además de los sondeos realizados por Almagro-Gorbea en diferentes puntos del cerro del Castillo, los trabajos que actualmente se desarrollan en el cerro del Castillo con motivo de la excavación del Teatro Romano en la ladera sur de la elevación, no han dejado evidencias claras de la existencia de una ocupación que pueda remontarse a los siglos IX – VIII a.C. y extenderse hasta los siglos V – IV a.C.

Así, el corte SMRO, acrónimo de sondeo muralla romana occidental, cuya revisión se recoge en el capítulo del Bronce Final, fue llevado a cabo en la ladera oeste de la elevación, sobre la que no se habían realizado trabajos anteriores⁹²⁵. Dicha intervención ha mostrado la ausencia de niveles de ocupación durante la Edad del Hierro también en este sector de la elevación, pues en palabras de sus excavadores “*han sido sorprendentemente escasas, dentro de este heterogéneo paquete (ues 1-3) las cerámicas*

⁹²³ Jiménez y Haba, 1995: 241-242

⁹²⁴ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 118

⁹²⁵ Jiménez y Guerra, 2012



adscribibles a la Edad del Hierro, particularmente las de la fase orientalizante, restringidas a cerámicas manuales decoradas y a algún fragmento de barros grises, que podrían indicar la poca frecuentación de la zona en este período tan importante de Medellín”⁹²⁶.

Sin embargo, dentro del plan de actuación en el que se lleva a cabo la excavación del Teatro Romano de Medellín, pudimos revisar dos memorias de excavación en la dirección General de Patrimonio de la Junta de Extremadura en la que se aludía a la existencia de niveles con material protohistórico. La información aquí recogida es de carácter preliminar, pues no se trata de una documentación estudiada y publicada por sus excavadores, sino de la primera aproximación recogida en el informe de excavación. En muchos casos, estas memorias no están acompañadas del material arqueológico asociado a la intervención, por lo que resulta complicado revisar la cronología otorgada a los diferentes estratos. No obstante, el hecho de contener en la secuencia restos de materiales protohistóricos nos lleva a incluirlos en este trabajo con el fin de que, en futuros estudios, podamos contar con toda la información procedente de estas intervenciones. Con ello podremos determinar su validez para considerar la existencia de un enclave de población en el Cerro del Castillo de Medellín o en sus inmediaciones.

La primera intervención hace referencia al denominado ‘Sondeo Orientalizante’, localizado en la parte posterior del muro de cierre de la escena. El sondeo tenía unas dimensiones aproximadas de 2 x 1,50 m y en él se documentaron únicamente tres estratos, pues su secuencia no pudo agotarse por falta de tiempo. El primer nivel (ue 8625) se corresponde con un paquete de tierra de color marrón grisáceo semicompacta con abundantes pintas de carbón, fragmentos de hueso de animal y de cerámicas de cronología protohistórica (gris, bruñida y pintada ‘tipo Medellín’), que ha llevado a sus excavadores a fecharlos en el siglo VI a.C. Dicho paquete estaba cortado por la zanja de cimentación del muro del teatro (ue 8627) y rellena con tierra de color naranja muy compacta compuesta por ladrillos machacados que han sido interpretados como posibles adobes.

La segunda intervención se efectuó junto a la esquina noroeste de la Iglesia de Santiago, en el espacio que topográficamente se corresponde con la ladera media. Dentro de su secuencia pudieron documentarse dos niveles de uso. El primero de ellos se corresponde con los restos de un hogar, de posible planta circular, pues se oculta bajo el perfil sur. Posee un diámetro de 1,40 m y se localiza sobre un estrato de jambre que

⁹²⁶ Jiménez y Guerra, 2012: 68



aparece sobre la roca natural, es decir, presenta la misma disposición que los hogares localizados en los niveles inferiores tanto del Sondeo 'G' como del corte SMRO, descritos en el capítulo correspondiente al Bronce Final. En cuanto al material asociado, todas las cerámicas documentadas están fabricadas a mano, con cocciones irregulares y de factura semicuidada, alisadas al exterior y espatuladas o bruñidas al interior. El material recogido ha permitido a sus excavadores fechar el nivel de uso en el siglo VIII a.C. -Bronce Final- y otorgarle una funcionalidad doméstica.

Esta ocupación está amortizada por un paquete compacto de tierra color grisáceo que contenía un fragmento de molino barquiforme de granito y algunos fragmentos de cerámicas a mano de factura más cuidada que las anteriores. Sobre este nivel apoya una estructura fechada entre los siglos VII – VI a.C. correspondiente con un muro de factura simple, orientado SO-NE, realizado con piedra local y cantos de río trabados con barro, que conserva una anchura de 50 cm. El nivel que amortiza esta pequeña estructura se corresponde con un paquete de nivelación para sostener la construcción del edificio identificado como un supuesto templo en 'H' de época romano-republicano.

El hecho de no haber tenido acceso al material y que la información recogida en el informe sea bastante parcial, teniendo en cuenta las dimensiones del área de excavación pues no solo se intervino en esta área del teatro, sino que dentro del mismo estudio se registran otra serie de sondeos realizados en el mismo, no nos permite sacar una conclusión cerrada. Lo cierto es que la disposición que presenta el hogar de los niveles inferiores recuerda a los documentados en otros cortes practicados en el cerro, por lo que nos aventura a pensar que este nuevo hallazgo pertenezca a la fase de ocupación de la elevación en época Calcolítica. Más complicado resulta determinar la funcionalidad y cronología del murete superior, de escasa dimensiones y al que se asocia un volumen de material muy escaso.

Finalmente, recientes noticias nos llevan a pensar en la posible aparición de niveles correspondientes a la I Edad del Hierro en las intervenciones del postescaenium del Teatro Romano, donde sabemos que ha sido localizado un lote de cerámicas áticas en niveles alterados por la presencia de fosas de época medieval. Lamentablemente, no contamos con más información acerca de las excavaciones que se están llevando a cabo en estos momentos, por lo que solo en futuros trabajos podremos valorar si realmente existen niveles constructivos que puedan adscribirse a la I Edad del Hierro.



Toda la información procedente de las actividades de excavación en el Cerro del Castillo de Medellín se completa con una serie de hallazgos aislados realizados en diferentes solares de la actual localidad de Medellín (fig. 118). Es el caso de los materiales recogidos por Almagro Gorbea en el solar de 'La Abuela', localizado al sur de la carretera que une Mérida y Don Benito, compuestos por algunas cerámicas grises y recipientes a mano. El solar localizado en las traseras del Cuartel de la Guardia Civil también ha dado restos de esta cronología⁹²⁷. Así mismo, pero ya más alejado del cerro del Castillo, se recogieron materiales en el antiguo Campo de Fútbol⁹²⁸, pero dada su lejanía y la tipología de su material, donde hay platos de engobe rojo y cerámica gris, se ha identificado esta área como una zona de necrópolis, algo que también ocurre con los restos hallados en la trinchera abierta al norte de la Calle Mayor, donde en 1986 se recogieron varios platos completos⁹²⁹.

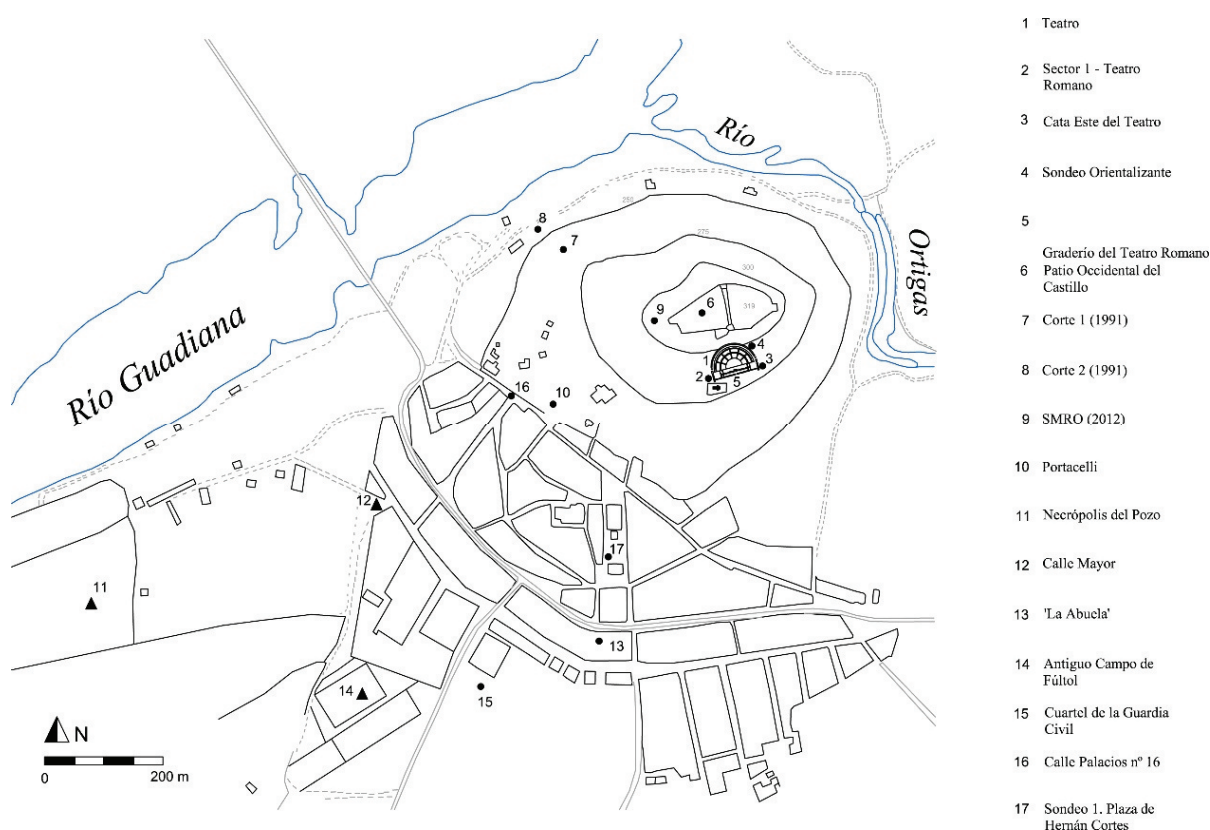


Fig. 118. Localización de las diferentes intervenciones efectuadas en el casco urbano de Medellín.

⁹²⁷ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 117

⁹²⁸ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 120

⁹²⁹ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 120



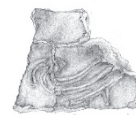
A estos hallazgos aislados a lo largo del actual casco urbano de Medellín se suman los restos documentados en dos intervenciones realizadas recientemente. La primera de ellas hace referencia a la excavación llevada a cabo en la Calle Palacios n° 16⁹³⁰, donde según sus excavadores ha sido localizada parte de la muralla tartésica de Medellín. Los trabajos llevados a cabo se insertan en las labores de adecuación del abastecimiento de aguas, por lo que el corte practicado tenía unas dimensiones de 19 x 2,50 m en el centro de la calle. Dentro de la secuencia documentada se distinguen las siguientes ocho fases:

Fase	Cronología
0	Contemporáneo
1	Contemporáneo / Moderno
2	Moderno / Medieval
3	Moderno / Medieval
4	Orientalizante III (mediados s. VI a.C. – finales s. VI a.C.)
5	Orientalizante II-Abandono (principios s. VI – mediados s. VI a.C.)
6	Orientalizante II (mediados s. VII a. C. hasta principios s. VI a.C.)
7	Orientalizante I (finales s.IX hasta mediados del s. VIII y mitad del s. VIII a.C. hasta primeros s. VII a.C.)

Según recogen los directores de la intervención en la memoria depositada en la Dirección General de Patrimonio, los restos exhumados durante los trabajos de excavación se corresponden con parte del trazado de la muralla tartésica de Medellín. La revisión que hemos llevado a cabo sobre dicha memoria nos ha alertado de la existencia de algunas incoherencias dentro de la misma razón por la cual hemos considerado como mejor opción la de reproducir el texto según lo describen sus excavadores:

“La estructura 800 conforma una estructura lineal de orientación NE-SW y su ancho aproximado de 1,20 m del que se le embute un mazico perpendicular al muro lineal, que hemos designado ue 801. Se encuentra realizado con mampuesto de cuarcita

⁹³⁰ INT/2011/139



de mediano o gran tamaño y restos de cantos con tierra, todo compactado. Tanto la estructura lineal como el macizo se encuentran careados en su cara interior y exterior.

La estructura lineal, en su cara interna arranca desde el relleno 99 con una hilada de piedra y hasta completar el ancho de su cara externa parece que continua hacia abajo, hasta conformar unas 4-5 hiladas de piedra, formando una estructura escalonada invertida que se realizaría para reducir esfuerzos en la construcción. El macizo embutido en la estructura lineal lo hace por su cara externa y arranca por encima de la última hilada del muro lineal exterior, quedando flotando sobre el relleno.

Las dimensiones y volumen de la estructura lineal y su macizo parece que nos hable de una estructura amurallada y un posible torreón macizo que no presenta solidez importante como para hablar de estructura defensiva real.

La estructura 30 es una estructura ataludada realizada con mampuesto de cuarcitas y cantos de pequeño y mediano tamaño y tierra, visible en su cara exterior identificada con una estructura amurallada ataludada de 1,60 m de alto.

El estrato 300 lo conforma un suelo de tierra compacta de color marrón claro, con restos de material orgánico disuelto, formando puntos negros que indican el uso. Dicho suelo se encuentra relacionado en su lado este con la estructura amurallada 800 y en su lado oeste está totalmente destruido conservando una longitud de 7 m”.

Sin haber visitado el lugar mientras se llevaron a cabo las labores arqueológicas y ante la parquedad e incoherencia de las descripciones contenidas en el informe, es complicado sacar una lectura coherente de esta secuencia. La revisión de las planimetrías y las fotografías nos permitió comprobar que no existe una correlación entre ambas, pues en ocasiones las unidades estratigráficas se confunden o identifican mal. Sirva de ejemplo la relectura que hemos realizado de la matrix de Harris pues en la contenida dentro de la memoria la unidad 300, identificada como el pavimento que funciona con la muralla (unidad 800) aparece varias unidades por encima de ésta, algo que resulta imposible y que únicamente puede ser el resultado de una lectura estratigráfica errónea. Así mismo, según la descripción dada y la revisión de las fichas de unidades estratigráficas, la supuesta estructura muraria apoyaría sobre un paquete de relleno, lo que le da poca solidez a la construcción. Por último, poco podemos decir del material arqueológico procedente de estas unidades; sin embargo, el repertorio contenido en la memoria muestra una gran homogeneidad en la que se documentan cerámicas a mano, producciones de barniz rojo

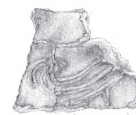


y cerámica gris, a partir de las cuales se ha determinado la pertenencia de esta estructura a la I Edad del Hierro; no obstante, hemos detectado en dicha memoria materiales mal clasificados, lo que varía sustancialmente la lectura de este contexto. Nada sabemos de la existencia de intrusiones aunque debieron existir debido a que la zanja estaba afectada por la inserción de varias tuberías que seguro afectaron en algún momento a las construcciones antiguas.

La segunda intervención fue efectuada en la Plaza de Hernán Cortes. Se trata de un pequeño sondeo realizado en la esquina suroeste de la plaza, inserto en una obra de adecuación de una de las tuberías de agua que atraviesan este punto. La aparición de un muro de mampostería de cuarcitas llevó a la Dirección General de Patrimonio a ampliar el tramo afectado por la obra. En su secuencia, muy afectada por intrusiones modernas, bajo el muro de mampostería quedó documentado un pequeño hogar que desaparecía bajo el perfil. En cuanto a los restos materiales, éstos presentan una gran heterogeneidad. En las primeras unidades estratigráficas, el material moderno se mezcla con formas a torno que puede adscribirse entre la I y la II Edad del Hierro, pues hay evidencias de cerámicas pintadas; mientras que en las unidades más profundas, el material a torno, donde destaca la cerámica gris, se entremezcla con algunas formas a mano entre las que se documentan algunas cazuelas carenadas.

Por su parte, los análisis territoriales tampoco han conseguido demostrar la existencia de un poblamiento concentrado en las inmediaciones del cerro del Castillo a modo de estructuras satélites encargadas de la explotación agrícola del entorno. Actualmente contamos con dos recientes trabajos que nos ayudan a conocer la distribución espacial y a calcular la densidad de ocupación que el territorio de Medellín sufrió durante la Protohistoria, trabajos que nos han permitido documentar pequeños establecimientos, en su gran mayoría resultado de actividades dispersas, pero que en ningún caso nos permiten retratar un territorio densamente poblado, capaz de llevar a cabo un proceso de colonización agrícola del entorno y abanderar el modelo de colonización tartésica de las tierras del interior y la costa atlántica de Portugal.

El primero de estos grupos de trabajo es el coordinado desde el Instituto de Arqueología del CSIC bajo la dirección de Victorino Mayoral. Dentro de un proyecto del Plan Regional de Investigación se ha llevado a cabo el estudio de la evolución del territorio de Medellín entre época protohistórica y romana. Aunque son escasos los datos recogidos u obtenidos para esta primera etapa, la prospección del territorio que se



extiende al sur del cerro del Castillo, entre los ríos Ortega y Guadámex ha permitido documentar una serie de asentamientos de época protohistórica que nos hablan de la existencia de una serie de actividades agrícolas, de carácter disperso, que han dejado una huella material escasa⁹³¹. Así, de las 250 unidades de prospección completadas⁹³² solo 33 aportaron material correspondiente a la I Edad del Hierro (fig. 119). Ello ha permitido concretar la existencia de una actividad agrícola que genera pequeños núcleos de ocupación dispersa entre los siglos VII y V a.C., que en ningún caso pueden interpretarse como un poblamiento organizado y, mucho menos, dependiente de un núcleo como Medellín, donde la ausencia de evidencias constructivas nos impide asumir el protagonismo que se le ha otorgado para estructurar el proceso de colonización agrícola del entorno⁹³³.

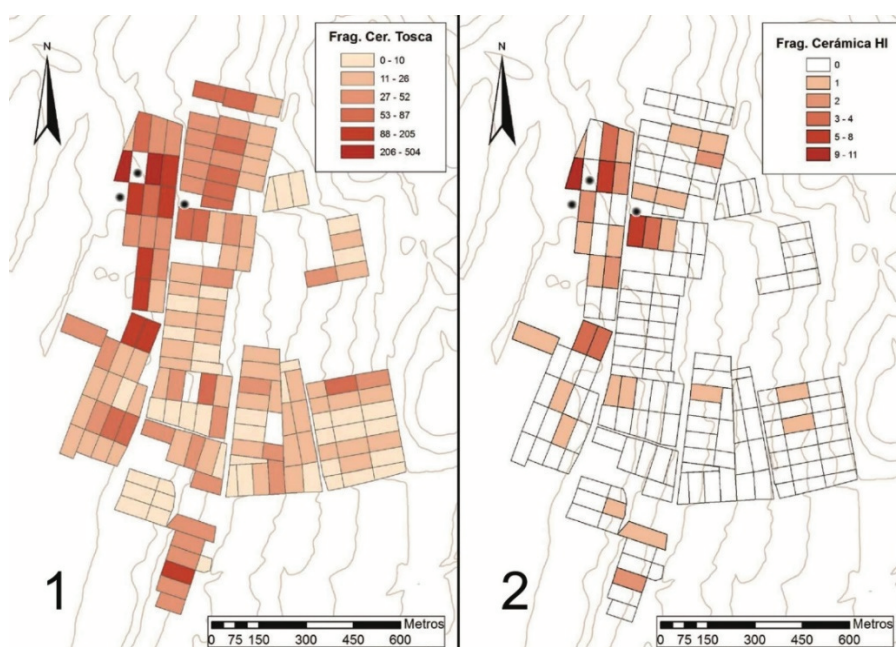


Fig.119. Distribución de materiales en las diferentes unidades de prospección. Los puntos indican la ubicación aproximada de áreas de actividad concentrada con presencia de materiales protohistóricos (según Sevillano y otros, 2013: 1052, fig. 4).

Las excavaciones efectuadas en el Caserío de Cerro Manzanillo, en Villar de Rena, Badajoz, posibilitaron también el estudio del territorio que se extiende entre este asentamiento rural y la supuesta ubicación del poblado de Medellín en la cima y laderas

⁹³¹ Sevillano y otros, 2012: 1050

⁹³² Las unidades de prospección son cuadrículas artificiales de 50 x 100 m en las que se divide el terreno para llevar a cabo el muestreo de material. Su tamaño y distribución varía en función de la información que se quiera extraer de los trabajos de campo (Sevillano y otros, 2012: 1043-1045).

⁹³³ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 185.



del cerro del Castillo de esta localidad⁹³⁴ (fig. 120). Dada la extensión del territorio a batir, se optó en esta ocasión por un modelo de prospección selectiva para identificar los diferentes enclaves que presentaban material arqueológico⁹³⁵. En total se reconocieron 91 localizaciones, de las cuales solo 43 estaban adscritas a la I Edad del Hierro. Sin embargo, la revisión de las fichas de prospección publicadas nos lleva a realizar algunas observaciones al respecto, pues no todas pueden incluirse dentro del grupo de asentamientos o núcleos poblacionales de menor o mayor entidad de carácter estable, por lo que no podemos generalizar a la hora de mostrar los resultados obtenidos en este trabajo enmarcando las nuevas localizaciones dentro de la categoría de asentamientos. Así pues, de las 50 fichas publicadas⁹³⁶, 6 se corresponden con asentamientos adscritos o bien a la Prehistoria Reciente o bien a la II Edad del Hierro, lo que nos obliga a excluirlos directamente de este análisis. Por otro lado, 29 de los registros pertenecen a los denominados “hallazgos aislados”. Se trata de la documentación de evidencias materiales aisladas, carentes de contexto y de otros restos materiales que las acompañen, pues la reducida muestra de material conocida está muy rodada y fragmentada, lo que dificulta la identificación y adscripción cronológica de los restos. Así mismo, la mayoría de estos hallazgos aislados se corresponden con la detección de fragmentos de molinos barquiformes aislados en el paisaje cuya procedencia exacta es desconocida. La alteración que este espacio sufrió con motivo de la reparcelación llevada a cabo en el marco del Plan Badajoz y las posteriores actividades agrícolas con el traspaso de tierras entre diferentes parcelas, ha supuesto una importante alteración de la organización de este espacio que provocaría la desaparición o destrucción de un gran número de asentamientos, por lo que cabría pensar que estos hallazgos aislados pertenecerían a alguno de ellos. Sin embargo, el hecho de que muchos aparezcan aislados, sin otros restos de la misma época asociados nos lleva también a excluirlos del estudio territorial.

A este grupo cabría también sumar los ejemplos de la Aliseda, las Tapias, los Tejares, los Panchos 2 y San Blas 3, adscritos a la I Edad del Hierro pero representados por un escaso registro material que no supera la veintena de fragmentos, lo que dificulta el hecho de considerarlos como asentamientos estable. En todo caso, podríamos estar frente al desarrollo de actividades dispersas que dejan una huella material muy escasa. Esto mismo ocurre con los casos de San Blas, Batanejo 3, Ahijá del Cardo, el Molino, el Cortijo de

⁹³⁴ El territorio prospectado conforma un polígono de aproximadamente 125 km² (Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 186).

⁹³⁵ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 186.

⁹³⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 219-322



Aliseda y las Vegas del Ortega 2, solo que a estos casos se suma el hecho de que el material protohistórico recogido en las prospecciones aparece acompañado de una fuerte ocupación romana relacionada con las *villas* rurales. El hecho de que muchas manufacturas y formas de cerámicas realizadas a mano y recipientes de cerámica gris pervivan en época romana nos lleva a contemplar la posibilidad de que los escasos restos documentados en los ejemplos aquí recogidos pertenezcan al propio asentamiento romano, lo que nos lleva a descartar su adscripción a época protohistórica.



Fig. 120. Área de prospección del entorno de Cerro Manzanillo (según, Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 186, fig. 1)

Por último, cuatro de los registros sí parecen poder adscribirse a la I Edad del Hierro sin mayor dificultad. Son los casos del Cortijo de la Fuente⁹³⁷, La Majona⁹³⁸, la

⁹³⁷ A este asentamiento se vinculan también restos de materiales de época calcolítica y romana. Se hacen referencia a la presencia de fragmentos de molinos barquiformes y algunos restos de adobes junto con material cerámico, donde destacan las producciones a mano y a torno toscas, restos anfóricos, bordes de cerámica oxidante y restos de cerámica gris. La dispersión de material se detecta en un área de 80 x 70 m en una suave loma del paisaje. (Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 222-228)

⁹³⁸ Se documentaron restos de material protohistórico entre el que destacan varios fragmentos de recipientes a mano cuidados, semicuidados y toscos, fragmentos de ánforas y restos de cerámica gris, alguno de ellos grafiados. Sin embargo, el material romano es muy abundante pues el asentamiento se encuentra frente a la villa de la Majona. El material se extiende por una superficie de 50 x 50 m. (Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 266-271)



Veguilla⁹³⁹ y la Veguilla-6⁹⁴⁰. Los dos primeros pueden identificarse con dos pequeños asentamientos tipo granja por la distribución y naturaleza del material cerámico documentado; sin embargo, ambos están vinculados a una posterior ocupación romana, lo que nos hace dudar acerca de que sendos enclaves se correspondan con núcleos de ocupación estables durante la etapa protohistórica. El material cerámico documentado bien podría estar vinculado con la etapa romana y constituir una perduración de formas y tecnologías posteriores, pues no existe ningún elemento que otorgue una fecha cerrada para la I Edad del Hierro, ya que los repertorios recogidos muestran un elenco de materiales muy común. Mientras, la Veguilla y Veguilla-6 presentan un panorama muy diferente; a tenor de los resultados obtenidos en los trabajos de prospección ha podido documentarse una pequeña aldea de unas 3 – 4 ha de extensión localizada al noreste del cerro del Castillo de Medellín, sobre una suave loma junto a la desembocadura del río Rucas, lo que ha permitido identificarla con una posible aldea orientalizante⁹⁴¹. En uno de los límites de la parcela, hoy seccionado por las labores agrícolas, han podido documentarse algunos restos de estructuras, vestigios de muros que conservan hasta dos hiladas y algunos pavimentos. Entre los restos materiales hay una abundante muestra de fragmentos cerámicos entre los que destacan las cerámicas a mano, producciones grises a torno y ánforas, así como una docena de molinos barquiformes y una quicialera. En relación con este enclave se pone al yacimiento de Veguillas-6, identificado con una posible necrópolis por la aparición de dos urnas completas bajo y entre los guijarros, respectivamente. No obstante, debemos señalar que, pese a la presencia de algunas manchas de carbón en su entorno, ninguna de ellas contenía restos de incineraciones⁹⁴² o algún elemento que certifique su pertenencia a un ambiente funerario.

La revisión de ambos casos de estudio nos lleva a reconsiderar el denso poblamiento que tradicionalmente se ha vinculado al núcleo de Medellín, pues de todos los registros conocidos solo los casos de Cerro Manzanillo y la Veguilla pueden considerarse asentamientos rurales contemporáneos a la necrópolis de Medellín y al supuesto poblado localizado en lo alto del cerro del Castillo, mientras que el resto de evidencias se reducen a hallazgos aislados o pequeñas concentraciones de material vinculado en la mayoría de los casos con asentamientos romanos posteriores (fig. 121). Esto nos invita a replantear no solo la existencia de un gran *oppidum*, sino la propia capacidad de Medellín de llevar

⁹³⁹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 275-289

⁹⁴⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 305-307

⁹⁴¹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 200

⁹⁴² Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 199



a cabo un proceso de colonización agrícola de las tierras de su entorno, cuando el estudio del territorio que lo circunda no muestra esa densidad de ocupación a la que tantas veces se ha hecho referencia⁹⁴³. De ese modo, “*no parece que el Medellín de los primeros momentos orientalizante tuviera capacidad para desplegar, ni desplegarse, un poblamiento rural satélite de envergadura*”⁹⁴⁴.

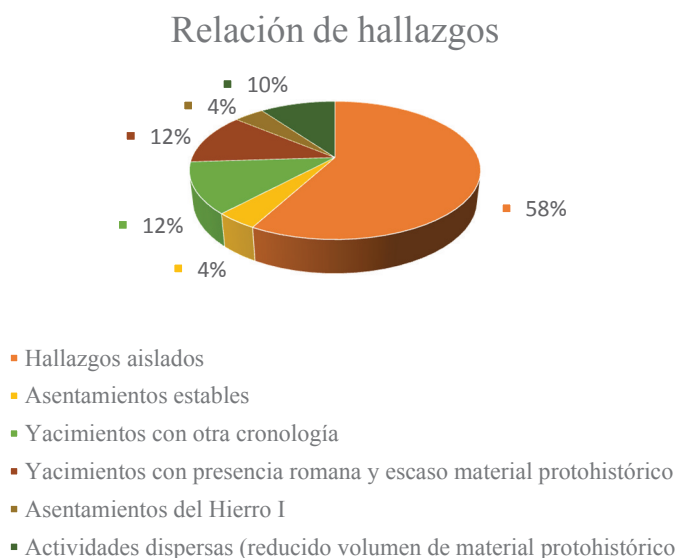


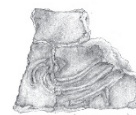
Fig.121 Gráfico en el que se recoge por porcentajes la naturaleza de los hallazgos realizados en las prospecciones del territorio entre cerro Manzanillo y Medellín. Se aprecia cómo el número de hallazgos aislados es muy elevado, por lo que resulta atrevido identificar estos puntuales hallazgos como asentamientos, ya que en la mayoría de los casos se trata de simples fragmentos de molinos barquiformes cuya cronología es difícil de acotar dada su pervivencia en el tiempo, lo que reduce considerablemente el número de enclaves entre ambos núcleos.

Aunque hemos recogido a lo largo de la exposición los diferentes problemas o escollos que existen para seguir considerando la existencia de un gran *oppidum* en el actual cerro del Castillo, creemos conveniente añadir algunas notas que completen esta revisión.

Cuando uno se enfrenta a la secuencia cronológica extraída de los diferentes trabajos de excavación se puede observar la debilidad de los datos sobre los que se sostiene la existencia de este enclave en altura. El hecho de que todas las secuencias participen de un horizonte muy diferente obliga a que sean entendidas como complementarias, rellenando cronológica y culturalmente cada una de ellas un espacio en la protohistoria de Medellín. Sin embargo, y como resulta más lógico, la lectura puede hacerse a la inversa; es decir, el hecho de que cada uno de los cortes practicados presente un panorama tan diverso, puede entenderse como una falta de continuidad o como la inexistencia de un

⁹⁴³ Almagro-Gorbea, Mederos y Torres, 2008

⁹⁴⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 207



enclave estable en Medellín, pues de haber existido habría quedado alguna constancia de ello en los sondeos que se han efectuado en las laderas de la elevación, más aún cuando la extensión que se le insinúa supera con creces el tamaño de la propia elevación.

Los niveles de ocupación adscritos al denominado como Período Orientalizante Antiguo o Medellín I, derivan de la documentación de varios fragmentos de retícula bruñida procedentes de los niveles revueltos de las excavaciones del teatro, así como de los niveles XVI, XV, XIV, XIII, y XI del corte al este del teatro, donde aparecen algunos fragmentos muy rodados junto a cerámicas a torno, y otro fragmento localizado en uno de los niveles revueltos del Corte 1 realizado en 1991; a lo que se suman los restos de cerámica a mano localizados en el sondeo G practicado en el graderío del Teatro Romano. El escaso número de evidencias y la ausencia de un contexto en el que ubicarlos, pues todos parecen proceder de niveles de revuelto, nos hacen descartar la idea de que exista una etapa tan antigua para Medellín, cuyo poblamiento, hoy puesto en duda, podría en todo caso iniciarse a finales del siglo VII a.C. o principios del siglo VI a.C. En caso de haber existido una ocupación de este enclave durante el Bronce Final, todos los indicios apuntan que no debió tratarse de una ocupación estable de gran envergadura; hecho por el cual cuesta creer que este enclave fuese la cabeza de un proceso de revolución urbana y colonizadora que se inició en la Prehistoria Reciente.

Por lo tanto, únicamente los niveles correspondientes al definido como Orientalizante Tardío o Medellín III parecen estar presentes en ambos trabajos, pero no sin algunas dudas. No debemos olvidar la homogeneidad del material contenido en la secuencia de la cata Este del Teatro, cuya cronología por C14 es igual para los estratos IV y XIV bis, lo que lleva a pesar en que esta secuencia debió formarse en un espacio de tiempo muy corto. Así mismo, es muy débil la hipótesis que defiende la existencia de parte de la muralla protohistórica destruida en el nivel IV de la cata Este, pues la única referencia para apoyarla es la aparición de un conjunto de adobes caídos, una muestra muy reducida dado el tamaño del sondeo, de cuya procedencia no tenemos constancia. Algo similar se documenta en los restos del Corte 2 realizado en la ladera norte.

Una vez descartada la validez de los restos localizados en el Corte 1 por tratarse de niveles de época medieval y rebatida la posibilidad de que la muralla protohistórica pasara por debajo de la muralla medieval localizada en el sondeo por estar apoyada sobre la roca natural, debemos centrarnos en las unidades 7 y 8 del Corte 2 que sí aportaron algo más de información. Siguiendo el mismo esquema que el sondeo al este del teatro, el material



localizado en esta secuencia presenta gran homogeneidad, siendo las únicas unidades que no aparecen con todo el material mezclado, aunque no existe evidencia alguna de trazado urbano.

Así pues, no hay constancia alguna de restos constructivos en ninguno de los sondeos realizados que nos permita hablar en favor de la existencia de un *oppidum* en este enclave, y menos aún de una muralla del empaque que se le supone a un *oppidum* de esa naturaleza. Por lo tanto, las evidencias para poder defender la existencia de una ocupación se restringe a unos restos materiales carentes de un contexto cerrado que conviven en niveles de relleno con materiales diversos y de diferentes épocas en muchos de los casos. Es por ello que creemos prematuro, a la luz de los hallazgos, hablar de la existencia de un *oppidum* que llegaría a alcanzar las 15 ha aproximadamente⁹⁴⁵, máxime cuando no hay una sola estructura que al menos permita sostener esta hipótesis, por muy lógico que pueda parecer que el poblado que se corresponde con la necrópolis tartésica debería situarse en la elevación más próxima, en este caso el cerro del castillo de Medellín.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya ocupación de la I Edad del Hierro en Medellín, sino que en caso de haberla ni se localiza en el Cerro del Castillo ni tiene la magnitud de una ciudad-estado. Así pues, podríamos considerar que en el caso de haber existido dicha ocupación esta se localizaría en el llano, justo a los pies de la ladera este del Cerro del Castillo y bajo el actual municipio de Medellín (fig. 122), como así parece que se deduce de los hallazgos de Portaceli, la calle Palacios y las recientes novedades documentadas bajo el proscaenium del Teatro Romano. No obstante es de suponer que se trataría de un pequeño enclave de vocación agrícola y no la gran ciudad que siempre se nos ha transmitido.

⁹⁴⁵ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994; Almagro-Gorbea y otros, 2008d: 1017

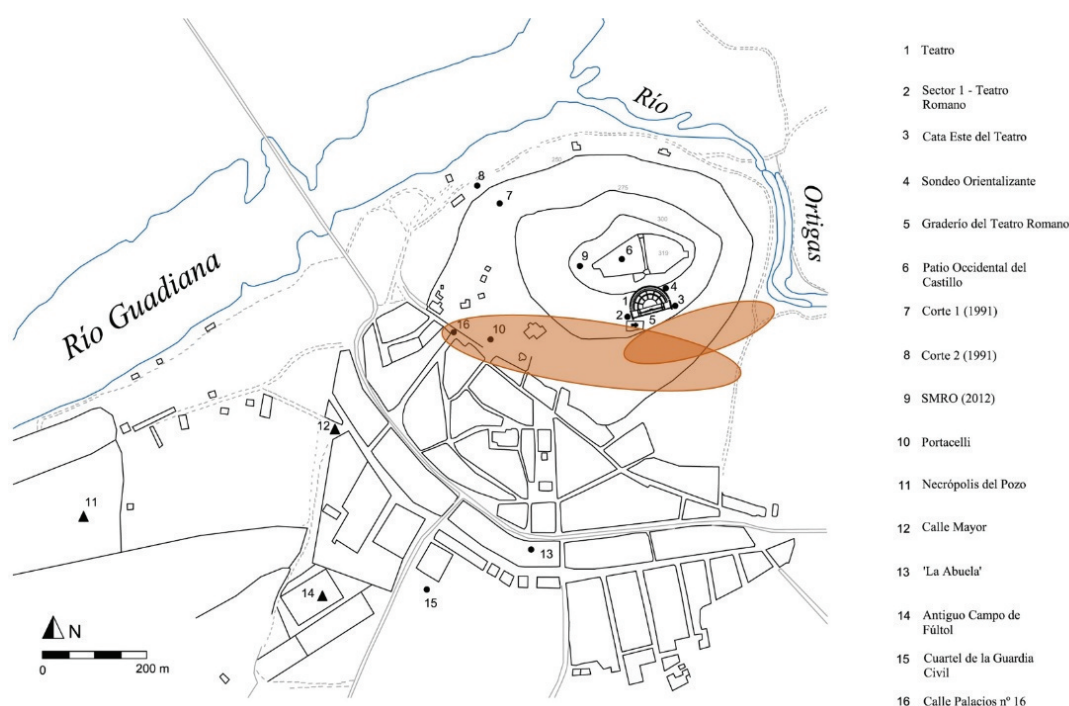
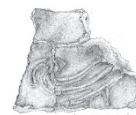


Fig. 122. Posible localización del poblado en Llano de Medellín a partir de la distribución de los hallazgos documentados hasta la fecha.

Por su parte, los análisis territoriales tampoco han arrojado luz acerca del denso poblamiento que se atribuye al entorno de Medellín como consecuencia del proceso de colonización agrícola que supuestamente encabezó este enclave. No existen evidencias arqueológicas que certifiquen que la organización radial de vías de comunicación que hoy se le atribuye a Medellín (fig. 123) para época romana y medieval ya existiera en época protohistórica, sobre todo cuando ni siquiera podemos certificar la existencia de un enclave poblacional para esta época. Por el contrario, todo parece apuntar a que dicho viario fue implantado con el sistema de colonización medieval de 1231 tras la Reconquista, fecha a la que pertenece la muralla excavada en el Corte 1 de 1991.

La ausencia de evidencias arqueológicas que nos impiden comprobar la presencia de un *oppidum* y el reducido número de enclaves que ocupan el territorio que circunda a la elevación del cerro del Castillo, invalida la existencia de un programa de control territorial desde este punto, así como la pertenencia de Medellín a una anficiónía o liga de ciudades tartésicas cuya existencia está aún por demostrar al margen de que Medellín forme parte o no de la misma. Así, parece que hemos trabajado en las últimas décadas con una hipótesis que nos ha empujado a entender el poblamiento del valle medio del Guadiana de forma equivocada. Como hemos apuntado, el cerro del Castillo no parece poseer una ocupación estable durante la primera mitad del primer Milenio a.C., por lo que tampoco



se puede explicar la procedencia ni el momento de deposición de los materiales fechados en este período.



Fig. 123. Territorio inmediato de Medellín con una organización radial que reflejaría la chora del Período Orientalizante (foto Google en 200, a 6000 m de altura) (según Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1025, fig. 929).

Todo ello nos lleva necesariamente a preguntarnos ¿por qué debe existir forzosamente una ocupación tartésica en el cerro del Castillo?, ¿por qué existe una necrópolis cercana a la que debería ir asociada? La presencia de la necrópolis no supone necesariamente la existencia de un enclave de población próximo, pues el volumen de enterramientos es demasiado elevado y las evidencias de ocupación protohistórica en Medellín y su entorno son demasiado débiles.

A los hallazgos de la necrópolis del Pozo debemos sumarle los restos funerarios documentados en el cercano municipio de Mengabril⁹⁴⁶ y la reciente publicación de la necrópolis del Valdegrulla⁹⁴⁷, también en Medellín (fig. 124). El primero de ellos fue localizado como consecuencia de unos trabajos para extraer arenas del río, lo que llevó a Almagro Gorbea a efectuar la prospección de este espacio. Durante los trabajos se localizaron restos de varios recipientes, si bien solo se pudo individualizar una tumba que contenía una cremación en urna. La tipología de los materiales permitió fechar las sepulturas en el siglo VI a.C., aunque en un estudio más reciente se ha propuesto una

⁹⁴⁶ Almagro-Gorbea, 1977: 280-284

⁹⁴⁷ Menéndez Menéndez y otros, 2013



cronología más cerrada que las sitúa entre el 650 – 550 a.C.⁹⁴⁸ Similares características presenta la necrópolis de Valdegrulla, de la cual únicamente se han publicado los resultados preliminares. Se pudo documentar como consecuencia de las obras llevadas a cabo por Gas Extremadura S.L. para la ejecución del gasoducto Mérida – Miajadas en el año 2012. Localizada a 500 m del río Ortigas y a 2,5 km del supuesto *oppidum* de Medellín, únicamente se conocen sus límites este y oeste, quedando el resto fuera de la zona de actuación. Se trata de una necrópolis de cremación en *busta*, sin que se haya documentado ningún caso de cremación en urna⁹⁴⁹. La similitud que guarda el material con el documentado en la necrópolis del Pozo, ha hecho que se feche entre finales del siglo VII a.C. y finales del siglo VI a.C., en correspondencia con las fases II y III de la mencionada necrópolis.

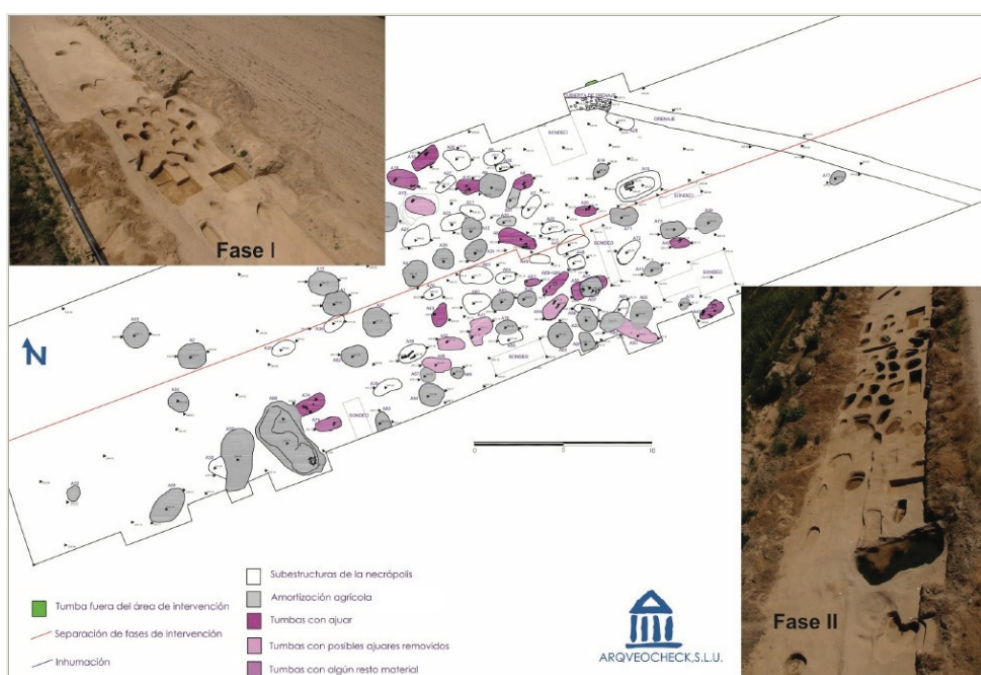


Fig. 124. Plano del área intervenida y foto aérea del final de la intervención (según Menéndez Menéndez y otros, 2013: 1006, fig. 4)

La aparición de estas evidencias funerarias y su desvinculación con cualquier núcleo urbano, nos invitan a pensar que quizás estas necrópolis no pertenezcan necesariamente a un único asentamiento, sino que por el contrario se agrupen en ella individuos llegados de diferentes núcleos de población localizados a lo largo del valle medio del Guadiana, lo que en cierto modo explicaría la homogeneidad de los enterramientos. De ese modo, se dibuja en el área que actualmente ocupa el territorio de Medellín un verdadero paisaje

⁹⁴⁸ Torres, 1999: 107

⁹⁴⁹ Menéndez Menéndez y otros, 2013: 1009



funerario que, curiosamente, ocupa, geográficamente hablando, el centro del tramo medio del Guadiana.

- **La ocupación de la I Edad del Hierro en Badajoz:**

El segundo enclave objeto de análisis es la Alcazaba de Badajoz (fig. 125), quizás uno de los asentamientos mejor conocidos a nivel arqueológico debido al elevado número de sondeos efectuados dentro y fuera de su extenso recinto (fig. 126). Pero el gran volumen de información no hace justicia al escaso conocimiento que poseemos de este asentamiento en su etapa protohistórica, pues todavía varias décadas después del inicio de los trabajos “*la duda estriba en considerar si el oppidum de Badajoz surge de las nuevas dinámicas que configuran el Hierro II a inicios del siglo IV a.C., o estaba ya establecido con anterioridad*”⁹⁵⁰.



Fig. 125. La Alcazaba de Badajoz. Vista desde el Norte.

Ubicado en el punto más elevado del cerro de la Muela a 208,06 m.s.n.m. y a 43 m de diferencia con respecto al río, su privilegiada posición geográfica le permite controlar tanto los pasos del río Guadiana que discurre al norte y del arroyo Rivillas que lo bordea por el este, como las fértiles tierras de vega que ambos cursos fluviales configuran a su paso. La mencionada altura y la orografía del terreno le confieren además una destacada capacidad poliorcética que se acentúa en las dos caras de la elevación que miran hacia ambos cursos de agua, convertidos en dos auténticos fosos al ser completamente verticales las caras de la elevación que miran hacia ambos.

A su excelente ubicación geográfica se suma la existencia, frente al cerro de la Muela al otro lado del río, del conocido cerro de Orinaza o San Cristóbal, al que también se han vinculado hallazgos aislados de época pre y protohistórica⁹⁵¹, sin que existan indicios de

⁹⁵⁰ Berrocal, 2008: 181

⁹⁵¹ Enríquez y Domínguez de la Concha, 1984: 568-569



urbanismo pues, según sus excavadores, “una serie de catas de prospección realizadas alrededor de todo el conjunto parecen confirmarnos que la construcción del fuerte que da nombre al cerro, el uso que se ha hecho de él como vertedero, las canteras de piedra que se han abierto y los eucaliptos que pueblan sus laderas han arruinado prácticamente todo el yacimiento” ⁹⁵². A pesar de ello, ambos enclaves han sido caracterizados como “asentamientos gemelos” ⁹⁵³, ya que su ubicación les permite poseer un control más efectivo sobre el cauce del río Guadiana; un esquema que vimos repetido en el caso de Medellín, donde frente al cerro del Castillo se localiza Cerro Remondo⁹⁵⁴, enclave al que también se han vinculado algunos hallazgos protohistóricos.

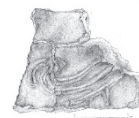


Fig. 126. Localización de los distintos sondeos practicados en la Alcazaba de Badajoz (a partir de Valdés, 1979: 404, fig. 1)

⁹⁵² Enríquez y Domínguez de la Concha, 1984: 568

⁹⁵³ Berrocal, 1994: 143; 2008: 178

⁹⁵⁴ Enríquez y otros, 1998: 162



Las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el cerro de la Alcazaba de Badajoz se iniciaron en los años 70 del pasado siglo con el objetivo principal de caracterizar su importante ocupación medieval. Sin embargo, la aparición de un lote de cerámicas adscritas al Bronce Final en la primera campaña de excavaciones⁹⁵⁵, abrió las puertas a la existencia de niveles de ocupación más antiguos, lo que despertó el interés de sus excavadores por conocer la secuencia completa de su ocupación.

Desde 1977 se han sucedido trabajos de excavación casi de forma periódica hasta el año 1986, cuando tuvo lugar la octava y última campaña, a la que debemos sumar el posterior sondeo efectuado en 1996 en el Sector Puerta de Carros. En total, más de 10 años dedicados a los trabajos de campo y más de 1200 m² de superficie excavada a lo largo de toda la elevación, lo que lo convierten, dado el volumen de información con el que solemos contar para el estudio de este modelo de enclaves, en un caso casi excepcional. Por esa razón, y para hacer más comprensible la exposición de los datos derivados del estudio de la etapa protohistórica de este asentamiento, hemos convenido dividir la exposición en tres bloques distintos. En el primero de ellos se engloban los diferentes sondeos efectuados en todo el perímetro de la elevación durante los años 70 y 80 del pasado siglo, donde se recogen todas las intervenciones que han proporcionado evidencias materiales o restos constructivos adscritos a la I Edad del Hierro; por su parte, el segundo bloque corresponde a la revisión de los restos documentados en la excavación del Sector Puerta de Carros 1, intervención llevada a cabo entre los años 1984 y 1986; y, por último, un tercer epígrafe lo dedicaremos al estudio de la campaña realizada en el Sector Puerta de Carros 2 en 1994. Pensamos que el análisis comparativo entre las distintas secuencias obtenidas nos permitirá realizar una lectura crítica de la ocupación atribuida a este enclave.

➤ **Los resultados obtenidos en las campañas de excavación en el cerro de la Muela entre 1977 y 1986:**

Durante los primeros trabajos arqueológicos llevados a cabo en la Alcazaba de Badajoz, se realizaron un total de 18 sondeos estratigráficos que aportaron materiales de época protohistórica; sin embargo, la desigualdad que existe entre el volumen de información que podemos extraer de cada uno de ellos nos lleva a detenernos, únicamente, en la descripción y análisis de los tres que consideramos que pueden aportar

⁹⁵⁵ Valdés, 1978: 490



una información más detallada, a pesar de que sus secuencias tampoco son del todo nítidas, pues los materiales que aportan tienden a aparecer mezclados con otros de épocas posteriores. Por su parte, debemos aclarar que la razón que nos ha llevado a excluir al resto de sondeos de este análisis más pormenorizado se debe tanto al escaso volumen de material arqueológico recogido en los mismos como a la invalidez cronológica de éstos, pues todos los restos proceden de niveles de revuelto que imposibilitan su vinculación con un momento de ocupación estable durante la I Edad del Hierro. Quizás constituya una excepción el corte 14 realizado en 1979 donde, al mismo tiempo que se hacía alusión *“a la aparición de una capa rojiza oscura, dispuesta sobre la roca virgen, entre 2,5 y 3 metros por debajo de la superficie, que incluía manchas de lo que fue interpretado como un hogar y un lote generalizado de cerámicas prehistóricas”*, se alude al inicio de la exposición de los resultados a como todo el material prehistórico y protohistórico *“aparece con materiales de origen medieval claro”*⁹⁵⁶.

No obstante, y a modo de dejar constancia de la información contenida en los sondeos excluidos del análisis, los resultados de sus secuencias han quedado recogidos en la siguiente tabla, elaborada a partir de las descripciones proporcionadas por sus excavadores⁹⁵⁷:

Campaña	Corte	Cronologías	Materiales protohistóricos	Restos constructivos	Observaciones
1977	2	Moderno Calcolítico	Cazuelas a mano	No	Material protohistórico en la capa superficial procedentes de remoniciones superiores
	3	Moderno Protohistoria	Cerámica gris	No	En el último de los niveles se documenta cerámica protohistórica
	4	Pre/Protohistoria Moderna Contemporánea	Cerámica gris Cerámica a bandas Cerámica a mano	No	El material protohistórico está por encima de los restos modernos y contemporáneos
	6	Moderno Medieval	Base ática de figuras rojas Tinaja a cordón	No	Fragmentos aislados protohistóricos en los niveles superiores
1979	14	Moderno Medieval Prehistoria	Fragmento de cerámica ática de barniz negro Cerámica a bandas	Presencia de un pavimento rojizo y un hogar sobre la roca virgen	Todo el material protohistórico aparece acompañado por cerámicas medievales.

⁹⁵⁶ Berrocal, 1994: 151

⁹⁵⁷ Berrocal, 1994



			Cerámica a mano		
1980	18	Moderno Medieval Protohistoria	Cerámica estampillada y pintada a bandas	No	Todo el material protohistórico aparece mezclado con cerámicas medievales y modernas.
	19	Moderno Protohistoria	Fíbula de bronce Frag. de cerámica con grafito	No	El material protohistórico aparece mezclado con cerámica moderna
	20	Romano	----	----	Próximo al corte 19 por lo que se alude a que los resultados son similares
1986	25	Romano II Edad del Hierro	----	----	Cerámicas prerromanas mezcladas con otros materiales
	25A	Medieval	----	----	Este corte es una ampliación del anterior

○ Corte 1. Campaña de 1977 – 1978:

Localizado en el sector suroccidental de la elevación, su excavación se inició en 1977 y concluyó en la campaña del año siguiente, siendo el corte más profundo practicado con más de 8 metros de potencia. En él se individualizaron 18 estratos, todos ellos revueltos⁹⁵⁸. El material protohistórico está presente ya en las capas superficiales, como ocurre en otros puntos de este enclave; sin embargo, es bajo la capa 9, localizada por debajo de una trinchera utilizada como fosa de enterramiento de soldados voluntarios del Reino de Valencia durante la Guerra de la Independencia, donde se localizaron los lotes más homogéneos, pero también mezclados con restos de otras épocas. Entre los materiales de otras cronologías se recogieron fragmentos de cerámica medieval e incluso de época romana, como las tegulas halladas en las capas 12 y 15. Parte de este material apareció además asociado a la construcción de dos muros de “*piedra en hueso*”⁹⁵⁹, uno situado en la parte más occidental del perfil sur y otro en la zona más septentrional del perfil norte. El espacio entre ambos estaba caracterizado por un nivel de tierra endurecida, con presencia de abundantes carbones asociados a un hogar. En este mismo nivel se documentaron restos de cerámica tosca y estampillada. Separado por un estrato de tierra blanda (capa 16) se documentó otro muro (capa 17), orientado norte-sur, que conserva una altura media de 0,60 cm asociado a otro pavimento de tierra apisonada en el que se

⁹⁵⁸ Valdés, 1978: 405-407; 1979: 338-341; Berrocal, 1994: 148

⁹⁵⁹ Valdés, 1979: 339



localiza otro hogar. Entre la veintena de fragmentos localizados en estos niveles destacan los restos de cerámicas decoradas a bandas de color rojo vinoso junto a cerámicas a mano que apuntan hacia una cronología entre los siglos VI – V a.C.⁹⁶⁰.

Aunque el final de la secuencia ha querido encuadrarse en la última etapa de la I Edad del Hierro, la aparición de cerámicas ibéricas en los últimos niveles aboga más en favor de su pertenencia a un momento de ocupación durante la II Edad del Hierro, por lo que consideramos poco apropiado intentar cuadrarlos en fechas más antiguas. A pesar de ello, no podemos olvidar que en la última capa de este corte, la 18, volvió a documentarse cerámica medieval junto a restos prehistóricos, por lo que resulta complicado adscribir los restos constructivos antes aludidos a una fase protohistórica.

○ Corte 14. Campaña de 1979:

Situado al suroeste de la elevación, frente a una de las esquinas del edificio hospitalario, se practicó un corte de 5 x 6 x 2 m con una orientación sur-norte en uno de sus extremos, quebrando a una orientación oeste-este en el extremo opuesto. En los primeros niveles, del mismo modo que se documenta en el resto de sondeos, destaca la presencia de materiales de distintas épocas muy mezclados, al menos hasta la denominada capa 6. Entre los materiales rescatados destaca un fragmento de cerámica ática de barniz negro que, aunque descontextualizada, constituye un testimonio de la presencia de importaciones.

En el último de los estratos, dispuesto sobre la roca natural a unos 2,5 o 3 m de profundidad, se documentó una capa de tierra rojiza con presencia de materiales de cronología protohistórica. Entre ellos destacan las vasijas hechas a mano, muchas de ellas con acabados bruñidos, cuyos paralelos se han establecido con las fases II A/B de Medellín o con la fase II del Cabezo de San Pedro en Huelva. Junto a las cerámicas bruñidas son abundantes las producciones toscas decoradas con incisiones, escobillados o cordones digitados. Con respecto a las producciones a torno, destaca la presencia de cuencos de casquete esférico y escudillas, junto a varios fragmentos de ánforas que han sido identificadas con tipos fenicios.

Las características de este material llevó a sus excavadores a fechar estos estratos finales entre los siglos VII – VI a.C.⁹⁶¹; sin embargo, como ocurre en el corte analizado

⁹⁶⁰ Berrocal, 1994: 150

⁹⁶¹ Valdés, 1980: 578



anteriormente, el hecho de que todo el material adscrito a las etapas pre y protohistóricas aparezca mezclado con restos medievales⁹⁶² vuelve a invalidar la secuencia como claro testimonio de la existencia de una ocupación de la I Edad del Hierro en este enclave, pues desconocemos la procedencia de este material tan antiguo que parece insertarse en niveles de relleno.

○ Conjunto de cortes 24. Campañas de 1982, 1984 y 1986

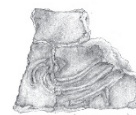
Los cortes asignados al número 24 son un total de 6 sondeos practicados en el centro del recinto amurallado realizados durante las campañas de 1982, 1984 y 1986, al norte de los cortes 1 y 14 anteriormente descritos. Aunque en todos los cortes se documentaron materiales de época protohistórica, el volumen de información es muy desigual entre ellos, algo llamativo si tenemos en cuenta la proximidad espacial que existe entre todos ellos. Así, en el corte 24E aparecieron solo cuatro fragmentos de cerámica entre los que destaca un borde de barniz negro íbero-turdetano; por su parte, en el corte 24' se halló material protohistórico mezclado con restos modernos y medievales en toda su secuencia, con la presencia de cerámica campaniense A; por último, algo similar ocurre en el corte 24'', en cuya superficie, junto a material de diversas épocas, se localizó un fragmento de *skyphos* ático de figuras rojas fechado en la primera mitad del siglo IV a.C.

En lo que respecta al corte 24D se recuperaron cerámicas protohistóricas entre las que podemos destacar las cerámicas grises y decoradas a bandas, así como un borde dentado de barniz negro ático y un fragmento con decoración estampillada donde aparece representado un antropomorfo ornitocéfalo; todo ello mezclado con abundantes restos medievales, modernos y romanos. Así mismo, resulta interesante reseñar cómo en la denominada capa 5, donde los materiales mezclados van desde época Moderna hasta el Calcolítico, se halló un fragmento de cerámica con motivos pintados en los que se representaban grifos y toros⁹⁶³, fechado en el siglo V⁹⁶⁴. Este hallazgo resulta bastante sorprendente ya que se trata de un tipo de producciones que tienden a concentrarse en el Valle del Guadalquivir y en cronologías algo más antiguas; no obstante, y a pesar de la exclusividad del hallazgo, de nuevo la cerámica medieval vuelve a documentarse incluso en los niveles que descansan sobre la roca natural, lo que dificulta, de nuevo, el fechar con precisión esta secuencia.

⁹⁶² Berrocal, 1994: 151

⁹⁶³ Valdés, 1988: 275

⁹⁶⁴ Berrocal, 1994: 154



El corte 24a (fig. 127) es quizás uno de los que presenta una de las secuencias más claras dentro de este conjunto al poseer su estratigrafía pocos signos de remoción. En su capa 3, donde se especifica que son prerromanos la mayoría de los materiales rescatados⁹⁶⁵, destaca la existencia de recipientes a mano, producciones grises y cerámicas pintadas junto a algunas piezas de hierro y de bronce, estando estas últimas prácticamente ausentes en otros contextos de este yacimiento.

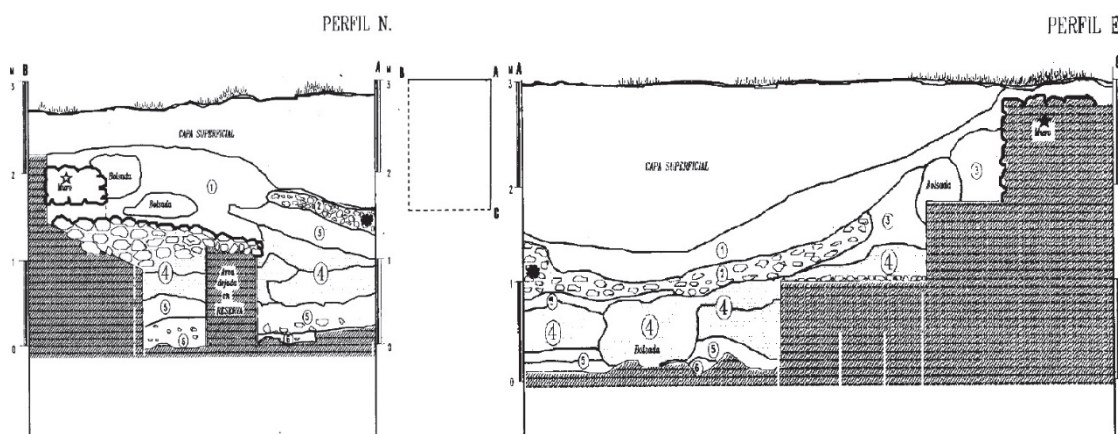


Fig. 127. Perfiles norte y este del corte 24a (a partir de Berrocal, 1994: 155, fig. 5)

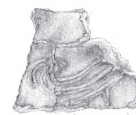
A pesar de que la mayoría del material procedente de la capa 3 es prerromano, en el nivel 4 se recogió una base de cerámica campaniense A que fecha el final de la secuencia en el siglo II a.C. No obstante, queda constancia en las capas 5 y 6, las más profundas, de la existencia de materiales del Bronce Final y del Calcolítico, pero nada se indica acerca ni de la composición de estos dos estratos ni de la tipología de los materiales⁹⁶⁶, por lo que poco podemos añadir a este respecto.

El corte 24B es paralelo al anterior, tan solo separados por un testigo de 1 m de anchura, lo que hace que la secuencia documentada sea prácticamente la misma, por lo que únicamente destacaremos la presencia de una serie de restos constructivos que se describen de la siguiente manera: *“al bajar más, apareció nítidamente un muro que cruza la zona excavada(mitad norte) del corte en dirección NE-SO y al bajar la tierra que lo rodea (AL84/24B/54) se descubrió un murete de menores dimensiones que parte del anterior en ángulo recto y divide la porción oeste del corte en dos mitades. Ambos estaban muy compactados con el tapial que montaba sobre el zócalo de piedra y formaba los muros de construcción”*⁹⁶⁷. Dichas estructuras han sido atribuidas a una fase

⁹⁶⁵ Berrocal, 1994: 154

⁹⁶⁶ Berrocal, 1994: 156

⁹⁶⁷ Coronada Domínguez de la Concha, Diario de excavación, 2-VIII-1986; Berrocal, 1994: 156



protohistórica que resulta difícil de justificar ya que nada se apunta acerca de los materiales asociados al nivel o capa en el que fueron documentados. No obstante, si seguimos los datos recogidos para otros sondeos del grupo 24, el hecho de que en la capa 4 del aldeaño corte 24A, ubicado a mayor profundidad que la capa 3 descrita para el corte 24B, se documente la presencia de material romano, nos lleva a poner al menos en duda la cronología protohistórica asignada a estos restos constructivos.

Finalmente, y como ocurre en la descripción del corte 24A, se hace alusión a la existencia de cerámicas “*más antiguas, propias de épocas orientalizantes, del Bronce y Calcolíticas*”⁹⁶⁸ en los niveles 4, 5, 6 y 7, pero ni se describen los niveles con el mismo grado de detalle que se hace con los estratos superiores, ni se hace referencia a la tipología de los materiales documentados en ellos.

Por último, el corte 24F (fig. 128) mostró también una de las secuencias más claras del conjunto, cerrando con su descripción el estudio de la parte central de la elevación. Hasta la denominada capa 4 el material prerromano aparece mezclado con restos medievales, modernos y, fundamentalmente, romanos. La capa 6, parece marcar la transición a la II Edad del Hierro avalada por la presencia de cerámicas grises y pintadas. Por su parte, las capas inferiores, 7 y 8, contienen materiales muy similares a los detectados en los niveles superiores, lo que permite fechar la secuencia en la II Edad del Hierro⁹⁶⁹; no obstante, se hace referencia a la presencia de tres niveles más profundos, el 10, 11 y 12, a los que se vinculan cerámicas de la Edad del Bronce y del Calcolítico, sin que se especifique nada más acerca de las mismas.

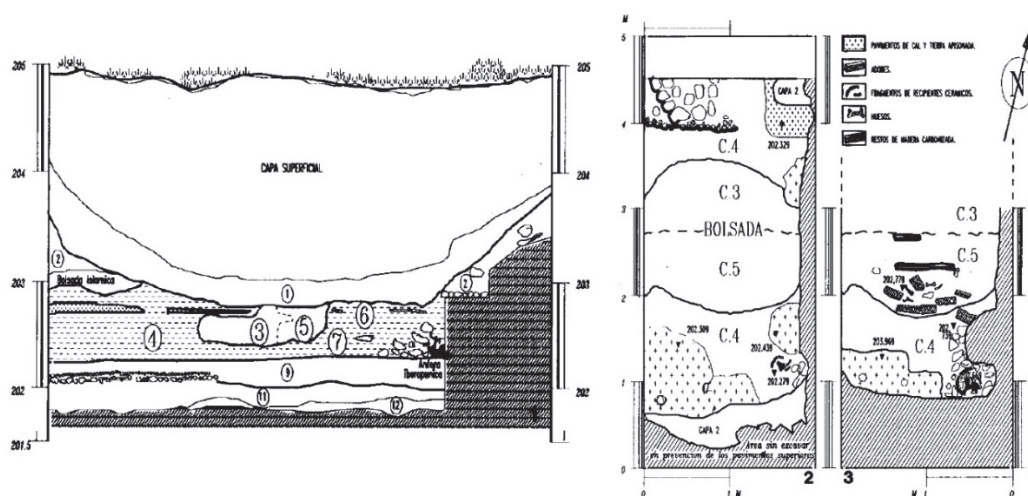
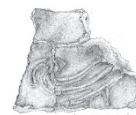


Fig. 128. Perfil oriental del Corte 24F. Plantas de los estratos prerromanos del Corte 24 F (a partir de Berrocal, 1994: 156, fig. 6.1-6.2)

⁹⁶⁸ Berrocal, 1994: 156

⁹⁶⁹ Berrocal, 1994: 158



➤ Sector Puerta de Carros (SPC). Campañas de 1982, 1984 y 1986

La apertura y reconstrucción de la Puerta de Carros⁹⁷⁰, localizada en la ladera oeste de la Alcazaba, propició al planteamiento de una serie de trabajos arqueológicos que se iniciaron en 1982. La documentación de restos prehistóricos durante las primeras labores de excavación condujo a la planificación de dos nuevas campañas cuya finalidad no era otra que la de determinar la naturaleza y extensión de la ocupación más antigua en el cerro de la Muela.

Los primeros trabajos se llevaron a cabo en 1984 (fig. 129). Durante los mismos se documentó una secuencia de 6 niveles. Las dos primeras capas aparecen totalmente alteradas, con el material protohistórico muy mezclado con el de otras épocas. Mientras, la capa 3, sellada por un pavimento de guijarros⁹⁷¹, aportó un lote de materiales protohistóricos cerrado fechados en el siglo IV a.C. a partir de la aparición de una fibula de bronce anular del tipo 2c de Cuadrado⁹⁷², con paralelos en Capote, y un fragmento de pátera de barniz negro (375-330 a.C.) que permiten certificar la cronología de este estrato. Por último, y aunque ausentes del perfil publicado, se hace referencia a la existencia de tres niveles más donde se alude a la presencia de material orientalizante acerca del cual no se recogen más datos.

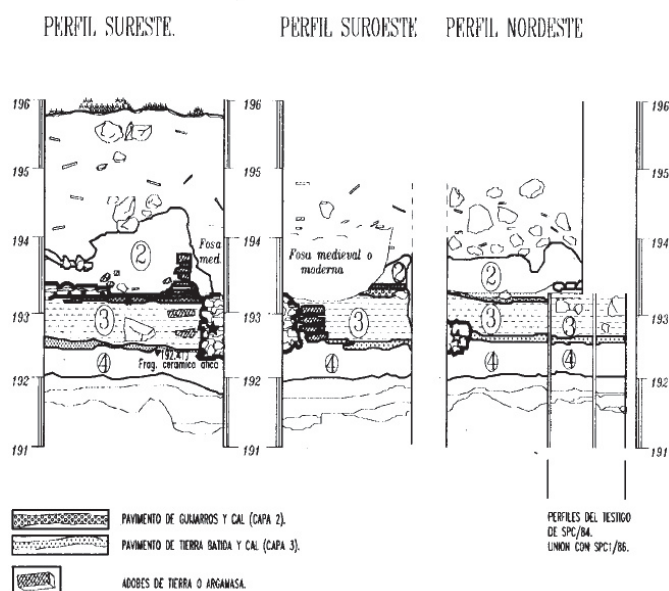


Fig. 129. Perfiles del Corte SPC (Campaña 1984) (según Berrocal, 1994: 159, fig. 7)

⁹⁷⁰ Según los datos conocidos la puerta había sido cegada a principios de siglo para la construcción de un camino que diera acceso a la Alcazaba.

⁹⁷¹ Berrocal, 1994: 162

⁹⁷² Cuadrado, 1957; 1963



La campaña de 1986 se planteó como una ampliación de la anterior, por lo que se extendió la superficie del sondeo (4,25 x 5 m) hacia el perfil sur. El nivel definido como superficial y la capa 1 presentaron el material muy mezclado, por lo que no es hasta el nivel 2 cuando se detecta el primer conjunto cerrado⁹⁷³. A dicho nivel pertenecen restos de cerámicas a mano, a torno pintadas y un curioso fragmento de estampillado con la figura de un caballo. Por su parte, la capa 3 mostró la presencia de dos muros en escuadra encargados de delimitar un pavimento de guijarros. El material asociado al mismo es muy similar al anterior, aunque cabe destacar que en este nivel se documentaron restos de terra sigillata que, aunque considerados como caídos de un perfil, contaminan la secuencia. Además, la presencia posterior de materiales romanos en la capa 5, un fragmento de sigillata gálica y otro de vidrio, nos lleva a pensar en la posibilidad de que estos niveles representen la etapa de tránsito entre la II Edad del Hierro y la romanización. Esta cronología de la II Edad del Hierro viene además avalada por la presencia de una base de *kylix* tipo Cástulo fechado en el siglo IV a.C. y localizado en la capa 6.

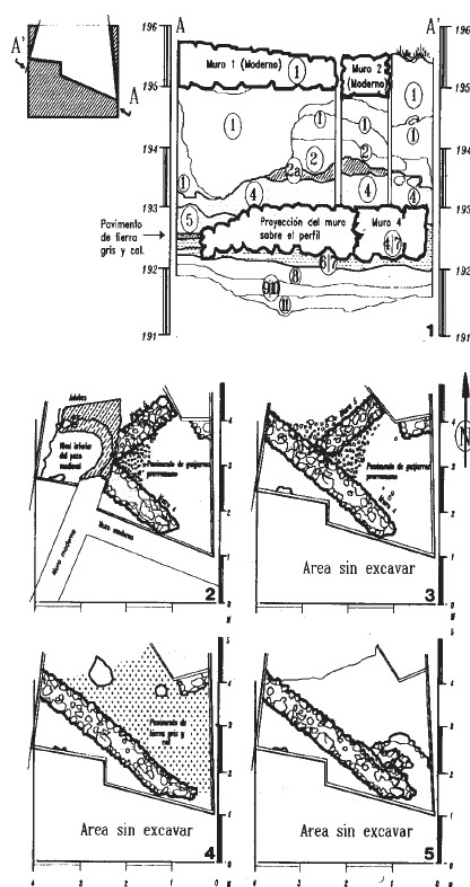


Fig. 130. Plantas de estratos prerromanos y perfiles del Corte SPC 1 (Campaña de 1986) (según Berrocal, 1994: 162, fig. 8).

⁹⁷³ Berrocal, 1994: 166



Por último, las capas comprendidas entre los niveles 7 y 10 se fechan en época orientalizante. Entre sus materiales se citan cerámicas grises, algunos bruñidos y una destacada escasez de fragmentos a mano, lo que nos lleva a pensar, de nuevo, en una cronología de la II Edad del Hierro para la ocupación protohistórica de este enclave, con una fecha que no iría más allá de inicios del siglo V a.C.⁹⁷⁴ (fig. 130).

➤ Sector Puerta de Carros (SPC). Campaña de 1996

Dos años después de la publicación de los resultados obtenidos en la excavación del Sector Puerta de Carros 1 se planteó la ejecución de un nuevo sondeo que viniera a matizar no solo la lectura extraída de los primeros trabajos anteriormente descritos, sino también la dinámica ocupacional de este enclave⁹⁷⁵. Para ello se planteó un sondeo al sur del SPC 1 con unas dimensiones de 5 x 5 m que, sin embargo, rápidamente quedó seccionado por la aparición de construcciones modernas y medievales, lo que obligó a centrar los trabajos de excavación en la mitad septentrional del mismo.

A lo largo de la secuencia pudieron individualizarse 8 niveles estratigráficos cuya cronología se establece desde mediados del siglo VI a.C. hasta la romanización, permaneciendo ausentes los contextos del Calcolítico y del Bronce Final que, sin embargo, si estaban muy bien representados en la gran mayoría de las secuencias recogidas con anterioridad (fig. 131). De los 8 niveles mencionados dejaremos al margen la capa 1, correspondiente con la fase medieval; las capas 2 y 3, alusivas a la ocupación romana; y las capas 4, 5 y 6 adscritas a la II Edad del Hierro, para centrarnos en los dos estratos más profundos.

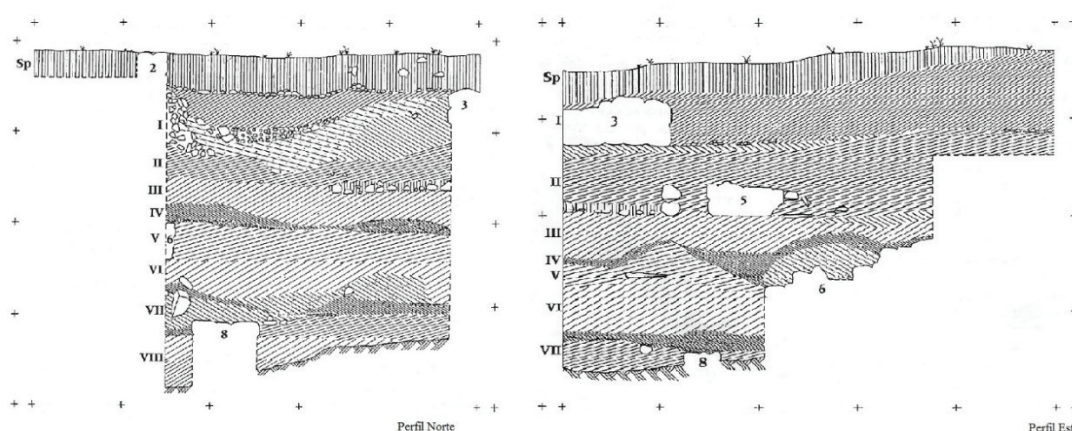


Fig. 131. Perfiles estratigráficos de los lados Norte y Este de SPC 2 (según Enríquez y otros, 1998: 164, fig. 2).

⁹⁷⁴ Berrocal, 1994: 172

⁹⁷⁵ Enríquez y otros, 1998



La capa 7 se corresponde con un estrato de tierra oscura dentro del cual se ha documentado la mayor novedad de esta secuencia, lo que ha originado intensos debates. Se trata de la aparición de un pavimento de tierra apisonada asociado a un muro (8) de unos 0,40 cm de anchura y una o dos hiladas en dirección NW-SE, el cual se apoya, en alguno de sus puntos, directamente sobre la roca natural. Dicho hallazgo ha llevado a sus excavadores a dotar al cerro de la Muela de un notable desarrollo urbanístico, aunque ellos mismos se hacen eco *“de la carencia de información sobre las características arquitectónicas de las viviendas o la organización del espacio habitable de este lugar, tal y como sucede en los asentamientos coetáneos excavados hasta el momento en nuestra región”*⁹⁷⁶.

Por su parte, el nivel 8 apoya directamente sobre la roca natural, presentando una composición sedimentaria muy similar a la anterior. Ocupa el extremo noroccidental del corte, un espacio donde la roca natural aparece rebajada. Esta evidencia ha llevado a plantear la posibilidad de que o bien sea un ligero buzamiento natural de la propia roca, o bien nos encontremos frente a la existencia de unos “fondos de cabaña” que, sin embargo, contradicen la ausencia de niveles del Bronce Final avalados por la escasa presencia de cerámicas hechas a mano. Este estrato ha sido fechado a partir de los materiales en el 500 a.C.

Recientes trabajos efectuados con motivo del estudio de paramentos de la muralla que actualmente rodea a este enclave, contemplaban en su marco de actuación la ejecución de varios sondeos estratigráficos. Cabe destacar la documentación en uno de ellos (C1, Tramo Alcazaba 1-2. Puerta Alpéndiz) donde se recogió *“abundante material cerámico y lítico”*⁹⁷⁷, que se ha adscrito a las etapas pre y protohistórica. Desgraciadamente, todos los niveles aparecen muy afectados por las construcciones correspondientes a las etapas posteriores, de ahí que a pesar de haber conseguido extraer el mencionado material no se pueda determinar la funcionalidad y cronología del mismo⁹⁷⁸.

⁹⁷⁶ Enríquez y otros, 1998: 169

⁹⁷⁷ Sánchez Capote, 2013: 16

⁹⁷⁸ Sánchez Capote, 2013: 87



Período	SPC 1			SPC 2	
	Subfase	Cronología		Subfase	Cronología
I	IA	Calcolítico / Bronce Final		----	-----
	IB	III Milenio a.C.		----	-----
II	IIA	Bronce Final / Período Orientalizante			
	IIB	s. VII – VI a.C.		IIIA	Orientalizante Reciente
III	IIIA	III1A	s. VI – V a.C.	IIIB	Orientalizante Tardío
		III1B	s. IV – 375-330 a.C.	IIIC	Primera mitad del s. IV a.C.
	IIIB	Segunda mitad del siglo IV a.C. – s. III a.C.		IVB	s. II a.C.
	IIIC	Finales del s. III – mediados del s. II a.C.		V	Romano (150 a.C. – 50 d. C.)
	IIID	Mediados del s. II a.C. – s. I a.C.			

Comparación de las secuencias obtenidas en los dos cortes efectuados en el Sector Puerta de Carros. A pesar de la proximidad espacial entre ambos, puede observarse la falta de correlación cronológica que demuestra el desorden estratigráfico documentado a partir del análisis de diversas secuencias de ocupación.

Toda esta información ha permitido a algunos investigadores certificar que la ocupación prerromana del cerro de la Muela tendría una extensión aproximada de unas 5 o 6 ha⁹⁷⁹, extensible hasta las 30 ha⁹⁸⁰ si en ella se incluyen los restos documentados en la excavación de la calle Montesinos⁹⁸¹, un “*tamaño insólito en el territorio extremeño para esta época*”⁹⁸². Así mismo, cabe suponer que un asentamiento de estas características estaría dotado de muralla, aunque nada se dice de ella, solo se alude a la posibilidad de que, de haber existido, habría sido reutilizada en épocas posteriores, quizás en la cerca de tapial y adobe levantada por Abd al Rahmân b. Marwân al-Yillîqî, fundador histórico de la ciudad en el año 875⁹⁸³.

Lo cierto es que la información brindada por los diferentes sondeos y trabajos llevados a cabo en el cerro de la Muela de Badajoz aporta más incertidumbres que certezas. A pesar de la proximidad que presentan muchos de los cortes efectuados, éstos presentan secuencias muy distintas, siendo quizás el ejemplo más evidente el del Sector Puerta de Carros. Así, aunque la información extraída de todos estos trabajos pueda resultar de relativa utilidad, pues en todos ellos se hace referencia a la presencia de material protohistórico, no debemos perder de vista que la mayoría de ellos se encuentran descontextualizados, por no generalizar en todos los casos estudiados, donde además la

⁹⁷⁹ Berrocal, 2008: 179

⁹⁸⁰ Berrocal, 2008: 177

⁹⁸¹ Picado, 2002

⁹⁸² Berrocal, 2008: 179

⁹⁸³ Valdés, 1986: 570



presencia de intrusiones es continúa. Estas circunstancias hacen que el material documentado no posea valor cronológico alguno, aunque si refleja la existencia de una presencia cultural de la cual no podemos valorar su entidad.

No debemos olvidar los grandes movimientos de tierra que se produjeron en el cerro con motivo, primero, de la construcción de la Alcazaba y, posteriormente, del Hospital Militar, lo que ha servido para justificar la ausencia de claros niveles de ocupación tartésicos. Sin embargo, y como hemos visto, hay ejemplos en los que se documentan construcciones al final de las secuencias, en muchos casos sobre la propia roca natural, lo que nos lleva a pensar que el grado de destrucción o arrasamiento de los niveles inferiores no debió ser tan acentuado. Por todo ello, estamos de acuerdo con la afirmación “*si tenemos en cuenta que en los numerosos cortes practicados se han individualizado con claridad fases calcolíticas, del Bronce Final y de la cultura prerromana, amén de las construcciones medievales, no parece que el argumento de la destrucción y desaparición de la fase orientalizante sea muy sólido*”⁹⁸⁴.

Del mismo modo, la presencia de materiales medievales en los estratos inferiores de muchas de las secuencias abren la puerta a la posibilidad de que nos encontremos frente a niveles de relleno en los que se mezclan, desde la superficie hasta la roca natural, materiales de cronologías muy diversas que van desde el Calcolítico hasta la Edad Contemporánea. Estos rellenos debieron producirse probablemente en época moderna y contemporánea, por ser cuando se documentan los mayores movimientos de tierra; sin embargo, desconocemos la procedencia del material y la tierra con los que parte de la elevación fue colmatada. Muy posiblemente estos procedan de la parte más baja de la elevación, usada como escombrera a partir del siglo XIX, cuando el Ayuntamiento emitió una orden para que todos los ripios procedentes de las obras de la ciudad se tiraran en la Alcazaba.

Frente a estos planteamientos y a la espera de que futuros trabajos puedan avalar la existencia de una ocupación en este cerro durante la I Edad del Hierro, creemos estar en disposición de disipar la duda con la que iniciábamos el estudio de los niveles protohistóricos de la Alcazaba de Badajoz. Las evidencias materiales recogidas parecen apuntar a que nos encontramos frente a una ocupación estable y consolidada que se puede datar sin dudas en la II Edad del Hierro⁹⁸⁵. Sin embargo, los elementos que podemos

⁹⁸⁴ Celestino, 2005: 771

⁹⁸⁵ Berrocal, 2008: 181



adscribir a una etapa anterior resultan muy débiles como para defender la existencia de un *oppidum* o “poblado en vado” en este enclave, por no mencionar la total ausencia de un trazado urbano cuando incluso se ha querido dotar a la Alcazaba hasta de una *regia*⁹⁸⁶. Dicha ausencia ha sido utilizada por algunos autores para considerar a Badajoz como un asentamiento satélite de *Dipo*⁹⁸⁷, de ahí que permanezca ausente de la cartografía que representa las ciudades-estado tartésicas del valle medio del Guadiana. Sin embargo, cuesta trabajo entender y tener en cuenta esta caracterización cuando las evidencias arqueológicas detectadas en *Dipo* son más débiles, si cabe, que las halladas para el caso de Badajoz, como a continuación comprobaremos.

No obstante, otros investigadores siguen considerando al enclave de la Alcazaba de Badajoz como un “asentamiento en vado” de la I Edad del Hierro⁹⁸⁸; sin embargo, huelga decir que las evidencias aquí recogidas y revisadas excluyen a este enclave del esquema de ciudades-estado en el que algunos han organizado el poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro.

- **La teórica ocupación de *Dipo*:**

La existencia de un enclave poblacional que responde al topónimo de *Dipo* en la II Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana deriva de su aparición en las obras de autores latinos como Libio o Salustio, en cuyos textos se recoge cómo la ciudad fue atacada por los pretores romanos C. Calpurnio Pisón y L. Quinctio Crispino cuando avanzaban con sus ejércitos de la Beturia a la Carpetania en el 185 a.C.⁹⁸⁹; o también cómo fue destruida por Q. C. Metelo en el 79 a.C.⁹⁹⁰, momento en el que además se fecha el cese de sus emisiones monetales⁹⁹¹ a pesar de que era la única ciudad del Guadiana en acuñar moneda. De ese modo, su reiterada aparición en los textos e itinerarios de época romana y el hecho de que fuera la única ciudad en aquel momento en acuñar moneda, hizo suponer que durante la II Edad del Hierro debió de tratarse de una de las mayores ciudades de la Lusitania prerromana; sin embargo, ¿qué elementos certifican su existencia durante la etapa tartésica?

⁹⁸⁶ Berrocal, 1994: 179

⁹⁸⁷ Almagro-Gorbea, 2008: 95; Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 27

⁹⁸⁸ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 158

⁹⁸⁹ Livio, 39, 30

⁹⁹⁰ *Diponem validem urbem multos diez pugnando vicit* (Salustio I, 113)

⁹⁹¹ Faria, 1995: 147



La localización de la *Dipo* prerromana ha sido objeto de diversas discusiones desde que el humanista Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades de España*⁹⁹² la situara en la actual localidad de Talavera la Real. Desde ese momento, se han sucedido diferentes hipótesis acerca de la ubicación de este enclave, barajándose puntos localizados tanto en la Lusitania como en la Carpetania. La reciente aparición de un conjunto de monedas atribuidas a la ceca de *Dipo* en las cercanías de la actual localidad de Guadajira (Badajoz) (fig. 132), ha llevado a algunos investigadores a proponer como localización de este enclave la zona que actualmente ocupa esta localidad, concretamente en un espolón que domina la desembocadura del río Guadajira en el Guadiana (fig. 133). Para defender esta ubicación se basan, fundamentalmente, en que “*Dipo es una ceca relativamente rara y con escasa difusión de monedas, (por lo que) estos hallazgos numismáticos permitían considerar localizado, con muy alta probabilidad, la ubicación de esta rara ceca y, por consiguiente, la del lugar ocupado por esa antigua población prerromana, hecho que ha permitido profundizar en su situación y significado histórico en el valle del Guadiana*”⁹⁹³. No obstante, huelga decir que Guadajira no es el único lugar donde se han localizado monedas de esta ceca, pues existen ejemplares en Almendralejo, Hornachuelos, Olivenza, Badajoz, varios ejemplares en Elvas (Portugal), en Campo Maior (Portugal), Estena (Cáceres) o los cuatro ejemplares del campamento de Cáceres el Viejo⁹⁹⁴; por lo que siguiendo ese mismo argumento cualquiera de las localizaciones citadas sería una candidata idónea para albergar la ceca de *Dipo* que, por otra parte, se ha localizado tradicionalmente en las proximidades del municipio de Elvas, en territorio portugués⁹⁹⁵.

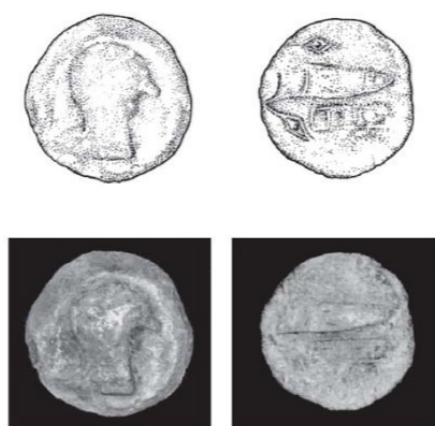


Fig. 132. Monedas de *Dipo* halladas en Guadajira (según Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: EST IX, fig. 17)

⁹⁹² Morales, 1792: 120

⁹⁹³ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 15

⁹⁹⁴ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 44-45

⁹⁹⁵ Delgado, 1871: 136-137; Beltrán, 1950: 374; Villaronga, 1979: 144 y 155, fig. 392; Cháves, 1998: 280-281; Ripollés y Abascal, 2000: 92



La actual localidad de Guadajira se localiza, como apuntábamos, sobre un espolón que se configura en la confluencia de los ríos Guadajira y Guadiana. El enclave presenta un alto interés estratégico, pues desde la elevación, a 232 m.s.n.m. y a 50 m sobre el cauce del río, se obtiene un excelente control tanto de las fértiles tierras de las Vegas Bajas del Guadiana como de uno de los vados del río, circunstancia que ha sido suficiente para considerarlo un “poblado en vado” que ocupa incluso el segundo puesto de importancia por detrás de Medellín⁹⁹⁶.



Fig. 133. Localización de *Dipo* dominando el curso inferior del río Guadajira (según Almagro-Gorbea, 2008: 114, fig. 7).

La existencia de una *Dipo* tartésica anterior a la ocupación prerromana de este espacio, se debe, fundamentalmente, al origen tartésico otorgado a los topónimos en -ipo⁹⁹⁷ y a la aparición de cerámicas protohistóricas en un lugar denominado “El Cuco”, de unas 5 ha. de extensión. Dentro del lote de materiales localizados en superficie cabe destacar el conjunto de cerámicas griegas y la presencia de cerámica romana, pues algunas producciones de barniz negro se corresponden con cerámicas campanienses⁹⁹⁸. La posición en altura de dicho enclave ha llevado a algunos investigadores a sugerir que allí debía estar localizada la acrópolis del asentamiento⁹⁹⁹, aunque la ausencia de trabajos arqueológicos impide refrendar tal afirmación. Al parecer, el único elemento que hasta la fecha podemos vincular a esta zona, es un enterramiento en urna con un cuenco de

⁹⁹⁶ Almagro-Gorbea, 2008: 94.

⁹⁹⁷ Almagro-Gorbea y Torres, 2009: 117

⁹⁹⁸ Jiménez Ávila y Ortega, 2002: 15

⁹⁹⁹ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 19



tapadera de tipo turdetano fechado entre los siglos III–II a.C.¹⁰⁰⁰ que, en todo caso, estaría vinculado a la ocupación de la II Edad del Hierro. El resto de objetos documentados hacen referencia a hallazgos aislados entre los que cabe destacar la presencia de un plato ático del Pintor de Londres B-76 fechado entre el 570-560 a.C.¹⁰⁰¹ (fig. 134); un fragmento de cerámica tipo Medellín en la que aparece representado una figura humana, al parecer alada, bajo una cenefa que se fecha en el 600 a.C. (fig. 135); así como varios fragmentos de cerámica de barniz negro datados en el siglo IV a.C.¹⁰⁰². Entre los objetos de bronce (fig. 136) se citan una palmeta de asa tipo ‘ancla’, dos asas de manos de brasero, un resorte de fíbula tipo Acebuchal, dos fíbulas anulares hispánicas, un brazalete en forma de cinta plana con los extremos cilíndricos y un colgante amorcillado de ‘cesto’. El conjunto lo cierran una terracota que parece representar un felino y un fragmento de fusayola con decoración incisa¹⁰⁰³.



Fig. 134. Fragmento de cerámica ática atribuido al Pintor de Londres B-76 (según Jiménez Ávila y Ortega, 2002: lám. XI).



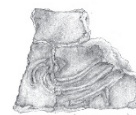
Fig. 135. Fragmento de cerámica ‘tipo Medellín’ de ‘El Cuco’ (según Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: EST. VI)

¹⁰⁰⁰ Se tiene constancia de este enterramiento por comunicación personal de José Manuel Jerez Linde, vecino de la localidad y aficionado a la arqueología (Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 19).

¹⁰⁰¹ Jiménez Ávila y Ortega, 2002: 15-ss; 68-ss.

¹⁰⁰² Jiménez Ávila y Ortega, 2002: 18; fig. 14,5 y 15,2-3

¹⁰⁰³ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín 2009: 108



Todos los materiales fueron localizados y entregados por un aficionado a la arqueología, por lo que son totalmente ajenos a cualquier prospección o excavación regulada por la Administración. Tras un primer análisis, los materiales fueron vinculados a una posible necrópolis tipo Medellín fechada entre los siglos VI – IV a.C.¹⁰⁰⁴; sin embargo otros han relacionado estos hallazgos, documentados junto a algunas monedas procedentes de la ceca de *Dipo*, con la existencia de un enclave urbano¹⁰⁰⁵; sin embargo, la dudosa procedencia de estos materiales fruto de la recogida por parte de furtivos, la inexistencia de cualquier intervención arqueológicas en el lugar y la constatación de fuertes movimientos de tierra con motivo de la reparcelación que parte de las vegas del Guadiana sufrieron en el marco del Plan Badajoz en los años 50 del pasado siglo, no permiten hablar en favor de ninguna de las dos hipótesis, pues ambas se cimientan, únicamente, en la presencia de hallazgos aislados fuera de contexto.

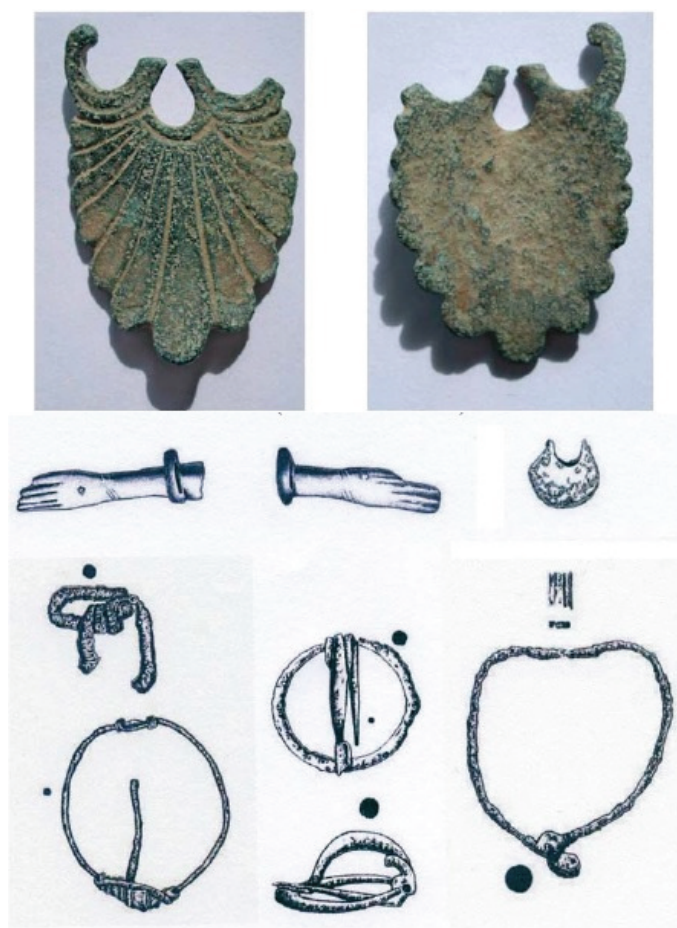


Fig. 136. Lote de objetos de Bronce procedentes de 'El Cuco' (según Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009, EST VII).

¹⁰⁰⁴ Jiménez Ávila y Ortega, 2002: 15

¹⁰⁰⁵ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 21



A pesar de la debilidad de los argumentos sobre los que se sostiene la localización de *Dipo* bajo la actual localidad de Guadajira, se han esgrimido argumentos suficientes para valorar la existencia de una fase tartésica dentro de esta ocupación, similar al caso estudiado para Medellín, con la salvedad de que en esta ocasión dicha hipótesis quedaría avalada por su característico topónimo tartésico en –ipo, lo que convierte a *Dipo* en “una fundación o “colonia” tartésica”¹⁰⁰⁶ Así, del mismo modo que ha ocurrido con *Conisturgis* o el Cerro de la Muela de Badajoz, *Dipo* ha pasado a formar parte de la estructura de ciudades-estado a partir de las cuales se organizaría y jerarquizaría el valle medio del Guadiana durante época tartésica. Al igual que los ejemplos anteriores, desde ella se controlaría tanto una vasta red de vías de comunicación como un amplio territorio que se extiende por el norte hasta la antigua *Budua*¹⁰⁰⁷ de la que dista 30 km y cuyo nombre hace referencia a un posible santuario lusitano que estaría localizado en la frontera. Por el sur, sus límites se establecen en *Vama*¹⁰⁰⁸, Salvatierra de los Barros, de la que dista 39 km, pues ésta es considerada la ciudad más septentrional de la Baeturia Céltica. Por el este los límites se marcan con el territorio de Medellín, con el que al parecer y según los autores del último estudio, existirían enfrentamientos por el control territorial y económico de la vega del Guadiana¹⁰⁰⁹, quedando el límite entre ambos marcado por el palacio-fortín del Turuñuelo de Mérida del que se encuentran equidistantes, en torno a 20 km; mientras que por el este, el límite de su territorio quedaría frenado a la altura del cerro de la Muela de Badajoz, del que dista 24 km. Éste ha sido considerado en algunas publicaciones como una ciudad-estado independiente¹⁰¹⁰, mientras que en otras ocasiones se la caracteriza como una ciudad satélite dependiente de la propia *Dipo*¹⁰¹¹.

De ese modo, si tenemos en cuenta el método deductivo aplicado para determinar la ubicación de la ceca de *Dipo* y, por ende, de su anterior ocupación prerromana y tartésica, los escasos y descontextualizados hallazgos arqueológicos que certificarían la existencia de un momento de ocupación y las fuertes transformaciones que este espacio ha sufrido como consecuencia de las reparcaciones para adecuar estas tierras al cultivo del regadío, pocos son los argumentos que nos permiten mantener la localización de *Dipo* en este enclave. No obstante, sea o no el punto en el que se localiza la ceca, debate en el que tampoco nos detendremos por no ser nuestro cometido, lo cierto es que no existen

¹⁰⁰⁶ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 21

¹⁰⁰⁷ Tovar, 1974: 222; AA.VV., 1995: 47

¹⁰⁰⁸ Tovar, 1974: 175; AA.VV., 1995: 160 – ss

¹⁰⁰⁹ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 27

¹⁰¹⁰ Almagro-Gorbea, Ripollés y Rodríguez Martín, 2009: 26; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 206

¹⁰¹¹ Almagro-Gorbea, 2008: 95



argumentos para defender una importante ocupación tartésica en la elevación denominada “El Cuco”, pues ante la ausencia de trabajos arqueológicos que permitan certificar al menos la posible destrucción de la ocupación protohistórica como consecuencia de los trabajos de aterrazamiento y reparcelación, parece prematuro determinar, al menos con la seguridad que se hace, la existencia de un importante núcleo urbano y, más aún, su rol en la política territorial tartésica.

- **La ocupación de la I Edad del Hierro en *Lacimurgi* (Navalvillar de Pela, Badajoz):**

Si hay serias dudas para aceptar la existencia de una ocupación tartésica estable y de cierta entidad urbana en los casos analizados de Medellín, Badajoz o *Dipo*, éstas se incrementan exponencialmente cuando nos enfrentamos al estudio de *Lacimurgi*.

Localizado tradicionalmente en el Cerro del Cogolludo, en el término badajocense de Navalvillar de Pela, ha sido considerado, tras Medellín y *Dipo* “la tercera gran población de nombre prerromano de la cuenca del Guadiana”¹⁰¹². Este hecho se debe a la aparición de algunos materiales protohistóricos¹⁰¹³, así como a la localización de *Lacimurga Constantia Iulia* de Plinio el Viejo¹⁰¹⁴ en el mencionado cerro¹⁰¹⁵, y en consecuencia, y dado el origen orientalizador que se le otorga a este topónimo, se deduce que debió existir un importante enclave de época tartésica. Pero lo cierto es que nada se sabe de su presunto trazado urbano hasta época romana¹⁰¹⁶, lo que provoca que su ubicación y vinculación étnica sean todavía motivo de fuertes discusiones¹⁰¹⁷.

Para justificar su importancia, y junto al posible origen prerromano de su topónimo, se alude también a su destacada posición geográfica, desde donde se controla tanto uno de los vados del Guadiana como las vías de paso que unen el enclave con las zonas mineras de las Villuercas y *Sisapo* (Almadén); circunstancias que avalarían por sí mismas que el cerro del Cogolludo albergase un importante centro poblacional de época tartésica. Así mismo, a este enclave también se unen una serie de hallazgos materiales que han permitido destacar su importancia. Se trata de la aparición de una arracada de oro, un casco de bronce de tipo montefortino y un fragmento de cerámica ática (fig. 137)¹⁰¹⁸.

¹⁰¹² Almagro-Gorbea, 2008: 94; Almagro-Gorbea y otros, 2008b: 1045

¹⁰¹³ Enríquez, 1983: 2

¹⁰¹⁴ Plinio. III, 14

¹⁰¹⁵ Cordero, 2010

¹⁰¹⁶ Aguilar Sáenz y Guichard, 1995

¹⁰¹⁷ Álvarez Sanchís, 2003: 325-ss

¹⁰¹⁸ Jiménez Ávila y Ortega, 2002: 52



Lamentablemente, los restos materiales son muy escasos y no contamos con restos constructivos que nos permitan hablar de la existencia de un enclave en este punto durante la I Edad del Hierro, cuanto menos suponer la existencia de un centro urbano de la categoría que se le supone.

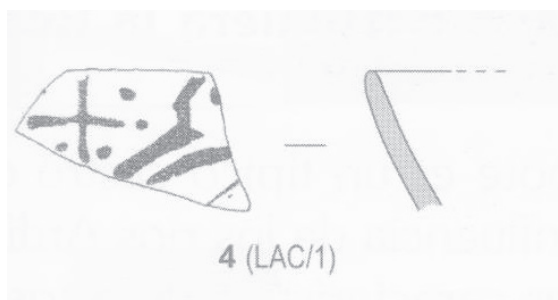


Fig. 137. Fragmento de cerámica griega procedente de *Lacimurgi* (según Jiménez Ávila y Ortega, 2002: 55, fig. 14)

- **La ocupación de la I Edad del Hierro en el Cerro del Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz):**



Fig. 138. Vista aérea del Tamborrio desde el este

La primera noticia acerca de la existencia de restos arqueológicos en el enclave conocido como “Entre Ríos” aparece recogida en la *Revista de Estudios Extremeño* en el año 1986. La construcción de dos depósitos de agua en la parte más elevada del cerro para abastecer a Villanueva de la Serena, sacaron a la luz una serie de restos que, posteriormente, fueron cotejados por unos trabajos de prospección que confirmaron la existencia de un castro amurallado fechado en el denominado post-orientalizante por el material arqueológico recogido¹⁰¹⁹. A pesar de esta primera aproximación, en la que se deja constancia de la importancia del enclave, los primeros trabajos de excavación no pudieron desarrollarse hasta los años 2008 y 2009.

El yacimiento, conocido bajo el topónimo de la Serrezuela, se ubica en una estratégica serreta marcada por la confluencia de los ríos Guadiana y Zújar (fig. 139). Su fisionomía es estrecha y alargada, con una orientación NO-SE, de más de 2 km de longitud. Su orografía muestra la existencia de dos elevaciones en cada uno de sus extremos separadas por una pequeña vaguada; de estas dos elevaciones, el yacimiento de Entrerrios se ubica en la situada más al sureste, sobre el cerro denominado del Tamborrio (fig. 140), nombre con el que, a partir de ahora, identificaremos el enclave.

¹⁰¹⁹ Almagro-Gorbea y Lorrio, 1986

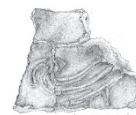


Fig. 139. Vista aérea de la Serrezuela. Fuente: PNOA máxima actualidad

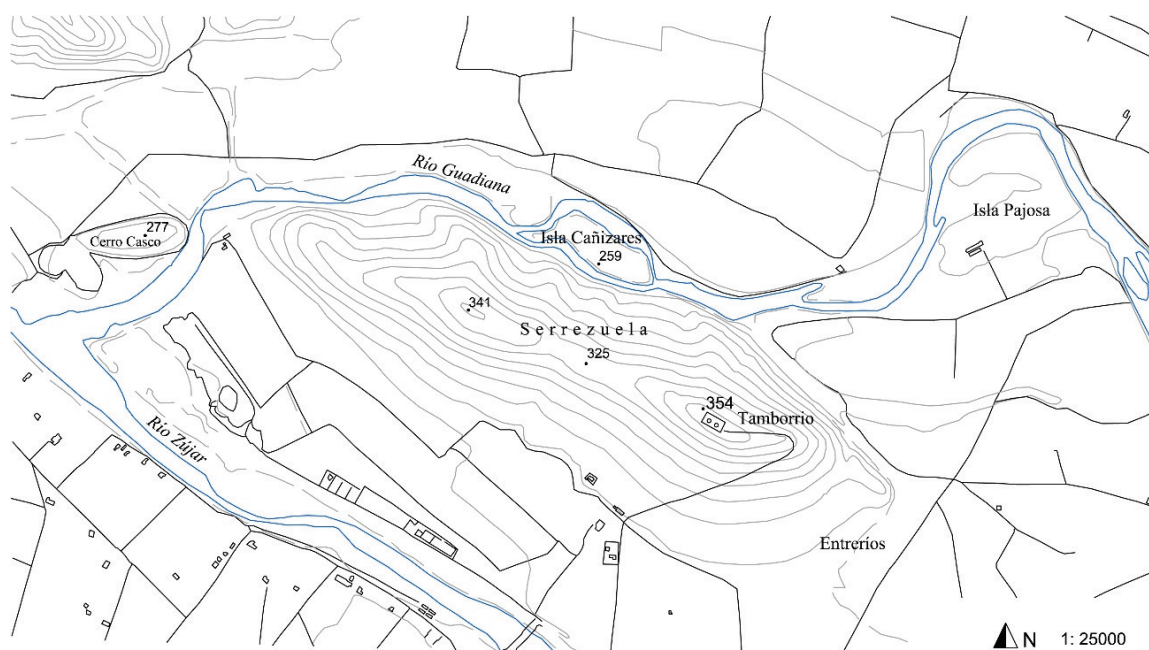


Fig.140. Mapa topográfico de la Serrezuela 1:25000

El cerro del Tamborrio ocupa, por lo tanto, una excelente posición en el paisaje que se ve favorecida por su altura, 354 m.s.n.m. y 100 m de diferencia con respecto al cauce de ambos ríos. Su ubicación le permite tener un excelente dominio visual sobre el entorno, controlando tanto el paso de ambos cursos fluviales, principales vías de comunicación, como del extenso paisaje de vega que se extiende desde sus faldas. Cabe destacar también cómo desde el sitio se divisan enclaves como los cerros de Magacela y Medellín (fig.

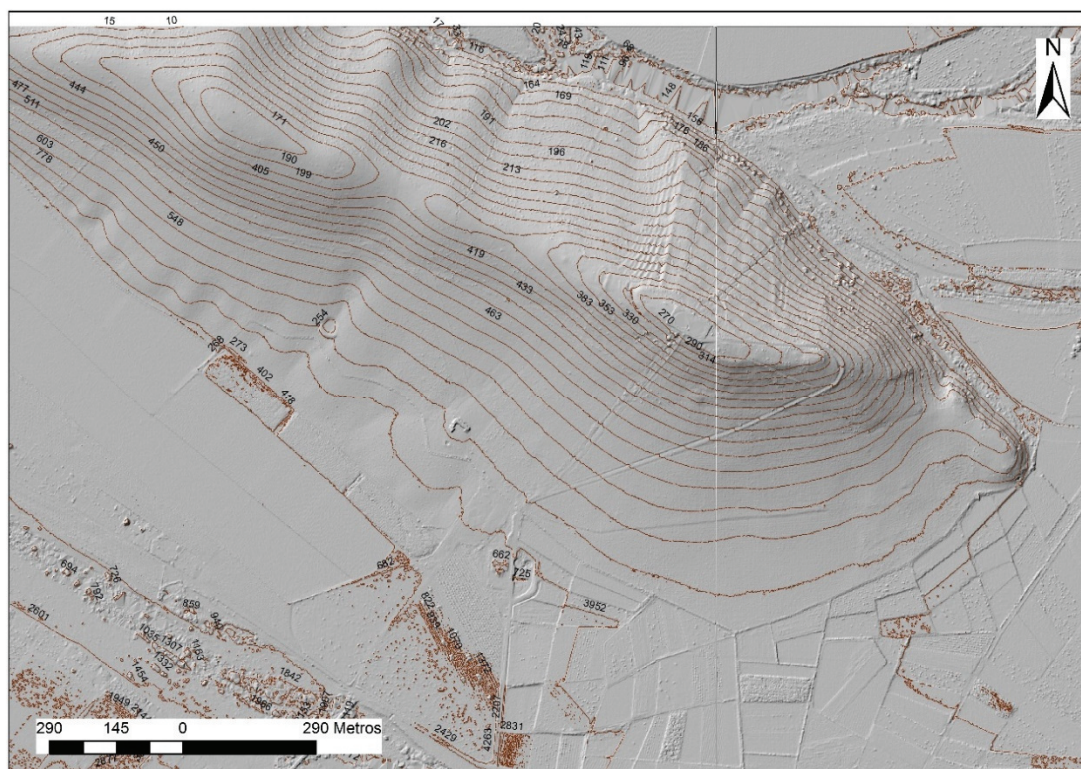
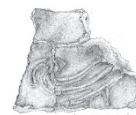


141), circunstancias que dotan al Tamborrio de un significativo valor estratégico. En cuanto a su orografía, se trata de un pequeño cerro de forma arriñonada que presenta una suave pendiente al sur, la cara que mira hacia el paso del río Zújar; mientras que su ladera norte, asomada al paso del Guadiana, resulta mucho más abrupta.



Fig. 141. Vista del cerro del Tamborrio desde el cerro del Castillo de Medellín

La orografía de este enclave queda perfectamente reflejada en el modelo digital de elevaciones extraído del tratamiento de los datos LiDAR donde se detectan algunas anomalías que permiten trazar el sentido de algunas de las terrazas en las que se organiza el enclave y de las que hablaremos en la exposición de los resultados obtenidos en las excavaciones. Así mismo, la generación de un sombreado del relieve permite distinguir un primer recinto, en el punto más elevado del enclave, donde han sido localizados los restos más significativos. Este recinto ha sido identificado con una posible acrópolis como a continuación veremos (fig. 142 y 143).





Los recientes trabajos arqueológicos llevados a cabo en este enclave han sacado a la luz una serie de restos materiales y constructivos que nos permiten, a día de hoy, caracterizar la entidad de esta ocupación. Sin embargo, debemos dejar constancia de que, a pesar de la proximidad espacial de los sondeos efectuados (fig. 144), el volumen y la naturaleza de la información que nos aportan resulta muy desigual e, incluso, confusa o contradictoria, pues las fases de ocupación detectadas no son homogéneas en sendos trabajos.

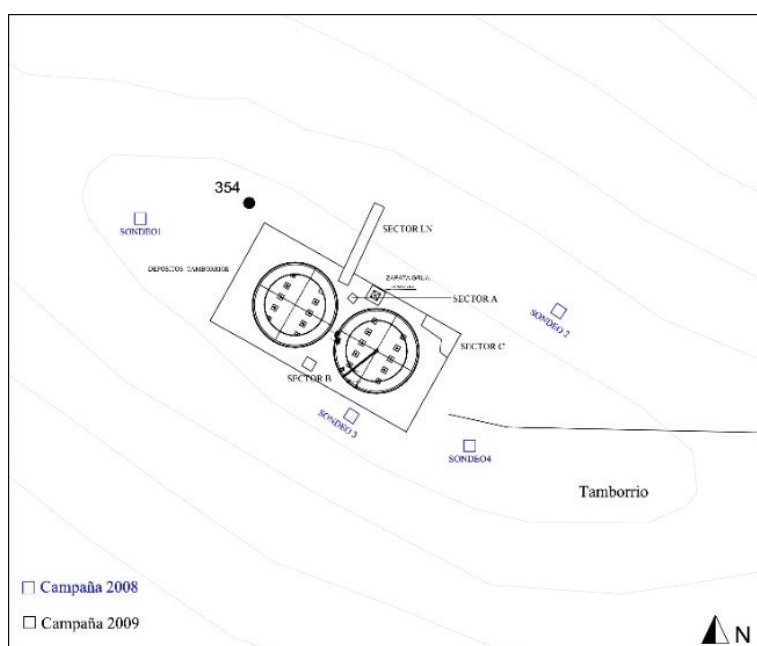


Fig. 144. Localización de los sondeos efectuados en el Cerro del Tamborrio

Las primeras excavaciones arqueológicas se llevaron a cabo en el año 2008 bajo la dirección de un equipo de la Universidad de Extremadura. Los trabajos consistieron en el planteamiento y ejecución de cuatro sondeos estratigráficos: uno en la cima del cerro en el extremo occidental, otro en la ladera norte, un tercero en el flanco sur y, un cuarto, próximo al anterior en el cuadrante suroccidental; en los que se documentó parte de un lienzo de muralla (sondeo 3) (fig. 145), cuya anchura nos es desconocida, y restos de una posible zona de hábitat (sondeo 1 y 4). Así mismo, en la memoria presentada se deja constancia de la posible existencia de un foso en la parte exterior de la muralla y de la presencia de un “campo de piedras hincadas” o *cheveaux-de-frise* en la ladera sur, donde se atisban algunos afloramientos rocosos; información que hasta los propios excavadores consideran escasa para poder determinar la naturaleza del caserío y la organización del hábitat¹⁰²⁰.

¹⁰²⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011: 72



Fig. 145. Fases constructivas de la muralla y terraplén del recinto A. Sondeo 3 (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011: 55, fig. 15-A)

Sin embargo, a partir de la estratigrafía extraída se han definido tres momentos de ocupación: el primero fechado en el Calcolítico, cuyo registro se limita a un conjunto de materiales recogidos en superficie en la parte más oriental de la ladera sur del cerro; una segunda fase durante el Bronce Final, deducida de la presencia de materiales en los estratos prerromanos, por lo que *“este horizonte arqueológico no ha podido contextualizarse estratigráficamente en ninguno de los sondeos excavados”*¹⁰²¹; y un tercer y último horizonte que se corresponde con una destacada ocupación durante la II Edad del Hierro, concretamente fechado a partir del material cerámico recuperado entre los siglos IV y III-II a.C., momento en el que el enclave conoció su más intensa ocupación¹⁰²². Fuera de esta secuencia quedan los niveles de época Orientalizante y Post-orientalizante, momentos en los que el enclave se considera abandonado¹⁰²³.

De ese modo, la cronología asignada a estos restos, s. IV – III a.C. y su adscripción a la cultura de los *oppida* de Extremadura, nos llevan a excluir los resultados obtenidos en estos trabajos de nuestra investigación, centrada en la ocupación del territorio durante la I Edad del Hierro; sin embargo, como ya apuntábamos, resulta llamativo como, a pesar de la proximidad espacial de los sondeos llevados a cabo, las intervenciones efectuadas en 2009 mostraron resultados muy diferentes, pues han dejado constancia de la existencia de una ocupación que puede fecharse entre los siglos VII –VI a.C.

La ejecución de los trabajos llevados a cabo entre mayo y junio de 2009 se realizó en el marco de un proyecto de la Confederación Hidrográfica del Guadiana: “Mejora de

¹⁰²¹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011: 65

¹⁰²² Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011: 13

¹⁰²³ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011: 71



abastecimiento a la Mancomunidad de las Vegas Altas (Cáceres y Badajoz)”, donde se contemplaban una serie de movimientos de tierra que afectaban a los niveles arqueológicos. El hecho de que los trabajos estuviesen supeditados a una obra civil obligó a que el terreno sondeado se restringiera al afectado por las obras de adecuación hidráulica y que, en muchos de los casos, no pudiese agotarse la secuencia arqueológica¹⁰²⁴.

Atendiendo a estas limitaciones y teniendo siempre presente la afección de las obras, las intervenciones fueron divididas en cinco áreas:

- **Sector A:** localizado al norte del punto más elevado del cerro, al norte de los depósitos de agua, zona en la que se localiza el punto de conexión entre las tuberías y los depósitos. Sus dimensiones fueron de 3 x 4,20 m.
- **Sector B:** localizado al sur del punto más elevado del cerro, al sur de los depósitos de agua, lugar donde iba a ubicarse la nueva caseta de válvulas. Sus dimensiones fueron de 6,70 x 6,70 m.
- **Sector C:** localizado en la esquina N-W del punto más elevado del cerro, zona en la que causó daños la máquina al principio de la obra. Sus dimensiones fueron 11,80 x 14,30 x 3,20 x 10 m.
- **Sector LN:** Denominado sector ladera norte; se corresponde con una trinchera efectuada en la cara norte de la elevación que recorre la pendiente de ésta, donde en un principio iba a ir instalada una tubería que posteriormente se dejó al descubierto dada la naturaleza de los hallazgos arqueológicos documentados. Sus dimensiones fueron de: 65 x 1,5 m.
- **Sondeos:** se trata de cuatro sondeos realizados en la ladera norte de la elevación, por debajo del límite en el que finaliza el sector LN. Las dimensiones de los sondeos fueron de 3 x 1,5m.

Dejando al margen la información aportada por los sondeos, pues no ofrecen datos acerca de la ocupación protohistórica del enclave, la secuencia estratigráfica obtenida en los otros cuatro sectores permitió a sus excavadores determinar la existencia de cuatro momentos de ocupación fechados por termoluminiscencia¹⁰²⁵, que nosotros recogemos en la siguiente tabla:

¹⁰²⁴ Wallid y Pulido, 2013

¹⁰²⁵ Wallid y Pulido, 2013: 1183



Períodos	Cronología
Período I	Contemporáneo
Período II	Mediados del s. IV a.C.
Período III	Finales del s. V – principios del s. IV a.C.
Período IV	Último tercio del s. VII a.C.

Como podemos observar, la secuencia cronológica extraída de estos trabajos es mucho más completa que la aportada por los resultados obtenidos en la campaña de 2008; no obstante, a lo largo de su análisis dejaremos al margen los definidos como Período I y II, contemporáneo y II Edad del Hierro, respectivamente, para centrarnos exclusivamente en la caracterización del poblado durante la I Edad del Hierro y la fase de transición a la etapa posterior (períodos IV y III, respectivamente), pues consideramos que es en estos niveles donde se recogen las mayores novedades.

➤ **Período IV: último tercio del siglo VII – inicios del siglo VI a.C.:**

Aunque las fechas aportadas por los análisis de termoluminiscencia demuestran la existencia de un momento de ocupación durante el siglo VII a.C., los restos que se pueden adscribir a esta cronología son bastante escasos pero de importante entidad. A este período pertenece una estructura muraria mal conservada y asociada a un pavimento de arcilla apisonada en el Sector B (fig. 146), un suelo de tierra apisonada junto a una fosa siliforme amortizada con materiales a mano bruñidos en uno de los tramos del sector LN (fig. 147 y 148) y parte de los restos de una fortificación.



Fig. 146. Construcciones de la Fase IV documentadas en el sector B (foto de S. Wallid)

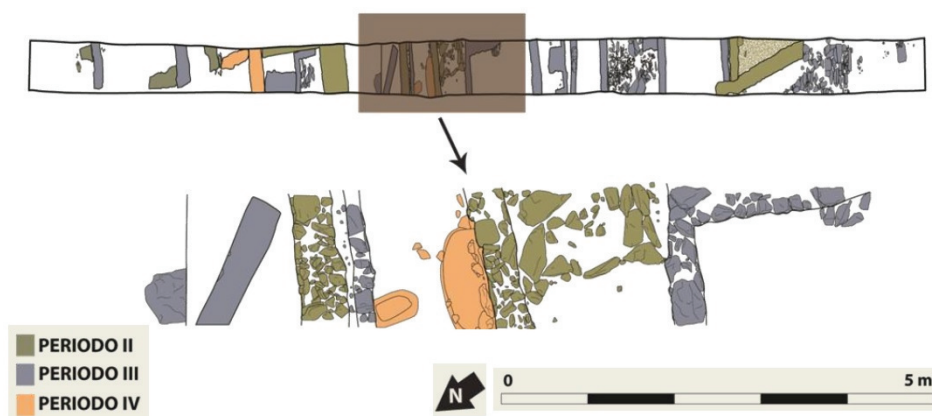
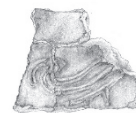


Fig. 147. Sector LN. Tramo 3 (según Wallid y Pulido, 2013: 1197, fig. 11)



Fig.148. Estructura siliforme correspondiente a la Fase IV documentada en el sector LN (según Wallid y Pulido, 2013: 1197, fig. 12).

Sin duda, son los restos de la muralla los que más llaman nuestra atención. Se trata de parte de un lienzo que descansa directamente sobre la roca natural, la cual fue previamente rebajada para facilitar el asentamiento de su zócalo (fig. 149). La muralla está construida a partir de un cimiento de piedra concebido a partir de dos caras construidas con mampostería de mediano tamaño que posteriormente se rellenaron de piedra y tierra; sobre el zócalo se levanta un alzado de adobes de 55 x 45 cm. Junto a la muralla ha podido documentarse una estructura de planta rectangular interpretada como un posible bastión de la misma¹⁰²⁶.

¹⁰²⁶ Wallid y Pulido, 2013: 1194

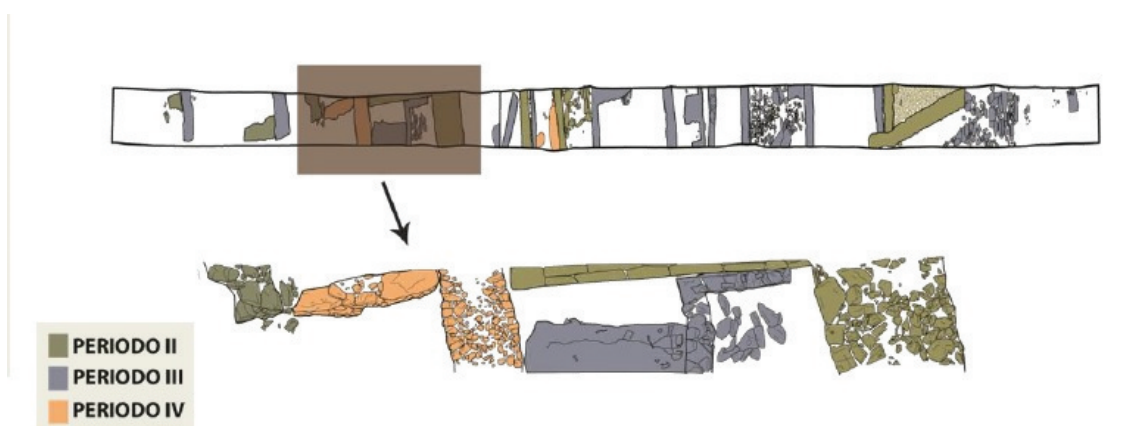
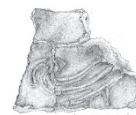


Fig. 149. Sector LN. Tramo 2 (según Wallid y Pulido, 2013: 1195, fig. 11)

➤ Período III: siglo VI – IV a.C.

El denominado como período III es el que aporta mayores novedades para el estudio del territorio. Como ya apuntábamos en la introducción, la crisis que sufrió Tarteso en el VI a.C. supuso un incremento demográfico de aquellas regiones vecinas escasamente pobladas, como el valle medio del Guadiana, donde los niveles correspondientes con el Bronce Final resultan casi inexistentes. Es a este incremento demográfico al que debemos vincular la ocupación del cerro del Tamborrio durante esta etapa.

Las evidencias correspondientes a la I Edad del Hierro en el **Sector A** son bastante reducidas, pues se limitan a la aparición de dos estructuras murarias construidas a partir de calizas trabadas con barro y delimitadas por pizarras, así como a un pavimento de arcilla apisonada (fig. 150); vestigios de poca entidad que dificultan concretar su funcionalidad, incrementada por la ausencia de restos materiales para esta fase¹⁰²⁷.

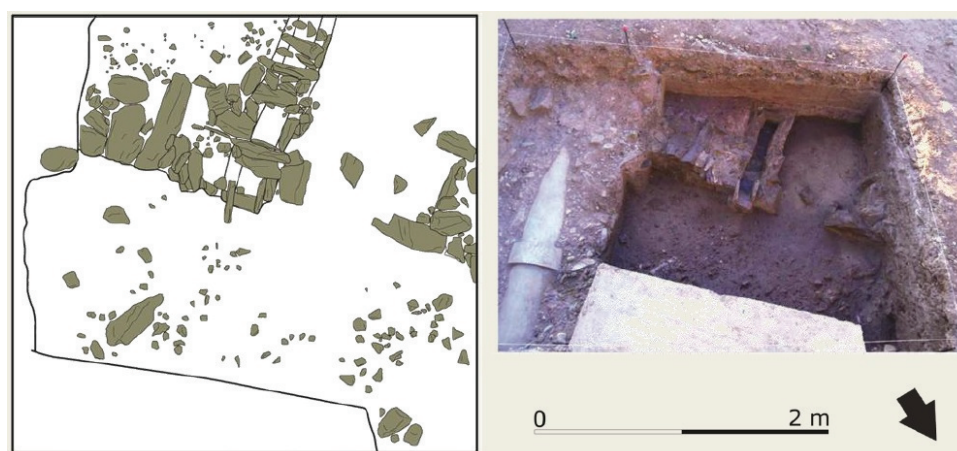


Fig.150. Sector A. Fase III (según Wallid y Pulido, 2013: 1185, fig. 3)

¹⁰²⁷ Wallid y Pulido, 2013: 1183-1184



Por su parte, en el **Sector C** quedaron constatados importantes restos de este período (fig. 151). Bajo una unidad de derrumbe que marca, en todos los cortes realizados, la transición entre el Período III y II (s. V –IV/III a.C.), indicada por la aparición de un nivel de incendio, se registró una fase de ocupación dividida en cinco sectores. La denominada como zona B, C, D se corresponde con tres ámbitos delimitados por muros construidos con calizas trabadas con barro a los que se asocia un suelo construido a base de lajas de pizarras, lo que apunta a que debió de tratarse de una zona de uso cerrada y privada vinculada con los hallazgos de la zona A (fig. 152). En esta zona se documentó además un espacio abierto en el que se detectaron dos tramos de escaleras; la primera de ellas, amortizada en el Período II, conserva tres escalones construidos con calizas trabadas con barro; mientras las segundas escaleras dan paso a una plataforma (zona E) a la que se accede a través de un vano. Dicha plataforma presenta una morfología singular, pues se halló lo que ha sido interpretado como una piscina construida a partir de una lechada de arcilla en la que posteriormente se dibujó, mediante incisiones, una retícula que da la apariencia de ser un enlosado de adobes, rodeado de un muro construido con calizas trabadas con barro. En el interior de la piscina se localizó una oquedad interpretada como un agujero de poste, quizás para la cubrición de la misma¹⁰²⁸, pero nada se dice al respecto de la existencia de carbones, ramajes o restos de maderas que puedan corroborar la existencia de dicha cubrición (fig. 151 y 153).

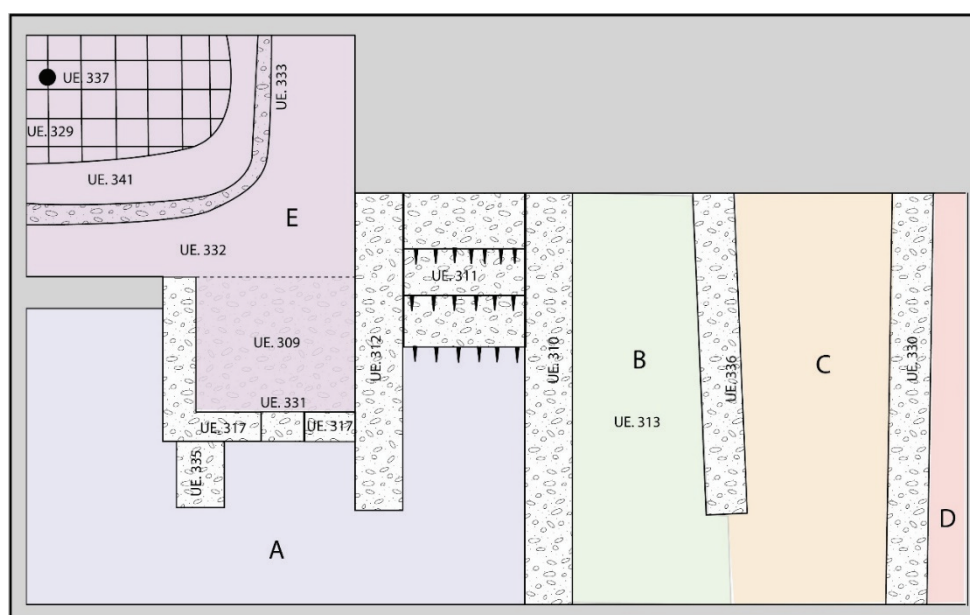


Fig. 151. División de espacios. Sector C. Período III (según Wallid y Pulido, 2013: 1191, fig. 8)

¹⁰²⁸ Wallid y Pulido, 2013: 1189-1191



Fig. 152. Sector C. Período III (según Wallid y Pulido, 2013: 1190, fig. 7)

La entidad de los restos anteriormente descritos, así como del material asociado a los mismos, ha llevado a sus excavadores a considerar la existencia, en la zona más elevada del cerro, de una posible acrópolis que ha sido fechada entre los siglos V – IV a.C.



Fig. 153. Sector C. Período III. Zona E. Acrópolis (Según Wallid y Pulido, 2013: 1189, fig. 6)

La trinchera practicada en la **Ladera Norte (Sector LN)** es quizás una de las que mayor información aporta a pesar de que el corte tiene solo una anchura de 1,5 metros.



Por otra parte, el poder contar con una sección completa de la ladera ha permitido documentar cómo se estructura el hábitat, organizado en torno a una serie de terrazas que ayudan a salvar el desnivel de la pendiente. Las terrazas se delimitaron gracias a la construcción de estructuras murarias (fig. 154) a partir de las cuales se dibujan una serie de espacios de uso y tránsito entre los que destaca la aparición de varias áreas de almacén, a las que se accede a través de un sistema de escaleras y vanos que dan paso a estancias enlosadas con piedras calizas de pequeño o mediano tamaño (fig. 155). Estos espacios presentan un excelente estado de conservación, donde destaca en alguno de ellos la presencia de un poyete donde han aparecido los recipientes incrustados (fig. 156). Cabe también añadir que dada la funcionalidad de esta área y del amplio espacio excavado, es en la que más material arqueológico se ha documentado, lo que aporta una información fundamental para la posterior interpretación global del enclave.



Fig. 154. Vista del corte LR (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011: 31, fig. 3 (foto de Anfredo Gil Romero)



Fig. 155. Vista de los muros de aterrazamiento (foto Sabah Wallid) // Fig. 156. Sector LN. Fase III. (Según Wallid y Pulido, 2013: 1199, fig. 13).

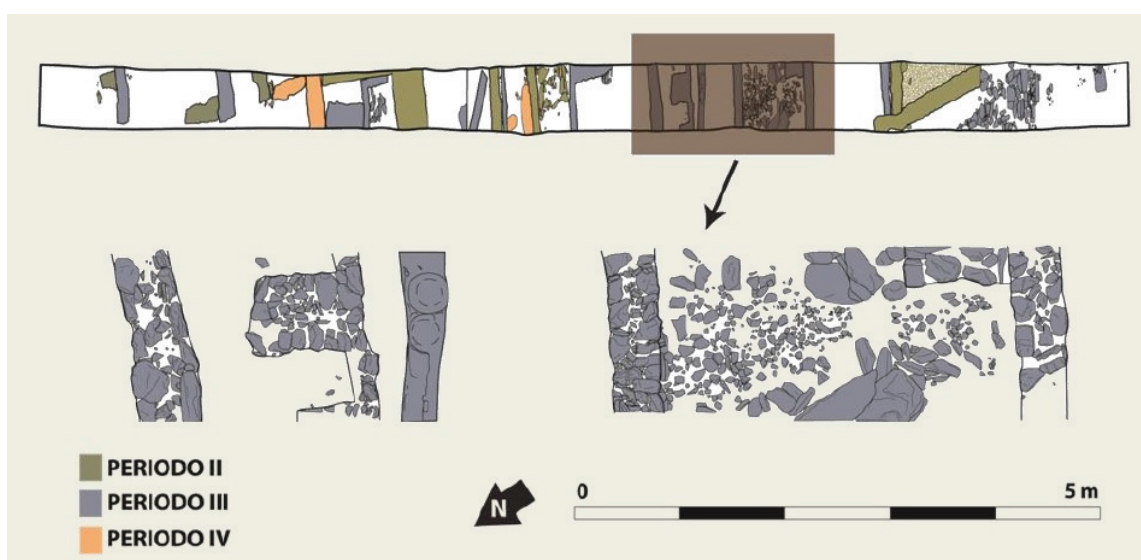


Fig. 157. Sector LN, Tramo 4 (Según Wallid y Pulido, 2013: 1199, fig. 13)

Al Período III corresponde también un lienzo de muralla que presenta la misma orientación este-oeste que la documentada en la muralla del Período IV¹⁰²⁹. A diferencia del lienzo más antiguo, construido con adobes, la muralla de este período está realizada

¹⁰²⁹ Wallid y Pulido, 2013: 1194



con mampostería de piedra y reposa sobre la muralla correspondiente al Período II, mucho mejor conocida (fig. 158). Junto a la muralla pudieron documentarse varios estratos compuestos de adobes refractados que alertan de la existencia de un incendio que marca el fin traumático de la ocupación entre el final de la I Edad del Hierro y la transición a la II Edad del Hierro. Junto al tramo de muralla, concretamente adosada a ella, se ha localizado una estructura de planta rectangular que ha sido interpretada por sus excavadores como un posible bastión de la misma¹⁰³⁰.

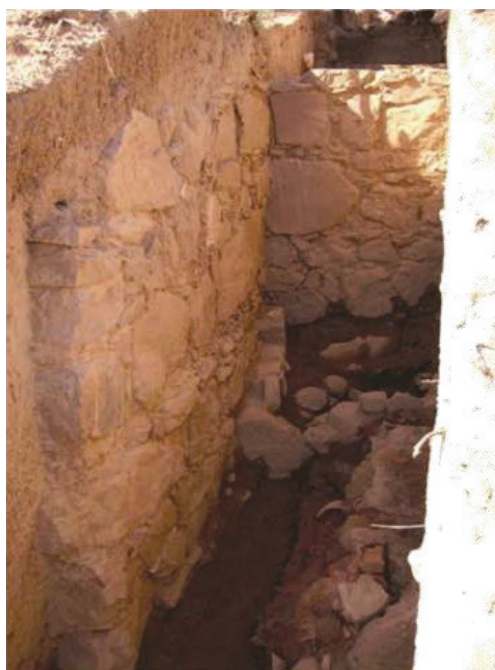


Fig. 158. Sector LN, Período III. Lienzo de muralla (Según Wallid y Pulido, 2013:1195, fig. 11)

Los resultados obtenidos en estos trabajos han sacado a la luz un poblado fortificado que parece arrancar en el último tercio del siglo VII a.C.¹⁰³¹ y desaparece, de forma paulatina y sin signos de violencia, a mediados del siglo IV a.C.¹⁰³². Aunque parece existir una continuidad dentro de esta secuencia, también ha quedado constancia de la existencia de un nivel de destrucción traumático entre finales del siglo V a.C. y principios del siglo IV a.C., identificado en la secuencia por la presencia de un nivel de incendio generalizado, similar al caso que ya fue documentado en Cancho Roano, yacimiento con el que comparte parte de su secuencia cronológica.

¹⁰³⁰ Wallid y Pulido, 2013: 1198

¹⁰³¹ Fecha obtenida por termoluminiscencia: 632 ± 131 años (Wallid y Pulido, 2013: 1183)

¹⁰³² Fecha obtenida por termoluminiscencia: 347 ± 141 años (Wallid y Pulido, 2013: 1183)



Después de este momento de inestabilidad, la ocupación se reanudó e incluso incrementó durante la II Edad del Hierro, donde se documenta, por ejemplo, una mayor complejidad de su sistema de fortificación, hasta su definitivo abandono en el siglo III a.C. No existe constancia de la existencia de un asentamiento durante la época romana¹⁰³³, a excepción de algunos restos constructivos, sillares y ladrillos, localizados en la ladera este (fig. 159). De ese modo, la superficie de ocupación durante la I Edad del Hierro se estima que sería de una 7 ha. en el área estudiada, pudiendo llegar a alcanzar las 40 ha si se incluye el cerro contiguo hasta la posible línea de muralla más baja¹⁰³⁴; sin embargo, es difícil determinar la superficie total del enclave cuando aún desconocemos la dispersión de sus restos en las diferentes épocas en que fue ocupado.



Fig. 159. Restos correspondientes a la ocupación romana localizados en el Tamborrio (según Wallid y Pulido, 2013: 1215, fig. 19)

La extensión de los sondeos realizados no permite tener una imagen completa de su trazado urbano; sin embargo, la ejecución del sondeo longitudinal LN ha permitido documentar una organización del asentamiento a partir de un sistema de aterrazamientos al que se vinculan las vías de circulación que se adaptan al terreno. La topografía abrupta que presenta la ladera norte hace pensar que el acceso se realizaría por el lado sur. Pero a pesar de las limitaciones de la información como consecuencia de la naturaleza de los trabajos efectuados en el cerro del Tamborrio, las evidencias de un trazado urbano y la presencia de un sistema de fortificación, demuestran que nos encontramos ante una ocupación estable y consolidada, posiblemente jerarquizada, donde al valor poliorcético de la muralla se suma su carácter emblemático, como imagen de poder y símbolo de prestigio.

¹⁰³³ Almagro-Gorbea y Lorrio, 1986: 624; Wallid y Pulido, 2013: 1212

¹⁰³⁴ Wallid y Pulido, 2013: 1211

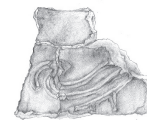


La incorporación del poblamiento del Cerro del Tamborrio a este sistema de control territorial que venimos analizando cambia por completo el panorama con el que trabajábamos hasta la fecha. El análisis pormenorizado de cada uno de los asentamientos que hasta hoy se consideraban como los encargados del control territorial y la gestión del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro, nos ha permitido corroborar que ese modelo es muy precario, pues a la inexistencia de evidencias arqueológicas recogidas en *Lacimurgi* se suma la debilidad de los restos documentados en *Dipo* y las confusas lecturas extraídas de los casos de Medellín y Badajoz, y rompe al mismo tiempo con el esquema lineal de ciudades que, separadas unos 20 o 30 km entre sí, se encargan del control político, comercial y económico del valle medio del Guadiana. Dicho esquema parte de la idea de que *Dipo*, *Lacimurgi* y *Conisturgis*, constituyeron la línea de ataque de Metelo contra Sertorio en el Guadiana¹⁰³⁵, de ahí que Badajoz permanezca habitualmente fuera de este esquema, reconocida como una localidad satélite a pesar de que reúne las mismas condiciones para ser considerada como una ciudad-estado atendiendo a los factores utilizados para los otros casos. De esta manera, si obviamos que el principal argumento para la defensa del modelo esgrimido es la situación estratégica de estos cerros junto al Guadiana y atendemos a las evidencias puramente arqueológicas, poco podemos decir en favor de un sistema que, como hemos podido comprobar, carece de argumentos sólidos para que pueda mantenerse en vigor.

Así, la misma lógica con la que se buscó y localizó el *oppidum* de Medellín en el cerro del Castillo, unido en el caso de Badajoz a la aparición de materiales arqueológicos pre y protohistóricos en superficie desde los primeros trabajos arqueológicos efectuados en este enclave, propició la caracterización del cerro de la Muela como ‘asentamiento en vado’ de la I Edad del Hierro, pues “*a pesar de los grandes silencios que aún mantienen sobre su desarrollo constructivo (los enclaves revisados) a nadie le escapa que la privilegiada posición intermedia de estos núcleos entre la cuenca del Tajo y del Guadalquivir debió favorecer un notable desarrollo comercial y, por tanto, un relativo despegue sociocultural respecto a otros ámbitos más alejados del Guadiana*”¹⁰³⁶; sin embargo, ¿hasta qué punto la arqueología ha podido respaldar esta suposición?

¹⁰³⁵ Schulten, 1949: 90; Alarcao, 1973: 40

¹⁰³⁶ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 161



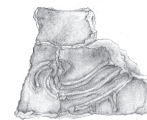
VI. 2. 2. Nivel II. Los asentamientos en llano

VI. 2. 2. 1. Los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo:

El segundo modelo que integra el patrón de asentamiento del valle medio del Guadiana lo componen los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo. Su aparición se ha puesto directamente en relación con la conocida como ‘Crisis de Tarteso’, momento en el que el modelo de ocupación del valle del Guadalquivir se desestructura para dar paso a un paulatino abandono de sus hábitats que coincide con un aumento demográfico en las tierras del interior peninsular. Como consecuencia de ello, se inaugura a finales del siglo VI – principios del siglo V a.C., un nuevo modelo de asentamiento a ambos lados del cauce medio del Guadiana, caracterizado por la presencia de suaves elevaciones artificiales de tendencia circular camufladas en el paisaje bajo las que se oculta una construcción de carácter monumental. Este fenómeno es exclusivo de esta región geográfica, razón por la cual debemos afrontar su estudio desde una base teórica y metodológica diseñada expresamente con el objeto de conocer su morfología y sus entornos, y no a partir de modelos creados para otros territorios vecinos como hasta la fecha se ha venido haciendo.

Aunque el modelo que proponemos podría insertarse en la categoría de asentamientos en llano al localizarse todos estos edificios ocultos bajo túmulo en tierras de llanura de alto potencial agrícola, vamos a analizarlos de forma independiente por varias razones: en primer lugar por la morfología y la regularidad arquitectónica que presentan; en segundo lugar, por la cantidad y calidad de los materiales arqueológicos que contienen; y, por último, por el excelente estado de conservación en el que se encuentran todos aquellos que no han sufrido los avatares de la actividad agrícola actual. Estas características dotan al Guadiana Medio de una fuerte personalidad, hasta el punto de ser, a día de hoy, una herramienta fundamental para comprender el desarrollo de la cultura tartésica en su etapa final.

Como es lógico, la aparición de esta nueva modalidad de asentamiento en las tierras del interior supone un drástico cambio en el modelo territorial anteriormente establecido. Los definidos como asentamientos en llano por su localización geográfica y su vinculación con la actividad agrícola, se abandonan a principios del siglo VI a.C., caso de El Palomar o Cerro Manzanillo; pero su desaparición es coetánea con el fenómeno de los primeros túmulos tartésicos, lo que sin duda debemos interpretar como una reestructuración sistema socioeconómico del territorio afectado. Aunque muchos han



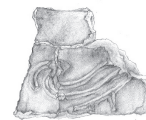
buscado la justificación de este cambio del patrón de ocupación en el ámbito cultural, todo parece apuntar a que se debe más bien a una reestructuración dentro del sistema socioeconómico de este territorio¹⁰³⁷. Sin embargo, no se detecta un proceso traumático para la transformación de este sistema y, por ende, para el nuevo modelo territorial; así, se detecta un abandono paulatino de los poblados donde no se han detectado niveles de incendio y la presencia de materiales arqueológicos se restringen a escasos restos de limitada importancia. Por otra parte, se mantiene, e incluso parece que aumenta, la ocupación del Tamborrío y continúa utilizándose la necrópolis de Medellín.

Pero, ¿qué entendemos por edificio tartésico oculto bajo túmulo? En rasgos generales, podemos definir a estas construcciones aisladas en el medio rural como grandes edificios de planta cuadrangular, contruidos a partir de cimientos de piedra sobre los que se alzan paramentos de abobe que en muchas ocasiones se encalan o decoran; presentan pavimentos de arcilla roja apisonada o cubiertos de pizarra y sus techumbres, aparentemente, se construirían a base de ramajes y barro; por último, están dotados de elementos arquitectónicos secundarios como hogares, bancos corridos, etc. Estos edificios, tras su amortización y abandono, se ocultaron de manera intencionada bajo un enorme túmulo artificial de tierra cuyo tamaño oscila entre los 2 y 5 m de altura y entre 40 y 90 m de diámetro (fig. 160). Aunque en la actualidad estos túmulos poseen preferentemente una forma circular, esto se debe, en la gran mayoría de los casos, a una acción antrópica, ya que las labores agrícolas que intentan ir ganándose terreno configuran su forma circular. Las imágenes aéreas anteriores a la ejecución del Plan Badajoz nos permiten observar cómo, en origen, los túmulos tenían formas diferentes que atendían a la propia estructura interior de la construcción.



Fig.160. Túmulo del Turuñuelo (Mérida, Badajoz)

¹⁰³⁷ Celestino, 2008: 323

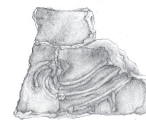


El cierre intencionado de los edificios ha permitido su excelente conservación, protegidos de las inclemencias del clima y los saqueos, al tiempo que nos alertan actualmente de su existencia. Tras el estudio de varios de estos túmulos no cabe duda de la intencionalidad de su cierre, máxime cuando conservan en su interior un rico repertorio material en el que destacan, fundamentalmente, los objetos importados. Es más, el empeño que se puso en la ocultación de estas construcciones ha provocado que muchos de ellos apenas cuenten con material arqueológico en superficie como para determinar su ocupación durante la I Edad del Hierro, aunque no por ello dejen de ser incluidos dentro de esta categoría. Sirva de ejemplo el primer análisis que se realiza del Turuñuelo de Guareña, incluido dentro del conjunto de posibles túmulos sin material arqueológico asociado¹⁰³⁸ ahora que, tras dos campañas de excavación realizadas en el mencionado enclave, sabemos que bajo la estructura se oculta un magnífico edificio mayor incluso que el de Cancho Roano: *“prácticamente, solo existen argumentos de signo negativo para incluir esta estación en el grupo de asentamientos aquí tratados: ausencia de materiales lateríticos, situación en zona de vega no granítica, ausencia de elevaciones naturales en su entorno... Como elementos positivos solo se pueden señalar su conformación tumular de gran tamaño y su ubicación en un modelo de paisaje que se repite en otras dos de la entradas del catálogo: las vegas en que el cauce del Guadiana se deshilacha de una serie de cortas o quebradas sucesivas que forman verdaderos “archipiélagos” interiores”*¹⁰³⁹.

Pero el grado de conservación que presentan estas construcciones no es ni mucho menos homogéneo. Las tareas acometidas en el marco del Plan Badajoz para la reparcelación de las Vegas del Guadiana, provocaron la destrucción de un gran número de yacimientos entre los que se encontraban estos edificios bajo túmulo, susceptibles de una inevitable destrucción al localizarse en las mejores tierras de cultivo. La transformación que ha sufrido el paisaje en las últimas décadas condiciona el desarrollo de los trabajos de investigación, ya no solo porque muchas de estas elevaciones hayan sido arrasadas, quedando solo como testigo de su existencia su presencia en las imágenes del Vuelo Americano de 1956, así como algunos restos materiales y constructivos repartidos a lo largo de las parcelas que ocupaban, sino porque además, las labores agrícolas actuales siguen mermando su estructura, aunque, paradójicamente, estas labores son al mismo tiempo las causantes de que conozcamos algunas de sus secciones y

¹⁰³⁸ Jiménez Ávila, 1997:146

¹⁰³⁹ Jiménez Ávila, 1997: 146-147



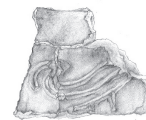
abundantes conjuntos de materiales que constituyen documentos de gran valor para estudiar estas construcciones (fig. 161).



Fig. 161. Túmulo de Cañada la Virgen (Puebla de la Calzada, Badajoz)

Pero antes de finalizar esta breve introducción debemos hacer una alusión forzosa a la terminología con la que hacemos referencia a estas construcciones, pues la pluralidad de términos bajo los que se denominan ha distorsionado su estudio. Ello se debe, fundamentalmente, a la ausencia de una funcionalidad común para todos los casos conocidos, razón por la cual, encontrar una definición que los agrupe a todos resulta una tarea harto compleja. De ese modo, dentro de la literatura científica se hace alusión a estas construcciones bajo diferentes epítetos.

A finales de los años 70 del pasado siglo, cuando únicamente se tenía constancia de la existencia del edificio de Cancho Roano, a tenor de la naturaleza de los hallazgos localizados en su edificio 'A', este enclave comenzó a denominarse como *palacio-santuario*, un término en el que J. Maluquer, su primer excavador, intentaba integrar tanto la funcionalidad como la monumentalidad del edificio. Pero la detección y excavación del yacimiento de La Mata una década después, ponía al descubierto un edificio de similares características morfológicas al caso de Cancho Roano, pero con una funcionalidad completamente distinta que vinculaba a este enclave con las labores agropecuarias, razón por la cual ya no resultaba adecuada la definición de palacio-santuario para este tipo de construcciones. En su lugar se acuñó el término de *edificio protohistórico*, una expresión que no consideramos acertada porque no refleja la realidad



constructiva y cultural que esconden estos edificios, al tratarse de un término demasiado general en el que podrían quedar incluidas todas aquellas construcciones datadas durante la I Edad del Hierro.

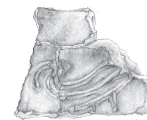
Poco tiempo después del inicio de las excavaciones de Cancho Roano, coincidiendo con el momento de máximo esplendor del estudio de este novedoso edificio por la incertidumbre que su hallazgo despertaba, se adoptó el término de *edificio singular*¹⁰⁴⁰ que, si bien no ha gozado de mucho predicamento dentro de la literatura, lo cierto es que puede todavía verse en alguna ocasión dentro de los trabajos de divulgación. Quizás, este término pudo resultar útil mientras solo se conocía el ejemplo de Cancho Roano; sin embargo, si analizamos su composición, algo singular hace referencia a algo extraordinario, único en su especie, algo inapropiado hoy en día cuando se conocen más de una decena de túmulos, por lo que la aplicación de este vocablo está fuera de lugar.

Al hilo de la singularidad que Cancho Roano ostentaba y dentro del marco de análisis del modelo territorial con el que hasta la fecha veníamos trabajando¹⁰⁴¹ en el que Medellín se erigía como cabeza de este territorio, se hace referencia a estos enclaves bajo el título de *palacios-fortines*, un vocablo que deriva de la concepción de palacio de la que parten los análisis de Almagro-Gorbea acerca de la funcionalidad de Cancho Roano¹⁰⁴². De ese modo, se emplean alguno de estos edificios, que no todos los conocidos, para delimitar territorios o zonas de control de los *oppida* localizados en *Dipo*, Badajoz o Medellín; caso del Turuñuelo de Mérida, el cual marcaría la frontera entre el territorio que queda bajo la órbita de Medellín, por un lado, y de *Dipo*, por otro. Así pues, el concepto reflejaría la funcionalidad de estas construcciones al estar compuesto por el término palacio, para definir su monumentalidad, y fortín, para determinar su función en el territorio. Sin embargo, a nuestro modo de entender, el concepto tampoco resulta del todo acertado, no ya porque aúne el significado de todas estas construcciones, cuando como hemos apuntados no todas tienen una misma funcionalidad, sino porque además, los casos excavados no presentan ningún indicio de fortificación o de poseer un carácter eminentemente defensivo. A ello debemos sumarle el hecho de que en ese modelo territorial se incorporan solo aquellos casos que cumplirían un papel de frontera, pues en el caso de seleccionar todas las elevaciones que actualmente conocemos, y no solo aquellas que se consideran como un enclave de frontera, el modelo fronterizo no se

¹⁰⁴⁰ López Pardo, 1990

¹⁰⁴¹ Almagro-Gorbea (dir.), 2008

¹⁰⁴² Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha, 1989



cumpliría dada la cercanía que presentan muchas de ellas; por no aludir, por último, a la más que dudosa existencia de *oppida* en los enclaves mencionados en el apartado anterior, y por lo tanto, de una ciudad a la que vincular este sistema palacial. Así mismo, huelga decir que los paralelos aducidos para considerar a estas construcciones como palacios están muy distanciados en el tiempo y en el espacio con respecto a los ejemplos localizados en el Guadiana, por lo que no resultan los mejores modelos a seguir.

En 1997, en uno de los primeros trabajos en el que se compilaban otros ejemplos de estas construcciones, se aludía también a la necesidad de acuñar un término que los aglutinase a todos, rompiendo de ese modo con el carácter abstracto que hasta aquel momento poseían los términos utilizados. Para ello se propuso el concepto de *Complejo Monumental*, un término ya utilizado en la publicación de los materiales de El Turuñuelo de Mérida, uno de los primeros ejemplos conocidos dentro de este fenómeno¹⁰⁴³. Dicho término hace referencia a “*el conjunto de edificios orgánicamente relacionados que por su tamaño y por la inversión de trabajo/tiempo requerida en su construcción sobrepasa con creces los estándares de la arquitectura doméstica coetánea. Independientemente de su función primaria la construcción de un complejo monumental persigue siempre una finalidad propagandística*”¹⁰⁴⁴. Sin embargo, bajo nuestro punto de vista, y a pesar de que el término carece de carga funcional alguna, tampoco lo consideramos adecuado para definir estas construcciones. Así bien, aunque pudiéramos considerarlos como edificios monumentales por la magnitud y suntuosidad de las edificaciones, un complejo hace referencia a un conjunto de edificios destinados a una labor común y no a una construcción aislada y plural, como es el caso de los ejemplos que aquí estudiamos, concebidos como un edificio único que responde a un alto grado de solidez y simetría en su construcción; sin contar además que parecen encontrarse totalmente aislados en el medio rural, como han demostrado los trabajos de prospección efectuados en el entorno de algunas de estas construcciones.

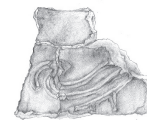
A estas definiciones se han incorporado recientemente los vocablos de *Arquitectura de prestigio o poder*¹⁰⁴⁵ o *Construcciones de Prestigio*¹⁰⁴⁶, en tanto se hace alusión a la propaganda o capacidad de poder que posee la “aristocracia rural” que habitaba en ellos, entendidos como auténticos señores del campo surgidos tras las crisis de Tarteso y

¹⁰⁴³ Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995: 131

¹⁰⁴⁴ Jiménez Ávila, 1997: 142

¹⁰⁴⁵ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998; Duque, 2001

¹⁰⁴⁶ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998



encargados de tutelar el control de la explotación de la tierra¹⁰⁴⁷. El mejor ejemplo de esta arquitectura de prestigio lo constituye La Mata, pues los creadores del término son los mismos encargados de su excavación. La ausencia de evidencias palaciales o sacras en las excavaciones de La Mata vinculan la existencia de este enclave con las tareas agrícolas, por lo que se ha considerado la existencia de un señor rural que habitase esta construcción, quien sería el encargado de la explotación y producción del entorno.

Del mismo modo que con anterioridad no nos parecía acertada la definición de palacio para estos edificios, tampoco consideramos que incorporar a su denominación el concepto de prestigio sea del todo conveniente. El término prestigio, aplicado con cierta ligereza cuando hacemos referencia a los objetos suntuosos aparecidos en estas excavaciones o de forma fortuita, como el caso de los jarros de bronce, hace referencia a un grado de estima o a la influencia o autoridad que alguien ejerce sobre algo. Aunque la concepción arquitectónica de estos edificios pueda servir como mecanismo de propaganda, no creemos que el interés de su construcción resida en infundir respeto desde una clase aristocrática que regentaría este tipo de construcciones, algo que estamos todavía muy lejos de poder definir¹⁰⁴⁸.

Por todo ello, y con la intención de simplificar en lo posible la definición de estas construcciones, proponemos el uso de la definición *Edificio Tartésico oculto bajo túmulo* porque, a pesar de su extensión, no posee carga funcional alguna y, sin embargo, refleja de manera sintética el patrón que aquí pretendemos recoger: un edificio, de cronología tartésica (s. VI – V a.C.) que ha sido ocultado intencionadamente bajo una estructura tumular artificial que ahora le hace despuntar en el paisaje. Consideramos que de ese modo, sea cual fuere la funcionalidad de estas construcciones y su localización, esta nomenclatura nos permite aunarlas bajo un mismo título a partir de los rasgos que les son comunes, principalmente su cronología y el modelo arquitectónico adoptado, y que nos permiten estudiarlas en su conjunto.

VI.2.2.1.1 Edificios sin prestigio, sin singularidad y sin complejos:

A pesar de que resulta un fenómeno exclusivo del valle medio del Guadiana, el estudio de los denominados comúnmente en la bibliografía como túmulos, ha gozado en la literatura científica de escaso predicamento. Ello se debe fundamentalmente al desarrollo que la arqueología de esta región ha tenido desde sus inicios, cuando en los

¹⁰⁴⁷ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 233

¹⁰⁴⁸ Celestino, 2014: 235



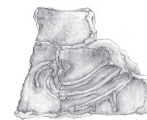
años 70 del pasado siglo, los magníficos resultados obtenidos en las excavaciones de la necrópolis de Medellín, primero, y en Cancho Roano, después, los erigía como ejemplos únicos, acaparando toda la atención académica. Por ello, la gran mayoría de los modelos territoriales con los que contamos hasta el momento para conocer el sistema de ocupación de este territorio durante la I Edad del Hierro, hacen hincapié en los asentamientos en vado, donde Medellín se sitúa como capital única de este extenso territorio, y los enclaves en llano dependientes de éstos; incluyendo los edificios de Cancho Roano y La Mata, pero olvidando al resto de edificios tartésicos que nutren este amplio modelo de ocupación.

Cuando se iniciaron en 1978 las excavaciones en el yacimiento de Cancho Roano, poco o nada se sabía de la existencia de ejemplos semejantes que pudieran llevar a pensar que se trataba de un fenómeno extensible a toda la cuenca media del Guadiana (fig. 162). Posiblemente, su descubrimiento y excavación haya sido uno de los hallazgos más relevantes de la Protohistoria peninsular. Los trabajos, llevados a cabo durante veinticinco años de campañas arqueológicas ininterrumpidas, han sacado a la luz una secuencia de tres construcciones de planta cuadrangular, construidas en adobe y acompañadas de un extenso y suntuoso repertorio material.



Fig. 162. Alberca construida en la parte más elevada del túmulo (según Celestino, 2001c: 7)

Pero paradójicamente, y al contrario de lo que se espera de una excavación sistemática y en extensión, Cancho Roano se ha convertido, al mismo tiempo, tanto en el yacimiento excepcional, guía para el estudio de estas manifestaciones tras años de investigaciones acerca de su modelo constructivo, localización y adscripción cultural,



como en el obstáculo que ha llegado a desvirtuar el camino para emprender el análisis de este nuevo patrón de asentamiento, hasta el punto de que a veces nos olvidamos de que este enclave también forma parte del nutrido grupo de edificios tartésicos bajo túmulo. Así, Cancho Roano se ha convertido en el referente para el conocimiento de este fenómeno, algo que va en perjuicio del resto de ejemplos conocidos, inconscientemente eclipsados por el interés que desprende este importante enclave y fuertemente condicionados por las lecturas que se han extraído del mismo.

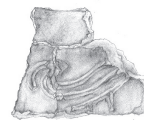
Apenas una década después del inicio de las excavaciones en Cancho Roano se emprendían los trabajos en un túmulo de similares características localizado en Campanario y conocido con el nombre de La Mata (fig. 163). Sin embargo, con anterioridad a la publicación de los primeros resultados obtenidos en dichas excavaciones¹⁰⁴⁹, se localizó un lote de materiales procedente del túmulo del Turuñuelo de Mérida, enclave de similares características a los dos ejemplos anteriormente mencionados. La publicación del lote de materiales¹⁰⁵⁰ y la visita al lugar del hallazgo fortuito, mostró la existencia de una elevación que guardaba grandes concomitancias con respecto al yacimiento de Cancho Roano, sobre todo en lo que al repertorio material se refería.



Fig. 163. Túmulo de La Mata (según Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 76, fig. 1-C)

¹⁰⁴⁹ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998

¹⁰⁵⁰ Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995



Pero la aparición de El Turuñuelo no era novedosa en tanto en cuanto ya se había hecho referencia a este y otro enclave similar, los Corvos, en un trabajo de finales de los años 80¹⁰⁵¹; no obstante, en este primer acercamiento únicamente se hacía alusión a la existencia de una villa alto imperial en la loma sur y a un posible yacimiento de la II Edad del Hierro bajo la cima de la elevación, sin descartar que aquello que ocultaba el túmulo artificial documentado no fuera un mausoleo de época romana. Frente a ello, la publicación de este lote de materiales permitía inscribir al El Turuñuelo dentro del mismo horizonte cronológico y cultural que Cancho Roano, lo que suponía que este último ya no conformaba un hecho único y aislado. Ello llevó a determinar *“que nos hallamos ante una eclosión de un sisma de organización social y territorial estructurado a base de núcleos palaciales y/o culturales en torno a los cuales se vertebran las relaciones económicas y sociales del territorio que ocupan, constituyendo un complejo cultural hasta ahora solo atisbado y con unas perspectivas de investigación futura impredecibles”*¹⁰⁵².

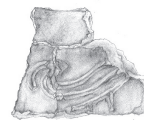
Sin embargo, a pesar de las similitudes que ambos enclaves guardaban, sí existían claras diferencias entre ellos. La diferencia principal es que no se localizan dentro de un mismo entorno, pues mientras Cancho Roano se encuentra inserto y camuflado en un extenso paisaje de dehesa alejado del Guadiana, El Turuñuelo se ubica junto al paso del río, en la zona fértil de sus Vegas, hecho que hacía extensible la amplitud del fenómeno. Esta diferencia abría las puertas a un gran número de preguntas, siendo quizás sus cronologías y adscripción cultural las que mayores dudas despertaban, pues aunque parecía que existían momentos anteriores en la ocupación de sendos enclaves, ambos se fechaban en el siglo V a.C., lo que complicaba, en aquel momento, su caracterización como tartésicos, de ahí que el concepto de Orientalizante goce hoy en día de tanto predicamento.

Apenas dos años después de la publicación de los materiales de El Turuñuelo salía publicado un pequeño trabajo en el que se reunían todos los enclaves tumulares con materiales de los siglos VI y V a.C. conocidos¹⁰⁵³. Fue en este trabajo en el que se proponía por primera vez una terminología cerrada para este tipo de estructuras, los ya mencionados *complejos monumentales*, con la intención de agruparlos a todos bajo esa caracterización. Así, a los ejemplos de Cancho Roano, La Mata y el Turuñuelo de Mérida

¹⁰⁵¹ Enríquez y Jiménez Aparicio, 1989: 155-156

¹⁰⁵² Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995: 146

¹⁰⁵³ Jiménez Ávila, 1997



se sumaban el de Valdegamas, donde A. Blanco y A. García y Bellido habían realizado excavaciones en los años 50 tras el hallazgo de un jarro de bronce¹⁰⁵⁴; el túmulo del Badén, conocido con anterioridad bajo el topónimo de los Corvos¹⁰⁵⁵ pero identificado con un yacimiento del Bronce Final tartésico, y, por último, dos enclaves localizados más al sur, uno en la provincia de Badajoz, en concreto el Turuñuelo de Azuaga, y el otro ya en la provincia de Córdoba, La Atalayuela; ambos no solo se localizan muy alejados de la cuenca media del Guadiana, sino que además no creemos que se correspondan con este modelo de construcciones, razones por las cuales no han sido incluidos dentro de este trabajo. Así mismo, en un apartado dedicado a los yacimientos sin materiales arqueológicos asociados, se incluía un tercer ejemplo, El Turuñuelo de Guareña, correspondiente con una enorme elevación de las mismas características que las conocidas para los ejemplos anteriores, hecho por el cual, quedo adscrita al catálogo.

La inclusión de estos tres nuevos ejemplos permitía realizar un análisis más exhaustivo de este fenómeno, en el que se destacaba el carácter aislado de estas construcciones, desvinculadas de cualquier otro ejemplo de ocupación, y su eminente papel rural¹⁰⁵⁶. El principal escollo se detectaba a la hora de determinar su funcionalidad. Debemos recordar que hasta aquel momento únicamente se conocían los resultados obtenidos de las excavaciones de Cancho Roano, caracterizado como un *palacio-santuario* a tenor de la magnitud de la excavación, la presencia de altares y las características del material documentado. Este hecho condicionaba sobre manera la determinación funcional de este tipo de edificio, pues Cancho Roano, como ya hemos apuntado, no es el enclave más idóneo para emprender un análisis general del fenómeno por ser el ejemplo más alejado de la cuenca del Guadiana, inserto en un paisaje de dehesa, con un marcado vínculo cultural y apartado de las vías de comunicación, circunstancias que, como veremos, no se encuentran presentes en el resto de ejemplos conocidos.

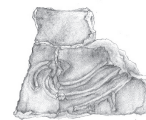
A pesar de ello, se esbozaron las primeras ideas acerca de la funcionalidad de este tipo de estructuras, siendo el carácter residencial que se le asignaba a Cancho Roano el que primaba por encima de todos¹⁰⁵⁷. No obstante, la localización de los nuevos ejemplos, así como la aparición de un gran número de molinos barquiformes, herramientas de hierro y ánforas, en las excavaciones de Cancho Roano, sugería la existencia de un fuerte

¹⁰⁵⁴ Blanco Freijeiro, 1953

¹⁰⁵⁵ Enríquez y Jiménez Aparicio, 1989: 117

¹⁰⁵⁶ Jiménez Ávila, 1997: 148

¹⁰⁵⁷ Almagro-Gorbea, Domínguez de la Concha y López, 1990: 279-280; Almagro-Gorbea, 1991b: 106

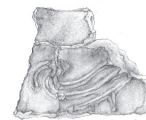


vínculo entre estos edificios y las actividades agrícolas, quizás como gestores de la producción de una pequeña región territorial que quedaba bajo su dominio. El reflejo de esta actividad económica sería, pues, la riqueza y la monumentalidad de las construcciones.

Aunque elaborado con anterioridad al último trabajo mencionado, un año después vio la luz un estudio dedicado a las primeras intervenciones en el edificio de La Mata, en el que se hacía referencia a este tipo de enclaves bajo el epíteto de *Arquitectura de Prestigio* en tanto en cuanto hacía alusión al carácter aristocrático del personal que en ellos habitaba. Pero lo cierto es que, frente a la similitud arquitectónica que este enclave guarda con Cancho Roano, La Mata no presentaba elementos sacros dentro de su secuencia ni un repertorio material tan suntuoso como el del conocido santuario, hecho por el cual no podrían compartir una misma funcionalidad.

A pesar de que el conocimiento de la existencia de La Mata se remonta a principios de los años 80, no fue hasta 1990 cuando se iniciaron los primeros trabajos de excavación. A la publicación preliminar de los resultados obtenidos en las primeras campañas de excavación se le sumaba un análisis macroespacial del yacimiento, un método de trabajo que además ha mantenido el equipo de la Universidad de Extremadura en todos sus trabajos sucesivos. En esta ocasión el estudio constaba de cuatro fases: un barrido topográfico de las hojas 1:50.000 de los municipios de Don Benito, Villanueva de la Serena, Puebla de Alcocer, Oliva de Mérida, Castuera, Cabeza del Buey, Zalamea de la Serena y Monterrubio de la Serena; la consulta de las fotografías 1:18.000 del vuelo realizado en 1982; la elaboración de una base de datos; y, por último, la contrastación de las evidencias a partir de los registros documentados en la carta arqueológica y las comprobaciones en campo.

Estos trabajos permitieron sumar nuevos ejemplos a los enclaves ya conocidos que fueron publicados mediante un sistema de fichas en las que se recoge su localización, acceso, entorno, descripción y referencias bibliográficas. Las nuevas referencias no incluían, curiosamente, el enclave de El Turuñuelo de Mérida, publicado algunos años atrás; sin embargo, entre las novedades se incorporaban el túmulo de Isla Gorda – Los Corvos, ya publicado en 1997 bajo el topónimo de túmulo del Badén; el cerro de la Barca, en Villanueva de la Serena, un enclave mal identificado que nosotros incorporamos al conjunto de asentamientos en llano; las Lomas de Medellín y las Madalenas de Guareña; a los que se sumaba el Turuñuelo de Guareña, ahora sí, caracterizado a partir de los



materiales recogidos en los trabajos de prospección, pues las labores de explanación realizadas en el mismo en 1997, habían dejado al descubierto varios perfiles en los que se podían observar estructuras de adobe y piedra con presencia de cenizas y carbones, así como pavimentos de arcilla roja; y entre sus materiales, restos de ánforas, cerámicas grises y una base de kylix ática.

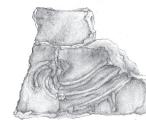
La incorporación de dos nuevos ejemplos permitía afirmar las similitudes que todos los túmulos compartían, pues todos se encontraban junto a tierras de alto potencial agrícola, próximos a cursos de agua o vados y con una misma morfología estructural que oscilaba entre los 2 – 4 m de altura y los 40 – 70 m de diámetro. El hecho de que la gran mayoría de ellos contaran con momentos de ocupación posteriores, había provocado su confusión con asentamientos de época romana, principalmente *villas* de carácter agrícola.

El mismo año de la publicación de los primeros resultados del túmulo de La Mata, D. Duque realizaba su memoria de licenciatura acerca de *El Poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana*, cuyos resultados parciales salieron publicados en 2001¹⁰⁵⁸. A diferencia del resto, este estudio iba a marcar un antes y un después en el conocimiento de estas estructuras, no tanto porque viniera a resolver ninguna de las incógnitas que este modelo presentaba, sino porque incorporaba de golpe diez nuevas evidencias sometidas además a análisis territoriales y de visibilidad. Para la detección de los nuevos yacimientos se aplicó el mismo modelo metodológico utilizado para el estudio macroespacial de La Mata al que antes hicimos referencia, ampliando únicamente la zona de análisis.

Así, a las elevaciones ya conocidas se sumaban la de Novelda, próxima a la localidad de Novelda del Guadiana, junto al río Guerrero; El Pesquero, incluido en el estudio tanto por su localización geográfica, junto al Guadiana, como por la referencia que el excavador hace de la existencia de niveles prerromanos bajo la *villa* romana¹⁰⁵⁹; los Olivares, en el término municipal de Talavera la Real, hoy desaparecido pero documentado por la fotografía aérea y la dispersión de abundante material en superficie; Huerta de Don Mateo, también en el término municipal de Talavera la Real, enclave en el que se documentan restos constructivos y materiales a pesar de estar muy alterado por las labores agrícolas; el cerro de la Barca, en Badajoz, erosionado en su cima por la presencia de construcciones modernas, concretamente una estación meteorológica, aunque todavía se

¹⁰⁵⁸ Duque, 2001

¹⁰⁵⁹ Rubio Muñoz, 1990



observan en sus perfiles restos de derrumbes de adobe; Cañada la Virgen, en Puebla de La Calzada, que conserva actualmente solo uno de sus perfiles sobre el que se sostiene el paso de una acequia y donde se aprecian abundantes restos constructivos y materiales; Miraflores, en Mérida, prácticamente destruido aunque conserva algunos restos materiales y constructivos repartidos por los límites de la parcela; Lácara, en el término municipal de Montijo, del que apenas tenemos restos materiales por estar ocupado por una villa romana; los Alisares, también en Montijo, igualmente arrasado; y, por último, el Cerro del Tiriñuelo, en Esparragalejo, cuyos restos materiales nos son desconocidos al no poder prospectarse ante la negativa de los propietarios de la finca.

La mayor novedad que aporta este trabajo, además de la incorporación de nuevos enclaves, es la presentación de un estudio de materiales en el que se integra los restos recogidos en todos ellos¹⁰⁶⁰. Entre los mismos destacan las cerámicas a mano, consideradas herederas del Bronce Final, las cerámicas a torno entre las que resaltan las ánforas; las oxidantes finas, pintadas y con engobe rojo, y las cerámicas grises. La homogeneidad que presenta el repertorio permitió sumar un rasgo más al conjunto de características que comparten estos edificios, como su localización en llano, su proximidad a cursos de agua o su localización en fértiles tierras de cultivo. Así mismo, este trabajo incluye la primera distribución espacial de los túmulos a partir de su relación con los que en aquel momento eran considerados como asentamientos en vado, método con el que se trata de acentuar las conocidas relaciones campo-ciudad, haciendo a los aquí denominados como *arquitectura de prestigio o poder*¹⁰⁶¹ dependientes de los poblados en vado. Al margen de esta valoración, queda estimado que la distancia entre los mismos varía entre los 1,5 y los 5 km.

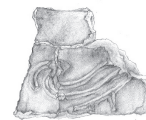
Aunque sin apenas variaciones, este análisis del territorio fue completado en el marco de las prospecciones llevadas a cabo con motivo de la excavación del edificio de La Mata y publicado junto a la memoria de excavación¹⁰⁶² en un nuevo y actualizado análisis del macroespacio en el que se considera a los túmulos como una modalidad de asentamiento independiente¹⁰⁶³. Así, dentro del mencionado estudio, y siguiendo el mismo esquema expositivo que el utilizado en la publicación de las primeras evidencias tumulares publicadas por este mismo equipo de trabajo en el año 1998, se presenta mediante un

¹⁰⁶⁰ Duque, 2001: 40 - ss

¹⁰⁶¹ Duque, 2001: 53

¹⁰⁶² Rodríguez Díaz (ed.), 2004

¹⁰⁶³ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 577-580

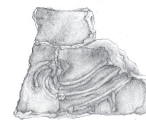


registro de fichas todos los enclaves hasta aquel momento conocidos, un total de 16 elevaciones tumulares. La información recogida en estas fichas hace referencia a su topónimo, a su localización, tanto el término municipal en el que se localiza como las coordenadas exactas de su localización; el acceso al mismo, donde se indica la manera más sencilla de llegar al enclave; su valoración en términos culturales, es decir, si puede o no tratarse de una elevación tumular; su entorno, el paisaje en el que se ubica; los resultados de la prospección, donde se hace referencia a su morfología y a los materiales que le acompañan, aunque estos últimos no aparecen publicados en el trabajo; y, por último, las referencias bibliográficas donde se recogen aquellos estudios anteriores en los que existe alguna referencia a estos enclaves. Esta información se acompaña de un aparato gráfico en el que se muestran algunas imágenes aéreas de la localización del túmulo y su estado de conservación. En definitiva, el trabajo presenta de una forma sintética y ordenada una información que ya era conocida, aunque de una forma algo más disgregada, pues el trabajo de D. Duque, el más completo hasta el momento, no comprendía todos los edificios bajo túmulo conocidos, sino únicamente las nuevas referencias documentadas en sus labores de prospección.

La compilación de todas estas referencias ampliaba el conocimiento acerca del poblamiento en este territorio, por ello, quizás otra de las novedades de este trabajo sea la que hace referencia a las relaciones que se establecen entre estas elevaciones y el resto de yacimientos detectados a lo largo del valle medio del Guadiana. La presencia de tres categorías de asentamiento, dispares entre sí por lo que a su extensión se refiere, llevó a este equipo a plantear la existencia de *“un modelo piramidal y de poder concentrado, capitalizado por un régulo o monarca asentado en el oppidum de Medellín y desarrollado en un extenso “territorio político” que aglutinaría ecosistemas diversos. Por debajo de éste, se sitúa la clientela de rango aristocrático y rural, residente en los grandes edificios de adobe y posesora -no propietaria- de los diferentes “pagos” que compondrían el referido “territorio político”. En dichos “pagos”, residiría también un campesinado dependiente de las aristocracias terratenientes y, en última instancia, del régulo, auténtico propietario de los medios de producción y de los excedentes”*¹⁰⁶⁴.

La detección de nuevos enclaves, el análisis de su localización y morfología y la asimilación de que se trataba de un patrón extendido y generalizado que no tenía en Cancho Roano y La Mata a sus únicos ejemplos, abrió las puertas a la elaboración de un

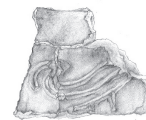
¹⁰⁶⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 584



modelo de base clientelar que podemos analizar desde dos puntos de vista distintos. Por un lado, y como veremos en el epígrafe siguiente a la hora de exponer y analizar el poblamiento en llano, se consideran una serie de relaciones entre los “señores rurales” que habitan estos edificios bajo túmulo y los campesinos encargados del funcionamiento de los enclaves menores, un modelo que se ha definido como “celular y de poder segmentado” en el que se inserta el proceso de señorialización del campo que, como apuntábamos, analizaremos en su correspondiente epígrafe. Por otro lado, se valoran las relaciones existentes entre estos “aristócratas” que residen en esta “arquitectura de prestigio o poder” y los régulos que habitan en los denominados *oppida*, dentro del modelo anteriormente descrito, de estructura “piramidal y poder concentrado”. Pero, ¿hasta qué punto hay evidencias suficientes para sostener la existencia de este modelo?

Según la definición recogida arriba, este sistema piramidal se basa en la existencia de un enclave mayor, en este caso referido a Medellín, bajo cuyo control directo se situaría una aristocracia rural que residiría en estos edificios tartésicos ocultos bajo túmulo encargados de controlar los territorios de producción agrícola que, sin embargo, están bajo la propiedad de los *oppida*. Lo cierto es que este modelo resultaría viable siempre y cuando Medellín pudiera ser considerado como un enclave en altura dotado además de una *regia* en la que residiría el régulo o monarca aludido; sin embargo, como ya expusimos en el epígrafe anterior, no parecen existir por el momento evidencias suficientes para poder confirmar la existencia de un enclave en el Cerro del Castillo de Medellín, al menos de esa envergadura, pues las únicas evidencias que poseemos a este respecto son algunos materiales arqueológicos, muchos fuera de contexto, con una ausencia total de estructuras constructivas.

Aunque el simple hecho de no poder demostrar la existencia de un poblado de importancia en el cerro del Castillo de Medellín debería resultar suficiente para invalidar este modelo territorial, contamos con otra serie de premisas, en este caso referidas al registro arqueológico, que apoyan nuestra propuesta. De ese modo, a la ausencia de niveles de ocupación claros se suma la inexistencia de una correlación arqueológica entre las secuencias documentadas en los túmulos excavados y el poblado de Medellín. Parece haberse detectado en las secuencias del cerro del Castillo de Medellín un momento en el que su extensión se ve bruscamente reducida, justo en consonancia cronológica con la aparición de los primeros edificios tartésicos, un hecho que no resulta correlativo a la etapa de auge y desarrollo económico que se asocia a la aparición de este nuevo patrón de asentamiento. Por el contrario, la secuencia estratigráfica documentada en el Cerro del



Tamborrio sí muestra un destacado crecimiento del enclave a principios del siglo VI a.C., documentado en su Fase III, coincidente, este sí, con la aparición de los mencionados edificios tartésicos.

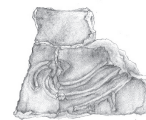
Del mismo modo, resulta también extraño que, asentamientos en llano activos en la etapa precedente, caso de El Palomar o El Manzanillo, cesen por completo su actividad en el siglo VI a.C. sin que existan muestras de violencia en su abandono. Así mismo, resulta curioso cómo a pesar de ser construcciones bajo el control de un asentamiento mayor, éstas no guardan relación visual alguna con el enclave en altura, lo que nos lleva a preguntarnos, ¿bajo qué mecanismos se establecen los controles de producción? Pero además, el sistema de control debería incluir a otra serie de enclaves también considerados como *oppida* dentro del modelo territorial, caso de la Alcazaba de Badajoz o el Cerro de Alange, que no son tenidos en cuenta dentro de este sistema, pero que, en definitiva, tampoco guardan relación alguna con los yacimientos tumulares conocidos.

Por todo ello, parece inoperante un modelo basado en un paradigma, como es la existencia de un enclave nuclear en Medellín, e inspirado en un patrón creado para otras regiones peninsulares, concretamente para el valle del Guadalquivir, en una región con la que no posee semejanza alguna, ni geográfica ni culturalmente; y menos aun cuando el fenómeno de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo es exclusivo del valle medio del Guadiana. Por esta razón, entendemos que el modelo debe ser estudiado de forma independiente, analizando aquellas premisas que nos permitan determinar el papel que estas construcciones juegan en el territorio, sin dar por hecho que la presencia de un número elevado de los mismos y la existencia de un enclave en altura, justifica la necesaria relación entre ambas.

Pocas son las novedades aportadas tras el análisis macroespacial de La Mata sobre el estudio de este tipo de edificaciones. Su inclusión en los modelos territoriales configurados para el valle medio del Guadiana no ha sido homogénea, pues no en todos los modelos conocidos se los tiene en cuenta o solo se incluye en los mismos un número determinado de ellos¹⁰⁶⁵. Así pues, los trabajos más recientes han centrado su interés en sus análisis arquitectónicos¹⁰⁶⁶, y no tanto culturales o sociales; dentro de unas líneas de trabajo en las que se ha mantenido el protagonismo absoluto de Cancho Roano y La Mata, un protagonismo que ahora nosotros pretendemos repartir entre los dos nuevos enclaves

¹⁰⁶⁵ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001; Almagro-Gorbea (dir.), 2008

¹⁰⁶⁶ Jiménez Ávila, 2009a; 2009b



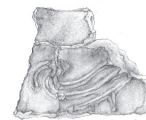
excavados en el valle medio del Guadiana, Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena) y ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña), determinantes para caracterizar este patrón de ocupación. La heterogeneidad que ha rodeado al estudio de estos edificios es la causa de que éstos sigan despertando más incertidumbre que certezas, hecho por el cual nosotros emprendemos, a continuación, la revisión de los trabajos hasta la fecha publicados a partir de nuestra propia investigación en el campo practicada en cada uno de los enclaves mencionados.

VI.2.2.1.2. Los edificios de Cancho Roano y La Mata: dos ejemplos excepcionales como punto de partida:

Aunque en el siguiente epígrafe realizamos, a través de diversos apartados, un recorrido completo y al mismo tiempo sintético por los diferentes edificios tartésicos del valle medio del Guadiana conocidos, hemos creído conveniente dedicar un apartado independiente a los yacimientos de Cancho Roano y La Mata por varias razones. La principal es que se trata de los dos yacimientos que abrieron las puertas a la existencia de este modelo de edificio de corte mediterráneo en las tierras del interior. Huelga decir que fue a partir de las intervenciones en Cancho Roano cuando surgen los primeros debates acerca de este tipo de construcciones, su significado, el porqué de su localización y su funcionalidad, lo que ha supuesto que a día de hoy sea uno de los yacimientos con mayores referencias bibliográficas dentro de la Arqueología peninsular¹⁰⁶⁷. Este hecho hace que su exposición dentro del modelo de fichas diseñado para la presentación y sistematización de los diferentes edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, recopiladas en el epígrafe siguiente, no sea el más conveniente. Nuestra intención no es la de someter a revisión las distintas intervenciones que se han llevado a cabo en Cancho Roano y La Mata, ni reinterpretar las lecturas que se han extraído de ellas, pues ya muchos antes se han encargado de esa tarea; sino que, por el contrario, queremos mostrar la utilidad que ambos yacimientos tienen a la hora de afrontar nuestro trabajo de análisis.

El hecho de que se trate de dos enclaves excavados en extensión e íntegramente nos sirve de guía para emprender el estudio y excavación de nuevos ejemplos que poder sumar al listado de este modelo de edificios. Sin embargo, no debemos caer en el error de considerar todas estas construcciones como entidades uniformes; de este modo, debemos utilizar ambos yacimientos como guías, pero nunca como modelos, o caeremos en el equívoco al estar predispuestos a encontrar el mismo modelo documentado en ambos

¹⁰⁶⁷ Jiménez Ávila, 2012



ejemplos; algo que ya ocurrió, aunque de forma inconsciente, con el caso de La Mata, que tuvo en Cancho Roano un constante espejo en el que mirarse.

En definitiva, un trabajo de estas características no estaría completo sin la incorporación de estos dos monumentos que al mismo tiempo engrosan el listado de edificios tartésicos ocultos bajo túmulo. Y es dentro de ese apartado donde debemos incluirlos, valorándolos en la misma medida que al resto de ejemplos, pues a pesar de ser los dos primeros ejemplos excavados, no dejan de presentar similares características arquitectónicas e igual importancia que el resto de los ejemplos que abordaremos. Por todo ello, presentamos a continuación una breve síntesis de las intervenciones llevadas a cabo en ambos asentamientos, incorporando en el caso de Cancho Roano los resultados obtenidos en la campaña de excavaciones efectuada en el año 2014 dentro de la estancia H4.

- **Cancho Roano:**

El hallazgo del yacimiento de Cancho Roano se produjo en 1977, tras varios intentos por parte del propietario de la finca de allanar el montículo que ocultaba el edificio para destinar las tierras a la explotación agrícola. Tras la llegada de algunos materiales al Museo de Badajoz, entre los que destacaban piezas de bronce, algunas ánforas y varios kylixes de figuras rojas, el yacimiento fue inmediatamente incorporado a los P.I.P, Programa de Investigaciones Protohistóricas del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona y del correspondiente Departamento del Instituto Milà y Fontanals del CSIC que dirigía el profesor Juan Maluquer de Motes, quien se hizo cargo de los trabajos de excavación del enclave iniciados en 1978. Bajo la dirección de Maluquer se llevaron a cabo un total de 14 campañas de excavación, aunque ya en las últimas, comprendidas entre los años 1986 y 1988, compartía la dirección con Sebastián Celestino, quien posteriormente se encargará de completar los trabajos en este interesante yacimiento hasta el año 2001, cuando se dieron por finalizados no solo los trabajos arqueológicos, sino también los de restauración, protección y adecuación del yacimiento, así como su centro de interpretación¹⁰⁶⁸.

¹⁰⁶⁸ Celestino, 2001b

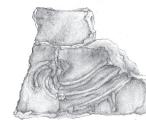


Fig. 164. Reconstrucción del edificio de Cancho Roano (según Celestino, 2001).

La primera intervención llevada a cabo en el asentamiento consistió en la ejecución de una trinchera que recorría la elevación de este a oeste. La trinchera planteada tenía unas dimensiones de 24 x 2 m (fig. 165) y con su ejecución se pretendía conocer la potencia de la ocupación y la naturaleza de las construcciones que ocultaba el túmulo de tierra. Esta primera intervención dio paso a las primeras interpretaciones acerca de la funcionalidad de los restos documentados. La abundancia de carbones y cenizas planteó la posibilidad de que se tratase de un horno o de un monumento sepulcral¹⁰⁶⁹; sin embargo, la ampliación de la trinchera y la excavación de algunas estancias llevaron a determinar que se trataba de un conjunto de edificaciones construidas en adobe sobre una enorme terraza de piedra.

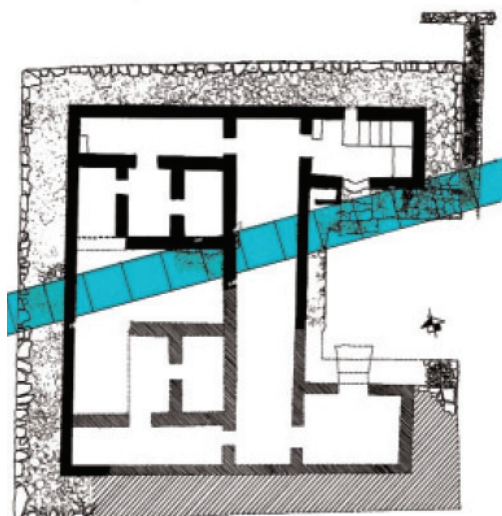
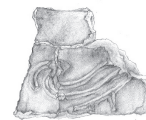


Fig. 165. Detalle de la trinchera de Maluquer (según Celestino, 2001c: 8)

¹⁰⁶⁹ Maluquer, 1980: 259



A pesar de los sucesivos trabajos, Maluquer únicamente pudo conocer el último de los edificios de Cancho Roano o C.R. 'A', aunque siempre fue consciente de la existencia de un sótano o de edificios más antiguos bajo los niveles que había excavado; del mismo modo que siempre consideró la existencia de una necrópolis en torno a la construcción¹⁰⁷⁰.

La exhumación de un edificio de 23 m de lado, con una planta que hasta ese momento resultaba desconocida en el occidente al responder a un patrón de clara influencia oriental, amplió los campos de debate acerca del origen del enclave. Los primeros paralelos se buscaron en el Oriente del Mediterráneo, concretamente en los *hilani* del norte de Siria¹⁰⁷¹, primero, y en el complejo de Al-Mina¹⁰⁷², posteriormente; analogías que llevaron a bautizar este asentamiento como un Palacio-Santuario¹⁰⁷³, término que recibió algunas críticas¹⁰⁷⁴. Este concepto pretendía englobar en un mismo término la funcionalidad del edificio, pues no cabía duda, tras excavar la estancia principal, de que se trataba de un edificio con carácter cultural; al mismo tiempo que con el vocablo palacio se recalcaba la monumentalidad del edificio.

Pero quizás lo más destacado de esta primera etapa bajo la dirección de Maluquer de Motes no fuese únicamente la exhumación de un gran edificio de planta rectangular, que, sin embargo, suponía un hito dentro de la Protohistoria. Más allá de las intervenciones realizadas en Cancho Roano, pero dentro de ese mismo círculo, a este yacimiento le debemos una de las primeras visiones acerca de Tarteso¹⁰⁷⁵, y el estudio de sus materiales sirvieron como testimonio y herramientas de gran valor para la investigación histórica de este periodo que en esos momentos aún se encontraba muy desdibujado y cuando todavía primaba el análisis de las fuentes literarias.

Así mismo, el hallazgo de Cancho Roano vino a demostrar la existencia de una temprana penetración de los influjos mediterráneos en las tierras del interior en un momento en el que parecían restringidos a las costas andaluzas, donde se habían iniciado las excavaciones arqueológicas de las primeras factorías fenicias. Rápidamente, el yacimiento de Cancho Roano se convirtió en un referente tanto en España como en el extranjero, en parte como consecuencia de la celeridad con la que Maluquer difundió sus resultados. La velocidad con la que se daban a conocer los frutos de cada una de las

¹⁰⁷⁰ Maluquer, 1981

¹⁰⁷¹ Maluquer, 1981:53

¹⁰⁷² Maluquer, 1983

¹⁰⁷³ Maluquer, 1981

¹⁰⁷⁴ Blanco Freijeiro, 1981

¹⁰⁷⁵ Maluquer, 1970



campañas arqueológicas le llevó a emitir en ocasiones valoraciones o conclusiones precipitadas que, sin embargo, siempre tuvo la cualidad de saber rectificar. Es por ello que siempre se ha recalcado el carácter crítico, sintético e intuitivo de este arqueólogo¹⁰⁷⁶. Baste recordar sus palabras cuando considera Cancho Roano como un ejemplo aislado y único: *“Se trata de un monumento que está tan bien resuelto que nos extraña que pudiera hallarse aislado. No es concebible que se hubiera realizado sin existir una tradición de este tipo de monumentos. En un lugar tan alejado del área mediterránea únicamente se puede admitir suponiendo que se trata de un tipo general de santuario que reproduce un monumento que era habitual”*¹⁰⁷⁷. Así, poco desencaminado, aventuraba que el caso de Cancho Roano no resultaba exclusivo, no ya en cuanto a su patrón arquitectónico, pues hoy en día ya queda claro que sus mayores analogías se encuentran en el suroeste peninsular, sino en lo que a la tipología de asentamiento se refiere. Una buena prueba de ello es la justificación que nos ha llevado a emprender la conclusión de este trabajo de tesis doctoral, donde se incluyen todos los asentamientos, diremos ‘tipo Cancho Roano’, localizados en el valle medio del Guadiana.

Quizás en el único planteamiento en el que Maluquer erró antes de su fallecimiento fue en considerar que tras la excavación íntegra del edificio ‘A’, Cancho Roano daría poco más de sí¹⁰⁷⁸; sin embargo, catorce nuevas campañas de excavación fueron necesarias para concluir la excavación de este magnífico enclave. En el marco de dichos trabajos, ejecutados entre los años 1988 y 2001, se finalizaron las intervenciones en el denominado C.R. ‘A’, donde se incluía la excavación de las capillas laterales y el foso, así como la intervención integral de los edificios ‘B’ y ‘C’. De ese modo, hoy conocemos la existencia de tres edificios superpuestos y orientados al este que, aunque han ido variando en su esquema y organización interna y tamaño, son deudores de su significado original¹⁰⁷⁹.

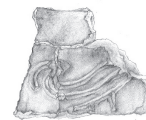
La construcción del primer santuario de Cancho Roano o C.R. ‘C’ se fecha en los últimos años del siglo VII o en los primeros del VI a.C. principalmente por su localización estratigráfica, pues los restos materiales son muy escasos en los niveles inferiores. Así mismo, apenas conocemos el trazado de los muros que configuran este edificio, pues la reutilización de sus cimientos para la construcción del edificio ‘B’ imposibilita este

¹⁰⁷⁶ Celestino, 2013b: 358

¹⁰⁷⁷ Maluquer y otros, 1986: 6

¹⁰⁷⁸ Maluquer y otros, 1986: 201

¹⁰⁷⁹ Celestino, 2001b: 21



trabajo; sin embargo, los restos localizados parecen indicar que la construcción se concentraba en el sector occidental del yacimiento a juzgar por la ausencia de cimentaciones de esta fase bajo el patio del edificio.

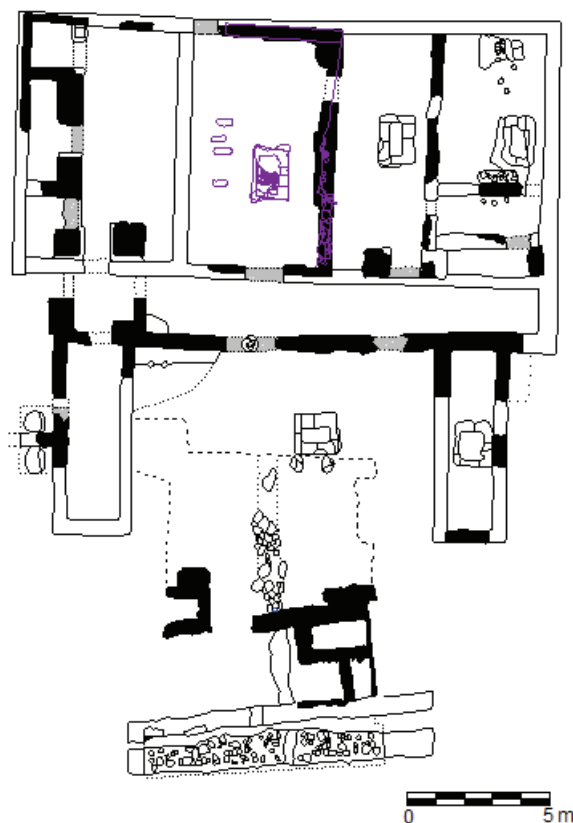
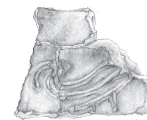


Fig. 166. Planta del edificio B de Cancho Roano

El auge y prestigio que debió adquirir el enclave provocó la necesidad de ampliar el edificio y construir un santuario de mayores dimensiones a mediados del siglo VI a.C. Esta ampliación se corresponde con el denominado como Cancho Roano B, una construcción que sufre varias remodelaciones a lo largo de su etapa de actividad¹⁰⁸⁰ y que, en último momento, adopta una planta muy similar a la que presenta el edificio 'A' cuya estructura nos es bien conocida. El edificio consta de un gran patio pavimentado de rojo y con un pozo central flanqueado por dos estancias rectangulares que dan paso a un corredor longitudinal que al mismo tiempo conecta el exterior con el módulo de estancias que se localizan al fondo del edificio. Probablemente, uno de los elementos que más llaman la atención dentro de esta fase constructiva sea la existencia de varias estructuras relacionadas con el culto y concentradas en el lado norte de la construcción en diferentes

¹⁰⁸⁰ Celestino, 2001b: 38



estancias¹⁰⁸¹ (fig. 166). Se trata de varios hogares de tendencia rectangular contruidos a partir de una estructura de adobe que cuenta con una cama de guijarros y cerámicas sobre las que se localizan las cenizas que resultaron de la combustión. Dentro del conjunto de estas estructuras la que más destaca, por su técnica constructiva y localización, es la documentada en la estancia H7, a la que nos referiremos más adelante. Por último, el edificio se dotó de un foso que fue parcialmente utilizado en la fase posterior.

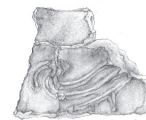
La importancia que siguió adquiriendo el lugar obligó a la construcción de un tercer edificio de mayores dimensiones, mucho más complejo y monumental, hacia finales del siglo VI a.C. que se mantuvo activo hasta su destrucción intencionada en los primeros años del siglo IV a.C. Nos referimos al edificio ‘A’ de Cancho Roano que ha podido ser excavado en su totalidad, de ahí que sea la construcción mejor conocida y la que cuenta con un volumen de bibliografía mayor¹⁰⁸². En esta última edificación, en la que se han podido individualizar hasta tres fases constructivas, se diseñó y ejecutó un edificio de planta cuadrangular (23 x 23 m de lado, aproximadamente) con forma de ‘U’ que cuenta con un extenso patio en su zona oriental a través del cual se accede al edificio principal así como a las denominadas capillas perimetrales, un total de 24 habitaciones de pequeño tamaño que rodean toda la construcción. Al igual que en la construcción anterior o C.R. “B”, el edificio se levanta sobre una gruesa plataforma de derrumbe. La aportación más original es la construcción de una terraza de piedras de gran tamaño que encinta todo el exterior del edificio principal. La terraza, de 2 m de altura, está ataludada y en la fachada principal se le adosa una banqueta, también de piedra, concebida tanto para dar mayor consistencia a la edificación como para permitir el acceso a una segunda planta hoy perdida. Sobre sus potentes cimientos, que en algunos casos descansan sobre los cimientos de los edificios anteriores, se levantan los alzados de adobe, conservándose hoy en día en algunos puntos hasta casi los 4 m de altura¹⁰⁸³.

Así, a excepción de las respectivas plantas resultantes, la técnica empleada en las tres edificaciones de Cancho Roano no varía a lo largo de los más de dos siglos de existencia; como tampoco parece variar el origen de su concepción arquitectónica, que sin duda deriva de los ejemplos estudiados en Abul o en los santuarios del Carambolo y Coria del Río (fig. 167).

¹⁰⁸¹ Celestino, 2001b: 40.

¹⁰⁸² Celestino, 2001b; 2003; 2005; 2012; Jiménez, 2012.

¹⁰⁸³ Celestino, 2001b: 45



Pero sin duda alguna, el espacio que mayor interés ha despertado y al que se siguen destinado mayores atenciones durante las sucesivas campañas de excavación en el yacimiento de Cancho Roano fue la estancia H7; tanto por albergar algunos de los hallazgos inmuebles más destacados dentro del santuario como por ser el germen y justificación de la funcionalidad que hoy día le otorgamos a este edificio. La estancia se localiza en el centro de la construcción principal y mantiene unas dimensiones similares a lo largo de sus tres fases constructivas, pues además de ser la que presenta mayor superficie, es la única que no varió su posición. La documentación de tres altares superpuestos, uno por cada una de las fases constructivas documentadas, le han valido su caracterización como *sancta sanctorum*.

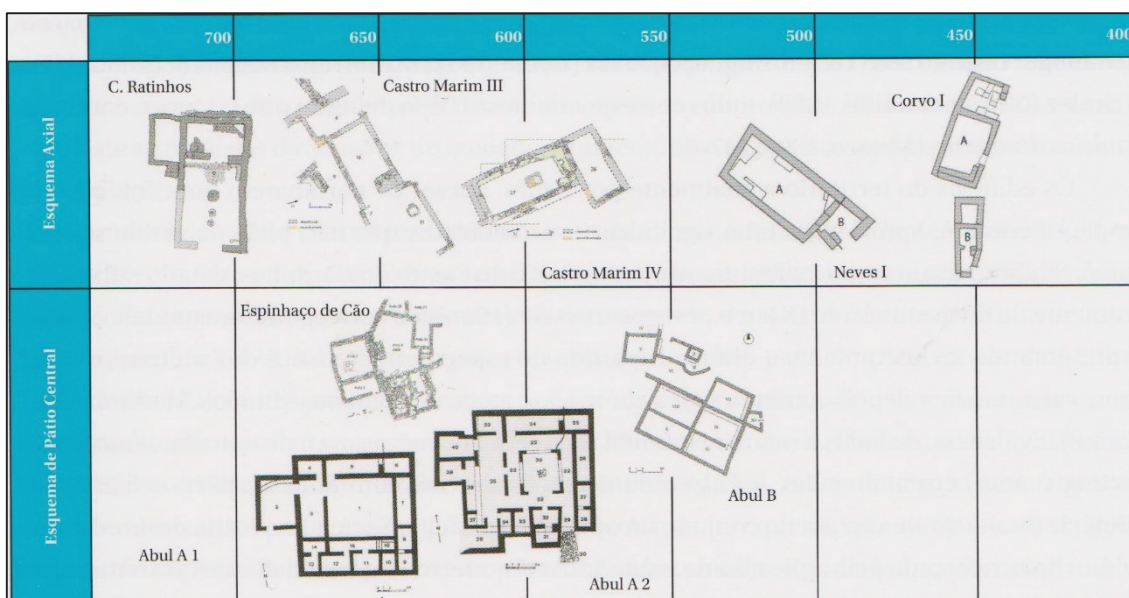
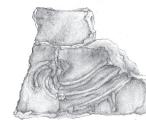


Fig. 167. Modelos arquitectónicos de santuarios del suroeste (según Gomes, 2012: 131, fig. 66)

La primera construcción o C.R. 'C' cuenta con un altar en forma circular (1,10 cm de diámetro) diseñado a partir de pequeñas piedras incrustadas que posteriormente se recubren y modelan con barro. El círculo se remató con un triángulo isósceles realizado con idéntica técnica, en cuyo espacio interior se halló un cuenco realizado a mano e incrustado en el suelo que ha sido puesto en relación con los sacrificios que se llevarían a cabo dentro de esta estancia. Aunque no existen analogías formales que permitan trazar un paralelo claro entre el altar circular de Cancho Roano y otros hallazgos similares, desde los primeros trabajos elaborados esta estructura ha sido puesta en relación con el signo 'schen' del mundo egipcio¹⁰⁸⁴. Junto al altar se documentó una estructura escalonada, construida a partir de adobes trapezoidales a la que se otorga una funcionalidad como

¹⁰⁸⁴ Celestino, 2001b: 32



altar escalonado sobre el que se depositarían exvotos y otros instrumentos relacionados con el culto. Por último, y adosado al muro de cierre occidental, se descubrió un vasar que todavía conserva la impronta de los recipientes, probablemente jarros de bronce, que se colocarían sobre el mismo (fig. 168).



Fig. 168. Estancia H7 de Cancho Roano.

Tras la amortización de la estancia H7 del edificio 'C', se volvió a reconstruir la habitación y sobre el punto en el que se localizaba el altar circular se construyó una nueva estructura que en esta ocasión prosee una forma de piel de toro extendida¹⁰⁸⁵; un símbolo que no resulta ajeno a Cancho Roano pues, como veremos a continuación, ya estaba presente incluso dentro de los niveles correspondientes al edificio 'C'. A diferencia del resto de estructuras rectangulares presentes en la fase 'B' de Cancho Roano, el altar documentado en la H7 se construyó sobre el pavimento rojo que posteriormente fue recubierto con cal; aunque es realmente su localización la que no permite dudar acerca de la funcionalidad de dicha estructura.

La amortización del edificio 'B' supuso el planteamiento de una nueva construcción y la realización de un nuevo altar. Así, sobre la posición que ocupaban los dos altares anteriores se construyó un gran pilar de ladrillos de adobe que en el momento del hallazgo todavía conservaba parte del estucado que lo decoraba¹⁰⁸⁶. Esta última construcción marca el eje de una sucesión de altares que son el ejemplo del respeto por la actividad de culto que se llevaba a cabo dentro del edificio.

¹⁰⁸⁵ Celestino, 2001b: 40

¹⁰⁸⁶ Maluquer, 1983

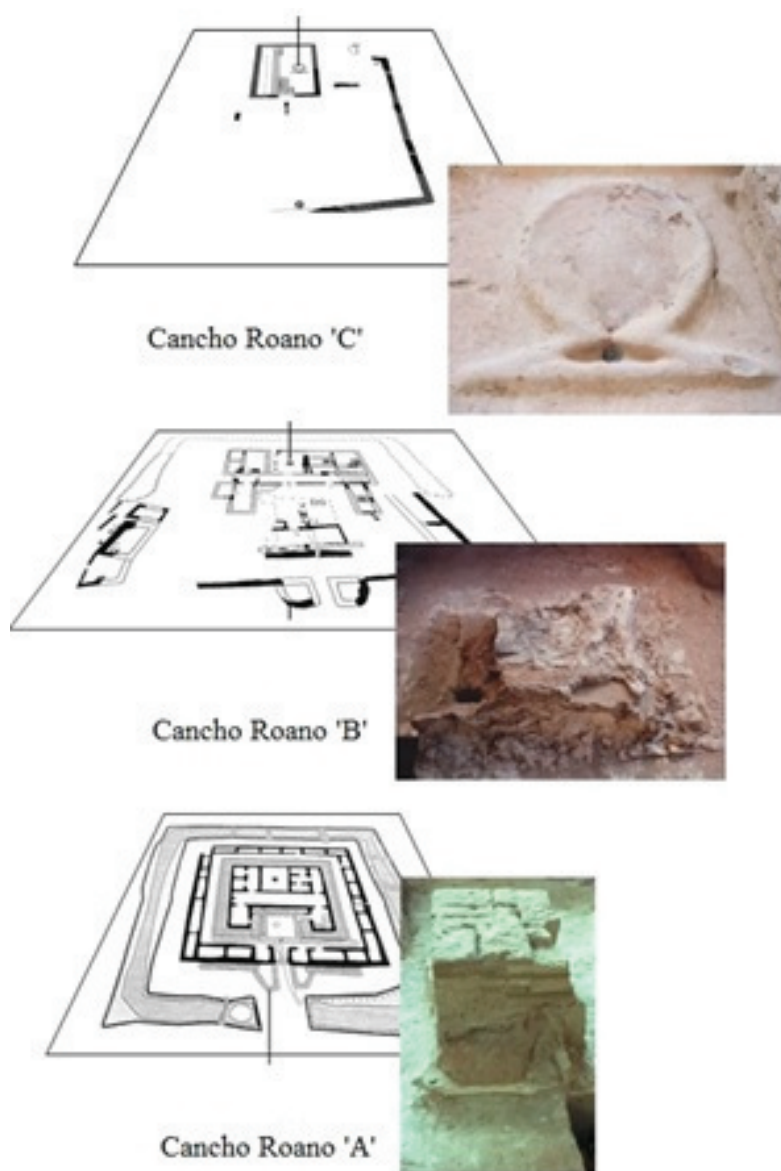
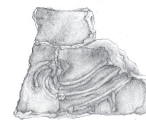
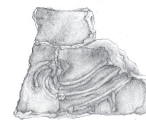


Fig. 169. Sucesión de plantas y altares de Cancho Roano (a partir de Celestino, 2001b).

No hay todavía consenso acerca de la funcionalidad de Cancho Roano, aunque para nosotros está fuera de toda duda su carácter eminentemente cultural. A la sucesión de altares que protagonizan el espacio principal de sendos edificios, se suma su localización geográfica dentro de un paisaje de dehesa aislado de las principales rutas de comunicación, así como la enorme importancia que el agua tiene en el yacimiento; en efecto, el edificio se localiza sobre una vena de agua, junto al arroyo Cigancha, y está dotado de dos pozos, uno ubicado en el patio y otro en el extremo sur del foso. Así mismo, son numerosos los jarros y braseros de bronce, elementos vinculados claramente al culto. Por último, el hecho de que los materiales documentados, tanto en el interior del edificio como en las capillas laterales, aparecieran in situ y el edificio incendiado, muestran la



existencia de un ritual cuya finalidad fue la clausura y enterramiento de este impresionante edificio.

Los trabajos de esta segunda etapa de excavaciones bajo la dirección de S. Celestino no se restringieron al estudio individual del edificio, sino que a partir de su conocimiento se iniciaron una serie de proyectos cuyo objetivo era el de caracterizar el modelo de ocupación de su entorno más inmediato. Fue durante estos trabajos cuando se localizó el enclave de Cerro Borreguero que, por los datos que nos está aportando, parece que es el antecedente directo de Cancho Roano. Estos trabajos de prospección han derivado en nuevas metodologías de trabajo y en el reconocimiento de un extenso territorio que se enmarca dentro del valle medio del Guadiana. El trabajo de tesis doctoral que aquí recogemos es sin duda una muestra más de la culminación de la labor desempeñada para conocer este modelo de ocupación que tanto caracteriza a esta región geográfica.

○ **Una última intervención en el yacimiento de Cancho Roano: la campaña de 2014:**

A pesar de las sucesivas campañas de excavación llevadas a cabo en Cancho Roano, por cuestiones de tiempo no pudo finalizarse la excavación de la estancia H4, localizada en el módulo norte del edificio principal (fig. 170). El interés por finalizar la intervención en este punto, donde apenas restaban 30 cm de potencia para llegar a la roca natural, se centraba en que en los niveles superiores, correspondientes a C.R. 'B', se había detectado una sucesión de estructuras rectangulares; sin embargo, los estratos que faltaban por excavar pertenecían ya al edificio 'C', cuyos niveles solo pudieron documentarse en las habitaciones H3, H5, H6 y H7, pues el hecho de que el edificio 'B' aprovechara en la mayor parte de los casos los cimientos de la construcción anterior no ha permitido recuperar su planta completa.

De ese modo, insertos entre los cimientos del edificio 'A' y 'B' procedimos a la intervención de un espacio que ocupaba una superficie de 2 x 1,86 cm donde localizamos una nueva estructura de planta rectangular que ha sido interpretada como un posible altar ubicado sobre el suelo de arcilla compacta de color rojo que parece ser la prolongación del suelo de las habitaciones de este primer edificio o C.R. 'C'.

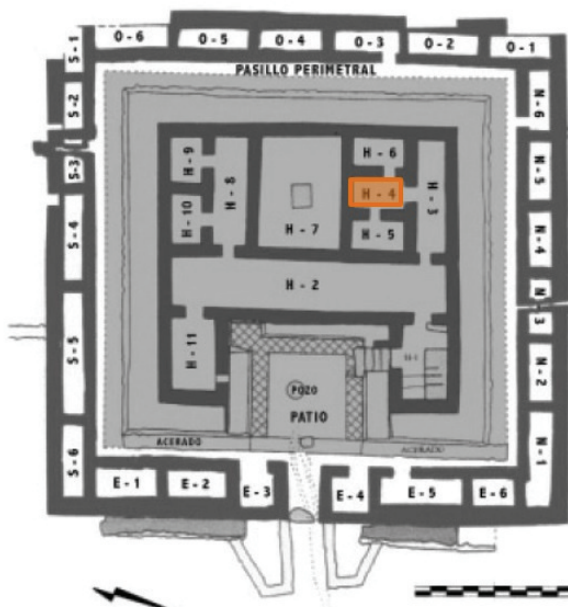
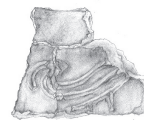


Fig. 170. Localización de la estancia H4 dentro de Cancho Roano A (a partir de Celestino 2001c: 25).

Este altar se construyó en paralelo al altar circular localizado en la estancia H7. La estructura mide 1,38 x 1,12 m y está construido con ladrillos de adobe de 22 x 10 cm que posteriormente fueron enlucidos de cal. Aunque la estructura tiene forma rectangular, en sus extremos se le han añadido unos apéndices que le dan una aparente forma de piel de toro extendida, si bien únicamente conocemos los apéndices del extremo sur, pues la otra parte ha quedado sepultada bajo los cimientos del edificio 'A', pero cabe pensar que posee una disposición simétrica. El centro estaba ocupado por un *focus* bajo el que se localizó un lecho de guijarros y fragmentos de cerámicas fabricadas a mano. Por último, bajo la preparación del hogar se localizó un pequeño muro de guijarros de 24 cm de anchura y 1,02 m de largo que atraviesa la estructura de este a oeste perdiéndose bajo el contorno de la misma y cuya funcionalidad ignoramos (fig. 171).

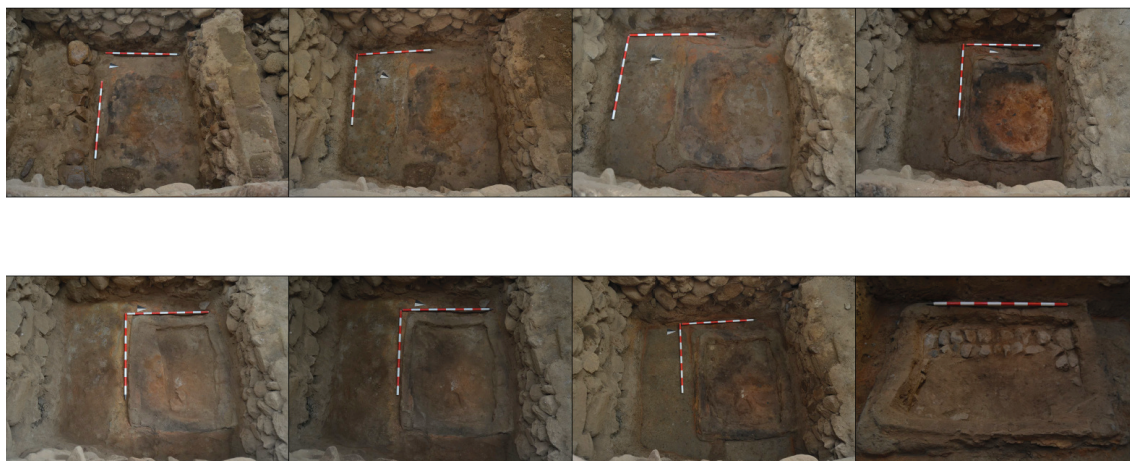
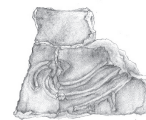


Fig. 171. Secuencia de excavación del altar documentado en la estancia H4



El único ejemplo dentro del suroeste peninsular que reúne unas condiciones similares a las detectadas en el edificio de Cancho Roano se localiza en el yacimiento de El Carambolo; sin embargo, son algunas las diferencias que los separan. El altar circular excavado en el Carambolo no convive en la misma fase con el primer altar con forma de piel de toro documentado en el santuario; así, mientras el circular se localiza en la fase denominada como Carambolo V¹⁰⁸⁷, concretamente en la estancia A-46; el de forma de piel extendida no se elaboró hasta la fase de Carambolo IV, cuando ya conviven ambas estructuras, pero en diferentes ámbitos¹⁰⁸⁸.

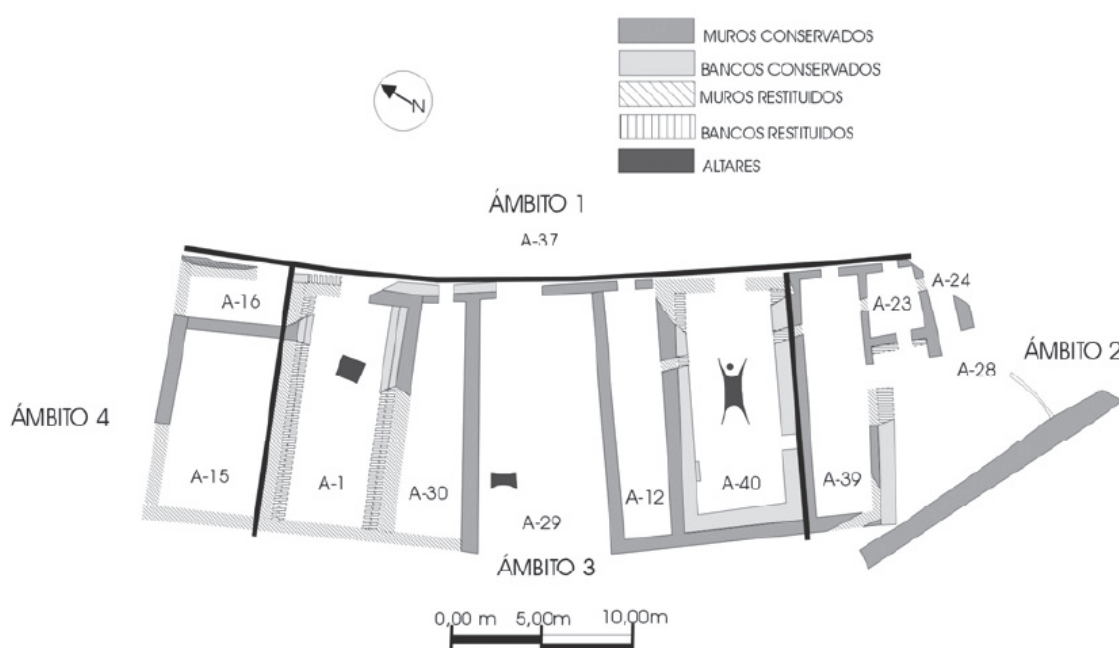


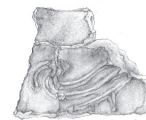
Fig. 172. Fase IV del yacimiento de El Carambolo (según Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 113, fig. 20).

El edificio aparecido en la fase IV del Carambolo (fig. 172) se corresponde con la remodelación y ampliación que a mediados del siglo VIII a.C. acontece en el asentamiento. La construcción anterior se amortiza y transforma en un patio abierto que separa las dos alas en las que se localizan las estancias destinadas al culto. Así, la estancia A-40, de planta rectangular y grandes dimensiones (8 x 15 m), alberga el altar de piel de todo que, a diferencia del ejemplo documentado en Cancho Roano, está fabricado a partir de un rebajo del suelo que posteriormente se pinta, lo que confiere a la estructura esa aparente forma de piel de bóvido¹⁰⁸⁹. Al otro lado del patio en disposición simétrica, se localiza la estancia A1, donde se localizó un segundo altar en eje con el que acabamos de

¹⁰⁸⁷ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 100, fig. 12

¹⁰⁸⁸ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 109

¹⁰⁸⁹ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 120, fig. 26



analizar. Los datos recogidos en esta habitación no resultan del todo concluyentes, pues esta estancia se encontraba muy afectada por las estructuras de Tiro de Pichón¹⁰⁹⁰. En esta ocasión, la estructura que sus excavadores interpretan como un altar, tiene forma rectangular, lo que difiere del ejemplo detectado en Cancho Roano. Este esquema vuelve a repetirse en la fase siguiente, Carambolo III, con una cronología de entre mediados y finales del siglo VII a.C.¹⁰⁹¹.

Como podemos observar, aunque el patrón documentado en ambos enclaves no es del todo idéntico, sí podemos considerarlo al menos similar. Por lo tanto, el modelo ensayado en Cancho Roano parece responder al esquema reproducido con anterioridad en el Carambolo, al tiempo que también parece imitar su patrón arquitectónico¹⁰⁹², si bien con la diferencia de que en el caso de Cancho Roano las estancias equipadas con altar son contiguas y no están separadas por ningún otro espacio arquitectónico. Lamentablemente, la escasez de materiales arqueológicos, tanto en la estancia H7 como en la recién excavada H4 del edificio 'C', no nos permite afinar la cronología de esta fase constructiva que seguimos fechando hacia los inicios del siglo VI a.C.; contemporánea, pues, a la fase III del yacimiento de El Carambolo.

- **La Mata:**

A poco más de 20 km al norte de Cancho Roano se localiza el yacimiento de La Mata. Aunque las primeras intervenciones arqueológicas en el sitio se llevaron a cabo en la década de los años 30 del pasado siglo, bajo la dirección D. Virgilio Viniegra, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, la excavación sistemática del enclave se inició en 1990. Desde la ejecución de los primeros sondeos, cuyo objetivo era conocer la cronología y naturaleza de la ocupación, se han sucedido diversas campañas de excavación hasta que en 2002 se puso fin a los trabajos. Fruto de los mismos fue la publicación, en 2004, de una memoria en dos volúmenes donde se recogen los resultados obtenidos tras la exhumación del edificio¹⁰⁹³.

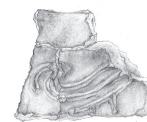
Las excavaciones de La Mata permitieron sacar a la luz un edificio de planta rectangular orientado al este, dotado de dos alturas, precedido, según sus excavadores, de dos torreones junto a la fachada, también de planta rectangular, y un potente contrafuerte

¹⁰⁹⁰ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 117

¹⁰⁹¹ Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 154

¹⁰⁹² Rodríguez González y Celestino, e.p.

¹⁰⁹³ Rodríguez Díaz (coord.), 2004



que refuerza la parte trasera de la construcción. El edificio principal está rodeado por un muro de mampuestos, un terraplén y un foso que configuran un espacio constructivo de 50 m de lado.

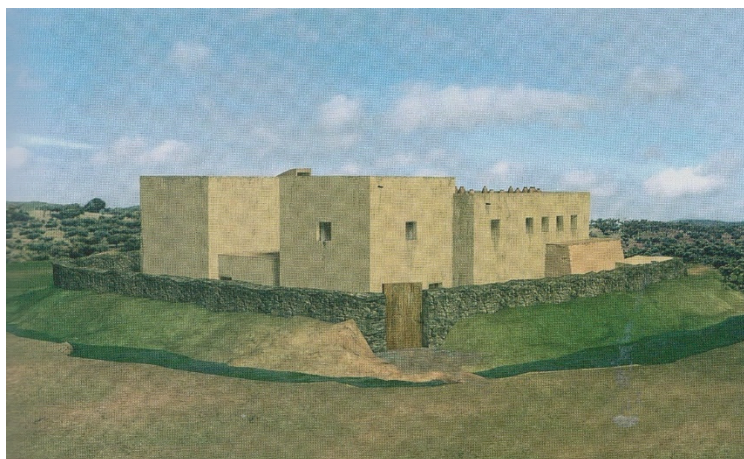
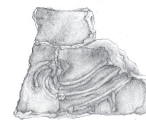


Fig. 173. Reconstrucción virtual del edificio de La Mata (según Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 303, fig. 126)

El edificio de La Mata cuenta con tres fases constructivas que se corresponden, más bien, con sendas remodelaciones que van configurando cada vez una construcción más compleja (fig. 174). Por lo tanto, existe una gran diferencia en la concepción arquitectónica de ambos edificios, pues mientras en Cancho Roano cada fase constructiva corresponde a un edificio distinto, con subfases constructivas en cada uno de ellos, en la Mata las remodelaciones se limitan a la ampliación del primer edificio construido y no a la amortización de una construcción para edificar una nueva de mayor tamaño sobre los restos anteriores. La primera fase constructiva de La Mata se restringe a la documentación de un solo cuerpo o edificio principal de planta rectangular estructurado en tres módulos de dos estancias cada uno. El acceso a dichas habitaciones se realizaría a partir de un pasillo con orientación norte-sur que articularía la circulación interna. Parece ser que ya desde la primera fase el edificio contaría con un segundo piso estructurado de la misma forma que el piso inferior, lo que configuraría una construcción de entre 6,5 – 7 m de altura. En una segunda fase, a este cuerpo principal se le adosa el gran contrafuerte de adobes de la parte posterior, posiblemente como solución arquitectónica ante la inestabilidad de un edificio de tanta altura, y los dos torreones de la fachada, uno macizo y otro hueco, que le dan a la construcción una apariencia de “casa fuerte”¹⁰⁹⁴. Así mismo, en un momento indeterminado entre la fase II y la siguiente parece que el edificio se rodearía de un foso que, sin embargo, no ha sido excavado, por lo que poco podemos

¹⁰⁹⁴ Rodríguez Díaz, 2009b: 139



recoger acerca de su estructura. A una tercera y última fase corresponde la construcción de las habitaciones exteriores, ubicadas entre el muro de mampuesto y la construcción principal. Tras esta última remodelación, a comienzos del siglo IV a.C., el edificio sufre un gran incendio que supondrá su abandono definitivo.

El modelo constructivo empleado nos remite directamente al último edificio de Cancho Roano. Así, los alzados de ladrillos de adobe en ocasiones recubiertos de cal se levantan sobre potentes cimientos de piedra, los pavimentos son en general de arcilla apisonada, mientras que las techumbres se supone que serían planas, construidas con ramajes y barro, preparadas para sostener una terraza superior.

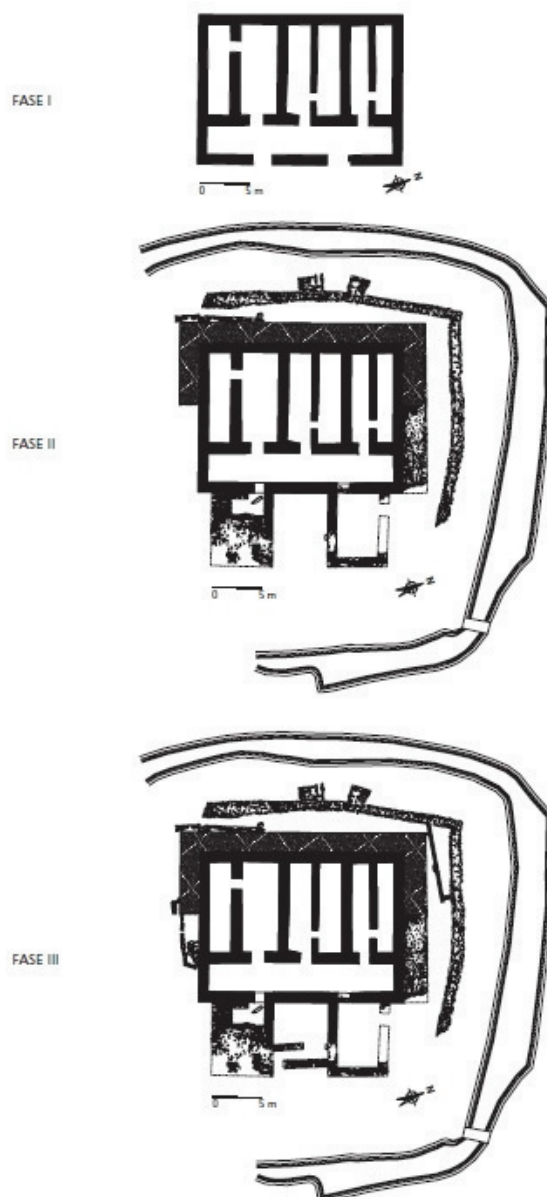
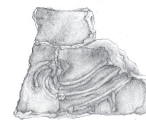


Fig. 174. Fases constructivas de La Mata (según Rodríguez y Ortiz, 2004: 299, fig. 124).



La excavación de todas sus estancias ha permitido definir varios ámbitos dentro de la construcción. Así, las dos estancias localizadas en el sector meridional del edificio (E1 y E2) parecen estar destinadas a las actividades domestico-productivas, como así lo atestiguan los restos materiales recuperados en sendos habitáculos. Cabe destacar la presencia en la estancia 2 de una gran estructura rectangular, a modo de hogar, a la que se ha otorgado un carácter simbólico, en torno a la cual se llevarían a cabo ritos de carácter gentilicio¹⁰⁹⁵. Las dos estancias centrales (E7 y E8) se corresponden con los almacenes del edificio a tenor de los restos de ánforas documentados en ambas habitaciones. Al parecer, y según los datos aportados por las analíticas, la estancia 7 estaría destinada al almacenaje de productos líquidos, mientras que la estancia 8 se dedicaría al almacenaje de los productos sólidos, como el grano. Posiblemente, las necesidades generadas ante el aumento de la importancia del enclave, llevó a la creación de nuevos espacios destinados al almacenaje de más excedentes, hasta el punto de que sus excavadores no descartan la existencia de un campo de silos en el entorno destinado a esta actividad¹⁰⁹⁶. Por último, cabe destacar la aparición, en el extremo septentrional del pasillo (E4) que articula el edificio, de una estructura interpretada como un posible lagar para la producción de vino.

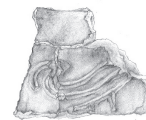
Todo ello ha llevado a sus excavadores a considerar a La Mata “como un “edificio señorial”, entroncado en la llamada “arquitectura de prestigio” de tradición orientalizante registrada en el Suroeste peninsular, si bien en este caso localizado en un contexto rural ineludible para su valoración funcional y simbólica. En este sentido, su monumentalidad, su carácter organizado, su potencial productivo y de transformación, la capacidad de almacenaje, la presencia de importaciones, etc. sugieren que nos encontramos ante la residencia de un grupo familiar extenso, no superior a una treintena de personas, encabezado por un personaje de rango aristocrático, cuyo poder se fundamentó en el control y uso de la tierra. En suma, un verdadero “señor del campo”¹⁰⁹⁷.

No entraremos a valorar la definición que se hace de esta construcción, pues como anunciábamos al inicio de este apartado no es nuestra intención realizar una reinterpretación de estos dos yacimientos. Así mismo, hemos recogido algunas ideas a este respecto en el apartado destinado a la nomenclatura empleada para identificar a estas construcciones, así como a la hora de abordar la definición del espacio rural en el que se

¹⁰⁹⁵ Rodríguez Díaz, 2009b: 142

¹⁰⁹⁶ Rodríguez y Ortiz, 2004: 305

¹⁰⁹⁷ Rodríguez, Pavón, Duque y Ortiz, 2007: 85



insertan. No obstante, se han apuntado algunos paralelos para comprender un edificio como el exhumado en La Mata. A las tradicionales relaciones arquitectónicas que unen a este edificio con los documentados en Cancho Roano, Abul o Coria del Río, donde, sin embargo, no existen concomitancias funcionales, se suma el almacén documentado en Toscanos o en Fernao Vaz, quizás los más cercanos, funcional y arquitectónicamente hablando, al caso documentado en la Mata. A estos dos ejemplos podemos sumar los restos documentados en 2011 en las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento SE-M en la provincia de Sevilla, de las que únicamente se ha publicado un pequeño avance preliminar¹⁰⁹⁸. Durante la intervención se documentaron varias cimentaciones de edificios, de los que uno llama especialmente nuestra atención por la organización arquitectónica que presenta. Se trata del edificio norte, de planta cuadrangular, con una superficie de 200m². Al igual que el edificio de La Mata, esta construcción se articula a través de una nave longitudinal, a modo de corredor, que da acceso a otras seis naves transversales, de las cuales solo dos han podido ser excavadas (fig. 175). La tipología, tanto de la construcción como de los restos materiales documentados, le otorgan al edificio una función destinada al almacenamiento de productos agrícolas y una cronología que se extiende entre los siglos V – IV a.C., es decir, coetáneo a los ejemplos documentados en el valle medio del Guadiana.

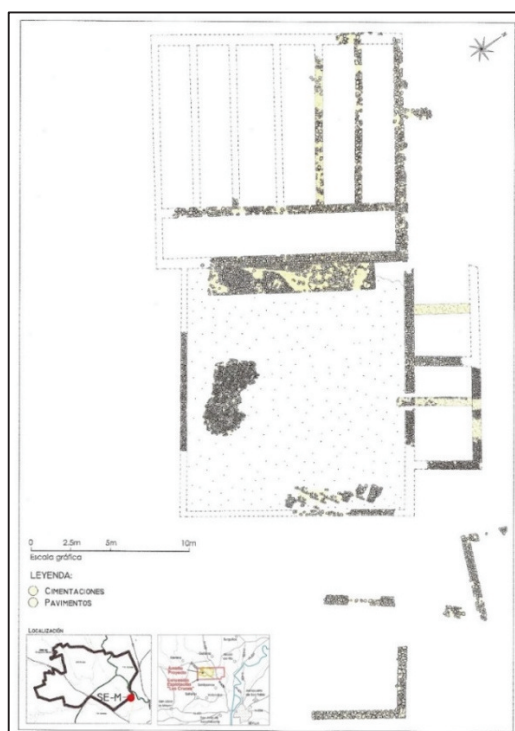
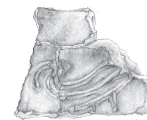


Fig. 175. Planta de la excavación SE-M (según Vera, 2002: 71).

¹⁰⁹⁸ Vera, 2012



Por último, uno de los aspectos que más dudas generan en torno al estudio de La Mata es el significado crono-cultural del área funeraria con la que se pone en relación, localizada a unos 500 – 600 m al sureste del edificio. En ella se documentó una estructura de sillares correspondiente con una tumba y varios encanchados tumulares de los cuales pudieron excavar tres¹⁰⁹⁹. Sin embargo, la valoración cronológica y cultural de todas las estructuras exhumadas parece ser una tarea compleja¹¹⁰⁰, mientras la estructura de sillares denominada Montón de Tierra Chico (fig. 176), únicamente puede adscribirse a época protohistórica a partir de unos restos cerámicos de esta cronología y dos molinos barquiformes documentados en los niveles 1 y 2 de la excavación, pues los materiales hallados en la excavación de las estructuras tumulares corresponden a época romana (fig. 177), por lo que resulta bastante complejo poner en relación el edificio de La Mata con este espacio funerario, como sin embargo se ha venido haciendo a pesar de las escasas y débiles pruebas aportadas.

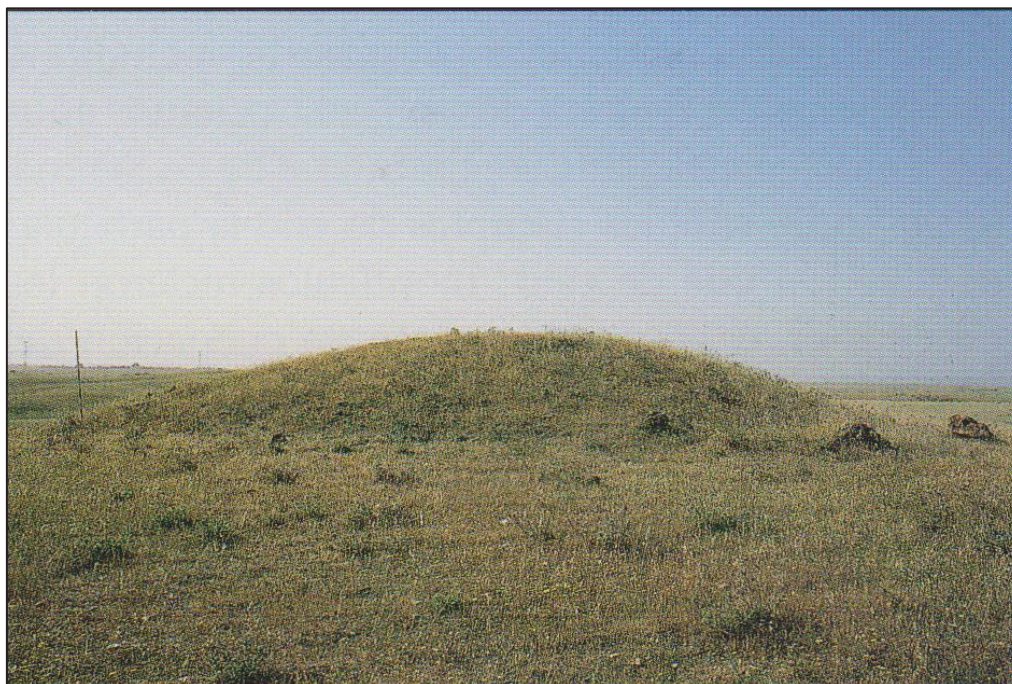


Fig. 176. Montón de tierra chico (según Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 76, fig. 1-C)

¹⁰⁹⁹ Rodríguez, Pavón y Duque, 2004b: 522-ss

¹¹⁰⁰ Rodríguez, Pavón y Duque, 2004b: 531

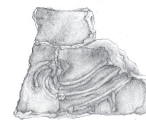


Fig. 177. Tumba del Montón de Tierra Chico (según Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 76, fig. 1-D)

La localización de Cancho Roano y La Mata (fig. 178), ambos insertos en el medio rural y próximos a un curso de agua, su concepción arquitectónica, los materiales que atesoran, su cronología e, incluso, su distinta funcionalidad, marcan el camino para emprender el estudio de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo de la cuenca media del Guadiana. Ambos edificios son la prueba de la existencia de otros ejemplos a lo largo de este extenso territorio con los que comparten una misma estructura y cronología. Sin embargo, y valga la insistencia, no debemos acometer el estudio del resto de ejemplos conocidos a partir de los datos extraídos de las excavaciones de ambos enclaves. Las diferencias que separan a Cancho Roano y La Mata son un claro ejemplo de que el significado de estas construcciones varía en función de distintos parámetros entre los que cabe tener en cuenta la localización espacial del yacimiento y los recursos de sus entornos inmediatos. En definitiva, no debemos obsesionarnos en este estudio con llenar la cuenca media del Guadiana de edificios ‘tipo Cancho Roano’, sino de definir un modelo plural que, sin duda, es la característica principal que dota de personalidad al poblamiento tartésico del Guadiana medio.

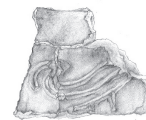
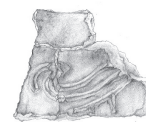


Fig. 178. Localización de La Mata y Cancho Roano (según Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 76, fig. 1-A)

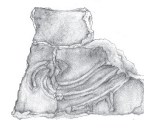
VI.2.2.1.3. Los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo de la cuenca media del Guadiana:

El breve recorrido bibliográfico que hemos llevado a cabo en la introducción nos alerta de la heterogeneidad de los trabajos en los que se incluye el estudio de los edificios bajo túmulo. A pesar de tener conocimiento de la existencia de más de una decena de estas construcciones, no todos son incluidos en los diversos estudios territoriales realizados para el análisis espacial del valle medio del Guadiana. Frente a estas circunstancias consideramos conveniente iniciar un proceso de revisión de cada uno de los enclaves conocidos tomando como punto de partida el estado de la investigación previa a la realización de nuestros trabajos, todo ello con la finalidad última de incluir los enclaves que den un resultado positivo en el modelo territorial que aquí proponemos para el valle medio del Guadiana. Así, a los túmulos ya conocidos hemos sumado 5 casos más susceptibles de análisis, con la finalidad de comprobar si podían adscribirse a este patrón de ocupación.

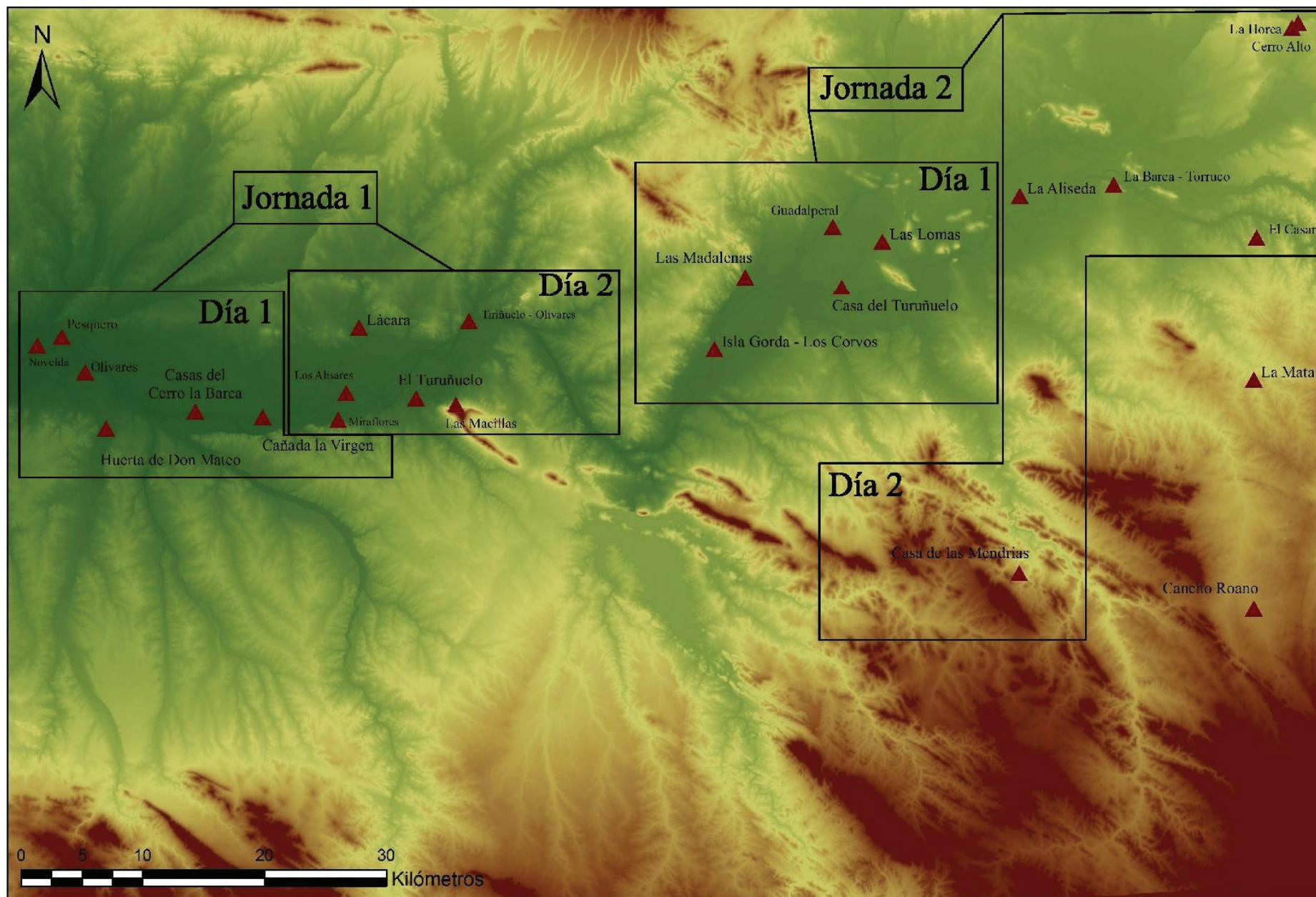


Número	Yacimiento	Coordenada	Polígono	Parcela	Término Municipal
[01]	Los Alisares	713723 4306467	35	5037	Montijo
[02]	La Aliseda	249505 4322296	22	58/80009	Don Benito
[03]	Casarón	268436 4317809	-	-	Villanueva de la Serena
[04]	Cañada la Virgen	706771 4304768	5	34	Puebla de la Calzada
[05]	Casas del Cerro de la Barca	701225 4305053	550	95/9583/9000/9048	Badajoz
[06]	Casa del Turuñuelo	754343 4315264	9	17/21	Guareña
[07]	Cerro Alto	272797 4334448	502	4	Madrigalejo
[08]	La Barca-Torruco	257143 4322694	1	26/27/28/29	Villanueva de la Serena
[09]	Guadalperal	753627 4320246	6	45	Guareña
[10]	La Horca	272055 4334303	507	4	Madrialejo
[11]	Huerta de Don Mateo	693896 4303606	10	32/33	Talavera la Real
[12]	Isla Gorda-Los Corvos	743887 4310110	501	4/5/58	Villagonzalo
[13]	Lácara	714702 4311897	9	172	Montijo
[14]	Las Lomas	757662 4318965	13	20	Medellín
[15]	Las Macillas	722810 4306113	208	80/81	Mérida
[16]	Las Madalenas	746482 4316213	54	8	Guareña
[17]	Miraflores	712519 4303924	72	1	Mérida
[18]	Novelda	688495 4310787	758	179	Badajoz
[19]	Los Olivares	692401 4307747	3	20	Talavera la Real
[20]	Pesquero	690492 4311097	680	250	Pueblo Nuevo
[21]	Tiruñuelo – Olivares	723827 4312531	78	192	Mérida
[22]	Turuñuelo	719344 436021	74	59/58/57	Mérida
[23]	Valdegamas-Casas de las Mendrias	247364 4291183	79	9	Don Benito

Tabla de puntos, coordenada y localización
Coord. UTM. Datum ED 50 Huso 29



Los trabajos de prospección del entorno de todos estos yacimientos se llevaron a cabo en la primera de 2013, insertos en el marco del Proyecto de Investigación “Estudio arqueológico comparativo entre los territorios periféricos de Tarteso: los valles del Guadiana y del Tajo” del Plan Nacional I+D+I 2012-2015 del Ministerio de Economía y Competitividad – Secretaria de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación HAR 2012-33985. Los objetivos de dichos trabajos se centraban en la detección y localización de las diferentes elevaciones tumulares localizadas en el valle medio del Guadiana y la recogida y sistematización de los materiales documentados en superficie a partir de los cuales poder realizar un análisis comparativo entre los diferentes repertorios documentados en cada uno de los casos de estudio para, posteriormente, establecer las diferencias crono-culturales que se establecen entre ellos.





La **propuesta metodológica** en la que se afianzan estos trabajos se articula en tres fases de actuación:

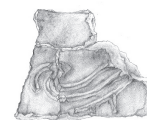
A. Trabajos previos:

Esta fase contempló la recopilación de toda la información arqueológica y la documentación necesarias para poder evaluar la existencia e importancia de los yacimientos arqueológicos seleccionados. Para ello se procedió a la sistematización de la bibliografía y la documentación existente.

a) **Cartografía general:** en este apartado incluimos la consulta de la cartografía básica, mapas topográficos nacionales a escalas 1:25000 y 1: 50000 a partir de los cuales llevamos a cabo la localización de los enclaves, el análisis de la toponimia y los estudios de accesibilidad a los mismos. Los estudios de acceso favorecen el buen desarrollo de los trabajos de campo; sin embargo, huelga decir que no hemos tenido acceso a todos los yacimientos recogidos en este estudio, cuyas causas quedan indicadas y especificadas en cada una de las fichas del yacimiento correspondiente. Estos puntos han sido denominados UNOP: unidad no prospectada.

b) **Cartografía específica:** en este apartado se incluyen los mapas catastrales, a partir de los cuales conocemos la naturaleza jurídica de las parcelas en las que se localizan cada uno de los casos de estudio, determinando el uso al que se destina la parcela o el polígono en el que se localizan; mapas geológicos que nos marcan el sustrato sobre el que se construye el edificio y los mapas de ocupación del suelo (Corine 2006), en los que se indica el uso actual del suelo. Este mapa nos permite valorar las transformaciones que ha sufrido el subsuelo en función del uso que actualmente posee, bien destinado al bosque, al cultivo de regadío, al secano, etc. Esta cartografía resulta de indudable interés para el conocimiento general del medio físico en el que se encuadra nuestra área de estudio, así como la actividad humana que se desarrolla en el mismo.

Este aparato cartográfico se completa con el uso y tratamiento de ficheros LiDAR, distribuidos en ficheros de 2 x 2 km de extensión servidos por el Instituto Geográfico Nacional. Su manipulación a partir de la aplicación de ARCGis, LAStools, nos ha permitido generar modelos digitales del terreno eliminando la vegetación de superficie y extrayendo una imagen real del modelado del terreno, así como jugar con los sombreados con la finalidad de detectar anomalías en el



terreno que son imperceptibles a simple vista e imposibles de localizar mediante las prospecciones o a partir de la fotografía aérea.

c) **Fotografías aéreas:** existen varios vuelos disponibles realizados en los últimos sesenta años. Dadas las transformaciones físicas que este paisaje ha sufrido desde los años 50 del pasado siglo tras la ejecución del Plan Badajoz para la adecuación de estas tierras de vega el sistema de cultivo de regadío, así como por la constante reparcelación, movimiento de tierras y cambios de cultivo que sufren, los diferentes vuelos resultan de un enorme interés para valorar las transformaciones que los yacimientos han sufrido y evaluar su estado de conservación o el momento más o menos aproximado de su destrucción. De ese modo, la combinación de las diferentes series de fotogramas permite una visión diacrónica de la evolución y transformaciones que ha sufrido el paisaje.

Dentro de la serie de fotografías aéreas empleadas destaca principalmente el vuelo americano serie A (1945-1946) y serie B (1956-1957) cuyo nombre se deriva de ser el resultado de un trabajo de cooperación entre el Ejército del Aire de España y la Fuerza Aérea de EE.UU. La realización del vuelo estaba inserto en el proyecto “Casey Jones” que surge tras el desembarco de Normandía por la necesidad de los Aliados de poseer una cartografía adecuada del territorio europeo. El vuelo se llevó a cabo tras la derrota final de Alemania, inserto en un momento en el que España constituía una base de gran interés debido a su posición geoestratégica¹¹⁰¹. Ambos fotogramas están realizados en blanco y negro, pero mientras la serie A posee una escala de 1:43000, la serie B cuenta con algo más de precisión al poseer una escala de 1:32000.

Como complemento al vuelo americano y con vistas a crear una imagen diacrónica de la evolución del paisaje desde la primera imagen que poseemos hasta la actualidad, hemos consultado el vuelo interministerial a escala 1:18000 de los años 1973-1983, el vuelo nacional a escala 1:30000 de los años 1980-1986 y el PNOA (Plan Nacional de Ortofotografía Aérea) de máxima actualidad.

d) **Bibliografía arqueológica:** en este apartado se incluye la consulta de la Carta Arqueológica de Extremadura de la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Extremadura y toda la información bibliográfica referente al tratamiento y estudio de las elevaciones tumulares.

¹¹⁰¹ Pérez Álvarez y otros, 2013.



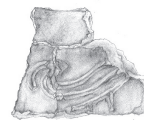
e) **Información oral:** procedente de aquellas personas que podían aportar datos acerca de la aparición de estructuras o materiales arqueológicos. El hecho de que todos los ejemplos a analizar se localicen en propiedades privadas sobre las que actualmente se llevan a cabo labores agrícolas, hace que los datos proporcionados por sus propietarios o arrendatarios resulten fundamentales para conocer el antiguo estado de las parcelas, los usos a los que ha estado destinado el suelo, las antiguas demarcaciones territoriales, etc.

B) Fase de campo:

Los trabajos de campo contemplaron la ejecución de una prospección sistemática, superficial, pedestre, no invasiva y de cobertura total de las diferentes elevaciones seleccionadas y de sus entornos más próximos. Debido a la naturaleza de las elevaciones y a la extensión que ocupan, nunca superior a una hectárea, no consideramos conveniente el trazado de transectos, sino que por el contrario llevamos a cabo la prospección intensiva de toda la elevación marcando los límites de ésta en el punto de desaparición o reducción significativa del material arqueológico. Dada la naturaleza de estos enclaves que, debido a las actividades agrícolas ahora presentan una estructura circular, el perímetro prospectado presenta en consecuencia dicha forma, aunque evidentemente no es su forma original.

La finalidad de dicha metodología de prospección tenía como objetivo la localización de los restos o estructuras de naturaleza visible y/o monumental de cualquier tipología que pudieran fecharse entre el Bronce Final y la II Edad del Hierro, poniendo siempre un especial interés en la detección y documentación de yacimientos cuya cronología abarcara los siglos VII – V a.C., de ese modo, estos trabajos de prospección nos han permitido cubrir todo el terreno seleccionado, lo que nos ha proporcionado la mayor información posible sobre los yacimientos o elementos arqueológicos detectados.

Para llegar a los puntos seleccionados y registrar los hallazgos y las áreas prospectadas utilizamos un GPS Garmin CX60; pero la inclusión de los pares de coordenadas lo realizamos antes de salir al campo. Posteriormente, una vez en el campo, se tomó un punto central o centroide de las áreas prospectadas y, en el caso de documentarse la presencia de registro arqueológico convencional y/o estructuras positivas o negativas, tomamos también sus referencias. Así, las fichas de registro de prospección donde se recoge la información tomada con el GPS contienen la coordenada de partida, un centroide, las coordenadas del perímetro que abarca el túmulo, siempre en



el caso de que hayan podido ser tomadas, y, en el caso de existir, coordenadas de estructuras o acumulación de materiales.

Debido a la variedad de paisajes en los que se insertan los distintos asentamientos, marcamos distintos parámetros de visibilidad del registro, recogiendo en las fichas de cada uno de los yacimientos las condiciones en las que se encuentra la parcela, acompañando la descripción con una fotografía. De esa manera, para registrar las condiciones de visibilidad se han tenido en cuenta los siguientes parámetros:

1) **Muy Buenas:** entendiendo como tal aquellas en las que los terrenos han sido arados recientemente. Se tiene en cuenta el parámetro de terreno arado porque limpia la superficie de materia vegetal y saca a la superficie el material localizado a menos de 40 centímetros del suelo.

2) **Buenas:** cuando a pesar de que el terreno no haya sido arado recientemente, la visibilidad del suelo es aproximadamente de un 70 %.

3) **Regular:** cuando la visibilidad del suelo es aproximadamente de un 50%.

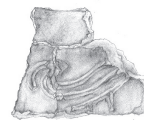
4) **Mala:** cuando la visibilidad del suelo es aproximadamente de un 30%.

5) **Muy mala:** cuando la visibilidad del terreno es nula.

Una vez visitados cada uno de los asentamientos se procede a su valoración específica sobre el terreno, revisando la siguiente información:

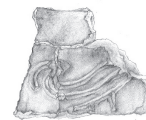
- Revisión de coordenadas y ubicación del yacimiento en la cartografía. En este sentido, hay que tener en cuenta que algunas de las coordenadas recogidas en la Carta Arqueológica no coincidían con la ubicación real del asentamiento.
- Delimitación y trazado del polígono correspondiente al área prospectada.
- Definición crono-cultural a partir de los restos materiales recogidos.
- Recopilación de la información aportada tanto por la ubicación y entorno del yacimiento como por las evidencias arqueológicas superficiales
- Registro gráfico: fotografías del entorno y dibujo de las estructuras o materiales arqueológicos recuperados más representativos.

Por último, toda la información extraída de cada uno de los yacimientos, de interés tanto para la Administración encargada de velar por la conservación del Patrimonio como



para la investigación, queda recopilada en una ficha de campo en la que se recogen los siguientes datos:

Proyecto de prospección arqueológica para la identificación y valoración del patrimonio arqueológico del entorno de los túmulos localizados en la cuenca media del Guadiana INT/2013/004. YAC 112631			Nº Ficha
Nombre		Fecha	
Archivo	Prospecciones túmulos Valle Medio del Guadiana		
T. Municipal		Topónimo	
Polígono		Parcela	
Accesos			
Tipo de Observación			
Toma de Datos			
CORDENADAS UTM			
HUSO 29/30 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA		HORA FIN TOMA	
ERROR MEDIO	± 2 metros	TOMAS	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
PERÍMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
ACUMULACIÓN RAC			
NOMBRE	X	Y	Z
ÁREA			
VISIBILIDAD	CONDICIONES		
RESULTADO DE LA OBSERVACIÓN	Positivo / Negativo		
DESCRIPCIÓN			
CRONOLOGÍA			
FOTOGRAFÍAS		BOLSAS DE MATERIAL	
PROSPECTORES			
OBSERVACIONES			

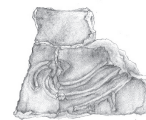


C) Fase de laboratorio:

Tras la ejecución de los trabajos de campo en los que se llevó a cabo la recogida de material arqueológico localizado en superficie, procedimos al registro (lavado y siglado), clasificación y dibujo de los materiales arqueológicos. Posteriormente, procedimos a su análisis tipológico, a partir del cual, contextualizarlos crono-culturalmente, para así determinar las distintas fases de ocupación de cada asentamiento, aunque aquí solamente recogemos el material correspondiente a la I Edad del Hierro.

De ese modo, la ejecución de estas tres fases de trabajo nos ha permitido determinar tres rangos dentro del total de las 23 elevaciones objeto de estudio: 8 resultados negativos, 4 casos posibles y 10 resultados positivos.

Número	Yacimiento	Coordenada	Polígono	Parcela	Término Municipal
[A01]	Pesquero	690492 4311097	680	250	Pueblonuevo
[A02]	Los Olivares	692401 4307747	3	20	Talavera la Real
[A03]	Las Macillas	722810 4306113	208	80/81	Mérida
[A04]	Guadalperal	753627 4320246	6	45	Guareña
[A05]	La Barca-Torruco	257143 4322694	1	26/27/28/29	Villanueva de la Serena
[A06]	Casarón	268436 4317809	-	-	Villanueva de la Serena
[A07]	La Horca	272055 4334303	507	4	Madrilejo
[A08]	Cerro Alto	272797 4334448	502	4	Madrigalejo
[B01]	Novelda	688495 4310787	758	179	Badajoz
[B02]	Los Alisares	713723 4306467	35	5037	Montijo
[B03]	Miraflores	712519 4303924	72	1	Mérida
[B04]	Tiriñuelo – Olivares	723827 4312531	78	192	Mérida
[B05]	Valdegamas-Casas de las Mendrias	247364 4291183	79	9	Don Benito
[C01]	Huerta de Don Mateo	693896 4303606	10	32/33	Talavera la Real

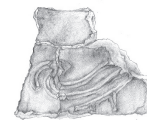


[C02]	Casas del Cerro de la Barca	701225 4305053	550	95/9583/9000/9048	Badajoz
[C03]	Cañada la Virgen	706771 4304768	5	34	Puebla de la Calzada
[C04]	Lácara	714702 4311897	9	172	Montijo
[C05]	Turuñuelo	719344 436021	74	59/58/57	Mérida
[C06]	Isla Gorda- Los Corvos	743887 4310110	501	4/5/58	Villagonzalo
[C07]	Las Madalenas	746482 4316213	54	8	Guareña
[C08]	Casa del Turuñuelo	754343 4315264	9	17/21	Guareña
[C09]	Las Lomas	757662 4318965	13	20	Medellín
[C10]	La Aliseda	249505 4322296	22	58/80009	Don Benito

Tabla de puntos, coordenada y localización
Coord. UTM. Datum ED 50 Huso 29

Pero antes de mostrar los resultados obtenidos en el proyecto de prospección llevado a cabo y de valorar el modelo de ocupación del valle medio del Guaadiana durante la I Edad del Hierro, quizás sea necesario tener en cuenta las limitaciones a las que hemos hecho frente a la hora de llevar a cabo los trabajos de campo, de modo que los resultados presentados sean en todo momento coherentes.

El primer obstáculo al que tuvimos que enfrentarnos fue la selección de las fechas para realización de los trabajos de campo. El hecho de que cada una de las parcelas en las que se localizan las estructuras a prospectar estén destinadas a un tipo de cultivo distinto complicaba la elección del momento para la ejecución de los trabajos, pues lo idóneo es que éstas se encontrasen en barbecho para tener un buen acceso y una buena visibilidad de las mismas. Finalmente convenimos que el mejor momento sería la primavera, cuando todos estos campos se preparan para ser cultivados al final de la estación. Afortunadamente, la coincidencia entre nuestros trabajos y las labores agrícolas de arado y nivelado de las tierras para su posterior cultivo, favoreció la visibilidad en grandes extensiones de terreno. Lo mismo podemos decir de aquellas zonas plantadas de olivos y frutales, donde el grado de movilidad y visibilidad es elevado.

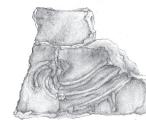


Otra de las dificultades fue el estado de conservación que presentaban los yacimientos. Como ya hemos aludido en otras ocasiones a lo largo del texto, el grado de destrucción en el que se encuentran muchos de estos enclaves como consecuencia de las labores agrícolas, provoca que su estado de conservación sea, en ocasiones, muy lamentable. Aunque casi todos los túmulos sufrieron las mayores alteraciones durante las décadas de los años 50 y 60 del pasado siglo, las revisiones y contrastaciones entre las series de fotografías aéreas nos ha permitido comprobar, como más adelante veremos en algunos casos concretos, las fuertes destrucciones de las que fueron también objeto en la década de los 80 tras la incorporación de la nueva y potente maquinaria agrícola en las labores de campo.

Los movimientos de tierra a los que son continuamente sometidas las parcelas en las que se localizan los yacimientos, principalmente con el objetivo de oxigenar la tierra y aumentar su grado de productividad, conlleva que constantemente se produzca una compra-venta de tierras que en ocasiones provoca la ocultación del material arqueológico en superficie o incluso el traslado de éste a otras ubicaciones en las que no existe ningún tipo de ocupación antigua. Esto conlleva que algunos de los puntos que con anterioridad se consideraban positivos pasen a ser considerado como negativos al no quedar rastro alguno de evidencias de una ocupación. Así mismo, muchos de estos enclaves se han visto afectados por las construcciones de casas de labor, naves de trabajo o conducciones de agua que, en ocasiones, han destruido parcialmente el yacimiento o reducido sensiblemente el área susceptible de ser prospectada, al mismo tiempo que mezcla el material antiguo con restos protohistóricos.

Por último, posiblemente uno de los problemas más habituales en este tipo de actividades arqueológicas y al que nosotros no hemos sido ajenos, sean los problemas de accesibilidad. El hecho de que muchas de las elevaciones se localicen dentro de fincas privadas no nos ha permitido tener acceso a algunas de ellas, habitualmente por la negativa de los propietarios a que se realicen labores arqueológicas dentro de su propiedad aunque sean de carácter no invasivo.

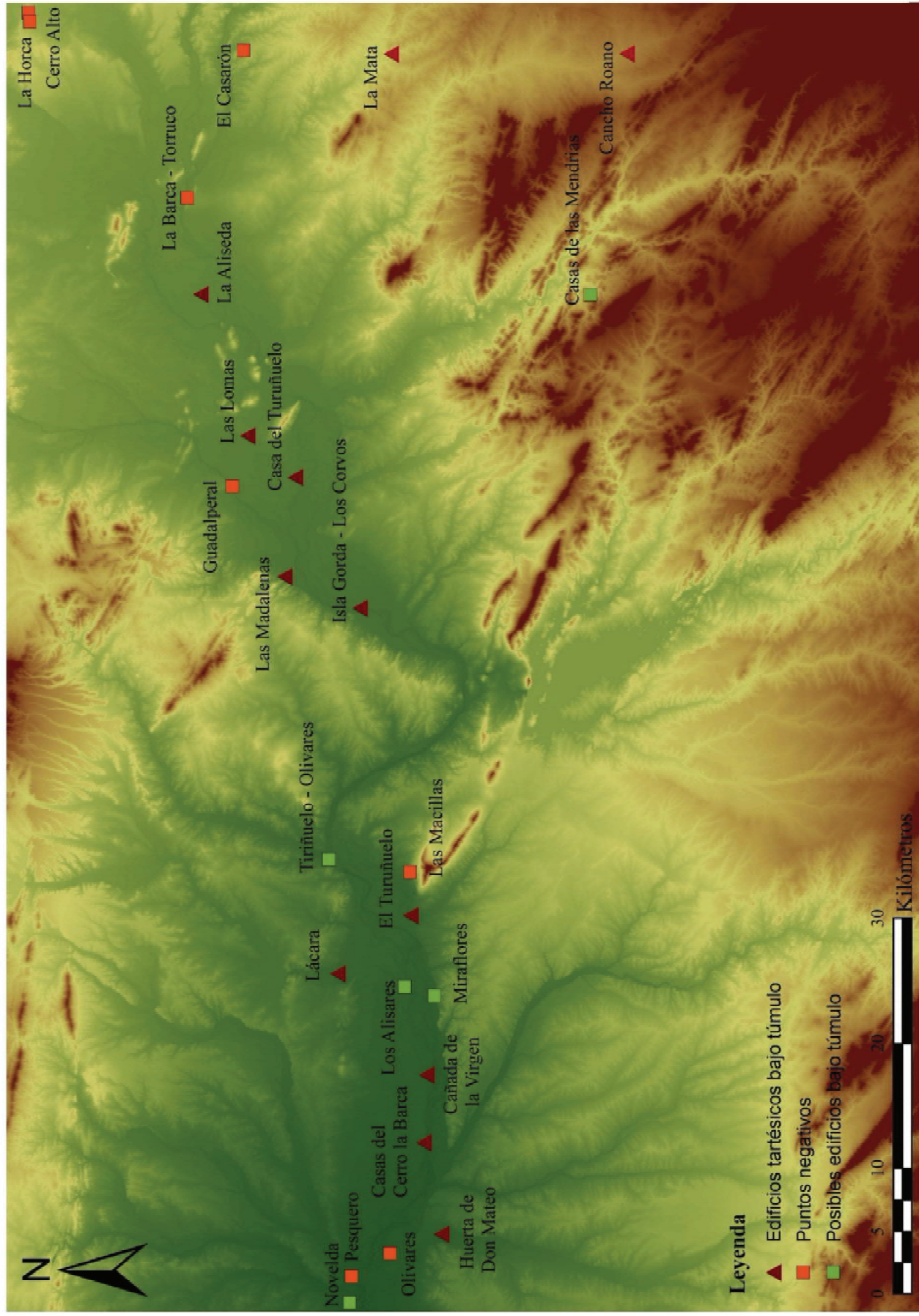
Sin embargo, a pesar de las limitaciones a las que hemos hecho frente, podemos valorar, en general, de forma positiva los resultados obtenidos en la prospección, toda vez que hemos podido revisar y actualizar la información referente a la existencia de edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, hasta el punto de que, tras las prospecciones iniciamos las



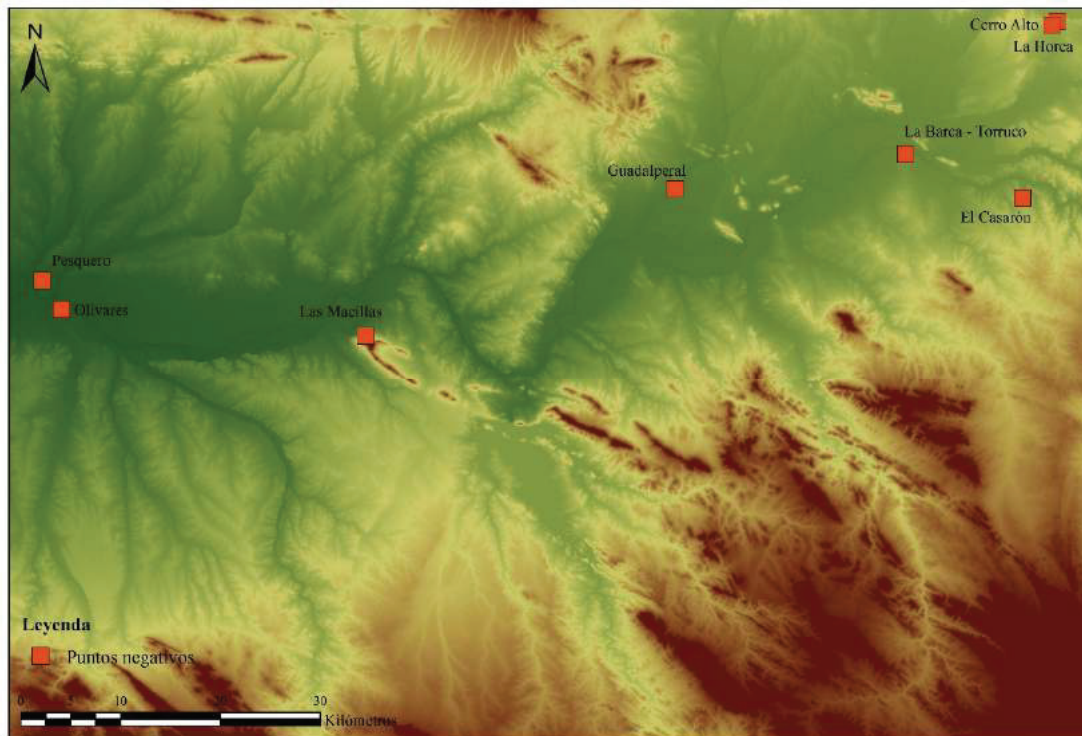
excavaciones de uno de los enclaves, el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña), cuyos resultados también se recogen en el presente capítulo.

De ese modo, a continuación procederemos a la exposición de los datos obtenidos siguiendo el siguiente orden: **puntos negativos**, aquellos en los que no hemos recogido evidencia alguna de restos materiales pertenecientes a la I Edad del Hierro a pesar de que su localización y morfología permitirían incluirlos dentro de esta categoría de asentamiento; **posibles edificios bajo túmulo**, grupo en el que se integran aquellos enclaves cuyas características materiales y morfológicas hacen posible su adscripción a esta categoría de asentamiento pero que, sin embargo, por precaución a la hora de valorar los asentamientos, hemos considerado recomendable dejar fuera, bien por el grado de destrucción que presentan, por no haber tenido acceso a los mismos o porque el volumen de material de otras cronologías es muy superior a los restos de época protohistórica; y, por último, los considerados como **evidencias positivas** agrupados dentro de **los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo**.

Para la exposición de los datos y la mejor comprensión visual de la categoría a la que pertenece cada uno de los puntos, hemos elegido una combinación de colores que ayuda rápidamente a identificarlos. De ese modo, para los puntos negativos hemos seleccionado una gama de naranjas; para las posibles elevaciones una gama de verdes; y una gama granate para los considerados como evidencias positivas.



[Puntos negativos (A)]



- [A01] Pesquero
- [A02] Olivares
- [A03] Las Macillas
- [A04] Guadalupeal
- [A05] La Barca – Torruco
- [A06] El Casarón
- [A07] La Horca
- [A08] Cerro Alto

Incluimos dentro del apartado de **puntos negativos** un total de **8 evidencias** que, por distintas razones especificadas dentro de cada uno de los casos de estudio, quedan fuera del volumen de yacimientos ocultos bajo túmulo; no obstante, no podemos olvidar que la ausencia de material en superficie no puede ser directamente considerado como la inexistencia de ocupación, pues ya hemos hecho alusión al hermetismo que caracteriza a estas estructuras. Por ello no sería extraño que con el paso del tiempo y el desarrollo de las investigaciones, éstas puedan ser incluidas dentro del grupo de identificaciones positivas.

Término Municipal: Pueblonuevo del Guadiana

Polígono: 680 / Parcela: 250

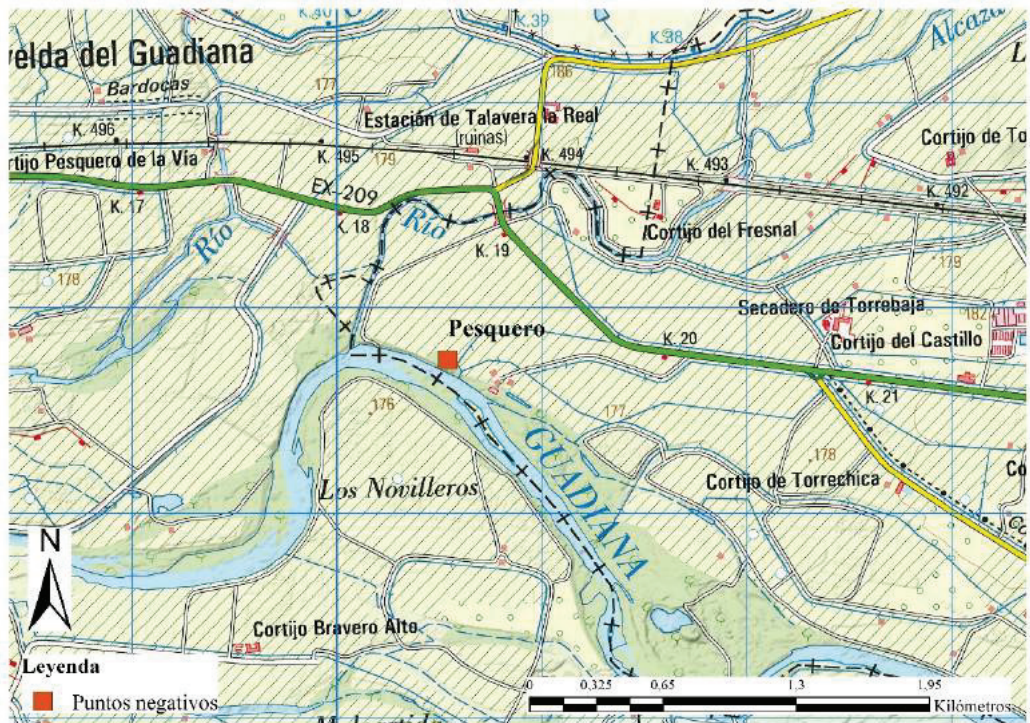


Fig. 179. Mapa 1:50000



Fig. 180. PNOA. Máxima actualidad

Localización: el enclave denominado El Pesquero se localiza junto a la margen derecha del río Guadiana a su paso por el término municipal de Pueblonuevo del Guadiana. Dicha localización le permite ocupar un territorio de vega destacado por su alta capacidad agrícola, actividad a la que están destinadas en la actualidad las parcelas que lo circundan. Sin embargo, parecer ser que su ubicación actual junto al paso del Guadiana es irreal por cuanto el cauce de éste en época antigua discurría un poco más al sur.

Acceso: tomamos la carretera EX 209 en dirección al municipio de Novelda. Aproximadamente en el kilómetro 19 sale un camino de tierra a la izquierda que seguiremos unos 600 metros. Al finalizar el camino continuamos a pie en dirección SE unos 280 m hasta encontrarnos con el punto en el que se sitúa el enclave.

Visibilidad: Buena. En el momento de ejecución de los trabajos de prospección las parcelas que rodean al enclave de El Pesquero se encontraban aradas y sin cultivar, por lo que pudimos realizar una batida completa de las tierras de su entorno. Así mismo, el espacio ocupado por el yacimiento contaba con un grado de visibilidad menor al encontrarse en parte cubierto por la vegetación de ribera, como puede apreciarse en las imágenes que aquí presentamos.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	15:38:22	HORA FIN TOMA	15:53:39
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Pesquero	690492	4311097	
Se situa a 200 m del punto de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Pesquero Perimetro 1	690557	4310976	165 m
Pesquero Perimetro 2	690612	4311006	169 m
Pesquero Perimetro 3	690729	4310976	167 m
Pesquero Perimetro 4	690722	4310886	165 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Pesquero Centroide	690651	4310948	171 m
AREA	1.03 Ha.		

Fig. 181. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia conocida acerca de la existencia de una posible ocupación de la I Edad del Hierro en el enclave del Pesquero aparece recogida en el trabajo realizado por D. Duque¹¹⁰² acerca del modelo territorial del valle medio del Guadiana. Aunque ya se hace referencia a que en esta ubicación se documenta la existencia de una villa romana cuyos restos todavía hoy pueden visitarse, el autor recoge la noticia dada por el arqueólogo encargado de la dirección de las excavaciones en la villa romana acerca de la presencia de “*un nivel de ocupación prerromano*”¹¹⁰³ que no llegó a ser excavado, por lo que desconocemos qué tipo de estructuras o restos se adscriben a una etapa anterior a la construcción de la villa. Sin embargo, y a pesar de desconocer la naturaleza de los restos, el enclave queda incluido dentro del catálogo de nuevos enclaves tumulares similares a los por aquel momento conocidos de Cancho Roano y La Mata, por la localización geográfica y topográfica que ocupa, dominando suelos de alto potencial agrícola y controlando uno de los vados del Guadiana; por los materiales arqueológicos documentados, así como por su aparente aspecto tumular apreciable según este autor desde la carretera comarcal C-537 a la altura del kilómetro 16,5. Así mismo, parece que en la sección generada por el paso del río al sur de la villa romana pueden apreciarse restos de adobes y cenizas que invitan a considerarlo como uno de los túmulos del valle medio del Guadiana.

Este enclave aparece recogido dentro de la relación de yacimientos contenido en el estudio macroespacial del yacimiento de La Mata¹¹⁰⁴. En él, a la información recogida en el trabajo anterior se suman las indicaciones de acceso al mismo y la descripción de su entorno. Acerca de este último punto se hace referencia a su localización junto a una explotación ganadera, inserto en un paisaje de cultivo de regadío. Así mismo, se indica como su proximidad al río no es real, pues en la antigüedad discurriría algo más sur.

En cuanto a los restos arqueológicos se recogen nuevas referencias con respecto a la existencia de niveles protohistóricos aludiendo a que bajo las construcciones romanas apareció “*un nivel de tierra grisácea compactada con carbón*” que se asocia con “*un empedrado de guijarros sin cimentación, posiblemente un hogar*” que correspondía a “*un nivel de ocupación prerromano*”. A estos niveles se asocia la aparición de cerámica gris y fragmentos oxidantes pintados a bandas. De nuevo, se hace referencia a la sección generada por el río aludiendo a la existencia en el perfil del mismo de “*un nivel grisáceo*

¹¹⁰² Duque, 2001

¹¹⁰³ Rubio Muñoz, 1991

¹¹⁰⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 616

con carbones y, por debajo de éste, otro muy potente de tierra rojiza compacta que alcanza 1,5 m de espesor”¹¹⁰⁵. Dentro del paquete se documentaron restos de cerámicas a mano, algunos escobillados y cerámica gris; así como un fragmento de molino barquiforme en sus inmediaciones.

Resultados de la revisión:

Visitamos el lugar identificado como El Pesquero, comprobando que, efectivamente, se trata de una villa romana en un regular estado de conservación (fig. 182), pues en nuestra visita al enclave pudimos documentar una actividad de expolio que había destrozado parte de la cenefa de un mosaico para poder extraer el motivo central que lo decoraba (fig. 183).

Recorrimos el lugar y el entorno de la villa que actualmente se encuentra rodeada por varias parcelas destinadas al cultivo de regadío. En ellas pudimos registrar un alto porcentaje de cerámica romana y, fundamentalmente, restos latericios que deben proceder de las construcciones que componen la villa. Aunque durante la labores de prospección pudimos registrar algún fragmento de cerámica gris, lo cierto es que resulta un porcentaje ínfimo como para determinar a partir de ellos la existencia de una ocupación de este enclave durante la I Edad del Hierro. Así mismo, se trata un tipo de producción que perdura incluso hasta bien entrada la etapa romana, algo que también ocurre con los molinos barquiformes, por lo que la presencia de ambos ítems no resulta extraña en contextos como el que aquí analizamos. Por otro lado, la presencia de cerámicas pintadas a bandas hablan más en favor de una ocupación durante la II Edad del Hierro que posteriormente se reocupa en época romana para el aprovechamiento de la fertilidad de las tierras que lo circundan. Por último, la apariencia tumular que se aprecia al observar el yacimiento desde el norte parece ser el resultado de los propios procesos posdeposicionales que han cubierto los restos de la villa, pues la elevación no es muy pronunciada (fig. 184).

A pesar de las apreciaciones aquí presentadas, no se puede descartar que en futuras intervenciones bajo los restos de la villa romana puedan aparecer construcciones de un momento de ocupación durante la I Edad del Hierro; sin embargo, en el caso de existir niveles de esta cronología, no tendrían por qué pertenecer de un edificio aislado, sino que podríamos estar, como así parece indicarlo la posición geográfica que ocupa, frente a los restos de un pequeño poblado en llano destinado a la explotación agrícola del entorno.

¹¹⁰⁵ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 616



Fig. 182. Vista de la Villa Romana del Pesquero



Fig. 183. Detalle del expolio de uno de los mosaicos de la villa romana



Fig. 184. Vista del yacimiento desde el norte.

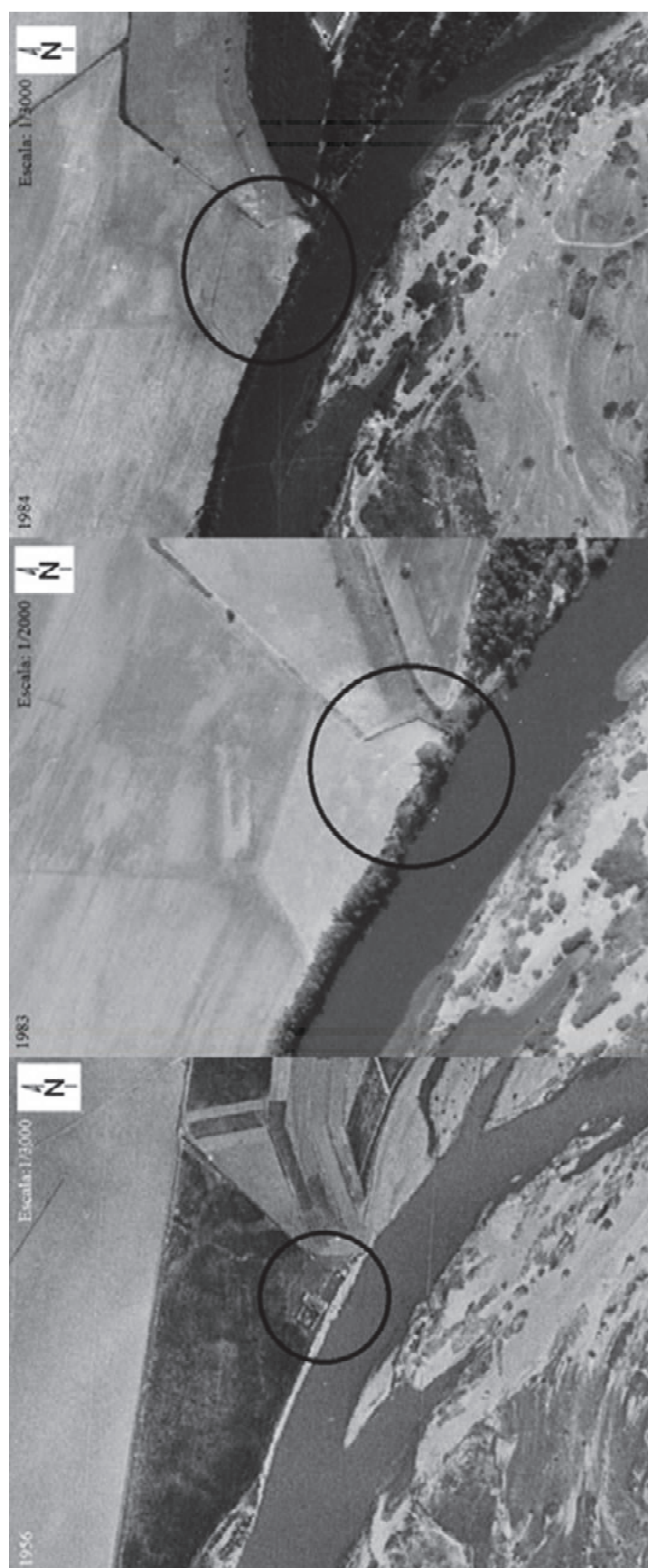


Fig. 185. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Talavera la Real

Polígono: 3 / **Parcela:** 20

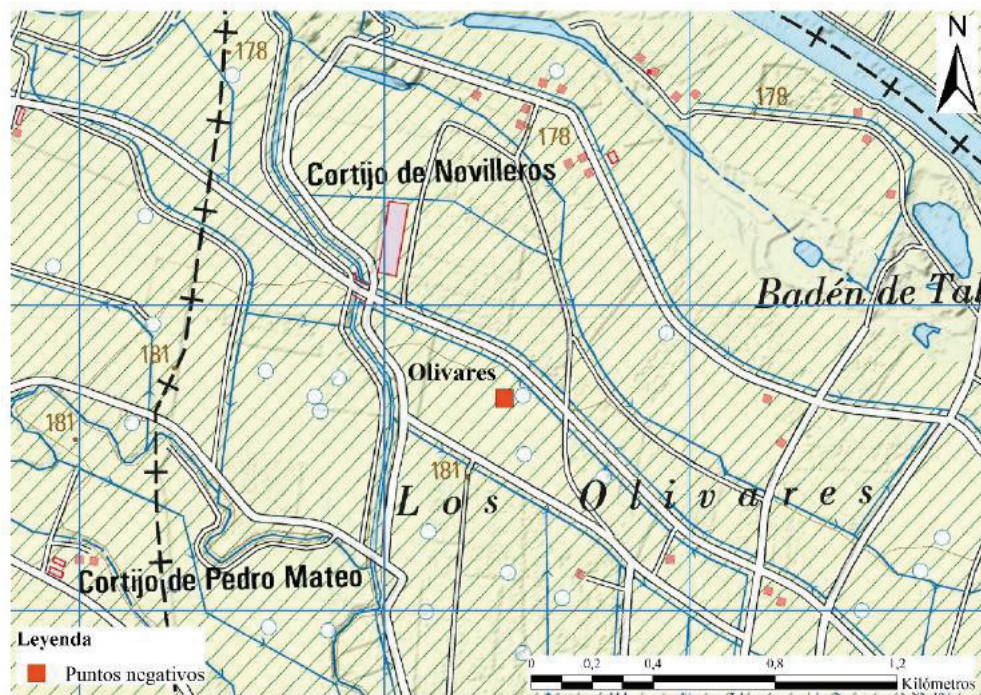


Fig. 186. Mapa 1:50000



Fig. 187. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave denominado Los Olivares se localiza en una zona llana de vega que se extiende entre el río Guadiana, que discurre al norte del enclave, y el arroyo de los Limonetes, que lo bordea por el oeste. Dicha localización le confiere a estas tierras un alto potencial productivo. En la actualidad estas tierras están destinadas al cultivo de regadío.

Acceso: Desde Talavera la Real nos dirigimos en dirección hacia el cementerio y a unos 400 metros por la carretera del Badén sale el camino EDAR situado a la izquierda. Seguimos por el mencionado camino y a unos 300 metros tomamos un camino de tierra a la derecha, siguiendo la senda del mismo aproximadamente 1 km hasta llegar al punto.

Visibilidad: Muy buena. En el momento de ejecución de los trabajos de prospección la parcela en la que se localiza el enclave de Los Olivares se encontraba recién arada, por lo que pudimos cubrir por completo el área de prospección.

CORDENADAS UTM		
HUSO 29 S	DATUM ED 50	
COORDENADAS DE PARTIDA		
NOMBRE	X	Y
Los Olivares	692401	4307747

Fig. 188. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia acerca del yacimiento de Los Olivares ya alertaba sobre el mal estado de conservación del mismo, al encontrarse completamente arrasado¹¹⁰⁶. Su aparente morfología tumular se ha rastreado a través de la fotografía aérea y la presencia, aunque escasa, de material diseminado por el entorno, así como algunos fragmentos de adobe que parecen haber estado sometidos a procesos de combustión. Según los vecinos del entorno, tiempo atrás existía un túmulo de unos 4 m de altura y 50 de diámetro arrasado aproximadamente en la década de los 80. De igual manera que ocurre con otros de los ejemplos, para justificar la existencia del enclave se recurre a su localización geográfica y topográfica, junto al paso del río Guadiana, lo que además le infiere un alto carácter productivo a las tierras colindantes.

A la información recogida en este primer catálogo se suman las referencias materiales que se especifican en la ficha de este yacimiento contenido en el estudio macroespacial del yacimiento de La Mata¹¹⁰⁷. En ella se indica la recogida de un pequeño lote de material

¹¹⁰⁶ Duque, 1998: 34

¹¹⁰⁷ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 618

*“compuesto por un borde modelado y dos fragmentos escobillados, así como una fuente de base plana y borde reforzado al interior, un cuenco hemiesférico de borde simple y un fragmento de borde anfórico, realizados todos ellos a torno”*¹¹⁰⁸. Esta escasez en la muestra material hace que solo la fotografía aérea sirva para plantear la posible existencia de un túmulo en este punto.

Resultados de la revisión:

El yacimiento de los Olivares ha sido incluido dentro del grupo de puntos negativos al no haber recogido ningún tipo de evidencia material, más allá de algunos fragmentos de cronologías contemporáneas, durante los trabajos de prospección.

Los trabajos de campo llevados a cabo con anterioridad a nuestra revisión hacen hincapié repetidas veces en el arrasamiento de este enclave (fig. 189), indicando incluso que la parcela fue rebajada hasta 2 m por debajo del nivel que poseía en los años 80. Ciertamente, cuando se observa la secuencia de ortofotografías, se aprecia la existencia de una estructura circular, hoy día inexistente, lo que nos lleva a pesar en el posible arrasamiento del yacimiento; sin embargo, conocemos otros ejemplos en los que las labores agrícolas han provocado la destrucción de yacimientos y el rebaje de la parcela en la que se encontraba. Es, por ejemplo, el caso del túmulo de Las Lomas [C09], incluido en el tercer grupo dedicado a los enclaves que sí pueden identificarse como edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, pues en este caso si se observa un volumen de material más elevado, detectando en los límites de la parcela la existencia de restos constructivos, principalmente restos de adobes. Por el contrario, en el caso ahora tratado, los restos constructivos documentados se reducen a un fragmento de adobe y algunos fragmentos cerámicos que no sirven para avalar la existencia de un enclave en este lugar. Así mismo, debemos tener presente que el arrasamiento de las coberturas tumulares rompe con el hermetismo que caracteriza a estos yacimientos disgregando el material por la parcela, un proceso que tendremos ocasión de observar a la hora de analizar el túmulo de Cañada la Virgen [C03], fenómenos que, sin embargo, no parece documentarse en el caso de los Olivares.

Así pues, todos los indicios apuntan hacia una valoración negativa de este enclave, a la espera de que futuros trabajos arqueológicos puedan arrojar un poco más de luz al conocimiento de esa aparente estructura circular que se observa en las secuencias obtenidas de las fotografías aéreas.

¹¹⁰⁸ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 618



Fig. 189. Vista de la parcela en la que se localizaba el enclave de Olivares



Fig. 190. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Mérida

Polígono: 208 / Parcela: 80/81



Fig. 191. Mapa 1:50000



Fig. 192. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave denominado como Las Macillas se localiza dentro de un paisaje de llanura al norte de la Sierra de San Serván; entre las localidades de Arroyo de San Serván y Calamonte. Los cursos de agua más próximos son el río Guadiana, que discurre a unos 3,5 km al norte, y la quebrada de Galapagar, que lo bordea por el oeste. En la actualidad, las tierras ocupadas por este enclave están destinadas al cultivo del olivo.

Acceso: Desde Mérida se toma la autovía de Badajoz (A-5). En el kilómetro 352 se coge la salida de Arroyo de San Serván y cerca del cruce con Calamonte localizamos una balsa de agua a la izquierda. Seguimos por el camino unos 1800 m, donde encontraremos un camino que sale a la izquierda (el tercer camino desde el cruce). Desde ahí andando unos 200 m hacia el sur localizamos el lugar.

Visibilidad: Regular. En el momento de ejecución de los trabajos de prospección la parcela en la que se localiza el enclave de Las Macillas se encuentra ocupada por un olivar. Si bien el terreno ocupado por el mencionado olivar goza de buena visibilidad aprovechando el espacio que queda comprendido entre los árboles, la pequeña elevación objeto de estudio se encontraba llena de maleza y escombros, por lo que resultó sumamente complicado poder observar todo el perfil conservado.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	11:59:49	HORA FIN TOMA	12:22:55
ERROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Las Mancillas	722810	4306113	
La coordenada es aproximada pero se sitúa a unos 200 metros.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Macilla Perímetro 1	722927	4306319	244 m.
Macilla Perímetro 2	722930	4306339	240 m.
Macilla Perímetro 3	722926	4306314	238 m.
Macilla Perímetro 4	722950	4306300	233 m.
Macilla Perímetro 5	722953	4306328	239 m.
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Macilla centroide	722940	4306317	244 m.
AREA	0,15 Ha		

Fig. 193. Lista de coordenadas

Resultado de los trabajos de prospección:

Incluimos el enclave de Las Macillas en este estudio después de que nos fuera comunicada la posible existencia de una estructura tumular que podría identificarse con un posible túmulo funerario de la I Edad del Hierro, a tenor de los restos que podían observarse en el perfil, pues la pequeña elevación había sido seccionada por la mitad como consecuencia de las labores de agrícolas llevadas a cabo en la parcela colindante (fig. 194).

Sin que existiesen referencias bibliográficas anteriores a la existencia de este enclave, localizamos y acotamos el perímetro de una pequeña elevación que, como apuntábamos, había sido seccionada por la mitad. Dicho entorno se encuentra en la actualidad ocupado por un olivar joven que cuenta con un sistema de riego por goteo que había sido recientemente instalado. Así mismo, la zona también se ha visto muy afectada por la aparición de cárcavas producidas por las escorrentías de agua.

En cuanto a la sección que se conserva del túmulo, debemos indicar que la abundante presencia de escombros y vegetación no nos permitía tener un buen nivel de visibilidad del mismo; no obstante, pudimos apreciar la presencia de varias fosas rellenas con cantos de cuarcitas (fig. 195). En cuanto a la cultura material, a pesar de que el túmulo se encuentra seccionado y la parcela cultivada con olivos, lo que facilita la visibilidad del suelo, no recogimos ni un solo fragmentos de cerámica, ni indicio alguno que nos indique que nos encontramos frente a un yacimiento de cualquier cronología, ya no solo protohistórico. Por esa razón este punto ha quedado incluido dentro de la categoría de puntos negativos.

Frente a estos resultados negativos, no podemos desechar la idea de que estas pequeñas elevaciones sean en ocasiones formaciones antrópicas modernas resultado, por ejemplo, de la acumulación de grandes piedras que se van congregando formando canchales tras su aparición en las tierras de labor cuando éstas están siendo aradas, lo que puede generar en casos como estos cierta confusión.



Fig. 194. Vista general desde el este



Fig. 195. Vista del perfil con acumulación de cantos

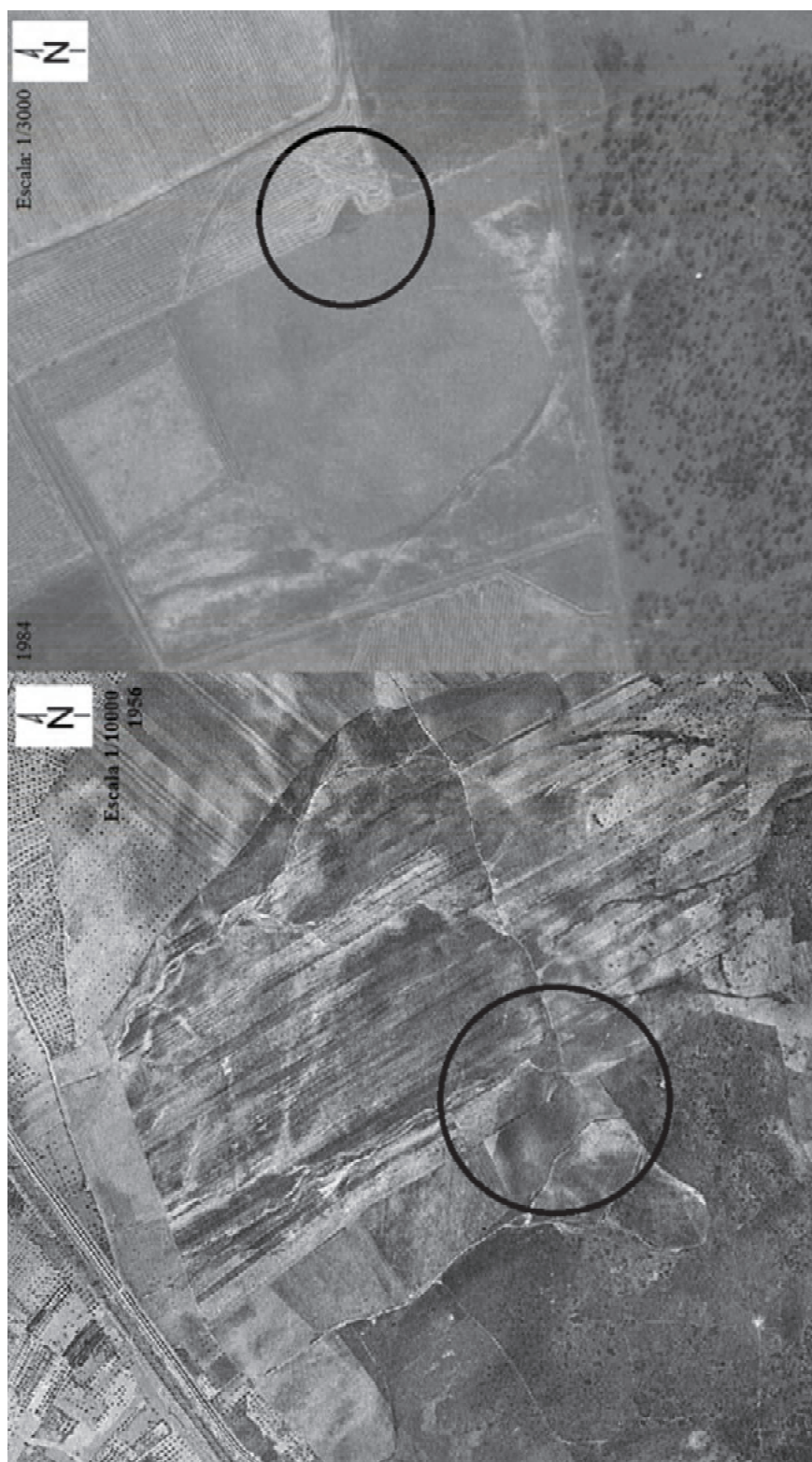
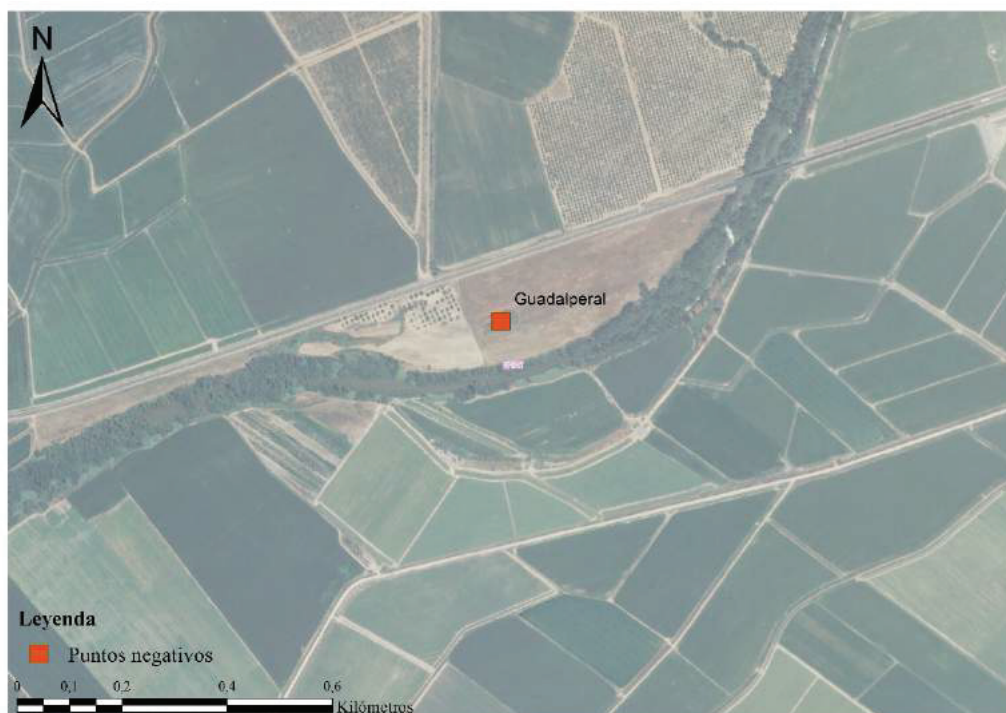
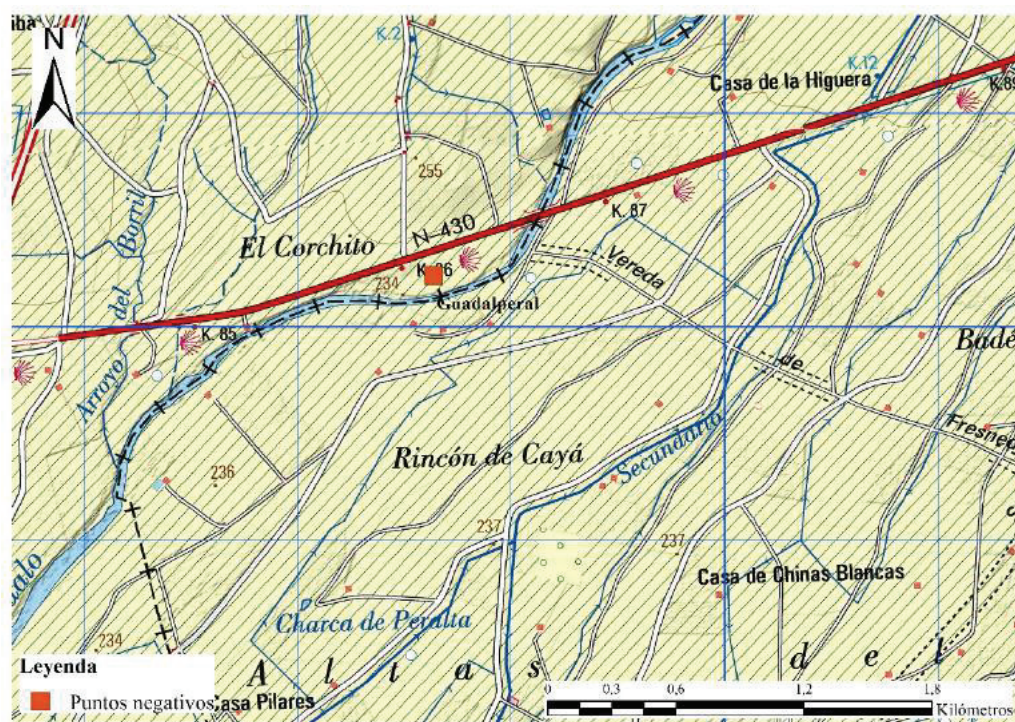


Fig. 196. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Guareña

Polígono: 6 / Parcela: 45



Localización: el enclave denominado como Guadalperal se localiza en un paisaje de llanura entre el trazado de la actual carretera N-430, que discurre al norte del enclave, y el cauce del río Búrdalo que lo delimita por el sur. En la actualidad las tierras en cuyo centro se localiza el enclave objeto de estudio están destinadas al cultivo en régimen de regadío.

Visibilidad: Desconocida

Acceso: Se toma la carretera Nacional 430 dirección Don Benito y a la altura del kilómetro 86 se deja el coche en la cuenta. A unos 75 m hacia el sur se localiza la elevación tumular.

CORDENADAS UTM		
HUSO 29 S	DATUM ED 50	
COORDENADAS DE PARTIDA		
NOMBRE	X	Y
Guadalperal	753627	4320246

Fig. 199. Lista de coordenadas

Resultados de los trabajos de prospección:

Al transitar por la carretera Nacional 430 en dirección Santa Amalia/Don Benito, justo antes de cruzar el puente que salva el paso del río Búrdalo, se aprecia una elevación ubicada en el centro de una parcela dedicada al cultivo de regadío (fig. 200). Nunca antes había sido incluida dentro de un estudio de estas características, por lo que su morfología y localización junto al paso de uno de los principales afluentes del Guadiana, en cuyas inmediaciones a lo largo de su cuenca se localizan otros ejemplos incluidos dentro de los resultados positivos de edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, caso del ejemplo de ‘Casas del Turuñuelo’ [C08], nos alertó de la posibilidad de que se tratase de una elevación tumular bajo la cual podría ocultarse una construcción de cronología tartésica.

Lo cierto es que ha sido incluido dentro de este apartado de puntos negativos porque el dueño de la parcela en la que se localiza la elevación nunca nos ha permitido acceder a la misma a pesar de que hemos realizado varios intentos por visitar el enclave. De ese modo, el único análisis que hemos podido efectuar de esta pequeña elevación se extrae de la secuencia de fotografías aéreas recuperada (fig. 201), donde se puede observar cómo no hay rastro de la misma ni en la serie del Vuelo Americano, ni en las ortofotos del vuelo Interministerial de 1980 ni en el vuelo Nacional de 1884, mientras si se encuentra presente en la fotografía del PNOA de 2014; por lo que podemos intuir que se trata de una

formación relativamente moderna de la que, sin embargo, desconocemos cómo se formó y con qué se corresponde.

Ante estas circunstancias, el hecho de no haber tenido acceso a la elevación y de que no exista rastro alguno de la misma en las fotografías aéreas del siglo pasado nos lleva a incluir a este enclave dentro del grupo de evidencias negativas; sin que tampoco podamos excluir por completo la posibilidad de que en la parcela se documente un yacimiento arqueológico, algo que solo podremos certificar el día que tengamos acceso a la misma.



Fig. 200. Vista de la elevación desde el norte



Fig. 201. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Villanueva de la Serena

Polígono: 1 / **Parcela:** 28

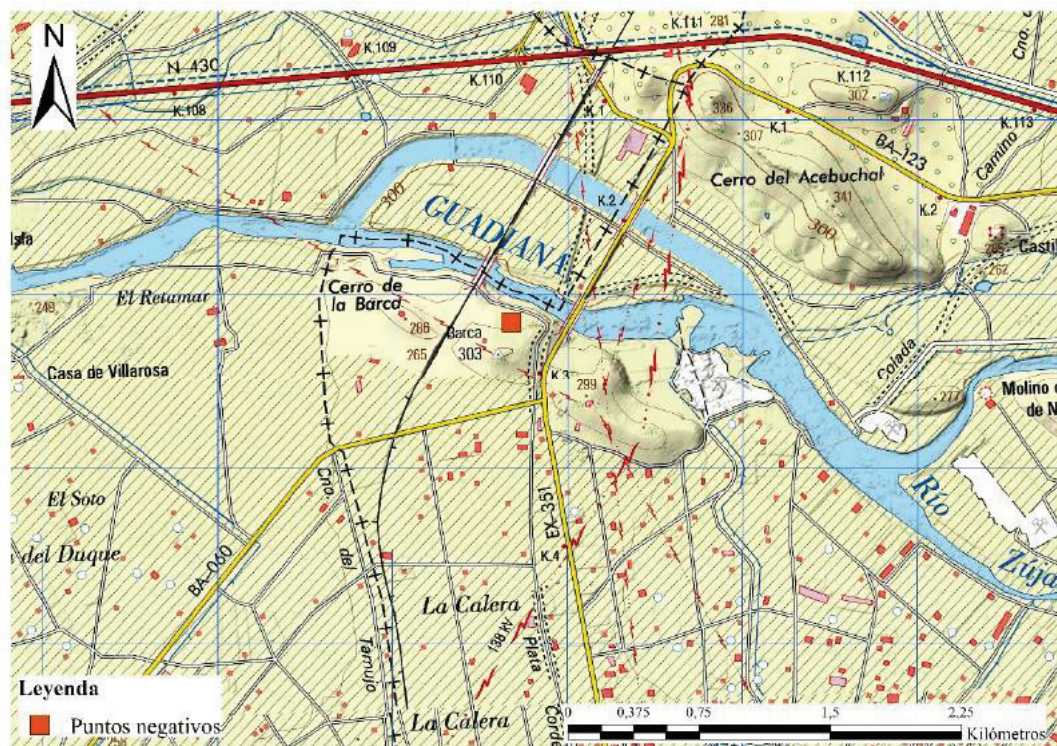


Fig. 202. Mapa 1:50000



Fig. 203. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de la Barca-Torruco se localiza sobre una pequeña elevación al sur del cauce del río Guadiana. Su destacada posición le permite controlar tanto el paso del río como las fértiles tierras de vega en las que se ubica. Cabe destacar también su contacto visual con el yacimiento de El Tamborrio, localizado al este.

Acceso: Tomamos la carretera Nacional 430 dirección Villanueva de la Serena. A la altura del kilómetro 114, viendo de frente el Castillo de la Encomienda, sale una carretera a la izquierda, la seguimos hasta la primera rotonda desde la que tomamos la primera salida a la derecha. Enseguida llegamos a un cruce que indica Villanueva de la Serena a la izquierda y nos incorporamos en esa dirección. Una vez crucemos el río Guadiana giramos a la derecha y encontramos el camino a la finca en la que se localiza el yacimiento.

Visibilidad: Mala. Aunque se trata de tierras de labor, en el momento de ejecución de los trabajos de prospección la parcela denominada de La Barca – Torruco se encontraba llena de vegetación, pues actualmente se trata de tierras improductivas. El crecimiento tanto de vegetación arbustiva como de pastos no permite que se tenga una clara visión del suelo, por lo que hubo zonas de las que no pudieron recogerse materiales.

CORDENADAS UTM			
HUSO 30 S		DATUM ED 50	
HORA INICIO TOMA		19:05:09	HORA FIN TOMA 19:52:47
ERROR MEDIO		± 2 metros	POSICIONES ≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE		X	Y
La Barca		257143	4322694
Punto original correcto.			
PERIMETRO			
NOMBRE		X	Y Z
Barca Perimetro 1		257134	4323150 260 m
Barca Perimetro 2		257480	4322955 255 m
Barca Perimetro 3		257360	4322710 264 m
Barca Perimetro 4		257052	4322890 249 m
CENTROIDE			
NOMBRE		X	Y Z
Barca Centroide		257251	4322930 280 m
RAC			
Barca Atarjea		257214	4322696 271 m
Barca Muro 1		257237	4322695 275 m
Barca Muro 2		257196	4322641 283 m
EXPOLIO			
Barca Expolio		257222	4322666 277 m
AREA		9 Ha.	

Fig. 204. Lista de coordenadas

Antecedentes:

El yacimiento de cerro de la Barca – Torruco aparece por primera vez recogido en un trabajo elaborado por parte del equipo de excavación de La Mata con motivo de la presentación de los resultados preliminares obtenidos en las excavaciones llevados a cabo en el mismo¹¹⁰⁹. Dentro del mencionado trabajo se presenta un primer catálogo de asentamientos identificados como túmulos de similares características morfológicas y materiales con los casos hasta aquel momento conocidos de Cancho Roano y La Mata. En este primer trabajo, junto al enclave de la Barca-Torruco se recogen las elevaciones de Isla Gorda [C06], Casas del Turuñuelo [C08], las Lomas [C09] y las Madalenas [C07].

Dentro de dicho trabajo se hace referencia a como el propio topónimo del lugar, Torruco, denominación que comparte con Cancho Roano también denominado la Torruca, alerta sobre la existencia de una elevación tumular. Ésta estaría localizada sobre una suave loma en el punto más elevado del cerro, donde actualmente se encuentra abandonada la Casa de la Barca (fig. 205). Acerca de la suave elevación se especifica que se trata de un túmulo de entre 40-50 m de diámetro y 2 m de altura, hoy alterado por la existencia de reocupaciones posteriores y la presencia de una zanja usada a modo de basurero. Su carácter tumular estaría avalado por la detección de varias estructuras, así como por la aparición de cenizas y carbones en abundancia. Entre los materiales recogidos los autores destacan la aparición de *“algunos fragmentos de asas de sección circular posiblemente pertenecientes a ánforas, platos y cuencos grises de borde saliente o biselado y algún ejemplar fragmentado de moledera”*¹¹¹⁰.

Esta información vuelve a recogerse dentro del estudio macroespacial de la Mata¹¹¹¹ casi con las mismas palabras y sin que se aporte ninguna referencia más del enclave, ni material ni espacial.

Resultados de la revisión:

La prospección de la finca conocida como La Barca de Villanueva de la Serena nos permitió confirmar la existencia de un enclave de la I Edad del Hierro pero que, al contrario de lo que había sido publicado hasta el momento, el yacimiento no se encuentra situado en la parte más elevada del cerro, sino en su ladera norte, aquella que mira hacia el Guadiana. Así mismo, tampoco parece tratarse de una elevación tumular, sino de un

¹¹⁰⁹ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 245

¹¹¹⁰ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 245; Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 603

¹¹¹¹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 603

asentamiento en llano con una extensión de unas 3-5 ha. que podemos fechar por el material documentado entre los siglos VI – V a.C.

El hecho de haber sido identificado como un asentamiento en llano hace que su análisis, presentación de evidencias materiales y constructivas, aparezca recogido en el apartado dedicado a los asentamientos en llano al final de este capítulo y no dentro del conjunto de edificios tartésicos ocultos bajo túmulo. Es por esa razón que dentro del epígrafe de análisis de las evidencias tumulares este enclave forma parte del conjunto de puntos negativos.



Fig. 205. Vista del Cerro de la Barca – Torruco desde el este. En la parte superior el cortijo de La Barca abandonado



Fig. 206. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Villanueva de la Serena

Polígono: - / Parcela: -

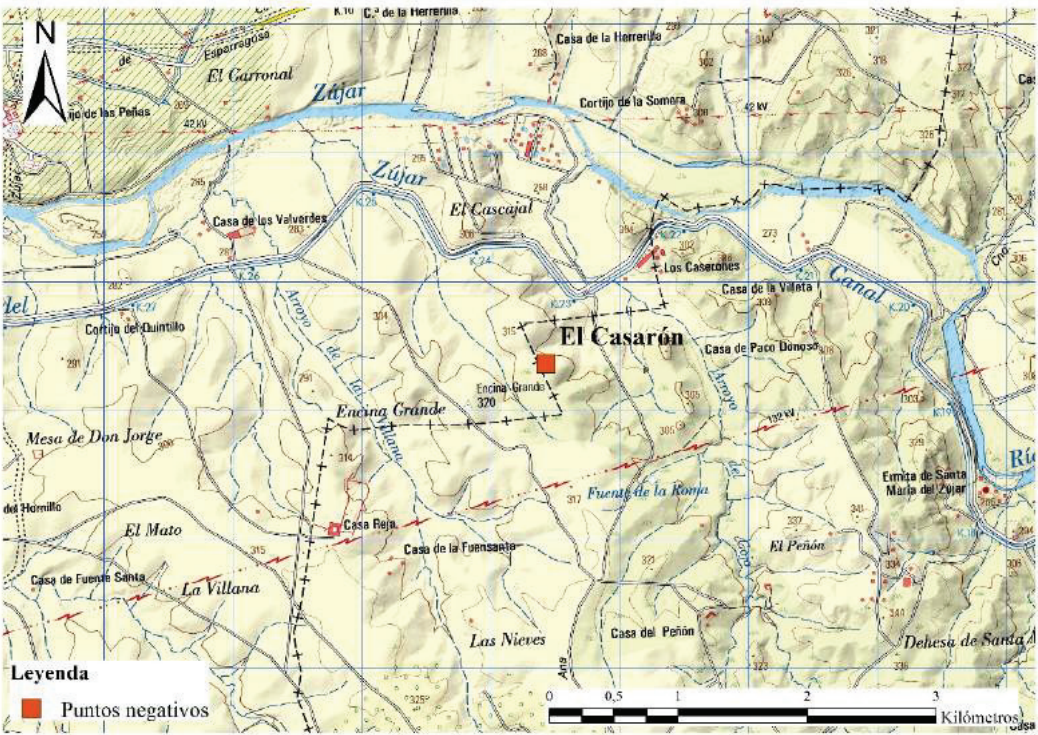


Fig. 207. Mapa 1:50000

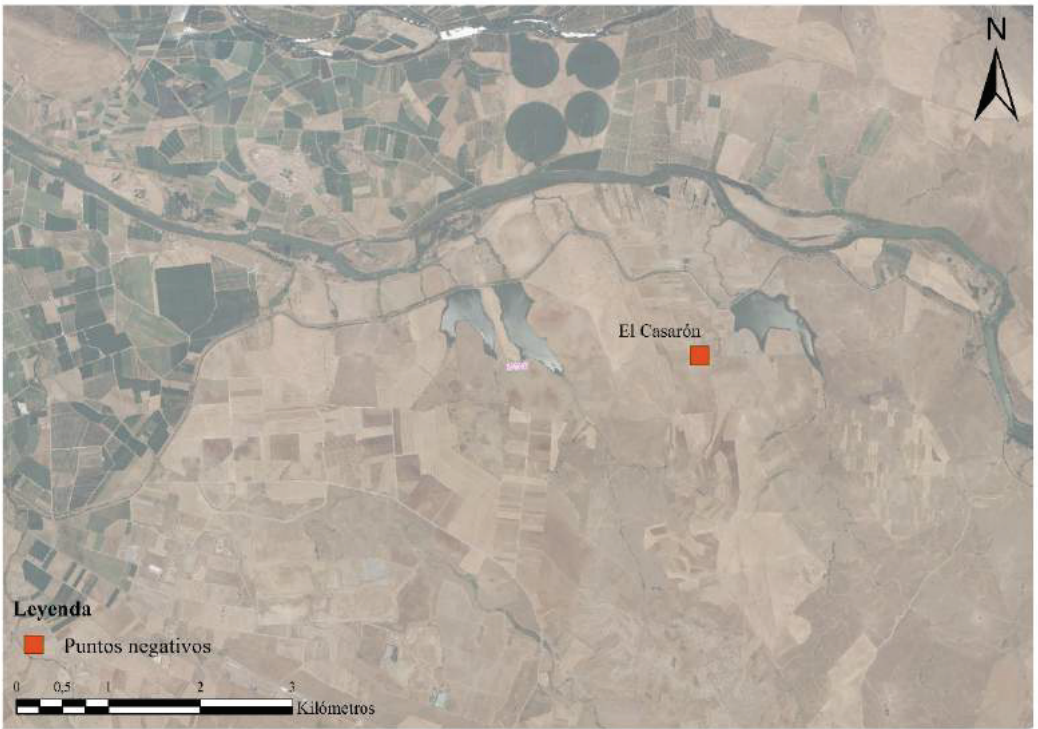


Fig. 208. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de El Casarón se localiza a caballo entre los términos municipales de Villanueva de la Serena y Campanario. Se trata de una extensa finca en la que se intercalan las zonas de pasto arbolado y las tierras de labor. Ocupa una amplia llanura al sur del río Zújar y, actualmente, junto a una de las lagunas artificiales del mencionado río. La posición que ocupa la extensión de terreno junto a importantes recursos hídricos hace que sus tierras presenten una alta productividad.

Acceso: desde Villanueva de la Serena nos dirigimos en dirección a los depósitos de agua del pueblo por el polígono industrial la Barca. Desde ahí tomamos la carretera del canal que sale a la izquierda, siguiendo por ella durante 4 km. Pasamos las dos primeras lagunas del Zújar y a 3 km de la segunda se localiza una tercera laguna, la de mayor tamaño, de la que sale un camino a la derecha. Seguimos este camino unos 300 m hasta una bifurcación. A unos 20 m tomamos un camino que sale a la derecha hasta que este desaparece. Desde ahí continuamos andando unos 740 m en línea recta hasta llegar al punto.

Visibilidad: Mala. En el momento de ejecución de los trabajos de prospección el área de estudio comprendida dentro de la finca de El Casarón contaba con una cobertura vegetal muy densa, lo que dificultaba la visibilidad del suelo y con ello la detección de material.

CORDENADAS UTM		
HUSO 30 S	DATUM ED 50	
COORDENADAS DE PARTIDA		
NOMBRE	X	Y
El Casarón	268436	4317809

Fig. 209. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia acerca de la existencia de niveles de la Edad del Hierro en la finca de El Casarón aparece recogido en un informe elaborado por J. J. Enríquez Navascués el 28 de noviembre de 1988 y depositado en la Dirección General de Patrimonio Cultural. En dicho informe, incorporado a la Carta Arqueológica de Villanueva de la Serena, se hace referencia a la existencia de un extenso yacimiento arqueológico junto a la margen izquierda del río Zújar, sobre un cerro amesetado de 2 ha. de extensión. En lo referente a los restos documentados se hace referencia a la existencia de una línea de muralla, construida con lajas de pizarra que circunda el perímetro de la elevación. En cuanto al material registrado se cita la presencia de abundantes piedras de

granito, cerámicas, entre las que parecen destacar las urnas cinerarias y las sigillatas, y material constructivo de cronología romana (tégula e ímbrices).

Resultados de la revisión:

La aparición de este enclave dentro de la Carta Arqueológica de Villanueva de la Serena con una cronología de la Edad del Hierro nos llevó a interesarnos por en el enclave, dada su proximidad al río Zújar, principal afluente del Guadiana y en cuya confluencia con éste se localiza el yacimiento de El Tamborrio, a unos 8 km en línea recta desde un punto central tomado en la finca de El Casarón.

La gran extensión de la finca dificultó la realización de los trabajos y la localización de las estructuras descritas en el informe de la Carta Arqueológica. Aunque en superficie localizamos pequeñas concentraciones de material medieval y moderno, el volumen de restos romanos era muy superior; una información que además ha sido corroborada tras los trabajos de prospección llevados a cabo por un miembro del Instituto de Arqueología del CSIC cuyos resultados son objeto de un trabajo de tesis doctoral¹¹¹². Según la documentación extraída de estos últimos trabajos, solo dos fragmentos del total de la muestra recogida pueden identificarse como materiales de la I Edad del Hierro, lo que nos lleva a descartar la existencia de una ocupación protohistórica en este enclave.

Así mismo, el análisis de la secuencia de fotografías aéreas tampoco ha dado muestras de la existencia de ninguna anomalía que posteriormente, en los trabajos de campo, pudiese identificarse con ningún tipo de estructura constructiva, caso de la muralla a la que se hacía referencia en el informe depositado en la Dirección General de Patrimonio. Por todas estas razones el sitio de El Casarón ha quedado incluido dentro del conjunto de puntos negativos.

¹¹¹² Agradecemos a Luis Sevillano la información aportada acerca de las prospecciones llevadas a cabo en el sitio de El Casarón.

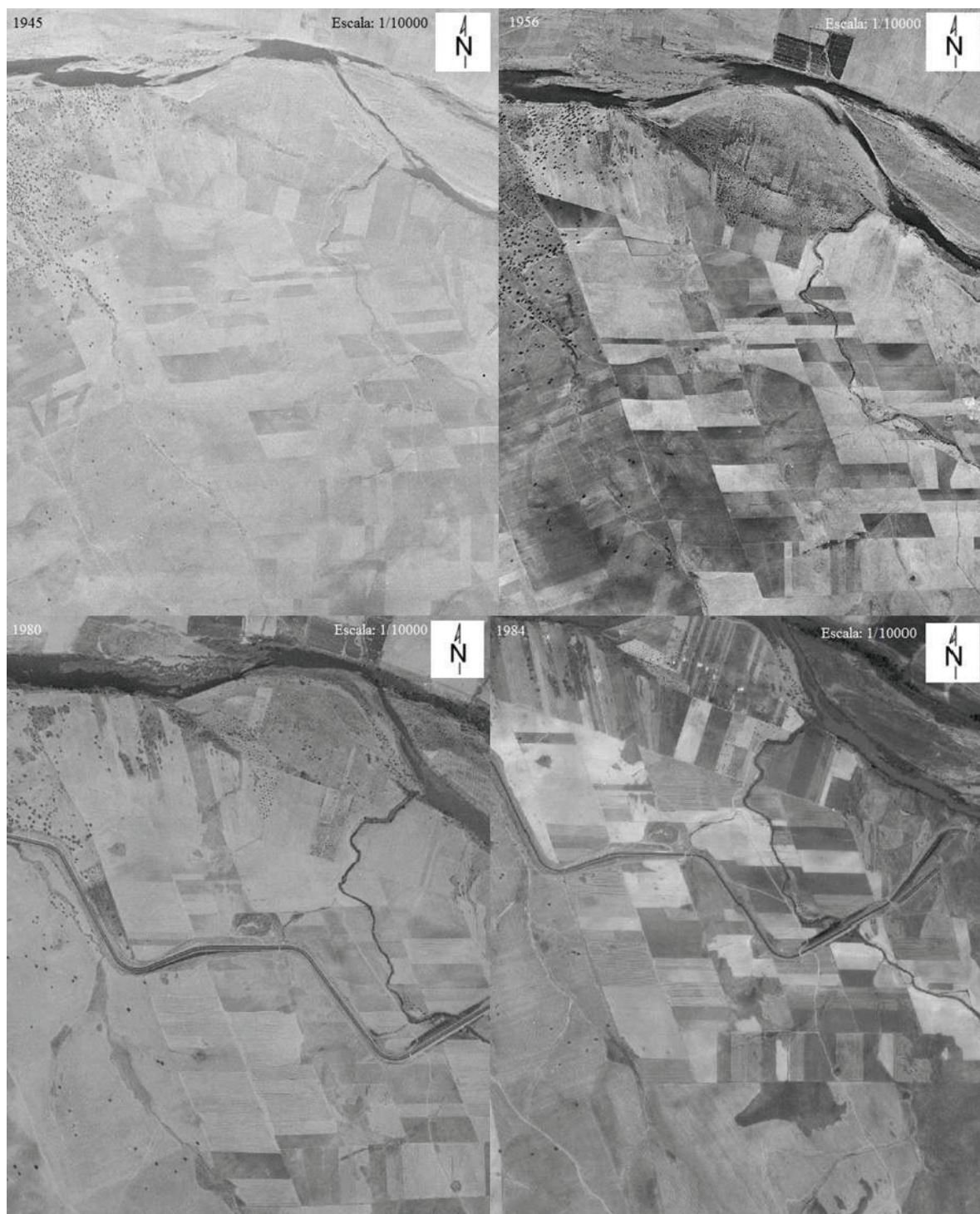


Fig. 210. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Madrigalejo

Polígono: 507 / **Parcela:** 4

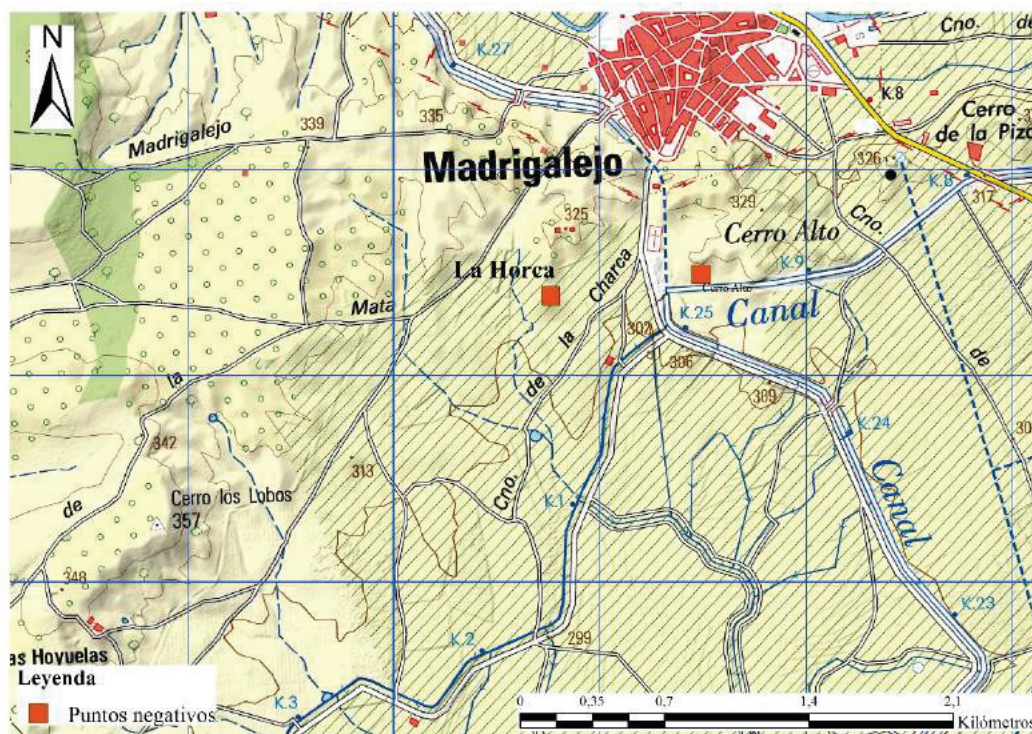


Fig. 211. Mapa 1:50000



Fig. 212. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de La Horca se localiza al sur del río Ruecas y del actual municipio de Madrigalejo. Se trata de una elevación inserta en un paisaje de suaves lomas que actualmente se encuentran ocupadas por una plantación de olivos. Así mismo, dicho enclave se localiza a escasos 700 m del Cerro Alto, ubicación incluida en este trabajo que analizaremos a continuación. Ambos están separados por el camino de la charca y el actual cementerio.

Acceso: Desde Abertura cruzamos la carretera de circunvalación dejando el pueblo a la derecha y seguimos hasta Campolugar. Cruzando el pueblo tomamos la carretera que une Madrigalejo y Zorita. Giramos a la derecha en dirección a Madrigalejo y una vez hemos llegado al municipio tomamos la carretera del cementerio. Justo antes de llegar a éste sale una pista de tierra a la derecha que tomamos y a unos 600 m se localiza el punto.

Visibilidad: Mala. La parcela objeto de nuestros trabajos se encontraba completamente cubierta tanto por los restos desechables tras la recogida de la última cosecha de maíz como por abundante pasto, por lo que apenas pudo vislumbrarse la superficie, lo que dificultó nuestros trabajos.

CORDENADAS UTM		
HUSO 30 S	DATUM ED 50	
COORDENADAS DE PARTIDA		
NOMBRE	X	Y
La Horca	272055	4334303

Fig. 213. Lista de coordenadas

Resultados de los trabajos de prospección:

El cerro de la Horca quedó incluido en este trabajo tras detectar una pequeña estructura circular en la serie de fotografías aéreas consultadas en la fase de trabajo previo tras la detección del denominado como Cerro Alto, localizado al este de la elevación de La Horca, ambos separados por el trazado del camino de la charca. Se trata de una pequeña elevación en una zona de suaves lomas plantadas de olivos (fig. 214 y 215); aunque la parcela objeto de estudio está destinada al cultivo de maíz. Así mismo, tanto por su morfología aparentemente circular como por su localización próxima al río Ruecas, que discurre al norte y en cuyo cauce se localiza también el túmulo de la Aliseda [C10], parecía que podíamos encontrarnos frente a un nuevo ejemplo de edificio tartésico oculto bajo túmulo.

No recogimos evidencias materiales en superficie, a excepción de algunos fragmentos de material contemporáneo relacionados con la construcción de infraestructuras cercanas.

Así mismo, la revisión de la secuencia de ortofotografías (fig. 216) ha permitido comprobar la existencia de dicha estructura circular en las imágenes tomadas entre la década de los 40 y los 80, quedando ausente de la fotografía actual, posiblemente como consecuencia de una actividad de reparcelación. La ausencia de la mencionada estructura de la serie de fotografías actuales y la inexistencia de material dentro de la parcela, ni siquiera nos permite suponer la posible existencia pasada de una elevación tumular hoy desaparecida; por lo que no cabe ninguna duda de que se trata de un punto negativo dentro de nuestro estudio.



Fig. 214. Vista general de la localización desde el norte I



Fig. 215. Vista general desde el norte II

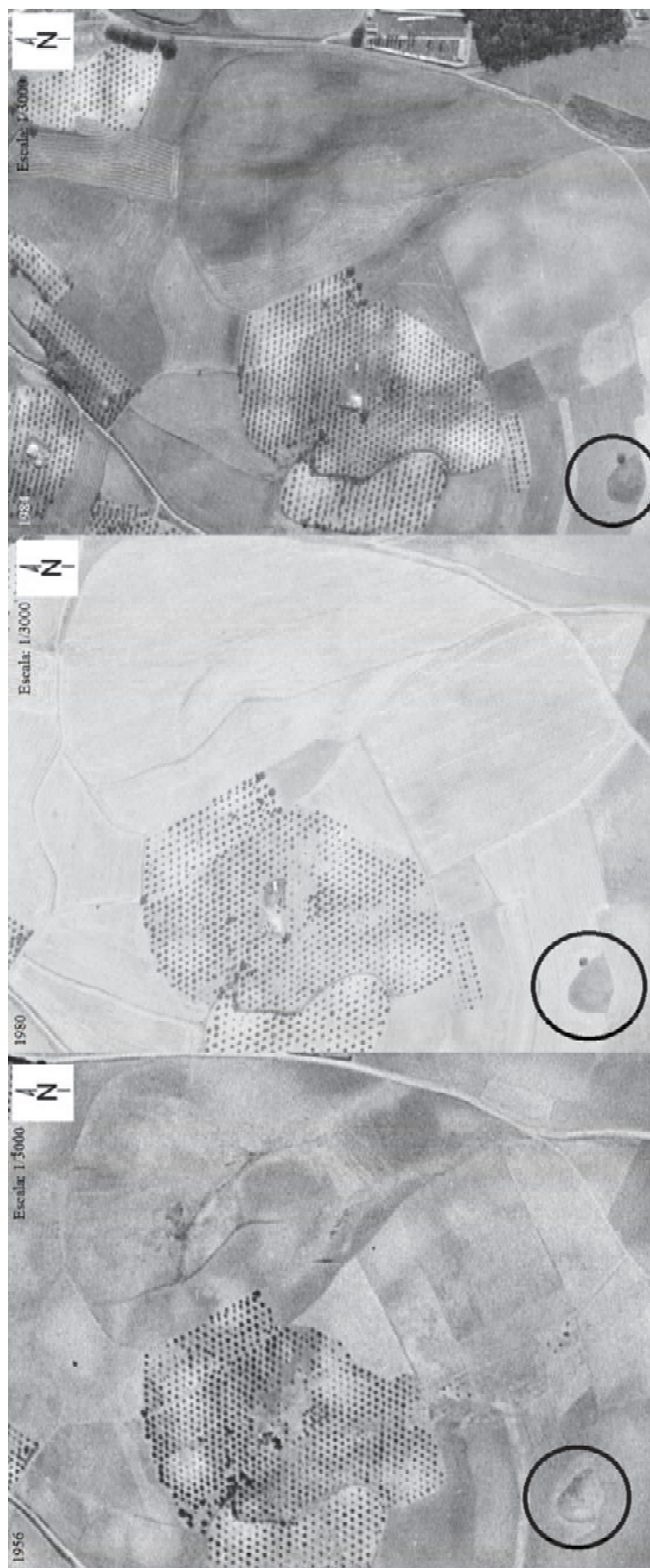
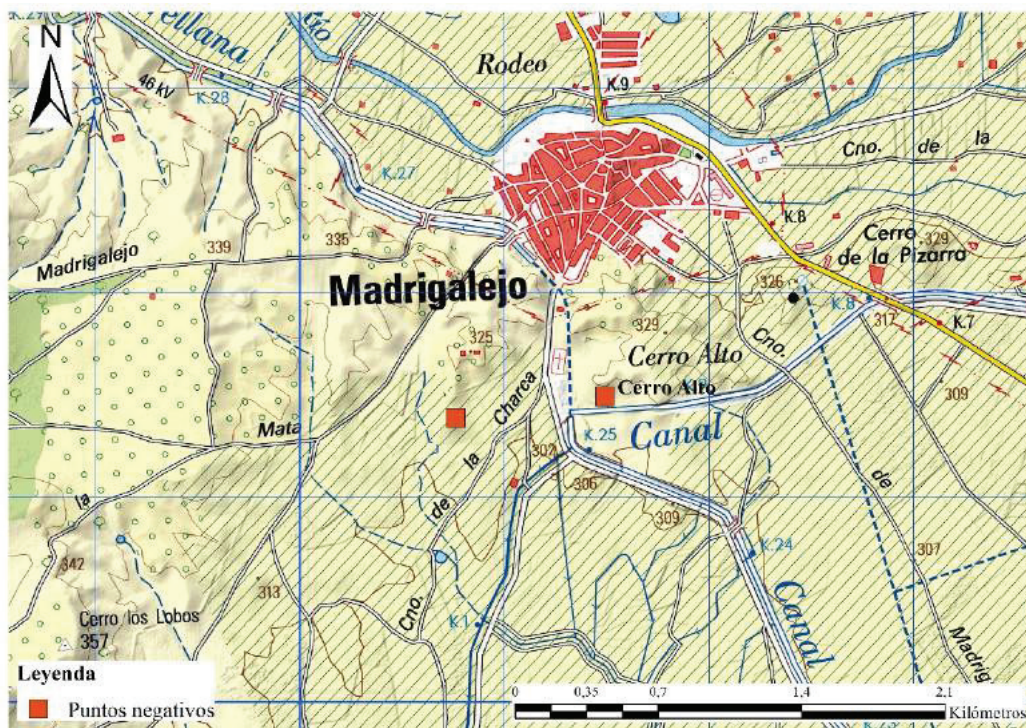


Fig. 216. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Madrigalejo

Polígono: 502 / Parcela: 4



Localización: el enclave de Cerro Alto presenta unas características geográficas muy similares a las descritas para el caso anterior, el enclave de La Horca, del que le separan apenas 700 m. Ubicado sobre una suave elevación al este del actual cementerio, quizás el elemento más destacado de su posición sea su cercanía al río Ruecas, a lo largo de cuyo cauce se han localizado otros enclaves tumulares. Así mismo, su proximidad a un paisaje de vega hace que estas tierras cuenten con una alta productividad.

Acceso: Saliendo de la localidad de Madrigalejo en dirección sur por el camino de la charca nos desviamos en el actual cementerio. Tras éste, y cruzando un pequeño arroyo, se localiza el punto a prospectar.

Visibilidad: Mala. Aunque la parcela objeto de trabajo ha estado en ocasiones cultivada, en el momento de llevar a cabo las labores de campo se encontraba en barbecho, por lo que el pasto y la vegetación arbustiva dificultaban la visibilidad.

CORDENADAS UTM		
HUSO 30 S	DATUM ED 50	
COORDENADAS DE PARTIDA		
NOMBRE	X	Y
Cerro Alto	272797	4334448

Fig. 219. Lista de coordenadas

Resultado de los trabajos de prospección:

La publicación en 1953 de la arracada de Madrigalejo¹¹¹³ (fig. 220) sumaba esta localidad a la lista de enclaves con ocupación protohistórica. Se trataba de un pendiente de 4 cm de ancho por 42 mm de alto y 10 gr de peso que al parecer procedía de un túmulo denominado con el topónimo de “El Castillejo”, en cuyas proximidades había sido localizada además una villa romana; sin embargo, poco sabemos realmente del lugar donde la pieza fue recogida, al tratarse de un hallazgo fortuito realizado durante la ejecución de las labores agrícolas dentro de una parcela.

La aparente morfología externa que presenta la elevación (fig. 221), su proximidad al río Ruecas y su localización dentro de una parcela de tierras de labor nos llevaron a sopesar la posibilidad de que se tratase del posible túmulo del que podía proceder la arracada, pues como puede observarse en la secuencia de fotografías se trata de una suave elevación de tendencia ovalada. Así mismo, las fotografías tomadas durante la década de

¹¹¹³ Fernández-Oxea, 1953

los 50 y los 80 nos permitieron advertir la presencia de una serie de anomalías dentro de la elevación (fig. 222) que en nuestra salida al campo pudimos inspeccionar, concluyendo que se trataba de los restos de varias trincheras de la Guerra Civil.

No detectamos rastro alguno de restos constructivos ni materiales pertenecientes a la I Edad del Hierro, razón por la cual hemos incluido a este enclave dentro del apartado de grupos negativos.



Fig. 220. Arracada de Madrigalejo



Fig. 221. Vista del Cerro Alto desde el sur

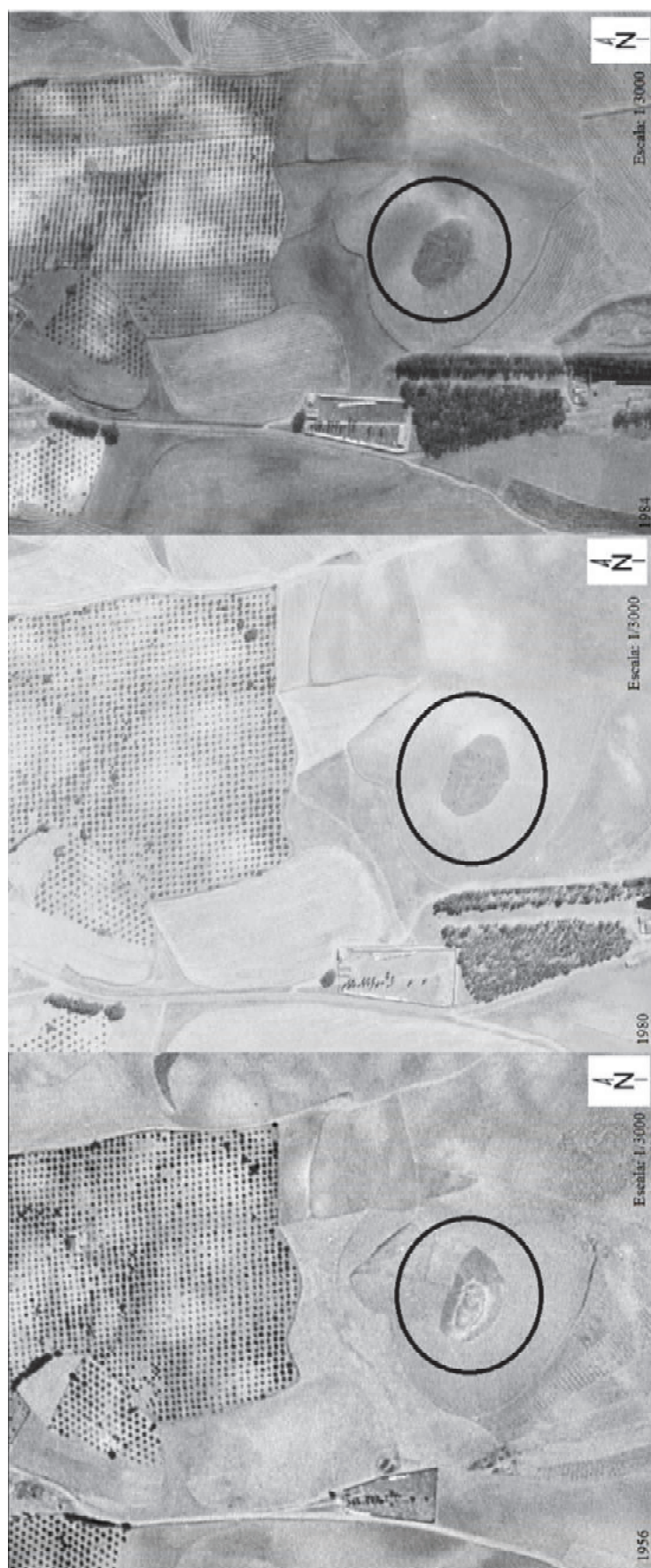
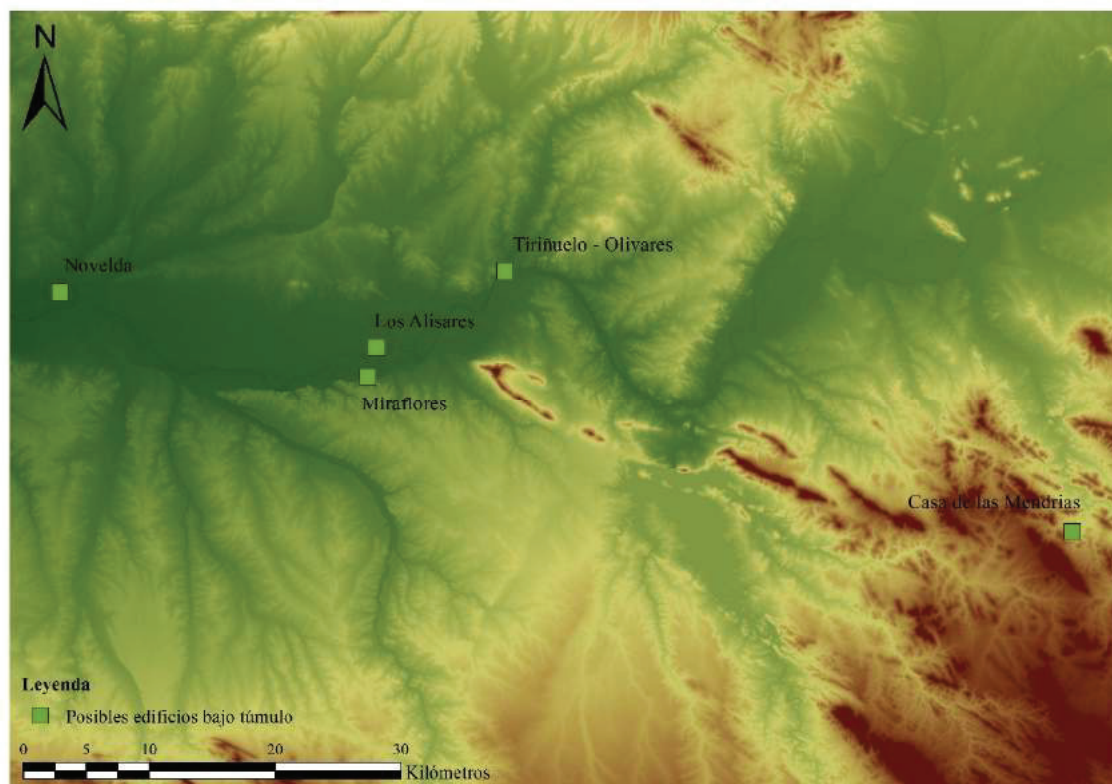


Fig. 222. Secuencia de fotografías aéreas históricas

[Posibles edificios bajo túmulo (B)]



[B01] Novelda

[B02] Alisares

[B03] Miraflores

[B04] Tiriñuelo – Olivares

[B05] Las Mendrias

Incluimos dentro del apartado de **posibles edificios bajo túmulo** un total de **5 evidencias**, incluidas en estudios anteriores a nuestra revisión, dentro del grupo de evidencias tumulares. Por distintas razones que se indican en cada uno de los casos de estudio dentro del apartado dedicado a los resultados de la revisión, ni podemos asegurar su pertenencia al apartado de evidencias positivas ni los restos observados son el resultado de una actividad negativa. Es por ello que hemos creado este apartado de posibles evidencias sin que por ello podamos descartar que futuras intervenciones permitan incluir a estos enclaves dentro del grupo de evidencias positivas.

Término Municipal: Badajoz

Polígono: 758 / Parcela: 179



Fig. 223. Mapa 1:50000



Fig. 224. PNOA máxima actualidad

Localización: el yacimiento de Novelda se localiza dentro del término municipal de Badajoz, al sur del municipio de Novelda del Guadiana del que le separan 1,5 km. Ocupa un destacado espacio inserto entre varios cursos de agua, los ríos Guerrero y Guadiana al sur y el Arroyo de Quebrada de Sagrajas por el norte, circunstancias que configuran un rico paisaje de vega. Estas tierras se encuentran actualmente destinadas al cultivo de regadío. Así mismo, la parcela que ocupa el enclave se encuentra hasta la fecha ocupada por un cortijo y varias naves relacionadas con las tareas agrícolas.

Acceso: Tomamos la carretera EX 209 hacia Novelda del Guadiana hasta llegar a la gravera. Desde allí tomamos un camino a la izquierda que seguiremos durante 1,2 km hasta adentrarnos en la finca donde se encuentra el túmulo.

Visibilidad: Buena. En el momento de ejecución de los trabajos la parcela en la que se localiza el enclave de Novelda había sido recién arada, lo que nos permitió tener una buena visibilidad del suelo; sin embargo no pudimos prospectar la totalidad de la elevación al contar sobre la misma tanto con varias construcciones modernas como con la presencia de árboles frutales que dificultaban el tránsito por la parcela.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50	FECHA	2-MAR-13
HORA INICIO TOMA		HORA FIN TOMA	
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Novelda	688495	4310787	
Se sitúa a 330 m del punto de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Novelda Perimetro 1	688592	4311190	171 m
Novelda Perimetro 2	688514	4311105	176 m
Novelda Perimetro 3	688597	4311026	173 m
Novelda Perimetro 4	688677	4311115	175 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Novelda Centroide	688623	4311097	180 m
AREA	1,6 Ha.		

Fig. 225. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera noticia que poseemos de la existencia de un túmulo localizado al sur del actual municipio de Novelda del Guadiana aparece recogida en el catálogo elaborado por D. Duque¹¹¹⁴. Dentro del mencionado trabajo se hace referencia a la excelente posición geográfica del enclave, próximo a la desembocadura del río Guerrero en el Guadiana dentro de un paisaje de tierras aluviales de alta productividad agrícola.

En cuanto a la morfología del lugar, se indica la existencia de una elevación tumular de 3 m de altura y un diámetro de 40 m aproximadamente, en buen estado de conservación. A esta estructura se asocia la presencia de varios bloques de adobe, muchos de ellos quemados, y grandes piedras que se ponen en relación con la cimentación de la construcción. En lo que al material se refiere poco podemos extraer de este trabajo donde las cerámicas documentadas en cada uno de los túmulos estudiados se publica de manera conjunta.

Posteriormente, este enclave fue también incluido dentro de la batería de fichas publicadas en el estudio macroespacial de La Mata¹¹¹⁵. A los datos ya conocidos se suma la información referente al estado actual de la finca, pues sobre la elevación se ha construido una gran nave todavía en uso, así como algunas referencias acerca de la cultura material registrada. Acerca de ésta se afirma la existencia de *“elementos modelados y torneados. Los primeros respiran la tradición del Bronce Final local, con decoraciones o acabados escobillados y digitaciones, los segundos se pueden subdividir en oxidantes (destacando las cerámicas pintadas a bandas) y las grises, de bordes rectos y engrosados al interior con tratamientos superficiales bruñidos”*¹¹¹⁶. A los restos cerámicos se suma la presencia de algunos fragmentos de molinos barquiiformes.

Todos estos elementos permiten a este equipo de trabajo enmarcar el yacimiento dentro de la etapa Post-orientalizante, concretamente en el siglo V a.C.

Resultados de la revisión:

A diferencia de los datos recogidos en anteriores trabajos acerca de la morfología de este yacimiento, en nuestra visita al túmulo de Novelda pudimos comprobar que se trata de una elevación poco pronunciada que no alcanza los 2 m de altura; sin embargo, la elevación está muy afectada por la edificación de varias construcciones y el planeamiento de pozos y acequias para el cultivo de regadío al que están destinadas las parcelas vecinas,

¹¹¹⁴ Duque, 2001: 32

¹¹¹⁵ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 617

¹¹¹⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 617

por lo que no sería extraño que dichas construcciones le hayan ido ganando terreno a la elevación, reduciendo progresivamente su extensión (fig. 226). Quizás la razón por la que se concentran en este punto de la parcela las diferentes infraestructuras se encuentre en la dificultad de trabajar la tierra ante la existencia de restos constructivos bajo la cobertura tumular, un hecho que se puede comprobar en otros ejemplos incluidos dentro del apartado de identificaciones positivas, caso del túmulo de Casas del Turuñuelo [C08].

Durante nuestros trabajos de campo localizamos varios sillares romanos (fig. 227) en el entorno de la nave principal, así como material constructivo de esta misma cronología, por lo que posiblemente en el entorno debió localizarse una villa romana, algo que no resulta extraño ante la fertilidad de la tierra que rodea a este enclave.

A pesar de la presencia de algunos fragmentos de cerámica romana, registramos producciones de cerámica gris y algún fragmento de cerámica pintada a bandas que, junto a la localización geográfica del yacimiento, nos permiten incluirlo dentro del grupo de posibles edificios bajo túmulo. Por su parte, el análisis de las secuencias de la fotografía aérea (fig. 228) no muestra evidencias claras de la existencia de una elevación en este punto, si bien puede distinguirse una pequeña anomalía de tendencia circular en la imagen extraída de la serie A del Vuelo Americano (1945); lo cierto es que en la imagen tomada de la serie B del mencionado vuelo sí puede identificarse éste como el único punto de la parcela que no se encuentra cultivado, sin que parezca existir en aquel momento construcciones modernas. Por su parte, las imágenes pertenecientes a la década de los 80 ya presentan sendas construcciones, lo que dificulta la visibilidad clara de la elevación y distorsiona la realidad, pues probablemente para su construcción se realizaron trabajos de allanamiento de la elevación. Solo futuras revisiones o intervenciones podrán confirmar la existencia de un edificio de cronología tartésica en este punto de similares características a los documentados en Cancho Roano o La Mata.



Fig. 226. Vista general del enclave de Novelda desde el sureste



Fig. 227. Detalle de los sillares romanos documentados durante la prospección

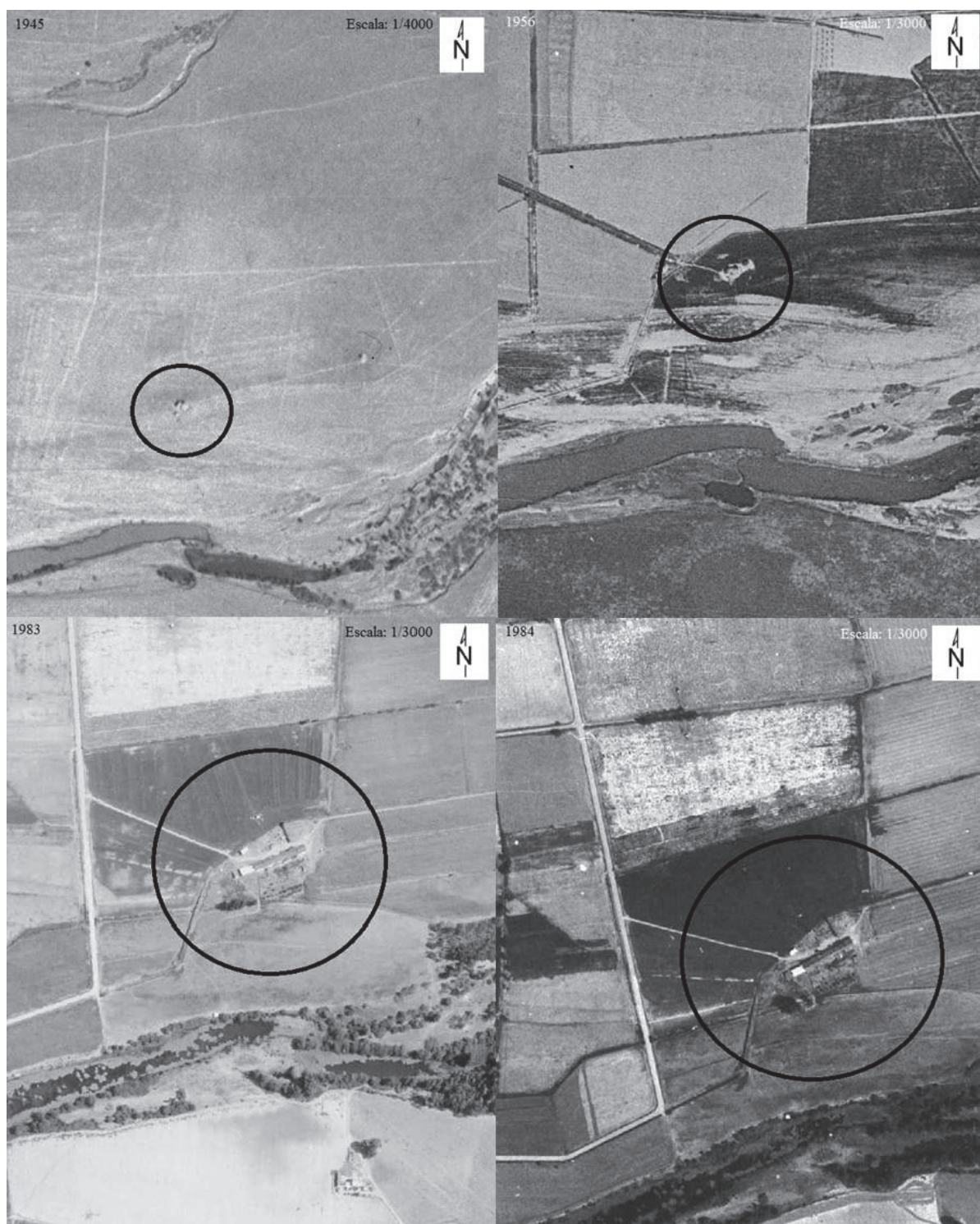


Fig. 228. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Montijo

Polígono: 35 / Parcela: 5037

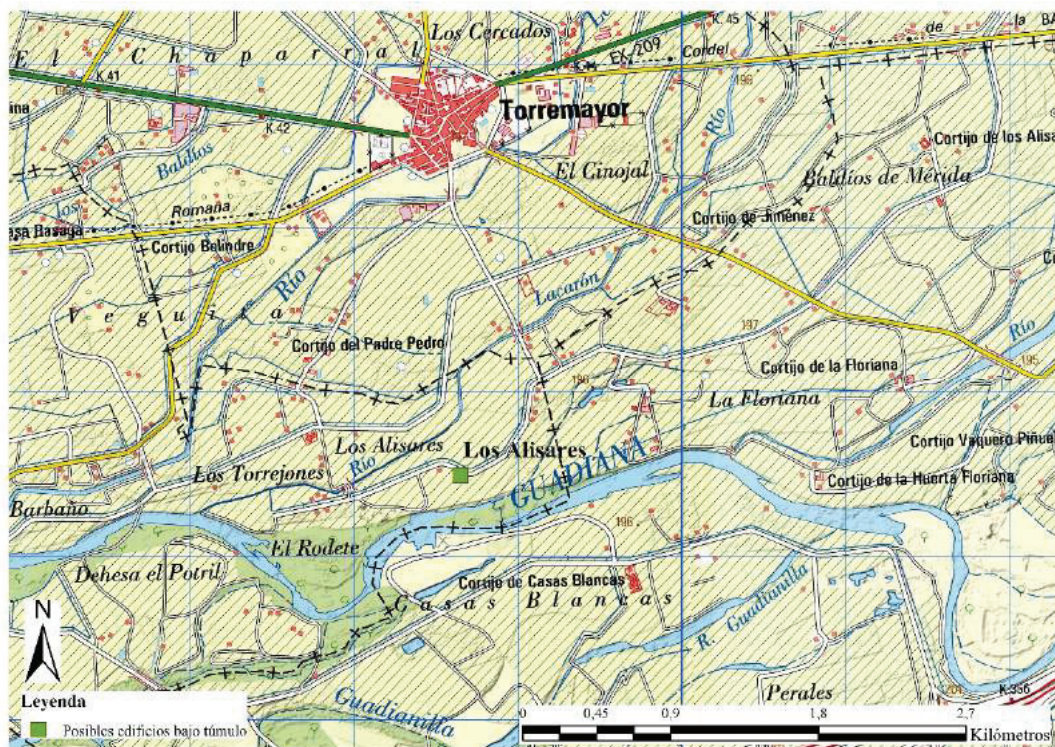


Fig. 229. Mapa 1:50000



Fig. 230. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Los Alisares se localiza en el término municipal de Montijo, al sur del municipio de Torremayor. Posee una ubicación geográfica destacada justo en la confluencia de importantes cursos de agua como los ríos Lácara y Lacarón, a la altura de su desembocadura en el río Guadiana; circunstancias que facilitan el control desde este punto de varios de los vados que permiten cruzar sendos ríos. Todo ello hace que el enclave se localice inserto en un paisaje de vega fértil actualmente dedicado al cultivo de regadío.

Acceso: transitando por la autovía de Badajoz (A-5) tomamos la salida del km 365,5 dirección Lobón – Barbaño – Puebla de la Calzada. Seguimos en dirección al municipio de Barbaño rodeando el pueblo por su margen izquierda. Pasada la ermita llegamos a un cruce y giramos a la derecha por un camino que conecta con la carretera de Torremayor. Nos incorporamos en dirección a Torremayor y a 1 km encontramos un cruce. Giramos a la derecha cruzando el canal, punto en el que el camino hace un giro brusco a la izquierda siguiendo a partir de ese punto 1 km más hasta llegar a otro cruce. En el mencionado cruce giramos a la derecha hasta que cruzamos de nuevo el canal y encontramos de frente una gravera. A unos 500 m sale un camino a la derecha donde dejamos el coche y continuamos a pie hasta el punto en el que se localiza el yacimiento.

Visibilidad: Muy mala. En el momento de ejecución de los trabajos la parcela en la que se localiza el enclave de Los Alisares se acababa de recoger la cosecha de maíz por lo que la visibilidad era prácticamente nula debido a que se encontraba el rastrojo del maíz sin recoger. No obstante pudimos revisar los límites de la parcela que se encontraban más despejados.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29/30 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	15:50:25	HORA FIN TOMA	16:24:01
ERROR MEDIO	± 2 metros	TOMAS	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X		Y
Los Alisares	713723		4306467
Encontramos la elevación a nos 300 metros.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Los Alisares Perimetro 1	713927	4306635	189 m.
Los Alisares Perimetro 2	713920	4306663	189 m.
Los Alisares Perimetro 3	713900	4306742	187 m.
Los Alisares Perimetro 4	713799	4306691	200 m.
Los Alisares Perimetro 5	713788	4306638	195 m.
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Los Alisares Centroide	713871	4306708	193 m.
ACUMULACION RAC			
NOMBRE	X	Y	Z
Los Alisares RAC 1	713871	4306708	193 m.
Los Alisares RAC 2	713834	4306690	187 m.
Los Alisares RAC 3	713827	4306688	192 m.
Los Alisares RAC 4	713822	4306681	195 m.
Los Alisares RAC 5	249695	4322397	247 m.
AREA	0.46 Ha		

Fig. 231. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia a la existencia de un túmulo en la finca de Los Alisares aparece recogida en el estudio territorial realizado por D. Duque¹¹¹⁷. En él se hace referencia a la documentación de un enclave hoy prácticamente arrasado como consecuencia de las labores agrícolas realizadas en la parcela en la que se ubica.

Destacan acerca del mismo su excelente posición geográfica en un área donde son predominantes las tierras aluviales de alto potencial agrícola, entre los ríos Guadiana y Lácara, junto a varios vados que permiten cruzar ambos ríos en cualquier época del año. Según se indica, uno de los trabajadores de la finca les transmite la noticia de que algunos años atrás en ese punto se localizaba un cerro de unos 4 m de altura por unos 40 m de diámetro. Como en otros ejemplos recogidos en este mismo trabajo, queda documentada la presencia en la parcela de restos de adobes fragmentados y quemados, así como de piedras de mediano y gran tamaño que se asocian a los cimientos de las construcciones que debieron allí localizarse. Ninguna referencia se hace al respecto de la recogida de restos materiales.

El enclave de Los Alisares vuelve a ser objeto de análisis en el estudio macroespacial de La Mata¹¹¹⁸. En dicho trabajo se hace referencia a los materiales recogidos en la visita al enclave indicando la presencia de fragmentos a torno y a mano. *“La cerámica a mano la podemos subdividir en tosca y semicuidada, respondiendo a los tipos de tradición del Bronce Final, con decoraciones digitadas y tratamientos superficiales escobillados, bruñidos, alisados y espatulados. La cerámica torneada, a su vez, la podemos subdividir en oxidante (con fragmentos toscos y semicuidados que a veces presentan decoraciones con bandas pintadas) y grises (que generalmente son muy cuidadas, con pastas muy depuradas, cocción reductora y tratamientos superficiales alisados, bruñidos y espatulados)”*. Así mismo, a los restos cerámicos se añade la presencia de fragmentos de molinos barquiformes.

Resultados de la revisión:

Los trabajos de prospección que llevamos a cabo en el enclave de Los Alisares nos permitieron corroborar la existencia en dicho punto de una villa romana, como así puede deducirse de la presencia en los límites de la parcela de varios sillares y un umbral en

¹¹¹⁷ Duque, 2001: 38

¹¹¹⁸ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 612

posición secundaria (fig. 232), así como acumulaciones de material constructivo romano (ladrillos y tégulas) y cerámicas entre las que destacan las sigillatas.

Efectivamente, en el caso de haber existido en este punto una pequeña elevación ésta ha desaparecido por completo (fig. 233), posiblemente como consecuencia de la reparcelación que este paisaje ha sufrido, un proceso que puede rastrearse a través de la secuencia de fotografías aéreas empleadas en el estudio. En el análisis de la mencionada secuencia tampoco hemos detectado la presencia de ningún tipo de anomalía que pueda relacionarse con la existencia de una elevación tumular.

Así pues, aunque este punto bien podría haber formado parte del apartado de indicios negativos, dada su localización en la confluencia entre los ríos Lácara y Guadiana, un hecho que se detecta en otros ejemplos considerando a esta posición como un mecanismo de control de los cursos de agua, y la detección entre el material romano de algunos fragmentos de cerámica gris y producciones a mano, así como una alta presencia de piedras de mediano y gran tamaño, hemos preferido incluirlo dentro del apartado de posibles edificios bajo túmulo. A diferencia de enclaves como Los Olivares [A02], un ejemplo similar a este caso de estudio donde la fotografía histórica permitió documentar una posible elevación, no hay rastro alguno de materiales arqueológicos, algo que, en cambio, si hemos podido documentar en el caso de Los Alisares. De nuevo solo futuros estudios podrán certificar la existencia o no de restos pertenecientes a la I Edad del Hierro en este punto.



Fig. 232. Detalle de los sillares romanos documentados en las tareas de prospección.



Fig. 233. Vista general del asentamiento desde el sureste.

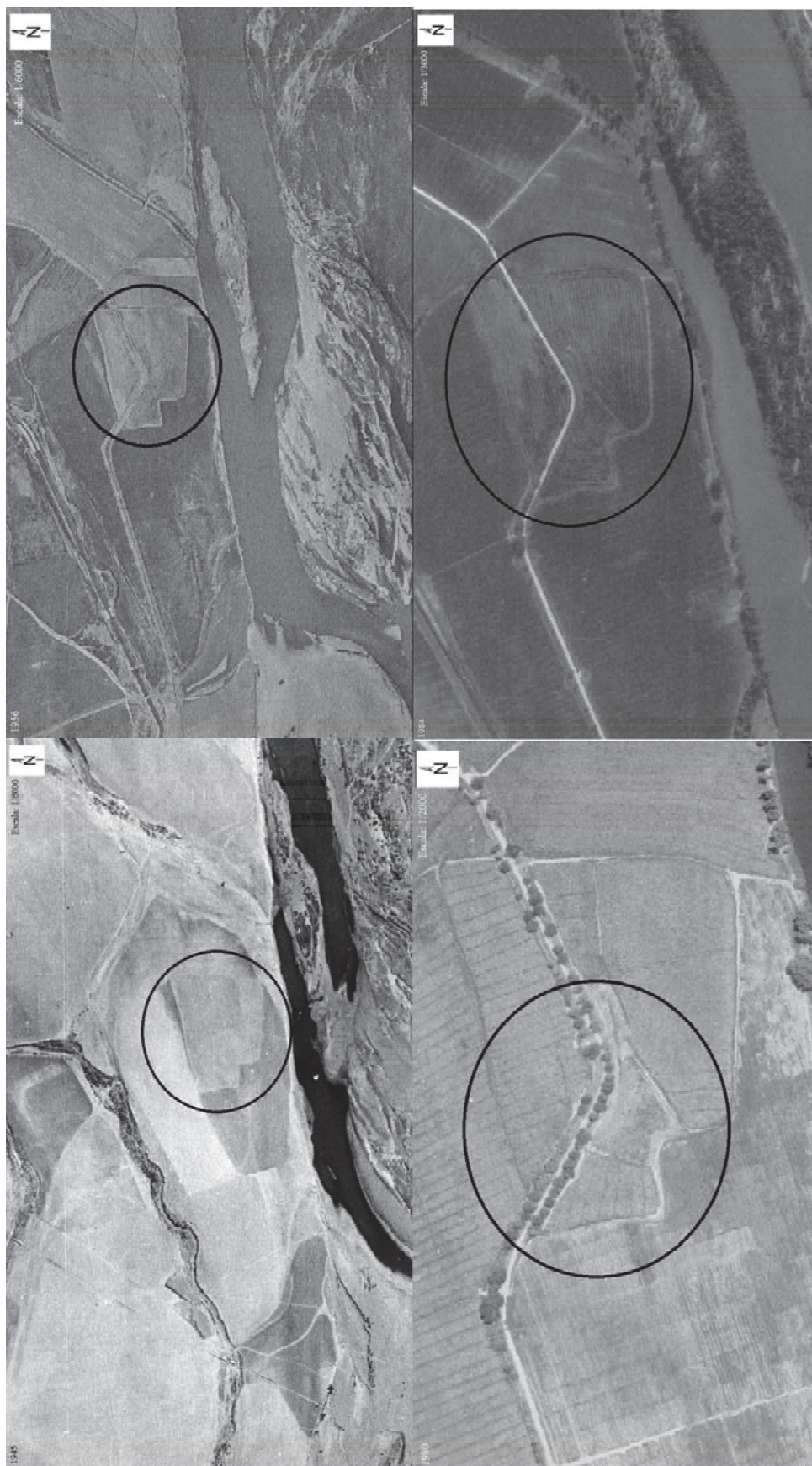


Fig. 234. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Mérida

Polígono: 72 / Parcela: 2

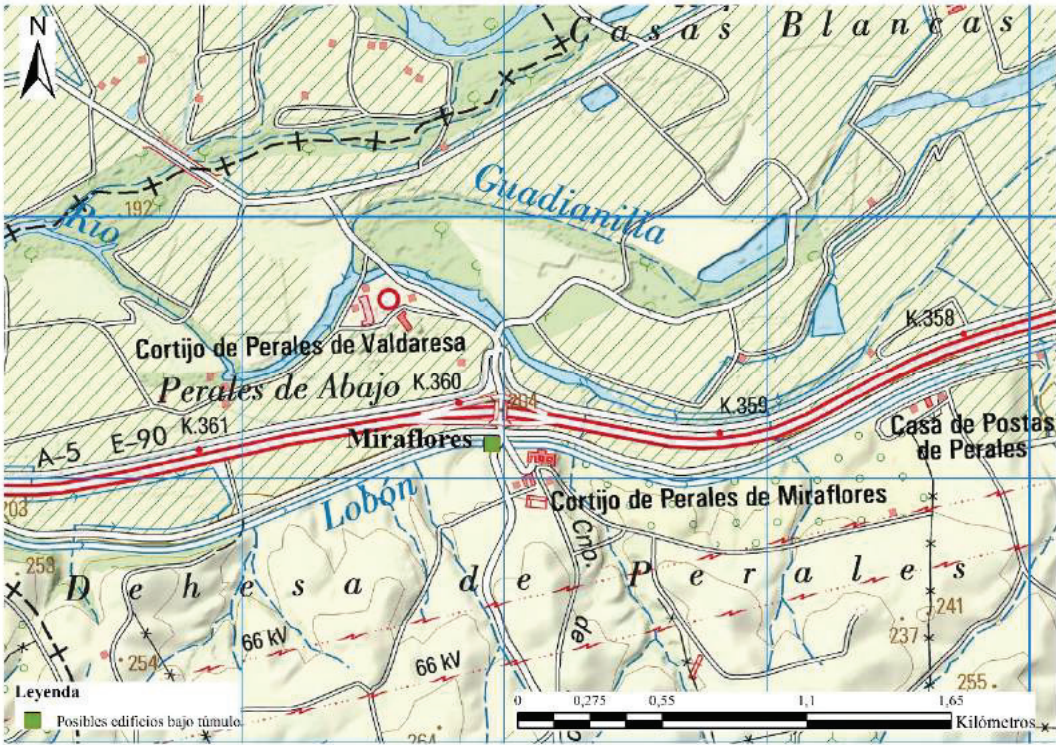


Fig. 235. Mapa 1:50000



Fig. 236. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Miraflores se localiza al sur de los cauces de los ríos Guadiana y Guadianilla, muy próximo a la desembocadura de este último. A caballo entre las tierras de vega que configuran estos ríos y un paisaje de dehesa que comienza a extenderse al sur del enclave, actualmente estas tierras se dedican tanto al cultivo del olivo como al regadío.

Acceso: Tomamos la autovía A-5 en sentido Badajoz, saliendo en el kilómetro 360 y cruzando al otro lado de la misma. Un poco antes de llegar al Cortijo de Perales de Miraflores, tomamos la carretera situada junto al canal de Lobón dirección a Badajoz, paralela a la autovía. Seguimos ese camino durante 1,4 km hasta llegar al primer punto donde se puede cruzar el canal. Lo cruzamos y dejamos el coche para continuar andando. Para localizar el enclave debemos llegar hasta la primera hilera de árboles que miran hacia la quebrada generada por la construcción del canal de Lobón y tras una zona que forma una especie de meandro, después de caminar unos 450 m hay una pequeña vereda que nos llevas hasta la parcela.

Visibilidad: Buena. En el momento de ejecución de los trabajos la parcela en la que se localiza el yacimiento de Miraflores acababa de ser arada, pues se trataba de una nueva tongada de tierras de coloración distinta a la que presenta el sustrato geológico del lugar que indicaban un cambio de cultivo en la parcela. Como veremos a continuación ello dificultó los trabajos de prospección, pues ahora es la tierra nueva y no la vegetación la que complica la detección de restos en superficie.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	12:44:48	HORA FIN TOMA	13:18:05
ERROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Miraflores	712519	4303924	
La elevación la encontramos a unos 500 metros, al otro lado de la carretera NV.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Miraflores Perimetro 1	713021	4304349	205 m
Miraflores Perimetro 2	712983	4304327	210 m
Miraflores Perimetro 3	712935	4304276	216 m
Miraflores Perimetro 4	712877	4304213	222 m
Miraflores Perimetro 5	712835	4304189	218 m
Miraflores Perimetro 6	712604	4304237	208 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Miraflores Centroide	712993	4304348	222 m.
AREA:	0.26 Ha.		

Fig. 237. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia acerca de la existencia de la elevación tumular de Miraflores aparece recogida en el catálogo elaborado por D. Duque¹¹¹⁹. En dicho trabajo se deja constancia del mal estado de conservación del yacimiento, sobre el que se ha construido un punto de elevación de agua del que parten varias acequias encargadas del riego de las parcelas colindantes y una caseta de servicio.

De nuevo, como ocurre en otros ejemplos recogidos en este trabajo, se vuelve a hacer hincapié en la excelente posición paisajística del enclave ubicado junto a los cursos del Guadiana y el Guadianilla, sobre suelos de tipo aluvial destacados por su capacidad agrícola. Así mismo, se deja constancia de la existencia de restos que debieron formar parte del túmulo, caso de adobes afectados por acciones de combustión repartidos por la parcela y de piedras acumuladas en los límites de la parcela, relacionados con el desmonte del túmulo; *“concretamente con las estructuras de cimentación de un posible complejo arquitectónico de ambiente rural”*¹¹²⁰.

Posteriormente, la ficha incluida en el estudio macroespacial de La Mata¹¹²¹ amplía la información sobre los elementos que caracterizan a este yacimiento. Sobre su morfología se indica que se trata de un túmulo que por su tramo sur conserva 2 m de altura, mientras que por su tramo norte llega a alcanzar los 4 m, con un diámetro de 50 m aproximadamente. También se hace alusión a los materiales hallados, indicando la presencia de cerámicas a mano, de tradición del Bronce Final, toscas y semicuidadas con tratamientos escobillados, alisados y bruñidos. Por su parte, la cerámica a torno se compone de producciones oxidantes y grises. *“Las primeras destacan por tener a veces decoraciones pintadas a bandas o de círculos concéntricos, y otras por pertenecer a la categoría de “barniz rojo”. Las cerámicas grises se caracterizan por sus pastas depuradas y sus acabados bruñidos, alisados y espatulados, destacando entre sus formas las de borde engrosado al interior”*¹¹²².

Resultados de la revisión:

La primera visita que realizamos al enclave denominado Miraflores tenía como objetivo localizar el punto exacto en el que se ubicaba la posible elevación tumular a la que se hacía referencia en la bibliografía existente¹¹²³. Al llegar al yacimiento pudimos

¹¹¹⁹ Duque, 2001: 36

¹¹²⁰ Duque, 2001: 37

¹¹²¹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 613

¹¹²² Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 613

¹¹²³ Duque, 2001: 36-37; Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 613

comprobar los fuertes cambios que el paisaje había sufrido (fig. 238), pues la suave loma sobre la que se localiza había sido seccionada en su cara norte por la construcción del canal de agua de Lobón. A pesar de ello, y afortunadamente, nuestra visita coincidió con el cambio de cultivo en la parcela donde se localiza el punto a prospectar, y donde con anterioridad había plantado frutales. Los árboles habían sido arrancados de raíz, lo que generó unos grandes socavones en el suelo que permitían distinguir la presencia de adobes, carbones y cerámicas. A pesar de la abundancia del material documentado en superficie, únicamente fotografiamos algunos fragmentos con vistas a solicitar el permiso a la Dirección General de Patrimonio y proceder a la recogida del mismo y su posterior estudio.

Unos meses después, cuando regresamos al enclave para llevar a cabo las tareas de prospección, la parcela había sido cubierta por más de 1 m de tierra adquirida de otra parcela que había tapado por completo los restos registrados en nuestra primera visita, circunstancias que han hecho “desaparecer” todo rastro del asentamiento (fig. 240). Esta fue la razón principal que nos llevó a incluir el asentamiento de Miraflores dentro del apartado de posibles edificios bajo túmulo, pues al no poder presentar el material asociado al sitio, nos impide demostrar su existencia.

Por otro lado, en el análisis que realizamos en nuestra primera visita, pudimos comprobar como en la dispersión del material en superficie destacaba la abundancia de cuarcitas, escorias y restos cerámicos pertenecientes a grandes contenedores de almacenaje (fig. 239). Así mismo, su localización en la cara norte de un cerro alomado que mira hacia el Guadiana, nos recordó rápidamente a la situación y morfología que presenta el yacimiento de la Barca-Torruco también incluido en este trabajo. Estas analogías nos han llevado a pensar en que quizás nos encontremos frente a un pequeño enclave rural ubicado en llano, más que frente a una elevación tumular. Otra pista que nos ha empujado a realizar esta propuesta es la ausencia de anomalías u otros elementos dentro de la fotografía aérea que nos permitan pensar en la existencia de una pequeña elevación. De hecho, y a pesar de que la toponimia y las coordenadas coinciden, las imágenes aéreas de la posición del yacimiento presentadas por nosotros no tiene nada que ver con la imagen aérea de 1982 publicada en la ficha contenida en el catálogo de La Mata¹¹²⁴, donde tampoco detectamos anomalía ninguna.

Dadas las circunstancias, creemos que lo más recomendable es incluir este enclave en el grupo de posibles edificios bajo túmulo, pues sabemos de la existencia de materiales

¹¹²⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 613

de la I Edad del Hierro en la parcela, bajo las nuevas tierras. Solo futuros trabajos o el sucesivo arado de la parcela permitirán incorporar un elenco de materiales a este estudio que certifique la ocupación de este punto y la naturaleza del mismo.



Fig. 238. Vistas del enclave de Miraflores desde el este prevías al cambio de tierra (julio 2012)



Fig. 239. Restos materiales documentados en la primera visita al enclave (julio 2012)



Fig. 240. Vista del enclave de Miraflores tras el cambio de cultivo (abril 2013)

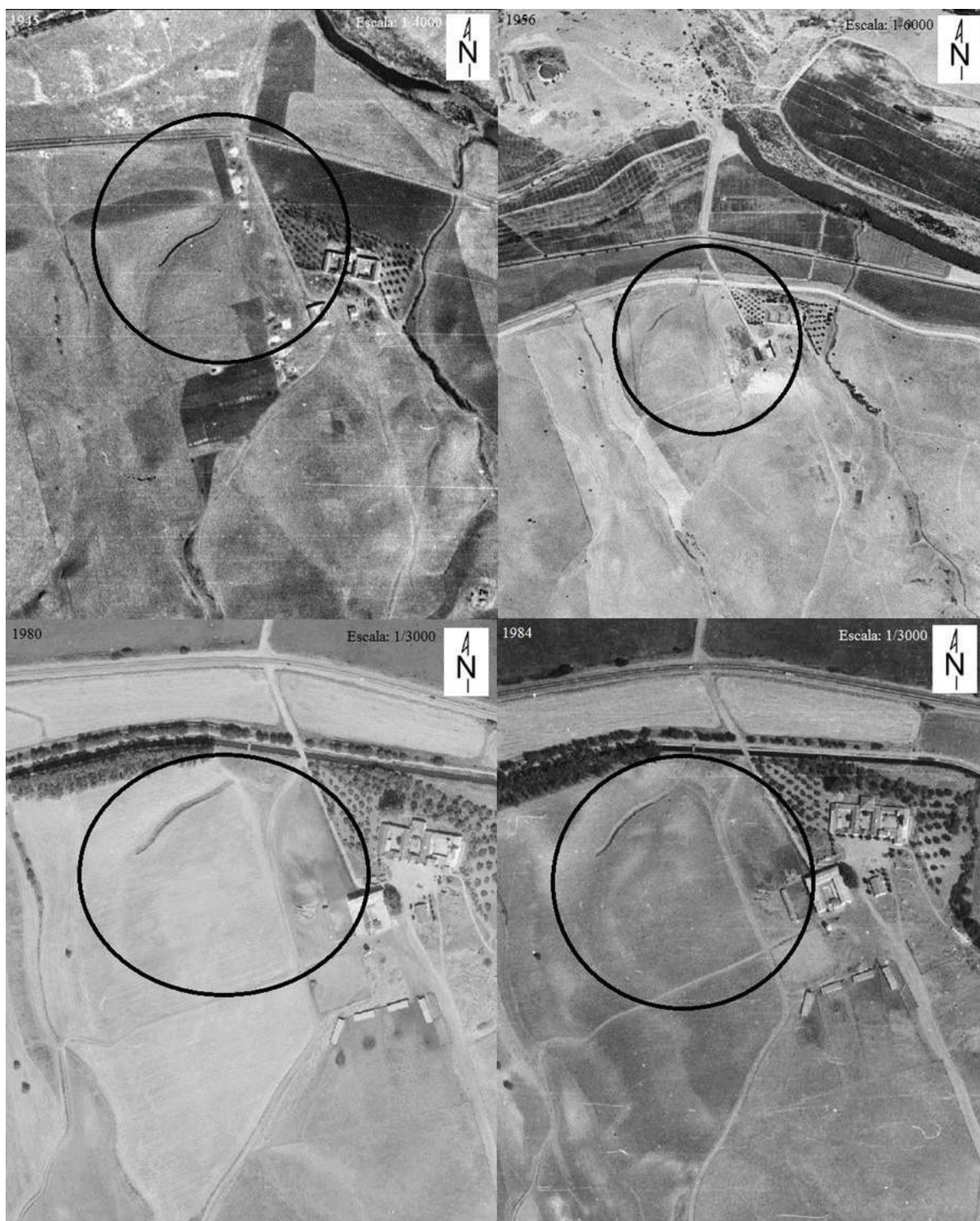


Fig. 241. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Mérida

Polígono: 78 / Parcela: 192

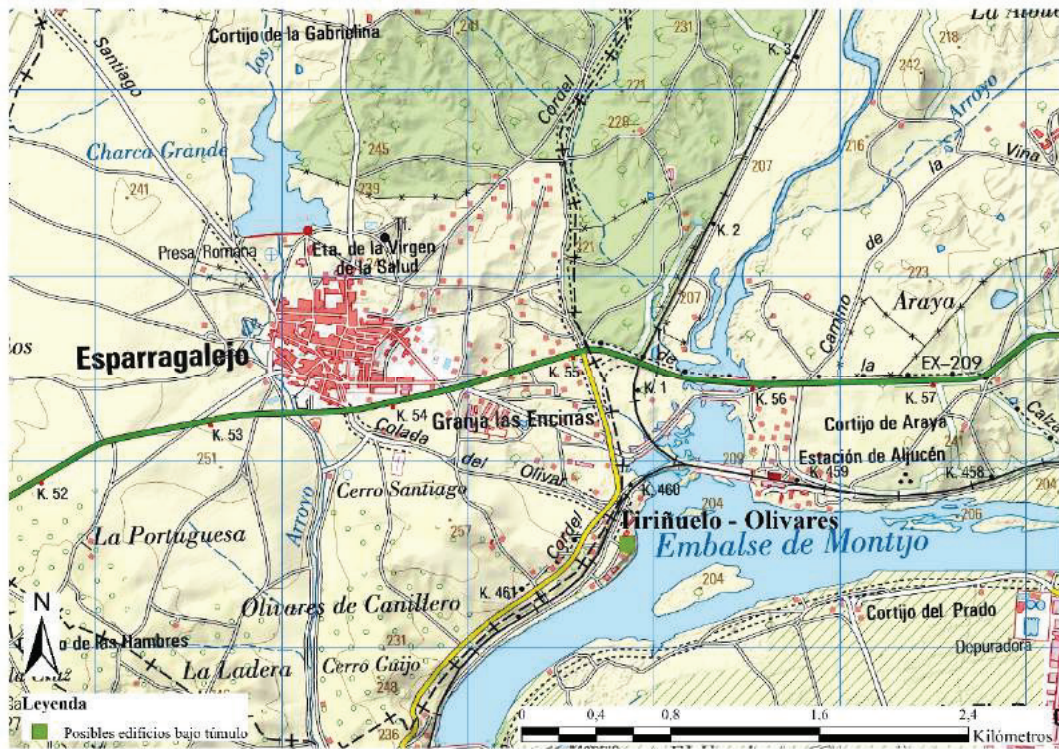


Fig. 242. Mapa 1:50000



Fig. 243. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave del Tiriñuelo – Olivares se localiza en el término municipal de Mérida al sureste del municipio de Esparragalejo, en la actual margen derecha del embalse de Montijo, justamente frente a la desembocadura del río Aljucén en el Guadiana, lo que le confiere una posición privilegiada sobre el control de ambos cursos de agua. En la actualidad forma parte de una extensa finca de recreo, concretamente se corresponde con el jardín del Cortijo Tirijuelos.

Acceso: salimos de Esparragalejo dejando el pueblo a la izquierda. Tras 800 metros encontramos un cruce con una carretera que sale a la derecha. La tomamos durante unos 700 m hasta el final de una urbanización que se sitúa a la derecha. Desde ahí sale un camino a la izquierda que va hasta uno de los pilares del puente que cruza el río. Giramos a la derecha y a unos 600 m por el camino dejamos el coche y seguimos a pie unos 80 m en dirección al río. En ese punto nos encontramos con la puerta de la finca.

Visibilidad: Desconocida.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	18:35:07	HORA FIN TOMA	18:35:07
ERROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Tiriñuelo-Olivares	723827	4312531	
No podemos acceder. El punto de aproximación se sitúa a unos 300 metros.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	
Tiriñuelo Perímetro 1	723953	4312768	
Tiriñuelo Perímetro 2	723967	4312719	
Tiriñuelo Perímetro 3	724004	4312737	
Tiriñuelo Perímetro 4	723991	4312779	
Se toma un perímetro aproximado del SIGPAC.			
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	
Tiriñuelo Centroide	723972	4312753	
Se toma centroide aproximado del SIGPAC.			
PUNTO DE APROXIMACION			
NOMBRE	X	Y	Z
Tiriñuelo aprox. 1	723873	4312802	206 m.
Se toma punto en la puerta de acceso a la finca.			
AREA	0.36 Ha.		

Fig. 244. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia acerca de la existencia del túmulo del Tiriñuelo aparece recogida en el catálogo de elevaciones tumulares elaborado por D. Duque¹¹²⁵ donde aparece bajo el topónimo de Cerro del Tiriñuelo. Ya en dicho trabajo se hace alusión a la negativa de los propietarios para facilitar los trabajos de prospección, por lo que únicamente se describen sus características paisajísticas, entre las que se destaca su posición junto a la desembocadura del río Aljucén en el Guadiana, en el límite occidental entre las tierras aluviales del Guadiana y las Vegas Bajas.

Sobre su morfología, a pesar de no haber podido acceder a la finca, se reseña que se trata de un túmulo de unos 4 m de altura y 50 de diámetro, del que se ignora si existen restos constructivos.

Este enclave volvió a ser objeto de estudio dentro del análisis macroespacial de la Mata¹¹²⁶, pero de nuevo contaron con la negativa de los propietarios para acceder a la finca en la que se encuentra. A pesar de ello se recoge la existencia de material rodado en la parte baja del cerro, entre el que se cita la presencia de cerámica a mano escobilladas, un fragmento de ánfora y un asa de sección circular.

Resultados de la revisión:

Poco podemos añadir a los datos recogidos en los trabajos anteriores en los que se incluye este enclave, pues tampoco hemos tenido acceso a la finca para llevar a cabo los trabajos de prospección; sin embargo, la localización geográfica del enclave, en la confluencia entre el Guadiana y uno de sus afluentes, el río Aljucén, así como la estructura de apariencia circular que se observa en la serie de fotografías aéreas, sobre la que actualmente se ha construido una piscina, nos permiten incluir a este enclave en el apartado de posibles edificios bajo túmulo. Solo la posibilidad futura de acceder a la finca en la que se encuentra y documentar la existencia de restos constructivos y materiales correspondientes con la I Edad del Hierro podrá permitir su inclusión en el apartado de evidencias positivas.

¹¹²⁵ Duque, 2001: 40

¹¹²⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 609



Fig. 245. Entrada a la finca en la que se localiza el túmulo del Tiriñuelo



Fig. 246. Extremo sur de la elevación del Tiriñuelo vista desde el exterior

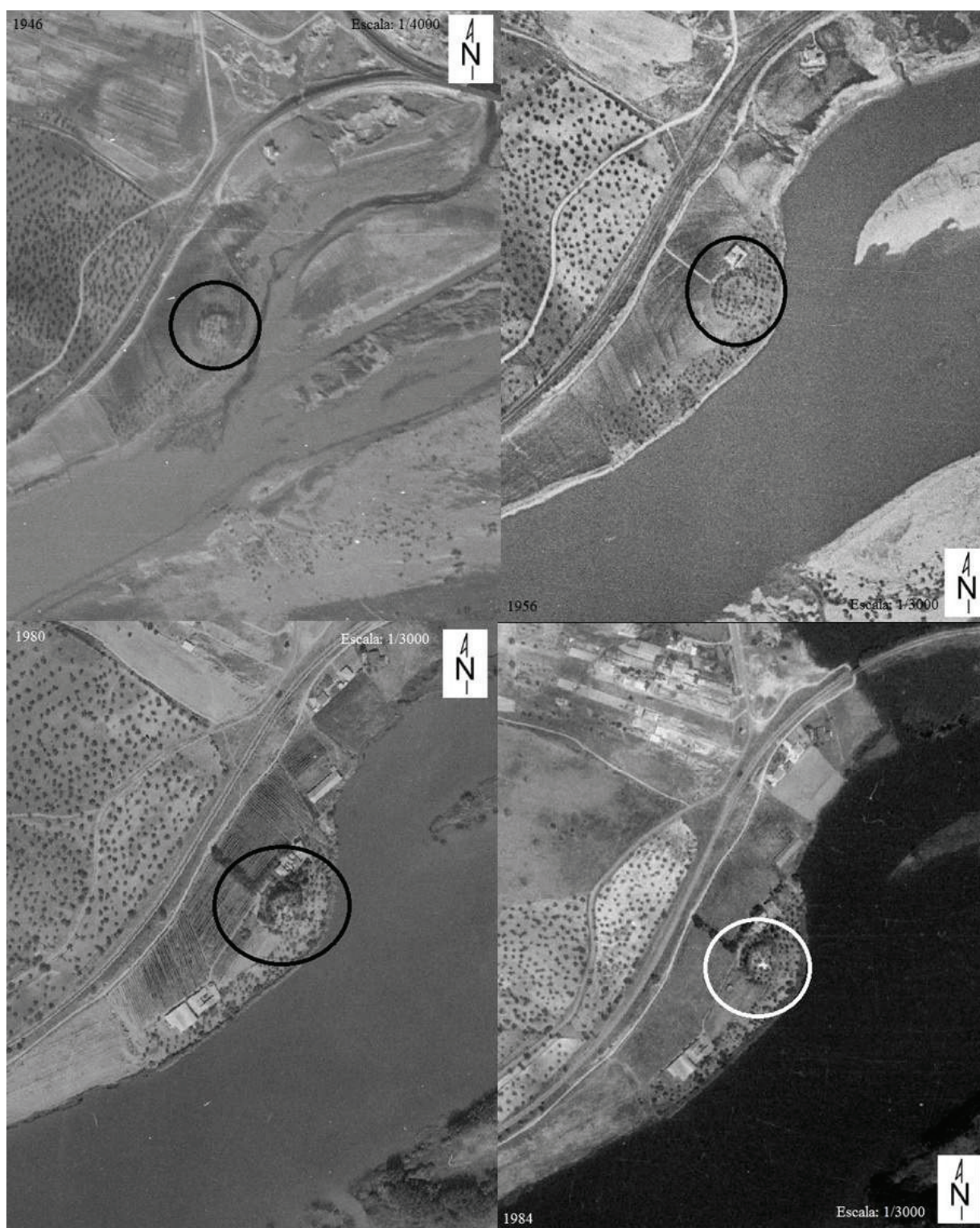


Fig. 247. Serie de fotografías aéreas históricas

Término Municipal: Don Benito

Polígono: 79 / Parcela: 7

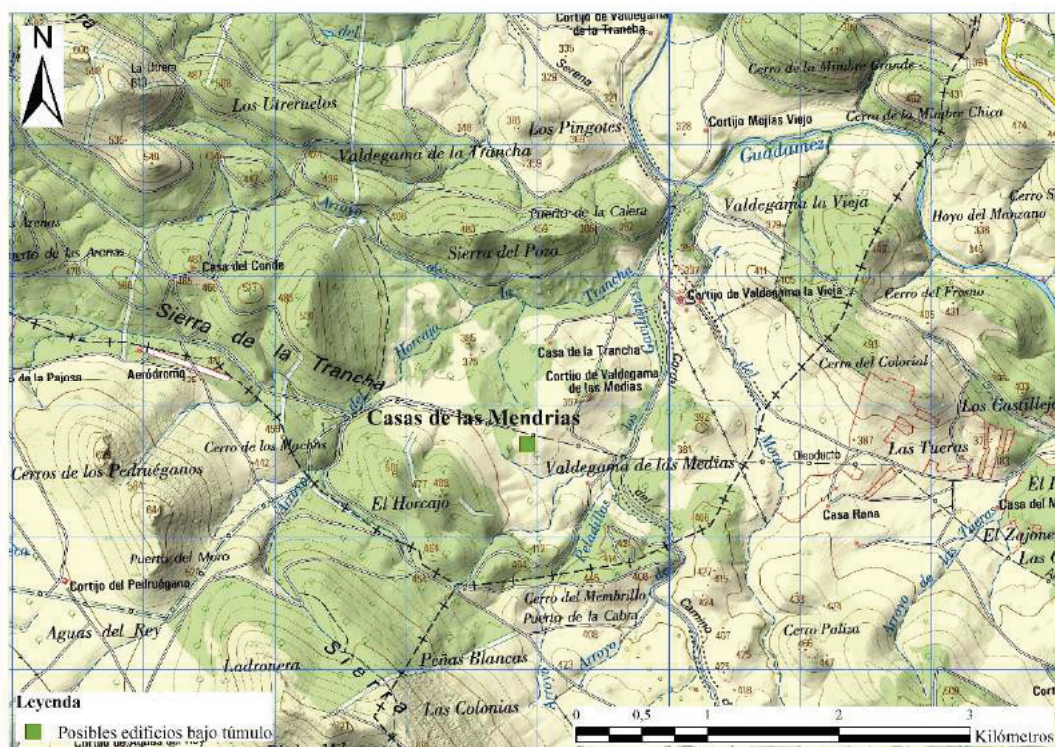


Fig. 248. Mapa 1:50000



Fig. 249. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Casas de las Mendrias se localiza en el término municipal de Don Benito, inserto en un paisaje de dehesa. Se encuentra rodeado por las sierras del Pozo al norte, la de la Trancha al oeste, la sierra Hermosa al sur y el cerro del Fresno al este. Así mismo, lo rodean varios cursos de agua: el arroyo Trancha al norte, el arroyo Horcajos al oeste, los arroyos de los Gavilanes y el Moral al este y el arroyo de Peladillas al sur, todos ellos beneficiarios del río Guadámex que discurre a 3,5 km al este del enclave.

Acceso: saliendo de la localidad del Valle de la Serena por la carretera EX345 dirección Don Benito, a unos 9,4 km sale un camino a la izquierda. Tras unos 3,5 km por esta vía se cruza el río Guadámex, llegando desde el río a unos 1200 m a una bifurcación que tomamos a la derecha hasta llegar a la Casa de la Trancha. Desde ese punto seguimos unos 180 m más hasta llegar a otra bifurcación que tomamos a la derecha continuando unos 500 m desde ahí hasta el punto hay unos 100 m andado en dirección sureste.

Visibilidad: mala. Al tratarse de un terreno no cultivado la superficie se encontraba cubierta de vegetación, fundamentalmente pasto con arbolado y arbustos, lo que dificulta la visibilidad del terreno.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	9:12:20	HORA FIN TOMA	9:32:10
ERROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Casa Medrias	247364	4291183	
El punto se sitúa a 230 metros.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Medrias Perímetro 1	247439	4291439	395 m
Casa Medrias Perímetro 2	247390	4291380	397 m
Casa Medrias Perímetro 3	247413	4291336	393 m
Casa Medrias Perímetro 4	247511	4291338	390 m
Casa Medrias Perímetro 5	247519	4291402	395 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Medrias Centroide	247470	4291387	400 m
AREA	0,15 Ha.		

Fig. 250. Lista de coordenadas

Antecedentes:

La primera referencia conocida del enclave de Casas de las Mendrias aparece recogida en el primer catálogo de los denominados como complejos monumentales bajo el topónimo de Valdegamas¹¹²⁷. Dicho enclave se pone en relación con la aparición de un jarro tartésico de bronce publicado en 1953 por A. Blanco Freijeiro¹¹²⁸ (fig. 251). El hallazgo del jarro se produjo de manera fortuita durante los trabajos de labranza de las tierras de la finca de Valdegamas. Según el Dr. Vega, quien dio aviso del hallazgo al profesor A. García y Bellido, en el lugar del hallazgo, a unos 0,40 m de profundidad, se documentó la existencia de una construcción de cuatro habitaciones construidas con cimientos de piedra y un alzado de adobe entre cuyos restos había abundantes fragmentos de cerámica¹¹²⁹. Tras la noticia del hallazgo A. García y Bellido y A. Blanco Freijeiro visitaron el lugar del hallazgo, donde no se efectuaron labores de excavación arqueológica como habitualmente se indica¹¹³⁰. Según se recoge en el trabajo, la visita al lugar permitió constatar la existencia de *“una casa de habitaciones rectangulares, con paredes de mampostería tosca -lajas de pizarra de tamaño desigual y cantos extraídos del río- y suelo de tierra apisonada, que aparecen a una profundidad media de 30 cm”*, de cuya planta fue publicado un dibujo (fig. 252). Así mismo, los autores destacan la presencia de cerámicas tanto a mano como a torno, una fusayola, un molino y una posible quicialera. De ese modo, la visita al posible lugar del hallazgo permitió documentar la existencia de una pequeña elevación en la que se observan restos de muros de pizarras, y algunos fragmentos cerámicos entre los que se citan las cerámicas pintadas y algunos fragmentos de ánfora de tipo CR; hecho por el cual este punto quedó incluido dentro del grupo de elevaciones tumulares tipo Cancho Roano.

Poco tiempo después, el yacimiento fue de nuevo incluido en el apartado dedicado a los túmulos dentro del estudio macro-espacial de La Mata¹¹³¹; sin embargo, en esta ocasión el enclave recibe el nombre de Casa de las Mendrias y se considera como un yacimiento inédito, sin que se establezca relación alguna con el jarro de Valdegamas y la posible planta de la casa publicadas por A. Blanco Freijeiro. Acerca del mismo se indica la existencia de los restos de un túmulo de unos 40 m de diámetro y 2 m de altura, erosionado por las labores agrícolas. Al igual que en el trabajo anterior se destaca la

¹¹²⁷ Jiménez Ávila, 1997: 145-146

¹¹²⁸ Blanco Freijeiro, 1953

¹¹²⁹ Blanco Freijeiro, 1953: 235

¹¹³⁰ Jiménez Ávila, 1997: 145

¹¹³¹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 604

escasa presencia de restos materiales, pues apenas se documentaron algunos fragmentos de cerámicas grises, oxidantes y molinos barquiformes.

Resultados de la revisión:

A pesar de que existen indicios para pensar que este enclave se corresponde con una elevación tumular, la razón de que engrose el grupo de posibles elevaciones bajo túmulo estriba, fundamentalmente, en la confusión que este punto despierta y en la ausencia de material arqueológico que pueda asociarse al mismo. Si bien el sitio se relacionó desde el principio con la aparición del jarro de bronce de Valdegamas, lo cierto es que la localización exacta de este hallazgo nos es desconocida, lo que nos impide certificar la asociación entre el hallazgo y el yacimiento aquí descrito.

Por otro lado, su topónimo despierta cierta confusión. El punto en el que actualmente se localiza el túmulo se encuentra inserto en la finca denominada Valdegamas de las Medias, razón por la cual, posiblemente, se relacionó en primera estancia con la aparición del jarro, al encontrarse además dentro del término municipal de Don Benito. Sin embargo, el topónimo de Valdegamas se abandona y en la última publicación el enclave recibe el nombre de Casas de las Mendrias, un topónimo que no hemos conseguido localizar dentro del mapa topográfico 1: 25.000. Ello nos lleva a pensar que, posiblemente, esta denominación derive del topónimo del Cortijo de Valdegamas de las Medias pero ¿se trata en ambos casos del mismo enclave?

En nuestra revisión, y al conocer sus coordenadas, procedimos a visitar el punto denominado como Casas de las Mendrias. El sitio está en un entorno muy similar al que presenta Cancho Roano, un paisaje de dehesa, rodeado por diversos cursos de agua y sucesivas elevaciones que en ningún caso superan los 600 m de altura. De los cursos de agua que lo rodean el más destacado es el río Guadámex, afluente del Guadiana, el cual discurre a 3,5 km al este del yacimiento. Sin embargo, el sitio se encuentra completamente rodeado por el arroyo de la Trancha al norte, el arroyo del Horcajo al oeste, el arroyo de Peladillas al sur y los arroyos de los Gavilanes y el Moral por el este, todos ellos beneficiarios del Guadámex. Así mismo, las elevaciones a las que hacíamos referencia rodean el enclave por todos sus lados, existiendo un corredor al norte, entre las Sierras del Pozo y el Cerro del Fresno, que comunica el lugar con el río Guadámex.

A pesar de las referencias existentes acerca de la existencia en este punto de una posible elevación tumular, en nuestra visita no conseguimos documentar tal estructura tumular, aunque el punto coincide con una suave elevación que poco destaca dentro de un paisaje tan sinuoso (fig. 253). Sin embargo, y a pesar de que en el campo apenas se

distingue la existencia de una elevación, es cierto que si aparece destacada en la fotografía aérea consultada para el estudio (fig. 254). El primer fotograma corresponde a la serie B del Vuelo Americano (1956), donde apenas se pueden distinguir dos pequeñas anomalías o sombras; sin embargo, es en las imágenes de los vuelos Interministerial (1982) y Nacional (1984) donde sí se detecta una marca de distinta tonalidad y de forma casi circular que parece corresponderse con un terreno sin arar y que ha sido identificada con la posible elevación tumular.

En nuestra visita al enclave pudimos comprobar la existencia, sobre la suave elevación a la que hacíamos referencia con anterioridad, de una elevada densidad de piedras de diversos tamaños cuya distribución se restringe a la elevación; sin embargo, el escaso material cerámico documentado se corresponde con restos de cronología romana, fundamentalmente tégulas y algunos fragmentos de cerámica a torno oxidante que como mucho podríamos llevar a cronologías de la II Edad del Hierro. Ello, sumado a la confusión toponímica del enclave, nos ha empujado a incluirlo dentro de este grupo de posibles elevaciones, a la que espera de que futuros trabajos permitan fechar este enclave en la I Edad del Hierro, dentro del grupo de elevaciones tumulares e, incluso, llegar a relacionarlo con la aparición del jarro del bronce y la construcción rectangular donde se dice que apareció.



Fig. 251. Vaso de Valdegamas (Museo Arqueológico Nacional)

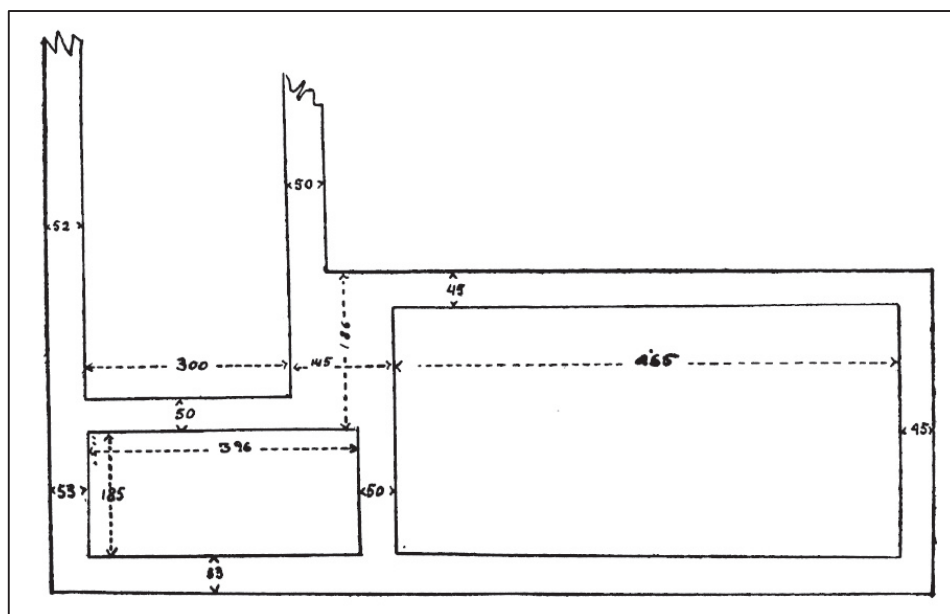


Fig. 252. Planta de la casa donde se halló el vaso (según Blanco Freijeiro, 1953: 237, fig. 1)



Fig. 253. Vista general de la elevación de Casas de las Mendrias desde el sur

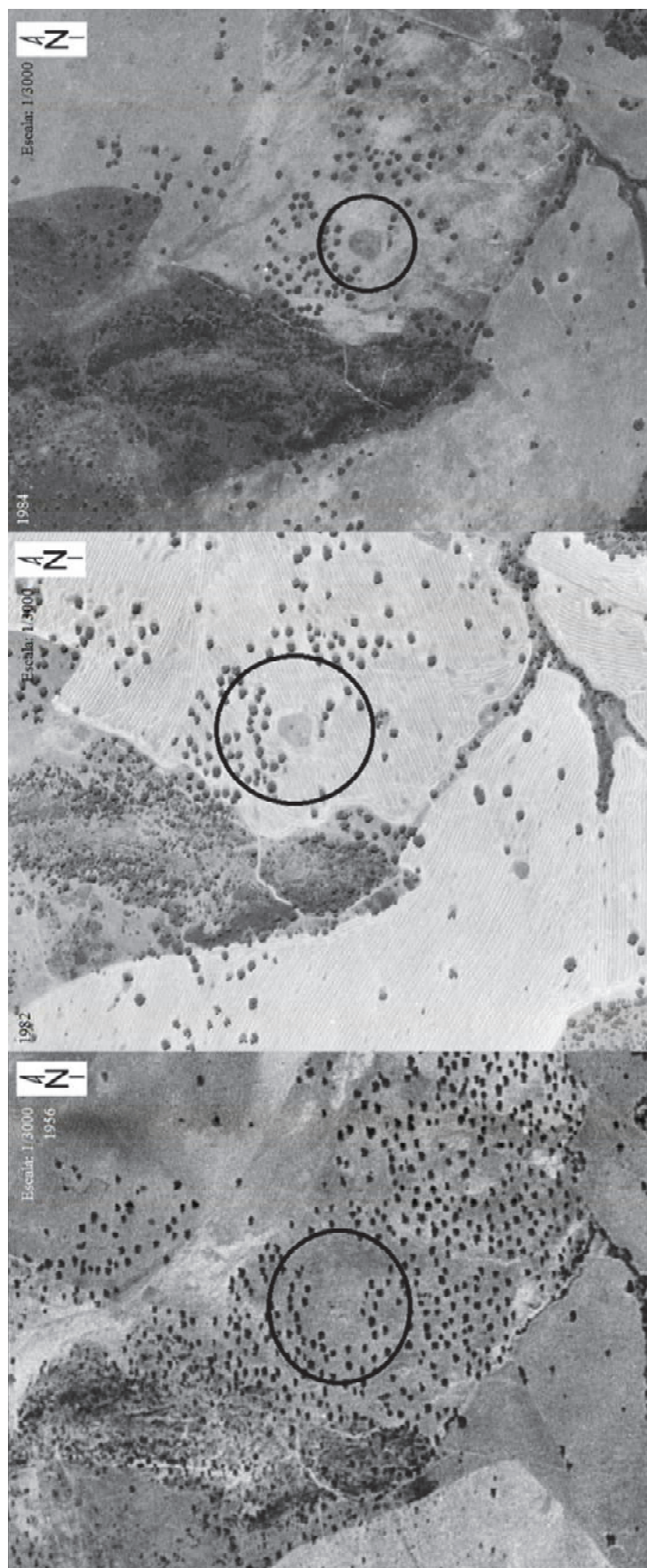
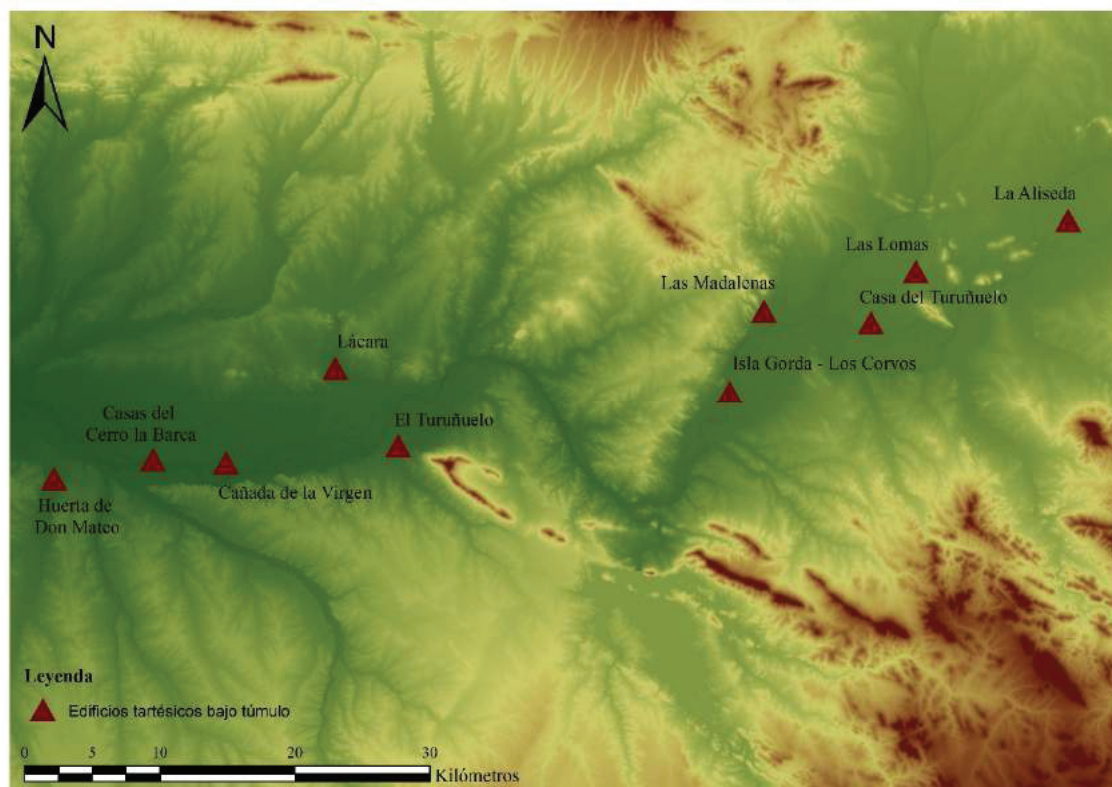


Fig. 254. Serie de fotografias aéreas

[Edificios tartésicos ocultos bajo túmulo (C)]



- [C01] Huerta de Don Mateo
- [C02] Casas del Cerro la Barca
- [C03] Cañada la Virgen
- [C04] Lácara
- [C05] Turuñuelo de Mérida
- [C06] Isla Gorda – Los Corvos
- [C07] Las Madalenas
- [C08] Casas del Turuñuelo
- [C09] Las Lomas
- [C10] La Aliseda

Incluimos dentro del apartado de **edificios tartésicos ocultos bajo túmulo** un total de **11 evidencias** en cuyas prospecciones fueron detectados restos arqueológicos que posibilitan su adscripción tanto a la I Edad del Hierro como a esta modalidad de asentamiento.

Término Municipal: Talavera la Real

Polígono: 10 / Parcela: 33

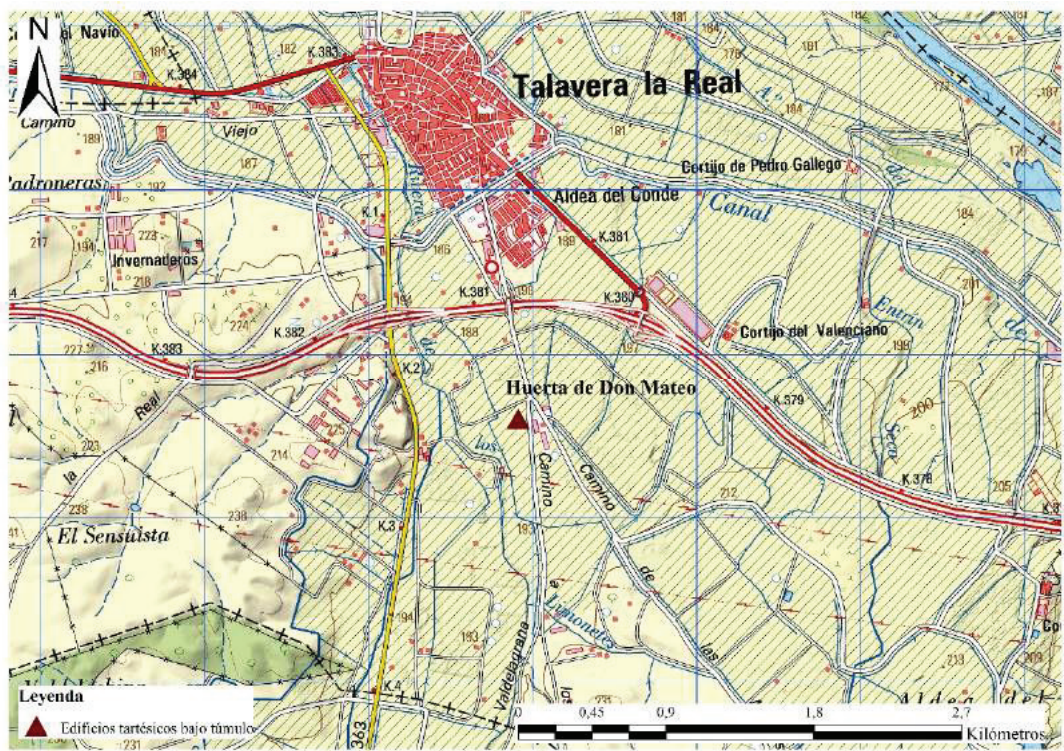


Fig. 255. Mapa 1:50000



Fig. 256. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Huerta de Don Mateo se localiza al sur del actual término municipal de Talavera la Real. Se encuentra enmarcado por los cauces del arroyo Limonetes, que discurre por el oeste, y el arroyo de Entrín Seco, que lo hace por el este, hasta desembocar ambos en el río Guadiana cuyo cauce se localiza a una media de unos 5 km, aproximadamente, al noreste del asentamiento. En la actualidad las tierras sobre las que se localiza el enclave están destinadas al cultivo de regadío.

Acceso: desde el municipio de Talavera la Real tomamos la dirección que indica la salida a la A-5 en sentido Mérida. Antes de salir del pueblo a la izquierda hay una carretera que va hacia el campo de fútbol, la tomamos y pasamos por encima de la autovía. A unos 500 m giramos a la derecha y 300 m más allá dejamos el coche. Seguimos andando hacia el oeste encontrando el punto a unos 50 m.

Visibilidad: Buena. En el momento de llevar a cabo las tareas de prospección de la parcela en la que se localiza el enclave de Huerta de Don Mateo ésta se encontraba recién arada, lo que nos permitió tener una buena visión de la superficie a prospectar; sin embargo, los restos conservados de la elevación tumular contaban con abundante maleza y cascotes procedentes de la construcción abandonada, por lo que no pudimos cubrir su superficie total ante la dificultad para transitar por algunos de sus tramos.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S		DATUM ED 50	
HORA INICIO TOMA	13:12:34	HORA FIN TOMA	13:29:30
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Huerta Don Mateo	693896	4303606	
Se sitúa a unos 230 m del punto de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Mateo Perímetro 1	694024	4303869	180 m
Mateo Perímetro 2	693965	4303806	183 m
Mateo Perímetro 3	694026	4303752	181 m
Mateo Perímetro 4	694084	4303816	180 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Mateo Centroide	694029	4303825	188 m
AREA	1.2 Ha.		

Fig. 257. Lista de coordenadas



Huerta Don Mateo

Leyenda

— Perímetro

0 10 20 40 60 80
Meters

Antecedentes:

La primera alusión al túmulo de Huerta de Don Mateo aparece recogida en el catálogo de elevaciones elaborado por D. Duque¹¹³². Dicho trabajo recoge las primeras referencias acerca de su localización, su regular estado de conservación y su actual morfología, acerca de la cual se indica que se trata de un túmulo que conserva una altura aproximada de 2,5 m y unos 30 m de diámetro.

Dentro de sus características paisajísticas se recalca su lejanía con respecto al cauce del Guadiana y su excelente ubicación entre tierras de vega, cultivables, y otras baldías, lo que diversifica las actividades que pueden desarrollarse en este entorno.

El yacimiento de Huerta de Don Mateo volvió a ser objeto de reseña en el estudio macro-espacial de La Mata¹¹³³. A la información ya conocida se añadió una noticia transmitida por los operarios de la parcela, quienes aseguraron que el túmulo llegó a tener unos 45 – 50 m de diámetro, ahora mermado por las labores agrícolas llevadas a cabo alrededor del mismo.

En cuanto al material asociado a este punto, se hace referencia por primera vez a la existencia de dos etapas cronológicas: una romana, asociada a la posible existencia de una villa, y otra protohistórica “*asimilable a la denominada “arquitectura de prestigio” a la que pertenecerían “las cerámicas torneadas grises de bordes reforzados al interior con acabados lisos espatulados y bruñidos de muy buena calidad, y oxidantes con decoraciones pintadas de líneas rojas”*”¹¹³⁴. A los restos de cerámicas se suma la referencia a la presencia de molinos barquiformes.

Resultados de la revisión:

La prospección del enclave de Huerta de Don Mateo nos permitió corroborar la existencia de una pequeña elevación sobre la que se construyó un cortijo actualmente abandonado (fig. 258), parcialmente arrasada por las labores agrícolas. Aunque sabemos por los trabajos anteriores que llegó a tener una altura de 2,5 m y un diámetro de hasta 45 m, en la actualidad su altura no supera el metro y su diámetro se ha visto reducido a los 25 m aproximadamente.

En cuanto a su posición geográfica, el yacimiento de Huerta de Don Mateo se localiza a 190 m.s.n.m., enmarcado entre los cauces de los arroyos Limonete, al oeste, y el Entrín,

¹¹³² Duque, 2001: 35

¹¹³³ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 619

¹¹³⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 619

al este. Dicha localización le permite posicionarse dentro de un paisaje conformado por depósitos fluviales que destaca por su alta capacidad agrícola.

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 262) muestra como durante la década de los 40-50 la parcela parece estar destinada al cultivo del olivo u otro tipo de árboles, quizás frutales, en un momento en el que la construcción que actualmente se sitúa sobre el túmulo se encontraba en uso. Probablemente, tras la ejecución del Plan Badajoz, el cultivo de la parcela se sustituyó por regadío, momento en el que podemos determinar el abandono de la construcción como se muestra en las imágenes tomadas del vuelo Interministerial (1980) y el vuelo Nacional (1984). Curiosamente, en todas las imágenes de la secuencia podemos observar cómo los restos de la elevación tumular nunca han sido trabajados, quizás por la dificultad de arar sus tierras al contener los restos de una construcción compleja de arrasar. Así mismo, el tratamiento de los datos LiDAR (fig. 263) nos permite tener una imagen nítida de la estructura tumular que, como puede verse en la fotografía aérea actual, presenta una perfecta forma ovalada. Por otro lado, no se documenta en estas imágenes ningún tipo de anomalía que nos marque la existencia de estructuras no visibles en superficie.

La ejecución de los trabajos de prospección nos permitió corroborar la existencia de una ocupación durante el período romano, posiblemente una villa de uso agrícola, atestiguada por la presencia de cerámica común romana y sigillatas, así como un molino rotatorio (fig. 260); y un momento anterior a ésta fechada en la I Edad del Hierro. A este momento de ocupación deben corresponder la abundante presencia de pizarras y cuarcitas de mediano y pequeño tamaño, un molino barquiforme (fig. 261), así como un importante lote de material cerámico que se concentra principalmente en el área al sureste de la actual casa abandonada. Entre el material seleccionado hemos documentado cerámicas fabricadas a mano y a torno. Las producciones a mano son minoritarias y podemos agruparlas dentro de una categoría de producciones toscas con cocciones irregulares; sin embargo, entre todos los fragmentos destaca la documentación de dos que conservan parte de una carena, correspondientes a sendas cazuelas bruñidas de buena calidad. En cuanto a las producciones a torno, presentan en su gran mayoría acabados bruñidos y alisados, de cocciones oxidantes, a excepción de las producciones grises que aparecen en un alto porcentaje. Así mismo, se documentaron varios fragmentos engobados y pintados con bandas de color rojo que han sido recogidos en las láminas de material anexas al final de las fichas.

Cabe reseñar como el enclave de Huerta de Don Mateo es uno de los que más restos materiales nos ha brindado gracias a la parcial destrucción de la elevación como

consecuencia de las tareas agrícolas, actividad que ha roto el hermetismo que caracteriza a estas estructuras y que veremos reflejado en otros ejemplos recogidos dentro de este mismo apartado. El conjunto de materiales refleja un horizonte homogéneo que puede fecharse entre los siglos VI – V a.C., en consonancia con otros enclaves tipo Cancho Roano.

En la actualidad, la parcela donde se localiza la elevación está destinada al cultivo de regadío, concretamente de tomate (fig. 259).



Fig. 258. Vista general desde el este con la construcción abandonada



Fig. 259. Parcelas circundantes a la elevación plantadas de tomates



Fig. 260. Fotografía de detalle de un molino circular



Fig. 261. Fotografía de detalle de un molino barquiforme

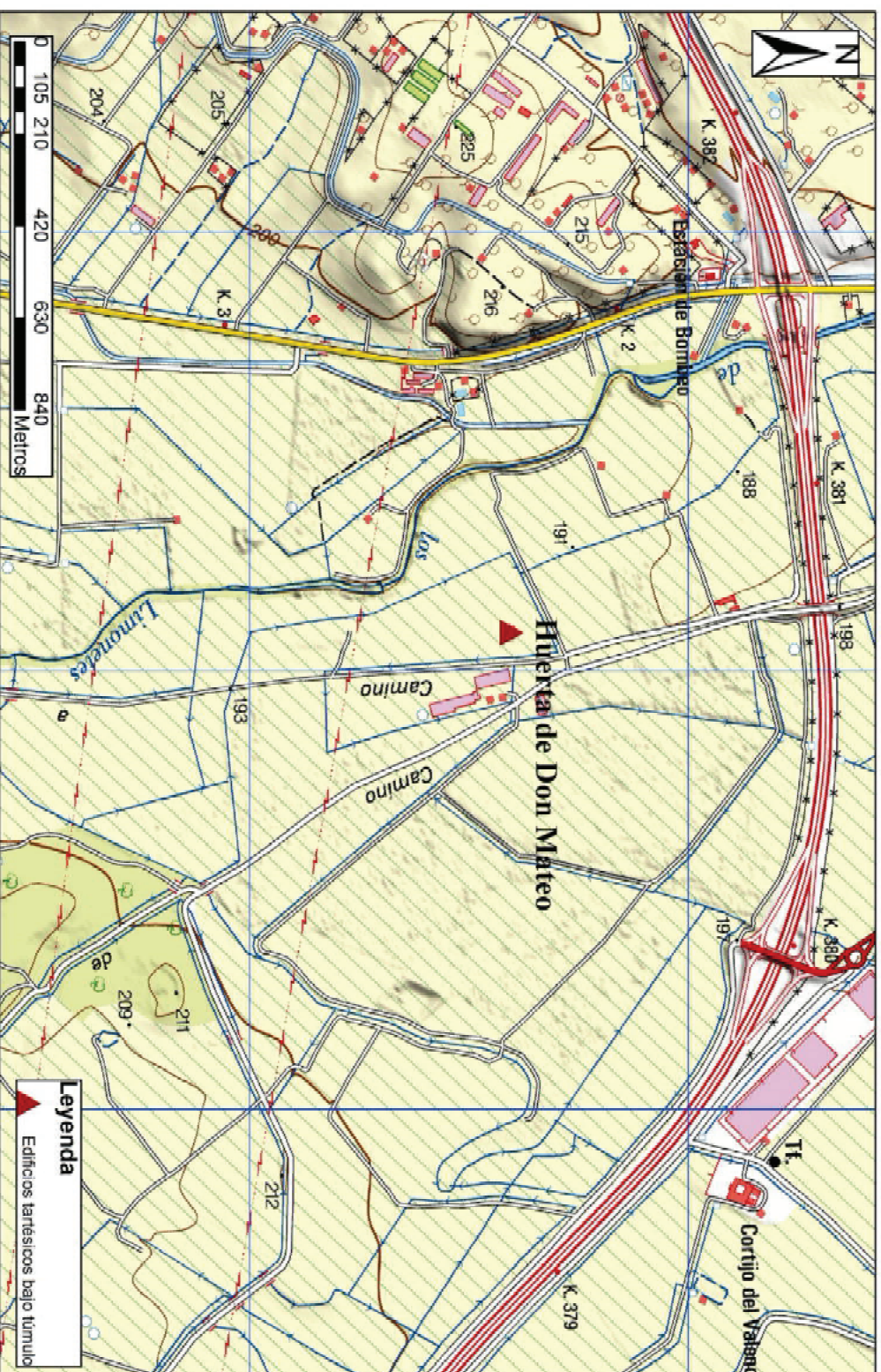


Fig. 262. Serie de fotografías aéreas históricas

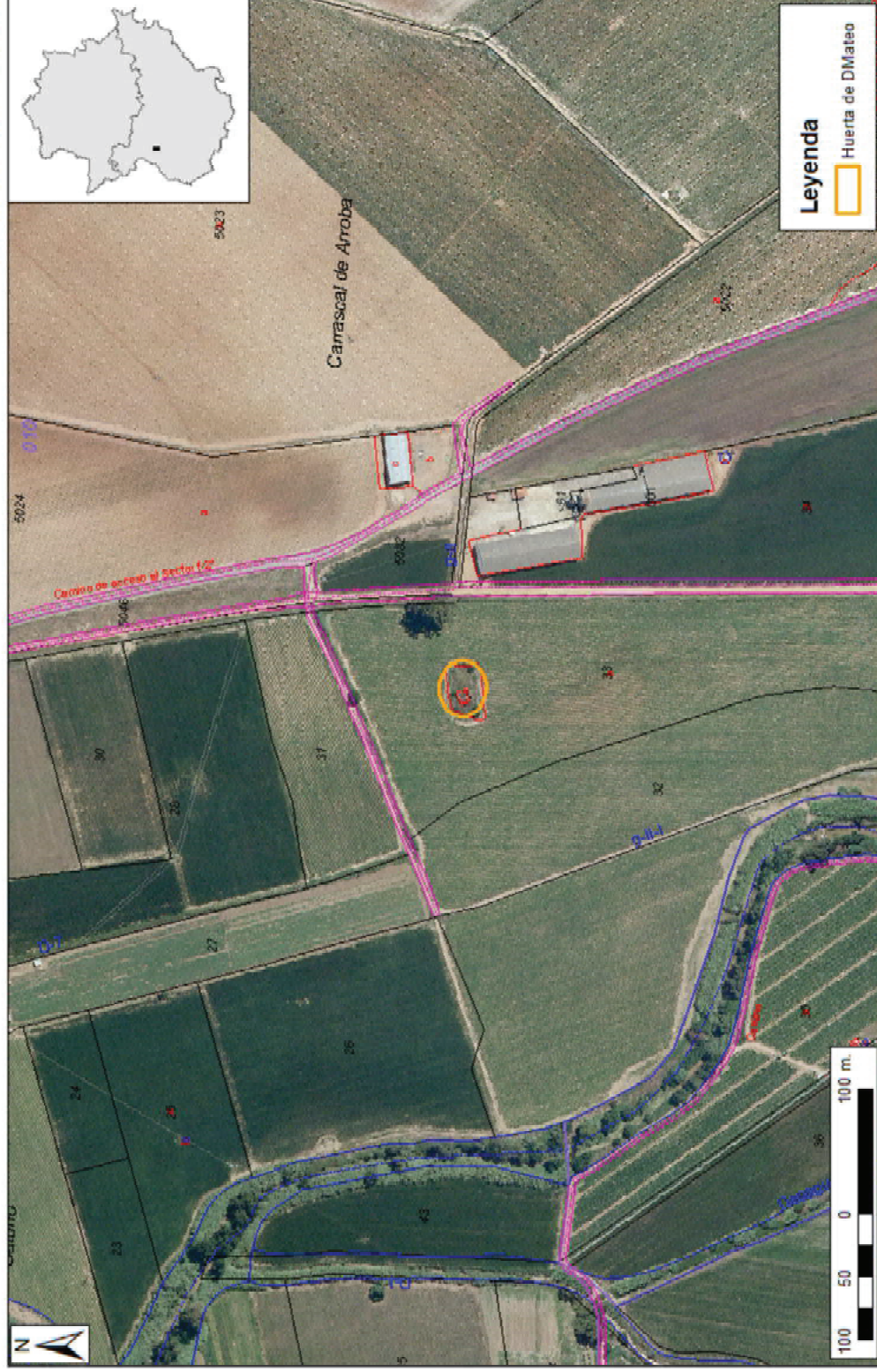


Fig. 263. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
Casas del Cerro la Barca



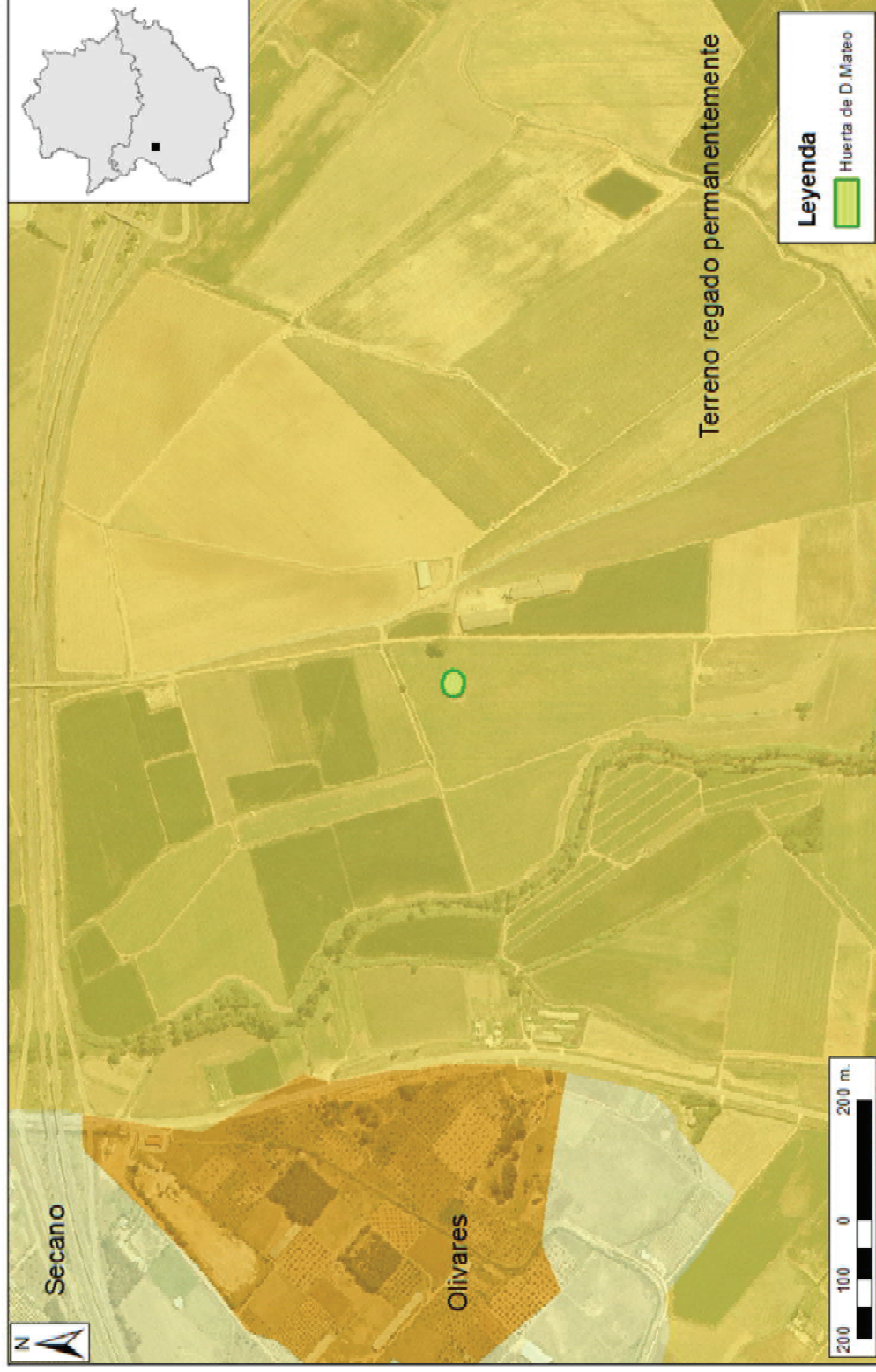
Catastro:
Huerta de Don Mateo



Topografía (Curvas de Nivel a 2,5 m.):
Huerta de Don Mateo



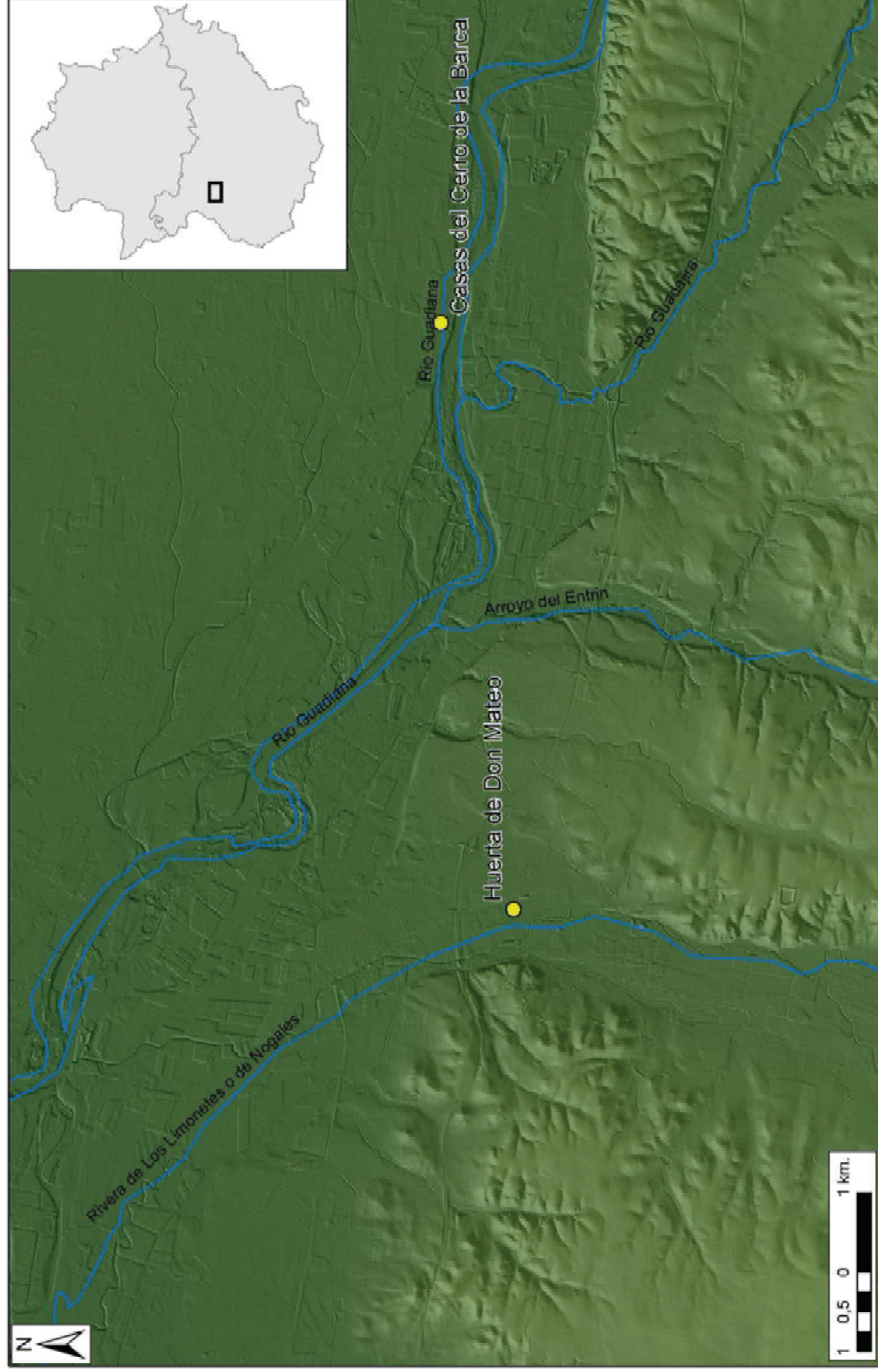
CORINE 2006:
Huerta de Don Mateo



Geología:
Huerta de Don Mateo



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



[C02] Casas del Cerro de la Barca

Término Municipal: Valdelacalzada

Polígono: 550 / **Parcela:** 95/9583/9000/9048

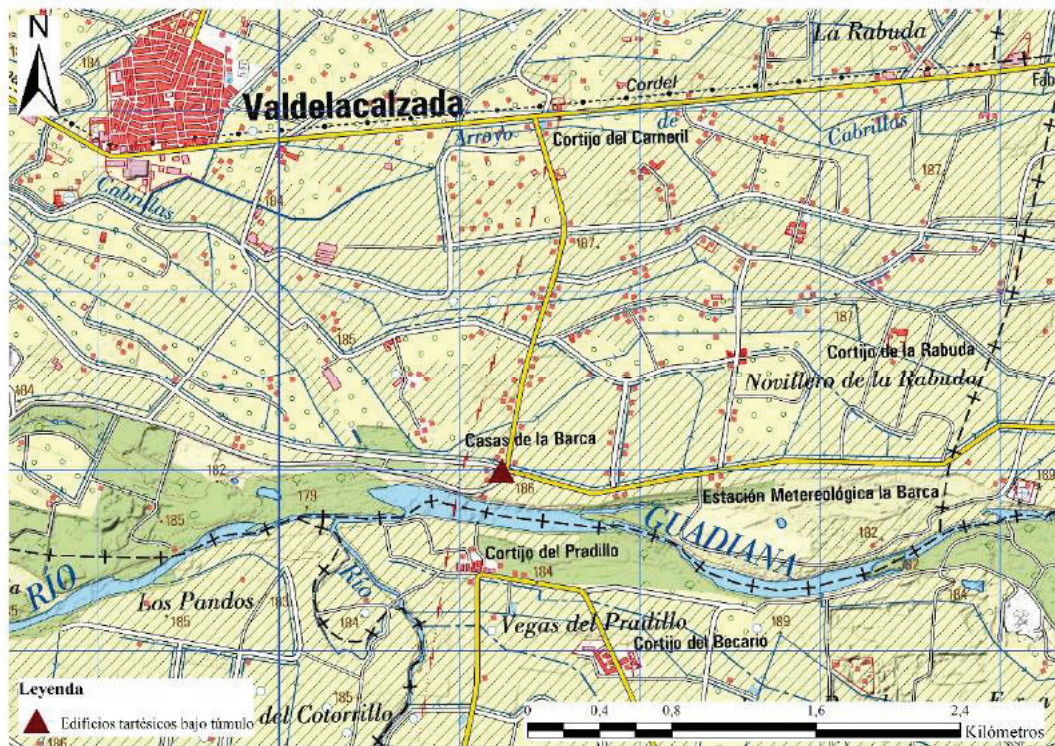


Fig. 264. Mapa 1:500000



Fig. 265. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Casas del Cerro la Barca se localiza al sureste del actual término municipal de Valdelacalzada, a escasos 200 m del paso del río Guadiana, que discurre al sur del asentamiento, y frente a la desembocadura del Guadajira en este primero, lo que le proporciona un excelente control visual de la conexión entre ambas arterias. Su localización sobre una de las terrazas que dibuja el Guadiana hace que las tierras que lo circundan posean un alto potencial agrícola. En la actualidad, dichas tierras están destinadas al cultivo de regadío.

Acceso: tomamos la autovía A-5 desde Mérida en dirección Badajoz y en el km 365 nos desviamos en la salida de Lobón en dirección Montijo – Puebla de la Calzada. Seguimos por esta carretera hasta encontrarnos con el camino del canal, donde giramos a la izquierda. A unos 6 km llegamos a un cruce que tomamos, de nuevo, a la izquierda y a unos 7 m sale un camino a la izquierda que lleva al río. Desde ahí nos acercamos andando hasta el punto exacto en el que se ubica la elevación.

Visibilidad: Buena. En el momento de llevar a cabo las tareas de prospección la parcela donde se localiza el yacimiento se encontraba recién arada, por lo que contamos con una excelente visibilidad de la superficie; sin embargo, los restos conservados de la elevación se encuentran dentro de una propiedad vallada y cuentan con una construcción moderna justamente encima. Al no poder acceder a la propiedad, no pudimos prospeccionar la fracción de túmulo que se conserva, aunque pudimos distinguir en sus perfiles restos de materiales cerámicos.

CORDENADAS UTM			
HUSO 30 S		DATUM ED 50	
HORA INICIO TOMA	10:58:16	HORA FIN TOMA	11:19:16
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Casas Cerro Barca	701225	4305053	
Se sitúa a unos 180 m del punto de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Barca Perimetro 1	701230	4305335	178 m
Casa Barca Perimetro 2	701140	4305244	185 m
Casa Barca Perimetro 3	701239	4305143	188 m
Casa Barca Perimetro 4	701332	4305243	179 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Barca Centroide	701235	4305238	188 m
AREA	2.7 Ha.		

Fig. 266. Lista de coordenadas



Casas de la Barca

Leyenda

— Perímetro

0 20 40 80 120 160 Meters

Antecedentes:

La primera referencia al enclave de Casas del Cerro de la Barca aparece recogido en el catálogo de elevaciones tumulares elaborado por D. Duque¹¹³⁵ con el topónimo de Cerro de la Barca. Como en otros ejemplos ya analizados en este mismo trabajo, se hace referencia a su mal estado de conservación como consecuencia de la construcción sobre el mismo de varios cortijos todavía en uso, y a sus características paisajísticas, aludiendo a la diversidad de arcillas que componen sus suelos, lo que aporta gran productividad a este territorio.

En cuanto a su morfología, se hace referencia a la conservación, únicamente, del arranque del “cerro” en una altura de 2,5 m, sin que se determine su perímetro, aunque se supone que sería similar al de los otros ejemplos tratados en el catálogo. Así mismo, en el perfil que se conserva, dice detectarse restos de adobes derrumbados y grandes bolsas de cenizas que debieron pertenecer a la construcción antigua, del mismo modo que los adobes quemados y las piedras irregulares dispersas por la parcela. No se hace ninguna referencia a la recogida de materiales que permitan caracterizar a este asentamiento.

El enclave volvió a ser objeto de análisis en el trabajo macroespacial de La Mata¹¹³⁶. A la información que ya conocíamos acerca de su morfología y a la aparición de restos constructivos, se suman novedosas referencias acerca de sus materiales arqueológicos. Así, se destaca la presencia de cerámicas a mano y a torno, entre las que mencionan “*la presencia de una vasija de cesta decorada con triángulos y bandas rojas*”¹¹³⁷, junto a producciones oxidantes, grises y algún fragmento de molino barquiforme.

Resultados de la revisión:

La ejecución de las labores de prospección en el enclave de Casas del Cerro de la Barca nos permitió documentar los restos de parte de una elevación actualmente arrasada por la construcción de varias edificaciones, dos caminos, varias canalizaciones de riego y una estación meteorológica, esta última ubicada justo encima de la fracción de elevación que se conserva.

En lo que respecta a su localización geográfica, el enclave se encuentra a 187,5 m.s.n.m. y a una distancia de 200 m del Guadiana, localizado al sur, justo frente a la desembocadura del río Guadajira, lo que le permite tener una excelente posición visual sobre la conexión entre ambas arterias, que ejercen de vías de comunicación. Su

¹¹³⁵ Duque, 2001: 35

¹¹³⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 615

¹¹³⁷ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 615

morfología se encuentra muy desdibujada, pues las construcciones modernas no nos permitieron trazar su perímetro al encontrarse completamente arrasado en su parte norte y seccionado en las restantes; no obstante, pudimos comprobar en algunos puntos, principalmente en su cara sur, que la estructura conserva hasta 2 m de altura (fig. 267).

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 270) nos ha permitido documentar la existencia de una serie de anomalías en el terreno que se hacen visibles en la imagen tomada de la serie B del vuelo Americano (1956) y en el vuelo Interministerial (1983) donde, sin embargo, la estructura se encuentra ya afectada por la construcción de varias viviendas. No obstante, dos cosas llaman nuestra atención dentro de esta secuencia. La primera es la ausencia total de indicio alguno sobre la existencia de una elevación en este punto en la Ortofotografía de la serie A del vuelo Americano (1945), cuando, en segundo lugar, si se aprecia dicho cambio o anomalía en la imagen de 1956, donde podemos además comprobar que la estructura no presenta una forma circular, forma habitual cuando definimos este tipo de patrón de asentamiento. De todos modos no debemos perder de vista que en aquel momento ya habían sido construidos los dos caminos, obras que afectarían a la conservación de los perfiles norte y este de la elevación.

La información extraída de la fotografía aérea se complementa con las imágenes extraídas del tratamiento de los datos LiDAR (fig. 271). La limpieza de los datos, de los que hemos eliminado tanto la vegetación como las construcciones que se sitúan sobre los restos conservados de la elevación nos permite observar que ésta se encuentra fraccionada por la construcción de los caminos pero preserva su extremo suroeste, aquel que sirve de plataforma para sostener las construcciones modernas. Tanto la imagen de intensidad como el sombreado nos dejan entrever que debió tratarse de una elevación de un tamaño destacado.

Durante los trabajos de prospección pudimos distinguir dos momentos de ocupación, pues posiblemente en las inmediaciones de la elevación se localice una pequeña villa romana a tenor de la presencia de algunos fragmentos cerámicos de esta cronología en superficie. El otro momento de ocupación se corresponde con un asentamiento de la I Edad del Hierro al que se asocian los restos constructivos diseminados por los límites de la elevación, principalmente piedras de pequeño y mediano tamaño; en cuanto a las cerámicas, se documentaron algunas fabricadas a mano con acabados cuidados, entre los que podemos destacar la cerámica escobillada y un fragmento decorado con impresiones circulares; y algunas cerámicas a torno, entre la que reseñaremos la presencia de cerámicas pintadas con bandas rojas.

Lo cierto es que a pesar de la excelente visibilidad de la que gozaba la parcela colindante a la elevación que había sido recién arada, la densidad de material no era muy elevada; sin embargo, pudimos comprobar cómo en el perfil artificial del túmulo cortado por las infraestructuras, había una gran densidad de restos materiales (fig. 268), fundamentalmente cerámica, y grandes bolsadas de arcilla roja posiblemente procedentes de paramentos y restos de pavimentos seccionados y destruidos. A pesar del escaso volumen de material, la localización que ocupa el enclave, su morfología y los materiales asociados, nos permiten considerar a la elevación como un túmulo que bien puede datarse entre los siglos VI – V a.C.

En la actualidad, la parcela en la que se localiza el enclave de Casas del Cerro de la Barca está destinado al cultivo de regadío (fig. 269), concretamente de maíz. Resulta curioso observar cómo las construcciones se concentran en el extremo de la parcela en la que se localiza la elevación y no en otro punto, posiblemente como consecuencia de la imposibilidad de labrar la tierra que conforma el túmulo, unas circunstancias que también se documentan en otros ejemplos como Huerta de Don Mateo [C01] o la Aliseda [C10].



Fig. 267. Vista de los restos de la elevación desde el sur



Fig. 268. Detalle del perfil con restos cerámicos



Fig. 269. Parcelas circundantes dedicadas al cultivo de regadío

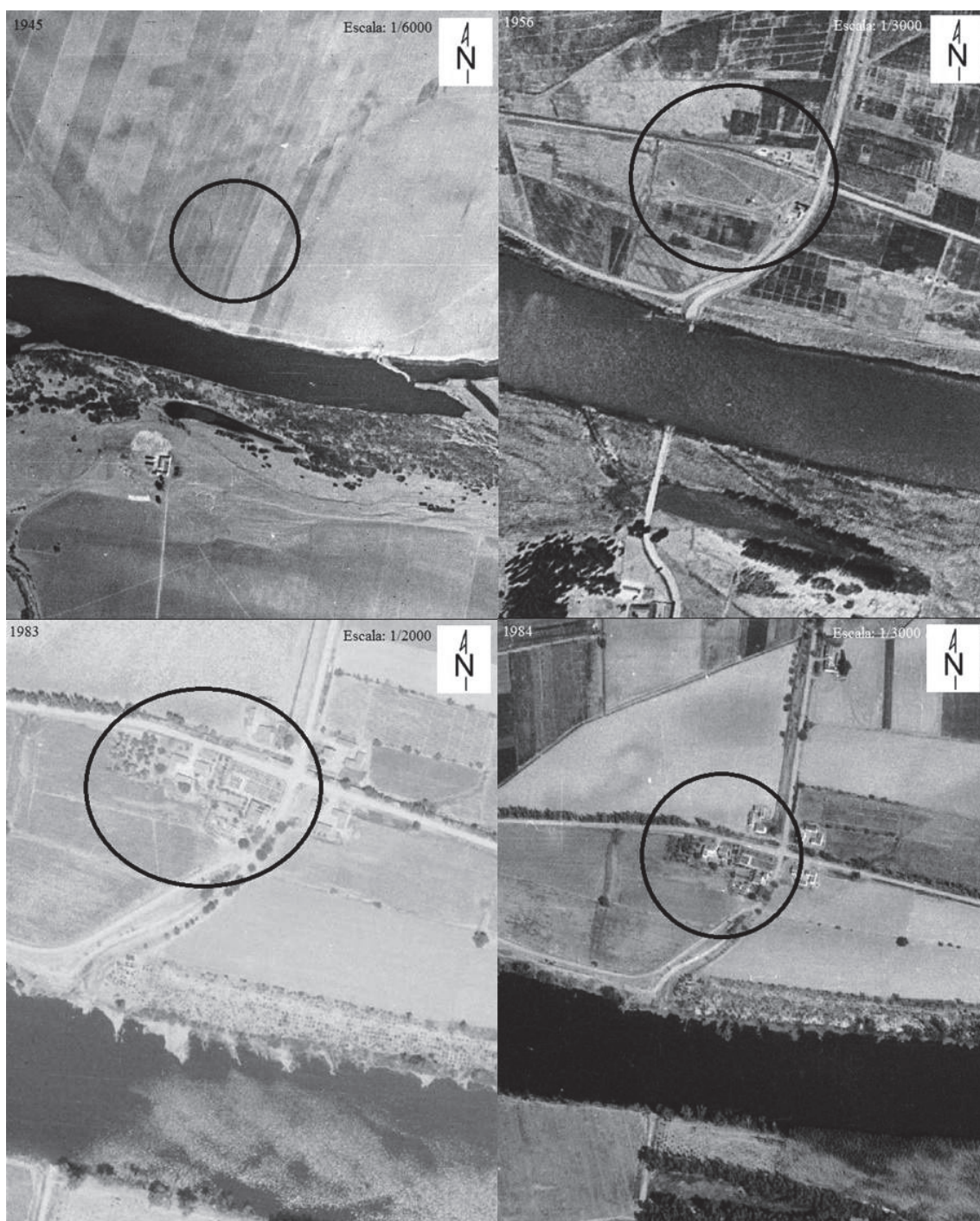


Fig. 270. Serie de fotografías aéreas históricas

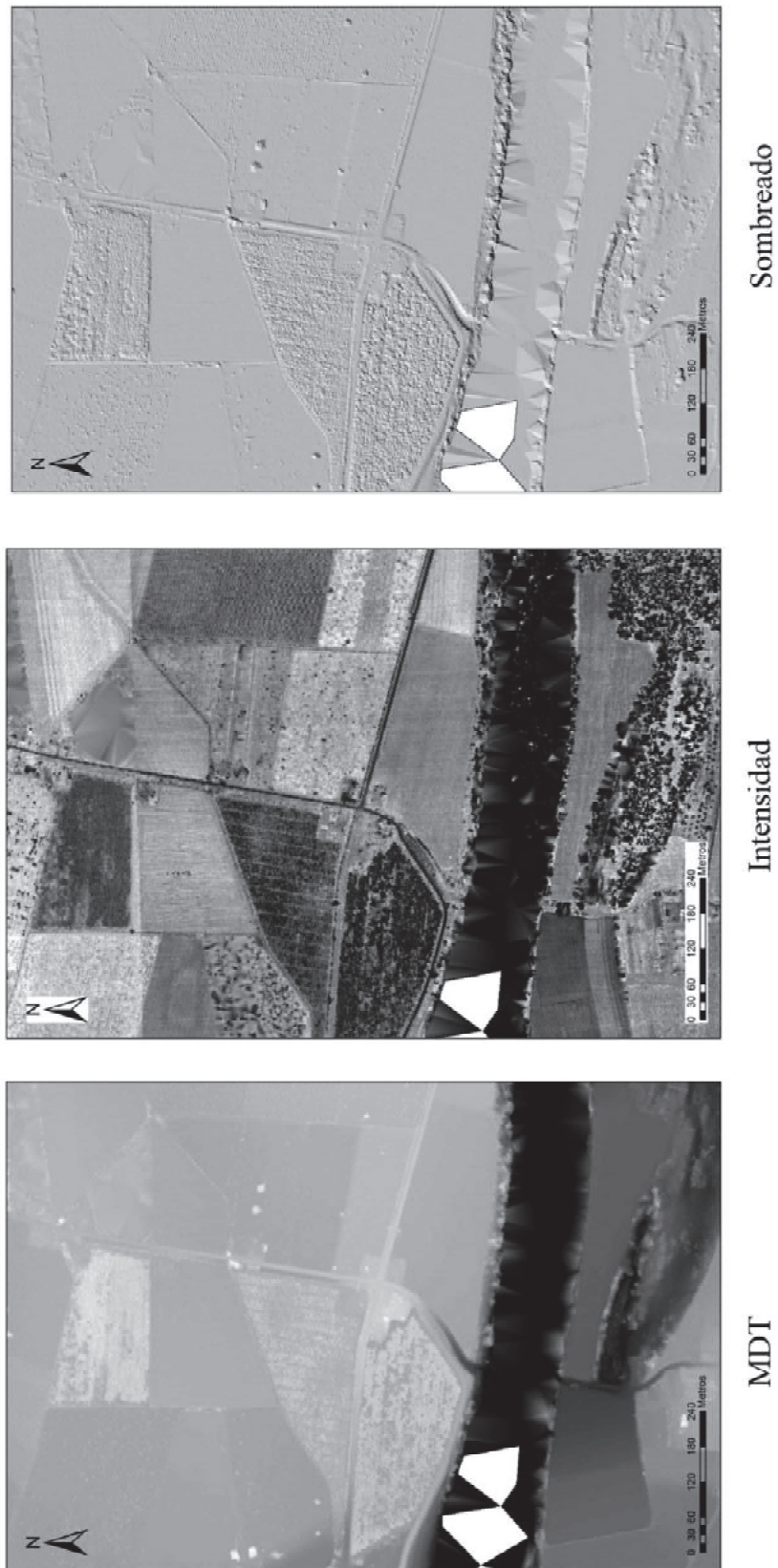
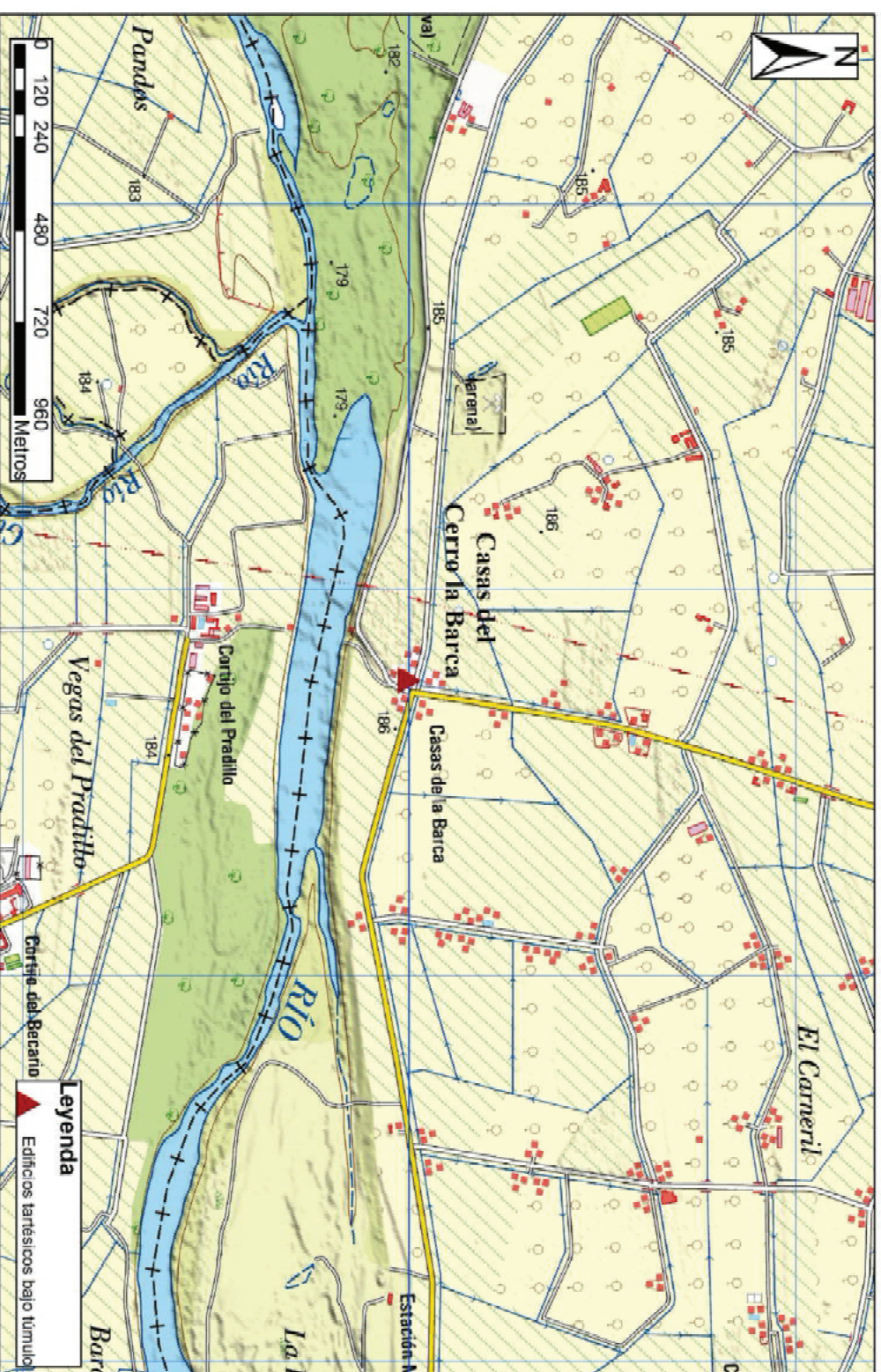
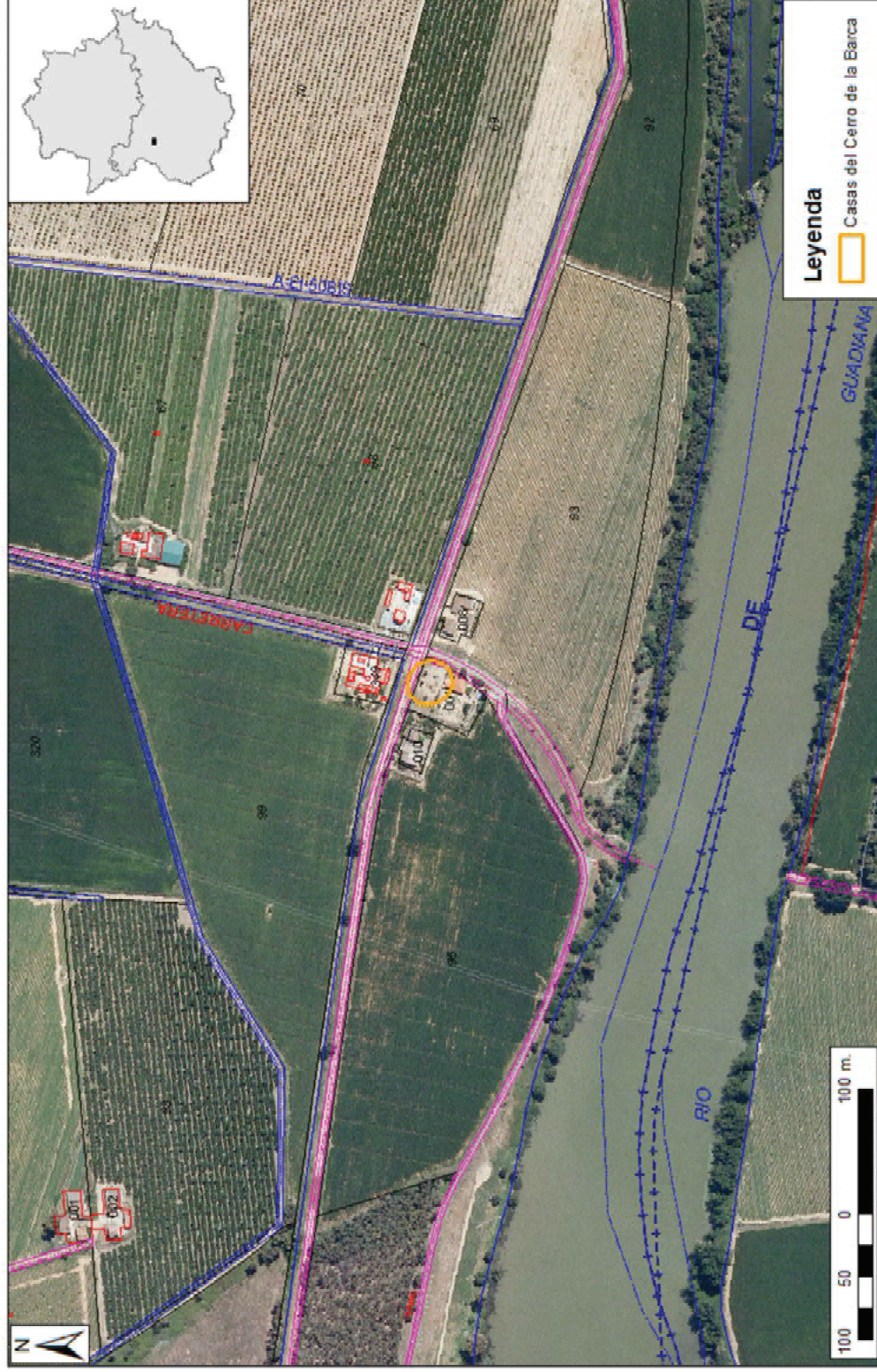


Fig. 271. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

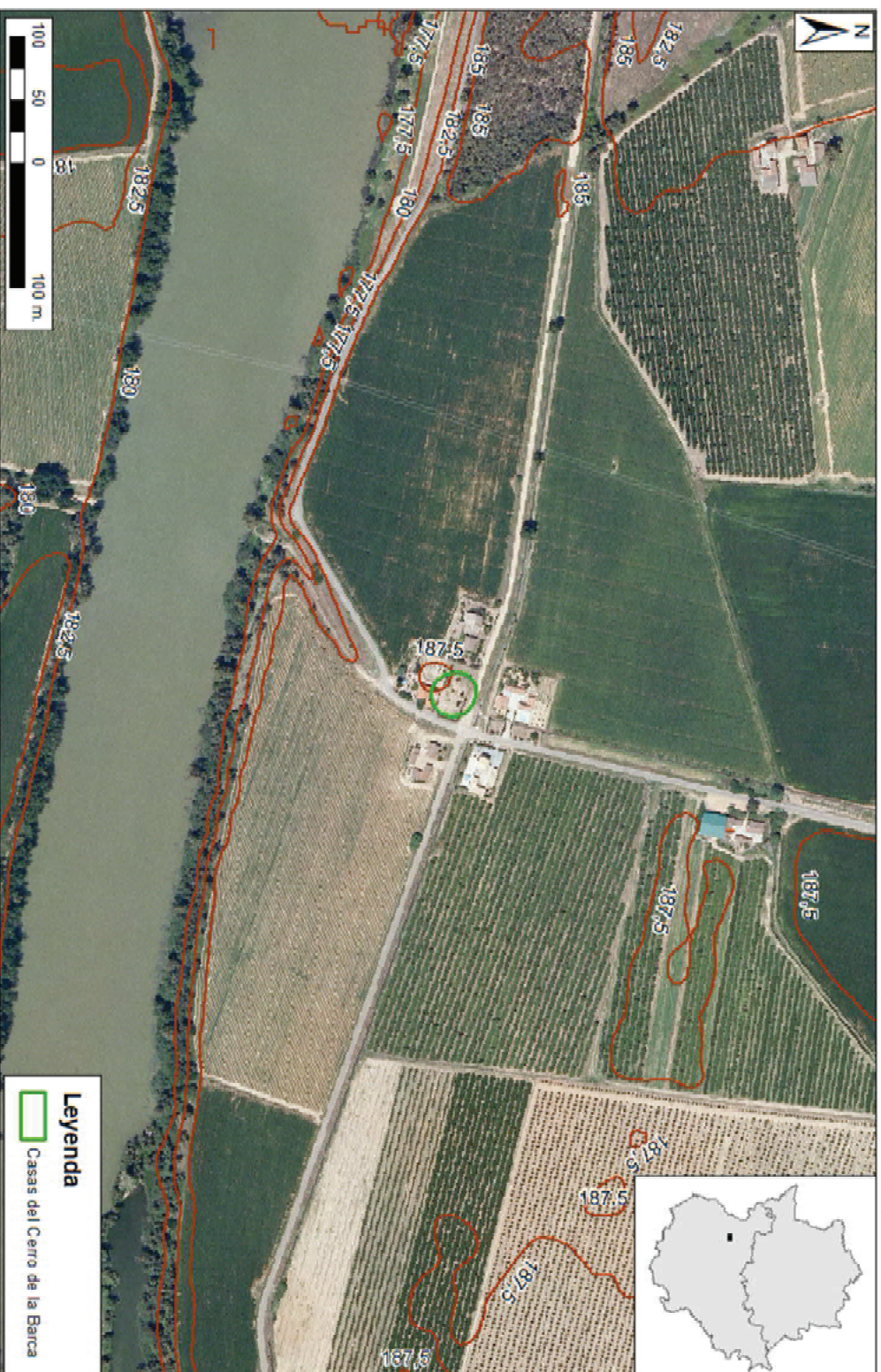
Topográfico 1:25000
Casas del Cerro la Barca



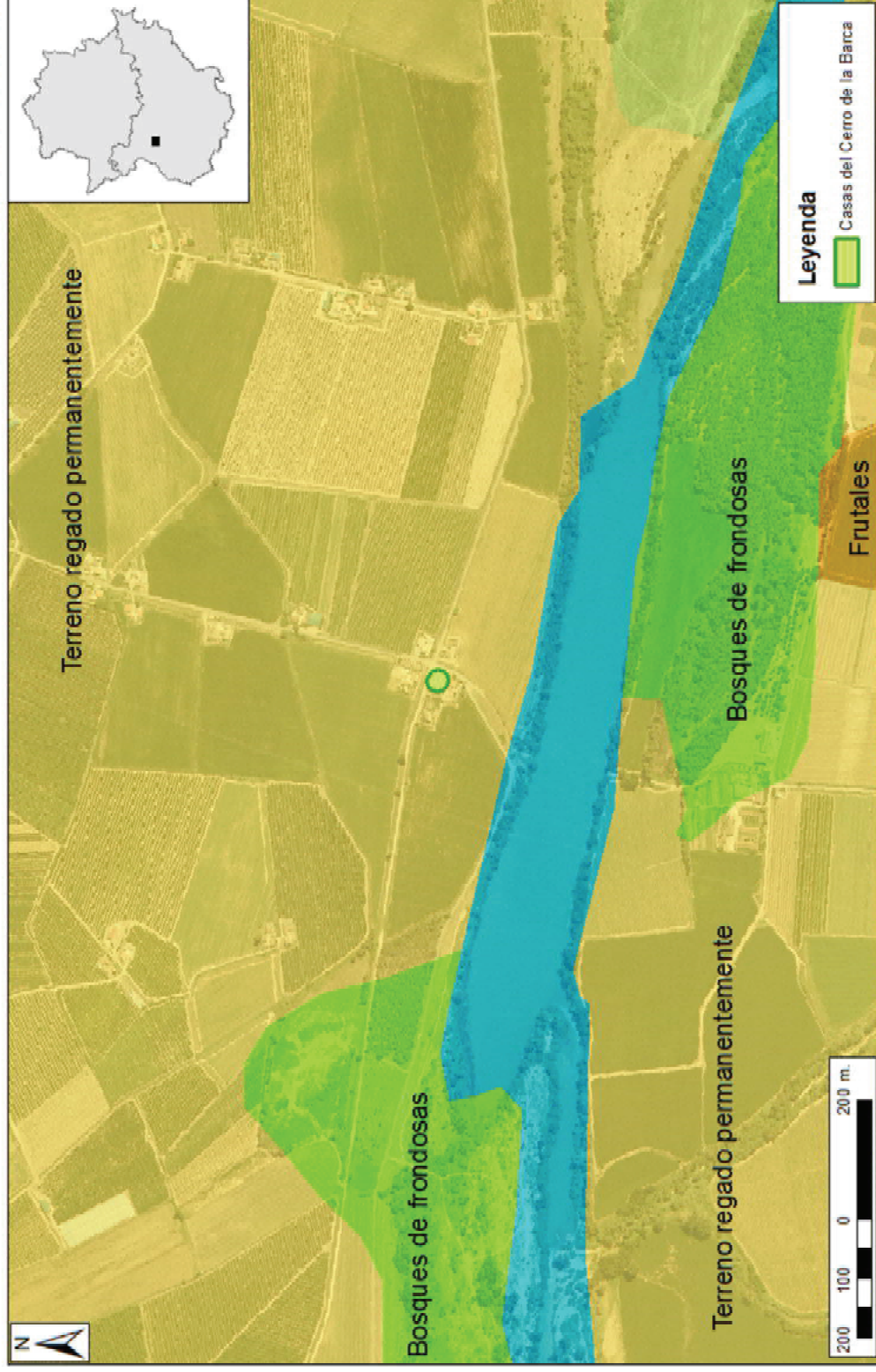
Catastro:
Casas del Cerro de la Barca



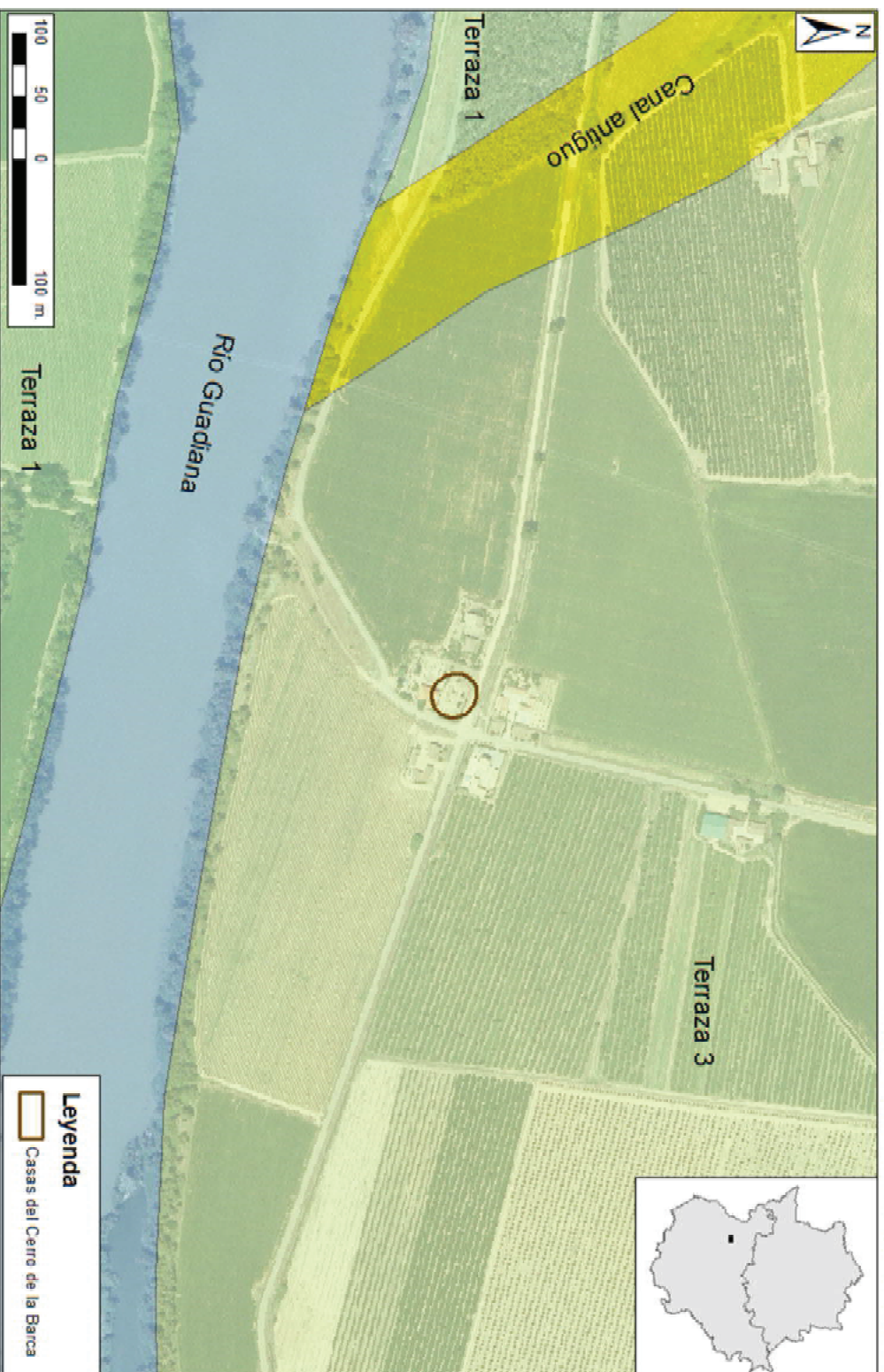
Topografía (Curvas de Nivel a 2,5 m.):
Casas del Cerro de la Barca



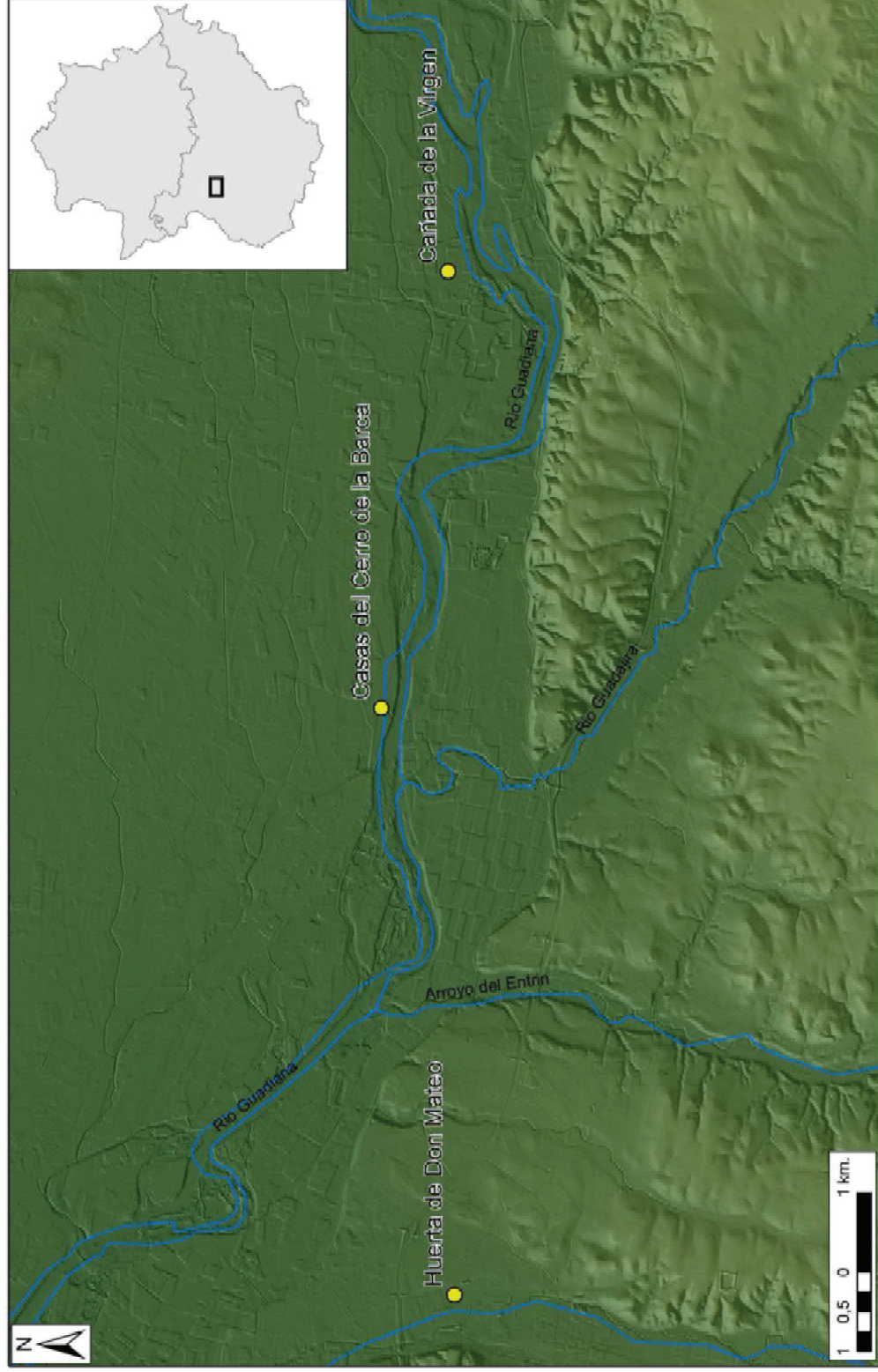
CORINE 2006:
Casas del Cerro de la Barca



Geología:
Casas del Cerro de la Barca



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Puebla de la Calzada

Polígono: 5 / Parcela: 24

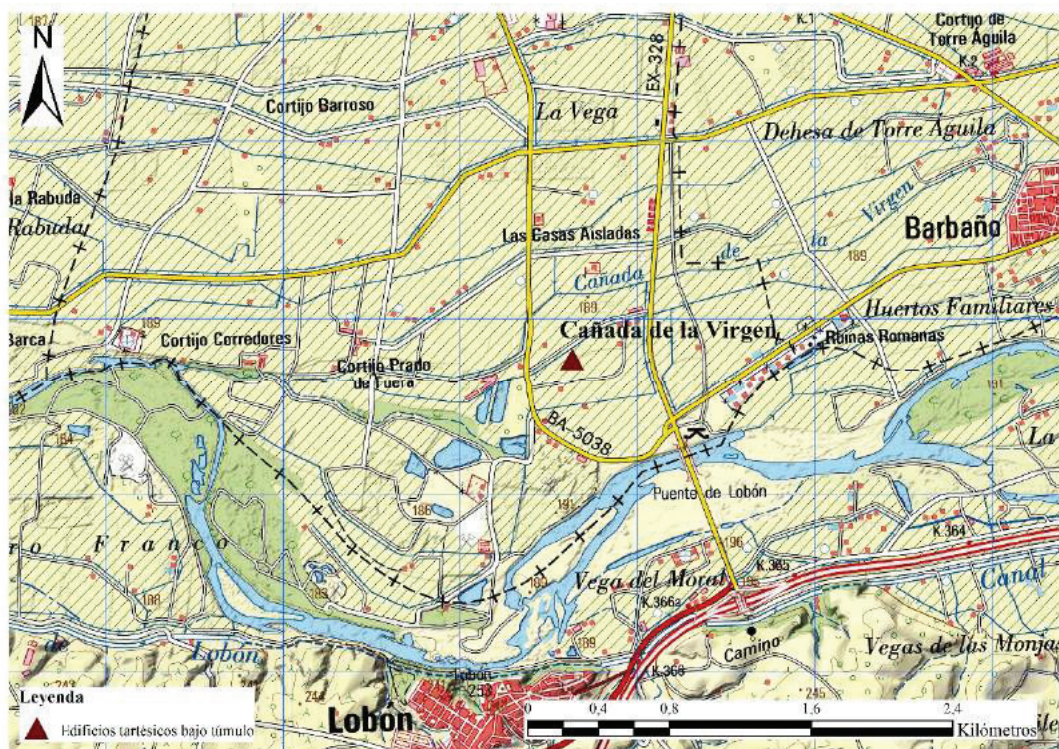


Fig. 272. Mapa 1:50000



Fig. 273. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Cañada la Virgen se localiza en el término municipal de Puebla de la Calzada entre los actuales municipios de Barbaño, ubicado al este, y Lobón, al suroeste. Su posición a 500 m del río Guadiana, frente a la desembocadura del río Guadianilla, le permite ocupar las tierras de una de las terrazas que dibuja el cauce del río, lo que dota a este paisaje de alta productividad agrícola. Así mismo, al este del enclave se localizan las ruinas romanas de la villa de Torres del Águila. En la actualidad la parcela en la que se sitúa el yacimiento está destinada al cultivo de regadío.

Acceso: tomamos la autovía A-5 en sentido Mérida – Badajoz, desviándonos en la salida del km 365 en dirección a Lobón. Desde ese punto tomamos la carretera Montijo – Puebla de la Calzada. Al pasar el río llegamos al cruce con la carretera de Barbaño, donde giramos a la izquierda por la carreta BA-5038 en dirección Puebla de la Calzada. Nada más incorporarnos a la carretera sale un camino a la derecha que tomaremos hasta que éste llega a su fin en el límite de la parcela donde dejamos el coche. A 150 m se encuentra el punto.

Visibilidad: Buena. A rasgos generales, la visibilidad era buena, pues en el momento en el que llevamos a cabo las tareas de prospección la parcela estaba recién arada, lo que nos permitió prospectar la totalidad del área que antes ocupaba la elevación. Por su parte, los restos conservados del túmulo, presentan un grado de visibilidad muy malo al estar afectados por el crecimiento de vegetación (maleza) y la construcción de una atarjea de riego que ha mezclado los restos antiguos con materiales contemporáneos.

CORDENADAS UTM				
HUSO	29 S	DATUM	ED 50	
HORA INICIO	8:19:38		HORA FIN TOMA	8:51:38
ERROR MEDIO		± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA				
NOMBRE	X		Y	
La Virgen	706771		4304768	
El punto se sitúa a 200 metros al Oeste del de partida.				
PERIMETRO				
NOMBRE	X	Y	Z	
La Virgen Perímetro 1	706615	4304900	188 m	
La Virgen Perímetro 2	706554	4305016	184 m	
CENTROIDE				
NOMBRE	X	Y	Z	
La Virgen Centroide	706567	4304939	197 m	
AREA	1.13 Ha., aproximadas.			

Fig. 274. Lista de coordenadas



Cañada la Virgen

Leyenda

— Perímetro

0 35 70 140 210 280 Meters

Antecedentes:

La primera referencia acerca del túmulo de Cañada la Virgen aparece en el trabajo de D. Duque¹¹³⁸. Dicho trabajo recoge la información correspondiente a su localización geográfica, en una tierra de excelente potencial agrícola, y a su morfología. Al respecto de esta última se alude a su mal estado de conservación, pues solo se mantiene un testigo de 3 m de ancho, 2,5 m de alto y unos 50 m de largo. Esta extensión parece coincidir con una mancha que se detecta en el suelo por el cambio de coloración de la tierra, pues indican que acababa de llover en el momento de hacer la visita, lo que intensifica los colores de la tierra.

En cuanto a los restos constructivos pertenecientes al edificio protohistórico, aluden a la existencia de arranques de muros y cimentaciones construidas con piedras de grande y mediano tamaño junto a otras construcciones de adobe en mal estado de conservación. Así mismo, aventuran la existencia de varios niveles de ocupación que presentan reconstrucciones y niveles de incendio caracterizados por la aparición de cenizas y adobes calcinados.

Posteriormente, en el estudio macroespacial de La Mata¹¹³⁹ se dedica una ficha a este enclave. En ella, a la información morfológica y a la presencia de restos constructivos, se suma la documentación material donde se destaca la existencia de “*varios vasos grises de borde engrosado, pintados, digitados, escobillados y una fusayola*”¹¹⁴⁰, a los que se suman varios fragmentos de molinos barquiformes.

Resultados de la revisión:

Los trabajos de prospección llevados a cabo en el yacimiento de Cañada la Virgen nos permitieron documentar la existencia de un enclave completamente arrasado por los trabajos de parcelación y posterior cultivo de la tierra (fig. 275), si bien se conserva un testigo gracias a la construcción de una acequia de riego sobre el mismo (fig. 276). Su lamentable estado de conservación apenas nos permite valorar su morfología, ni determinar su perímetro, calculado a partir de la dispersión y densidad de materiales en la superficie de la parcela que en su día ocupó la elevación, pues nosotros no hemos podido distinguir las diferentes coloraciones en la tierra. A pesar de ello, podemos determinar que la estructura tumular ocuparía aproximadamente 1 hectárea, conservando

¹¹³⁸ Duque, 2001: 36

¹¹³⁹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 614

¹¹⁴⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 614

el testigo antes aludido de unos 150 m de largo por 2,5 de altura en algunos de sus puntos, pues no es del todo regular.

En lo que respecta a su localización geográfica, el enclave e Cañada la Virgen se localiza a una altitud aproximada de 189 m.s.n.m. y a unos 600 m, en línea recta, al norte del Guadiana, frente a la desembocadura del río Guadianilla; lo que le confiere una posición geográfica excepcional, fundamental para el control de las arterias de comunicación como de los cursos fluviales. El origen de su topónimo procede del nombre que recibe la Cañada natural que discurre al norte del enclave.

A pesar de su mal estado de conservación, la secuencia de fotografías aéreas (fig. 283) nos ha permitido detectar una serie de anomalías que si bien resultan imperceptibles en la fotografía correspondiente a la serie A del Vuelo Americano (1945), sí pueden distinguirse en la correspondiente a la serie B del Vuelo Americano (1956), donde se aprecia una mancha semicircular, y en el vuelo Interministerial (1980) y en el Nacional (1984). Probablemente sea en la imagen de 1980 donde mejor se distinga uno de los perfiles de la elevación, concretamente el sur, al quedar dibujado por el crecimiento de la vegetación. Así mismo, podemos detectar cómo la construcción de pequeños caminos de servidumbre va limando poco a poco los perfiles de la elevación; sin embargo, será la construcción de la acequia en un momento posterior a 1984, pues en la imagen del vuelo Nacional todavía no aparece construida, la que termine por arrasar los restos del túmulo.

Así mismo, la revisión de la serie de imágenes extraídas del tratamiento de los datos LiDAR (fig. 284) únicamente nos deja apreciar el grado de arrasamiento que ha sufrido la elevación, dejando a la vista el corte recto o perfil que se conserva del mismo. Al contrario de lo que cabría esperar no se detecta ninguna otra anomalía que nos marque la disposición de alguna estructura o elemento que no pueda localizarse en superficie.

En cuanto a la presencia de restos constructivos, lo cierto es que la sección generada del túmulo, al haber sido cortado en ángulo recto, nos transmite una radiografía total del enclave, convirtiéndolo en un ejemplo de libro para el estudio de la secuencia estratigráfica de este tipo de estructuras. Entre sus restos destaca la presencia de cimientos de piedra y desmoronados alzados de adobe (fig. 277 y 278) que asoman también junto a la acequia actual (fig. 279); todo ello mezclado con abundantes restos de cerámicas que se aprecian incrustadas en el perfil (fig. 280). Quizás las dos estructuras que mejor se distinguen, pues la vegetación no nos permitió en algunos momentos observar el perfil al completo, sean dos hogares, uno construido a partir de una cama de pequeños guijarros

de río (fig. 281) y otro que conserva la torta de cerámica refractaria que se genera por el contacto del calor (fig. 282).

La prospección de los restos conservados en la elevación y en su entorno, nos permitió determinar la existencia de dos momentos de ocupación, uno durante la I Edad del Hierro, correspondiente con el túmulo, y un momento posterior de época romana, posiblemente una pequeña villa próxima, identificada por la presencia de varios bordes de *dolia* entre otros materiales; no obstante, no podemos olvidar que apenas a 1 km al este se localiza la Villa Romana de Torre Águila, por lo que no resulta extraño que existan pequeños complejos rurales en su entorno dada la destacada posición geográfica que ocupan estas tierras. Entre el material protohistórico se identifican recipientes realizados a mano, entre los que podemos destacar la existencia de varios fragmentos decorados mediante incisiones; y las cerámicas a torno, de las cuales reseñaremos el alto porcentaje de cerámicas grises y otros fragmentos pintados a bandas rojas; en general un repertorio muy similar al documentado en otros casos analizados dentro de este apartado, lo que nos permite fechar este enclave entre los siglos VI – V a.C.



Fig. 275. Vista del yacimiento desde el sureste



Fig. 276. Vista de la acequia construida sobre los restos del túmulo



Fig. 277. Restos de estructuras localizadas en el perfil



Fig. 278. Restos de estructuras localizadas en el perfil



Fig. 279. Restos de ladrillos de adobe junto a la acequia de riego



Fig. 280. Detalle del perfil con material cerámico



Fig. 281. Nivel de cantos de ríos relacionados con un posible hogar



Fig. 282. Restos de cerámica refractaria identificados con un hogar

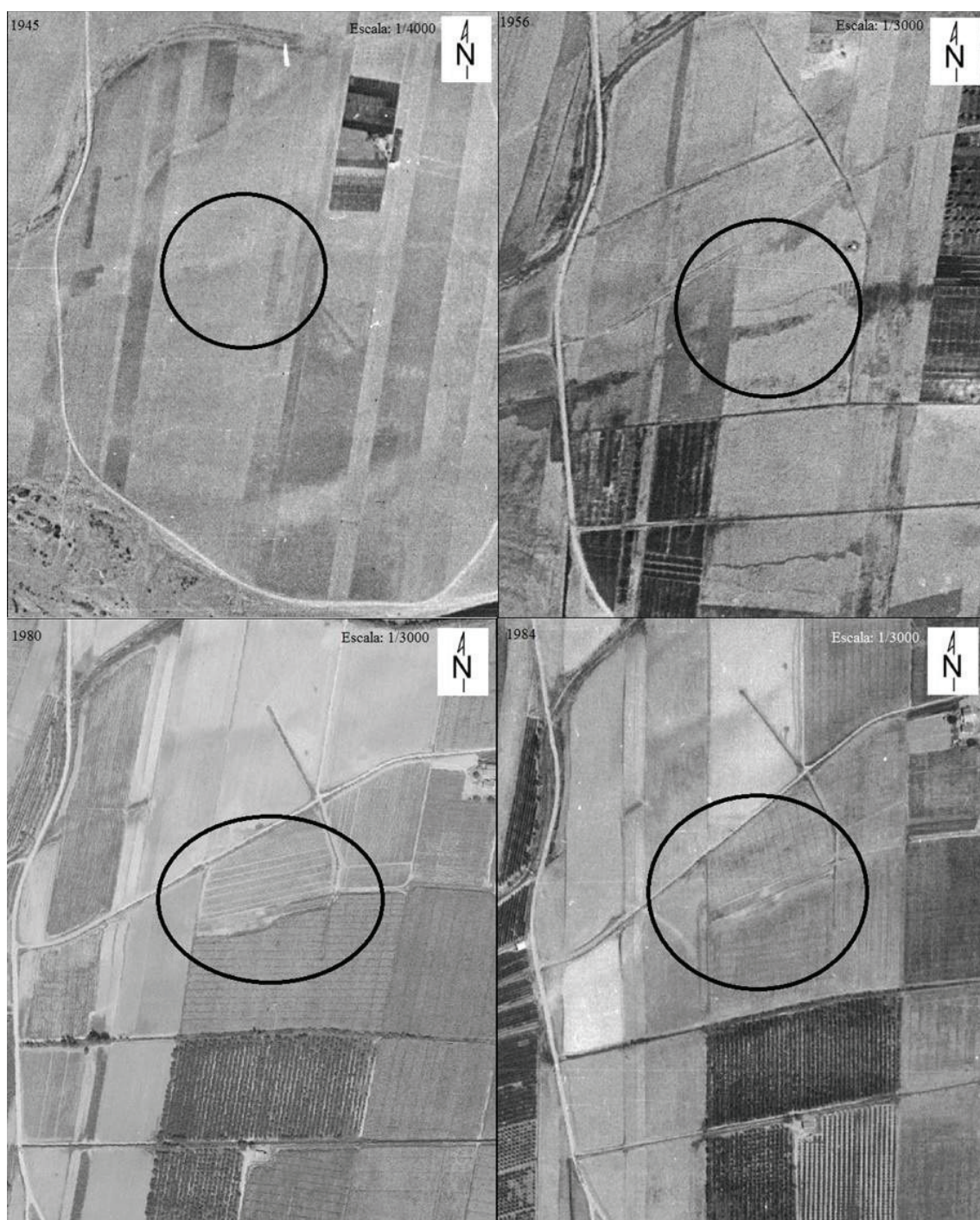


Fig. 283. Serie de fotografías aéreas históricas

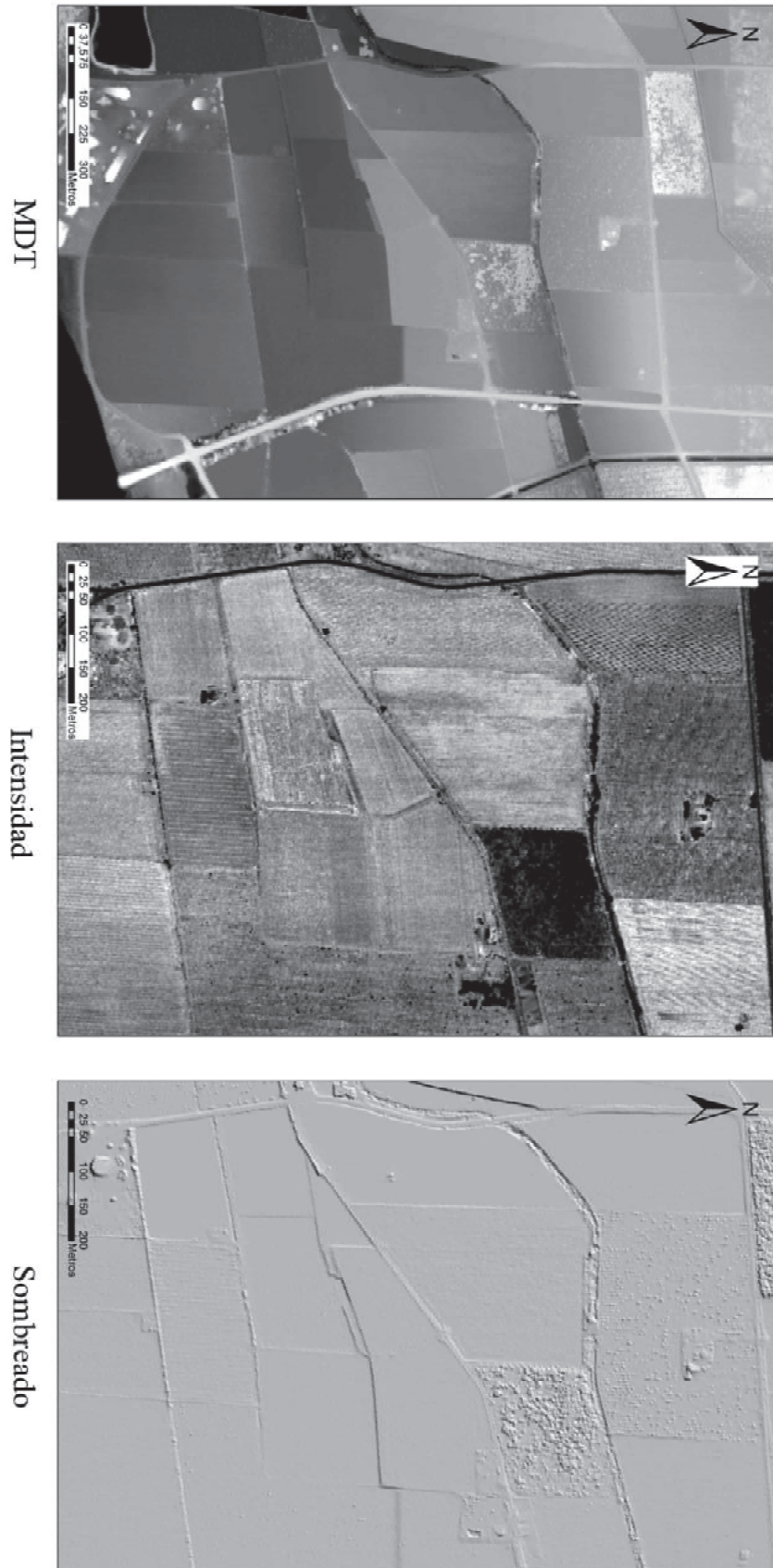
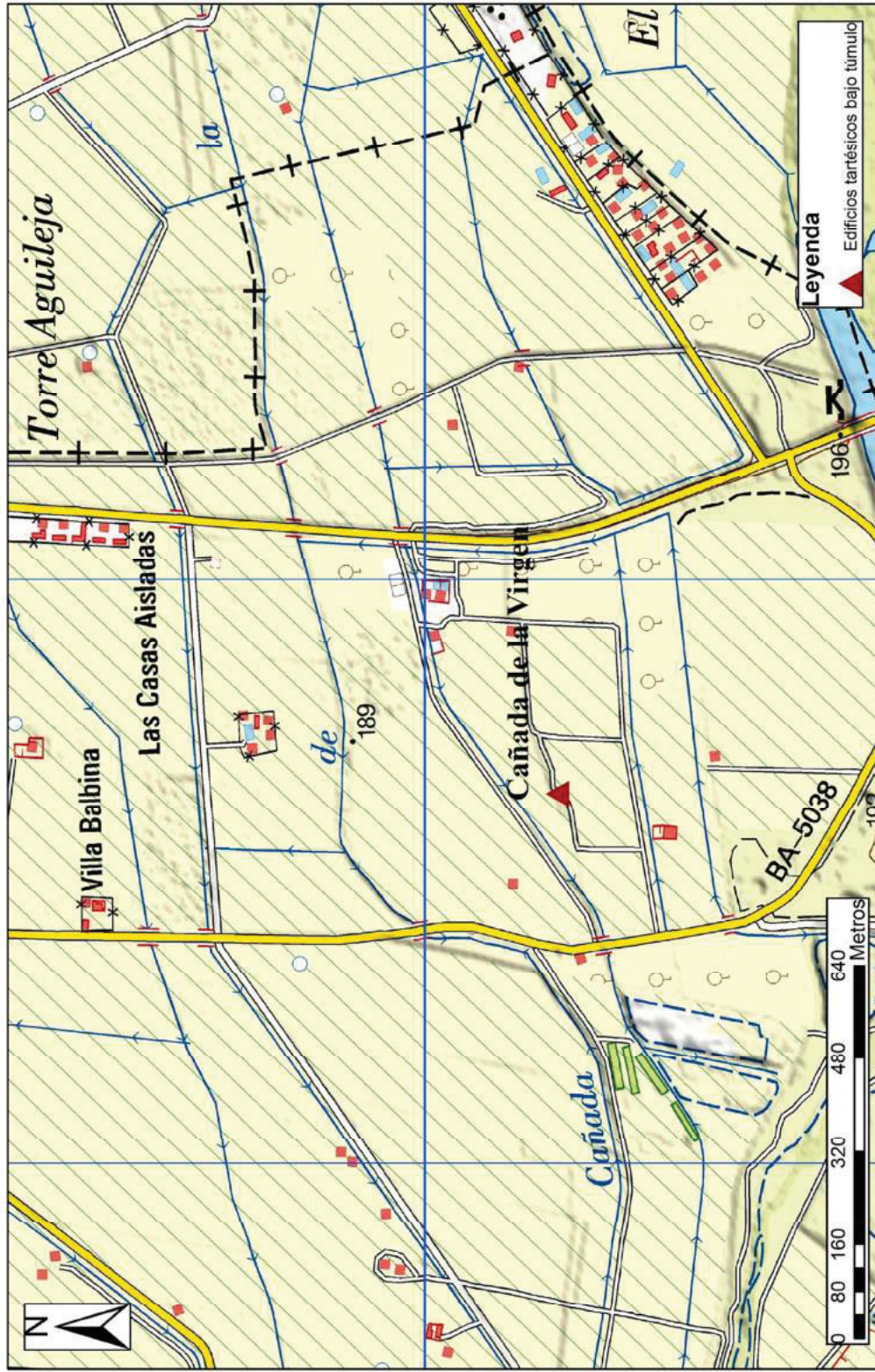
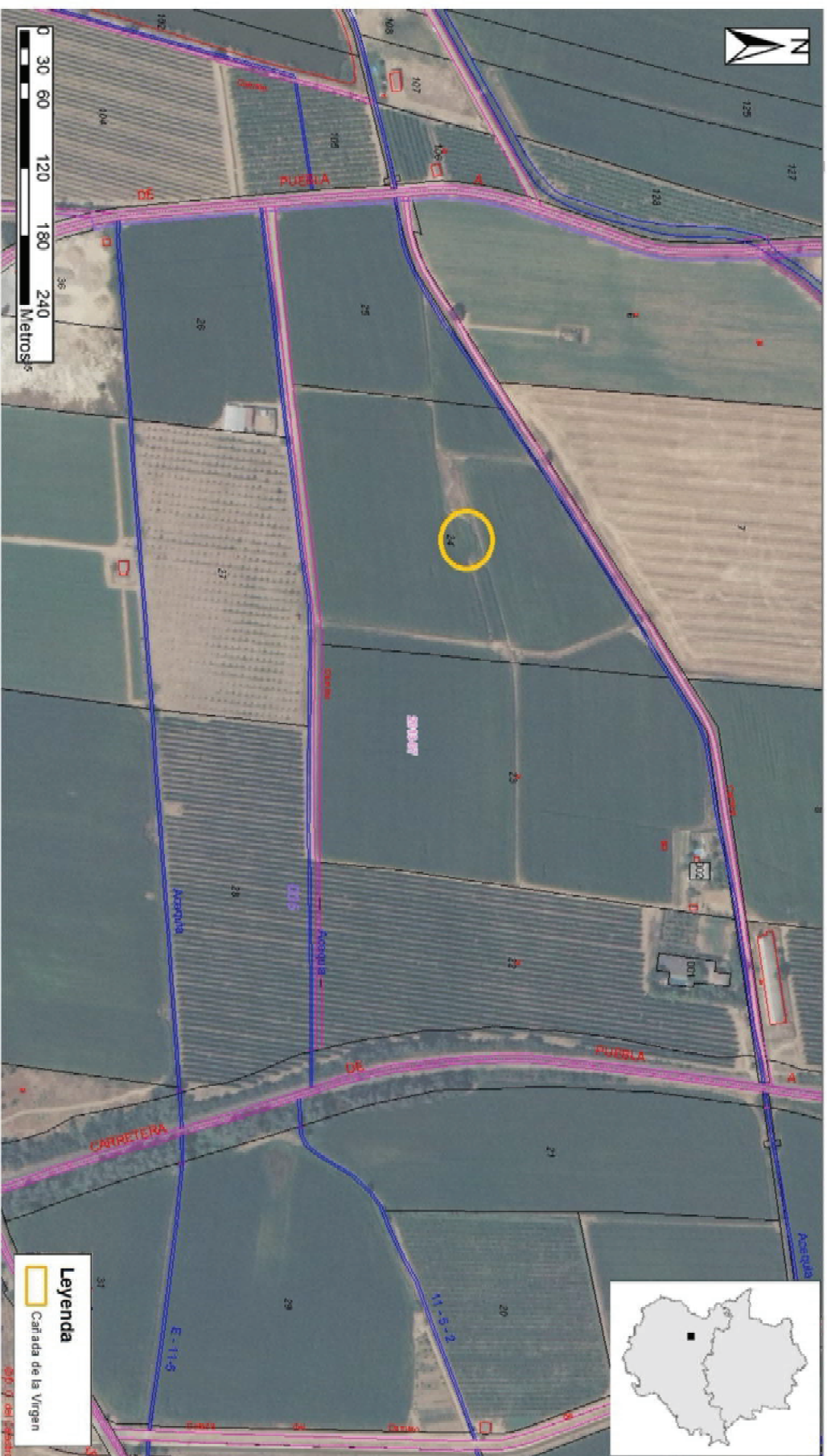


Fig. 284. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
Cañada la Virgen



Catastro:
Cañada la Virgen



Topografía (Curvas de Nivel a 2,5 m.):
Cañada la Virgen



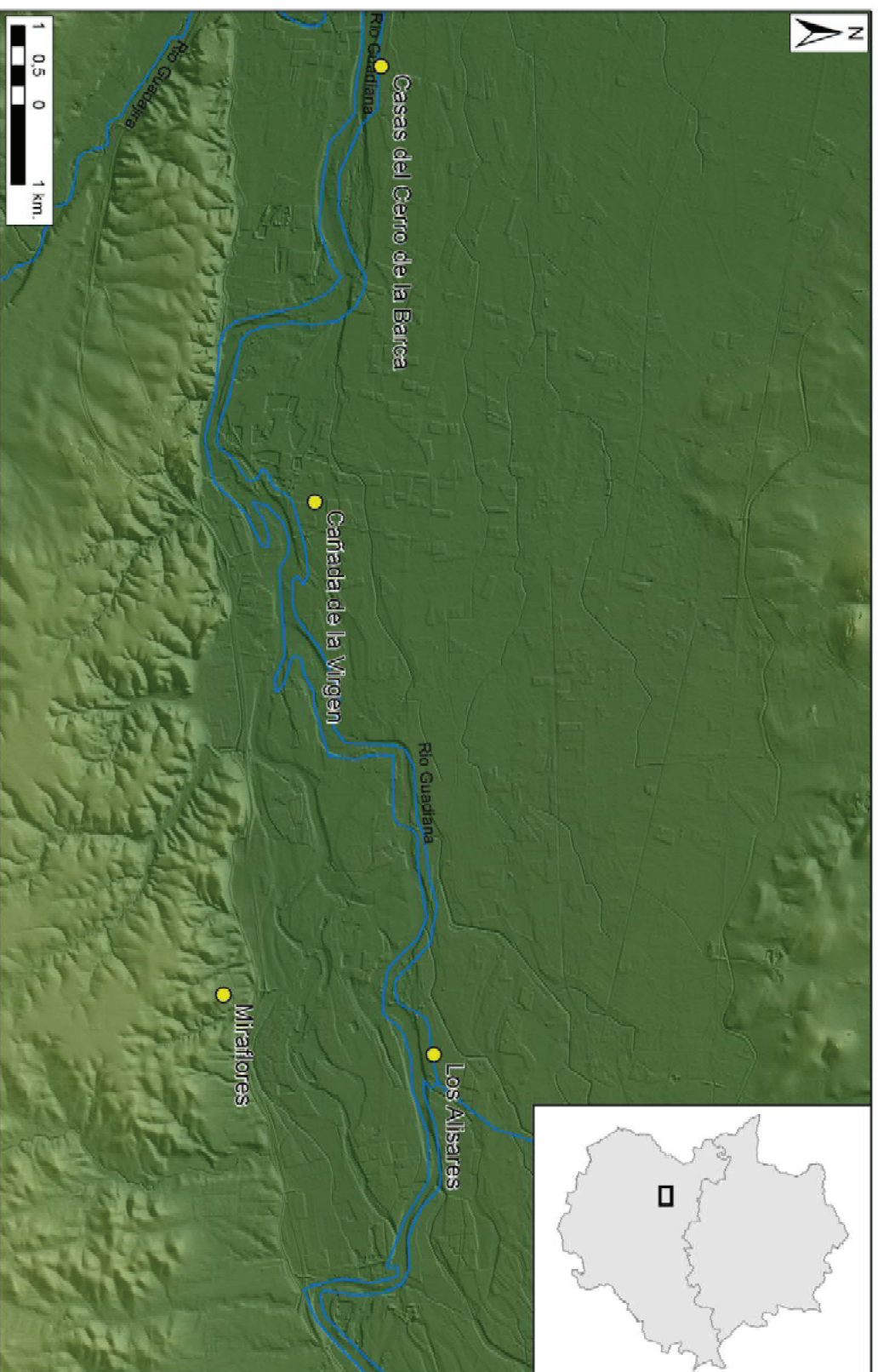
CORINE 2006:
Cañada la Virgen



Geología:
Cañada la Virgen



Localización de elevaciones tumultares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: La Garrovilla

Polígono: 9 / Parcela: 172



Fig. 285. Mapa 1:50000



Fig. 286. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Lácara se localiza en el término municipal de La Garrovilla, concretamente entre este municipio, localizado al este, y la localidad de Lácara, ubicada al oeste. Es uno de los túmulos más alejado del Guadiana del que le separan algo más de 5 km en línea recta; sin embargo, posee una destacada posición geográfica junto al cauce del río Lácara, sobre tierras de alto potencial agrícola. En la actualidad la parcela está destinada al cultivo de regadío.

Acceso: desde Torremayor cogemos la circunvalación hacia la izquierda siguiendo las indicaciones con dirección Montijo. Al llegar a la carretera de Montijo, a unos 2 km, salimos hacia Torremayor. Justo al pasar un huerto llegaremos al cruce con Lácara. Giramos a la derecha, tras cruzar las obras del AVE hasta encontrarnos con la carretera del canal de Montijo. Desde ese punto giramos a la izquierda, dejando las obras del AVE a la derecha y, tras 600 m, nos encontraremos con un camino que seguiremos durante unos 1200 m hasta llegar a puente que cruza el río, donde dejamos el coche. Desde ahí el punto se sitúa al noroeste, teniendo obligatoriamente que llegar a pie. Como referencia podemos tomar el recorrido de una acequia que parte de una casa de labor abandonada en dirección norte.

Visibilidad: Mala. La vegetación es muy abundante al tratarse de una tierra que no se trabaja. Con el paso de los años ha crecido un denso pasto arbustivo y algunos árboles.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	17:35:03	HORA FIN TOMA	17:50:11
ERROR MEDIO	± 2 metros	TOMAS	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X		Y
Lacara	714702		4311897
La elevación se sitúa a unos 250 metros.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Lacara Perímetro 1	714811	4312077	202 m
Lacara Perímetro 2	714788	4312102	204 m
Lacara Perímetro 3	714816	4312134	202 m
Lacara Perímetro 4	714867	4312132	204 m
Lacara Perímetro 5	714854	4312070	214 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Lacara Centroide	714828	4312113	214 m.
ACUMULACION RAC			
NOMBRE	X	Y	Z
Lácara RAC 1	714845	4312120	205 m
Lácara RAC 2	714829	4312121	206 m
Lácara RAC 3	714819	4312113	207 m
Lácara RAC 4	714842	4312112	208 m
ZANJA			
NOMBRE	X	Y	Z
Lacara Zanja	714847	4312095	209 m
AREA:	0.63 Ha		

Fig. 287. Lista de coordenadas



Lácara

Leyenda

— Perímetro

0 12,5 25 50 75 100 Meters

Antecedentes:

La primera referencia a la existencia del túmulo de Lácara aparece recogida en el catálogo elaborado por D. Duque¹¹⁴¹. En el mencionado catálogo se recoge la noticia sobre la localización geográfica de este enclave, destacando su buen estado de conservación con un perímetro de 40 m y una altura de 3 m. En lo que respecta a los restos arqueológicos, se destaca la existencia de un yacimiento de época romana sobre la ocupación protohistórica, a la que corresponde la presencia de materiales cerámicos y un molino barquiforme.

Posteriormente, en el trabajo macroespacial de La Mata¹¹⁴² vuelven a dedicar un apartado a este enclave donde se recalca la dificultad para dibujar y acotar la ocupación protohistórica del yacimiento al contar con una ocupación romana sobre el mismo, unas circunstancias que también se produjeron en el caso de La Mata. No obstante, se hace referencia a “*la presencia de algunas cerámicas grises y modeladas*”¹¹⁴³.

Resultados de la revisión:

La visita y prospección del enclave de Lácara nos permitió documentar la existencia de una potente elevación de casi 1 hectárea de superficie y más de 2 m de altura, que parece no haber sufrido grandes alteraciones estructurales, aunque el hecho de que las tierras colindantes estén destinadas al cultivo de regadío nos lleva a pensar que probablemente el perímetro del túmulo se haya visto reducido por dichos trabajos agrícolas (fig. 288).

En lo que respecta a su localización geográfica, el túmulo de Lácara se sitúa junto al cauce del río que le da nombre al yacimiento, el Lácara, afluente del Guadiana. Es una de las elevaciones que más se distancian del Guadiana que discurre a 5 km al sur del enclave; sin embargo, ocupa una destacada posición geográfica entre los cauces de dos afluentes del Guadiana, el Lácara y el Guadianilla, frente a la desembocadura de este último, lo que nos permite considerar que el espacio que existe entre ambos afluentes sea precisamente el territorio que controlaba el enclave, una circunstancia que deberíamos relacionar con el importante papel que las vías fluviales parecen desempeñar en la comunicación y explotación de este amplio espacio geográfico. Así mismo, debemos tener en cuenta que en el caso de que en algún momento pudiésemos incluir al enclave de Los Alisares [A02] dentro del grupo de “evidencias positivas”, deberíamos considerar la relación que debió

¹¹⁴¹ Duque, 2001: 38

¹¹⁴² Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 611

¹¹⁴³ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 611

existir entre ambos enclaves, uno localizado en la confluencia o desembocadura del río Lácara con el Guadiana y el otro algo más interior, pero en el mismo cauce; lo que nos plantea la existencia de una posible jerarquía entre este tipo de enclaves para el control tanto del comercio fluvial como de la productividad que generaran las tierras de alto potencial agrícola en las que se localizan.

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 293) nos ha permitido certificar la existencia de este enclave con anterioridad a 1946, pues la primera imagen que tenemos del mismo procede de la serie A del Vuelo Americano. A partir del análisis de las secuencias hemos podido comprobar cómo el curso del río ha ido cambiando con el paso del tiempo, habiendo visto reducida considerablemente su anchura. Por otro lado, hemos podido comprobar que el enclave se localizaba hasta 1956 inserto en un paisaje de dehesa, arrasado tras la reparcelación del Plan Badajoz, lo que nos lleva a pensar que en la antigüedad estas elevaciones pasaban mucho más desapercibidas en el paisaje y solo comienzan a despuntar a partir de su delimitación por las tareas agrícolas ante la dificultad de ser arrasados por completo. A diferencia de otros ejemplos en los que las parcelas colindantes están destinadas al cultivo de regadío y a pesar de que en la fotografía aérea de la serie B del Vuelo Americano (1956) y la correspondiente al Vuelo Interministerial (1980) la elevación parece presentar una forma circular, el tratamiento de los datos LiDAR (fig. 294) nos ha permitido comprobar como ésta mantiene una forma cuadrada bastante regular. Esto no lleva a pensar en que quizás no se ha visto muy mermada por las labores agrícolas que se llevan a cabo en su entorno.

La prospección de la elevación nos permitió certificar la existencia de una ocupación de época romana, identificada tanto por la presencia de fragmentos de cerámica como por la documentación de ladrillos, tégulas y sillares de piedra romanos (fig. 289). Por su parte, el volumen de material protohistórico es muy reducido, entre el material diagnosticable recogimos únicamente un borde de perfil en S y localizamos varios fragmentos de adobes (fig. 290) que apuntan hacia la existencia de una construcción de época protohistórica. Así mismo, en el extremo sur de la elevación documentamos una zanja en cuyo perfil se distingue una estructura construida con guijarros de río, de donde procede el fragmento de cerámica antes citado, una estructura que parece corresponderse con la ocupación de la I Edad del Hierro (fig. 291).

Como aludíamos en la introducción del capítulo, la ausencia de material no excluye por completo la posibilidad de que estas elevaciones oculten un edificio tipo Cancho Roano, pues a veces poseen un alto grado de hermetismo que no permite detectar material en superficie. En este caso, al problema de la ocultación que presenta este enclave se le

une la mala visibilidad de la superficie por la existencia de una densa vegetación arbustiva. Por último, el hecho de contar con una ocupación romana posterior tampoco es excluyente pues se conocen otros casos en los que la ocupación romana ha camuflado un asentamiento anterior, casos de La Mata y Cerro Borreguero. No obstante, solo futuras investigaciones y proyectos de excavación nos permitirán determinar la magnitud de la ocupación protohistórica de este punto.



Fig. 288. Vista general del enclave de Lácara desde el este.





Fig. 289. Conjunto de sillares documentados en superficie



Fig. 290. Restos de adobes recogidos en superficie.



Fig. 291. Estructuras documentadas en la zanja del extremo sur de la elevación



Fig. 292. Parcelas colindantes cultivadas de maíz.

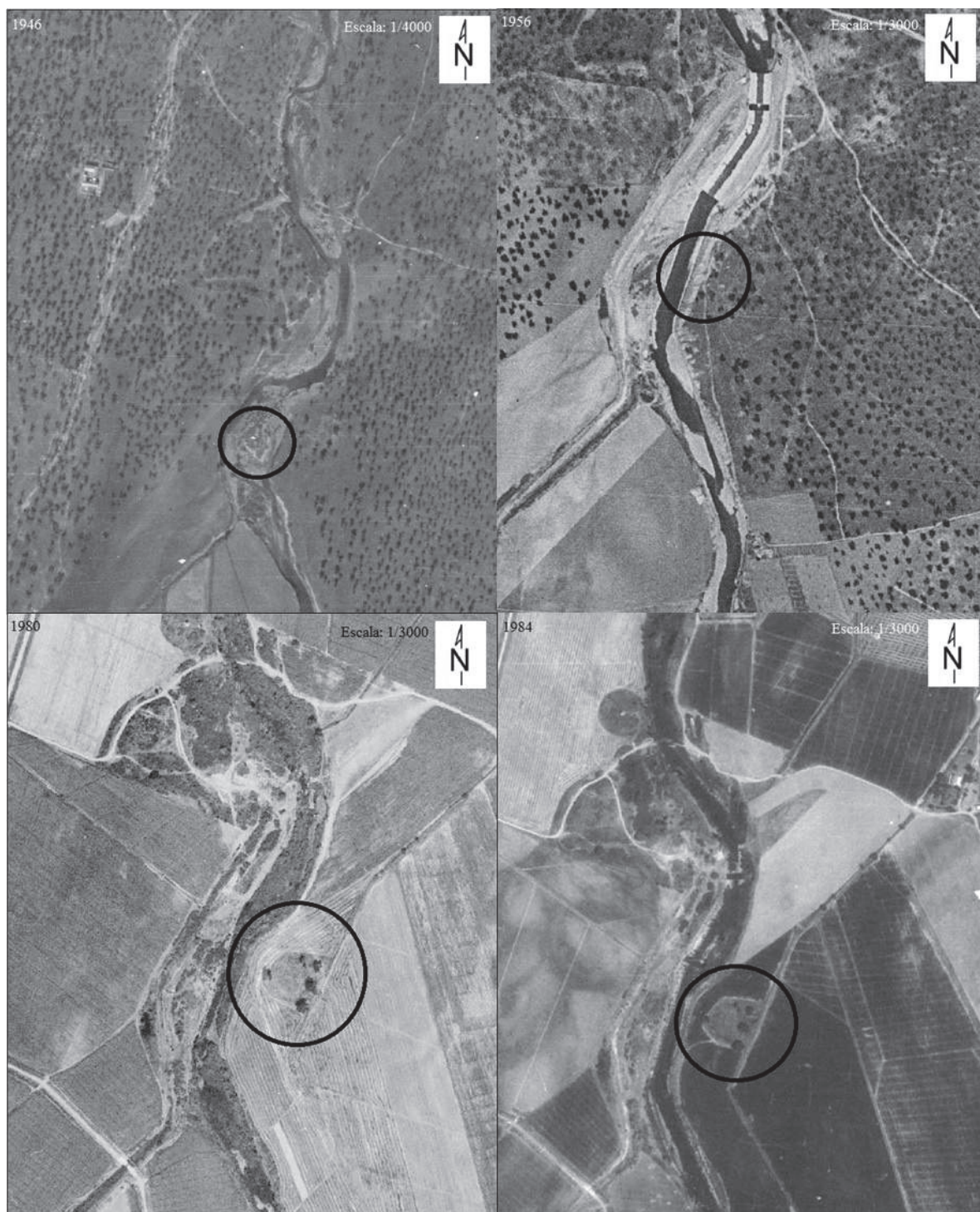


Fig. 293. Serie de fotografías aéreas históricas

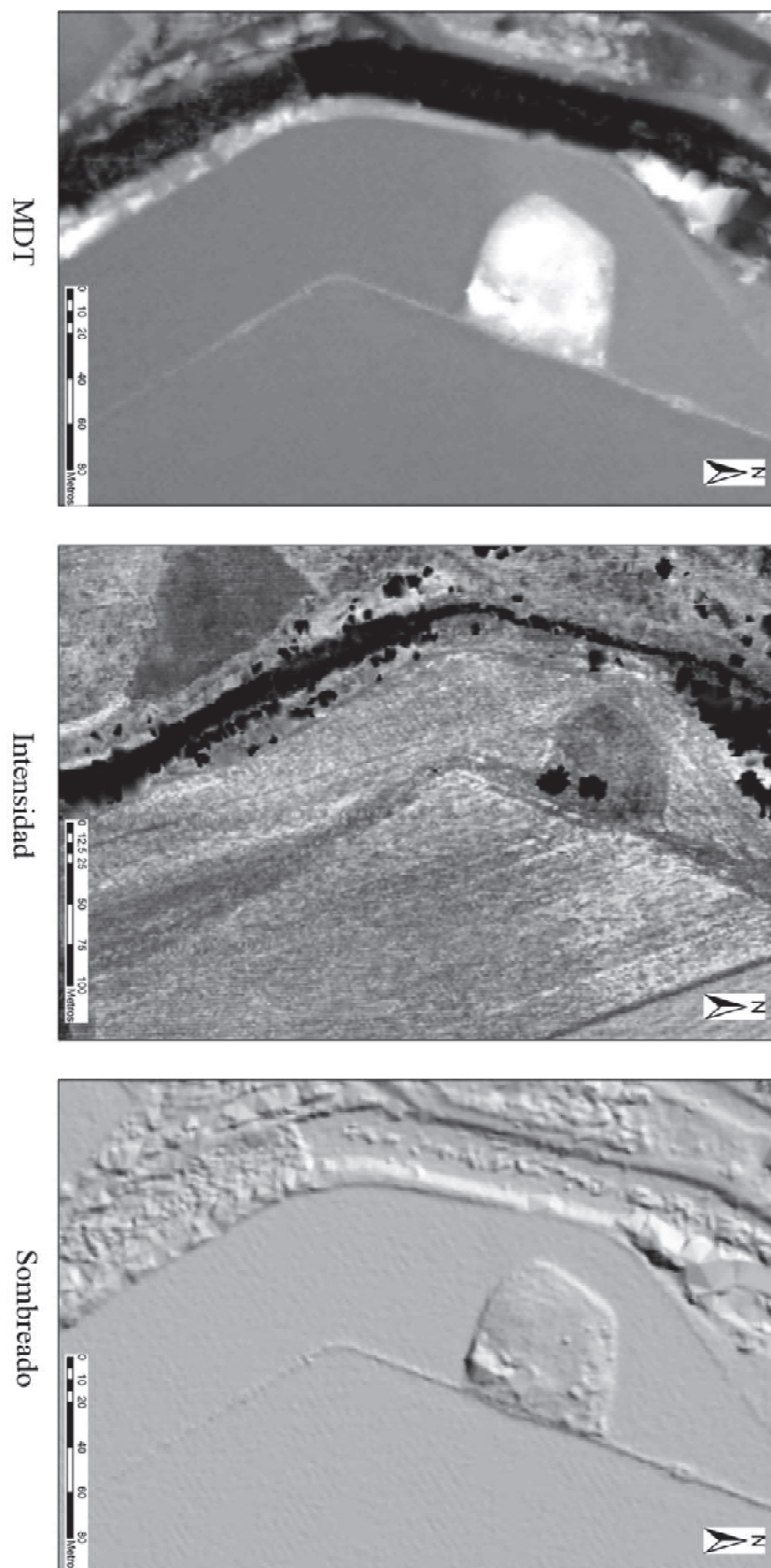
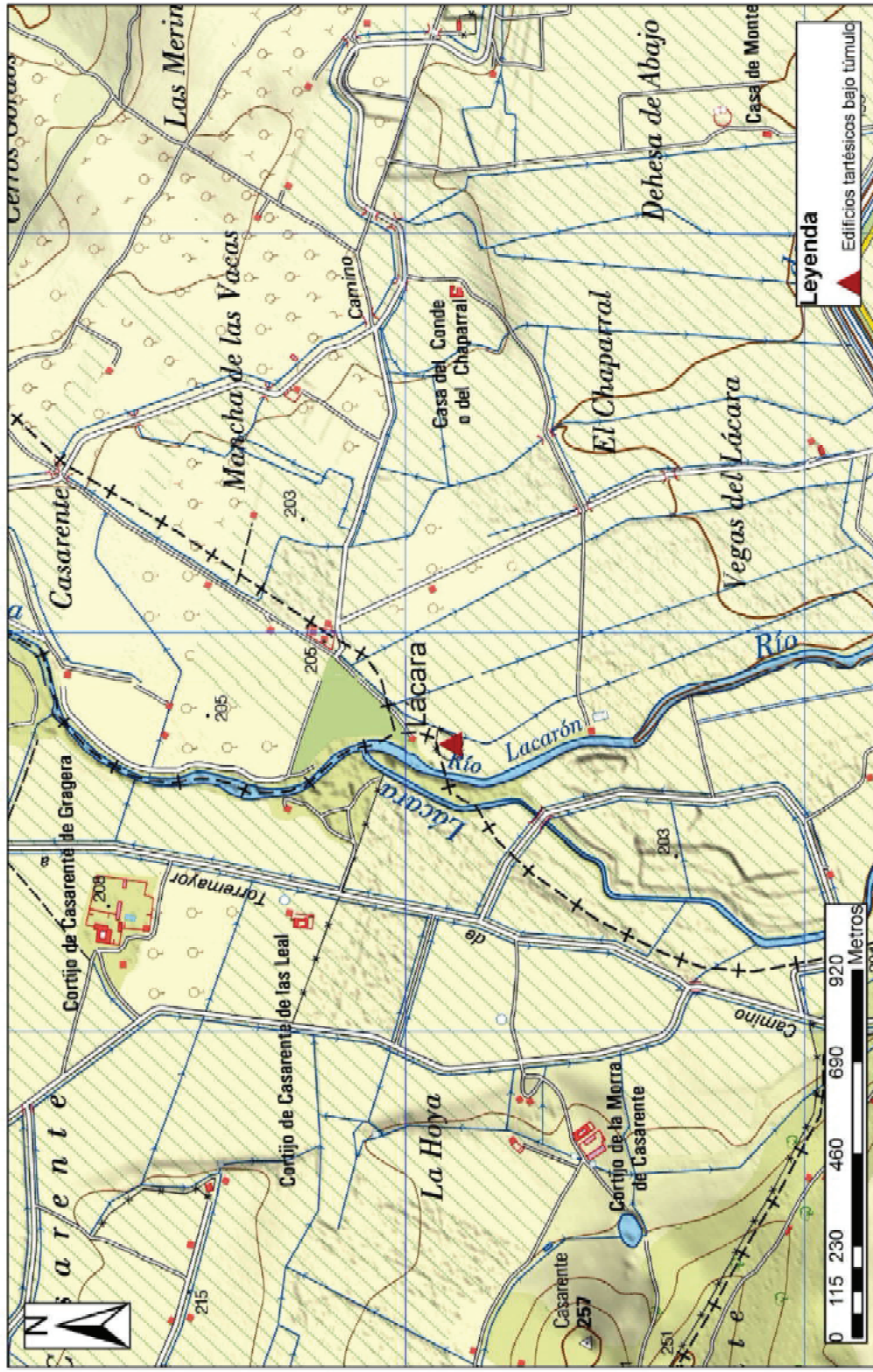
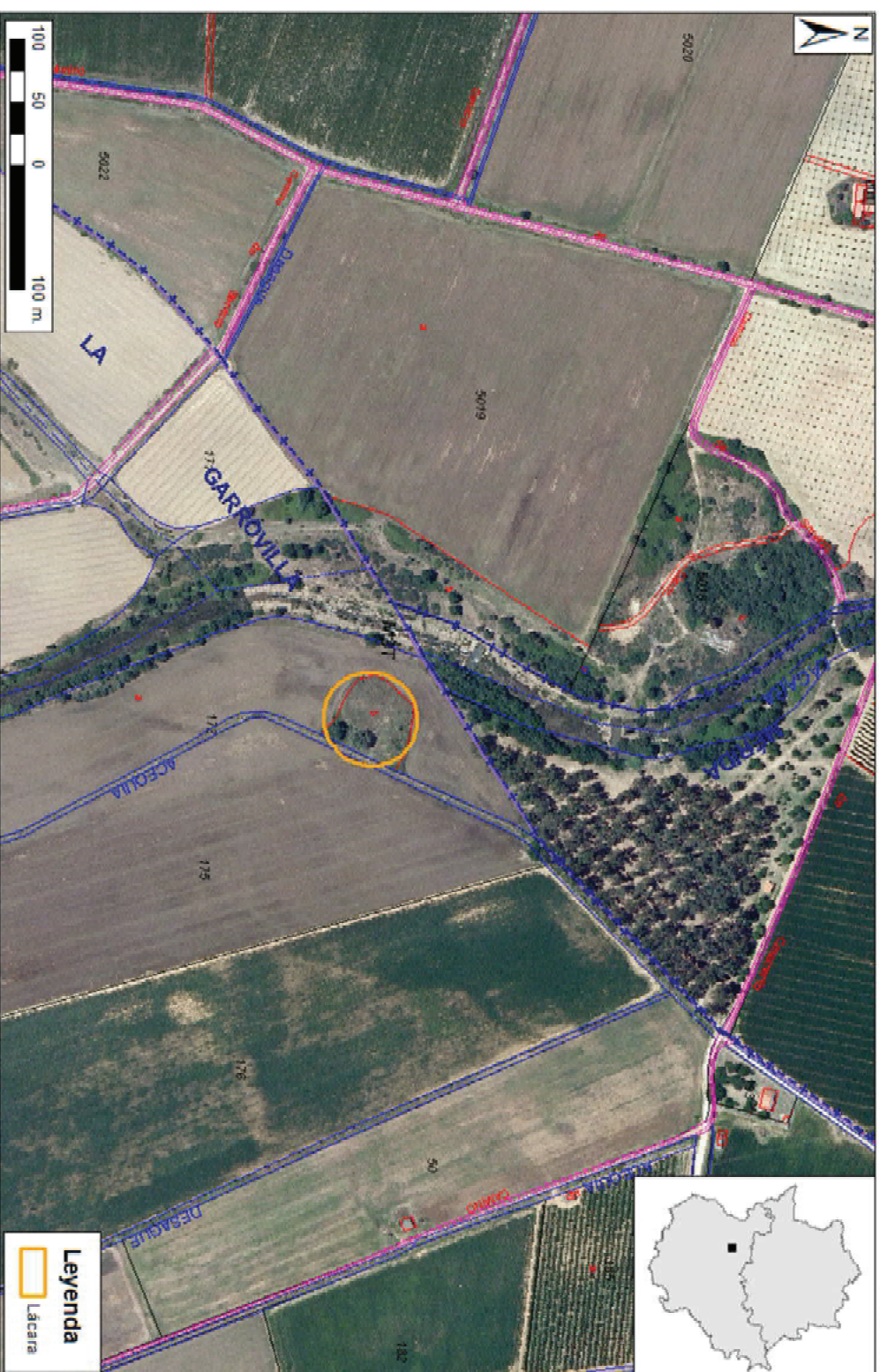


Fig. 294. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
Lácara



Catastro:
Lácara



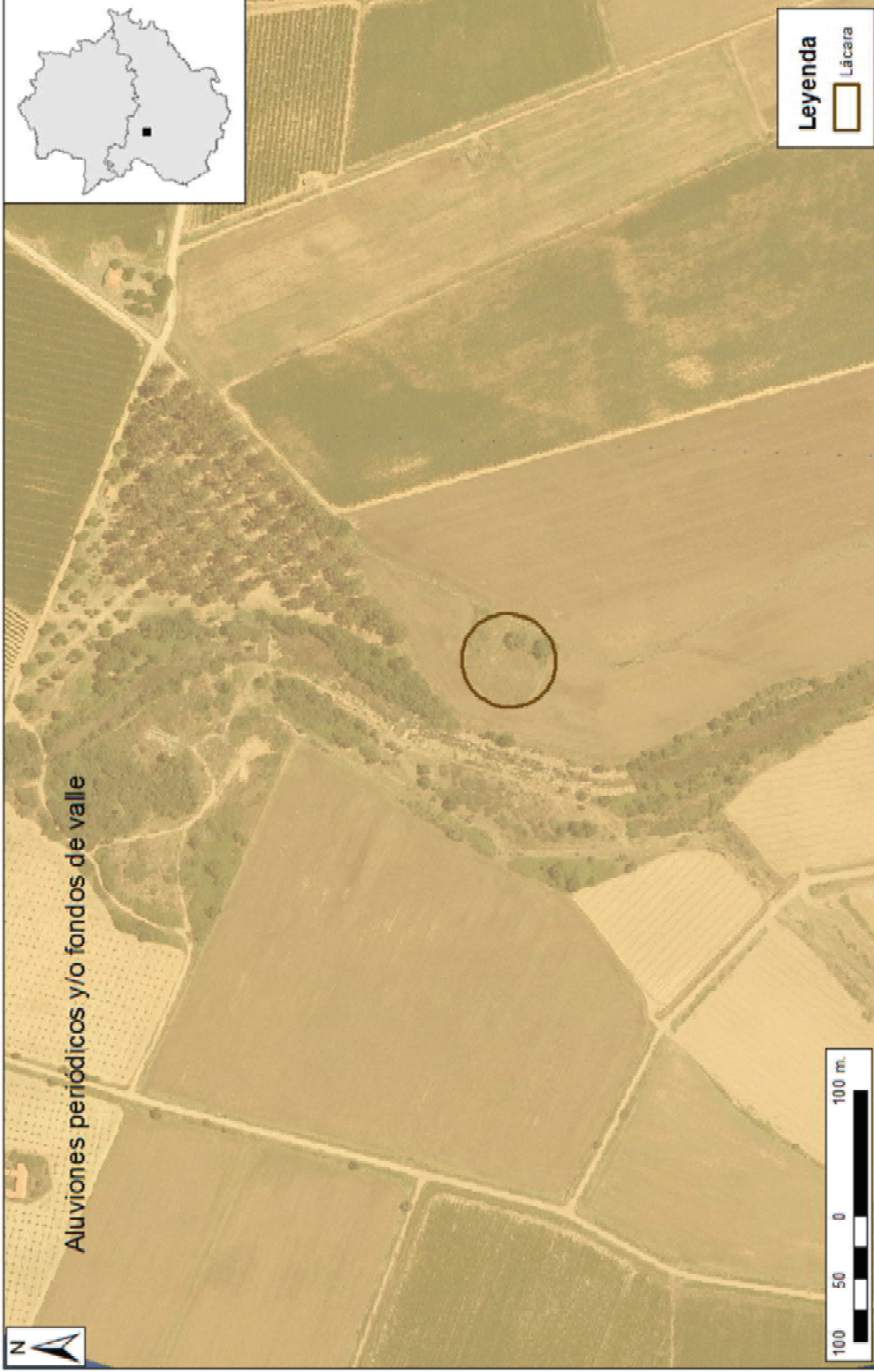
Topografia (Curvas de Nivel a 1 m.):
Lácara



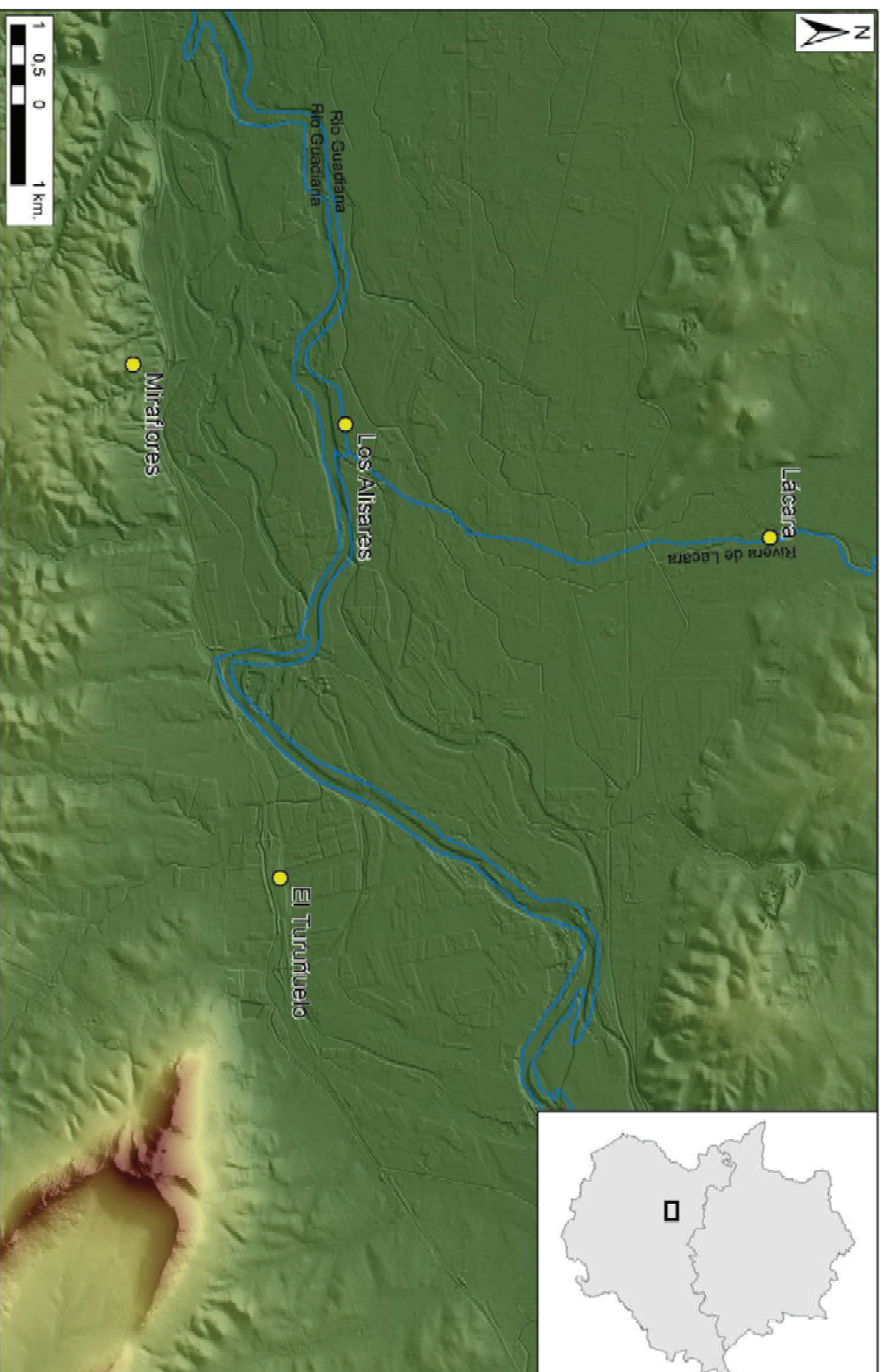
CORINE 2006:
Lácara



Geología:
Lácara



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Mérida

Polígono: 74 / Parcela: 57/58/59

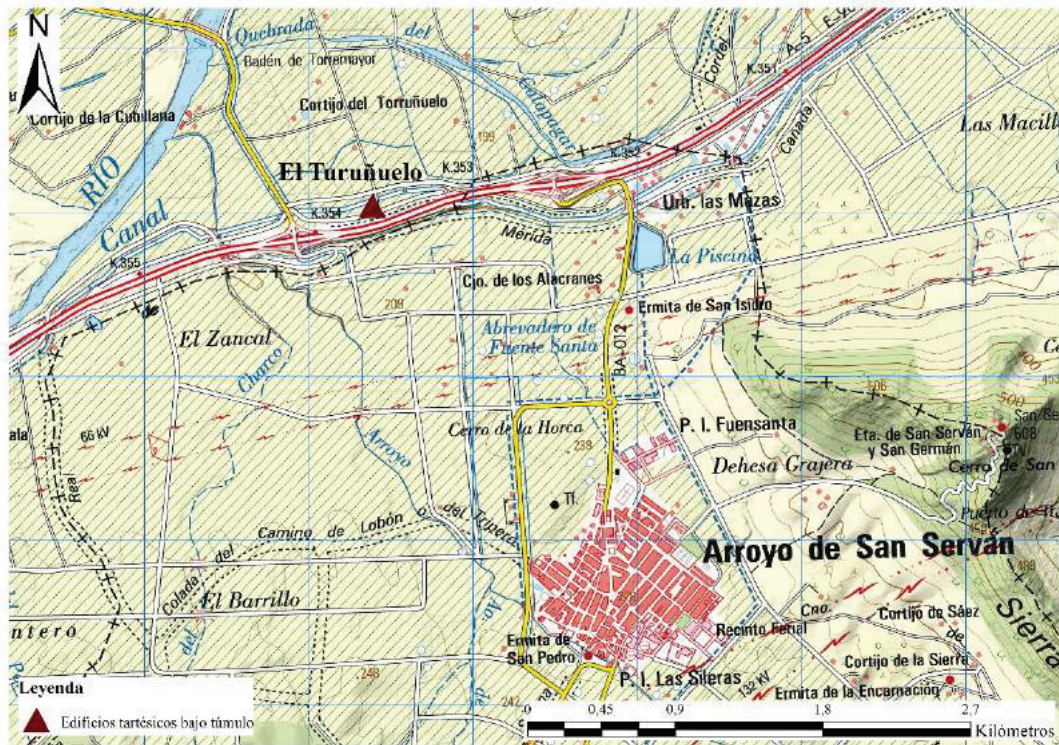


Fig. 295. Mapa 1:50000



Fig. 296. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave del Turuñuelo se localiza en el término municipal de Mérida, en el kilómetro 354 de la A-5 que discurre al sur del yacimiento. Con respecto al río Guadiana, el túmulo se sitúa al sureste de un pronunciado meandro que dibuja el río, circundado por la Quebrada del Galapagar que discurre al norte del enclave y seccionado en su cara norte por el trazado del canal de riego de Lobón. En la actualidad la parcela en la que se localiza el enclave está destinada al cultivo de regadío.

Acceso: desde Mérida tomamos la autovía A-5 dirección Badajoz. Tras pasar el polígono del Prado y la salida hacia Arroyo de San Seván, en el km 354, se toma la salida de Torremayor. Nada más tomar la salida giramos a la derecha por el primer camino y a unos 500 m se localiza el yacimiento.

Visibilidad: muy buena-buena. En el momento de llevar a cabo los trabajos de prospección la parcela en la que se localiza el yacimiento acababa de ser arada, por lo que la visibilidad era excelente, a excepción de la parte más elevada del túmulo, donde actualmente se localizan los restos derruidos de una caseta de labor llena de vegetación, lo que dificulta tanto la visibilidad como el tránsito por este área.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	8:31:23	HORA FIN TOMA	10:45:06
ERROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
El Turuñuelo	719344	436021	
Coordenada cercana, pero esta da al otro lado de la autovía. Se sitúa a unos 200 metros.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Turuñuelo Perímetro 1	719482	4306226	208 m.
Turuñuelo Perímetro 2	719519	4306231	207 m.
Turuñuelo Perímetro 3	719533	4306262	208 m.
Turuñuelo Perímetro 4	719501	4306284	209 m.
Turuñuelo Perímetro 5	719452	4306266	204 m.
Turuñuelo Perímetro 6	719459	4306237	208 m.
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Turuñuelo Centroide	719504	4306258	210 m.
ACUMULACION RAC			
NOMBRE	X	Y	Z
Turuñuelo RAC 1	719456	4306165	207 m.
Turuñuelo RAC 2	719461	4306168	207 m.
Turuñuelo RAC 3	719462	4306158	208 m.
Turuñuelo RAC 4	719465	4306161	206 m.
Turuñuelo RAC 5	719464	4306171	206 m.
Turuñuelo RAC 6	719458	4306181	205 m.
Turuñuelo RAC 7	719454	4306194	206 m.
Turuñuelo RAC 8	719457	4306195	205 m.
Turuñuelo RAC 9	719461	4306183	207 m.
Turuñuelo RAC 10	719453	4306170	207 m.
Turuñuelo RAC 11	719471	4306204	208 m.
Turuñuelo RAC 12	719447	4306224	208 m.
Turuñuelo RAC 13	719450	4306236	206 m.
Turuñuelo RAC 14	719442	4306214	208 m.
Turuñuelo RAC 15	719487	4306204	208 m.
Turuñuelo RAC 16	719483	4306196	209 m.
Turuñuelo RAC 17	719487	4306180	208 m.
Turuñuelo RAC 18	719480	4306177	206 m.
Turuñuelo RAC 19	719491	4306186	204 m.
Turuñuelo RAC 20	719488	4306229	200 m.
Turuñuelo RAC 21	719487	4306246	207 m.
Turuñuelo RAC 22	719484	4306251	209 m.
AREA	0.34 Ha		

Fig. 297. Lista de coordenadas



El Turuñuelo

0 20 40 80 120 160 Meters

Leyenda

- Perímetro
- RAC

Antecedentes:

El descubrimiento del yacimiento y su clasificación dentro de la I y II Edad del Hierro se debe a Enríquez Navascués y a Jiménez Aparicio, quienes, años después, entregaron los materiales recogidos en una primera prospección en el Ayuntamiento de Mérida para que pasaran a formar parte de la recién creada colección de Prehistoria de esta Institución; la noticia del hallazgo del yacimiento fue publicada en un monográfico sobre la Prehistoria de la comarca de Mérida donde se hacía una descripción detallada de su situación y de los primeros restos materiales¹¹⁴⁴. Posteriormente, se publicaron algunos de esos materiales procedentes del Turuñuelo de Mérida en un volumen homenaje al profesor J. Maluquer¹¹⁴⁵. La publicación del Turuñuelo de Mérida lo convertía en el primer ejemplo documentado de este tipo de estructuras tras la aparición del santuario localizado en Zalamea de la Serena, circunstancia que abría las puertas a la existencia de un fenómeno que parecía extenderse por las tierras del interior del valle medio del Guadiana, lo que eliminaba la posibilidad de que Cancho Roano se tratase de un hecho único y aislado.

En el artículo publicado en 1995 se presenta un lote de materiales descontextualizados que parecen proceder de la sección norte de la elevación que había sido cortada para la construcción del Canal de riego de Lobón, provocando la destrucción de parte de la elevación y el constante desprendimiento de restos materiales y constructivos que, posteriormente, eran recogidos por aficionados que los incorporaban a sus colecciones privadas. Los materiales estudiados proceden, pues, de la primera prospección anteriormente citada.

Entre los materiales incluidos en el lote destacan por su cantidad las cerámicas, principalmente los recipientes a mano, entre los que sobresale una botellita cúbica decorada con motivos florales (fig. 298); mientras que entre las formas a torno se recoge la aparición de ánforas, una R1 completa (fig. 300), la cerámica gris, algunos fragmentos griegos, aunque escasos, y varios restos de cerámica pintada a bandas o con decoración geométrica. Junto a las cerámicas se han localizado varios objetos de bronce, como fíbulas o ponderales; tres cuchillos de hierro afalcatados y un fragmento de marfil en el que se representa una cabeza humana con un brazo hacia atrás sujetando una palma al que se ha otorgado una clara filiación mediterránea (fig. 299).

¹¹⁴⁴ Enríquez y Jiménez Aparicio, 1989: 155-156

¹¹⁴⁵ Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995

En los trabajos mencionados se deja constancia de la morfología y características del enclave del que proceden los materiales. En la introducción se hace alusión a la existencia de una gran estructura tumular de unos 60 m de longitud y más de 5 m de altura, en la que además, junto a los vestigios protohistóricos se documentaron restos de una ocupación romana, concretamente en la ladera sur, que despertó algunas dudas acerca de la filiación cultural de este enclave.

La localización geográfica del túmulo y el lote de materiales recuperado y estudiado llevó a los autores del segundo trabajo a determinar la existencia de un gran número de analogías entre el enclave objeto de estudio y el único caso conocido hasta aquel momento, Cancho Roano, lo que les llevó a proponer que lo que ocultaba el túmulo del Turuñuelo es un importante yacimiento relacionado con el desarrollo y control de actividades comerciales y quizás culturales, a tenor de los objetos rescatados, que podría fecharse entre finales del siglo V a. C. y principios del siglo IV a.C., a partir de la aparición de algunos fragmentos de cerámica griega.

En definitiva, la documentación del Turuñuelo de Mérida, al que se sumaba Cancho Roano y los datos que ya estaba aportando el edificio de La Mata, ya aventuraban que este tipo de estructuras suponían un nuevo fenómeno que parecía corresponderse con un sistema de organización social y territorial organizado en torno a estos núcleos todavía por definir.

El conocimiento de nuevos ejemplos similares llevó a uno de los autores de la publicación de los materiales del Turuñuelo a abordar otro trabajo sobre los que denomina complejos monumentales post-orientalizantes del Guadiana¹¹⁴⁶, en el que se recoge la referencia del Turuñuelo de Mérida, pero sin que se añada ninguna novedad a la información recogida en el trabajo ya citado.

Poco tiempo después D. Duque incluyó este enclave dentro de su catálogo de asentamientos del Guadiana, incluyendo en su trabajo una más detallada, aunque breve, descripción geográfica y geológica dentro de la cual destaca la productividad de las tierras en las que se localiza el yacimiento. Hace también referencia a la posible existencia de restos constructivos que se dejan entrever en el perfil norte generado tras la construcción del canal, aludiendo a la aparición de adobes quemados, pavimentos de arcilla roja y cimientos de piedra en no muy buen estado de conservación. Ninguna referencia se hace al estudio de nuevos lotes de materiales.

¹¹⁴⁶ Jiménez Ávila, 1997

Como ocurre en el resto de ejemplos hasta ahora analizados, la última referencia al Turuñuelo de Mérida aparece recogida en el estudio macroespacial de La Mata¹¹⁴⁷ donde a la información ya conocida se suman nuevas referencias acerca de los restos materiales recogidos en superficie, entre el que se destacan *“las cerámicas modeladas que recuerda ambientes tecnológicos del Bronce Final: color achocolatado, cocción irregular, tratamiento superficial escobillado o decoración con digitaciones. Las torneadas podemos dividir las en oxidantes (que suelen llevar decoración pintada) y grises (que destacan por presentar generalmente una cocción reductora, acabados espatulados, bruñidos o alisados al interior o al exterior, adoptando perfiles que recuerdan los del Bronce Final). Otros tipos cerámicos son las ánforas feno-púnicas”*¹¹⁴⁸. Junto al lote de cerámicas se resalta también la aparición de varios molinos barquiformes; evidencias que hacen a los autores de este estudio certificar su relación con los que ellos denominan como edificios de prestigio fechados entre los siglos VI y V a.C.

Resultados de la revisión:

La revisión de los trabajos descritos con anterioridad y la visita al yacimiento del Turuñuelo nos permitió ratificar la existencia de una elevación que conserva, aproximadamente, algo menos de una hectárea de extensión, pues el perímetro representado en la imagen anterior no es real dado que no tuvimos acceso a todos los extremos del enclave al estar su cara norte llena de vegetación (fig. 301). Así mismo, el túmulo ha perdido parte de su estructura al haber sido seccionado y arrasado en su extremo norte por la construcción de un canal de riego durante los trabajos del Plan Badajoz (fig. 302), lo que ha reducido considerablemente su diámetro; a pesar de ello, el corte de la sección nos sirve a modo de radiografía para comprobar los más de 6 m de altura que posee la estructura y certificar la existencia de construcciones bajo los restos que se conservan de la elevación.

En cuanto a su posición geográfica, el Turuñuelo de Mérida se localiza a 210 m.s.n.m., inserto en la actualidad en un extenso paisaje destinado al cultivo de regadío aprovechando que se localiza sobre una de las terrazas aluviales del Guadiana, que discurre al norte del yacimiento. El punto más cercano es un pronunciado meandro que hace el río al noroeste al dibujar uno de sus vados, apenas a 1 km de distancia en línea recta. Como complemento a los aportes del Guadiana, el enclave se encuentra rodeado al norte por la Quebrada de Galapagar que va a desembocar en el Guadiana a la altura del Badén de Torremayor. En lo que respecta a su topónimo, deriva del nombre que recibe la

¹¹⁴⁷ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 610

¹¹⁴⁸ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 610

finca en la que se localiza, aunque cabe reseñar que el cortijo recibe el nombre de Torruñuelo en el mapa 1:25.000, por lo que desconocemos por qué finalmente conocemos a este enclave como el Turuñuelo y no con el topónimo exacto que recibe la denominación de la finca y el cortijo donde está enclavado.

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 307) ha permitido detectar una pequeña anomalía en el punto en el que se localizan los restos, tanto en los primeros fotogramas como en las fotografías más actuales, marcas que también han quedado identificadas en las imágenes extraídas del tratamiento de los datos LiDAR (fig. 308). Quizás una de las imágenes donde mejor se detecta esta incidencia es en la serie A del Vuelo Americano (1945), momento en el que todavía no se había construido el canal de Lobón y la elevación se mantenía intacta en una insinuante forma circular, pues no podemos apreciar con claridad los límites totales de su perímetro. Posteriormente, la imagen tomada de la serie B del Vuelo Americano (1956) nos permite fijar la construcción del canal a principios de los años 50, en el marco del Plan Badajoz. Es en este momento cuando la estructura queda prácticamente seccionada por la mitad, asomando parte de sus restos al otro lado del canal y al camino de la Confederación Hidrográfica del Guadiana. Por último, las imágenes procedentes del vuelo Interministerial (1980) y del vuelo Nacional (1984), vuelven a dejar constancia de la morfología de la elevación, quedando de nuevo patente en la última imagen la existencia de una tímida forma circular en cuyo extremo norte se detecta una mancha negra rectangular que viene a coincidir con el área en el que se concentra una abundante masa de adobes quemados (fig. 306).

La prospección de la elevación nos permitió ratificar la existencia de un pequeño asentamiento romano en el extremo suroeste de la parcela en la que se localiza la elevación, donde se concentra el mayor porcentaje de cerámica y material constructivo romano, ítems que desaparecen a mitad de la ladera. La naturaleza de los materiales romanos apunta a la posible existencia de un yacimiento alto-imperial.

En cuanto al material de cronologías protohistóricas, resulta muy abundante, quizás como consecuencia del constante trabajo y arado de las tierras destinadas en la actualidad a los cultivos de regadío. Entre los materiales destaca la presencia de cerámicas a mano de factura tosca, junto a recipientes a torno entre los que cabe destacar la abundante presencia de cerámicas oxidantes, principalmente procedentes de recipientes de almacenaje, producciones grises de perfiles abiertos y varios fragmentos pintados en tonos rojo vinoso; un repertorio que, en definitiva, guarda grandes relaciones con los detectados en el resto de ejemplos conocidos. Junto a las cerámicas se han documentado

varios molinos barquiformes (fig. 305), algunos completos y de gran tamaño, que relacionan al enclave con las actividades agropecuarias.

En cuanto a la arquitectura y los restos constructivos, poco sabemos. En superficie conseguimos individualizar algunos fragmentos de adobes muy quemados y algunas manchas rojizas que nos llevan a pensar que la cobertura tumular oculta un gran edificio de adobe; mientras que en el perfil generado por la construcción del canal en el norte, entre la vegetación, se detecta la existencia de un muro construido con cuarcitas de gran tamaño y estructuras menores construidas con guijarros de río (fig. 303 y 304), cuya funcionalidad nos es desconocida. No obstante, tanto el material como los escasos restos constructivos documentados apuntan hacia la existencia de un único edificio cuya cronología podemos acotar entre los siglos V – IV a.C., algo que solo podremos corroborar con la ejecución de trabajos futuros.

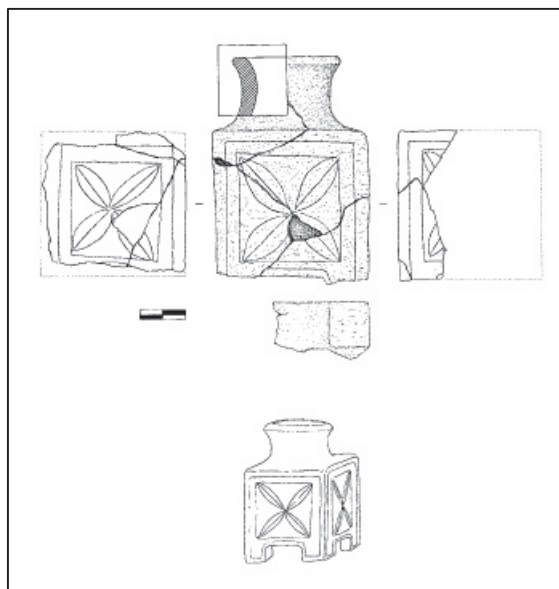


Fig. 298. Botellita cúbica (según Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995: 133, fig. 1)

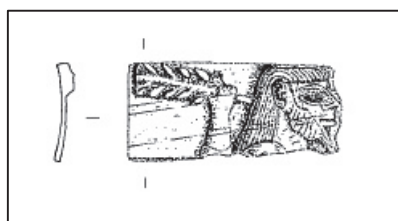


Fig. 299. Pieza de marfil (según Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995: 140, fig. 7-5)

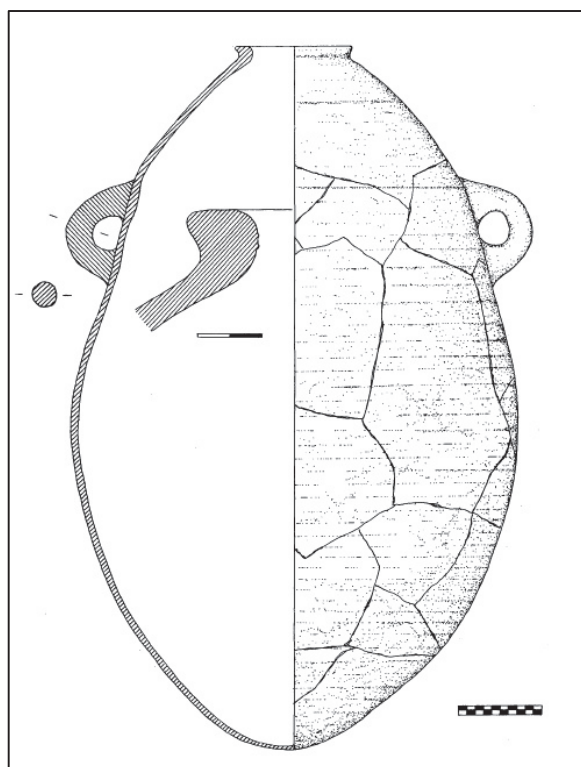


Fig. 300. Ánfora R1 (según Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995: 135, fig. 3)



Fig. 301. Vista general desde el sur



Fig. 302. Perfil norte con el paso del canal de Lobón



Fig. 303. Detalle del perfil norte seccionado por el paso del canal



Fig. 304. Detalle del perfil norte seccionado por el paso del canal



Fig.305 Molino barquiforme documentado en superficie



Fig. 306. Restos de adobes quemados localizados en superficie

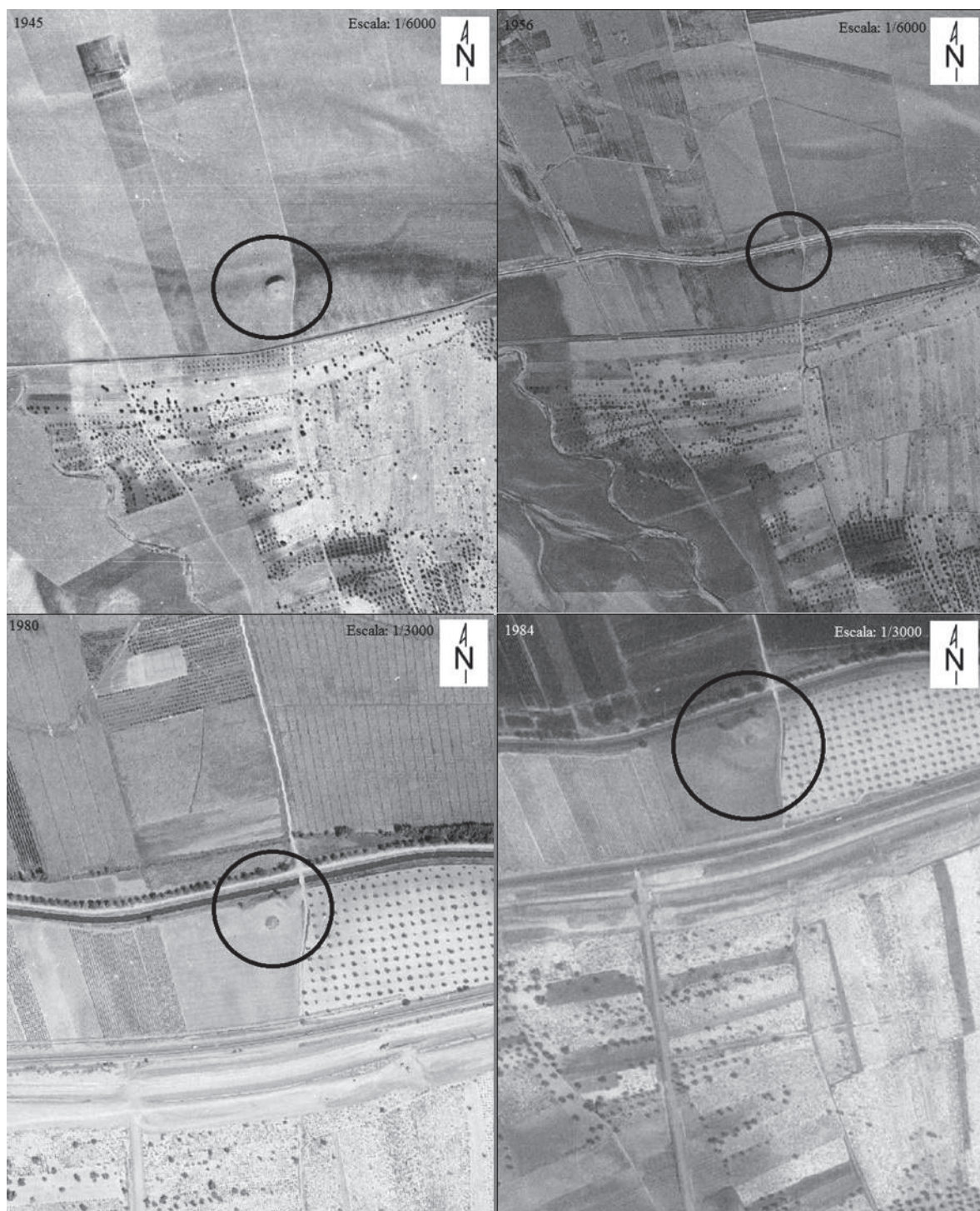


Fig. 307. Serie de fotografías aéreas históricas

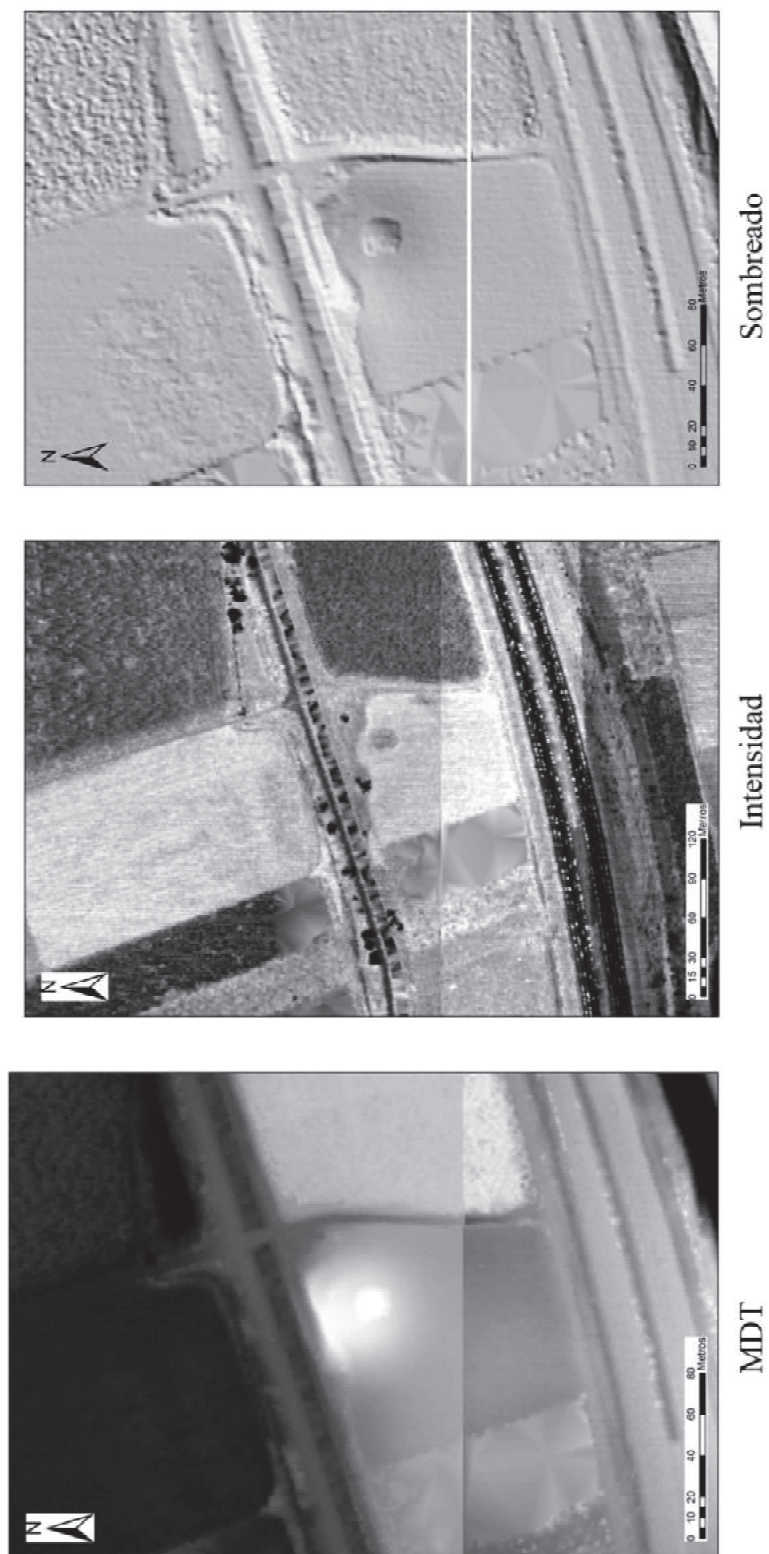
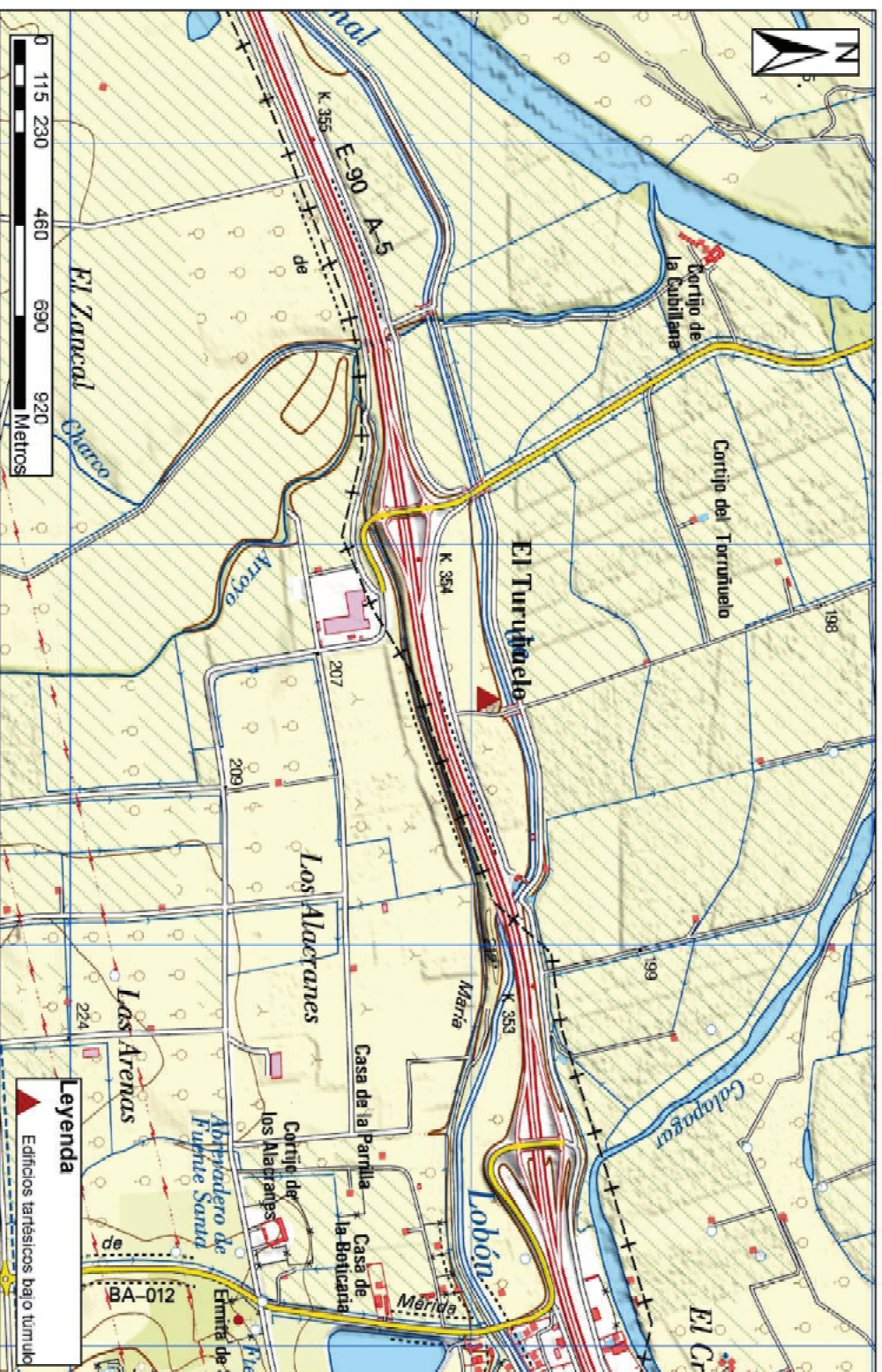
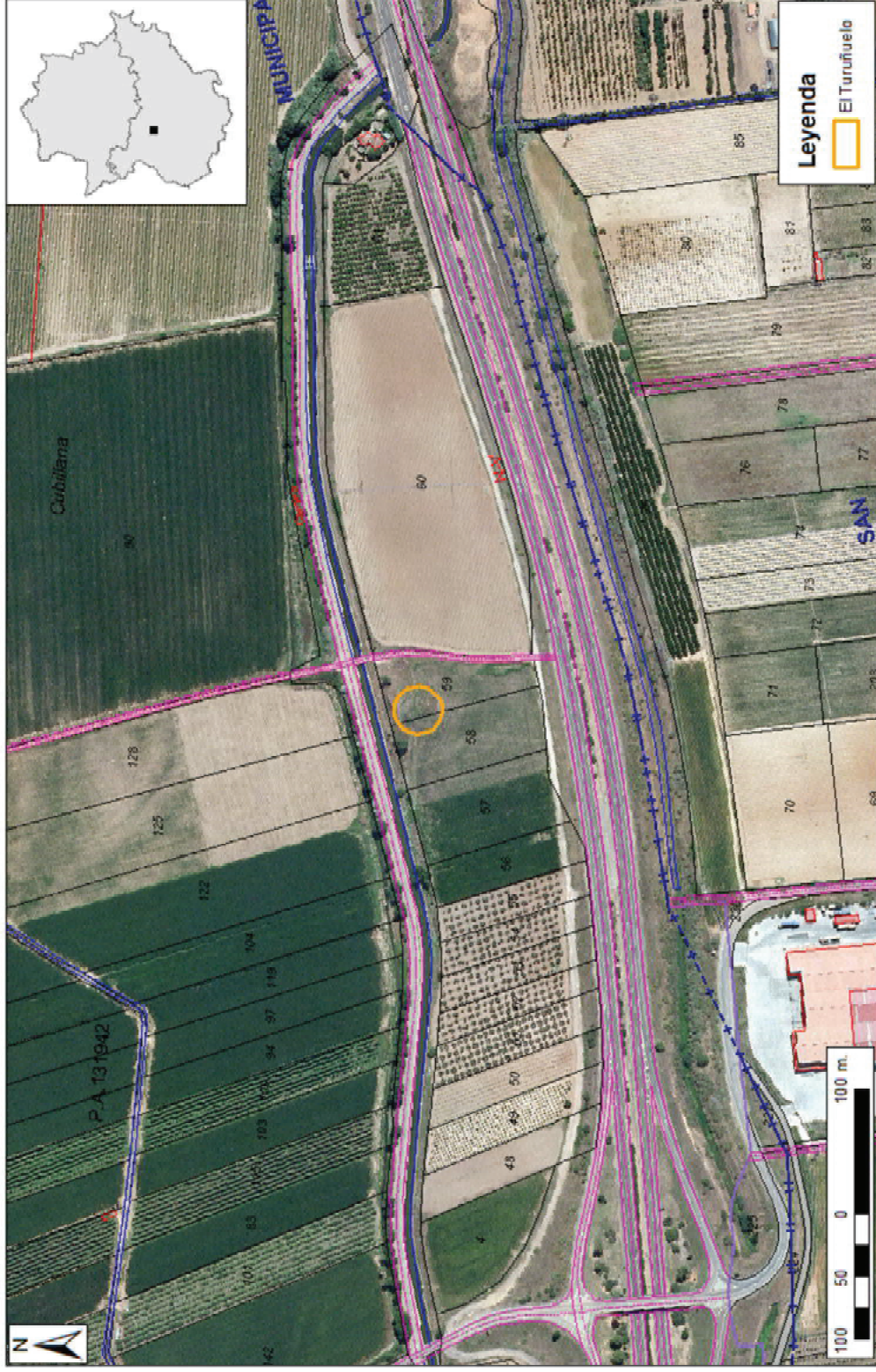


Fig. 308. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

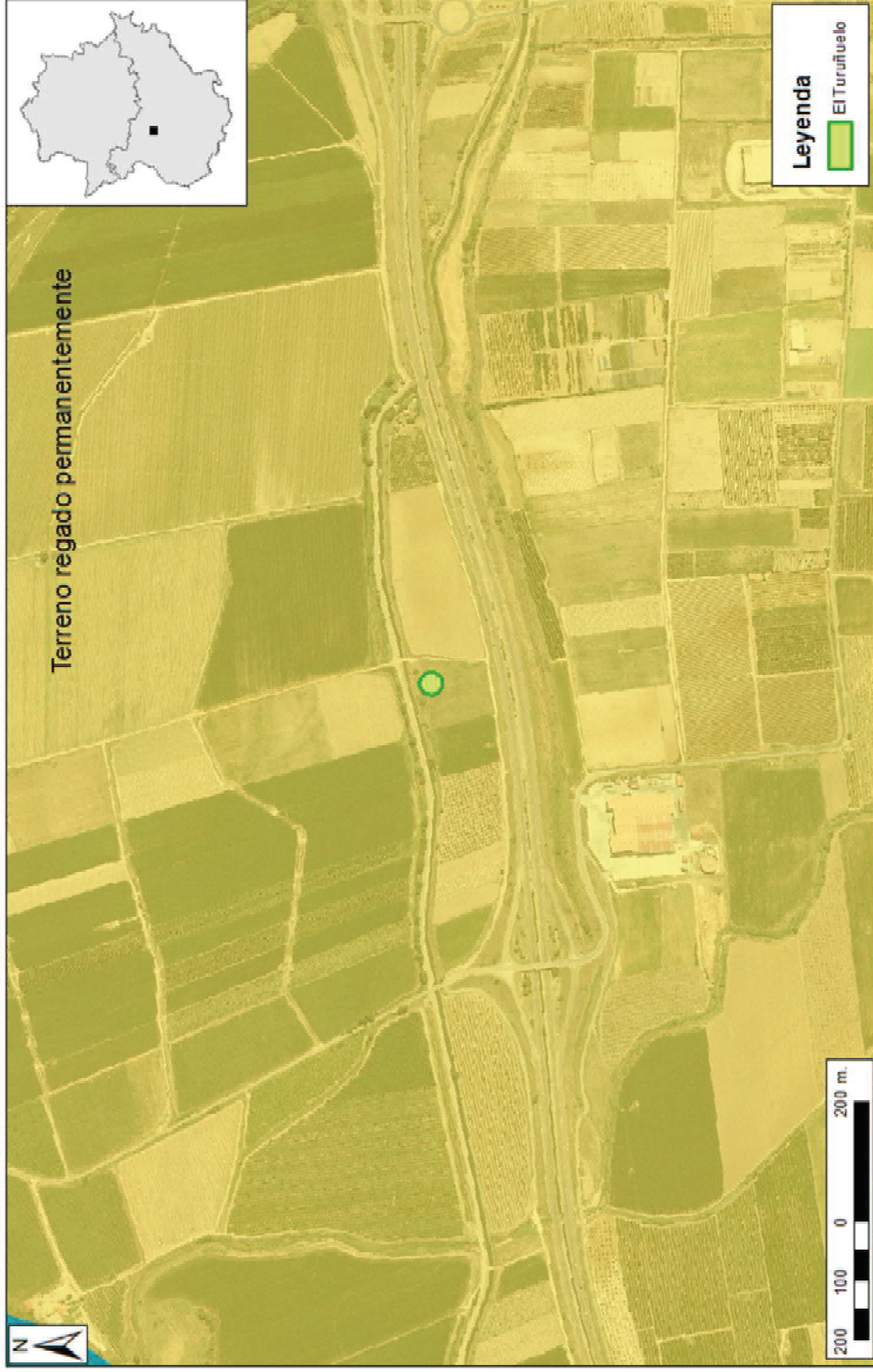
El Tunñuelo



Catastro:
El Turuñuelo



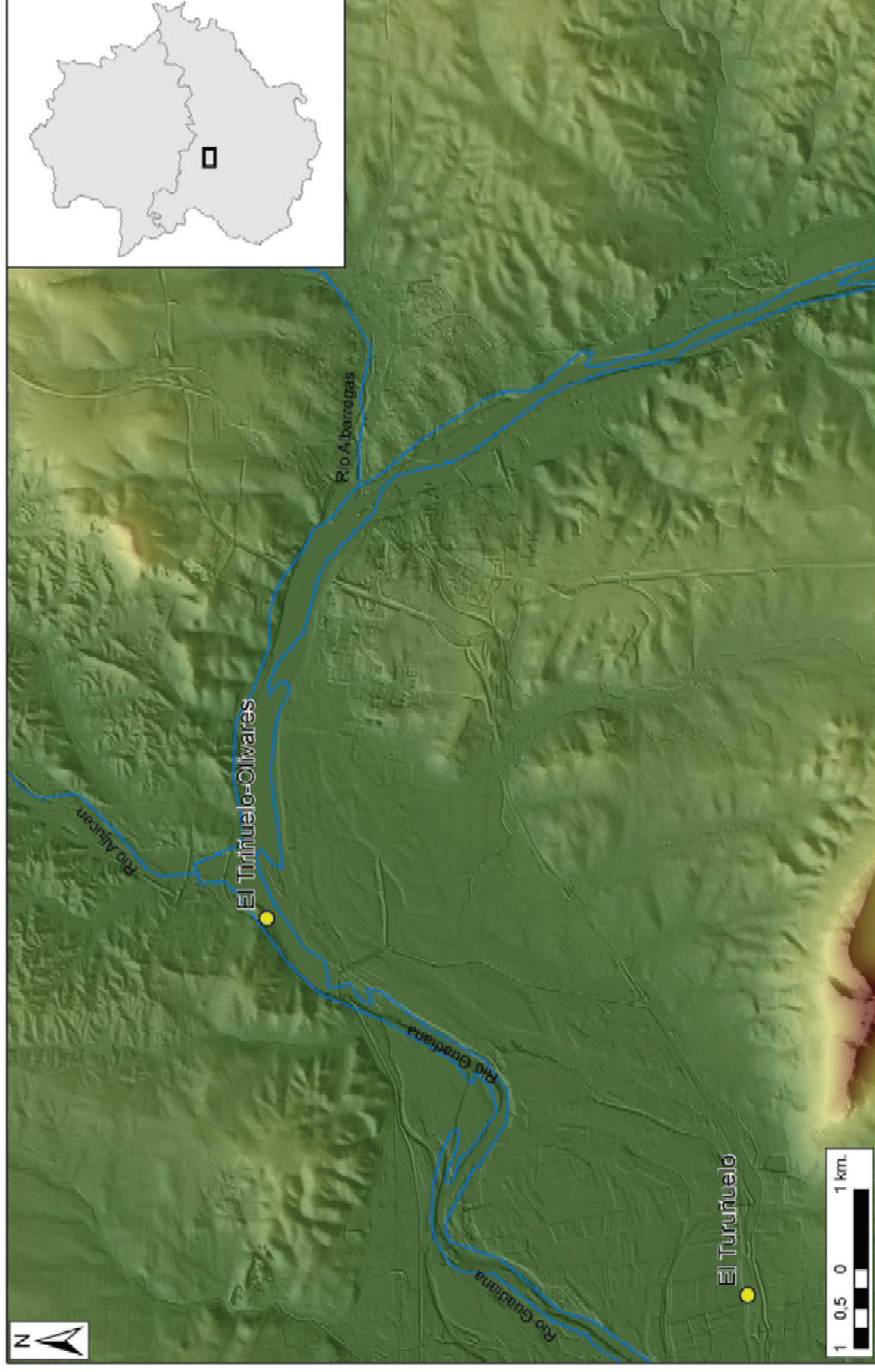
CORINE 2006:
El Turuñuelo



Geología:
El Turuñuelo



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Villagonzalo

Polígono: 501 / Parcela: 4/5/58

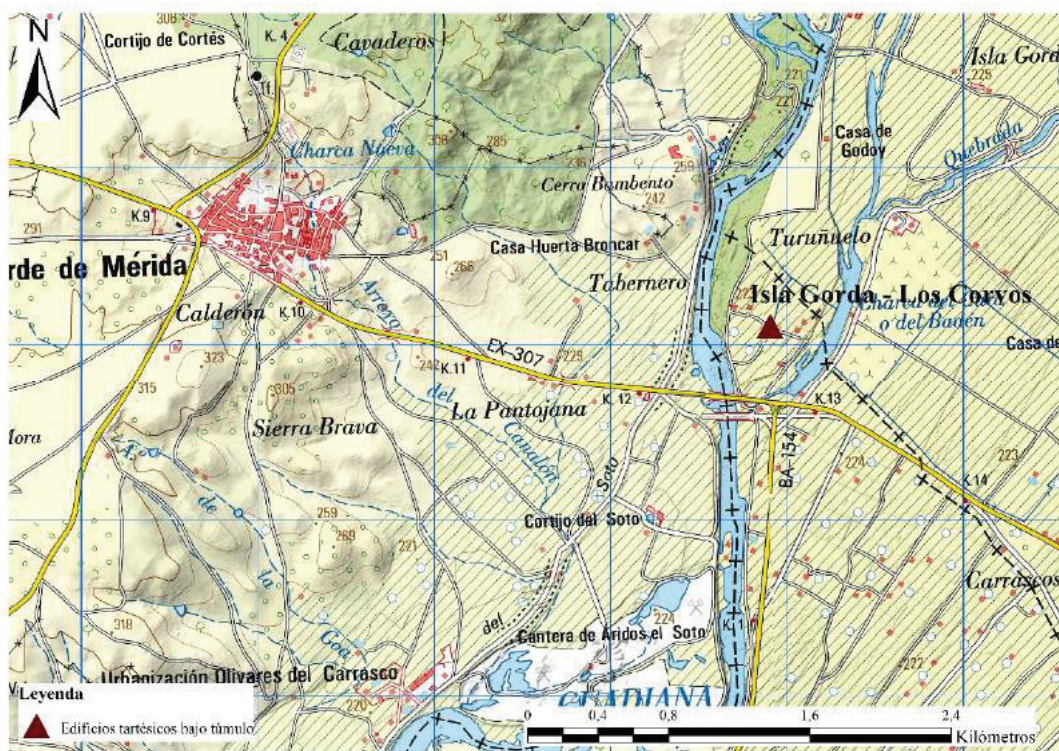


Fig. 309. Mapa 1:50000



Fig. 310. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Isla Gorda – Los Corvos se localiza en el término municipal de Villagonzalo, al este de la localidad de Valverde de Mérida, justo en la confluencia entre el río Guadiana y las Quebradas de Santa Ana y San Julián, conectando a partir de esta última con el río Guadámex, afluente del Guadiana que discurre a unos 6 km al este del enclave. En la actualidad, las tierras que rodean a esta elevación tumular están destinadas al cultivo de regadío, aprovechando de ese modo su excepcional posición geográfica.

Acceso: tomamos la carretera EX209 en dirección a Mérida. Al llegar a la autovía A-5 la tomamos en sentido Madrid, hasta desviarnos en el km 326, dirección San Pedro de Mérida – Valverde de Mérida. Salimos en dirección a Valverde incorporándonos a la EX307. Una vez llegamos a Valverde en el km 12 de la carretera, cruzamos el río hasta llegar al cruce de la carretera con Villagonzalo. Giramos a la derecha donde nos topamos con un cruce en el que debemos girar a la derecha. A escasos metros sale otro camino a la derecha que pasa por debajo de la carretera por la que hemos venido. A unos 200 m dejamos el coche y seguimos andando 50 m más. A la izquierda se sitúa el yacimiento.

Visibilidad: muy mala. La elevación contaba en el momento de ejecución de los trabajos con una vegetación muy alta y densa debido a que no se llevan a cabo en ella labores agrícolas ante la dificultad de arar sus tierras. Así mismo, en la misma se detectaron acumulaciones de escombros, fruto de la construcción de un pozo y varias estructuras contemporáneas que dificultan tanto la visibilidad como el tránsito por el mismo.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S		DATUM ED 50	
HORA INICIO TOMA		8:05:19	HORA FIN TOMA 8:31:18
ERROR MEDIO		± 2 metros	POSICIONES ≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Isla Gorda	743887	4310110	
Se sitúa a 300 metros al NE de las coordenadas de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Isla Gorda Perímetro 1	743976	4310347	225 m
Isla Gorda Perímetro 2	743981	4310274	223 m
Isla Gorda Perímetro 3	744042	4310250	220 m
Isla Gorda Perímetro 4	744097	4310338	225 m
Isla Gorda Perímetro 5	744043	4310367	221 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Isla Gorda Centroide	744018	4310317	234 m
AREA	1.21 Ha.		

Fig. 311. Lista de coordenadas



Isla Gorda - Los Corvos

Leyenda

— Perímetro

0 20 40 80 120 160 Meters

Antecedentes:

La primera referencia acerca de este enclave se debe también a Enríquez Navascués y a Jiménez Aparicio, quienes lo clasifican como un alfar romano junto al que se localizan restos del Bronce Final y del periodo Orientalizante¹¹⁴⁹. Posteriormente, la referencia al túmulo aparece publicada en el ya citado trabajo sobre los complejos monumentales¹¹⁵⁰ en el que se recogían, por vez primera, otros ejemplos de yacimientos similares a Cancho Roano, el único excavado hasta aquel momento. En este trabajo el túmulo aparece citado bajo el topónimo de El Badén. Acerca del mismo se aclara que, tras la ejecución de unos trabajos de rebaje de la elevación para la construcción de una caseta, se documentaron algunos niveles de arcilla roja mezclados con carbones y cenizas, dentro de los cuales se recuperaron varios fragmentos de cerámicas a mano y algunas producciones grises que hablaban en favor de una ocupación protohistórica en este enclave.

Apenas un año después de esta publicación, con motivo de la presentación de los primeros resultados de las excavaciones de La Mata, se publicaron algunos paralelos conocidos de este tipo de edificios¹¹⁵¹, entre los que se encontraba el túmulo de Isla Gorda-Los Corvos ya bajo esta denominación¹¹⁵². La información aportada detalla su localización, el modo de acceso y las características de su entono. Acerca de su morfología se indica que se trata de un túmulo de 60-80 m de diámetro y 4 m de altura. La ejecución en el mismo de una zanja de riego parece que dejó al descubierto un conjunto de adobes quemados y encalados, junto con algunos fragmentos de molinos barquiformes, así como algunas cerámicas entre las que destacan restos escobillados, cazuelas, ánforas de tipología fenicia y platos grises que permiten considerarlo como un túmulo protohistórico. Por último, bajo la misma descripción que en la ficha publicada en 1998, se incluye al túmulo de Isla Gorda-Los Corvos dentro del estudio macroespacial de La Mata¹¹⁵³.

Resultados de la revisión:

Los trabajos de prospección en el túmulo de Isla Gorda – Los Corvos nos permitieron comprobar la existencia de una potente elevación de 1,21 hectáreas de superficie y casi 3 m de altura que parece conservar una gran parte de su perímetro, aunque igualmente se ha visto afectada por las diversas labores agrícolas que se llevan a cabo en las parcelas

¹¹⁴⁹ Enríquez y Jiménez Aparicio, 1989

¹¹⁵⁰ Jiménez Ávila, 1997: 146

¹¹⁵¹ Rodríguez y Ortiz, 1998

¹¹⁵² Rodríguez y Ortiz, 1998: 241

¹¹⁵³ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 608

colindantes dedicadas al regadío y que, poco a poco, le van ganando terreno a la elevación (fig. 312). Esta es la razón por la que actualmente la elevación posee una forma circular que, además, se ha visto afectada por la construcción de un canal de riego que la atraviesa, según nos indicó su antiguo propietario y puede observarse en el sombreado obtenido del tratamiento de los datos LiDAR (fig. 319). Así mismo, la elevación también se ha visto mermada por la construcción de un pozo contemporáneo que, muy posiblemente, ha afectado a los niveles arqueológicos existentes.

Quizás una de las mayores peculiaridades del enclave sea su localización geográfica. Ubicado en la margen izquierda del Guadiana, se encuentra a medio camino entre éste y la Quebrada de Santa Ana y San Julián. Resulta curioso porque esta última nace del badén que dibuja el Guadiana al sur del yacimiento y lo conecta con el río Guadamez, afluente del Guadiana por su margen izquierdo y junto al que se localiza el túmulo de Valdegamas [B05], varios kilómetros al sureste del enclave que en estos momentos analizamos. Dada su localización, a 225 m.s.n.m., junto a importantes cursos de agua, seguro que se vio afectado por las periódicas crecidas, al mismo tiempo que le sitúa en el centro de unas tierras de alto potencial agrícola al estar ubicado sobre una de las terrazas del Guadiana próxima a una de sus llanuras de inundación.

El topónimo con el que se le identifica, Isla Gorda – Los Corvos, procede realmente del nombre que recibe la parcela superior, pues la revisión de la toponimia en el mapa topográfico 1:25000 nos ha permitido comprobar que el topónimo que recibe la parcela donde se ubica el yacimiento es en realidad el Turuñuelo, lo que lo convierte en el tercer ejemplo de este fenómeno que tiene este topónimo. Así, la revisión cartográfica nos lleva a proponer la sustitución del topónimo de Isla Gorda – Los Corvos por el de Turuñuelo, pues éste es el que le corresponde realmente al enclave.

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 318) nos ha permitido comprobar como desde la primera imagen área conocida de este territorio, procedente de la serie A del Vuelo Americano (1945), se detecta una sombra en el terreno que alerta acerca de la localización del enclave. El perfil de la elevación se acentúa a principios de la década de los años 50 del pasado siglo como se observa en la fotografía procedente de la serie B del Vuelo Americano (1956), debido a la puesta en marcha y ejecución del Plan Badajoz, en cuyo marco se procedió a la reparcelación de estas tierras y a la construcción de nuevos caminos y acequias. Finalmente, en las imágenes realizadas en los años 80, correspondientes al vuelo Interministerial (1980) y al vuelo Nacional (1984), parece observarse la planta real del túmulo, la que ha quedado sin parcelar, posiblemente ante la dificultad de labrar sus tierras debido a las estructuras que posiblemente oculte el túmulo.

Las labores agrícolas le han ido ganando terreno a la elevación hasta darle la aparente forma circular que hoy posee, lo que ha supuesto posiblemente la destrucción de mitad de las estructuras enterradas. Sin embargo, la revisión de las imágenes extraídas del LiDAR nos ha permitido comprobar como la elevación ha sido redondeada por su cara oeste, la que limita con las tierras de labor dedicadas al cultivo de regadío, mientras su cara este, colindante a un camino, conserva su sección cuadrangular, habiéndose visto menos afectada por las labores agrícolas.

La ejecución de los trabajos de prospección nos permitió corroborar la existencia de una ocupación romana certificada por la presencia de sillares de granito en posición secundaria (fig. 313), así como una quicialera (fig. 314). La abundante vegetación y presencia de escombros apenas nos permitieron recoger materiales en superficie, si bien pudimos recuperar varios fragmentos de cerámica a mano de factura tosca que parecen corresponderse con los restos de un vaso a chardôn alisado al interior.

En cuanto a los restos constructivos, a pesar de la presencia de edificaciones modernas y contemporáneas (fig. 315), se detectan restos de estructuras antiguas relacionadas con restos de abundante material latericio, cantos rodados y granitos que podrían proceder de los cimientos de las estructuras u otras construcciones similares (fig. 316). También son abundantes las acumulaciones de arcillas rojas, como es habitual la detección de fragmentos de adobes que apuntan hacia la existencia de un edificio protohistórico bajo los restos conservados de la estructura tumular.

No obstante, certificar la existencia de una ocupación protohistórica en este punto solo podrá hacerse mediante la realización de una excavación arqueológica, pues entre la vegetación y el hermetismo que genera la estructura tumular, apenas contamos con materiales que acoten la cronología y funcionalidad del enclave.



Fig. 312. Vista general del yacimiento del Turuñuelo de Villagonzalo desde el sur



Fig. 313. Conjunto de sillares documentados en superficie



Fig. 314. Detalle de la quicialera documentada en superficie



Fig. 315. Restos de construcciones modernas en el perfil este



Fig. 316. Restos de materiales cerámicos localizados en el perfil oeste



Fig. 317. Vista general del enclave con los campos colindantes cultivados de maíz

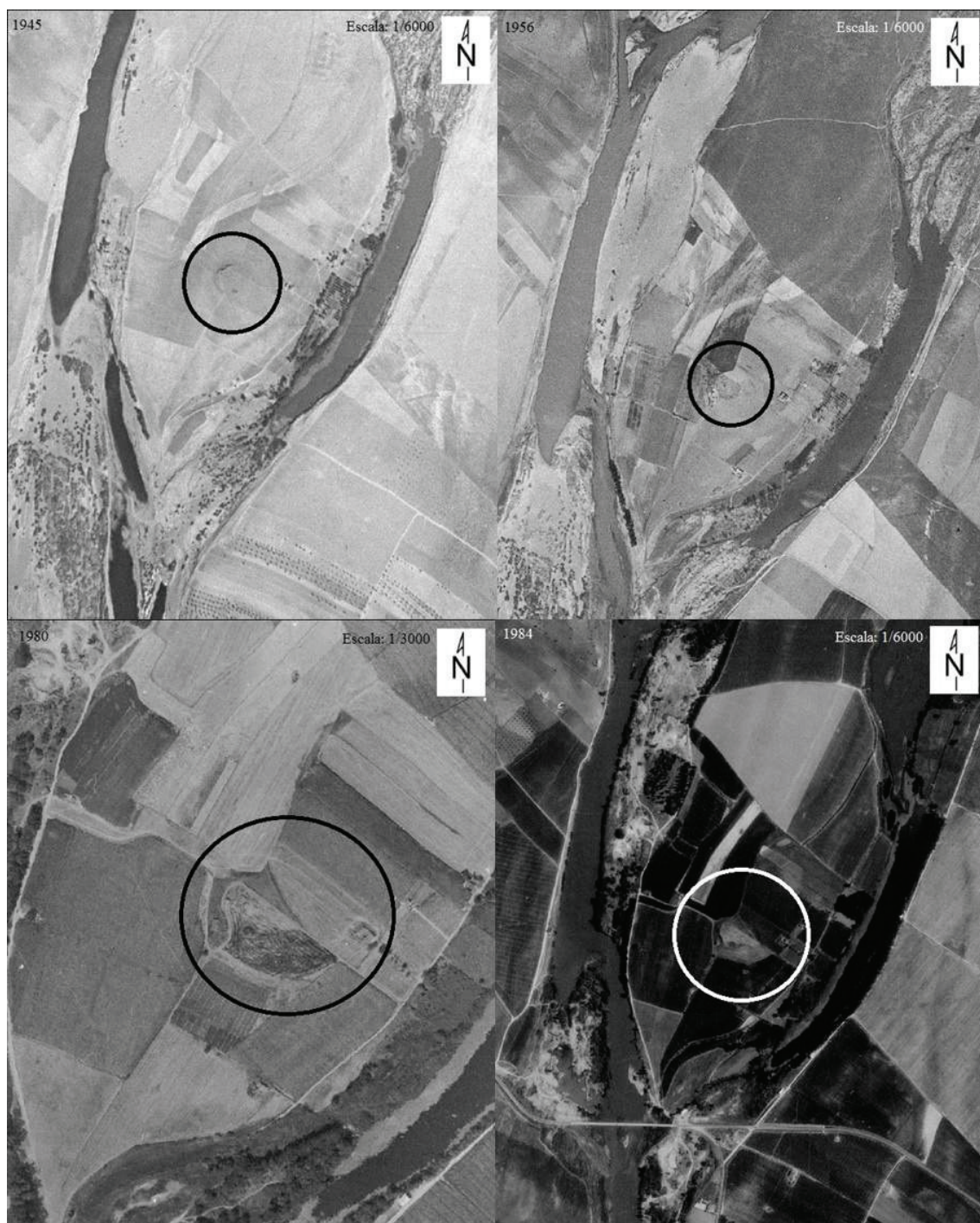


Fig. 318. Serie de fotografías aéreas históricas

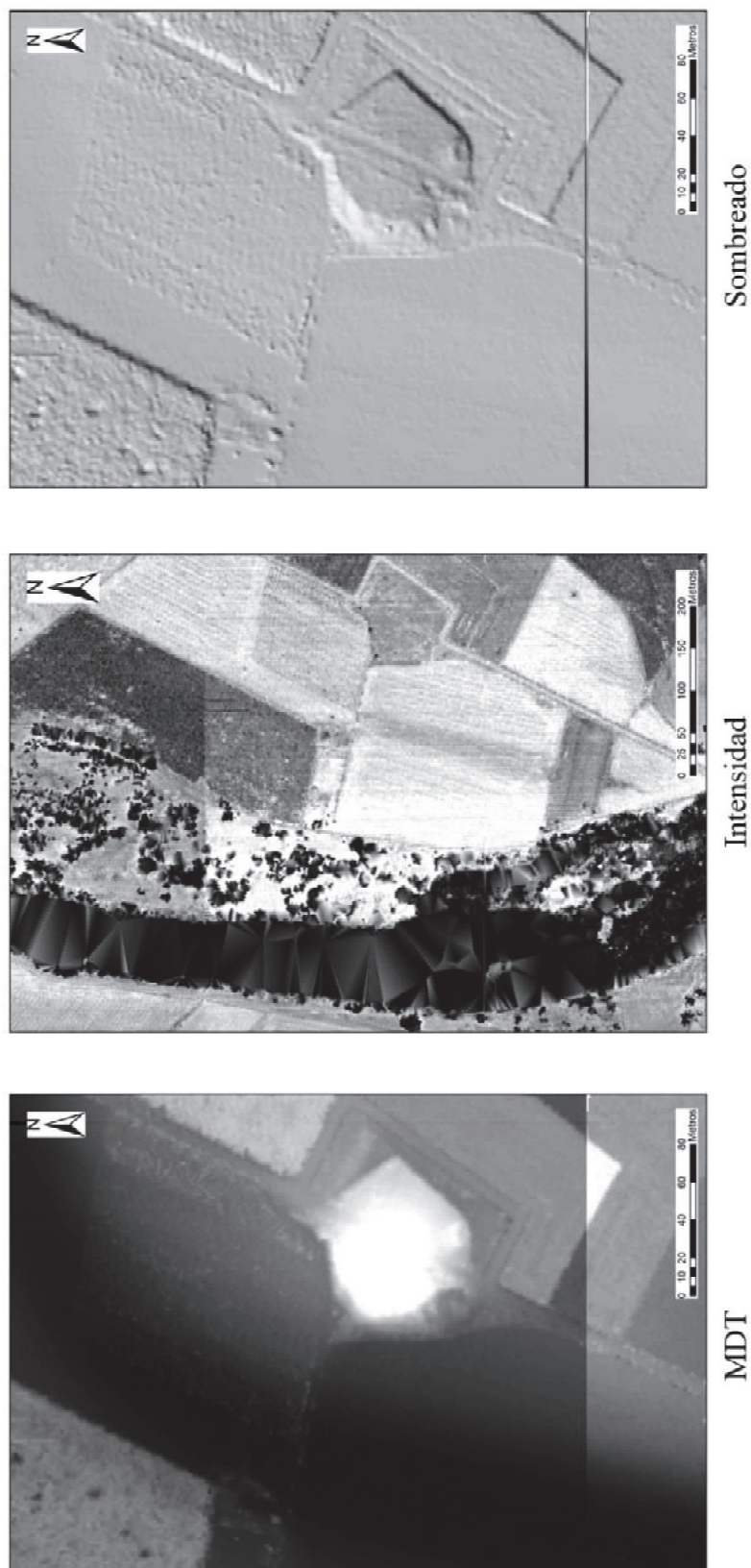


Fig. 319. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
Isla Gorda - Los Corvos



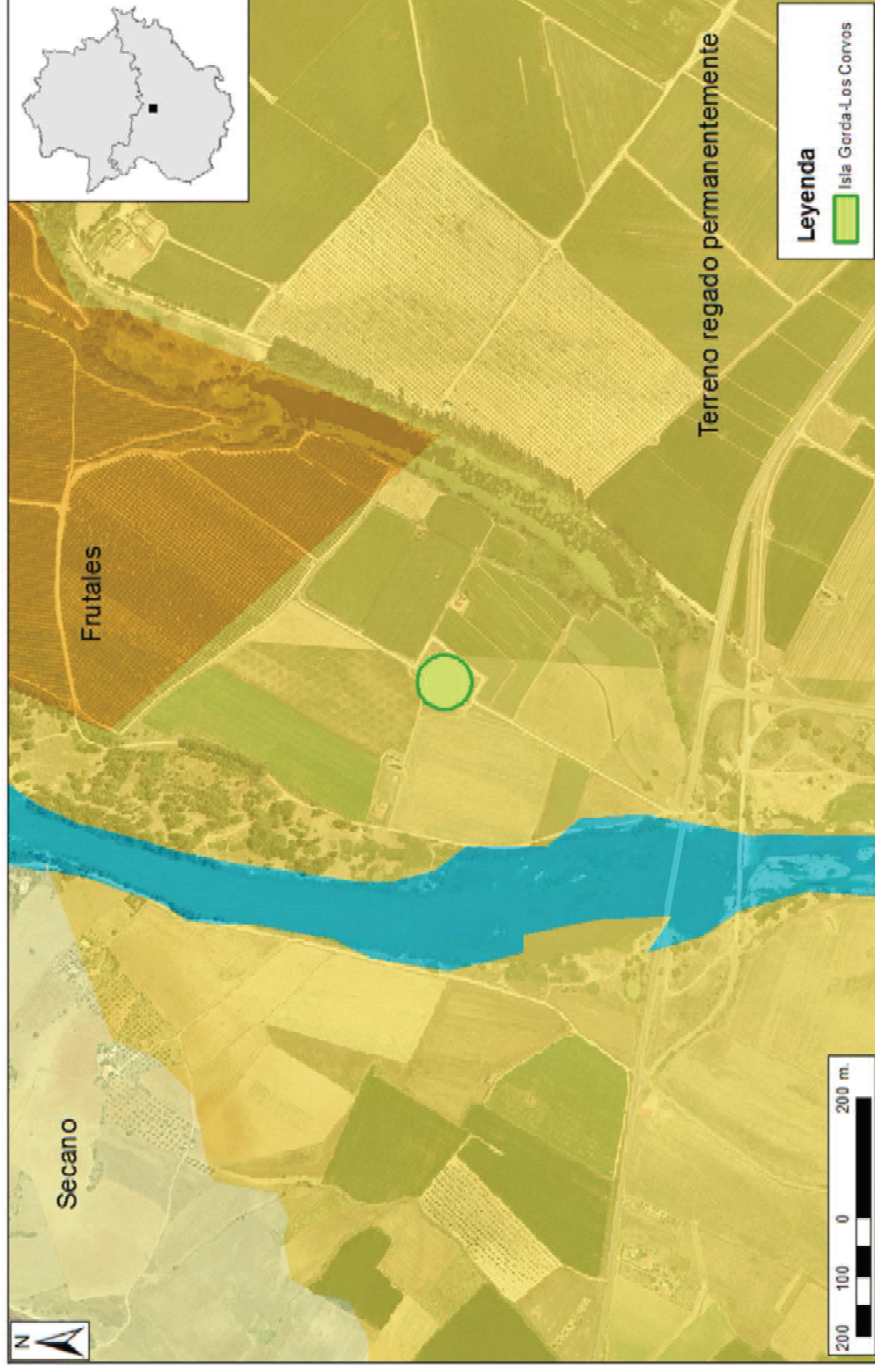
Catastro:
Isla Gorda - Los Corvos



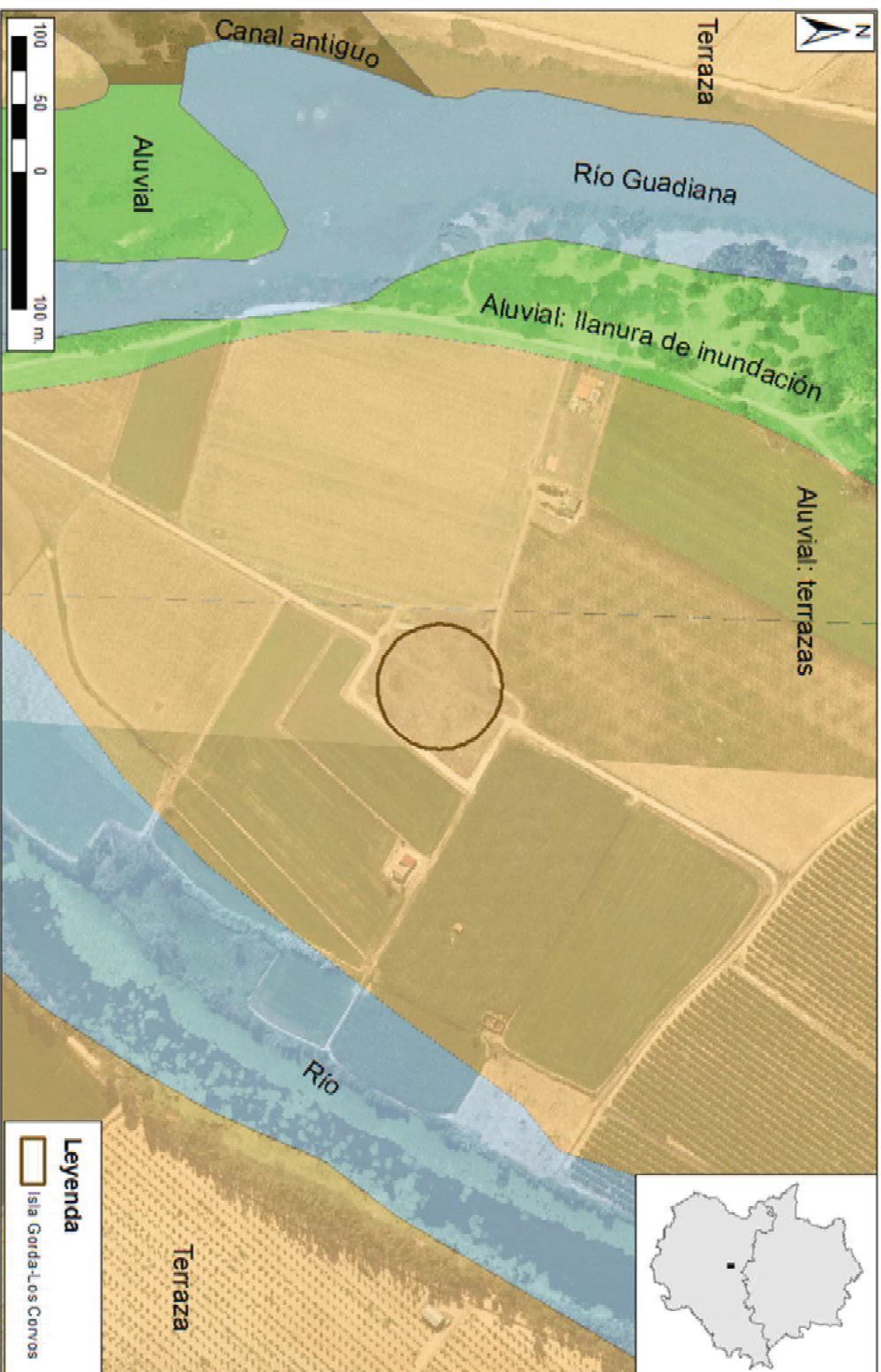
Topografía (Curvas de Nivel a 2,5 m.):
Isla Gorda - Los Corvos



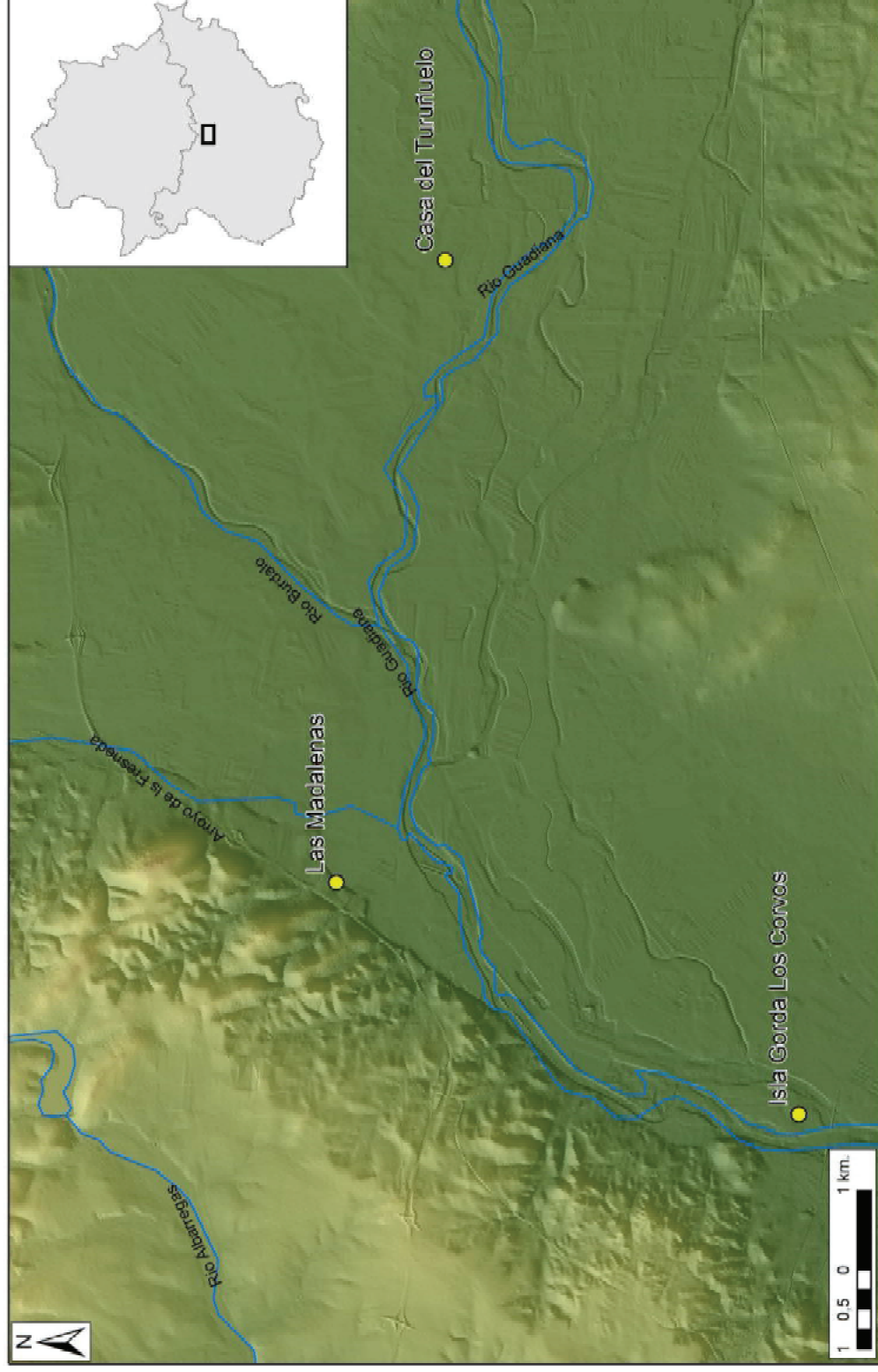
CORINE 2006:
Isla Gorda - Los Corvos



Geología:
Isla Gorda - Los Corvos



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Guareña

Polígono: 54 / Parcela: 8

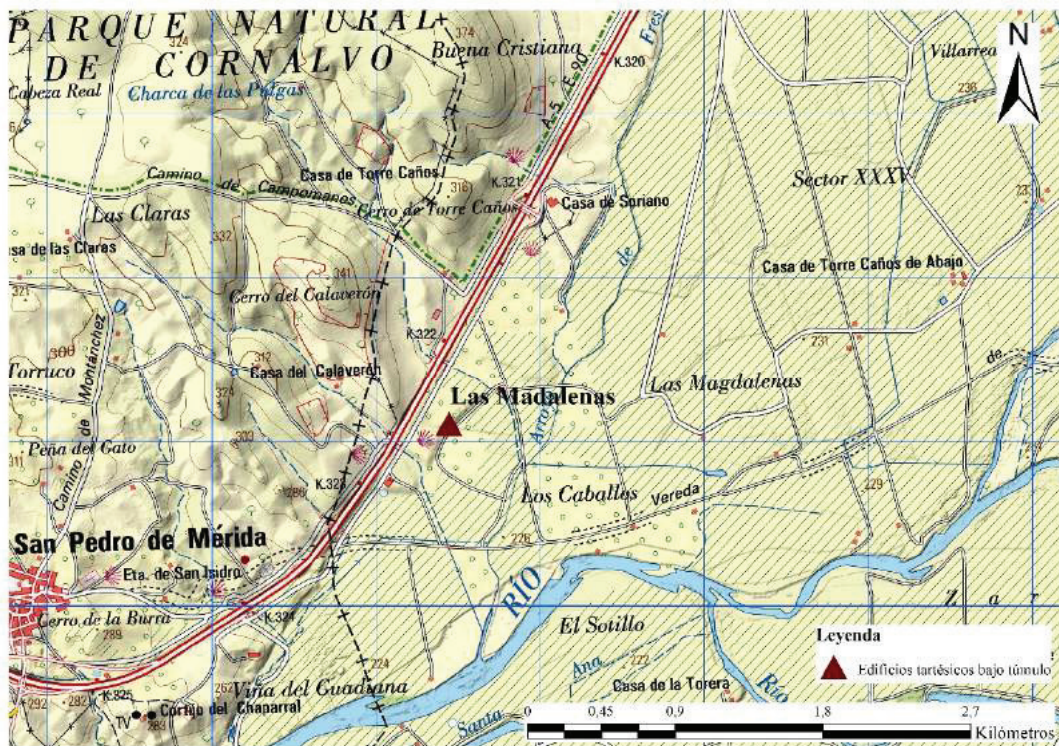


Fig. 320. Mapa 1:50000



Fig. 321. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Las Madalenas se localiza en el término municipal de Guareña, al sur del trazado de la Autovía A-5 a la altura del km 322; en la confluencia de tres importantes cursos de agua que desembocan por el este en el Guadiana, que discurre al sur del enclave: el Arroyo de Fresneda, el río Búrdalo, del que dista 2,8 km y el río Guadámex del que le separan 1,7 km. En la actualidad estas tierras están destinadas al cultivo de frutales, aprovechando el alto potencial agrícola de sus fértiles tierras.

Acceso: desde San Pedro de Mérida tomamos la vía de servicio que corre paralela a la autovía A-5. Una vez pasamos por debajo de la autovía giramos a la izquierda y a 1,7 km dejamos el coche. Andamos unos 180 m en dirección sureste hasta llegar al sitio.

Visibilidad: muy mala. Los restos conservados de la elevación se encuentran completamente cubiertos de vegetación, árboles y arbustos, lo que dificulta el tránsito por la misma y la visibilidad de su superficie. El entorno del túmulo cuenta con un mayor grado de visibilidad al estar rodeado por una plantación de olivos.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	9:51:09	HORA FIN TOMA	10:21:36
ERROR MEDIO	± 2 metros	TOMAS	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Las Madalenas	746482	4316213	
La elevación se sitúa a unos 130 metros al NE.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Madalenas Perimetro 1	746569	4316341	242 m
Madalenas Perimetro 2	746550	4316346	243 m
Madalenas Perimetro 3	746527	4316312	240 m
Madalenas Perimetro 4	746553	4316276	228 m
Madalenas Perimetro 5	746493	4316378	239 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Madalenas Centroide	746568	4316324	253 m
AREA	0.16 Ha.		

Fig. 322. Lista de coordenadas



Las Madalenas

Leyenda

— Perímetro

0 10 20 40 60 80 Meters

Antecedentes:

El túmulo de las Madalenas fue uno de los primeros ejemplos que engrosaron el listado de elevaciones tumulares similares al único ejemplo que se conocía hasta aquel momento, el yacimiento de Cancho Roano. Aparece recogido por vez primera en el listado de paralelos enumerados con motivo de la publicación de los primeros resultados obtenidos en las excavaciones de La Mata¹¹⁵⁴. En la ficha presentada se hace referencia a la localización del enclave, el modo de acceso y su entorno geográfico, apartado en el que se destaca el control que el asentamiento posee del sur del valle el Guadiana. En cuanto a su morfología, se indica que se trata de un túmulo de unos 45 m de diámetro y una altura de 3-4 m que ha sido ubicado sobre la ladera de una suave loma.

Las labores agrícolas efectuadas en su entorno han sacado a la luz una serie de restos materiales y constructivos que permitieron a los autores del trabajo caracterizarlo. Junto a los restos constructivos de adobes quemados se mezclaban fragmentos cerámicos, fundamentalmente fabricados a torno, entre los que destacan las cerámicas de almacenaje como las ánforas de tipología fenicia, pero también cerámicas grises, vasos de cestas y cerámica común. Este conjunto de materiales se completaba con fragmentos de molinos barquiformes.

Este enclave volvió a quedar incluido en el estudio macroespacial de la Mata¹¹⁵⁵, sin embargo, los datos publicados en esta ocasión son los mismos que los recogidos en el trabajo anterior, por lo que no haremos mayor referencia al mismo.

Resultados de la revisión:

La visita al enclave de las Madalenas nos permitió comprobar la existencia de una pequeña elevación situada sobre una suave loma que mira hacia el sur del valle del Guadiana (fig. 323 y 324), a unos 230 m.s.n.m. La estructura se ha visto considerablemente reducida tanto por la afección de las labores agrícolas, pues en la actualidad su entorno está destinado al cultivo del olivo y árboles frutales, como por la construcción de un camino que lo secciona por su cara sur. Es muy probable que el hecho de que este área no esté destinada al cultivo de regadío, como ocurre en otros ejemplos ya analizados, sea consecuencia de su sustrato geológico, compuesto por gravas y cantos de matriz arcillosa.

¹¹⁵⁴ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 242

¹¹⁵⁵ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 607

Pero, posiblemente, la localización del túmulo de las Madalenas se deba a su conexión con diferentes cursos de agua, lo que le permite un control sobre los mismos, tanto de las comunicaciones y el comercio como de la explotación de sus tierras de vega. El Guadiana discurre apenas a 1 km al sur del enclave, quedando al este del mismo las desembocaduras, primero, del Arroyo de Fresneda y el río Búrdalo por la margen derecha del Guadiana y, segundo, la desembocadura del Guadámex por la margen izquierda. Así, controla la desembocadura de tres importantes arterias fluviales del Guadiana, la vía principal que atraviesa todo el valle, sobre los que el enclave posee un excepcional control visual y estratégico que se complementa con los pequeños cursos de agua que surcan las elevaciones que se sitúan al norte del enclave, en el conocido actualmente como Parque Natural de Cornalvo.

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 328) permite apreciar la existencia de una pequeña elevación de forma cuadrangular que ya se aprecia en la primera imagen que tenemos, procedente de la serie A del vuelo Americano (1946), en la que se detecta una pronunciada elevación. La estructura parece que se mantuvo intacta hasta finales de los años 80, como nos muestran las imágenes tomadas de la serie B del Vuelo Americano (1956) y de los vuelos Interministerial (1980) y Nacional (1984). Así mismo, parece que este área estuvo destinada al secano durante el pasado siglo, de ahí que la estructura se conservara completa hasta la adaptación de este terreno para el cultivo del olivo y los frutales, actividades que han ido mermando las dimensiones del asentamiento que, en la actualidad, no alcanza ni la media hectárea; no obstante, el hecho de que la tierra en la que se localiza no esté en constante laboreo, asegura la preservación de los restos que todavía se conservan, pues posiblemente se haya mantenido parte de la estructura tumular ante la imposibilidad o dificultad de arrasarla. A pesar de su parcial conservación, el aterrazamiento de la parcela para mejorar y adecuar el cultivo y la construcción de un camino han seccionado la estructura por su lado sur; sin embargo, pese a contar con esta posible radiografía de su secuencia estratigráfica, la alta densidad de vegetación no nos permitió observar la presencia de materiales o restos constructivos en el perfil generado. El sistema de aterrazamiento que ha afectado a las dimensiones de la elevación queda bien reflejado en las imágenes extraídas del LiDAR (fig. 329). Así mismo, el tratamiento de sombreado permite apreciar perfectamente la forma rectangular de esquinas redondeadas que conserva la elevación, algo imperceptible tanto en campo como en las fotografías aéreas actuales, fundamentalmente porque la vegetación no permite detectar la forma real del enclave.

La revisión de los trabajos de prospección nos permitió diferenciar la existencia de una pequeña ocupación romana atestiguada por la existencia de sillares romanos en posición secundaria y algunos fragmentos cerámicos (fig. 325), que ya había sido publicada con anterioridad bajo el topónimo de Villa del Cerro de los Caballos¹¹⁵⁶. Por su parte, a la ocupación de la I Edad del Hierro deben corresponder algunas crestas de muros de adobe que asoman en superficie (fig. 327), así como algunos adobes dispersos y restos de piedras de mediano tamaño. En cuanto al material cerámico no resulta muy abundante en superficie ante la mala visibilidad de la misma. A pesar de ello recogimos evidencias de cerámicas a torno y a mano, destacando dentro del grupo de estas últimas un fragmento de cerámica tosca decorada con unas estampillas que asemejan flores. Junto al repertorio material destaca la presencia de varios fragmentos de molinos barquiformes (fig. 326).

Con estas evidencias todos los datos parecen apunrar hacia la existencia de un enclave tumular similar a otros ejemplos conocidos tipo Cancho Roano o el vecino de Casas del Turuñuelo [C08] que se localiza al este, al otro lado del río Búrdalo. Curiosamente, junto a los enclaves de las Madalenas y las Casas del Turuñuelo se localiza, al oeste, el ejemplo que analizamos con anterioridad, el túmulo del Turuñuelo de Villagonzalo [C06], lo que supone que este espacio se encuentra controlado por tres de los enclaves de mayor tamaño a tenor de las dimensiones que aún conservan a pesar de que han visto muy reducidos sus perímetros como consecuencia de las actividades agrícolas modernas. La concentración de estos tres enclaves en esta área quizás se deba a la diversidad de los sustratos geológicos con los que cuenta esta zona o a la confluencia, estratégica, de varias vías de comunicación. Solo futuros trabajos de prospección intensiva permitirán determinar la densidad de ocupación de este espacio.

¹¹⁵⁶ Suárez de Venegas, 1986: 84



Fig. 323. Vista general de la elevación desde el este



Fig. 324. Vista general de la elevación desde el oeste



Fig. 325. Restos de sillares documentados en superficie



Fig. 326. Restos de un molino barquiforme documentado en superficie



Fig. 327. Restos de adobes documentados en el perfil oeste de la elevación

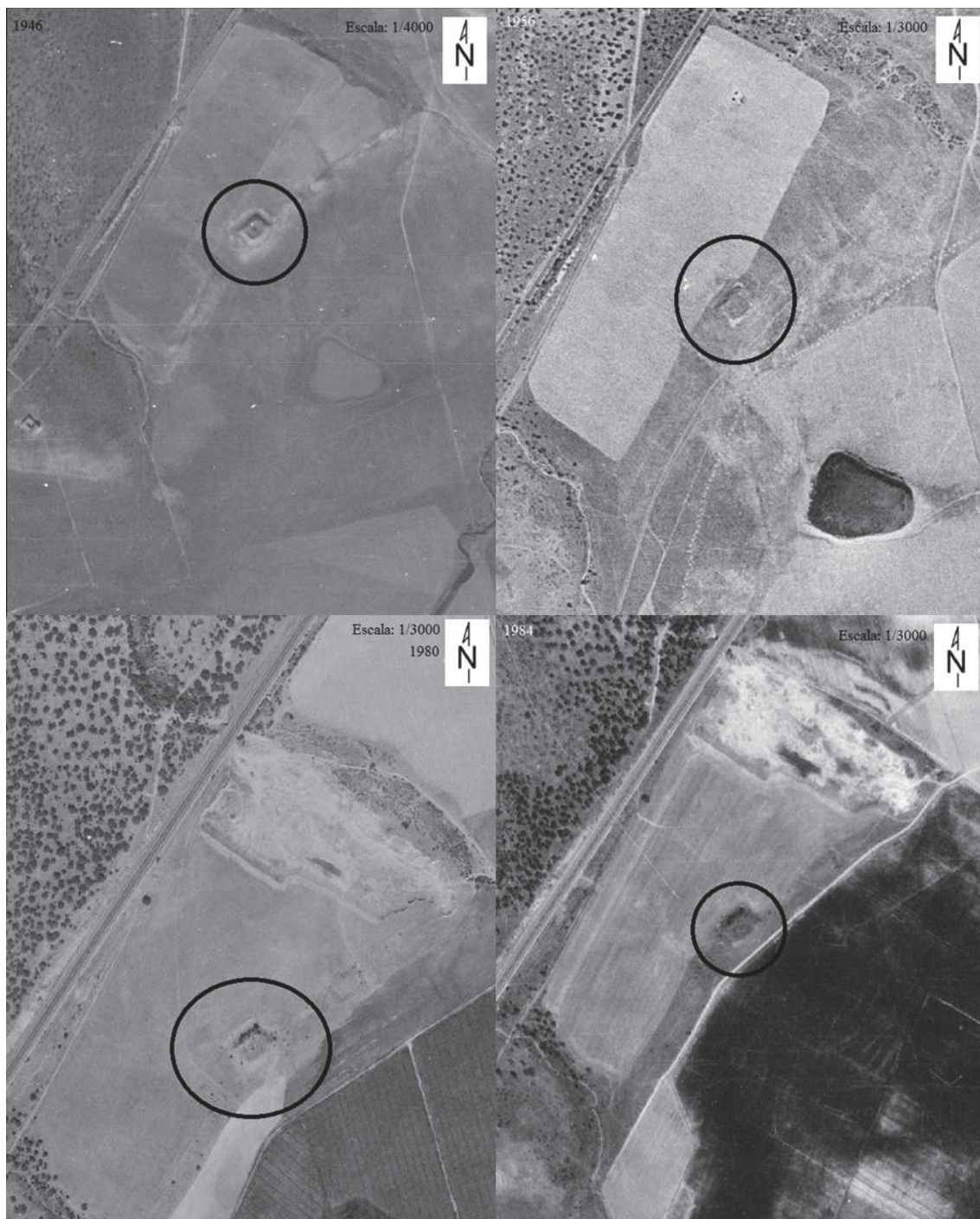


Fig. 328. Serie de fotografías aéreas históricas

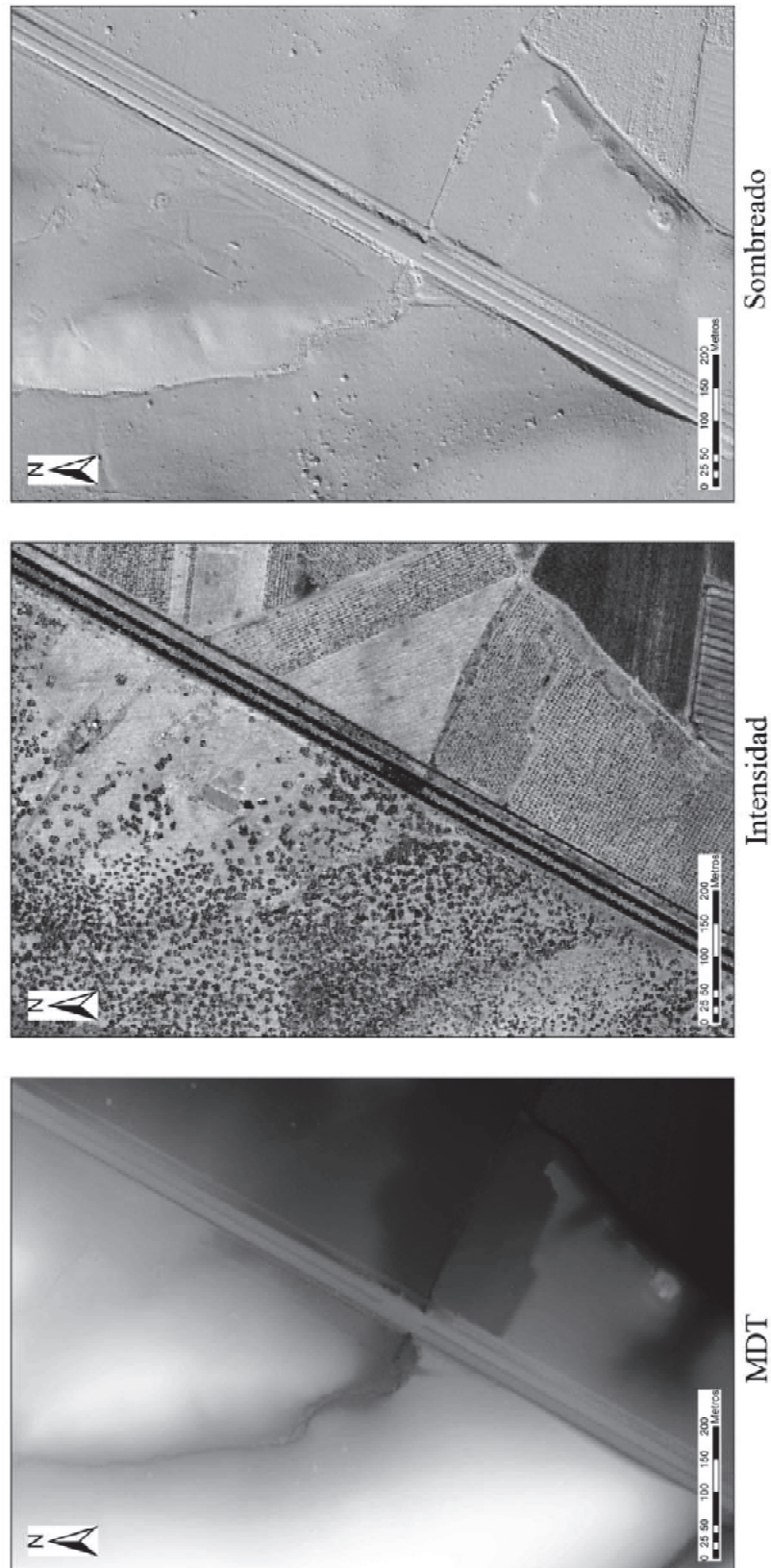
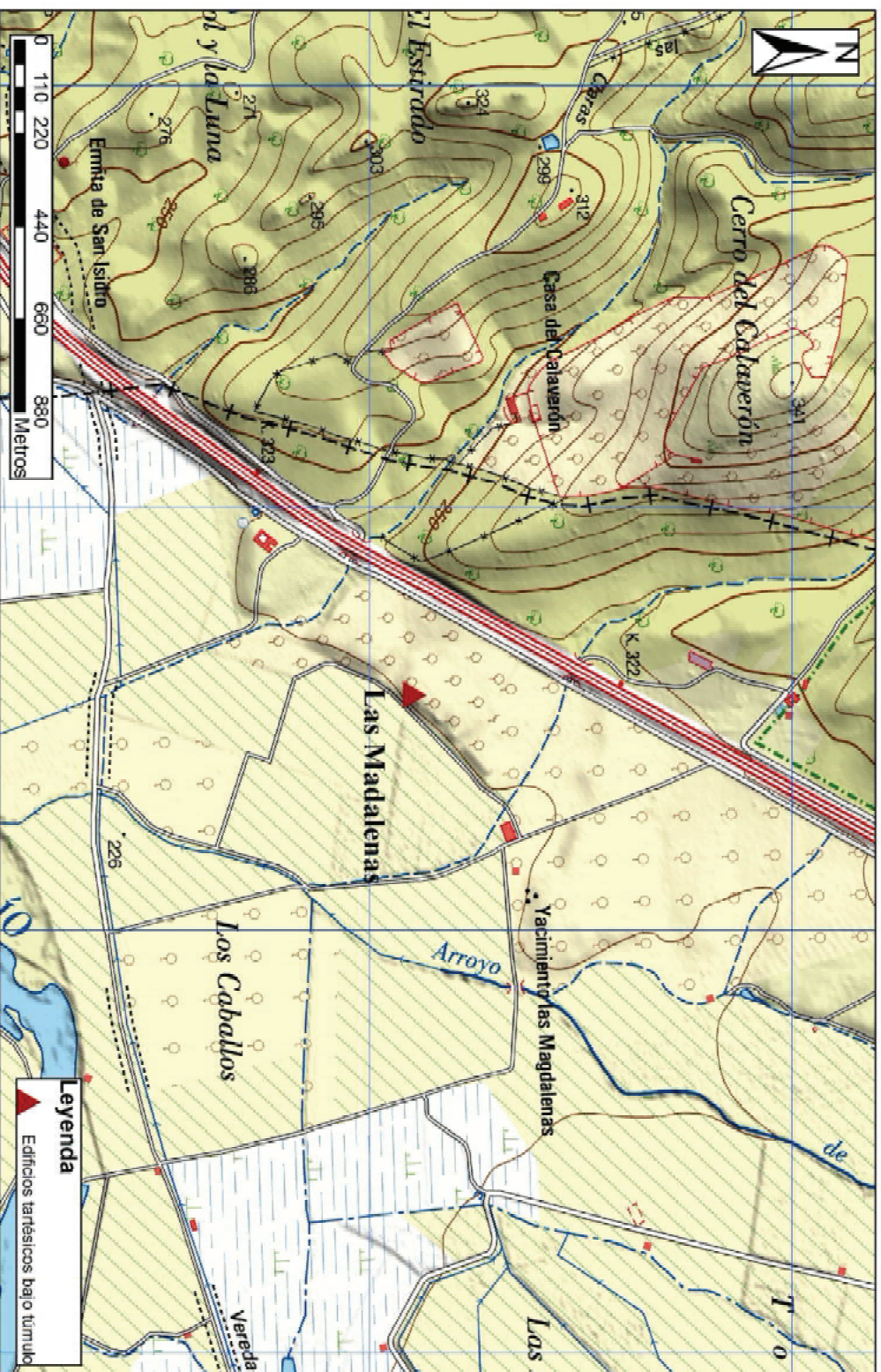
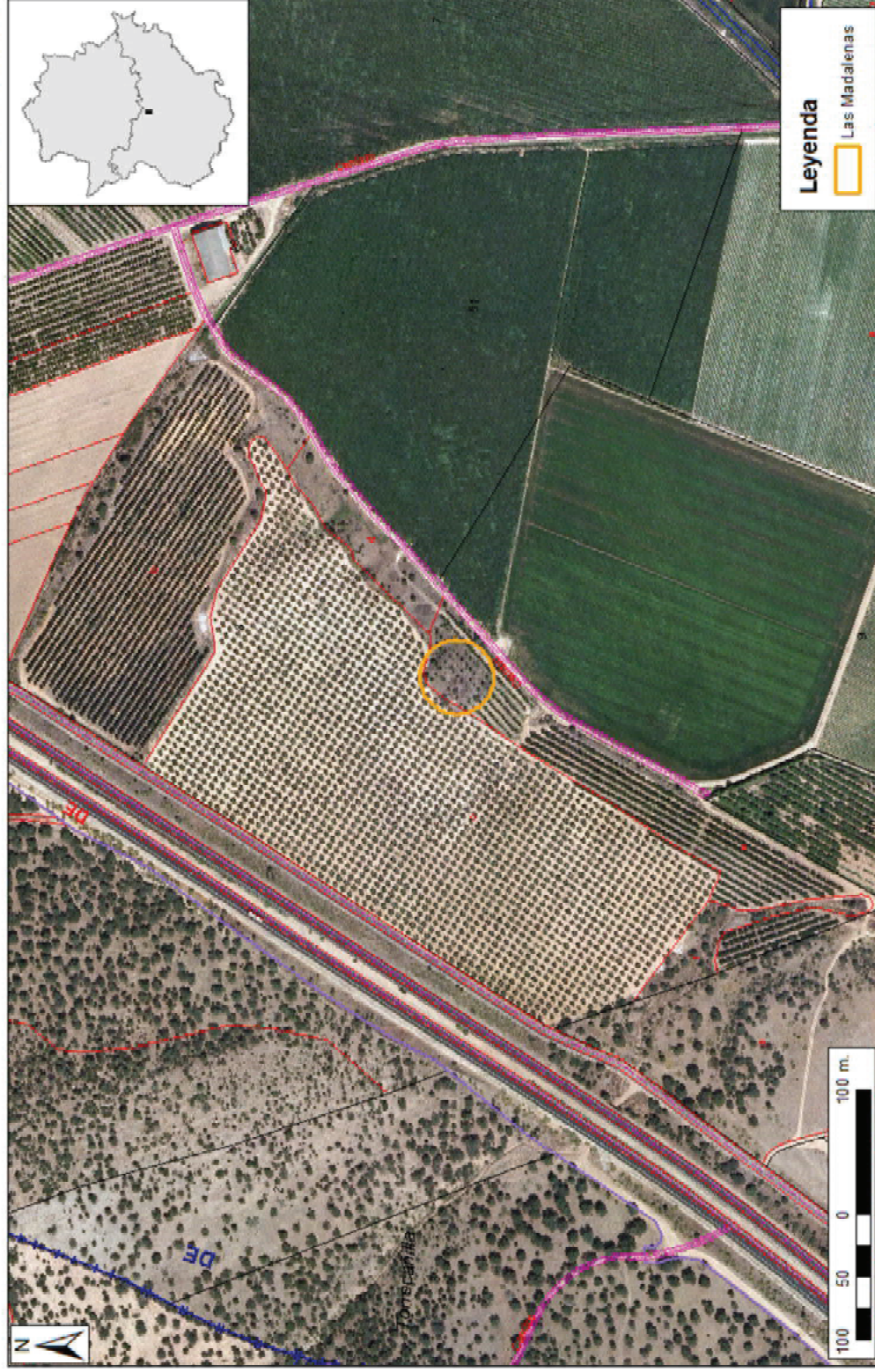


Fig. 329. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
Las Madalenas



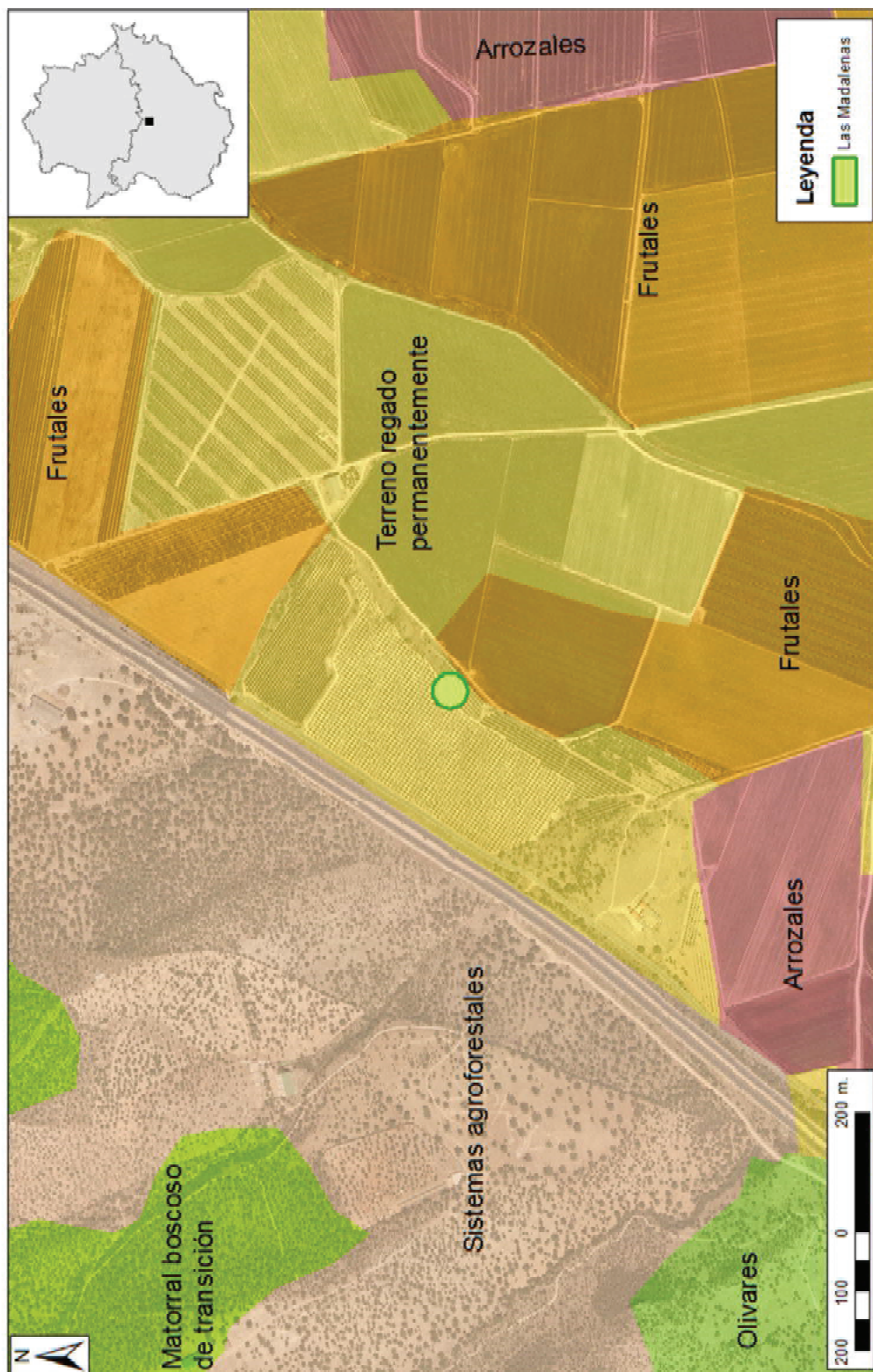
Catastro:
Las Madalenas



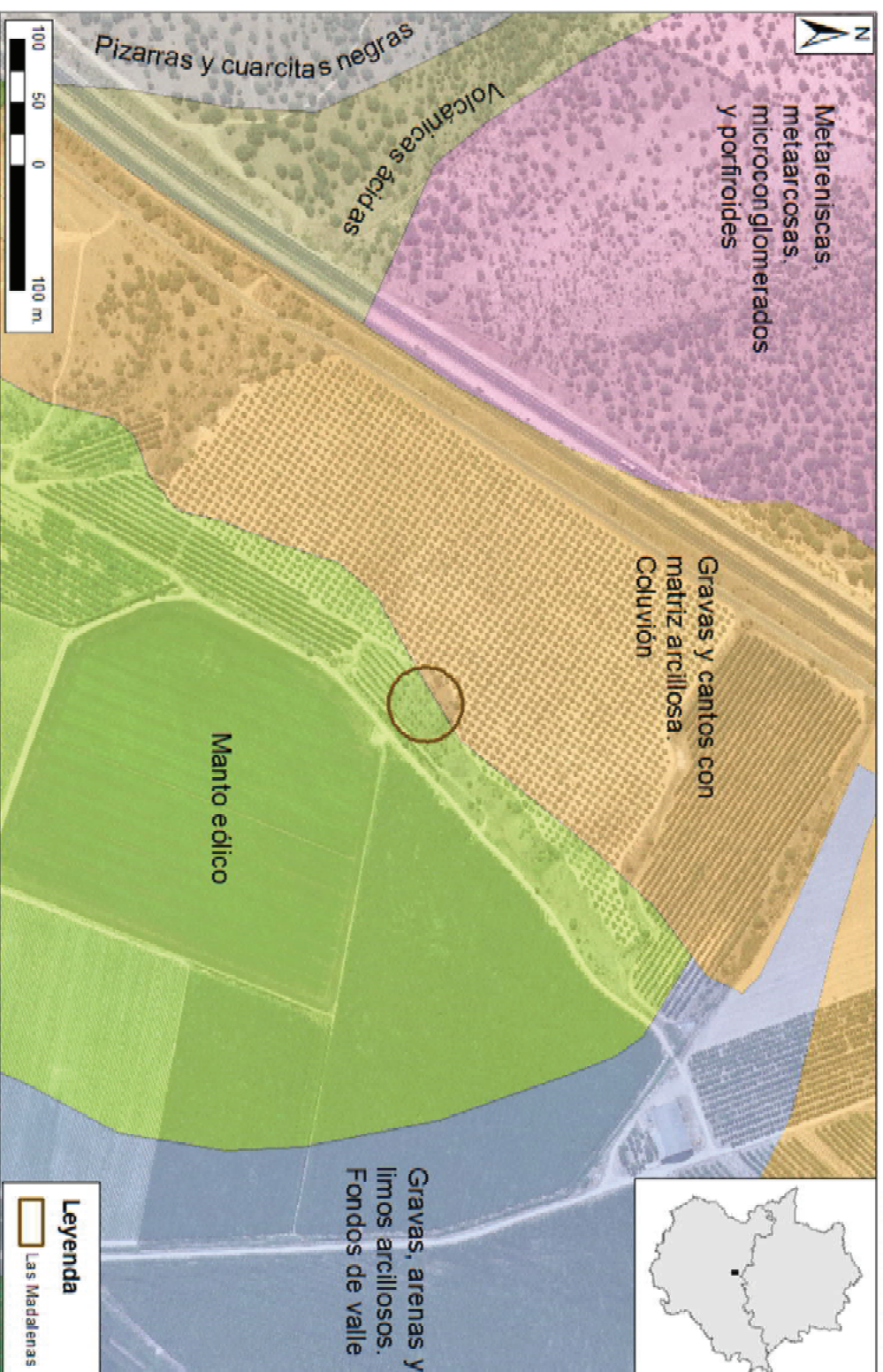
Topografía (Curvas de Nivel a 5 m.):
Las Madalenas



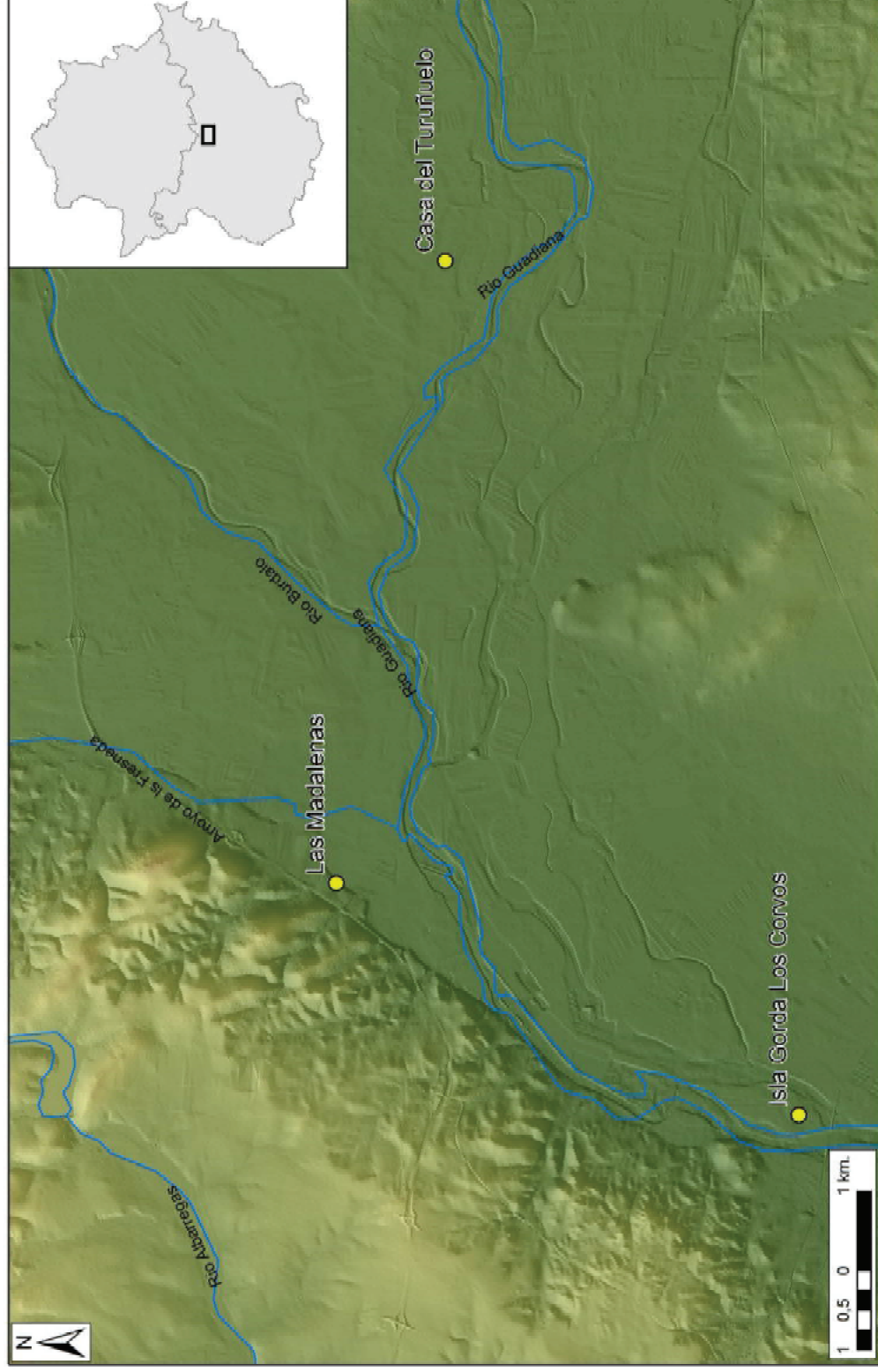
CORINE 2006:
Las Madalenas



Geología:
Las Madalenas



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Guareña

Polígono: 9 / Parcela: 17/21

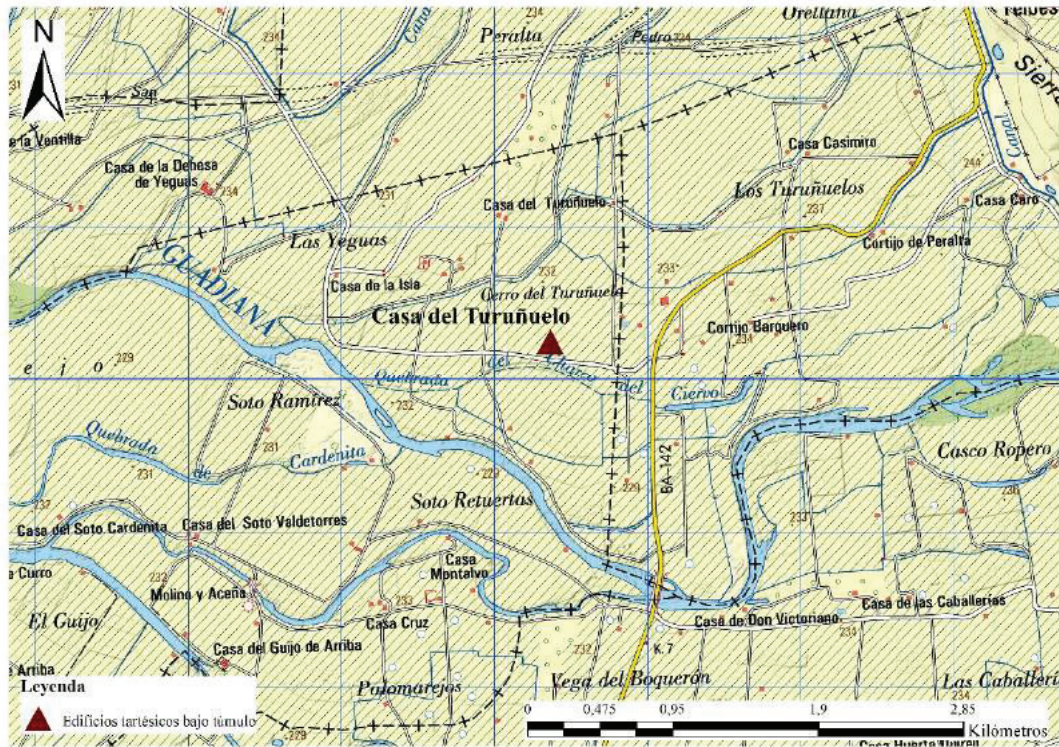


Fig. 330. Mapa 1:50000



Fig. 331. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Casas del Turuñuelo se localiza en el término municipal de Guareña, al norte del actual cauce del río Guadiana. A casi 5 km al este de la desembocadura del río Búrdalo, se ubica junto a la quebrada o brazo que une el río Guadiana y el Guadámex. Al este, la Sierra de Yelbes corta la conexión visual de este enclave con el cerro del Castillo de Medellín. En la actualidad las tierras que lo circundan están dedicadas al cultivo del regadío.

Acceso: tomamos la carretera BA-142 que une Yelbes y Valdetorres. En el km 9 dirección Valdetorres sale un camino asfaltado a la derecha. A unos 700 m está el acceso a la finca donde, al norte junto a unas naves agrícolas, se sitúa el túmulo.

Visibilidad: Regular. El túmulo de Casas del Turuñuelo se encuentra completamente cubierto de vegetación debido a que hace años que su superficie no se labra ni cultiva ante la dificultad de trabajarla con maquinaria agrícola. La densidad de vegetación y la maquinaria agrícola que se ubica en su parte más alta dificulta el tránsito y las labores de prospección.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S		DATUM ED 50	
HORA INICIO TOMA	17:30:13	HORA FIN TOMA	18:20:13
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Casa Turuñuelo	754343	4315264	
Se sitúa en el mismo punto.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Turuñuelo Perímetro 1	754454	4315509	237 m.
Casa Turuñuelo Perímetro 2	754526	4315488	235 m.
Casa Turuñuelo Perímetro 3	754459	4315506	227 m.
Casa Turuñuelo Perímetro 4	754439	4315454	229 m.
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Turuñuelo Centroide	754481	4315465	250 m
ACUMULACION RAC			
NOMBRE	X	Y	Z
Casa Turuñuelo RAC-Hogar	754496	4315476	241 m
AREA	1,29 Ha.		

Fig. 332. Lista de coordenadas



Casas del Turuñuelo

Leyenda

— Perímetro

0 12,5 25 50 75 100 Meters

Antecedentes:

A pesar de las grandes dimensiones que todavía conserva el túmulo de Casas de Turuñuelo, la primera referencia que tenemos acerca del mismo lo incluye dentro de un apartado bajo la denominación de “*túmulos sin material*”¹¹⁵⁷. En este trabajo se hace referencia a la existencia de un túmulo de 40 m de diámetro y unos 5 m de altura, que, sin embargo, solo cuenta con argumentos negativos para considerarlo una elevación tumular, pues carece de evidencias constructivas y materiales. No obstante, su estructura tumular y su localización geográfica, así como el topónimo que posee, parecían apuntar hacia la existencia de un modelo similar a los ejemplos documentados en Cancho Roano y La Mata, hecho por el cual quedó incluido en este trabajo.

Un año después, dentro del conjunto de fichas dedicadas a los paralelos conocidos para La Mata y Cancho Roano, se incluye el yacimiento de Casas del Turuñuelo¹¹⁵⁸. La información ya conocida queda ampliada con las referencias a su acceso y la descripción de su entorno, donde se destaca la buena visibilidad del enclave. A los datos morfológicos ya conocidos se suma el descubrimiento, tras la realización de una explanación en 1997, de varias secciones en las que pudieron observarse estructuras de adobe y piedras mezcladas con carbones y cenizas, junto a pavimentos de arcilla rojiza y pizarras en los que se observaban importantes concentraciones de materiales cerámicos. Entre el material documentado se destaca “*algunos fragmentos de cuencos grises de cuerpo hemiesférico y borde ligeramente engrosado al interior y, sobre todo, una base de kylix ática*”¹¹⁵⁹.

Este enclave volvió a ser objeto de estudio en el análisis macroespacial de La Mata¹¹⁶⁰; sin embargo, como ocurre en el resto de casos, nada nuevo se aporta en la ficha con respecto a la publicada en 1998.

Revisión de los resultados:

Aunque en un primer momento fue considerado como un asentamiento romano¹¹⁶¹, ya no cabe duda de la adscripción de este enclave a la I Edad del Hierro. Se trata de una enorme elevación, la de mayores dimensiones de todos los conservados en la cuenca media del Guadiana, con más de una hectárea de superficie y más de 5 m de altura (fig. 333 y 334).

¹¹⁵⁷ Jiménez Ávila, 1997

¹¹⁵⁸ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 243

¹¹⁵⁹ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 243

¹¹⁶⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 606

¹¹⁶¹ Suárez de Venegas, 1986: 166

A unos 234 m.s.n.m., el túmulo de Casas del Turuñuelo se localiza al norte del actual cauce del río Guadiana, a unos 5 km en línea recta al este de la desembocadura del Búrdalo y frente al brazo del Guadiana que comunica este río con el río Guadámex. Su localización al este de la Sierra de Yelbes no le permite tener contacto visual con el cerro del Castillo de Medellín; sin embargo conecta con el ahora destruido túmulo de Las Lomas [C09] del que dista 5 km. Sus tierras presentan un alto potencial agrícola al ubicarse en una de las terrazas del Guadiana, hoy destinadas al cultivo de regadío; no obstante, el túmulo no ocupa un espacio de terraza, sino una formación de cornubianitas y pizarras.

La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 338) ha permitido comprobar cómo el enclave ha visto considerablemente reducido su perímetro. Mientras que en las imágenes tomadas de las series A y B del Vuelo Americano (1946 y 1956, respectivamente) puede apreciarse como el túmulo posee una forma cuadrangular y una extensión mayor, en las imágenes tomadas de los vuelos Interministerial y Nacional (1980 y 1984, respectivamente, se aprecia como su forma es ovalada, la misma que posee hoy en día. Aunque desconocemos el momento exacto en el que se produjo la reducción del perímetro de la elevación, parece claro que se debió a las intensas labores agrícolas que han ido ganando terreno a la elevación donde, hasta hace algunas décadas, se cultivaban garbanzos; actividad que se detecta en la imagen del vuelo Nacional de 1984. La combinación de la fotografía aérea y las imágenes extraídas de los vuelos LiDAR (fig. 339) permite detectar una anomalía en el nivel de suelo actual dentro de la parcela en la que se localiza la elevación y muy próximo al contorno actual de la misma. Aunque solo labores arqueológicas podrán determinar la existencia o no de restos arqueológicos en este punto, dichas anomalías podrían ser interpretadas como la presencia de un posible foso o del antiguo límite de la elevación, pues no podemos considerarla como una marca agrícola al labrarse la parcela hasta el límite justo de la elevación aprovechando que ésta presenta un perfil completamente recto.

En nuestra visita al enclave de Casas del Turuñuelo pudimos comprobar la ausencia de materiales en superficie, lo que habla en favor del fuerte hermetismo de la estructura tumular, hecho por el cual este túmulo primero engrosó el listado de evidencias sin materiales arqueológicos, pues no conseguimos recoger materiales en superficie. Los restos aquí presentados, obtenidos en los trabajos de prospección, proceden del derrumbe del perfil oeste (fig. 335), donde documentamos fragmentos de cerámica a mano y a torno, esta última muy abundante, donde destaca el perfil casi completo de un plato de cerámica gris o un fragmento con restos de pintura negra. Pese a la abundante vegetación de los

perfiles, se podían apreciar los restos de algunas construcciones como pavimentos rojizos y los restos de un alzado de adobes (fig. 336).

Tras los trabajos de prospección, la magnitud de la estructura y la calidad de los materiales recuperados, nos interesamos por el enclave donde hemos llevado a cabo la limpieza de los perfiles oeste y norte y la proyección de dos campañas de excavación cuyos resultados han sido recogidos al final del módulo de fichas. Todos estos trabajos han permitido corroborar la existencia de un gran edificio fechado en el siglo V a.C.



Fig. 333. Vista general desde el suroeste



Fig. 334. Vista general de la elevación desde el suroeste

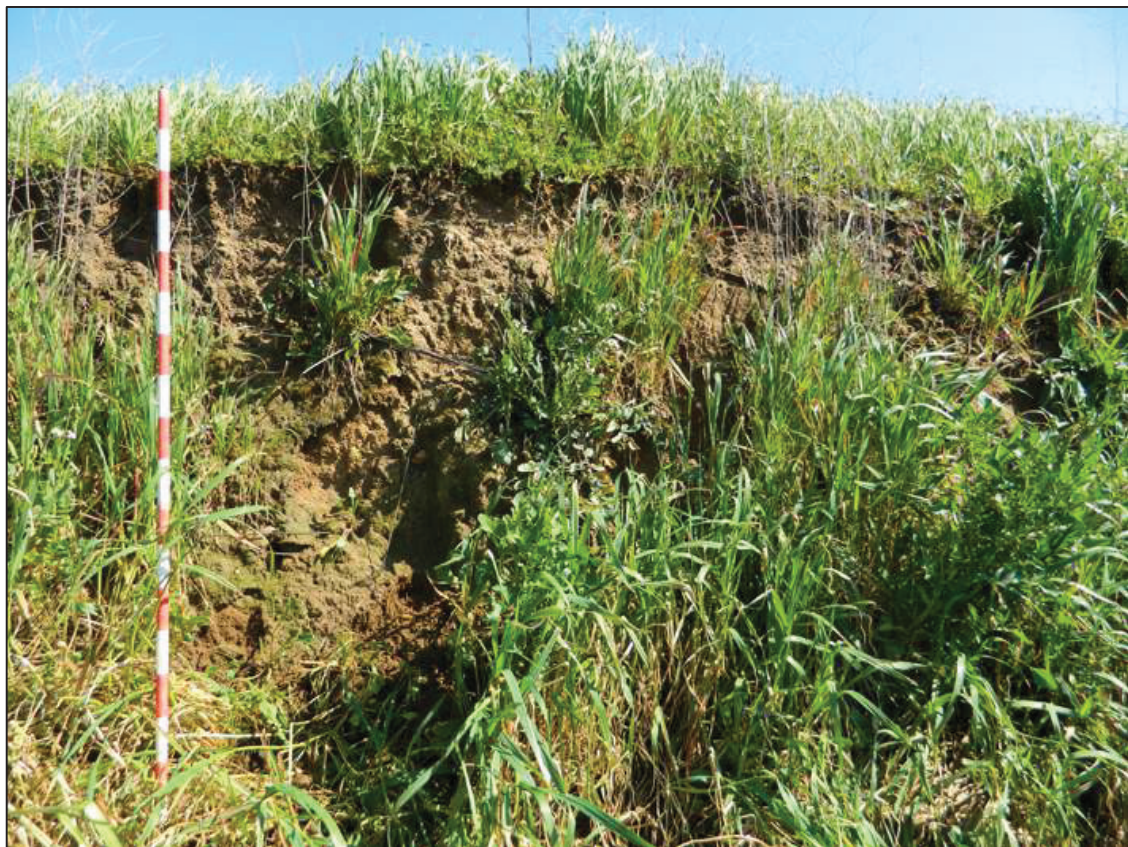


Fig. 335. Fotografía de detalle del perfil oeste



Fig. 336. Adobes localizados en el perfil oeste



Fig. 337. Restos de adobes detectados en superficie

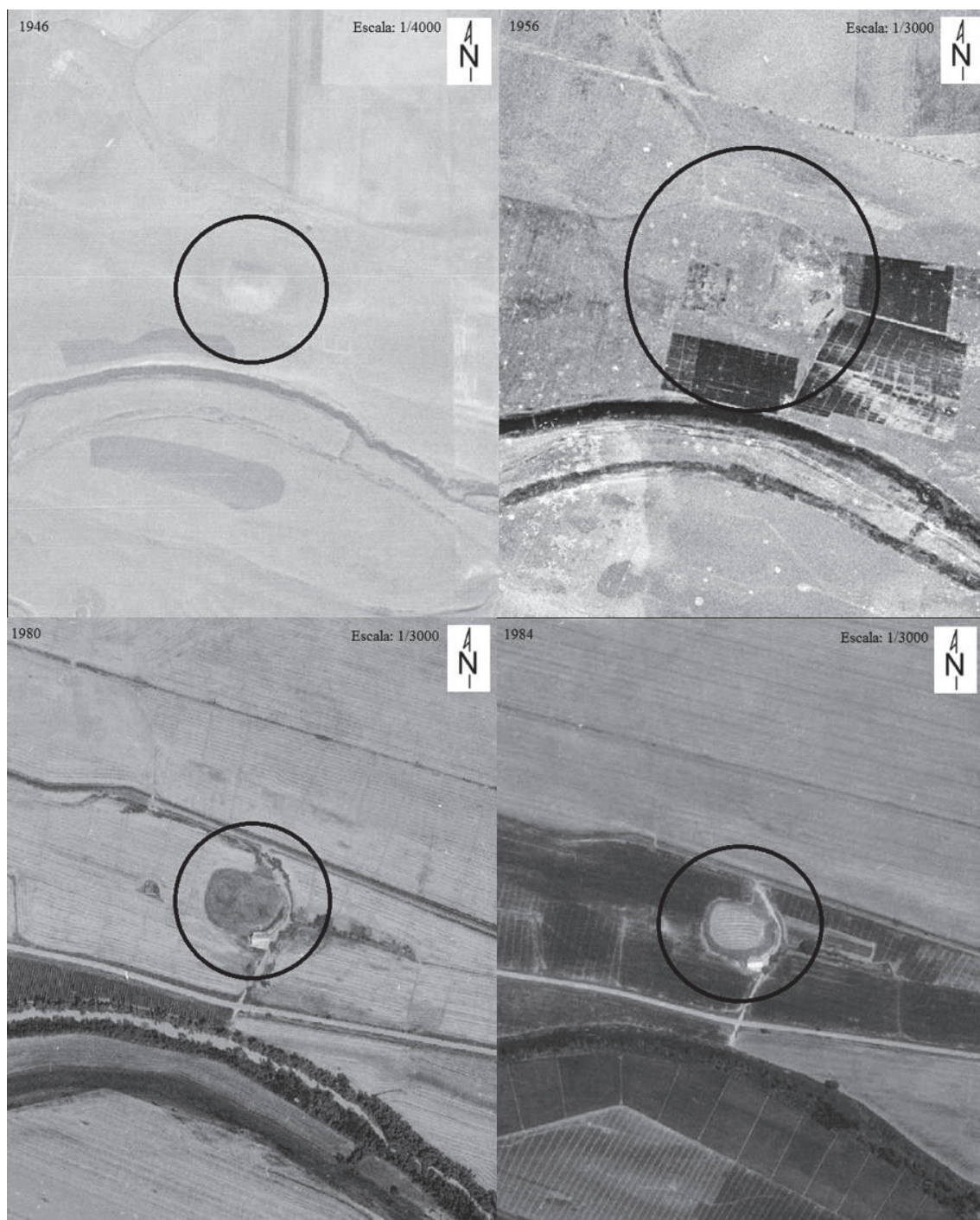
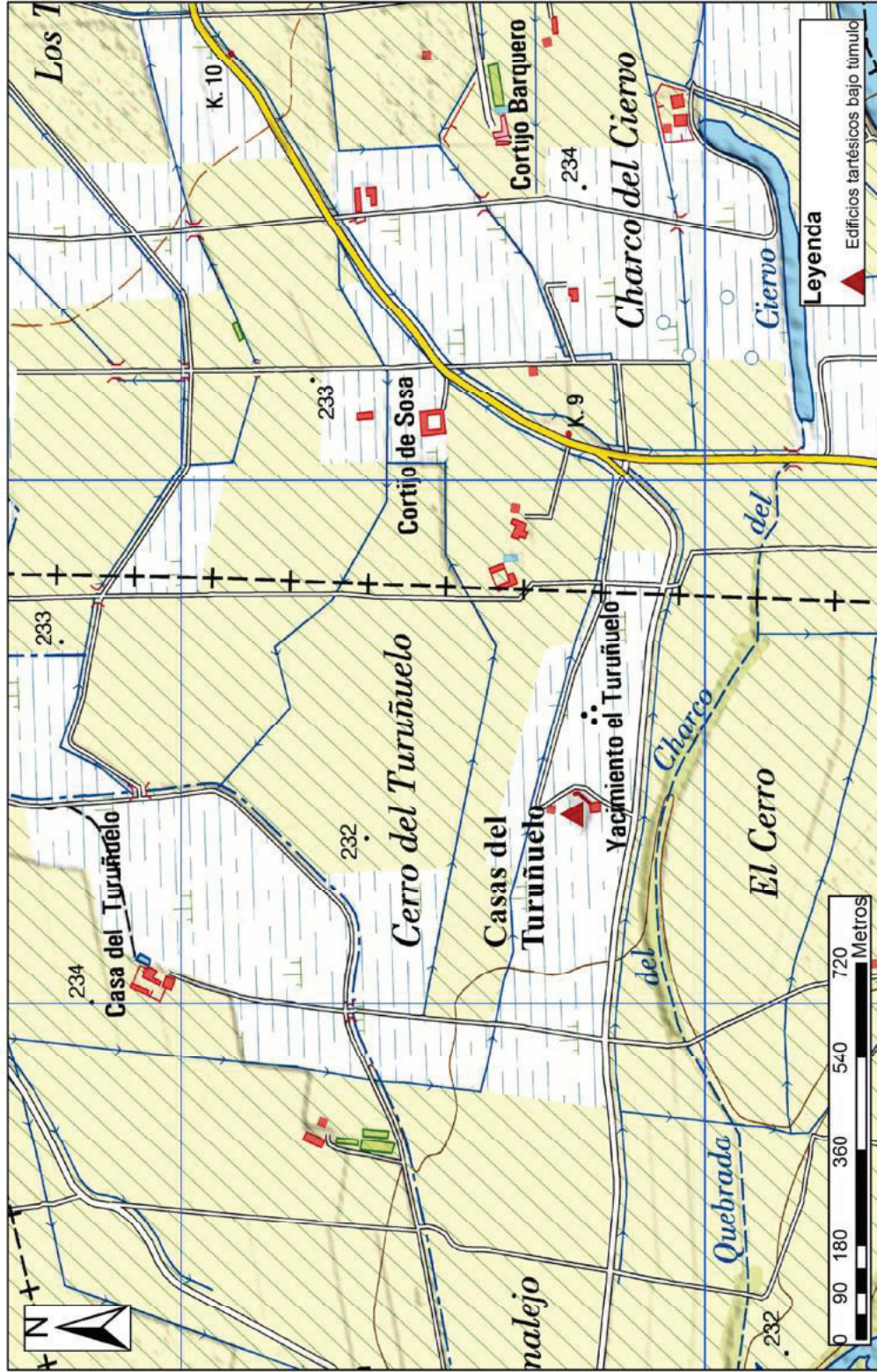


Fig. 338. Serie de fotografías aéreas históricas

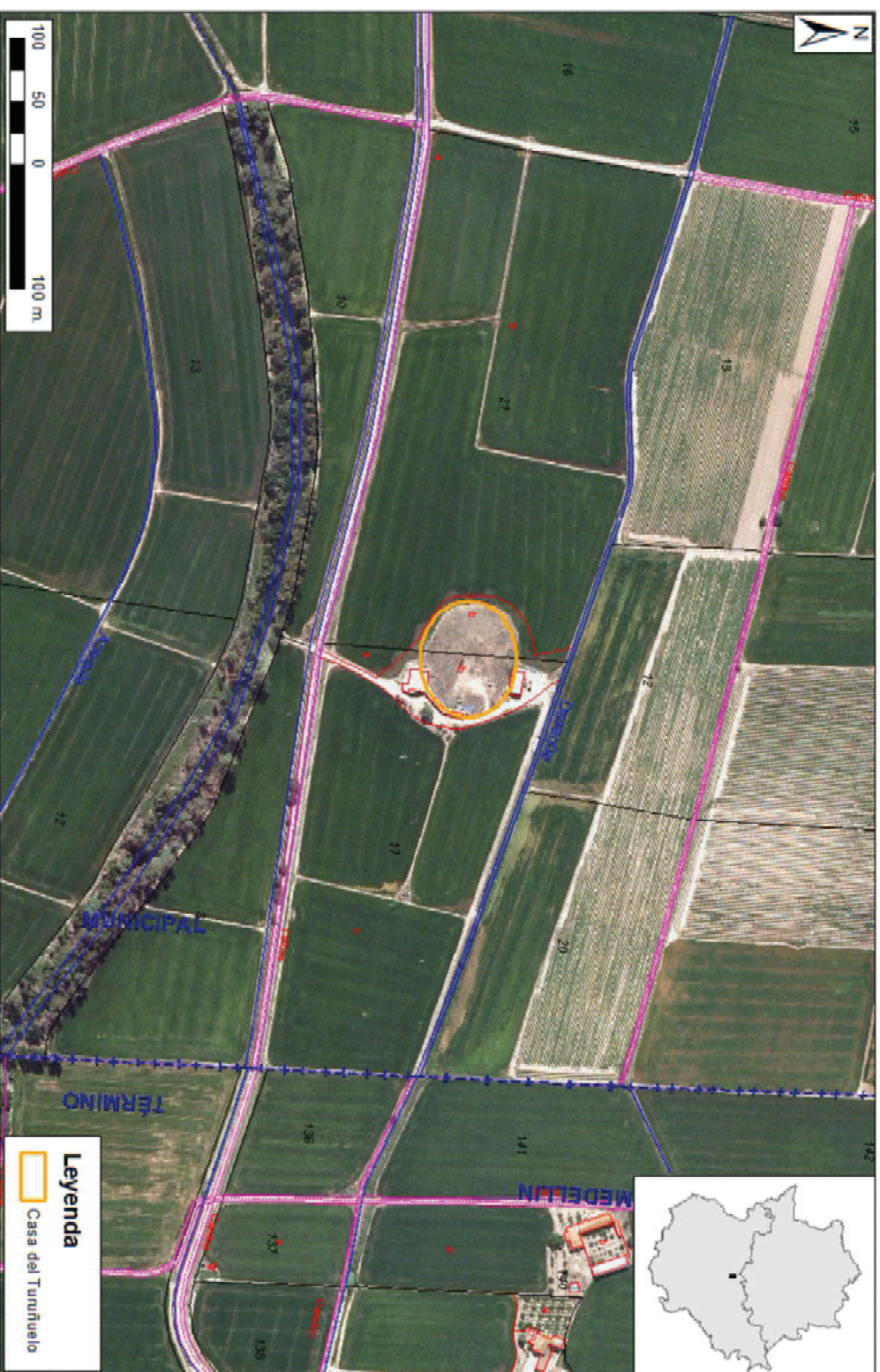


Fig. 339. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

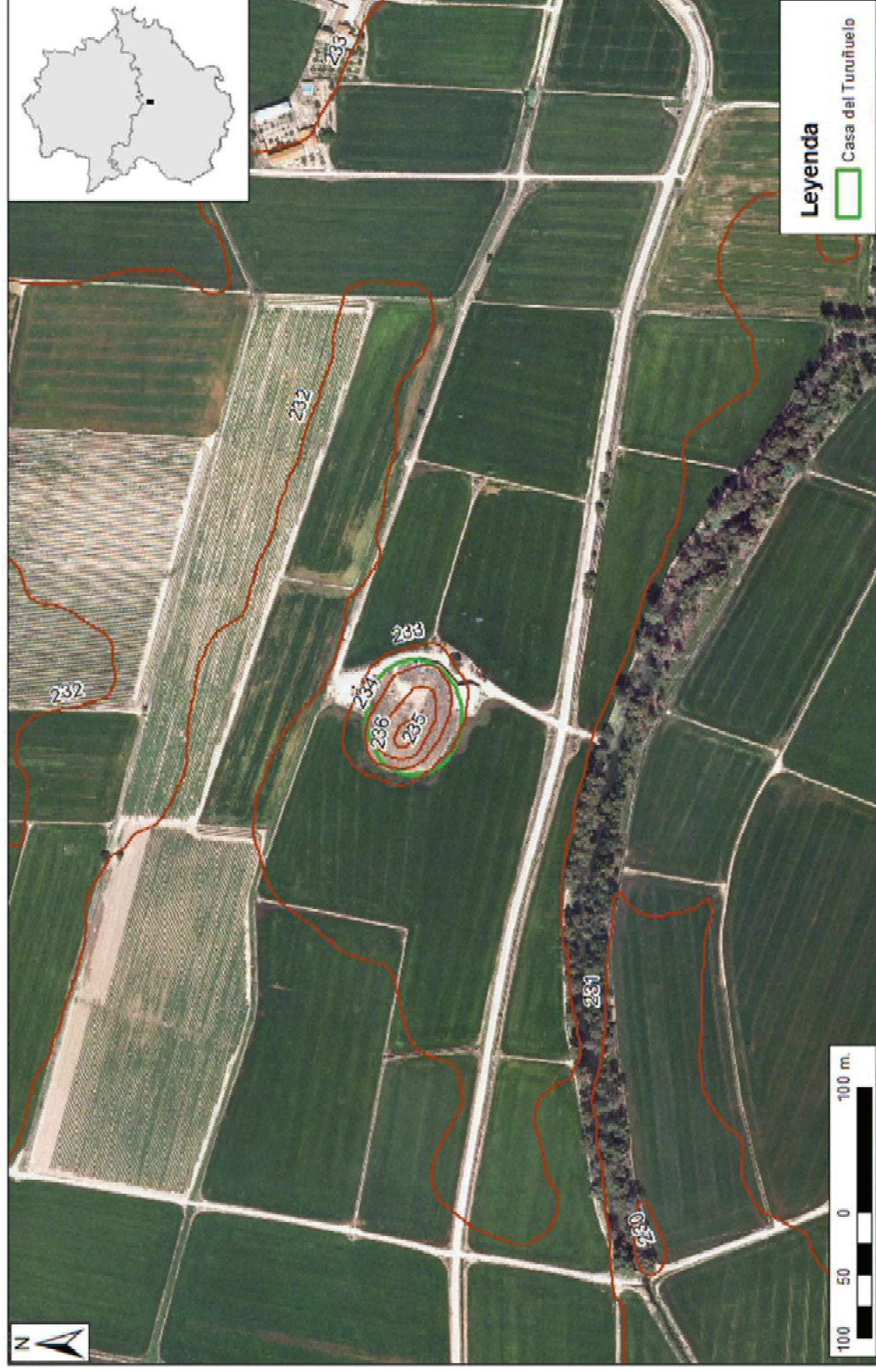
Topográfico 1:25000
Casas del Turuñuelo



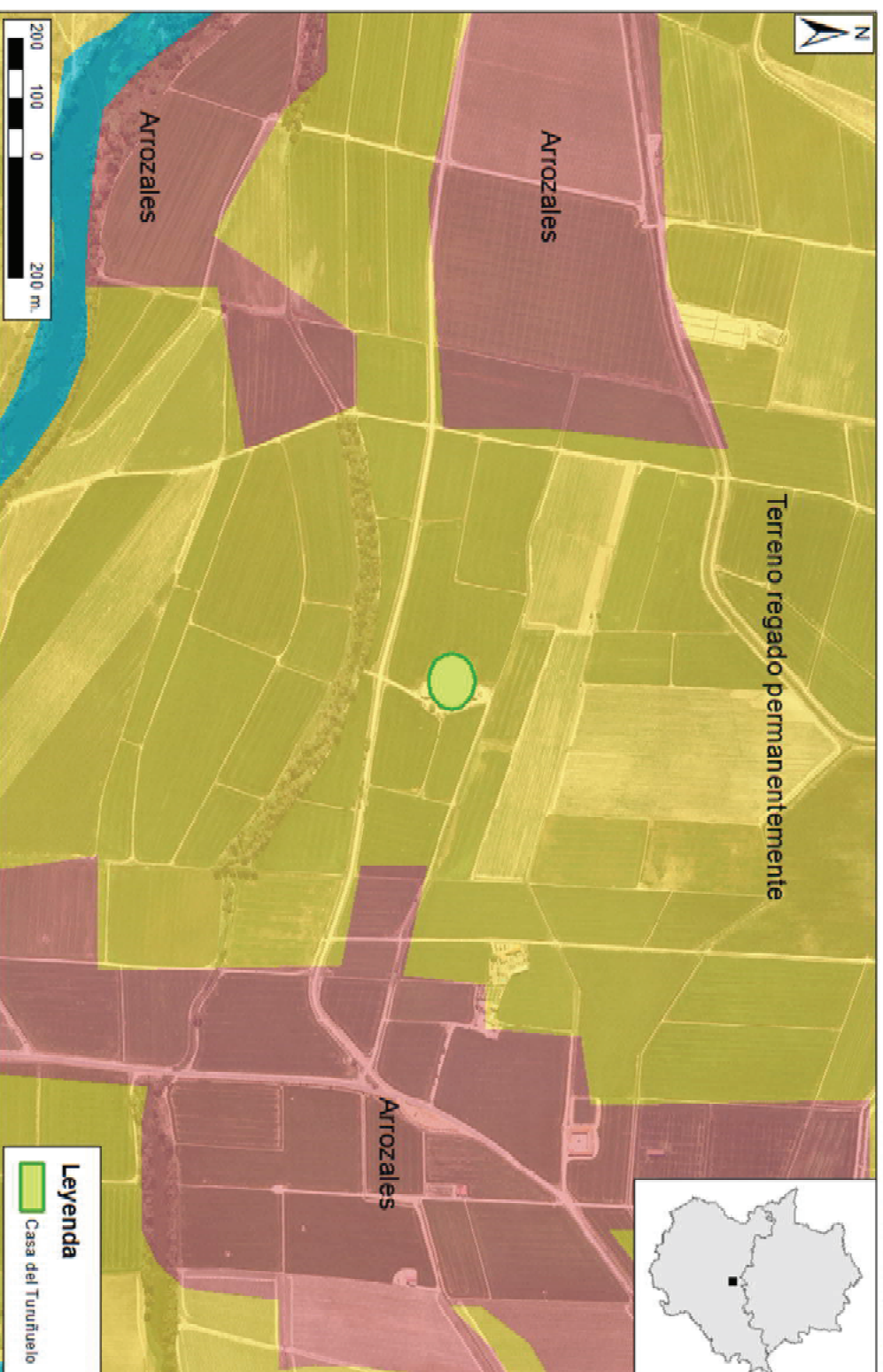
Catastro:
Casa del Turuñuelo



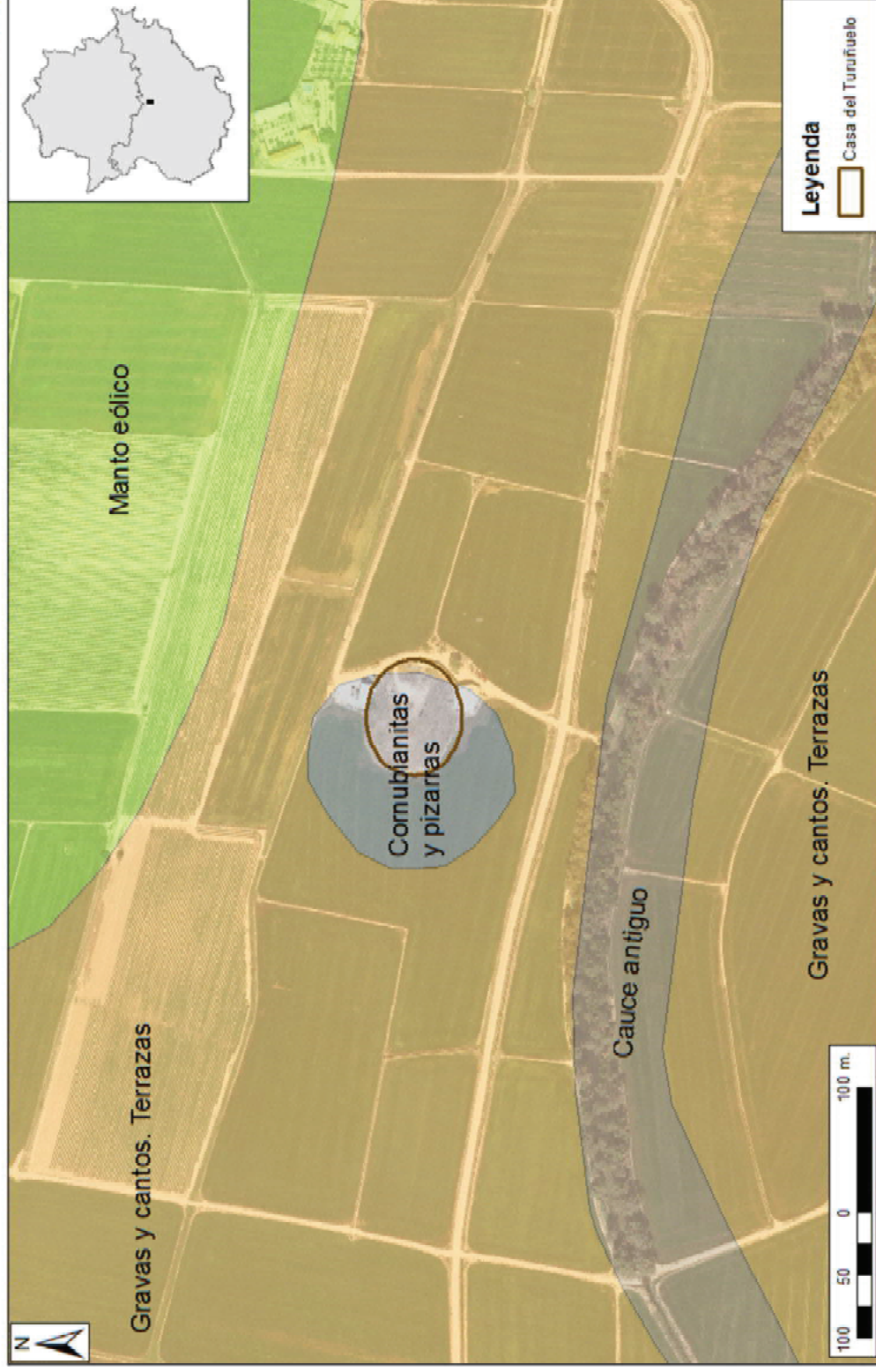
Topografía (Curvas de Nivel a 1 m.):
Casa del Turuñuelo



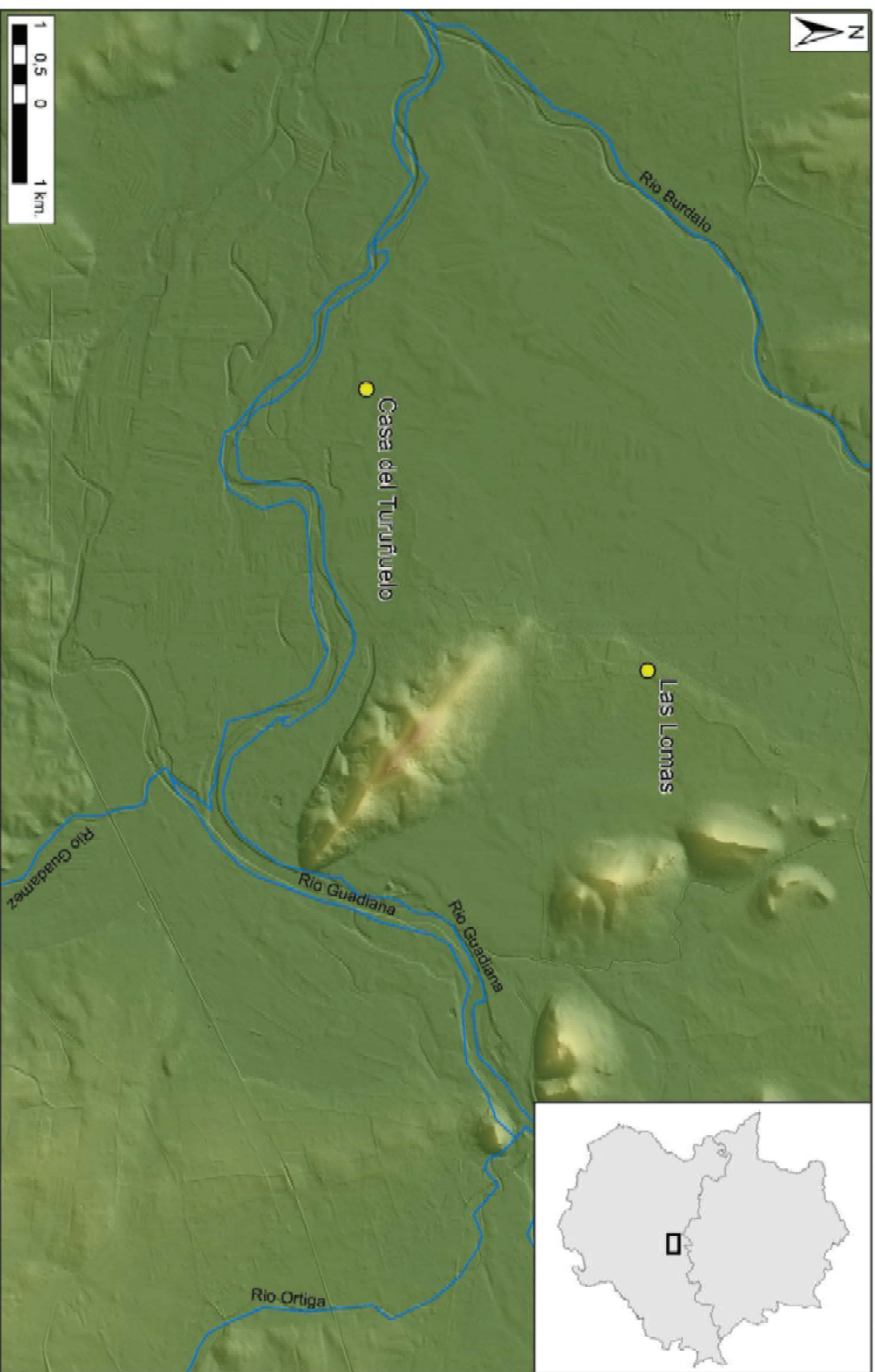
CORINE 2006:
Casa del Turuñuelo



Geología:
Casa del Turuñuelo



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Medellín

Polígono: 13 / Parcela: 21

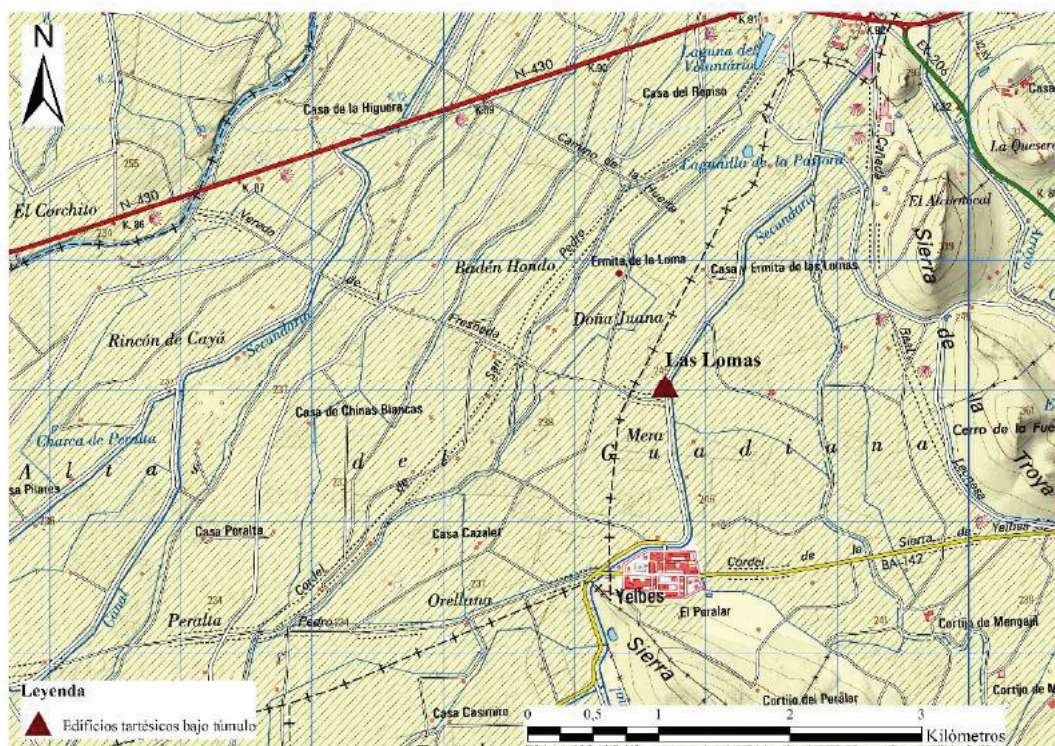


Fig. 340. Mapa 1:50000



Fig. 341. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de Las Lomas se localiza en el término municipal de Medellín, en la margen derecha del camino que une los municipios de Santa Amalia y Yelbes. Dista apenas 3 km de paso del Guadiana que discurre al sur del enclave y 5,5 km del paso del cauce del Búrdalo que discurre al oeste; quedando frente a las Sierras de la Troya y Yelbes que lo separan de la localidad de Medellín. En la actualidad sus tierras se dedican al cultivo de regadío.

Acceso: desde la carretera nacional 430 en dirección a Don Benito, en el km 86,700, después de cruzar el río Búrdalo sale una carretera del canal a la derecha (vereda de Fresneda). Seguimos por ella durante unos 4 km, hasta llegar a la carretera que une Santa Amalia con Yelbes. El túmulo está a unos 100 m a la izquierda en dirección norte.

Visibilidad: mala. Poco tiempo antes de llevar a cabo los trabajos de prospección los propietarios de la parcela procedieron a la siega el cereal por lo ésta estaba cubierta con los desechos de la misma, lo que dificultaba la visibilidad de la superficie.

CORDENADAS UTM			
HUSO 29 S		DATUM ED 50	
HORA INICIO TOMA	16:15:19	HORA FIN TOMA	16:55:32
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X		Y
Las Lomas	757662		4318965
Se sitúa en las proximidades del punto de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Las Lomas Perímetro 1	757825	4319296	238 m.
Las Lomas Perímetro 2	757838	4319256	233 m.
Las Lomas Perímetro 3	757845	4319302	248 m.
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Las Lomas Centroide	757829	4319279	250 m
AREA	0,10 Ha.		

Fig. 342. Lista de coordenadas



Las Lomas

Leyenda

— Perímetro

0 35 70 140 210 280 Meters

Antecedentes:

La primera referencia conocida acerca de la existencia de un enclave tumular en el conocido como paraje de Las Lomas aparece recogido en el primer catálogo de fichas publicado con motivo del descubrimiento de La Mata y la presentación de los primeros resultados arqueológicos procedentes del yacimiento¹¹⁶². La ficha recoge todos los datos acerca de su localización, modo de acceso y posición geográfica, destacando el control que el enclave posee del corredor que configuran las sierras de Yelbes y la Troya. En cuanto a la descripción del enclave, la información transmitida procede de los datos aportados por los regantes de la zona que informan de la existencia, hasta principios de los años 90, de un túmulo de similares dimensiones al cercano de Las Casas del Turuñuelo [C08]. En la visita al lugar, los autores reseñan la presencia de “*abundantes restos cerámicos muy fragmentados y piedras de granito igualmente incompletas claramente relacionables con molinos barquiformes y molederas*”¹¹⁶³. Del mismo modo, observaron concentraciones de cenizas y arcillas rojas que lo ponen en relación con la antigua existencia de un edificio de tipo Cancho Roano.

Años después este enclave volvió a ser objeto de estudio en el análisis macroespacial de La Mata¹¹⁶⁴, ficha en la que no se aporta ninguna nueva referencia al enclave, repitiendo la misma información que ya había sido publicada en la ficha de 1998.

Resultados de la revisión:

El túmulo de Las Lomas se localiza en plenas vegas del Guadiana a una altura de 245 m.s.n.m. Su estado de conservación es lamentable, pues ha sido completamente arrasado, hasta el punto de que la parcela se ha rebajado por debajo del nivel de uso que tenía hace algunas décadas (fig. 343). Ubicado a 3 km al norte del Guadiana, posee un excepcional contacto visual con el Turuñuelo de Guareña, con el que podemos suponer que tendría algún tipo de relación dada su proximidad. Sin embargo, su localización en este punto, alejada de la confluencia entre el Guadiana y alguno de sus afluentes, pues dista del Búrdalo 5,5 km, parece estar relacionada con el control del paso que se configura entre las sierras de Troya y Yelbes, pues esta última cierra el paso hacia Medellín, con el que no guarda contacto visual.

El ejemplo del túmulo de Las Lomas nos parecía excepcional para proceder a su análisis a través de la revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig. 349) teniendo en

¹¹⁶² Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 244

¹¹⁶³ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 244

¹¹⁶⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 605

cuenta que no queda ni rastro de la elevación. Curiosamente no hemos conseguido detectar ningún tipo de anomalía en la secuencia procedente de las series A y B del Vuelo Americano (1946 y 1956, respectivamente). Solo la imagen obtenida del vuelo Interministerial (1980) muestra la existencia de una forma circular en la parcela, forma que tuvo, cabe suponer, desde la reparcelación de las vegas del Guadiana con el Plan Badajoz, hasta antes de 1984, pues en la imagen del vuelo Nacional (1984), esta peculiar forma ha desaparecido. Este cambio en la morfología de las parcelas no cuadra con la información transmitida en la primera ficha publicada de este enclave, donde se indica que cinco años antes de la publicación, hacia 1992, se arrasó un gran túmulo en este punto de las dimensiones del Turuñuelo, una elevación que, sin embargo, ya no se detecta en la fotografía aérea de 1984, lo que nos lleva a deducir que dicha destrucción se produjo dentro de los tres primeros años de la década de los 80. Sin embargo, la revisión de las imágenes elaboradas a partir del tratamiento de los datos LiDAR (fig. 350), principalmente en el tratamiento de la intensidad, si puede apreciarse una anomalía de tendencia circular que podría estar marcando el contorno de la antigua elevación.

La visita al enclave nos permitió recoger algún fragmento de cerámica, toda a mano (fig. 348), y documentar la existencia de varios molinos barquiformes en las lindes de la parcela (fig. 347). Pero sin duda lo que más llamó nuestra atención fue la gran acumulación de restos constructivos, fundamentalmente adobes, que se detectan en los márgenes actuales de la parcela, pues en el límite oeste todavía se conserva parte de una secuencia estratigráfica (fig. 345 y 346). Junto a la presencia de ladrillos se pueden observar grandes concentraciones de arcillas rojas y cenizas. Estas evidencias son por lo tanto la consecuencia del arrasamiento total del enclave del que poca información más podremos extraer en trabajos futuros.



Fig. 343. Vista general del enclave desde el norte

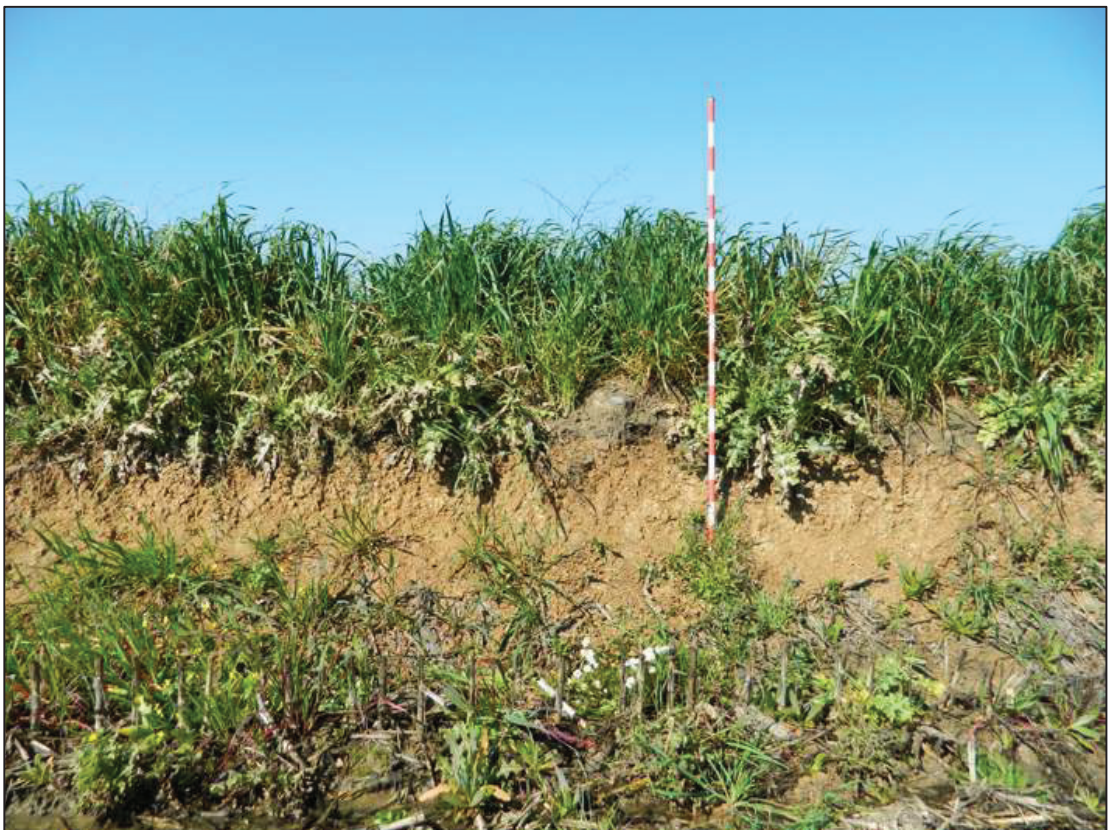


Fig. 344. Fotografía de detalle del perfil oeste

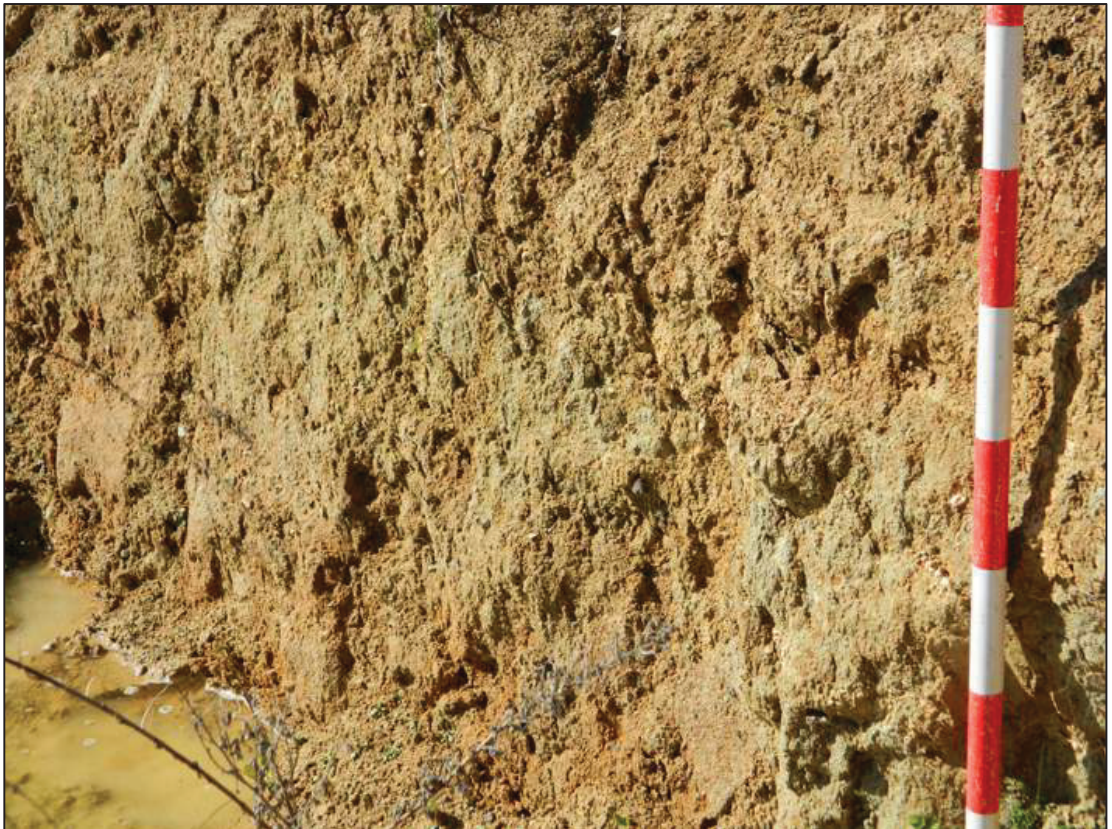


Fig. 345. Detalle de restos constructivos presentes en el perfil oeste



Fig. 346. Restos de adobes y cenizas detectados en el perfil sur



Fig. 347. Restos de un molino barquiforme localizado en superficie



Fig. 348. Cerámicas a mano documentadas junto al molino barquiforme

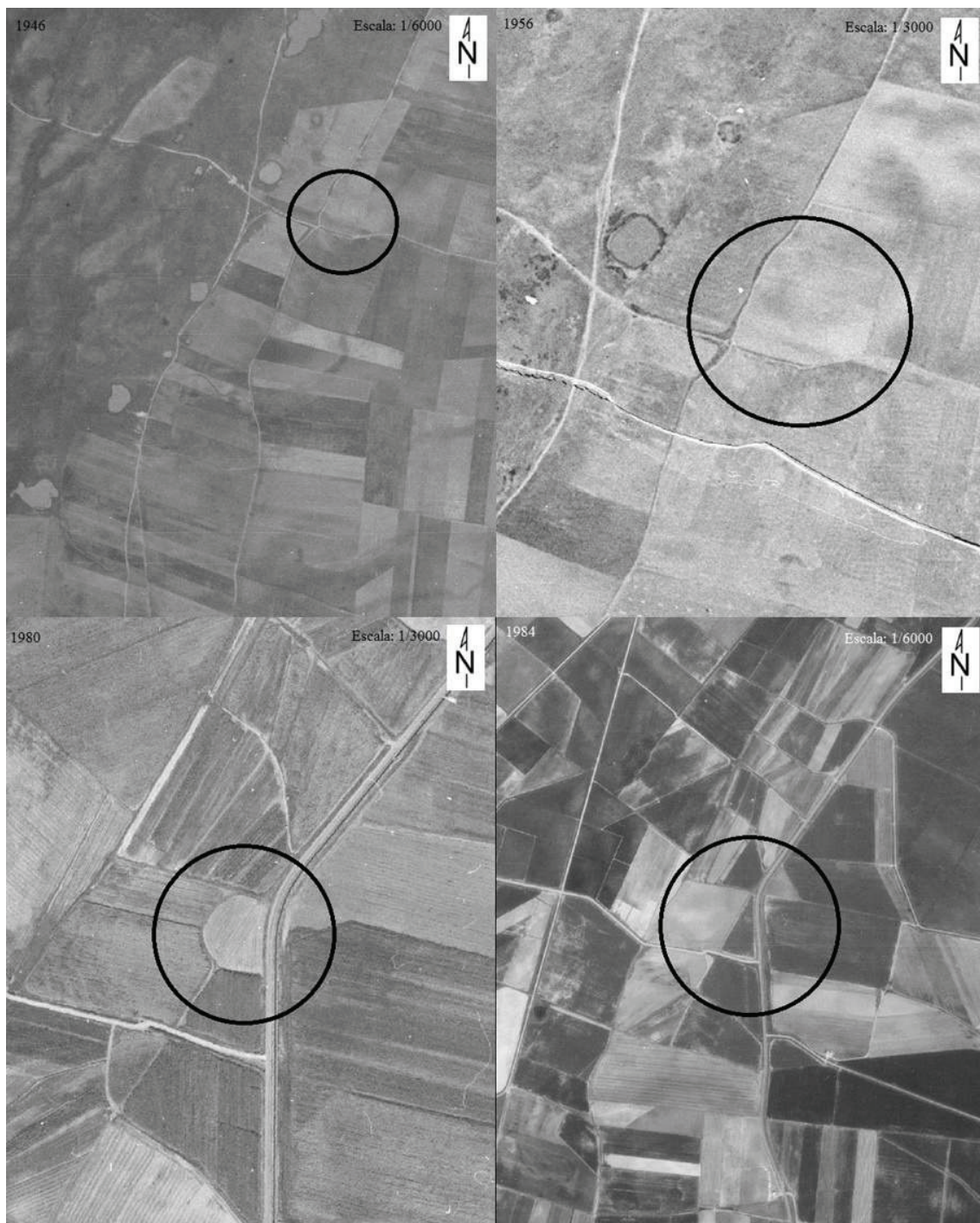
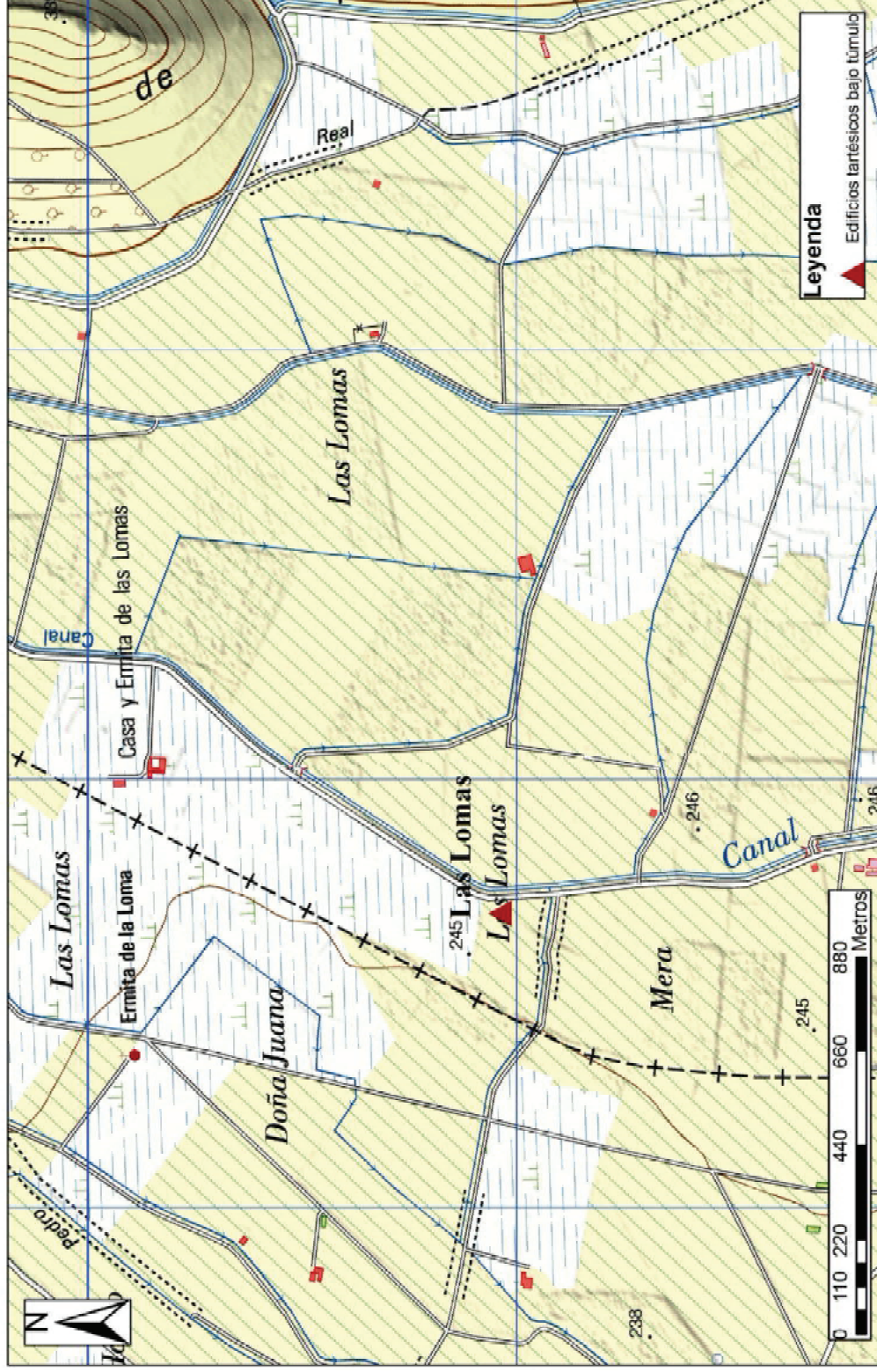


Fig. 349. Serie de fotografías aéreas históricas



Fig. 350. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
Las Lomas



Catastro:
Las Lomas



Topografía (Curvas de Nivel a 5 m.):
Las Lomas



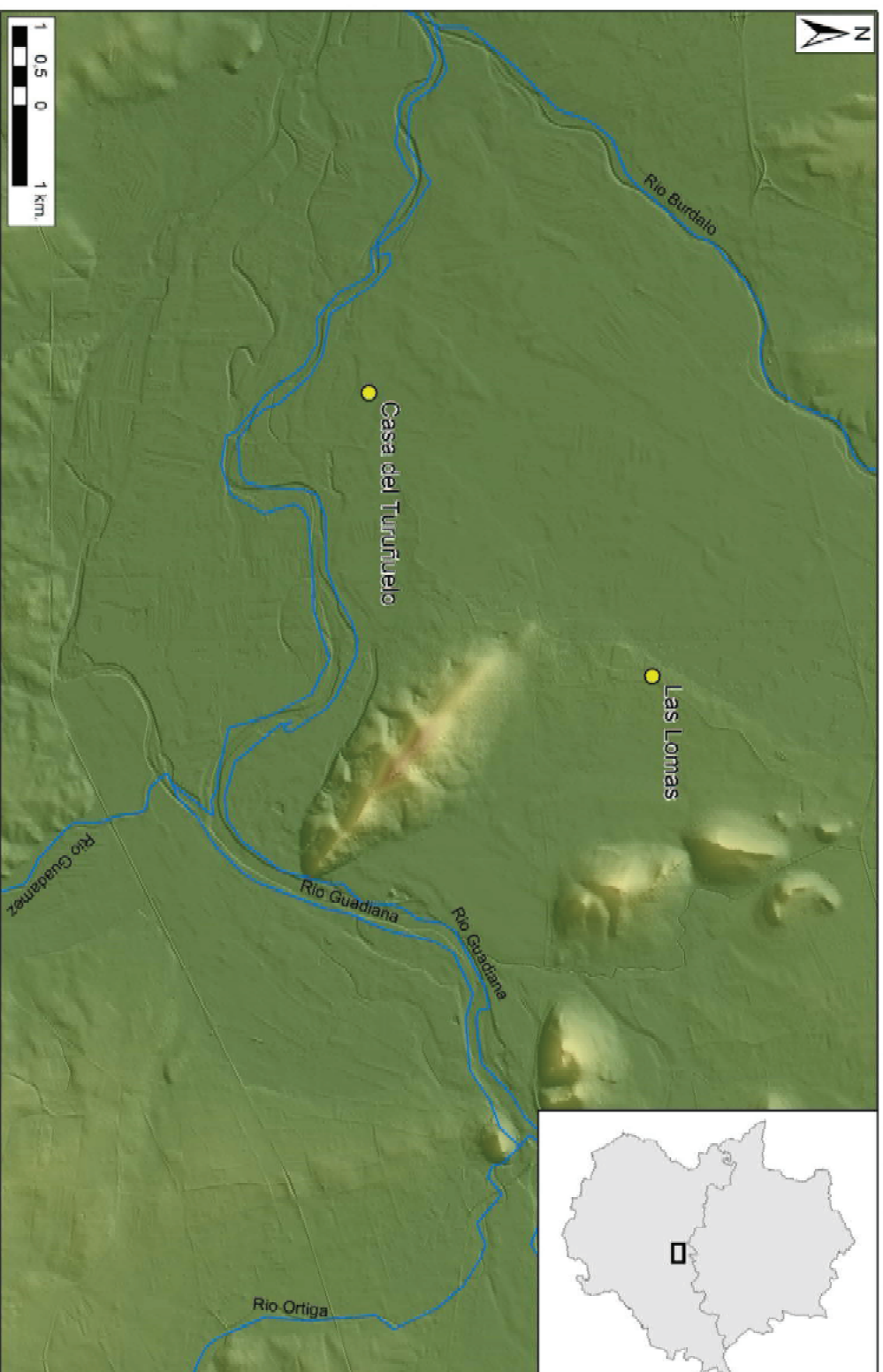
CORINE 2006:
Las Lomas



Geología:
Las Lomas



Localización de elevaciones tumulares:
Valle medio del Guadiana



Término Municipal: Don Benito

Polígono: 22 / Parcela: 28/80009

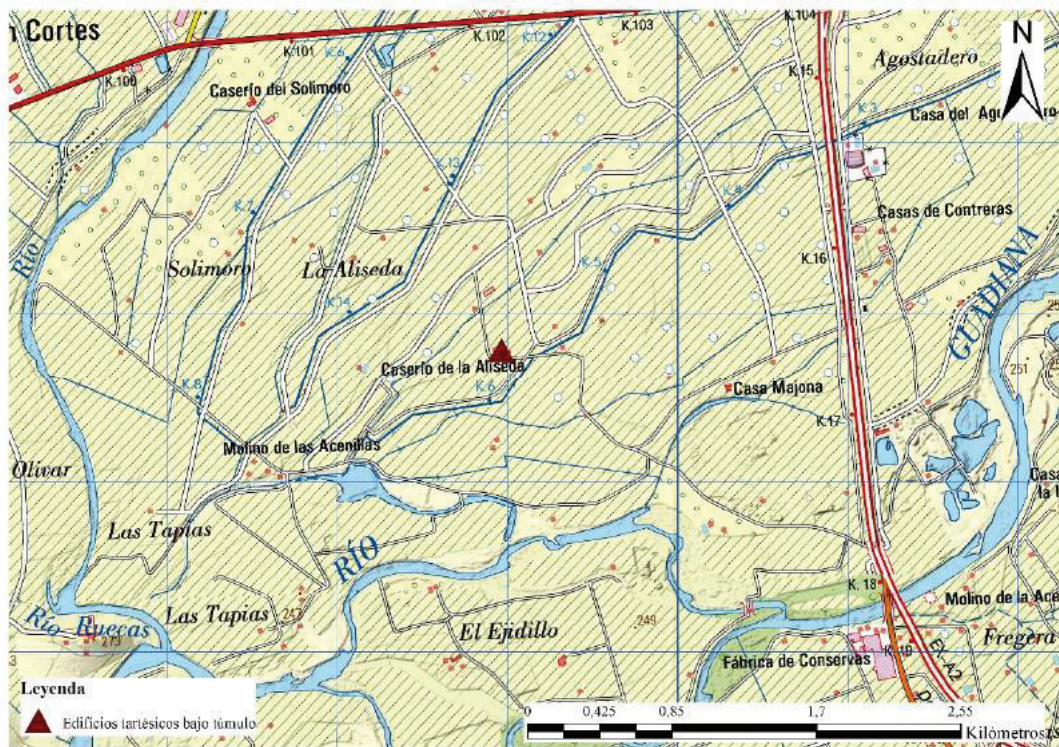


Fig. 351. Mapa 1:50000



Fig. 352. PNOA máxima actualidad

Localización: el enclave de La Aliseda se localiza en el término municipal de Don Benito, en un punto intermedio entre el río Guadiana, que discurre al sur del asentamiento, y el río Rucas, que se localiza al oeste del mismo. Esta ubicación le permite controlar visualmente la desembocadura del río Rucas en el Guadiana. En la actualidad las tierras están destinadas al cultivo de regadío.

Acceso: desde la N-430 en dirección a Hernán Cortés, justo en el km 373 sale un camino a la izquierda de la Confederación Hidrográfica del Guadiana. Tomamos el camino del canal y en el km 13 giramos a la izquierda y continuamos unos 1100 m hasta llegar al denominado Caserío de la Aliseda, ubicado a la derecha del camino. En este punto se localiza el túmulo.

Visibilidad: mala/buena. En la actualidad el túmulo de La Aliseda está coronado por una construcción que ha generado un elevado volumen de escombros en su entorno, hecho que dificulta la prospección de la elevación; sin embargo, las parcelas que lo circundan acababan de ser aradas en el momento en el que procedimos a la ejecución de las prospecciones, por lo que la visibilidad de la superficie era buena.

CORDENADAS UTM			
HUSO 30 S	DATUM ED 50		
HORA INICIO TOMA	11:56:14	HORA FIN TOMA	13:10:10
EROR MEDIO	± 2 metros	POSICIONES	≥ 100
COORDENADAS DE PARTIDA			
NOMBRE	X	Y	
Aliseda	249505	4322296	
Se sitúa en las proximidades del punto de partida.			
PERIMETRO			
NOMBRE	X	Y	Z
Aliseda Perímetro 1	249611	4322361	259 m
Aliseda Perímetro 2	249481	4322383	250 m
Aliseda Perímetro 3	249502	4322307	261 m
Aliseda Perímetro 4	249627	4322327	255 m
Aliseda Perímetro 5	249598	4322414	253 m
CENTROIDE			
NOMBRE	X	Y	Z
Aliseda	249545	4322364	236 m
ACUMULACIÓN RAC			
NOMBRE	X	Y	Z
Aliseda RAC 1	249695	4322397	247 m
PERFIL			
NOMBRE	X	Y	Z
Aliseda Perfil 1	249499	4322318	248 m
Aliseda Perfil 2	249578	4322312	249 m
Aliseda Perfil 3	249587	4322303	255 m
AREA	1,29 Ha.		

Fig. 353. Lista de coordenadas



La Aliseda

Leyenda

— Perímetro

0 35 70 140 210 280 Meters

Antecedentes:

La primera y única referencia que tenemos acerca del túmulo de La Aliseda aparece recogida dentro de la publicación de los resultados obtenidos en las prospecciones efectuadas en el entorno de Medellín tras las excavaciones llevadas a cabo en Cerro Manzanillo (Villar de Rena)¹¹⁶⁵. Dentro del mencionado trabajo se hace referencia a la existencia de dos asentamientos muy próximos pero publicados por separado con distinto topónimo. De ese modo, la ficha 022 se dedica al enclave del Cortijo de la Aliseda (coord. 39° 00' 44,5'' N – 5° 53' 29,1'' W). El punto se identifica con una concentración de materiales protohistóricos presentes en una terrera procedente de una oquedad practicada en el suelo para la instalación de una tubería. En el perfil de esta oquedad se observan los restos de un pavimento y material constructivo procedente, según se indica, de un muro que debe funcionar con el pavimento. Entre el material rescatado “*hay productos a mano cuidados, semicuidados y toscos; así como producciones a torno oxidantes lisas, pintadas; y platos, cuencos y tapaderas de cerámica gris*”, así como algún fragmento de molino barquiforme¹¹⁶⁶. Por otro lado, la ficha 023, reúne los resultados de la prospección del enclave denominado como La Aliseda (coord. 39° 00' 50,4'' N – 5° 53' 12,9'' W), a escasos metros del enclave anterior. En esta ocasión el punto se identifica con un túmulo de unos 40 m de diámetro, en cuya superficie se detectan molinos barquiformes y cerámicas protohistóricas entre las que se destacan ánforas a torno y cerámicas grises¹¹⁶⁷.

Resultados de la revisión:

El túmulo de La Aliseda se localiza al norte del río Guadiana, justo frente a la confluencia entre éste y el río Ruecas que desemboca en el Guadiana al suroeste del asentamiento, lo que le otorga al enclave un perfecto control visual tanto de la desembocadura como de las tierras fértiles de vega que se extienden a sus pies. Este modelo de control territorial se repite en otros ejemplos analizados en este trabajo, por lo que parece que nos encontramos frente a un patrón de asentamiento con una finalidad, además de agrícola, eminentemente comercial, pues no podemos olvidar el papel primordial de los ríos como vías de comunicación.

Su estado de conservación es malo. La construcción de un cortijo y algunas naves sobre el mismo (fig. 354) han deteriorado considerablemente su estado, seccionando alguno de sus perfiles para así ganarle terreno a la elevación y poder cultivar las tierras que lo circundan (fig. 355 y 356). La revisión de la secuencia de fotografías aéreas (fig.

¹¹⁶⁵ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 261-265

¹¹⁶⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 261

¹¹⁶⁷ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 264

358) nos ha permitido constatar que el cortijo que actualmente se localiza sobre la elevación de La Aliseda ya existía en la década de los 40, pues la primera imagen que poseemos, correspondiente con la serie A del Vuelo Americano (1945), así lo muestra. La constante densidad de vegetación en el entorno de la construcción no nos permite observar con claridad el contorno exacto de la elevación, que sin embargo si puede apreciarse en las imágenes extraídas del LiDAR (fig. 359) donde hemos podido eliminar tanto la vegetación como la construcción que se localiza encima. Ésta presenta una forma rectangular de esquinas redondeadas. No obstante, llama nuestra atención, en los fotogramas correspondientes con la serie A y B del Vuelo Americano (1945 y 1956, respectivamente), la presencia de un brazo del Guadiana que discurre al sur del enclave y que actualmente se encuentra fosilizado, pues ya no se detecta en los siguientes fotogramas consultados, los correspondientes al vuelo Interministerial (1980) y el vuelo Nacional (1984). La existencia de este brazo del río supone que el enclave estaba todavía más cerca del Guadiana de lo que lo está en la actualidad.

La visita al yacimiento nos permitió confirmar la existencia de una pequeña elevación hoy seccionada en todas sus caras, pues el túmulo ha visto reducido su perímetro con vistas a ganar terreno para el cultivo de regadío, actividad a la que actualmente están dedicadas las tierras que lo circundan. Aunque la vegetación del contorno de la elevación era muy densa, pudimos observar parcialmente su perfil oeste, donde se documentaron restos materiales (fig. 357). No obstante, la mayor concentración de materiales se localiza al sur de la elevación. Junto a la presencia de cerámicas romanas, entre las que destacan las sigillatas y la cerámica africana de cocina; restos que marcan la existencia de una villa romana próxima. Junto a ellos, se recuperó abundante material protohistórico entre el que podemos citar un amplio porcentaje de cerámicas a mano de cocciones reductoras y algunos fragmentos de producciones grises. Cabe también destacar entre las producciones a torno la aparición de un fragmento pintado con un motivo circular en ocre y otro fragmento bruñido en el que se destaca una decoración a bandas. El resto del repertorio repite las mismas formas documentadas en los ejemplos anteriormente descritos, lo que completa el elenco de materiales que habían sido publicados en el trabajo descrito en el apartado anterior¹¹⁶⁸.

A ese respecto, nosotros incluimos dentro del mismo repertorio de materiales tanto los restos documentados en el Cortijo de la Aliseda como en La Aliseda, pues la proximidad entre ambos enclaves nos empuja a considerarlos como un yacimiento único. Cabe la posibilidad de que los restos documentados en el Cortijo de la Aliseda se

¹¹⁶⁸ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 262 y 265

correspondan con un área de servicio complementaria al edificio que posiblemente se oculta bajo el túmulo de La Aliseda, a modo de almacenes o zonas de producción, lo que casaría con la presencia de molinos barquiformes; no obstante, solo futuros trabajos de excavación podrán determinar con exactitud la naturaleza de los restos ocultos bajo la elevación tumular.



Fig. 354. Vista general del yacimiento desde el sur



Fig. 355. Detalle de los restos de la elevación



Fig. 356. Vista del perfil oeste

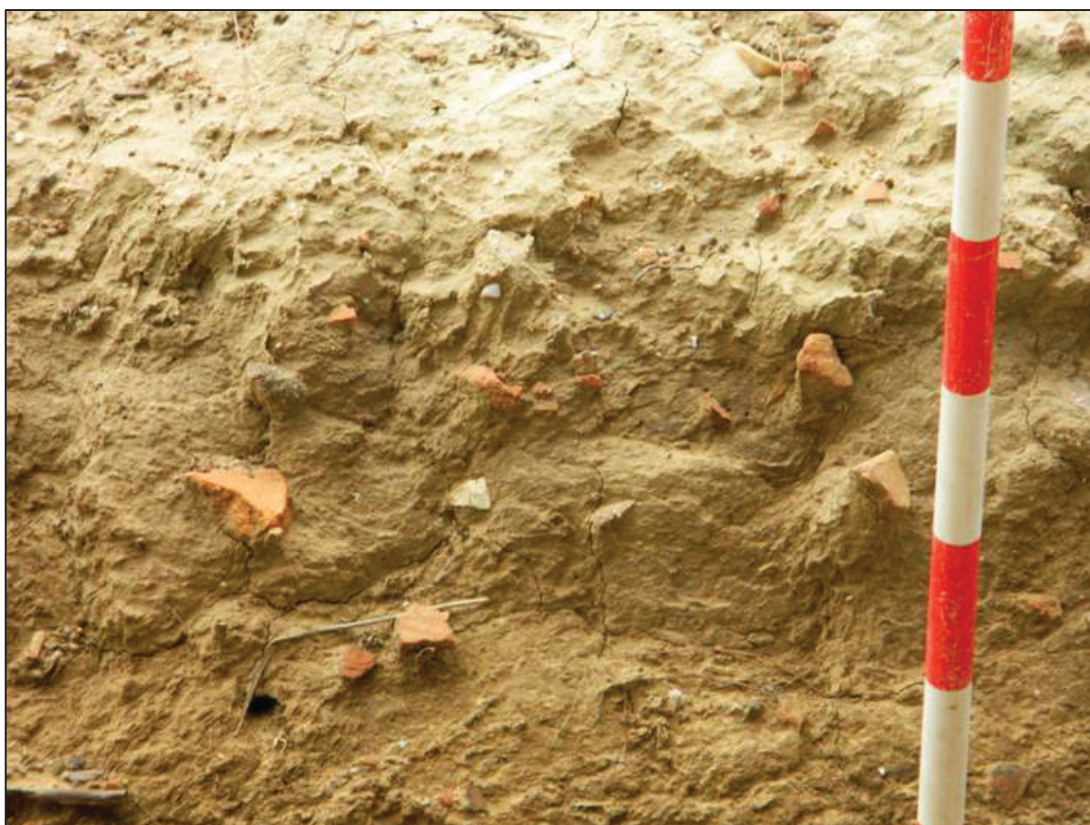


Fig. 357. Detalle de la presencia de restos cerámicos en el perfil oeste

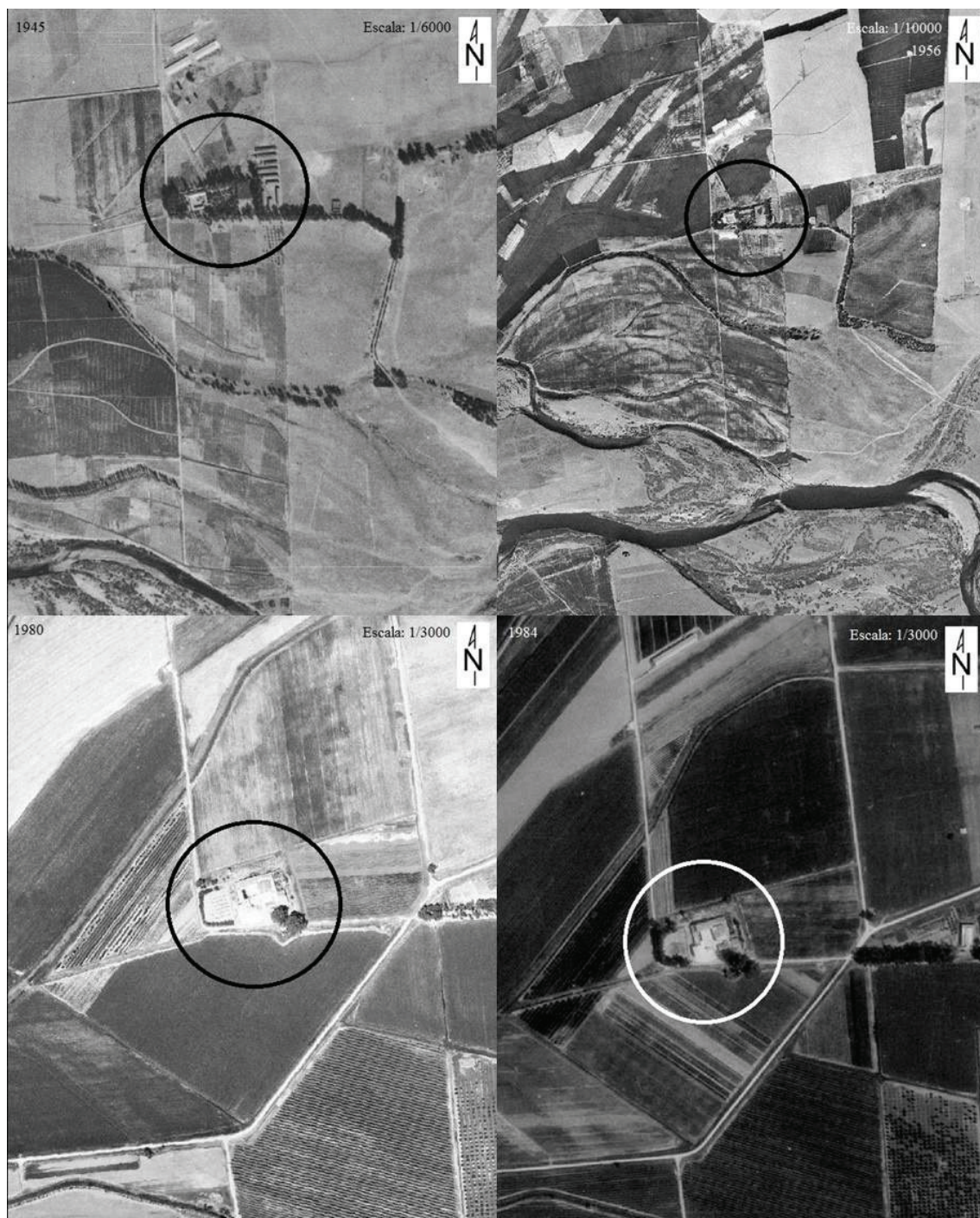


Fig. 358. Serie de fotografías aéreas históricas

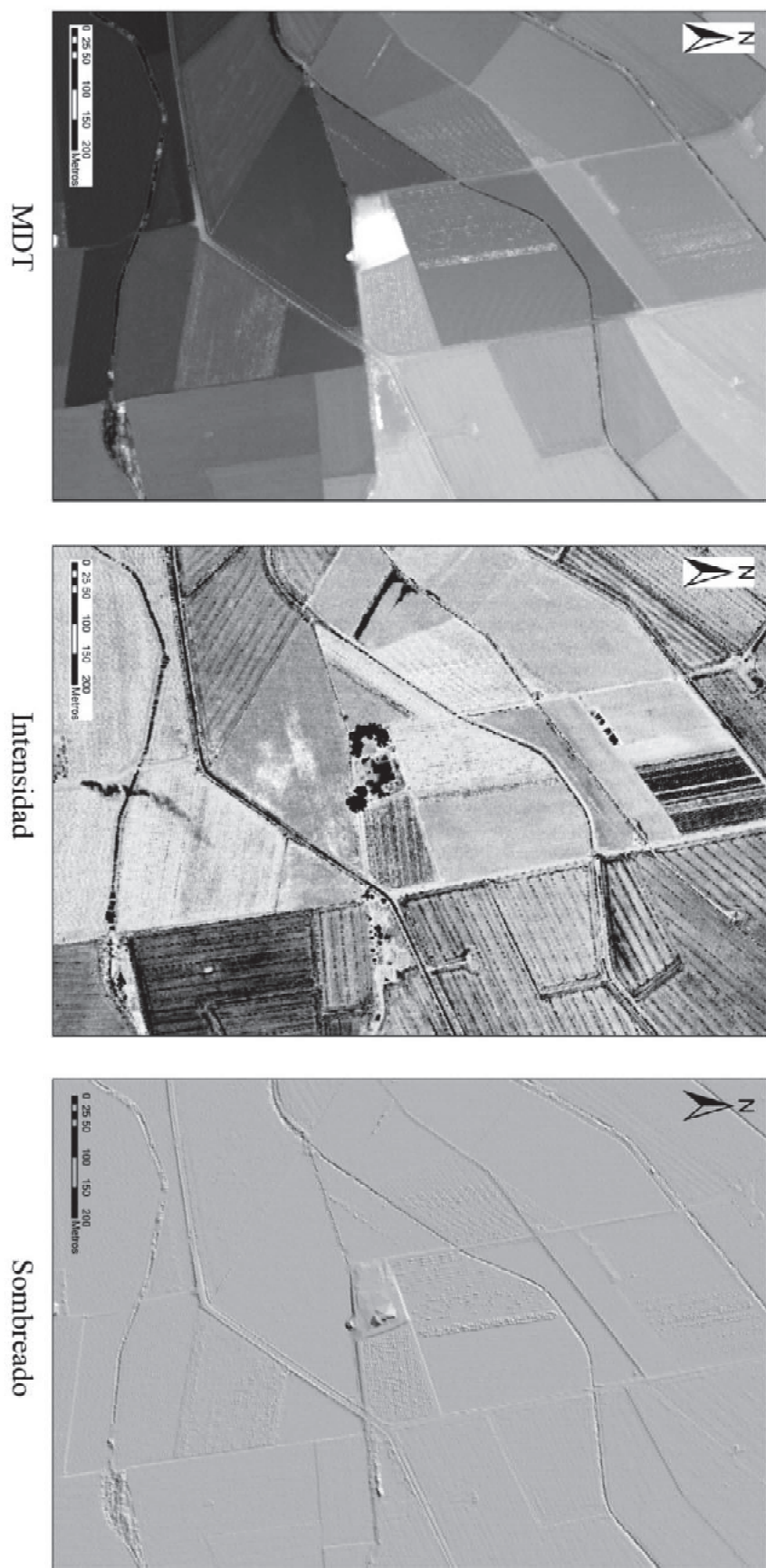
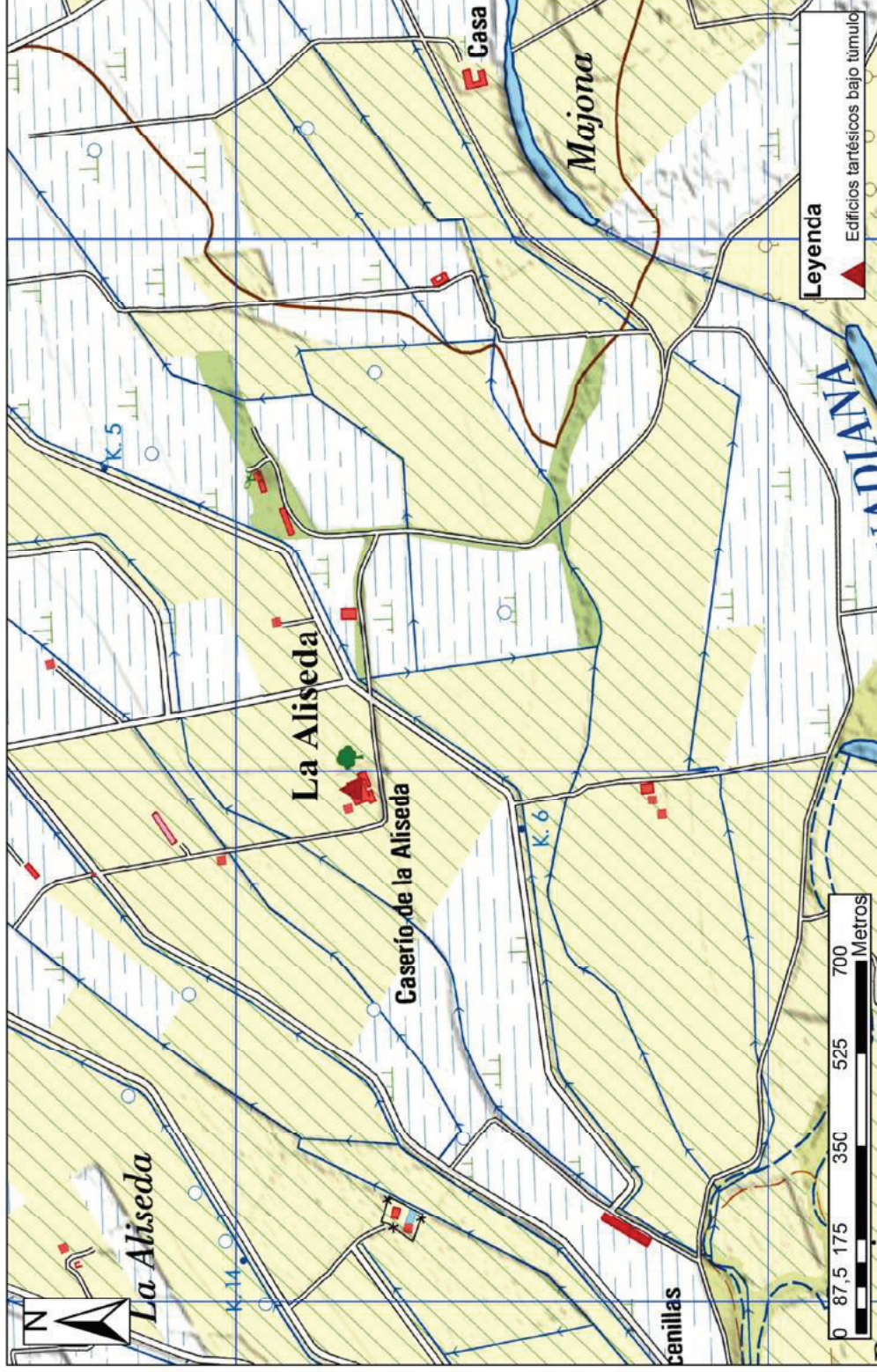
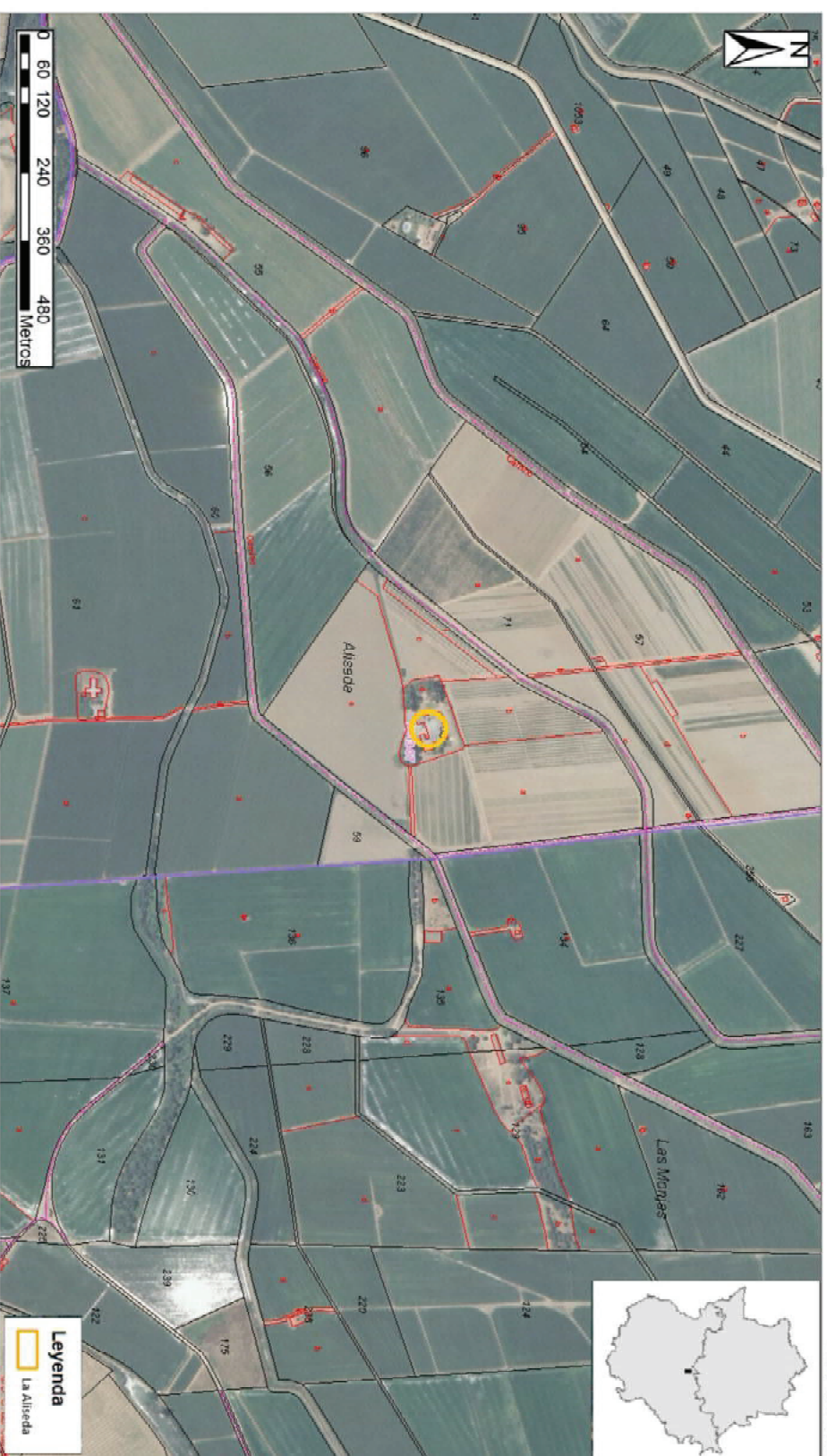


Fig. 359. Serie cartográfica a partir de datos LiDAR

Topográfico 1:25000
La Aliseda



Catastro:
La Aliseda



Topografía (Curvas de Nivel a 5 m.):
La Aliseda

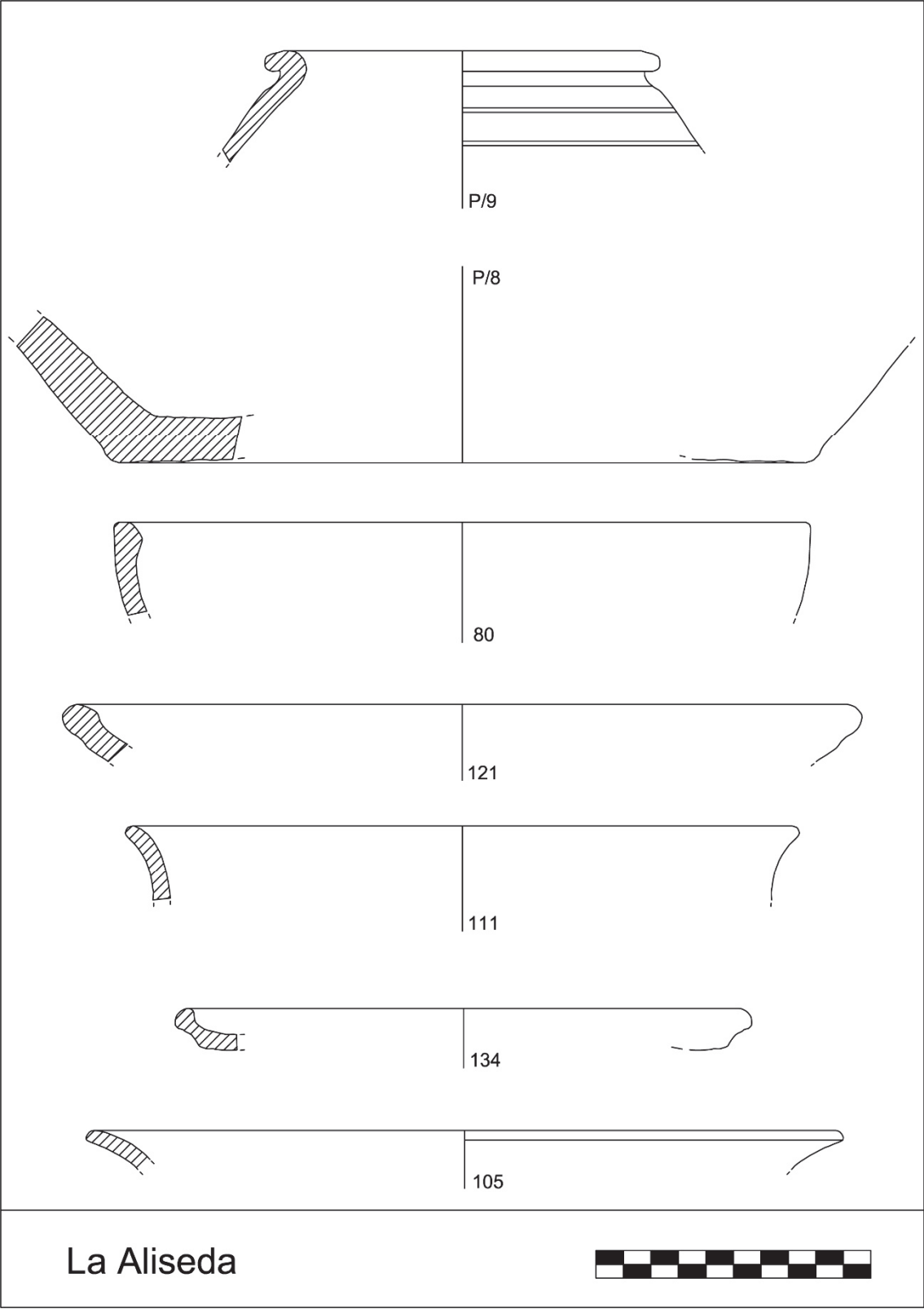


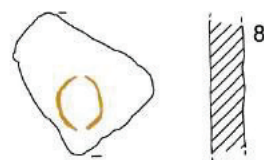
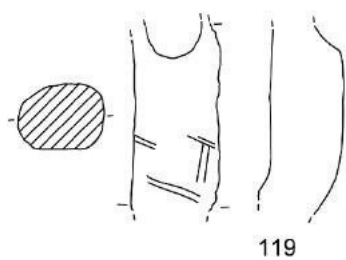
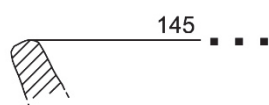
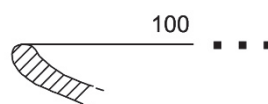
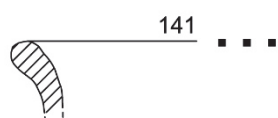
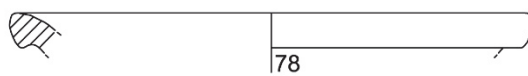
CORINE 2006:
La Aliseda



Geología:
La Aliseda

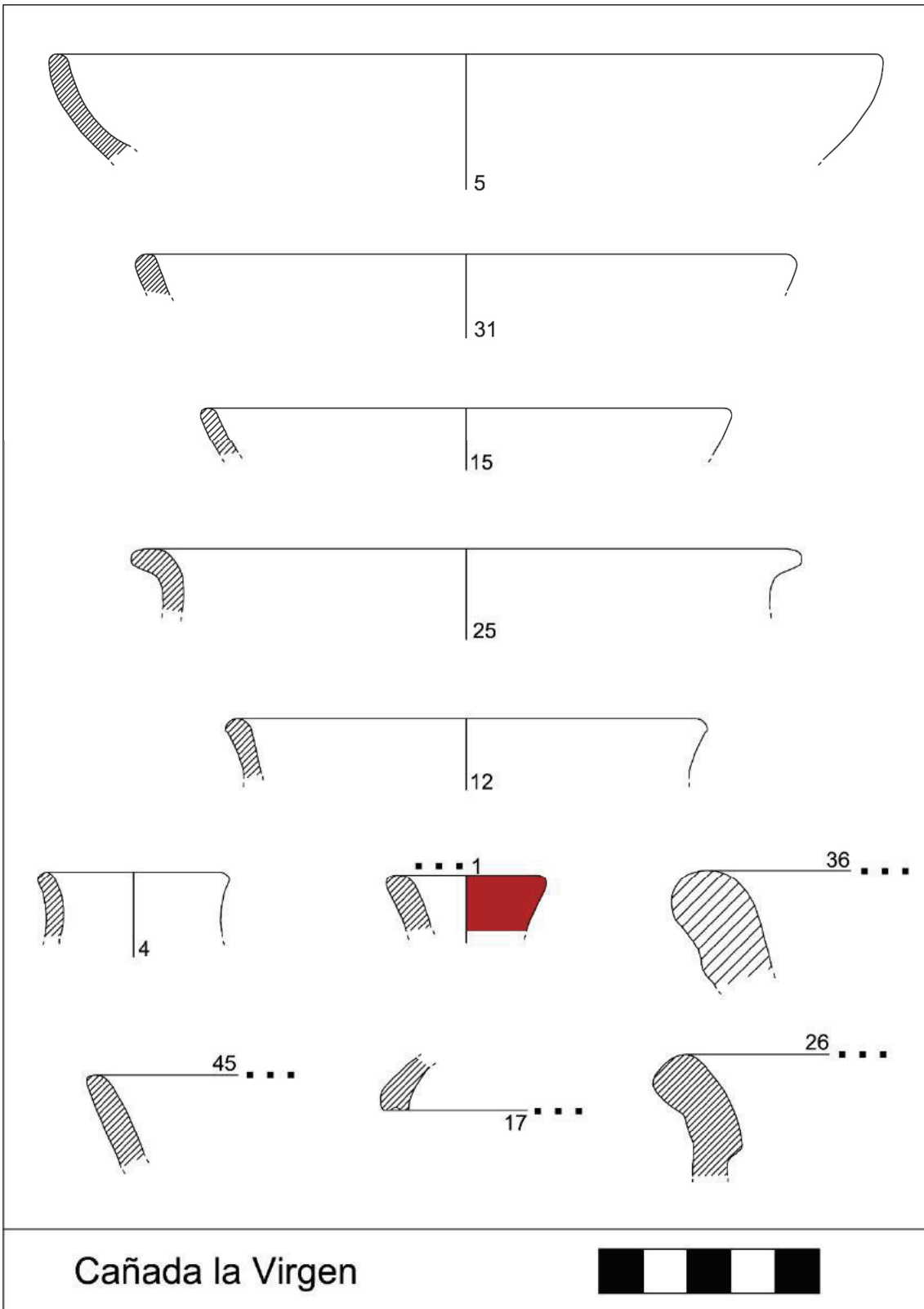


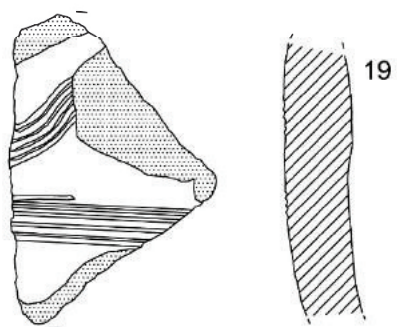
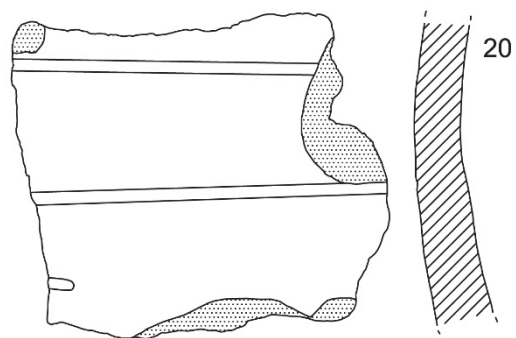
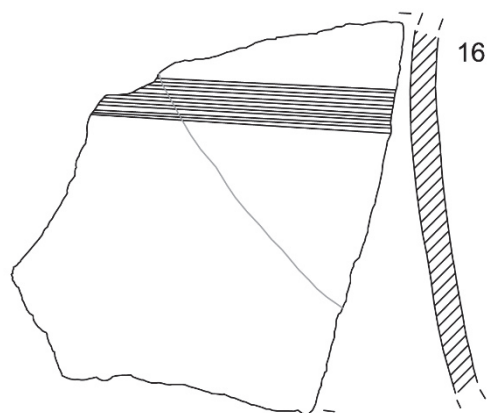




La Aliseda

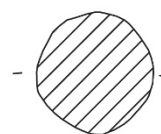
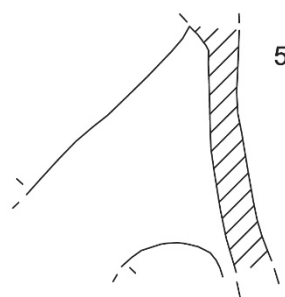
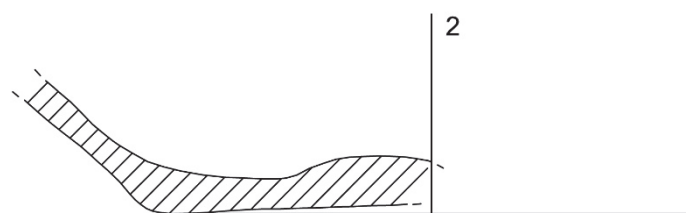
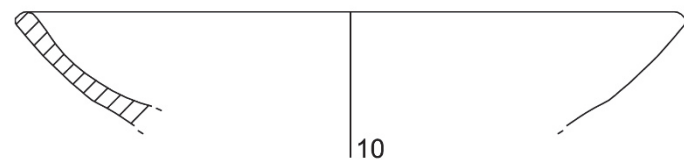
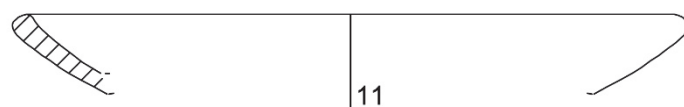






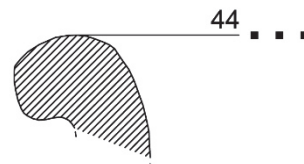
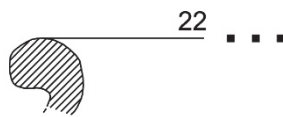
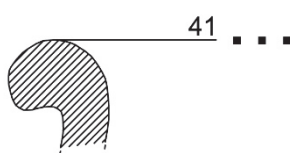
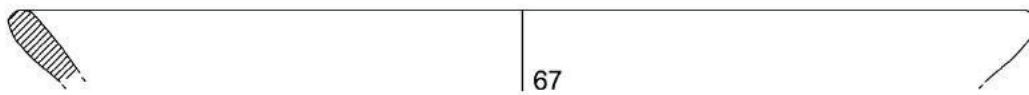
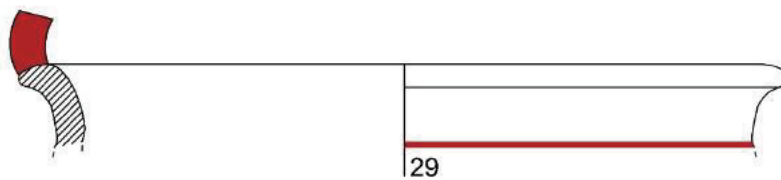
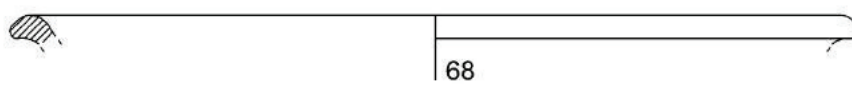
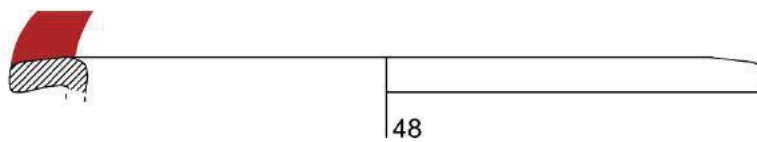
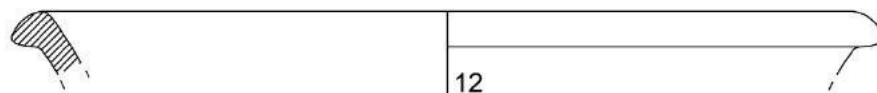
Cañada la Virgen





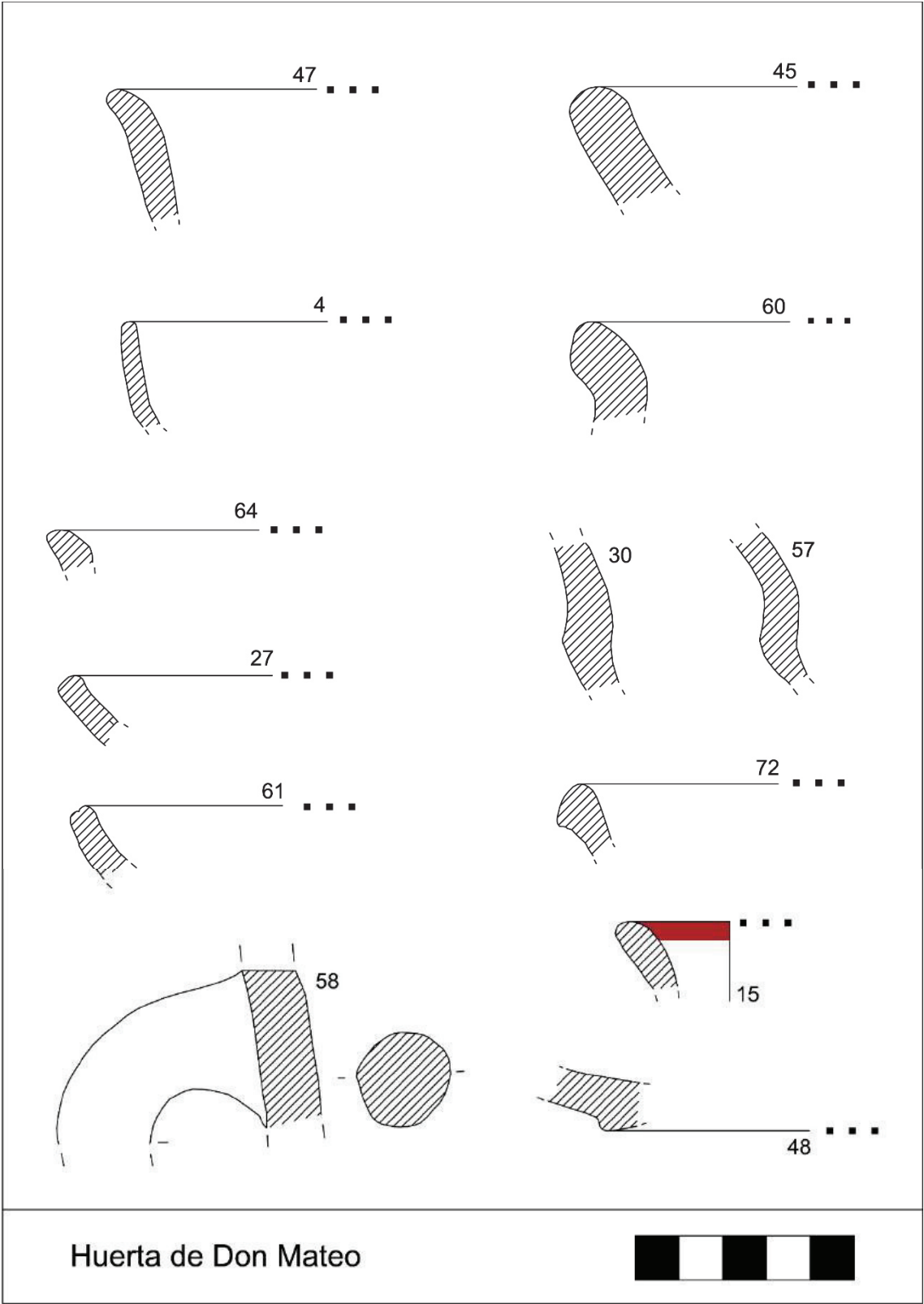
Casa del Turuñuelo

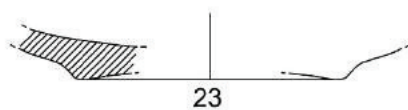
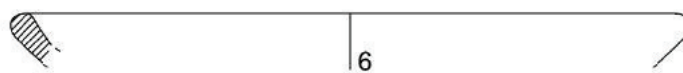
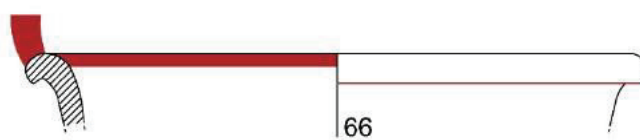
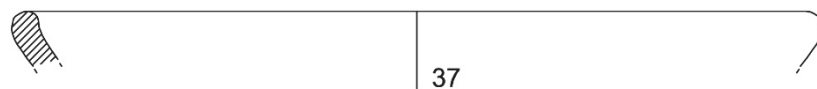




Huerta de Don Mateo

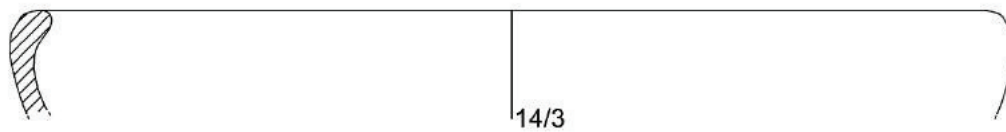






Huerta de Don Mateo





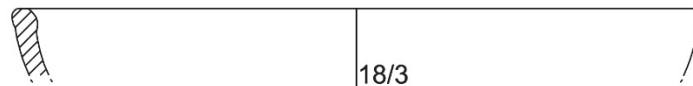
14/3



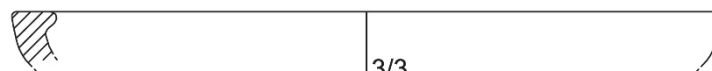
3/4



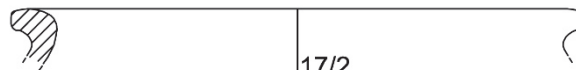
2/9



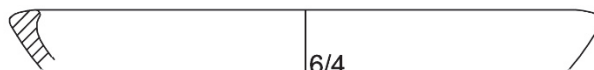
18/3



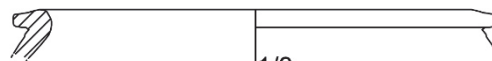
3/3



17/2



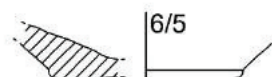
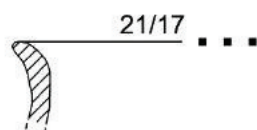
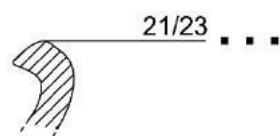
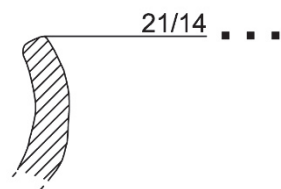
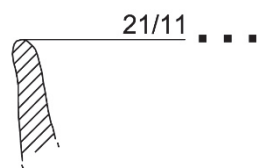
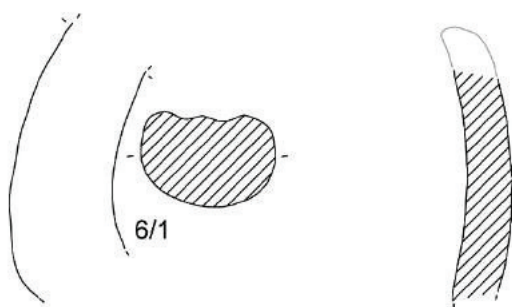
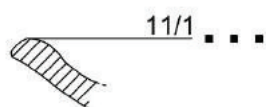
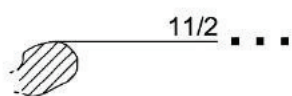
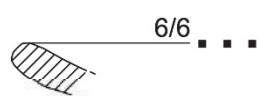
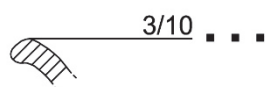
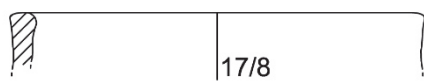
6/4



1/3

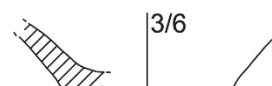
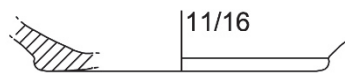
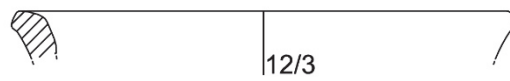
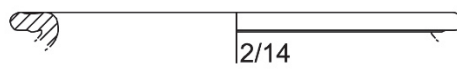
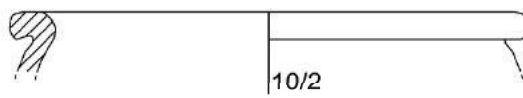
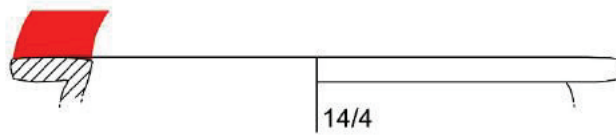
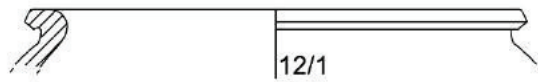
El Turuñuelo





El Turuñuelo

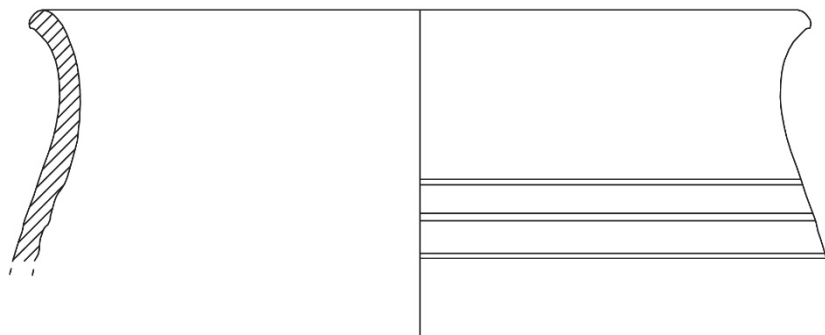




El Turuñuelo



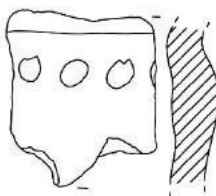
LAC/13/112631/1



CBA/13/112631/1



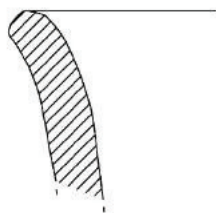
CBA/13/112631/3



CBA/13/112631/6



ISL/13/112631/3



ALS/13/112631/7



ALS/13/112631/3



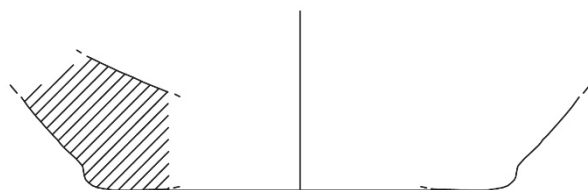
CBA - Casas de la Barca

Turuñuelo / ISL - Isla Gorda - Los Corvos

LAC - Lácara

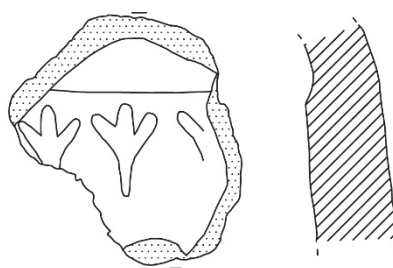
ALS - Los Alisares



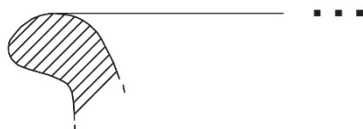


VAL/13/112631/2

MAD/13/112631/4



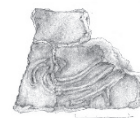
MAD/13/112631/6



VAL - Valdegamas - Las Mendrias

MAD - Las Madalenas





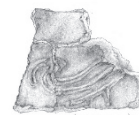
VI.2.2.1.3.1. Un nuevo caso de estudio: El túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña):

Los resultados obtenidos en las prospecciones llevadas a cabo en el año 2013 nos alentaron a seleccionar una de las elevaciones tumulares del grupo de evidencias positivas para llevar a cabo una intervención arqueológica que nos permitiera ampliar la información que ya teníamos a través de Cancho Roano y La Mata, con marcadas diferencias en cuanto a su funcionalidad. De este modo, creímos oportuno ampliar nuestro conocimiento sobre los túmulos que se organizaban junto al Guadiana, no ya para completar la documentación, sino para estudiar el fenómeno en un nuevo paisaje hasta ese momento inédito. A pesar de que la localización geográfica de todos los túmulos es bastante similar, así como el repertorio material registrado en cada uno de los ejemplos prospectados, todos ellos cuentan con algún elemento que los diferencia. Así, tras analizar los ejemplos que podían ser susceptibles de ser estudiados, optamos por seleccionar el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña) por tres razones fundamentalmente: por su proximidad al enclave de Medellín, cuya lectura tantas suspicacias despierta; por el tamaño de la elevación y su buen estado de conservación; y, por último, por la densidad de material que pudimos distinguir en sus perfiles cuando llevamos a cabo la prospección.

➤ Localización geográfica:

La elevación de ‘Casas del Turuñuelo’ se localiza dentro del término municipal de Guareña, justo en su límite norte, lo que le hace estar más próxima a las localidades de Yelbes y Medellín (fig. 360). En la actualidad ocupa un extenso territorio de vega destinado al cultivo de regadío, arroz y maíz; sin embargo, el punto exacto sobre el que se ubica el enclave se corresponde con una formación de cornubianitas y pizarras. Mientras este último mineral constituye un elemento habitual en el yacimiento, pues con ellas se cubren suelos y alzados, la cornubianita resulta más desconocida. Se trata de una roca metamórfica muy dura compuesta de cuarzo, feldespato y mica que se forma por el contacto o metamorfismo entre las pizarras y otras rocas sedimentarias afines.

Seguramente, el elemento más relevante de su localización geográfica sea su posición con respecto a los cursos de agua. El yacimiento de ‘Casas del Turuñuelo’ se localiza a 150 m al norte del cauce del Guadiana, justamente frente a la quebrada o brazo que une actualmente a este río con el Guadámex. Estas circunstancias hacen que el túmulo se convierta en una isla cuando se producen las grandes crecidas del río en el período



invernal. Así mismo, tan solo 5 km le separan de la desembocadura del río Búrdalo, uno de los principales afluentes del Guadiana por su margen derecha.

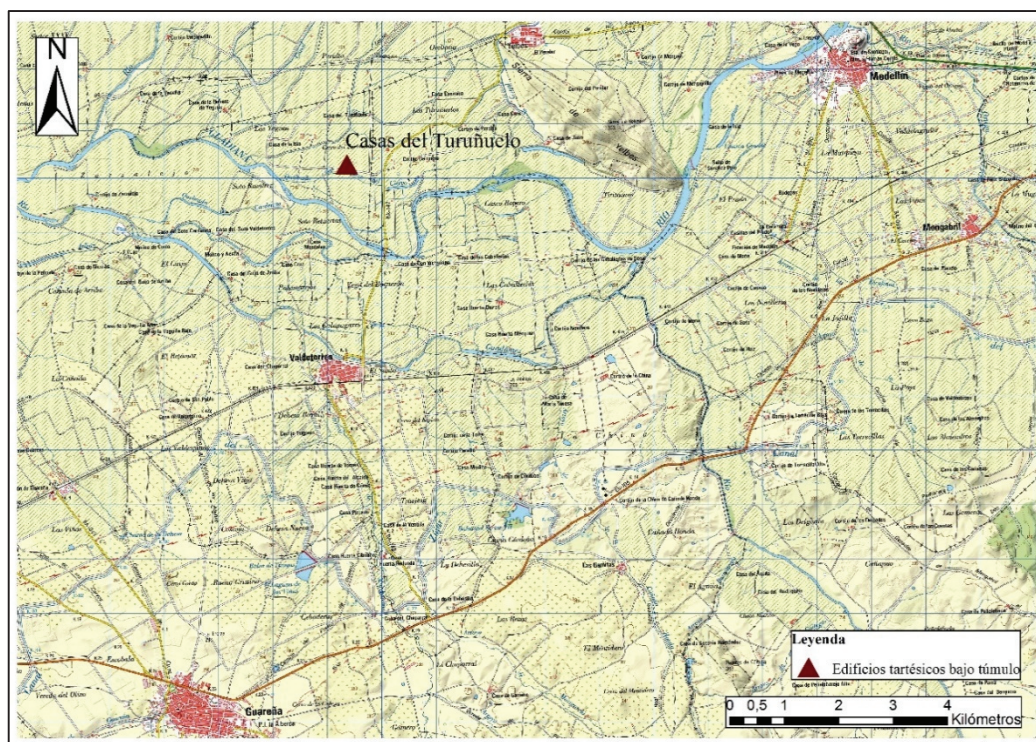


Fig. 360. Localización del yacimiento de 'Casas del Turuñuelo'. Cartografía 1:25000

A pesar de su localización en llano, el dominio visual del sitio es muy amplio (fig. 361). Hacia el norte se divisan las sierras meridionales de la penillanura cacereña; al oeste y el sur el control de la vega y del paso de los diferentes cursos fluviales son plenos; mientras que al este, el horizonte de la Sierra de Yelbes impiden que desde el túmulo se tenga contacto visual con el cerro del Castillo de Medellín y su necrópolis tartésica, así como con el poblado de Tamborrio. Sin embargo, el enclave sí parece guardar contacto con otros asentamientos de similares características, caso del túmulo de Las Lomas [C09] y otros puntos semejantes hoy desaparecidos pero de los que nos han informado los actuales propietarios de la finca del Turuñuelo, quienes aseguran que en el entorno existían elevaciones tumulares de menor tamaño que han quedado arrasadas como consecuencia de las labores agrícolas que se llevaron a cabo en este entorno.

Otro de los elementos que atrajeron nuestra atención a la hora de seleccionar este enclave para la puesta en marcha de un proyecto de excavaciones arqueológicas fue su topónimo, el cual ha sido puesto en relación, en más de una ocasión, con la existencias



de asentamientos pre y protohistóricos¹¹⁶⁹. No resulta además un caso aislado, pues dentro del valle medio del Guadiana otras tres elevaciones de estas características responden a este topónimo; por no mencionar otros ejemplos localizados al sur de la provincia de Badajoz¹¹⁷⁰ o los documentados a lo largo de la cuenca del río Tajo¹¹⁷¹. Por último, recordar que el propio Cancho Roano toma su nombre de la finca donde se ubica, pero que la parcela a la que pertenece se denominaba la Torruca, una derivación del término anterior con la que Maluquer de Motes dio a conocer el yacimiento¹¹⁷².

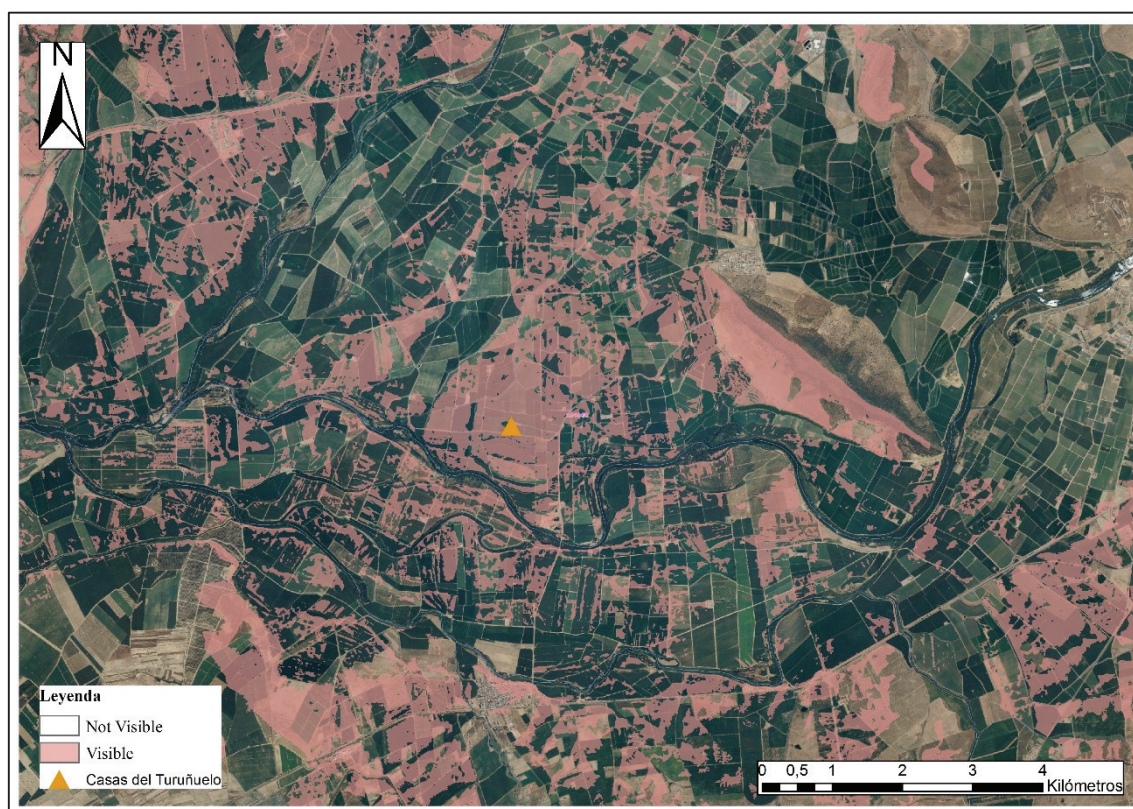


Fig. 361. Cálculo de cuencas visuales

Parece ser que el concepto Turuñuelo hace referencia a “*montículos, mogotes, cerrillos más o menos cónicos*”¹¹⁷³. Su origen es prerromano¹¹⁷⁴ y al parecer proviene de una derivación moderna de *Toruvium*, *érmino* citado en la Crónica de Hidonio¹¹⁷⁵. Cuenta además con un buen número de acepciones tipo Tiriñuelo, Tiriñuelos, Torruco o Torruca, que también hacen referencia a pequeños montículos de tierra o túmulos. Aunque en

¹¹⁶⁹ Fernández Corrales, 1985: 77; Casillas, 2008: 26

¹¹⁷⁰ Jiménez Ávila, 1997: 146; 2008

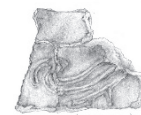
¹¹⁷¹ Fernández Corrales, 1984

¹¹⁷² Maluquer, 1980

¹¹⁷³ Llorente, 1987: 35

¹¹⁷⁴ Casillas, 2008: 26

¹¹⁷⁵ Villar, 1995: 219.



origen esta clase de topónimos siempre se había puesto en relación con la ocultación de monumentos megalíticos, la detección de varios de estos edificios tartésicos bajo estas elevaciones hace extensible el uso de estos topónimos a asentamientos protohistóricos, pues, en definitiva, a lo que hacen referencia es a la existencia de una elevación artificial bajo la que se ocultan restos de una ocupación.

En lo que respecta a su morfología, sabemos por la consulta de la fotografía aérea (series A y B del Vuelo Americano (1946 y 1956, respectivamente) que la tendencia circular que presenta actualmente el túmulo no se corresponde con su forma original. Las distintas labores agrícolas llevadas a cabo en las parcelas circundantes han ido ganando terreno a la elevación, dándole esa apariencia más bien ovalada. De hecho, fueron unas labores de explanación realizadas en el sitio en 1997 las que alertaron de forma definitiva sobre la existencia de un asentamiento protohistórico bajo el túmulo¹¹⁷⁶. En la actualidad, la elevación conserva una extensión de 91 m de este a oeste y 72 m de norte a sur, lo que supone una superficie aproximada de 6648 m². Su altura es de unos 13 m aproximadamente si tomamos como referencia la diferencia que existe entre la altura a la que se tomó el contorno del perímetro y el punto más alto de la elevación. Así mismo, según los datos extraídos del contorno de la elevación, conserva una extensión de 1,29 ha., lo que lo convierte en el túmulo con mayores dimensiones de todos los hasta ahora conocidos.

A. Trabajos previos:

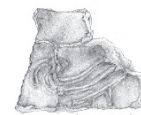
El túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña) es uno de los que gozan de mayores referencias bibliográficas. Aunque ahora somos conscientes de la importancia de este enclave a la luz de los restos documentados tras la ejecución de la primera campaña de excavaciones, lo cierto es que la primera referencia que tenemos acerca del mismolo incluye dentro del conjunto de los denominados complejos monumentales no sin algunas dudas¹¹⁷⁷. Frente a la ausencia de restos materiales que permitiesen determinar la existencia de una ocupación en este punto, se alude a su tamaño y a su localización en el paisaje para justificar su inclusión dentro de esta modalidad de asentamiento.

La ejecución de unos trabajos de aterrazamiento alertaron sobre la existencia de un yacimiento que ahora sí podía fecharse en época protohistórica¹¹⁷⁸ al haber quedado al

¹¹⁷⁶ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 606

¹¹⁷⁷ Jiménez Ávila, 1997: 146-ss

¹¹⁷⁸ Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 243



descubierto algunas de las secciones del mismo. En los perfiles de la elevación se apreciaba la existencia de restos de estructuras de adobe y piedras, así como algún fragmento de pavimento de arcilla roja apisonada y pizarra. Entre los restos destacaba también la abundante presencia de cerámicas, entre las que se cita el material anfórico, la cerámica gris y un fragmento griego correspondiente con una base de un kylix ático.

Por extraño que pueda parecer, el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ no volvió a ser objeto de estudio hasta las intervenciones llevadas a cabo por nosotros y cuyos resultados aquí recogemos; pues aunque aparece incluida dentro del estudio macroespacial de La Mata¹¹⁷⁹ no se aporta ninguna novedad con respecto a la ficha que ya había sido publicada en 1998.

B. Los trabajos de campo en el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña):

El enclave de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña) ha sido objeto de dos intervenciones arqueológicas de naturaleza muy distinta. Así, la primera de ellas tuvo lugar en el año 2014, cuando se proyectó la ejecución de un sondeo que nos permitiese conocer la naturaleza de la ocupación antes de plantear la excavación sistemática del enclave. Dentro de esta primera campaña se llevaron a cabo dos tipos de trabajos. Por un lado, y aprovechando la verticalidad del contorno de la elevación, llevamos a cabo la limpieza de varios de sus perfiles, a excepción de la cara este sobre la que se adosan varias naves agrícolas que imposibilitan ese tipo de trabajos. Por otro lado, la información extraída de la lectura de los perfiles se completó con la ejecución de un pequeño sondeo en la zona oeste de la elevación, punto que coincide con la parte más elevada del enclave.

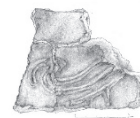
La segunda campaña de excavación tuvo lugar durante los meses de abril y mayo del 2015. La documentación del alzado de un muro de adobe en el sondeo preliminar, nos dio la pauta sobre la existencia de una estancia que nos llevó a plantear una campaña de excavación sistemática para determinar su estructura y funcionalidad.

A continuación exponemos el desarrollo de los distintos trabajos llevados a cabo, el sistema metodológico empleado y los resultados obtenidos.

- Limpieza de perfiles:

Al llevar a cabo las labores de prospección pudimos comprobar hasta qué extremo las labores agrícolas había seccionado los límites de la elevación, generando unos perfiles

¹¹⁷⁹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 606



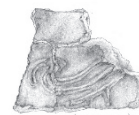
completamente rectos que, en algunos de sus puntos, superaban los dos metros de altura. A través de la densa vegetación que los cubría pudimos documentar la presencia de materiales arqueológicos y constructivos. Estas circunstancias nos empujaron a plantear la limpieza de parte del contorno del túmulo con el fin de conseguir una radiografía de la secuencia de ocupación que se ocultaba bajo la elevación.

A pesar de los límites que un trabajo de estas características presenta, pues la información que se extrae de una limpieza de perfiles posee un valor arqueológico limitado al no tratarse de un contexto cerrado, pusimos en práctica un aparato metodológico que nos permitiese ser lo más escrupulosos posible en el desarrollo de los trabajos y en la lectura de la secuencia.

En primer lugar procedimos a la delimitación de las áreas de trabajo. A la hora de elegir sobre qué zonas íbamos a actuar, tuvimos en cuenta varias premisas: la altura del perfil, la verticalidad de la sección elegida y el estado de conservación de los restos. Así, una vez delimitada el área de trabajo procedimos a la limpieza de la capa vegetal que las cubría.

En un segundo lugar, procedimos al raspado de los perfiles seleccionados, profundizando en función de la potencia que la cubierta vegetal presentaba en cada punto elegido. La finalidad era darle al perfil la mayor verticalidad posible, de techo a suelo, para, de ese modo, evitar la contaminación de la secuencia que íbamos obteniendo. Una vez limpio el perfil, procedimos a la delimitación de las estructuras y de las unidades estratigráficas para después fotografiar y dibujar el conjunto. Cada una de las unidades delimitadas fueron identificadas mediante series de letras, en relación a su posición dentro del perfil. De ese modo, cuando procedimos a la extracción del material, lo hicimos a partir de estas hipotéticas unidades, lo que nos permite contar ahora con una secuencia ordenada cuyos estratos pueden relacionarse.

La extracción de una secuencia estratigráfica a partir de la realización de varios perfiles nos ha evitado la realización de numerosos sondeos estratigráficos en cada uno de los extremos de la elevación, lo que ha reducido el grado de afección sobre los restos y el tiempo de trabajo empleado, al mismo tiempo que hemos conseguido una excelente lectura de su secuencia de ocupación.



- **Sección Sur:**



Fig. 362. Localización del perfil sur

El primero de los perfiles planteados se localiza en la cara sur el túmulo (fig. 362). Tras desbrozar la superficie procedimos a la delimitación de un tramo de 5 m de longitud. A pesar de la extensión del perfil, del que se podía extraer una excelente información, ya desde las labores de desbroce advertimos la presencia de una potente capa de limos y cantos de río procedentes de las diversas y periódicas crecidas del Guadiana, pues la cara sur donde se practicó el perfil es la que mira directamente al río, lo que hace que los aportes sedimentarios se vean frenados por este lado de la elevación, que durante estas crecidas queda prácticamente aislada.

La aparición de sucesivas capas de sedimentos nos obligó a detener los trabajos (fig. 363). El despliegue de mano de obra y el esfuerzo que suponía profundizar más de 1 m en el perfil nos obligaba a invertir demasiado tiempo, un ejercicio que no compensaba teniendo en cuenta la información que podía extraerse del resto de perfiles. No obstante, también ha sido válida la información que extrajimos de este perfil por cuanto ahora sabemos que parte de su contorno sur no se corresponde con los límites originales del túmulo, sino que se trata de sucesivos aportes realizados por el río. Únicamente tendremos que determinar cuál es la potencia de esos aportes para proceder a la correcta delimitación del túmulo a partir del planteamiento de futuros trabajos en este sector de la elevación.

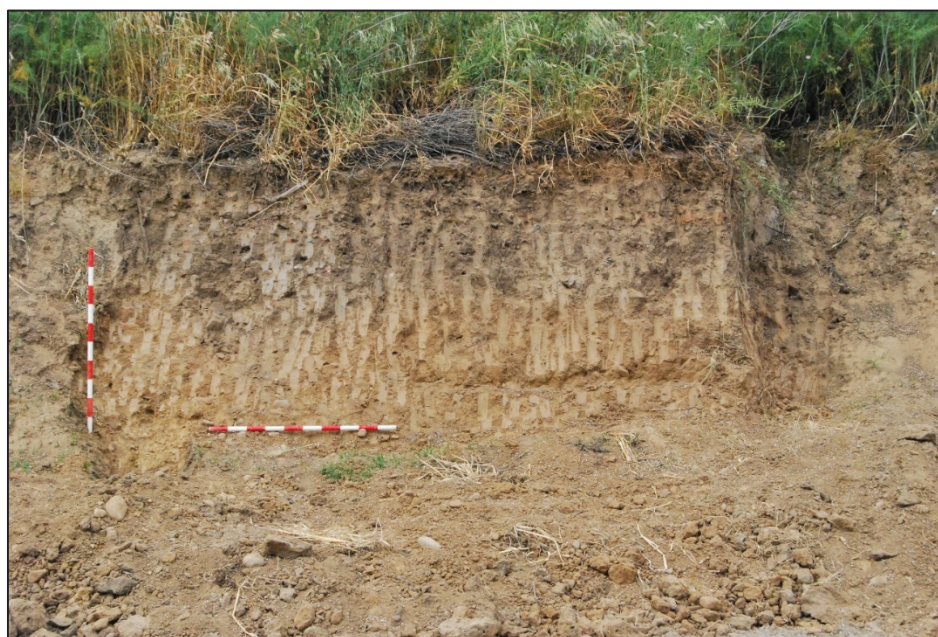
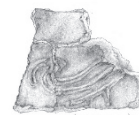


Fig. 363. Detalle de la capa de limos documentada en el perfil sur

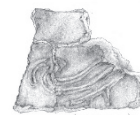
- **Sección oeste:**

Tras desbrozar parte de la cara oeste de la elevación, aquellos tramos donde las evidencias constructivas y materiales eran más claras, determinamos la realización de dos perfiles que denominaremos a partir de ahora perfil 1 (SW) (fig. 364) y perfil 2 (W) (fig. 372). La proximidad entre ambos, solo les separa un testigo de 2,35 m, nos permitió poner sus secuencias en relación.

- **Perfil 1 (SW):**



Fig. 364. Localización del perfil 1



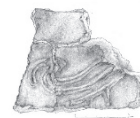
Después de llevar a cabo las labores de limpieza superficial, localizamos en el sector suroeste de la elevación una serie de estructuras que sobresalían en el perfil. Junto a éstas se podían delimitar algunas concentraciones de material que pudimos extraer una vez que pudimos organizar toda la secuencia estratigráfica. La finalidad de este trabajo no era otro que comprobar si existía una correlación cronológica entre todos ellos.

De ese modo, planteamos un perfil que tenía aproximadamente unos 11 m de longitud, una extensión que nos ha permitido extraer la secuencia estratigráfica más completa dentro del conjunto de los perfiles analizados. La inmediata detección de restos materiales y constructivos nos facilitó las tareas de rebaje al no tener que profundizar mucho en el perfil. Así, rebajamos 0,40 m desde la capa vegetal superior hasta el nivel de uso del suelo actual, el cual, parece coincidir con el nivel estéril que marca el final de la secuencia de ocupación del túmulo.

La minuciosa limpieza de todos los elementos documentados nos ha permitido diferenciar cuatro niveles claros que de superficie a suelo se suceden de la siguiente manera:

- 1) Capa sobre la que se localiza la cobertura vegetal de aproximadamente 0,50 m de espesor.
- 2) Un nivel orgánico de tonalidad amarillenta y composición limosa donde se entremezclan materiales de diversas épocas de 0,40 m de espesor aproximadamente.
- 3) Paquete en el que se inscriben los niveles de uso, con casi 2 m de potencia.
- 4) Nivel estéril de composición arcillosa muy plástica que pone fin a la secuencia estratigráfica del túmulo.

Los dos primeros niveles y el último apenas nos aportan información arqueológica, concentrando todas las evidencias en el nivel central. La secuencia está formada por varios niveles de ocupación que están marcados por la presencia de, al menos, dos pavimentos de arcilla roja apisonada que en ocasiones se desdibujan, pero que a grandes rasgos ocupan toda la longitud del perfil. Sobre el primer Nivel se documentó una cama de guijarros que, por los restos de arcilla refractaria que lo cubre, podemos interpretar como un hogar (fig. 365). Estos pavimentos están relacionados con la presencia de varios alzados de piedra (fig. 366) que presentan un mal estado de conservación, posiblemente como consecuencia de las tareas de abandono del enclave, y un alzado de adobes que se localiza en el extremo derecho del perfil (fig. 367). Este muro presenta una abrupta



inclinación hacia el norte, probablemente como consecuencia del colapso de la construcción por alguna de las crecidas del Guadiana, de ahí que muchos de los elementos constructivos detectados tengan cierta tendencia a estar vencidos hacia el norte.



Fig. 365. Hogar documentado en el perfil 1



Fig. 366. Detalle de alzados de piedra documentados en la parte norte del perfil 1

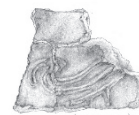


Fig. 367. Detalle del derrumbe de adobes documentado en la parte sur del perfil 1

Con la finalidad de extraer una secuencia lo más completa posible, enumeramos los niveles detectados intentando individualizar los de uso con la idea de extraer los materiales del perfil como si de una sección estratigráfica se tratase. En esta ocasión no hemos hecho uso de unidades estratigráficas propiamente dichas, sino que hemos optado por denominar a cada uno de los niveles con una letra. En total hemos recogido una secuencia de 16 niveles que van de la A a la O:

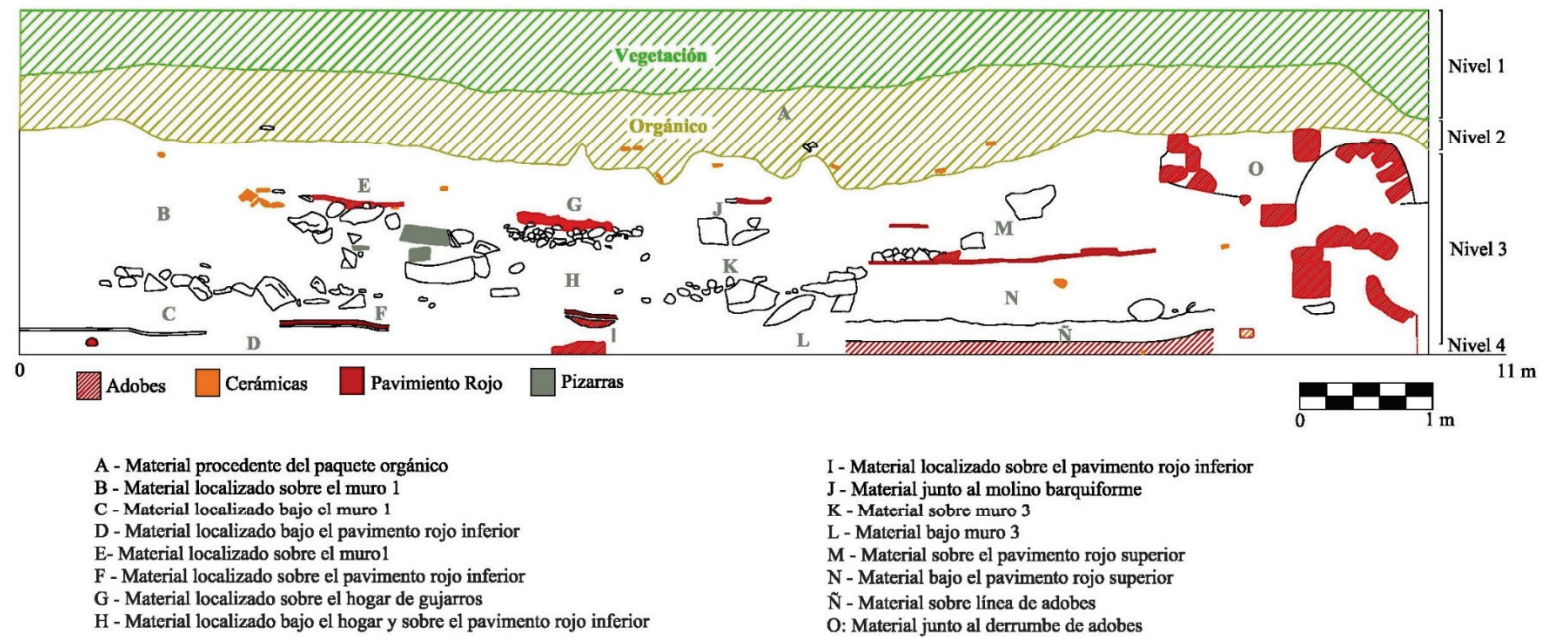
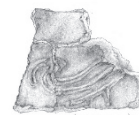


Fig. 368. Dibujo de la sección completa del perfil 1



Fig. 369. Fotografía de la sección completa del perfil 1



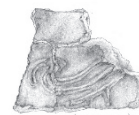
El análisis de los materiales extraídos del perfil (fig. 370) nos muestra la existencia de una secuencia muy homogénea, pues sus cronologías oscilan dentro de todo el perfil entre los siglos VI – V a.C. La mayor parte del material recogido está realizado a torno, destacando la presencia de una cesta con asa decorada con bandas negras y abundante cerámica tanto gris como oxidante. Únicamente cabría resaltar el mayor porcentaje de cerámicas realizadas a mano localizadas en los niveles inferiores, aunque el número de ejemplares recogidos tampoco resulta muy significativo. Así mismo, documentamos en el perfil un molino barquiforme (fig. 371) y varias piedras molederas.



Fig. 370. Fotografía de detalle del material cerámico localizado en el perfil 1



Fig. 371. Fotografía de detalle con el molino barquiforme incrustado en el perfil 1



○ Perfil 2 (w):



Fig. 372. Localización del perfil 2

A 2,35 m al norte del perfil 1 planteamos la limpieza de un espacio que cubría, aproximadamente, 1,68 m de largo y unos 2 m de altura que denominamos perfil 2 (w). Aunque en un principio no estaba prevista la realización de otro perfil en la cara oeste de la elevación, la presencia de abundante material cerámico en este punto nos llevó a plantear su limpieza. La pendiente que presentaba la elevación en este punto nos obligó a ahondar unos 0,30 m hacia el interior para así poder trazar un perfil lo más vertical posible. De este modo, documentamos una secuencia de ocho niveles que de superficie a suelo quedan organizados de la siguiente manera (fig. 373):

- 1) Paquete correspondiente con la cobertura vegetal actual.
- 2) Paquete orgánico, de composición limosa donde se entremezclan restos materiales y geológicos.
- 3) Paquete limoso de tonalidad amarillenta que cubre el único nivel de uso registrado en toda la secuencia.
- 4) Paquete que contiene un conjunto de restos cerámicos.
- 5) Nivel de uso. Se corresponde con un pavimento de arcilla roja apisonada.
- 6) Preparado de arcilla sobre el que se asienta el pavimento anterior.
- 7) Nivel de composición arcillosa, tonalidad marrón, muy plástico, en el que únicamente se han detectado algunos fragmentos de cerámica realizada a mano.
- 8) Nivel estéril que pone fin a la secuencia. Se encuentra al mismo nivel que el uso del suelo actual.

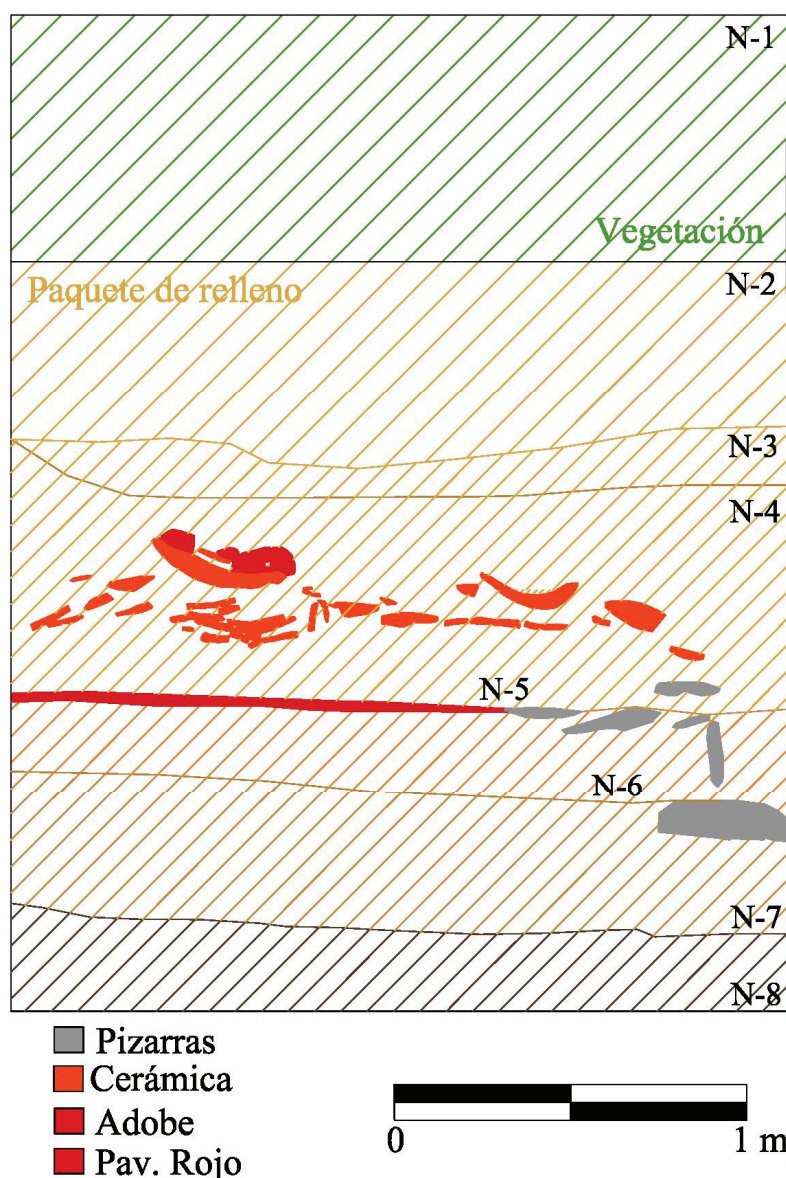
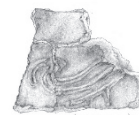
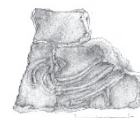


Fig. 373. Dibujo de la sección completa del perfil 2

La información arqueológica que podemos extraer de este perfil se concentra en sus niveles 4 y 5. Así, parece que el nivel 5, correspondiente con un pavimento de arcilla roja, debió funcionar con los restos de un pavimento o posible escalinata de pizarras (fig. 374). Ambas estructuras definen claramente un nivel de uso que, por la cota donde se hallaron, tuvieron que funcionar con el primero de los niveles detectados en el perfil 1 (sw). Dentro de este nivel de uso se localizaron los restos materiales documentados en el nivel 4, correspondientes con un conjunto de ánforas a tenor de los numerosos fragmentos recuperados (fig. 375). En este mismo contexto se documentó una fíbula anular, en muy mal estado de conservación, y un fragmento de cerámica a torno decorada con dientes de lobo (fig. 376) de procedencia exógena según los resultados obtenidos de las analíticas



de sus pastas. El material documentado en esta secuencia aboga por la existencia de un área de almacenaje.



Fig. 374. Fotografía en detalle de la posible escalinata de pizarra



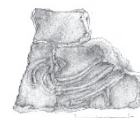
Fig. 375. Fotografía de detalle de los restos cerámicos localizados en el perfil 2



Fig. 376. Fragmento de cerámica a torno con decoración de dientes de lobo



Fig. 377. Fotografía de la sección completa del perfil 2



Por último, los restos cerámicos se encontraban cubiertos por el derrumbe de un muro de adobe que debía cerrar la estancia por el sur. Como ocurre con el muro localizado en el perfil 1, también aparece vencido hacia el norte, de nuevo en la dirección que marcan las envestidas de las crecidas del Guadiana.

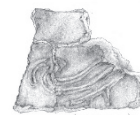
- **Sección norte:**



Fig. 378. Localización del perfil norte

La última limpieza de perfiles se practicó en la cara norte de la elevación (fig. 378). La elección del punto fue consecuencia de la aparición de dos muros de piedra que sobresalían del perfil. De ese modo, se planteó una sección de 5,75 m de longitud y aproximadamente 1,70 m de altura que nos permitiese conocer la naturaleza de ambas construcciones. Así mismo, el interés por conocer si ambos alzados continuaban hacia el interior de la elevación nos llevó a profundizar una media de 0,50 m.

La secuencia documentada tras el desbroce y nivelación del perfil cuenta, a grandes rasgos, con dos niveles bien diferenciados. El primero de ellos se corresponde con el paquete que actualmente soporta la capa vegetal. A diferencia del resto de perfiles analizados, la cara norte de la elevación parece carecer de nivel orgánico, quizás por no estar directamente expuesto a las acometidas del Guadiana. El segundo nivel se corresponde con un paquete estratigráfico bastante homogéneo, de tonalidad amarillenta



y muy plástico, dentro del cual se localizan los restos materiales y constructivos. Entre estos últimos se han localizado dos alzados de piedra (fig. 379), cuarcitas de mediano tamaño bastante bien conservados. Ambos presentan una orientación sur-norte y confluyen al asomar por el perfil, si bien su esquina se ha perdido, formando un ángulo de casi 180°. Aunque la información que ambos paramentos aportan es limitada, todo parece apuntar a que nos encontramos ante el extremo de una estancia que, sin embargo, no parece contar con un nivel de uso, o bien no pudimos detectarlo; sin embargo, no podemos descartar, por la robustez de la construcción, que quizás se trate de una especie de contrafuerte que haga las veces de armazón para sostener la construcción que alberga la parte más elevada del túmulo. A estos restos constructivos se asocia un paquete de adobes derrumbados que parecen proceder del alzado del muro más oriental. En cuanto a los materiales, anecdóticos, se recogieron en el espacio comprendido entre ambos muros.



Fig. 379. Fotografía de detalle de los muros localizados en el perfil norte

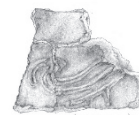


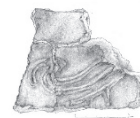
Fig. 380. Dibujo de la sección completa del perfil norte



Fig. 381. Fotografía de la sección completa del perfil norte

- Trabajos de excavación:

Los primeros trabajos de excavación en el yacimiento de Casas del Turuñuelo se plantearon en el punto más elevado del enclave, en el sector oeste del mismo. La elección del lugar respondía a dos razones principalmente; la primera, por tratarse, efectivamente, del punto más elevado, lo que nos aseguraba la documentación de la secuencia completa del yacimiento; y, en segundo lugar, porque en función de los resultados obtenidos en las excavaciones de Cancho Roano y La Mata cuyos edificios se orientaban al Este, la zona



occidental debería coincidir con las estancias interiores. Así mismo, este sector era uno de los menos afectados por las labores agrícolas, pues según la información transmitida por los dueños de la parcela, parte de la elevación se destinaba al cultivo de garbanzos.

El modelo metodológico aplicado para llevar a cabo las tareas de excavación fue el mismo en ambas intervenciones, tanto para el sondeo realizado en 2014 como para la campaña de 2015. Así, la intervención se desarrolló siguiendo los principios de estratigrafía arqueológica y el sistema teórico establecido por Harris¹¹⁸⁰ y el marco práctico definido por Carandini¹¹⁸¹ y Roskan¹¹⁸² para una intervención de estas características. De ese modo, los trabajos se pueden dividir en cuatro fases bien diferenciadas:

- 1) Esta fase se corresponde con la limpieza de la zona de intervención y su raspado superficial para determinar, por un lado, el estado de conservación de las estructuras superficiales, y por el otro, la existencia de cambios de tonalidad o textura en el estrato que nos indicasen la presencia de un cambio en la estratigrafía. La limpieza del entorno en el que se llevó a cabo la excavación fue de crucial importancia para evitar la mezcla con materiales modernos en los primeros estratos, muy cercanos a la superficie.
- 2) La segunda fase se corresponde con la excavación del área seleccionada, realizada únicamente con medios manuales. Cada estrato o resto constructivo se identificó mediante la asignación de un número de unidad estratigráfica (ue), mientras que el registro de unidades se realizó por medio de una ficha de campo, diferenciando las unidades estratigráficas de las constructivas, en las que se consignó su situación tridimensional, sus características (composición, dimensiones, conservación, potencia y materiales arqueológicos asociados) y su relación con el resto de unidades. De ese modo, a medida que la excavación fue avanzando se fue tejiendo un mapa en el que iban señalando y referenciando los puntos o niveles en los que se recogieron los materiales o tomadas las muestras. Para ello utilizamos aparatos topográficos y receptores GPS de precisión con los que se georeferenciaron las unidades y puntos de toma de muestras, lo que nos ayudó, posteriormente, en el trabajo de interpretación y gestión de los datos. Así mismo,

¹¹⁸⁰ Harris, 1991

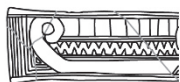
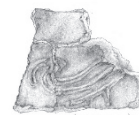
¹¹⁸¹ Carandini, 1997

¹¹⁸² Roskan, 2002



la documentación de la posición tridimensional de los estratos, restos materiales, muestras y sedimentos, se realizó por medio de un nivel óptico.

Todas las unidades excavadas fueron registradas también de manera gráfica. Los croquis de cada una de las fichas se acompañaron de un dibujo en el que se especificaba la dimensión espacial y la localización tanto de la unidad como de los elementos que se incluyen en la misma, caso de las unidades constructivas, dibujadas de manera individual mediante el registro de su planta y su alzado, aunque, lógicamente, también queden incluidos en el dibujo general de la unidad. Tanto los croquis como los dibujos contienen una escala, una leyenda y la indicación del norte.



Ficha de Unidad Estratigráfica Constructiva
El Turuñuelo (Guareña)
Año:

Nº U.E.

ZONA

ACT.

Materiales			Aglutinante	Disp. Alzado	Disp. Planta	Acabado
Tipo	Tamaño	Frecuencia				

Dimensiones			Orientación	Conservación		Tipo	
(m.)	Totales	Documentadas		Muy Buena		Muro	
Longitud				Buena		Pavimento	
Anchura				Regular		Hogar	
Altura				Mala		Apoyo	
Diámetro				Muy mala		Fosa	

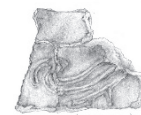
RELACIONES ESTRATIGRÁFICAS		Diagrama:
Cubre a	Es cubierto por	
Apoya en	Se le apoya	
Se adosa a	Se le adosa	
Corta a	Cortada por	
Rellena a	Rellena por	
Se une a	Igual a	

Descripción (Composición, matriz, granulometría, color, intrusiones, etc)

Dimensiones (N-S / E-W) / Potencia (Min. - Max.)

Materiales Arqueológicos				Interpretación (Definición y formación)			
Muestras	Sí	No	Tipo				
Nº Invent							
				Cronología			

Autor		Excavada		Mat.Lav.	
Fecha		Cotas		Mat.Inv	
Foto nº		Dibujo		Mat.Dib	
Dibujo nº					



Este aparato gráfico se completa con la realización de fotografías. Junto a la fotografía general de la unidad se realizaron fotografías de detalle de cualquier elemento que contenga. Toda esta información, fichas y material gráfico, se completan con la redacción de un cuaderno de campo en el que se registran todos los detalles y pormenores ocurridos durante la ejecución de los trabajos.

Una vez finalizada la excavación de cada unidad, el material pasó al laboratorio donde se procedió a su limpieza, siglado y clasificación (dibujo, fotografía y estudio de cada pieza).

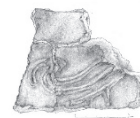
- 3) La tercera fase se corresponde con la toma de muestras, dentro de las que se incluye la realización de una columna palinológica. Así mismo, se recogieron carbones y tierras para proceder a su flotación antes de que fueran enviadas al Laboratorio de Arqueobotánica del Centro de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC donde se están estudiando.
- 4) La cuarta fase corresponde a los trabajos de conservación y acondicionamiento de la zona de intervención. Se evaluó, de acuerdo a los resultados, cuál era la mejor forma de preservar la zona una vez finalizada la intervención con el consejo del Laboratorio de Prehistoria y Arqueología de la UAM. Por último, se procedió a la cubrición con geotextil y el vertido de las terreras en su zona original para prevenir la erosión de las zonas excavadas.

Teniendo en cuenta que el aparato metodológico ha sido el mismo en ambas intervenciones y que los resultados obtenidos resultan complementarios, hemos optado por exponerlos de manera conjunta, sin diferenciar entre una campaña y otra. Esto hará más comprensibles los datos que a continuación se exponen.

Los primeros resultados obtenidos en las excavaciones del túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ han deparado excelentes resultados, al tiempo que han generado interrogantes. Su ejecución nos ha permitido documentar una estancia de 70 m² (fig. 382), un tamaño que sin duda supera el de otros ejemplos conocidos para el suroeste de la Península Ibérica. La habitación ha sido fechada a partir del material que contenía tanto dentro de la unidad que la rellenaba como del localizado sobre el pavimento de la misma. Así, se ha podido fechar con facilidad a finales del siglo V a.C., fecha aportada por la presencia, en otros materiales, de cerámicas griegas tipo Cástulo. Esta cronología se corresponde con el último de los edificios, pues todavía desconocemos si existen fases anteriores o edificios más antiguos, una posibilidad con una alta probabilidad si tenemos en cuenta los casi 13 m de potencia estratigráfica que posee la elevación



Fig. 382. Vista aérea de la estancia 100

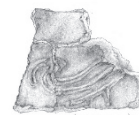


Antes de analizar los elementos que configuran la estancia excavada, debemos tener en cuenta que se encontraba colmatada únicamente por dos unidades estratigráficas a pensar de su potencia. Mientras en la parte occidental de la estancia destacaba la presencia de un paquete rosa arenoso, muy suelto, donde el volumen de material era elevadísimo, el resto de la estancia estaba rellena de cascajos ladrillos de adobes cocidos de diferentes tamaños y tonalidades, aunque predominaban los adobes naranjas por encima del resto. Junto a los restos constructivos se detectó una abundante presencia de restos de encalados que cubrirían los muros, mezclados con material arqueológico y tierra. Sorprende el hecho de que la estancia no fuera amortizada mediante el hundimiento de su techumbre y los muros que la delimitan, que aún conservan su alzado y decoración, por lo que el material utilizado en el relleno de la estancia no puede proceder de su propia estructura arquitectónica; no obstante, y como veremos más adelante, la cubierta de la estancia sí ha podido ser documentada sobre el pavimento de la misma, lo que nos lleva a pensar que colapsó, quizás como consecuencia de un incendio a tenor de la capa de cenizas que cubre el pavimento de la estancia. A pesar de ello, las evidencias constatadas nos llevan a deducir que la estancia no fue destruida, sino rellena con material procedente de otro lugar del asentamiento, aunque esa es una idea que solo con el transcurso de la investigación podremos determinar.

Aunque son muchos los detalles que alberga la excavación, sin duda los rasgos más destacados de la construcción son su excelente estado de conservación, pues los muros conservan incluso su decoración, y su sólida estructura arquitectónica, única entre los ejemplos de edificios tartésicos que hasta la fecha conocemos.

La habitación excavada presenta planta rectangular (fig. 382). Está cerrada por sus cuatro lados a partir de la erección de muros de 1,70 m de anchura contruidos a partir de la adición de módulos de adobes en crudo que, aparentemente, carecen de cimentación (fig. 383). En efecto, durante las labores de excavación no hemos detectado ni zanjas de cimentación ni fundamento de piedra que sostengan el alzado, lo que nos ha llevado a considerar que la anchura de los muros sea una solución arquitectónica que le da estabilidad a la construcción ante esta ausencia de zócalos.

El planteamiento del sondeo realizado en el año 2014 nos llevó a excavar uno de los módulos que conforman el muro sur. Aunque puede resultar curioso, este trabajo nos ha aportado una información muy valiosa, pues ahora conocemos el sistema mediante el cual se erigen estos potentes muros. Cada módulo se construye a partir de la erección de cuatro



muros que lo delimitan, compartiendo los muros de los extremos con el módulo siguiente, razón por la cual estos presentan el doble de anchura. El espacio generado por estos muros se rellena a partir de tongadas de ladrillos de adobe en crudo con colores y disposiciones distintas; algo que llama nuestra atención teniendo en cuenta que es la parte de la construcción que nunca se ve. La excavación del denominado módulo B nos permitió documentar más de 12 niveles (fig. 384 y 385), correspondientes con más de 5 m de potencia. No hemos agotado la secuencia por medidas de seguridad, pero la presencia de este peculiar sistema lleva a formularse algunas preguntas: ¿se trata del muro de una única construcción; es decir, de un solo edificio con una sola fase constructiva? o, por el contrario ¿se respetan los muros en las sucesivas construcciones en el caso de que exista más de un edificio? Finalmente, la detección del modelo nos llevó a ampliar el corte del muro hacia el este, documentado un nuevo módulo (fig. 386) que no procedimos a excavar.

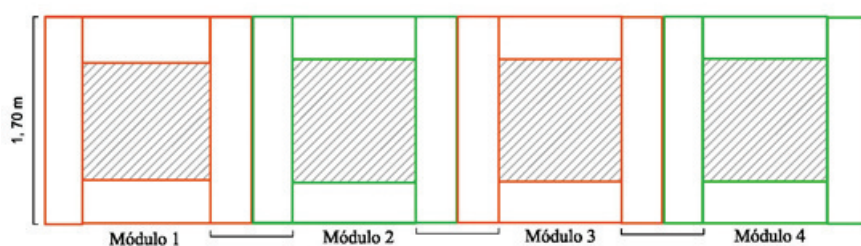


Fig. 383. Esquema constructivo de los muros

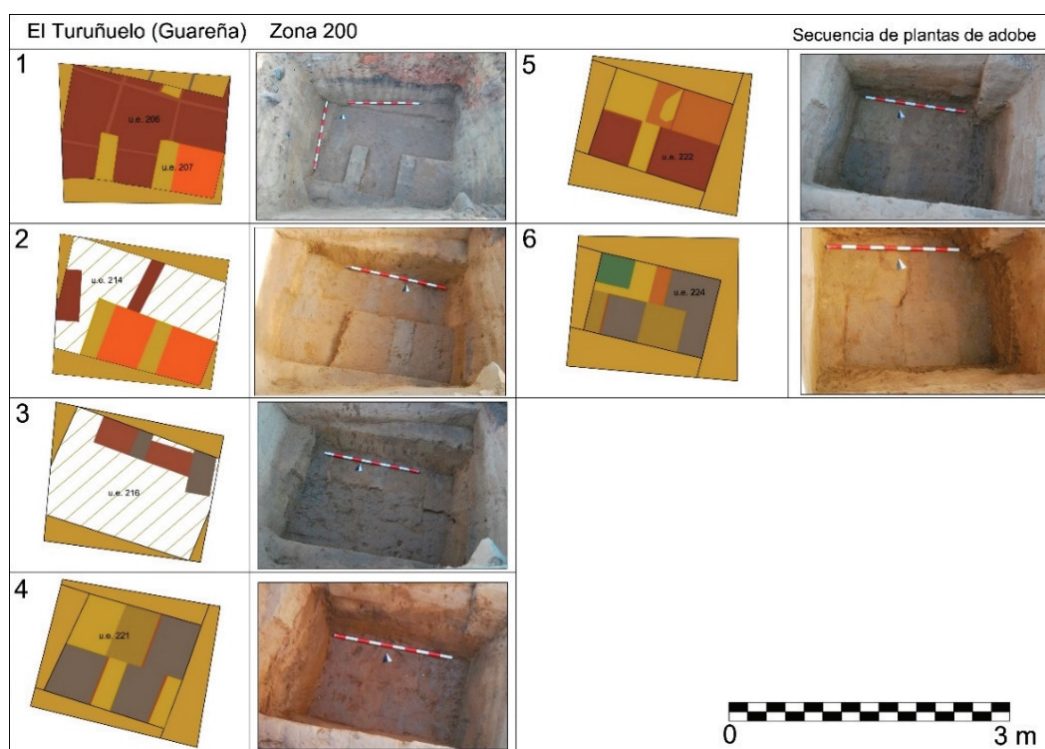


Fig. 384. Plantas del módulo B (parte 1)

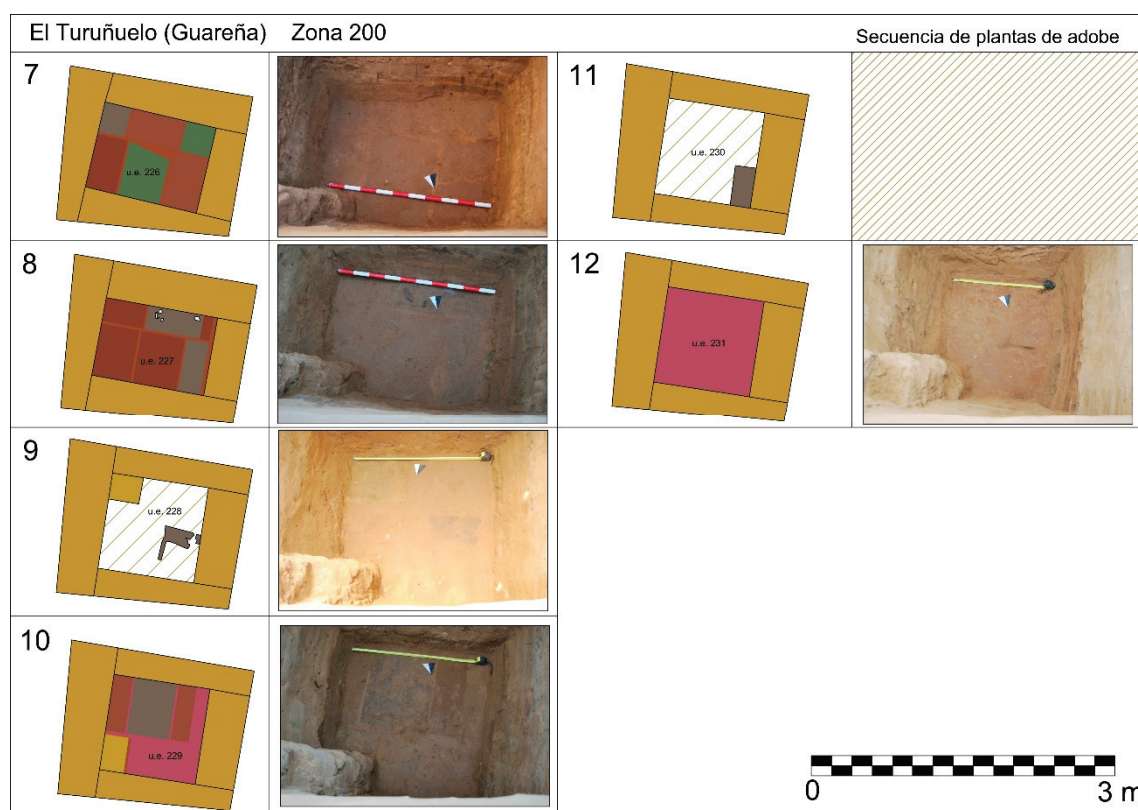
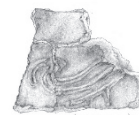


Fig. 385. Plantas del módulo B (parte 2)

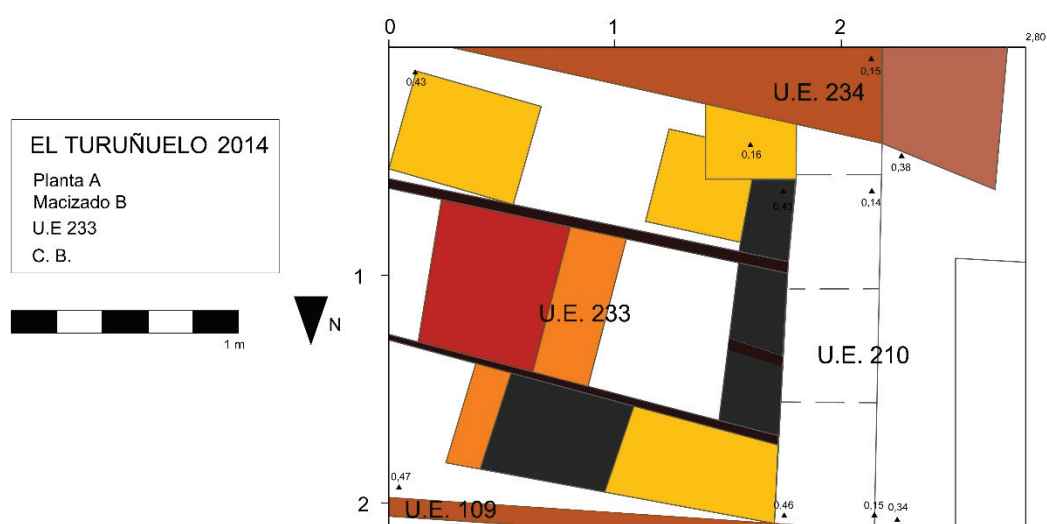
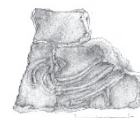


Fig. 386. Primer nivel del módulo A

Todos los muros, en su cara interna, se cubren primero con un preparado de arcilla sobre el que, posteriormente, reciben la decoración. En algunas ocasiones se encalan y en otras se cubren de finas lajas de pizarras; algunos incluso conservan restos de decoraciones pintadas o motivos en relieve (fig. 387 y 389).



Al igual que el alzado de los muros, el pavimento también se cubre con finas lajas de pizarra muy mal conservadas. Aunque el preparado del pavimento es de arcilla apisonada, parece que la zona oriental de la habitación estuvo cubierta de pizarras. Así mismo, el extremo occidental de la habitación estaba pavimentado con losas de adobe cocido sobre las que se localizó un importante lote de materiales cerámicos (fig. 390), fundamentalmente cuencos y platos. Sin embargo, el estado de conservación de los suelos es bastante mala, no solo porque cuentan con algunas fosas que los cortan, sino porque presentan un pronunciado buzamiento como consecuencia de que la construcción no se levantó sobre una plataforma homogénea. Todo parece apuntar a que el relleno sobre el que se sustenta la construcción posee la misma composición que el que rellenaba la estancia, lo que genera una superficie llena de vacíos que le restan solidez a la construcción. La otra solución es que bajo el nivel de uso que hemos excavado se localice un sótano, otra hipótesis que explicaría el pronunciado buzamiento de la estancia.



Fig. 387. Fotografía de detalle de los muros encalados



Fig. 388. Selección de encalados recuperados durante las labores de excavación



Fig. 389. Detalle de parte de un muro que conserva decoración en relieve

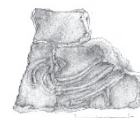
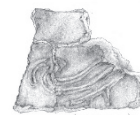


Fig. 390. Fotografía del pavimento occidental de losas de adobe

La entrada a la habitación se localiza en el centro del muro oriental (fig. 391). Posee 2,8 m de luz y tiene su vano flanqueado por dos pilares cuadrangulares en posición simétrica decorados de igual manera que el resto de la estancia. Resulta llamativo que los pilares estén incluso encalados por la cara interna, la que limita con el muro de cierre de la habitación, pues entre ambos hay una separación de apenas 2 cm. Esta distancia dificulta el ejercicio de encalar los muros internos de ambas construcciones. Así mismo, cabe destacar la presencia, en las caras de los pilares que dan hacia el vano de la puerta, de un sistema de railes practicados sobre el adobe que conservan las improntas de madera. Desconocemos la funcionalidad de estos railes que conectan con otros localizados en el zócalo de la puerta, pero todo parece apuntar a que pertenecen al sistema de cierre de las puertas de la habitación. El umbral de la puerta está también construido con losas de adobe cocido que presentan una curvatura en los extremos (fig. 392). Sobre el umbral se



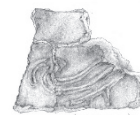
documentó un pequeña viga de madera carbonizada que podría proceder del dintel de la puerta.



Fig. 391. Fotografía de la puerta de acceso a la estancia



Fig. 392. Fotografía de detalle del umbral de la puerta en el que se aprecian los raíles en los extremos de ambos pilares



Dentro de la planta del edificio destacan una serie de elementos. Por un lado, y adosado al muro de cierre norte, documentamos un extenso banco corrido construido siguiendo el mismo método que el empleado para los muros. En este caso fue revestido con grandes losas de pizarra que todavía se conservan, al igual que la decoración en relieve de su extremo occidental. Mientras, el lado oriental se encuentra limpiamente seccionado, probablemente para albergar en el espacio generado entre el banco y la pared algún mueble. Por otro lado, al oeste de la estancia y junto al pavimento de losas de adobe, se exhumó una pileta (fig. 393) realizada a partir de una oquedad en el suelo que fue forrada con cal. Desconocemos su funcionalidad, pues apareció colmatada con nódulos de cal y arena de playa, elementos cuyo significado nos resulta desconocido dentro de este contexto.



Fig. 393. Fotografía de detalle de la pileta semicircular

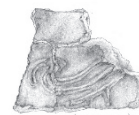
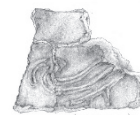


Fig. 394. Fotografía de detalle del recipiente y el pedestal sobre el que se localiza

Junto a estas dos estructuras, adosado al muro sur, se halló un pedestal en forma de U construido a partir de la disposición de adobes en crudo que posteriormente fueron cubiertos con pizarras que actualmente presentan un mal estado de conservación. Sobre el pedestal reposa un enorme recipiente elaborado a partir de un gran bloque de cal rebajado, pues su análisis ha desvelado que presenta la misma composición que la cal usada en la pileta y en la cubrición de los muros (fig. 394). Su funcionalidad también nos resulta desconocida, pues no contamos con ningún paralelo para estas cronologías a excepción de la pequeña pileta localizada en el Carambolo¹¹⁸³, de tamaño mucho más reducido. Parece que podría tratarse de un contenedor de líquidos teniendo en cuenta su forma y sus dimensiones, casi 1,60 m de largo en su cara interna, aunque por su forma y tamaño no podemos descartar que se trate de un sarcófago.

Por último, en el centro de la habitación se documentó una gran estructura en forma de piel de todo extendida (fig. 395). El contorno de la piel ha sido previamente dibujado con finas lajas de pizarra dispuestas en posición vertical. Posteriormente, el espacio comprendido por el dibujo fue rellenado con bloques de adobe cocidos de diferentes tamaños. La estructura carece de restos de combustión, lo que descarta que funcionara como un hogar, pero también nos aleja de la posibilidad de que se utilizase como altar de

¹¹⁸³ Carriazo, 1980: 276-277; Belén y Escacena, 1997: 111



sacrificios, como ocurre en otros ejemplos bien conocidos¹¹⁸⁴. Así, resulta aún prematuro aventurar la funcionalidad de esta estructura encima de la cual, además, se encontraron los restos carbonizados de otros dos elementos menores también en forma de piel de toro extendida. Aunque ambos elementos se encuentran en la actualidad en proceso de análisis, todo parece apuntar a que se trata de la piel de sendos pequeños animales. Por último, apuntar que a pesar de la ausencia de carbones y restos de combustión sobre la gran estructura en forma de piel de toro, no descartamos que se trate de un auténtico altar; dos circunstancias apoyan esta hipótesis, su ubicación en el eje central de la habitación y la existencia de otros altares sin restos de combustión, caso del circular de Cancho Roano¹¹⁸⁵ o el emblemático de El Oral¹¹⁸⁶, por poner algunos ejemplos bien conocidos.



Fig. 395. Fotografía de detalle de la estructura central en forma de piel de toro

El único elemento que nos queda por analizar es el sistema de cubrición de la estancia, que sin duda supone el mayor interrogante de todos los detectados durante la excavación, pues no debemos olvidar las grandes dimensiones que presenta la estancia y la dificultad que debió suponer su cubrición. La ausencia de vigas, pies derechos o postes, así como de restos carbonizados de ramajes durante las labores de excavación impide suponer que estuviera cubierta por un techo plano, como en otros ejemplos conocidos; un sistema sencillo que además permite la construcción de una segunda planta.

¹¹⁸⁴ Celestino, 2008b; Escacena y Coto, 2010; Gómez Peña, 2010

¹¹⁸⁵ Celestino, 2001b: 29

¹¹⁸⁶ Abad y Sala, 1997

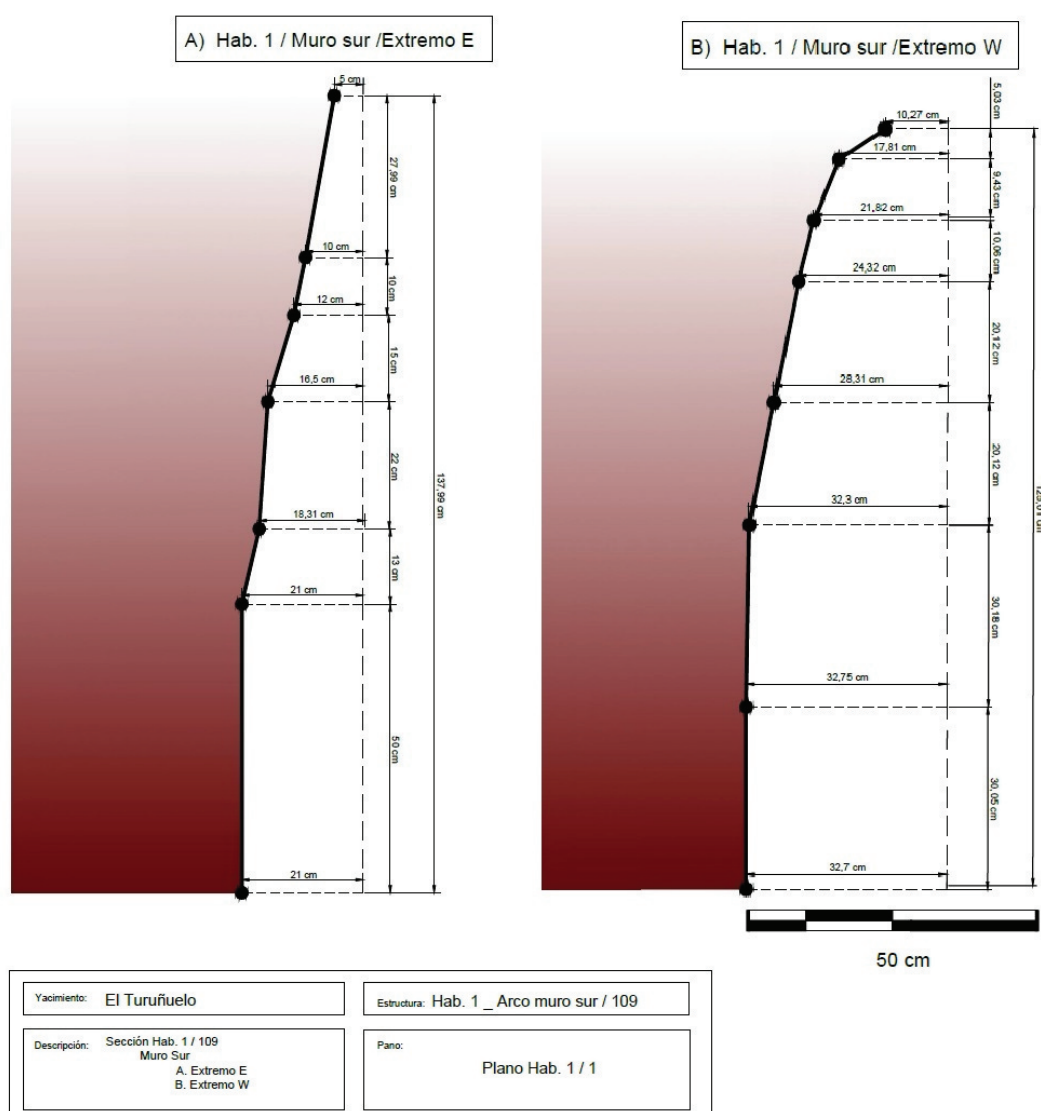


Fig. 396. Dibujo de la sección del muro sur

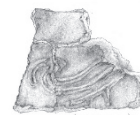
Debemos recordar que durante la labores de excavación se hallaron sobre el pavimento grandes ladrillos de adobe muy cocido que consideramos que proceden de la techumbre. La aparición de estos ladrillos pueden ponerse en relación con las anomalías detectadas en el análisis de los alzados de los muros norte y sur de la habitación. En efecto, dichos muros, aunque arrancan rectos del suelo, trazan una ligera curva en intervalos regulares a medida que el alzado crece en altura (fig. 396 y 397), aproximando sus extremos. Esto nos ha llevado a plantear como solución del cerramiento la proyección de un sistema de falsa bóveda por aproximación de hiladas, una hipótesis que está siendo cuidadosamente analizada desde el punto de vista arquitectónico, pues constituiría el primer ejemplo de bóveda de la protohistoria del suroeste peninsular.



Fig. 397. Fotografía de detalle de la curvatura del muro sur

C. Los materiales:

El estudio de los materiales recogidos en las excavaciones de ‘Casas del Turuñuelo’ es todavía una labor en pleno desarrollo. El volumen de material documentado durante los trabajos efectuados en la estancia 100 es muy numeroso, hasta el punto de haberse recogido más de un centenar de platos de cerámica, por citar el elemento más significativo dentro del conjunto. Así mismo, hemos de recalcar el excelente estado de conservación que presentan todos los materiales, a excepción quizás de los metales, más afectados por la acidez del suelo; lo que nos permite emprender un completo estudio donde no solo atender a cuestiones tipológicas y estilísticas, sino también arqueométricas. A continuación recogemos algunos resultados preliminares que nos permiten, por el momento, realizar las primeras aproximaciones en torno a la funcionalidad y cronología de la estancia.



Como ocurre en la gran mayoría de los yacimientos arqueológicos, el elemento con mayor presencia dentro del conjunto de materiales es la cerámica; sin embargo, a diferencia de muchos otros enclaves donde la variedad de formas suele ser lo común, en la estancia del Turuñuelo únicamente hemos documentado platos, más de un centenar de producciones que se reparten sobre el suelo de la estancia, aunque se concentran en mayor número sobre el pavimento de adobes cocidos que caracteriza al extremo oeste de la habitación. A excepción de algunas formas cerámicas recuperadas en el relleno de la estancia, es decir, fuera del nivel de uso, junto a los platos se han documentado también los restos de dos urnas. La primera conserva una decoración a cordón bajo el borde y apareció frente a la puerta de acceso a la estancia; mientras que la segunda, de perfil en ‘S’, se encontraba adosada al muro que cierra la habitación por el oeste. Según los análisis realizados, todos los platos documentados son de fabricación local, es decir, están producidos en el propio enclave o en sus inmediaciones, como así se ha podido comprobar tras detectar en las proximidades del yacimiento las áreas de captación de las materias primas utilizadas (fig. 398).

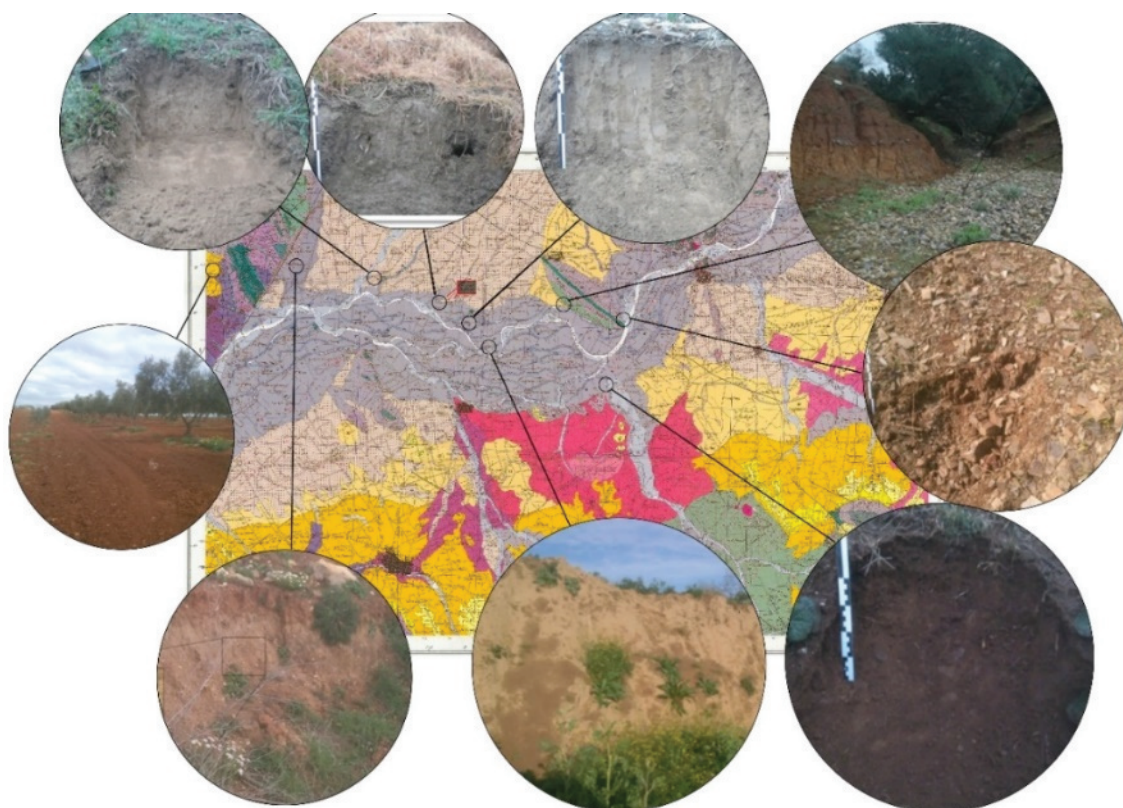
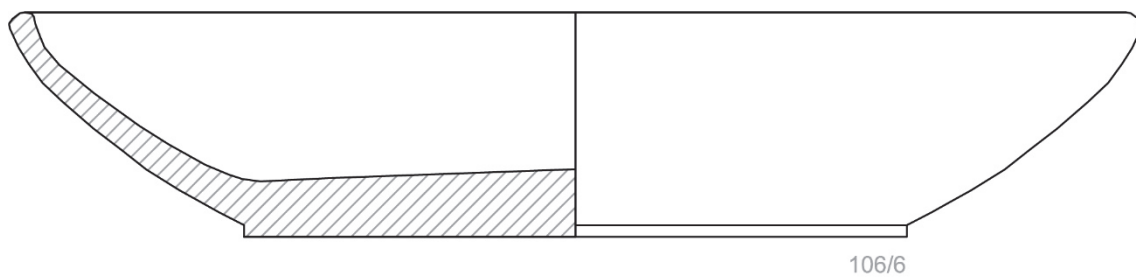
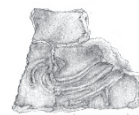
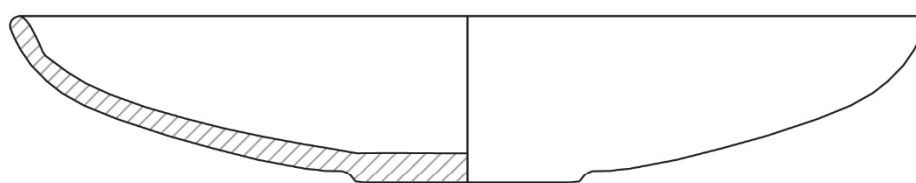


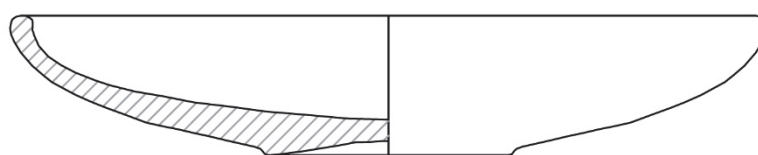
Fig. 398. Mapa de áreas de captación de recursos



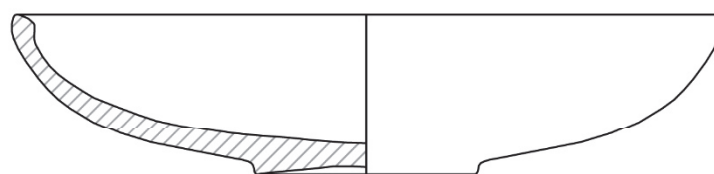
106/6



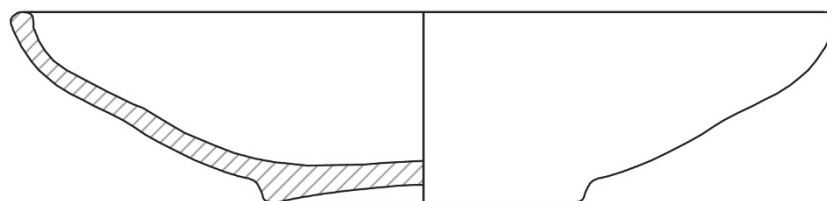
104/9



106/4

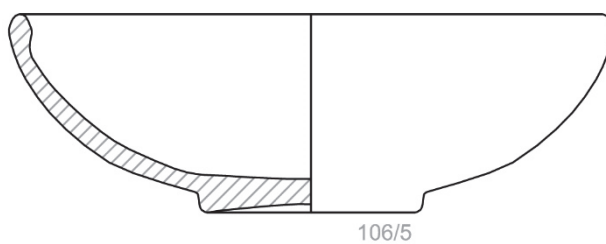
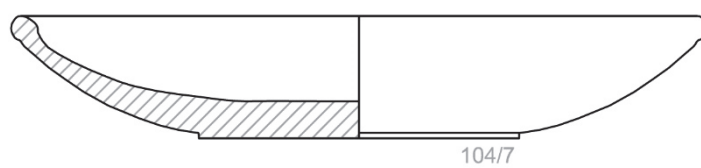
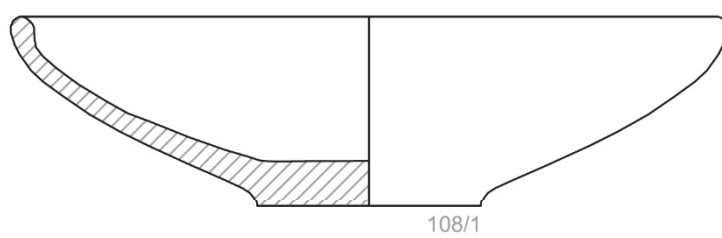
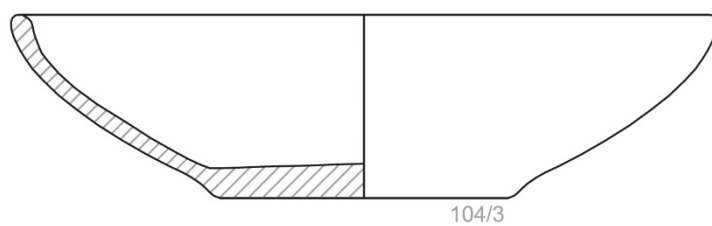
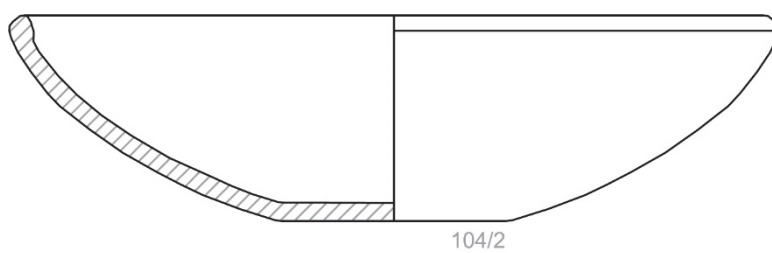
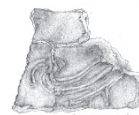


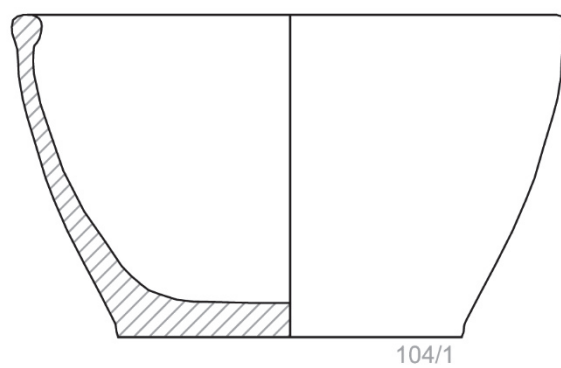
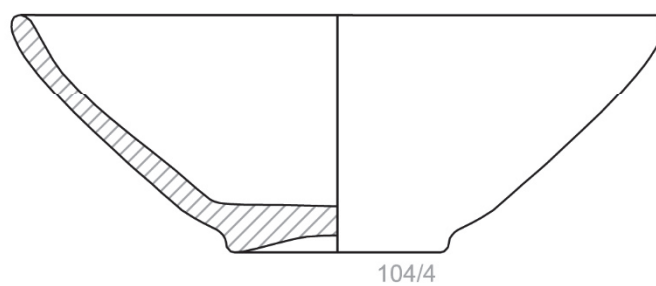
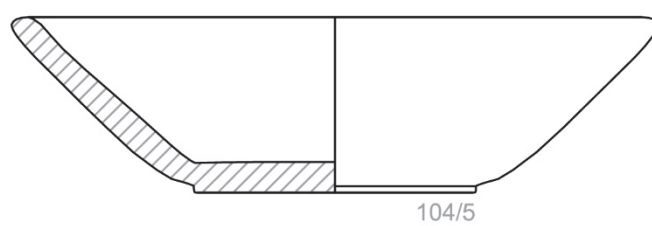
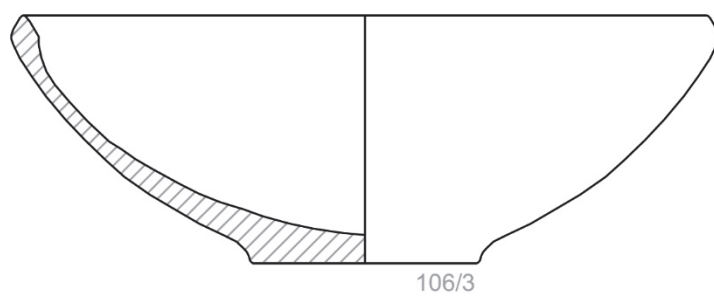
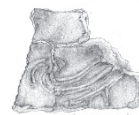
106/2

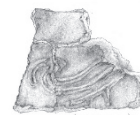


104/10









Resulta ciertamente interesante el hecho de que en la estancia únicamente se documenten platos y en un porcentaje tan elevado, lo que parece indicar la existencia de algún tipo de actividad, quizás relacionada con la clausura y ocultación del edificio, en el que participase la comunidad, pues de otra forma sería complicado explicar su significado; al mismo tiempo que otro tipo de recipientes, como las ánforas, están completamente ausentes del repertorio documentado.

Junto a la cerámica a torno común, destaca la presencia de algunas importaciones. Entre ellas cabe citar las producciones griegas tipo Cástulo (fig. 399) que nos permiten acotar la cronología de la estancia en los años finales del siglo V o comienzos del IV a.C. Así mismo, también se han documentado varios fragmentos de cerámica decorada a bandas y dos con decoración de dientes de lobo, uno fabricado a mano (fig. 340) y el otro a torno con decoración acanalada. Dentro de este conjunto, la pieza que más llama nuestra atención es un fragmento de cerámica hecha a mano y con engobe naranja de procedencia alóctona según los análisis, que conserva en relieve parte de su decoración en la que aparece representado un barco (fig. 341); un tema que, como veremos, es recurrente en el yacimiento.

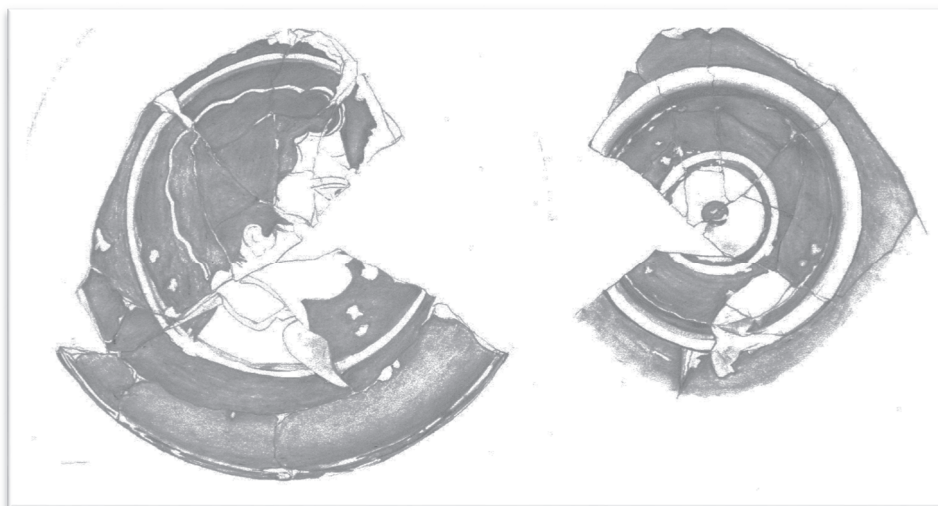


Fig. 399. Dibujo de una de las copas tipo Cástulo halladas en las excavaciones



Fig. 340. Fragmentos de cerámica a mano con decoración de dientes de lobo

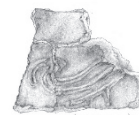


Fig. 341. Cerámica a mano en la que se representa un barco

La eboraria también está muy presente en este enclave. Así, han podido documentarse varias plaquitas de marfil y hueso decoradas con simples motivos geométricos que recorren sus perfiles, definiendo la forma de la pieza. Pero junto a ellas destaca especialmente la aparición de un caja de madera forrada con placas de marfil por sus cuatro lados laterales que incluso conserva los clavos de hueso que unirían las placas al armazón de madera (fig. 342), en cuyo interior se halló un conjunto de pequeñas cuentas de pasta vítrea verde pertenecientes a un collar. Las placas muestran un esquema decorativo peculiar (fig. 343); así, mientras las placas menores exhiben unos motivos de clara influencia oriental, con la representación de sendos leones engullendo un barco y un cérvido, respectivamente; las placas mayores fueron decoradas con una sucesión de barcos y peces, respectivamente; dos temas que, hasta el momento, eran desconocidos en este tipo de producciones peninsulares. El excepcional hallazgo de la caja de marfil se completa con el hallazgo de otra pieza en regular estado de conservación al haber sufrido daños por el incendio que clausuró la estancia. Se trata de una pequeña placa de marfil donde parece que se representó un bóvido sedente. Pero lo que llama la atención no es el motivo decorativo, sino que conserva parte del filamento de oro que decoró la moldura en la que se enmarca la decoración de la pieza, otro elemento desconocido en la protohistoria del suroeste peninsular (fig. 344).

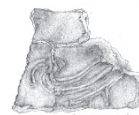
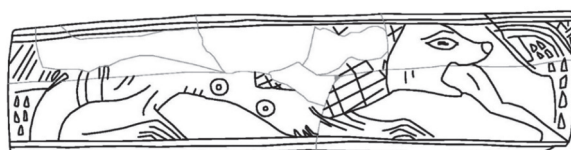
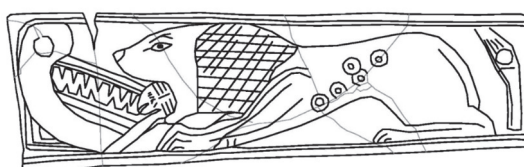


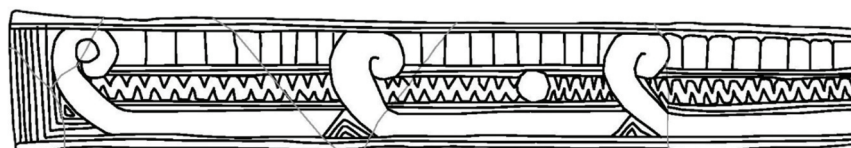
Fig. 342. Fotografía de detalle del hallazgo de la caja de marfil



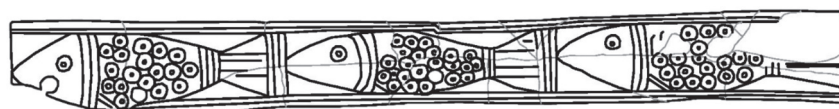
Este



Oeste



Norte



Sur

Fig. 343. Dibujo de las cuatro placas que componen la caja de marfil

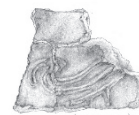


Fig. 344. Fotografía de detalle del marfil con filamento de oro

En lo que respecta a los objetos metálicos, hasta el momento se han recogido más de 8 kg de bronce y varias piezas de hierro. A pesar del elevado volumen de metales recogidos durante las excavaciones, su mal estado de conservación ha dificultado en gran medida la clasificación tipo-morfológica de los objetos, pues la gran mayoría de los fragmentos recogidos presentan un elevado estado de corrosión que imposibilita conocer a qué objeto pertenecieron. No obstante, los estudios realizados hasta el momento en el Laboratorio de Prehistoria de la Universidad de Granada, han permitido individualizar la presencia de, al menos, tres braseros (fig. 345). A estos ejemplares deben pertenecer elementos como una mano extendida de bronce, dos asas en omega (fig. 346), dos remates acabados en arandelas o anillas y varios botones-tachuelas que todavía conservan el remache que une el botón al cuerpo del bastidor del brasero. Junto a los braseros, destaca la presencia de fragmentos de bordes de labio corto saliente, quizás pertenecientes a un caldero; varias fíbulas anulares y una de ellas de doble resorte que apareció completa; dos anillos y varios remaches de sección cuadrangular decorados con aspas y líneas que podrían pertenecer a varios asadores. También las piezas de hierro presentan un mal estado de conservación; sin embargo, junto a la presencia de numerosos clavos de gran tamaño, en la parte oriental de la habitación se han individualizado varias grapas y vástagos de hierro que posiblemente estén relacionados con algún tipo de mueble o estructura de madera que no se ha conservado.

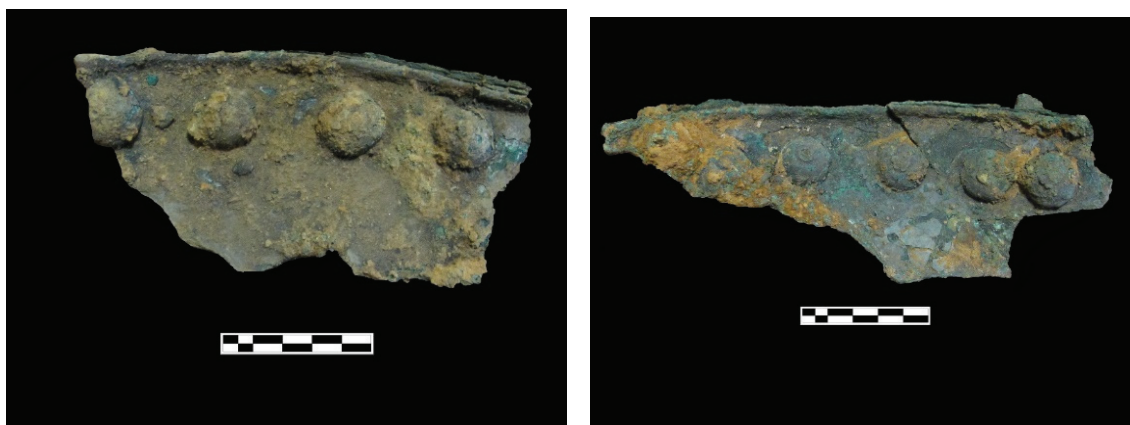
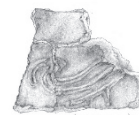


Fig. 345. Fotografías de detalle de dos fragmentos de brasero de bronce



Fig. 346. Fragmento de asa y mano de bronce pertenecientes a un brasero de bronce

La composición de la tierra y el mantenimiento de unos constantes niveles de humedad han favorecido la conservación de tejidos, semillas y carbones. Entre los primeros destaca la presencia de dos posibles alfombras de esparto, una localizada frente a la puerta de la estancia y la otra sobre el pavimento realizado con adobes cocidos (fig. 347). Junto al esparto y próximo a una acumulación de semillas, se documentó un fragmento posiblemente de lino (fig. 348), que podría estar relacionado con el almacenaje de las semillas (fig. 349). Los análisis carpológicos de las dos acumulaciones de semillas documentadas sobre el suelo de la estancia han certificado la presencia de cebada y trigo dentro de la dieta de la comunidad, dos elementos muy presentes en otros enclaves del entorno.

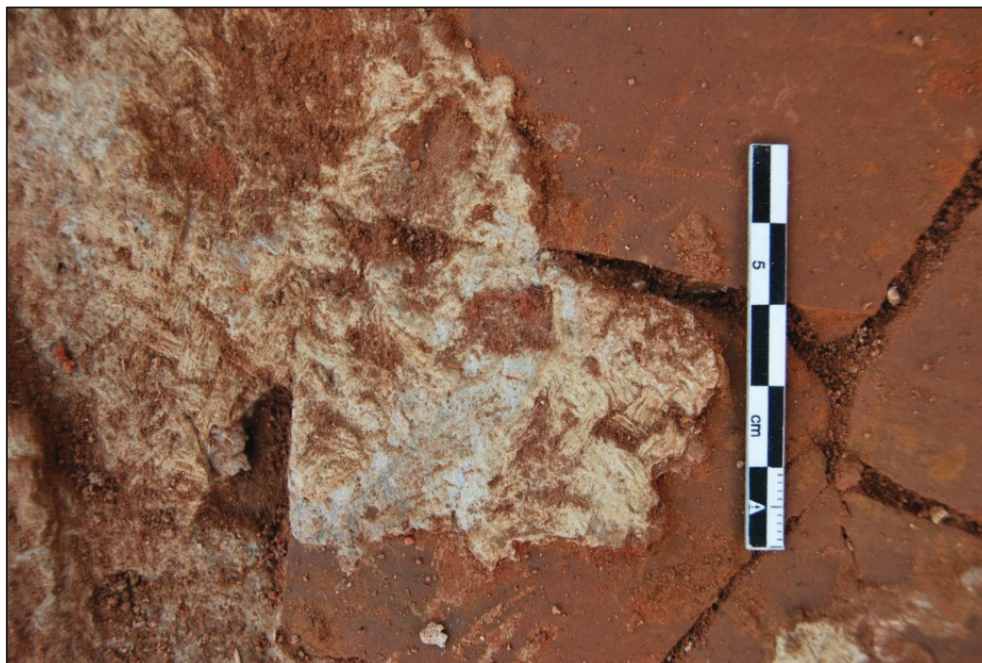
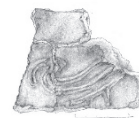


Fig. 347. Fotografía de detalle del tejido de esparto en el que se observa el trenzado



Fig. 348. Fotografía de detalle del fragmento de lino

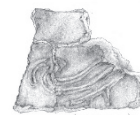


Fig. 349. Fotografía de detalle de una concentración de semillas

Por último, todo parece apuntar a que el edificio, al igual que ocurrió en Cancho Roano, sufrió un gran incendio previo a su clausura; de ahí que hayamos conservado grandes cantidades de carbón, posiblemente procedentes de elementos muebles que habría dentro de la estancia. Todavía es pronto para determinar la naturaleza o intencionalidad de dicho incendio, aunque sí parece claro que debió tener una gran magnitud, pues algunos de los adobes documentados llegaron a vitrificarse.

A pesar de los datos que nos han proporcionado los materiales y la estructura arquitectónica de esta magnífica estancia, aún es pronto para avanzar una interpretación sobre la funcionalidad del edificio, del que tan solo conocemos una ínfima parte; sin embargo, la presencia de algunos elementos, como la decoración que conservan algunos muros, la pileta, el gran recipiente sobre el pedestal de adobes, el banco corrido, la piel de toro dibujada en el centro de la estancia, la presencia casi exclusiva de platos, los braseros de bronce o las cajas de marfil, parecen apuntar hacia un uso cultural de la misma. Esta es solo una idea preliminar que tendremos que confirmar a medida que los trabajos de excavación y los nuevos hallazgos se vayan sucediendo.

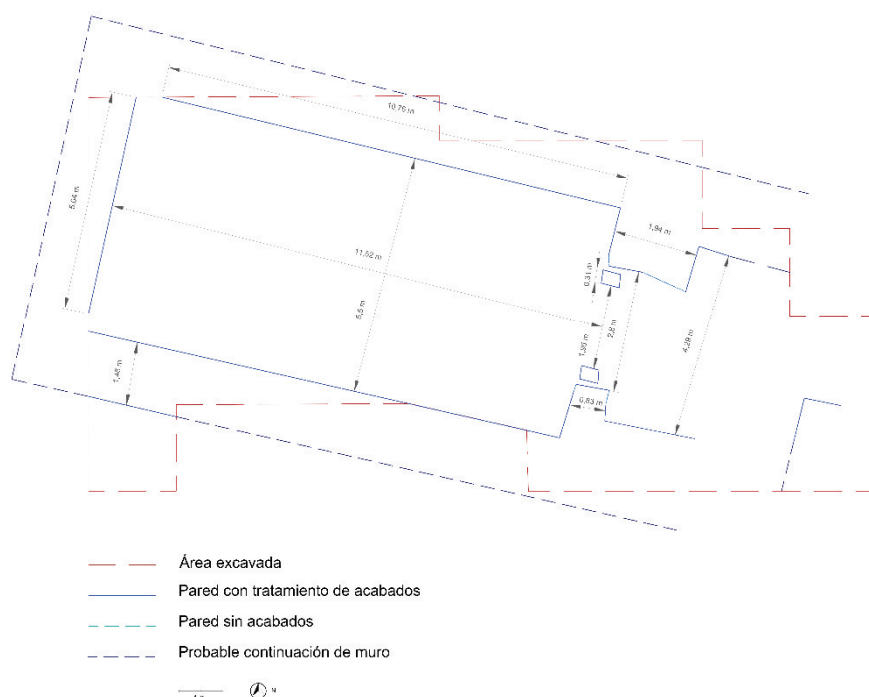
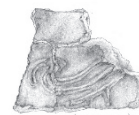


Fig. 350. Planta de la estancia 100 del Turuñuelo (dibujo de C. Lapuente)

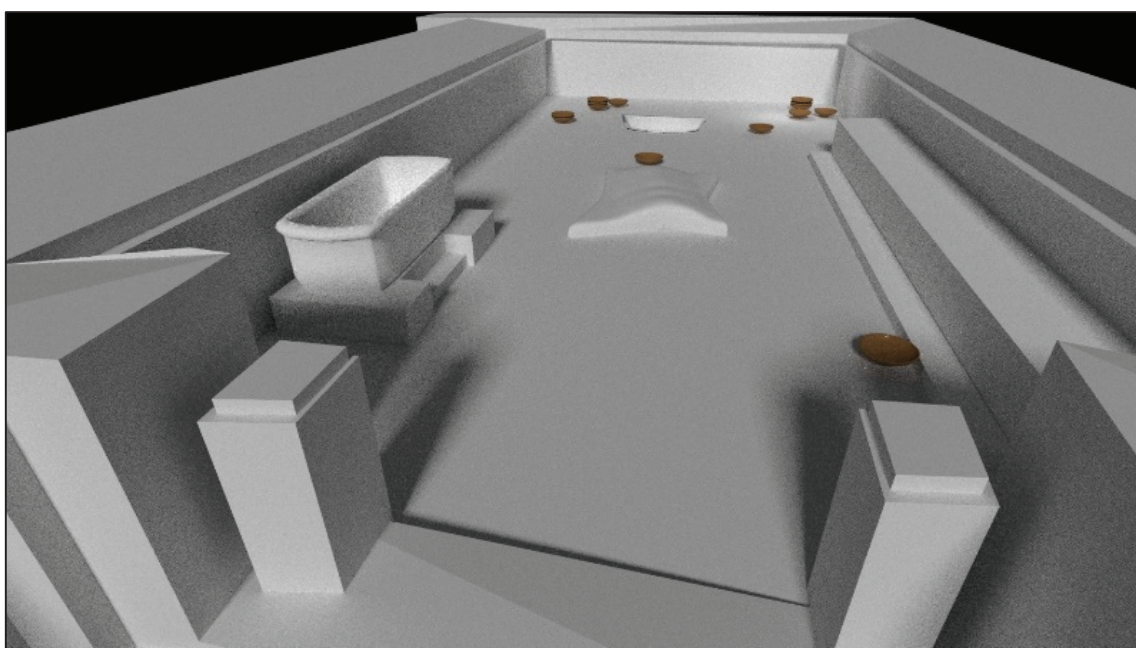
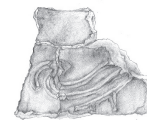


Fig. 351. Reconstrucción en 3D de la estancia 100 (reproducción de C. Lapuente)



VI.2.2.2 Los asentamientos en llano tipo granja:

El modelo de ocupación del territorio se completa con el análisis y estudio de los denominados asentamientos en llano. A rasgos generales podríamos decir que a esta categoría pertenecen aquellos enclaves localizados en llano o sobre suaves lomas, dotados de buena accesibilidad y siempre vinculados a zonas de alto potencial agrícola, cuya aparición va ligada a la introducción del hierro, la adopción de nuevos cultivos y la supuesta aparición de un nuevo sistema de propiedad de la tierra de base clientelar, aunque resulta bastante complejo discernir entre el carácter comunal o privado que tendría la tierra en estos momentos; no obstante, y como veremos más adelante, se han realizado ensayos a este respecto como queda aquí reflejado en el efectuado para la cuenca Media del Guadiana¹¹⁸⁷. Acerca del tamaño y extensión de estos enclaves en llano poco podemos apuntar, pues la información arqueológica de partida es bastante parca y desigual. A pesar de ello, se han establecido a grandes rasgos dos modalidades de asentamiento dentro de este poblamiento rural que atienden a variables como su extensión aproximada, la morfología de las construcciones que presenta y su grado de desarrollo urbano, categorías que no debemos olvidar que se han diseñado a partir de los ejemplos excavados, lo que no quiere decir que retraten fielmente la realidad histórica. Así pues, las dos categorías de asentamiento a las que hacíamos referencia son:

- a) **Aldeas:** asentamientos rurales de mayor tamaño, alcanzan las 3 – 4 hectáreas de extensión y están vinculadas a la explotación de la tierra, aunque parece que su principal papel reside en el almacenaje del excedentes agrícola, de ahí que estén dotadas de almacenes. Probablemente de ellas dependan asentamientos rurales menores localizados en su entorno. El ejemplo mejor conocido es el de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz).
- b) **Granjas o caseríos rurales:** dentro de este grupo se engloba a la gran mayoría de los ejemplos de asentamientos rurales conocidos. Se trata de pequeños enclaves que no superan la hectárea de extensión, vinculados a tierras aptas para el aprovechamiento agrícola. El caso mejor conocido y el único excavado en extensión es el de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz). Dentro de este grupo se han incluido también las denominadas como pequeñas cortijadas o caseríos próximos a edificios tipo Cancho Roano o La Mata, lo que hace a estos pequeños enclaves dependientes de estos últimos.

¹¹⁸⁷ Rodríguez Díaz, 2009b

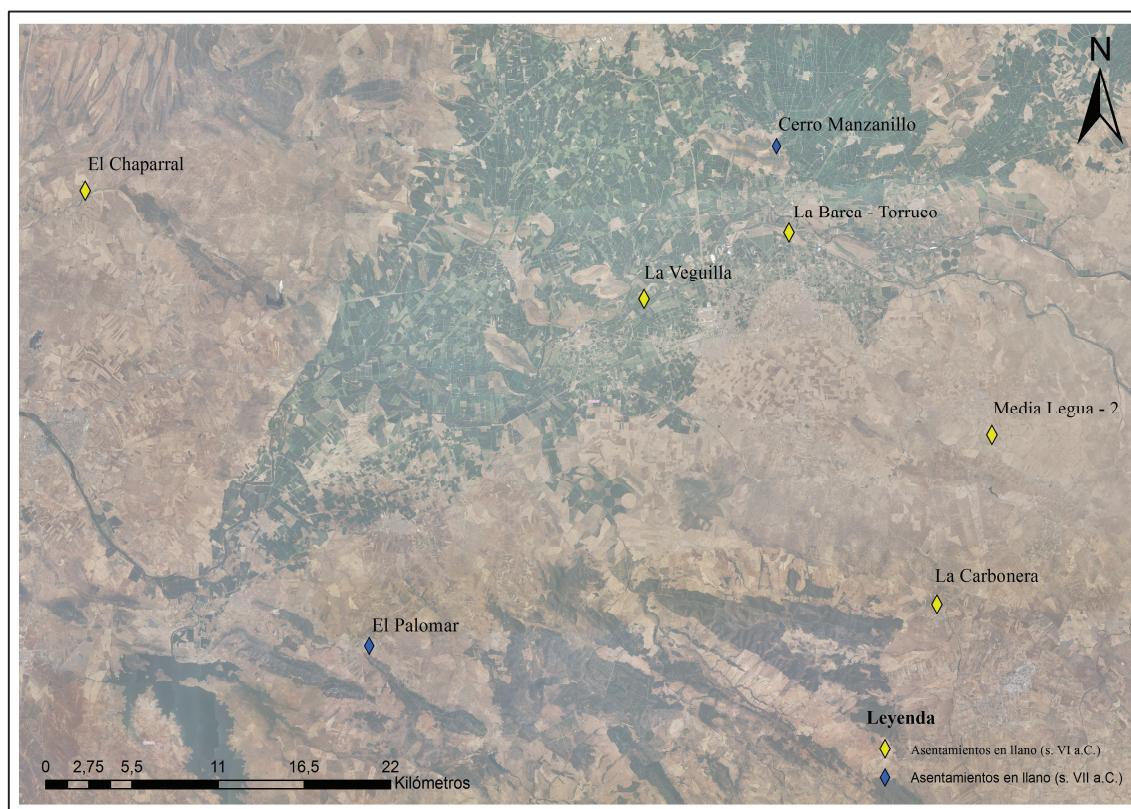
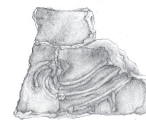
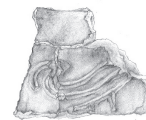


Fig. 352. Mapa de localización de los asentamientos en llano

El resultado de la aparición de este modelo de ocupación en llano se debe a la existencia de dos momentos cronológicamente bien diferenciados, como si de dos oleadas se tratase, en los que se han insertado los distintos asentamientos que a continuación analizaremos. El primero de estos momentos se corresponde con el proceso de “colonización agrícola”. Aunque ya hemos hecho alusión al concepto y a sus connotaciones históricas e historiográficas, por lo que no redundaremos en la redefinición de este proceso, la detección de este patrón de asentamiento entre los siglos VII – VI a.C. se ha vinculado con este modelo colonizador de las tierras del interior cuyo protagonismo se atribuye, casi de forma exclusiva para todo el Guadiana Medio, a Medellín. De igual modo, no está de más recordar que dicho proceso de colonización sería el resultado de un aumento demográfico y de la aparición de la “propiedad privada” como consecuencia de la llegada y adopción de novedades tecnológicas como el hierro para la fabricación de instrumental agrícola, la puesta en explotación de nuevos cultivos y la organización y distribución de los excedentes¹¹⁸⁸; aspectos todos ellos que se desarrollan en la segunda fase de ocupación del medio rural. Esta fase se corresponde con el crecimiento demográfico experimentado en el valle medio del Guadiana tras la

¹¹⁸⁸ Almagro-Gorbea, 1990: 99



“crisis de Tarteso” a finales del siglo VI a.C., que se corresponde con la aparición de un nuevo sistema de control de la tierra, principalmente de aquellas regiones con un alto potencial agrícola que supondrá, al mismo tiempo, la reorganización definitiva del modelo económico dentro del cual la agricultura comienza a ganarle terreno a la ganadería, actividad que había predominado durante la etapa anterior, el Bronce Final¹¹⁸⁹.

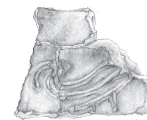
Aunque tradicionalmente se han analizado los asentamientos en llano como si de un grupo cerrado se tratase, incluyendo todos los ejemplos conocidos, sin discriminar sus diferentes cronologías, dentro de un mismo estudio del territorio¹¹⁹⁰; las dos fases indicadas anteriormente no pueden ser analizadas bajo un mismo prisma, pues responden a realidades muy distintas solo por el hecho de que los enclaves fechados a finales del siglo VI – principios del siglo V a.C. comparten el territorio con los edificios ocultos bajo túmulo a los que se ha otorgado un papel eminentemente rural, lo que supone un modelo del control territorial completamente diferente al documentado en la etapa anterior.

A ello se suma los cambios que hemos introducido en el modelo de poblamiento en alto que afectan ahora también a la lectura o interpretación que tradicionalmente se le había dado a estos asentamientos en llano. Si por un momento considerásemos como válido el modelo territorial regido por los denominados “asentamientos en vado” del que partíamos a inicios de esta investigación, resultaría lógico pensar que éstos ejercerían algún tipo de control no solo territorial, sino también político y económico, sobre la vasta red de asentamientos en llano encargados de la explotación de la tierra y la generación de excedentes como ha quedado atestiguado, por ejemplo, en el Alto Guadalquivir, espacio del que parte el modelo que ahora nos disponemos a debatir para el valle medio del Guadiana. Estas circunstancias han guiado constantemente a la investigación hacia la búsqueda de asentamientos rurales siempre bajo la órbita de otros de mayor rango, de ahí que casi todos los ejemplos conocidos acerca de la dispersión del poblamiento rural procedan o bien de hallazgos casuales, o bien de los trabajos de prospección elaborados a partir de la excavación de algún enclave destacado.

Sin embargo, tal y como hemos visto en el apartado anterior, el modelo de control territorial asignado a esos poblados en vado no parece funcionar como tal, pues por lo

¹¹⁸⁹ Celestino, 2005: 774-ss

¹¹⁹⁰ Jiménez Ávila y Ortega, 2001; Rodríguez Díaz, 2009b



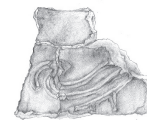
pronto el Tamborrio constituye el único ejemplo que, desde el punto de vista arqueológico y arquitectónico, puede ser caracterizado como tal. Ante la ausencia de ciudades propiamente dichas como las que existieron sin embargo en Grecia o Etruria, de donde procede este modelo metodológico de análisis del poblamiento rural, y dada la carencia de un modelo territorial organizado en torno a una serie de *oppida* que se distribuirían a lo largo de la cuenca media del Guadiana cada 20 o 30 km controlando todo su cauce, solo cabría preguntarse si ¿solo el Tamborrio tendría capacidad para centralizar el control de la explotación de la tierra y los recursos de tan amplio territorio, así como para la comercialización de los excedentes? y, de no ser así, ¿a qué yacimientos estarían vinculados estos pequeños núcleos rurales destinados a la explotación agrícola y ganadera? En definitiva, ¿Cómo se organizaba el campo del Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro?

Esta realidad ha cambiado por completo el panorama que hasta ahora conocíamos y con ello las definidas como relaciones campo-ciudad¹¹⁹¹ a través de las cuales se establecerían los grados de dependencia entre los asentamientos en llano y los asentamientos en alto, considerados como centros protourbanos a pesar de la ausencia de restos constructivos en la gran mayoría de ellos; estos centros estarían controlados por una élite aristocrática capaz de articular toda la red de producción y cuya existencia vendría avalada por la presencia de materiales suntuosos como el *kylix* de Eucheiros entre otros. Así mismo, huelga decir que el modelo que a continuación recogemos deriva en su construcción y configuración del patrón detectado y elaborado para el Guadalquivir Medio¹¹⁹², región que también experimenta un fuerte auge demográfico cuyo origen y resultado, sin embargo, dista mucho de la realidad detectada en el valle del Guadiana, principalmente porque se trata de dos regiones con realidades geográficas y sustratos culturales muy distintos, de ahí que creamos necesaria la construcción de un modelo exclusivo para la caracterización territorial del Guadiana.

Finalmente, y a pesar de los cambios introducidos en el modelo territorial a los que antes hacíamos alusión, diremos en defensa de aquellos que han emprendido la ardua labor de analizar el poblamiento en llano del valle medio del Guadiana, que este es sin duda el tipo de ocupación más escurridizo y complejo de detectar. Mientras los asentamientos en alto se mantienen mejor protegidos, solo afectados en ocasiones por ocupaciones posteriores, y los edificios ocultos bajo túmulo cuentan con un caparazón

¹¹⁹¹ Rodríguez Díaz, 2009: 308

¹¹⁹² Ruiz Rodríguez y Molinos, 1997: 19; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 168



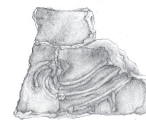
que les preserva de las acometidas provocadas por las labores agrícolas, aunque muchos hayan sido a pesar de ello destruidos; los asentamientos en llano sufren el continuo azote de los trabajos del campo actuales, lo que provoca que su estado de conservación sea bastante deficiente.

Como ya expusimos en el segundo capítulo de este trabajo al abordar el ámbito geográfico en el que se inserta nuestro estudio, las tierras del valle medio del Guadiana sufrieron, en los años 50 del pasado siglo, un fuerte proceso de transformación traducido en una reparcelación agraria para adaptar las tierras al cultivo de regadío. Esto supuso la ejecución de reparcelaciones y movimientos de tierra, existentes aún hoy en día, que provocaron la destrucción de un gran número de estos yacimientos localizados en llano. A día de hoy sigue siendo una práctica habitual la compra y venta de tierras para mejorar la fertilidad de los campos y, con ello, el rendimiento de las cosechas; del mismo modo que se sigue practicando la extracción de áridos y tierras en muchas parcelas para el mantenimiento de sus lindes.

A ello debemos sumarle la construcción de un enorme sistema de canalizaciones y acequias que conducen el agua para el riego, así como el constante trasiego de maquinaria agrícola y el arado para oxigenar la tierra que, si bien favorecen nuestras tareas de prospección al sacar a la luz fragmentos de material que nos ayudan a delimitar asentamientos, van horadando los niveles más superficiales conservados, llegando incluso a destruirlos. Por esa razón, muchos de los enclaves que más adelante analizamos se encuentran en tan mal estado de conservación, manteniendo in situ únicamente sus cimientos.

VI.2.2.2.1. Un modelo redundante: la ruralización del campo:

La información que manejamos para el estudio del poblamiento en llano del valle medio del Guadiana está muy descompensada, por lo que resulta muy difícil caracterizar los enclaves rurales; de hecho, los dos grupos antes mencionados, aldeas y granjas o caseríos, sirven como un cajón de sastre en el que se agrupan todos los casos conocidos en función, fundamentalmente, de su tamaño; pero no podemos engañarnos, pues el número de poblados en llano documentados hasta el momento es muy reducido y, en la mayor parte de los casos, la información proviene exclusivamente de los datos obtenidos en las prospecciones realizadas a partir de algunos proyectos de investigación,



caso de Cancho Roano¹¹⁹³, La Mata¹¹⁹⁴ o Cerro Manzanillo¹¹⁹⁵. Esta circunstancia hace que la información con la que contamos sea muy limitada, pues las prospecciones se ciñen a las áreas más próximas de estos enclaves, lo que supedita los pequeños asentamientos a la actividad de aquéllos, de los que se consideran, indefectiblemente, como dependientes.

Y es de este método de trabajo de donde surge el modelo metodológico puesto en práctica por el equipo de investigación de la Universidad de Extremadura a partir de la denominada “Arqueología Rural”, derivada de otros campos de trabajos como la “Arqueología del Paisaje” o la “Arqueología Agraria”, dos disciplinas en cuyas definiciones no nos detendremos. De ese modo, la “Arqueología Rural” *“trata simplemente de ofrecer un marco referencial de trabajo que contribuya a la sistematización y a la valoración integrada de informaciones diversas, al tiempo que favorezca a su interpretación social y su desarrollo histórico. La suerte de “hoja de ruta” que facilite, sin comportamientos rígidos, el ir y venir entre el asentamiento, los entornos naturales y el territorio-paisaje [...] El punto de partida es el asentamiento y su entorno inmediato para abordar la reconstrucción de los contextos rurales tratando de reconocer su conformación diversa, su dinámico funcionamiento interno y su interacción, diacrónica y cambiante, con los espacios urbanos y protourbanos”*¹¹⁹⁶. En definitiva, un modelo que en palabras de sus creadores permita *“el estudio del campo desde el ruralismo”*¹¹⁹⁷.

El análisis del medio rural cuenta con tres pilares básicos que, como ya adelantábamos, se inician con el estudio del *asentamiento* en sí mismo, su contexto territorial, ubicación, emplazamiento, extensión, visibilidad y, por último, su sistema de organización. En un segundo estadio se procede al análisis del *entorno* del asentamiento, atendiendo para ello a la variable económica, es decir, a la definición de las áreas de explotación y captación de recursos de las que se nutre el asentamiento y a la variable simbólica y social en la que se tienen en cuenta la existencia de santuarios y necrópolis asociados al mismo. Por último, se analiza el *territorio político* en el que se incluye el patrón de asentamiento, es decir, la distribución que presenta el poblamiento en un territorio determinado atendiendo para ello a diversos factores tanto sociales,

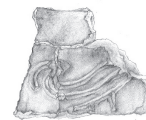
¹¹⁹³ Mayoral, Celestino y Wallid, 2011

¹¹⁹⁴ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004

¹¹⁹⁵ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009

¹¹⁹⁶ Rodríguez Díaz, 2009: 310

¹¹⁹⁷ Rodríguez Díaz, 2009b: 28



económicos, religiosos y geográficos, y a las relaciones políticas en las que se incluyen las relaciones campo-ciudad y el régimen de propiedad de la tierra, dos aspectos anteriormente mencionados¹¹⁹⁸ (fig. 353).

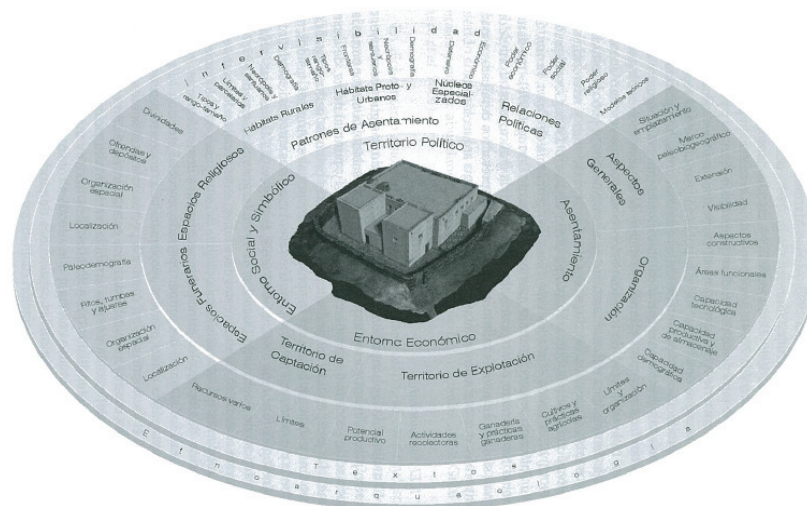
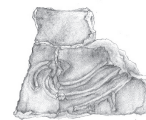


Fig. 353. “Arqueología Rural” en la protohistoria del Guadiana medio (según, Rodríguez Díaz, 2009: 311, fig. 2)

La aplicación de este modelo metodológico ha dado como resultado la clasificación de las dos fases de poblamiento anteriormente descritas, atendiendo para ello a la naturaleza y cronología de los asentamientos. De ese modo, para la fase que discurre entre los siglos VII – VI a.C. se describe un modelo territorial denominado “aldeano” en el que únicamente se manifiestan dos modalidades de ocupación: los asentamientos en vado y los asentamientos en llano. Dentro de este modelo aldeano se incluyen los enclaves de El Palomar y Cerro Manzanillo¹¹⁹⁹. Este modelo concluirá en el siglo VI a.C., sin que se perciban signos de violencia que marquen su desaparición a pesar de ser coetáneo al proceso de inestabilidad que se detecta en el Guadalquivir y cuyo resultado es la denominada “crisis de Tarteso”. A partir de este momento se inaugura una nueva etapa en el Guadiana que trae aparejada la instauración de un nuevo sistema de poblamiento donde el protagonismo va a residir en los edificios ocultos bajo túmulo, cuya cronología se extiende desde finales del siglo VI a.C. hasta principios del siglo IV a.C., siendo el siglo V a.C. su momentos de mayor apogeo. Este auge y transformación del poblamiento se ha interpretado como un proceso de “ruralización” o “señorialización” del campo, entendido “*como un fenómeno de carácter autóctono*,”

¹¹⁹⁸ Rodríguez Díaz, 2009b; Pavón y Rodríguez Díaz, 2007

¹¹⁹⁹ Duque, 2007



complejo y con cierto recorrido en el tiempo”¹²⁰⁰ en el que los edificios bajo túmulo, denominados en este caso como “*edificios señoriales*”, ejercen un control de la explotación de los recursos y, por lo tanto, de los asentamientos menores que gravitan en sus entornos, lo que traería aparejado un retroceso del desarrollo urbano¹²⁰¹. Estos edificios señoriales actuarían como “*residencias de pujantes aristócratas terratenientes*”¹²⁰² cuyo “*señor rural*” construiría relaciones con el campesinado en un contexto de servidumbre o clientela¹²⁰³.

Aunque somos conscientes del avance que supone cualquier aplicación metodológica novedosa, tampoco podemos pasar por alto las limitaciones estructurales que presenta la propuesta, pues, ni el Guadiana Medio responde a la misma organización territorial que se documenta en el valle medio del Guadalquivir, donde se puso en práctica este método¹²⁰⁴, ni las evidencias arqueológicas son suficientes como para emprender un análisis territorial capaz de integrar a todo el valle del Guadiana. Por consiguiente, el método propuesto tiene una capacidad muy limitada para poder reflejar la realidad territorial de época tartésica, no ya por la escasez de ejemplos con la que contamos, sino también porque ni tan siquiera se adscriben a una misma cronología, lo que nos impide integrarlos en un estudio global del espacio.

En primer lugar, debemos tener en cuenta que no se puede sostener, por falta de pruebas, la existencia de una estructurada red de *oppida* destinada a controlar el territorio y a encabezar ese proceso de “ruralización”. Por otra parte, hay que tener en cuenta la diversidad territorial y espacial, así como el tamaño de los diferentes asentamientos conocidos; y, por último, las variables económicas, políticas o sociales, muy diferentes según la relación que los pequeños asentamientos mantuvieran con los principales enclaves con los que se relacionan. Todo ello nos lleva a enfocar el análisis del poblamiento en llano desde una perspectiva diferente, desligada de la existencia de una aristocracia rural y, por el contrario, basada en el desarrollo de un campesinado que refleje mejor el sistema económico y el patrón de asentamiento de la sociedad tartésica de la cuenca Media del Guadiana. También es importante tener en cuenta la demostrada pluralidad funcional de los edificios bajo túmulo, por lo que no podemos asumir que

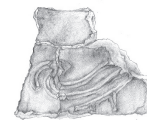
¹²⁰⁰ Rodríguez Díaz, 2009b: 192

¹²⁰¹ Rodríguez Díaz, 2009b: 181

¹²⁰² Rodríguez Díaz y otros, 2007: 96

¹²⁰³ Rodríguez Díaz y otros, 2007: 96

¹²⁰⁴ Ruiz Rodríguez y Molinos, 1993; 1997; Ruiz Rodríguez, Molinos y Rísquez, 1998; Ruiz Rodríguez y otros, 2007



cada uno de ellos actúe como la residencia de un “señor rural”, máxime cuando solo contamos con algunos ejemplos excavados en extensión. De ese modo, el modelo metodológico tiene valor a nivel micro-espacial; es decir, para el buen conocimiento de la estructura de un asentamiento y su entorno más próximo, pues permite conocer el funcionamiento del enclave en profundidad; pero difícilmente lo será para el conocimiento del poblamiento de tan extenso espacio geográfico.

Así pues, y a pesar de que el número de enclaves en llano es muy escaso, contamos con algunos ejemplos que nos permiten comenzar a dibujar un interesante panorama, lejos aún de ser una radiografía clara de la organización social, política y económica de la ocupación rural de este territorio. Para su exposición, y atendiendo a las variables cronológicas a las que hacíamos referencia anteriormente, hemos elaborado dos bloques, uno para aquellos asentamientos integrados en la primera fase de ocupación (siglos VII – VI a.C.) y otro para aquellos incluidos en el segundo modelo (siglos VI – IV a.C.), dejando al margen de la exposición la categoría de aldea o granja que les ha sido asignada a cada uno de ellos, pues creemos que resulta prematura esta clasificación al ser muy pocos los ejemplos conocidos hasta la fecha como para establecer categorías cerradas de asentamientos.

VI.2.2.2.2. Fase I: los asentamientos en llano de los siglos VII – VI a.C.

- **El yacimiento de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz):**

El yacimiento de El Palomar se localiza en el término municipal de Oliva de Mérida (Badajoz), sobre una suave loma al noroeste del actual casco urbano del municipio de Oliva (fig. 354). Su hallazgo se produjo en 1998 como consecuencia de las obras llevadas a cabo en la Piscina Municipal de dicha localidad, donde se ejecutaron las labores de excavación en lo que fue denominado como Sector 1. Poco tiempo después, el planteamiento del trazado de la carretera que une Oliva de Mérida con el municipio de Palomas (EX 335) afectaba a parte de este yacimiento, por lo que se procedió al planteamiento y excavación del Sector 2, un corte paralelo al trazado de la vía de más de 200 m de lado. En total unos 2500 m² de excavación que han sacado a la luz un interesante e importante asentamiento en llano que se estima tendría unas 4 ha. de extensión¹²⁰⁵ (fig. 355).

¹²⁰⁵ Jiménez y Ortega, 2001: 228

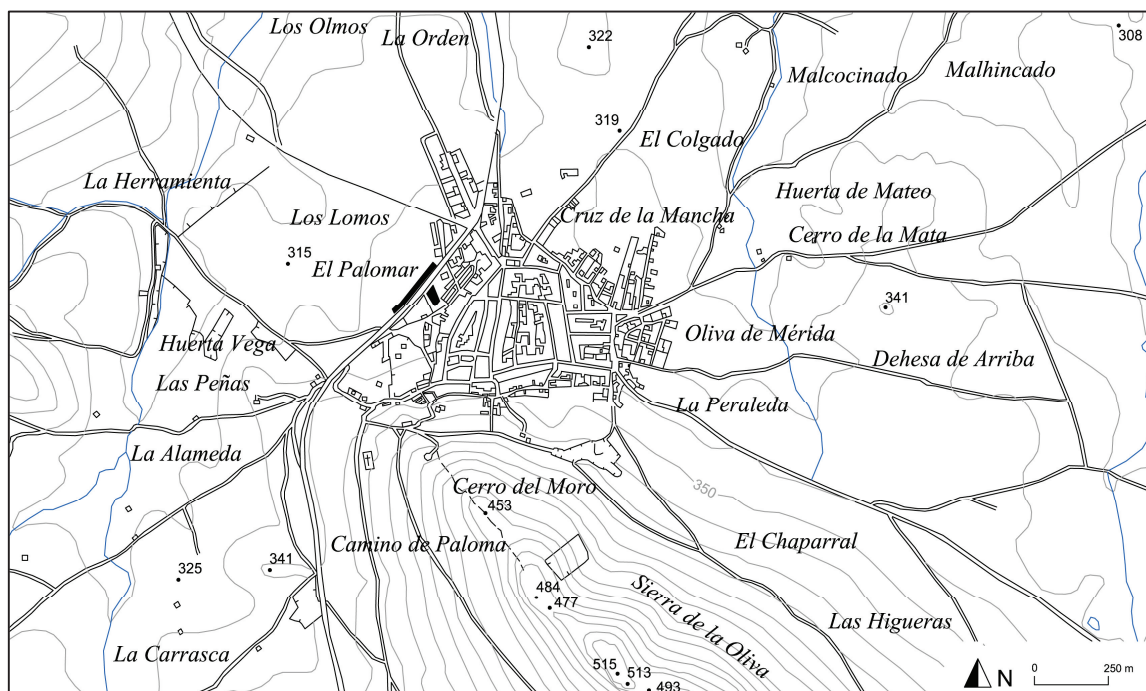
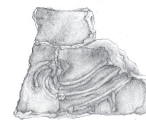


Fig. 354. Plano de localización del yacimiento del Palomar

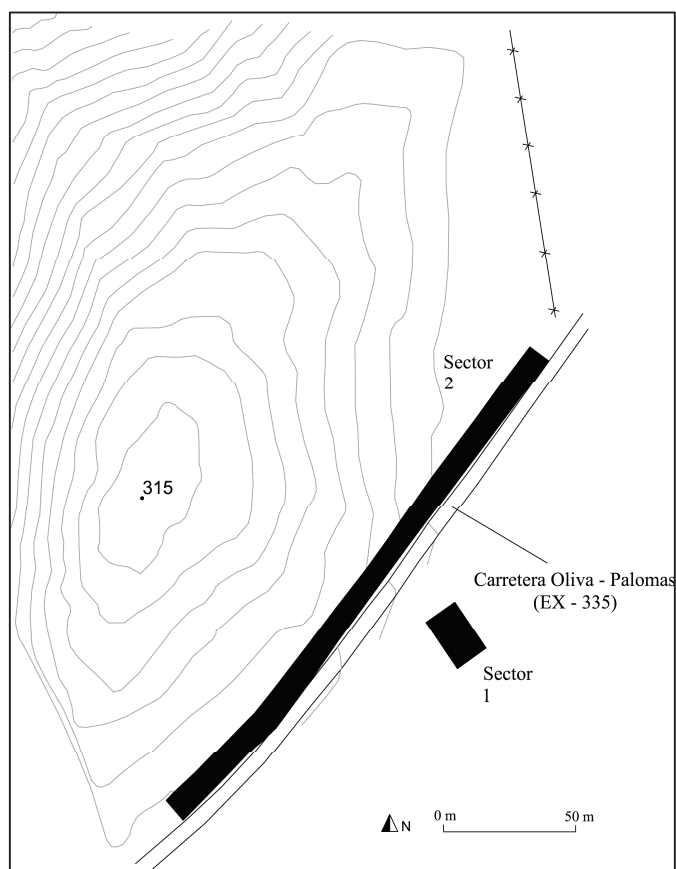
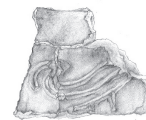


Fig. 355. Plano de localización de las excavaciones realizadas en el Palomar (a partir de Jiménez Ávila y Ortega, 2001: 229, fig. 1)



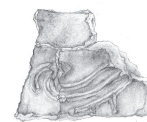
A pesar de que se trata de una intervención de urgencia, lo que ha provocado que únicamente podamos conocer las zonas afectadas por las obras de infraestructura, las excavaciones arqueológicas, dirigidas por J. Ortega, permitieron sacar a la luz el primer ejemplo de asentamiento en llano localizado en la cuenca media del Guadiana, lo que rompía con el binomio de asentamientos en alto y edificios enterrados bajo túmulo que primaba en el modelo territorial hasta aquel momento. Lamentablemente, los datos aquí presentados proceden de unos breves apuntes preliminares difundidos con motivo de las intervenciones mencionadas en el enclave¹²⁰⁶ a la espera de que una memoria más completa, donde se incluya el estudio de los materiales, sea publicada. No obstante, los interesantes datos extraídos de los diferentes trabajos de excavación han permitido caracterizar este enclave como una “supraaldea”¹²⁰⁷, caracterización que le viene dada tanto por su organización urbana en torno a una serie de calles y plazas, como por la monumentalidad de dos de sus edificios. Al hilo de esta idea, debemos aclarar que aunque en la presentación preliminar de los resultados siempre se alude a la existencia de urbanismo, nosotros preferimos aplicar el concepto de trazado urbano, más ajustado a la realidad sociopolítica de los poblados de esta época, mientras que el término urbanismo creemos que solo se debe utilizar para periodos más modernos, cuando ya existe una planificación estatal de las ciudades.

El Palomar es un poblado en llano abierto, es decir, carente de murallas u otras estructuras defensivas, que cuenta al menos con dos fases constructivas a lo largo del período tartésico, diferenciadas por la modificación de la orientación de las construcciones, así como por los cambios experimentados en la técnica constructivas empleadas. Su ocupación abarca desde finales del siglo VII a.C. hasta finales del siglo VI a.C., momento en que se produce su abandono, sin que se detecten evidencias traumáticas en el mismo¹²⁰⁸. Uno de los elementos más destacados de este asentamiento es su trazado urbano, organizado en torno a calles rectas dotadas de un sistema de drenaje que presentan unos 3-4 m de anchura, enlosadas en alguno de los casos. Junto a este trazado de calles destaca la posible existencia de una plaza o espacio abierto frente a uno de los edificios principales documentado en las excavaciones, espacio abierto que ha sido interpretado como un área pública a modo de plaza.

¹²⁰⁶ Jiménez y Ortega, 2001; 2008: 252-ss; Ortega y Jiménez, 2005; Rovira y otros, 2005

¹²⁰⁷ Jiménez Ávila, 2005: 58

¹²⁰⁸ Jiménez Ávila y Ortega, 2008: 257



En torno a este sistema de calles y espacios abiertos se organizan y estructuran las construcciones. En su gran mayoría se trata de viviendas formadas por varias estancias cuadrangulares, construidas con zócalos de piedra de aparejo irregular y tamaños diversos, sobre los que se elevan muros de adobe y tapial. Los pavimentos son habitualmente de tierra apisonada o rubefractada, aunque se conocen algunos que cuentan con un preparado de guijarros que dan consistencia al pavimento y facilitan el drenaje. En lo que respecta a las cubiertas, parece que estarían realizadas con ramajes y barro, pues no se han detectado marcas de poste que indiquen la existencia de otro tipo de cerramientos. En cuanto a las plantas de las construcciones, se han detectado viviendas de planta individual que cuentan con un vano de acceso, un hogar y un banco corrido que circunda la estancia; y otras más completas de hasta cuatro estancias distintas, de disposición alargada, y dotadas de un corredor en forma de “L”.

Junto a estas construcciones se ha detectado un horno de cámara circular de 0,75 m de diámetro al que se le ha atribuido un uso doméstico para la elaboración de pan y otros alimentos (fig. 356), así como ocho estructuras circulares construidas en piedra y dispersas por todo el yacimiento a las que no se puede atribuir una funcionalidad como hornos a tenor de los restos arqueológicos que contienen, y porque, entre otras razones, no presentan muestras de combustión. Se trata de construcciones de 2 m de diámetro, sobre elevadas para salvar el contacto con el suelo, lo que ha permitido interpretarlas como pequeños almacenes u hórreos de grano de carácter familiar, una consideración aceptable si tenemos en cuenta que no se han documentado silos para el almacenaje del excedente¹²⁰⁹ (fig. 357).

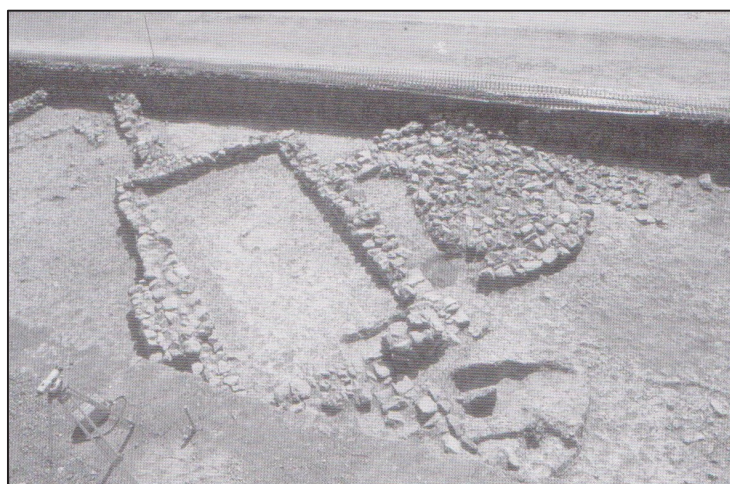


Fig. 356. Vista de una vivienda simple, una estructura circular y horno doméstico (según Jiménez Ávila y Ortega, 2001:241, lam. 5)

¹²⁰⁹ Jiménez Ávila y Ortega, 2001: 232

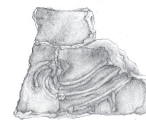


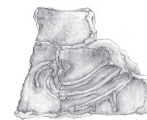
Fig. 357. Estructuras circulares interpretadas como almacenes (según Jiménez Ávila y Ortega, 2001: 244, lam. 7)

Junto a estos pequeños almacenes circulares y a las viviendas destacan dos construcciones localizadas en el Sector 2 que se salen del patrón general. La primera de ellas ha sido interpretada como un espacio cultural. Se trata de un edificio exento localizado en el extremo suroccidental del poblado, ya a las afueras del mismo. Presenta una planta cuadrada de 7 m de lado, con una superficie total de en torno a los 50 m², la de mayor tamaño de las hasta ahora conocidas en el yacimiento (fig. 358). El acceso se realiza por un vano con 2 m de luz pavimentado con guijarros. Aunque se ha interpretado como un espacio de carácter cultural, pocos son los indicios que nos certifican dicha funcionalidad, más aún cuando desconocemos el material que contenía, “destacando su escasez y su poca representatividad”¹²¹⁰.



Fig. 358. Vista lateral del edificio cuadrado (según Jiménez Ávila y Ortega, 2001: 243, lam. 10)

¹²¹⁰ Jiménez Ávila y Ortega, 2001:233



Frente a esta construcción se han detectado los restos de un taller de fundición que parece avalar la existencia de una importante actividad metalúrgica en el yacimiento¹²¹¹. Se trata de los restos de varias estructuras excavadas en la roca natural interpretadas, una de ellas, como un horno de planta oval que conserva en sus paredes las improntas de las toberas; mientras que el resto de cubetas presentan distintos tamaños y morfologías, dos de ellas colmatadas de cenizas y arcillas que se relacionan con distintas vertidas del horno, así como una cuadrada y rellena de arena de río con restos de nódulos de metal fruto de la fundición.

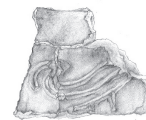
El segundo de los edificios, del que no se conoce su planta completa al quedar parte de la estructura bajo el perfil del corte, ha sido interpretado como un gran almacén destinado al depósito de los excedente agrícolas dada la morfología que presenta (fig. 359). Se trata de un edificio de más de 30 m de lado y 6,50 m de anchura que ocupa una posición extra radial en el extremo suroeste del poblado. Su interior aparece compartimentado en pequeñas naves de 4,40 x 1,50 m, contabilizándose un total de catorce. Todas ellas cuentan con vanos de acceso de 0,80 m que comunican las pequeñas estancias con un gran corredor de 2,10 m de ancho. Así mismo, en la parte externa del edificio se adosan algunas estructuras rectangulares entre las que destaca una de superficie escalonada interpretada como una posible escalera de acceso a un segundo piso. Todas estas características lo convierten en uno de los hallazgos más destacados de este asentamiento, cuyos paralelos se establecen con los almacenes orientales documentados en las costas mediterráneas desde el Bronce Final¹²¹².

Poca información podemos aportar sobre los materiales arqueológicos recogidos durante los trabajos de excavación, pues continúan todavía en fase de estudio. No obstante, en la publicación preliminar se hace referencia a la aparición de cerámicas a mano, entre las que destacan algunos fragmentos de cerámica ‘tipo Medellín’; recipientes de almacenaje de tipo R-1; producciones a torno, entre los que destaca la ausencia de cerámicas pintadas o de barniz rojo; abundantes cerámicas grises y algunos bordes de urnas tipo Cruz del Negro¹²¹³. Entre los demás materiales destacan las fibulas de bronce, algunos artefactos de hierro y un destacado número de molinos barquiformes que, junto a los almacenes, certifican la estrecha vinculación de El Palomar con las

¹²¹¹ Rovira y otros, 2005

¹²¹² Jiménez Ávila, 2005: 60

¹²¹³ Jiménez Ávila y Ortega, 2001: 236-237



labores agrícolas. No obstante, solo la publicación completa del material recuperado nos permitirá acotar tanto la funcionalidad de este interesante enclave como su cronología.



Fig. 359 Edificio de almacén del poblado de El Palomar (según Jiménez Ávila y Ortega, 2008: 256, fig. 3)

- **El yacimiento de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz):**

El yacimiento de Cerro Manzanillo se encuentra localizado en el actual término municipal de Villar de Rena (Badajoz) inserto en la comarca de las Vegas Altas del Guadiana (fig. 360). Ubicado sobre una suave elevación de 297 m.s.n.m. en la ladera norte – noroeste del cerro cuyo topónimo da nombre al asentamiento; una excelente posición que al mismo tiempo que facilita su visibilidad, le mantiene a salvo de las crecidas del arroyo Matapeques que discurre al este del yacimiento. Su hallazgo se produjo de forma casual a raíz de la extracción de áridos para la construcción de la autovía autonómica EXA2, Miajadas-Don Benito. Los trabajos de excavación se repartieron a lo largo de dos campañas, una primera entre diciembre de 2003 hasta abril de 2004 bajo la dirección de la empresa TERA S.L., y una segunda entre mayo y junio de 2007 bajo la dirección del Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura, lo que ha permitido conocer el enclave en extensión.

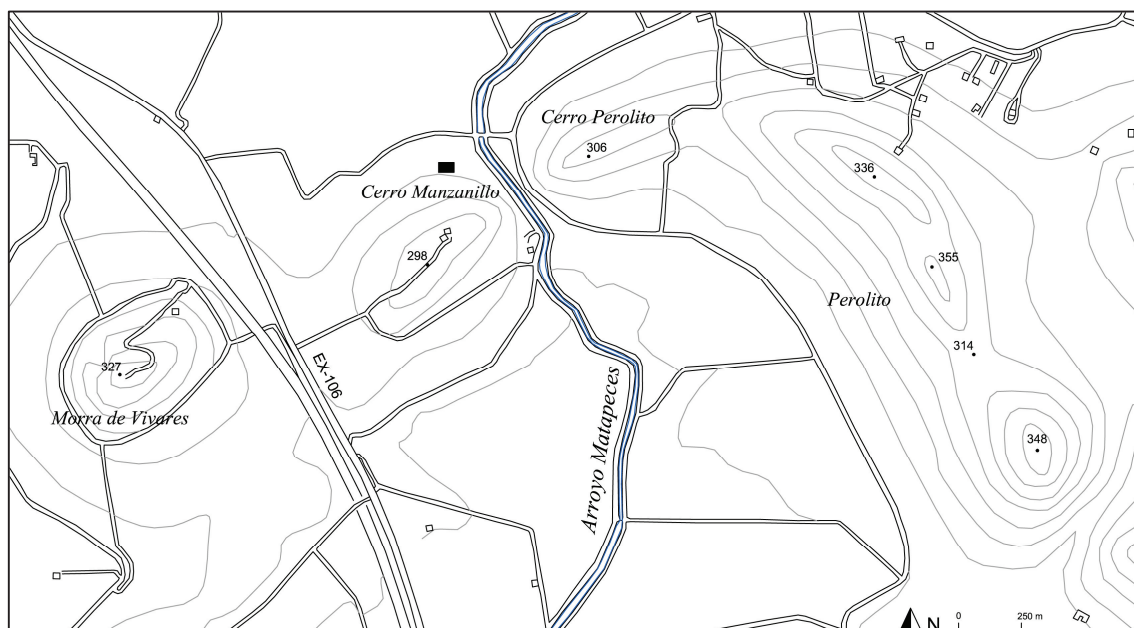
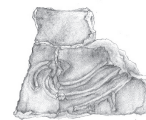


Fig. 360. Plano de localización del yacimiento de El Manzanillo

Se trata de un pequeño poblado en llano definido como un “núcleo residencial” de unas 0,05 – 0,08 ha., pues aunque la ocupación parece cubrir una extensión de 800m², los restos protohistóricos mejor conservados se extienden por una superficie de 540m²; cuyas construcciones, orientadas al norte, se organizan en torno a un patio empedrado (fig. 361). Podemos agrupar sus estructuras en torno a tres áreas funcionales bien diferenciadas: los espacios domésticos, las zonas de almacenaje y un área destinada a la actividad metalúrgica; las tres se organizan a partir de un sistema de rampas que facilitan la circulación interna. Tienen planta rectangular y trapezoidal edificadas a partir de zócalos de piedra trabados con barro, de unos 0,45 – 0,50 m de grosor, sobre los que se alzarían paramentos de adobe y piedra que no se conservan, pues las construcciones presentan un elevado grado de arrasamiento¹²¹⁴. Sus cubiertas debieron ser planas y no parece que contaran con un piso superior, pues no se han constatado escaleras de acceso o restos que indiquen la existencia de segundas plantas. En cuanto a sus pavimentos, son por lo general de tierra apisonada de tonalidades amarillentas y rojizas, aunque existen algunos ejemplos enlosados, como el patio, y otros en los que el pavimento de arcilla se dispone sobre un preparado de guijarros que le da consistencia y ayuda al drenaje del agua.

¹²¹⁴ Rodríguez Díaz, 2009b: 82

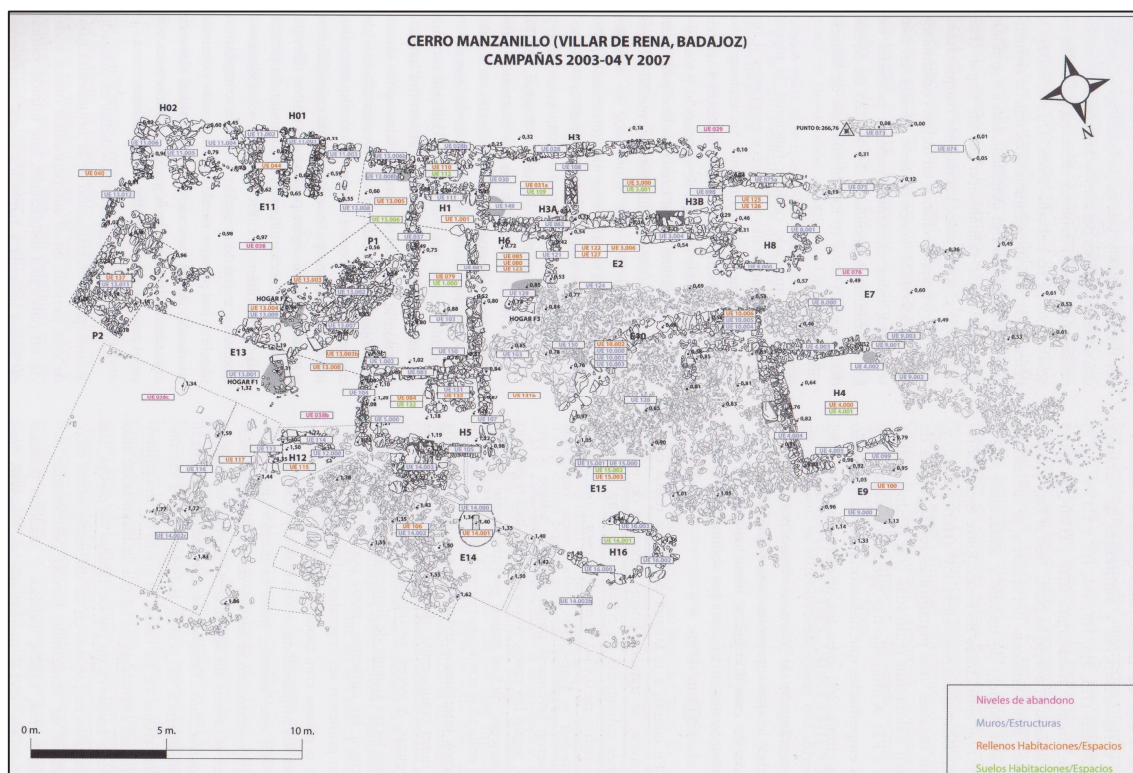
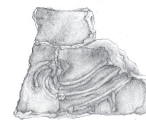


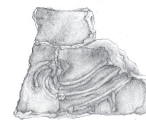
Fig. 361. Planimetría general de Cerro Manzanillo (según Rodríguez Díaz y otros, 2009: 40, fig. 5)

Así pues, la excavación de estas estructuras y el estudio del material recuperado han permitido fechar este enclave entre los siglos VII – VI a.C.¹²¹⁵, individualizando la existencia de dos fases constructivas diferentes (fig. 362 y 363):

- **Fase I:** en la primera fase de ocupación el enclave contaba únicamente con dos viviendas (H3 y H 5-12), separadas entre sí por un espacio de 5 m. La vivienda H3 es quizás la más antigua del enclave, además de ser la más extensa. Está formada por dos estancias rectangulares que conforman una vivienda de 8,39 x 3 m. El acceso a la misma se realizaba por un vano de 0,90 m que daba paso a una estructura escalonada de dos peldaños que salva el desnivel con el exterior. Adosado a la fachada se documentó un banco corrido que mira hacia la plataforma que, en la segunda fase, se corresponde con el patio distribuidor (E10) a partir del cual se organiza todo el poblado.

La vivienda H5 cuenta con una única estancia de planta rectangular con unas dimensiones de 2,10 – 2,40 m de ancho por 3,60 – 4,10m de largo, y estado dotada con un banco-vasar adosado en el ángulo suroeste de la estancia. Al igual que la vivienda H3, el pavimento de la estancia es de arcilla apisonada. El

¹²¹⁵ Rodríguez Díaz, 2009b: 76; Rodríguez Díaz y otros, 2009: 38



acceso se realiza a través de un vano de 0,90 m de luz localizado en el muro norte, precedido de un escalón que ayuda a salvar el desnivel.

Junto a ambas construcciones se localizó una estructura compartimentada por 7 muros paralelos que llevó a sus excavadores a interpretarlo como un posible almacén (HO1), funcionalidad que pareció confirmarse en la campaña de excavaciones de 2007 donde se observó que se trataba en realidad de dos construcciones distintas que hacen las veces de almacén elevado para la preservación de los excedentes agrícolas; no obstante, debemos tener en cuenta el resultado negativo obtenido en la flotación de sedimentos, donde no se localizaron ni restos antracológicos ni carpológicos, lo que dificulta la caracterización funcional de esta construcción. Así mismo, el edificio cuenta en la parte delantera con una estructura rectangular construida en piedra cuya funcionalidad nos es desconocida.

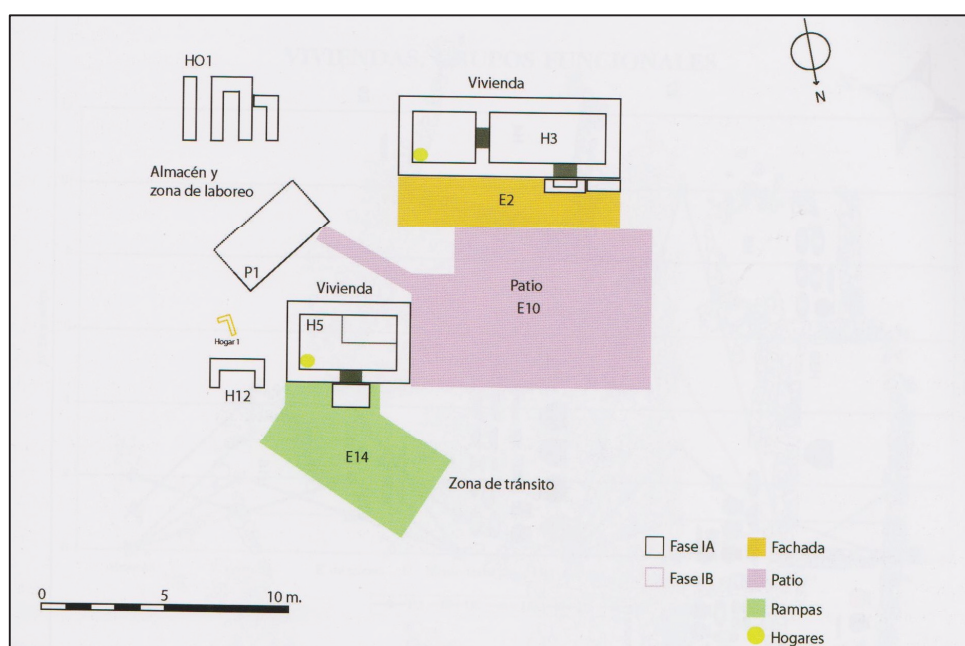


Fig. 362. Fases constructivas de Cerro Manzanillo (según Rodríguez Díaz y otros, 2009: 125, fig. 54-A)

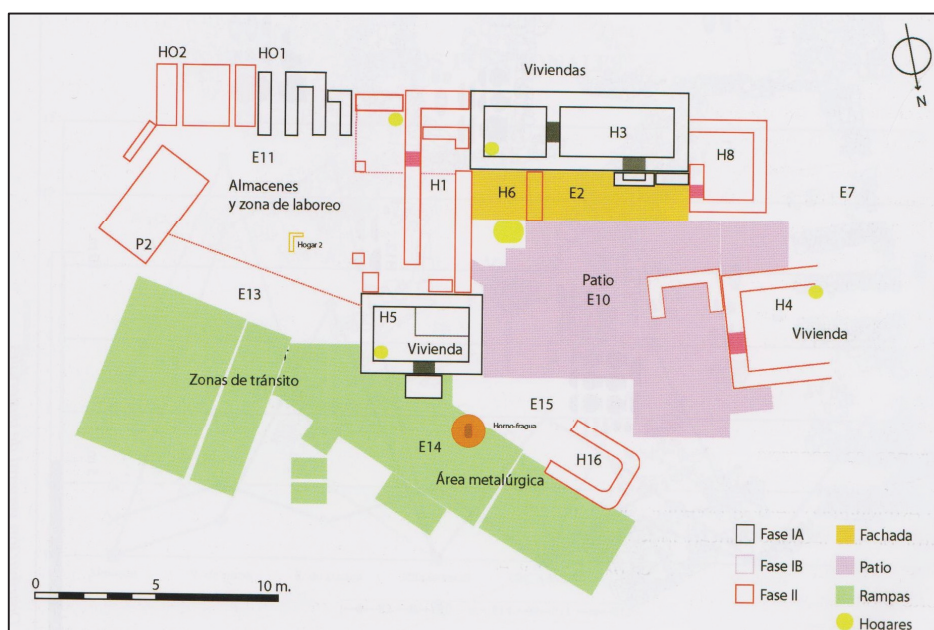
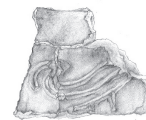
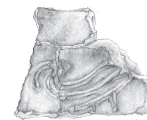


Fig. 363. Fases constructivas de Cerro Manzanillo (según Rodríguez Díaz y otros, 2009: 125, fig. 54-B)

- Fase II: la segunda fase de ocupación supuso la reordenación y ampliación del enclave, lo que permite suponer que existió un aumento demográfico que obligó a ampliar el número de viviendas y las zonas de labor. Así, en este proceso de ampliación, a la estancia H3 se le adosó una nueva habitación (H8), dotando a la fachada de la vivienda de una especie de porche que cobijaba un hogar (H6). Por otro lado, los extremos oeste y este del enclave fueron dotados de sendas viviendas, H4 y H1, respectivamente. Así mismo, en el lado norte se observa la ampliación de la rampa de acceso a H5 y la construcción de un taller metalúrgico que cuenta con un horno-fragua y un cobertizo auxiliar.

La estancia H8 posee una planta cuadrada con unas dimensiones de 2,70 x 2,40 m, con un vano de acceso en su muro este de 0,80 m de luz; mientras que la estancia H6 presenta una planta rectangular de 2,28 x 2,05 m, dotada de un gran hogar de 1 m de largo, el de mayor tamaño de los conocidos en este asentamiento.

En torno al patio se dispone la vivienda H4 que, junto a la H8, configura un corredor de 2,50 m que da acceso al espacio abierto. La vivienda es de planta rectangular con unas dimensiones de 3,65 x 3,50 m y cuenta con una única estancia precedida de un porche que cubre el vano de acceso de 0,90 m de anchura. Finalmente, la estancia H1 posee una forma alargada de 1,95 x 0,98 m, y tiene como peculiaridad la presencia dos vanos de acceso en cada uno de sus lados cortos, lo que permite organizar la vivienda en dos ámbitos: uno doméstico



y otro destinado al laboreo y el almacenaje. Cabe destacar también cómo a estas labores de almacenaje se vincula un segundo almacén (HO2) construido junto al documentado en la Fase I. A pesar de su mal estado de conservación, parece que se trata de una construcción alargada de 4 x 2,35 m con una base articulada en tres brazos que lo eleva del suelo.

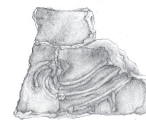
A estas construcciones se añade, en la parte delantera del patio, una estructura destinada a la actividad metalúrgica y una estancia que funciona con ésta (H16). Se trata de una habitación de planta rectangular en forma de U con el muro del fondo arqueado. Posee unas dimensiones de 2,07 x 1,80 m, junto al que se dispone un horno-fragua de forma circular con un diámetro de entre 1,30 – 1,60 m, en cuyo centro se dispone una cubeta. Los análisis realizados en el interior de esta estructura de fundición muestran su relación con la metalurgia del hierro¹²¹⁶, por lo que el hallazgo ha sido interpretado como un taller de forja destinado a la fabricación o reparación de útiles o herramientas de uso comunitario¹²¹⁷. A pesar de estos resultados analíticos, huelga decir que no hay evidencias de herramientas fabricadas en hierro entre los útiles metálicos documentados en las excavaciones, aunque se han registrado en el espacio E14 varias escorias de hierro.

Por último, todas estas construcciones se organizan en torno a un patio (E10) encargado de articular el asentamiento. Tiene planta rectangular, con unas dimensiones de 10 x 6,10 m, y está empedrado con lajas de cuarcita a partir de “líneas maestras”. Los espacios vacíos en el pavimento se rellenaron con cantos de distintos tamaños que favorecen el drenaje del agua. Por último, cabe destacar cómo a lo largo del patio se ha conseguido individualizar un canal de desagüe con recorrido curvado en sentido suroeste-noroeste de 0,25 – 0,30 m de anchura y 7 m de longitud.

En lo que respecta al repertorio material (fig. 364), resulta bastante homogéneo. La cerámica cuenta con piezas fabricadas tanto a mano como a torno, predominando los recipientes de almacenaje y las cerámicas grises dentro del repertorio. Junto a la cerámica destaca el elevado número de molinos barquiformes (fig. 366), un total de 50, lo que establece una fuerte relación entre este enclave y el sistema de producción agrícola y las labores que éste conlleva, evidencias a las que se suma la aparición de los

¹²¹⁶ Rovira, 2009

¹²¹⁷ Rodríguez Días, Duque y Pavón, 2009: 90



dos almacenes sobre elevados que funcionarían a modo de hórreos donde se depositaría el cereal dentro de ánforas o sacos, preservando de ese modo el excedente de la comunidad. En cuanto a las evidencias metalúrgicas, y como ya apuntábamos, se han documentado varias escorias de hierro, así como tres fibulas anulares y una pulsera o brazalete de bronce.



Fig. 364. Distribución general de los materiales (según Rodríguez Díaz y otros, 2009: 126, fig. 55).



Fig. 365. Propuesta de reconstrucción del yacimiento de Cerro Manzanillo (según Rodríguez Díaz y otros, 2009: 131, fig. 58)

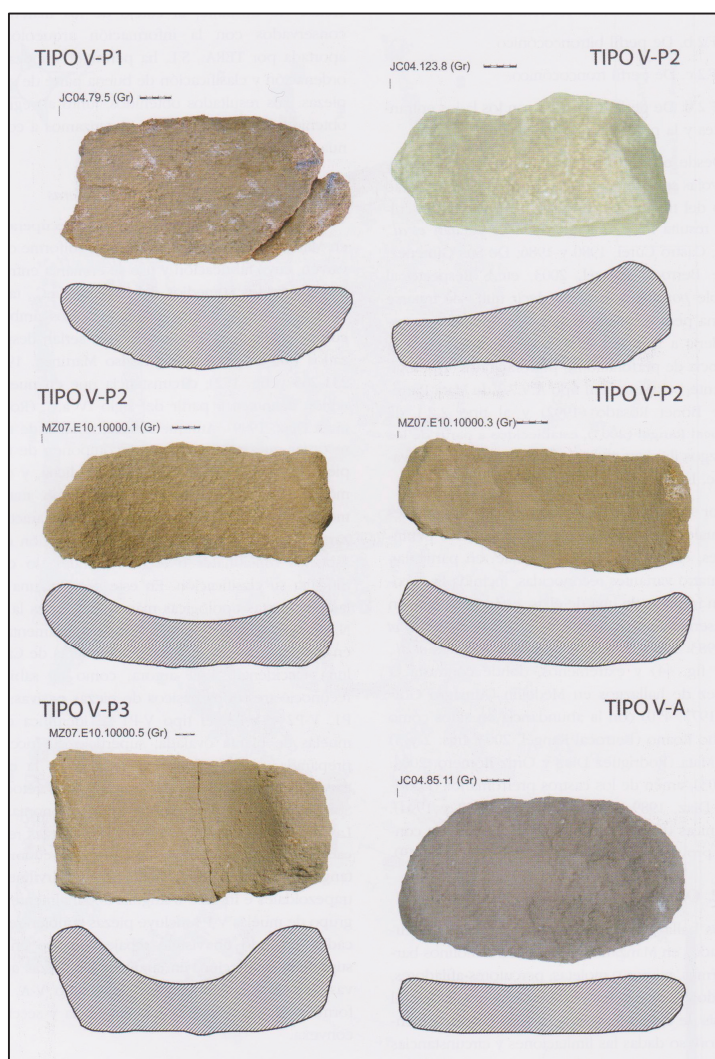
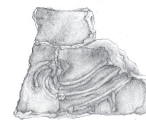
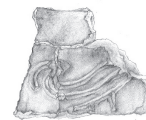


Fig. 366. Lote de molinos barquiformes documentados en las excavaciones (según Rodríguez Díaz y otros, 2009: 118, fig. 50)

El abandono del enclave se ha fechado a mediados del siglo VI a.C., sin que existan muestras de violencia en dicho proceso. Las dimensiones que posee y las características anteriormente descritas han llevado a sus excavadores a concluir que se trataría de un “núcleo residencial” que califican de caserío, destinado a cobijar a una familia a lo largo de dos o tres generaciones. Esta población dedicaría su actividad a las labores agrícolas, lo que parece confirmarse por la localización que ocupa el enclave, la abundancia de molinos barquiformes hallados y la existencia, entre sus construcciones, de dos “almacenes elevados”¹²¹⁸ destinados al almacenaje del excedente agrícola.

¹²¹⁸ Rodríguez Díaz y otros, 2009: 132



VI.2.2.2.3. Fase II: los asentamientos en llano de los siglos V – IV a.C.

- **El yacimiento de La Veguilla (Don Benito, Badajoz):**

Aunque ya hemos hecho mención de este enclave al analizar el entorno territorial de Medellín, estamos obligados a incluir el asentamiento de la Veguilla dentro de este epígrafe, pues consideramos que, de todas las evidencias recogidas en las labores de prospección, éste es el único yacimiento que puede incluirse dentro de este análisis de asentamientos en llano al contar con un repertorio material y unos restos constructivos significativos.

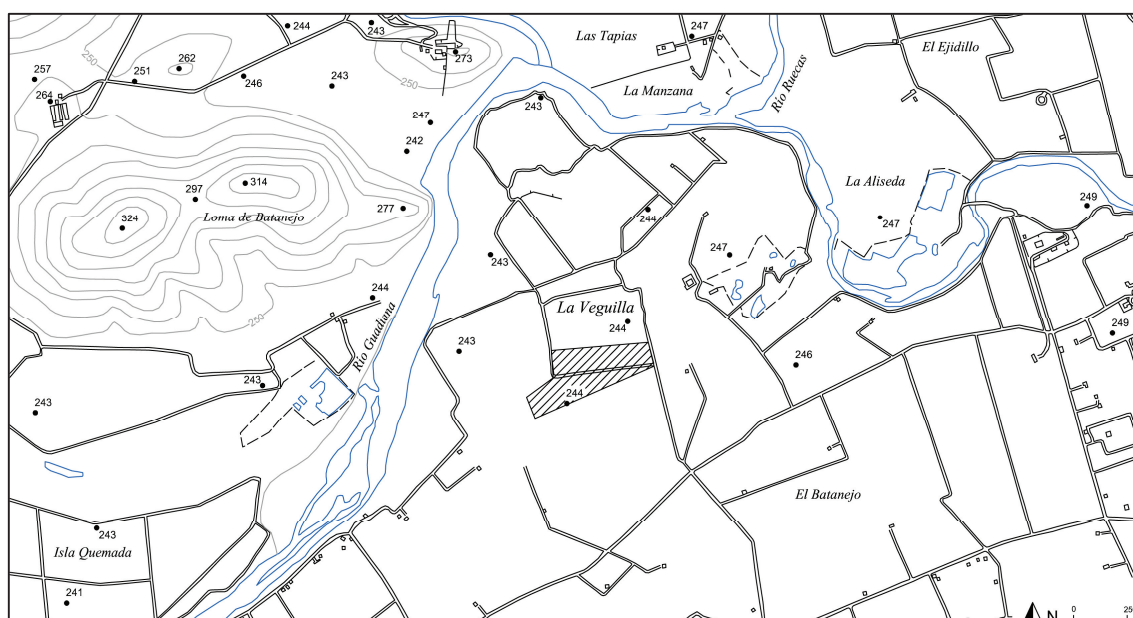
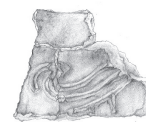


Fig. 367. Plano de localización del yacimiento de la Veguilla

El yacimiento de la Veguilla fue localizado en el transcurso de las prospecciones llevadas a cabo en el entorno de Cerro Manzanillo de forma coetánea al desarrollo de las excavaciones arqueológicas en este enclave; por lo que la única información con la que contamos para su estudio procede de los materiales recogidos en superficie. El yacimiento se localiza sobre un falso llano a 244 m.s.n.m. frente a la desembocadura del río Rucas en el Guadiana, junto a fértiles tierras destinadas al cultivo agrícola (fig. 367). Gracias al material recogido en superficie se estima que el asentamiento tendría una extensión de unas 3 – 4 ha., destacando entre sus restos la aparición de diversas estructuras murarias (fig. 371) construidas con cantos rodados, pavimentos de arcilla apisonada y cantos, así como una mancha cenicienta interpretada como un posible hogar, localizados en el corte de una de las lindes que separan dos parcelas de la finca por donde se extiende el yacimiento. En lo que respecta al material arqueológico



recogido, predominan las cerámicas, producciones tanto a mano (fig. 368) como a torno (fig. 369) entre las que destacan los recipientes de almacenaje y la cerámica gris (fig. 370), acompañados de 12 molinos barquiformes y una posible quicialera de granito¹²¹⁹ que indican el evidente carácter agrícola de este asentamiento.

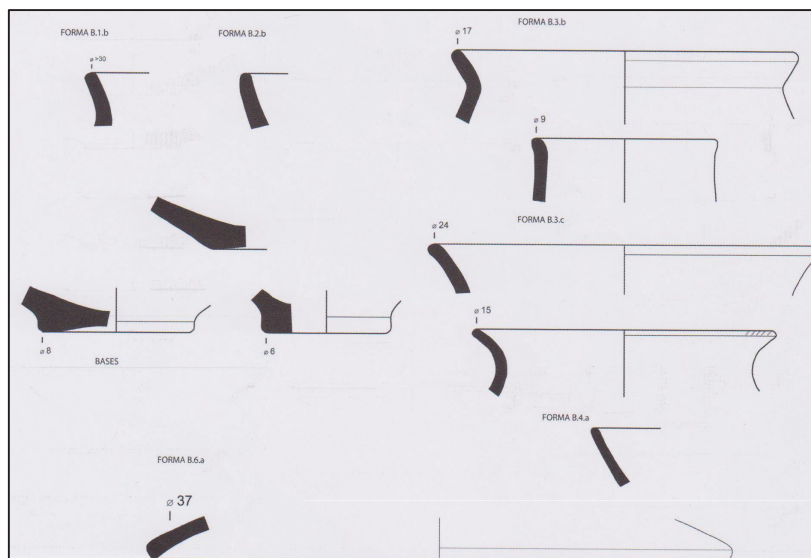


Fig. 368. Cerámicas a mano de la Veguilla (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 198, fig. 8)

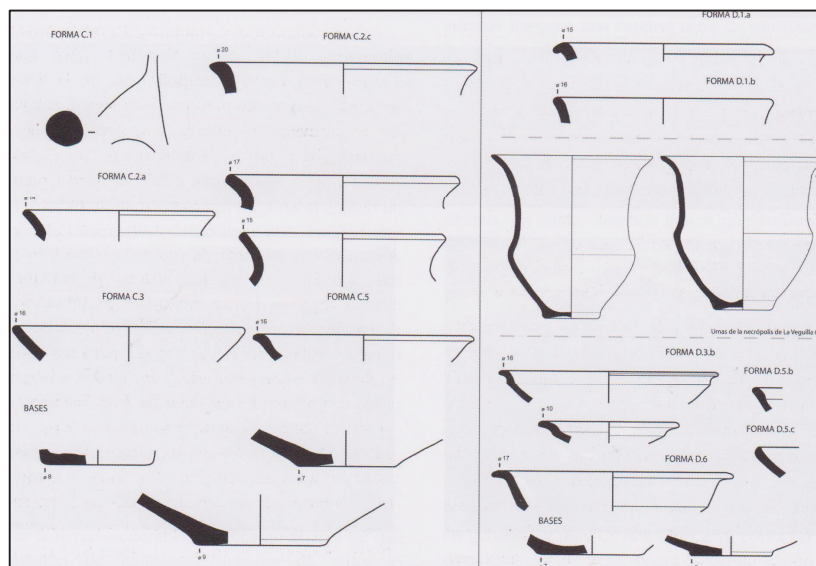


Fig. 369. Cerámicas a torno toscas y oxidantes lisas de la Veguilla (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 198, fig. 9)

¹²¹⁹ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 275

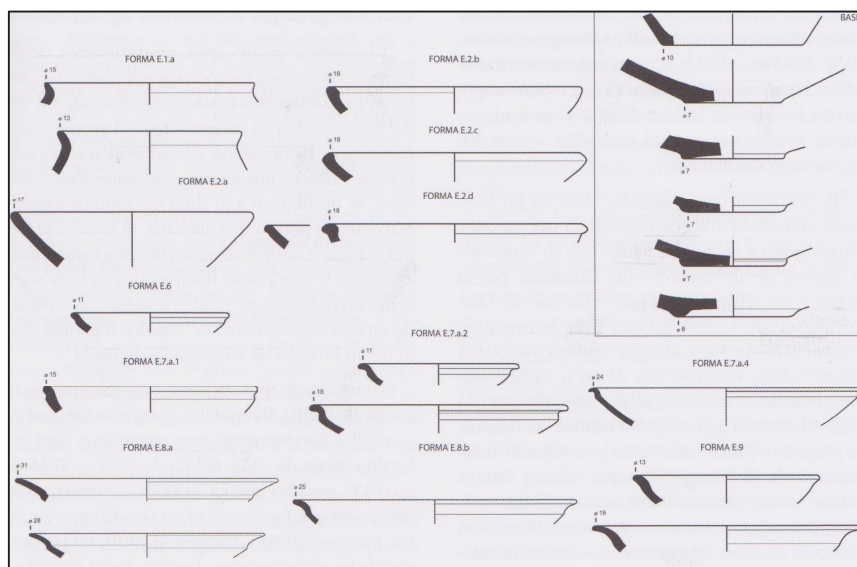
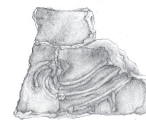


Fig. 370. Cerámicas grises de la Veguilla (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 199, fig. 10)



Fig. 371. Estructuras documentadas en la Veguilla (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 275)

En relación directa con este yacimiento se han puesto los restos documentados en la Veguilla-6, interpretados como una posible necrópolis¹²²⁰. Como ya indicamos, en una de las divisorias de dos parcelas fueron localizadas dos urnas completas cubiertas de guijarros que fueron interpretadas como sendos enterramientos (fig. 372). Si bien en su interior no se documentaron restos de incineraciones, en su entorno se registraron restos de carbones, cenizas y huesos cremados que parecen apuntar hacia dicha funcionalidad.

¹²²⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 305

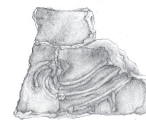
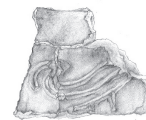


Fig. 372. Localización de las urnas en el perfil y fotografía de las urnas reconstruidas (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2009: 305)

La extensión que parece presentar el asentamiento de La Veguilla ha llevado a sus excavadores a incluirla dentro de la categoría de aldea, cuyo paralelo más cercano es el yacimiento de El Palomar. Relacionados con este enclave se han detectado otros de menor tamaño considerados como granjas o caseríos agrícolas, pues además de tener una extensión mucho más reducida, los restos materiales que los identifican son muy limitados, hecho por el cual hemos considerado oportuno excluirllos de este análisis territorial de los asentamientos en llano. Muchos de estos enclaves han sido identificados a partir de la presencia exclusiva de molinos barquiformes, muchas veces fragmentados. Debemos tener en cuenta que los molinos son elementos con una gran movilidad en un entorno geográfico cambiante, donde los límites de las parcelas se transforman constantemente y donde las tierras se mueven con cierta facilidad fruto de la actividad agrícola a la que se destinan todas las tierras del entorno del Guadiana; además, estamos ante unos tipos, los barquiformes, cuyo uso no se limita a la I Edad del Hierro, sino que siguen en vigor durante toda la II Edad del Hierro e incluso se detectan en algunos yacimientos ya de época romana, por lo que a falta de un contexto arqueológico claro donde insertarlos, no los consideramos el elemento más idóneo para definir, y además por sí solos, un asentamiento.

- **El yacimiento del Cerro la Barca - Torruco (Villanueva de la Serena, Badajoz):**

El yacimiento del Cerro de la Barca – Torruco se localiza en el término municipal del Villanueva de la Serena (Badajoz), sobre una suave loma que mira hacia el Guadiana, que discurre a pocos metros al norte del enclave con una diferencia de cota entre ambos de 40m (fig. 373). Esta posición le permite no solo controlar el paso del río, principal vía de comunicación, sino que además le brinda una excelente conexión visual



con enclaves como el Tamborrio, del que dista 5km o el cerro del Castillo de Medellín, del que le separan 14 km.

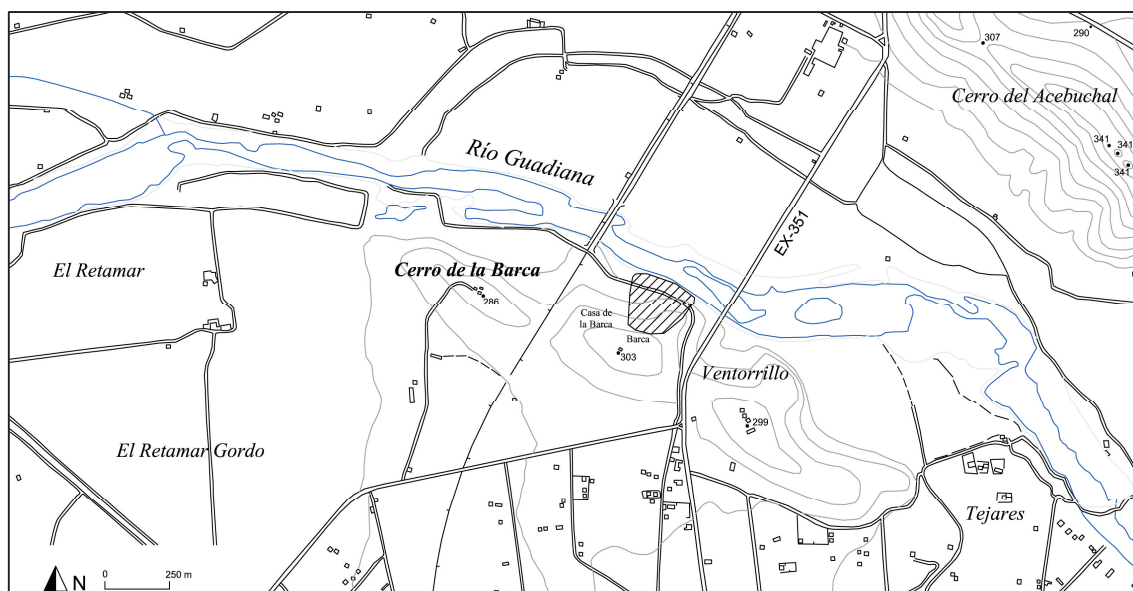


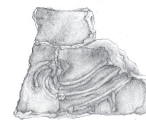
Fig. 373. Plano de localización del yacimiento de Cerro la Barca – Torruco

En la primera identificación que se hizo del yacimiento se caracterizó como “*un posible hallazgo de naturaleza tumular*”¹²²¹ que se localizaba en la parte más pronunciada de la elevación, donde se percibe un montículo de tierra junto a un cortijo hoy abandonado que desvirtúa el aspecto del sitio tanto por la construcción como por la existencia de varias zanjas que han alterado sensiblemente su topografía original (fig. 374); no obstante, y a pesar de estas dificultades, se estimó que la elevación tendría un diámetro en su base de unos 40 – 50 m y unos 2 m de altura. Posteriores revisiones¹²²² han identificado este enclave como un poblado en llano ubicado concretamente en la ladera norte del cerro, la que mira al río; hipótesis que nosotros hemos podido corroborar tras las labores de prospección que llevamos a cabo en el yacimiento la pasada primavera de 2013¹²²³. Así mismo, y de forma coetánea a la ejecución de las tareas de prospección, detectamos la existencia de una actividad de expolio que había sacado a la luz restos de adobes, abundantes carbones y cenizas, así como grandes lajas de pizarra que parecían proceder de un pavimento. Junto a los restos constructivos destruidos localizamos abundantes restos materiales, fundamentalmente cerámicos,

¹²²¹ Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1998: 230 ;245; Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 577

¹²²² Jiménez Ávila, 2001:194; Jiménez Ávila y Ortega, 2008 :258; Rodríguez González, 2013: 76

¹²²³ Rodríguez y Celestino, 2013. Memoria de intervención arqueológica: Prospección arqueológica intensiva para la identificación y valoración del patrimonio arqueológico en el entorno de los túmulos localizados en la cuenca media del Guadiana, depositada en la Consejería de Patrimonio de la Junta de Extremadura (Expt. INT/2013/004, YAC 112631).



entre los que destaca la significativa presencia de recipientes de almacenaje R1, todos ellos fragmentados (fig. 375).

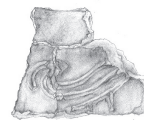


Fig. 374. Localización del túmulo de La Barca – Torruco (según Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 603)

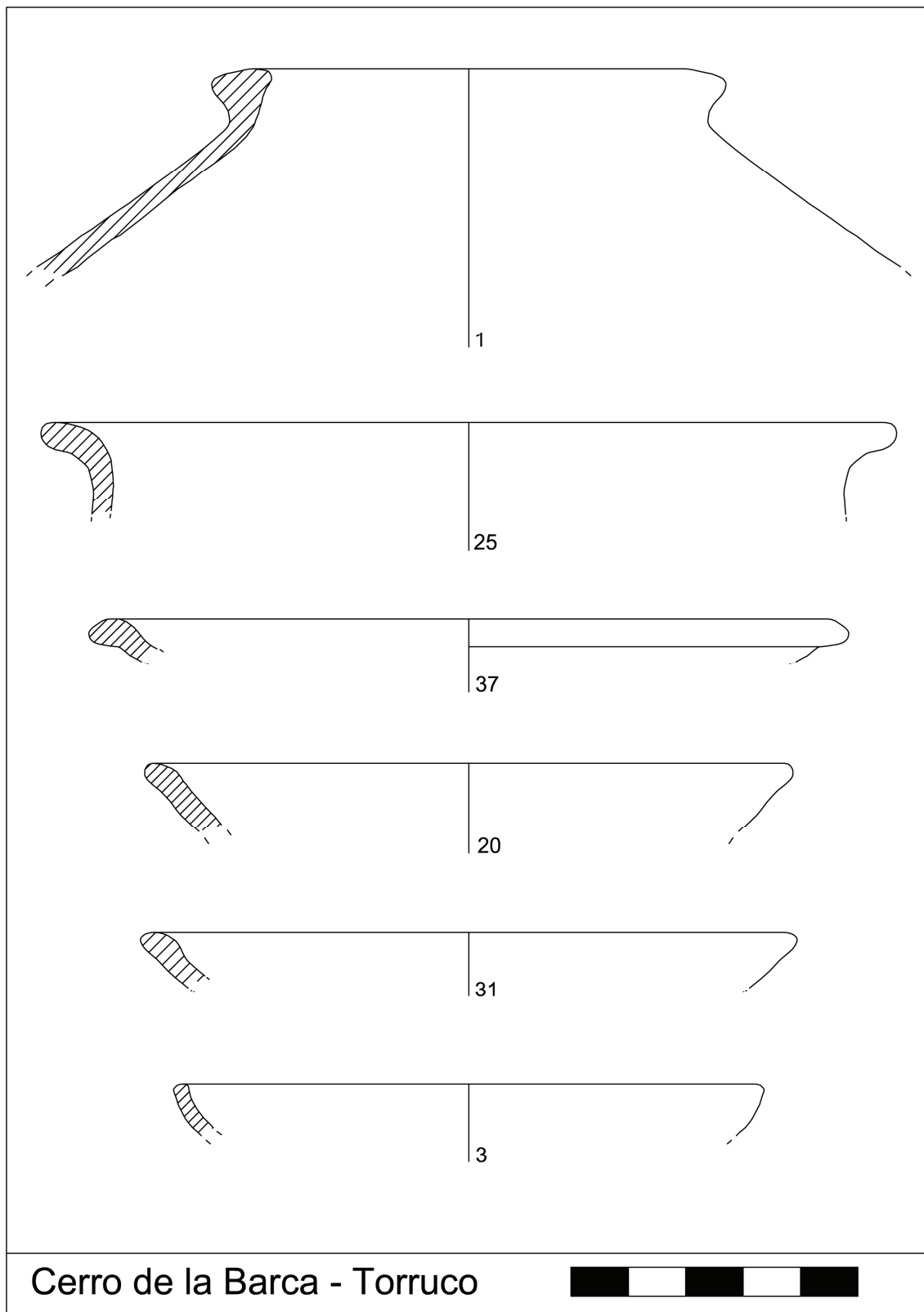


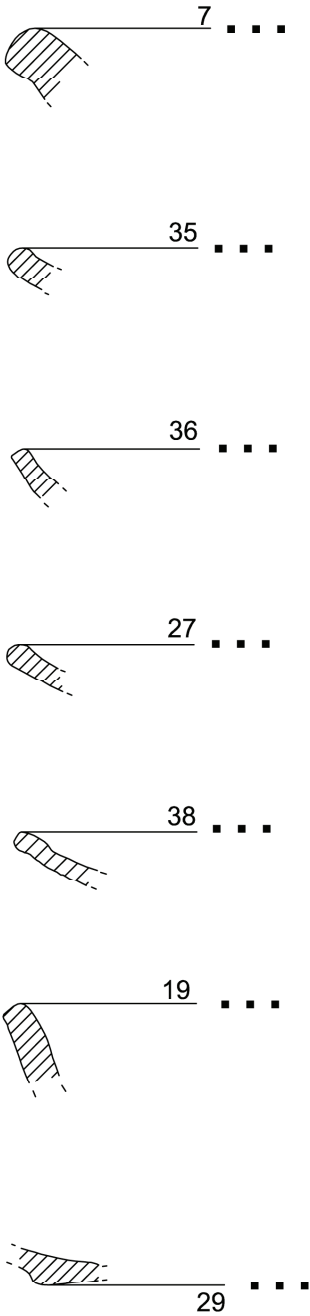
Fig. 375. Restos de la actividad de expolio

La naturaleza de los trabajos llevados a cabo en este enclave solo nos permiten conocer su organización y cronología a través de los materiales que han sido recogidos en superficie y otro conjunto procedente de la realización de una veintena de sondeos mecánicos ejecutados en el años 2003 para la extracción de áridos para la construcción de la carretera que une Miajadas con Don Benito. Dichos trabajos, efectuados mediante



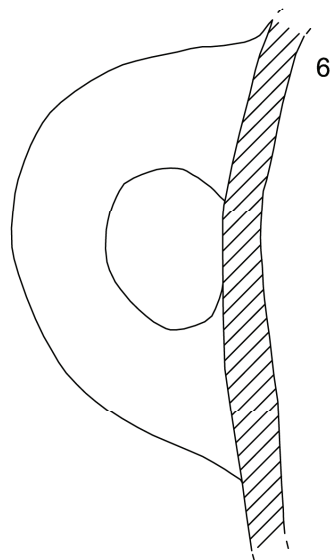
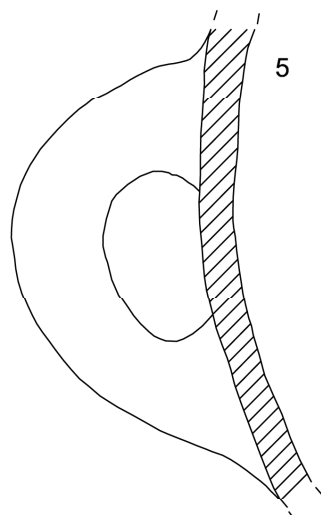
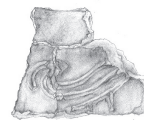
el uso maquinaria pesada, han aportado un conjunto de materiales sin contexto que solo nos permiten acotar el marco cultural y cronológico de este yacimiento.





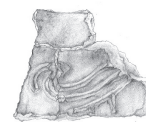
Cerro de la Barca - Torruco





Cerro de la Barca - Torruco





El primer elemento del que tenemos constancia procedente de este asentamiento es una placa de bronce documentada en 1998 sin contexto arqueológico, que portaría una figura zoomorfa de la que únicamente se conserva el arranque de sus patas¹²²⁴ (fig. 376). Sus paralelos más cercanos se localizan en el yacimiento de Cancho Roano¹²²⁵ (fig. 377), donde se han hallado cuatro ejemplares interpretados como posibles tapaderas de cajas datadas en el siglo V a.C., cronología que nos sirve en este caso para poder fechar el enclave localizado en el Cerro de la Barca. A este hallazgo fortuito se suman los materiales cerámicos y los restos metalúrgicos recogidos tanto en los sondeos como en los trabajos de prospección. Cabe destacar en el conjunto la abundante presencia de cerámicas grises, recipientes de almacenaje, como el borde y las asas de un ánfora CR IB, ejemplar que empieza a producirse a partir del siglo VI a.C. A los paralelos establecidos con el vecino edificio de Cancho Roano se suman también la aparición de ollas con asas en cesta y algunos fragmentos de cerámicas pintadas; así como restos de manufacturas a mano con decoraciones incisas y digitadas.



Fig. 376. Placa de bronce documentada en el cerro de la Barca – Torruco

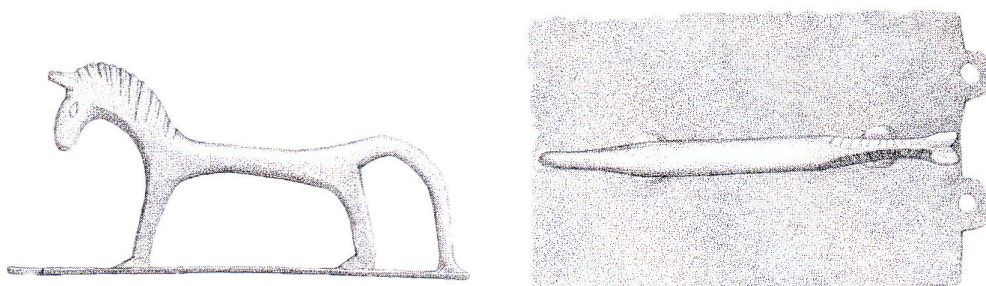
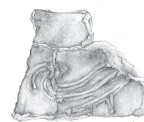


Fig. 377. Plataforma zoomorfa procedente de H8 (según Celestino y Zulueta, 2003: 50, fig. 14.1)

¹²²⁴ Jiménez Ávila, 2001: 199, fig. 5; Jiménez Ávila y Ortega, 2008: 261, fig. 6; Rodríguez González, 2013: 83, fig. 2

¹²²⁵ Celestino y Zulueta, 2003: 49-52



Pero lo que más llama la atención dentro del conjunto de materiales documentados en este yacimiento es la presencia de más de una treinta de fragmentos de escorias (fig. 378) que se vinculan con partes de toberas y crisoles que aún conservan adheridos restos de metal en su interior (fig. 379), lo que ha sugerido la existencia de un taller de bronzista dentro del área productiva de este asentamiento¹²²⁶. A estos restos se suma la aparición de varios molinos barquiformes relacionados con las labores agrícolas y la molienda del grado, algo que no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que el Cerro de la Barca se localiza dentro de una de las regiones más fértiles de la cuenca media del Guadiana (fig. 380).

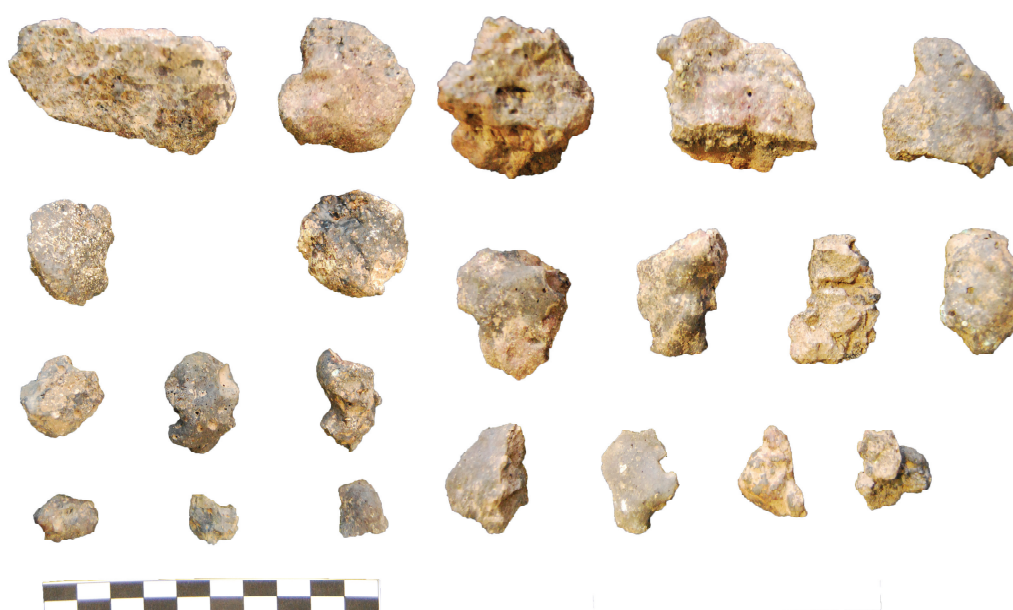


Fig. 378. Lote de escorias procedentes del cerro La Barca – Torruco

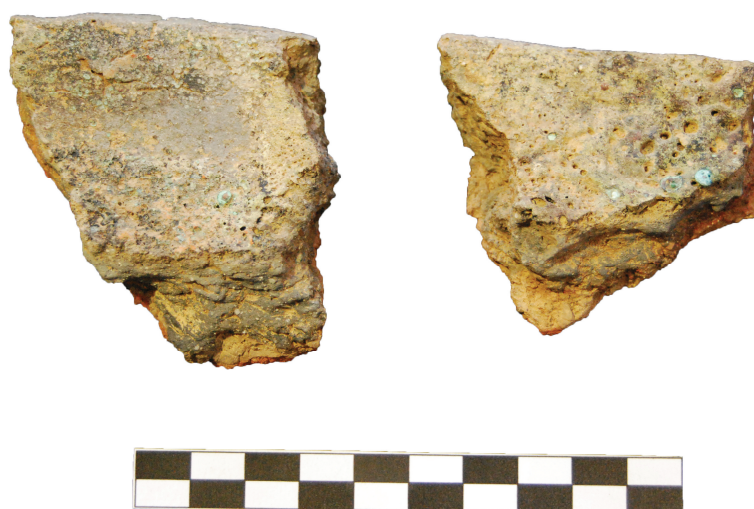


Fig. 379. Fragmentos de crisoles con restos de bronce

¹²²⁶ Jiménez Ávila y Ortega, 2008: 260

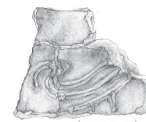
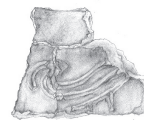


Fig. 380. Molinos barquiformes localizados durante las labores de prospección



Fig. 381. Estructuras localizadas en superficie

En cuanto a la presencia de construcciones, éstas resultan muy complejas de definir; sin embargo, junto a los restos documentados por la actividad de expolio se ha detectado la presencia de algunos muros de piedra con orientación sur-norte dispuestos a mitad de ladera (fig. 381), cuya funcionalidad nos es desconocida, así como una posible atarjea para la canalización de las aguas (fig. 382). La dispersión de los materiales y la localización de las estructuras nos permiten estimar que la superficie que ocupa el poblado sería de unas 3 ha. Aunque desconocemos su estado de conservación, el hecho de que la parcela en la que se encuentra esté ahora dedicada al pasto y la ganadería nos lleva a pensar en la buena preservación de los restos que no han sufrido el continuo enviste de los arados y la maquinaria agrícola; no obstante, puede observarse cómo el enclave ha sido seccionado en su parte baja por la construcción de un camino natural y una zona de recreo, por lo que el sector norte del mismo está prácticamente



desaparecido. Así pues, solo futuras intervenciones arqueológicas podrán determinar la extensión total del asentamiento así como la funcionalidad del mismo, aunque por su localización cabe intuir una fuerte relación con la explotación agrícola y ganadera del entorno, así como con el cercano asentamiento del Tamborrio, del que seguramente dependería.



Fig. 382. Posible sistema de canalización localizado en superficie

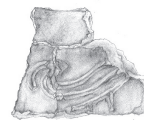


Fig. 383. Hipotética extensión del yacimiento en llano de cerro de La Barca – Torruco

- **El yacimiento de El Chaparral (Aljucén, Badajoz):**

El poblado de El Chaparral (Aljucén, Badajoz) fue descubierto de forma fortuita como consecuencia de las obras efectuadas en la Autovía A-66 a su paso por el término municipal de Aljucén. Tras las labores de desbroce pudieron apreciarse a escasa profundidad un conjunto de estructuras que provocaron el planteamiento y ejecución de una intervención de urgencia entre octubre y noviembre de 2003.

El yacimiento se localiza en la ladera de uno de los cerros que caracterizan la topografía imbricada de este entorno próximo a las elevaciones de Montánchez – San Pedro, que delimitan los valles del Tajo y el Guadiana medios. A escasos 300 m discurre el río Aljucén, que corre por un paisaje de dehesa que vincula el yacimiento con una actividad eminentemente ganadera (fig. 384). La escasa profundidad a la que fueron localizados los restos provoca que su estado de conservación sea muy precario; no obstante, han podido individualizarse algunas construcciones que indican un único momento de ocupación durante el siglo V a.C. Esta cronología, comparada con la de los asentamientos analizados hasta el momento, otorga al enclave la peculiaridad de convivir con la existencia o, mejor dicho, con el momento de máximo esplendor y desarrollo de los edificios bajo túmulo.

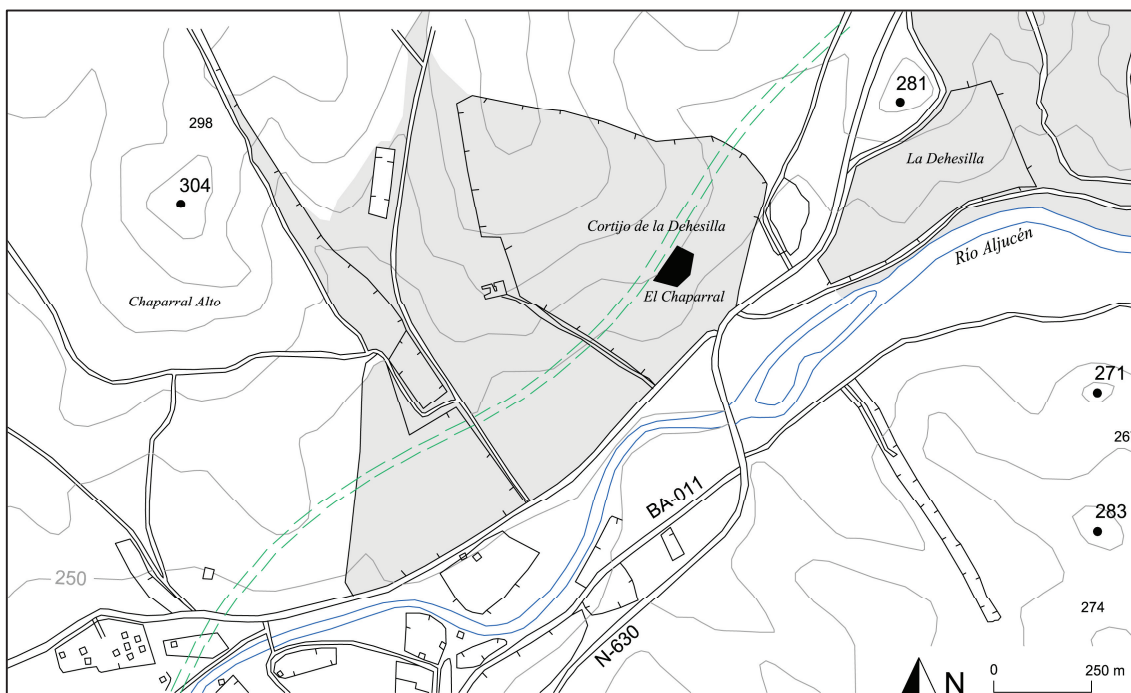
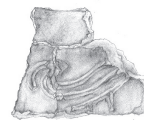
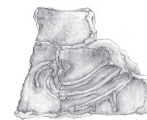


Fig. 384. Mapa de localización del yacimiento de El Chaparral



Fig. 385. Vista general de las excavaciones de El Chaparral (según Jiménez Ávila, Ortega y López Guerra, 2005: 460, fig. 2)



En lo que a los restos documentados respecta, se trata de un asentamiento en llano abierto que no cuenta ni con defensas naturales ni artificiales (fig. 385 y 386). Aunque en una primera publicación preliminar¹²²⁷ se estimó que sus dimensiones eran de 3 ha., un trabajo más reciente¹²²⁸ apunta como la dispersión de los materiales en superficie no supera la media hectárea. Esta nueva lectura no permite incluir a El Chaparral dentro del conjunto de aldeas o supra-aldeas tipo el Palomar, sino que en todo caso vendría a engrosar el elevado número de pequeñas granjas o caseríos dispersos por la cuenca media del Guadiana. La extensión del asentamiento resulta en todo caso aproximativa, pues en esta ocasión únicamente han sido excavados aquellos restos afectados por la construcción viaria, incluidos dentro del planteamiento de un corte estratigráfico de 30 x 15 m.

Los diferentes trabajos de excavación han permitido individualizar dos zonas (A1-A2) separadas por sendos muretes, pero intercomunicadas. En el definido como ámbito A1, localizado al sur de la zona excavada, se integran las construcciones E1, E2 y E3. Quizás la definida como E3 es la que presenta mayores particularismos, pues junto a una estancia cuadrangular se localizaron una serie de construcciones circulares, tres de ellas conservadas completas y una cuarta que se pierde bajo el perfil del área de excavación. La construcción se realizó a partir de un muro circular de piedra relleno de piedras y grava, con diámetros que oscilan entre 1,80 – 2,50 m. Aunque en un primer trabajo estas estructuras fueron identificadas con posibles almacenes de excedente agrícola de carácter familiar¹²²⁹, con paralelos en El Palomar, posteriormente han sido identificados como hornos-tahona para la preparación de alimentos¹²³⁰ al haberse detectado restos de combustión en el interior de las estructuras y la presencia de carbones y restos de adobe en su entorno, posiblemente provenientes de la cubierta del horno. Así mismo, y a diferencia de los ejemplos documentados en el Palomar, las estructuras de El Chaparral no están aisladas del suelo, sino que se construyeron justamente encima del mismo, lo que dificulta el aislamiento del cereal de la humedad que desprende la superficie.

¹²²⁷ Jiménez Ávila, Ortega y López-Guerra, 2005: 480

¹²²⁸ Sanabria, 2008: 101

¹²²⁹ Jiménez Ávila, Ortega y López-Guerra, 2005: 461; 465; Jiménez Ávila y Ortega, 2008: 271

¹²³⁰ Sanabria, 2008: 67

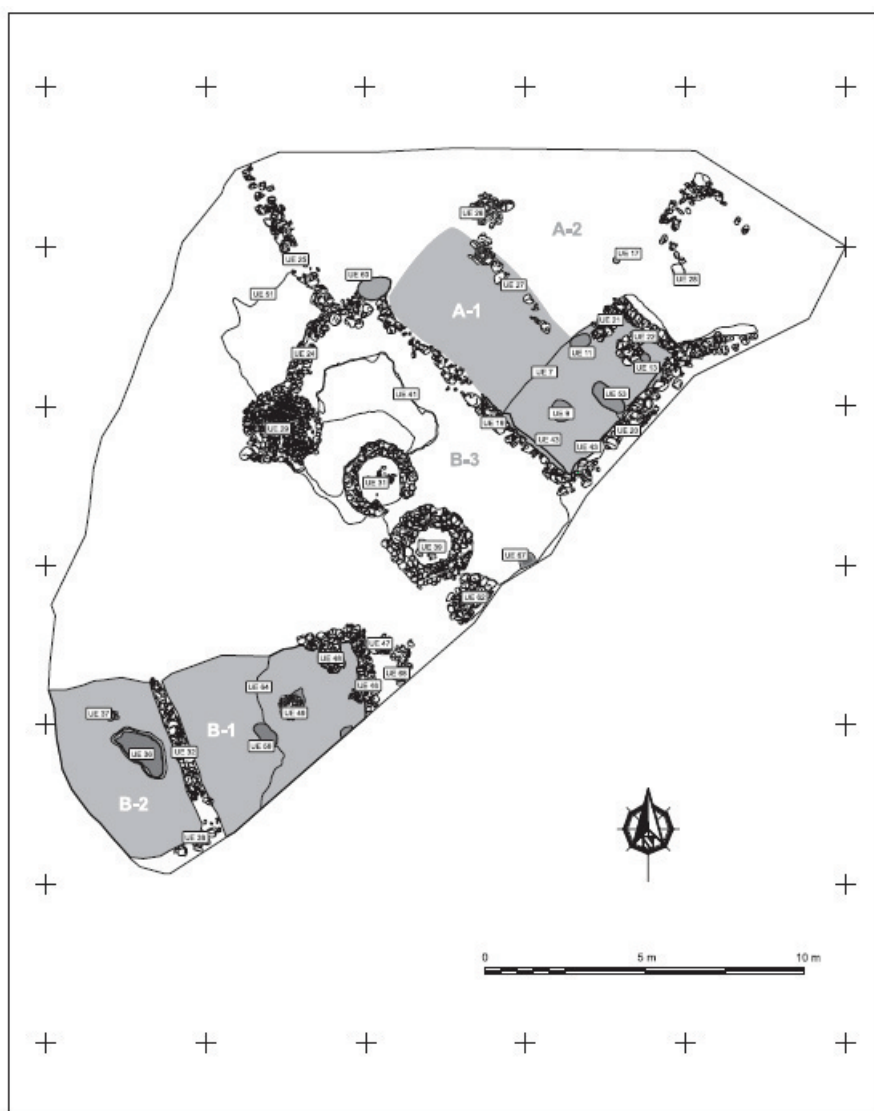
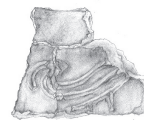
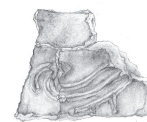


Fig. 386. Planimetría de El Chaparral (según Jiménez Ávila, Ortega y López-Guerra, 2005: 464, fig. 4)

La estancia E1 se ubica en el extremo suroccidental de la zona excavada. Tiene unas dimensiones de 4 x 1,6 m y cuenta con un vano de 1m de luz, el de menos anchura de todos los documentados en El Chaparral que, por norma general, superan los 3m de anchura. Por último, la estancia E2 no se conoce en su totalidad al perderse parte de la construcción bajo el perfil del corte estratigráfico. No obstante, ha podido deducirse de los restos recuperados que se comunicaría con la habitación E1 por el vano anteriormente descrito, aunque la estancia cuenta con un vano más de 4m de luz. En su interior han quedado documentados un hogar circular de 0,80 m de diámetro formado por un zócalo de piedra y dos capas de arcilla refractada, una cubeta de forma alargada y un poyete construido con mampuestos y adosado a uno de los muros con forma de L.



Por su parte, el segundo ámbito (A2) cuenta con dos estancias diferenciadas (E4 y E5). El espacio E5 se localiza al norte del área excavada, junto a E3 con el que se comunica por un vano de 0,50 m, y está conformada por una única estancia en la que se ha documentado otra cubeta. Mientras, la estancia E4, localizada al noreste, también anexa a E3 con la que comparte uno de los muros medianeros, está configurada en dos ambientes: uno rectangular en el que se excavaron varias cubetas y otro, peor conservado y de mayor simplicidad, interpretado como el vestíbulo que daría paso a la primera estancia.



Fig. 387. Estructura circular documentada en las excavaciones de El Chaparral (según Jiménez Ávila, Ortega y López-Guerra, 2005: 467, fig. 7)

A excepción de las construcciones circulares (fig. 387), las estancias cuadrangulares están construidas a partir de zócalos de piedra de unos 0,40 – 0,70 m de anchura, de las que se conservan únicamente dos hiladas sobre las que se alzarían paramentos de adobe; con pavimentos de arcilla apisonada poco cuidados. Cabe destacar cómo en la gran mayoría de las estancias excavadas se han detectado, al exterior, huellas de poste que indican que estas construcciones contarían con un pequeño porche o cubrición en alguna de sus fachadas.

En cuanto al repertorio material que acompaña a estas construcciones, del mismo modo que ocurría en el caso sintetizado de Cerro Manzanillo, presenta un perfil muy homogéneo. Abundan las cerámicas a mano y a torno, destacando dentro de estas últimas la presencia de cerámicas grises y de ollas con asas de cesta. Toda la cerámica recogida es de producción local con una total ausencia de importaciones. Entre el resto del material se han documentado dos fusayolas bitroncocónicas, restos de industria lítica y un colgante de bronce.



En definitiva, los restos exhumados en el Chaparral se corresponden con varias estructuras de carácter doméstico y productivo¹²³¹ que formarían parte de la periferia de un poblado que no ha sido excavado en su totalidad¹²³². Dentro de esta área extrarradio del poblado se integran espacios domésticos (E2 y E4), cobertizos (E1) y áreas abiertas (E3 y E5) destinadas a las labores de producción. Así mismo, la identificación de las cuatro estructuras circulares con hornos para la fabricación del pan avalan la especialización del espacio destinado a la producción de alimentos; no obstante, debemos reseñar que en toda el área excavada solo se ha documentado un molino barquiforme, objeto muy relacionado con este tipo de actividad.

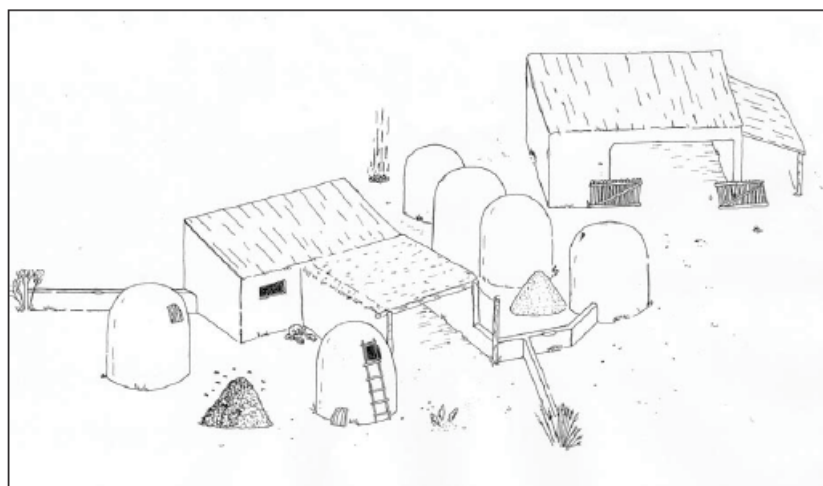


Fig. 388. Hipótesis de reconstrucción de las estructuras excavadas (según Jiménez Ávila, Ortega y López-Guerra, 2005: 480, fig. 18)

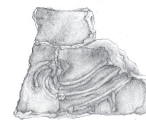
Al mismo tiempo, la aparición de cuatro hornos en un poblado de tan reducidas dimensiones ha llevado a uno de sus investigadores a proponer la existencia de un modelo de poblamiento rural de carácter disperso¹²³³ en el que diferentes asentamientos próximos complementarían sus actividades. En el marco de esta idea se insertó el estudio territorial del entorno más inmediato de El Chaparral con la finalidad de *“localizar posibles indicios ocupacionales, probablemente coetáneos a éste, que siendo así, indican un poblamiento disperso en pequeñas unidades, con una aparente falta de jerarquización”*¹²³⁴. Así pues, se acotó un área de trabajo de 4 x 3 km centrada en la zona de transición entre el monte y las laderas aprovechando la vega del río Aljucén. En dichos trabajos se individualizaron un total de catorce enclaves que fueron clasificados

¹²³¹ Sanabria, 2008: 59

¹²³² Jiménez Ávila, Ortega y López-Guerra, 2005: 481; Sanabria, 2008: 100

¹²³³ Sanabria, 2008: 119

¹²³⁴ Sanabria, 2008: 131



como posibles yacimientos, de los cuales, quizás solo dos puedan ser incluidos en esta categoría: Los Colgados y Arroyo del Cañuelo. Todos los asentamientos documentados poseen menos de una hectárea de extensión, lo que conformaría el modelo de poblamiento disperso antes aludido, un modelo que puede también corroborarse a partir de los resultados obtenidos en las prospecciones de otros asentamientos analizados en este trabajo de tesis.

- **El yacimiento de La Carbonera (La Guarda, Badajoz):**

El yacimiento de La Carbonera¹²³⁵ se localiza en el término municipal de La Guarda, una pedanía de Campanario, dentro de un paisaje suavemente ondulado al este del curso de agua que le da nombre a este enclave. Su hallazgo se produjo de forma casual al verse la zona afectada por el trazado de la carretera EX346 que une Quintana de la Serena con Don Benito; por lo que el área de excavación se limitó al espacio afectado por las obras, en total 754 m² (fig. 389).

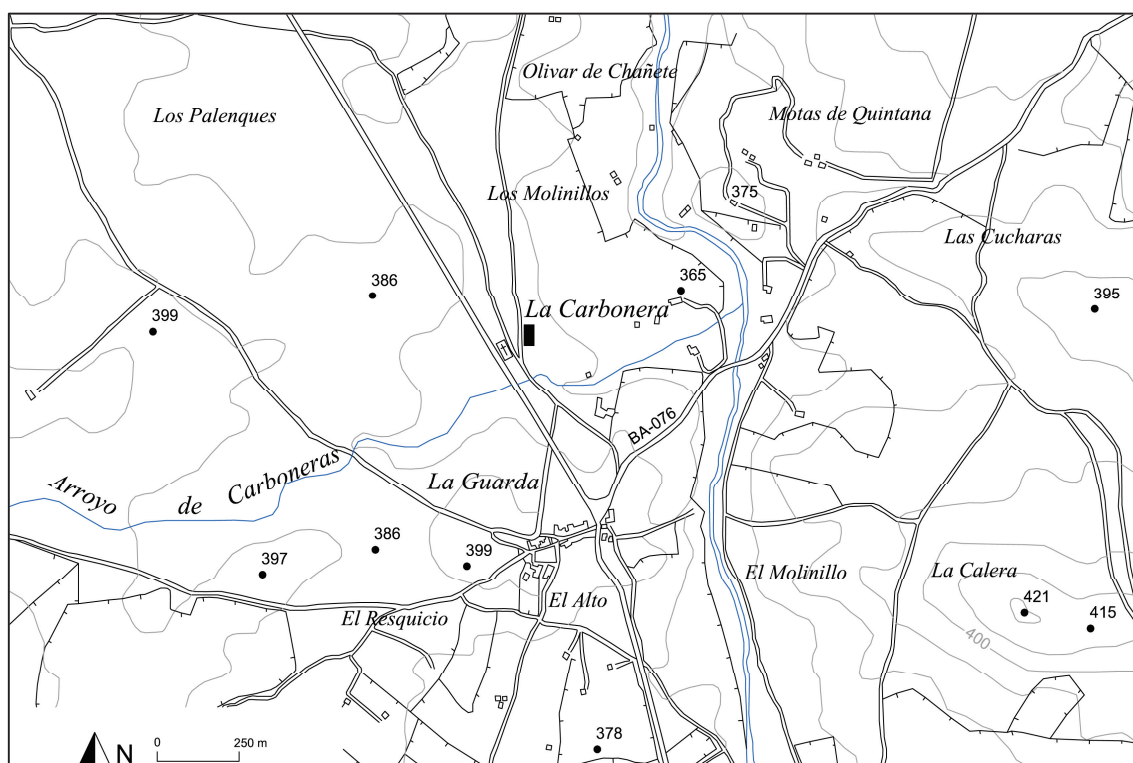
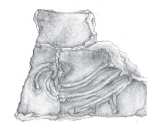


Fig. 389. Mapa de localización del yacimiento de La Carbonera

Las labores arqueológicas llevadas a cabo durante el mes de diciembre de 2010, permitieron documentar una serie de restos constructivos divididos en cuatro fases de ocupación diferenciadas, en muy mal estado de conservación, pues se localizan casi al

¹²³⁵ Sánchez Hidalgo y otros, 2013



nivel de uso del suelo actual y sobre el sustrato pizarroso natural, hecho que complica su preservación y la caracterización de las técnicas constructivas empleadas. A pesar de ello se pudieron documentar en el sector más septentrional dos construcciones: la E1, de planta cuadrangular, está dotada de un hogar frente al vano de entrada de 1,77 m de luz que da paso a un patio empedrado (P1) y la E2 (fig. 390), de planta rectangular y precedida de un empedrado de pizarras. Ambos edificios son los que mejor se conservan de todos los documentados. Junto a ellos, concretamente al norte, se localizó una estructura de planta circular con 2 m de diámetro cuyo uso resulta desconocido. Como hemos visto en casos anteriores, esta tipología de construcciones suele identificarse o bien con hornos o bien con hórreos de carácter familiar para el almacenaje del excedente agrícola; pero lamentablemente en este caso no tenemos indicios suficientes que nos ayuden a determinar su funcionalidad. Cerrando el perímetro de estas construcciones se detectó una estructura alargada (A17) identificada con una zanja de canalización presente también en otros ejemplos de asentamientos aquí analizados.

En el centro del área excavada se localizó otra de las construcciones, E5, de planta cuadrada y compartimentada que conserva un hogar en la estancia más occidental. Por último, los restos documentados al sur, E3 y E4, apenas han podido ser caracterizados al haber aparecido muy arrasadas, aunque resulta reseñable cómo, en sus proximidades, se documenta un área de combustión (A11) fabricado con adobes y dos recipientes cerámicos (A12 y A14) hincados en el suelo y colmatados con sedimentos y restos de fauna (fig. 391).



Fig. 390. Planta del edificio E-2 y el patio empedrado (según Sánchez-Hidalgo y otros, 2013: 1123, fig. 16)

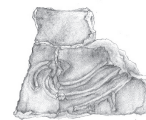
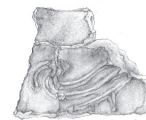


Fig.391. Planimetría de la excavación (según Sánchez Hidalgo y otros, 2013: 1101, fig. 4)

En cuanto al material arqueológico recuperado¹²³⁶, la gran mayoría de restos se corresponden con recipientes cerámicos entre los que destacan las producciones a mano con acabados toscos y algunos ejemplos decorados con incisiones; y las cerámicas a torno que responden a un repertorio bastante homogéneo dentro del cual destacaremos los vasos-cesta y las producciones grises. Llama la atención el que a pesar de considerarse el enclave como un asentamiento en llano de fuerte vocación agrícola dada su localización geográfica, las ánforas u otros recipientes de almacenaje parecen estar

¹²³⁶ Sánchez Hidalgo y otros, 2013: 1109-1121



ausentes del repertorio cerámico; no obstante, lo que si se han documentado son varios fragmentos de molinos barquiformes, objetos relacionados con este tipo de labor.

A tenor de los restos exhumados y el repertorio material recuperado, se ha considerado al yacimiento de La Carbonera como un asentamiento en llano de carácter productivo y doméstico con una cronología del siglo V a.C.¹²³⁷, momento que lo hace coincidir con el apogeo de enclaves próximos como Cancho Roano o La Mata. Su localización geográfica y su posible funcionalidad han incluido a este asentamiento dentro del poblamiento disperso o satélite que se le atribuye a esta comarca¹²³⁸, caracterizado por la presencia de pequeños enclaves rurales denominados caseríos o granjas que dependen, en cierto modo, de los edificios enterrados bajo túmulo¹²³⁹.

- **El yacimiento de Media Legua-2 (Campanario, Badajoz):**

Durante las excavaciones del edificio protohistórico de La Mata, en el verano de 2000, se planteó la realización de una prospección que permitiera conocer la naturaleza del poblamiento que se localiza en las inmediaciones de dicho edificio. Durante los mencionados trabajos se localizaron un total de 39 evidencias que parecían poder adscribirse a época protohistórica; sin embargo, muchas de ellas se limitan a ser pequeñas concentraciones de materiales o hallazgos aislados de molinos barquiformes¹²⁴⁰. Este elemento ha sido utilizado como fósil director para definir el poblamiento rural localizado en torno a La Mata, aunque como ya hemos dicho anteriormente, por sí mismo estos molinos no pueden marcar la existencia de asentamientos de la I Edad del Hierro.

No obstante, de todas las evidencias recogidas en este trabajo de prospección, nosotros hemos decidido incluir una de ellas dentro de nuestro análisis de poblamiento en llano tipo granja, al haber dado un resultado positivo durante las labores de excavación; aunque huelga decir que los restos presentados son bastante escasos. Nos referimos al asentamiento de Media Legua-2¹²⁴¹, localizado en el término municipal de Campanario sobre una suave loma, apenas a 3,5 km al noreste del edificio protohistórico de La Mata con el que mantiene contacto visual.

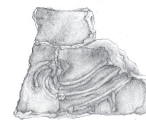
¹²³⁷ Sánchez Hidalgo y otros, 2013: 1125

¹²³⁸ Rodríguez Díaz (coord.), 2004; Wallid y Nuño, 2005

¹²³⁹ Sánchez Hidalgo y otros, 2013: 1126

¹²⁴⁰ Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004: 505; Rodríguez Díaz y otros, 2007: 85-86

¹²⁴¹ Rodríguez Díaz y otros, 2007: 88



A pesar de lo arrasadas que se encuentran las estructuras como consecuencia de las labores agrícolas que se han llevado a cabo en la parcela en la que se localiza el enclave, pudieron documentarse dos estructuras circulares de piedra, con un diámetro aproximado de 2,5 m, interpretadas como posibles bases de horno dada la presencia de arcilla y guijarros refractados en su superficie y cenizas y carbones en su entorno (fig. 392). El material documentado durante la excavación permite fechar el asentamiento en el siglo V a.C., en consonancia con el momento de mayor auge documentado en el edificio de La Mata (fig. 393).

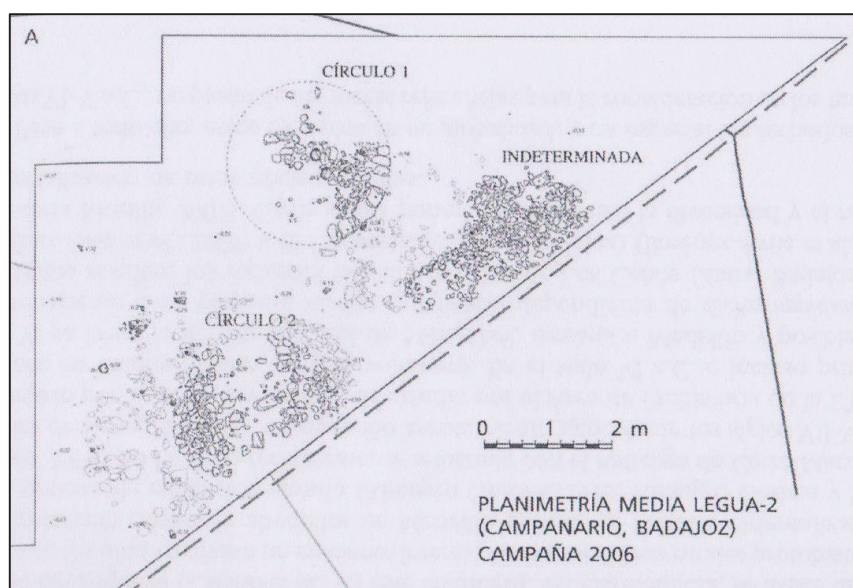


Fig. 392. Planimetría de Media Legua – 2 (según Rodríguez Díaz y otros, 2007: 89, fig. 5a)

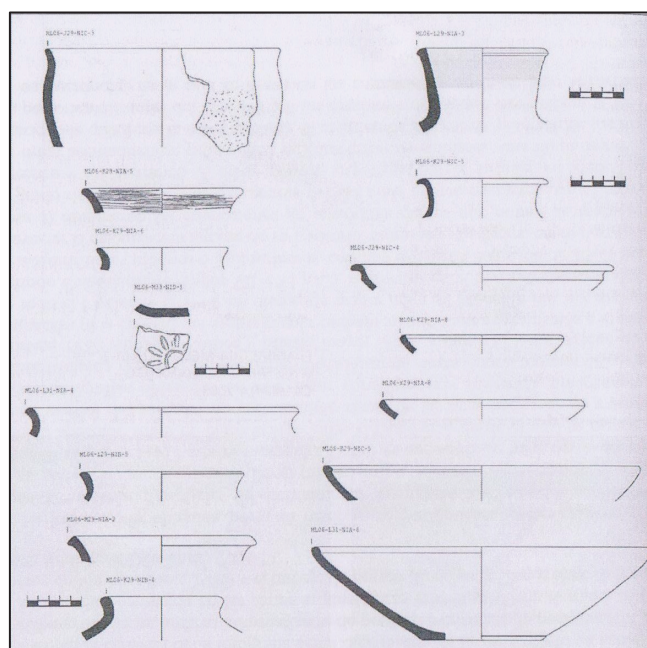
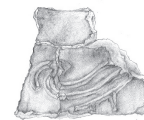


Fig. 393. Materiales documentados en las excavaciones de Media Legua-2 (según Rodríguez Díaz y otros, 2007: 90, fig. 6)



A pesar de los escasos restos constructivos y materiales documentados, este hallazgo ha servido a sus excavadores para considerar la existencia de un asentamiento donde residiría un grupo de campesinos “*cuyo rango y acceso a la tierra le situarían en una escala social por encima del casi siempre invisible “campesino pobre”*”¹²⁴²; una valoración que nos parece precipitada, teniendo en cuenta la parquedad de los restos recuperados. Quizás futuras intervenciones en las inmediaciones del edificio de La Mata puedan apuntar algo más a este respecto.

En función de los datos aquí recogidos, parece clara la existencia de dos momentos de ocupación en llano para el valle medio del Guadiana que responden a realidades muy diversas. El primero de ellos se extiende entre los siglos VII – VI a.C., momento al que pertenecen El Palomar y Cerro Manzanillo; mientras que el segundo momento se centra en el siglo V a.C., una cronología en la que se agrupan la mayor parte de los yacimientos analizados. Sin embargo, la naturaleza de los restos recuperados dista mucho de la entidad que poseen los enclaves adscritos a la primera fase, pues los cuatro ejemplos excavados parcialmente presentan un nivel de arrasamiento que hace muy complicada la definición de sus estructuras y, por lo tanto, su funcionalidad.

Lamentablemente, estos son los datos con los que contamos para esbozar una conclusión acerca de la estructura que presentaba el poblamiento en llano del Guadiana Medio durante época tartésica. A ello se suma el hecho de que todavía desconocemos el papel que el yacimiento del Tamborrio jugó en esta organización, pues a excepción del yacimiento de la Barca – Torruco, próximo a este enclave en alto, el resto se encuentra demasiado alejado como para poder ejercer un control directo sobre los mismos. Todo ello nos lleva a pensar en que quizás sean los edificios bajo túmulo, también localizados en llano y próximos a estos asentamientos tipo granja, los que se encargarían de ejercer un control territorial sobre estos enclaves menores. Pero deducir la naturaleza de esas relaciones es todavía una tarea muy compleja, máxime cuando desconocemos la estructura y funcionalidad de muchos de los edificios tartésicos aún por excavar y cuando el poblamiento en llano se limita a cinco yacimientos de los que apenas conocemos parte de sus cimientos, pues ninguno ha sido excavado en extensión.

¹²⁴² Rodríguez Díaz y otros, 2007: 90

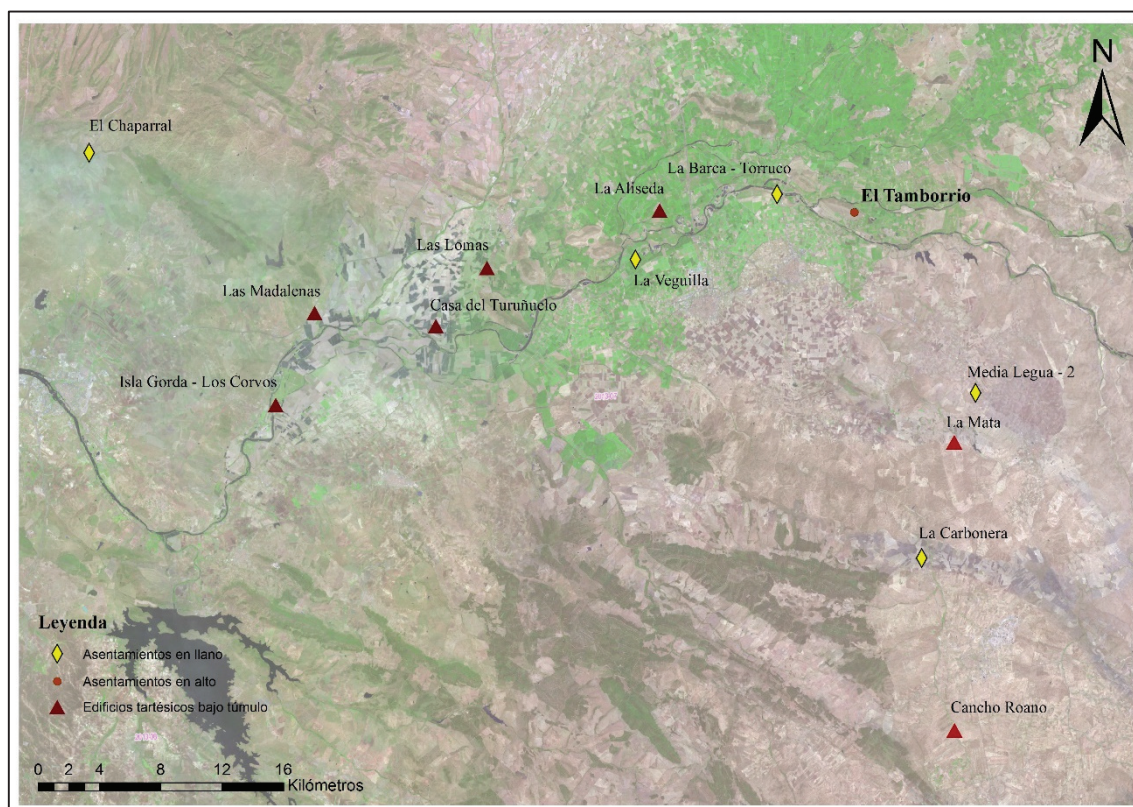
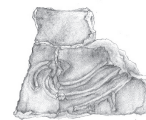
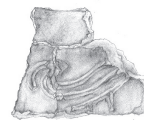


Fig. 394. Mapa de localización de los asentamientos en llano durante el siglo VI a.C.

En definitiva, los datos con los que contamos para realizar una valoración acerca de la jerarquía de asentamientos y la organización de la explotación de los recursos, actividad a la que estarían ciertamente vinculados estos asentamientos en llano, resultan a todas luces escasos. Únicamente cabe deducir la existencia de unas relaciones de base eminentemente campesina cuya funcionalidad única sería la explotación de los recursos agropecuarios del entorno de estos yacimientos en llano; sin embargo, creemos que es aún prematuro determinar si esas relaciones tenían una base clientelar o bien si estaban bajo el control de un gran aristócrata, dueño y señor de la tierra, al modo que se ha propuesto para otras zonas del Guadalquivir, donde el paisaje y el sistema de poblamiento es muy diferente.



VI.3. El colapso del modelo: la denominada crisis del 400 a.C.:

Aunque se desconocen las causas que provocaron el final del modelo de ocupación del territorio que, desde el siglo VI a.C., rigió el valle medio del Guadiana, lo cierto es que a principios del siglo IV a.C. asistimos al abandono de todos los yacimientos enumerados y analizados en las páginas anteriores y a la ruina de sus estructuras sociales y económicas. Esto supondrá la inauguración de una nueva etapa histórica, la denominada cultura de los *oppida* de Extremadura¹²⁴³, y, con ella, el surgimiento de un nuevo patrón de asentamiento en el que predominan los enclaves en altura.

Lo cierto es que nunca se ha puesto mucho empeño en buscar las causas que provocaron la suspensión de los enterramientos en la necrópolis de Medellín, el abandono del poblado del Tamborrío o la clausura de enclaves como Cancho Roano, La Mata o el recientemente excavado del Turuñuelo (Guareña), cuyas secuencias se ven interrumpidas por la aparición de un nivel de incendio que marca el final de la ocupación, a la vez que nos transmiten su rápido y traumático final. Ello se debe, fundamentalmente, a la ausencia de evidencias arqueológicas que determinen el porqué de este cambio de estrategia; pero también, a la ausencia de un estudio más concreto de estos hechos, pues, hasta la fecha, los trabajos monográficos de cada uno de los yacimientos excavados en el valle medio del Guadiana se limitan a exponer el final de la ocupación pero, rara vez, el contexto territorial en el que ésta se produce.

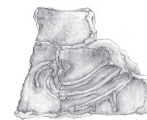
Tras las excavaciones del edificio 'A' de Cancho Roano y el registro del potente nivel de incendio que ponía fin a su secuencia, el propio Maluquer de Motes propuso la existencia de una crisis generalizada en la Península Ibérica, a finales del siglo V a.C. o en la primera mitad del siglo IV a.C., que se documentaba tanto en yacimientos del Pirineo como del Alto Guadalquivir, y a la que Cancho Roano no parecía haber permanecido ajena¹²⁴⁴. Desde que se expuso este planteamiento, han sido muy escasas las propuestas para justificar este drástico cambio que marca el tránsito entre la I y la II Edad del Hierro en este territorio.

Así, al igual que con anterioridad había ocurrido en el valle del Guadalquivir con la Crisis del siglo VI a.C., el valle medio del Guadiana experimentó la denominada Crisis del 400 a.C.¹²⁴⁵ solo que dos siglos después y por causas que, evidentemente,

¹²⁴³ Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 115

¹²⁴⁴ Maluquer, 1985: 52 - 53

¹²⁴⁵ Rodríguez Díaz, 1994b



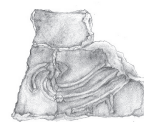
respondían a otros supuestos. Esta etapa de oscuridad ha quedado sintéticamente explicada a partir de dos factores¹²⁴⁶: la ruptura del equilibrio en las relaciones entre la ciudad y el campo, como consecuencia de la segmentación de las aristocracias terratenientes; y la presión de los pueblos de la Meseta, a los que, sin embargo, se ha desprovisto de un papel invasorista.

A pesar de la falta de consistencia de estos argumentos, pues nunca se han visto desarrollados en profundidad, no existe ninguna otra explicación ni la menor evidencia arqueológica que nos ayude a determinar las causas y consecuencias del cambio. Lo que sí parece claro, dada la transformación experimentada en el patrón de asentamiento y la potente ocupación en la II Edad del Hierro de lugares en altura junto al Guadiana como Medellín, Lobón o la Alcazaba de Badajoz, que las poblaciones de la Meseta jugaron un papel fundamental en la nueva configuración de un territorio que, a partir de este momento, se denominará como la Beturia (Plinio, III, 13-14). Sin embargo, debemos tener en cuenta que, aunque los edificios ocultos bajo túmulo se incendian y amortizan para no volver a ser ocupados, enclaves como el Tamborrio, volvieron a ser habitados poco tiempo después, lo que nos lleva a ponderar el papel que estas poblaciones de la Meseta jugaron en estos acontecimientos. Resulta cuanto menos llamativo que además de estos enclaves de la II Edad del Hierro ubicados en cerros junto al Guadiana, apenas tenemos indicios de poblamiento de esta época en el resto del territorio de la cuenca del Guadiana Medio, y ello a pesar de las intensas campañas de prospección llevadas a cabo en la vasta comarca de La Serena; mientras que se vislumbra una fuerte ocupación del territorio hacia el sur de la actual provincia de Badajoz, coincidiendo con las zonas mineras que se abren a las provincias de Huelva y Sevilla¹²⁴⁷. Por lo tanto, no solo se pone fin a la ocupación tartésica junto al Guadiana, sino también en las tierras del interior donde se organizaban granjas o caseríos de esta época.

Por ello, queda aún por determinar a dónde fueron a parar las poblaciones que ocuparon estos asentamientos durante la próspera etapa anterior, pues aunque sería lógico pensar que se replegarían hacia los nuevos asentamientos en altura, de fácil defensa, el brusco cambio social que se detecta en estos nuevos asentamientos nos hace dudar de esta solución. Éstas y otras incógnitas quedan pendientes para futuras investigaciones, pues parece claro que a la luz de los datos que manejamos, poco

¹²⁴⁶ Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 242; Rodríguez Díaz, 2009: 209

¹²⁴⁷ Berrocal, 1998



podemos aportar a este escueto y frágil listado de causas que expliquen el cambio de estrategia en el poblamiento.

CONCLUSIONES





CONCLUSIONES

El valle medio del Guadiana es un vasto territorio que, grosso modo, se extiende desde el actual límite que separa Castilla la Mancha de Extremadura hasta la altura de la localidad de Badajoz, punto donde su curso dobla hacia el sur y se adentra en Portugal, marcando la frontera entre ambos países. Por lo tanto, el valle que genera el Guadiana se localiza a caballo entre regiones con una fuerte personalidad cultural, caso de la Meseta, la costa atlántica y el interior de Portugal y el valle del Guadalquivir, zonas con las que puede mantener un fluido contacto gracias a la ausencia de fronteras naturales capaces de frenar el tránsito de mercancías, personas e ideas. El Guadiana es por lo tanto el eje vertebrador del territorio que, además de dotarlo de una excelente vía de comunicación, lo complementa con su extensa red de afluentes que proporciona un paisaje de vega apto para el desarrollo de la agricultura y la ganadería, lo que ha despertado el interés por controlar la zona desde la Prehistoria. Sin embargo, al mismo tiempo que estas regiones vecinas han intervenido en la configuración cultural del valle medio del Guadiana, también han socavado su protagonismo, razón por la cual el territorio que aquí estudiamos ha sido tradicionalmente entendido como un espacio de frontera y periferia.

La inusitada importancia que ha ido adquiriendo la Arqueología tartésica en las últimas décadas, ha supuesto al mismo tiempo un avance considerable en los estudios de la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana, pero lejos de remarcar la personalidad de la zona, ha seguido considerándose un deudor cultural del núcleo tartésico localizado en el valle del Guadalquivir. La arqueología extremeña ha gozado en estos años de hallazgos muy significativos, caso del edificio de Cancho Roano o de la necrópolis de Medellín, los cuales han copado buena parte de la bibliografía arqueológica de las últimas décadas. Pero no podemos olvidar que el valle medio del Guadiana también nos ha legado el mayor conjunto de tesoros áureos o más de la mitad de las estelas de guerrero, por poner los ejemplos mejor conocidos y estudiados, fenómenos que aunque se originan y extienden por toda la fachada atlántica, tiene su mejor expresión en nuestro territorio.

La valoración de todos estos hallazgos y la importancia que tiene el hecho de que se documenten tan alejados de las zonas costeras afectadas por la colonización oriental, ha despertado un interés extraordinario por la cultura tartésica del interior, lo que ha provocado que en los últimos años centenares de trabajos vean la luz a este respecto. Sin



embargo, todavía existen algunas reticencias para incluir a este espacio dentro de la órbita de Tarteso, a pesar de que en buena medida es su deudora. El primer argumento que nos invita a emplear el término tartésico para este territorio y para el período aquí estudiado, deriva del hecho indudable de que parte de la población tartésica fue la que pobló el valle medio del Guadiana en el siglo VI a.C. como consecuencia de la crisis de Tarteso en su núcleo geográfico. Así mismo, y como defendemos en el capítulo primero de este trabajo, no consideramos que el término Orientalizante sea el más idóneo para caracterizar este territorio, tanto cronológica como culturalmente, pues no deja de ser un vocablo cargado de indefinición histórica, por lo que preferimos restringir su uso a las manifestaciones artísticas de ese momento. Así pues, y teniendo en cuenta que para nosotros Tarteso es el resultado de la unión entre las poblaciones locales y el elemento oriental, no vemos el inconveniente de utilizar el concepto “Tarteso” para definir a las poblaciones del interior, máxime cuando sus repertorios materiales, sus ritos de enterramiento y su arquitectura, por poner los ejemplos más claros, son el resultado de la hibridación de ambos sustratos. Sin embargo, no por ello debemos considerar el Guadalquivir como el protagonista exclusivo de este fenómeno en el interior, pues la particularidad del Guadiana durante la I Edad del Hierro es una consecuencia directa de su propia configuración social y territorial, donde la costa atlántica y el interior de Portugal jugaron un papel mucho más determinante del que hasta ahora se consideraba.

Así, la crisis del siglo VI a.C. no resultó ajena a los territorios colindantes. Sus consecuencias se extendieron por las tierras del interior peninsular, lo que supuso un rotundo cambio en el modelo de ocupación del territorio que pasará, en el valle medio del Guadiana, de lo invisible a lo visible, de lo extraño y vacío, a lo particular y singular.

Pero a pesar de las décadas de investigación, las sociedades del Bronce Final del Guadiana Medio permanecen todavía ocultas, identificadas a través de los ricos conjuntos áureos y de las estelas de guerrero que, al menos en el Guadiana, deben considerarse de época tartésica; y un único hábitat, la cabaña excavada en el yacimiento de Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz). De ese modo, y a pesar de los sucesivos intentos para diseñar un modelo de ocupación territorial jerarquizado a partir de unos asentamientos en altura que aún nos son desconocidos, seguimos sin poder documentar niveles de ocupación adscritos con claridad al Bronce Final.



A la luz de las evidencias materiales recogidas y aunque resulta sumamente complicado determinar qué elementos o hechos marcan el cambio entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, tampoco hay evidencias que sustenten la existencia de un hiato que determine el paso o diferencia entre ambos periodos, al menos desde un punto de vista cultural. Tampoco debemos equiparar los hechos acontecidos en el Valle del Guadalquivir, donde el Bronce Final se vio interrumpido por la colonización fenicia, con los datos recogidos para el Guadiana Medio, donde ese cambio se documenta, cuanto menos, un siglo después. Por otra parte, el hecho de adoptar un modelo cronológico gestado en Europa como si resultase correlativo y paralelo para todo el continente, nos ha procurado un punto de partida erróneo, pues ni siquiera el Bronce Final del suroeste peninsular debería estudiarse dentro del mismo bloque, pues repercute necesariamente en el origen de las influencias que conforman el sustrato de este período que, en nuestro caso concreto, es de indudable influencia atlántica; sin embargo, y a pesar de las analogías que vinculan el valle medio del Guadiana al actual territorio portugués, no dejan de ser dos espacios que responden de manera desigual a la hora de organizar la ocupación del territorio; así, mientras en el actual territorio portugués el poblamiento del Bronce Final se encuentra completamente organizado y jerarquizado, diferenciándose hasta tres categorías de asentamiento, el poblamiento del Bronce Final del valle medio del Guadiana se resume a un único y dudoso yacimiento, al que ahora podemos sumar la cabaña excavada en Cerro Borreguero, y a varios hallazgos materiales procedentes de los trabajos de prospección o de descubrimientos casuales con una limitada validez histórica.

A este último grupo pertenecen los materiales documentados en el yacimiento de los Concejiles (Lobón, Badajoz), donde se ha considerado la existencia de un asentamiento del Bronce Final que se estima con una extensión de unas 3 – 4 ha. Bastaría con subrayar la dudosa procedencia de estos materiales para invalidarlos científicamente, pues fueron recogidos y entregados por unos clandestinos, pero podemos sumarle además el hecho de que algunos de los materiales contenidos en el lote publicado pueden adscribirse sin problemas a la I Edad del Hierro, caso de la fíbula de codo decorada, el sistema ponderal bintruncocónico o el peine de hueso; razones más que suficientes para dudar de la validez de los mismos a la hora de caracterizar al Bronce Final del Guadiana Medio.



El segundo contexto empleado para definir el Bronce Final del valle medio del Guadiana es el extraído de la secuencia SMRO del cerro del Castillo de Medellín; sin embargo, la lectura de su estratigrafía plantea una serie de inconvenientes que impiden considerarla como un referente para entender la organización territorial del Bronce Final. El primero de ellos es la situación de los materiales, localizados en niveles con un alto contenido en materia orgánica, huesos y carbones que los propios autores relacionan con niveles de vertido o basureros. A ello se suma el acentuado buzamiento que presentan algunas de las unidades estratigráficas, muestra de un proceso de deposición natural y no antrópico, así como la ausencia de construcciones o pavimentos que muestren claros niveles de uso. A este respecto, las únicas evidencias de niveles de hábitats lo constituyen tres hogares localizados sobre la roca y los fragmentos de pavimentos documentados a partir de la unidad 25; sin embargo, los restos materiales documentados en estos estratos pueden llevarse a cronologías más antiguas, concretamente a época Calcolítica, e incluso relacionarse con un hogar circular y un lote de materiales documentados en un sondeo practicado en el graderío del teatro romano. Los materiales procedentes del denominado sondeo 'G' se encuentran actualmente en fase de estudio, aunque podemos ya adelantar que entre los mismos se repiten las formas documentadas en el sondeo SMRO, por lo que la similitud entre ambos horizontes nos permite adelantar que lo que existe es una clara ocupación calcolítica. En realidad, los restos del Bronce Final aparecen muy dispersos por el cerro del Castillo, pero sin que conformen un estrato regular que nos ayude a calibrar la importancia de su ocupación, pues incluso los estratos más antiguos del cerro aparecen revueltos con materiales modernos.

Hasta hace algunos años el yacimiento de Alange constituía el primero y el único yacimiento con niveles del Bronce Final. Tras numerosas excavaciones arqueológicas, sus excavadores determinaron la existencia de una secuencia que se extendería desde el Epicalcolítico hasta el Bronce Final e incluso el Período Orientalizante, aseverando con ello la existencia de una continuidad entre el Bronce Medio y Final que nosotros no vemos de forma tan nítida. Así, mientras se percibe con claridad la continuidad entre el Epicalcolítico y el Bronce Pleno dentro de la zona denominada la Solana del Cerro de Alange, los niveles del Bronce Final aparecen mucho más desdibujados y no cubriendo los anteriores, sino a una distancia de más de 1 km, en el otro extremo de la elevación, la llamada zona de Umbría. El hecho de que los denominados como niveles del Bronce Final, representados por un lote de materiales a mano y una construcción de tendencia



oval interpretada como un posible fondo de cabaña, no se localicen sobre los estratos más antiguos, ya nos muestra la existencia de un cambio en el modelo estratégico de ocupación del territorio que se obvia en todo momento, pues la secuencia de Alange se explica siempre como resultado de un proceso que, como vemos, es difícil de defender. Pero además, los restos registrados pueden adscribirse sin problema alguno al Bronce Pleno o, en todo caso, Tardío, lo que definitivamente desvincula Alange del modelo territorial tradicionalmente dibujado para el Bronce Final.

Por último, dentro del Bronce Final del valle medio del Guadiana se han inscrito las estelas del oeste o de guerrero, de clara filiación atlántica, donde se originan en este periodo si no antes, pero de cronología tartésica cuando se extienden por el Guadiana y el valle del Guadalquivir; así como los tesoros áureos, también de clara influencia atlántica como manifiestan las numerosas analogías localizadas en territorio portugués. Lamentablemente, ambos conjuntos siguen formando parte de los hallazgos descontextualizados, por lo que a pesar de su fuerte personalidad seguimos sin poder profundizar sobre la cronología y funcionalidad de estos objetos, de ahí que los hayamos excluido de nuestro estudio.

A la construcción de un patrón territorial para el Bronce Final del Guadiana Medio también ha contribuido el modelo gestado para la I Edad del Hierro; así, la aparición de cerámicas a mano en secuencias de la Alcazaba de Badajoz o del propio Medellín, han llevado a suponer la existencia de una fuerte ocupación de estos enclaves ya desde el Bronce Final, lo que a su vez justificaría la importancia que estos asentamientos adquirirían durante la I Edad del Hierro; una idea que ha calado en la investigación sin que existan evidencias constructivas o un elenco de material lo suficientemente significativo como para sostenerla.

Hasta la fecha, la única evidencia de hábitat fechado en el Bronce Final en todo el valle medio del Guadiana se localiza en el yacimiento de Cerro Borreguero. Desconocemos si se trata de una cabaña aislada o, por el contrario, nos encontramos frente a un pequeño poblado; sin embargo, el hallazgo tiene una enorme importancia por cuanto constituye una prueba evidente de la existencia de una continuidad entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, un hecho que hemos querido poner de relieve en nuestro trabajo. Esta secuencia viene acreditada no solo por la pervivencia de las cerámicas hechas a mano, un ítem que ya hemos considerado poco apropiado para delimitar la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro, sino por la



convivencia, primero, de una construcción circular y otra cuadrangular de esquinas redondeadas, y una superposición, después, de una nueva construcción rectangular sobre las estructuras anteriores; un modelo que no es desconocido en el valle del Guadalquivir, caso de Osuna o Montemolín, o en las tierras del interior de Portugal, como en los yacimientos de Castro dos Ratinhos o Rocha do Vigio 2; aunque tampoco es ajena a otras zonas del sur peninsular, como el reciente caso documentado en Castillejos de Alcorrín.

Por todo ello, no parece que exista un hiato temporal entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro en el valle del Guadiana, pues a pesar de los escasos datos que aún manejamos, parece que abogan por una continuidad y no por una ruptura; en realidad, podríamos decir que las pequeñas comunidades del Bronce Final recibieron las novedades tecnológicas procedentes del núcleo de Tarteso que propiciaron su cambio y un significativo aumento de la población. Así, la inauguración de la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana trajo aparejada la implantación de un nuevo modelo territorial que dominó este espacio geográfico entre los siglos VII a.C. y IV a.C., momento este último de su decadencia y desaparición. Sin embargo, hemos reconocido dos fases muy claras dentro de este modelo, la primera entre los siglos VII a.C. y mediados del VI a.C., momento en el que se abandonan algunos asentamientos, y la segunda, entre mediados del VI a.C. y principios del IV a.C., cuando se desarrollan los edificios tartésicos bajo túmulo.

Por consiguiente, el modelo empleado hasta el momento para definir la ocupación del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro, hunde sus raíces en una etapa anterior que le permite legitimar su existencia. El núcleo de este extenso territorio se ha situado en Medellín, considerada como la principal colonia tartésica de las tierras del interior, encargada por ello de la articulación de todo el territorio. La caracterización de Medellín como una auténtica ciudad-estado deriva de la aparición, a finales de los años 60 del pasado siglo, de una extensa necrópolis que sin dudas se fecha en época tartésica. La excavación de parte de la necrópolis llevó a la búsqueda del asentamiento correspondiente que, por lógica, debía ubicarse sobre el actual cerro del Castillo de Medellín por ser la elevación más próxima al área funeraria, lo que derivó en la ejecución de una serie de sondeos estratigráficos cuya finalidad consistía en definir la secuencia de ocupación y la magnitud del asentamiento protohistórico; sin embargo, tras las 17 intervenciones arqueológicas registradas, no solo en las laderas del cerro del



Castillo, sino también en las inmediaciones de la elevación, no parece existir una secuencia que permita hablar con claridad de un nivel de uso o de restos constructivos mínimamente significativos que puedan adscribirse a la I Edad del Hierro; algo que hemos podido comprobar tras la revisión exhaustiva de las diversas secuencias utilizadas para defender la existencia de una ocupación protohistórica sólida en el cerro del Castillo de Medellín.

De ese modo, la importancia que Medellín ha ido adquiriendo con el paso del tiempo, se sustenta en la existencia de restos materiales que se inscriben en una cronología de la I Edad del Hierro, caso de las cerámicas denominadas como ‘tipo Medellín’, el peine de Serreta documentado en la parte más elevada del cerro o el conjunto de cerámicas áticas recientemente hallado en las excavaciones del *proscenium* del Teatro Romano, actualmente en fase de estudio por el equipo que dirige la excavación, y que se suman a otros pequeños fragmentos diseminados por el cerro que carecen de un contexto arqueológico claro. Así pues, la gran mayoría de los restos cerámicos protohistóricos documentados en Medellín aparecen insertos en secuencias cuya cronología puede extenderse desde la Prehistoria hasta la Edad Contemporánea. Sirva como ejemplo de este argumento la conclusión que hemos extraído en el capítulo donde hacemos una revisión de las secuencias estratigráficas publicadas hasta la fecha del cerro del Castillo de Medellín, y en concreto, la lectura que se hace de la excavación del Corte 1 efectuado en 1991 en la ladera norte del cerro. Aquí, y a pesar de que la última unidad estratigráfica de este Corte 1 se apoya sobre la roca natural, donde descansan los cimientos de la muralla del siglo XIII, la aparición dentro de esta secuencia de materiales protohistóricos lleva a sus excavadores a considerar que sería en ese punto donde se localizaría la muralla protohistórica del poblado, aunque en realidad no existe ningún indicio que lo avale.

Así pues, aunque la presencia de material protohistórico en el cerro del Castillo de Medellín es evidente, también es cierto que su representatividad es casi residual en comparación con los materiales de otras épocas históricas. Por ello, consideramos prematura su caracterización como un gran asentamiento de hasta 15 ha. de extensión, dotado de murallas y grandes edificios, cuando de ser así, y en función de las numerosas excavaciones llevadas a cabo en el sitio, los restos constructivos que se habrían documentado serían notables. Frente a ello, nunca se ha contemplado la posibilidad de que la presencia de este material no proceda de una potente ocupación durante la I Edad



del Hierro, sino que pueda corresponderse con rellenos de tierra traídos de otros lugares del entorno o incluso del uso del cerro del Castillo como basurero entre los siglos XVIII y XIX, como ocurre, por ejemplo, con el cerro de la Alcazaba de Badajoz tras la Guerra de la Independencia; o que simplemente nos encontremos frente a una ocupación modesta, localizada en la parte más elevada del cerro y no frente a un extenso poblado que ha llegado a equipararse con las grandes metrópolis del Mediterráneo.

No obstante, los diferentes hallazgos realizados en los sondeos efectuados en el actual municipio de Medellín nos llevan a sopesar la posibilidad de que, en el caso de existir una ocupación de la I Edad del Hierro, se localizase en el llano, constituyendo más un enclave de vocación agrícola que un gran *oppidum* que difícilmente puede identificarse con el topónimo de *Conisturgis*.

El sistema de poblamiento propuesto hasta la fecha, tutelado por Medellín-*Conisturgis*, se complementaría con otros asentamientos como la Alcazaba de Badajoz, *Dipo* o *Lacimurgi*, distanciados entre sí entre 20 y 30 km, lo que supone un modelo de poblamiento ideal al contar con una red de asentamientos en altura desde donde se controlaría todo el territorio que comprende el valle medio del Guadiana. Pero, lamentablemente, ninguno de estos enclaves posee una ocupación clara durante la I Edad del Hierro. La Alcazaba de Badajoz presenta el mismo patrón que el registrado en el caso de Medellín, pues a pesar de los más de 1200 m² excavados, los escasos materiales protohistóricos registrados proceden de niveles revueltos o de relleno; así mismo, la única evidencia constructiva que podría vincularse con este período se registró en la capa 6 del SPC-2, donde se documentó un tramo de muro recto de unos 40 cm de ancho sin cerámicas asociadas, lo que resulta claramente insuficiente para determinar la existencia de “un notable desarrollo urbanístico” que permita considerar este enclave como otra ciudad-estado tartésica dentro del valle medio del Guadiana.

Muchos más problemas presentan los casos de los yacimientos identificados con *Dipo* y *Lacimurgi*, pues los restos adscritos a la I Edad del Hierro proceden de materiales recogidos por aficionados en superficie, y en ningún caso los supuestos yacimientos han sido objeto de excavaciones arqueológicas. Así, mientras que la identificación de *Lacimurgi* con un asentamiento en vado de la I Edad del Hierro deriva principalmente de su topónimo y de la presencia de un fragmento de cerámica ática, un casco de bronce tipo montefortino y una arracada de oro, la localización de *Dipo* se ha determinado a partir de la aparición de una moneda con este topónimo junto con



algunos materiales de época protohistórica recogidos en la zona denominada “El Cuco”; por otra parte, llama la atención que sea este el enclave elegido para situar la ciudad de *Dipo* cuando existen otros yacimientos de la zona en los que también se han documentado monedas con ese topónimo, susceptibles por lo tanto de albergar la ciudad citada en las fuentes romanas.

De ese modo, los cuatro enclaves identificados como ciudades-estado, desde los que se articularía el poblamiento protohistórico del valle medio del Guadiana, carecen de evidencias constructivas que nos permitan considerarlos como tal. Esta realidad, nos lleva incluso a sopesar la operatividad de este modelo de ocupación, pues no parece, a tenor de los datos arqueológicos que actualmente manejamos, que ninguno de estos puntos tuviera una ocupación significativa durante la I Edad del Hierro, por lo que difícilmente podrían conformar un modelo de ocupación del valle medio del Guadiana durante época tartésica.

La inclusión de estos yacimientos dentro del patrón de asentamiento del Guadiana Medio solo ha contribuido a desdibujar la realidad que se esconde tras las evidencias arqueológicas. Así, durante años de producción científica, autores ajenos a la construcción de este patrón de asentamiento en altura, han empleado el modelo en sus estudios territoriales, pero haciendo siempre alusión, paradójicamente, a la falta de evidencias constructivas que pudieran servir para certificar que se trate de enclaves de primer orden en época tartésica. Sin embargo, y a pesar de ser conscientes de ello, nadie ha desechado el modelo, ha propuesto una nueva lectura o ha admitido que el patrón de ocupación no puede sostenerse a la luz de los restos materiales. Por consiguiente, si Medellín deja de ser la ciudad-estado tartésica catalizadora y protagonista de la Colonización Tartésica de las tierras del interior y de la costa atlántica de Portugal, el modelo se desmonta por sí solo.

Por otro lado, como ya hemos aludido en el apartado correspondiente, quizás el uso del concepto ‘colonización’ como mecanismo para explicar el aumento de población que el valle medio del Guadiana experimenta a partir del siglo VI a.C. no sea del todo correcto. Nuestra reticencia se basa en las diferencias que existen entre el modelo de ocupación territorial de época tartésica documentado en el valle medio del Guadalquivir y el analizado para el valle medio del Guadiana. Este nuevo modelo que se inaugura en las tierras del interior no parece ser el resultado de un plan organizado desde ciudades como Carmona, y cuyo fin sería controlar el excedente agropecuario y las vías de



comunicación, pues en ese caso se habría emulado el mismo modelo de ocupación ya ensayado en el Guadalquivir, muy diferente al que se percibe en el Guadiana. Así mismo, y como ya queda recogido y argumentado en su apartado correspondiente, esta circunstancia no excluye que denominemos tanto al periodo histórico que se inaugura en el valle medio del Guadiana como a su población como tartésica, pues no cabe duda de que el origen de los pobladores que ocupan estas tierras proceden del núcleo tartésico, quienes inauguran una nueva etapa cultural en la zona a la que se sumarán las poblaciones indígenas, sin duda escasas en aquellos momentos. Incluso podemos concluir que serán estas poblaciones del Guadiana las únicas herederas de la cultura tartésica una vez que se desdibuja su presencia en el Bajo Guadalquivir a partir del siglo VI a.C.

Por otro lado, a la ausencia de restos constructivos en el cerro del Castillo de Medellín que permitan certificar la existencia de un asentamiento de cierta entidad durante I Edad del Hierro, se suma el hecho de que los diferentes supuestos empleados para argumentar un proceso de colonización tartésica desde el valle del Guadiana hacia el interior y la costa atlántica de Portugal ya no pueden sostenerse. Aunque hemos desarrollado esta cuestión con profundidad en su capítulo correspondiente, baste alegar, simplemente, que los yacimientos excavados en la desembocadura del Tajo y la costa atlántica de Portugal, y que han sido considerados por algunos como el resultado de esa colonización, presentan no obstante cronologías más antiguas, por lo que difícilmente Medellín pudo ser la promotora de este proceso.

Parece que ya no existen dudas acerca del origen fenicio de asentamientos como Lisboa, Santarem, Abul, Santa Olaia o la necrópolis de Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal), donde las evidencias materiales y las baterías de cronologías absolutas publicadas, permiten avalar tanto su antigüedad como su filiación cultural. Ello nos lleva a abrir una nueva puerta en nuestra investigación recuperando un postulado planteado años atrás por M. Pellicer, quien ya señaló la importancia que la costa atlántica de Portugal tenía en la configuración de territorios como el valle medio del Guadiana, idea que compartimos a partir de los datos que estamos extrayendo de las recientes excavaciones realizadas en la zona.

Obviamente, la aparición de una necrópolis como la localizada en las inmediaciones de Medellín, invita a considerar la existencia de un núcleo de población cercano. Esta premisa ha sido la causante del proceso por el cual Medellín ha terminado siendo



considerada como una auténtica ciudad-estado tartésica. Sin embargo, como ya hemos apuntado en numerosas ocasiones, seguimos sin contar con evidencias constructivas que nos permitan certificar que esta necrópolis se encuentre asociada a un núcleo de población supuestamente localizado en el cerro del Castillo o en sus inmediaciones.

El cálculo realizado por Almagro-Gorbea a partir de los datos extraídos del estudio paleodemográfico de las 264 tumbas excavadas, ha permitido estimar que la necrópolis estaría conformada por unas 1500 tumbas, distribuidas a lo largo de diez generaciones teóricas; de estos presupuestos se deduce que el poblado tendría capacidad para unos 1500 o 2000 habitantes, lo que supone una densidad de población muy elevada y una larga vida para este enclave, incompatible con que la única evidencia que se ha conservado sea un conjunto de cerámicas dentro de una secuencia muy alterada. Así pues, cabe concluir que, de haber existido un enclave capaz de albergar un asentamiento tan longevo y una población tan densa, las evidencias materiales y constructivas serían sobresalientes.

Por todo ello, hemos optado por abrir una nueva línea de estudio que no hemos abordado con detalle en este trabajo pero que nos planteamos como reto de futuro. Se trata de estudiar la posibilidad de que la necrópolis de Medellín no esté vinculada a un solo asentamiento, como suele ser lo habitual, sino que tenga un uso comunitario, donde se enterrarían grupos del entorno territorial. Esto explicaría la elevada concentración de enterramientos que se localizan tanto en Medellín como en sus inmediaciones. Esta hipótesis trasciende al uso gentilicio que en ocasiones se le ha otorgado a estas necrópolis, pues nuestra propuesta convertiría al espacio comprendido entre los ríos Ortigas y Guadiana en un auténtico paisaje funerario del que participaron las comunidades tartésicas que poblaron el valle medio del Guadiana entre los siglos VII – V a.C.

Los denominados por nosotros como edificios tartésicos ocultos bajo túmulo han formado parte del modelo territorial que hasta la fecha ha caracterizado al valle medio del Guadiana; sin embargo, y a pesar de conocerse más de una decena de estos enclaves, solo se han incluido dentro de ese modelo territorial aquellos asentamientos que cumplirían la función de palacio-fortín, término con el que se han venido caracterizando estos edificios en los últimos años. Esta identificación se debe al papel que se les otorga, pues actuarían como guardianes de las fronteras territoriales. Quizás el caso más reseñado sea el del túmulo del Turuñuelo de Mérida, localizado a medio camino entre



los supuestos enclaves de *Conisturgis* y *Dipo*, por lo que marcaría la frontera entre los territorios controlados por ambos centros en altura. Sin embargo, tras revisar el papel de estos yacimientos como asentamientos de frontera, caso del mencionado del Turuñuelo o Cancho Roano, observamos que solo algunos de ellos cumplen esta premisa. Por el contrario, si incluimos dentro del patrón de ocupación todos los casos conocidos, el modelo deja de funcionar. Esto supone otro serio obstáculo para validar el modelo hasta ahora propuesto, cuya construcción ha estado en función de las necesidades de Medellín para fundamentar su hegemonía dentro del mismo.

De ese modo, tras revisar toda la documentación arqueológica publicada, proponemos un nuevo modelo de patrón de asentamiento que se diferencia sensiblemente del esquema esgrimido hasta la fecha y cuyo epicentro es Medellín. Por el momento, solo el yacimiento localizado en el cerro del Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz), ha dado muestras de la existencia de un importante asentamiento que arranca en el siglo VII a.C. y se mantiene hasta el siglo IV a.C., momento en el que el enclave se incendia y abandona; posteriormente, vuelve a ocuparse en la II Edad del Hierro, cuando alcanza su máxima densidad de población. Los restos arqueológicos hallados durante las labores de excavación retratan una realidad que se asemeja mucho a las características que se le han otorgado al enclave de Medellín; es decir, la existencia de murallas, en este caso dos, una de adobe correspondiente a la ocupación del siglo VII a.C. y una segunda de piedra que protege la ocupación en los siglos VI – V a.C., y de un área principal, a modo de acrópolis, situada en la parte más elevada del asentamiento.

De ese modo, el Tamborrio constituye hasta la fecha el único asentamiento en altura que jalona el valle medio del Guadiana. Las distancias que lo separan del resto de enclaves fechados durante la I Edad del Hierro no nos permite determinar las relaciones que mantendría con ellos, ni su capacidad para controlar tanto el territorio circundante, incluidas las vías de comunicación, como la explotación de sus recursos. No obstante, dada su estratégica localización geográfica, en la confluencia de los ríos Zújar y Guadiana, y la cantidad de restos anfóricos aparecidos, así como el hallazgo de diversos espacios destinados exclusivamente al almacenaje, cabe suponer que el asentamiento gozaría de capacidad suficiente como para controlar tanto la explotación de los recursos del entorno, así como para gestionar su distribución comercial.

A pesar de que el criterio metodológico empleado en el estudio de cada uno de los yacimientos arqueológicos incluidos en este trabajo ha variado poco con respecto a los



ya elaborados, hemos de reconocer que nuestro mayor interés se ha centrado en el estudio de los edificios tartésicos oculto bajo túmulo, de ahí que hayamos intentado reunir toda la información disponible y acompañarla de un completo aparato gráfico que nos permitiera extraer de su contrastación y análisis la mayor información posible del territorio donde se ubican. Nuestra inclinación hacia el análisis de este tipo de asentamiento se debe, fundamentalmente, a dos razones; por un lado, estos túmulos constituyen el elemento que da personalidad a este espacio geográfico, pues se trata de un modelo de asentamiento que únicamente se detecta en el valle del Guadiana, de ahí que su análisis sea primordial para conocer el esquema territorial que presenta este espacio; y, por otro lado, el hecho de que podamos incorporar un nuevo ejemplo, aún en proceso de excavación, a los datos obtenidos de Cancho Roano y La Mata, enriquece nuestra visión de este fenómeno, pues nos permite extraer una serie de conclusiones que son básicas para conocer la organización social y económica de este vasto territorio.

La revisión de todos los datos publicados, así como la inclusión de nuevos ejemplos, nos ha permitido individualizar un total de 23 casos de estudio, de los cuales solo diez pueden considerarse, sin dudas, como edificios tartésicos ocultos bajo túmulo. Esto no quiere decir que alguno de los enclaves incluidos dentro del apartado de puntos negativos o de posibles edificios bajo túmulo no puedan, con el avance de las investigaciones, incorporarse al listado de resultados positivos; huelga decir que cada uno de los casos ha contado con una serie de limitaciones y pormenores, recogidos en cada una de las fichas correspondientes, que no nos han permitido extraer en algunos casos toda la información necesaria para su correcto análisis. Baste citar como ejemplo aquellos enclaves a los que no hemos podido acceder por la negativa de sus propietarios para llevar a cabo las necesarias prospecciones arqueológicas, caso del túmulo del Tiriñuelo (Montijo, Badajoz).

El análisis pormenorizado de los diez enclaves positivos seleccionados nos ha permitido confeccionar un patrón que puede utilizarse de guía, en un futuro próximo, para emprender la búsqueda de nuevos edificios bajo túmulo. Quizás, el elemento más destacado, y que hemos remarcado en todos los casos analizados, sea la proximidad de estos enclaves a diferentes cursos de agua. El patrón general los sitúa justo en la confluencia entre el Guadiana y alguno de sus principales afluentes; sin embargo, se han detectado casos, como el túmulo de Aliseda (Don Benito, Badajoz) o Cancho Roano



(Zalamea de la Serena, Badajoz), que se ubican más alejados del Guadiana, pero junto al cauce de uno de sus afluentes y rodeados por cursos de agua menores.

No hemos entrado a valorar el carácter ritual que pudiera existir entre los distintos enclaves analizados y sus correspondientes cursos de agua, como ya se ha realizado en alguna ocasión para casos tan particulares como Cancho Roano. Consideramos que este tipo de supuestos deben hacerse a partir del análisis individual de cada uno de los casos de estudio, una vez conocida su funcionalidad. Frente a ello, nos gustaría recalcar la importancia que tiene la ubicación de estos edificios bajo túmulo junto a los principales curso de agua, lo que les confiere un enorme valor estratégico por cuanto controlan también los movimientos comerciales, no solo entre ellos, sino también hacia la zona atlántica y el interior a través del Guadiana. Y aunque todavía pueda resultar prematuro determinar la categoría de estos establecimientos, parece claro que todos ellos jugaron también un papel destacado dentro del territorio, pues su ubicación seguramente responda a un patrón de control territorial relacionado con la explotación de los ricos recursos agropecuarios que se extienden por sus entornos inmediatos.

Así, y a la luz de los datos que tratamos, podemos trazar un esquema en el que se detalla el área que quedaría bajo la órbita de cada uno de estos enclaves, lo que divide el territorio en espacios regulares separados por los afluentes del Guadiana; no obstante no debemos olvidar que se trata de un esquema hipotético, pendiente de completarse con la confirmación o el hallazgo de nuevos túmulos que ayudarían a completar algunos espacios hoy vacíos en el largo recorrido del Guadiana Medio. Sirva de ejemplo el territorio que se extiende frente a la desembocadura del río Matachel en el Guadiana, donde hasta la fecha no se ha documentado ninguna estructura de estas características.

Bajo la órbita de estos enclaves, probablemente, quedarían los denominados asentamientos en llano tipo granja, destinados a la explotación de unos recursos naturales que serían gestionados desde estos grandes edificios, pues, como ya indicamos con anterioridad, los ejemplos de pequeñas aldeas o granjas conocidos, a excepción del yacimiento de La Barca-Torruco (Villanueva de la Serena, Badajoz), están algo distanciados del enclave del Tamborrio como para suponer que se encontraran bajo su órbita; sin embargo, cabe la posibilidad de que este enclave en altura ejerciera sobre el resto de asentamientos en llano un control político indirecto fundamentado en la centralización y redistribución de los excedentes.



Lamentablemente, el reducido número de ejemplos con los que contamos para caracterizar este apartado de los asentamientos en llano tipo granja no nos permite extraer una idea concluyente. Como ya hemos indicado, ni contamos con ningún ejemplo de esta categoría excavado en extensión, ni ninguno de los asentamientos conocidos se localiza en las inmediaciones de los edificios bajo túmulo como para definir su conexión directa. Por ello, solo cabe suponer la existencia de unas relaciones de naturaleza campesina, destinadas a la explotación de los recursos por parte de estos pequeños asentamientos tipo granja, y a la redistribución de los excedentes, actividad que quedaría bajo el control de los edificios tartésicos.

Algo similar ocurre a la hora de determinar las relaciones que pudieron existir entre los diferentes edificios tartésicos. La homogeneidad detectada en su patrón constructivo y, fundamentalmente, el hecho de compartir una misma cronología, les hace partícipes de una misma realidad histórica. Aunque por lo que sabemos de los edificios hasta ahora excavados cada uno parece tener funcionalidades concretas, está claro que todos ellos comparten una fuerte vinculación con la tierra que se ve complementada con el desarrollo de otro tipo de actividades que, por ejemplo en el caso de Cancho Roano, tienen un fuerte peso cultural. Esta diversidad funcional, de confirmarse, nos lleva a pensar en la complementariedad de estas construcciones que, al mismo tiempo que se encargaban del control de la producción y de la gestión de los recursos, ofrecían una serie de servicios como referentes de pequeños territorios que, a su vez, formaban parte de una región mayor y que en la actualidad coincide con lo que denominamos como valle medio del Guadiana.

Este control de las bases económicas, sustentadas en las actividades agropecuarias, cabe suponer que repercutiría positivamente en el desarrollo de otro tipo de actividades como el artesanado y, fundamentalmente, el comercio. El análisis de los recipientes cerámicos documentados en las excavaciones del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña, Badajoz), ha demostrado que estas producciones fueron fabricadas en el lugar, lo que certifica la existencia de una mano de obra especializada; del mismo modo que el depósito de fundidor localizado en Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz), avala la existencia de un pequeño taller para la reparación de los objetos de bronce de uso cotidiano. Pero probablemente, la riqueza de esta región y de estos asentamientos bajo túmulo resida en las actividades derivadas del comercio, favorecidas tanto por las riquezas naturales de este espacio como por la proximidad de los enclaves



a las principales vías de comunicación, donde el Guadiana juega un papel fundamental. El desarrollo de esta actividad posibilitaría el enriquecimiento de determinados individuos, cuya destacada posición queda reflejada no solo en la monumentalidad de los edificios que gestionaban, sino en los objetos de importación que adquirieron, habituales y muy abundantes dentro de estos enclaves; de ahí que supongamos que sean los habitantes de estos edificios los encargados tanto del control de un territorio determinado como de los enclaves menores localizados dentro del mismo; a la vez que tendrían un claro protagonismo en la comercialización de los recursos agropecuarios.

La hipótesis que planteamos acerca del uso del río Guadiana como una arteria de comunicaciones fundamental durante la protohistoria, comienza a afianzarse tras la aparición de dos objetos hallados en las últimas excavaciones realizadas en el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña, Badajoz). Se trata de un fragmento cerámico y una placa de marfil en la que aparecen representadas sendas embarcaciones. Tanto la decoración de la pieza cerámica, cuyos análisis han mostrado su procedencia alóctona, como la procesión de tres embarcaciones que se distingue en la placa de marfil, son una muestra de que también en las tierras del interior existían conocimientos de navegación, posiblemente por ser este el medio utilizado para desplazar las mercancías tanto hacia la desembocadura del Guadiana como al interior de la Meseta.

Frente a todos estos datos y con la idea de englobar las propuestas aquí presentadas, cabe suponer la existencia de un poder central, localizado en el cerro del Tamborrio, pues el resto de enclaves en altura como el cerro de la Alcazaba de Badajoz o el cerro del Castillo de Medellín, parecen actuar más como puntos de control del paso del río ante la ausencia de restos materiales que permitan confirmar la existencia de un gran enclave en estos puntos. Este asentamiento en altura, Tamborrio, sería el promotor de la construcción de los grandes edificios que jalonan el valle medio del Guadiana, encargados, al mismo tiempo, del control directo de la tierra; pues considerar que los edificios tartésicos del Guadiana se encuentran bajo la órbita de un “señor” que ejerce un control individual sobre el territorio de forma aislada, resulta un modelo difícil de mantener. Solo una dependencia directa bajo un lugar central, podría garantizar la estabilidad y seguridad de estos edificios que, a cambio, controlarían el desarrollo de la explotación agropecuaria del entorno, donde se estructurarían los pequeños asentamientos rurales. Este esquema permite garantizar el equilibrio del modelo de



ocupación, avalando su dinamismo y buen funcionamiento, algo que queda patente si tenemos en cuenta la durabilidad del sistema.

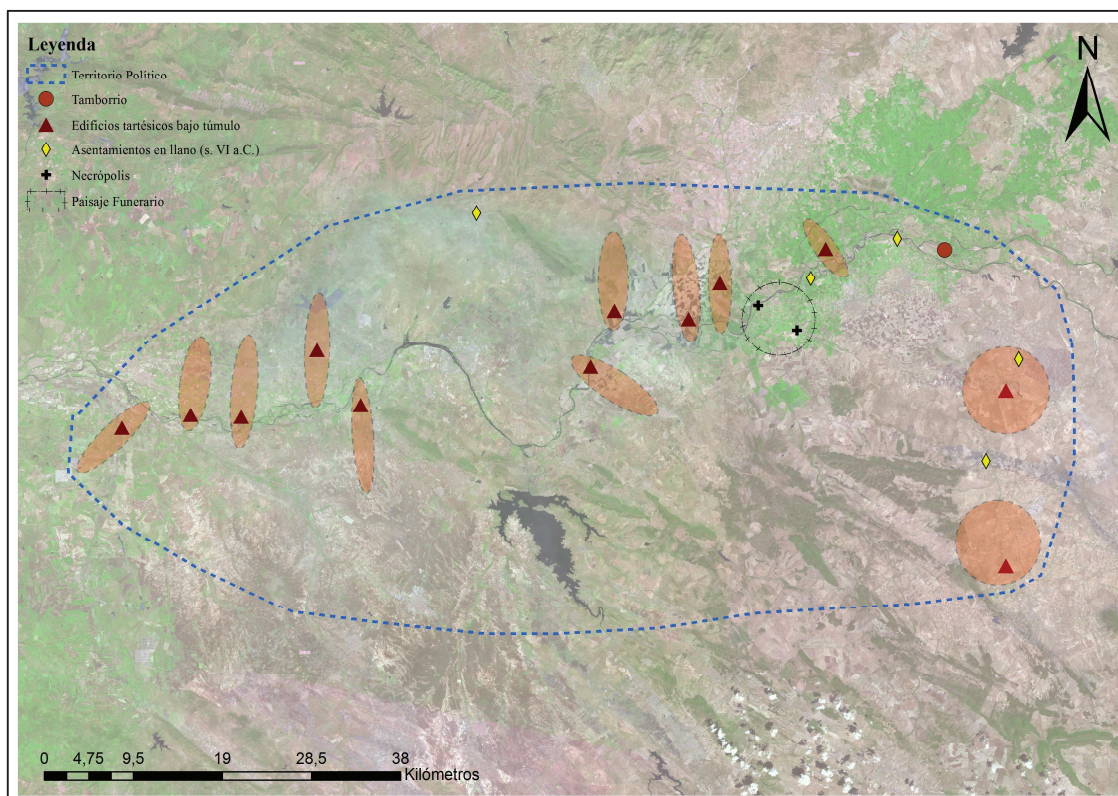


Fig. 395. Reconstrucción hipotética del territorio político del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro

Poder conocer con solvencia el entramado social de este particular modelo de ocupación es una tarea pendiente para futuras investigaciones. La naturaleza de los materiales documentados en las excavaciones de los edificios tartésicos del Guadiana y la monumentalidad de las construcciones, han llevado a suponer que se encontraban bajo el control de una aristocracia terrateniente que en ocasiones ha quedado identificada como auténticos “señores del campo”. El surgimiento de estas aristocracias ha derivado en una interpretación según la cual estos nuevos terratenientes serían la emulación de los guerreros que aparecían representados en las estelas, lo que se supone que serían las cabezas de las jefaturas que controlarían este territorio desde el Bronce Final. Sin embargo, es complicado determinar la relación que existe entre estos dos grupos sociales cuando todavía desconocemos la cronología y funcionalidad exacta de las estelas.

Por ello, dejando al margen el uso de una terminología que puede llegar a ser en muchos casos engañosa, lo que sí parece claro es que los habitantes de estos edificios bajo túmulo ostentarían el poder suficiente como para ejercer un control sobre la tierra.



Determinar los rangos de propiedad sobre la misma creemos que es ir más allá de la información que, por el momento, nos transmiten los datos arqueológicos. No obstante, las futuras excavaciones en el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña, Badajoz) seguramente nos ayuden a arrojar un poco más de luz a esta incógnita, pues sumaremos un ejemplo más a este grupo de enclaves.

Acerca de la funcionalidad de estos edificios, su técnica constructiva, la influencia mediterránea que desprenden, la terminología empleada para definirlos y los restos materiales que se les asocian, nos remitimos a la información que detalladamente hemos recogido en el correspondiente capítulo de este trabajo. No obstante, quizás debemos hacer una alusión a la nueva terminología propuesta, por constituir una de las novedades de este trabajo. Así, frente a la heterogeneidad de los términos que hasta la fecha se han empleado para definir a este tipo de estructuras, con fuerte carga funcional, proponemos el uso de un término más aséptico, aunque algo extenso, como es el de Edificios Tartésicos ocultos bajo túmulo. La definición carece de carga funcional alguna, al mismo tiempo que recoge en su significado su naturaleza arquitectónica, pues se trata de construcciones siempre aisladas; también delimita su cronología y la intencionalidad de su ocultación, razón por la cual hemos desechado el uso del término enterrados por el de ocultos. No obstante, somos conscientes de que en la bibliografía, y nosotros mismos pecamos de ello, seguirán denominándose como los túmulos del Guadiana, a pesar de que se quiera hacer referencia a un edificio y no a la estructura que lo oculta.

En definitiva, lo que aquí proponemos es una nueva lectura del patrón de asentamiento en época tartésica del valle medio del Guadiana, que difiere sensiblemente del modelo que se ha venido aplicando hasta el momento. Este nuevo patrón se articula en torno a dos grandes grupos de asentamientos; los enclaves en altura, donde, por el momento, solo podemos incluir al yacimiento del cerro del Tamborrío; y los asentamientos en llano, grupo que engloba, por un lado, los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo y, por el otro, los pequeños enclaves tipo granjas que no llegan a superar la hectárea de extensión. Todos ellos parecen funcionar dentro de un sistema dinámico de ocupación cuyo desarrollo y prosperidad queda reflejado en los tres siglos de vida del sistema, las remodelaciones y ampliaciones que sufren los edificios del Guadiana y la riqueza de los materiales que atesoran. Determinar por qué colapsó este sistema es un ejercicio pendiente. Sea como fuere, lo cierto es que su ocultación intencionada nos ha



Conclusiones / Conclusions

legado una información única acerca del poblamiento tartésico del valle medio del Guadiana.



CONCLUSIONS

The central course of the Guadiana is a vast territory which, more or less, extends from the actual limit that separates Castilla la Mancha from Extremadura, to the city of Badajoz, where the river turns South, entering Portugal and designating the border between the two countries. Therefore, the valley created by the Guadiana is found in the middle of different areas with a strong cultural personality, as are the cases of the Meseta, the Atlantic coast, the interior of Portugal and the Guadalquivir Valley; areas with which it could maintain a fluid contact thanks to the absence of natural borders that would hamper the transit of goods, peoples and ideas. The Guadiana acts as a territorial pivot which, aside from granting a great communication rout, is complemented by a large number of tributaries creating a vast territory optimal for both agriculture and stockbreeding, which awakened the interest in controlling the area since Prehistory. Nonetheless, at the same time that the other regions took part in the cultural configuration of the central Guadiana Valley, they also undermined its importance, ultimate reason our area of interest has traditionally been understood as a borderland or a peripheral territory.

The amazing importance of Tartesian archaeology in the last decades has ultimately led to an advancement in the studies of the I Iron Age in the central Guadiana Valley but, far from highlighting the personality of the areas, it is still considered as a territory culturally indebt of the Tartessian nucleus of the Guadalquivir Valley. Archaeology in Extremadura has contributed with important findings, such as the building of Cancho Roano or the necropolis of Medellín, both of which occupy the largest extent of archaeological studies in the last decade. Nevertheless, we cannot forget that the central Valley of the Guadiana has also given us one of the largest amounts of gold hoards and more than half of the warrior stelae, just to put two most studied and renowned examples; phenomena that, while having originated and extended throughout the whole Atlantic coast, have their best cultural expression in our territory.

The assessment of these findings and the importance of the fact that they are located far from coastal areas affected by oriental colonization has awoken an amazing interest in the Tartessian culture of the inlands, which has, in the past few years, led to hundreds of works having been presented addressing the matter. Nonetheless, there are still certain reservations for some to include this area within the orbit of Tarteso, though it is greatly in debt with it. The first argument that invites us to use the word “Tartesian” to define



this territory, as well as the time period, derives from the inarguable fact that a part of the Tartesian population where whom inhabited the central Guadiana Valley during the VI century B.C. as a consequence of the crisis of the geographic nucleus of Tarteso during this moment in history. Furthermore, as we defended in the first chapter of this work, we do not consider the word “orientalizing” to be the most appropriate for the characterization of this territory, both chronologically and culturally, since it is a concept charged with a lack of historic definition, reason why we prefer to restrain its use to the artistic manifestations of the moment. Therefore, and considering that we understand Tarteso as the result of the union of local populations and the oriental element, we do not see it inconvenient to use the concept of “Tarteso” to define the population of the inlands, moreover when the material culture, their burial rituals and their architecture, just to set some examples, are the result of the hybridization of both cultural substrata. However, this does not lead us to consider the Guadalquivir as the only protagonist of these phenomena in the interior, since the particularities of the Guadiana during the I Iron Age is a direct consequence of its own social and territorial configuration, where the Atlantic coast and the Portuguese interior played a much more important role than the one that has been considered until now.

Therefore, the crisis of the VI B.C. was not alien to the neighboring territories. Its consequences extended throughout the inlands of the Iberian Peninsula, which lead to important changes in the territorial models of occupation which, in the case of the Guadiana Valley, changed from the invisible to the visible, and from the strange and empty, to the particular and singular.

Despite decades of research, Final Bronze Age societies of the central Guadiana still remain occult, identified almost exclusively by the gold hoards and the warrior stelae which, at least in this area, must be considered to belong to the Tartesian period. The only known habitat belonging to this period is the oval hut excavated at the site of Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz). This way, despite the different attempts in trying to create a hierarchical territorial organization based on hilltop settlements that are still unknown, we are still incapable of documenting occupation levels that clearly belong to the Final Bronze Age.

Based on the material culture that has been recovered, and though it is still extremely hard to determine which elements and facts clearly separate the Final Bronze Age from the I Iron Age, neither is there evidence that sustain the existence of an hiatus



between both periods, at least from a cultural point of view, neither must we compare the factors that are taking place in the Guadalquivir Valley, where the Final Bronze Age was interrupted by Phoenician colonization, to those from the central Guadiana, where these changes take place nearly a century later. On the other hand, the fact of adopting a European chorological model and considering it as correlative and parallel throughout the whole continent has to be a basic error, since not even the Final Bronze Age of the Southwest of the Peninsula should be studied as a unique block, because it necessarily affects the influences that conform the substratum of this period, which in our case is undoubtedly Atlantic. Nevertheless, and despite the analogies that link the central Guadiana Valley and what now a days is Portugal, they are still two separate spaces that respond in a different manner regarding territorial organization; thus, while the Final Bronze Age occupation in Portuguese territory is completely organized and hierarchical, being able to distinguish three settlement categories, the final Bronze Age of the central Guadiana is summarized in one doubtful site, to which we can now add the hut excavated at Cerro Borreguero, as well as many material findings documented during field survey and casual discoveries with a limited historical value.

The materials documented at the site of Concejiles (Lobón, Badajoz) must be added to this last group, site that has been considered as a Final Bronze Age settlement of an estimated 3-4 ha. The fact of the doubtful origin of the materials is enough to scientifically invalidate them, since they were extracted and delivered by plunderers, but we can also add the fact that some of the material published within the lot can also be ascribed to the I Iron Age, as are for example the decorated elbow fibula, the bitroncoconical weight system or the bone comb; reasons enough to doubt the validity of these elements when trying to characterize the final Bronze Age in the central Guadiana.

The second context used as an example to define the Final Bronze Age in the central Guadiana Valley was extracted from the SMRO sequence at the Castle of Medellín. Nevertheless, the stratigraphic analysis poses a series of problems that hamper its consideration as a reference to understand the territorial organization during the Final Bronze Age. The first problem is the location of the materials, found in levels with a large amount of organic material, bones and carbon that the authors relate to garbage dumps or landfills. A second fact is the pronounced dip of some of the stratigraphic units, which represent a natural depositional process rather than an anthropic one, as



well as the absence of constructions or pavements that would clearly indicate the existence of a use level. Regarding this fact, the only evidence of inhabited areas are documented by three hearths located upon the bedrock, and some pavement fragments documented from level 25 onward. Nevertheless, the material remains documented in these levels can belong to previous chronological periods, mainly the Copper Age, and can even be related to a circular hearth and a series of materials documented in an exploration survey that was carried out in the stands of the Roman theater. The material recovered from survey “G” is currently under study, though we can say in advance that some of them repeat the forms documented in the SMRO survey, and therefore the similarity between both contexts clearly indicates the existence of a Chalcolithic occupation phase. Final Bronze Age remains are scattered throughout the practical totality of the hill, but do not conform a regular stratigraphic layer that would allow us to better calibrate the importance of the occupation, since even the oldest layers are mixed with modern materials.

Until a few years ago the site of Alange was the first and only settlement with Final Bronze Age levels. After a series of archaeological excavations, the archaeologists determined the existence of a sequence that extended from the Epichalcolithic to the Final Bronze Age and even the Orientalizing Period, confirming the existence of a Bronze Age community that, in our opinion we cannot clearly identify. While it does seem clear that there is a continuous occupation from the Epichalcolithic to the Middle Bronze Age in the area named Solana del Cerro de Alange, the Final Bronze Ages layers appear to be less clear and do not cover the previous ones. Rather, they are located 1 km from the previous remains, located on the other side of the elevation, called the Umbria. The fact that the Final Bronze Age layers, represented by a collection of material with handmade ceramics and an oval construction interpreted as the remains of a hut, are not located above the previous levels, leading us to believe in a change in the model of the strategic occupation of the territory that has been previously ignored. Traditionally, the sequence of Alange has been explained as the result of a process that, as we have seen, is hard to defend. Furthermore, the recovered remains can be ascribed with no problem to the Middle or Late Bronze Age, which definitely breaks the link between Alange and the traditional territorial model established for the Final Bronze Age.



Lastly, the western stelae or warrior stelae have also been included as a fundamental element within the Final Bronze Age of the central Guadiana Valley. These stelae, of clear Atlantic affiliation, have their origin in this period, and not earlier, but it is during the Tartesic period that these elements are extended to the Guadiana and the Guadalquivir. This is also the case of gold hoards, which also present an obvious Atlantic origin manifested by the large amount of analogies located in Portuguese territory. Unfortunately, both elements are still part of non-contextualized findings, and therefore, despite their strong personality, we are still incapable of pinpointing their chronology and functionality, reason they have been excluded from our study.

The territorial occupation model created for the Final Bronze Age of the central Guadiana has also contributed in the creation of the model for the I Iron Age. As such, the discovery of handmade ceramics in the sequences documented at the Alcazaba of Badajoz and Medellín have led to the belief that there was a strong occupation of these sites since the Late Bronze Age, and subsequently justify the importance that these settlements would have during the I Iron Age; ultimately, an idea that has soaked into research even without the existence of constructive evidence or a series of materials sufficiently significant to sustain the theory.

To this day, the only evidence of a habitat dated to the Final Bronze Age in the central Guadiana is located at the site of Cerro Borreguero. We still do not know if it is an isolated hut or if, on the contrary, it forms part of a small settlement. Nevertheless, the discovery has an a huge importance due to it being clear evidence of the existence of a continuity between the Bronze Age and the I Iron Age, fact that we have wanted to highlight in our work. This sequences is confirmed not only because of the presence of handmade ceramics, an element that we have already consider inappropriate for delimiting the transition from the Final Bronze Age to the Iron Age, but firstly by the coexistence of a circular construction and a rectangular one with rounded corners; and secondly, because of the subsequent superposition of a new rectangular construction on top of the previous ones. This is a model that is not completely unknown within the Guadalquivir Valley, as are the cases of Osuna or Montemolin, or the inlands of Portugal, for example at the sites of Castro dos Ratinhos or Rocha do Vigio 2, or even in other areas of the Peninsular south, such as the recently discovered case at Castillejos de Alcorrín.



Because of this, a temporal hiatus does not seem to have existed between the Final Bronze Age and the I Iron Age in the Guadiana Valley since, despite of the little data we currently have, they do seem to advocate in favor of continuity and not a rupture between both periods. Currently, we could say that the small communities of the Final Bronze Age received technological novelties from the Tartesic nucleus that lead to a significant social change and an increase in population. Therefore, the beginning of the I Iron Age in the central Guadiana Valley brought the implementation of a new territorial model that dominated this geographic space between the VII and IV centuries B.C. moment in which it finally entered in decadence and disappeared. Nevertheless, we have been able to document two clear phases within this model; the first one developed between the VII century B.C up to the half of the VI century, moment in which some settlements are abandoned; and a second phase, between the second half of the VI and the beginning of the IV centuries B.C., moment in which the Tartesic buildings under tumulus are developed.

Consequently, the model used to define the occupation of the central Guadiana during the I Iron Age has its roots in the previous period, legitimizing its existence. The nucleus of this large territory has been traditional situated in Medellín, considered the main Tartesic colony of the inlands, in charge of articulating the whole territory. The characterization of Medellín as a city-state derives from the discovery, during the late 1960's of a large necropolis that, without any doubts, belongs to the Tartesic period. The excavation of the necropolis led to the search for the settlement that logically would have been located on what now a day is the hill of the Castle of Medellín since it is the nearest elevation to the necropolis, that subsequently ended in a series of stratigraphic surveys with the objective of trying to identify the occupation sequence and the magnitude of the protohistoric settlement. Nonetheless, after 17 registered archaeological interventions, not only on the slopes of the hill, but also in the vicinity of the area, there seem to be no sequence that allows us to clearly identify a habitat level or any constructive remains significant enough to be related to the I Iron Age, something that we have been able to see after an exhaustive revision of the different sequences used to defend the existence of a protohistoric occupation of the Medellín Castle hill.

Thus, the importance that Medellín has acquired throughout time is almost exclusively based on the existence of material remains that have been ascribed to the I Iron Age, as are the case to the "Medellín-type" ceramics, the Serreta-type comb



documented at the highest point of the hill, or the group of Greek ceramics that have recently been documented during the excavation of the *proscenium* of the roman Theater, currently under study by the team directing the excavation, that can be added to other small fragments found throughout the whole area that lack a clear archaeological context. Therefore, the majority of the protohistoric ceramic remains documented at Medellin seem to belong to a sequence whose chronology can be extended from prehistory to contemporary moments. May the conclusion we have reached in the chapter dedicated to the review of the stratigraphic sequences of the Castle of Medellin serve as an example of this point, especially, the revision of the excavation of Sector 1 carried out in 1991 on the northern slope of the hill. Despite the fact that the last stratigraphic unite in this area is located on top of the bedrock, where the walls of the XIII century wall rest, the identification within this sequence of protohistoric materials led its excavators to consider it the point where the protohistoric wall of the settlement would have been located, though there is no actual evidence that confirms it.

Therefore, despite the evident presence of protohistoric material located throughout the hill of the Castle of Medellin, it is also true that its representativity is almost residual in comparison to the material recovered from other historical periods. Therefore, we consider it to have been prematurely classified as a large settlement with an extension of up to 15 ha., equipped with walls and large buildings when, if it were true, and based on the large amount of excavations and surveys carried out at the site, the documented constructive remains would have certainly been more notable. Another concept that has never been contemplated is the possibility that the presence of this material does not belong to an important occupation phase during the I Iron Age, but rather correspond to landfills brought from other points of the surrounding area, or even the use of the Castle's hill as a garbage dump between the XVIII and XIX centuries, as occurred, for example, at the hill of the Alcazaba of Badajoz after the War of Independence; or even it might simply be a modest occupation, located at the highest point of the hill rather than being a large settlement that at some points has even been compared to the large Mediterranean metropolises.

However, the different findings discovered during the surveys carried out in the municipality of Medellin led us to evaluate the possibility that, in the case that a I Iron Age settlement had existed, it might be found in the lowlands, being a more



agriculturally set settlement rather than a large *oppidum* difficultly identifiable with the toponym of *Consiturgis*.

Nonetheless, the traditional occupation system, with of Medellín-*Consiturgis* at its head, would be complemented with other sits such as the Alcazaba of Badajoz, *Dipo* or *Lacimurgi*, with distances of between 20 and 30 km between each of them, which establishes an ideal settlement pattern of hilltop settlements that would control de central Guadiana Valley. But, unfortunately, none of these sites has a clear occupation phase during the I Iron Age. The Alcazaba of Badajoz presents the same pattern identified in the case of Medellín since, despite having excavated more than 1200 m², the scarce protohistoric materials belong to mixed levels or landfills; furthermore, the only constructive evidence that could be related to this time period was identified in level 6 of SPC-2, where part of a straight wall of about 40 cm in width was documented with no associated ceramics. This clearly results insufficient to determine the existence of a “notable urban development” that would allow us to identify this site as another Tartesian city-state within the central Guadiana Valley.

In the cases of the sites identified as *Dipo* and *Lacimurgi* there are even more problems, since the remains ascribed to the I Iron Age have been identified by superficial materials collected by amateurs, and none of the sites have been object of archaeological excavations. Therefore, the identification of *Lacimurgi* with a settlement at a ford belonging to the I Iron Age was based on the toponymy and the presence of a fragment of Greek ceramic, a Montefortino type bronze helmet and a golden earring; and the location of *Dipo* was determined based on the discovery of a coin with the name of the city next to some other protohistoric materials recovered in the area named “El Cuco”. On the other hand it is interesting that this place was chosen for situating the city of *Dipo* when there are other sites in the area where coins with the name have also been identified, and are also susceptible of being the city referred to in Roman sources.

Anyhow, the four sites identified as city-states, and were understood as the basis for the articulation of the protohisotric occupation of the central Guadiana River, lack sufficient constructive and architectonic evidence for us to consider them as such. This reality has even led us to rethink the effectiveness of this model since it does not seem, based on the archaeological evidence we currently have, that any of these sites has a significant occupation phase during the I Iron Age, and therefore it is hard to believe



that they could conform an occupation model of the central Guadiana Valley during the Tartesic period.

The addition of these sites within the settlement pattern of the central Guadiana has only contributed in masking the reality hiding behind the archaeological evidence. Therefore, during years of scientific production, authors unaffiliated to the creation of the model have still used it for territorial studies, but paradoxically always making allusions to the lack of constructive evidence that could certify if these sites were first order settlements during the Tartesic period. Nonetheless, and despite being conscious of the fact, nobody has discarded the model nor has proposed a new one, or even admitted that the occupation pattern cannot be sustained based on the evidence of the material remains. Therefore, if Medellin ceases to be a Tartesic city-state who acts as the catalyst and protagonist of Tartesic colonization of the inlands and the Portuguese Atlantic coast, the model falls apart by itself.

On the other hand, as we have already stated in the corresponding chapter, maybe the use of the concept “colonization” as a mechanism to explain the increase in population that the central Guadiana Valley experiments from the VI century B.C. forward, may not be completely correct. Our reservations are based in the differences that existed between the territorial occupation patterns between the Guadiana and Guadalquivir Valleys during the Tartesic period. This new model that begins to appear in the inlands does not seem to be a result of an organized plan controlled by cities such as Carmona, whose objective would be to control the agricultural surplus and the communication routs since, if it were so, they would have emulated the same occupation model used in the Guadalquivir, which is radically different from the one identified in the Guadiana. Furthermore, and as has already been commented in the corresponding section, this circumstance does not exclude the denomination of both the historic period that begins in the central Guadiana and its population as Tartesic, inaugurating a new cultural period in the area in conjunction with the local populace, undoubtedly scarce at the time. We can even conclude that these populations are the only heirs of the Tartesic culture, which begins to dissolve in the Lower Guadalquivir from the VI century B.C. onward

On the other, if the absence of constructive remains at the Castle of Medellin, that would certify the existence of an important settlement during the I Iron Age, is added to the different suppositions that have been used to argument in favor of the process of



Tartesian colonization from the Central Guadiana Valley towards the Portuguese Atlantic Coast and the inlands, the model cannot continue to be sustained. Though we have previously analyzed the matter thoroughly, we must restate that the settlements excavated in the estuary of the Tagus River and the Atlantic coast of Portugal, despite having been considered by some as a result of this colonization, present older chronologies, making it hard to think that Medellín would have acted as the developer of this process.

Currently, it seems there are no doubts regarding the Phoenician origin of settlements such as Lisboa, Santarém, Abul, Santa Oláia or the necropolis of Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal), where the material evidence and a large series of published absolute chronologies allows us to ensure its antiquity as well as its cultural affiliation. This allows us to open a new front in our research recovering the hypothesis proposed by M. Pellicer, who already had highlighted the importance of the Portuguese Atlantic coast in the configuration of other territories such as the central Guadiana Valley, idea that we share based on the data we are obtaining from recent excavations that are being carried out in the area.

Obviously, the identification of a necropolis in the vicinity of Medellín invites us to consider the existence of a settlement in the area. This premise has been the cause of the process by which Medellín has ended up being considered a Tartesian city-state. But, as we have already highlighted in many occasions, we still do not have enough constructive evidence that allows us to certify the existence of a large settlement located at the castle's hilltop or its vicinity that could be related to the necropolis.

The estimations calculated by Almagro-Gorbea, based on the data of the paleodemographic study of the 264 excavated tombs, settle the total number of tombs to be approximately 1500, distributed throughout ten theoretical generations. From these premises it was deduced that the population of the settlement would range somewhere between 1500 and 2000 inhabitants, which is an extremely high population density and a long duration of the settlement, incompatible with the evidence that is preserved, only being a set of ceramics within an altered sequence. Therefore, we can consider that, if a settlement this long-lived and capable of withstanding this amount of people were to exist, it would present outstanding material and constructive evidence.

Taking all this into account, we have chosen to open a new line of research that we have not included thoroughly in this work because we have considered it as a future



challenge. It consists in the possibility of studying the necropolis of Medellín from a new perspective, by not considering it to belong to one exclusive settlement, as would seem usual, but rather it being of community use, where people from the surrounding territory would be buried. This would explain the elevated concentration of burials located both in Medellín and the surrounding area. This hypothesis transcends a gentilic use, as has been proposed in some occasions, and converts the area between the Ortigas and Guadiana Rivers as a funerary landscape from which many Tartesian communities of the central Guadiana valley would have participated between the VII and V centuries B.C.

What we have have entitled as occult Tartesian buildings under tumulus, have formed part of the territorial model that has characterized up until now the central Guadiana Valley, but, despite more than 10 having been identified, the only ones that have been included in the previous model were those whose function would be that of palace-fort, definition that has characterized these buildings in the past years. The identification with this function is based in the idea that these structures would act as guardians of territorial boundaries. Maybe the most important example is the case of the Turuñuelo de Mérida, located halfway between the supposed sites of *Conisturgis* and *Dipo*, delimiting the border between both hilltop settlements. Nevertheless, after revisiting the role of these sites considered to be frontier settlements, especially the cases of Turuñuelo and Cancho Roano, we have observed that only some of them fulfill this premise. On the contrary, if we include all the known cases in the settlement pattern, the model ceases to work. This leads to another serious obstacle for the validation of the traditional model, whose construction has been based on the needs of Medellín to justify its hegemony within the system.

Therefore, after having examined all the published archaeological information, we propose a new model of the settlement pattern in the area, sensibly different from the previous one, whose epicenter was Medellín. At the moment, only the settlement located at the Tamborrio hill (Villanueva de la Serena, Badajoz) has given signs of being an important settlement that begun in the VII century B.C., and has been continuously occupied until the IV century B.C., moment that the settlement is burned down and abandoned. Subsequently, the settlement was reoccupied during the II Iron Age, reaching its peak in population. The archaeological remains identified during the excavation reflect a more similar reality to the characteristics that were designated to the



site of Medellín; in other words, the existence of walls, in this case two, an adobe one corresponding to the VII century B.C., and a second one made in stone protecting the VI-V century B.C. settlement, and a central space that acted as an acropolis, located at the most elevated point of the site.

Therefore, the Tamborrio constitutes for now the only hilltop settlement located in the central Guadiana Valley. The distance that separates it from other I Iron Age sites does not allow us to determine the relations that would have existed between one another, nor their capacity for controlling the surrounding territory, including communication routs and resource exploitation. Nonetheless, given its strategic geographic location, at the convergence of the Zújar and Guadiana rivers, and the quantity of anaphoric remains, as well as the identification of different spaces with the sole function of storage, we can suppose that the settlement would have sufficient capacity to control the exploitation of surrounding resources, as well as managing trade and distribution.

Despite the methodological criteria used in the study of each archaeological site included in this work has varied very little regarding those of other previous studies, we must recognize that our main interest has focused on the study of the Tartesian buildings occult under tumulus. This is the reason why we have tried to obtain as much information as possible and accompany it with a complete graphic section that will allow us to extract and analyze as much information as possible regarding the territory where they are located. Our inclination towards the analysis of these types of sites is mainly due to two factors; on one hand, these tumulus constitute an element that gives the geographic area its own personality, since it is a settlement pattern that has exclusively been documented in the Guadiana Valley, reason for its analysis to be a priority when trying to understand the territorial organization of the area; and on the other, the fact that we can now include new examples, with undergoing excavations, to the data obtained from the settlements of Cancho Roano and La Mata, will enrich our understanding of this phenomena, since it will allow us to extract a series of conclusions that will be basic for understanding the social and economical organization of this large territory.

The revision of all the published data, united to the inclusion of new examples, has allowed us to individualize a total of 23 study cases, of which ten can be considered, without any doubt, as Tartesian buildings occult under tumulus. This does not mean that



some of the sites included within the section of negative points or possible buildings under tumulus may be, with further research, incorporated to the list of positive results. We must further state that each case has had its own limitations and problems, described in their corresponding sheet, which in some cases has not allowed us to obtain all the information necessary for its correct analysis. Just as an example, we could not access some of the sites for archaeological survey due to the prohibition of the landlords, as was the case of the tumulus of Tiriñuelo (Montijo, Badajoz).

The detailed analysis of the ten positive sites has allowed is to create a pattern that can be used as a guide, in the near future, for the location of new sites under tumulus. Maybe, the most noted element we have been able to identify in every case, is the proximity of these enclaves to water courses. The general pattern situates them near the convergence of the Guadiana and one of its main tributaries. Nonetheless, some cases have been detected, as are the tumulus of Aliseda (Don Benito, Badajoz) or Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), where they are situated further from the Guadiana, but near one of its tributaries, surrounded by other minor water sources.

We have not attempted to evaluate the ritual relation that could existed between the sites and the water sources, as has already been addressed for some cases such as Cancho Roano. We consider that these kinds of analysis must be carried out from an individual point of view and only attempted once we understand the functionality of these spaces. Nevertheless, we would like to highlight the importance of the location of these buildings under tumulus next to the main water courses, giving them a huge strategic value since they would also control the trade transactions, not only among them, but also towards the Atlantic and the interior through the Guadiana. Though it may be early to determine the category of these buildings, it seems clear that all of them played an important role within the territory, since their location seems to correspond to a pattern in territorial control related to the exploitation of the rich agricultural resources that surround them.

Therefore, accordingly to the new data we present, we can establish a territorial organization pattern where the area under the influence of each site divides the territory in regular spaces separated by the tributaries of the Guadiana. Nevertheless, we must not forget that it is still a hypothetic framework that must still be completed with the confirmation and location of new tumulus that would help in filling in certain empty spaces in the central Guadiana. May the territory that extends from the mouth of the



Matachel River to the Guadiana, where none of these structures has been located, serve as an example of this fact.

The settlements that have been classified as farms were probably under the control or influence of these settlements, and were in charge of the exploitation of natural resources that would be then managed by the larger buildings since, as we have previously stated, the examples of small villages or farms, with the exception of the settlement of La Barca-Torruco (Villanueva de la Serena, Badajoz), are too far from the settlement of Tamborrio to be considered under its direct control. Nonetheless, it is possible that this settlement would have an indirect political control of the lowland settlements, power that would be based on the centralization and redistribution of surplus.

Unfortunately, the reduced number of examples we have of farm-type settlements does not allow us to establish any ultimate conclusion. As we have already indicated, we do not have any example of farm-type settlements that have been excavated in extension, nor are any of the known sites located in the vicinity of the buildings under tumulus, factor that would enable a direct connection between both types. Therefore, we can suppose that some kind of peasantry relation would have existed, destined to the exploitation of natural resources by these farm-type settlements, and then the redistribution of surplus, activity that would have been controlled by the tartesic buildings.

Something similar happens when trying to determine the relation that could have existed among the different tartesic buildings. The homogeneity of their constructive patterns, and mainly the fact that they share the same chronology, makes them part of the same historical reality. From what we now up to now, each building seems to have its own particular functionality, but it seems clear that they all share a strong link to the territory, complemented with the development of other activities, as for example in the case of Cancho Roano would be having a strong cultural baggage. This functional diversity, if confirmed, leads us to believe that these buildings would complement themselves, while also controlling production and resource management, offering a series of services acting as references to small territories, which at the same time would form part of a larger region that would now a day coincide with what we refer to as the central Guadiana.



The control of the economic bases, supported on agricultural activities, leads us to think that it would positively affect other activities such as craftsmanship and especially trade. The analysis of some ceramic vessels from the tumulus of “Casas del Turuñuelo” (Guareña, Badajoz) has proved that they were produced in its vicinity, which indicates the existence of a specialized craftsmen, same as the identification of a smelters deposit located at Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz), which seems to correspond to a small workshop for the reparation of common bronze objects. Probably, the wealth of the region and of the buildings under tumulus resides in activities derived from trade, favored both by the abundant natural resources in surrounding areas of these sites, and by being near the main communication lines, where the Guadiana plays a fundamental role. The development of this activity would lead to the enrichment of certain individuals, whose elevated position would be reflected not only on the monumentality of the buildings they managed, but also on the imported objects they would acquire, common and abundant in these type of buildings. Therefore, we suppose that the inhabitants of these buildings would be in charge of controlling a certain territory as well as the minor settlements located within the area, while at the same time playing an important role in the trade of agricultural resources.

The hypothesis we postulate regarding the use of the Guadiana River as the main communication artery during prehistory continues to make more sense, especially after the identification of two objects recovered during the last campaigns carried out at the site of “Casas del Turuñuelo” (Guareña, Badajoz). These objects consist in a ceramic fragment and an ivory plaque, both with representations of boats. Both the decoration of the ceramic fragment, whose analysis has revealed it to have been produced in a different area, and the procession of three ships on the ivory plaque, are a sample of the existence of naval and navigational knowledge in the region, and possibly might have been the mean to move products both towards the outlet of the Guadiana and the interior of the Meseta.

With all this data, and with the idea of encompassing the proposals we have made, we can suppose the existence of a central power located at the settlement of Tamborrio, since other hilltop settlements, such as the Alcazaba of Badajoz or the Castle of Medellín, seem to act more as control points at river fords, considering the absence of material remains that would allow us to confirm the existence of large settlements at both these points. This settlement, Tamborrio, would be the promoter of the



construction of the large buildings spread across the central Guadiana Valley, buildings that would be directly in charge of controlling the land; since considering that Tartesian buildings would be under the control of a “lord” who would have an individual, isolated control over the territory, seems to be a model hard to sustain. Only a direct dependence of a central place could guarantee the stability and security of these buildings that in return, would control the development of agricultural exploitation of the surrounding lands where the small rural settlements are located. This layout guarantees the equilibrium of the territorial occupation model, supporting its dynamism and well functioning, something that seems clear due to the durability of the system.

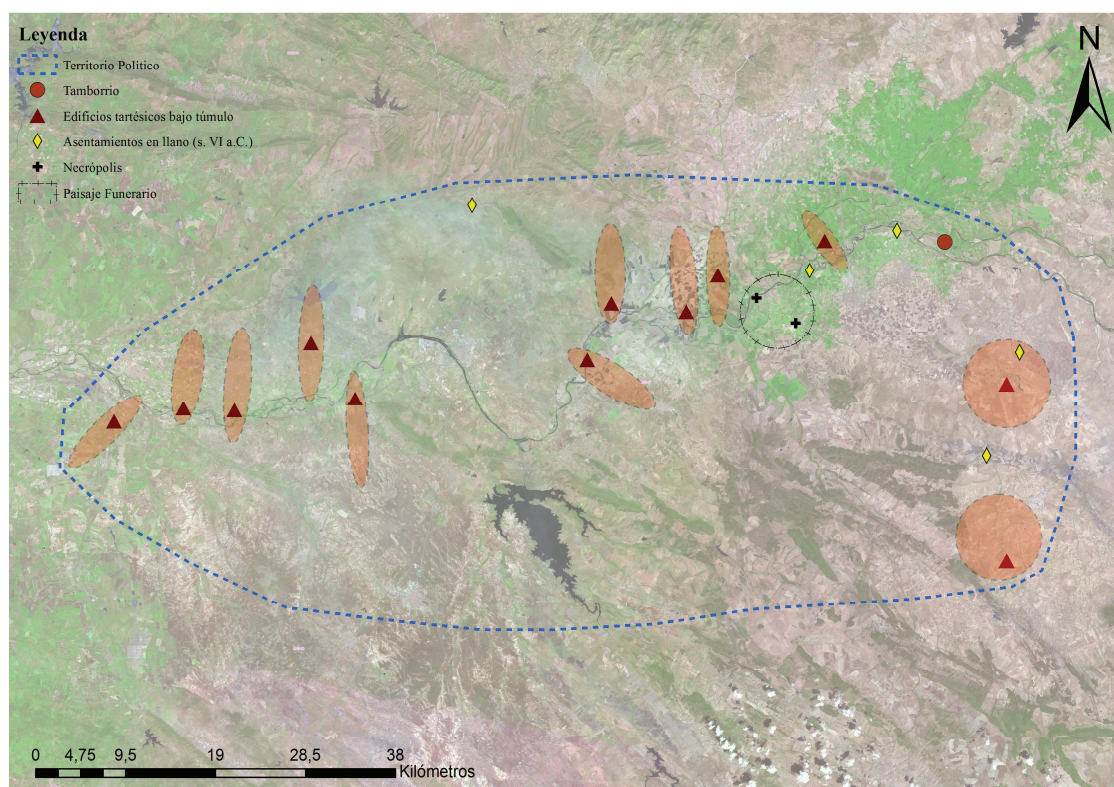


Fig.395. Hypothetical reconstruction of the political territory of the central Guadiana Valley during the I Iron Age

Being able to acknowledge the social framework of this particular occupation model is still a task for future research. The nature of the materials documented at the excavations of the Tartesian settlements of the Guadiana and the monumentality of these constructions have led us to believe that they would be under control of a landowner aristocracy which in occasions has been identified as genuine “lords of the field”. The appearance of these aristocracies has derived in an interpretation according to which these new landlords would be the emulation of the warriors represented on the stelae, which leads to the supposition that they would have been the chiefs that controlled the



territory since the Final Bronze Age. Nevertheless, it is complicated to determine the relation that existed between these two social groups when we still do not know the exact chronology and functionality of the stelae.

Therefore, leaving aside the use of a terminology that, in many cases, can lead to misunderstandings, what seems clear is that the inhabitants of these buildings under tumulus would have sufficient power to exercise an effective control over the land. We believe that trying to determine the range of control exceeds the information recovered from the archaeological data that we have today. Nonetheless, future excavations at the tumulus of “Casas del Turuñeulo” (Guareña, Badajoz) will probably help us in shedding some light upon this problem, since we will be able to add one more example to this set of sites.

Regarding the functionality of these buildings, the constructive techniques, the clear Mediterranean influence, the terminology used to define them and the material remains associated to them, we refer to the corresponding chapter of this work. Nevertheless, we should make an allusion to the new terminology that has been proposed since it constitutes a novelty of this work. Therefore, opposite to the heterogeneity of definitions and words used to define these structures, usually with a strong functional baggage, we propose the use of a more aseptic, though long, concept: Tartesic buildings occult under tumulus. The definition lacks any kind of functional baggage, while incorporating in its definition the architectonic nature of the building, since they are always isolated structures. They also delimit their chronology and the intention of occultation, reason for which we discarded the use of “buried” in favor of “occult”. Nonetheless, we are conscious that in the bibliography, as well as ourselves, still define these sites as the Tumulus of the Guadiana, though our intention is to define the building and not the structure that hides them.

Definitively, what we propose here is a novel approach to the settlement pattern during the Tartesic period in the central Guadiana valley, which sensibly differs from the previous model conceived until now. This new pattern is articulated by two larger groups of settlements; hilltop settlements, where, for the time being, we can only include the settlement of Tamborrio, and the lowland settlements, group that includes both the occult Tartesic buildings under tumulus and the small farm-type settlements that usually do not surpass one hectare in extension. These all seem to function in a dynamic occupation system whose development and prosperity is reflected in the three



Conclusiones / Conclusions

centuries it was in work, the restructuring and expansion of the buildings and the richness of the material culture they possess. Determining what led to the collapse of the system is still a task we have ahead. Anyhow, what is certain is that the intentional occultation has left us a legacy of unique information regarding the Tartesian occupation of the central Guadiana Valley.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1969): *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona.
- AA.VV. (1978): *Atlas gráfico de Extremadura*. Madrid.
- AA.VV. (1980): *La formazione della città nel Lazio (Dialoghi di Archeologia n° 2)*. Roma.
- AA.VV. (1982): “Resumen del registro magnetofónico del coloquio celebrado durante la sesión final de las Jornadas sobre Colonizaciones Orientales”, *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales. Huelva Arqueológica*, VI: 15-19.
- AA.VV. (1983): *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*. Ministerio de Cultura.
- AA.VV. (1989): *Arqueología espacial* 13. *Fronteras*.
- AA.VV. (1990): “La cultura tartésica y Extremadura”, *Cuadernos Emeritenses* 2. Mérida.
- AA.VV (1990b): “Presenças orientalizantes em Portugal da Pre-historia ao periodo romano”, *Estudos Orientais* 1.
- AA.VV (1993): “Os fenícios no território português”, *Estudos Orientais* 4.
- AA.VV. (1995): *Tabula Imperii Romani, Hoja J-29: Lisboa; Emerita-Scallabis-Pax Iulia-Gades*. Madrid.
- AA.VV. (2014): *A Idade do Bronze em Portugal: os dados e os problemas. Antrope* 1. Tomar
- ABAD, L. y SALA, F. (1997): “Sobre el posible uso cónico de algunos edificios de la Contestania ibérica”, *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18: 91-102.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; FLORES, C. y del PINO de la TORRE, M^a (1986): “El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de Cabañas del Bronce Final y su evolución”, *Arqueología Espacial* 9: 33-58.
- AGUILAR SÁENS, A y GUICHARD, P. (1995): *La ciudad antigua de Lacimurga y su entorno natural*. Badajoz.
- ALARCAO, J. de (1973): *Portugal Romano*. Lisboa.
- (2001): “Novas perspectivas sobre os Lusitanos (e outros mundos)”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, vol. 4, n° 2: 293-349.
- ALBANESE PROCELLI, R. M. (2003): *Sicani, Siculi, Elimi. Forme di identità, modi di contatto e processi di trasformazione*, Biblioteca di Archaeologia 33.
- ALBERGARIA, J. y MELRO, S. (2013): *Ocupação Proto-Histórica na margem esquerda do Guadiana. Memórias d'ODIANA. Estudos Arqueológicos do Alqueva*. Évora.
- ALBUQUERQUE, P. (2014): *Tartessos: a construção de identidades através do registro escrito e da documentação arqueológica*. Tesis doctoral inédita.
- ALGAZE, G. (1993): *Uruk Worl System: Dynamics of Expansion of Early Mesopotamian Civilization*. Chicago.
- (2004): *El Sistema mundo de Uruk: la expansión de la primera civilización mesopotámica*. Barcelona.

- ALMAGRO BASCH, M. (1960): *Prehistoria. Manual de Historia Universal*. Madrid.
- (1961): “El depósito de Bronce III Hispano de Cabezo de Araya. Arroyo de la Luz (Cáceres)”, *Revista de Estudios Extremeños* XVII: 5-26.
- (1966): *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistórica Hispana, 8. Madrid.
- (1975): “Las raíces del Arte Ibérico”, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11: 252-279.
- (1978): “El problema de Tartessos según los documentos arqueológicos”, *Aspetti archeologici dell’Occidente Mediterraneo. Quaderni del Centro di Studio per l’Archeologia etrusco-italica* 2: 11-28.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1969): *La necrópolis de las Madrigueras, Carrascosa del Campo (Cuenca)*, Bibliotheca praehistorica hispana. Madrid.
- (1970): “Hallazgo de un kylix ático en Medellín (Badajoz)”, *XI Congreso Nacional de Arqueología*: 437-448.
- (1971): “La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura”, *Noticiario Arqueológico Hispano* 16: 161-202.
- (1974): “Los tesoros de Sagrajas y Berzocana y los Torques de oro macizo del occidente peninsular”, *Actas del III Congreso Nacional de Arqueología, Oporto*: 259-286.
- (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Madrid.
- (1983): “Colonizzazione e acculturazione nella penisola iberica: Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche”, *Atti del convegno di Cortona (24-30 maggio 1981)*: 429-461.
- (1986): “El mundo Orientalizante”, Tartessos. *Revista de Arqueología*, Extra 1: 10-29.
- (1986b): “El Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas”, en F. Jordá y otros, *Prehistoria de España*: 341-532.
- (1989): “Arqueología e Historia Antigua: el proceso protoorientalizador y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo”, *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Prof. Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión* 2: 277-288.
- (1990): “El Período Orientalizador en Extremadura. La cultura tartésica y Extremadura”, *Cuadernos Emeritenses* 2: 85-126
- (1991): “El mundo orientalizador en la Península Ibérica”, en E. Acquaro (ed.), *Atti del II Congresso internazionale di studi fenici e punic*: 573-599.
- (1991b): “La alimentación en el palacio orientalizador de Cancho Roano”, *Gerion, homenaje al Dr. Michel Ponsich*: 95-113.
- (1992): “Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce Final”, en P. Urtrilla (coord.), *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la prehistoria*: 633-658.

- (1994): “Las estelas antropomorfas en la Península Ibérica. Tipología, Dispersión, Cronología y Significado”, *La Statuaria antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizzazione*: 69-108.
- (1996): *Ideología y poder en Tarteso y el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (1997): “La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología”, *Saguntum* 30: 217-228.
- (1998): “Precolonización” y cambio socio-cultural en el Bronce Atlántico”, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*: 81-100.
- (2000): “La ‘precolonización fenicia’ en la Península Ibérica”, en M. E. Aubet y Barthélemy (Vol. II): 711-721.
- (2001): “Cyprus, Phoenicia and Iberia: From ‘Precolonization’ to Colonization in the ‘Far West’”, en L. Bonfante y V. Karageorghis (ed.), *Italy and Cyprus in Antiquity: 1500-450 B.C. Proceedings of an International Symposium held at the Italian Academy for Advanced Studies in America at Columbia University, November 16-18, 2000*: 239-271.
- (2008): “Medellín – Conisturgis: reinterpretación geográfica del Suroeste de Iberia”, *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, serie 126, nº 1-12: 89-115.
- (2008b): “La topografía de la necrópolis: estructura y evolución”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Estudios analíticos. IV. Interpretación de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*: 893-906.
- (dir.) (2008): *La necrópolis de Medellín*. Vol. I-III. Real Academia de la Historia. Madrid
- (2010): “La colonización tartésica: Toponimia y Arqueología”, *Serta Palaeohispanica J. de Hoz*, *Palaeohispanica* 10: 187-199.
- (2014): “De Conisturgis a Metellinum: colonizaciones mediterráneas y el inicio del proceso urbano en el Extremos Occidente”, *Actas del XVIII Congreso Internacional de Arqueología Clásica: Centro y periferia en el mundo Clásico*, vol. I: 343-349.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A. (1989): “El Palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales”, *Zephyrus* 41-42: 339-382.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. y LÓPEZ-AMBITE, F. (1990): “Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica”, *Madridrer Mitteilungen* 31: 251-308.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. (1986): “El Castro de Entrerríos (Badajoz)”, *Revista de Estudios Extremeños* vol.: LXII: 617-631.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A.; MEDEROS, A. y TORRES, M. (2008): “Medellín como población urbana”, en M. Almagro-Gorbea, (dir.), *La necrópolis de Medellín III. Estudios analíticos. IV. Interpretación de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*: 1007-1018.
- (2008b): “La ciudad-estado de Medellín-Conisturgis y la cuenca media del Guadiana en el Período Orientalizante”, en M. Almagro-Gorbea, (dir.), *La necrópolis de Medellín III*.

Estudios analíticos, IV. Interpretación de la necrópolis, V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis: 1033-1059.

- (2008c): “Medellín, Tartessos y el Mediterráneo”, en M. Almagro-Gorbea, (dir.), *La necrópolis de Medellín III. Estudios analíticos, IV. Interpretación de la necrópolis, V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis: 1061-1077.*
- (2008d): “Medellín y su territorio como ciudad-estado”, en M. Almagro-Gorbea, (dir.), *La necrópolis de Medellín III. Estudios analíticos, IV. Interpretación de la necrópolis, V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis: 1019-1032.*
- ALMAGRO-GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A. M. (1994): “Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo”, *Complutum Extra* 4: 77-127.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M. (2007): “Las fortificaciones tartésicas en el suroeste peninsular”, en L. Berrocal y P. Moret (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo: 35-55.*
- (2009): “La colonización de la costa atlántica de Portugal ¿Fenicios o Tartesios?”, en *Acta Palaeohispanica* X, 113-142.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MEDEROS, A. y TORRES, M. (2008): “El territorio de Medellín en los siglos VI – V a.C.”, en J. Jiménez (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en Época Post-orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXIX: 149-175.*
- ALMAGRO-GORBEA, M.; RIPOLLÉS, P. P. y RODRÍGUEZ MARTÍN, G. (2009): “Dipo. Ciudad ‘tartésico-turdetana’ en el valle del Guadiana”, *Conimbriga* XLVIII: 5-60.
- ALMELA BOIX, A. (2004): “José Ramón Mélida Alinari”, *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912: 261-268.*
- ALVAR, J. (1990): “El contacto intercultural en los procesos de cambio”, *Gerión* 8: 11-27.
- (1997): “El problema de la precolonización en la gestación de la polis”, en D. Plácido, j. Alvar, J. M. Casillas y C. Fornis (eds.), *Imágenes de la Polis, Arys* 8: 19-33.
- (2000): “Comercio e intercambio en el contexto precolonial”, *Actas del I Coloquio del CEFYP. Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: 21-30.*
- (2008): “Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia”, *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate: 19-25.*
- (2013): “Tarteso. Literatura y ser histórico”, en J. Campos y J. Alvar (eds.), *Tarteso. El emporio del metal: 85-110.*
- ALVAR, J. y WAGNER, C. G. (1988): “La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica”, *Gerión* 6: 169-185.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española.* Málaga.

- (2005b): “El orientalizante peninsular como problema historiográfico”, en Celestino Pérez, S. & Jiménez Ávila, J. (eds.): *El Período Orientalizante*, vol.1. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental: 227-235.
- (2010): “Carriazo y su interpretación de los hallazgos de El Carambolo en el contexto de los estudios sobre Tartesos”, en M^a. L. de la Bandera y E. Ferrer (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 53-97.
- (2013): “Definiendo Tarteso: indígenas y fenicios”, en J. Campos y J. Alvar (eds.) *I Congreso Internacional “Tartesos, el Emporio del Metal”*: 223- 246.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (2003): *Los Vettones. Bibliotheca Archaeologica Hispana 1*, 1^a ed. 1999. Madrid.
- AMARO, C. (1993): “Vestígios materiais orientalizantes do Claustro da Sé de Lisboa”, *Estudos Orientais* IV: 183-192.
- AMO, M. DEL (1973): “Cerámica de “retícula bruñida” de Medellín”, *XII Congreso Nacional de Arqueología*: 375-389.
- ANTUNES, A. S.; DEUS, de M.; MONGE SOARES, A. M.; SANTOS, F.; ARÊZ, K.; DEWULF, J.; BAPTISTA, L. y OLIVEIRA, L. (2012): “Povoados abertos do Bronze Final no Médio Guadiana”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El Río Guadiana en el Bronce Final*: 277-308.
- ARANEGUI, C. (1975): “La cerámica gris monocroma: puntualizaciones sobre su estudio”, *Papeles del laboratorio de Arqueología de Valencia* 11: 333-379.
- ARCE, J. (1994): “García y Bellido y el Instituto Rodrigo Caro”, *Archivo Español de Arqueología* 67: 297-301.
- ARMADA PITA, X-L. (2006-2007): “Vasos de bronce de momentos precoloniales en la Península Ibérica: algunas reflexiones”, *Revista d’arqueologia de Ponent* 16-17: 270-280.
- ARMBRUSTER, B. R. (1995): “Sur la technologie et la typologie du collier de Sintra (Lisbonne, Portugal) – Un oeuvre d’orfèvrerie du Bronze Final Atlantique composé des types Sagradas-Berzocana et Villena-Estremoz”, *Trabajos de Prehistoria* 52, n° 1: 157-162.
- ARMBRUSTER, B. R. Y PEREA, A. (1994): “Tecnología de herramientas rotativas durante el Bronce Final Atlántico. El depósito de Villena”, *Trabajos de Prehistoria* 51, n° 2: 69-87.
- ARRUDA, A. M. (1999-2000): *Los fenicios en Portugal. Fenicios e indígenas en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6 1999-2000. Barcelona.
- (2005): “Orientalizante e Pós-orientalizante no sudoeste peninsular: geografias e cronologías”, en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV*: 277-303.

- (2008): “Fenícios e Púnicos em Portugal: problemas y perspectivas”, en J. P. Vita y J. A. Zamora (eds.), *Nuevas perspectivas II: la arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica*: 13-23.
- (2010): “Fenícios no território actualmente português: e nada ficou como antes”, en M^a. L. de la Bandera y E. Ferrer (coord.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 439-452.
- (2011): “Indígenas, fenicios y tartésicos en el occidente peninsular: mucha gente, poca tierra”, en M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartesos. Nuevas perspectivas*: 151-160.
- (2013): “Do que falamos quando falamos de Tartesso?”, en J. Campos y J. Alvar (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*: 211-222.
- (2013b): “A oeste tudo de novo. Novos dados e outros modelos interpretativos para a orientalização do território português”, en A. Arruda (ed.), *Fenícios e Púnicos por terra e mar (Actas do VI Congresso Internacional de Estudo Fenícios e Púnicos)*: 512-535.
- ARRUDA, A. M. y CELESTINO, S. (2009): “Arquitectura religiosa en Tartessos”, en P. Mateos, S. Celestino, A. Pizzo y T. Tortosa (coord.), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*: 29-78.
- ARRUDA, A. M.; TEIXEIRA, V. y VALLEJO, J. I. (2000): “As cerâmicas cinzentas da Sé de Lisboa”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, vol. 3, nº 2: 25-59.
- ARRUDA, A. M.; BARBOSA, R.; GOMES, F. y SOUSA, E. (e.p.): “A necrópole da Vinha das Calças (Berigel, Beja, Portugal)”, en S. Celestino y E. Rodríguez (eds.), *Territorios Comparados: los valles del Guadalquivir, el Tajo y el Guadiana en época Tartésica. Anejos del Archivo Español de Arqueología*.
- ARTEADA MATUTE, O. (1976-1978): “Problemática general de la Iberización en Andalucía oriental y en el sudeste de la Península”, *Ampurias: revista de arqueología, prehistoria y etnografía* 38-40: 23-60.
- (1977): “Las cuestiones orientalizantes en el marco protohistórico peninsular”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 2: 301-320.
- ARTZY, M. (2006): *The Jatt metal hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriote context. Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 14. Barcelona.
- AUBET SEMMELR, M^a. E. (1977-78): “Algunas consideraciones en torno al período orientalizante tartésico”, *Pyrenae* 13-14: 81-107.
- (1990): “El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción”, *Cuadernos emeritenses* 2: 31-44.
- (1994): *Tiro y las colonias fenicias occidentales. Edición ampliada y puesta al día*. Crítica. Barcelona.
- (2005): “El “orientalizante”: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.) *El Período Orientalizante*, vol.1. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental: 117-128.

- AUBET SEMMLER, M. E.; SERNA, M. R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979, Excavaciones Arqueológicas en España* 122. Madrid.
- AUBERT, C. (1992): “La periode pré-phénicienne en Péninsule Ibérique: relations avec la Méditerranée centrale”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 28.1:7-18.
- BACELAR ALVES, L. (2014): “Intermitências: a arte e a Idade do Bronze no ocidente peninsular”, *Antrope. Série Monográfica* 1, *A Idade do Bronze em Portugal: os dados e os problemas*: 15 – 50.
- BAIGORRI, A. y CORTES, G. (2009): “Extremadura, frontera”, *Atlas de Extremadura*: 306-311. <http://www.asambleaxe.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>
- BANDERA de la, M^a. L. y FERRER, E. (coord.) (2010): *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Universidad de Sevilla.
- BANDERA de la, M^a. L.; CHAVES, F.; ORIA, M.; FERRER, E.; GARCÍA VARGAS, E. y MANCEBO, J. (1993): “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante (Campañas de 1980 y 1981)”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 4: 15-48.
- BARCELÓ, J. A. (1989): “Las estelas decoradas del sudoeste de la Península Ibérica”, en M. E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 189-208.
- BARTOLONI, P. (1990): “Aspetti precoloniali della colonizzazione fenicia in Occidente”, *Rivista di Studi Fenici* 18.2: 157-167.
- (2000): *La necropoli di Monte Sirai – I*. Roma.
- BARTOLONI, P.; BONDI, S. F. y MOSCATI, S. (1997): *La penetrazione fenicia e púnica in Sardegna. Trent'anni dopo*. Academia Nazionale dei Lincei – Memorie s.9, v.9, fasc.1. Roma.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G. (1985): “Introducción geográfica a la Historia de Extremadura”, *Historia de Extremadura: la geografía y los tiempos antiguos*, tomo I: 13-60.
- (1990): *Geografía de Extremadura*. Badajoz.
- (1998): “Introducción geográfica: Extremadura, una realidad diversa”, en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*: 15-28.
- (2000): “Extremadura es frontera”, *Homenaje a la profesora Carmen Pérez Romero*: 295-310.
- (2009): “El relieve”, *Atlas de Extremadura*: 90-93.
<http://www.asambleaxe.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>.
- BARRIENTOS, G.; CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (eds.) (1985): *Historia de Extremadura I. La geografía y los tiempos antiguos*. Badajoz.
- BARROS, L. y SOARES, A. M. (2004): “Cronología absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal)”, *APort* IV-22: 333-352.

- BARROS, L.; CARDOSO, J. L. y SABROSA, A. (1993): “Fenicios na Margem Sul do Tejo. Economia e integraçao cultural do povoado do Almaraz – Almada”, *Estudos Orientais* 4: 143-181.
- BELÉN, M. (1994): “Carmona Prerromana: nuevos datos para la historia de la ciudad durante el I Milenio a.C.”, *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, vol. III: 20-27.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1995): “Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir”, *Kolaios* 4: 67-101.
- (1997): “Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental”, *Spal* 6: 103-131.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L. y BOZZINO, M^a. I. (1992): “Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental”, *Complutum* 2-3: 65-88.
- BELTRÁN, A. (1950): *Curso de Numismática: Numismática Antigua*. Cartagena.
- BENDALA GALÁN, M. (1977): “Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos”, *Habis* 8: 177-205.
- (1979): “Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos”, *Archivo Español de Arqueología* 52, nº 139-140: 33-38.
- (1983): “En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)”, *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*: 141-146.
- (1986): “La baja Andalucía durante el Bronce Final”, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 530-536.
- (1989): “Notas alterobiográficas”, *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeiro*: 20-28.
- (1989b): “La génesis de la estructura urbana en la España antigua”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 16: 127-148.
- (1992): “El mundo fenicio-púnico y su expansión mediterránea”, en G. Roselló (ed.), *La prehistòria de les illes de la Mediterrània occidental. X Jornadas d'Estudis Històrics Locals*: 375-391.
- (1992b): “Tartessos: ¿Concierto o desconcierto?”, *Arqrítica* 3: 20-22.
- (1997): “A Thorny Problem: Was there Contact between the peoples os the Sea and Tartessos?”, en M. S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados (eds.): *Encounters and Transformations. The Archaeology of Iberia in Transition. Monographs in Mediterranean Archaeology* 7: 89-94.
- (2000): *Tartesios, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Temas de hoy. Madrid.
- (2006): “Hispania y la “romanización”. Una metáfora: ¿crema o menestra de verduras?”, *Zephyrus* 29: 289-292.

- (2013): “La génesis de Tarteso en la etapa ‘Precolonial’ del segundo milenio: notas para una discusión”, en J. Campos y J. Alvar (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*: 123-135.
- BENET, N. (1990): “Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)”, *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León* III: 77-94.
- BERNARDINI, P. (1991): *Micenei e Fenici. Considerazioni sull’età precoloniale in Sardegna*. *Orientis Antiqui Collectio* 19. Roma.
- BERROCAL, L. (1994): “El *oppidum* de Badajoz. Ocupaciones prehistóricas en la Alcazaba”, *Complutum Extra* 4: 143-187.
- (1998): *La Baeturia. Un territorio prerromano en la baja Extremadura*. Diputación de Badajoz.
- (2008): “El *oppidum* de Badajoz en época post-orientalizante”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología* XLVI: 177-183.
- BERROCAL, L. Y SILVA, C. A. (2010): *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007. O Arqueólogo Português* 6.
- BERROCAL, L.; SILVA, C. A. y PADROS, E. (2012): “El castro dos Ratinhos, un ejemplo de orientalización entre las jefaturas del Bronce Final del Suroeste”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 167-183.
- BETTANCOURT, A. M. S. (1995): “Dos inícios aos finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal”, en I. Silva (coord.), *A idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*: 110-115.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1953): “El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del mediodía español”, *Archivo Español de Arqueología* 26: 235-244.
- (1956): “Orientalia I. Estudio de objetos fenicios y orientalizante en la Península”, *Archivo Español de Arqueología* 29: 3-51.
- (1960): “Orientalia II”, *Archivo Español de Arqueología* 33: 3-34.
- (1975): “García y Bellido fundador del Instituto Español de Arqueología”, *Cuadernos de la Fundación Pastor*. Nº 20: 25-32.
- (1981): “Cancho Roano. Un Monumento protohistórico en los confines de la antigua Lusitania”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* CLXXVIII: 225-243.
- BLANCO FREIJEIRO, A.; LUZÓN, J. M^a y RUIZ MATA, D. (1970): “Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)”, *Anales de la Universidad Hispalense. Serie filosofía y letras* 4.
- BLASCO BOSQUED, M^a. C. (2003): “El Bronce Final en la Península Ibérica. Una perspectiva desde el interior”, en S. F. Ramallo (ed.), *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*: 57-83.

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y PÉREZ RUIZ, M. (2004): “Apuntes y consideraciones para una biografía sobre Antonio García y Bellido”, en J. Blánquez Pérez y M. Pérez Ruiz (eds.), *Antonio García y Bellido. Miscelánea. Serie Varia* 5: 19-58.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. (1963): “Joyas orientalizante extremeñas del Museo Arqueológico Nacional de Madrid”, *Zephyrus* 14: 5-15.
- (1968): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia de Occidente*. Universidad de Salamanca.
- (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia de Occidente*. Reedición. Universidad de Salamanca.
- (1995): “Tres arqueólogos españoles del siglo XX: los profesores A. García y Bellido, A. Blanco y J. Maluquer de Motes”, *VII Jornadas de Arte. Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*: 187-196.
- (2001): “El Período orientalizante en Tartessos y en Etruria. Semejanzas y diferencias”, *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Jerez de la Frontera, 1993*: 14-40.
- (2005): “Evolución del concepto orientalizante en los 50 último años en la investigación hispana”, en Celestino Pérez, S. & Jiménez Ávila, J. (eds.): *El Período Orientalizante*, vol.1. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental: 129-148.
- (2013): Tarteso y los fenicios. Historiografía y últimas aportaciones”, en J. Campos y J. Alvar (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*: 21-83.
- BONDI, S. F. (1988): “Problemi della precolonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale”, en Acquaro y otros, *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico. Questioni di Metodo. Aree d'indagine. Evidenze a confronto*: 243-255.
- BONSOR, G. E. (1899): *Les Colonies agricoles pre-romaines de la vallée du Betis*. París.
- BOTTO, M. (2002): “I contatti fra le colonie fenicie di Sardegna e l'Etruria Settentrionale attraverso lo studio della documentazione ceramica”, *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo. Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici*: 225-247.
- BRAZ, C. M.; BETTENCOURT, A. M. S.M.; MARTINS, J. I. y CARVALHO, J. (coord.) (2011): *Povoamento e exploração dos recursos mineiros na Europa Atlântica ocidental*. Braga.
- BROCK, J. K. (1957): *Fortetsa*. Cambridge.
- BRUN, P. (1991): “Le Bronze Atlantique et ses subdivisions culturelles: Essai de Définition, en Ch. Chévillot y a. Coffyn (eds.), *L'Age du Bronze Atlantique*: 11-24.
- (1998): “Le complexe culturel atlantique: entre le cristal et la fumée”, en S. O. Jorge, *Existe uma Idade do Bronze Atlântico? Trabalhos de Arqueologia* 10: 40-51.
- BUENO, P. (1990): “Statues-menhires et stèles anthropomorphes de la Péninsule Ibérique”, *L'Anthropologie* 94: 85-110.

- BURGUESS, C. (1991): "The East and the West: Mediterranean influence in the Atlantic world in the Later Bronze Age, c. 1500-700 B.C.", en Ch. Chevillot y A. Coffyn (dirs.), *L'Âge du Bronze Atlantique: ses faciès, de l'Ecosse a l'Andalousie et leurs relations avec le Bronze continental et la Méditerranée. Actes du 1er Colloque du Parc Archéologique de Beynac*: 25-45.
- CABALLERO, J. (2011): *Epistolario de las grandes excavaciones de Mérida: correspondencia privada entre Maximiliano Macías y 'José Ramón Mélida' (1908-1934)*. Consorcio de Mérida. Mérida.
- CALADO, M. (1993): "A Idade do Bronze", in J. Medina (dir.), *Historia de Portugal*, vol.1. Amadora: 327-353.
- CALADO, M. y MATALOTO, R. (2008): "O Post-Orientalizante da margen direita do regolfo de Alqueva (Alentejo Central)", en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología XLVI*: 185-217.
- CALADO, M.; MATALOTO, R. y ROCHA, A. (2007): "Povoamento proto-histórico na margen direita do regolfo de Alqueva (Alentejo, Portugal)", *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 129-179.
- CALERO CARRETERO, J. A y MÁRQUEZ GABARDINO, A. (1991): "Prospecciones, sondeos y excavaciones en Alange (1984-1987)", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología de Extremadura (1986-1990)*, *Extremadura Arqueológica II*: 579-597.
- CALLEJO, C. y BLANCO, A. (1960): "Los torques de oro de Berzocana (Cáceres)", *Zephyrus*, 11: 250-255.
- CAMPO, J. y ALVAR, J. (eds.) (2013): *Tarteso. El emporio del metal*. Almuzara. Córdoba.
- CARANDINI, A. (1997): *Historias en la Tierra, Manual de Excavación Arqueológica*. Ed. Crítica.
- CARDOSO, J. L. (2004): "Uma Tumulação do Final do Bronze Final / Inícios da Idade do Ferro no Sul de Portugal: a *tholos* do Cerro do Malhanito (Alcoutim), en M. C. Lopez y R. Vilaça (coord.) *O Passado em Cena: narrativas e fragmentos*: 195-223.
- (ed.) (2013): *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 20. Câmara Municipal de Oeiras.
- CARRIAZO, J. de M. (1960): "El mensaje de Tartessos", *Anales de la Universidad Hispalense* 20: 21-55.
- CARRIAZO, J. de M. (1969): "El Cerro del Carambolo", en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 311-340.
- (1973): *Tartessos y el Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la protohistoria de la Baja Andalucía*. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.
- (1980): *Protohistoria de Sevilla*. Ediciones Guadalquivir.
- CARRIAZO, J. de M. y RADDATZ, K. (1960): "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", *Archivo Hispalense* 32: 333-462.

- CARRILLERO, M. (1993): "Discusión sobre la formación social tartésica" en J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*: 163-185.
- CARROBLES, J.; MUÑOZ, K. y RODRÍGUEZ, S. (1994): "Poblamiento durante la Edad del Bronce en la cuenca media del río Tajo", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha: Actas del Simposio (Toledo, 19-21 diciembre 1990)*: 173-200.
- CASADO ARIZA, M. (2015): *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo. Spal monografías XXI*. Editorial Universidad de Sevilla.
- CASADO RIGALT, D. (2006): *José Ramón Mélida y la Arqueología Española*. Real Academia de la Historia.
- (2006b): "José Ramón Mélida, un arqueólogo entre dos estilos", *Gerión* 24, núm.1: 371-404.
- CASILLAS, F. J. (2008): "Historia y Toponimia de la tierra de Coria", *Alcántara* 68: 21-44.
- CASTAÑO UGARTE, P. M^a. (1991): "Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y Evolución", *Revista de Estudios Extremeños* T. XLVII; n. 1: 11-66.
- (1998): "Evolución de las faunas protohistóricas en Extremadura", en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura Protohistórica: paleoambiente, Economía y Poblamiento*: 63-72.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V. y GONZÁLES MARCÉN, P. (1989): "El concepto de frontera: Implicaciones teóricas de la noción de territorio político", *Arqueología Espacial* 13: 7-18.
- CELESTINO, S. (1990): "Las Estelas Decoradas del suroeste", *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses* 2: 45-62.
- (1995): "El Período Orientalizante en Extremadura", *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica* IV: 67-89.
- (1997): "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", en F. Gusi (ed.), *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria y Arqueologia de Castelló* 18: 359-389.
- (1998): "Los primeros contactos orientales con el suroeste de la Península Ibérica y la formación de Tartesos", en J. L. Cunchillos; J. M. Galán; J. A. Zamora y S. Villanueva (eds.), *Actas del Congreso "El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente", Sapanu. Publicaciones en Internet II*: 1- 16. [<http://www.labherm.filol.csic.es>]
- (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra. Barcelona.
- (2001b): "Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al Orientalismo Arquitectónico", en D. Ruiz Mata y S. Celestino (ed.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 17-56.
- (2001c): *Cancho Roano*. Madrid
- (2005): "El período Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior", en Celestino Pérez, S. & Jiménez Ávila, J. (eds.): *El Período Orientalizante, Actas del III*

Símpoio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV: 227-235.

- (2008): “Tartessos”, en F. Gracia (coord.), *De Iberia a Hispania*: 93-345.
- (2008b): “Los altares en forma de piel de toro de la Península Ibérica”, en J. J. Justel y otros, (ed.), *Las culturas del Próximo Oriente antiguo y su expansión mediterránea*: 321-348.
- (2008c): “La precolonización a través de los símbolos”, en S. Celestino, N. Rafel y X. L. Armada (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VII a.e): la precolonización a debate*: 107-122.
- (2008d): “El reflejo de lo fenicio en el interior peninsular”, en J. P. Vita y J. Á. Zamora (eds.), *Nuevas perspectivas II: la Arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica. Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 18: 25-37.
- (2012): “Arqueología Protohistórica de la Serena”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 37-38: 297-306.
- (2013): “Una percepción de Tarteso”, en J. Campos y J. Alvar (eds.), *Tarteso. El Emporio del metal*: 359-373.
- (2013b): “La aportación de J. Maluquer de Motes al estudio de Tarteso”, *Revista d'Arqueologia de Ponent* 23: 353-363.
- (2014): *Tarteso. Viaje a los confines del mundo antiguo*. Trebere. Madrid.
- CELESTINO, S. y BLANCO FERNÁNDEZ, J. L. (2006): *La joyería en los orígenes de Extremadura: el espejo de los dioses. Colección Ataecina*. Badajoz.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.) (2005): *El Período Orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV*. Mérida.
- CELESTINO, S. y LÓPEZ-RUIZ, C. (e.p.): *Tartessos and the phoenicians in Iberia*. Oxford University Press.
- CELESTINO, S. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (e.p.): “El valle medio del Guadiana: la identificación de una nueva realidad territorial para Tarteso”, *Actas del VIII Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Dal Mediterraneo all'Atlantico: uomini, merci e idee tra Oriente e Occidente*.
- CELESTINO, S. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (ed.) (e.p.): *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Tajo y el Guadiana en época tartésica. Anejos del Archivo Español de Arqueología*.
- CELESTINO, S. y SALGADO CARMONA, J. A. (2007): “Fenicios e indígenas a través del Tesoro de Aliseda”, en J. J. Justel, B. E. Solans, J. P. Vita y J. Á. Zamora (eds.), *Actas del IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo. Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización*: 587-601.
- (2011): “Nueva metodología para la distribución espacial de las estelas del Oeste peninsular”, en R. Vilaça (coord.), *Estelas e Estátuas-menires: da Pré á Proto-história*: 417-448.

- CELESTINO, S. y ZULUETA, P. (2003): “Los Bronces de Cancho Roano”, en S. Celestino (ed.), *Cancho Roano IX. Los materiales arqueológicos II*: 9-123.
- CELESTINO, S.; ENRÍQUEZ, J. J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1992): “Etnogénesis de Extremadura”, *Paleoetnología de la Península Ibérica*: 311-327.
- CELESTINO, S.; RAFEL, N. Y ARMADA, X.L. (eds.) (2008): *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII – VII a.n.e.)*. La precolonización a debate. Madrid.
- CHAMPION, T. C. (1995a): *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology, On World Archaeology* 11. Londres-New York.
- (1995b): “Introducción”, en T. C. Champion (ed.), *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology, On World Archaeology* 11: 1-21.
- CHAVES, F. (1998): “Amonedación de las cecas latinas de la Hispania Ulterior”, en C. Alfaro y otros, *Historia Monetaria de Hispania Antigua*: 233-317.
- CHAVEZ, F. y BANDERA, de la M^a. (1987): “Excavaciones arqueológicas en el cortijo de Vico”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 85 vol III: 372-379.
- (1987b): “Excavación en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 85 vol. II: 369-375.
- (1989): “Informe de la campaña de excavación de 1987: Montemolín (Marchena), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 87 vol. II: 317-327.
- (1991): “Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los s. VII – VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín”, *Actas del II Congreso internacional de studi fenici e punici*: 691-714.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- CONZE, A. (1870): *Zur Geschichte der Anfänge griechischer Kunst*. Viena.
- CORBACHO AMADO, C.; SÁNCHEZ GUZMÁN, J. M. y MORÁN LÓPEZ, R. (2009): “La fauna en Extremadura”, *Atlas de Extremadura*: 116-123.
<http://www.asamblealex.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>
- CORCHÓN GARCÍA, J. (1955): *Bibliografía geográfica extremeña. Precedida de una Introducción al estudio geográfico de la Alta Extremadura*. Badajoz.
- CORDERO, T. (2010): “El cerro del Cogolludo. *Lacimurga Constantina Iulia* o *Lacimurga/Lacinimurga*”, *Romula* 9: 7-17.
- CÓRDOBA ALONSO, I y RUIZ MATA, D. (2005): “El asentamiento fenicio arcaico de la calle Cánovas del Castillo (Cádiz). Un análisis preliminar”, en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV*: 1269-1322.
- CORREIA, V. (1928): “Escavações realizadas na necrópole de Alcácer do Sal em 1926 e 1927”, *O Instituto* 75: 190-201.

- CORREIA, V. H., PARREIRA, R. y SILVA, A. C. F. (2013): *Ourivesaria Arcaica em Portugal / Archaic Jewellery in Portugal*. Lisboa.
- CRIELAARD, J. P. (1998): "Surfing on the Mediterranean Web: Cypriot Long-distance Communications during the Eleventh and Tenth Centuries B.C.", en V. Karageorghis y N. Stampolidis (eds.), *Eastern Mediterranean: Cyprus-Dodecanese-Crete 16th-6th cent B.C.*: 187-206.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2010): "Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitario", en E. Ferrer y M. de la Bandera (coord.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 17-52.
- CUADRADO, E. (1956): "Los recipientes rituales metálicos llamados"braserillos púnicos", *Archivo Español de Arqueología* 29: 52-84.
- (1957): "La fibula anular hispánica y sus problemas", *Zephyrus* VIII.1: 5-76.
- (1963): *Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica. Trabajos de Prehistoria* VII. Monografías. Madrid.
- (1968): "Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo", *Tartessos V Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular*: 257-290.
- CURADO, F. P. (1986): "Mais uma estela do Bronze Final na Beira Alta (Foios, Sabugal. Guarda), *Arqueologia* 14: 103-109.
- DELGADO, A. (1871): *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, vol. I. Sevilla.
- DEVESA ALCARAZ, J. A. (1995): "El territorio", en J. A. Devesa Alcaraz (coord.), *Vegetación y flora en Extremadura*: 17-20.
- DÍAZ ANDREU, M. (1996): "Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas", *Madridener Mitteilungen*, 37: 216-217
- (2002): *Historia de la Arqueología en España. Estudios*. Ediciones Clásicas. Madrid.
- (2004): "Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro", en J. R. Mélida, *Arqueología española*: IX-CXCIX.
- (2008): "Revising the 'invisible colleague': José Ramón Mélida in early 20th century Spain", en N. Schlager y J. Nordbladh (eds.), *Histories of Archaeology: archives, ancestors, practices*: 121-129.
- DÍAZ-GUARDAMINO, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria Ibérica*. Universidad Complutense de Madrid (Tesis Doctoral inédita).
- (2012): "Estelas decoradas del Bronce Final en la Península Ibérica: datos para su articulación cronológica", en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 389-415.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (2001): "Los mecanismos del emporion en la práctica comercial de los focos y otros griegos del Este", en P. Cabrera y M. Santos (ed.),

Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció y comercialització al Mediterranei occidental. Actes de la Taula Redona a Empúries, els dies 26 al 28 de maig de 1999: 27-45.

- (2002): "Greeks in Iberia: Colonialism without colonisation", en C. L. Lyons y J. K. Papadopoulos (eds.), *The Archaeology of Colonialisms*: 65-95.
- (2008): "Los contactos "precoloniales" de griegos y fenicios en Sicilia", *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. *La precolonización a debate*: 149-159.
- DUQUE, D. M. (1998): *El poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana*. Memoria de licenciatura inédita. Cáceres.
- (2001): "Estudio y evolución de un modelo territorial agrario: el poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana", *Norba* 15: 23-62.
- (2007): "La colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio", en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 45-69.
- (2011): "Los restos antracológicos", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), *El poblado Prerromano de Entreríos (Villanueva de la Serena, Badajoz)*. *Campaña 2008*: 123-141.
- DUQUE ESPINO, D. M.; PONDE DE LEÓN, M.; GARCÍA ALONSO, D.; RAMOS MAQUEDA, S.; VAZQUEZ PARDO, F. M.; PÉREZ JORDÁ, G. y ROVIRA LLORENS, S. (2009): "A modo de síntesis", en A. Rodríguez, D. M. Duque e I. Pavón (eds.), *El Caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*. *Memorias de Arqueología Extremeña* 12: 175-179.
- ENA ÁLVAREZ, M. y REBOLLO TORÍO, M. A. (1996): "A propósito del término raya", en J. M. Carrasco y A. Viudas (coord.), *Actas del Congreso Internacional Luso-Español de Lengua y Cultura en la Frontera*, vol.2: 313-326.
- ENRIQUEZ, J. J. (1983): "Una nueva estela de guerrero y tres asadores de bronce procedentes de los alrededores de Orellana la Vieja (Badajoz)", *museos-2*: 2-8.
- (1988): "Algunas cerámicas decoradas del Castillo de Alange (Badajoz)", *Homenaje a Samuel de los Santos*: 109-112.
- (1990): Sobre algunos poblados del Bronce Final en la provincia de Badajoz. *Norba* 10: 41-57.
- (1990b): "El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica". *La Cultura tartésica y Extremadura*. *Cuadernos emeritenses* 2: 63-84.
- (1991): "Apuntes sobre el tesoro del Bronce Final llamado de Valdeobispo", *Trabajos de Prehistoria* 48: 215-224.
- (1995): "El tesoro de la Edad del Bronce del Olivar del Melcón (Badajoz)", *Homenaje a la Dra. D^a. Milagros Gil-Mascarell Boscá, Extremadura Arqueológica* V: 129-136.

- (2002): *Prehistoria de Mérida: cazadores, campesinos, jefes, aristócratas y siervos anteriores a los romanos, Cuadernos emeritenses*. Mérida.
- (2007-2008): “Capo de hoyos con cerámicas protocogotas en la cuenca media del Guadiana: El Carrascalejo, Badajoz”, *Veleia* 24-25: 909-924.
- ENRÍQUEZ, J. J. y DOMINGUEZ DE LA CONCHA, C. (1989): “Yacimientos Pre y Protohistóricos de Badajoz y sus alrededores”, *Revista de Estudios Extremeños* XL, III: 5-22.
- ENRÍQUEZ, J.J. y DRAKE, B. (2007): *El campo de hoyos de la Edad del bronce del Carrascalejo (Badajoz), Memorias de Arqueología Extremeña* 7. Mérida.
- ENRÍQUEZ, J. J. y JIMÉNEZ APARICIO, E. (1989): *Las tierras de Mérida antes de los romanos (Prehistoria de la comarca de Mérida)*. Mérida.
- ENRÍQUEZ, J. J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1988): “Campaña de urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz)”, *Extremadura Arqueológica* I:
- ENRÍQUEZ, J. J.; VALDÉS, F.; PAVÓN, I.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y LÓPEZ DEL ÁLAMO, P. (1998): “La estratigrafía del “sector puerta de carros-2” (SPC-2) de Badajoz y el contexto poblacional del “valle medio del Guadiana” en la Edad del Hierro”, en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*: 157-199.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1987): *Cerámicas a Torno Pintadas Andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*. Cádiz, Dpto. de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Cádiz. Ed. En microfichas.
- (1993): “De la muerte en Tartesos: evidencias en el registro poblacional”, *Spal* 2: 183-218.
- (2000): *La Arqueología Protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un Río Revuelto*. Madrid.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. y COTO, M. (2010): “Altars para la eternidad”, *Spal* 19: 149-185.
- FABIÁN, J. F. (1986-87): “El Bronce Final y la Edad del Hierro en ‘El Cerro del Berrueco’ (Ávila, Salamanca)”, *Zephyrus* 39-40: 273-287.
- FARIA, A. M. de (1995): “Moedas da época romana cunhadas em território actualmente português”, en M^a. P. García y Bellido y R. M. Sobral (eds.), *La Moneda Hispánica. Ciudad y territorio. Anejos del Archivo Español de Arqueología* XIV: 143-153.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J. M^a. (1984): “Toponimia y Arqueología de la provincia de Cáceres”, *Norba* 5: 30-37.
- (1985): “Toponimia y Arqueología en la Provincia de Badajoz”, *Norba* 6: 67-84.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización Fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Almuzara. Córdoba.

- FERNÁNDEZ FLORES, A.; RODRÍGUEZ AZOGUE, A.; CASADO, A. y PADROS, E. (coord.) (2014): *La necrópolis de época tartésica de la Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla)*. Universidad de Sevilla.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, J. H. y COSTA, B. (2005): “Mundo funerario y sociedad en Eivissa arcaica: una aproximación al análisis de los enterramientos de cremación en la necrópolis de Puig de Molins”, en A. González Prats (coord.), *El mundo funerario: actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guadamar del Segura, 3 a 5 de mayo de 2002: homenaje al prof. D. Manuel Pellicer Catalán*: 315-407.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1993): “Plata y plomo en el comercio fenicio-tartésico”, en R. Arana, A. M. Muñoz, S. Ramallo y M. M. Ros (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*: 131-165.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1993): “Incógnitas y controversias en la investigación sobre Tarteso”, en J. Alvar y J. M^a. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*: 91-102.
- FERNÁNDEZ OXEA, J. R. (1953): “La arracada de Madrigalejo”, *Zephyrus* 4: 369-373.
- FERRER ALBELDA, E. y de la BANDERA, M^a. L. (2005): “El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el periodo Orientalizante”, en Celestino Pérez, S. & Jiménez Ávila, J. (eds.): *El Período Orientalizante*, vol.1. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental: 565-574.
- (2007): “Santuarios, aldeas y granjas: el poblamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante”, *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*: 44-88.
- (2010): “Prólogo”, en M^a. L. de la Bandera y E. Ferrer (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 9-12.
- FERRER, ALBALDA, E.; RUIZ CECILIA, J. I. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2002): “Los orígenes de Osuna. Urso en el Bronce Final y en el periodo orientalizante”, en F. Chaves (ed.), *URSO. A la búsqueda de su pasado*: 99-145.
- FILIPE, V.; CALADO, M. y LEITAO, M. (2013): “Evidências orientalizantes na área urbana de Lisboa: o caso dos edifícios na envolvente da Mae de Água do Chafariz d’el Rei”, en A. M. Arruda (ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*: 176-186.
- FLORIDO NAVARRO, M^a. C. (1985): “Las ánforas del poblado orientalizante e iberopúnico del Carambolo (Sevilla)”, *Habis* 16: 487-516.
- FRANKENSTEIN, S. M. (1997): *Arqueología del colonialismo: el impacto fenicio y griego en el Sur de la Península Ibérica y el Suroeste de Alemania*. Barcelona.
- FRANKENSTEIN, S. y ROWLANDS, M. J. (1978): “The internal structure and regional context of early Iron Age society in south-western Germany”, *Bulletin of the Institute for Archaeology* 15: 73-112.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica. Complutum Extra* 3. Madrid.

- GAMITO, T. J. (1988): *Social complexitiy in Sothwest Iberia. The case of Tartessos*, BAR. Oxford.
- (1992): “Paleoetnología do Centro e Sul de Portugal”, en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3: 329-337.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1933): “El problema de Tartessos y u relación con la cuestión etrusca”, *Anales de la Universidad de Madrid (Letras)* 2: 43-58.
- (1942): *Fenicios y carthagineses en Occidente*. CSIC, Escuela de Estudios Hebraicos. Madrid.
- (1945): “La navegabilidad de los ríos en la Península Ibérica”, *Investigación y progreso* 16: 115-122.
- (1952): “Protohistoria. Tartessos”, en R. Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España. España Protohistórica*, tomo 1, vol. 2: 281-680.
- (1956): “Materiales de Arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce”, *Archivo Español de Arqueología* 29: 85-104.
- (1957): “El jarro ritual lusitano de la Colección Calzadilla”, *Archivo Español de Arqueología* 30:121-138.
- (1960): “Inventario de jarros púnico-tartésicos”, *Archivo Español de Arqueología* 33: 44-63.
- (1964): “Nuevos jarros de bronce tartessios”, *Archivo Español de Arqueología*, 37: 50-80.
- (1965): “Tartessos y la koiné mediterránea del Período Orientalizante”, *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*: 590-596.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y FERNÁNDEZ GÖTZ, M. A. (2010): “Esencialismo, normativismo, posmodernismo: las interpretaciones sobre etnicidad en la Arqueología española”, *Gerión*, 28: 2: 53-84.
- GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, F. (2000): “Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final”, *Huelva Arqueológica* 16: 5-87.
- GENER, J. M.; NAVARRO, M^a A.; PAJUELO, J. M.; TORRES, M. LÓPEZ, E. (2014): “Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz”, *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*: 14-50.
- GIL-MASCAREL, M. RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ, J.J. (1986): “Enterramientos en cistas de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura”, *Saguntum* 20: 9-43.
- GOMES, B. F. (2012): *Aspectos do sagrado na colonização fenícia. Cuadernos da UNLARQ* 8. Lisboa.
- (2015): “The olival do Senhor dos Mártires necropolis (Alcácer do Sal, Portugal) in the context of the Iron Age funerary practices of the southwestern Iberian Peninsula”, en L. Rocha; P. Bueno-Ramirez y G. Branco (eds.), *Death as Archaeology of Transition: Thoughts and Materials. Paper from the II International Conference of Transition Archaeology: Death Archaeology 29 th April – 1st May 2013. BAR Series 2708*: 327-341.

- GOMES, M. V. y MONTEIRO, J. P. (1977): “Las estelas decoradas do Pomar (Beja-Portugal). Estudio comparado”, *Trabajos de Prehistoria* 34: 165-214.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1990): *La colonización fenicia de la isla de Ibiza. Excavaciones Arqueológicas de España* 157. Madrid.
- GÓMEZ-MORENO, M. (1905): “Arquitectura tartesia: la necrópolis de Antequera”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 47, 81-132.
- GÓMEZ PEÑA, A. (2010): “Así en Oriente como en Occidente: el origen oriental de los altares taurodórmicos de la Península Ibérica”, *Spal* 19: 129-148.
- GÓMEZ-TABARENA, J. M. (ed.) (1967): *Las raíces de España*, Instituto Español de Antropología Aplicada. Madrid.
- GÓMEZ TOSCANO, F. (1997): *Formas de ocupación del territorio durante los primeros siglos del I Milenio a.C.: El Suroeste como marco de definición y contrastación*. (Tesis Doctoral inédita. Universidad de Huelva).
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca.900-700 a.C.)*. Madrid.
- (2006) “The Pre-colonial Phoenician Emporium of Huelva ca 900-770 BC”, *BABesch* 81: 13-29.
- (2006b): “Las evidencias más antiguas de la presencia fenicia en el sur de la Península”, *Mainake* XXVIII: 105-128.
- (2008): “The emporium of Huelva and Phoenician chronology: Present and future possibilities”, en C. Sagona (ed.), *Beyond the Homeland: markers in Phonician Chronology*: 631-655.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J.; FANO, M.A. y MARTÍNEZ, A. (1991-92): “Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración”, *Zephyrus* 44-45: 301-329.
- GONZÁLEZ REYERO, S. (2004): “Ex Mediterraneo Lux. El crucero universitario de 1933 y Antonio García y Bellido”, en J. Blánquez y M. Pérez (eds.), *Antonio García y Bellido Miscelánea*. Serie Varia 5: 67-92.
- GRAS, M.; ROUILLARD, P. y TEIXIDOR, J. (1989): *L'univers phénicien*. París.
- GRAHAM, A. J. (1990): “Pre-colonial Contacts: Questions and Problems”, en J.-P. Descoeudres (ed.), *Greek Colonnists and Native Populations. Proceeding of the First Australian Congress of Classical Archaeology held in honour of. A. D. Trendall*: 45-60.
- GRAU ALMERO, E.; PÉREZ JORDÁ, G. y HERNÁNDEZ CARRETERO, A. M^a. (1998): “Paisaje y actividades agrícolas en la protohistoria extremeña”, en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*: 31-62.
- GRACIA ALONSO, F. y FULLOLA, J. M^a. (2006): *El sueño de una generación. El crucero universitario de 1933*. Universidad de Barcelona.

- (1991): “El palacio-santuario de Cancho Roano (Badajoz) y la comercialización de ánforas fenicias indígenas”, *Rivista Studi Fenici* XIX, 1: 49-82.
- GUERRERO, V. M. (2004): “Las Islas Baleares en los derroteros del Mediterráneo Central y Occidental”, en V. Peña, A. Medero y C. G. Wagner (eds.), *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos: 85-133.
- GUIRGUIS, M. (2011): “Gli spazi della morte a Monte Sirai (Carbonia – Sardegna). Rituali e ideologie funerarie nella necropoli fenicia e púnica (scavi 2005-2010)”, *The Journal of Fastu Online* 230: 1-32.
- GUZZARDI, I. (1991): “Importazione dal Vicino Oriente in Sicilia fino all’età orientalizzante”, *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*: 941-954.
- HABA, S. (1998): *Medellín romano. La Colonia Metellinensis y su Territorio*. Badajoz.
- HARRIS, E. C. (1991): *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Ed. Crítica.
- HARRISON, R.J. (1977): “A late Bronze Age grave group from Mérida (Prov. Badajoz)”, *Madrid Mitteilungen* 18: 18-29.
- (2004): *Symbols and warriors: images of the European Bronze Age*. Bristol.
- (2007): “A revisión of the Later Bronze Age Burials from the Roça do Casal do Meio (Calharis), Portugal” en P. Topping; C. Burgess; F. Lynch, *Beyond Stonehenge: Essays on the Bronze Age in Honour of Colin Burgess*: 65-77.
- HEDEAGER, L. (1992): *Iron-Age Societies: From Tribe to State in Northern Europe, 500 BC to 700 AD. Social Archaeology*. Oxford /Cambridge.
- HERNÁNDEZ BLANCO, J. y LÓPEZ CASARES, S. (2009): “Nuestros bosques”, *Atlas de Extremadura*: 134-139. <http://www.asamblealex.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>
- HERNÁNDEZ PACHECHO, E. (1902): “Apuntes de geología extremeña”, *Revista de Extremadura*, tomo IV: 12-21.
- HOZ, J. de (1995): “Tartésio, fenicio y céltico 25 años después”, en AA.VV., *Tartessos 25 años después (1968-1993)*: 591-605.
- (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad, I. Preliminares. El mundo meridional prerromano*. Madrid.
- IGME (2009): *Estudio del patrimonio minero de Extremadura*. Madrid.
- IGME (2009b): *Mapa del Patrimonio minero de Extremadura, a escala 1:400.000*. Madrid.
- ILLÁN ILLÁN, J. M. (2007): “Los asentamientos en la Cuenca Media del Tago durante el Final de la Edad del Bronce”, en J. Morín; D. Urbina y N. Ferreira Bicho (eds.), *As Idades do Bronze e do Ferro na Península Ibérica. Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular*: 205-213.
- INT/2011/139: Excavación Arqueológica en la calle Palacios de Medellín, dirigida por A. M. Díaz Aliseda.

- INT/2013/004: Prospección Arqueológica para la identificación y valoración del patrimonio arqueológico del entorno de los túmulos localizados en la cuenca media del Guadiana, dirigida por Esther Rodríguez González y Sebastián Celestino Pérez.
- IZQUIERDO, R. (1998): “La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico”, *Zephyrus* 51: 269-280.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1997): “Cancho Roano y los Complejos Monumentales Post-Orientalizantes del Guadiana”, *Complutum* 8: 141-159.
- (2001): “Los complejos monumentales post-orientalizantes del Guadiana y su integración en el panorama del Hierro Antiguo del Suroeste peninsular”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 193-226.
- (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2005): “El territorio emeritense en época protohistórica: Antecedentes prerromanos de *Emerita Augusta*”, en T. Nogales (ed.), *Augusta Emerita, Territorios, Espacios, Imágenes y Gentes en la Lusitania Romana, Monografías Emeritenses* 8: 42-66.
- (2009a): “Arquitectura y modalidad: la construcción del poder en el mundo post-orientalizante”, *Archivo Español de Arqueología* 82: 69-95.
- (2009b): “Modelos arquitectónicos en la Protohistoria del Suroeste peninsular: edificios “en tridente”, en P. Mateos, S. Celestino, A. Pizzo y T. Tortosa (eds.), *Santuarios, oppida y Ciudades: Arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología XLV*: 89-100.
- (2012): *Cancho Roano: más que palabras. Bibliografía crítica del yacimiento post-orientalizante de Zalamea de la Serena*. Diputación de Badajoz.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y BARRIENTOS VERA, T. (1997): “Los silos de Morería (Mérida) y otros datos sobre el tránsito del Bronce Final a la Edad del Hierro en la provincia de Badajoz”, *Mérida. Excavaciones arqueológicas. Memoria* 1: 223-244.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y DOMINGUEZ DE LA CONCHA, C. (1995): “Materiales protohistóricos de “El Turuñuelo” (Mérida, Badajoz)”, *Pyrenae* 26: 131-151.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y GUERRA, S. (2012): “El Bronce Final en Medellín. Estudio preliminar del Corte SMRO”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología LXII*: 65-110.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y HABA, S. (1995): “Materiales tartésicos del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz), *Complutum* 6: 235-244.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y ORTEGA, J. (2001): “El poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 227-248.
- (2002): *La Cerámica griega en Extremadura. Cuadernos Emeritenses* 28. Mérida.

- (2008): “El poblamiento en Llano del Guadiana Medio durante el período Post-Orientalizante”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época Post-Orientalizante, Anejos del Archivo Español de Arqueología XLVI*: 251-281.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J.; ORTEGA, J. y A. M^a. LÓPEZ-GUERRA (2005): “El poblado de “El Chaparral” (Aljucén) y el asentamiento del Hierro Antiguo en la comarca de Mérida”, *Mérida excavaciones arqueológicas*, 2002, 8: 457-485.
- JORGE, S. O. (1995): “Introdução”, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*. Lisboa: 16-20.
- KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T. B. (2006): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Barcelona.
- LIMA, J. F. (1960): “Castro de Ratinhos de Moura (Moura, Bajo Alemtejo)”, *Zephyrus* 11: 233-237.
- LIVERANI, M. (1995): *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Crítica. Barcelona.
- LLORENTE, A. (1987): *Consideraciones sobre la comarca de Salvatierra y su toponimia*. Instituto de Bachillerado de Guijuelo.
- LÓPEZ PARDO, F. (1990): “Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)”, *Gerión* 8: 141-162.
- LÓPEZ PIÑEDO, A. (2009): “Los suelos de Extremadura”, *Atlas de Extremadura*: 94-98. <http://www.asamblealex.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>
- LÓPEZ SANTAMARIA, F. (1954): “El “Plan Badajoz”, antecedentes, contenido y ensayo de sus efectos”, *Revista de Estudios Agrosociales* 6: 45-82.
- LORRIO, A. J. (2008): “Cerámica gris”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *“La necrópolis de Medellín. II, Estudio de los hallazgos*: 673-723.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba.
- MACWHITE, E. (1951): *Estudio sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce*. Madrid.
- MAIA, M. G. P. (1986): “Neves II e facies cultural de Neves-Corvo”, *Arquivo de Beja Serie 2-III*: 23-42.
- (2008): “Reflexões sobre os complexos arquitectónicos de Neves-Corvo, na região central do Baixo Alentejo, em Portugal”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología XLVI*: 354-364.
- MAIER, J. (2004): “Antonio García y Bellido y los jarros de bronce orientalizante”, *Antonio García y Bellido y su legado a la Arqueología Española (1903-1972)*: 119-128.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1955): “El proceso histórico de la poblaciones peninsulares”, *Zephyrus* 6: 145-169.

- (1955b): “El proceso histórico de la poblaciones peninsulares II”, *Zephyrus* 6: 241-255
- (1957): “De metalurgia tartessia: El Bronce Carriazo”, *Zephyrus* 8.1: 157-168.
- (1958): “Nuevos hallazgos en el área tartésica”, *Zephyrus* 8: 157-168.
- (1958b): *Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco*. Salamanca.
- (1958c): *El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja*. Ávila-Salamanca.
- (1958d): “La cerámica pintada hallstattica del nivel inferior del Castro de Sanchorreja (Ávila)”, *Zephyrus* 9: 286-287.
- (1960): “Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos”, *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*: 273-301.
- (1970): *Tartessos. La ciudad sin historia*. Barcelona.
- (1972): *Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular*, Publicaciones eventuales, 20. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona.
- (1978): “La arqueología extremeña”, *Cuadernos de cultura* I, 2: 69 – 70.
- (1980): “Excavaciones en la Torruca de Cancho Roano, partida de Cigancha, en Zalamea de la Serena (Badajoz)”, *Zephyrus* XXX-XXXI: 259-260.
- (1981): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. PIP IV*. Barcelona.
- (1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz II, 1981-1982, PIP V*. Barcelona.
- (1985): “Comercio continental focense en la Extremadura central”, *Monografies Emporitanes VII*: 19-26.
- MALUQUER DE MOTES, J. y PALLARES, R. (1981): “El palau-santuari de Zalamea de la Serena, Badajoz (Extremadura)” *NACREM. Publicacions eventuals* 32: 1-34.
- MALUQUER, J.; CELESTINO, S.; GRACIA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El santuario protohistórico de Zalamea del Serena, Badajoz. PIP XVI*. Barcelona.
- MANGAS, J y ALVAR, J. (eds.) (1993): *Homenaje a José M^a. Blázquez*. Madrid.
- MARCOS POUS, A. (1978): “Aportaciones a la localización y conocimiento de la Córdoba prerromana”, *Ampurias* 38-40: 415-423.
- MARTÍN BRAVO, A. M. (1999): *Los orígenes de la Lusitania. El I milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987): “¿Cerámicas micénicas en Andalucía?”, *Revista de Arqueología* 78: 62-64.
- (1987b): “El Llanete de los Moros, Montoro, Córdoba. Excavaciones Arqueológicas en España 151. Ministerio de Cultura. Madrid.
- (1988): “Mykenische Keramik aus bronzezeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir”, *Madriider Mitteilungen* 29: 77-92.

- (1989): “El Bronce en el valle medio del Guadalquivir”, en M. E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 121-143.
- (1990): “Die erste mykenische Keramik von der Iberischen Halbinsel”, *Prähistorische Zeitschrift* 65.1: 49-52.
- (1994): “Los primeros contactos entre Grecia y la Península Ibérica. La problemática planteada por los hallazgos de Montoro (Córdoba)”, en D. Vaquerizo (coord.): *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*: 109-143.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y PERNILES, M. (1993): “La cerámica a torno en los contextos culturales de finales del II milenio a.C. en Andalucía”, *1º Congresso de Arqueología Peninsular (tomo II). Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 33.3-4: 335-349.
- MARTÍN LOBO, M. (2002): *El Plan Badajoz, ¿éxito o fracaso?* Badajoz.
- MARTINS, M. (1998): “As economías da Idade do Bronze: a problemática do comercio e intercâmbio. Uma introdução ao tema”, en S. O. Jorge, *Existe uma Idade do Bronze Atlântico? Trabalhos de Arqueología* 10: 73-80.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1983): *Las Comunidades de villa y tierra de la Extremadura Castellana*. Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1941): *Esquema paletnológico de la Península Hispánica*: 141-166.
- MARZOLI, D. (2006): “La investigación sobre los fenicios en la costa de Vélez-Málaga: pasado y presente”, *Mainake* XXVIII: 243-255.
- MATALOTO, R. (1999): “As ocupações Proto-históricas do Castelo do Giraldo (Évora)”, *Revista de Guimaraes, Volumen Especial I*: 333-362.
- (2009): “A través dos campos: arquitectura e sociedade na Idade do Ferro alto alentejana”, en M. C. Belarte (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC)*, *Arqueo Mediterrània* 11: 279-298.
- (2012): “Os senhores e as serras: o final da idade do bronze no Alentejo Central”, en J. Jiménez Ávila (coord.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 185-213.
- (2013): “Do vale à montanha, da montanha ao monte: a ocupação do final da Idade do Bronze no Alentejo Central”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 20: 221-272.
- MATEOS RODRÍGUEZ, A. B. (2009): “El clima de Extremadura: características generales”, *Atlas de Extremadura*: 106-109.
<http://www.asamblealex.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>
- MATEOS MARTÍN, J. A. (2009): “Las aguas en Extremadura”, *Atlas de Extremadura*: 100-105
<http://www.asamblealex.es/apps/exposicion/ATLAS/atlas.html>
- MATTHAUS, H. (2000): “Die Rolle Zyperns und Sardiniens im Mittelmeerischen Interaktionsprozess während des späten zweiten und frühen ersten Jahrtausends V. Chr.”,

- en F. Prayon y W. Rölling (eds.), *Der Orient und Etrurien. Zum Phänomen del "Orientalisierens" im westliche Mittelmeerraum (10.-6. Jh. V. Chr.)*: 41-75.
- (2001): "Studies on the Interrelations of Cyprus and Italy during the 11th to 9th Centuries B.C.: a Pan-Mediterranean Perspective", en L. Bonfante y V. Karageorghis (eds.), *Italy and Cyprus in Antiquity: 1500-450 BC. Proceedings of an International Symposium held at the Italian Academy for Advanced Studies in America at Columbia University, November 16-18, 2000*: 153-214.
- MAYET, F. y TAVARES DA SILVA, C. (1992): "Abul: um estabelecimento orientalizante do século VII a.C. no baixo vale do Sado", *Setúbal Arqueológica* 9-10: 315-333.
- (1997): "L'établissement phénicien d'Abul (Alcácer do Sal)", *Itinéraires Lusitaniens*: 255-271.
- (2000): *L'établissement phénicien d'Abul (Portugal). Comptoir et sanctuaire*. Paris.
- (2001): "Abul e a arquitectura orientalizante na costa portuguesa", en D. Ruiz y S. Celestino (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 249-260.
- (2005): *Abul, fenicios y romanos no vale do Sado*. Setúbal.
- MAYORAL, V. y VEGA, E. (2010): "El "Cerro del Tesoro" y los "recintos-torre" del valle del Ortigas (Badajoz). Trabajos recientes y nuevas propuestas metodológicas", en V. Mayoral y S. Celestino (coord.), *Los paisajes rurales de la romanización. Arquitectura y explotación del territorio*: 207-233.
- MAYORAL, V.; BOIXEREU, E. y ROGER, M. I. (2010): "Paisajes mineros de la comarca de la Serena entre la protohistoria y el período romano", en L. M. Gutiérrez (aut.), *Minería antigua en Sierra Morena*: 235-354.
- MAYORAL, V.; CELESTINO, S. y WALLID, S. (2011): "Intensive survey and protohistoric settlement in the middle Guadiana basin (Badajoz, Spain)", en M. van Leusen, G. Pizziolo y L. Sarti (eds.), *Hidden Landscapes of Mediterranean Europe. Cultural and methodological biases in pre- and protohistoric landscape studies*, *BAR* 2320: 27-34.
- MEDEROS, A. (1996): "La conexión levantino-chipriota. Indicios del comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC)", *Trabajos de Prehistoria* 53, vol. 2: 95-115.
- MEDEROS, A. (1996): "La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final. 1150-950 a.C.", *Trabajos de Prehistoria* 52-2: 95-115.
- (1997): "Nueva cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa", *Complutum* 8: 73-96.
- (2009): "La sepultura de Belmeque (Beja, Bajo Alentejo). Contactos con el Egeo durante el Bronce Final I del Suroeste de la Península Ibérica (1625-1425 AC)", *Veleia* 26: 235-264.

- (2012): “El origen de la estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica en el Bronce Final II (1325-1150 a.C.), en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 417-454.
- MEDINA, J. (2002): *El Plan Badajoz y el desarrollo económico de la provincia*. Badajoz.
- MÉLIDA, J. R. (1921): *Tesoro de Aliseda. Noticia y descripción de las joyas que lo componen*. Museo Arqueológico Nacional.
- (1921b): “Tesoro de Aliseda”, *Revista Coleccionismo*, 105: 165-171.
- (1921c): “Tesoro de Aliseda. Noticia del tesoro en particular y de la joyería fenicia en general”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* XXIX: 96-124.
- (1924): *Catálogo monumental de España. Provincia de Cáceres*. Madrid: Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- (1925): *Catálogo monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid: Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- (1929): *Arqueología española*. Barcelona.
- MENDOZA, A.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O. y AGUAYO, P. (1981): “Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada): Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien”, *Madrid der Mittelungen* 22: 171-210.
- MENÉNDEZ MENÉNDEZ, A.; SANABRIA, D.; SÁNCHEZ HIDALGO, F. GIBELLO, V. M. y JIMÉNEZ, J. (2013): “La necrópolis orientalizante de Valdelagrulla (Madellín, Badajoz). Datos premilinares”, *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*: 999-1029.
- MERIDETH, C. (1998): “El caso del estaño y el poblado de Logrosán (Cáceres)”, en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*: 73-96.
- MOLINA, F. (1978): “Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3: 159-232.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. y PAREJA LÓPEZ, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada): campaña de 1971. Excavaciones arqueológicas de España* 86. Madrid.
- MOLINOS, M.; RUIZ RODRÍGUEZ, A. y SERRANO PEÑA, J.L. (1995): “La frontera oriental de Tartessos”, *Tartessos 25 años después, 1968-1993, Jerez de la Frontera*: 239-254.
- MOLINOS, M.; RÍSQUEZ, C.; SERRANO, J.L. y MONTILLAS, S. (1994): *Las Calañas de Marmolejo: un problema de Fronteras en la Periferia de Tartessos*. Universidad de Jaén.
- MONGE SOARES, A. M. (2003): “O Passo Alto: uma fortificação única do Bronze Final do Sudoeste”, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 6, nº 2: 293-312.
- (2013): “Estudo de metais e vestígios de produção do povoado fortificado do Bronze Final do Outeiro do Circo (Beja)”, *Arqueologia em Portugal – 150 anos*: 609-615.

- MONGE SOARES, A. M.; ANTUNES, A. S. y DEUS, de M. (2012): “O Passo Alto no contexto dos povoados fortificados do Bronze Final do Sudoeste”, en J. Jiménez Ávila (ed.): *Sidereum Ana II: El río Guadiana en el Bronce Final Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 249-276.
- MONGE SOARES, A.; SANTOS, F. J. C.; DEWULF, J. DEUS, de M. y ANTUNES, A. S. (2009): “Práticas Rituais no Bronze do Sudoeste – Alguns dados”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 17: 433-456.
- MORALES, A. de (1972): *Las antigüedades de las ciudades de España que van nombradas en la corónica con la averiguación de sitios y nombres antiguos*. Madrid.
- MOSCATI, S. (1983): “Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia”, *Rivista di Studi Fenici*, 11.1: 1-7.
- (1988): “Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico”, en E. Acquaro, L. Godart, F. Mazza y D. Musti (eds.), *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico. Questioni di Metodo. Aree d’ingadini. Evidenze a confronto*. Consiglio Nazionale della Ricerca. Roma.
- (1990): *Techne. Studi sull’artigianato fenicio. Studia Punica* 6. Roma.
- MURALHA, J.; COSTA, C. y CALADO, M. (2002): “Intervenções Arqueológicas na Encosta de Sant’Ana (Martim Moniz, Lisboa), *Almadan* II-2: 245-246.
- MURILLO, J. F. (1989): “Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 16: 149-167.
- (1994): “La cultura tartésica en el Guadalquivir medio”, *Ariadna* 13-14.
- NAVARRO ORDÓÑEZ, J. M. (2009): *Arquitectura y Urbanismo en Carmona Protohistórica*. Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo. Inédito.
- NIJBOER, A. J. y VAN DER PLICHT, J. (2006): “An interpretation of the radiocarbon determinations of the oldest indigenous-Phoenician stratum thus far, excavated at Huelva, Tartessos (south-west Spain)”, *Bulletin Antieke Beschaving* 81: 31-36.
- ORTA, E. M. y GARRIDO, J. P. (1963): “La tumba orientalizante de la Joya, Huelva”, *Trabajos de Prehistoria* 11: 1-36.
- ORTEGA, J. y JIMÉNEZ, J. (2005): “Orientalising architecture in Extremadura, Spain. The settlement of “El Palomar” (Oliva de Mérida, Badajoz)”, *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. III: 1235-1248.
- ORTIZ ROMERO, P. (1991): “Excavaciones y sondeos en los recintos torre de La Serena”, *Extremadura Arqueológica* 2: 301-318.
- ORTIZ ROMERO, P. (2007): *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión de Monumentos de Badajoz. Subcomisión de Monumentos de Mérida (1844-1971)*. Mérida.
- OSUNA, M.; BEDIA, J. y DOMÍNGUEZ RICO, A. M. (2001): “El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva)”, en P. Cabrera y M. Santos (ed.), *Ceràmiques jònies d’època arcaica: centres de producció i comercialització*

Mediterranei occidental. Actes de la Taula Redona a Empúries, els dies 26 al 28 de maig de 1999:177-188.

- PAIXAO, A. C. (1970): *A necrópole do Senhor dos Mártires, Alcácer do Sal – Novos elementos para o seu estudo*. Tesis de licenciatura. Lisboa.
- (1983): “Uma nova sepultura com esgaravelho da necrópole proto-histórica do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal)”, *O Arqueólogo Português*, Serie IV: 273-283.
- PALOL, P. DE (1967): “Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta Castellana”, *IX Congreso Nacional de Arqueología*: 25-35.
- PARREIRA, R. (1995): “Aspectos da Idade do Bronze no Alentejo interior”, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*: 131-134.
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1991-1992): La Solana del Castillo de Alange: Una propuesta de secuencia cultural de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana. *Norba* 11-12: 75- 98.
- (1993): La solana del castillo de Alange: un yacimiento de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana. *Spal* 2.
- (1994): Aproximación al estudio de la edad del bronce en la cuenca media del Guadiana: La solana del castillo de Alange (1987). Cáceres.
- (1995): Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: el Corte 3 de la Umbría del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). *Homenaje a la Dra. Dña. Milagros Gil-Mascarell Boscà, Extremadura Arqueológica V*: 81-96.
- (1998): *El tránsito del II al I Milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres.
- (1998b): El cerro del castillo de Alange (Badajoz). Intervención arqueológica 1993. *Memorias de Arqueología Extremeña* 1.Mérida.
- (1999): “Los albores de la Protohistoria en la mesopotamia extremeña: notas las la discusión de un modelo”, *Estudios Pre-históricos*, vol VII: 179-212.
- PAVÓN, I y DUQUEZ, D. (2014): “40 años de Bronce del Suroeste: aportaciones desde su periferia extremeña”, *Revista de Estudios Extremeños LXX*: 35-66.
- (2014b): “El Cerro del Castillo de Alange (Extremadura, España): un paisaje de la Edad del Bronce”, en R. Vilaça y M. Serra (coords.), *Idade do Bronze do Sudoeste. Novas perspectivas sobre uma velha problemática*: 51-73
- PAVÓN, I y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2007): “Campo y ciudad en la protohistoria extremeña: conceptos y criterios investigadores”, en A. Rodríguez e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 11-44.
- PAVÓN, I; GONZÁLEZ, J.L. y PLAZA, F. (1993): “Las Minitas (Almendralejo, Badajoz): una necrópolis de cistas del Bronce del Suroeste en la Tierra de Barros (campana de urgencia de 1994)”, *Norba* 13: 11-36.

- PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE ESPINO, D. M., PÉREZ JORDÀ, G. y MÁRQUEZ GALLARDO, J. M. (2009): “Novedades en la Edad del Bronce del Guadiana Medio. Intervención en el Cerro del Castillo de Alange (2005-2006)”, en J. A. Pérez Macías y E. Romero Bomba (eds.), *Actas del IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular (Aracena, 2008)* :442-462.
- PEIRÓ, I. y PASAMAR, G. (2002): *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*. Madrid.
- PELLICER CATALÁN, M. (1962): *Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal (Almuñecar, Granada)*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional.
- (1969): “Las primeras cerámicas pintadas andaluzas y sus problemas”, *V Symposium Internacional de Prehistoria de la Península Ibérica*: 291 -310.
- (1978-80): “Ensayo de periodización y cronología tartésica y turdetana”, *Habis* 10-11: 307-333.
- (1987-1988): “La cerámica a mano del Bronce Reciente y del Orientalizante en Andalucía Occidental”, *Habis* 18-19: 461-483.
- (1996): “La colonización fenicia de Portugal”, *Spal* 7: 93-106.
- (2000): “El proceso Orientalizante en el Occidente ibérico”, *Huelva Arqueológica* 16: 89-134.
- (2005): “El profesor Maluquer y el Orientalizante en el Península Ibérica” en Celestino Pérez, S. & Jiménez Ávila, J. (eds.): *El Período Orientalizante*, vol.1. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental: 19-27.
- (2010a): “El proceso de la Precolonización del Mediterráneo Oriental en Iberia”, en M^a. L. de la Bandera y E. Ferrer (coord.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 425-438.
- (2010b): “El anforoide oriental de Coria del Río (Sevilla)”, *Temas de estética y arte* 24: 17-38.
- PERDIGONES, L.; MUÑOZ, A. y PISANO, G. (1990): *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz*. Roma.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería Prerromana. Arqueología del Oro*. Madrid.
- (1995): “La metalurgia del oro en la fachada atlántica Peninsular durante el Bronce Final: interacciones tecnológicas”, en M. Ruiz-Gálvez (coord.), *Ritos de paso y puntos de paso: la Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, *Complutum extra* 5: 69-78.
- PEREA, A.; GARCÍA VUELTA, O. y FERNÁNDEZ FREIRE, C. (2010): *El Proyecto AU. Estudio arqueométrico de la producción de oro en la Península Ibérica*. CSIC. Madrid.
- PEREIRA, I. (1994): “A Idade do Ferro na Foz do Mondego. *Idade do Ferro: catálogo*: 19-60.
- (1997): “Santa Olaia et le commerce atlantique”, *Itinéraires Lusitaniennes*: 209-253.

- (2009): “As actividades metalúrgicas na Ia e Ila Idade do Ferro em Santa Olaia, Figueira da Foz”, *Conimbriga* XLVIII: 61-79.
- (2012): “Santos Rocha. E o estudo da Idade do Ferro em Portugal”, en R. Vilaça y S. Pinto (coord.), *Santos Rocha a Arqueologia e a Sociedade do seu Tempo*: 115-131.
- PEREIRA SIESO, J. (1989): “Nuevos datos para la valoración del Hinterland tartésico. El enterramiento de Casas del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)”, en M. E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 395-409.
- PÉREZ ÁLVARES, J. A.; BASCÓN, F. M.; CRESPO, F. J. y CHARRO, M. C. (2013): “Project Casey Jones, 1945-46: el vuelo histórico “fotogramétrico” de la serie A en España y sus aplicaciones cartográficas”, *Revista Mapping* 22: 1131-9100.
- PÉREZ JORDÁ, G. (2004): “Cultivos y prácticas agrarias”, en A. Rodríguez (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*: 385-422.
- PÉREZ JORDÁ, G. (2011): “Los restos carpológicos”, en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), *El poblado Prerromano de Entreríos (Villanueva de la Serena, Badajoz). Campaña de 2008*: 143-148.
- PÉREZ JORDÁ, G.; ALONSO MARTÍNEZ, N. y IBORRA ERES, M^a. P. (2007): “Agricultura y ganadería protohistóricas en la Península Ibérica: modelos de gestión”, *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 327-373.
- PÉREZ MACÍAS, J. A. (1996): *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva. Huelva.
- PERICOT, L. (1950): *La España Primitiva*. Barcelona.
- PICADO, Y. (2002): “Badajoz Romano. Los orígenes de la ciudad”, *Qazris* 20: 30-35.
- PIMIENTA, J.; BANHA DA SILVA, R. y CALADO, M. (2013): “Sobre a ocupação prè-romana de Olisipo: a intervenção arqueológica urbana da rua de Sao Mamede ao Caldas N^o. 15”, en A. M. Arruda (ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*: 724-735.
- PIMENTA, J.; CALADO, M. y LEITAO, M. (2013): “Novos dados sobre a ocupação pré-romana da cidade de Lisboa. A intervenção da Rua de Sao Joao da Praça”, en A. M. Arruda (ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*: 712-723.
- PIÑEL, C. (1976): “Materiales del poblado de Las Paredejas en el Cerro del Berrueco. Una nueva arracada”, *Zephyrus* 26-27: 351-368.
- PLACIDO, D.; ALVAR, J. y WAGNER, C. G. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Madrid.
- POULSEN, F. (1912): *Der Orient und die Frühgriechische Kunts*. Leipzig: B. G. Teubner.
- PRADOS, F. (2010): “La arquitectura sagrada: Un santuario del siglo IX a.C.”, *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura) Escavações num povoado proto-histórico do Gadiana, 2004-2007*: 259-276.

- RAMÓN TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Barcelona.
- REMESAL, J. (1975): “Cerámicas orientalizante andaluzas”, *Archivo Español de Arqueología* 131-132: 3-21.
- RIEGL, A. (1987): *El culto moderno a los monumentos*, Madrid.
- RIPOLLÉS, P. P. Y ABASCAL, J. M. (2000): *Monedas hispánicas. Catálogo de la Real Academia de la Historia*. Madrid.
- RIVA, C. y VELLA, N. C. (2006): *Debating orientalization: multidisciplinary approaches to change in the ancient Mediterranean*. London.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1994): “El Valle Medio del Guadiana, “espacio de frontera” en la Protohistoria del Suroeste (I)”, *Saguntum* 27: 107-124.
- (1994b): “Algunas reflexiones sobre la caída de Tartessos y el desarrollo de la Beturia prerromana: la crisis del cuatrocientos”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 21: 9-34.
- (1995): “El Valle Medio del Guadiana, “espacio de frontera” en la Protohistoria del Suroeste (II)”, *Saguntum* 28: 111-130.
- (coord.) (1998): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres.
- (2002): “Extremadura, un espacio periférico y fronterizo en la Protohistoria del Suroeste”, en M. Molines y A. Ziffero (eds.), *Primi Popoli d'Europa. Proponte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea*: 249-263.
- (ed.) (2004): *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. Servicio de publicaciones de la UEX, Cáceres.
- (2008): “Colonizaciones agrarias” y procesos regionales en la Protohistoria del Suroeste de la Península Ibérica”, *Bollettino di Archeologia on line*: 47-63.
- (2009): “Arqueología Rural”, Territorio y Paisaje en la protohistoria del Guadiana Medio: una propuesta metodológica”, en R. Cruz y E. Ferrer (coord.), *Estudios de Prehistoria y Arqueología en homenaje a Pilar Acosta*: 305-336.
- (2009b): *Campesinos y “señores del campo”. Tierra y poder en la protohistoria extremeña*. Bellaterra, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P. (1989): “Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de la Serena, Badajoz”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 17: 45-65.
- (1998): “La Mata de Campanario (Badajoz). Un nuevo ejemplo de “arquitectura de prestigio” en la Cuenca Media del Guadiana”, en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*: 201-246.

- (2004): “La Mata”, un edificio organizado”, en A. Rodríguez (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*: 75-312.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ORTIZ ROMERO, P.; PAVÓN, I. y DUQUE, D. (2014): *El tiempo del tesoro de Aliseda. I. Historia e historiografía del hallazgo*. Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; DUQUE, D. M. y PAVÓN, I. (eds.) (2009): *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*. Memorias de Arqueología Extremeña 12.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN, I. y DUQUE, E. (2004): “La Mata”: macroespacio y contexto histórico”, en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su entorno territorial*: 573-619.
- (2004b): “La Mata” y su territorio, *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su entorno territorial*: 497-569.
- (2009): “Contexto territorial e histórico” en A. Rodríguez, D. Duque e I. Pavón (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*. Memorias de Arqueología Extremeña 12: 183-322.
- (2010): “Población, poblamiento y modelos sociales de la Primera Edad del Hierro en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo”, *Arqueología Espacial* 23: 41-64.
- (2011): “El poblado”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. Duque (eds.), *El poblado preromano de Entreríos (Villanueva de la Serena, Badajoz). Campaña de 2008*. Memorias de Arqueología Extremeña 13: 27-122.
- (eds.) (2015): *El tiempo del tesoro de Aliseda. II. Aproximación a su contexto arqueológico*. Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN, I.; DUQUE, D. y ORTIZ, P. (2007): “La “señorialización del campo” postartésica en el Guadiana Medio: el edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su territorio”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 71-101.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN, I., MERIDETH, C. y JUAN TRESSERRAS, J. (2001): *El Cerro de San Cristóbal, Logrosán, Extremadura, Spain. The archaeometallurgical excavation of a Late Bronze Age tin-mining and metalworking site. First excavation season 1998*, BAR International Series 922, Oxford.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I.; DUQUE, D. M.; PONCE DE LEÓN, M.; HUNT, M. A. y MERIDETH (2013): “La explotación tartésica de la casiterita entre los ríos Tajo y Guadiana: San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)”, *Trabajos de Prehistoria*, 70, vol. 1: 95-113.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN, I.; DUQUE, D. M.; DOMINGUEZ GARCÍA, A.; GIRÓN, M. y CRIADO, A. (2009): “El asentamiento”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. Duque (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*: 31-135.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (2012): “El Guadiana medio como reflejo de Tarteso: una propuesta para la relectura de su paisaje”, *Antesteria*, 2: 67-82.

- (2014): “Un sistema económico heredado: ¿El Guadiana como espejo de Tarteso?, en C. del Cerro; C. V. Alonso; O. González; L. Per; M. S. Milán, J. Elices, A. Myslowka y A. Viaña (eds.), *Economías, Comercio y Relaciones Internacionales en el Mundo Antiguo*: 47-67.
- (2015): “Southwestern Iberian Peninsula Archaeology: Latest developments in Final Bronze Age-Early Iron Age”, en A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín-Aguilera y S. Mühl (eds.), *The Mediterranean Mirror. Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.*: 293-303.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. y CELESTINO, S. (e.p.): “El valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro: una nueva lectura sobre su organización territorial”, en S. Celestino y E. Rodríguez (eds.), *Territorios Comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tago en época Tartésica. Anejos del Archivo Español de Arqueología*.
- RODRÍGUEZ MUÑOZ, R. (2006): “Estudio sobre la presencia y el uso de las urnas Cruz del Negro en la necrópolis fenicias de Andalucía”, *Saguntum* 38: 93-108.
- ROSKAMS, S. (2002): *Teoría y Práctica de la Excavación*. Ed. Crítica.
- ROVIRA, S. (2009): “Restos metálicos y metalúrgicos”, en A. Rodríguez, D. M. Duque e I. Pavón (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*: 171-173.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I.; ORTEGA, J. y JIMÉNEZ, J. (2005): “Bronce y trabajo del Bronce en el poblado orientalizante de ‘El Palomar’ (Oliva de Mérida, Badajoz)”, en S. Celestino y J. Jiménez (ed.), *El Período Orientalizante, Anejos del Archivo Español de Arqueología* XXXV: 1231- 1240.
- ROWLANDS, M. (1987): “Centre and periphery, a review of a concept”, en Rowlands, Larsen & Kristiansen (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*: 1-11.
- RUBIO MUÑOZ, L. A. (1990): “Excavaciones en la villa romana de Pesquero (Pueblo Nuevo del Guadiana, Badajoz). Campañas de 1983 y 1984”, *Extremadura Arqueológica* I: 187-200.
- RUIZ GÁLVEZ, M. L. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico*. Madrid.
- (1984b): “Reflexiones terminológicas en torno a la Edad del Bronce peninsular, *Trabajos de Prehistoria* 41: 323-342.
- (1987): “Bronce Atlántico y “cultura” del Bronce Atlántico en la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria* 44.
- (1988): “Oro y política. Alianzas comerciales y centro de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular”, *Espacio, Tiempo y Forma. Prehistoria* 1: 325-338.
- (1992): “La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica”, *Spal* 1: 219-251.
- (ed.) (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum Extra 5. Madrid.

- (1995b): “EL significado de la ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro”, en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*: 129-155.
- (1995c): “Depósitos del Bronce Final: ¿Sagrado o profano? ¿Sagrado y, a la vez, profano?”, en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*: 21-32.
- (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Barcelona.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. y GALÁN DOMINGO, E. (1991): “Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales”, *Trabajos de Prehistoria* 48: 257-273.
- RUIZ MATA, D. (1975): “Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción, Sevilla: los platos”, *Cuadernos de prehistoria y arqueología* 2: 123-150.
- (1979): “El bronce final – fase inicial- en Andalucía Occidental: ensayo de definición de sus cerámicas”, *Archivo Español de Arqueología* 52, nº 139-140: 3-20
- (1984-85): “Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final –Estilo Carambolo o Guadalquivir I”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 11-12: 225-243.
- RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.) (2001): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CSIC.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): “El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)”, *Huelva Arqueológica* VIII, I.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1978): “Los íberos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: 255-284.
- (1998): “Los príncipes íberos procesos económicos y sociales”, en C. Aranegui Gascó (ed.), *Actas del I Congreso Internacional “Los Íberos, príncipes de Occidente”. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, *Saguntum Extra* 1: 289-300.
- (2000): “El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes”, en C. Mata y G. Pérez (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans y comerciants. III Reunió sobre Economia en Món Ibèric*, *Saguntum Extra* 3: 11-20
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (1989): “Fronteras: un caso del siglo VI a.n.e.”, *Arqueología espacial* 13: 121-135.
- (1993): *Los Íberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- (1997): “Sociedad y territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C.” en J. Fernández, P. Rufete y C. García (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.)*, *Huelva Arqueológica* XIV: 11-30.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. y RÍSQUEZ, C. (1998): “Paisaje y territorio-mundo: dos dimensiones de una misma teoría arqueológica”, en F. Burillo (ed.), *Arqueología del Paisaje. Arqueología Espacial* 19-20: 21-32.

- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; SERRANO, J. L.; MOLINOS, M. y RODRÍGUEZ, O. M. (2007): “La tierra y los iberos del Alto Guadalquivir”, en A. Rodríguez e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 225-245.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1989): “Centro y Periferia: la Europa bárbara y el Mediterráneo en la Edad del Hierro”, *Trabajos en Prehistoria* 46: 331- 340
- SALGADO CARMONA, J. A. (2011): “La cuenca del Tajo y la definición del Orientalizante: una revisión historiográfica”, *Herakleion* 4: 29-45.
- SALINAS, M. (2006): “Geografía ficticia y geografía real de la epopeya sertoriana”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (coord.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. Vol I. La época republicana*: 153-176.
- SANABRIA, D. (2008): *Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio “El Chaparral”, (Aljucén, Badajoz), Memorias de Arqueología de Extremeña*, 10. Mérida.
- SANABRIA MARCOS, P. J. (2012): “El tesoro de Sagrajas (pueblo Nuevo de Sagrajas, Badajoz): descubrimiento, localización y contextualización en el marco de los depósitos áureos del Bronce Final en el Occidente de la Península Ibérica”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 475-490.
- SÁNCHEZ CAPOTE, N. (2013): “Excavación arqueológica y estudio de los trabajos de documentación gráfica, así como lectura de paramentos de la adecuación del recinto y exteriores de la Alcazaba y la restauración, consolidación y puesta en valor del tramo de puerta de Alpéndiz a Puerta de Carros, en la Alcazaba de Badajoz”, *Extremadura Arqueológica* XI: 11-136.
- SÁNCHEZ HIDALDO, F.; SANABRIA, D.; MENÉNDEZ, A.; GIBELLO, V. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2013): “Entre Cancho Roano y La Mata: la estación rural post-orientalizante en La Carbonera (La Guarda – Campanario, Badajoz), en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante y M. García (eds.), *VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*: 1098-1132.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (1998): “De ganados, movimientos y contactos. Revisando la cuestión trashumante en la protohistoria de Hispania: la meseta occidental”, *Studia Histórica. Historia Antigua*: 53-84.
- SANCHEZ PALENCIA, F. J. Y PÉREZ, L. C. (1989): “Los yacimientos auríferos de la Península Ibérica. Posibilidades de explotación en la Antigüedad”, *El Oro en la España Prerromana. Revista de Arqueología*: 16-32.
- SANTOS, J. M. (2009): “Estelas Diademadas: revisión de criterios de clasificación”, *Herakleion* 2: 7-40.
- SANTOS VILLASEÑOR, J. (1988): “Resumen de la segunda campaña de excavación en el yacimiento de la 1ª E. del H. de “La Aldehuela”, Zamora”, *Anuario del I.E.Z. Florián de Ocampo*: 225-239.
- (1989): “La Aldehuela, Zamora. Resumen de la tercera campaña de excavación”, *Anuario I.E.Z Florián de Ocampo*: 171-180.

- (1990): “Un yacimiento de la 1ª E. del H. con cerámicas pintadas en La Aldehuela (Zamora)”, *Primer Congreso de Historia de Zamora*, t. II: 101-110.
- SAVORY, H. N. (1968): *Spain and Portugal. Prehistory of the Iberian Peninsula*. Londres.
- SAYANS, M. (1966): *Joyas celtas de Serradilla*. Plasencia.
- SCHAUER, P. (1983): “Orient im spätbronze-und früheisenteitlichen Occident Kulturbeziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und del vorderen Orient während des spästens und del ersten Drittels des I. Jahrtausends v. Ch”, *Jahrbuch des Römish-Germanischen Zentral-museums* 30: 175-194.
- SCHUBART, H. (1971): “Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste Peninsular”, *Trabajos de Prehistoria* 28, vol.1: 153-182.
- (1974): “La cultura del Bronce del suroeste peninsular. Distribución y definición”, *Miscelánea Arqueológica* II: 345-370.
- (1975): “Cronología relative de la cerámica sepulchral en la cultura de El Argar”, *Trabajos de Prehistoria* 32, nº1: 79-92.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H. G. y PELLICER, M. (1969): *Toscanos: la factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez: excavaciones de 1964*. Madrid: Ministerio Nacional de Educación.
- SCHULTEN, A. (1924): *Tartessos. Contribución a la Historia Antigua de Occidente*, Revista de Occidente. Madrid.
- (1945): *Tartessos*. Espasa-Calpe. Madrid.
- (1949): *Sertorio*. Barcelona.
- SEVILLANO, L.; MAYORAL, V.; SALAS, E.; LICERAS, R. y HERAS, F. J. (2013): “Detectando prácticas agrarias antiguos en el territorio sur de Medellín. La expresión material de las actividades agrícolas protohistóricas del Suroeste peninsular”, en J. Jiménez, M. Bustamante y M. García (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste peninsular*: 1032-1063.
- SHEFTON, B. B. (1982): “Greeks and Greek Import of the Iberian Peninsula”, *The archaeological evidence. Phöniker in Westen*. Köln.
- SHENNA, S. (1998): “Intercâmbio e Comércio: as “Economias” da Idade do Bronze (I). Debate”, en S. O. Jorge, *Existe uma Idade do Bronze Atlântico? Trabalhos de Arqueologia* 10: 139-145
- SHERRAT, A. y SHERRAT, S. (1991): “From Luxuries to Commodities: The Nature of Mediterranean Bronze Age Trading Systems”, en N. H. Gale (ed.), *Bronze Age Trade in Mediterranean, studies in Mediterranean Archaeology* 90: 351-386.
- SILVA, R. (2013): “A ocupação da idade do Bronze Final da Praça da Figueira (Lisboa): novos e velhos dados sobre os antecedentes da cidade de Lisboa”, *Cira*, 2: 40-62.
- SOARES, R. (2013a): *A Arrábida no Bronze Final - a Paisagem e o Homem*. Dissertação de Mestrado apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa: FLUL.

- (2013b) – Recursos, vias e trânsito na Arrábida do Bronze Final - A “rota do sal” e a “síndrome do marinheiro”. In *Al-Madan Online*, n. 18, tomo 1: 45-50.
- (2014): “O (re)monumento funerário da Roça do Casal do Meio (Arrábida/Sesimbra): as “histórias” da investigação e os novos dados (1960-2013)”, *Al-Madan Online*, n. 18, Tomo II: 65-74.
- SOUSA, E. (2014): *A Ocupação pré-romana da Foz do Estuário do Tejo. Estudos & Memórias* 7. UNIARQ. Lisboa.
- (e.p. a): “The Iron Age occupation of Lisbon”, *Madriider Mitteilungen*.
- (e.p. b): “Alcune considerazioni sulla tarda età del ferro nella costa atlántica occidentale”, *Revista de Studi Fenici*.
- SPINDLER, A; BRAICO, A. C.; ZBYSZEWSKI, G. y FERREIRA, O. V. (1973-74) - "Le Monwnent à Coupole de l'Âge du Branze final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)". *Comunicações dos Serviços Geologicos de Portugal* 57: 91-154.
- SUÁREZ DE VENEGAS, J. (1986): *Carta Arqueológica y análisis de la evolución de asentamiento de las Vegas Altas. Hoja MTN 778-Don Benito*. Memoria de Licenciatura inédita. Cáceres.
- SUÁREZ, J. y MÁRQUEZ, J. E. (2014): “La problemática de los *fondos de cabaña* en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la Península Ibérica”, *MENGA. Revista de Prehistoria de Andalucía* 5: 199-225.
- TARRADELL, M. (1956): “Las excavaciones en Lixus y su aportación a la cronología de los inicios de la expansión fenicio-cartaginesa en el Extremo occidente”, *Actas de la IV Sesión de los congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*: 789-796.
- (1968): “Economía de la colonización fenicia”, *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*: 81-97.
- (1970): “Dos peines ibéricos de la Serreta de Alcoy y sus precedentes”, *Papeles del Laboratorio de Arqueología* n° 10: 123-138.
- TORELLI, M. (1981): *Storia degli Etruschi*. Roma-Bari.
- (1983): “Polis e “Palazzo”. Architettura, ideología e artigianato greco tra VII e VI secolo a.C.”, *Architettura er société de l'archaïsme grec à la fin de la République romaine*: 471-499.
- TORRES, M. (1998): “La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y Próximo Oriente”, *Complutum* 9: 49-60.
- (1999): *Sociedad y Mundo funerario en Tartessos*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2002): *Tartessos*. Real Academia de la Historia.
- (2002): *Tartessos*. Biblioteca Archaeologica Hispana 14. Real Academia de la Historia. Madrid.

- (2004): “Un fragmento de vaso askoide nurágico del fondo de cabaña del Carambolo”, *Complutum* 15: 45-50.
- (2005): “Tartesios, Fenicios y Griegos en el Sudoeste de la Península Ibérica: algunas reflexiones sobre los recientes hallazgos de Huelva”, *Complutum* 16: 292-304.
- (2005b): “¿Una colonización tartésica en el interfluvio Tajo-Sado durante la Primera Edad del Hierro?”, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8:2: 193-213.
- (2008): “Los “tiempos” de la precolonización”, *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*: 59-91.
- (2008b): “Cerámica pintada tipo Medellín”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*: 724-733.
- (2008c): “Unas de tipo Cruz del Negro”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*: 631-654.
- (2012): “La precolonización en Extremadura”, en J. Jiménez (ed.): *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final*: 455-474.
- (2013): “Fenicios y tartesios en el interfluvio Tajo-Sado durante la I Edad del Hierro”, en A. M. Arruda (ed.), *Fenicios e Púnicos por terra e mar (Actas do VI Congresso Internacional de Estudo Fenícios e Púnicos)*: 448-460.
- TOVAR, A. (1974): *Iberische Landeskunde, II-2. Lusitanien*. Baden-Baden.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (1978): “Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz (primera campaña, Julio 1977)”, *Revista de Estudios Extremeños* XXXIV II.
- (1979): “Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz (segunda campaña, Septiembre-Octubre 1978)”, *Revista de Estudios Extremeños* XXXV II.
- (1980): “Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz (tercera campaña, Julio-Agosto 1979)”, *Revista de Estudios Extremeños* XXXVI III.
- (1988): “La Alcazaba de Badajoz”, *Extremadura Arqueológica* I: 263- 277.
- Van DOMMELEN, P. (2006): “The Orientalizing Phenomenon: Hybridity and Material Culture in the Western Mediterranean”, en C. Riva y N. Vella (eds.), *Debating Orientalization. Multidisciplinary Approaches to Change in the Ancient Mediterranean*: 135-152.
- (2011): “Postcolonial archaeologies between discourse and practice”, *World Archaeology* 43: 1-6.
- VERA, E. (2012): “El yacimiento púnico-turdetano SE-M”, en M. A. Hunt (ed.), *Intervenciones Arqueológicas en el Área del Proyecto Minero Cobre Las Cruces (1996-2011) de la Prehistoria a la Época Contemporánea (provincia de Sevilla, España)*: 70-72.
- VIDAL, J. (2006): “José Ramón Mélida y el Próximo Oriente Antiguo en España”, *Pyrenae* 44 vol.1: 157-171.
- VILAÇA, R. (1991): “O povoado pré-histórico dos Alegrios (Idanha-a-Nova). Notícia Preliminar”, *Beira Alta* L (1-2): 139-167

- (1995): “A Idade do Bronze na Beira Baixa”, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*: 127-129.
- (1998): “Produção, consumo e circulação de bens na Neira Interior na transição do II para o I milénio a.C.”, *Estudos Pré-históricos* 6: 347-374.
- VILAÇA, R. y CUNHA, E. (2005): “A Roça do Casal do Meio (Calhariz, Sesimbra). Novos contributos”, *Al-Madan* 11 Serie (13): 48-57.
- VILAÇA, R. y SERRA, M. (coord.) (2014): *Idade do Bronze do Sudoeste. Novas perspetivas sobre uma velha problemática*. Coimbra.
- VILAÇA, R., JIMÉNEZ, J. y GALÁN, E. (2012): “El poblado de los Concejiles (Lobón, Badajoz) en el contexto del Bronce Final del Guadiana Medio”, en J. Jiménez Ávila (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología*: 125-165.
- VILAÇA, R.; SANTOS, A.; PORFIRIO, E.; MARQUES, J. y CANAS, N. (1998): “Lugares e Caminhos no Mundo Pré-romano da Beira Interior”, *Cuadernos de Geografía* 17: 35-42.
- VILLAR, F. (1995): *Estudios de Celtibérico y de toponimia prerromana*. Salamanca.
- (2000): *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*. Salamanca.
- VILLARONGA, L. (1979): *Numismática Antigua de Hispania*. Barcelona.
- VUILLEMONT, G. (1955): “La nécropole punique du Phare dans l'île de Rachoun (Oran)”, *Libyca* 3: 7-76.
- WAGNER, C. G. (1983): “Aproximación al proceso histórico de Tartessos”, *Archivo Español de Arqueología*, 56: 3-36.
- (1992): “Tartessos en la Historiografía: una revisión crítica”, *La colonización fenicia en el Sur de la Península Ibérica: 100 años de investigaciones*: 81-115.
- (1993): “La implantación fenicia en Andalucía. ¿Esquema unidireccional o problemática compleja?”, *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía. Córdoba 1988*: 81-94.
- (2006): “Las sociedades autóctonas del sur peninsular en el tránsito del Bronce Final al Hierro: el impacto orientalizante, una perspectiva teórica”, *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts* 31: 183-210.
- (2011): “Fenicios en Tartessos: ¿Interacción o colonialismo?”, en M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartessos. Nuevas perspectivas*: 119-128.
- WAGNER, C. G. y ALVAR, J. (1989): “Fenicios en Occidente: la colonización agrícola”, *Rivista di Studi Fenici* XVII, 1: 61-102.
- (2003): “La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas”, en C. Gómez Bellard (ed.), *Ecohistoria del Paisaje Agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*: 187-204.
- WALLERSTEIN, I. (1979): *The Capitalist World Economy*. Cambridge.

- WALLID SBEINATI, S. y PULIDO ROYO, J. (2013): “El poblado fortificado de la Edad del Hierro del Cerro de Tamborrio (Entrerrios, Villanueva de la Serena, Badajoz), en J. Jiménez, M. Bustamante y M. García (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste peninsular*: 1179-1224.
- WHITTAKER, C. R. (1974): “The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation, *Papers of the Cambridge Phylological Society* 200 (n.s.20): 58-79
- YÁÑEZ VEGA, A. (1997): “Estudio sobre la Ley de Excavaciones y Antigüedades de 1911 y el Reglamento para su aplicación de 1912”, *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*: 423-430.
- ZAMORA, J. A. (2014): “Palabras fluidas en el extremo Occidente. Sobre un nuevo grafito fenicio, hallado en la desembocadura del Tajo, que recoge un posible topónimo local”, en P. Bádenas, P. Cabrera, M. Conde, A. Ruiz, C. Sánchez y T. Tortosa (eds.), *Per speculum in aenigmate. Miradas sobre la Antigüedad. Homenaje a Ricardo Olmos*: 306-314.
- ZARZALEJOS, M; FERNÁNDEZ OCHOA, C. y HEVIA, P. (2011): *Investigaciones arqueológicas en Sisapo, capital del cinabrio hispano (I). La decoración musivaria de la domus de las Columnas Rojas (La Bienvenida, Almodóvar del Campo-Ciudad Real)*. UNED, Arte y Humanidades.